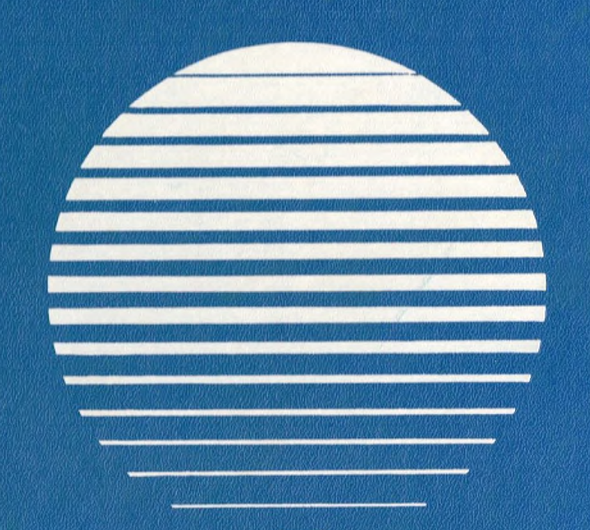
HISTORIA MUNDIAL DEL SIGLO XX





HISTORIA MUNDIAL DEL SIGLO 20

VOLUMEN TERCERO

Edición internacional dirigida por
A. J. P. Taylor y **J. M. Roberts**

COMITÉ DE ASESORES

K. D. Bracher
profesor de Historia Contemporánea y de Ciencias Políticas en la Universidad de Bonn.

C. P. Fitzgerald
profesor de Historia Oriental y China en la Universidad de Canberra.

Sir Basil Liddell Hart
experto en Historia Militar.

Henri Michel
Secretario General del Comité Internacional de Historia de la Segunda Guerra Mundial.

Robert Ochs
profesor de Historia Moderna en la Universidad de Carolina del Sur.

Sadatoshi Tomioka
director del Instituto Japonés de Investigaciones Históricas.

A. M. Samsonov
miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.

Antonín Šnejdárek
director del Instituto de Política y Economía Internacional de Praga.

Leo Valiani
profesor de Historia en la Fundación Luigi Einaudi de Turín.

Claudio Veliz
director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

C. J. H. Watson
de la Universidad de Oxford.



EDITORIAL VERGARA
BARCELONA

DOCUMENTACIÓN GRÁFICA

L. Alonso (Madrid); George Allen & Unwin; ARA, Estudio Gráfico; Archiv Gerstenberg; Archivo Abadía de Montserrat; Archivo Casasola; Archivo Fotográfico Mondadori; Archivo Histórico de la Nación (Rep. Argentina); Archivo Mas; Archivo Vergara; Eve Arnold (F. Magnum); Art Institute of Chicago; *L'Assiete au Beurre* (París); Associated Press; AUDS (Praga); Herman Axelbank; Richard St. Barbe Baker; A.J. Barker; C. Barker; Bayer. Armeemuseum (Munich); BBC; Museo Militar de Belgrado; Ian Berry (F. Magnum); Bertarelli (Milán); Bettmann Archive; Bibliothek für Zeitgeschichte (Stuttgart); Bibliothèque National (París); BOAC; British Film Institute; Bradford City Library; British Museum (Londres); British Petroleum Co. Ltd.; Brown Brothers; Bundesarchiv (Koblenza); Central Press; Colección René Dazy; Colección Viollet (París); Conservative Research Department; Contemporary Films; Culver Pictures Inc.; Chicago Historical Society; China Pictorial; J. Chochola (Praga); Emil Chuthess; *De Nieuwe Amsterdammer; Der Welt Spiegel;* Deutches Museum (Munich); *Domenica del Corriere;* Edistudio (Barcelona); Fawcett Library; Fine Arts Publishing Co. Ltd.; Ediciones Fisa; Fox Fotos; Galleria Bergamini (Milán); Geernsheim; Martin Gilbert; GLC Photo Library; Paul Gori; Kenneth Griffith Collection; Harlingue (F. Viollet); Heeresgeschichtliches Museum (Viena); Photo Hilscher (Viena); Historical Research Unit.; *Ilustrated London News; L'Illustration;* Imperial War Museum; India Office Library; Institute of Social History (Amsterdam); Instituto de Historia de la Ciudad (Barcelona); Instituto Municipal de Historia (Barcelona); Instituto Luce; International Press Agency; Keystone Press; Keystone (París); King Features Syndicate; *Kladderadarsch;* R. Lehman Collection, Nueva York (F. Giraudon); Library of Congress (Washington); *London Express and News;* London Museum; London News Agency; London School of Economics; London Transport Board; Macmillan Co. (Nueva York); Magnum; Mander & Mitchenson; George Manners; Mansell; Metropolitan Museum of Art, Col. Doctor Bakwin (Nueva York); Ministry of Defense (Naval Department), Londres; B. Morangies; Moro (Milán); Moro (Roma); George Morrison; Musée Carnavalet (París); Musée de L'Armée (Bruselas); Musée de L'Armée, Invalides (París); Musée de la Guerre (París); Musée des Arts Decoratifs (París); Musée des Beaux Arts (F.P. Giraudon); Musée des Beaux Arts (Ruán); Musée Royal de L'Armée (Bruselas); Museo d'Arte Moderna (Milán); Museo della Fanteria (Roma); Museo della Guerra (Rovereto); Museo de Mons; Museo di Storia Contemporanea (Milán); Museum of Modern Art (Nueva York); Museum of Modern Art, Film Library; National Army Museum (Sandhurst); National Film Archive; National Gallery (Londres); National Gallery of Canada; National Maritime Museum (Greenwich); National Portrait Gallery; Nerbini; Novosti; The Omnibus Society Collection; George Orwel Archive; *La Presse Socialiste* (F. Tasiemka); *Le Petit Journal; Le Petit Journal Illustré* (F. Snark); Josef Pilsudski Institute; Paul Popper; Press Association; *Punch;* Radio Times Hulton Picture Library; Francisco X. Ráfols; Éditions Rencontre; Leni Riefenstahl; N. Ringhart; *Le Rire;* Theodore Roosevelt Association; Science Museum, Photo Chris Barker; Patricia Rosenwald; SCR Photo Library; Gabriel Serra (Barcelona); *Simplicissimus;* Snark International; Spadem; *The Sphere;* Staatsbibliothek (Berlín); Stanley Gibbons, Ltd.; Südd-Verlag (Munich); Hans Tasiemka; Oscar Tellgman; Tretyakov Gallery; Turkish Embassy Press. Dept.; Ullstein; Ulk (F. Tasiemka); Ulster Museum (Belfast); U.N. Library (Ginebra); United Press International; Victoria and Albert Museum (Londres); Vhú (Praga); Roger Viollet; Wiener Library (Londres); Agencia Zardoya (Barcelona); A. Zerkowitz (Barcelona).

ISBN 84-7178-237-5 (ed. completa)
ISBN 84-7178-239-1 (vol. III)
ISBN 84-7178-238-3 (ed. fascículos)

 Título original: *History of the 20th Century*
Traducción de Jaime Berenguer Amenós, Carlos Pujol, J.G. Larraya, Esteban Riambau y J.C. García-Borrón
Depósito Legal: B. 39 247 (III) - 71. Impresión: Publicaciones Reunidas, S.A. Alfonso XII s/n - Badalona
Impreso en España - Printed in Spain

Norteamérica en primer plano

Los «felices años veinte» es una simplificación superficial que oculta convenientemente la desilusión y la intolerancia en una sociedad obsesionada por el progreso materialista. Muchos valores de la civilización estadounidense se hallaban en su nivel más bajo precisamente cuando más hablaban los norteamericanos de sus tradiciones liberales.

En mayo de 1920, un senador de Ohio, aún poco conocido, habló ante una asamblea de hombres de negocios en Boston y supo dirigirles unas cuantas frases reconfortantes. «Lo que los Estados Unidos necesitan actualmente —dijo— no es heroísmo, sino cicatrización; no es panacea, sino normalidad; no es revolución, sino restauración; no es agitación, sino reajuste; no es cirugía, sino serenidad; no es dramatismo, sino desapasionamiento; no es experimentación, sino equilibrio; no es la anulación en lo internacional, sino el desarrollo de una nacionalidad triunfante.»

Con estas palabras y la recomendación que las siguió —desconfiar del poder del



El rascacielos Empire State Building, símbolo de la prosperidad y el desarrollo de los Estados Unidos, va surgiendo sobre el panorama de Nueva York (1929). La gran bancarrota no tardaría en agrietar los frágiles cimientos sobre los cuales se había edificado la prosperidad de la década 1920-1930.



Gobierno y de la «falsa economía», colocar a los Estados Unidos en primer lugar y confiar en el *laissez-faire* en casa y en el proteccionismo de cara al exterior— Warren G. Harding anunció el lema principal con el que llegaría a la presidencia el año siguiente: el retorno a la normalidad. Pero hizo algo más que esto. Sin duda alguna, expresó los sentimientos e instintos de millones de sus compatriotas, probablemente de la mayoría. Durante el resto de la década, la vida pública, económica y social de los Estados Unidos se inspiró generalmente en esta forma de pensar, que expresaba el materialismo característico de lo que más tarde se denominaría la «Nueva Era». Ésta marcó toda una época de prosperidad, aislacionismo y egocentrismo nacional.

Una prosperidad creciente fue su característica fundamental. Un índice, aunque demasiado generalizado para decirnos gran cosa, fue el ingreso *per capita*, que aumentó en más de un cuarto —de 660 $ a 857 $— entre 1921 y 1929. Otro síntoma, más notable e inmediatamente visible, fue el gran *boom* de la construcción en la segunda mitad de la década, que transformó el aspecto de las ciudades estadounidenses. A ello se sumaron los automóviles que empezaron a inundar las carreteras, pues los ocho millones de 1920 se convirtieron en veintitrés millones en 1930. En este año, la industria del automóvil absorbía el 15 por ciento del acero nacional y contribuía casi en un 13 por ciento a la producción industrial total. Los coches fueron la primera gran demostración de las posibilidades que el nuevo mercado de masas ofrecía a los bienes de consumo duraderos. Neveras, cocinas eléctricas y radios se convirtieron en artículos corrientes en la década de 1920 y evidenciaron la nueva importancia adquirida por la industria de electrodomésticos. En el año 1920 apenas existían aparatos de radio, pero diez años más tarde había trece millones de ellos. Los precios de estos artículos, en otro tiempo de lujo, bajaron, en tanto que los salarios ascendían. La productividad de la industria estadounidense se incrementaba con rapidez, pero también la demanda parecía expansionarse con celeridad. Los lujos se convirtieron en necesidades.

Izquierda: **en 1925, los Ford modelo «T» —los «Tin Lizzies»— se van acumulando para cumplimentar la demanda de un nuevo mercado de masas. Durante la década 1920-1930 se triplicó el número de automóviles que circulaba por las carreteras de los Estados Unidos.**

Tal fue el primer gran *boom* económico de la historia, que mostró las líneas de las futuras sociedades occidentales, ya que su ímpetu y dirección procedían del mercado de masas. La demanda se mantenía con facilidad, no sólo gracias a los salarios en constante aumento y a un alto nivel de empleo (el desempleo nunca rebasó un cinco por ciento en aquellos años, índice notablemente bajo para la época), sino también gracias a una gran expansión del crédito. Había en los Estados Unidos mucho dinero para prestar, y sus habitantes ansiaban pedir préstamos. La compra a plazos tornóse a la vez frecuente y respetable. A pesar de una disminución en el índice de crecimiento económico en 1927, la prosperidad de los Estados Unidos parecía perdurable y la gente quería participar en ella mediante sus compras. Así, en 1928, el presidente Hoover podía asegurar a sus compatriotas: «Hoy estamos más cerca que nunca, y más que cualquier otro país, del ideal que implica la abolición de la pobreza y del temor...»

Grietas bajo la superficie

Había, desde luego, excepciones en este bienestar general. Al igual que en Gran Bretaña, industrias de antiguo cuño, como la textil, quedaban rezagadas, se estancaban o declinaban, mientras otras, más nuevas, mostraban un rápido crecimiento. La agricultura acusó depresión durante todo este período de precios en constante baja. En el aspecto regional, tales disparidades significaban grandes variaciones. Florida se defendía bien gracias a su *boom* de venta de terrenos, pero todo el Sur seguía siendo una zona atrasada y pobre, y con un elevado índice de paro. El Lejano Oeste y el Nordeste eran, en 1929, los lugares con los ingresos *per capita* más elevados —921 $ y 881 $ respectivamente—, en tanto que el Sudeste tenía los más bajos: 365 $. Las cifras también demostraban cuán diferente era la situación del campo en comparación con la de las zonas urbanas. El ingreso *per capita* de la población agrícola en Carolina del Sur, por ejemplo, era de 129 $ —el más bajo del país—, en tanto que la cifra para la población no agrícola en el mismo Estado era de 412 $, más del triple. Pero ambas cifras quedaban pequeñas ante los 1.246 $ de ingreso *per capita* de los cultivadores de frutas californianos, al parecer el estamento más próspero de toda la población en esta particular medida valorativa.



Hacia 1925, los vehículos de las fábricas Ford dominaban el transporte en carretera y por el aire. En este dibujo de Berryman, Henry Ford acaricia la idea de introducirse asimismo en el mercado submarino.

Todavía eran peores otras disparidades que se ocultaban tras estas cifras. Al final de la década, la *Brookings Institution* realizó un estudio sobre la distribución de la renta y descubrió que la prosperidad distaba de haberse repartido equitativamente. Incluso parecía probable que las ya acusadas desigualdades de la sociedad estadounidense se hubiesen intensificado en los diez años precedentes. Un sesenta por ciento de familias norteamericanas tenía ingresos inferiores a 2.000 $ al año, nivel que apenas bastaba para cubrir las necesidades más apremiantes de la existencia.

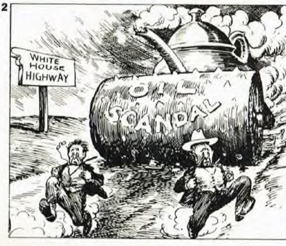
A un nivel más profundo había también motivo para preocuparse por la economía. La balanza comercial estadounidense con el resto del mundo fue siempre favorable durante estos años, pero en otro aspecto sus cimientos eran precarios. Debido a que los Estados Unidos se encontraron, al terminar la guerra, con que habían prestado ingentes cantidades a otras naciones —se les debía casi 13.000 millones de dólares en 1918—, en el resto del mundo existía una especie de hambre de dólares. Esto se remedió en la década de 1920, pero no mediante compras de Estados Unidos en el extranjero, puesto que los fabricantes norteamericanos querían explotar por su cuenta su enorme mercado nacional, sino a través de empréstitos otorgados a Europa. En 1929, gran parte de la recuperación económica europea y, sobre todo, la nueva prosperidad de Alemania, dependían de los empréstitos norteamericanos a corto plazo. Si un pánico en Estados Unidos obligaba a cancelarlos, no sólo la actividad eco-

nómica disminuiría drásticamente en Europa, el mejor mercado de Estados Unidos, sino que el suministro de dólares, precisamente la divisa que Europa necesitaba para comprar a los Estados Unidos, se esfumaría de la noche a la mañana. Esto fue, desde luego, lo que sucedió, con resultados desastrosos para el comercio y la producción mundial, y para Estados Unidos en particular.

Sin embargo, sólo un escéptico frío y desapasionado hubiese podido ver la amenaza subyacente a través de la vigorosa realidad de la prosperidad norteamericana en la década de los 20. La humanidad parecía haberse lanzado a una prodigiosa escalada de progreso material, con los Estados Unidos al frente. La prosperidad infundía confianza a toda la nación e inspiraba una devoción aún mayor que la tradicionalmente otorgada al capitalismo y a las virtudes que, según se suponía, el capitalismo fomentaba a la par que se apoyaba en ellas. «El hombre que construye una fábrica construye un templo», dijo Coolidge. «El hombre que trabaja, reza.» Hoover (uno de los presidentes más capaces que ha tenido el país) ensalzó en 1922 el individualismo norteamericano en un libro así titulado. Hoover dedicó su último discurso electoral, en 1928, a la necesidad de resistir a la «burocratización de los negocios en nuestro país», la cual, dijo, «envenena las mismas raíces del liberalismo, o sea la equidad política, la libertad de palabra, la libertad de reunión, la libertad de prensa y la igualdad de oportunidades». Franklin Roosevelt, el futuro creador del «New Deal», tal vez exageró un poco la novedad de su mensaje cuando dijo a sus oyentes en Tammany Hall, de Nueva York, el mismo año: «Quiero predicar una nueva doctrina: la completa separación entre negocios y Gobierno.» La gente pensó que era, al fin y al cabo, un sistema que había dado buen resultado, como lo habían podido constatar, durante toda su vida, muchos norteamericanos que ocupaban entonces posiciones influyentes e importantes en el Gobierno y en los negocios.

1 **Irresponsable estrechez de miras: el senador despotrica acerca de los problemas locales, mientras ignora los de índole nacional.** *2* **El escándalo del petróleo de Teapot Dome amenaza desintegrar la Administración Nacional. Teapot Dome fue una de las zonas ricas en petróleo cuyo arriendo se logró mediante sobornos.**

1


2


Las directrices republicanas

Vista retrospectivamente, la política que proporcionaba tal prosperidad y confianza da la impresión de carecer de grandeza. Pero los líderes intrépidos y los debates espectaculares sobre cuestiones morales son características de la política en épocas que ponen a prueba el espíritu humano, y no de la que se desarrolla en tiempos de prosperidad. Los presidentes de la década de 1920, como todos sus predecesores desde McKinley (con la excepción de Wilson, quien nunca lo consiguió), fueron elegidos con mayorías sustanciales en la votación popular. Todos fueron republicanos y sólo en 1928 el candidato demócrata a la presidencia, Al Smith, logró un 40 por ciento de los votos populares. El dominio del *Grand Old Party* parecía absoluto, y su posición se veía reforzada por la terrible situación en que se encontraban los demócratas con el asunto de la Ley Seca. De hecho, sus legiones de irlandeses e italianos del Nordeste eran *wets* (o sea «húmedas», enemigas de la Ley Seca) casi hasta el último hombre; en cambio, el Sur rural, el «sólido» Sur, que conservaba todavía celosamente sus recuerdos de la guerra civil, era también el hogar del conservadurismo protestante (baptistas) y, además, «seco». En 1928, Smith, un *wet*, triunfó en todas las grandes ciudades, pero el sólido Sur se escindió por fin y Hoover se hizo con todos sus Estados menos ocho. Paradójicamente, el tecnócrata y el filósofo de la gran industria fue elegido por las ciudades pequeñas y el campo.

Una permanencia tan larga en el poder no estimulaba a los republicanos a pensar profundamente en las necesidades nacionales, y por otra parte no puede decirse que empezaran con buen pie. Harding era trivial y crédulo, y se mostró incapaz de dominar a sus colegas.

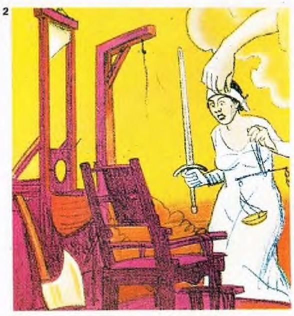
Resultado de ello fue una serie de escándalos y revelaciones. Un fiscal general fue destituido por vender permisos de venta de bebidas alcohólicas (enormemente valiosos bajo la Ley Seca) y otros funcionarios dieron con sus huesos en la cárcel. El pobre Harding padeció tanto como sus amigos. A pesar de que, al parecer, fue personalmente inocente, su salud se resintió y murió en 1923 en circunstancias algo misteriosas. Le sucedió su austero vicepresidente Calvin Coolidge, quien tuvo que habérselas con el peor escándalo de todos, el de Teapot Dome (se descubrió que el secretario del Interior había arrendado reservas de petróleo gubernamentales a cambio de fuertes sumas de dinero).

«Honest Cal» («el honrado Calvin») era muy diferente de su predecesor, pero estaba igualmente convencido de los imperativos morales del sistema capitalista. Su observación más famosa, por su profundidad, fue la de que «el negocio, en Estados Unidos, es el negocio». Atrajo a sus compatriotas (quienes lo eligieron presidente en 1924) porque, como Harding, supo personificar, con matices ligeramente distintos, los puntos de vista del hombre de la calle sobre la tradición y la civilización norteamericanas. Tenía una cierta personalidad, si bien, conocido a fondo, no resultaba muy simpático. Poseía más fibra moral que su predecesor, y ello se debía en gran parte a su sencillez y frugalidad yanquis, cualidades éstas que daban la

Derecha. **Cambios en el horizonte: «Chimeneas y torre de agua», por el pintor norteamericano Demuth. El gran *boom* de la construcción creó un nuevo rostro urbano y aportó una prueba tangible de la creciente prosperidad de los Estados Unidos en la década 1920-1930; Demuth, destacado cubista-realista, encontraba una severa belleza en las simples formas geométricas del paisaje industrial.**







1 **Caricatura alemana acerca del proceso Scopes: el diablo asa a los fundamentalistas por negar a Darwin.** *2* **Dibujo alemán que presenta a la justicia norteamericana contemplando los resultados de su rectitud farisaica.**

impresión de derivar más bien del hábito y la falta de imaginación que de una auténtica amplitud de miras. Sin embargo, sus lacónicos comentarios sobre los asuntos le conferían un aspecto hogareño, poco comprometido y seguro. (Fue Coolidge quien, al preguntársele sobre lo que había dicho un cura en un sermón sobre el pecado, replicó: «Estaba en contra.») Prácticamente, sus únicas medidas presidenciales importantes fueron sus vetos.

Sin embargo, eso era lo que los Estados Unidos querían. La atmósfera política de la Nueva Era podía calificarse ya de introvertida, reaccionaria y materialista. La década de 1920 se había iniciado con una «caza de brujas» dirigida contra anarquistas y elementos subversivos. Lo peor terminó en 1921, pero en los años siguientes las opiniones minoritarias se enfrentaron a duras pruebas. Sería la gran década del Ku Klux Klan (resucitado en 1915), que añadió el antisemitismo y el anticatolicismo al racismo de sus difuntos predecesores. Un gran acontecimiento simbólico fue el proceso Scopes en 1925, cuando un maestro fue acusado de quebrantar la ley del Estado de Tennessee, que prohibía enseñar la doctrina darwiniana de la evolución. La parte más progresista del país vio en aquel proceso la prueba que demostraba de modo alarmante el atraso de la legislación de Tennessee, y el resto del mundo no ocultó su desprecio; pero en otros tribunales de Estados Unidos ocurrían hechos no menos deplorables en nombre de la ortodoxia política. En conjunto, el Tribunal Supremo consiguió evitar infracciones graves de las libertades constitucionales; pero no fue su respeto al principio legal y constitucional lo que atrajo la atención del resto del mundo, sino el largo proceso de Sacco y Vanzetti, que fueron finalmente electrocutados en 1927. Esta vez, el Tribunal Supremo no logró que le presentasen el caso, y el juicio suscitó protestas en todo el país e incluso en Europa.

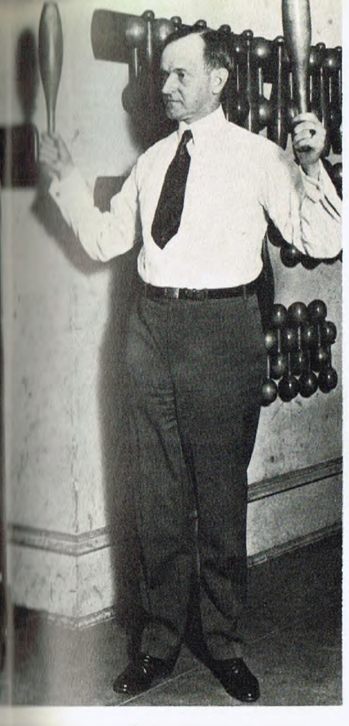
El síntoma más elocuente de que los Estados Unidos renunciaban a los ideales de una sociedad abierta fue el abandono del principio de la inmigración sin restricciones. El paso más importante en este proceso fue la Ley de Inmigración de 1921. Aunque las regulaciones selectivas habían resquebrajado ya el antiguo principio de la «puerta abierta» (la ley más reciente fue promulgada en 1917, a pesar del veto de Wilson), ningún inmigrante europeo se hallaba supeditado a restricción alguna con respecto a su nacionalidad. La Ley de 1921 terminó con esto, al limitar el número de extranjeros admitidos cada año, procedentes de Europa, Australia, Oriente Próximo o África, al tres por ciento del número de personas de su nacionalidad establecidas ya en Estados Unidos en 1910. Ello tenía por objeto reducir la inmigración procedente del Sur y del Este de Europa, pero no se tardó en comprobar que la medida aún no era bastante rigurosa. Por lo tanto, en 1924 la cifra descendió al dos por ciento y la fecha tope fue cambiada por la de 1890, un año cuyo censo favorecía mucho más a los europeos del Norte. Algunos años más tarde, en 1929, el número total de inmigrantes admitidos quedaría reducido a 150.000, mucho menos que el promedio anual de *sólo* los inmigrantes italianos entre 1900 y 1914.

Una traición al pasado

Semejante cambio originó fuertes repercusiones sociales y económicas, no sólo en los Estados Unidos, a los que siempre había reforzado una corriente de variadas influencias culturales, sino también en aquellos países que no podían ofrecer empleo a unos emigrantes potenciales que se encontraron entonces sin la presunta tierra de promisión. La misma importancia revistió la *Immigration Act* como símbolo, pues tuvo su origen en el temor y la desconfianza ante los inmigrantes más recientes, reacción constante en la historia norteamericana, pero que adquirió especial virulencia en la confusa época que siguió a la Primera Guerra Mundial. Fue a la vez un juicio sobre la reciente inmigración y una demostración de miedo a Europa; fue también el fin de un ideal admirado y respetado: el ideal de Estados Unidos como la tierra de las oportunidades para toda la humanidad, la «mejor esperanza del mundo», como en otros tiempos se había dicho. La inmigración sin cortapisas era una de las instituciones norteamericanas más antiguas y había prestado grandes servicios a la nación; suprimirla era una traición al pasado de los Estados Unidos.

No cabe duda, sin embargo, de que la medida se ajustaba al signo de la época. Con argumentos bastante plausibles, ciudadanos respetables y bien intencionados podían señalar el predominio de nombres italianos entre los gángsters más notorios y la violencia de ciertas comunidades de inmigrantes en los conflictos industriales, como demostración de que la inmigración sin restricciones no había sido una bendición en todos los aspectos. No obstante, fueron mayoría los norteamericanos que, al parecer, no sintieron la necesidad de razonar con gran precisión su desconfianza instintiva. Aquellos que estuvieron en Francia durante la guerra no quedaron muy impresionados por lo que vieron de aquella civilización más antigua, y sólo unas cuantas personas, con una cultura superior a lo corriente y dotadas de un espíritu emprendedor, poseían conocimientos amplios acerca de otras partes del mundo.

Durante largo tiempo, los norteamericanos habían estado plenamente ocupados en la explotación de su continente y el aislacionismo siempre había sido un factor geográfica y socialmente comprensible en Estados Unidos. Después de 1918,





Izquierda: **«Honest Cal» Coolidge en el gimnasio del Senado, en 1924. Llevó a cabo su mandato en un ambiente de pujante economía, aunque la prosperidad ocultaba muchas desigualdades y no pocos abusos sociales.** *Arriba:* **el desahucio de los cosechadores, pagados en especie y considerados prácticamente como siervos.**



Arriba: **niños dedicados a la recolección de tabaco; otro de los abusos que no supo atajar el aparente progreso de la década 1920-1930.** *Abajo:* **miseria en West Virginia. En el país abundaban las zonas empobrecidas por la baja de precios.**



«Asesinato», «Víctima de un hacha», «Suicidio», «La silla de la muerte», «El asesino del martillo»: esta portada de *Life* presenta a las jovencitas norteamericanas de la década 1920-1930, dedicadas en todo instante a devorar crimen y violencia en las revistas publicadas en los Estados Unidos por los traficantes de sensacionalismo. Aparentemente, poco más o menos como sigue ocurriendo; en realidad, ahora más: porque la epidemia ha alcanzado a toda la masa norteamericanizada de nuestros días, y a otros medios de difusión mucho más «eficaces».

este aislacionismo viose abonado aún más por el espectáculo de desorden que gran parte del resto del mundo parecía presentar.

Una política exterior de miras estrechas

La desconfianza y el temor habían incitado ya a rechazar la política exterior de Wilson. El Senado de Estados Unidos nunca aceptó el Tratado de Versalles y la guerra con Alemania concluyó simplemente mediante una resolución del Congreso en 1921. Esto fue virtualmente, salvo en un aspecto, el final de todo interés norteamericano por Europa. La gran excepción fue la incómoda cuestión de las deudas de guerra y la confusión de aquélla con las reparaciones.

En la década de 1920, la opinión norteamericana sobre esta cuestión tendía a estar especialmente influida por lo que cabría denominar el simple enfoque del hombre de negocios. Éste afirmaba que

las deudas internacionales debían ser consideradas como equivalentes, en lo moral y lo económico, de las deudas particulares entre personas individuales. Este juicio fue resumido por otro de los *obiter dicta* de Coolidge: «Estos países pidieron prestado el dinero, ¿no es así?» Las opiniones de los Estados europeos acerca de la restitución reflejaban en general un antagonismo igualmente simple con respecto a aquel punto de vista. Juzgaban que ellos habían peleado durante tres años y medio mientras los Estados Unidos ganaban dinero a costa de sus necesidades, y al mismo tiempo que se enojaban ante la actitud santurrona de los Estados Unidos, envidiaban la riqueza que éstos habían adquirido recientemente. En otro nivel distinto, esgrimían también argumentos de mayor peso. El dinero que debía ser devuelto a los Estados Unidos era dinero que no cabía utilizar para la adquisición de mercancías norteamericanas; las cuantiosas restituciones en oro o divisas extranjeras no tendrían utilidad para los Estados Unidos a menos que éstos abandonasen su política arancelaria y comprasen a Europa, lo cual era inconcebible puesto que en 1922 una nueva ley arancelaria impuso las tarifas más elevadas de toda la historia norteamericana. Cuando a este debate se añadió, más tarde, la irritación de los franceses al ver que se esperaba de ellos que condonasen las reparaciones alemanas mientras ellos saldaban sus deudas con los Estados Unidos, cabe comprender que difícilmente las relaciones norteamericanas con los países europeos podían ser cordiales.

Una vez desechada una propuesta británica para la mutua cancelación de las deudas de guerra entre los aliados (el Reino Unido había prestado a sus aliados más de lo que él debía a los Estados Unidos, de modo que su oferta no era interesada), lo mejor que cabía esperar era una serie de acuerdos financieros para definir las condiciones de la restitución. El primero —en términos muy onerosos— firmóse con Gran Bretaña en 1923, y al finalizar la década diecisiete países habían convenido las condiciones. Entretanto, en 1924, los Estados Unidos habían variado sustancialmente el cuadro de las reparaciones tomando la iniciativa de un comité —con presidente norteamericano, Charles Dawes— que reorganizó el pago anual de las cantidades a entregar en concepto de tales reparaciones y autorizó el primer gran empréstito extranjero a Alemania. Cuando los préstamos norteamericanos a Alemania empezaron a enjugarse al finalizar la década, un nuevo comité de reparaciones presidido por otro norteamericano, Owen D. Young, modificó otra vez el esquema de devoluciones.

En otros aspectos, las relaciones de Estados Unidos con Europa no tuvieron especial significado. Los tratados navales de Washington, que otorgaron el primer reconocimiento formal a la paridad de las flotas británica y estadounidense, dedicaron un interés mucho mayor al Pacífico y al Extremo Oriente. Se envió un observador norteamericano a la Conferencia de Lausana en 1922, pero, característicamente, sólo porque los intereses petrolíferos estadounidenses sentían inquietud ante la actividad británica en Oriente Medio. Las Leyes de Inmigración suscitaron hostilidad en Italia y la cuenca del Danubio. El Pacto de París de 1928 —el llamado Pacto Kellogg, basado en el plan del secretario de Estado norteamericano para una renuncia mutua a la guerra— carecía virtualmente de sentido, dadas las reservas que contenía y la continua negativa por parte de los Estados Unidos a ingresar en la Sociedad de las Naciones. No obstante, los Gobiernos norteamericanos parecían haber dado a sus súbditos lo que éstos deseaban. No querían responsabilidades internacionales aunque detentasen un poderío internacional, pero, desgraciadamente, otros Estados iban a verse afectados por los actos de una nación tan rica y poderosa, a pesar de que ésta pugnara por no salir de su ámbito.

Esta situación desafortunada no pudo evitarse, dada la actitud egoísta y cerrada de la sociedad norteamericana en aquellos años. Esta actitud se originó en realidades sociales y en una tradición que formaban parte, ciertamente, de la herencia estadounidense, pero que sin duda no constituían su totalidad. Fueron relativamente pocos los que se opusieron. En cierto modo, la protesta fundamental contra ella fue presentada en dos libros de Sinclair Lewis que se publicaron al principiar la Nueva Era: *Calle Mayor* (1920) y *Babbitt* (1922). Hoy no son muy leídos, pero ambos identificaron la mentalidad y el ideal pueblerinos que iban a ser los «archivillanos» en la mitología de los intelectuales norteamericanos durante más de una década. Pero los intelectuales no podían hacer gran cosa, aunque sus libros se vendiesen profusamente (como ocurrió con los de Sinclair). Su furor iconoclasta apenas alcanzó a hacer mella en el duro caparazón de complacencia formado por la prosperidad.

Las deficiencias de esa prosperidad eran pasadas por alto y lo mismo ocurría con sus características claramente negativas. Una sociedad en la que un gran número —posiblemente una mayoría— de ciudadanos quebrantaban regularmente la ley y facilitaban un mercado para una inmensa industria prohibida, difícilmente puede ser considerada como dotada de una salud perfecta, y tal era el aspecto de los Estados Unidos bajo la Ley Seca. Por otra parte, los males de la época que suscitaron entonces su condena, no nos parecen hoy los más alarmantes. Su aspecto «escandaloso» era el menos importante en realidad. Nuestra nostalgia superficial al pensar en la «época del jazz» no debe ocultarnos todo lo que no fuese el *bunny-hug* y el charleston, pues detrás del sórdido romanticismo del *speakeasy*, la taberna clandestina, y de la guerra entre los gángsters, había una continua e imperturbable preocupación por el éxito material. Resulta revelador que ésta fuese la gran era de la habilidad para conseguir más ventas, la época en que esta actividad fue más estimada que cualquier otra técnica comercial.

Los valores comerciales no son, naturalmente, valores desdeñables; pero al igual que cualquier otro valor especializado y parcial, deben ser subordinados a otros más fundamentales y, en la década de 1920, parecieron a veces eclipsar algunos de los ideales y tradiciones más nobles de los Estados Unidos, o permitir únicamente su expresión a través de versiones deformadas e incompletas. Fueron muchos, desde luego, los que supieron aprovechar esta situación. Los negocios tenían el Gobierno de su lado y, pese a lo que pudiesen decir, a los hombres de negocios les agradaba una cierta intervención. Los impuestos eran aceptables, pero no las leyes del salario mínimo, y a pesar del tan cacareado individualismo, eran las compañías más poderosas y dinámicas las que dominaban el mundo de los negocios. Sin embargo, parecía como si todos se estuviesen enriqueciendo y resultaba fácil olvidar a aquellos que eran pobres. El 3 de septiembre de 1929, las cotizaciones de la Bolsa de Nueva York llegaron al nivel más alto que alcanzarían en los próximos veinte años. Némesis esperaba a unas semanas de distancia y, por desgracia, cuando llegó, no sólo barrió beneficios sobre el papel e ilusiones económicas, sino que acabó también con la auténtica prosperidad que los años veinte habían traído a millones de norteamericanos.

J. M. Roberts

La época del jazz: las «flappers»

Había llegado el cambio. Hollywood había lanzado a Clara Bow, con sus labios pintados, sus piernas de bailarina y su cabello cortado «a la romana». Llegaban el charleston, el saxofón, el traje de baño de una pieza, los concursos de baile, las películas de Mack Sennett, y las rutilantes y sucintamente ataviadas estrellas del cine. Las «alegres mocitas» —las «flappers»— retozaban en todo el país, escandalizando a los admiradores de la «modestia femenina». Scott Fitzgerald supo personificarlas en Marjorie Harvey, «quien, aparte de poseer un rostro encantador y una conversación brillante y aturdidora, era ya merecidamente célebre por haber dado cinco saltos mortales sucesivos durante el último baile "pump-and-slipper" en New Haven... "¡Por favor, no me hable de "Mujercitas"! —exclamó Marjorie, con impaciencia—. ¿Qué chica moderna podría llevar la existencia de aquellas sosas muchachas?»

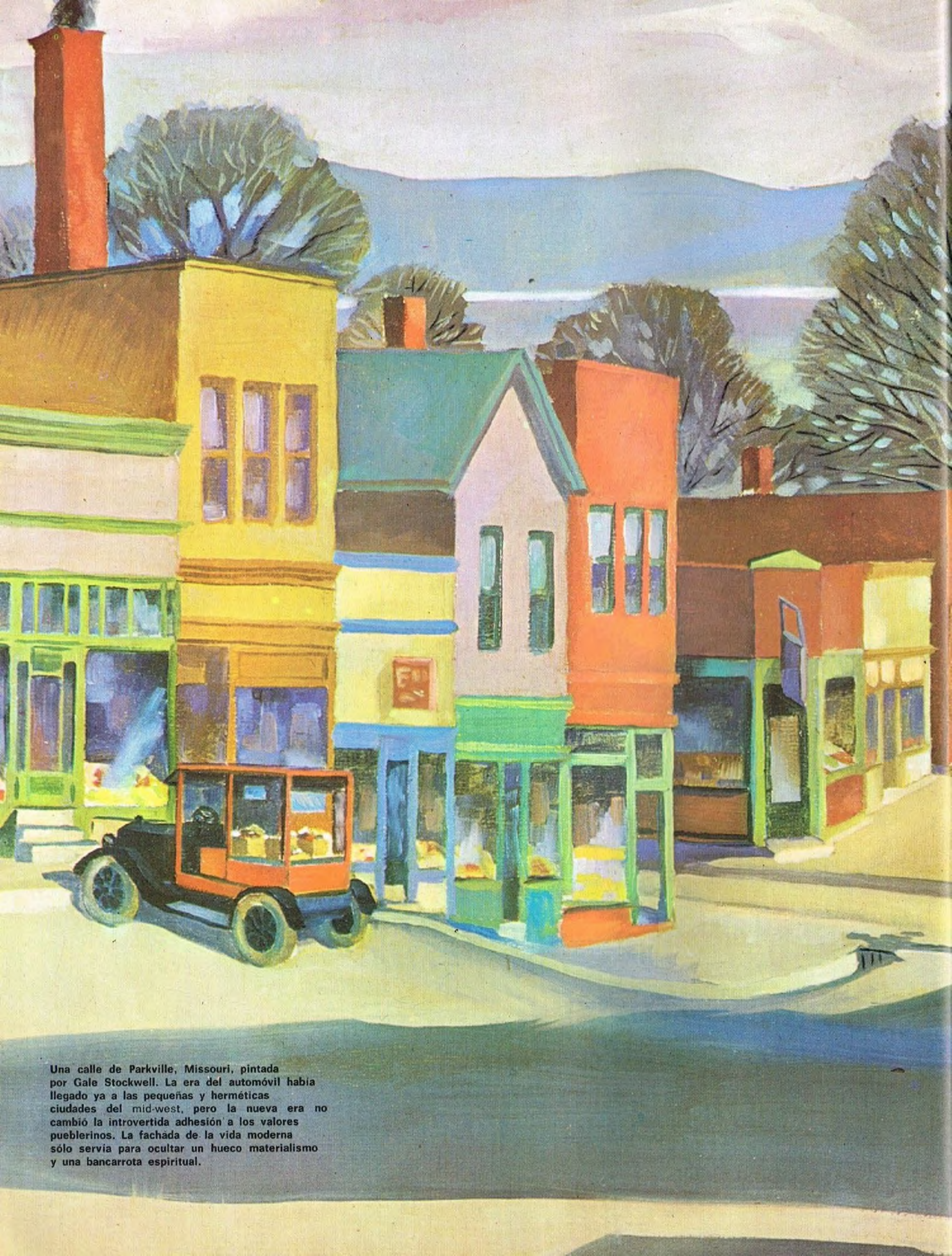
Izquierda: **una de las bellezas de Mack Sennett.** Abajo: **una chica se hace cortar el pelo «a la romana».** Al pie: **reacción contra las «flappers»: la «Anti-Flirt Association» distribuye insignias.**







Izquierda: **participantes en un campeonato de baile, cuarenta horas después de haber salido a la pista; la competición proseguía hasta que todas las parejas menos una se habían desplomado literalmente a causa del cansancio.** Arriba: **bellas bañistas en brazos de la ley; en Chicago se prohibieron los bañadores de una pieza, o sea los trajes ceñidos que sustituían a los voluminosos y recatados atuendos a base de dos piezas.** Abajo: **participante en un concurso de charleston.**



Una calle de Parkville, Missouri, pintada por Gale Stockwell. La era del automóvil había llegado ya a las pequeñas y herméticas ciudades del mid-west, pero la nueva era no cambió la introvertida adhesión a los valores pueblerinos. La fachada de la vida moderna sólo servía para ocultar un hueco materialismo y una bancarrota espiritual.

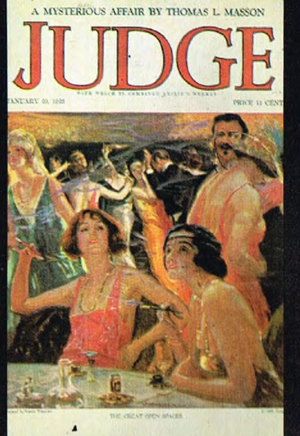




Arriba: **Al Jolson en «El cantante de jazz» (1927), primera película con imágenes y sonidos sincronizados.** Abajo: **el campeón del peso pesado Jack Dempsey cae fuera del ring bajo los golpes del argentino Firpo (cuadro de George Bellows); empero, Dempsey volvió a subir y en el segundo asalto puso fuera de combate a su contrincante.**

La época del jazz: blues, deporte y sexo

«Las fiestas eran más suntuosas... el paso era más rápido, los espectáculos eran más llamativos, los edificios eran más altos, la moral era peor, y el alcohol era más barato», escribió Scott Fitzgerald. Los negocios iban viento en popa, el dinero corría por doquier, y los organizadores de espectáculos para masas alcanzaban grandes beneficios. El cine atraía a un público numeroso, y los grandes edificios que albergaban estas fantasías del celuloide eran merecidamente denominados «palaces». Las multitudes se apiñaban para ver a campeones deportivos, ensalzados como nunca por la publicidad, hombres como el boxeador Jack Dempsey o «Babe» Ruth, el rey del «baseball». La gente sentía avidez por los récords, las proezas difíciles y las emociones nuevas. 1.800 toneladas de «confetti» cayeron sobre «Lindy», Charles Lindbergh, al regreso de su vuelo transatlántico sin escalas. Los diarios llamaban la atención de sus lectores mediante truculentos relatos sobre sexo y crimen, y las revistas publicaban «confesiones» como «Lo que expliqué a mi hija la noche anterior a su boda».





Izquierda: **Helen Morgan, cantante de blues, en Show Boat, de Jerome Kern.** Arriba, a la izquierda, y abajo: **típicas portadas de revistas que aumentaban sus ventas mediante concesiones a la demanda pública de temas sexuales.** Arriba, derecha: **programa de una diversión de género más conservador, el espectáculo de variedades.**



Arriba: **pintura de Ben Shahn que ridiculiza a las mujeres de la W.C.T.U. (Unión de Mujeres Cristianas por la Templanza), cuya religión consistía más bien en predicar contra las tabernas que en anunciar la palabra de Dios.**
Izquierda: **versión, debida a un artista francés, de los «destemplados» métodos empleados por las mujeres defensoras de la templanza.**
Abajo: **mujeres contrarias a la Ley Seca cuentan las papeletas durante una votación experimental sobre la Prohibición en 1921.**



Crimen y Ley Seca
«Vivíamos bajo una especie de feudalismo»

Los Padres Fundadores que previeron enmiendas a la Constitución, nunca hubieran imaginado que una de ellas prohibiría las bebidas alcohólicas en los Estados Unidos. Sin embargo, en 1918, la Decimoctava Enmienda promulgó precisamente esta medida y pareció como si fuese la culminación natural de toda una centuria de agitación. Durante el siglo XIX, la opinión más ilustrada creía que el progreso y la ciencia estaban de parte de la Prohibición. En 1920, los Estados Unidos habían asistido ya a la promulgación de leyes de Prohibición en diversos Estados, a la fundación de un Partido de la Prohibición y a la interferencia de las mujeres en los asuntos propios de los varones. Pero la demanda de la Prohibición representó el último intento del sector tradicionalista y rural —encabezado por las iglesias puritanas— para frenar el creciente poderío de las ciudades. La Liga Anti-Saloon saludó a la Prohibición como una «era de ideas limpias y vida limpia» y el clima de política exterior agresiva creado por la entrada de Estados Unidos en la guerra, en 1917, contribuyó a que el público se volviera receptivo para su propaganda de la temporada. Finalmente, la Prohibición se convirtió en ley el 17 de enero de 1920, aplicada bajo los términos de la «Volstead Act». Para celebrar el acontecimiento, la Liga Anti-Saloon distribuyó mensajes de felicitación en los que se deseaba a todos los hombres, mujeres y niños un «Feliz Año Seco», y Herbert Hoover habló de ese «gran experimento social y económico».

Sin duda, la economía tuvo que ver en ello, pero no del modo que creía Hoover. La Prohibición resultó ser un gran negocio para el mundo del crimen y su promulgación fue heraldo del período de mayor disipación en la historia norteamericana. Cabe asegurar que el primer acontecimiento de la era de la Ley Seca fue el robo de un camión cargado de whisky escocés, como un anuncio de lo que iba a venir. Los Estados Unidos habían aceptado la Prohibición casi distraídamente y el ciudadano corriente y moliente no tardó en demostrar que le disgustaba la ausencia de su jarra de cerveza. La súbita proliferación de bares para la venta de bebidas no alcohólicas, en los que algunos periodistas aseguraron haber detectado una nueva y acusada afición a los helados y a los refrescos, no fue en realidad más que una fachada ficticia para la venta de espirituosos. En Nueva York, que antes contaba con 15.000 «saloons» legales, no tardaron en existir 32.000 «speakeasies» o tabernas clandestinas. La nueva ley ofreció una oportunidad jamás soñada a las huestes del hampa, entre las cuales los criminales reconocidos todavía conservaban viva la tradición de violencia de la frontera norteamericana. El negocio consistente en llevar los aguardientes de las destilerías clandestinas hasta las sedientas bocas de los norteamericanos, convirtióse en una industria que manejaba millones y millones de dólares. Chicago, «la única ciudad totalmente corrompida de América», según palabras del concejal Robert Merriam, se convirtió en una gigantesca fábrica de bebidas alcohólicas.

En 1920, Big Jim Colósimo había alcanzado ya el pináculo de la fama como jefe del hampa de Chicago. Después de casarse con la dueña de un prostíbulo, convirtióse en director de una cadena de burdeles, casas de juego y cafés que le proporcionaban unos ingresos de 500.000 dólares anuales. Conocido como Diamond Jim, a causa de su afición a lucir diamantes en profusión sobre su enorme cuerpo, era un hombre de edad ya madura y muy satisfecho de sí mismo. Sus relaciones con una cantante de café llamada Dale Winters distrajo su atención de la política y su guardaespaldas, un pistolero de Nueva York llamado Johnny Torrio, vio la deslumbrante oportunidad de hacerse con el negocio. Después de liquidar a Diamond Jim de un balazo en la cabeza, Torrio tomó las riendas de sus actividades y las convirtió en un imperio del crimen de asombrosa eficiencia. A modo de brazo derecho, se aseguró la colaboración de un joven llamado Al Capone. Torrio compró participaciones en fábricas de cerveza al por mayor y, después de convencer a los cerveceros de que él era un «buen muchacho», los persuadió de que pusieran en marcha las destilerías. Sobornó a la policía, supo asegurarse el silencio de los funcionarios públicos y además consiguió una primera consolidación de los gángsters de Chicago y los convirtió en una fuerza eficiente de contrabandistas profesionales.

Cuando Torrio partió con su mujer para efectuar un viaje de placer a través de Europa, Al Capone ocupó su puesto. En 1925, Torrio se retiró, estableciéndose en Nueva York, y Al Capone quedó dueño y señor virtual de Chicago. Y allí forjó su renombre de criminal, el más famoso del mundo. Se le considera responsable de más de 400 asesinatos (los gángsters de Chicago morían a un promedio de edad de veintiocho años) y cuando se quejó de que le «acusaran de todas las muertes, con la excepción de la lista de bajas de la Guerra Mundial», muchos estaban convencidos de la veracidad de tal acusación. Aplastó toda oposición a tiro limpio y creó un monopolio de la destilería clandestina. Italiano de nacimiento, abrióse camino a fuerza de conspiraciones y bombas hasta la jefatura de la Mafia que había llegado a Estados Unidos desde Sicilia, con todas sus perversas tradiciones intactas. Al Capone la adaptó a las condiciones de una sociedad occidental industrializada y la usó como instrumento para expulsar de la ciudad a sus rivales o para someterlos a servil sumisión. Gradualmente, las fuerzas hostiles fueron eliminadas y, aunque cierto gángster de Chicago exclamó furibundo que podía «deshacer a ese pajarraco de Capone sólo con sus puños y en cualquier momento», no tuvo tal oportunidad. Capone y sus guardaespaldas luchaban según la nueva fórmula, utilizando todo el peso, precisión y eficacia de armas experimentadas durante la Gran Guerra. Cuando era preciso exterminar a un gran número de enemigos, la ametralladora era un arma más apropiada que la pistola o la escopeta de caza con los cañones aserrados, y a ella se añadía la nueva movilidad del automóvil rápido.

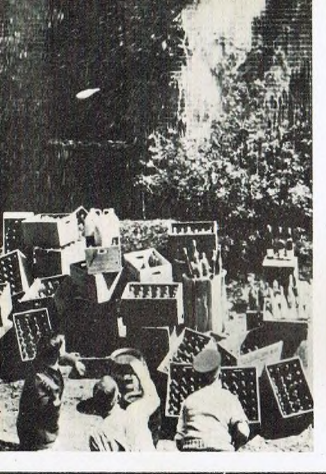
Los contrabandistas vivían desenfadadamente al borde de la muerte y Capone conocía a fondo los peligros de la política del hampa. Encargó un Cadillac V8 de cuarenta caballos que le fue entregado en 1928 y le costó 30.000 dólares. Pesaba siete toneladas y tenía un depósito de plancha de acero para la gasolina, carrocería blindada, ventanas con cristales de cuatro centímetros de grosor a prueba de balas, y una ventanilla que se abría en la parte posterior y que podía ser utilizada para disparar desde ella contra posibles perseguidores. El público se congregaba para ver en su interior a Capone, con sus trajes a rayas amarillas, botines y abrigo con cuello de terciopelo; y comentaba incesantemente los donativos del «bueno de Al» a las obras de beneficencia. El punto culminante de su carrera fue la matanza del día de San Valentín, en 1929, cuando eliminó del hampa de Chicago a toda la pandilla de Bugs Moran, sus rivales irlandeses. Siete hombres fueron friamente asesinados por ráfagas de metralleta en su refugio de North Clark Street, pero estas muertes no obedecían a mero capricho. Eran medidas necesarias de cara al negocio, ya que la pólvora y las balas eran el único medio efectivo para salvaguardar los beneficios del contrabando de licores y ni siquiera los pactos de no agresión que Capone establecía en los bajos fondos podían sustituir a la fuerza bruta.

Sin embargo, Chicago encerraba un dinamismo hipnótico que fascinaba al resto del país y proporcionaba un alivio a las libidos reprimidas. En State Street resonaba durante toda la noche la música de jazz y el estruendo de los camiones cargados de cerveza, mientras los coches de los gángsters patrullaban por la ciudad. Los homicidas profesionales, denominados «torpedos», disparaban ráfagas de balas emponzoñadas, y ciudadanos respetables buscaban una dudosa popularidad asociándose con los reyes del hampa. Era un logro social poder saludar con un «¡Hola, Al!» en un club nocturno lleno de público. El alcalde Big Bill Thompson, que predicaba el principio de la «ciudad abierta», no tuvo inconveniente en declarar que él era «tan "húmedo" como el centro del Océano Atlántico». Las elecciones se parecían más a un combate de guerrillas que al libre ejercicio de la democracia. La ley se hallaba sometida al poder de la fuerza y, como admitió un profesor de Chicago, «vivíamos bajo una especie de feudalismo». Los pistoleros controlaban el Ayuntamiento e incluso algunos jueces figuraban en la nómina de los contrabandistas. Entre 1927 y 1931 los gángsters cometieron 227 asesinatos, pero no hubo ni una sola condena. La sociedad asistía a cocteles ofrecidos por asesinos reconocidos y toda la ciudad se volcaba en los grandes entierros convertidos en tradición para los héroes del crimen que caían ametrallados.

En 1925, Chicago, con una población de tres millones de habitantes, tuvo, por embriaguez, 16.000 detenidos más que Inglaterra y Gales con su población de cuarenta millones. En 1927, las infracciones por conducción en estado de embriaguez habían aumentado en un 467 por ciento, y las muertes por alcoholismo en un 600 por ciento sobre el nivel de 1920. En un solo año de Ley Seca, los Estados Unidos consumieron unos 800 millones de litros de aguardiente, 2.600 millones de litros de cerveza y 460 millones de litros de vino. En 1932, a lo largo y a lo ancho del país, 2.000 ciudadanos, en su mayoría gángsters y colaboradores suyos en las destilerías, habían muerto «en acción» y 500 agentes de la Prohibición habían corrido igual suerte. Sin embargo, la protección oficial comprada con los inmensos beneficios del alcohol, aseguraba que si no se producía una revulsión total de la opinión pública, junto con enérgicas medidas del Gobierno federal, era imposible acabar con la violencia y restituir el respeto a la Constitución y la integridad de la ley. La Gran Crisis y la Depresión secaron el torrente de dinero que afluía a los cofres del crimen organizado y crearon el clima en el que la Prohibición y todas sus secuelas quedaron por fin desacreditadas. Después de catorce años, la nación sintióse asqueada de los resultados de aquella «era de ideas limpias y vida limpia» y el «gran experimento social y económico» de Hoover volvióse contra él cuando buscó la reelección en una plataforma que ignoraba la controversia entre «húmedos» y «secos». Franklin D. Roosevelt ascendió a la presidencia entre peticiones de «un "New Deal" y un jarro de cerveza para cada uno».

El 5 de diciembre de 1933 la Prohibición quedó oficialmente anulada por medio de la Vigesimoprimera Enmienda y desacreditada de una vez para siempre. No sólo fue una ley pésima por su intrínseca inviabilidad, sino que además otorgó, según palabras de la esposa de Johnny Torrio, «una luna de miel larga y sin nubes» a las fuerzas del crimen organizado.

S. R.





Arriba, izquierda: **destrucción de vinos y licores poco después de entrar en vigor la Prohibición. En vísperas de ésta, seguían abiertas 177.790 tabernas, y había millones de litros de bebidas espirituosas en los almacenes.** Arriba, derecha: **Al Capone, el famoso gángster que convirtió a Chicago en su imperio privado y vivió suntuosamente gracias a los beneficios del contrabando de licores.** Izquierda: **síntomas del creciente resentimiento contra la Ley Seca en 1931: 40.000 personas tomaron parte en esta manifestación en el Military Park de Newark, pidiendo cerveza; fue la primera protesta de una larga serie.** Abajo: **el «Rum Row» (delantal del ron), que, disimulado por una chaqueta larga, permitía ocultar varias botellas de aguardiente; no pocas mujeres habían defendido enérgicamente la promulgación de la Ley Seca, y resultó sorprendente ver que luego la mayoría de ellas votó en favor de su supresión.**









Arriba, izquierda: **Dion O'Banion, jefe de los «gangs» irlandeses y judíos de Chicago, con su esposa. Llevaba tres pistolas, pero de nada le sirvieron cuando sus asesinos irrumpieron en su tienda de flores; los ejecutores habían sido contratados por los Genna, aliados sicilianos de Torrio y Capone.** Arriba, derecha: **entierro de O'Banion en 1924. El ataúd, que había costado 10.000 dólares, tenía incrustaciones de plata, paredes herméticas de plata y bronce, y un interior acolchado con satén blanco; flores por valor de 50.000 dólares llenaron 26 camiones, y 20.000 personas, entre las que se contaban jueces y concejales, asistieron al sepelio.** Izquierda: **Frank Yale, jefe de los contrabandistas de licores de Nueva York y cabecilla de la Mafia, después de ser ametrallado en 1928 por orden de Al Capone.** Abajo: **la matanza del día de San Valentín, en 1929.**

El Ku Klux Klan:
prejuicio santificado por el ritual

Al llegar William Simmons y sus dieciséis secuaces a la cima de Stone Mountain, en Georgia, una cruda noche de 1915 —era precisamente el Día de Acción de Gracias—, se agruparon alrededor del confortable calor de una cruz de fuego y juraron restaurar el «Imperio Invisible». Con aquella breve ceremonia, los encapuchados habían infundido nueva vida a la más infame sociedad secreta de los Estados Unidos. El Ku Klux Klan había sido despertado de un prolongado sueño.

Los hombres que, poco después, empezaron a descender por la ladera de aquella montaña de granito, ignoraban que la siguiente década asistiría a los mayores triunfos de su asociación y también a su repentina y casi irrisoria desintegración.

El fundador del moderno Klan, William Simmons, era un profesor de historia del Sur estadounidense, que desde niño soñaba en convertirse en promotor y jefe de una cruzada patriótica contra las fuerzas que le parecían enemigas del sistema de vida norteamericano.

Aunque el Klan remozado por él conservó la siniestra túnica con capucha, el carácter secreto y buena parte del misterioso ritual, el Kloran, o libro de las reglas y ritos, indica que Simmons alteró casi toda la estructura de la antigua sociedad.

El Ku Klux Klan originario, fundado en 1866, había sido poco más que un club de buenos amigos. Los fundadores, un grupo de exsoldados de caballería confederados, habían sentido la necesidad, para vencer el aburrimiento, de formar un club en que pudieran vivir en camaradería como en los tiempos de guerra. Como nombre eligieron la palabra «Kuklos», «círculo» en griego, añadiéndole, para conseguir un efecto de aliteración, el vocablo Klan. Cuando se descubrió que con sus ropajes, su ritual y su terminología sembraban el terror entre la población negra local, el club empezó a asumir un significado político y social mucho más amplio, y en 1867 establecióse formalmente el «Imperio Invisible del Sur».

Basada su existencia en la afirmación de la supremacía blanca y la restricción de las actividades de los negros recientemente emancipados, el Klan dedicóse a la reafirmación de los derechos constitucionales de los blancos del Sur, a la protección de las mujeres y a la restauración de un gobierno independiente. También desempeñó un papel importante en la expulsión de aquellos aventureros yanquis llamados «Carpetbaggers» que pululaban por el exhausto territorio en busca de botín.

Influidas por el éxito del Klan, otras sociedades similares se propagaron rápidamente por la antigua Confederación. Se ha estimado que durante los últimos años de la década de 1860 la mayoría de los blancos sudeños tomaron parte de una forma u otra en el movimiento del Ku Klux Klan.

Pero el Klan no tardó en entregarse al terrorismo y sus bandas ya no se distinguieron de las de los forajidos. En 1869, el Mago Imperial, general Nathan B. Forrest, disolvió el movimiento. Sin embargo, los hombres del Klan persistieron en sus actos de violencia y la administración Grant replicó con medidas tales como la drástica Ku Klux Klan Act de 1871, por la que se autorizaba al Presidente a suspender las garantías constitucionales sobre la libertad personal y a cortar toda violencia con la ayuda del Ejército. No obstante, a pesar de procesar a unos 7.000 miembros del Klan, de los cuales un millar fueron declarados culpables, el terrorismo no cedió de un modo apreciable.

Los nuevos Caballeros del Ku Klux Klan formado por William Simmons en 1915 se compro-





Ceremonia de iniciación del Ku Klux Klan, en 1915. Los candidatos se arrodillan ante un altar cubierto por la bandera de franjas y estrellas, y presidido por una cruz llameante. Los conversos, en su mayoría personas de mediocre inteligencia, quedaban impresionados por el misterioso e ininteligible código de ceremonias, signos, señales y consignas.

metieron, como sus predecesores, a mantener la supremacía blanca, pero Simmons, en su calidad de Mago Imperial, insistió en que los extranjeros, los judíos y los católicos fuesen excluidos de sus huestes. Aunque aprovechó gran parte del ritual originario, Simmons le añadió un absurdo vocabulario de su propia invención. Sus conversos, en su mayoría personas de mediocre inteligencia, quedaron impresionados por un misterioso y casi ininteligible código de ceremonias, signos, señales y consignas. Los hombres del Klan cantaban «klodes», sostenían «klonversationes», juraban sobre su sangre, quemaban cruces y se susurraban contraseñas. Al encontrarse dos de ellos, cambiaban palabras en clave, formadas por las iniciales de los vocablos corrientes. Así, «N.° 1. Atga» significaba «Klan número uno del Klan de Atlanta, Georgia».

El Klan tenía su calendario propio. El 4 de julio de 1923, Día de la Independencia, era «El Triste Día de la Semana Llorosa del Mes Nefando del LVII año del Klan». Definido por su nuevo inspirador como una «sociedad aristocrática, mística, social y patriótica», el Klan se inspiraba en la estructura de la unión federal. Todo el Sur, el «Imperio Invisible», se hallaba bajo la dirección de un Mago Imperial y cada Estado constituía un reino bajo un Gran Dragón. Otras divisiones administrativas comprendían unidades regionales que ostentaban títulos como «Gigante», «Cíclope», «Titán», «Hidra» y «Furia». Las «madrigueras» locales eran gobernadas por un «Eminente Cíclope», cuyos funcionarios administrativos se denominaban «Kludds», «Kigrapps», «Klabees», «Kladds», «Klexters», «Klagaroes» y «Klokanns».

En 1920, Simmons sólo había conseguido reclutar unos pocos millares de seguidores, pero el extraordinario dinamismo de Clark y Tyler, a los que conoció durante aquel año, dio un fuerte impulso a las actividades del «Imperio Invisible». Ambos, agentes de publicidad, se dedicaron a organizar la venta de las afiliaciones al Klan. En aquellas partes del país donde la preocupación predominante era la supremacía blanca, los reclutadores destacaban principalmente esta finalidad; en otros lugares donde predominaban el espíritu antirrevolucionario, el anticatolicismo o el antisemitismo, los dos agentes ponían de relieve el ideario fundamentalmente protestante del Klan, así como su radical «americanismo».

Al cabo de un año, Simmons pudo jactarse de contar con 100.000 afiliados. Pero las actividades

1


2


1 Venganza del Klan: un pastor que ha enojado a los miembros locales ha sido marcado al fuego; entre los «Klansmen» abundaban los sádicos y pervertidos. 2 Hiram Wesley Evans, Mago Imperial (izquierda), **con un tejano miembro del Klan primitivo; Evans, que antes era dentista, obtuvo su cargo mediante un súbito «golpe de Estado». 3 «Bautismo» del bebé de un afiliado al Klan, en 1924.**

3


del Klan eran vigiladas. El «World» de Nueva York había preparado un informe sobre esta organización y la acusó de ser responsable de cuatro homicidios, una mutilación, una marcación con ácido, 41 azotamientos, 27 «tar-and-feather parties» (untar la víctima con alquitrán y hacerle dar vueltas sobre un montón de plumas), 5 secuestros y 43 amenazas para que ciertas personas abandonasen una población. No es de extrañar que, en octubre de 1921, el Congreso abriese una investigación, pero ésta no pudo aportar pruebas legales de que la organización nacional del Klan hubiese ordenado o aprobado tales delitos.

Sin embargo, las pruebas indirectas, junto con la revelación del «World», periódico neoyorquino, según la cual Clark y Tyler habían sido acusados recientemente de «conducta desordenada» y posesión de bebidas alcohólicas, provocaron escisiones en el seno del «Imperio Invisible». Desde su alto cargo de «Kligrapp» de la organización nacional, el doctor Hiram Wesley Evans, Gran Dragón del Reino de Indiana y exdentista, destituyó a Simmons y se proclamó Mago Imperial. Aunque había contraído una deuda de 90.000 dólares con el Klan, Simmons se empeñó en organizar empresas rivales, pero gastó sus energías en vano y en 1945 murió pobre y desilusionado.

En 1923, Evans proclamó que el Klan contaba con cinco millones de miembros, y la organización decidió actuar en política. Al año siguiente, en la Convención nacional del Partido Demócrata, los líderes del Klan consiguieron que no prosperara una propuesta que hubiese condenado a su organización como antiamericana, y apoyaron una campaña para que fuera designado candidato presidencial William McAdoo y no Al Smith. Este último simbolizaba todo cuanto el Klan aborrecía y, aunque ni McAdoo ni Smith salieron elegidos, el Klan consiguió bloquear los trabajos de la Convención. El candidato de compromiso, John W. Davis, fue derrotado en las elecciones en un año en el que lógicamente cabía esperar la entrada de un demócrata en la Casa Blanca. El doctor Evans, sus Duendes y sus Dragones habían demostrado su innegable fuerza y ello estimuló sus apetencias políticas.

Sin embargo, no habían contado con los excesos de D. C. Stephenson, el Supremo Dragón del Imperio. «En Indiana la ley soy yo», decía con jactancia, y pocos lo contradecían. Le obedecían el gobernador, el Parlamento local, la mayoría de los diputados y los dos senadores. Entregado al libertinaje y el alcohol, sólo ansiaba dinero, poder y mujeres. Una pobre mujer llamada Madge Oberholzer rechazó su asedio y él la forzó una noche en el tren que la llevaba a Chicago. Enloquecida, la infortunada ingirió seis tabletas de bicloruro de mercurio, pero antes de morir pudo dictar un relato del incidente al fiscal William H. Remy, uno de los pocos funcionarios no controlados por Stephenson, y acusar a éste de violación y mutilación. Como resultado de ello, el Dragón Supremo fue procesado y declarado culpable de asesinato en segundo grado. El juez lo condenó a cadena perpetua.

Su condena constituyó una clara acusación contra el Ku Klux Klan, que empezó a tambalearse rápidamente si bien tardó en darse por vencido. En 1926-27, los Caballeros volvieron a unir sus fuerzas para oponerse a que fuera nombrado candidato Al Smith y, aunque no lo consiguieron, las animosidades de carácter religioso que suscitaron contribuyeron indudablemente a evitar que Smith llegase a la presidencia.

El programa agresivo y fanático del Klan atrajo a diversos sádicos y pervertidos cuyos actos de violencia suscitaron una reacción pública tan adversa que la organización no pudo sobrevivir a la condena de Stephenson. En 1926, desgarrada por las rencillas internas, empezó a perder su influencia en un ambiente en el que declinaba la histeria de la posguerra y aumentaba la prosperidad. En 1930, el «Imperio Invisible» estaba en ruinas y sólo algunas células aisladas de fanáticos mantenían vivo su recuerdo, como aún ocurre hoy.

La técnica para conseguir afiliados no basta por sí sola para explicar el éxito del Klan. En realidad, la organización satisfacía una necesidad urgente en la psique sudeña. En 1923 los Estados Unidos se hallaban bajo los efectos de la tensión y la incertidumbre. El país se había armado psicológicamente para un combate mortal contra la rapacidad de los hunos, y de repente había visto cómo el enemigo se postraba a sus pies. Era preciso encontrar un nuevo enemigo para dar rienda suelta al jingoísmo reprimido, y así se descubrió una supuesta quinta columna formada por católicos, judíos, negros y extranjeros. Todo lo «extranjero» convirtióse en sinónimo de «antinorteamericano», en especial la Iglesia Católica. Dirigida por un Papa extranjero desde una capital también extranjera, representaba un enemigo insidioso cuyas actividades podían ser descritas como una vasta conspiración contra la América protestante. Por otra parte, existía ya en Estados Unidos una tradición de enemistad hacia los extranjeros y sobre todo hacia los católicos; éste había sido uno de los principales problemas en tiempo de las emigraciones masivas de europeos y, antes de las leyes sobre la inmigración, eran muchos los norteamericanos del Sur y del Centro-oeste que creyeron estar a punto de verse desbordados por las hordas extranjeras.

Otros factores explican el resurgir del Klan: dentro de la atmósfera de decepción de la posguerra, la organización dio una finalidad a la vida de muchos, y les proporcionó la emoción que necesitaban para superar el tedio y el aburrimiento de las pequeñas poblaciones de provincia. Además, los objetivos del Klan se adaptaban a la estrecha moral puritana, y los millares de individuos que juzgaban irresistible aquella invitación a la violencia disfrazada de cruzada, podían siempre sentirse justificados por los hipócritas llamamientos a una vida pura y casta: llegaron a convencerse de que formar parte del Klan constituía una obligación moral.

El Klan convirtióse en portavoz de los politicastros y hombres de negocios del Oeste Medio y del Sur que sabían poco, pero sospechaban mucho acerca de todo lo que ellos consideraban extranjero. Causó poco impacto en las grandes ciudades, pero en las ciudades pequeñas y en los pueblos llegó a dominar la política y el comercio. Individuos que no ocultaban su filiación al Klan eran elegidos como funcionarios de condado, parlamentarios y delegados en las convenciones, y el Klan apoyaba a sus candidatos asegurándose gobernadores y escaños en el Congreso. Es probable que dos senadores por Georgia pertenecieran al Klan, y no hay duda de que el gobernador de Alabama y un senador por Texas poseían el carnet de afiliados.

Durante su apogeo, en la década de 1920, el Ku Klux Klan fue el reflejo de las fobias y odios de posguerra de toda una caterva de patriotas fanáticos, religiosos intransigentes, xenófobos irracionales y defensores de la supremacía blanca. Sin embargo, estuvo constituido en su mayor parte por blancos del Sur, bien intencionados pero ignorantes y enemigos de todo lo extranjero, que se consideraban impertérritos defensores de la vida específicamente norteamericana.

S. W.

Sacco y Vanzetti, «esos malditos anarquistas»

En Estados Unidos, en la década de 1920, el temor a los rojos llegó a un clímax terrorífico con la ejecución de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. Estos dos inmigrantes italianos, hombres de aspecto amable y escasa educación, fueron detenidos cerca de Boston, Massachusetts, en mayo de 1920. Después de un confuso interrogatorio de la policía y de un proceso irregular, con ribetes de farsa, en el que Vanzetti fue declarado culpable de haber tomado parte en un intento de robo en un almacén, se los acusó del asesinato de un pagador y del vigilante de una fábrica, atacados con objeto de arrebatarles una caja metálica que contenía unos 16.000 dólares para los pagos semanales.

Aparentemente, había muy pocas pruebas para que la acusación prosperase, pero desdichadamente para Sacco y Vanzetti ambos eran extranjeros y habían admitido su condición de anarquistas. Para los custodios de la conciencia pública, los anarquistas eran tan peligrosos como los comunistas y unos u otros eran considerados responsables de casi todos los atentados contra la autoridad constituida.

El interés nacional en el proceso fue incrementado por el misterio insoluble de la explosión de una bomba en Wall Street, ante las oficinas bancarias de «J. P. Morgan and Company». La extensión de los daños, juzgada por el número de cristales rotos, alcanzó más de medio kilómetro; murieron docenas de personas y hubo centenares de heridos. No se produjeron detenciones, pero, automáticamente, se acusó a los saboteadores extranjeros y se admitió, en general, que en cuanto surgiera la oportunidad, debía hacerse un escarmiento con aquellos que trataban de socavar el sistema político existente. Desde un buen principio, en el caso Sacco-Vanzetti, el fiscal no respetó los procedimientos legales, y los observadores independientes quedaron convencidos de que el jurado había tomado su decisión antes de ser interrogado el primer testigo.

La prueba más acusatoria contra los procesados era el hecho de que, al ser detenidos, ambos llevaban pistolas cargadas. Sin embargo, muchos norteamericanos respetables poseían armas de fuego, y unos radicales tan poco ortodoxos como ellos, que distribuían folletos anarquistas, tenían buenos motivos para temer una represión de los patriotas furibundos y derecho a toda la protección que pudieran procurarse. Pero la policía aseguraba que una de las víctimas del atraco había sido muerta por las balas de la pistola de Sacco. Esta prueba esencial podía haber zanjado la cuestión de la culpabilidad de una vez para todas, pero hubo muchas irregularidades en el proceso y no es improbable que el proyectil que el experto en balística comparó con los disparados por el revólver de Sacco hubiese sido atribuido a éste por el ministerio fiscal.

La defensa presentó ciento siete testigos para demostrar que los acusados se hallaban en otro lugar cuando se cometieron los asesinatos, pero el fiscal encontró sesenta y una personas para identificar a Sacco y a Vanzetti, entre ellas toda una cuadrilla de peones italianos recién llegados al país y que se encontraban en el lugar del crimen, tan aterrorizados al verse envueltos en un caso de asesinato que la policía no tuvo dificultad alguna en conseguir su cooperación. Para el juez Thayer, que más tarde expresaría una satisfacción inmensa ante el resultado del proceso («¿Visteis lo que hice el otro día con esos cochinos anarquistas?»), la diferencia de número quedó compensada por la prueba balística y la fuerza de su propio prejuicio. Su resumen del caso, caracterizado por un lenguaje emotivo y florido, fue una clara invitación a que el jurado emitiese el veredicto de «culpables»: «Por consiguiente, pongo entre sus manos la sagrada decisión sobre estos casos. Por lo tanto, enciérrense en su sala, el santuario silencioso donde ojalá el Gran Dispensador de justicia, sabiduría y sólido juicio, presida todas sus deliberaciones. "Sean todos los fines que te propones los de tu Patria, los de tu Dios y los de la Verdad."»

Según la tradición del procedimiento legal norteamericano, las apelaciones se sucedieron durante siete años. Una lista impresionante de intelectuales y escritores, entre los que se contaban Robert Benchley, Dorothy Parker, Bernard Shaw y John Galsworthy, defendió la inocencia de los dos italianos y solicitó su libertad, pero sus esfuerzos y las peticiones insistentes del abogado defensor

1 **Vanzetti (con bigote) y Sacco.** *2* **El juez Webster Thayer, que una y otra vez rechazó mociones para que se revisara el caso.** *3* **Manifestación en East Coast en pro de la liberación de Sacco y Vanzetti, una de las muchas que se organizaron en Norteamérica y Europa.** *4* **Un dibujo alemán presenta a Sacco y Vanzetti horrorizados ante el espeluznante futuro que los espera: morir en la silla eléctrica.**

1


2


3


4




El comité que decretó ser justo el juicio contra los dos anarquistas, visto por el artista norteamericano Ben Shahn. El veredicto escandalizó a gentes de todas las opiniones, incluso, en términos generales, al Tribunal Supremo de los Estados Unidos.

resultaron vanos. Incluso la declaración de Celestino Madeiros, asesino confeso que reconoció haber cometido los crímenes que se imputaban a Sacco y a Vanzetti, fue prestamente rechazada por el juez Thayer, quien afirmó que un hombre condenado a morir por un asesinato bien podía confesar otros dos, sobre todo si ello demoraba su ejecución.

La sentencia condenando a los acusados a pena de muerte fue dictada en abril de 1927 y se presentó entonces una última petición de clemencia al gobernador Tufts Fuller, en Massachusetts. En un intento de librarse de tan embarazosa situación, éste nombró un comité, formado por dos profesores universitarios y un juez retirado, para que estudiasen de nuevo el caso. El comité decidió que el veredicto de 1921 fue justo, pero la fecha de la ejecución, que ya había sido aplazada hasta el 10 de agosto, demoróse otros doce días mientras el gobernador Fuller examinaba las peticiones que afluían a su despacho. Entretanto, se apremiaba a los miembros del Tribunal Supremo, al procurador general y al Presidente para que usaran su poder con el fin de salvar a los italianos; cuando todos ellos se negaron a intervenir, los defensores tuvieron que admitir su derrota.

Sacco y Vanzetti fueron ejecutados el 23 de agosto de 1927. Antes de ser atado a la silla eléctrica, Vanzetti dijo: «Deseo agradecerle todo cuanto ha hecho por mí, alcaide. Quiero decirle que soy inocente y que nunca he cometido crimen alguno, aunque sí varios pecados. Le doy las gracias por todo lo que ha hecho por mí. Soy inocente de todo crimen, no sólo de éste, sino de todos. Soy un hombre inocente. Deseo perdonar a ciertas personas por lo que ahora me están haciendo.»

Hubo demostraciones de protesta en media docena de naciones, y en París una multitud atacó la embajada estadounidense. La policía de Boston detuvo a varios manifestantes y fue preciso recurrir a fuerzas de choque para disolver los grupos que se formaban en las esquinas. Al juez Thayer se le procuraron guardaespaldas y sus enemigos tuvieron que esperar algún tiempo antes de poder indicar su desagrado con respecto a su interpretación de la ley. Sólo consiguieron volar el pórtico de la fachada de su casa, pero esta pequeña experiencia anarquista fue el menor de los motivos que le impedirían olvidar el caso Sacco-Vanzetti durante el resto de su vida.

Una vez terminado todo, no hubo modo, desde luego, de determinar si los dos italianos fueron o no culpables. No cabe duda de que en el proceso menudearon las chapuzas, de que juez y jurado tendieron a desechar todo hecho que no estuviese acorde con sus ideas preconcebidas acerca de cuál debía ser el veredicto, y de que el ministerio fiscal y la defensa se mostraron dispuestas a emplear toda clase de triquiñuelas que pudiesen procurar ventaja para su causa (uno de los expertos en balística llamados por la defensa trató de cambiar el cilindro del revólver de Sacco por el de otra arma). Dadas las pruebas, ni Sacco ni Vanzetti hubiesen tenido que ser condenados, pero, como dijo Julian Symons en su análisis del caso, «ello no equivale a decir que fuesen inocentes».

B. T.

El Tratado de Rapallo

La inesperada reconciliación entre las dos potencias derrotadas, Alemania y Rusia, sumió en la perplejidad a las otras potencias europeas, que creyeron ver en el bolchevismo una amenaza que apuntaba hacia el mismo corazón de Europa.

El general Hans von Seeckt, jefe supremo del Ejército alemán. Era autoritario y antirrepublicano, pero apoyó a la República de Weimar, asegurándose así el poder para emplearlo cuando llegase el momento. Decidido a reconstruir el Ejército y eludir las obligaciones impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles, que limitaba su Ejército a 100.000 hombres y prohibía los tanques y los aviones, mejoró las relaciones con la Unión Soviética, lo cual le permitió instalar en territorio ruso escuelas militares alemanas; la causa común, base del acuerdo, fue la esperanza de un nuevo reparto de Polonia.



La guerra ruso-polaca había reavivado los tradicionales sentimientos antipolacos de los rusos, procurando de esta forma una amplia y compacta adhesión nacional al régimen comunista. Al mismo tiempo desvirtuó el mito del triunfo de la revolución mundial, tanto en términos políticos como económicos. Lenin y sus acólitos comprendieron que tenían que hacer algunas concesiones a los campesinos de su patria y, en consecuencia, en marzo de 1921 introdujeron la Nueva Política Económica (N.E.P.), que dejaba en suspenso el programa comunista. Se convencieron también de que tenían que llegar a algún acuerdo comercial con las grandes potencias capitalistas. En el mismo mes de marzo, dos días antes de firmar con Polonia el Tratado de Riga, Rusia concertó un tratado comercial con Gran Bretaña, y dos meses más tarde, en mayo, estipulaba otro convenio con Alemania. Poco después, la general confusión económica que reinaba en Rusia fue agravada por el azote del hambre, especialmente en la zona del Volga. Por el momento era difícil respetar las obligaciones contraídas al concertar esos tratados comerciales.

En sus relaciones con la Rusia soviética, la actitud de Alemania era bastante complicada. La masa de los sindicalistas socialdemócratas anhelaba llegar a un acuerdo con Occidente y sospechaba de los comunistas, aunque en ciertas partes de Alemania, como en Sajonia o en Hamburgo, muchos obreros industriales eran entonces comunistas o poco menos. Las viejas clases dirigentes y todos los que dependían de ellas detestaban —por principio— el bolchevismo socialista, ateo y extranjero. Con todo, ciertos funcionarios experimentaban una especie de simpatía recelosa hacia los soviets y una nostálgica admiración por la forma implacable con que los comunistas habían llevado a cabo su revolución; había, a decir verdad, una cierta ambición de lograr algo parecido en Alemania: una especie de nacional-bolchevismo. Durante la guerra ruso-polaca, el odio a la nueva Polonia, que era considerada como el símbolo viviente de la «tiranía» de Versalles, aumentó las simpatías por la Rusia soviética. Si bien la derrota de las tropas rusas ante Varsovia, en agosto de 1920, contribuyó a reducir tales sentimientos, no pudo ciertamente destruirlos.

Hans von Seeckt

Probablemente el hombre que mayor influencia tuvo en la Alemania de aquellos años fue el general Hans von Seeckt. Su poder se apoyaba en dos elementos. El primero era el control que ejercía sobre los restos del Ejército de la Alemania imperial, a los que tenía que reorganizar en la Reichswehr, que, según el Tratado de Versalles, debía consistir en un pequeño ejército profesional de 100.000 hombres, sin armas importantes (Seeckt estaba, sin embargo, decidido a ampliarlo y rearmarlo clandestinamente con armas del último modelo). El segundo estaba representado por el hecho de que los socialistas, que eran los gobernantes de la nueva República de Weimar, le habían pedido que los apoyara militarmente, cuando vieron amenazada su autoridad por la extrema derecha o la extrema izquierda. Puesto que había accedido a sostenerlos, dependían ahora materialmente de él y de su embrionario ejército. Por su parte, el general había aceptado esa situación no porque le gustase la República de Weimar, sino porque de momento no veía otra forma de asegurar la estabilidad política en Alemania. Una República que dependiese de él mismo y de sus oficiales podría ser suprimida cuando él y sus subordinados decidieran que había llegado el momento de volver a un régimen más autoritario, más parecido al de Bismarck.

Las opiniones de Seeckt eran, en efecto, extraordinariamente afines a las de Bismarck en casi todos los aspectos. Para Seeckt el nacionalismo polaco era nefasto; Polonia no podía ser sino una amenaza para Alemania, y, en consecuencia, no tenía derecho a existir. La única justificación concebible de Polonia consistía en ser igualmente amenazadora para Rusia, y eso daba a cualquier Rusia, comunista o zarista, un interés en común con Alemania. La posición filorrusa de Bismarck había sido fácil, porque al ponerse al lado de Rusia se alineaba junto a una monarquía autoritaria, única forma de gobierno que él aprobaba. Pero a Seeckt no

lo asustó la Revolución Rusa: no sentía escrúpulos en sujetar despiadadamente a los comunistas dentro de Alemania y, al mismo tiempo, cooperar con las autoridades soviéticas en el plano internacional. La guerra ruso-polaca le hizo ver con mayor claridad que Alemania podía valerse de Rusia para eludir el cumplimiento del Tratado de Versalles. Estaba seguro de que, antes o después, la Polonia de Versalles sería destruida, y confiaba en la restauración de las fronteras ruso-alemanas anteriores a 1914.

La oferta y la demanda

Durante mucho tiempo los empresarios de la industria pesada alemana habían trabajado de conformidad con las autoridades militares de Alemania (en una u otra forma, siempre lo habían hecho así). La Rusia imperial había constituido uno de sus mercados más importantes y Krupp y Stinnes se sentían paralizados con la desaparición de cualquier salida en gran escala hacia el Este; éstas habrían sido sus impresiones aun cuando no existieran las obligaciones impuestas por el Tratado de Versalles. Pasado el impacto incial de la Revolución Rusa, que representaba todo lo que les era hostil y odioso, empezaron a pensar, lo mismo que Lenin desde el lado opuesto, que la industria alemana y la nueva Rusia se necesitaban mutuamente (según decía Lenin, «como comerciantes»). Esa idea fue lo que hubo detrás del acuerdo comercial entre los dos países, firmado en mayo de 1921, y lo que llevó a la formación de varias compañías mixtas rusogermanas en aquel mismo año; Krupp intervino en una, y otro magnate del hierro y el acero (Otto Wolff) en otra.

Cuando el hambre llegó a Rusia, las organizaciones alemanas se encontraban, pues, en mejor situación que otros países para ayudarla (salvo los Estados Unidos, con la Administración de Ayuda Americana, organizada por Hoover). Mientras tanto, durante el año 1921 crecía en Alemania la indignación contra las potencias de la Entente, en parte por haber presentado los aliados el día 1 de mayo la cuenta de las reparaciones, y en parte como resultado del plebiscito celebrado en la Alta Silesia el 20 de marzo. La opinión pública estaba furiosa porque, a pesar de ser mayoría los alemanes, las potencias de la Entente decidieron, en octubre de 1921, proceder a la partición de la Alta Silesia entre Polonia y Alemania, e insistieron en un convenio polacoalemán que preservase la unidad económica de la región durante quince años. (Sobre este punto no se llegó a un acuerdo hasta mayo del año siguiente.)

Parece que en el invierno que siguió a la batalla de Varsovia, Seeckt había puesto ya en marcha en el Ministerio de la Guerra alemán un pequeño departamento secreto encargado de estudiar las posibilidades de fabricar en Rusia las armas que el Tratado de Paz prohibía a la nación germana. En marzo de 1921, coincidiendo más o menos con la fecha en que el Tratado de Riga ponía fin a la guerra ruso-polaca, hubo en Alemania un alzamiento comunista que fue fácilmente reprimido. Se ha sugerido que Seeckt se sintió mejor dispuesto para un entendimiento militar con los rusos después de aquella demostración de impotencia de los comunistas alemanes. Parece que, a comienzos de 1921, Trotski, el Comisario del Pueblo para la Guerra, había respondido favorablemente a los sondeos alemanes. Trotski fue así un pionero de aquella técnica típicamente comunista consistente en exhortar a los humildes comunistas de otros países a oponerse, con peligro de sus vidas, a un régimen con el que las autoridades soviéticas tenían la evidente intención de entablar negociaciones. Porque Trotski estaba, desde luego, altamente interesado en contratar especialistas alemanes para reconstruir la industria de armamento de su país y en hacer que oficiales alemanes adiestraran a los rusos en las técnicas militares modernas; en particular, tanto alemanes como rusos tenían un gran interés en el entrenamiento de pilotos. En todo caso, se acordó secretamente, a principios de abril de 1921, que firmas alemanas fabricasen aeroplanos, submarinos y armas de todas clases, incluidos los gases asfixiantes, en territorio ruso. Se fundó en Berlín una sociedad que serviría de tapadera para que la Reichswehr y las firmas alemanas organizasen ilícitos tráficos de armas con la Rusia soviética. Empezaron así unos años de secreta colaboración entre adversarios ideológicos: al parecer, rusos y alemanes trabajaron juntos hasta el advenimiento del régimen hitleriano.

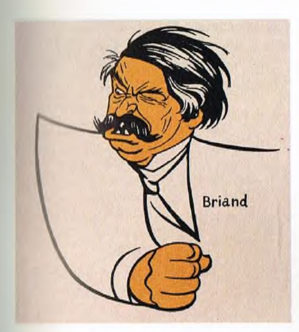
Antes de octubre de 1921 las maquinaciones de Seeckt no eran conocidas más que por unos pocos militares. Pero, según parece, por aquel entonces pensó que sus necesidades financieras iban a ser mayores de lo que él podía afrontar con sus fondos secretos. Informó, pues, de la colaboración con Rusia a Wirth (que era al mismo tiempo canciller y ministro de Hacienda). Wirth no puso objeciones. Ebert, el presidente de la República Alemana, también fue informado, pero más tarde.

La Conferencia de Génova

A finales de 1921 se discutió en París y Londres el plan de un consorcio para ayudar a la reconstrucción económica de Rusia; la iniciativa significaba la acción coordinada del capital internacional. Cuando el Consejo Supremo Aliado se reunió en Cannes en enero de 1922, Lloyd George planteó la idea del consorcio en conexión con el deseo de los soviets de comerciar con el mundo capitalista. Un delegado alemán en Cannes, Walther Rathenau, aprobó la idea de formar una sociedad internacional «de ayuda a Rusia». El 6 de enero de 1922, por recomendación de Lloyd George, se convocó una conferencia económica y financiera a la que fueron invitadas todas las potencias europeas, incluidas la Unión Soviética y Alemania, para considerar la forma «de poner remedio a la parálisis del sistema europeo». Dicha conferencia se reuniría en Génova.

Mientras tanto, las relaciones anglofrancesas empeoraron, porque el Gobierno Briand cayó y fue sucedido por otro presidido por Poincaré, quien adoptó una actitud intransigente en el asunto del pago de indemnizaciones por parte de Alemania. En este país, los representantes de la industria pesada rechazaban la idea del consorcio porque deseaban tratar independientemente con Rusia. Contribuyó a reforzar este punto de vista la presencia en Berlín de los delegados rusos, de paso para la Conferencia de Génova, los cuales se mostraron partidarios de que ambos países llegaran a un acuerdo antes de que se reuniese la conferencia. El ministro ruso de Asuntos Exteriores, Chicherin, se incorporó a la misión rusa en la capital de Alemania, y aumentó la presión en este sentido. Pero Rathenau, nombrado por Wirth ministro de Asuntos Exteriores en febrero de 1922, estaba decidido a ir antes a Génova y ponerse de acuerdo con Occidente, si era posible. Los rusos insinuaron que Moscú estaba a punto de entenderse con Francia y que accedería a pedir indemnizaciones a Alemania, de acuerdo con el Artículo 116 del Tratado de Versalles. Así, cuando la Conferencia de Génova se reunió el día 10 de abril, los alemanes sentían una gran ansiedad, particularmente el nervioso e impresionable Rathenau. En Génova, con todo, Rathenau tuvo que permanecer inactivo, mientras Lloyd George recibía varias veces en secreto a los delegados rusos en la misma villa en la que se negaba a recibir a Rathenau.

La noche del 15 al 16 de abril —el 16 era Domingo de Resurrección— el delegado





ruso Rakovski telefoneó desde Rapallo al diplomático alemán Maltzan, que se encontraba en Génova: las conversaciones rusas con Lloyd George habían versado sobre viejas cuestiones, como las deudas rusas de antes de la guerra, y, en consecuencia, no habían resultado satisfactorias para los rusos. Rakovski sugería, pues, a los delegados alemanes que se reunieran sin dilación con los soviéticos en Rapallo. A pesar de las desagradables insinuaciones hechas por los rusos en Berlín, antes de que se reuniese la Conferencia de Rapallo había sido elaborado con algún detalle un convenio rusoalemán, y los rusos sugerían que había llegado el momento de completarlo. Rathenau esperaba aún ponerse de acuerdo con Lloyd George, tanto más cuanto que los rusos no lo habían conseguido. Pero Maltzan amenazó con dimitir si Rathenau no llevaba inmediatamente su delegación a Rapallo: Wirth apoyó a Maltzan, que más tarde se reiría de aquel «rapto de Rathenau».

Así fue como el Domingo de Resurrección, 16 de abril de 1922, la República de Weimar y la Unión Soviética firmaron en Rapallo un tratado que restablecía de lleno las relaciones diplomáticas y consulares entre ambos países (artículo 3.º). Con el artículo 1.º Rusia renunciaba a reivindicar indemnizaciones de Alemania, y Alemania renunciaba a pedir compensaciones por las propiedades alemanas confiscadas en Rusia. El artículo 4.º aseguraba el trato de nación más favorecida, y el 5.º estipulaba que «los dos Gobiernos cooperarán, en un espíritu de buena voluntad mutua, para satisfacer las necesidades económicas de ambos países». (Fue el segundo tratado firmado en Rapallo en el plazo de un par de años: el anterior lo firmaron Italia y Yugoslavia en 1920.)

El resultado inmediato del Tratado de Rapallo fue un aumento de los resentimientos antialemanes en Francia y en Gran Bretaña. Las relaciones entre Alemania y los países de Occidente comenzaron a rodar por la pendiente que llevó, en enero de 1923, a la ocupación francobelga del Ruhr. La Unión Soviética fue representada por Krestinski como embajador en Berlín. Después de algunas dificultades iniciales, el conde Brockdorff-Rantzau fue a Moscú para representar a Alemania. Hombre de carácter difícil, imperioso en sus demandas, se entendió bien, sin embargo, con Chicherin y llegó a simpatizar con la Rusia soviética. Naturalmente hubo rumores de que el Tratado de Rapallo contenía cláusulas militares secretas; tal cosa no era cierta, porque el entendimiento militar secreto precedió al tratado y funcionó independientemente de él.

Los resultados del Tratado de Rapallo, a largo plazo, fueron: por una parte, aumentar la reputación de duplicidad de Alemania —de la que «Rapallo» llegó a ser un símbolo en Occidente—; por otra, fortalecer la capacidad de Alemania para negociar, lo que constituyó un factor importante para el éxito diplomático de Stresemann. Hubo, empero, serios altibajos en las relaciones rusoalemanas durante los años que siguieron inmediatamente a Rapallo. En octubre de 1923, el año de la ocupación francesa del Ruhr, del completo hundimiento de la moneda alemana y de la heroica aceptación por Stresemann de la cancillería en agosto, Moscú ordenó a los comunistas alemanes que fomentasen en su país la «revolución mundial».

Fue un total error de cálculo de la Unión Soviética. Moscú suponía que la catástrofe fiduciaria alemana induciría a los socialdemócratas a apoyar el Partido Comunista. Era ingenuo imaginar que el entendimiento militar con Seeckt inhibiría a la Reichswehr de intervenir decisivamente contra un levantamiento comunista. Por el contrario, el 26 de septiembre el presidente Ebert confirió a Seeckt poderes especiales, de acuerdo con el artículo 48 de la Constitución de Weimar. El dirigente comunista Brandler, al no encontrar apoyo en los socialistas, se vio obligado a promover la insurrección en los reductos izquierdistas de Sajonia y Turingia, y en Hamburgo, por una mala interpretación, se produjo un levantamiento. La Reichswehr no tuvo la menor dificultad en dominar estas insurrecciones. Por otra parte, Seeckt y Stresemann, al reprimir al mes siguiente la intentona de Hitler en Munich, se encontraron en posición ventajosa por haber ya hecho frente a insurgentes de signo opuesto.

El «octubre alemán» ha sido descrito por algunos escritores como el final de Rapallo. A partir de entonces, Stresemann intentó llegar a un acuerdo con las potencias occidentales sin garantizar las fronteras orientales de Alemania.

Elizabeth Wiskemann

Arriba: **Briand, principal impulsor de la Conferencia de Génova para el restablecimiento de relaciones entre Rusia y Occidente, visto aquí por los rusos ávido del dominio económico de su país.**
Abajo: **«Rathenau», ministro de Asuntos Exteriores y representante de Alemania en Rapallo (cuadro de Edvard Munch).**

Los «locos años 20»

La posguerra prometía grandes cambios en la estructura económica y social de Europa. Fue un tiempo de júbilo y libertad sin par, pero este fugaz estallido de alegría se disipó en cuanto empezaron a asomar en el horizonte los negros nubarrones de la Gran Depresión.

Jazz en las azoteas de Londres: Percival Mackey ensaya con su banda y la bailarina Monte Ryan, todos ellos elementos de la alegría que inundó Europa durante la década 1920-1930.

Oficialmente, la Primera Guerra Mundial terminó el 11 de noviembre de 1918, pero la paz tardó en afirmarse: el año 1919 está marcado por una serie de violentos disturbios en la Europa occidental, por la agitación revolucionaria en la Europa central y por horribles matanzas en la Europa oriental. Pero en 1920 la gente pudo respirar algo más desahogada, e hizo el inventario de lo perdido.







Sacrificios a la moda, aun contra la tradición patria, en la Alemania de 1925.

Las pérdidas habían sido cuantiosas: durante los cuatro años que duró la contienda, en el campo de batalla murió el 10 % de los franceses en armas; el 9,8 % de los alemanes; el 9,5 % de los italianos y el 5,1 % de los ingleses. El número de heridos o mutilados superaba los diez millones. Incalculables eran los daños materiales. La «gran guerra civil europea», como fue justamente llamada, dejó a Europa desangrada, parcialmente arruinada y desposeída de su preeminencia en el mundo.

La victoria final de los aliados sólo se había logrado tras los prolongados esfuerzos de poblaciones enteras, bajo un estrecho control gubernamental, con la renuncia al sistema de libre competencia, mediante empréstitos extranjeros y, por último, con el respaldo de la contribución norteamericana, que vino a compensar la defección de Rusia.

Estaba claro que en el siglo XX no tenían cabida los ideales optimistas, racionalistas y liberales propugnados durante el siglo XIX. A la par, habían cambiado también la ideología y la moral.

El cambio más radical fue el de la Europa oriental. La dictadura del proletariado se había instaurado con sangre sobre las ruinas de la autocracia zarista. Los «blancos» habían sido reducidos por fin, y los francobritánicos se limitaban a rodear el inmenso país con un «cordón sanitario». El desorden económico y la carestía eran completos; debían pasar años, bajo la férrea disciplina impuesta por Stalin, antes de que Rusia pudiera remontar la cuesta por la que estaba lanzada. Sin embargo, el marxismo-leninismo poseía fuerza propagandística y ejercía una gran seducción en los obreros de casi todo el mundo.

En Alemania habían sido desterrados todos los príncipes reinantes; las clases dirigentes estaban arruinadas por la inflación, y las luchas callejeras parecían no tener fin. No obstante, con la ayuda de la disciplina prusiana, se iba efectuando un gradual retorno hacia el orden: el incumplimiento de los pagos impuestos en concepto de reparaciones por el Tratado de Versalles, y el fracaso final de la ocupación francesa del Ruhr, posibilitaron la recuperación financiera e industrial del país. La autoridad de unos pocos industriales terminó por reemplazar, de hecho, a la de los príncipes destronados.

Austria y Hungría habían quedado reducidas a la condición de Estados pequeños y débiles; los demás Estados sucesores de la Monarquía Dual danubiana lograban a duras penas mantenerse en equilibrio, y podían librarse de la amenaza del comunismo sólo con severas medidas de policía. La reconstituida Polonia había tenido que hacer frente a una ofensiva del Ejército Rojo. La repelió victoriosamente, pero no por ello su equilibrio dejó de ser precario. Y lo mismo cabe decir de los pequeños Estados bálticos que se habían liberado simultáneamente del dominio ruso y del alemán.

Un cierto número de países habían podido escapar a la prueba de la Gran Guerra: los países escandinavos, Holanda, Suiza y España. Gozando del beneficio de su neutralidad, esos países se habían enriquecido considerablemente, y sus estructuras sociales —aunque amenazadas por el crecimiento del socialismo— eran estables.

Gran Bretaña, Francia, Bélgica e Italia no se habían visto sometidas a la prueba de una verdadera revolución, pero las conmociones a las que habían sobrevivido habían sido lo bastante fuertes como para alterar su equilibrio social.

En Gran Bretaña, la autoridad de la aristocracia —ya conmovida antes de la guerra por las reformas financieras y constitucionales— había prácticamente desaparecido; los nuevos lores, creados a docenas por Lloyd George, estaban lejos de gozar del prestigio de los de antiguo cuño. Por otra parte, la institución del sufragio universal para los hombres y la parcial concesión del voto femenino había democratizado notablemente la vida pública. El Partido Laborista surgía como una nueva fuerza en creciente expansión que tendía a desplazar al Partido Liberal.

En los diferentes países de la Europa occidental, los «astros» de la vida mundana no eran ya los nobles de rancio abolengo o los académicos eminentes, sino millonarios del otro lado del Atlántico, psiquiatras vieneses, poetas surrealistas o pintores cubistas. Las modas norteamericanas lo invadían todo: el jerez y el champaña cedían su puesto a los cocteles y al whisky; proliferaban las orquestinas de jazz; el vals y el boston fueron eclipsados por el fox-trot y los blues. Había innumerables clubs nocturnos dirigidos por emigrados rusos, donde la gente bailaba hasta la madrugada al son de nostálgicas melodías. Después de cuatro años de austeridad y después de tanto llorar por los muertos, se produjo un estallido de alegría que muchos consideraron irresponsable.

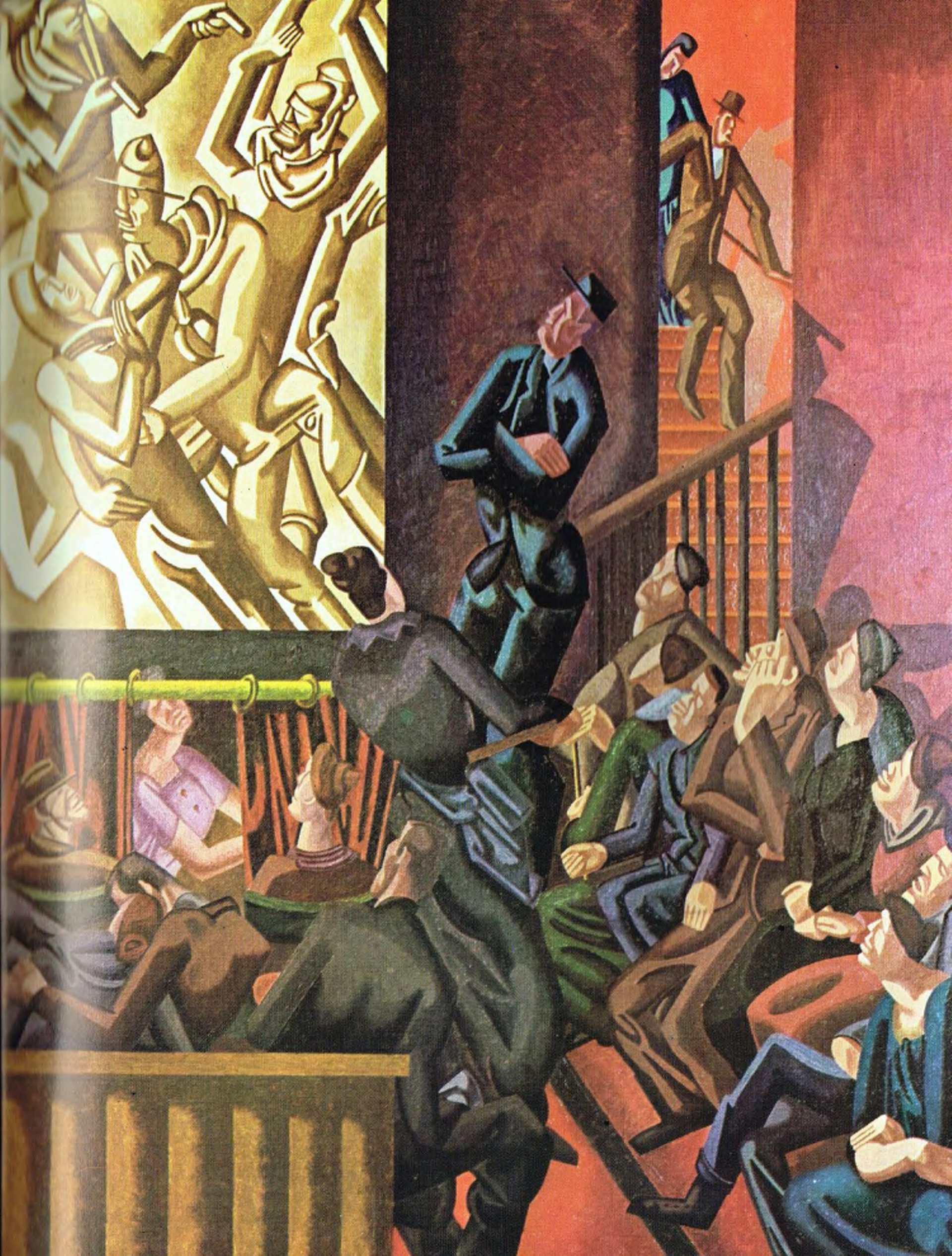
Al menos era así en los círculos mundanos de las grandes capitales. No obstante, en Gran Bretaña, Francia e Italia quedaba aún una aristocracia provinciana que mantenía su antiguo estilo, aunque sus fortunas y su influencia ya no eran las de antaño.

El modo de vida de la clase media había cambiado menos que el de las clases opulentas, pero la inflación y los crecientes impuestos reducían considerablemente su poder adquisitivo. Por esa razón, los jóvenes se inclinaban cada vez más a emprender las carreras más prometedoras desde el punto de vista económico. La fortuna familiar contaba ahora mucho menos que los ingresos proporcionados por cualquier actividad. Especialmente en Francia, la dote —antes vital para toda joven en edad de merecer— perdió algo de su importancia. En Londres, lo mismo que en París, muchas mansiones privadas se ponían en venta. Casi en todas partes se reducía el personal de servicio.

Numerosos campesinos emigraron y se establecieron en centros industriales. En la década de 1920, el obrero y el empleado estaban en general mejor pagados y mejor garantizados contra los riesgos de la vida; también trabajaban menos horas que antes de la guerra (aunque en Gran Bretaña la deflación condujo a un creciente desempleo: a partir de 1925 muchas familias de los distritos industriales se vieron reducidas a vivir del subsidio de paro facilitado por el Gobierno).

En todas partes, el poder de los sindicatos, que recibió un tremendo impulso du-

Derecha: **«El cine», cuadro del artista británico William Roberts (1920). El séptimo arte desempeñó un gran papel en la vida cotidiana de una sociedad amenazada por el espectro de la crisis y deseosa de evasión: el cine fue «la fábrica de sueños»**...





Arriba: **Ivor Novello y Gladys Cooper, estrellas londinenses de teatro, en 1925. Los espectáculos conocieron una gran prosperidad: la gente quería olvidar los horrores de la guerra.**

Abajo: **lo que vestían las mujeres de la alta burguesía en los «garden parties» o en las carreras. El dibujo corresponde a un anuncio de modas aparecido a fines de la década 1920-1930.**

rante la guerra, continuaba creciendo, y sus jefes eran ahora personas de cierta importancia en el Estado. Pero, mientras que en Gran Bretaña las pretensiones de los trabajadores se limitaban a sus condiciones de trabajo, en Francia y en Italia asumieron más bien un carácter político bajo la influencia de la propaganda comunista. En Italia, como reacción a esa tendencia, apareció el fascismo.

Una característica común en todas las clases sociales fue la nueva importancia que asumió la mujer. Durante la guerra las mujeres reemplazaron muchas veces a los hombres en fábricas, oficinas y campos, adquiriendo de esta forma una independencia a la que no tenían ninguna intención de renunciar. En Gran Bretaña, las de más de treinta años recibieron el derecho al voto. No obstante, los salarios femeninos siguieron siendo inferiores a los de los hombres.

Por lo demás, desaparecieron casi todas las restricciones a que estaban sometidas las mujeres. Éstas abandonaron el corsé, se pusieron falda corta, a veces hasta pantalones, y se cortaron el pelo «a la garçon». Incluso en Francia e Italia, las jóvenes de clase media salían solas y se comprometían sin pedir el consentimiento de sus padres. En Gran Bretaña fue la edad de las «muchachitas desenvueltas». Los resultados eran fáciles de prever: el número de nacimientos ilegítimos aumentó, así como el de divorcios. En los libros, los periódicos y el teatro, el «sexo» hizo su aparición, con mayor o menor audacia. Se debilitaron las convicciones religiosas y se mostró mayor indulgencia para con aquellas conductas que antes se habrían considerado inconcebibles. En los círculos informados estaban de moda las técnicas psicoanalíticas de Freud, que se difundieron desde Austria hasta los Estados Unidos, donde el puritanismo, como el liberalismo, sufrió un rudo golpe.

Aquel clima efervescente hacía que la gente olvidase el golpe que la guerra había asestado a la hegemonía mundial de Europa. La Comunidad Británica empezaba a agrietarse; en Marruecos, Francia se enfrentaba con serias dificultades.

Aquel período no supo hallar ninguna solución a la inestabilidad económica fundamental de Occidente, obligado a depender en una medida peligrosa del capital norteamericano. Pero al menos nos dejó el recuerdo de una brillante alegría superficial... hasta que la Gran Crisis trajo de nuevo la depresión y la ruina.

Jacques Chastenet



Arriba: **inauguración de la carreras de Ascot, en 1924.** *Abajo.* **Muchachas alemanas de la década 1920-1930: liberadas de los convencionalismos de la preguerra, muestran una nueva y desenfadada sexualidad.**

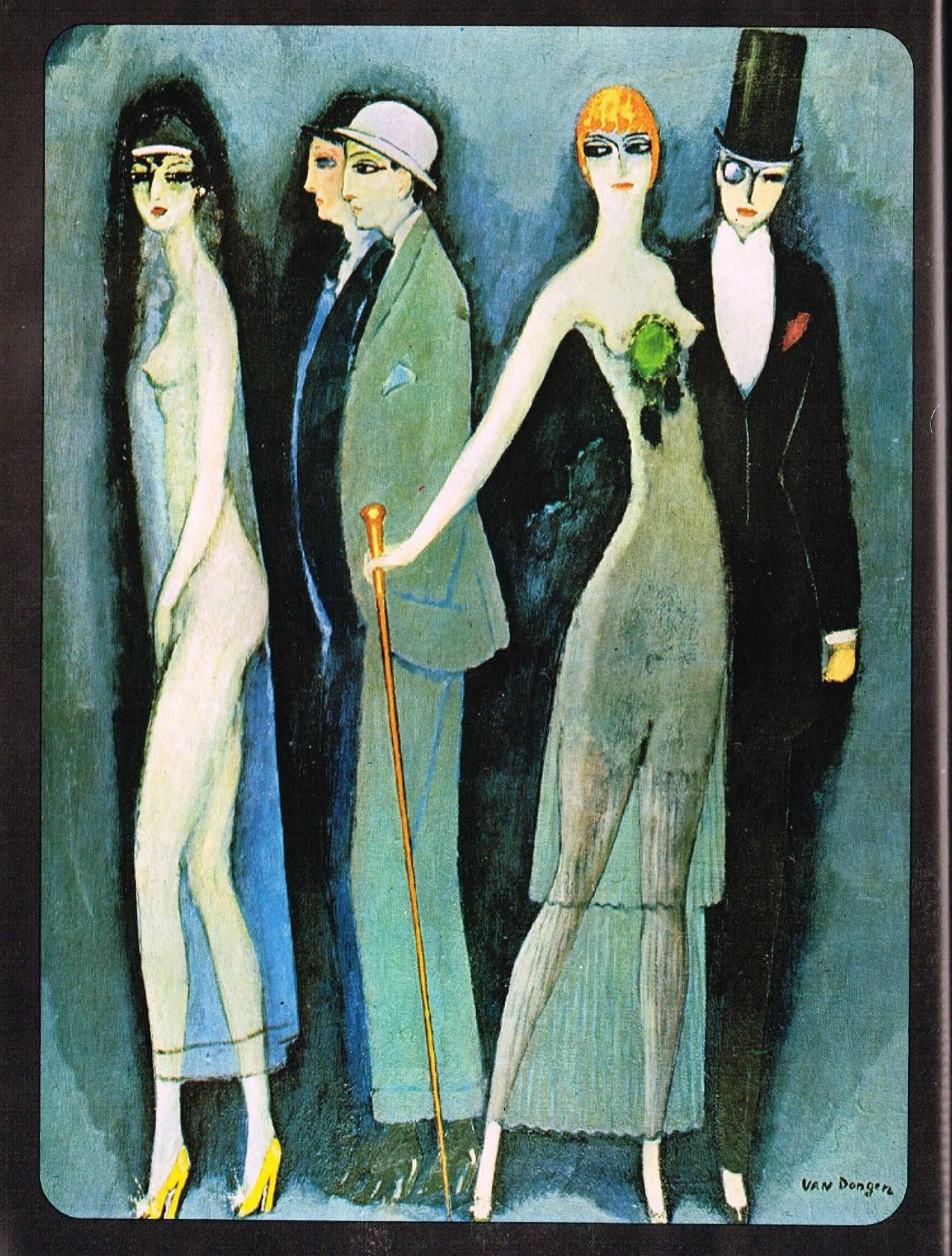


Arriba: **caricatura alemana que ridiculiza las técnicas psicoanalíticas de Freud. Intelectuales de ciudad explican su odio al campo: han «dejado atrás» su período «agrícola».**



Arriba. **Caricatura alemana de un nuevo tipo de alboroto: la publicidad.**
Abajo: **las nuevas modas producían sus propias heroínas, como Bee Jackson, campeona mundial de charleston.**




VAN Dongen

La brillante juventud

La década 1920-1930 fue un período de trastornos sociales. En la Gran Bretaña afectó sobre todo a las mujeres de las burguesías media y alta. La guerra había traído la decadencia de las grandes mansiones, donde las mujeres perdieron ya su papel tradicional de organizadoras de un vasto personal doméstico. La inflación y otros efectos de la guerra erosionaron las fortunas familiares, y muchas mujeres tuvieron que buscar trabajo. Las profesiones comenzaron a abrirles sus puertas, y muchas jóvenes ingresaron en la universidad. Hasta las mujeres casadas alcanzaron mayor independencia: se extendía la práctica de los métodos anticonceptivos, y la familia iba disminuyendo, incluso entre las clases más humildes.

Las mujeres pudieron elegir más ampliamente que nunca sus profesiones. En las fábricas había siempre puestos para ellas, porque las dificultades del tiempo de guerra habían llevado a la instalación de maquinaria eléctrica y correas transportadas, reduciendo así la dependencia de la fuerza muscular. El número creciente de escuelas de secretarias reflejaba la demanda de trabajo femenino. Cada vez eran más las mujeres que reemplazaban a los hombres en restaurantes y tiendas.

Las mujeres empezaron también a descollar en la vida pública. Barbara Wootton comenzó su carrera como economista y educadora; Nancy Astor fue la primera mujer miembro del Parlamento, en 1919; Margaret Bondfield se convirtió en el primer miembro femenino del Gabinete británico, en 1929.

La década terminó envuelta en la admiración provocada por las hazañas de Amy Johnson, que en 1930 voló sola hasta Australia, luego de llegar a la India en el tiempo récord de seis días.

En el escenario social, la nota dominante fue la alegría, y hasta la frivolidad. La «brillante juventud» escandalizaba a sus mayores. Fumaba, se maquillaba, iba a los «cocktail parties» y a los clubs nocturnos, y usaba faldas ofensivas para los ojos victorianos y eduardinos. El jazz y el baile llegaron a constituir una epidemia. Los principales hoteles de Londres, París y otras grandes ciudades se apresuraron a disponer pistas adecuadas. Se dio un rabioso americanismo, y el desarrollo de la industria del disco llevó a millones de hogares el «charleston», el «black bottom» y el «heebie-jeebies».

Pero la nueva independencia no se vio libre de una profunda corriente de tristeza. La guerra había dejado un gran excedente en el número de mujeres respecto del de varones; en Londres, las solteras de treinta años duplicaban casi a los solteros de la misma edad. La alegría de las jovencitas sofisticadas fue en parte una demanda urgente de atención masculina, el símbolo de una época ansiosa de gozar, de olvidar el pasado, de ignorar el futuro.







Izquierda: **«Blues en Montparnasse», comentario del pintor holandés Van Dongen a las nuevas libertades.** Arriba: **coristas de una revista londinense en 1926.** Centro: **mujeres de la buena sociedad aprenden el charleston.**
Abajo: **elecciones en 1929; jovencitas recién emancipadas, con el candidato conservador, el capitán Ian Fraser.**





Páginas anteriores: **«Grandes ciudades»,** **pintura del expresionista alemán Otto Dix, quien puso de manifiesto la corrupción de la Alemania de la posguerra. El saxofón fue el instrumento que más popularizaron las bandas de jazz de la década.**



Política, trajes de baño, espectáculos: tres de los nuevos intereses de las mujeres.
Derecha: **miembros femeninos del Parlamento británico pertenecientes al Partido Laborista. Delante, en el centro, Margaret Bondfield, primera mujer miembro de un Gabinete británico (como ministro de Trabajo), en 1929; a su izquierda, Ellen Wilkinson, diputado por Jarrow, que dirigiría la Marcha del Hambre de su circunscripción en 1936; en el extremo derecho, Jennie Lee, que sería ministro de las Artes en 1967.** Abajo: **bañista con escasa ropa en Deauville, 1924.** Abajo, derecha: **Josephine Baker, artista de cabaret que entusiasmó al París de la década 1920-1930.**

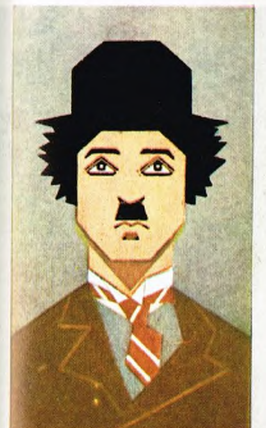


Chaplin y «Charlot»

Para muchos, el hombrecillo del sombrero hongo y las ropas astrosas con pretensiones de dignas, es como un símbolo de los primeros éxitos del cine, cuyos recursos sirvieron para hacer que su figura fuera acogida con aplausos por todos los públicos del mundo.

Charlot en una escena perteneciente a una de sus películas mudas de la década 1920-1930. *Abajo:* Charlie Chaplin retratado en una cajetilla de cigarrillos. «Uno de los actores más famosos del mundo», rezaba el dorso de la cajetilla.





Charles Chaplin convirtióse en el actor cinematográfico más atareado del mundo durante el período del cine mudo, que terminó con la introducción de las películas sonoras (1927). Su reputación forjóse primero como actor sin rival en las comedias bufas norteamericanas, durante la época en que hicieron su aparición las más populares estrellas internacionales. El cine era una novísima forma de espectáculo y la primera que llegó a ser industrializada. Chaplin tuvo la suerte de aparecer en el momento oportuno.

La fenomenal carrera de Chaplin refleja también la relación del cine con la sociedad durante el período de la Primera Guerra Mundial, y todavía más en la década de 1920. Año tras año, el cine había empezado ya a reflejar, no sólo las necesidades de entretenimiento propias de la época, sino también ciertos deseos, menos explícitos, que iban brotando entre los sectores más ingenuos del público. El cine, difundido durante la guerra como una válvula de escape para las preocupaciones y sufrimientos cotidianos, convirtióse a principios de la década de 1920 en costumbre casi universal. Gran Bretaña contaba en aquellas fechas con unas 3.000 salas dedicadas exclusivamente a cine y con un millar en las que se pasaban películas ocasionalmente. La asistencia al espectáculo no tardó en alcanzar la cifra de 20 millones de espectadores por semana. La afición era similar en los Estados Unidos, donde el número de espectadores era de unos 60 millones por semana en 1927, cifra que llegó a los 110 millones en 1929 (gracias al advenimiento del sonoro), aunque en ambos países los «incondicionales» del cine se reducían probablemente a una cuarta parte de la población.

Con ello, Hollywood, el principal centro norteamericano de producción de películas, tornóse legendario gracias a las llamadas «fábricas de sueños», o sea, los grandes estudios de las principales compañías cinematográficas que producían unos 500 filmes por año. El pivote alrededor del cual giraba esta industria era la fama mundial de sus estrellas, tanto si éstas eran imágenes románticas totalmente dependientes de la proyección que les daban sus productores y propagandistas —como ocurría con Theda Bara, la mujer fatal de los párpados sombreados y expresión de avidez, y con Rodolfo Valentino, cuya apostura varonil sumió a las mujeres impresionables en un estado de hipnotismo— o personalidades genuinas con facultades artísticas, tales como Mary Pickford, Greta Garbo, Clara Bow y Douglas Fairbanks, o grandes cómicos como Buster Keaton, Harold Lloyd, Harry Langdon y el propio Chaplin. Las estrellas ayudaron a plasmar tipos particulares del ser humano predilecto, como ocurrió con Mary Pickford, «la novia del mundo», o con el invicto atleta Douglas Fairbanks. Estas estrellas, como todas las demás, alcanzaron la fama porque sus personalidades, talento o «imágenes» vinieron a llenar un anhelo general en el inmenso y predispuesto público que llenaba las salas de proyección en busca de nuevas sensaciones.

Era esencial que toda estrella, cualquiera que fuese su clase, estableciera una relación con el público. En el caso, único, de Chaplin, éste supo encontrarla instintivamente gracias a su combinación de comedia bufa y drama, provocando la risa del público y al mismo tiempo permitiéndole identificarse con las aspiraciones y padecimientos de aquel atractivo y sentimental «hombrecillo» ataviado con ropas simbólicas y siempre en pos de sus sueños avasalladores.

Tuvo también mucha suerte al poder mostrar sus facetas geniales codo a codo con otros actores de extraordinario talento —Roscoe «Fatty» Arbuckle, Ben Turpin, Mack Swain, Marie Dressler y Mabel Normand— en las comedietas de una y dos bobinas que tanto éxito consiguieron antes del auge de los «largometrajes» de la década de 1920.

El profesional

Chaplin introdujo en sus filmes un talento juvenil y vigoroso, pues era ya ducho en los trucos del «vaudeville». Su niñez había transcurrido en Kennington, Londres. Nació en 1889, y su madre, una figurante que se hacía llamar en la escena Lily Harley, hija de un zapatero remendón irlandés, había tenido ya otro hijo, Sidney, de un matrimonio anterior. El padre de Charlot era un popular cantante



Chaplin en «El chico» (1921), su primera película de largo metraje. Escrita y dirigida por él mismo, fue un éxito resonante e hizo célebre a un niño de cinco años, Jackie Coogan.

de «vaudeville», de ascendencia francesa y judía, llamado Charles Spencer Chaplin (el mismo nombre de su célebre hijo). Al entregarse a la bebida, dejó a su esposa, mujer frágil y apocada, el cuidado de sus dos hijos, pero Lily perdió la voz y, al resultar para ella excesivo el esfuerzo que se le exigía, perdió al propio tiempo la razón. La noche en que su voz la abandonó definitivamente, Charlie, que sólo contaba cinco años, fue obligado a salir al escenario para contentar a un público hostil. Lo consiguió, pero el recuerdo del asilo de pobres y de la escuela de beneficencia quedó grabado en la mente del futuro productor de películas, al igual que los recuerdos de su infancia se incrustaron en la del novelista Charles Dickens.

A los doce años, Charlie Chaplin, junto con su fiel hermanastro Sidney, empezó a trabajar en las tablas. Sus primeras experiencias fueron adquiridas a la vez en el «music-hall» y en el teatro, y con el tiempo su enorme simpatía y gracejo le merecieron los aplausos del público. Sin embargo, realizaría su gira a través de los Estados Unidos, de 1910 a 1913, en calidad de cómico especializado en acrobacias y payasadas, atracción principal de la *troupe* de «music-hall» de Fred Karno. A los 24 años se pasó al cine con Mack Sennett, el «rey de la comedia cómica», y se le abonaron 150 dólares semanales.

Los primeros filmes de Chaplin para la «Keystone» en 1914 (protagonizó 35 durante aquel año) representan su aprendizaje bajo un maestro severo pero creador. Sennett exigía acción rápida, a menudo improvisada, y una hilarante sucesión de *gags* visuales que constituían la diversión que la «Keystone» ofrecía a sus públicos internacionales. En abril, Chaplin compartía ya el éxito con Mabel Normand, la actriz predilecta de Sennett en sus filmes de trompazos y caídas, joven tan experta en lanzar como en recibir los tradicionales pasteles de nata. Películas como *Charlot, panadero* (*Doughand Dynamite*, 1914), *Charlot se engaña* (*His Trysting Place*, 1914) y el seis bobinas *Las aventuras de Tillie* (*Tillie's Punctured Romance*, 1914), este último dirigido por Sennett, representan la adaptación al nuevo medio de la mímica de Chaplin y de sus gestos de brazos y cuerpo. Se apropió el familiar sombrero hongo, el bastoncillo y la ridícula levita, usados por otros actores, y adoptó su tan famosa caracterización ya en los comienzos de la serie «Keystone», pero el personaje que representaba en esta primera fase era el de «chulo de la ciudad» o «villano» cómico. Al finalizar su temporada con la «Keystone», Chaplin era ya una estrella reconocida, pero sus deseos de independizarse totalmente y un contrato mucho más exigente lo indujeron a abandonar la «Keystone» para ingresar en la «Essanay» al terminar el año. Se le adjudicaron entonces 1.250 dólares semanales, casi diez veces más que su sueldo en la «Keystone», y se le otorgó carta blanca para que hiciera sus propias películas.

En la «Essanay», Chaplin distancióse gradualmente del duro prototipo de la comedia de garrotazo y tentempié de la «Keystone», y adoptó su propio ritmo, mucho más pausado, lo que le permitió mostrar sus prodigiosas dotes mímicas en escenas largas. Dio a su personaje una dimensión más conmovedora al introducir rasgos humanos e incluso patéticos, aunque siempre enlazados con lo burlesco. Entre las 14 películas que rodó para la «Essanay», entre 1915 y 1916, todas ellas totalmente creadas y dirigidas por él con la encantadora Edna Purviance como actriz principal, salvo en una, se contaron *Un campeón de boxeo* (*The Champion*, 1915) y *Charlot, portero de banco* (*The Bank*, 1915).

El éxito

Las relaciones de Chaplin con la «Essanay» no eran de lo más cordial, pero sus películas para ésta tuvieron, en general, tanto éxito, que en 1916 pudo firmar un espléndido contrato con la «Mutual», a cambio de 670.000 dólares que cubrían un año de trabajo. Durante 1916-1917 rodó para la «Mutual» doce magníficas comedias de dos bobinas (media hora), en las que se concentró toda su mejor experiencia de la primera fase de su trabajo. Entre estos filmes se contaron *Charlot, músico ambulante* (*The Vagabond*, 1916), *Charlot, prestamista* (*The Pawnshop*, 1916), *Charlot, emigrante* (*The Immigrant*, 1917), y *La calle de la paz*, 1917. En éstas fue donde Charlot, el «hombrecillo», se acercó más a los sentimientos románticos de su público, al emplear con mayor propiedad los gestos y expresiones faciales, mientras que al propio tiempo desplegaba su aguda imaginación en *gags* cómicos a menudo prolongados y siempre oportunísimos. Una vez vistas estas películas, nadie puede olvidar la revisión médica del despertador estropeado, seguida por su desmembra-









miento, en *Charlot, prestamista,* o su pelea callejera, a lo David y Goliat, con el corpulento matón de *La calle de la paz.* Existe patetismo en *Charlot, emigrante,* aunque siempre se evita el sentimentalismo excesivo mediante uno que otro rasgo de fino humor. Chaplin supo explotar su pequeña estatura, sus facciones expresivas y sus ojos vivarachos; su instinto de la oportunidad se combinó con la agilidad felina de su cuerpo.

En aquellos tiempos, la dedicación de Chaplin a su labor se había convertido ya en obsesión. En junio de 1917 firmó con la «First National» su célebre contrato que debía reportarle un millón de dólares por ocho películas. Es más, conservó el derecho de propiedad sobre ellas, y la «First National» se conformó únicamente con los derechos de distribución. Al propio tiempo, los filmes que produjo adquirieron mayor ambición y, en algunos casos, mejor calidad. Entre 1917 y 1922 rodó sus excelentes cortometrajes *Vida de perro* (*A Dog's life,* 1918), *¡Armas al hombro!* (*Shoulder Arms,* 1918) y *El peregrino (The Pilgrim),* así como una obra maestra, titulada *El chico* (*The Kid,* 1921), en seis bobinas. Pero también produjo *Al sol* (*Sunnyside,* 1919) y *Un día de juerga* (*A Day's Pleasure,* 1919) que, por desgracia, fueron relativos fracasos debido a su creciente insistencia en producir filmes románticos en los que se tendía más bien al patetismo que al humor.

La lectura de su autobiografía —uno de los testimonios más reveladores jamás presentados sobre el nuevo arte de la cinematografía— permite comprender mejor la maravillosa historia, a lo Cenicienta, que la carrera de Chaplin significó a la vez para él y para su numerosísimo público, mucho más que para cualquier otro artista de la pantalla. El pobre niño de la escuela de beneficencia se había convertido en millonario, debido por completo a su absoluta entrega a su talento extraordinario. Con la consecución del éxito, el tono de la autobiografía cambia: empiezan a aparecer nombres a medida que su reputación mundial le permite verse agasajado por los grandes personajes de sociedad. Aunque, por temperamento, era demasiado sensitivo y vulnerable para sumarse a la frenética vida del Hollywood de la década de 1920, aceptó de buena gana los impresionantes agasajos que culminaron durante las jiras que efectuó por el extranjero en las décadas de 1920 y 1930. Cualquier cosa que él hiciera o dijese era noticia. Por otra parte, su conciencia social siempre lo obligó a dar una nota de romanticismo al desvalido y, con la gran inocencia del genio, produjo, cada vez con mayores intervalos, una sucesión de grandes películas que fueron única y exclusivamente obra suya y en las que trabajó con intensidad siempre creciente. Con esta profunda implicación personal, escribió y dirigió *Una mujer de París* (*A Woman of Paris,* 1923), un «drama del destino», filme serio con una interpretación (en especial por parte de Adolphe Menjou) avanzada con respecto a su época, y en la que Chaplin sólo se reservó un modestísimo papel de mozo de equipajes; *La quimera del oro* (*The Gold Rush,* 1925), posiblemente la más famosa de todas sus películas; y el filme, más corto y menos ambicioso, *El circo* (*The Circus,* 1927). *Luces de la ciudad* (*City Lights,* 1930) fue virtualmente un filme mudo, con una banda musical compuesta por el propio Chaplin. Sus películas más largas muestran ciertos puntos flacos, puesto que la estructura del argumento y su desarrollo quedan por debajo del vigor de los episodios individuales y la belleza de la interpretación y del «ambiente», en tanto que la cámara (supervisada para Chaplin por Roland Totheroh a partir del período «Essanay» hasta el rodaje de *Monsieur Verdoux* en 1946) nunca desempeñó más que un papel de observador. Según su mejor biógrafo, Theodore Huff, Chaplin declaró en cierta ocasión: «Yo soy el extraordinario y no necesito ángulos de cámara.» En realidad, siempre ha tenido muy poco interés, para no decir ninguno, en la técnica cinematográfica como tal, aunque siempre ha tendido a la perfección y ha insistido en rodar una y otra vez una escena si no le han satisfecho del todo los matices de la acción o de la interpretación. Huff asegura que en los estudios se gastaron 150.000 metros de película para el rodaje de *The Great Dictator,* durante 127 días de trabajo, y el filme resultante sólo representó una quinta parte de ese metraje. La fuerza real de Chaplin radica en su portentosa inventiva cómica, en su mímica, que mezcla lo serio y lo patético con lo bufo, y en su interpretación supremamente discreta y emotiva.

La cara de Charlie Chaplin, foco de su arte, expresaba emociones que todo el mundo podía identificar en sí mismo. *1* **Un momento informal, al principio de su carrera.** *2* **Esperanza y duda en** *His new job* **(«Su nuevo empleo», 1915), sátira sobre la producción de películas.** *3* **Consternación, en «Luces de la ciudad» (1930).** *4* **Desprecio indignado, en «Carreras de autos para niños» (1914).**



Charlot llegó a personificar el cine: aquí, un dibujante francés, al representar el interior de un salón cinematográfico, no pudo menos que poner como fondo una película del popular actor.

Su vida privada

La vida privada de Chaplin, en la que la excesiva vulnerabilidad de su naturaleza quedó tan al descubierto, fue aireada públicamente a través de la persistente curiosidad de la prensa sensacionalista y de los lectores siempre ávidos de escándalos. Semejante publicidad es la parte desagradable del «estrellato». En 1918, cuando contaba 29 años, se casó con la actriz de 16 años Mildred Harris, sólo para reñir con ella un año después. Tras un generoso arreglo pecuniario, dictóse el divorcio en 1920. En 1924 se casó con otra joven de 16 años, la actriz Lolita McMurry, madre de los dos hijos de Charlot, Charles Spencer Chaplin y Sydney Earle Chaplin. Una vez más se produjo la inevitable incompatibilidad, y en 1927 ésta terminó en divorcio. Según cuenta Huff, la demanda de su esposa vendióse por las calles a 25 centavos, y algunos de los todopoderosos clubs femeninos norteamericanos empezaron a propugnar la prohibición de sus películas. Esta lamentable y costosa batalla degeneró en escándalo internacional. Su matrimonio de seis años con Paulette Goddard, su pareja femenina en *Tiempos modernos* (*Modern Times*, 1936) y *The Great Dictator* (1940), terminó con separación y divorcio en 1942. Chaplin viose acosado por constantes problemas fiscales y conflictos legales (como el notorio pleito por paternidad, presentado por Joan Barry en 1943 y 1944) y envuelto en crecientes controversias políticas a consecuencia de ciertas declaraciones hechas a la ligera, como sus peticiones públicas para un segundo frente en 1942. Sin embargo, a la postre consiguió una paz doméstica duradera cuando, en 1943 y a la edad de 54 años, se casó con Oona, hija del dramaturgo Eugene O'Neill. Oona contaba 18 años.

Pero los problemas de Chaplin en los Estados Unidos no habían hecho más que empezar. No había solicitado credenciales de ciudadanía («Yo soy un internacionalista y no un nacionalista», alegaba) y para quienes le eran hostiles les resultó fácil acosarlo cuando se proclamó defensor de los derechos civiles de ciertos artistas, tales como el compositor Hans Eisler, a los que se suponía comunistas. Sus notorias simpatías personales hicieron que fuera acusado de tendencias comunistas, pero en realidad sólo se oponía a ver coaccionada su libertad de acción como hombre y artista. Por lo tanto, la opinión derechista estadounidense se endureció contra él y hubo peticiones para que fuese deportado, así como se le citó para que se presentase ante el Comité de Actividades Antinorteamericanas; sin embargo, la cosa no prosperó al asegurar él por escrito que nunca había sido comunista, ni siquiera miembro de algún partido u organización de tipo político. Finalmente, mientras pasaba sus vacaciones en Europa, en 1953, se le comunicó que había sido cancelado su permiso oficial de regreso, y él y su familia se establecieron en Suiza.

Durante el período de sus conflictos domésticos, rodó dos filmes: *Monsieur Verdoux* (1946) y *Candilejas* (*Limelight*, 1952). Para quienes aprecian el humor negro, *Monsieur Verdoux* es una película extraordinaria: después de la sátira, mucho más ligera, de *Tiempos modernos*, se presenta como un amargo comentario social. *The Great Dictator*, su primera sátira política, terminaba con una petición apasionada de tolerancia racial y de felicidad para toda la humanidad, pero en *Monsieur Verdoux* se cortan los últimos vínculos con el hombrecillo del bastoncillo y el hongo, y Chaplin, en su interpretación de Verdoux, el apuesto asesino francés basado en Landrú, se convierte en un actor «abierto». Según Chaplin, este personaje personificaba «los sentimientos de los tiempos en que vivimos... la enfermedad psicológica de la depresión». Aunque alabada por muchos intelectuales, la película no agradó al público, pues, para éste, no era un retrato de Chaplin. No gustó la moraleja satírica de la cinta, de acuerdo con la cual si los Estados pueden promover matanzas en masa para obtener ganancias, también el ciudadano privado puede hacer lo mismo en beneficio propio. Sus filmes subsiguientes, *Un rey en Nueva York* (*King in New York*, 1956) y *La condesa de Hong Kong* (*A Countess from Hong Kong*, 1966), ambos rodados en Gran Bretaña, tanto en el matiz romántico como en el satírico resultaron menos convincentes que sus películas anteriores. En cambio, en su último filme producido en Estados Unidos, *Candilejas*, Chaplin reveló un retorno a su antiguo estilo, más sentimental, con un argumento más satisfactorio y emocionante, plenamente adecuado a sus dotes artísticas.

En su *Autobiografía*, publicada en 1964, Chaplin escribió: «Mi prodigioso pecado fue, y todavía es, el de ser un inconformista. Aunque yo no soy comunista, me negué a alinearme con los que los odian.» En cada página se nos revela como un hombre que reacciona emocionalmente ante las dificultades de la vida y que asimismo se muestra inmediatamente vulnerable ante la incomprensión y la manifiesta hostilidad. Como tantos otros hombres geniales, siempre confió en la leyenda de su éxito pasmoso (y en la riqueza y la aceptación por parte de los «grandes», que acom-

pañaron a este éxito) para soslayar las terribles represalias de una sociedad conformista, celosa de su reputación y dispuesta a arrancarle la piel a causa de cuestiones morales y políticas del momento y que hoy nos parecen desatinadas. Es posible que alguna que otra vez actuase o hablase desacertadamente, pues nunca ha sido un hombre «sofisticado» en el significado de calculador que se le da a ese término. La egocentricidad de su genio particular ha sido confundida harto a menudo con la arrogancia, y muchos han querido interpretar su celo en la administración de su fortuna como muestra de avaricia. Para Chaplin, como para Bernard Shaw, el dinero siempre ha representado, no sólo el símbolo de su triunfo, sino un seguro para su independencia artística y personal.

Como ejemplo casi único entre los grandes realizadores cinematográficos, Chaplin ha optado por preservar la leyenda de «Charlot» al retirar todas sus obras sobre las que tiene derecho de propiedad, de la exhibición permanente en las pantallas. De vez en cuando, ha presentado de nuevo alguna de sus obras maestras, como por ejemplo *La quimera del oro*, que reapareció brevemente en 1942 con un comentario narrado por él mismo. Hoy existe toda una generación que sólo le conoce a través de sus obras más tempranas y de las últimas, y que no puede hacerse una idea de la magnitud de sus logros. Es posible que tema no ser comprendido por los jóvenes...

Intensa fue su emoción a principios de 1972 cuando, con sus 83 años a cuestas, pudo presentarse de nuevo en Hollywood, la ciudad que presenció sus primeros éxitos, para recibir de la Academia de Ciencias Cinematográficas el Oscar honorífico de 1971, con el que se ha querido premiar la larga y meritoria labor de este hombre genial cuya imagen se ha proyectado en todas las pantallas del mundo durante la mayor parte de nuestro siglo.

Roger Manvell



Chaplin, en *Work* («Trabajo», 1915). En el papel de ayudante de empapelador, ensucia y desarregla toda la casa que está decorando con la ayuda de la sirvienta.



N-O.
N-E
S-E.

Autos, aviones, dirigibles...

«Buena suerte, Mr. Ford —auguró el humorista americano Will Rogers—. Harán falta cien años para saber si usted nos ha ayudado o nos ha perjudicado, pero ciertamente somos distintos a cómo nos encontró.» Y así fue, en efecto. El modelo «Tin Lizzie» de Ford anunció una revolución en los transportes que cambió el estilo de vida en todo el mundo. Y mientras millones de automóviles invadían las carreteras, un puñado de intrépidos empezaban a viajar por el aire.

Izquierda. **El ideal de la moda 1920-1930: una chica elegantemente vestida y buen piloto de automóvil (*Vogue*).**
Abajo: **Charles Lindbergh, el piloto norteamericano cuya travesía del Atlántico, en 1927, lo convirtió en celebridad internacional y ayudó mucho a popularizar los viajes aéreos.**



Todo empezó con Henry Ford. Hasta que éste descubrió el secreto de la producción masiva a bajo precio, el motor fue un deporte de gente rica, y el automóvil un objeto raro que despertaba curiosidad, un poco de envidia y mucho miedo en la imaginación del tranquilo peatón. Entonces apareció el modelo «T», o «Tin Lizzie», el primer coche «familiar». Tenía un sencillo motor de cuatro cilindros, un cambio de marchas accionable a pedal, cuatro asientos y un capó de hule. Pero la principal ventaja comercial de aquella oblonga caja negra montada sobre ruedas era su precio: 525 dólares, lo que le hacía el cuatrocilindros más barato del mercado.

El modelo «T» se presentó por primera vez al público de los Estados Unidos en octubre de 1908. En 1915 había en las carreteras un millón de aquellos feos vehículos. Seis años más tarde la cifra era de cinco millones, y en 1924 de diez. Ford dominaba la mitad del total de ventas de la industria del automóvil norteamericana.

Al principio, los europeos se negaron a tomar en serio el modelo «T». Ante todo, los fabricantes de automóviles concentraban aún su atención en el perfeccionamiento de los grandes modelos de lujo. No podían imaginar que en el Viejo Mundo los vehículos baratos encontraran el amplio mercado que Ford había descubierto en los Estados Unidos.

La única concesión hecha en Europa antes de la guerra a la «revolución Ford» fue la amplia producción, a bajo precio, de coches abiertos de dos plazas que atraían a los jóvenes deportistas dispuestos a soportar el humo, las emanaciones de gas, los ruidos y las continuas reparaciones. En 1914 los hombres jóvenes fueron a la guerra y los que regresaban exigían que la industria del motor produjera vehículos más atractivos y seguros. Las necesidades imperiosas de la guerra habían logrado progresos inesperados; los motores de arranque, por ejemplo, eran un accesorio normal en diversos modelos y el coche cerrado ganaba terreno a expensas de los anticuados modelos abiertos o con capó de hule.

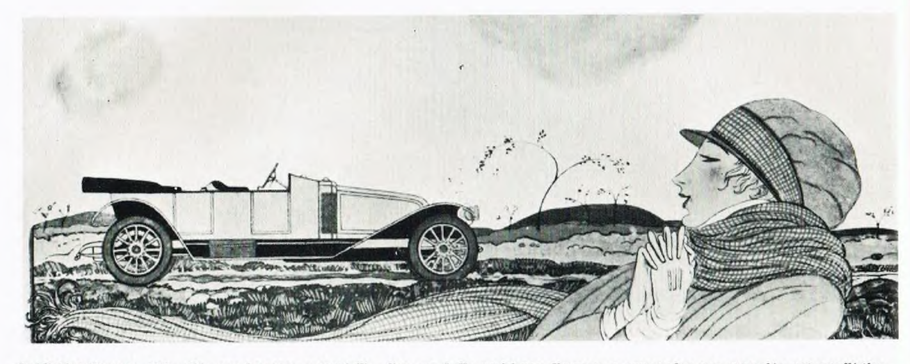
En los Estados Unidos la venta seguía creciendo. Ford sufrió la competencia de la «General Motors», que se apoderó de gran parte del mercado al ofrecer al público siete marcas diferentes: «Chevrolet», «Oldsmobile», «Pontiac», «Oakland», «Buick», «LaSalle» y «Cadillac». Henry Ford, que ya era varias veces millonario en dólares, se desquitó diseñando un nuevo coche barato que ocupara el puesto del modelo «T». El cambio le costó 100 millones de dólares, puesto que tuvo que cerrar la fábrica de Detroit, mientras se preparaba la producción del modelo «A». Los norteamericanos se enteraron por los periódicos de que el Ford perfeccionado tendría amortiguadores, frenos en las cuatro ruedas, un limpiaparabrisas, un velocímetro y señal luminosa de freno. Habría incluso cambios en el color de la carrocería, tradicionalmente negro: los compradores podrían elegir entre cuatro colores. Dos cosas que no cambiaban —al menos no radicalmente— eran la línea básica y el precio.

La presentación al público provocó mayor excitación que una declaración de guerra. El 2 de diciembre de 1927 un millón de potenciales compradores hacían cola en la sala de exhibiciones de Ford en Broadway. En otros puntos de Nueva York salones improvisados fueron invadidos por el gentío, y hubo que alquilar a toda prisa el Madison Square Garden para acoger a los curiosos.

El modelo «A» fue un enorme éxito comercial. Nadie tuvo tiempo de llorar la defunción del «viejo, negro, herrumbroso, avieso, obstinado y ruidoso» modelo «T».

Los audaces caballeros del aire

La guerra reciente había probado el valor militar de la aviación, y no parecía haber razones para que los vehículos aéreos no ofrecieran un servicio de transporte en tiempo de paz. Las primeras mejoras en la construcción y el diseño incluían el uso de aleaciones de acero y aluminio y la introducción del ala acana-



Publicidad Renault, 1919. «¡Oh, que hermoso automóvil!», dice una bella parisiense dispuesta a emprender una excursión automovilística.

lada, un artificio que, al suavizar la corriente de aire sobre el ala, reducía la turbulencia y la pérdida de velocidad. En 1923 voló por vez primera el autogiro, del español Juan de la Cierva, cuyas experiencias fueron en gran parte la base que posibilitó el desarrollo del helicóptero; uno de los primeros modelos de este último había sido construido ya varios años antes en Barcelona por el ingeniero Pescara, quien empezó a probarlo ya en mayo de 1918. El vuelo por medio de instrumentos se hizo posible durante los últimos años de la década de 1920: un piloto podía ya despegar, hacer un vuelo determinado y aterrizar sin referencias visuales. Los aeroplanos aumentaron rápidamente su tamaño, potencia y eficiencia y, aunque los primeros transportes de la posguerra eran meramente bombarderos adaptados, sólo faltaba un paso para la construcción de aviones de línea de tres motores, que podían transportar de quince a veinte pasajeros, una tripulación de dos o tres hombres, y una pequeña carga, a velocidades de crucero entre 140 y 180 kilómetros por hora, en distancias de cerca de 800 kilómetros.

Quizá la mayor contribución a los viajes aéreos internacionales fuera la de los pilotos dispuestos a intentar nuevos récords, a menudo estimulados por la oferta de grandes premios en dinero, como una recompensa del *Daily Mail* de 10.000 libras esterlinas para el primer aviador que atravesase el Atlántico. En abril de 1919, el mayor Wood y el capitán Wyllie despegaron rumbo a América, pero tuvieron que aterrizar —algo prematuramente— en el Mar de Irlanda. Al mes siguiente, George Hawder, un piloto de pruebas de la Compañía Sopwith, y el comandante Kenneth Mackencie Grieve intentaron el viaje en dirección opuesta. Su aeroplano estuvo en el aire durante 14 horas —un logro que fue muy aplaudido— antes de descender al Atlántico.

Mientras tanto, seis aviadores de los Estados Unidos, dirigidos por el comandante Read, salieron de Terranova en un hidroavión, y llegaron a las Azores —una distancia de 1.381 millas—, donde debieron darse por vencidos. Luego, a mediados de junio, el capitán Alcock y el teniente Brown, ambos pilotos de la R.A.F., hicieron con éxito la travesía de Terranova a Irlanda, en 16 horas y 27 minutos. Su vuelo no estuvo acompañado por la habitual barahúnda de la prensa, y como su aparato de telegrafía sin hilos estuvo averiado la mayor parte del viaje, pocas personas se enteraron de su existencia, hasta que los aviadores, desde un teléfono público, comunicaron a las autoridades que se habían visto obligados a descender precipitadamente sobre un pantano irlandés. Se organizó acto seguido una recepción oficial: Alcock y Brown fueron armados caballeros y se repartieron el premio del *Daily Mail*.

Los portugueses Coutinho y Cabral efectuaron en 1922 el viaje Lisboa-Río en un hidroavión «Fairey», y en 1926 los españoles Franco, Ruiz de Alda y Rada volaron de Palos de Moguer a Buenos Aires en el *Plus Ultra*. Cuando el norteamericano Charles Lindbergh hizo su épico vuelo solitario, atravesando el Atlántico de oeste a este, en 1927, se creyó en general que aquélla era la primera vez que un aparato más pesado que el aire atravesaba el Océano. Su inmensa popularidad en los Estados Unidos ayudó a proporcionar el apoyo nacional que se necesitaba para la expansión en gran escala del transporte aéreo.

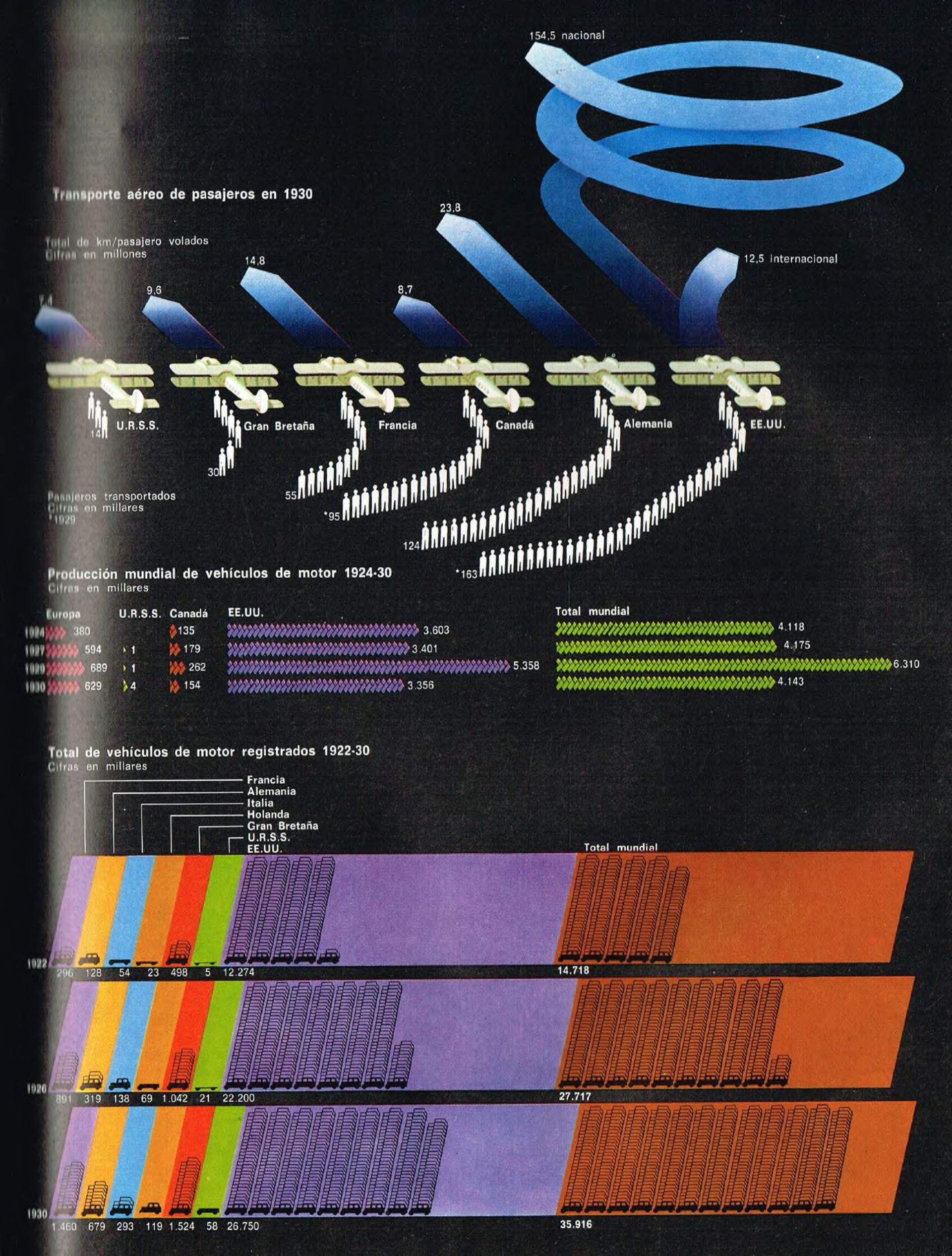
Otros sistemas de vuelo

Menos de un mes después de que Alcock y Brown hiciesen su aterrizaje forzoso en Irlanda, los periódicos anunciaron que el «R 34», uno de los dos dirigibles británicos recientemente construidos, estaba dispuesto para intentar un viaje a Nueva York.

Los alemanes habían continuado sus investigaciones sobre el desarrollo comercial de los dirigibles desde la Primera Guerra Mundial, cuando los emplearon para bombardear ciudades británicas.

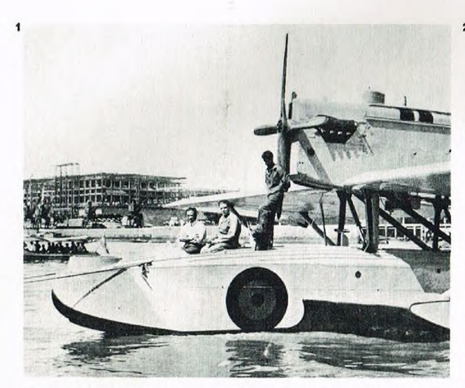
El vuelo sobre el Atlántico fue un éxito en el sentido de que la nave llegó sana y salva, pero los hombres de negocios que habían puesto sus esperanzas en un servicio regular de dirigibles para el transporte transatlántico quedaron decepcionados.

Derecha: **el *boom* de los transportes. En los Estados Unidos se llevaron a cabo más kilómetros de vuelo que en toda Europa; el número de vehículos de motor matriculados fue aumentando, aunque en 1930 viose drásticamente reducido por los efectos de la Gran Depresión.**



Transporte aéreo de pasajeros en 1930
Total de km/pasajero volados
Cifras en millones
154,5 nacional
12,5 internacional
23,8
14,8
9,6
8,7
U.R.S.S.
Gran Bretaña
Francia
Canadá
Alemania
EE.UU.
14
30
55
*95
124
*163
Pasajeros transportados
Cifras en millares
*1929
Producción mundial de vehículos de motor 1924-30
Cifras en millares
Europa
U.R.S.S.
Canadá
EE.UU.
Total mundial
1924 380 135 3.603 4.118
1927 594 1 179 3.401 4.175
1929 689 1 262 5.358 6.310
1930 629 4 154 3.356 4.143
Total de vehículos de motor registrados 1922-30
Cifras en millares
Francia
Alemania
Italia
Holanda
Gran Bretaña
U.R.S.S.
EE.UU.
Total mundial
1922 296 128 54 23 498 5 12.274 14.718
1926 891 319 138 69 1.042 21 22.200 27.717
1930 1.460 679 293 119 1.524 58 26.750 35.916

1

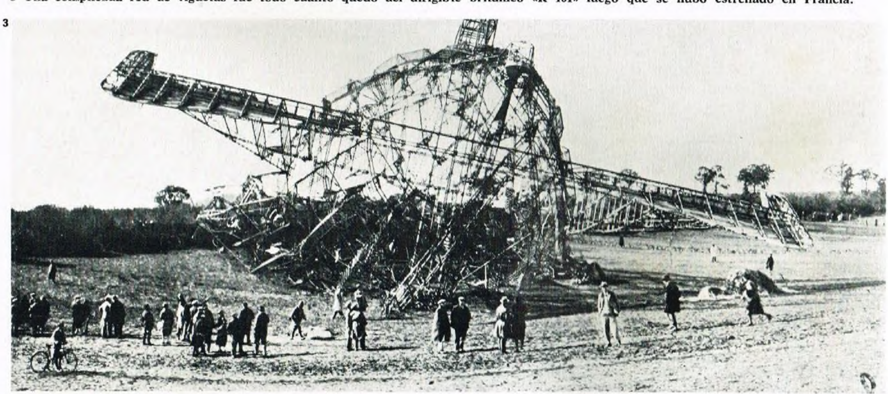


2



1 El hidroavión *Plus Ultra* en el puerto de Buenos Aires, tras el cruce del Atlántico; a bordo, de izquierda a derecha, el comandante Franco, el capitán Ruiz de Alda y el mecánico Rada. *2* Autogiro de La Cierva, etapa fundamental en el desarrollo del helicóptero, algunos de cuyos tipos —el norteamericano «McDonnell XV-1» y el británico «Fairey Rotodyne»— llevan asimismo un rotor libre. *3* Una complicada red de viguetas fue todo cuanto quedó del dirigible británico «R 101» luego que se hubo estrellado en Francia.

3



El «R 34» había empleado 108 horas en hacer la travesía, y llegó con una reserva de combustible para sólo una hora más de viaje. Había luchado seriamente contra el viento sobre Terranova y Nueva Escocia, y se había desviado varias veces de su ruta por tormentas inesperadas. Pero los periodistas encontraron mucho que escribir acerca del vuelo (incluido un polizón que se encontró escondido entre los recipientes del gas) y el mayor Pritchard, un miembro de la tripulación, tuvo la distinción de ser el primer hombre que llegó a América desde Gran Bretaña, por el aire. Saltó del dirigible en paracaídas, para dar las instrucciones de aterrizaje.

El Gobierno británico decidió continuar apoyando la construcción de dirigibles, pero cuando el «R 101» se estrelló contra una colina francesa, muriendo casi todos sus pasajeros, incluido lord Thompson, ministro del Aire, el entusiasmo se desvaneció. Por aquel tiempo los alemanes habían renovado su interés, y en 1928 construyeron el *Graf Zeppelin*, que voló alrededor del mundo en 1929 y prestó servicio regular transatlántico hasta 1937. En 1936 había sido terminado el *Hindenburg*, que el año siguiente se incendió en New Jersey; treinta y cinco pasajeros murieron, y con ellos las ambiciones de los constructores de dirigibles. En adelante, los dirigibles sólo fueron utilizados esporádicamente, como auxiliares en ciertas misiones de carácter militar.

B. T.

Ocupación francesa del Ruhr

Si Gran Bretaña había abandonado toda esperanza de recibir una indemnización sustancial por parte de Alemania, Francia, que por doquiera presentaba señales de cuán cara le había costado la contienda, estaba dispuesta a exigir de su postrada enemiga la liquidación de cuentas, aunque para ello tuviese que invadir parte de su territorio.

Cuando resultó evidente que Estados Unidos no pensaban dar ni un paso más para que se cumpliera un tratado de paz que en gran parte era fruto de sus gestiones, los franceses vieron abiertos ante ellos dos caminos. Algunos políticos, como Millerand, el sucesor de Clemenceau, querían aprovechar la superioridad militar de su país para aplastar la resistencia alemana y exigir el más estricto cumplimiento del Tratado de Versalles; esta actitud triunfó con la ocupación del Ruhr en 1923. Pero había políticos franceses que no deseaban aplicar el tratado al pie de



Punto de vista alemán acerca de las motivaciones francesas de la ocupación del Ruhr. Una Francia depravada alza una macabra copa y brinda por la venganza: «No quedará resquicio alguno entre copa y labios», grazna. Francia sentía vivos deseos de aprovechar su gran superioridad militar para aplastar la resistencia alemana y aplicar el Tratado de Versalles con la máxima severidad.

la letra, y esta postura liberal contribuyó no poco a mejorar las relaciones con Alemania después de 1923.

En los meses que siguieron inmediatamente a la guerra, las cuatro grandes potencias habían tratado de formarse una idea clara de las indemnizaciones que debían exigirse a Alemania. Algunos expertos aliados presentaron cálculos inverosímiles de las cuentas que, según ellos, Alemania debía pagar, y, el 26 de marzo de 1919, el industrial y político francés Loucheur le dijo a Lloyd George que, en caso necesario, Francia ocuparía el Ruhr como vía de apremio.

A partir de entonces, la ocupación del Ruhr se cernía amenazadora sobre el horizonte de las numerosas conferencias internacionales que se referían a las reparaciones. En realidad, los franceses nunca cesaron de amenazar con la ocupación mientras Alemania mantuvo una actitud recalcitrante y se mostró poco dispuesta a cumplir los compromisos asumidos por el Tratado de Versalles.

En enero de 1921, Aristide Briand formó gobierno. Afirmó su deseo de obtener para Francia «lo que se le debía, todo cuanto se le debía», y el 5 de abril aseguró al Reich que éste vería como «una mano firme caía sobre su garganta» si trataba de soslayar sus compromisos con nuevas obstrucciones y vacilaciones. El 12 de abril amenazó con «recurrir a la policía si el deudor persistía en su obstinación».

Poincaré —en aquel momento presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado— criticó severamente «la singular paciencia que se muestra para con Alemania en unos instantes en que Francia posee... los medios para exigir que se respete el tratado de paz».

Además, el presidente de la República, Millerand, y con él varios de los ministros de Briand, no estaban dispuestos a aceptar una propuesta en el sentido de que se le concediese a Alemania una moratoria en el pago de las reparaciones, sugerencia a la que habían accedido Lloyd George y otros en la Conferencia de Cannes (1922). Esta oferta, que causó gran indignación en Francia, obligó a Briand a dimitir. «Otros lo harán mejor», dijo a la Cámara de Diputados, el 12 de enero de 1922, al ceder su puesto a Poincaré. Éste simbolizaba la determinación francesa de imponer una interpretación estricta y rigurosa del Tratado de Versalles que, según varias veces había denunciado, se aplicaba a medias; incluso había presentado su dimisión como delegado francés en la Comisión de Reparaciones cuando juzgó que ésta había quedado neutralizada al decidir la Conferencia de Sanremo, en 1920, que los representantes de los Gobiernos aliados se reuniesen de nuevo para que Alemania pudiera exponer su punto de vista.

Los acontecimientos justificarían su actitud, pues el 10 de abril de 1922, Wirth, el canciller alemán, comunicó a la Comisión de Reparaciones que Alemania no podía proseguir sus pagos. «Primero pan, después reparaciones», declaró.

Poincaré sondea la opinión

Poincaré no tenía la intención de conceder una moratoria sin garantía. Además, le indignaban los preparativos revanchistas del Reich, que incluían la acumulación secreta de armas, el incumplimiento de las normas del desarme y el reclutamiento de un excesivo número de individuos para las organizaciones paramilitares. También denunció la apatía total del Gobierno alemán ante la inflación y expresó su convencimiento de que dicho Gobierno se identificaba con los grandes industriales del Ruhr.

Aunque Poincaré proponía apoderarse del Ruhr y después negociar con el Reich, era un hombre meticuloso y algo indeciso que se sentía intimidado ante la formidable tarea de la ocupación del Ruhr.

Había, al fin y al cabo, muchas objeciones contra lo que era, esencialmente, una empresa financiera. Checoslovaquia, fiel aliada de Francia, estaba en contra de la operación, pues temía que pudiese producir desastrosas repercusiones en la Europa central.

El mariscal Foch y Clemenceau (este último retirado muy a su pesar) de nuevo coincidieron en expresar sus instintivas aprensiones. Pero la opinión era, en general, favorable: Millerand, presidente de la República, era un firme partidario de la ocupación, al igual que el ministro de la Guerra André Maginot. Según éstos, era evidente que el inmenso complejo industrial del Rin y la Westfalia constituían el centro nervioso de la resistencia al Tratado de Versalles, y juzgaban necesario, por consiguiente, descargar el golpe contra el corazón de las zonas fabriles donde radicaba la fuerza principal del Reich. No cabe duda de que la caída de Lloyd George reforzó considerablemente la posición de Poincaré y lo alentó a asestar un golpe psicológico sobre un Reich desacreditado por su repentina amistad con la Rusia bolchevique.

Los conservadores británicos —Bonar Law y Stanley Baldwin— compartían la opinión de Lloyd George en la cuestión de las reparaciones, pero por temperamento y principios eran ante todo conciliadores, y totalmente incapaces de agriar una discusión difícil con reproches y amenazas contra Francia, como hubiese hecho Lloyd George.

A principios de noviembre de 1922, la Comisión de Reparaciones llegó a Berlín encabezada por su nuevo presidente, el sutil y enérgico Louis Barthou. Inmediatamente se encontró frente a una situación que era, en su mayor parte, el resultado de las destrucciones causadas por la guerra y de los errores económicos fundamentales incorporados al tratado de paz. Oficialmente, el Tesoro alemán carecía de fondos y todos los recursos líquidos habían sido trasladados al extranjero bajo supervisión aliada. Pero Alemania había hecho poco para ayudarse a sí misma: los grandes industriales —en todos los aspectos dueños y señores del Ruhr— habían especulado sistemáticamente con el marco, alegando como excusa la carga de las reparaciones.

El 13 de noviembre el Reich solicitó oficialmente una moratoria en las reparaciones. El maltrecho gobierno Wirth, privado hasta de la apariencia de autoridad, fue sustituido por un gabinete de orientación más derechista, presidido por Wilhelm Cuno, director general de la importante compañía «Hamburg Amerika». Puesto que Gran Bretaña no creía ya en la posibilidad de obtener ninguna reparación sustancial por parte de Alemania, Poincaré viose obligado a emprender una acción unilateral.

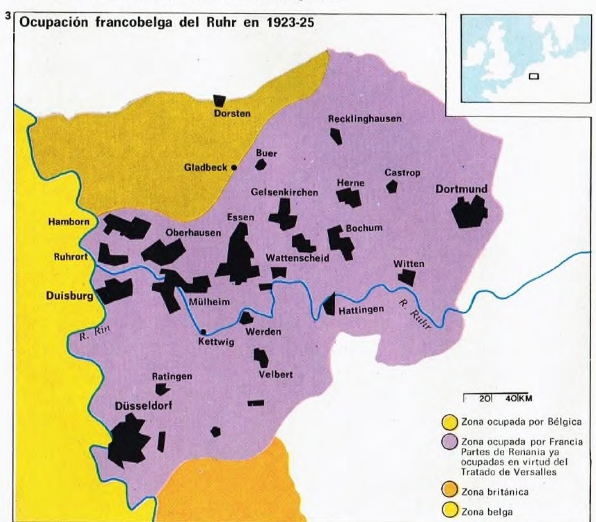
Poco después, la Comisión de Reparaciones certificó la insolvencia de Alemania. El país sólo había entregado el 78 por ciento del carbón y el 84 por ciento del coque que se había comprometido a suministrar. Era evidente que Alemania no había mantenido su palabra, pero no cabe duda de que el gobierno Cuno cometió un grave error al permitir que se produjese la catastrófica ocupación del Ruhr como medida de represalia por lo que, en resumidas cuentas, no eran sino unos retrasos relativamente insignificantes.

Derecha. **Enero de 1923: una columna de tropas francesas y carros blindados hace un breve alto en su camino antes de tomar posiciones en Essen. La invasión fue efectuada por dos divisiones francesas y un destacamento belga.**


3



1 **Un cartel alemán con la frase «¡Fuera del Ruhr!» ilustra en forma dramática el odio que los franceses se atrajeron con la ocupación. Francia, con la mano atravesada por un grupo de chimeneas, aúlla dolorida.**
2 **Caricatura alemana: custodiado por un soldado colonial, un obeso general francés come opíparamente, sin preocuparse por la miseria y el hambre que lo rodean.**
3 **La cuenca del Ruhr, con las zonas de ocupación.**



Aunque las opiniones británica y francesa sobre la ocupación del Ruhr diferían, las relaciones entre ambos países no dejaron por ello de ser amistosas. Bonar Law observó que la opinión británica se escandalizaría ante la ocupación del Ruhr, pero Poincaré replicó que de todos modos él tenía que seguir adelante. Ambos, sin embargo, expresaron la convicción de que la amistad francobritánica no quedaría afectada por los inminentes acontecimientos.

Aunque sensible a la presión de Londes, Bélgica se unió a la operación, y Mussolini, ante la escasez de carbón en Italia, mandó unos cuantos ingenieros italianos para que se unieran a sus colegas franceses y belgas en la misión interaliada que debía ocuparse del control de fábricas y minas. Esta misión de técnicos se escudó tras las unidades militares francobelgas al mando del general Degoutte.

Se procede a la ocupación

«¡Vamos a buscar carbón, eso es todo! —explicó Poincaré ante la Cámara.— Si esta búsqueda nos da la oportunidad, más tarde o más temprano, de conversar con una Alemania más conciliadora o con unos industriales menos exigentes, no la rehuiremos. No tenemos la intención de estrangular a Alemania ni la de arruinarla; sólo queremos obtener de este país lo que razonablemente cabe esperar que nos entregue.»

La Cámara aprobó la entrada en el Ruhr por 452 votos contra 72. Se trataba, al fin y al cabo, de una acción legalmente autorizada, específicamente destinada a contrarrestar el fallo alemán en los pagos de las reparaciones. La operación Ruhr, sin embargo, resultó ser inesperadamente amplia. Fue planeada según la experiencia obtenida cuando se ocupó Frankfurt en 1920 y Düsseldorf, Ruhrort y Duisburg un año más tarde, y no se esperaba ninguna resistencia seria, y mucho menos obstinada; pero en realidad despertó una oposición general en toda Alemania. Alentados por las vehementes protestas que suscitó esta «invasión» en tiempos de paz, sobre todo en Gran Bretaña, los alemanes estimaron unánimemente que debían demostrar su oposición del único modo posible, o sea por medio de la «resistencia pasiva», lo que equivalía a la huelga general.

La ocupación del Ruhr causó en Alemania un furor nacional como no habían provocado ni la guerra ni la paz de Versalles. Francia fue considerada responsable de todas las desgracias, y los restau-

rantes llegaron a exhibir carteles que rezaban: «Prohibida la entrada a los perros y a los franceses.»

El Gobierno alemán hallóse ante la inmensa responsabilidad de tener que auxiliar a un número enorme de personas como resultado de la «resistencia pasiva» proclamada en el Ruhr y extendida a los demás territorios ocupados. Su mayor problema fue el que le plantearon las decenas de millares de personas expulsadas del Ruhr. Tuvo que pasar un subsidio a los obreros y a los ferroviarios que eran despedidos cuando se negaban a trabajar. Cascadas de papel moneda caían en un pozo aparentemente sin fondo, y Alemania no se encontraba en condiciones de sostener una larga batalla financiera de esta índole.

Mineros y obreros de todas las especialidades llegaron al Ruhr ocupado, procedentes de Francia y de Bélgica, y estos dos países se encargaron de mantener expeditas las comunicaciones ferroviarias.

Casi toda la población alemana hizo frente común contra las tropas de ocupación, y las reacciones en el extranjero fueron más graves de lo que se había previsto. Stanley Baldwin manifestó que los franceses, al ocupar el Ruhr, habían actuado como los chiquillos que manipulan un reloj y estropean su delicado mecanismo con un cuchillo. Aseguró que el carbón no podía ser extraído por la fuerza de las armas, y Pío XI, por su parte, observó que no cabe asegurar la paz por medio de las bayonetas.

Los sabotajes empezaron a inquietar a las autoridades de ocupación. Las líneas férreas eran voladas con dinamita, y había organizaciones secretas que empezaban a formar una Reichswehr clandestina. La «resistencia pasiva» amenazaba con tornarse activa. Schlageter, que se había especializado en el descarrilamiento de trenes, fue fusilado y se convirtió en héroe nacional cuyo retrato se exhibía en todas partes.

El 22 de mayo de 1923, Poincaré declaró: «Estamos aguardando pacientemente a que Alemania se muestre razonable». Y Gustav Stresemann, fundador del *Volkspartei*, el partido de los industriales, no se hacía ilusiones sobre la capacidad de Francia de apretar los tornillos. Francia, dijo, se ha convertido en «la única gran potencia militar de Europa. En el pináculo de su gloria, ni siquiera Napoleón alcanzó semejante poder».

El 14 de agosto de 1923, Stresemann formó gobierno al dimitir el de Cuno, y el 27 de septiembre anunció el abandono de la resistencia pasiva en el Ruhr. Al parecer, Poincaré había vencido. Stresemann pidió negociaciones, pero Poincaré esperaba y siguió esperando. Se negaba a conversar con una Alemania desquiciada, cuya depreciación monetaria progresaba a un ritmo frenético. El 19 de octubre un dólar valía 12.000 millones de marcos, el 1 de noviembre 120.000 millones, y el 20 de noviembre, cuando la devaluación llegó al máximo, más de cuatro billones. Para los extranjeros, los tipos de cambio eran aún peores que en Berlín. La historia jamás había conocido una devaluación monetaria como aquélla. Por lo menos, los billetes provisionales emitidos durante la Revolución Francesa habían conservado cuatro milésimas partes de su valor nominal.

¿Por qué Poincaré soslayó las conversaciones? ¿Fue porque temía ser acusado de hacer concesiones a los alemanes? ¿Temía acaso que se lo culpase de trastornar la paz general y de fomentar el imperialismo francés? ¿Confiaba en que se desintegrara la unidad política alemana, lo cual le permitiría explotar la Renania? Cualquiera que fuese el motivo, no supo aprovechar su victoria. Su mentalidad legalista y analítica no supo sintetizar la situación y optó por una solución financiera inmediata. Poincaré no se dejaba guiar por la intuición ni consideraba la posibilidad de una solución a largo plazo. Incluso cuando se puso de manifiesto todo el alcance de su acción, no fue capaz de desviarse de la finalidad que lo había guiado desde el principio, o sea, conseguir que Alemania pagase.

El 23 de noviembre informó a la Cámara del acuerdo firmado entre los industriales del Ruhr y la misión de control interaliada. Después de una enconada lucha, la industria pesada había tenido que someterse a sus condiciones. Sin embargo, la actitud negativa de Poincaré no tardó en privarlo de los beneficios que con tanta tenacidad había conseguido, y Millerand no ocultó la amargura que sentía por su obstinada negativa a llegar a un entendimiento decisivo con Berlín.

Poincaré, desacreditado

«Por poderosos que sean los financieros internacionales, no tengo ningún deseo de convertirlos en árbitros de nuestros derechos legales», observó Poincaré; pero se enfrentaba ya con las presiones de Gran Bretaña y cada día advertía con mayor claridad las dificultades financieras de su propio país. El 13 de noviembre de 1923, Barthou, presidente de la Comisión de Reparaciones, pidió que se reuniese un comité de expertos para examinar la capacidad de pago de Alemania, y al finalizar el mes Poincaré viose obligado a aceptar a los «expertos independientes», que lo privaron de la completa libertad de acción que había sabido conquistarse. El 14 de enero de 1924 los expertos que iban a trazar el Plan Dawes celebraron su primera reunión, y el 9 de abril, un mes antes de las elecciones que dieron la victoria a las izquierdas y derrotaron a Poincaré, anunciaron sus recomendaciones. Era previsible, según ellos, una restauración de la economía alemana, a la que seguiría un empréstito internacional coincidente con la retirada francesa del Ruhr. Los franceses habían reconocido ya el fracaso de la política de Poincaré, una política que sólo había ocasionado conflictos y gastos, y que había demostrado efectivamente que las reparaciones no podían equilibrar el presupuesto francés.



Un héroe de la resistencia del Ruhr: el saboteador Schlageter, fusilado por los franceses (dibujo alemán).

En la primavera de 1924, Poincaré viose obligado a aceptar el Plan Dawes, mediante el cual Alemania debía cumplir con sus compromisos de pago de reparaciones a través de impuestos sobre aduanas, ferrocarriles e industrias, y el 1 de septiembre del mismo año el plan entró en vigor con un éxito inmediato. Por una ironía de la historia, la ocupación francesa del Ruhr, destinada a asegurar un pago regular y continuo de las indemnizaciones alemanas, provocó la resistencia pasiva de todo el país y, para consternación de los franceses, el colapso definitivo del marco.

Maurice Baumont

La dictadura de Primo de Rivera

En una semblanza valiosísima —pues procede de quien fue, en su tiempo, enemigo del general— Francisco de Cossío ha tratado de las grandes virtudes humanas de don Miguel Primo de Rivera, para añadir a continuación: «Todo lo veía él en pura superficie, y sus aciertos fueron más bien obra del azar, cuando no de una corazonada. A este fenómeno podíamos denominarlo intuición castrense. Pero, lo mismo en sus errores que en sus aciertos, le salvaba su naturalidad, y, en el fondo, su modestia. No se creía un hombre superior ni providencial, y ni una sola vez trató de fingir la línea de su carácter.»

La modestia a que alude Francisco de Cossío al exponer las virtudes humanas de Primo de Rivera pudo quedar afectada a menudo por los frecuentes homenajes que le tributó el fervor de sus partidarios. Aquí, la efigie del general aparece envuelta en una orla conmemorativa de la fecha del golpe de Estado.
Derecha: **el rey Alfonso XIII rodeado por los generales que formaron el primer Directorio militar; a su derecha, Primo de Rivera. La fotografía está tomada el 15 de septiembre de 1923, tras la ceremonia de la jura en Palacio.**



El escrito de Francisco de Cossío incide en la contextura mental y en el generoso carácter de Primo de Rivera, hombre fundamentalmente bueno —«aquel dictador (reconocería Indalecio Prieto muchos años después) que no hizo matar a ningún adversario de su régimen...»—; pero al menos en un punto no es exacta la evocación de Cossío. Porque Primo de Rivera actuó en la vida nacional bajo la convicción de que encarnaba el famoso «cirujano de hierro» preconizado por Costa. En este sentido se consideraba, indudablemente, un instrumento providencial: una especie de encarnación del buen sentido y de la misión histórica de España. Fue, en su tiempo y en su ambiente, con menos trasfondo intelectual y menos engolamiento, una especie de general De Gaulle a la española, en el que se cumplía, como en aquél, el doble papel de sacerdote y víctima en el culto supremo de la patria, o de la grandeza patria.

Los estímulos del golpe de Estado

¿Cuáles fueron los estímulos para el golpe de Estado? Durante mucho tiempo, sobre todo a raíz de la caída del régimen, se acusó repetidamente al Rey, y se entendió que el general no había sido otra cosa que un instrumento de la voluntad regia. A la actual altura de la investigación histórica, esto no es ya posible repetirlo. Pero sí cabe afirmar, sin mentir, que el Monarca *no confundió nunca a España con la Constitución de 1876*; como *no la confundió*, tampoco, *con la misma Monarquía* —y esto hubo de demostrarlo, con caballeresca generosidad, en abril de 1931: respuesta incontestable a sus detractores de 1930—. Cuando, en 1923, se produjo el golpe de Estado *al margen de su iniciativa*, se limitó a ratificar una condena unánime contra la mezquina y desconcertada «ficción» en que la estructura institucional montada por Cánovas había degenerado. «Que en 1923 la insostenible situación de la política española no tenía otro desenlace lógico sino la Dictadura era creencia generalizada, que hasta había llegado a hacerse pública», reconoció en 1930 nada menos que Gabriel Maura; y basta lanzar una ojeada a la prensa —de izquierda a derecha— para convencerse de que no era solamente la masa, eternamente dispuesta a polarizar sus ilusiones en torno a un *redentor* providencial, la que saludó con júbilo, más aún que el advenimiento del Directorio, el hundimiento de la «farsa» denunciada años atrás por Ortega y Gasset. El famoso pensador español, que andando el tiempo sería el gran denostador de la Dictadura, y —uniéndola a ella— también de la Monarquía, proclamaba, a los dos meses de producirse el golpe de Estado: «Si el movimiento militar ha querido identificarse con la opinión pública y ser plenamente popular, justo es decir que lo ha conseguido por entero... Calcúlese la gratitud que la gran masa nacional sentirá hacia esos magnánimos generales que generosamente, desinteresadamente, han realizado la aspiración semisecular de veinte millones de españoles, sin que a éstos les cueste esfuerzo alguno...»

Si queremos entender el complejo de estímulos y de circunstancias que trajeron la Dictadura, quizá sea lo más exacto hablar de factores *inmediatos* y de factores *profundos*. Los primeros podrían enumerarse así: *a*) La degeneración del sistema político frente a la crecida de las fuerzas marginales (el alejamiento de *las dos Españas*). En este sentido la prueba decisiva se había producido en 1917. *b*) La inquietud social —cuya gravedad fue consecuencia de la posguerra mundial, es decir, del repliegue económico que trajo el cierre de mercados en el reajuste universal de la paz—. *c*) La inquietud del Ejército: el problema de las *responsabilidades*, desplegado por el *expediente Picasso* a raíz del desastre africano de Annual, en 1921. Y *d*) La inquietud centrífuga: el desplazamiento del regionalismo catalán desde la *Lliga* hacia los objetivos, mucho más radicales y secesionistas, de *Acció*



Catalana: fenómeno creciente desde 1922.

Pero por debajo de estos factores inmediatos del pronunciamiento militar, planeaban, especialmente en el ánimo del general, otras razones más profundas y cuyo estímulo llegaba desde mucho más lejos —desde el mismo despuntar del siglo—. Tres eran estas razones, fundamentalmente: *a*) La tradición regeneracionista (costismo) con su apelación al «cirujano de hierro» para cortar el nudo gordiano de la problemática española. *b*) Las críticas del 98 y del 14 en torno a la «farsa canovista». Y *c*) La desmoralización de las masas medias ante el terrorismo ácrata y la angustia nacional ante la sangría inacabable de Marruecos. De todos estos factores, ninguno tan importante —porque los resume a todos, en cuanto repudio de la tradición política inmediata y programa de soluciones al margen de aquélla— como el regeneracionismo costista; lo cual explica asimismo la jubilosa acogida inicial que a la Dictadura dispensaron los sectores intelectuales que encarnaban en cierto modo la herencia del costismo. «Sí —reconocería Gabriel Maura al resumir aquella experiencia—: el pronunciamiento y el manifiesto respondían a los apotegmas de la literatura engendrada por el Desastre: el "cirujano de hierro"; la España neutra superior a la España oligárquica; menos política y más administración; escuela y despensa, canales y pantanos; el país se ha de bastar económicamente a sí mismo, y tantos otros.» «Primo de Rivera —concluye el profesor Pabón— quedaría preso en este planteamiento, y no lograría superarlo, pese al esfuerzo de sus mejores colaboradores, auténticos políticos.»

La historia de la Dictadura —que, como es bien sabido, apenas cubre los seis años y medio— se divide, muy claramente, en dos momentos sucesivos: Directorio Militar y Directorio Civil. El primero atiende —con éxito en general— a los que hemos llamado factores inmediatos del golpe de Estado. Registra también sus primeras contradicciones, y sus éxitos más positivos. El segundo aborda, entre vacilaciones y dudas, los problemas políticos de fondo. Sus realizaciones técnicas no logran superar el fracaso radical que se registra en este plano.

Saldo positivo y saldo negativo de la Dictadura

Hemos aludido a los éxitos y las contradicciones de la primera etapa. Efectivamente, en los primeros años de la experiencia dictatorial, ésta resuelve el gravísimo problema de Marruecos —abordado en principio por el general desde la tesis del abandonismo; resuelto luego (primera contradicción evidente) a través de una operación militar de gran envergadura, concebida con acierto y coronada por el triunfo: repliegue y concentración de fuerzas en las zonas más seguras del Rif y de Yebala (1924); acuerdo coordinador con Francia, operación anfibia sobre Alhucemas (1925), ocupación total y pacificación de la zona completa—. Cierra así la Dictadura el grave problema abierto durante años y años, especialmente agudizado desde 1921: éxito militar, éxito moral, éxito internacional que devolverá la paz y la fe en sí mismo al país. Simultáneamente, la Dictadura pone fin a la guerra social: una actitud enérgica frente a la C.N.T. —que estará compensada con una apertura benévola hacia la U.G.T. y los socialistas— abre un paréntesis, que de momento casi parece milagroso, al proceso de atentados y violencias que había tenido su foco más espectacular en Barcelona. Paréntesis reparador, pero que envuelve otra contradicción clara: pues siendo en su origen consecuencia, en parte, de un compromiso con la burguesía industrial de Cataluña, que le sirvió de plataforma, lejos de coronar su obra abriendo cauces a las reivindicaciones descentralizadoras de aquélla, se lanzará muy pronto, inesperadamente, por el camino de un centralismo unitarista a ultranza, cuya culminación estará en la supresión de la Mancomunidad catalana.

Pero la máxima contradicción del dictador se percibe en su definición previa del régimen y en la realidad en que éste se va desplegando. En sus proclamas del primer momento, Primo de Rivera había concebido su papel como una operación de urgencia y absolutamente transitoria. El manifiesto que sirvió de pórtico a la organización del Directorio decía así:

«En virtud de la confianza y mandato que en mí se han depositado, se constituirá en Madrid un Directorio inspector militar, con carácter provisional, encargado de mantener el orden público y asegurar el funcionamiento normal de los ministerios y organismos oficiales, requiriendo al país para que en breve plazo nos ofrezca hombres rectos, sabios, laboriosos y probos que puedan constituir Ministerio a nuestro amparo, pero en plena dignidad y facultad, por si el Rey se digna aceptarlos...»

El designio «costista» se asoma nítidamente en esta apelación, en esta «conminación» a la España sana —a la «España real», a la España «subyacente»—. Semejante dicotomía entre lo anterior y lo posterior al golpe de Estado pecaba de ingenuidad manifiesta: se trataba de una esquematización simplista y candorosa del gran problema de España, que por lo pronto resultaba peligrosamente injusta —y de esta injusticia sería símbolo Santiago Alba, demasiado precipitadamente «marcado» por el nuevo régimen, en vista de que tenía contra sí a dos de las fuerzas decisivas en el pronunciamiento: el Ejército y la alta burguesía catalana—. Pero por otra parte era incompatible la liquidación sistemática de las reservas políticas de la Restauración, con la manifiesta provisionalidad del régimen dictatorial. Si éste pretendía, en efecto, abrir cauces a la *España vial*, o, si se quiere, a las «Españas marginadas», eso le obligaba —desde los supuestos de la hora histórica que el mundo estaba viviendo, ya pasada la cruel experiencia de la Guerra Mundial y cristalizada la Revolución Rusa— a intentar la incorporación masiva del obrerismo al régimen, y a movilizar —como lo pretendiera el maurismo— los sectores medios, más o menos neutros, del país. Pero tal operación de urgencia, entendida como freno de la revolución y como medio para robustecer las instituciones, sería, a la larga, el estímulo decisivo de las fuerzas antimonárquicas y el determinante del hundimiento del trono; y en todo caso, requería una larga y eficaz preparación. Durante los años del Directorio Civil (desde 1925) se intentaría, de una parte, captar al socialismo —empeño especialmente confiado a Eduardo Aunós, ministro del Trabajo—, en la ilusión de que la rigidez de Pablo Iglesias o de Largo Caballero diese paso a un laborismo a la inglesa, como nueva edición del viejo posibilismo castelarino de fin de siglo; y se pretendería simultáneamente la organización de un gran partido nacional, nutrido en la clase media, superador de las viejas divisiones de izquierda y derecha. Pero la realidad cosechada tras ese esfuerzo no iba a responder a las primitivas ilusiones del dictador. El socialismo jugaría una actitud oportunista, aprovechándose de la gran ocasión que la Dictadura le brindaba para desarrollar tranquilamente sus cuadros sindicales y sus posiciones atractivas, de cara al obrerismo, una vez eliminada la vieja rival —la C.N.T. anarquista—, pero sin comprometerse nunca lo más mínimo respecto a la monarquía. La Unión Patriótica, el nuevo partido articulado por el dictador, se mostraría como una masa

amorfa, sin auténtico espíritu ni programa, nutrida por lo demás con la savia de las antiguas oligarquías caciquiles que se pretendía desterrar.

Si no fue posible sustituir las fuertes bases políticas de la *España oficial*, más difícil —y más contradictorio con los propósitos iniciales expresados por el Dictador— sería poner en pie un nuevo cauce institucional superador del viejo código creado por Cánovas. La Asamblea Consultiva, y el proyecto de nuevo estatuto constitucional, no pasarían de intento apoyado con desmayo desde arriba, sin eco en la opinión responsable y menos en la opinión general del país. Como dice Raymond Carr, «el dictador había sido víctima del mito regeneracionista de una España *real*, popular, enterrada bajo una clase política artificial. Semejante reserva no existía. Por más que se hiciera, el único grupo de hombres lo bastante capacitado como para dirigir la nueva España era la vieja casta política. Cuando el dictador columbró su error era demasiado tarde para desandar lo andado y ganarse a los políticos ultrajados y repudiados».

Y así, la manera como este presunto «cirujano de hierro» pretendió atacar el problema más hondo que el país tenía planteado —la integración de la «España vital» en la «España oficial», que no la anulación de la una por la otra—, distó mucho de suponer una solución: animado por los éxitos espectaculares y de superficie, logrados en la inicial ola de entusiasmo que acompañó al Directorio Militar, creyó el dictador que la fórmula mágica había sido hallada: arrumbar a los *políticos* y acudir a los *técnicos*. Y al primer tropiezo serio con una realidad exterior, la crisis mundial, que venía a poner en entredicho cuanto justificaba al sistema, éste se vino abajo y dejó tras de sí el vacío como único apoyo de la Monarquía.

Así pues, una valoración de conjunto de la obra de la Dictadura nos lleva a hablar de una «faceta de luz» y una «faceta de sombra». En la primera quedan incluidos —aparte la solución de los problemas de urgencia a que antes aludíamos, Marruecos y Barcelona—, el despliegue de unos programas técnicos en parte convertidos en realizaciones —la modernización de la infraestructura según las directrices marcadas por el conde de Guadalhorce, y sobre todo la «puesta al día» de la red de carreteras—, y en parte iniciados con larga proyección y eco en el futuro, e incluso en nuestra época —la gran obra de las confederaciones hidrográficas, de la que derivarían los proyectos de Lorenzo Pardo



Arriba: **Primo de Rivera en 1911, año en el cual era coronel del Regimiento de San Fernando.** *Abajo:* **Primo de Rivera y Sanjurjo (cuarto y tercero, respectivamente, a partir de la derecha) fotografiados junto a otros generales tras el desembarco en Alhucemas (septiembre de 1925).**





cuya conversión en realidades efectivas habría de aguardar muchos años—. El país vivió de lleno la oleada de prosperidad económica característica de Europa y América en los «dorados veinte», hasta el fatal desplome de Wall Street; prosperidad favorecida, sin duda, por la paz social impuesta por el dictador.

Hasta aquí la «política de realidades» que reclamaba Costa. Pero detrás de ella iba a quedar un peligroso vacío institucional. Lejos de incorporarse a los «sectores marginados», bajo el señuelo de los éxitos o de los proyectos técnicos, la Dictadura actuó como un lejano heredero del Despotismo Ilustrado, con un sentido paternalista que excluía la iniciativa de las «Españas subyacentes». No sólo no consiguió —según queda indicado— movilizar en su beneficio las masas controladas por el socialismo; se indispuso con los núcleos burgueses más potentes de la península —los de la zona industrial catalana—. Se enfrentó con el instrumental político heredado de la Restauración, y, finalmente, incluso con el estamento social que le había servido de apoyo decisivo en su advenimiento: con el Ejército, dividido y disgustado tras el tropiezo del dictador con el arma de Artillería —a la que pretendió imponer la «escala abierta», rompiendo con una tradición orgullosamente mantenida por los artilleros a lo largo de su limpia historia—. Y por último, nunca logró entenderse con los círculos —muy importantes, muy prestigiosos entonces— de la intelectualidad y del mundo universitario, que en principio le habían acogido jubilosamente. Sobrevinieron el destierro de Unamuno, el arresto de Valle Inclán; culminó en 1928 la defección de los claustros académicos; los Colegios de Abogados, los Ateneos se sumaron a esta repulsa. Unamuno, Marañón, Ortega y Gasset, Valle Inclán, Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos, Azaña... desencadenaron una guerra implacable contra la Dictadura; guerra que hallaba eco y estímulo en la juventud estudiantil, muy inquieta —agrupada en la F.U.E.—. La situación se hizo insostenible.

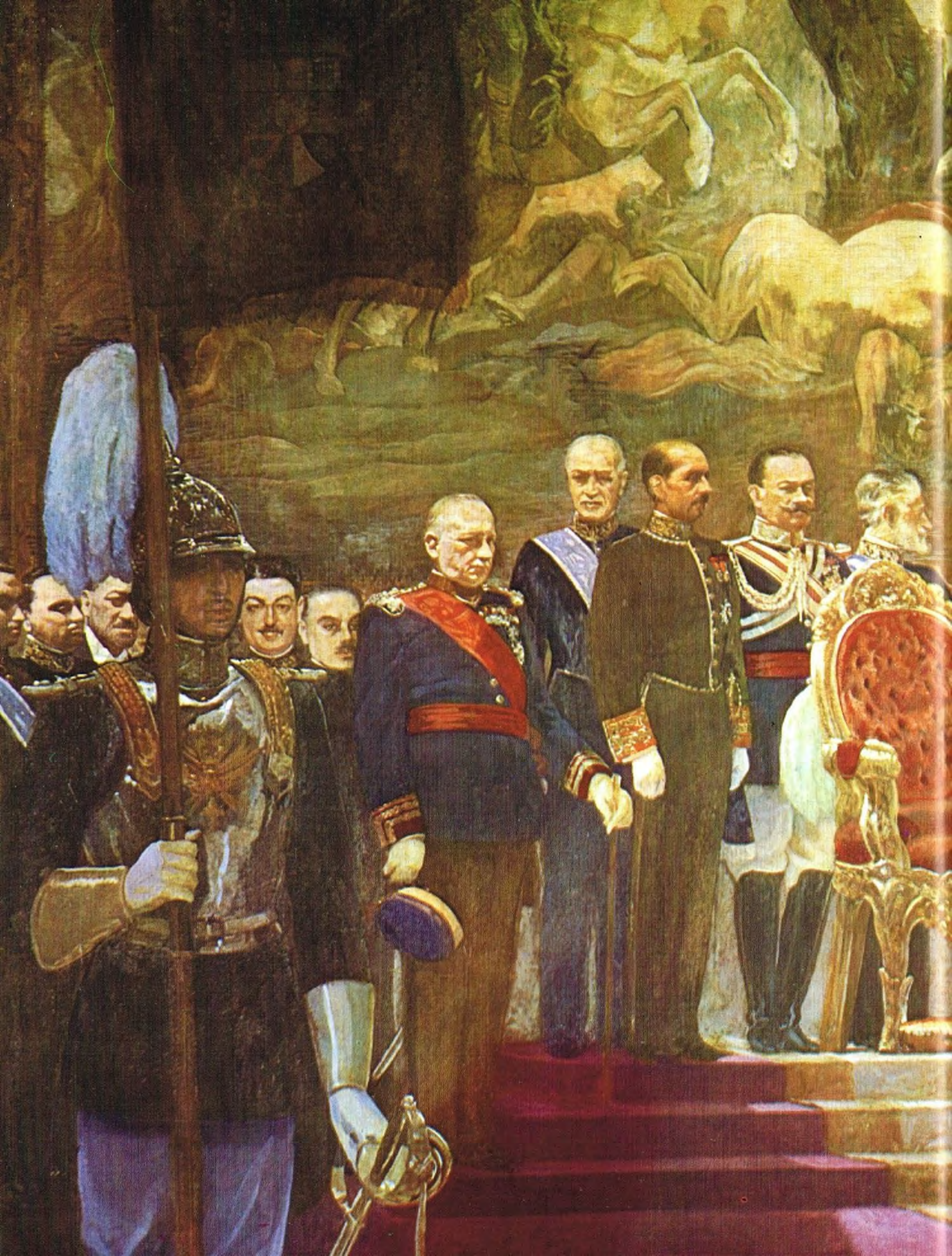
Varios conatos de «pronunciamiento» —simples chispazos, fácilmente ahogados al nacer— apenas turbaron la paz interior, aunque eran muestra alarmante de que la unanimidad del Ejército en apoyo del régimen ya no existía. El más importante —por sus ramificaciones políticas— fue promovido, a comienzos de 1929, por Sánchez Guerra, de acuerdo con el general Aguilera y con don Miguel Villanueva; los conjurados creían contar con el capitán general de Valencia, Castro Girona; pero se trataba de un error o de un equívoco, y el golpe se resolvió en fracaso.

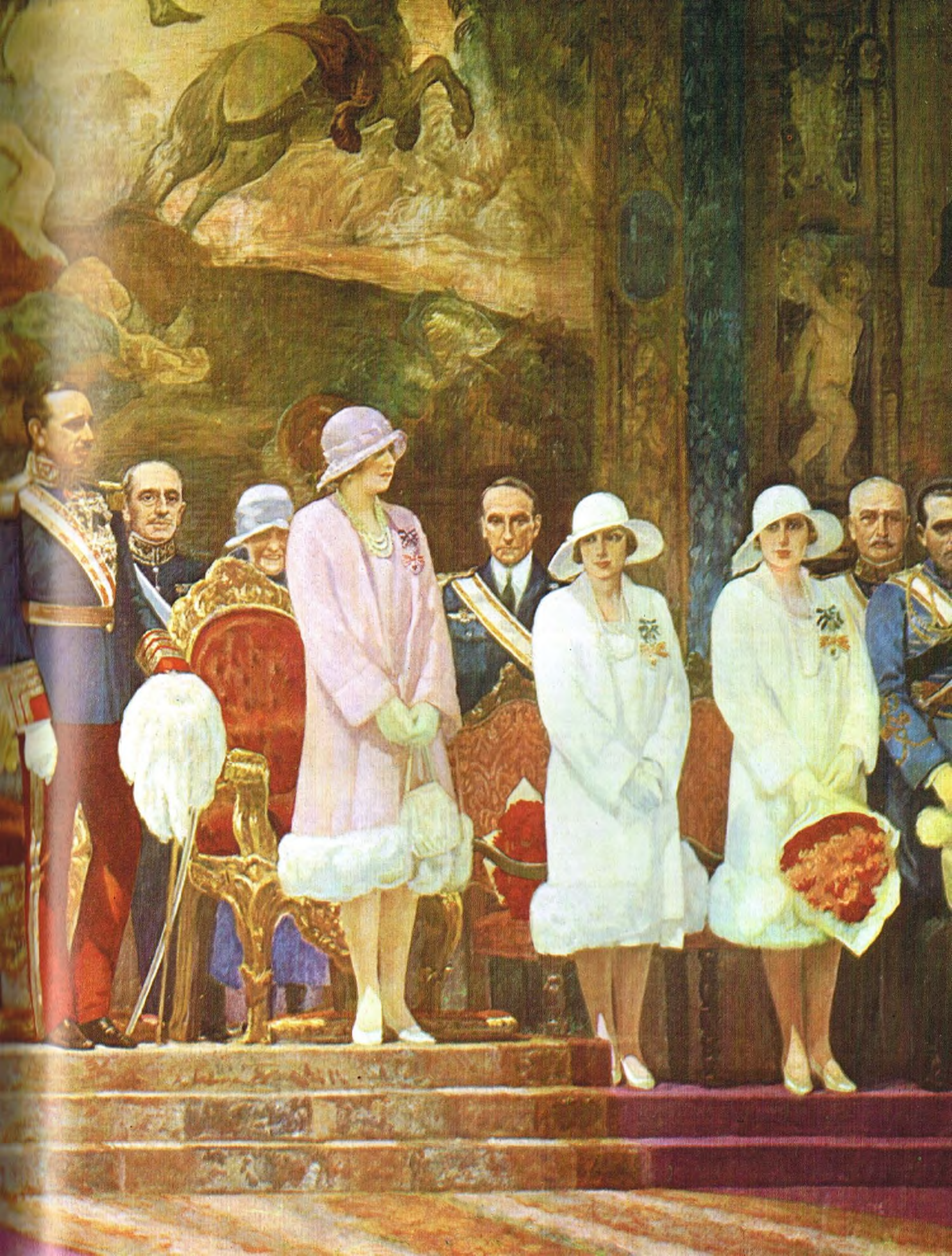
El año 1929, que empezaba de esta inquietante manera, contemplaría la espectacular inauguración de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, muestra del desarrollo alcanzado por el país en la década de los veinte. Pero, como contraste, en este mismo año iba a iniciarse la proyección —relativa— de la crisis mundial registrada en Europa tras el resonante desastre financiero de Wall Street. El desplome de la peseta hizo cundir el malestar y la inquietud. Como años después reconocería el propio rey Alfonso XIII, «mientras los hombres de negocios medraban y los trabajadores tenían trabajo, todo lo bueno era atribuido al general



Primo de Rivera (tocado con gorro) y otros jefes del Ejército en una de las zonas costeras de Alhucemas ocupadas en las sucesivas ampliaciones de la cabeza de puente incial. Como explican los informes de algunos corresponsales de prensa y el diario del entonces coronel Franco, el avance resultó duro, extremo que la censura procuró disimular; los veinte mil hombres reunidos inicialmente en la playa de La Cebadilla estuvieron quince días sin poder avanzar hacia el interior.

Izquierda, arriba: **fotografía aérea del desembarco en Alhucemas (playa de La Cebadilla) tomada el mismo 8 de septiembre.** *Abajo:* **buques de guerra y transportes de tropas fondeados en la bahía de Alhucemas durante la primera fase de las operaciones.**





Páginas anteriores: **la inauguración de la Exposición Iberoamericana de Sevilla (1929) vista por Grosso (cuadro propiedad de la marquesa Vda. de Nervión). A la izquierda de los soberanos aparecen las infantas, sus hijas; en el lado opuesto, con fajón rojo, el general Primo de Rivera.**



Inauguración del cable directo entre España-Italia y España-Sudamérica (1925). Junto con el general Primo de Rivera aparecen dos miembros de su Directorio cuya figura trasciende la época estricta de la Dictadura: Calvo Sotelo (primero de la izquierda), entonces ministro de Hacienda, y el general Martínez Anido (a su lado, con un cigarro en la mano), vicepresidente del Gabinete y ministro de Gobernación.

Primo de Rivera y a la supresión del Parlamento. En el mismo instante en que el comercio tropezó con el muro infranqueable de la crisis mundial y los trabajadores se vieron enfrentados con una producción que disminuía, todos los infortunios se achacaron al *dictador egoísta* y surgió el grito casi unánime pidiendo la convocatoria del Parlamento».

Caída de la Dictadura

A principios de 1930, el general, duramente combatido, inseguro de conservar los apoyos que en principio le elevaron al poder, y hundido físicamente por la afección diabética que padecía —y que había de llevarle al sepulcro dos meses más tarde—, planteó la cuestión de confianza, no al Rey, sino a los jefes del Ejército. Pero éstos distaron mucho de manifestarle, como en 1923, una adhesión incondicional. Como por otra parte don Alfonso no podía tolerar —a no ser que renunciase a seguir considerándose jefe del Estado— semejante olvido de sus prerrogativas, se produjo una súbita crisis: el dictador presentó su dimisión.

El advenimiento de la Dictadura había sido, a la larga, un golpe fatal para el Rey; el brusco final del régimen le enfrentó con cuantos tenían vinculados sus intereses a aquél. En 1930, el trono se hallaba aislado frente al país. Como don Alfonso señalaría, en amarga y lúcida recapitulación de lo ocurrido:

«También a mí se me ha querido cargar la culpa, primero, de haber mantenido tozudamente a Primo de Rivera, y después, de haberle puesto la zancadilla para su caída. Hay que recordar a qué grado de tensión habían llegado los ánimos y cómo se había roto la unidad del Ejército con la candente cuestión artillera. Una ingratitud general contra el hombre que había rehecho a España envenenó el ambiente. Cansado, y al mismo tiempo irritado contra tanta injusticia, perdió la cabeza con aquel disparatado llamamiento a los capitanes generales, sin contar conmigo. Cuando se presentó ante mí comprendió su error y presentó la dimisión, que hube de aceptarle aun sabiendo que la papeleta que se me ofrecía era dramática. Su marcha a París y su muerte colmaron mi corazón de amargura...»

De esta peculiar experiencia política —muy alejada en supuestos, objetivos e ideología, de la dictadura fascista implantada por Mussolini en Italia—, cabe decir que la principal razón de su fracaso radicó en el complejo de contradicciones internas que jalonan su historia. Pasados los años, el hijo del general, José Antonio Primo de Rivera, proclamaría, no sin justeza: «Descartando a unos cuantos colaboradores que tuvo, leales e inteligentes, no le entendieron los que supusieron que le querían, y no le quisieron los que le podían haber entendido.»

Y uno de estos colaboradores, Eduardo Aunós, ha dicho, con indudable acierto:

«Lo que le faltó a Primo de Rivera, esencialmente, fue saber captarse la asistencia de la selección del país, de los hombres, de los estamentos y de las fuerzas colectivas verdaderamente capaces de realizar la transformación de España. Así se aclara el inexplicable fenómeno de que, aun obteniendo tantos y tan resonantes éxitos, la Dictadura se viniese abajo, porque resultó, a la postre, que estaba asentada en el aire. Es el sino de toda tentativa de gobierno que no descansa sobre un verdadero y estructurado sistema. Y tal era la falta capital de Primo de Rivera: la de no ser un constructor político. En este sentido, más bien puede decirse que fue, sin quererlo ni saberlo, el anti-Cánovas por excelencia.»

Carlos Seco Serrano

México: pugna entre Iglesia y Estado

A mediados del siglo XIX, en México la Iglesia poseía (en inmuebles y capitales hipotecarios) unos 200 millones de pesos y unas rentas anuales del orden de los 8 millones de pesos, mientras que el presupuesto anual del Estado federal no pasaba de los 24 millones de pesos; las rentas del arzobispo de México eran de 130.000 pesos al año, y un presidente mexicano contaba con una retribución de 36.000 pesos anuales.

El Decreto de Lerdo de Tejada (1874) trató de poner en práctica las Leyes de Reforma, negando carácter y naturaleza jurídica a cualquier institución eclesiástica para adquirir bienes raíces; anulando el traspaso a las mismas de bienes por herencia; prohibiendo la instrucción religiosa en cualquier establecimiento del país y, en fin, otorgando capacidad legislativa —en materia de estado civil de las personas— a los Estados de la Federación, con sustitución del juramento religioso por la declaración formal de decir verdad y de cumplir las obligaciones contraídas. De esta época datan los primeros levantamientos «cristeros» (México, Michoacán), que fueron ya muy exacerbados, pues las jerarquías eclesiásticas amenazaron con excomulgar a quienes cumplieren la Ley Lerdo. El plan cristero de Urecho (31 de noviembre de 1875) fue la culminación de este estado de cosas, pero el apoyo de la Iglesia a Porfirio Díaz y a su plan de Tuxtepec significó la recuperación del poder de aquélla durante el Porfiriato (1877-1911), sobre todo durante el segundo mandato de Díaz.

Conflictos en el siglo XX

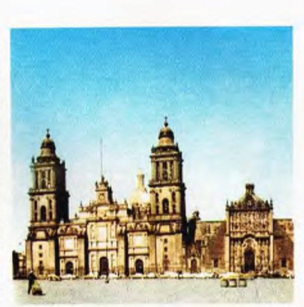
Al culminar en 1917 el triunfo de la burguesía mexicana con el carrancismo, se veía que no bastaba ya con declarar a la Iglesia carente de personalidad para poseer, ni que sus bienes pasaban al dominio de la nación, pues todos ellos estaban ocultamente en su poder gracias a testaferros o intermediarios: parecía necesario a la clase en el poder probar que los bienes adquiridos eran, de hecho, propiedad del clero, y modelar una Carta Constitucional que sancionase legalmente los medios con que proceder a ello. La Constitución de 1917 extendió la educación laica a las escuelas primarias particulares, excluyendo de ellas a los sacerdotes; decretó medidas de nacionalización por averiguación de «interpósitas personas»; incapacitó a los miembros del clero para heredar entre sí (salvo entre parientes de, al menos, cuarto grado); redujo a los sacerdotes a simples ministros de culto, sin gerencia autónoma del mismo y sin responsabilidad por los bienes por ellos manejados, declarando los templos propiedad nacional y anulando la personalidad jurídica de las asociaciones religiosas. El clero mexicano inició entonces su protesta en Estados Unidos, pero no en el interior del país. En realidad, Carranza mantuvo prácticamente el «statu quo» frente a un clero que se hallaba a la expectativa, pero durante la presidencia de Obregón (1920-1924), aun manteniéndose la tendencia expectante, comenzó a darse una paulatina y disimulada restauración del poder de la Iglesia.

La llegada de monseñor Filippi y de monseñor Caurana, emisarios del Papa, dio lugar a una celebración de actos de culto en público y a la inmediata aplicación, por parte del Gobierno mexicano, del artículo 31 de la Constitución, expulsando al primero inmediatamente del país (1923). En 1924, se producían disturbios en ocasión de la celebración en la capital del Congreso Eucarístico; en Morelia, un choque entre socialistas y católicos daba lugar a 50 muertos; en febrero de 1925 (con Calles en la presidencia), el arzobispo de México sufría detención domiciliaria por haber sido recibido públicamente en San Andrés (Tuxtla). Poco después eran expulsados 200 sacerdotes españoles, y un grupo de cismáticos se apoderó de la parroquia de la Soledad (México), dando lugar a la posterior clausura de templos, conventos y colegios particulares sostenidos por los católicos. Éstos eran los hechos iniciales.

La verdad es que, en cualquier caso, durante este período (mandato de Obregón), la nacionalización efectiva por averiguación de intermediarios fue lenta y carente de una fijación legislativa; por otra parte, la propiedad nacional sobre los templos no fue más que un acto de derecho, que no se cumplía, y, en fin, los colegios católicos se incorporaron a los establecimientos oficiales por acomodo formal al programa oficial establecido.

Sin duda alguna, el presidente Calles (1924-1928) se impuso como tarea resolver el problema de la aplicación efectiva de la letra constitucional frente a los nuevos avances del clero. Las leyes federales de 1926, con la reforma del artículo 130 de la Constitución y la reforma del Código Penal (junio 1926) sobre delitos contra la Federación en materia de culto religioso y de disciplina externa, no constituían «sólo» una respuesta a la falta de pericia del arzobispo de México, Mora y del Río, cuya declaración de febrero de 1926 había sido el detonador de las posteriores luchas, sino, «también», una puesta en práctica de la política del Estado mexicano tras los años que parecían aletargar el impulso inicial revolucionario «abierto» en 1917. En efecto, Mora y del Río había declarado, el 3 de febrero de 1926, que el clero y los católicos mexicanos no reconocían y combatirían los artículos 3, 5, 27 y 130 de la Constitución vigente. El Gobierno contestó obligando a registrarse como profesionales a todos los sacerdotes católicos (unos 30.000 a la sazón), con declaración de los bienes administrados por ellos. La circular en latín del episcopado mexicano no se hizo esperar: «Queda prohibido a los señores sacerdotes dar noticia a la autoridad civil de los templos que han administrado, lo mismo que inscribirse en los registros»; a la respuesta del Gobierno (publicación en el Diario Oficial de la Federación del reglamento sancionador de los infractores de la Constitución, julio 1926), la jerarquía eclesiástica respondió con un manifiesto suspendiendo los cultos en toda la República (25 julio), actitud apoyada por la Santa Sede con matizaciones. El hecho es que la actitud del arzobispo de México se vio desbordada por sus colegas más radicales (el arzobispo de Tabasco, entre ellos), deseosos de mostrar ante el Vaticano un esfuerzo frente al Estado mexicano que sirviera de base a la futura elección de nuevo primado de México, puesto que Mora y del Río era un hombre achacoso y entrado en años.

A partir del 31 de julio de 1926, una Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, dirigida por las altas jerarquías eclesiásticas y compuesta por miembros de las altas capas de la sociedad, ordenaba el bloqueo y paralización de la vida social y económica del país a través de un boicot general de los católicos al Gobierno, actitud aprobada por Mora y del Río y el arzobispo de Tabasco (carta privada de 14 de julio de 1926). A todo esto, en el campo se incitaba a la rebelión a los yaquis (pueblo durante reprimido durante el Porfiriato y fácil de levantar en armas) y se mal armaba a bandas de campesinos hambrientos víctimas de la lentitud con que se procedía en el campo al reparto de la tierra y de la crisis económica que el atravesaba: los



La catedral metropolitana de México; a la derecha, junto al cuerpo principal del edificio, la Capilla del Sagrario.

descarrilamientos e incendios de trenes con pasajeros dentro sumieron al país en un estado de guerra civil abierta: la «rebelión cristera». A estos hechos, la C.R.O.M. (Confederación Regional Obrera Mexicana), principal apoyo del Gobierno, respondió con las manifestaciones del 1 de agosto en la capital y con la constitución de comités de obreros encargados del control y represión de los boicoteadores. Por su parte, el Gobierno decretó la expulsión de todo sacerdote extranjero (el delegado apostólico, entre ellos), procedió a una represión general contra los católicos (detención de 200 damas de la alta sociedad en el Distrito Federal; ahorcamiento de 5 mujeres en Colima; incidentes en Hidalgo y muerte de dos católicos en Michoacán), sin poder impedir los numerosos excesos cometidos frente a la actitud del clero mexicano: «¡Viva Calles!» y «¡Viva Cristo Rey!» fueron los gritos de guerra de unos y otros. A su vez, algunos generales (Gallego, en Guanajato; González de Arteaga, con su «plan de la Carbonera», en Oaxaca) apoyaban al movimiento cristero. La exasperación de la lucha culminó con el problema de la sucesión en la presidencia; el intento de Obregón por volver a ella fue la causa de dos atentados contra él. Del primero (en Chapultepec, noviembre de 1927, con tres bombas de dinamita) resultó ileso, pero no pasó lo mismo con el segundo. Éste fue perpetrado y ejecutado por un cristero fanático, José León del Toral. Era el 17 de julio de 1928, en La Bombilla, lugar donde se homenajeaba a Obregón, recién elegido otra vez presidente. Toral sería ejecutado en febrero de 1929.

En estas circunstancias, y tras el nombramiento de Emilio Portes Gil (también sometido a un atentado en el tren en que viajaba) como presidente provisional, los buenos oficios del embajador norteamericano Morrow, principal figura diplomática a consecuencia de la progresiva inserción económica de EE.UU. en el sector petrolífero del país, abrieron paso al llamado «Pacto Religioso». Junio de 1929 trajo la deposición de las armas cristeras y la aceptación por casi todo el alto clero de los artículos constitucionales a cambio de la transigencia temporal por parte del Estado. En 1934, con Cárdenas en la presidencia, el problema había de reaparecer, esta vez atenuado pero adquiriendo nuevos tintes que el obispo de Huejutla reflejó en su «Tercer mensaje al mundo civilizado».

Julià de Jòdar

París en la década de 1920: «Un lugar y una época sin igual en la historia del mundo»

Cuando terminó la guerra, fueron muchos los que creyeron que a la humanidad le esperaba una época de paz y prosperidad ininterrumpidas. Aliviados al suponer que todo había concluido, los supervivientes de la Gran Guerra se volvieron hacia el arte y la literatura. En París, esta nueva tendencia asumió la forma de un asombroso renacimiento cultural que perduraría durante toda la década de 1920. Una de sus figuras más destacadas, el novelista y dramaturgo Jules Romains, describió el París de aquellos tiempos como «un lugar y una época sin igual en la historia del mundo». La audacia, la libertad bohemia y la fuerza creadora de aquellos diez años permiten afirmar que, en realidad, fueron únicos.

La literatura adoptó nuevas formas y fue reflejo de los sentimientos anárquicos de la época. Jean Cocteau, uno de los líderes literarios más prominentes y dotado de brillantes y variados talentos, hizo importantes contribuciones a la pintura, al ballet, a la música, al teatro y al cine. Era para muchos el espíritu —o el eco, según sus críticos— de todas las tendencias modernas en el París de los años veinte. Inventó una nueva modalidad de vida cuando fundó «Le Boeuf sur le Toit», combinación de restaurante, café, «music-hall» y club nocturno. Al «Boeuf» de la Rue Boissy d'Anglais acudían los personajes famosos y la gente ordinaria, la alta sociedad y los pintores más astrosos. Cocteau presidía aquella reunión bohemia y no tardó en convertir el local en cuartel general de «Les Six», un grupo formado por los mejores compositores y músicos de la época. Uno de ellos era Milhaud —autor de la partitura de «Le Boeuf sur le Toit», de Claudel, el ballet que dio su nombre al café—, y otros dos miembros fueron Honegger y Poulenc. En el «Boeuf», la gente solía bailar y beber champaña hasta las cuatro de la madrugada, pero también había quien almorzaba o cenaba sosegadamente en una sala contigua. Por la tarde, a primera hora, escritores y periodistas discutían sobre artículos o sobre obras teatrales mientras unos cuantos autores noveles corregían galeradas en los rincones. Pasadas las seis, el ambiente cambiaba. Solía tocar el piano algún estudiante con apuros de dinero y a veces el ejecutante era el propio Arthur Rubinstein. Hacían acto de presencia algunas de las mujeres más elegantes de París, y Picasso acostumbraba a cenar allí, vestido de etiqueta, atuendo que más tarde abandonaría.

El París de la posguerra se convirtió en la Meca artística de aquellos años. Un cronista contemporáneo pintó la escena con alegre despreocupación cuando escribió: «Bohemios de todos los países viven de cualquier forma en los bulevares de Montparnasse y de Raspail, en las calles Campagne-Première, Delambre, de la Gaîté y de Odessa. Españoles, turcos, polacos, rusos, austriacos, prusianos, griegos, italianos, noruegos, suecos y suizos han convertido París en campo de sus actividades y se han dado buena maña en hallar queridas entre el tropel de obreras parisienses y de las islas de los mares del Sur.»

Toda la ciudad fermentaba. Abundaban las pequeñas editoriales que publicaban ediciones limitadas y revistas de breve existencia pero de excelente calidad. Había incontables salones en los que se reunían artistas e intelectuales. Durante esta década, André Gide se dio a conocer como uno de los novelistas más sobresalientes. Gide, uno de los más destacados protestatarios en la literatura de todos los tiempos, se hallaba directamente vinculado con la «Nouvelle Revue Française», importante revista que canalizó las principales corrientes de la posguerra, y en cuyo consejo editorial figuraron Claudel, Gide, Valéry, Fargue, Duhamel y Proust. Algunos norteamericanos, como Ernest Hemingway, Ezra Pound y Henry Miller, hallaron en París un refugio contra el ambiente represivo de la Prohibición estadounidense, mientras muchos británicos, entre ellos James Joyce, iban a París para tomar parte en el carnaval literario que no tardaría en alcanzar su apogeo. El grupo de habla inglesa era atraído, como por un imán, por la tienda «Shakespeare and Company», una notable librería y biblioteca establecida en 1919 por Sylvia Beach, hija de un pastor presbiteriano norteamericano. En el París de la época, muchos escritores no podían costearse la compra de libros y aquella biblioteca satisfacía sus grandes demandas. A esta tiendecilla del número 8 de la Rue Dupuytren acudieron Gide, André Maurois, Ezra Pound, Gertrude Stein, Sherwood Anderson y James Joyce. Al no lograr encontrar editor para su «Ulises», Joyce rogó a Sylvia Beach que lo ayudase a buscarlo, y ella decidió publicárselo por su cuenta. La tarea resultó difícil, pues Joyce estaba ya mal de la vista y su escritura era cada vez más enmarañada e ilegible: los tipógrafos amenazaban con arrojarse por la ventana o despedirse antes que verse obligados a leerla. Joyce agotó sus recursos y puso en serio peligro las finanzas de «Shakespeare and Company». Demostraba una insaciable avidez de galeradas y las devolvía a la imprenta cubiertas de textos adicionales. Mientras tanto, la tienda «Shakespeare and Company» se había trasladado a la Rue de l'Odéon, pero finalmente apareció la primera edición de «Ulises», que se vendió casi en el acto. Hemingway halló medios para entrarla de contrabando en los Estados Unidos —donde fue prohibida por obscena— a través de la frontera canadiense, con los ejemplares ocultos en las perneras de los pantalones de lectores entusiastas.

Había, en París, otros centros de actividad. El «Café Dôme» era la más fiel expresión del ambiente de Montparnasse, el barrio bohemio y artístico de París, y se convirtió en pivote de la extraordinaria vida cosmopolita de la ciudad. Un contemporáneo lo describió como «ayuntamiento, plaza del mercado, taberna, foro, ghetto y corte de los milagros, todo ello al mismo tiempo», y acudían a él modelos, escritores, pintores y bebedores empedernidos. En el «Dingo» de Montmartre, el novelista norteamericano Scott Fitzgerald bebía grandes cantidades de champaña, tratando de gastar los considerables ingresos que le aportaban sus libros. Joyce bebía casi siempre en «Les Deux Magots», de Saint-Germain-des-Prés, donde los pintores Derain y Braque se contaban entre los clientes asiduos, así como Stravinski y el director de orquesta Ansermet.

Nunca se había visto la supremacía de Adán tan amenazada por las mujeres, como en aquella década de 1920. Las sufragistas habían conquistado el voto para la mujer, así como el triunfo en el mundo de los negocios y de las profesiones liberales, pero en aquel momento las mujeres llegaron incluso a dominar las relaciones entre ambos sexos, como atestiguan las últimas palabras de un popular charlestón:

> «C'est elle qui ordonne,
> C'est elle qu'est patronne,
> C'est moi qu'elle fait marcher!»

(Ella es la que manda, ella es el amo, y yo quien obedezco.)

Fue una época en la que las mujeres se liberaron de las antiguas convenciones, tanto en las relaciones entre los sexos como en el vestido. En cualquier parte aparecían pruebas de ello. Mujeres con espléndidos abrigos de visón se apeaban de sus enormes Hispano-Suiza, mientras chóferes uniformados y con gorra de plato les abrían las puertas. Poiret, uno de los modistas más famosos, creaba las modas. En el año 1924, las faldas llegaban todavía a media pantorrilla, pero en 1925 las piernas quedaron al descubierto, torneadas, esbeltas y bien cuidadas, adornadas también con ajorcas e incluso maquilladas o tatuadas con rosas.

Sin embargo, no es posible comprender esta época sin tener una idea de las extravagancias del surrealismo, el sucesor del dadaísmo. Bajo la influencia de Freud, el surrealismo trataba de explorar el subconsciente y expresar una nueva forma de realidad. Louis Aragon solía recitar sus poesías en la librería de Sylvia Beach. Una de ellas, «L'Alphabet», era simplemente el alfabeto recitado desde el comienzo hasta el fin. Los autores escribían tratando de abstenerse de pensar, en un intento de reproducir el flujo del inconsciente.

La nueva literatura, por lo tanto, tendía hacia una representación de la locura, y los descubrimientos en el campo del subconsciente sancionaban estas tendencias. A finales de la década, los escritores empezaron a atacar las palabras mismas. En las posturas extremas, el lenguaje tendía hacia la onomatopeya, la pintura hacia las manchas, y la música hacia el ruido (la partitura del «Ballet Mécanique», de George Antheil, estrenado en 1925, evocaba el sonido de las hélices del avión). Pero lo que resulta fácil en música y posible en pintura, es imposible en literatura, y de ello se derivó la inevitable degradación y destrucción del movimiento surrealista desde su propio seno, mientras la era de la posguerra agonizaba en un mundo que de nuevo volvía a debatirse entre graves contradicciones.

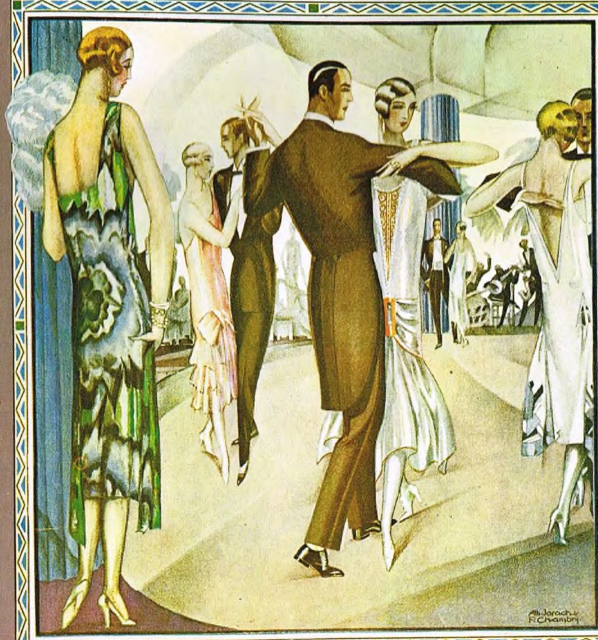
La época empezó a fragmentarse. Cocteau se orientó hacia la tragedia griega, Picasso y Aragon hacia el comunismo, y los pintores hacia el simbolismo freudiano o el arte abstracto. La primavera de 1929 presenció la «Ubu fête», un reestreno de la farsa grotesca y antiburguesa «Ubu Roi», de Jarry, y éste fue el último capricho de los años veinte. Maurice Sachs, destacado habitual del «Boeuf», escribió en su diario el 30 de octubre de 1929: «Ayer hubo una catástrofe espantosa, terrible, en Wall Street. Mi tío Richard E. Wallason se suicidó. Ya no tenemos nada. Con toda seguridad, ya no tendré tiempo para seguir escribiendo este diario.» Era el final de una época.

Derecha: **extraordinaria diversidad en la vida social del París de la década 1920-1930.** Arriba, izquierda: **anuncio de uno de los numerosos espectáculos de cabaret en 1925.** Arriba, derecha: **típica reunión cosmopolita en el vestíbulo de un teatro (pintura de A. Guillaume).** Abajo, izquierda: **Gabrielle Chanel, la famosa modista, viste la última de sus creaciones (1929).** Abajo, derecha: **la revista inglesa «The Sphere» presenta la moda de París para el invierno de 1925. Mujeres de busto plano lucen vestidos largos con borde inferior desigual, cintura baja, y escote en la espalda. De día, predominaban las faldas cortas y las cinturas altas. Además «nada se ha hecho para truncar la triunfal carrera de los cabellos a la romana».**


REVUE NÈGRE
AU
Music-hall
DES
CHAMPS-ÉLYSÉES






WINTER FASHIONS SECTION
OF THE SPHERE

MISTINGUETT



Izquierda: **Mistinguett, una de las más célebres artistas de cabaret del famoso Casino de Paris.** Derecha: **personalidades del mundo literario en Paris (1923). De izquierda a derecha: Ford Madox Ford, James Joyce, Ezra Pound y John Quinn. Ford fundó en Paris la «Transatlantic Review», que, a pesar de sus distinguidos colaboradores, entre los que se contaba T. S. Eliot, se extinguió poco después de iniciada su publicación. Joyce terminó en Paris su obra maestra, «Ulises». Pound era el lider reconocido del grupo que escribia con regularidad para la revista inglesa «Egoist». Quinn no era escritor, sino un abogado neoyorquino que adquirió el primer manuscrito de «Ulises».**
Abajo, izquierda: **Hemingway y Sylvia Beach ante la famosa libreria «Shakespeare and Co.», en la Rue de l'Odéon.** Abajo, derecha: **con el desenfado propio de la época, una elegante se prueba zapatos de la última moda (pintura de A. Guillaume, hacia 1925).**





Surrealismo:
imágenes de lo inconsciente

«En el angosto depósito al que vosotros llamáis "Pensamiento", los rayos del espíritu se pudren como paja vieja.» Antonin Artaud, poeta surrealista francés.

El surrealismo fue inaugurado oficialmente en 1924 por el poeta francés André Breton con su «Primer Manifiesto Surrealista», en el que hizo un elocuente llamamiento a la emancipación de la imaginación con respecto a las arbitrarias limitaciones impuestas por la razón y la sociedad.

Para Breton —que había sido por breve tiempo psiquiatra durante la guerra—, la vida imaginativa abarcaba todo el mundo de lo inconsciente, tal como éste había sido revelado por Freud. «El surrealismo —escribió— se basa en la creencia en... la omnipotencia del sueño y en el juego desinteresado del pensamiento.» Su objetivo consistía en «resolver las antes contradictorias condiciones de sueño y realidad en una realidad absoluta, en una super-realidad»; en exponer la singular —y psicológicamente significativa— yuxtaposición de imágenes mentales normalmente no relacionadas entre sí, y transmitir de este modo intensas experiencias subjetivas. El poeta y el artista nada tenían que ver con las normas estéticas, ya que su misión consistía en «detallar» la mente, en actuar como videntes que interpretasen sus propias mentes subconscientes.

Este tipo de «anti-arte» tenía sus orígenes nihilistas en el dadaísmo, movimiento dedicado a la destrucción de todos los valores estéticos establecidos. El dadá se fundó en Zurich en 1916. Las poesías dadá, entonadas a voz en grito, consistían muchas veces sólo de vocales. Las reuniones de sus seguidores incluían absurdas manifestaciones semiplaneadas, antecesoras de los «happenings». Kurt Schwitters creaba cuadros dadá con billetes de tranvía, cordones de zapatos y otros desechos. Francis Picabia delineaba cuidadosamente máquinas que no tenían objeto alguno. El más destacado artista dadá, Marcel Duchamp, expuso una reproducción de la «Mona Lisa» adornada con un bigote, un juego de palabras obsceno y un orinal titulado «Fuente», firmado R. Mutt. La obra principal de Duchamp fue «Mariée mise à nu par ses célibataires même», y pretendió que la obra sólo quedó «terminada» cuando el vidrio de que estaba hecha se agrietó accidentalmente.

Las bufonadas y los absurdos constituían las baterías anti-arte del dadaísmo, y fueron adoptados por los devotos del surrealismo. Robert Desnos iría en «trance» a casa de Breton. Georges Limbour, remedando el «trance» de Desnos, ladraría y devoraría, puesto a cuatro patas, la comida del perro. Dali dio una conferencia en la Sorbona con el pie derecho desnudo y sumergido en un cubo lleno de leche de burra.

Pero en 1924 Breton estaba desilusionado por el carácter destructivo del dadaísmo, cuyo culto al absurdo había llegado al extremo. Fue Breton quien alejó el surrealismo de sus orígenes nihilistas. Para descubrir los objetos significativos e incongruentes de la mente, Breton y su colega surrealista Soupalt habían experimentado ya con la «escritura automática», en la que se permitía a la mano transcribir, sin control alguno «el verdadero proceso mental», cosa que él comparaba con las técnicas psiquiátricas. Precisamente a causa de este proceso, Breton utilizó por primera vez el término «surrealismo», una palabra acuñada por Apollinaire para calificar su obra teatral «Les Mamelles de Tirésias» en 1917. El movimiento tuvo originalmente un carácter literario, pero los artistas vieron que la pintura surrealista podía equipararse a la poesía surrealista al aportar imágenes visuales, y no verbales, del subconsciente.

Max Ernst, exdadaísta, encontró un equivalente visual de la «escritura automática» en su procedimiento del «frotagge», por el que obtenía imágenes al azar al frotar un lápiz sobre un papel extendido sobre cualquier material disponible. También combinó materiales diversos con figuras pintadas para explotar «el encuentro casual de realidades distantes en un plano no familiar».

Otros pintores, como Yves Tanguy y Dali, este último el más notable de todos los pintores surrealistas, utilizaron una técnica precisa y realista para describir imágenes obsesivas brotadas del subconsciente. En los cuadros de Dali, por ejemplo, los objetos se hallan inquietantemente expuestos a una destrucción de carácter no natural: jirafas quemadas vivas, teléfonos medio devorados sobre una playa, o relojes blandos que cuelgan flácidamente de unas ramas. El mundo de las cosas reales se descompone, y el mundo irracional del sueño es descrito con las técnicas del realismo. El objetivo surrealista de revelar los lugares desnudos de la mente inspiraba a los seguidores de este movimiento un profundo respeto hacia lo arbitrario, lo inesperado y lo inexplicable. Breton citaba al poeta romántico Lautréamont: «Bello como el inesperado encuentro, sobre una mesa de disección, de una máquina de coser y un paraguas.»

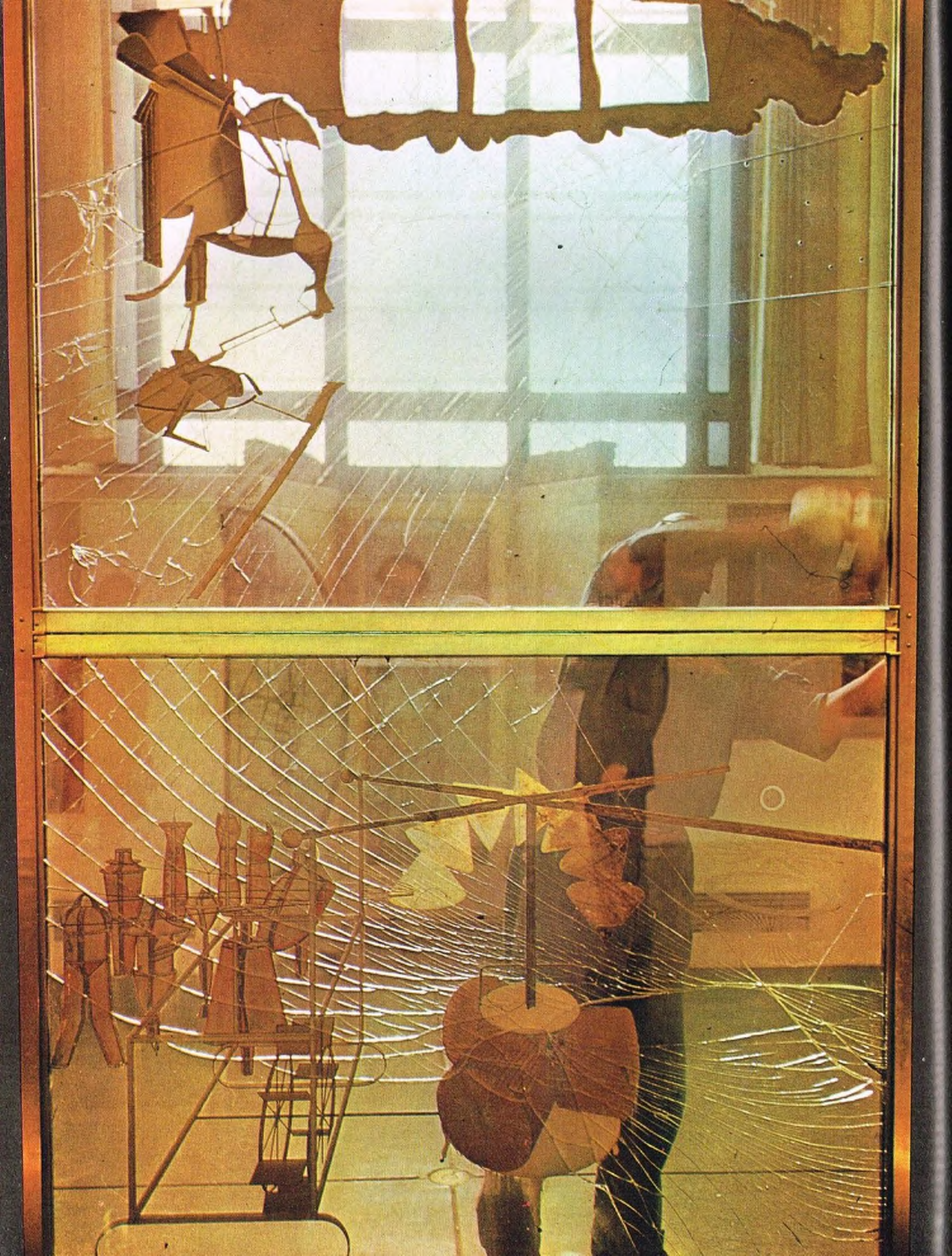
El surrealismo dejó sentir su influencia en otros pintores ajenos al grupo —Picasso y Miró, por ejemplo— y en el cine. Se produjeron dos películas específicamente surrealistas, «Un chien andalou» y «L'Age d'or», ambas debidas a Dali y a Luis Buñuel. El movimiento tuvo una influencia perdurable: el gusto por lo desconcertante y lo emotivo, tan común a mediados de nuestro siglo, es en parte un legado del surrealismo.



Izquierda: **«El espectro de la libido», del pintor catalán Salvador Dali, ofrece muy evidente la síntesis entre la precisión de los recursos técnicos y el informalismo de los conceptos subconscientes así corporeizados.** Derecha: **«Dos niños amenazados por un ruiseñor» (1924), de Ernst, pintor que crea una sensación de alienación mediante diversos modos: la combinación de dos niveles de realidad —las imágenes pintadas y aquellas que, como la casa, la valla (que gira libremente) y el tirador, son de madera—; la continuación del cuadro en el marco; el tirador, que da a todo el conjunto el aspecto de una puerta que tal vez revelaría algo más una vez abierta; la inquietante falta de lógica de la escena, donde una niña yace muerta mientras otra persigue a un ruiseñor con un cuchillo, y una figura espectral que corre sobre el tejado con un niño en brazos.**

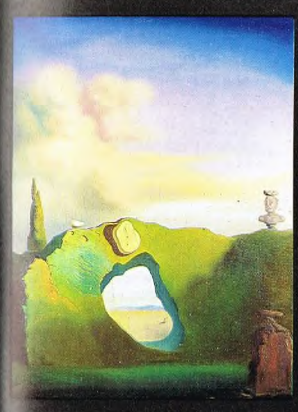


Max ERNST (American, born Germany 1891). TWO CHILDREN ARE THREATENED BY A NIGHTINGALE. 1924. Oil on wood. Purchase



Izquierda: «Mariée mise à nu par ses célibataires même», obra de plomo y pintura sobre un cristal corriente, debida a Duchamp y completada en 1923. En la mitad superior del cristal, la «novia»; en la inferior, los «solteros» y sus extrañas máquinas. En esta fotografía se ve a un hombre que está limpiando la cara posterior de la obra. Derecha: poema óptico de Breton (1935), «una improbable y significativa yuxtaposición de imágenes». El escrito dice: «En la intersección de las invisibles líneas de fuerza / Hallar / El punto de canto hacia el cual los árboles se prestan mutua ayuda / La espina de silencio / Que quiere que el señor de los navíos exponga al viento su penacho de perros azules.» Abajo, centro: «Hora triangular» (1933), por Dalí. Al pie, centro: «Naturalezas muertas» (1920), por Picabia. Abajo, derecha: «Constelación», obra de Valentine Hugo donde aparecen, de izquierda a derecha, en la hilera superior: Eluard, Breton y Tzara, y en la inferior: Péret (al fondo), Crevel y Char.







Hungría y la «Pequeña Entente»

La dictadura militar instaurada por el almirante Horthy en noviembre de 1919 puso fin a un período de caos político y económico que había llevado a Hungría al borde de la desintegración. La entrada de Horthy en Budapest significó la retirada del territorio magiar de las tropas rumanas, que tras acabar con la república soviética de Béla Kun, habían causado no pocos trastornos en el país que ocupaban.

Apoyado por el Ejército y por un partido de circunstancias (el Bloque Cristiano), Horthy se hizo nombrar regente, se instaló firmemente en el poder e inició una persecución sistemática no sólo de bolcheviques, sino también de personas de ideología socialdemócrata e incluso simplemente liberal. A la vez, afrontaba el arduo problema del tratado de paz. Obligado a firmarlo (Tratado del Trianón, 4 de junio de 1920), se desquitó proclamando su propósito de restablecer nada menos que «el Imperio de San Esteban». Por aquellas fechas la consigna «Nem, nem, soha!» («¡No, no, nunca!») era totalmente oficial. En parte como consecuencia de estos propósitos, y también a modo de diversión destinada a cubrir con una cortina de humo la dictadura y las dificultades interiores, Horthy se lanzó por las azarosas vías de una política revisionista y provocativa.

Los tres Estados vecinos de Hungría que se habían beneficiado de los tratados de paz consecutivos a la guerra, se alarmaron. Eran estos países Rumania (que tenía con Hungría viejos pleitos fronterizos), Yugoslavia y Checoslovaquia, dos Estados nacionales jóvenes nacidos precisamente —en parte el primero y de una manera total el segundo— de la desmembración del Imperio Austro-húngaro.

Para hacer frente a la agresividad de Hungría, los tres países mencionados formaron una alianza defensiva (Tratado de Belgrado de 1920 entre Yugoslavia y Checoslovaquia, al cual se incorporó Rumania en 1921), que fue conocida como la «Pequeña Entente». Francia la patrocinaba e hizo de ella una de las piezas maestras de su juego político en aquella zona de Europa. Precisamente por esta razón —y para proteger sus intereses, vinculados a la navegación por el Danubio— Gran Bretaña se erigió en protectora no sólo de Hungría, sino también del régimen de Horthy. Hasta tal punto que los intentos de los países de la «Pequeña Entente» para derribar la dictadura e instaurar en el país magiar una democracia que fuera una garantía de paz y buena vecindad, de acuerdo con emigrados húngaros de ideología liberal, tropezaron siempre con la más terca y cerrada oposición británica. Ni siquiera el gobierno laborista de MacDonald, que recibió a una delegación del Partido de Trabajadores magiar, se atrevió a enfrentarse con los protectores de Horthy, financieros que habían efectuado cuantiosas inversiones en Hungría. De modo y manera que Horthy, almirante y regente de un país que no tenía acceso al mar y que carecía de rey, siguió rigiendo la política húngara hasta la Segunda Guerra Mundial.

E. V.



Carlos I (con sombrero de copa) marcha al destierro tras su segundo y fallido intento de ascender al trono húngaro (octubre 1921); las autoridades húngaras le entregan un salvoconducto para el viaje a Suiza. Recuadro: **Hungría (color blanco) y los países de la Pequeña Entente, que se unieron por temor al revisionismo húngaro (gris oscuro).**

Las raíces del «apaciguamiento»

El «apaciguamiento» tuvo sus orígenes no en la desacreditada política de la época de Chamberlain, sino en hombres que, como Lloyd George y Churchill, deseaban sinceramente calmar los resentimientos motivados por la Primera Guerra Mundial. Sus esperanzas, sin embargo, no pudieron realizarse a tiempo para salvar al mundo de una nueva catástrofe.

La palabra «apaciguamiento» se aplicaría más tarde para designar la política que Neville Chamberlain adoptó para con la Alemania nazi, y, en consecuencia, buena parte del sentimiento de oposición que suscitó dicha política se ha dirigido contra el concepto mismo de apaciguamiento. Un «apaciguador» merece todavía más desprecio que un cobarde: es un hombre que, olvidándose de sus propias posibilidades de defensa, se humilla y arrastra ante las amenazas de otros. Pero el apaciguamiento no fue inventado por Neville Chamberlain: era una línea de conducta profundamente enraizada en la política exterior tradicional de Gran Bretaña y que tuvo sus momentos de triunfo, que contrastan favorablemente al ser comparados con los logros —más discutibles— conseguidos en Munich.

En la historia contemporánea de Inglaterra, se empleó por vez primera este término en 1911, cuando el Partido Liberal deseaba encontrar, en sus relaciones con Irlanda, una nueva línea política que restañase las heridas de muchos siglos de violencia y conflicto. Churchill, consciente de los crecientes peligros que amenazaban a Europa, temía que Gran Bretaña tuviese en una Irlanda descontenta un nuevo enemigo en la arena diplomática, y sugirió a sus colegas que intentasen «*une politique d'apaisement*» hacia aquel país. Se valía de una frase francesa, con la que daba a entender que Irlanda tenía justos motivos de queja, a los que se atendería generosamente a cambio de la promesa irlandesa de no perturbar la vida interna de la Gran Bretaña. El comienzo de la guerra puso un freno a la política de apaciguamiento en Irlanda, y la represión a raíz del Levantamiento de Pascua significó una supresión temporal —aunque no definitiva— de dicha política.

Los cuatro años de guerra hicieron algo más que llenar los cementerios de Europa: dejaron sumidas en la mayor amargura a todas las naciones, e inflamaron hasta el paroxismo las pasiones nacionalistas. Incluso el concepto mismo de diplomacia parecía amenazado: ninguna nación quería sentarse al lado de sus rivales para ponderar y discutir sosegadamente los problemas del momento. En París, durante la Conferencia de la Paz, las amenazas y la hipocresía jugaron un papel tan importante como el compromiso y la conciliación. Las naciones derrotadas no pensaban más que en desquitarse cuando se hubieran repuesto de sus heridas; las naciones victoriosas pensaban solamente en reprimir, cuanto más tiempo pudieran, las aspiraciones —legítimas o ilegítimas— de las derrotadas; y las nuevas naciones, creadas súbitamente a partir de artificiales demarcaciones territoriales, se afanaban únicamente en mantener lo que habían ganado y en conservar su independencia por todos los medios posibles.

Dentro de esta caldera de sospechas y temores fue arrojado un extraño ingrediente, completamente inesperado: la política de David Lloyd George. Los historiadores no logran todavía ponerse de acuerdo sobre los verdaderos motivos que impulsaban al insigne político. ¿Era un cruzado o un infiel, un hombre de elevados principios o un innoble astuto? ¿Aspiraba a curar las heridas de un continente conmovido, o a imponer a éste un dominio británico que fuera profundo y duradero? Cualesquiera que fuesen sus motivos, pocas dudas puede haber en cuanto a su política. Se proponía nada menos que la reconciliación de los antiguos enemigos —Francia y Alemania— y el regreso del proscrito revolucionario —la Rusia bolchevique— a los congresos y conferencias de Europa.

Un miembro del gobierno de Lloyd George fue quien describió por primera vez la nueva política del primer ministro. En una carta privada, que mandó desde la Conferencia de la Paz en París, en junio de 1919, H. A. L. Fisher expuso: «Las pasiones están todavía demasiado exacerbadas para que ahora se logre un arreglo realmente duradero; pero, si se firma un tratado *tel quel*, habrá un apaciguamiento, y se podrán introducir gradualmente reajustes y modificaciones que den a Europa perspectivas de estabilidad.» Fisher veía con claridad que la alternativa era apaciguamiento o anarquía, pero también se daba cuenta de que los «reajustes

Este dibujo francés de 1921 comenta con amargura los efectos de la política de apaciguamiento de Lloyd George, que dejaba a Europa humillada frente al resurgente militarismo alemán.



y modificaciones» llevarían mucho tiempo. Lloyd George, que estaba falto de paciente templanza, quería acelerar con su esfuerzo personal el proceso de reconciliación.

Lloyd George no odiaba a Alemania. Antes de 1914 había admirado y, en cierta medida, copiado la política social alemana, y respetaba los sacrificios que los alemanes habían hecho durante la guerra. No era uno de aquellos histéricos germanófobos que utilizaban papel higiénico con el retrato del Káiser impreso. Era también un estadista práctico, y veía con claridad que la alternativa de una Alemania satisfecha era una Alemania bolchevique. Su instinto le pedía la reconciliación con el enemigo derrotado; su sentido común político deseaba un bastión alemán democrático contra el bolchevismo. Pero ninguna política germanófila podía ser efectiva sin contar con el apoyo francés, y Lloyd George no fue capaz, en cuatro años de activa y a veces frenética diplomacia, de persuadir a los dirigentes franceses para que buscasen la amistad alemana. Lloyd George veía la futura seguridad de Europa en la cooperación franco-alemana; en cambio, el pueblo francés pedía a sus dirigentes políticos que le proporcionasen la seguridad manteniendo a Alemania en permanente estado de inferioridad.

El primer fracaso

La primera tentativa de apaciguamiento fue un fracaso: Lloyd George no fue capaz de persuadir a los estadistas franceses a que se mostrasen indulgentes para con Alemania durante la Conferencia de la Paz de París. Cuando recomendó a Clemenceau que hiciese determinadas concesiones, el dirigente francés replicó cáusticamente: «Si los británicos tienen tantos deseos de apaciguar a Alemania, podrían empezar por hacerles, por su parte, concesiones coloniales, navales o comerciales.» Clemenceau puso así el dedo en la llaga de la posición británica. Lloyd George y sus colegas no tenían la menor intención de renunciar a ninguna de sus conquistas; pretendían conservar todas las colonias alemanas que habían ocupado durante la guerra; estaban decididos a destruir el poder naval alemán; y los entusiasmaban las ventajas conseguidas por el comercio británico al arrebatar a Alemania todos los monopolios comerciales que ésta poseía legalmente en África y el Lejano Oriente. Lloyd George no quería embarcarse en una política de apaciguamiento que afectase a los intereses imperiales; estaba decidido a servirse de aquella única oportunidad que le deparaba la victoria para incrementar el Imperio y mejorar los intereses comerciales de Gran Bretaña en ultramar, una y otra cosa a expensas de Alemania.

No obstante, cuando Lloyd George hablaba de apaciguamiento no era hipócrita, ni veía tampoco ninguna inmoralidad en separar Europa de los intereses imperiales. Para Gran Bretaña, su imperio era una necesidad, y, Europa, un lujo: a fin de conservar su poder imperial podía gastar dinero, hacer la guerra, e incluso —como en la India y el Irak— lanzar bombas contra tribus recalcitrantes. Mas para mantener Europa en paz debía adoptar el método inverso. Era preciso suavizar las formas, conciliar los intereses en conflicto y superar la política de represalias. Así, Lloyd George se opuso con éxito a que Alemania pagara las duras indemnizaciones que Francia le exigía. Y, del mismo modo, se negó a apoyar la demanda francesa de que se colgara al Káiser.

La política de apaciguamiento de la posguerra era algo más que un intento práctico de mantener a Europa sumisa mientras Gran Bretaña edificaba su poder en otras partes; era algo más que un truco para frustrar los objetivos bolcheviques en Europa, mediante la armonización de los intereses franceses y alemanes. Era también un concepto idealista. Estaba encaminada nada menos que al «mundo sin guerra» de los soñadores y visionarios. La política de pacificación resultaba tan atractiva porque parecía ofrecer más de lo que ofrecería un simple acuerdo diplomático, que es útil hoy y anticuado mañana. En un mundo conmovido por la cruel experiencia de la guerra, ofrecía una esperanza nueva. Así, en mayo de 1919, mientras proseguían las sesiones de la Conferencia de París, el *Manchester Guardian* había informado a sus lectores de que «una política prudente no tratará ya a Alemania como un temible enemigo al que hay que destruir, sino como una parte de la Europa de la que nosotros mismos somos igualmente parte y que, durante largos años, necesitará toda nuestra ayuda y todo nuestro cuidado si quiere salvarse de la ruina... Para nosotros, la cuestión fundamental es la de si deseamos una paz de apaciguamiento o una paz de violencia».

No había nada necesariamente humillante en «una paz de apaciguamiento». Como había escrito Edmund Burke durante la Guerra de la Independencia Americana, «la potencia superior puede ofrecer la paz, con honor y con seguridad». En 1920 Gran Bretaña era la potencia superior. Los Estados Unidos de Norteamérica se habían retirado de los asuntos europeos para volver a su seguro aislamiento. Rusia se había retirado también, para construir un nuevo futuro con el comunismo. Francia estaba debilitada por los inmensos esfuerzos físicos y materiales realizados durante la guerra, y los antiguos Imperios austríaco y turco habían sido despedazados. Gran Bretaña fue la única de las grandes potencias que salió de la guerra fuerte y activa. Su política podía ser conciliatoria sin dar muestras de debilidad. Podía procurar por todos los medios que se reconciliasen Francia y Alemania sin dar la impresión de que a ello la movía el temor de futuras amenazas. «El objetivo —dijo Churchill en la Conferencia Imperial de 1921— es lograr que cedan los terribles odios y antagonismos que dividen a Europa y hacer que el mundo recobre la paz.» Era un noble objetivo, pero no llegó a prosperar. Francia se aferraba tenazmente a la idea de que no habría paz en Europa mientras se permitiera a Alemania ocupar su puesto como un «igual», y el británico Austen Chamberlain, que fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores en 1924, compartía este punto de vista. También él temía una Alemania rediviva. No creía que ningún gesto de apaciguamiento, por amplio y sincero que pudiera ser, apartase a los alemanes de su afán de desquite por la humillación de la derrota.

Lloyd George expuso sus intenciones pacificadoras en una serie de conferencias europeas. Estaba realmente convencido de que la fuerza de sus argumentos —y el peso de su propia personalidad— influirían en la política francesa. Pero, tras cuatro años de activa diplomacia, hubo de admitir que no había tenido éxito alguno. Alemania dirigía sus miradas no hacia Francia, sino hacia Rusia, en un funesto presagio de posteriores acontecimientos. Lloyd George, por su parte, se había reconciliado con los bolcheviques, y, para alarma de quienes temían una

Derecha: **«Un alemán es siempre alemán. ¡Recuérdalo! Este hombre, que ha atacado iglesias, hospitales y navíos indefensos, este ladrón, secuestrador y asesino, y este otro hombre, que, después de la guerra, querrá venderte sus mercancías alemanas, son la misma persona.» Cartel británico aparecido hacia el final de la guerra.**

British Empire Union.

"ONCE A GERMAN ALWAYS A GERMAN!"

Samples

Berlin

REMEMBER!

This Man who has shelled Churches Hospitals and Open Boats at Sea; This Robber, Ravisher and Murderer,



This Man, who after the War, will want to sell you his German Goods,

ARE ONE AND THE SAME PERSON

conspiración comunista mundial, mantenía activas relaciones comerciales con Rusia e incluso le compraba petróleo. Había sido incapaz de impedir que Francia ocupase el Ruhr cuando Alemania dejó de pagar sus indemnizaciones de guerra. Había sido igualmente incapaz de inducir a los Estados Unidos a intervenir de nuevo como mediadores en la escena europea. Y Gran Bretaña, por sí sola, no podía imponerse al punto de vista francés, ni convencer a los franceses de que ensayasen una política de reconciliación. Cuatro años después del armisticio era aún imposible predecir en qué podía desembocar el malestar reinante en Europa. Las naciones no veían su futuro en términos de federación, cooperación o concesiones, sino solamente desde el punto de vista de los egoísmos nacionales. Semejante atmósfera destruía todos los esfuerzos de Lloyd George.

Fue el primer Gobierno laborista, presidido por Ramsay MacDonald, el que llevó adelante, hasta cierto punto, la política de apaciguamiento. MacDonald no era solamente primer ministro sino que cuidaba también de las relaciones exteriores de Gran Bretaña. No compartía los violentos sentimientos antifranceses de muchos de sus correligionarios. Comprendía el miedo de los franceses hacia una Alemania recuperada, pero también se sentía inclinado a ayudar a Alemania para que no llevara el estigma de la derrota. Habían transcurrido seis años desde el armisticio, y MacDonald esperaba inaugurar una nueva era de positiva reconciliación. En 1915 escribió, a propósito de sus planes para una política de posguerra: «Si bien el militarismo alemán debe ser aplastado de modo que deje de constituir una amenaza para Europa, no hay que dar a Alemania, como una herencia de esta guerra, el espíritu de la venganza.» En 1924 MacDonald trabajó para eliminar ese espíritu de venganza de la política europea; pero llegaba demasiado tarde. Aceleró la retirada francesa del Ruhr, trató a los alemanes como iguales en la mesa de conferencias, y habló elocuentemente de una Europa liberada del odio. Pero ni Francia ni Alemania estaban dispuestas a hacer algo más que adoptar actitudes corteses. Los odios encendidos por la guerra eran demasiado profundos, las pérdidas demasiado recientes y el temor al futuro demasiado grave para que pudieran ser superados con frases bonitas, recursos diplomáticos o medidas políticas.

MacDonald se vio privado del poder al cabo de nueve meses; pero los conservadores, que lo reemplazaron, intentaron igualmente la reconciliación entre Francia y Alemania. Churchill, que había sido nombrado ministro de Hacienda, fue el abogado de una iniciativa británica para poner fin a la mentalidad belicista en Europa. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores fue Austen Chamberlain, que seguía sintiéndose poco inclinado a una política demasiado benévola para con Alemania. Cuando el embajador británico en Berlín sugirió que, como muestra de su espíritu conciliador, Gran Bretaña iniciase negociaciones encaminadas a garantizar la frontera occidental de Alemania, Chamberlain replicó que tales «aperturas» eran «prematuras». Pero el embajador, al redactar un nuevo tratado comercial angloalemán, encontró un aliado en Churchill, y el tratado concedió a Alemania ventajas sustanciales en el comercio con Gran Bretaña. Era un paso más hacia la deseada normalización.

A principios de 1925 parecía posible que Francia y Alemania acordasen una garantía mutua de sus fronteras. Gran Bretaña era el país indicado para patrocinar y facilitar tal acuerdo. El embajador británico en Berlín escribió directamente al rey Jorge V, insistiendo en que si Alemania era tratada «con cierto grado de confianza» respondería aceptando un acuerdo fronterizo con Francia. El embajador consiguió que el Rey viera con muy buenos ojos una intervención activa de parte de Gran Bretaña: «Éste es un momento único, pero quizá sólo pasajero —escribió en seguida Jorge V a Austen Chamberlain— y no debe desperdiciarse, para hacer expedita la obra de la paz.» Pero Austen Chamberlain no era hombre que echase a correr por indicación del Rey, ni compartía con el embajador la creencia de que Alemania deseaba llegar a un arreglo. «Los alemanes —contestó al Rey— dan la impresión de que no comprenden cuáles son sus intereses, ni el efecto que causa en la opinión francesa todo cuanto dicen o hacen.»

Austen Chamberlain no era aficionado a las aventuras diplomáticas. Al igual que muchos de los altos funcionarios del *Foreign Office*, opinaba que la seguridad de Gran Bretaña se encontraba en una constante e íntima alianza con Francia, y no en un futuro acercamiento a Alemania. No consideraba la posibilidad de introducir cambios importantes en el Tratado de Versalles —como la habían considerado Lloyd George y Ramsay MacDonald— para satisfacer las aspiraciones alemanas. Intentaba, más bien, mostrar al pueblo alemán que su actual situación era tolerable. «Cuando en esta nueva posición recuperen la prosperidad —contestaba al Rey—, pueden llegar a reconciliarse con su suerte y renunciar a poner una vez más los destinos de su nación en los azares desesperados de la guerra.» Según Chamberlain, «la clave de la solución ha de buscarse en calmar los temores franceses», no en tratar de satisfacer ante todo las aspiraciones alemanas. Chamberlain sospechaba que aquellas aspiraciones podían no ser tan limitadas como pretendía el Gobierno alemán.

Bajo la influencia de Austen Chamberlain, la política británica fue renunciando a sus intentos de conciliación. En febrero de 1925 circuló entre los miembros del Gabinete, con la aprobación de Chamberlain, un memorándum del *Foreign Office*. Éste se declaraba contrario a toda iniciativa británica que tratara de aproximar a Francia y Alemania mediante unas garantías de fronteras, y proponía, por el contrario, un retorno a la política, anterior a la guerra, de *Entente Cordiale* con Francia. El *Foreign Office* creía que cualesquiera que fuesen las promesas que hiciera ahora Alemania, ésta no vacilaría en quebrantarlas tan pronto como se sintiese lo bastante fuerte para hacerlo. La única política británica posible, según el *Foreign Office*, era la decisión de defender a Francia y apoyar el deseo francés de mantener a Alemania en situación de inferioridad. Había un poderoso argumento: en 1870 y en 1914 Alemania había atacado a Francia; ¿en qué se fundaba la pretensión de que un tercer ataque era imposible? Pero era también un golpe para quienes todavía creían en la posibilidad de una paz europea bajo el patrocinio de Gran Bretaña.

Objetivos a largo plazo

En aquel momento, Churchill intervino en las discusiones del Gabinete para defender la viabilidad de la política de apaciguamiento. Disentía del *Foreign Office* en cuanto a que la seguridad de Gran Bretaña estaba en apoyar a Francia contra Alemania. Creía, en cambio, que el verdadero interés de Gran Bretaña estribaba en la reconciliación francoalemana y en la amistad con ambas naciones, en vez de la alianza con una de ellas. En un memorándum secreto indicaba que el único peligro de guerra radicaba en que no cesaran las discusiones entre Francia y Alemania. Gran Bretaña estaba profundamente implicada en el asunto: «Aunque



Winston Churchill en 1927, por Walter Sickert. En un memorándum secreto, Churchill observaba que el único peligro de guerra estaba en la persistencia de la disputa entre Francia y Alemania. Como solución, propugnaba tender a los alemanes una mano conciliadora e inducir a Francia a tomar la iniciativa del apaciguamiento.

no compartimos sus odios, aunque no podemos controlar sus ocasiones, aunque todos nuestros intereses y todos nuestros deseos nos llevan a impedir la disputa, ésta nos puede arrastrar irremisiblemente.» Era inútil decir, argumentaba, que Alemania era demasiado débil para buscar el desquite, o Francia demasiado poderosa para sentirse amenazada. El presente era, en su opinión, sólo «un momento de respiro», y el problema de Gran Bretaña era precisamente el de cómo «utilizar ese momento de respiro para poner fin a la disputa». Churchill temía la solución propuesta por Chamberlain de aliarse con Francia, una solución que, en su opinión, podía «vincularnos a nosotros, y vincular a nuestros hijos, a la obligación de hacer una guerra desastrosa, cuyo estallido podrá ser producido por la actuación de fuerzas no controladas por nosotros».

La solución de Churchill era tender a Alemania la mano de la reconciliación. Quería que el Gobierno británico dijese a Francia: «Éstos son los años en que tienes la oportunidad de mejorar tus relaciones con Alemania, y hacer así más remota la posibilidad de otra guerra. Nosotros procuraremos, por todos los medios a nuestro alcance, promover esa mejora en tus relaciones. Si en cualquier momento te decides a concertar una verdadera paz con Alemania, con gusto te ayudaremos para que consigas, consolides y hagas inquebrantable esa paz... Podríamos participar perfectamente en un acuerdo triple anglofrancoalemán. Aparte de un triple acuerdo como ése, no podemos contraer particulares obligaciones contigo.»

Las argumentaciones de Churchill fueron apoyadas por varios ministros importantes, y Chamberlain tuvo que abandonar su plan de alianza bilateral entre Gran Bretaña y Francia. Su opinión era otra, pero aceptó el punto de vista de la mayoría. Al cabo de seis meses de intensa actividad diplomática un tratado estaba ya a punto. Cuando los delegados alemanes se encontraron con los estadistas «aliados» en Locarno, en octubre de 1925, fue la primera vez en que no aparecieron como «el enemigo». No obstante, los efectos de los odios de la guerra no habían pasado del todo. Cuando los alemanes pidieron que se los liberara de la cláusula de «culpabilidad por la guerra», en el Tratado de Versalles, Austen Chamberlain se negó: no tuvo la necesaria flexibilidad mental para captar todas las potencialidades de la nueva atmósfera; y en cuanto Alemania, alentada por su nueva categoría de socia de la antigua *Entente*, solicitó discusiones acerca de sus colonias perdidas, Chamberlain se negó de nuevo. Pero, si no estaba dispuesto a explorar las vías abiertas por Locarno, ¿qué posibilidad había para que progresara la política de apaciguamiento?

Los acuerdos de Locarno parecieron muy significativos. Por ellos, Alemania y Francia se hacían promesas de no atacarse mutuamente, y ambas acordaban no atacar a Bélgica. Gran Bretaña e Italia garantizaban esas múltiples promesas, que en realidad no eran tan trascendentes como parecían, pues cada uno de los signatarios sabía que lo importante era el espíritu, y no la fraseología de los convenios. Los comentarios de los periódicos fueron eufóricos; y cada estadista, al volver a su país, trompeteó el triunfo de Locarno. Chamberlain llegó a superar su escepticismo inicial, y manifestó en la Cámara de los Comunes que el Gobierno veía Locarno «no como el final de la obra de apaciguamiento y reconciliación, sino como su principio».

Semejante optimismo no fue universal. Algunos críticos de izquierdas vieron en la ausencia de la Unión Soviética de la mesa de conferencias una grave omisión, y se preguntaron, no sin motivo, si la limitación de las garantías a la frontera occidental de Alemania no significaba la tácita aprobación de futuros avances alemanes en Rusia. Otros observadores se daban cuenta de que en Europa había habido demasiada violencia, se habían atizado demasiados odios nacionales, y había entrado en el alma de las naciones un deseo demasiado feroz de dominio o venganza, para que el espíritu de la paz pudiera cobrar vida mediante unas firmas estampadas en un pedazo de papel. Ramsay MacDonald resumió esas impresiones en una carta privada que escribió durante las negociaciones:

«Podemos hacer pactos y convenios... que... son de muy poca importancia desde el punto de vista de las posibles causas de una guerra, y que, en caso de que ésta estallara, no serían respetados por nación alguna...

»El problema de la seguridad es principalmente psicológico... lo afectan sólo en muy pequeño grado los acuerdos de naturaleza militar. El problema tiene, de hecho, la dramática forma de una sospecha profundamente arraigada: ningún país está verdaderamente seguro ante las maquinaciones de los otros.»

Locarno no podía desvanecer aquella sospecha «profundamente arraigada». La idea de la paz mediante tratados no parecía muy real a hombres que se habían visto obligados a alistarse y combatir en nombre de otros tratados; y las gentes que tan duramente habían sufrido durante la guerra anhelaban una paz segura y duradera.

El apaciguamiento, como política práctica, tenía muchas cosas en contra para obtener resultados positivos. No era fácil para los políticos —y mucho menos aún para el hombre de la calle— aceptar la reconciliación con el país que, hasta hacía menos de una década, era su enemigo. Todavía era más difícil hacerse a la idea de que este enemigo pudiera convertirse otra vez, no ya sólo en rico y poderoso, sino, por la inapelable ley de la población, en más rico y poderoso que cualquiera de sus vecinos. Y el caso era que, como Austen Chamberlain había advertido en fecha tan temprana como 1919, una constructiva política de reconciliación si tenía éxito no podía llevar a otra cosa que a la conversión de Alemania en la potencia dominante en Europa.

Martin Gilbert

Locarno

En Locarno, Alemania fue de nuevo aceptada en el redil europeo: se fijaron sus fronteras occidentales y quedó protegida por pactos de defensa. No hubo, sin embargo, garantías similares para con sus vecinos del Este. A los ojos de los soviets, Locarno fue, más que una verdadera reconciliación de Europa, un pacto antisoviético.

Las firmas de uno de los acuerdos de Locarno, el tratado que garantizaba las fronteras franco-alemana y germano-belga: Luther y Stresemann (Alemania), Vandervelde (Bélgica), Briand (Francia), Gran Bretaña (Baldwin y Chamberlain) e Italia (Scialoja) eran garantes. *Abajo:* **caricatura alemana de Stresemann y Luther, «palomas de la paz» que parten para asistir a las conversaciones del desarme (1926) llevando como mensaje los tratados de Locarno.**





La prensa occidental describía el «espíritu de Locarno» como el espíritu de la paz y de la reconciliación. Ciento cincuenta eminentes periodistas estuvieron presentes en Locarno. Todos los días enviaban a sus periódicos odas entusiastas en honor del pacto de seguridad que parecía marcar la reconciliación con Alemania. El siguiente extracto del *Berliner Tageblatt*, que fue repetido en multitud de formas por docenas de periódicos, da cuenta de la atmósfera que se formó en el momento en que se dio por terminada la conferencia y se procedió a la firma provisional de los acuerdos:

«Cuando los delegados llegaron en sus coches al *Praetorium* pasaron ante apretadas multitudes... Cuando se estampó la firma final... el abogado belga Rollin salió a la ventana y anunció a voces el pacto. Estruendosas ovaciones y un prolongado aplauso se alzaron desde la calle... Hubo luego discursos de Stresemann, Briand, Chamberlain, Vandervelde y, finalmente, Mussolini... El edificio de la conferencia estaba iluminado con reflectores de luces rojas y verdes. Poco después, los delegados salieron a la calle. Fuertes gritos de aprobación, especialmente dirigidos a los alemanes... Chamberlain, sentado en su coche, mostró, con la mano en alto, una copia del pacto, y recibió las ovaciones de la multitud. Su deseo de que el asunto llegase a feliz conclusión en el día de su cumpleaños, se había realizado.»

La habilidad diplomática de Stresemann había triunfado en Locarno, gracias al apoyo británico. Y Stresemann había definido con toda exactitud, en unas palabras pronunciadas en una reunión de su partido, el principio rector de su política extranjera: «La tragedia de nuestra política extranjera está en que ya no cuenta con el apoyo de los ejércitos prusiano y alemán en los que Federico el Grande pudo apoyarse en su tiempo.» La conclusión inferida por Stresemann era que, «en última instancia, una política de fuerza será siempre decisiva, pero si no se tiene a mano ninguna fuerza se puede también luchar por medio de ideas». Las ideas de Stresemann eran sobremanera simples: amedrentar a los oponentes occidentales de Alemania con la «amenaza bolchevique» y explotar las diferencias entre Gran Bretaña y Francia. No por primera ni por última vez, la diplomacia británica y francesa sucumbieron a aquellos métodos.

Los orígenes del pacto

Al mismo tiempo que se firmaba el Tratado de Versalles, el presidente Wilson, Lloyd George y Clemenceau firmaban un tratado que garantizaba la ayuda militar a Francia en la eventualidad de un ataque alemán. El tratado no adquiriría validez hasta que fuera ratificado por los Parlamentos de las tres potencias interesadas, pero el Senado de los Estados Unidos se negó a ratificar tanto el Tratado de Versalles como cualquiera de los otros documentos producidos por la Conferencia de la Paz. La cuestión de las garantías contra el peligro alemán siguió constituyendo uno de los problemas principales de la política exterior francesa, y a menudo fue el tema de las negociaciones anglofrancesas.

En febrero de 1925 se iniciaron conversaciones preliminares entre Gran Bretaña, Francia y Alemania, para un pacto de seguridad. Formalmente, la iniciativa de dichas conversaciones partió del ministro de Asuntos Exteriores alemán, Stresemann, según cuyas instrucciones los embajadores alemanes en Londres y París propusieron que se iniciaran negociaciones tendentes a la conclusión de un «Pacto del Rin».

Estos pasos diplomáticos, que tuvieron lugar en otoño de 1925, continuaron y desarrollaron el sistema de medidas económicas y políticas establecido en agosto de 1924 por el Plan Dawes, el cual ponía virtualmente fin al pago de indemnizaciones de guerra por Alemania, así como a la supervisión de la producción bélica alemana y, en general, de la economía de dicho país. Enormes préstamos norteamericanos hicieron posible una rápida restauración del potencial económico alemán. Los bancos norteamericanos y británicos, al financiar dicha recuperación económica, facilitaron la vuelta de Alemania a la escena política de Europa (y,



Chamberlain hace una observación a Stresemann y Briand (de perfil). *Abajo:* minuta humorística de un banquete en honor de los ministros —«ángeles de la paz»— en Locarno; aparecen en lista platos como «huevos de alta seguridad», «patatas con salsa de comunicado» y «ensalada de arbitraje».



a la larga, el resurgimiento del espíritu imperialista).

La conferencia, celebrada en Locarno, Suiza, tuvo lugar entre los días 5 y 16 de octubre de 1925. Participaron los ministros de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica e Italia, a los que se sumaron, en la etapa final, los de Polonia y Checoslovaquia. Por primera vez desde Versalles, Alemania tomó parte en una conferencia internacional sobre la cuestión alemana no como el acusado, sino con los mismos derechos de sus anteriores adversarios. La conferencia tenía como principal objetivo la discusión de un pacto de seguridad y de las cuestiones que de él dimanaban: entrada de Alemania en la Sociedad de las Naciones y conclusión de tratados de arbitraje.

La marcha de la conferencia puso de manifiesto el extremo interés que los participantes, especialmente Austen Chamberlain, sentían por la «amenaza bolchevique». La delegación alemana se valió de ello para conseguir favorables concesiones de las potencias occidentales.

Uno de los puntos más controvertidos, y, al mismo tiempo, tratados con mayor secreto, fue el de las obligaciones que Alemania asumiría con su entrada en la Sociedad de las Naciones. (Según el artículo 16 del Pacto, todas las naciones miembros se comprometían a una acción común contra cualquier miembro que hiciera la guerra en violación del Pacto. En caso de fallar las sanciones económicas contra el Estado ofensor, se procedería a una acción militar conjunta.) La decisión que se tomara sobre este punto determinaría en gran medida el papel a desempeñar por Alemania en el caso de una guerra contra la U.R.S.S. Stresemann utilizó la discusión suscitada al respecto para asegurarse el apoyo de Chamberlain al rearme alemán.

La argumentación de Stresemann era muy sencilla: si Alemania tenía que tomar parte en sanciones militares directas contra la U.R.S.S., necesitaba un gran ejército, y la Reichswehr de 100.000 hombres era inadecuada para tal propósito.

Tanto durante la conferencia como después de terminada, los diplomáticos occidentales trataron más de una vez de negar que en Locarno estuvieran formando un bloque antisoviético. Cuando, dos meses después de concluidas las conversaciones, Chicherin, comisario soviético para Asuntos Extranjeros, visitó París y se entrevistó con Briand, éste se esforzó en convencerle de que los acuerdos de Locarno no estaban dirigidos contra la U.R.S.S.

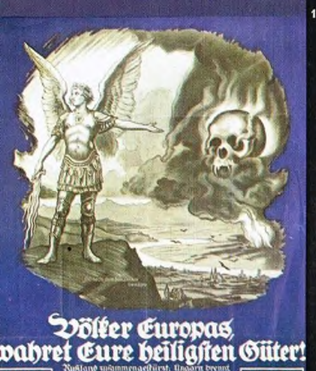
Según los diplomáticos occidentales, la discusión del artículo 16 en Locarno fue un mero intercambio académico de opiniones acerca de hipótesis abstractas; en realidad, toda la discusión se centró en torno a una única posibilidad: la guerra contra la Unión Soviética. Así quedó reflejado en las actas de la conferencia, que hablan explícitamente de esta cuestión. Y, por ejemplo, Briand dijo, dirigiéndose a la delegación alemana: «Hay que optar. No pueden ustedes tener un pie en la Sociedad de las Naciones y, al mismo tiempo, otro pie en el campo que es hostil a ésta... *Herr* Stresemann conoce sin duda los peligros de que estaría cargada la guerra que los soviets podrían desencadenar, y a lo que ésta conduciría. ¿Podría Alemania contemplar con los brazos cruzados el colapso de la civilización occidental?»

Libertad para la expansión alemana

La línea de argumentación de Stresemann tuvo un indudable éxito en Locarno. No obstante, ni Gran Bretaña ni Francia podían permitir, en aquel entonces, la restauración del Ejército alemán. Pero no era esto precisamente lo que los diplomáticos alemanes estaban tratando de lograr, ya que se daban cuenta de que el momento no había llegado aún. El objetivo de Stresemann en Locarno se limitaba a abrir el camino hacia la reconstrucción del potencial bélico alemán en un futuro inmediato, y ese objetivo, fue en gran medida, alcanzado. En cuanto a la aplicación del artículo 16, se llegó a un compromiso que satisfizo plenamente a los diplomáticos alemanes. Las obligaciones que dicho artículo imponía a cada miembro de la Sociedad de las Naciones, y, por tanto, también a Alemania, fueron interpretadas del siguiente modo: «oponerse a cualquier acto de agresión, en la medida compatible con la propia situación militar y teniendo en cuenta la posición geográfica del país miembro».

Así, la definición ulterior de las obligaciones militares de Alemania quedó relegada, en la práctica, a las decisiones de dicho Estado después de tomar en consideración las circunstancias. La diplomacia alemana se reservaba la posibilidad de chantajear a las potencias occidentales, a la vez que no renunciaba a su libertad para continuar la política de Rapallo en relación con la U.R.S.S.

Por lo que respecta al tema central de la conferencia —la seguridad—, se firmó provisionalmente, hasta tanto fuese ratifi-





cado por los Parlamentos, un tratado que procuraba garantías recíprocas por parte de Alemania, Bélgica, Francia, Gran Bretaña e Italia. Se firmaron además tratados de arbitraje entre Alemania y Francia, y entre Alemania y Bélgica, y también entre Alemania y Polonia, y Alemania y Checoslovaquia. Al mismo tiempo, Briand firmó dos acuerdos, en nombre de Francia, con Polonia y Checoslovaquia, pero éstos no tenían otra conexión con la Conferencia de Locarno que el hecho de ser firmados en el mismo lugar, y de que se les concediera una vaga mención en el comunicado final de la conferencia. Estos dos tratados franceses no obligaban a los demás participantes en la conferencia.

El artículo 1.º del Pacto de Seguridad declaraba: «Las altas partes contratantes garantizan, colectivamente y por separado, según precisan los artículos siguientes, el mantenimiento del *statu quo* territorial resultante de las fronteras entre Alemania y Bélgica, y entre Alemania y Francia, y la inviolabilidad de las mencionadas fronteras, según fueron fijadas por el Tratado de Paz de Versalles.»

El artículo 2.º establecía que «Alemania y Bélgica, y también Alemania y Francia, se comprometen mutuamente a no atacarse ni invadirse en ningún caso, una a otra, ni a recurrir a la güerra una contra otra.» Las únicas excepciones admitidas eran «el ejercicio del derecho de legítima defensa», y la «acción en cumplimiento del artículo 16 del Pacto de la Sociedad de las Naciones».

Así, pues, el Pacto de Seguridad se limitaba a confirmar las fronteras existentes, establecidas seis años antes en Versalles. No imponía ninguna obligación nueva a Alemania.

En ese sentido, el canciller alemán Luther fue perfectamente realista cuando, al iniciarse en el Reichstag la discusión de la ratificación de los acuerdos de Locarno, hizo este comentario sobre el pacto: «Los

Tres carteles alemanes. */* **San Miguel da la alarma contra la «amenaza bolchevique»: «¡Pueblos de Europa! ¡Proteged vuestros bienes más sagrados!»** *2* **El «Salvador»: Trotski libra a Europa del imperialismo norteamericano... regándola con sangre. Según Trotski, sin una revolución bolchevique Europa sería esclavizada por los Estados Unidos. «Con los fertilizantes de Trotski —decía el correspondiente pie— Europa acabará mucho antes.»**
3 **«Bolchevismo equivale a ahogar al mundo en sangre.»**

derechos y deberes resultantes del Tratado de Versalles permanecen inalterados. Eso no significa que Alemania haya hecho una nueva reafirmación formal y solemne del Tratado de Versalles, ni tampoco que se haya producido una nueva base jurídica para la ejecución y continuación de Versalles... Nada ha cambiado en la actitud alemana hacia las cláusulas individuales de Versalles, ni moral, ni política, ni jurídicamente. El pacto occidental no ha introducido más que un cambio: el ejercicio de los derechos resultantes del tratado, que en sí mismos no han cambiado, ha sido puesto sobre una base diferente, con la subordinación de dichos derechos a un obligatorio procedimiento de arbitraje. De ese modo se ha desprovisto de base a la política de sanciones y ultimátums fundados en una interpretación unilateral del tratado.»

Uno de los resultados de Locarno fue la indudable desventaja que Francia experimentó en su posición internacional. El compromiso recíproco a abstenerse de invasiones significaba en la práctica que Francia renunciaba a aplicar sanciones militares contra Alemania en la eventualidad de que ésta violase el Tratado de Versalles. La diplomacia alemana había conseguido el objetivo que Stresemann tenía presente cuando, durante las conversaciones preliminares para la puesta en marcha de la conferencia, explicó, en un discurso ante el Reichstag, que «una de las tareas más importantes de la política exterior de Alemania es poner fin, mediante un acuerdo claramente definido, a la condición inestable de nuestra frontera occidental». Al hablar de «condición inestable», Stresemann se refería a aquellas previsiones del Tratado de Versalles por las que el territorio alemán podía ser ocupado como sanción de las violaciones del tratado.

El Pacto de Seguridad dio a Alemania protección contra el cumplimiento por parte de Francia de esas previsiones del



Fotografía tomada en Londres tras la firma de los tratados de Locarno (diciembre de 1925). En primera fila, de izquierda a derecha, los delegados Vandervelde, Briand, Luther y Baldwin; detrás, Benes, Chamberlain, Scialoja, Stresemann, Skrzynski; apoyado en la barandilla, Winston Churchill, canciller del Exchequer y uno de los defensores del apaciguamiento en el Gabinete británico.



La reunión final de la Conferencia de Locarno, 16 de octubre de 1925: *1* **Chamberlain;** *2* **Briand;** *3* **Benes;** *4* **Skrzynski;** *5* **Vandervelde;** *6* **Stresemann;** *7* **Luther;** *8* **Mussolini.**

Tratado de Versalles. A partir de entonces, era ya imposible un acto como la ocupación del Ruhr de 1923. Solamente una concentración de fuerzas armadas alemanas en la zona desmilitarizada de la Renania era asimilada por el artículo 2.º del Pacto de Seguridad a un ataque a Francia, que otorgaría a ésta el «derecho de legítima defensa».

En las circunstancias de otoño de 1925, Alemania no preparaba, desde luego, un ataque a Francia como una tarea a realizar en un futuro inmediato. Por eso la diplomacia alemana se avino tan fácilmente a la inviolabilidad del territorio francés. En una carta al antiguo príncipe heredero, fechada el 7 de septiembre de 1925 —vísperas de Locarno—, Stresemann observaba: «El pacto excluye también la posibilidad de todo conflicto militar con Francia por la recuperación de Alsacia-Lorena; ésa es una renuncia de parte de Alemania, pero una renuncia de carácter meramente teórico, en cuanto que no existe una posibilidad de guerra con Francia.» En consecuencia, la garantía británica carecía en aquellos momentos de todo valor real para Francia, y no ponía trabas al constante robustecimiento de Alemania. En la práctica, Gran Bretaña daba garantías a Alemania contra Francia, mientras privaba a ésta de la posibilidad de emprender una acción independiente contra Alemania. Las garantías de Locarno eran bilaterales, y de Gran Bretaña dependía decidir cuál de las dos partes podría ser considerada agresora.

Pero el aspecto más peligroso era la situación establecida por Locarno en las fronteras orientales de Alemania. Briand no logró obtener ni siquiera una apariencia de garantía para las fronteras germano-polaca y germano-checoslovaca. A las aliadas de Francia, Polonia y Checoslovaquia, no se les permitió participar en la discusión del Pacto de Seguridad, y no estuvieron presentes en las reuniones de la conferencia. Solamente después que ésta, en la mañana del 15 de octubre, hubo aprobado el texto del mencionado Pacto, fueron invitados los representantes de Polonia y Checoslovaquia (Skrzynski y Benes). Cuando éstos aparecieron, Chamberlain les dijo que la conferencia examinaría a continuación los textos de los tratados de arbitraje entre Francia y Alemania, y también entre Bélgica y Alemania. La conferencia, dijo, consideraba apropiado invitarlos a estar presentes, porque también ellos iban a concluir tratados con Alemania, y la discusión que iba a tener lugar aquel día podría serles útil en alguna medida.

Así, hasta en aquella penúltima reunión de la conferencia, la presencia de Benes y Skrzynski estuvo limitada a la finalidad de obtener información. Los delegados alemanes habían decidido impedir que los ministros de Asuntos Exteriores de Polonia y Checoslovaquia fueran invitados.

Las tentativas de Briand para conseguir alguna garantía para las aliadas de Francia resultaron infructuosas. La firma por Alemania de tratados de arbitraje con Polonia y Checoslovaquia constituyó solamente una concesión formal a Briand. El procedimiento para el arreglo de eventuales conflictos se estableció tomando como modelo los tratados de arbitraje germanofrancés y germanobelga, aunque en el preámbulo se hacía un cambio importante: en los tratados de Alemania con Polonia y Checoslovaquia, a diferencia de los firmados con Francia y Bélgica, no había referencia alguna al Pacto de Seguridad, por el que las partes se comprometían a mantener el *statu quo*. El Gobierno alemán se negó a asumir tal obligación en el caso de la Europa oriental. De ese modo, Alemania conservaba toda su libertad para avanzar pretensiones territoriales ante Polonia y Checoslovaquia. Tampoco el Gobierno británico asumió ninguna obligación adicional para el caso de conflictos entre Alemania, por un lado, y Polonia y Checoslovaquia por el otro. Había una clarísima diferencia entre el tratamiento que se daba al *statu quo* en el Oeste y en el Este: mediante la garantía de las fronteras entre Alemania, Francia y Bélgica, el centro de gravedad de los futuros conflictos se desplazaba a Oriente.

Polonia y Checoslovaquia quedaban en peor situación, porque Francia, atada por el Pacto de Seguridad, no podía desde entonces intervenir en un conflicto entre Alemania y las aliadas de Francia, a no ser dentro de los límites establecidos en el Pacto de la Sociedad de las Naciones. El ministro y diplomático francés Georges Bonnet cuenta en sus *Memorias* cómo, a su regreso de Locarno, Briand explicó al Gabinete francés su modo de entender las obligaciones de Francia como aliada de Polonia y Checoslovaquia: «No se trata en absoluto de una alianza como las de otros tiempos. No se nos exigirá que prestemos ayuda, excepto dentro de la estructura del Pacto de Ginebra; es decir, nuestra intervención no tendrá nunca lugar aisladamente: sólo será llevada a efecto por una acción conjunta de *todos* los miembros de la Sociedad de las Naciones.» Munich estuvo ya presente, en embrión, en los acuerdos de Locarno. La diplomacia alemana obtuvo la victoria. Locarno conmovió el sistema de Versalles y preparó las condiciones para la subsiguiente expansión de Alemania, que, diez años más tarde, permitiría a Hitler cancelar los acuerdos de 1925, y, violando tanto éstos como el Tratado de Versalles, enviar sus tropas a la Renania.

V. M. Turok

Gran Bretaña: la huelga general

Los sindicatos, que en 1926 se lanzaron a la aventura de una huelga general, deseaban sinceramente apoyar la causa de los oprimidos mineros. La huelga era un arma revolucionaria, pero en realidad los trabajadores no querían la revolución.

Convoy de carros blindados en una calle londinense durante la huelga general.



Innecesaria y no querida, pero quizás inevitable, la única huelga general de la historia británica comenzó en las primeras horas del martes 3 de mayo de 1926, debido a que el director de un periódico había escrito un virulento artículo de fondo, y un primer ministro había insistido en irse a la cama. «Estuvimos a cinco



minutos de un acuerdo», dijo Ernest Bevin, uno de los dirigentes de los huelguistas, al recordar los acontecimientos muchos años más tarde, cuando era ministro de Asuntos Exteriores.

No obstante, aunque hubiera sido posible evitar la huelga, y casi se evitó, en un sentido más profundo era inevitable, entonces o más tarde. Era algo que la organización obrera tenía que extraer de su propio sistema: la última erupción de esa filosofía de la acción directa, sindicalista y revolucionaria, que esporádicamente había esclavizado a la izquierda durante más de un siglo. Quizá sea característico de la mentalidad británica que quienes la organizaron y dirigieron temían que en sus manos la huelga se convirtiera en un instrumento de la revolución.

La escena había quedado montada un año atrás, cuando el ministro de Hacienda, Winston Churchill, ayudado, incitado y quizás engañado —en un campo para el que no tenía grandes aptitudes— por Montagu Norman, gobernador del Banco de Inglaterra, restableció en Gran Bretaña, conforme al patrón oro, el nivel de cambio de antes de la guerra, de 4,86 dólares la libra. Aquello restauró el prestigio de la City como centro internacional de la banca, pero a un duro precio para la industria británica, particularmente para la minería carbonera, cuyos precios de venta en los mercados de ultramar se elevaron en un 10 %, hasta un nivel en el que ya no podían competir. Los propietarios de las minas trataron de restablecer su posición mediante una disminución del salario de los mineros. «Tomando como base la justicia social —escribió el economista Maynard Keynes—, la reducción de salarios de los mineros no puede defenderse. Son las víctimas de la hidra económica. Presentan en su carne los "reajustes fundamentales" ideados por la Tesorería y el Banco de Inglaterra para satisfacer la impaciencia que sentían los padres de la City por franquear la "moderada brecha" entre los 4,40 y los 4,86 dólares.»

El Gobierno gana tiempo

Un mes después del regreso al patrón oro, los propietarios de las minas de carbón notificaron que se daban por finalizados los existentes acuerdos sobre salarios: éstos sufrirían una reducción y se aumentarían las horas de trabajo. Acto seguido, el movimiento sindical, que recientemente había otorgado nuevos poderes al Consejo General del Congreso de los Sindicatos para coordinar la acción industrial, reaccionó en defensa de los mineros. En el plazo de un mes, dicha



reacción tuvo un éxito considerable, aunque, según se puso de manifiesto más adelante, engañoso. Tras la amenaza de otros Sindicatos —entre ellos el de transportes— de sumarse a la huelga si se llevaban a efecto las exigencias de los propietarios de las minas, el Gobierno nombró una Comisión Real para que considerase la conveniencia de reorganizar la industria, y, mientras tanto, proporcionó un subsidio para que durante los nueve meses siguientes se mantuviesen los salarios a su nivel anterior.

Mientras tanto, aumentaba el convencimiento de que los obreros industriales tenían tanto poder que, si los sindicatos actuaban unidos, podrían ganar la partida. De hecho, quien venció fue el Gobierno. Había ganado tiempo. En el intervalo de nueve meses, mientras la Comisión deliberaba, se estableció una organización a escala nacional —la organización para el mantenimiento de los suministros—, cuyo fin era movilizar voluntarios para mantener los servicios esenciales en caso de emergencia.

La Comisión Real, con sir Herbert Samuel —más tarde lord Samuel— como presidente, abogó por muchos cambios importantes en la industria del carbón. Pero esos cambios eran para el futuro: para el presente, no se contaba con ninguna solución. «Ni un penique menos de paga, ni un minuto más de trabajo», dijeron los mineros, y el 30 de abril de 1926 pararon el trabajo, a lo que siguió un *lock-out* nacional declarado por los propietarios. Inmediatamente, como habían hecho el año anterior, los mineros se dirigieron al Consejo General del Congreso de los Sindicatos con el deseo y la esperanza de conseguir su pleno apoyo.

«La huelga general», por C. Rowe. Con el tiempo, la huelga llegó a ser un instrumento del movimiento obrero, frecuentemente esgrimido en el conflicto abierto entre empresarios y trabajadores.

Pero aunque la causa de los mineros había suscitado tanta simpatía entre todos los Sindicatos en general, en tal forma que el T.U.C *(Trade Unions Congress)* se veía hasta cierto punto obligado a adoptar una actitud amenazante, sus dirigentes distaban mucho de estar por entonces preparados para una huelga general. Desorientados por sus éxitos iniciales, creían que la amenaza de solidarizarse a la huelga sería suficiente por sí sola para que el Gobierno se dispusiese a negociar. Realmente, hasta tal punto estaban convencidos de ello, que al principio ni siquiera

intentaron respaldar el apoyo que habían prometido a los mineros con planes concretos de una acción huelguística conjunta. No se hizo tal cosa hasta que Ernest Bevin, el secretario general del Sindicato del Transporte y Obreros Generales, insistió en la necesidad de un mando unificado.

A partir de aquel momento los planes de huelga se sucedieron rápidamente, hasta el punto que, aunque nadie quería una huelga general, ya nada podía detenerla, a no ser un acuerdo del Gobierno para reconsiderar las peticiones de los mineros. El primero de mayo, en una reunión de los ejecutivos de todos los sindicatos afiliados al T.U.C., los delegados, en representación de 3.650.000 trabajadores organizados, prometieron apoyar la acción huelguística, aunque se convino en que continuarían los servicios de abastecimiento de leche y de alimentos básicos, y que no habría interrupción en la construcción de viviendas y hospitales.

Mientras tanto, los representantes del T.U.C. habían iniciado negociaciones con el Gobierno. Éste estaba dividido: algunos de sus miembros, en particular Churchill y Chamberlain, abogaban por una actitud intransigente como respuesta a los obreros; otros, incluidos el primer ministro y lord Birkenhead, creían que había que hacer toda clase de esfuerzos para mantener la paz en la industria. La noche del 1 de mayo parecía que los pacificadores de ambos bandos iban a imponerse.

Birkenhead redactó una fórmula según la cual, a cambio de una retirada del *lock-out*, el T.U.C. recomendaría a los mineros que aceptasen el Informe Samuel, a pesar de que éste significaba cierta reducción temporal en los salarios hasta que pudiese realizarse la reconstrucción de la industria en gran escala sugerida por el informe. Los representantes del T.U.C. se retiraron entonces a una habitación aparte, que les había sido reservada en el número 11 de Downing Street, para reunirse con los dirigentes de la Federación de Mineros, mientras el comité ministerial esperaba la respuesta, en el número 10.

El momento de calma fue roto por una llamada telefónica del director del *Daily Mail*, Mr. Thomas Marlowe. Éste informaba que el personal de la sala de máquinas del *Mail* se había negado a imprimir un enérgico artículo de fondo que había decidido publicar precisamente cuando las negociaciones se encontraban en un punto tan delicado. El artículo denunciaba los planes del T.U.C. para la huelga de solidaridad como un acto revolucionario en-

1



2



1 El veterano sindicalista A. J. Cook, secretario de la Federación de Mineros, se dirige a los huelguistas. Los sindicalistas creían que los mineros eran los obreros peor tratados, y esta simpatía los llevó a una posición insostenible. 2 Cocina de emergencia en Hyde Park; damas de la «buena sociedad» preparaban comidas para los voluntarios que respondieron a la llamada del Gobierno. 3 Un grupo de voluntarios descarga leche en Hyde Park.

3



caminado a la destrucción del Gobierno, y convocaba a la resistencia a todos los hombres y mujeres amantes de la ley. El artículo se titulaba: «Por el Rey y la Patria.»

«¡Buen trabajo!», dijo lord Birkenhead al conocer la acción de los obreros del *Mail*. Pero otros miembros del Gabinete fueron de diferente opinión. Estos últimos se impusieron, e inmediatamente se envió al T.U.C. una carta firmada por el primer ministro, en la que se decía que, en vista de la «acción abierta», que representaba una «grosera interferencia en la libertad de prensa», no podrían celebrarse nuevas negociaciones, a menos que dicha acción fuera repudiada y se revocasen las invitaciones a la huelga.

Los miembros del T.U.C. quedaron estupefactos. Aquélla era la primera noticia que tenían del incidente del *Daily Mail*, producido sin su consentimiento y condenado por los propios dirigentes de los impresores. Estaban todavía convencidos de que pronto se llegaría a un acuerdo, y, tras una breve discusión, Arthur Pugh, presidente del T.U.C., y Walter Citrine, secretario general, regresaron a toda prisa al número 10 para ver al primer ministro, con una carta que informaba a éste de que los impresores del *Daily Mail* habían actuado sin autorización alguna y expresaba la convicción de que todavía podía asegurarse la paz entre las dos partes en disputa.

A su llegada se encontraron con que el Gabinete se había dispersado, y Mr. Balwin se había ido a la cama, dejando únicamente a un secretario para recibirlos, a pesar de que el propio primer ministro había pedido explícitamente una respuesta. Era, pues, el final de las negociaciones. Al día siguiente se declaraba el estado de emergencia y comenzaba una huelga que apenas nadie había querido.

La huelga duró nueve días. Todos los trabajadores convocados respondieron a la demanda del T.U.C. de abandonar el trabajo. Por el lado opuesto, millares de ciudadanos, entre ellos un gran número de alumnos de segunda enseñanza, se ofrecieron como voluntarios, en respuesta al llamamiento del Gobierno. Muchos de ellos dedicaron todo su tiempo a conducir trenes y autobuses, y muchachitas de la buena sociedad prestaron servicios en las cantinas para que no les faltara la comida durante el trabajo. Apenas se registraron actos de violencia. Al contrario, los corresponsales de prensa extranjera que habían llegado de todas las partes del mundo para asistir al comienzo de una revolución, sólo podían relatar que, en aquel curioso país, estaban organizándose partidos de fútbol entre los huelguistas y la policía.



Un alboroto de los huelguistas en el East End de Londres. No todos los obreros estaban en huelga: los únicos sindicatos de importancia convocados en apoyo de los mineros fueron los de ferroviarios, impresores, transportistas, obreros de la construcción, metalúrgicos, y de astilleros.

Demasiado tarde, los dirigentes de los sindicatos se dieron cuenta de que una huelga general —que, por su naturaleza misma, supone un choque total con el Gobierno— no puede ser coronada por el éxito, a menos que en realidad se emplee como instrumento de la revolución. Y esto era precisamente lo que los huelguistas no querían ni habían querido nunca. Cuando Mr. Baldwin acudió a la radio para declarar que si la huelga terminaba no habría víctimas ni explotaciones, los dirigentes de los sindicatos estuvieron dispuestos a creerle.

Se ordenó el cese de la huelga, contra las protestas de los mineros, que se sintieron traicionados, y que siguieron solos la lucha por espacio de otros seis meses, hasta que también ellos volvieron al trabajo después de aceptar las condiciones impuestas por los propietarios. Pero, de hecho, no había otro resultado posible. Sinceramente interesados por sus camaradas obreros, los sindicatos se habían lanzado a una situación que era como un arma cuyo manejo los asustaba. No tenían otra alternativa que salir de ella como fuera.

La huelga dejó detrás de sí muchas amarguras, especialmente cuando, a pesar de las promesas de Baldwin, se presentó un nuevo proyecto de ley de conflictos laborales que limitaba los poderes de que los sindicatos habían gozado durante años. No obstante, representó una importante línea divisoria en la historia de la industria británica. Cuando ambos bandos renunciaron a su actitud hostil, se inició una nueva era de negociaciones: en los siete años anteriores a la Huelga General se perdieron, por huelgas, casi veintiocho millones de días de trabajo al año; en los siete años siguientes, sólo cuatro millones al año. La Huelga General había sido en algunos aspectos una tragedia y, en otros, casi una farsa. Pero, al menos durante algún tiempo, hizo que los dos lados de la industria se convenciesen de que un conflicto abierto era una cosa fuera de lugar.

Lord Francis-Williams

Stanley Baldwin

Primer ministro durante la huelga general de 1926 y cuando la abdicación de Eduardo VIII, debió principalmente su éxito político a la manera con que supo presentarse ante el público como un hombre sencillo, modesto y no sofisticado. Nació en Bewdley en 1867, y era hijo único de Alfred Baldwin, presidente de la compañía ferroviaria Great Western y director de unas importantes manufacturas siderúrgicas. A la muerte de su padre, en 1908, entró en posesión de una inmensa fortuna.

En 1922, Baldwin intervino en la disolución de la coalición que había apoyado a Lloyd George. Durante una reunión del Partido Conservador expresó su convicción de que si la «actual asociación» había de continuar, el proceso desintegrador en las filas conservadoras, ya muy avanzado, conduciría «inevitablemente a que el viejo partido se fragmentara en átomos y cayera en ruinas». Declaró que estaba «dispuesto a ir al desierto» antes que continuar dentro de la coalición. Después de la victoria conservadora, Bonar Law se convirtió en primer ministro y Baldwin cuidó de la Hacienda. Cuando Bonar Law renunció a su cargo, en mayo de 1823, fue Baldwin —y no el distinguido lord Curzon— quien recibió del Rey el encargo de formar gobierno. Durante seis meses, el gobierno Baldwin continuó imperturbable, ante la inestable situación extranjera y el aumento del desempleo en el interior del país; en octubre, Baldwin se declaró partidario del proteccionismo económico y en noviembre pidió al país que le concediera un mandato para revocar la política librecambista de Bonar Law.

El mandato fue rechazado, los conservadores perdieron 107 escaños, Baldwin renunció y Ramsay MacDonald formó un gobierno laborista apoyado por los liberales. Al final de nueve meses, sin embargo, cayó el gobierno MacDonald y Baldwin consiguió un clamoroso éxito para los conservadores, proporcionándoles una mayoría sobre todos los otros partidos reunidos.

En el nuevo gabinete conservador figuraban Austen Chamberlain y lord Birkenhead y, un año después, Arthur Balfour. Baldwin designó —incomprensiblemente— a Winston Churchill, todavía partidario del librecambismo, ministro de Hacienda. Cuando, a raíz de la vuelta de Inglaterra al nivel de cambio de antes de la guerra, se decretó la reducción de jornales y el aumento de horas de trabajo de los mineros (lo que dio origen a la primera huelga general de Gran Bretaña), Baldwin se negó al principio a autorizar un subsidio para la industria, pero después aceptó que se le proporcionara uno durante nueve meses, mientras una comisión real estudiaba el problema. Baldwin respondió a la huelga general proclamando el estado de emergencia, organizando voluntarios para mantener los servicios esenciales y negándose a negociar con los sindicatos hasta que éstos renunciaran a la huelga. Sin embargo, a pesar de su firmeza evitó la provocación, y al no recurrir a la violencia durante los nueve días de paro dio muestras de gran tacto político. Finalmente, en 1927 Baldwin apoyó la Ley de conflictos laborales, ideada para restringir el poder de los sindicatos.

En política exterior Baldwin dio carta blanca a Austen Chamberlain. En 1929, la hostilidad con que fue acogida la Ley de conflictos laborales y el creciente desempleo proporcionaron la victoria al Partido Laborista y relegaron a Baldwin en el banco de la oposición.

Baldwin amaba cordialmente a su país: en junio de 1919 ofreció anónimamente a la Hacienda, para cancelar parte del nuevo préstamo de guerra que ascendía a 150.000 libras, una suma que representaba el 20 % de su fortuna total. Su modestia y aparente simplicidad hicieron que hasta el final de su carrera política le fueran fácilmente perdonados ciertos defectos que suelen tenerse en cuenta en los hombres que desempeñan encumbrados cargos públicos.



Nacimiento de la radiodifusión

La radio primitiva, simplemente experimental, era propia de «amateurs». Poca gente predijo su auge en el futuro, pero pronto muchos temieron que trastornara la civilización. En Gran Bretaña, el extraordinario logro de la B.B.C. consistió en calmar los temores, al mismo tiempo que explotaba al máximo las posibilidades creadoras que le deparaba este revolucionario medio de comunicación.

«El impacto de la radiodifusión en la segunda mitad del siglo XX era previsible casi desde sus orígenes, en la década de 1920», escribió en 1960 un historiador del sensacional invento. Al sostener tal hipótesis, contaba con la ventaja de quien comprueba los hechos cuando éstos ya se han producido.

Para la mayoría de las personas, la radiodifusión constituyó una gran sorpresa. Sólo mucho después, en los años treinta, empezaron a utilizarse frases como «los medios de comunicación de masas». El propio John Reith, que iba a moldear el futuro de la radiodifusión británica, ha dicho que, en 1924, «muy pocos sabían lo que significaba la radiodifusión; nadie podía predecir cuál sería su futuro».

La primitiva radiodifusión causó a la sociedad un impacto parecido al que le había producido el ferrocarril. Había un verdadero sentimiento de innovación, pero una gran perplejidad en cuanto al resultado de aquella novedad. Unos opinaban que se dejaría de leer; otros, que en el futuro nadie asistiría a los conciertos. Había también quien pensaba que todo el mundo se volvería pasivo, con los auriculares ajustados a la cabeza. «En vez de entregarse a sus propios pensamientos —se lamentaba el director del Colegio de Rugby—, la gente escuchará lo que se dice a millones de personas, que tal vez no sean cosas buenas.» Tales eran los lóbregos pensamientos, semejantes a los de los victorianos que temían que los ferrocarriles despertasen el ansia de emociones y de velocidad, y llegasen a trastornar la sociedad.

Presentaba también otras semejanzas con el ferrocarril. El gran auge de los ferrocarriles en Gran Bretaña tuvo lugar en la década de 1840, mucho después de que los primeros inventos los hicieran posibles. Del mismo modo, el *boom* de la radio —como se lo llamó en los Estados Unidos— tuvo lugar en los años veinte, mucho después de que Marconi hubiera llevado a cabo sus primeros experimentos de transmisión inalámbrica del sonido (durante la década de 1890). Al principio, la radio había sido concebida como un sustitutivo de la comunicación por cable, y el nuevo sistema de comunicación parecía tener no una ventaja, sino una desventaja, en el hecho de que los mensajes fueran «radiados», de modo que muchas personas pudieran captarlos. Hubo que esperar hasta el final de la Primera Guerra Mundial, cuando la radio ya había sido utilizada en gran escala con fines militares, para que algunos hombres sagaces empezasen a pensar, no en «mensajes de radio», sino en «programas de radio». En 1920, un hombre de negocios norteamericano interesado en la industria eléctrica y en la radiodifusión, dijo: «Los esfuerzos por desarrollar la radiotelefonía como un medio confidencial de comunicación eran equivocados... Su verdadero campo es el de la publicidad en gran escala; en realidad, es el único medio de comunicación instantánea con el público... Ahí teníamos una idea de posibilidades ilimitadas... La natural fascinación de su misterio, junto con su poder de anular la distancia, debe atraer, interesar y abrir muchas vías que aumentarán la felicidad de los hombres.»

En el desarrollo de la radiodifusión el aspecto comercial desempeñó un papel tan importante como la invención técnica. David Sarnoff, un ambicioso joven norteamericano, profetizó que la radio se convertiría en un «utensilio casero» y que este utensilio —una «caja de música de radio», dispuesta para varias diversas longitudes de onda, que podrían «cambiarse dando vuelta a una simple ruedecilla, o apretando un simple botón»— podía fabricarse.

La mayor parte de los primeros aparatos de radio puestos a la venta eran más sencillos que la «caja de música de radio» de Sarnoff. En la primera Exposición Panbritánica de Radiofonía, celebrada en Westminster (en octubre de 1922) se exhibieron hermosos muebles para aparatos de radio, pero muchos de los primeros radioyentes eran *amateurs* que consideraban la radio como un *hobby:* les producían una inmensa satisfacción sus humildes aparatos de galena, que consistían en poco más que en el pedacito de este metal, los «bigotes de gato» —con los que

Portada del primer número de la revista semanal británica *The Radio Times*, órgano oficial de la B.B.C. aparecido en septiembre de 1923.



THE RADIO TIMES

THE OFFICIAL ORGAN OF THE B.B.C.

No. 1. EVERY FRIDAY. Two Pence.

OFFICIAL PROGRAMMES OF THE BRITISH BROADCASTING COMPANY.

For the Week Commencing ... SEPTEMBER 30th

CARDIFF
NEWCASTLE
GLASGOW

LORD GAINFORD'S MESSAGE TO LISTENERS

ECKERSLEY ON ... BROADCASTING

A SONG OF ANCIENT CHINA

GOSSIP ABOUT ARTISTS

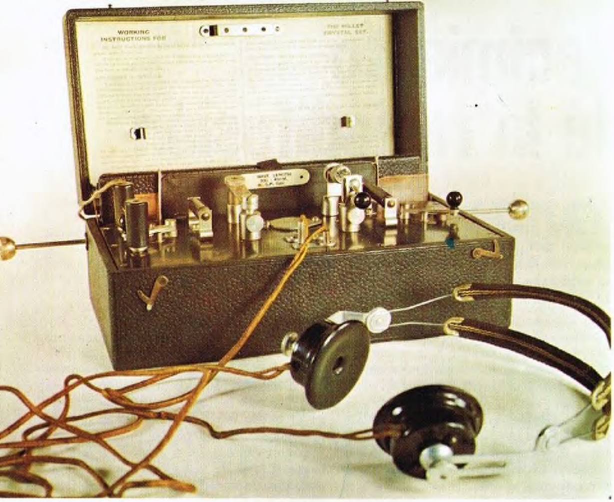
... HUMOUR

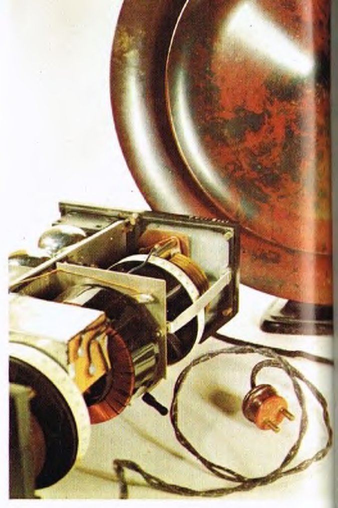
... CORNER

LETTERS FROM LISTENERS

WHAT'S IN THE AIR?

By ARTHUR R. BURROWS, Director of Programmes.





Arriba, izquierda: **aparato de galena Millet, con auriculares (1923), humilde equipo que, sin embargo, procuró grandes goces a los primeros radioyentes. Incluso en la actualidad, existen diseminados por el mundo numerosos aficionados que se mantienen fieles al sencillo receptor de los tiempos heroicos**...
Arriba: **el primer receptor Philips provisto de altavoz. Fabricado en el año 1928, este aparato constituyó uno de los adelantos técnicos que confirmaron las profecías de Peter Eckersley en su libro «Conozca a fondo su aparato de radio».**
Izquierda. **Despectivo comentario alemán a la nueva era de la radio: incapaz de entender el tono erudito de la emisión, la pareja se ha adormecido.** *Abajo:* **un aparato de batería Gecaphone (1925) con un altavoz Amplion de 1924.**



se cosquilleaba para sintonizar— y los auriculares para la escucha. Se podía comprar un aparato de galena por muy poco dinero, mientras que un aparato de válvulas costaba muchísimo más. Las válvulas, las «mágicas lámparas de radio», según las llamó un entusiasta, habían sido perfeccionadas entre 1904 y 1914, pero sólo empezaron a fabricarse en gran escala después de la Primera Guerra Mundial. Algunos fanáticos de los aparatos de galena pretendían que la recepción era mucho mejor en éstos que en otras clases de aparatos de radio; pero, en los primeros años de la radiodifusión, muchos oyentes construían sus propios aparatos de válvulas, comprando por separado sus componentes: baterías, bobinas y altavoces. Se escuchaba con seriedad, deliberadamente o a la ventura, examinando la extensión de los programas y mensajes disponibles, y haciendo frente a todos los riesgos de oscilación, chirridos, silbidos y chasquidos, y a las quejas de los vecinos no entusiastas de la radio. También se buscaban consejos en revistas y manuales, que aparecieron profusamente.

Dado el creciente interés por la radio, pronto se suscitó la cuestión crucial de quién produciría los programas. Los capitanes de la prensa se mostraban interesados y lord Northcliffe y el *Daily Mail* patrocinaron una famosa emisión en junio de 1920, en la que Nellie Melba dio un recital que, según comunicó a los informadores, fue «el experimento más maravilloso de mi carrera». Comenzó con un «gorjeo argentino», que ella misma describió como «mi saludo al mundo», y siguió con una serie de canciones que fueron escuchadas por oyentes de todas partes de Europa. Hasta hubo un *fan* de la radio que pretendió haberla sintonizado en Terranova. «El arte y la ciencia se han estrechado las manos —fue el veredicto del *Daily Mail*— y el mundo que la escuchaba debe de haber contado tan preciosos minutos.» Por el contrario, hubo miembros de los servicios oficiales militares y civiles de Telegrafía sin Hilos (T.S.H.) que deploraron la emisión de Nellie Melba considerándola «empleo frívolo de un servicio nacional». La iniciativa en radiofonía fue pasando cada vez más a los fabricantes de equipos radiofónicos, que eran los más interesados en la extensión del mercado. Gracias a su esfuerzo se emitieron los primeros verdaderos programas de radio.

La Compañía Marconi, como correspondía a su historial, abrió la marcha. En 1920 construyó una estación experimental en Chelmsford, planeada y dirigida por el capitán H. J. Round; dos años más tarde consiguió, con ciertas dificultades, un permiso de la Dirección de Correos —que controlaba las comunicaciones inalámbricas desde 1904— para emitir un programa de treinta minutos cada semana. La primera emisión británica autorizada fue lanzada al aire el 14 de febrero de 1922, y Writtle, la estación desde la que eran transmitidos los programas, consiguió pronto una merecida reputación. La Dirección de Correos insistió en que hubiera una interrupción de tres minutos a intervalos determinados, durante la media hora que duraba la emisión; pero ni siquiera aquella interrupción antinatural, basada en una filosofía muy parecida a la que impuso la bandera roja en la parte delantera de los primeros automóviles, cortó las alas al equipo de ingenieros dirigido por Eckersley, responsable de los programas.

Writtle se ganó un puesto destacado en la historia de la radiodifusión británica; por otra parte, la Dirección de Correos no tardó en conceder otras licencias experimentales. La presión de los oyentes, el general interés por los factores técnicos y económicos que implicaba la creciente expansión, y las noticias que llegaban del otro lado del Atlántico sobre la proliferación de estaciones locales de radio, hicieron que la Dirección de Correos reuniera a representantes de distintos intereses. Por fin, se llegó a un acuerdo: formar una nueva compañía, la Compañía Británica de Radiodifusión (B.B.C.), el 18 de octubre de 1922. Se concedió a esta compañía el monopolio para la radiodifusión, bajo licencia. Ésta fue expedida el 18 de enero de 1923.

El capital efectivo de la compañía no ascendía a más de 60.000 libras esterlinas y sus ingresos tenían que proceder de las licencias de los radioyentes (de los diez chelines anuales que éstas costaban, una parte era para Correos, que efectuaba la recaudación, y otra para la B.B.C) y de los derechos por aparatos de radio, todos los cuales tenían que estar fabricados en el Reino Unido y llevar una marca «Tipo B.B.C., aprobado por el Director General de Correos». La licencia de la B.B.C. contenía instrucciones para que proporcionase al público un útil servicio de «noticias, información, conciertos, conferencias, cuestiones de educación, partes meteorológicos, representaciones teatrales, y otras cosas que en el futuro sean autorizadas o entren en la órbita de esta licencia».

La solución británica a la primera organización de la radiodifusión fue el monopolio, mientras que en otros muchos países, a pesar de las limitaciones en el número de longitudes de onda, que exigía algún sistema de regulación, la competencia estuvo a la orden del día. Además, mientras al otro lado del Atlántico la radio encontraría en los anuncios la principal fuente de ingresos, en Gran Bretaña pudo contar con una subvención a cargo de los derechos anuales de licencia (pronto desaparecieron los derechos por la venta de aparatos). Pero más importante que la primera forma de organización, fue la personalidad del primer director general de la B.B.C., el joven escocés J. C. W. Reith.

Es indudable que Reith comenzó su nueva tarea, en diciembre de 1922, con un excepcional sentido de responsabilidad y de vocación: estaba decidido a dirigir algo más que una de las tantas empresas en el mundo de los negocios. Los dividendos de la nueva compañía eran muy limitados, pero a Reith lo preocupaban otras cosas antes que los beneficios: le interesaba el servicio público. Tenía también firmes ideas acerca del contenido de los programas. «Creo que todos admitirán —escribió en 1924, cuando, tal vez, pocos lo hubieran admitido— que si se explotase un invento científico tan grande con el fin y propósito del mero "entretenimiento", constituiría una prostitución de sus posibilidades y un insulto al carácter y a la inteligencia de las personas.»

Bajo la dirección de Reith se transmitieron programas que pronto comenzaron a interesar a pioneros de los nuevos métodos de enseñanza en las escuelas: religiosos, educativos y de noticias (muy limitados en tiempo, frecuencia y alcance, para no competir con los intereses de la prensa; musicales, en los que se veían oportunidades sin precedentes para elevar el gusto del público, y de charlas, preferentemente no demasiado polémicas. El elemento de entretenimiento estaba representado por el teatro, la música de baile, *sketches* de humoristas y variedades. En este terreno hubo duras limitaciones impuestas por la algo atemorizada industria del espectáculo, y la mayoría de directores y agentes teatrales trataron de poner obstáculos a la radiodifusión, porque creían que perjudicaba a sus intereses. Numerosos programas de aquel primer período pasaron a las nuevas generaciones: la previsión del tiempo, «La Hora de los Niños», «La Buena Causa de la Semana», «El Epílogo»... No obstante, hasta enero de 1927 no se concedió a la B.B.C. la libertad de redactar boletines de







Arriba, izquierda: un camión de la radio británica recibe y difunde en una zona rural, mediante grandes altavoces, un discurso político durante la campaña electoral de septiembre de 1924. Los políticos no tardaron en apreciar las implicaciones del nuevo medio de comunicación de masas. *Arriba:* una mueca del cómico Harry Tate durante una emisión de la B.B.C. (febrero de 1923). *Izquierda:* Peter Eckersley, jefe del equipo de ingenieros programadores de la famosa estación radiodifusora de Writtle. *Abajo:* radioyentes ciegos reunidos ante un receptor en uno de los hogares de invidentes de St. Dunstan (mayo de 1927). Además de añadir una nueva dimensión a la vida humana, la radiodifusión ayudó a enriquecer y ampliar las posibilidades de los enfermos y disminuidos; en general, tanto por sus funciones divulgativas, como por las informativas, la radio comercial influyó extraordinariamente sobre la sociedad.



En julio de 1930 produjo un hondo impacto la primera transmisión televisiva de una comedia: «El hombre con una flor en la boca», del dramaturgo Luigi Pirandello.

noticias, comentarios de actualidad e informaciones de testigos.

Hubo dos encuestas nacionales sobre la radiodifusión, entre 1922 y 1927, realizadas por el Comité Sykes y el Comité Crawford. Como un resultado de las recomendaciones de éstos —y Reith jugó un papel importante en este resultado— la compañía se convirtió en una corporación el 1 de enero del año 1927. Se mantuvieron las iniciales B.B.C. y Reith continuó en «la casa». Según él, la razón principal para convertir la compañía en una corporación era «conseguir una eficiencia sin impedimentos ni interferencias; institucionalizar una junta de gobierno por primera vez en la historia británica, o en cualquier otra historia de un país constitucional, con un personal ejecutivo responsable de un servicio máximamente eficaz, normalmente libre de toda interferencia política, o de la Administración, o de los partidos, o de cualquier otro factor que perturbe el espíritu de administradores o directores».

La radiodifusión en España

También a España llegaron los ecos de los progresos alcanzados en todo el mundo en el dominio de la radiofonía. En la Exposición Internacional de Valencia (1921) se hicieron las primeras pruebas de radiodifusión. Ello fue suficiente para interesar a los más perspicaces y sólo dos años más tarde una emisora, conocida por el nombre de Radio Ibérica e instalada en Madrid, continuó esas pruebas. Éstas eran ya de tal importancia que no tardaron en provocar la aparición de la primera legislación oficial al respecto. Hasta entonces cabe considerar que las experiencias se habían movido dentro del campo propio de la radiofonía, es decir: transmisiones de carácter particular, destinadas a ser recibidas únicamente por aquellos pocos que disponían de aparatos receptores (casi siempre fabricados por ellos mismos).

Con el decreto mencionado, que se publicó el 14 de junio de 1924, se dio paso al «Régimen de Estaciones Radioeléctricas Particulares», que regulaba las actividades de aquellos aficionados, auténticos pioneros de aquélla que había de ser la primera emisora de radiodifusión española: Radio Barcelona, que tenía —y tiene— su sede en la Ciudad Condal y que utilizó las siglas EAJ-1. Albergó las primeras instalaciones de esta emisora el hoy desaparecido Hotel Colón, sito en la Plaza de Cataluña. La primera emisión oficial fue lanzada al aire el 14 de noviembre de 1924. Dicha emisión fue totalmente pública, ya que fueron instalados a lo largo de las Ramblas barcelonesas gran número de altavoces. Ello permitió que un numeroso gentío, apiñado en el popular paseo, siguiera los sones de la música difundida por primera vez en España con destino al gran público. Pronto se ampliaron los servicios ofrecidos por Radio Barcelona, algunos de gran utilidad, como las emisiones escolares.

También en el campo de los enlaces internacionales se progresó con rapidez. Así el 10 de enero de 1925 se transmitió desde Ginebra, siempre a través de Radio Barcelona, un reportaje sobre la Sociedad de las Naciones. En el mismo año, sólo siete días después de la fecha recién mencionada, se efectuó la primera conexión con el Gran Teatro del Liceo y dos años más tarde se realizó ya esta conexión en cadena, para transmitirla a Madrid. En noviembre de 1927 se recibieron en Madrid y Barcelona emisiones procedentes de Nueva York, Burdeos, Génova y Buenos Aires.

La difusión de noticias con las características de diario hablado tuvieron lugar, antes de tales recepciones, el 11 de enero de 1926. Este diario se denominaba «La Palabra».

Ya camino de su decidida y total implantación como medio difusor de actos y noticias destinadas al gran público, se autorizó, a partir del 1 de enero de 1928, la colocación de micrófonos en el interior de algunos templos, desde donde los domingos se retransmitían las misas. Y en la misma línea de avances, Radio Barcelona presentó, durante la Exposición Internacional de Barcelona del año 1929, la primera emisora móvil de España.

En lo que respecta a la regularización de instalaciones emisoras, cabe señalar la creación en el año 1924 de la S.E.R. (Sociedad Española de Radiodifusión), que en sus comienzos se denominó Unión Radio, Sociedad Anónima.

A. B. y E. V.

Crisis del capitalismo mundial

La década de los años treinta comenzó, para el mundo occidental, bajo el signo de una profunda crisis económica, uno de cuyos efectos más lamentables fue el elevado nivel de desempleo alcanzado por la mayoría de los países industrializados o en vías de industrializarse.
Unica excepción fue la U.R.S.S., que desde 1917 había elegido el camino de la planificación económica y la intervención directa del Estado en la conducción de su economía.

Las raíces inmediatas del colapso económico, cuyas consecuencias se hicieron notar por lo menos hasta 1939, hay que buscarlas en los desequilibrios que sufrió la economía mundial como consecuencia de la guerra de 1914-1918.

Efectivamente, la contienda representó un estímulo para la producción industrial de los países no beligerantes, que vieron abiertos unos mercados tradicionalmente reservados a los productos industriales y materias primas de los países en guerra. Fue en este momento cuando se produjo el desplazamiento del centro del capitalismo hacia los Estados Unidos, que, a raíz de la guerra y apoyados en sus extraordinarios recursos, se convirtieron en los primeros suministradores a Europa no sólo de materias primas y productos manufacturados sino también de capitales. Estos capitales afluyeron a la Europa en reconstrucción en forma de préstamos a corto plazo, utilizados a su vez por los países europeos para saldar su déficit con los EE.UU., que mantenían una balanza comercial altamente excedentaria.

Paralelamente a esta desviación de los centros de la actividad económica hacia los países no beligerantes, asistimos a grandes desequilibrios monetarios de los países que participaron en la contienda. En primer lugar, ante las enormes necesidades desencadenadas por la guerra, se produjo un aumento desmesurado de la circulación fiduciaria que repercutió en un alza de los precios y en un desplazamiento de las reservas oro hacia los países proveedores.

Súbitamente, en 1920-21, se produjo una caída brusca de los precios cuyos efectos más importantes fueron el descenso de los intercambios y la producción, y, en consecuencia, un aumento del número de obreros en paro, especialmente en los EE.UU. y Gran Bretaña. Por otra parte, como efecto de la inflación galopante, la moneda de varios países había sufrido una depreciación. En estas circunstancias los distintos intentos de estabilizaciones monetarias, mediante créditos o mediante devaluaciones, se sustentaban en unas bases muy precarias y por ello la moneda permanecía muy sensible a cualquier distorsión (en especial a los movimientos bruscos de los precios).

Finalmente, entre 1920 y 1929, la recuperación económica de los países que habían participado en la guerra podía desembocar fácilmente en una saturación de los mercados y en los desequilibrios que esta saturación comporta.

El crac de Wall Street

Así las cosas, se produjo en octubre de 1929 el crac de la Bolsa de Nueva York. Simplificando mucho, podemos decir que en un cortísimo espacio de tiempo el optimismo especulativo de la Bolsa neoyorquina cedió paso a un descenso brusco y muy acentuado del curso de las acciones, descenso que sembró el pánico en los medios financieros. Gran cantidad de acciones se pusieron en venta a precios muy bajos, y los bancos tuvieron que proveerse de dinero líquido ante una posible avalancha de depositantes en busca de sus fondos. Este dinero sólo se podía obtener mediante la restricción de los créditos o la repatriación de los capitales norteamericanos en Europa, de modo que, en muy pocos meses, la economía mundial —tan vinculada a los EE.UU. a través de los créditos a corto plazo— se vio envuelta en la marea de la crisis. No debemos olvidar, empero que las condiciones del equilibrio europeo eran tan frágiles que la posibilidad de una crisis acechaba desde hacía tiempo en estado latente, y que el crac de la Bolsa de Nueva York fue el detonador necesario para que estallara.

Pero antes de analizar la expansión de la crisis en el Occidente europeo, conviene que nos detengamos en las características fundamentales de la depresión:

a) **Crisis de sobreproducción**

Es la explicación más clásica del problema. Según los autores que defienden el argumento de la sobreproducción como explicación de la crisis, la Primera Guerra Mundial actuó como un estímulo para el desarrollo económico de países en vías

Efectos de la Gran Depresión en Francia: familiares de los parados aguardan la distribución gratuita de comida caliente.



de desarrollo (y de otros ya plenamente desarrollados, pero no implicados en la contienda). Aunque los desequilibrios monetarios se mantuvieron en la posguerra, los países beligerantes recuperaron pronto un ritmo de producción con tendencia a normalizarse, y al no haberse producido una ampliación razonable del mercado, pronto la sobreproducción desencadenó la baja de los precios y la acumulación de *stocks*. Sin embargo, esta opinión tan generalizada debe matizarse ante el análisis de la evolución de los índices de precios que obligan a ciertas distinciones sectoriales.

Mientras que, en efecto, los precios agrícolas descendieron de manera continua durante este período, porque la agricultura se hallaba en una situación de sobreproducción latente, no ocurría lo mismo con la producción industrial, que tuvo un aumento muy débil durante los primeros años de posguerra, especialmente antes de 1925. Algunos autores quieren matizar más la idea de sobreproducción y consideran que en realidad se trataba de un problema de subconsumo; es decir, que la producción respondía a las necesidades reales del mercado, pero no podía ser absorbido a causa del bajo poder adquisitivo de los asalariados. En resumen, estos autores piensan más en un problema de mala e injusta distribución de la renta que en una verdadera crisis de sobreproducción. Sea como fuere, el hecho importante a destacar es que, por lo menos en el sector agrícola, las ventas disminuyeron mucho y se produjo una acumulación de *stocks* que muchas veces eran destruidos para mantener artificialmente el nivel de los precios, mientras gran número de obreros en paro (otra gran consecuencia de la crisis) no podían comprar ni siquiera lo más elemental para satisfacer sus necesidades. Contradicción dramática descrita magistralmente en las novelas de John Steinbeck.

b) Crisis de crédito

La idea fundamental en este aspecto ya ha sido enunciada. En resumen, puede decirse que al depender las economías de algunos países europeos de los créditos norteamericanos a corto plazo, cuando se produjo el pánico bursátil en Nueva York, muchos de estos créditos fueron repatriados dejando a aquellos países en una situación muy grave. Por la falta de numerario no pudieron hacer frente a sus deudas internacionales y tampoco pudieron evitar que se paralizara la actividad industrial con su secuela de desempleo.



Profético dibujo alemán, titulado «Conferencia Económica Mundial, 1927», que presenta la dificilísima situación en que inconscientemente se pusieron los capitalistas al desentenderse de las clases humildes.

Consecuencias de la crisis

En términos generales —ya veremos más adelante el impacto concreto en algunos países—, puede decirse que la crisis de 1929 provocó el colapso de los mecanismos de producción.

Todo ello condujo a un replanteamiento total de la política económica de la mayoría de los países. Se llegó a la conclusión que era necesaria la intervención del Estado para defender las industrias básicas deficitarias y planificar la producción y el comercio. A causa de ello se inició un período nuevo en la historia del capitalismo: «la economía dirigida». El Estado pasó a controlar los precios, la producción, el comercio. La idea del beneficio volvió a presidir el pensamiento de todos los grandes políticos. Todo ello en un esfuerzo de readaptación para que el capitalismo sobreviviera a sus contradicciones.

Pero a unos problemas económicos casi siempre comunes (paro obrero, inestabilidad monetaria, déficit comercial...) los distintos países respondieron con soluciones políticas y económicas también distintas, y ello nos lleva inevitablemente al análisis de la expansión de la crisis hacia los países de Europa.

Gran Bretaña

Este país, que a finales del siglo XIX era la primera potencia económica del mundo gracias a su Revolución Industrial, se encontró en el momento de la crisis

desplazado de los centros vitales del capitalismo mundial.

Tal situación obedecía a unas deficiencias estructurales que se remontaban a fines de la Primera Guerra Mundial. Efectivamente, Gran Bretaña, muy afectada por la crisis de 1920-21, nunca logró una perfecta estabilización monetaria, y al devolver la libra a la paridad de 1913 había encarecido sus productos para el comercio exterior. Además se encontraba con el grave problema de un utillaje industrial completamente envejecido, especialmente en las industrias básicas tradicionales que motivaron su gran adelanto durante el siglo XIX (siderurgia y textiles). Como consecuencia de ello, mucho antes de la crisis de 1929 tenía ya niveles de paro obrero muy elevados, que representaban una profunda sangría para el país (cuyo sistema de subsidio de paro era bastante adelantado en relación con el resto de Europa).

Todo ello repercutió muy desfavorablemente sobre su balanza comercial, que de los años 1920 a 1930 tuvo una serie de superávits muy limitados que le impedían desempeñar todavía, con estos capitales sobrantes, el papel de banqueros del mundo. Para poder seguir invirtiendo en Europa, Gran Bretaña tuvo que recurrir a créditos a corto plazo de Francia y EE.UU. Nada de extraño, pues, que al iniciarse la crisis en Europa con la quiebra del *Creditanstalt* austríaco y de una serie de bancos alemanes, Francia y EE.UU. intentasen recuperar sus créditos a corto plazo que los banqueros británicos habían situado en Europa a más largo plazo.

Sin embargo, al encontrarse Gran Bretaña en una situación de crisis latente, el impacto del crac fue más limitado, es decir menos brusco, produciéndose un retroceso lento de la producción industrial y de las exportaciones que vino simplemente a confirmar la tendencia iniciada años antes.

Después de la subida al poder, en octubre de 1931, de un Gobierno de unión nacional (conservadores y liberales, básicamente) bajo la jefatura de MacDonald, no tardaron en producirse una serie de medidas importantes de política económica: en el aspecto monetario, el Gobierno decidió la devaluación de la libra y el abandono del patrón oro. Al mismo tiempo, y por primera vez desde 1846, se establecieron unas tarifas aduaneras generales de carácter claramente proteccionista. Finalmente, en la Conferencia de Ottawa (1932), se decidieron una serie de ventajas aduaneras y tratados preferenciales entre todos los países que integraban el Imperio Británico, con el propósito de crear una zona de intercambios protegida, una especie de Mercado Común imperial.

Como vemos, pues, aparece clara la tendencia a crear una zona dominada por la libra esterlina y la polarización de la mayoría de los intercambios a través de los países del Imperio. Esta política preferencial se mantiene —en parte— en la actualidad, y representó una de las mayores dificultades para la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común Europeo.

Además de todas estas medidas la recuperación se inició gracias a que la mayoría de productos que los británicos debían importar, es decir materias primas, eran los que habían alcanzado niveles de precios más bajos. Ello no obstante, el paro obrero se mantenía muy elevado a mediados de la década de los años treinta.

Alemania

En Alemania la crisis apareció bajo la forma de quiebras bancarias y repatriación de capitales a corto plazo que prácticamente dejaron paralizado su sistema monetario. El paro obrero, ya lo hemos dicho, es el telón de fondo de la mayoría de los países afectados. A ello debe añadirse un enorme descenso de la reservas oro del *Reichsbank* para equilibrar la balanza de pagos, altamente deficitaria.

Las circunstancias, pues, obligaron a la adopción de una política económica de carácter autárquico, en el sentido de que, al mismo tiempo que se limitaban las importaciones, éstas sólo se podían pagar en marcos bloqueados que únicamente podían gastarse en el mismo país; de este modo se limitaba la fuga de divisas. En cambio, el *Reichsbank* veía aumentar sus reservas en oro o divisas al recibir los pagos de las exportaciones alemanas.

En el interior, el problema más grave era el paro, que había llegado a alcanzar la cifra de seis millones de hombres. Para hacerle frente se adoptó una política de grandes obras públicas, masiva movilización militar y reactivación de la industria, impulsada por el rápido ritmo del rearme. Todas estas medidas dieron lugar a una espectacular recuperación del país. Como trasfondo de todos estos problemas surgen en la vida política alemana la figura de Adolf Hitler y el nacionalsocialismo, cuyo origen es mucho más fácil de comprender a la vista de los condicionamientos económicos.

A unas soluciones parecidas —autarquía por un lado, expansionismo imperialista por otro— tuvo que llegar Italia con una balanza comercial deficitaria, iniciándose su recuperación con la guerra de Etiopía, que actuó a modo de estímulo artificial para los distintos sectores de la producción.

Los países del bloque oro

Otro grupo de países —Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Suiza e Italia, aunque el caso de esta última, ya analizado, es ligeramente distinto— decidieron mantener la paridad de sus monedas y siguieron adheridos al patrón oro. Esta circunstancia hizo que su recuperación fuese más lenta, ya que frente a monedas devaluadas como el dólar o la libra esterlina, los precios exteriores de los países del bloque oro se mantuvieron más elevados —y, en consecuencia, menos competitivos— y resultaron un freno para la producción industrial.

En alguno de estos países —Francia y Bélgica especialmente— surge un tercer intento para hacer frente a la crisis: la planificación de la economía nacional, promovida básicamente por los socialistas. Esta solución propugnaba la nacionalización de los sectores clave de la economía, como podían ser los servicios públicos y las industrias básicas. Pero, la mayoría de las veces, estos planes resultaron una pura especulación teórica y no llegaron a ponerse en práctica.

En Francia los intentos de superar la crisis —bastante limitada por cierto— se concretaron en una política deflacionista que no dio resultados positivos e hizo aumentar el descontento de los obreros. Así se llegó a la victoria del Frente Popular, el 3 de mayo de 1936.

Esta victoria significó un cambio radical de orientación. El gobierno de Léon Blum consideraba que la crisis era debida al subconsumo por falta de poder adquisitivo de los asalariados. Se decidió, a tenor de estas ideas, la subida de los salarios (junio 1936). Al mismo tiempo, y para hacer frente al paro, se decidió adoptar la semana de 40 horas. Finalmente, de acuerdo con la política general propugnada, se realizó la nacionalización de la banca y los ferrocarriles. Pero los efectos de estas medidas fueron contraproducentes: al aumentar los salarios aumentó el consumo y los precios subieron; con la semana de 40 horas la producción industrial permaneció estancada, sin que se apreciase un aumento notable de los índices de producción. No hubo más remedio que devaluar el franco (27 de octubre de 1936).

J. Nadal Farreras

La Gran Depresión

Todo el mundo estaba convencido de que el mercado era «fundamentalmente sano»: no menos de un millón de personas estaban implicadas en la especulación. Durante todo el verano de 1929, prácticamente todos ellos salieron ganando. Nunca, ni antes ni después, tantos improvisados financieros se habían enriquecido tan rápidamente... para perderlo todo con mayor celeridad aún.

El 1 de enero de 1929 el mercado alcista «de Coolidge» tenía al menos cuatro años de edad. El promedio de precios que publicaba el *New York Times*, de veinticinco acciones industriales escogidas entre las más representativas, fijado en 110 a comienzos de 1924, había subido a 135 al empezar el año siguiente. Al cierre de las transacciones, el 2 de enero de 1929, estaba a 338,35. Aparte de unos leves retrocesos, especialmente a principios de 1926 y de 1928, la escalada había sido casi ininterrumpida. Hubo muy pocos meses en que los promedios no mostrasen un aumento con relación al mes anterior. En pocas palabras, había habido una inflación especulativa de magnitud y duración sin paralelos.

En un mercado como el de 1929 el público adquiría títulos movido posiblemente por tres razones. Una era la tradicional: participar en los beneficios de una empresa. Tal motivación era la que indudablemente guiaba a algunos inversores de aquellos días, aunque en el caso de ciertas acciones predilectas de la especulación como la Radio, que alcanzaron los 505 puntos el 3 de septiembre de 1929, contra los 94 ½ de dieciocho meses antes, el deseo de un dividendo inmediato debió contar muy poco. Los accionistas no habían llegado todavía a cobrar dividendo alguno.

Un segundo y mucho más numeroso grupo de personas compraban acciones porque habían oído que el mercado de valores era un lugar donde la gente podía hacerse rica, y estaban persuadidos de que su derecho a ser ricos era tan legítimo como el de su vecino. Éstos eran los ingenuos, aunque su desgracia fue considerarse —quizá bajo la influencia de algún empleado de tal o cual agente de Bolsa— realmente entendidos. Tales compradores hablaban de las perspectivas de «Steel», «GM», «United Corporation» y «Blue Ridge», como si se tratase de un viejo amigo y con la firmísima certidumbre que es propia no del que sabe, sino del que no sabe que no sabe.

Finalmente, compraban acciones aquellos que sabían que se estaban viviendo momentos de alza especulativa, pero que intentaban ponerse a salvo —o, incluso, a un nivel más alto de profesionalización, jugar a la baja— cuando se produjera el hundimiento. A medida que iba transcurriendo 1929, era este grupo el que se ponía más nervioso. El mercado estaba haciendo progresos extraordinarios, y era difícil abandonarlo mientras existiesen tales ganancias en perspectiva. Sin embargo, siempre que había noticias inquietantes el mercado caía bruscamente: algunos especuladores estaban, en efecto, vendiendo.

Como lo que interesaba eran las ganancias debidas a una plusvalía sobre el capital, representado por las acciones adquiridas, éstas casi siempre se compraban a cuenta o en depósito. Eso significaba que alguien tenía que depositar, a título de préstamo, la parte del precio que el comprador no pagaba. Como las acciones mismas respondían del préstamo, si el valor de las acciones bajaba los acreedores pedían un aumento del depósito establecido como garantía de la operación: si no era posible un pago al contado, se exigían otras garantías adecuadas. Si el deudor no podía pagar, se le forzaba a vender. Ventas forzadas de ese tipo podían acelerar mucho cualquier tendencia a la baja del mercado.

Pero, a pesar de un cierto nerviosismo en febrero, la confianza se recuperó en junio, y los precios iniciaron su última gran escalada. Todos los días el mercado cerraba con nuevas alzas. Las operaciones a cuenta se difundían enormemente, y de todo el país —en realidad, de todo el mundo— afluía dinero a Nueva York para financiar aquellas transacciones. Durante el verano, los préstamos de los agentes de bolsa se incrementaron al ritmo de cuatrocientos millones de dólares al mes. En septiembre totalizaban más de siete mil millones.

No todo el mundo jugaba a la Bolsa como dice la leyenda. La gran mayoría de los norteamericanos eran entonces tan ignorantes del arte de comprar acciones como lo son hoy. Pero posteriores estimaciones han sugerido que llegó a haber

Mientras duró el mercado en alza de la década 1920-1930, la gente se apresuraba a comprar acciones porque sabía que en la Bolsa era posible enriquecerse rápidamente. Nada permitía vislumbrar el desastre inminente... excepto algunas quiebras prematuras. Esta caricatura norteamericana deplora la incapacidad de los pequeños especuladores para sacar lecciones de sus propios errores: «No volveré a hacerlo» ...hasta la próxima vez.



un millón de personas implicadas en la especulación. Durante aquel verano, casi todas hicieron dinero. Nunca, antes ni después, tantas personas se habían hecho ricas tan aprisa ni tan fácilmente.

Las sacudidas

El sábado 19 de octubre despachos de Washington informaron que el secretario de Comercio, Lamont, tenía dificultades para encontrar en los fondos públicos los 100.000 dólares que se necesitaban para pagar los gastos de entretenimiento del yate *Corsair*, que J. P. Morgan acababa de regalar al Gobierno. Hubo otros y más significativos indicios de una contracción desacostumbrada. Los periódicos hablaron de un mercado muy flojo el día anterior: hubo una fuerte reducción de transacciones, y el promedio del índice de los valores industriales del *New York Times* descendió unos siete puntos. Durante todo aquel día el mercado se portó muy mal. Casi cuatro millones de acciones cambiaron de manos. Al cierre, el índice del *New York Times* había descendido doce puntos.

El domingo, ese repentino cambio era noticia de primera página. El titular del *New York Times* decía: «Caen las acciones, al inundar el mercado una oleada de ofertas.» El director financiero del *New York Times*, que, junto con el director de la *Commercial and Financial Chronicle*, no había dudado nunca de que la especulación era una locura, expresó la opinión de que, por el momento al menos, «Wall Street parecía haber comprendido la realidad de las cosas». Los reportajes añadían otras dos observaciones que iban a resultar asombrosamente familiares al gran público durante la siguiente quincena. Se decía que, al finalizar las transacciones del sábado, se produjo un número excepcionalmente elevado de reclamaciones de reintegro de depósitos. Se predecía para la semana siguiente un «apoyo organizado» al mercado.

El mercado vacila

El lunes 21 de octubre fue también un mal día. Las ventas totalizaron 6.091,870, la tercera gran cifra de la historia, y centenares de miles de personas que estaban observando el mercado desde todo el país hicieron un descubrimiento perturbador: no había modo de decir lo que estaba sucediendo. Anteriormente, en los hermosos días del mercado alcista, el télex se había quedado rezagado con frecuencia, y uno no descubría, hasta mucho después de cerrado el mercado, cuánto había ganado aquel día. Pero con un mercado en baja las cosas eran muy diferentes. Ahora uno podía haberse arruinado, totalmente y para siempre, y no saberlo. Y aunque uno no se hubiera arruinado, había una fuerte tendencia a imaginarlo. Desde la apertura del 21 de octubre el télex se quedó rezagado, y a mediodía llevaba una hora de retraso. Hasta una hora y cuarenta minutos después del cierre del mercado no registró la última transacción. Cada diez minutos aparecían en el tablero los precios de determinados valores, pero la notable diferencia entre estos precios y los dados por el télex, no hacía más que incrementar el malestar... y la creciente convicción de que lo mejor sería vender.

A pesar de esta convicción, en el momento de cierre el mercado estaba bastante por encima del mínimo registrado aquel día —la pérdida del promedio de valores industriales del *New York Times* fue tan sólo de unos seis puntos—, y el martes hubo una ulterior recuperación, aunque bastante vacilante. Es posible que algo de esa mejora se debiera al optimismo de los videntes de Wall Street. El lunes, el profesor Fisher explicó por qué los precios de las acciones durante el alza no habían estado a la altura de su verdadero valor: entre otras cosas, el mercado no había tenido aún tiempo de reflejar los beneficiosos efectos de la Prohibición, que había hecho al trabajador de los Estados Unidos «más productivo y responsable».

El miércoles 23 de octubre el efecto de aquel optimismo se había disipado. En vez de nuevas ganancias hubo graves pérdidas. La apertura fue bastante tranquila, pero hacia media mañana hubo una oferta masiva de acciones de accesorios de automóviles, y en toda la lista de valores empezó a crecer el volumen de la oferta. La última hora vio un movimiento fenomenal: 2.600.000 acciones cambiaron de manos a precios rápidamente decrecientes. El índice del *New York Times* bajó de 415 a 384, anulando todos los aumentos habidos desde el final de junio. Una vez más el télex se quedó muy atrás, y, para agravar la incertidumbre, una borrasca glacial en el Medio Oeste interrumpió en varios puntos las comunicaciones. Aquella tarde millares de especuladores decidieron vender mientras —según ellos suponían equivocadamente— los precios eran todavía buenos. A otros varios miles se les dijo que no tendrían más remedio que hacerlo, a menos que buscasen más garantías colaterales, porque conforme se aproximaba la hora del cierre, las demandas de provisiones de fondos llegaban en cantidades sin precedentes.

Hasta el profesor Fisher, que habló en Washington, se mostró un poco menos optimista. Dijo, en una reunión de banqueros, que «los valores de los títulos, *al menos en la mayor parte de los casos*, no sufrían inflación». Sin embargo, no insistió en la desconocida eficacia de la Prohibición. Por lo demás, había otra razón para sentirse optimista. En todas partes se predecía que, al día siguiente, el mercado empezaría a recibir «apoyo organizado».

El jueves 24 de octubre es el primero de los días que la historia identifica con el pánico de 1929, y en realidad lo merece si se consideran el desorden, el terror y la confusión que invadieron el mundo financiero. Aquel día cambiaron de manos 12.894.650 acciones, la mayoría de ellas a precios que hacían añicos los sueños y las esperanzas de los que habían sido sus dueños. De todos los misterios bursátiles el más impenetrable es el motivo por el cual todo vendedor encuentra siempre un comprador. Pero el 24 de octubre de 1929 puso de manifiesto que la norma misteriosa no es siempre respetada. Muchas veces no hubo comprador, y solamente después de grandes caídas verticales se encontraba a alguien dispuesto a hacer una oferta.

Las horas terribles fueron las de la mañana. En la apertura no hubo nada espectacular, y durante algún tiempo los precios se mantuvieron firmes. El volumen de las ventas, sin embargo, era excesivo, y pronto los precios empezaron a bajar. Una vez más el télex perdió el paso de las transacciones. Los precios caían más profundamente y más de prisa, y el télex se rezagaba más y más. A las once, lo que había sido un mercado era sólo una salvaje lucha para vender. En las salas de contratación de todo el país, atestadas de gente, el télex daba cuenta de un tremendo desplome. Pero la selección de las cotizaciones trasladadas sobre el tablero demostraba también que los últimos valores estaban muy por debajo de lo que decía el télex. La incertidumbre hacía que cada vez fueran más y más las

Derecha: **dibujo de William Gropper alusivo a las terribles semanas de finales de octubre, en las que la cinta registradora iba comunicando su inexorable mensaje de ruina a miles de norteamericanos.**


40
39
33
28
15
4

personas que intentaban vender. En otros casos la venta se hacía a la fuerza, porque no se podía responder de las deudas contraídas con los agentes. A las 11.30 dominaba el pánico, un pánico sin paliativos de ninguna clase.

Afuera, en Broad Street, podía oírse un sordo bramido. Una multitud se agolpó a las puertas de la Bolsa, y el comisario de Policía de Grover Whalen envió un destacamento especial a Wall Street para asegurar la paz. Sobre un rascacielos apareció un obrero que debía realizar alguna reparación rutinaria: la multitud, suponiendo que se trataba de un suicida, esperaba impaciente verle saltar. A las doce y media se cerró la galería de visitantes de la Bolsa para que no pudieran verse las frenéticas escenas que se estaban desarrollando.

No obstante, a mediodía las cosas experimentaron un giro favorable. Por fin llegaba el tan esperado apoyo organizado. Los directores del «National City Bank», el «Chase», el «Guaranty Trust» y el «Bankers Trust» se reunieron con Thomas W. Lamont, el socio principal de Morgan, en el n.º 23 de Wall Street. Todos se pusieron rápidamente de acuerdo en acudir en apoyo del mercado y mancomunar recursos sustanciales para ese fin. Lamont recibió entonces a los periodistas y les dijo: «Ha habido un pequeño apuro de ventas en la Bolsa.» Añadió que aquel pasajero inconveniente «se debía a una situación técnica, más bien que a una causa fundamental», y dijo a los periodistas que la situación era «susceptible de mejora».

Los banqueros intervienen

Mientras tanto había llegado a la Bolsa la noticia de la reunión de los banqueros y de la llegada de los socorros. Aquellos banqueros eran los más poderosos financieros de la nación. Los precios se afirmaron rápidamente, y subieron. A la una y media, Richard Whitney, el conocido agente de Bolsa de Morgan, se dirigió airosamente al pupitre donde se negociaban las acciones de «Steel», y pasó una orden para la adquisición de 10.000 acciones, a un precio superior en varios puntos a la oferta del momento. Whitney siguió recorriendo los corros con la misma largueza. La confianza renació como por ensalmo, y el mercado dio un nuevo salto hacia arriba. A última hora las órdenes de venta que seguían afluyendo lo hicieron tambalear de nuevo; pero las pérdidas netas del día —unos doce puntos en el índice accionario del *New York Times*— eran muy inferiores a las del día anterior. Algunas acciones, entre ellas las «Steel», estaban más altas.

Sin embargo, esta recuperación era de secundario interés para las decenas de miles de personas que habían vendido espontáneamente o se habían visto obligadas a vender durante la baja, y cuyos sueños de opulencia habían desaparecido junto con la mayor parte de sus bienes. Hasta las siete y ocho minutos y medio de aquella noche, el télex no terminó de registrar los infortunios del día. Los especuladores que habían vendido desde primeras horas de la mañana estaban silenciosamente sentados en sus despachos, contemplando la cinta registradora. Un hábito de meses o de años, por inútil que pudiera parecer ahora, no podía romperse de repente. Cuando los últimos cambios quedaron registrados, salieron a la densa oscuridad de la noche.

En Wall Street las luces estaban encendidas en todas las oficinas, mientras los empleados trataban de ponerse al corriente de los negocios del día. Mensajeros y oficinistas, presa de excitación y sin preocuparse por las pérdidas, alborotaban por las calles hasta que la policía hizo acto de presencia para reprimirlos. Representantes de treinta y cinco de las grandes agencias de noticias se reunieron en las oficinas de «Hornblower y Weeks» y contaron a la prensa que el mercado era «fundamentalmente sano» y que estaba «técnicamente mejor que desde hacía varios meses». La firma anfitriona proclamó que, «comenzando con la sesión de transacciones de hoy, el mercado empezaría a poner los cimientos de los progresos constructivos que caracterizarán el año 1930».

Un fin de semana en calma

El viernes y el sábado las transacciones continuaron a un ritmo sostenido: poco menos de seis millones de títulos el viernes y más de dos en la breve sesión del sábado. Los precios, en conjunto, se mantuvieron estables: los promedios subieron ligeramente el viernes y descendieron un poco el sábado. Los banqueros parecían capaces de poder negociar la mayor parte de los títulos adquiridos en su tentativa de apuntalar al mercado. No solamente las cosas estaban mejor, sino que todo el mundo veía con claridad que todo el mérito era de los representantes de la banca. Habían dado pruebas, al mismo tiempo, de valor y de poder, y la gente aplaudió cálida y generosamente. En su comentario sobre el mercado del viernes, el *New York Times* decía: «Tranquilo al saber que los más poderosos bancos del país estaban dispuestos a impedir una recaída en el pánico, el mundo financiero no siente ya la ansiedad que ayer lo oprimía.»

De otras fuentes llegaban expresiones de tranquilidad, e incluso de felicitación. El coronel Leonard Ayres, de Cleveland, pensaba que ningún otro país podría haber superado una crisis de tales proporciones. Eugene M. Stevens, el presidente del «Continental Illinois Bank», dijo: «No hay nada en la situación actual de los negocios que justifique el nerviosismo»; Walter Teagle dijo que no había ningún «cambio fundamental» en el sector de los petróleos para justificar la preocupación; Charles M. Schwab afirmó que los aceros habían realizado «progresos fundamentales» hacia la estabilidad, y añadió que esa «situación fundamentalmente sana» explicaba la prosperidad de la industria; Samuel Vauclain, presidente de «Baldwin Locomotive Works», declaró: «Los cimientos son sólidos»; el presidente Hoover dijo: «La actividad básica del país, esto es, la producción y distribución de los productos de primera necesidad, descansa en sólidos y prósperos cimientos.» Un *trust* de inversiones de Boston alquiló un espacio en el *Wall Street Journal* para anunciar: «¡F-I-R-M-E-S todos! Pensad con calma. Atended a las palabras de los mayores banqueros de América.» Una única nota disonante, aunque importante como augurio, pasó enteramente inadvertida: hablando en Poughkeepsie, el gobernador Franklin D. Roosevelt criticó la «fiebre de la especulación».

El domingo se pronunciaron sermones sugiriendo que los recientes sucesos eran una especie de castigo divino, no por cierto del todo inmerecido. Pero, evidentemente casi todo el mundo creía que la reprimenda divina había pasado ya, y que la especulación podría reemprenderse de nuevo. Los periódicos hablaban copiosamente de las perspectivas del mercado para la semana siguiente. Se convenía en que las acciones estaban otra vez baratas, y, en consecuencia, habría afluencia de compradores. Numerosas historias procedentes de las agencias de cambio hablaban de un fabuloso volumen de órdenes de compra que se apilaban antes de la apertura del mercado. En una concertada campaña de anuncios, los periódicos del lunes proclamaban la oportunidad de comprar acciones sin demora. Fue el lunes, 28 de octubre, cuando comenzó el verdadero desastre.



Nueva York, octubre de 1929. Una víctima del desplome de las acciones trata de conseguir dinero para pagar sus deudas a los corredores... e intenta vender su coche por la irrisoria suma de cien dólares, al contado.

El fallo del «apoyo organizado»

El lunes, el movimiento de la Bolsa, aunque de notable volumen, fue inferior al del jueves anterior: 9.212.800, en vez de 13.000.000. Pero la continua baja de los precios fue mucho más llamativa. Aquel día el *New York Times* dio una media de menos de 49 puntos. «General Electric» registró una pérdida de 47.5; «Westinghouse», de 34.5; «Tel. & Tel.», de 34. En realidad, la baja de aquel solo día fue mayor que la de toda la semana de pánico precedente. Una vez más, el télex, rezagado, dejaba a todo el mundo en la ignorancia de lo que pasaba, excepto de que no era nada bueno.

A la una y diez hubo un momentáneo respiro: se vio a Charles E. Mitchell que entraba en la oficina de Morgan y el télex acusó la palabra mágica. Las «Steel» se recuperaron y pasaron de 193,5 a 198. Pero esta vez no apareció Richard Whitney; el «apoyo organizado» tardaba en llegar. En todo caso, el apoyo, organizado o no, no podía ya competir con el frenesí de vender. El mercado se debilitó de nuevo, y en la última hora tres millones de lotes cambiaron de manos, a precios velozmente en baja.

Los banqueros se reunieron una vez más en el despacho de Morgan, y permanecieron en sesión desde las cuatro y media hasta las seis y media. Se dijo que tenían «una actitud filosófica», y ellos contaron a la prensa que la situación «conservaba algunos aspectos esperanzadores». Pero existía un importante indicio de lo que había sido discutido durante las dos horas: al final de la sesión se explicó que los banqueros no pretendían mantener en un determinado nivel los precios del mercado. Su intervención se limitaba a vigilar que las operaciones de bolsa se desarrollasen ordenadamente: que a las ofertas de acciones respondiese una oferta de adquisición y que no se verificasen «vacíos de aire», según los llamó Mr. Lamont. Como muchos otros que no eran de su talla, Lamont y sus colegas se habían comprometido en exceso. Ahora llegaba el momento de ser más parcos en las promesas. Para quienes tenían acciones a cuenta el desastre se reducía a una cosa: la caída de los precios. Y esos hombres querían ser salvados del desastre, pero el consuelo que ahora se les daba era el saber que su ruina se consumaría de una manera ordenada y decorosa.

El martes 29 de octubre fue el día más devastador en la historia de la Bolsa de Nueva York, y quizá lo haya sido en la historia de todos los mercados. La venta se inició desde el primer momento y con un volumen colosal. Los «vacíos de aire» que los banqueros iban a cerrar se abrieron desmesuradamente. Muchas veces, y en muchas acciones, hubo infinitas órdenes de venta y ningún comprador. Es inútil decir que el télex se rezagó una vez más; al cierre, llevaba dos horas y media de retraso. Por entonces se tenía noticia de 16.410.030 transacciones, un número más de tres veces superior al que en otras ocasiones hubiese correspondido a un fabuloso día de Bolsa. (En uno de los días que en 1953 se consideraban como buenos, las ventas eran de unos tres millones.) Las pérdidas, a pesar de una recuperación en el cierre al anuncio de los dividendos, fueron una vez más aterradoras. El índice del *New York Times* señalaba menos cuarenta y tres puntos, una pérdida que anulaba todos los enormes progresos de los doce meses precedentes. Para determinados títulos, las pérdidas eran mucho mayores. Al final de la jornada, la gente de la Bolsa estaba cerca del colapso, por la tensión y la fatiga. Los empleados, también a punto de sucumbir, debían todavía despachar el ingente cúmulo de transacciones. Ahora, además, no había ya la misma certeza de que las cosas podían mejorar: al contrario, quizá podían ponerse aún peor.

La carnicería de los potentados

Durante la semana precedente se había producido la carnicería de los inocentes. Ahora eran los potentados y los ricos —los hombres de negocios y los profesionales— quienes estaban sufriendo aquel castigo que se considera como el primer fruto de la avaricia. Las oficinas que estaban llenas de gente la semana anterior, se encontraban ahora casi vacías; las nuevas víctimas tenían la posibilidad de sufrir en privado. Los banqueros se reunieron a mediodía, y otra vez al atardecer del día 29, pero nadie sugirió que su actitud



Wall Street, octubre de 1929. Cunde la serenidad al reanimarse los precios: pero se trata sólo de la leve mejora que suele preceder a la agonía.

fuera «filosófica». En realidad, su prestigio se estaba derrumbando de un modo aún más desconcertante que el mercado. Durante el día corrió el rumor de que los hombres del «apoyo organizado» procuraban despachar rápidamente las acciones; Lamont reunió a la prensa después de la sesión vespertina con el propósito de desmentir la noticia. Correspondió al mayor James J. Walker la única propuesta constructiva del día: dirigiendo la palabra a un auditorio de expositores cinematográficos, les pidió que «proyectaran películas que restableciesen el valor y la esperanza en el corazón de la gente».

En la Bolsa misma empezaba a creerse que la mejor forma para que la gente recuperara el valor y la esperanza era cerrar el mercado y dar a los inversores un tiempo de respiro. Este sencillo y sincero pensamiento estaba inspirado en el hecho de que todo el mundo estaba terriblemente necesitado de sueño. La dificultad consistía en que el anuncio del cierre de la Bolsa podía simplemente agravar el pánico. A mediodía del 29 de octubre se produjo la crisis decisiva. De dos en dos o de tres en tres, para no atraer la atención, los miembros del comité de gobierno fueron saliendo del piso para asistir a una reunión. Ésta no se celebró en el salón acostumbrado, sino en la oficina de la «Stock Clearing Corporation», bajo la sala de contrataciones. Según describió más tarde la sesión el infortunado Richard Whitney, el aire se volvió pronto azul del humo del tabaco, porque los corredores, cansados y nerviosos, encendían cigarrillo tras cigarrillo. Todo el mundo quería un descanso. Había firmas que necesitaban unas cuantas horas para asegurarse de si seguían siendo solventes.

Pero la prudencia estaba a favor de mantener el mercado abierto, al menos hasta que pudiera cerrarse con una nota de vigor y optimismo. La decisión fue aplazar el cierre para cuando las cosas mejoraran. Una vez más las luces estuvieron encendidas toda la noche: nadie pensaba en descansar. La gran máquina de la Bolsa arrastraba a todos —grandes accionistas y oscuros empleados— en un frenético trabajo que parecía no tener nunca fin.

Al día siguiente se pusieron en acción aquellas fuerzas imponderables que traen la salvación en el preciso instante en que ésta parece imposible. El volumen fue todavía enorme, pero hubo una considerable mejora en los precios: el promedio de los valores industriales del *New York Times* se elevó treinta y un puntos, y hubo excelentes ganancias para determinadas acciones. Ya el día anterior, 29, Julius Klein recordó al país, desde la radio, que el presidente Hoover había asegurado que «los negocios fundamentales del país» eran sanos y prósperos, y añadió: «La principal observación que quiero hacer es la fundamental solidez de la gran masa de las actividades económicas.» El miércoles, Wadill Catchings, director general de «Goldman y Sachs», anunció, a su regreso de un viaje por el Oeste, que la situación general de los negocios era, «sin ninguna duda, fundamentalmente sana» (como se supo poco después, no se podía decir lo mismo de la «Goldman y Sachs). Y, lo que quizá fue más importante, desde Pocantico Hills llegó la primera declaración pública que desde varias décadas hiciera John D. Rockefeller: «Convencidos de que las condiciones fundamentales del país son sanas... mi hijo y yo hace algunos días que estamos comprando buenas acciones ordinarias.»

Poco antes de que llegase la declaración de Rockefeller las cosas de la Bolsa parecían lo bastante seguras como para que Richard Whitney creyese oportuno anunciar que el mercado no se abriría hasta el mediodía del día siguiente (jueves), y que el viernes y sábado permanecería cerrado. El anuncio fue acogido con ovaciones. Estaba claro que los nervios habían pasado del punto de ruptura. En La Salle Street, de Chicago, un muchacho hizo estallar un triquitraque. Inmediatamente se difundió el rumor de que unos gángsters que habían perdido sus depósitos a cuenta, se habían echado a la calle disparando a diestra y siniestra. Varias patrullas de policía acudieron para obligarlos a que aceptaran sus pérdidas como hombres honrados. En Nueva York el cuerpo de un comisionista fue pescado en el río Hudson. En sus bolsillos había nueve dólares con cuarenta centavos y unas solicitudes de créditos.

Una locura especial

Ninguna de las características del Gran Crac fue más notable que el modo con que se pasaba del clímax al anticlímax, para destruir una y otra vez la esperanza de haber ya visto pasar lo peor. El día 30, lo peor estaba todavía por llegar, aunque a partir de entonces vino más lentamente. Día tras día, durante las dos semanas siguientes, los precios cayeron con monótona regularidad. Al cierre del mercado el 29 de octubre, el índice del *New York Times* estaba a 275. En la recuperación de los dos días siguientes ganó más de cincuenta puntos, pero el 13 de noviembre había bajado a 224, con una ulterior pérdida de cincuenta puntos.

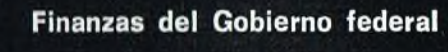
Se trataba todavía de niveles óptimos comparados con los que iban a seguir. El 8 de junio de 1932 la media de los precios de cierre de los títulos industriales del *Times* era de 58,46. No era mucho más que la caída registrada el 28 de octubre en un sólo día, y mucho menos de la cuarta parte de los valores de cierre del 29 de octubre. Pero ahora, por supuesto, la «situación económica» ya no era sana, ni «fundamentalmente» ni de cualquier otro modo.

Inevitablemente surge la pregunta de si es posible que se repita un ciclo similar de especulación y de crisis como el de octubre de 1929. La respuesta es sencilla: ¡desde luego! Se han dictado leyes tendentes a eliminar algunas de las causas que más contribuyeron a fomentar la gran especulación alcista de los años veinte, pero nada se ha hecho para reprimir la especial locura que se apodera de la gente cuando ve la posibilidad de hacerse rica. Sobre el supuesto de que la historia no se repite exactamente, es posible que nunca más presenciemos un delirio colectivo como el de finales de la década de los veinte; pero si vivimos lo bastante para tener nuevas experiencias, podremos indudablemente contar con alguna variante. Las preocupaciones vendrán cuando las personas importantes empiecen a explicar que tal cosa no puede ocurrir porque la situación es... «fundamentalmente sana».

J. K. Galbraith

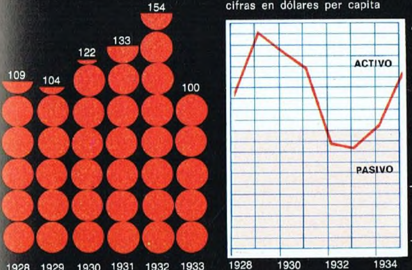
Estadísticas del Crac

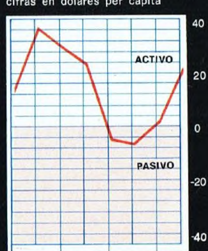
En la primera columna, las quiebras de negocios manifiestan un ascenso pronunciado, pero no abrumador. El diagrama «finanzas privadas» muestra cómo éstas entran en la zona roja, como consecuencia de la Depresión, a principios de la década de 1930, cuando los ingresos (debajo) han caído al 25 % del nivel de 1929. Las «finanzas del Gobierno federal», en cambio, se hunden inmediatamente después de la quiebra de la Bolsa; los gastos sobrepasaron en mucho los ingresos (debajo). El gráfico «Movimiento bursátil» muestra cómo suben las ventas en el mercado de valores hasta que, rota la confianza, se desploman tanto los precios como el volumen de las transacciones.





Movimiento bursátil









Ingresos netos / Gastos — Cifras en dólares per capita

	1928	1929	1930	1931	1932	1933	1934	1935
Ingresos netos	643	682	621	580	490	482	527	572
Gastos	630	648	592	558	496	490	526	553

Ingresos / Gastos — Cifras en millones de dólares

	1928	1929	1930	1931	1932	1933	1934	1935
Ingresos	4.042	4.033	4.178	3.116	1.924	2.021	3.064	3.730
Gastos	3.103	3.299	3.440	3.578	4.659	4.623	6.694	6.521

	1920	1921	1922	1923	1924	1925	1926	1927	1928	1929	1930	1931	1932
Volumen ventas en la Bolsa de Nueva York (mill. de acciones)	227	173	259	236	282	454	451	577	920	1.125	810	577	425
Cotizaciones de los títulos ordinarios (1941-43 = 10)	7,98	6,86	8,41	8,57	9,05	11,15	12,59	15,34	19,95	26,02	21,03	13,66	6,93
% de interés de los títulos ordinarios	6,13	6,49	5,80	5,94	5,87	5,19	5,32	4,77	3,98	3,48	4,26	5,58	6,69





Repercusiones de la quiebra

Europa y el resto del mundo sintieron inmediatamente los efectos del crac de la Bolsa de Nueva York, y la inadecuada estructura de la economía internacional se derrumbó rápidamente como un castillo de naipes.

Estados Unidos. Cuando se derrumbaron los cimientos del mercado de valores de Wall Street, la inversión vaciló, la gente tuvo menos dinero que gastar, cerraron las fábricas que no encontraban mercados, muchos hombres fueron despedidos de sus trabajos, y, faltos de poder adquisitivo, contribuyeron a restringir aún más la demanda. Los que ocupaban puestos directivos reaccionaron diciendo que los norteamericanos tenían que apretarse el cinturón; así ocurrió, y los agricultores se encontraron con que nadie les compraba los productos de sus cosechas.

«*Durante los últimos tres meses, yo (Oscar Ameringer, de Oklahoma City) he visitado, como he dicho, unos veinte Estados de este maravillosamente rico y hermoso país. He aquí algunas de las cosas que he oído y visto. Numerosos ciudadanos de Montana me hablaron de que en el campo quedaban enormes extensiones de trigo sin segar, pues su bajo precio de venta no cubría los gastos de la recolección. En Oregón vi ingentes cantidades de manzanas pudriéndose en los huertos. Sólo las manzanas absolutamente sin tacha podían todavía venderse, al precio de cuarenta o cincuenta centavos la caja de doscientas. Y eso en unos momentos en que millones de niños, por razón de la pobreza de sus padres, no probarán este invierno ni una sola manzana...*

»*Las carreteras del oeste y el sudoeste están plagadas de autoestopistas hambrientos. En cualquier tramo de carretera se ven fuegos de campaña de gentes sin hogar. He visto a hombres, mujeres y niños avanzar penosamente por la carretera. La mayoría de ellos... eran propietarios agrícolas que habían perdido... todo en la última baja repentina del trigo y del algodón...*

»*El desempleo en los Estados Unidos... Testimonios ante un subcomité del Comité del Trabajo», Cámara de Representantes, 72.° Congreso, 1.ª sesión, 1932.*

Reparto de pan en París. La Depresión empobreció a toda una generación de obreros, empleados y pequeños comerciantes.

Austria. Las economías centroeuropeas, que a partir de la guerra dependían en gran parte de los empréstitos e inversiones norteamericanas, se encontraron ahora con que se les reclamaba la devolución de los préstamos a corto plazo, y que no había dinero norteamericano disponible para inversiones en el extranjero. En mayo de 1931 el principal banco comercial de Austria cerró sus puertas: el «Creditanstalt» se declaró insolvente. Banqueros extranjeros ofrecieron un gran empréstito para apoyar la economía austríaca, pero la quiebra del «Creditanstalt» había revelado la debilidad de los bancos de la Europa Central, y empezó así el asedio a las reservas alemanas.

Alemania. El dinero estaba ya dejando el país a un ritmo sin precedentes cuando falló la ayuda norteamericana al marco. Cincuenta millones de libras esterlinas en oro y divisas salieron de Alemania en la primera quincena de junio, y fueron seguidos, en la tercera semana, por otros diecisiete millones y medio. Tanto el pueblo como el Gobierno alemán recordaban vivamente la terrible crisis monetaria de 1923, cuando los marcos habían llegado a valer menos que el papel en el que estaban impresos. Temiendo el pánico, el Gobierno impuso severas restricciones a la disponibilidad de dinero.

Gran Bretaña. La crisis financiera se extendió desde Alemania a la Gran Bretaña. Los fondos alemanes de inversión a corto plazo colocados en Londres fueron retirados, y en agosto hubo también en Londres asedio de depositantes. El Banco de Inglaterra tuvo que pagar en oro, pero en septiembre no estaba ya en condiciones de seguir haciéndolo. A fines de 1932, doce países habían seguido el ejemplo de Gran Bretaña y suspendido los pagos en oro. El dólar abandonó el patrón oro en 1933, y el franco en 1936.

Pero la lucha para no renunciar al patrón oro había inhibido más aún las inversiones y el desarrollo, incrementando las dificultades del comercio internacional. La respuesta de los Estados Unidos a la escasez de capital y al descenso de la producción había consistido en elevar los



Estas mujeres austríacas buscan entre los desperdicios del mercado algo todavía aprovechable para comer. Al mismo tiempo, el trigo se pudría en los campos...

aranceles sobre las mercancías importadas, los cuales eran ya considerablemente elevados. Europa no podía vender mercancías a los Estados Unidos, y, en consecuencia, no tenía dinero para comprarlas allí. Gradualmente, los países europeos subieron sus aranceles y cuotas de importación. Gran Bretaña acabó por abandonar su política librecambista. El comercio internacional virtualmente se vino abajo. Se cerraron más fábricas, más arsenales, más industrias, e infinidad de hombres fueron despedidos de sus empleos. Probablemente —en el peor momento— debió haber, en las distintas naciones, treinta millones de hombres para los que no había trabajo, hombres que, al parecer, no eran de ninguna utilidad para la sociedad.

«La vida es todavía bastante normal, más normal de lo que uno pudiera realmente esperar. Las familias se han empobrecido, pero el sistema familiar no se ha roto. Las personas están viviendo de hecho una versión reducida de lo que eran sus vidas anteriores. En vez de encolerizarse contra su destino, se han conformado con rebajar sus aspiraciones.

»Pero no rebajan necesariamente sus aspiraciones suprimiendo los gastos superfluos y satisfaciendo sus necesidades elementales: con mayor frecuencia se adopta el camino opuesto, el camino más natural, si bien se piensa. De ahí el hecho de que en una década de depresión sin paralelo se haya incrementado el consumo de todos los lujos baratos. Las dos cosas que probablemente han constituido la mayor diferencia son las películas y la masiva difusión, después de la guerra, de las confecciones baratas. El joven que sale del colegio a los catorce años y encuentra un trabajo sin porvenir, se queda sin él al cumplir los veinte, probablemente para toda la vida; pero, por dos libras diez, con el sistema de las ventas a plazos, puede comprarse un terno que, durante algún tiempo y a cierta distancia parece hecho por un sastre de Savile Row. La chica puede parecer una artista de moda a un precio aún más bajo. Con tres me-

dios peniques en el bolsillo, con ninguna perspectiva en la vida y con sólo el rincón de un húmedo dormitorio al volver a casa, si una tiene un vestido nuevo puede pavonearse en la esquina de la calle y soñar en privado que se es un Clark Gable o una Greta Garbo, lo cual no deja de ser reconfortante. E incluso en el hogar hay generalmente una taza de té, y papá, que no tiene trabajo desde 1929, es temporalmente feliz porque por la noche irá al cine.»

G. Orwell, The Road to Wigan Pier *(1937).*

Francia. Los franceses al principio se sentían satisfechos de su prosperidad. El franco se mantenía firme, a pesar de la caída de la libra esterlina y del marco. «Por nuestra parte —decía *Le Figaro* del 7 de octubre de 1931—, regocijémonos en nuestra tímida pero próspera economía, en contraste con la economía presuntuosa y decadente de los anglosajones.» No obstante, el declive del comercio internacional no tardó tampoco en afectar a Francia.

«El invierno que pasé en la calle, el invierno del 32 al 33, no fue más benigno ni más crudo que cualquier otro invierno: el frío del invierno es como las fatigas del trabajo: que dure más o menos tiempo, las incomodidades son siempre las mismas. El frío era intenso en aquel nevado invierno: miles de jóvenes, despedidos de sus puestos de trabajo a causa de la crisis, lucharon hasta el último céntimo, hasta el límite de sus posibilidades; luego, desesperados, abandonaron la lucha.

»Aquel invierno una revista ilustrada tuvo una idea ingeniosa. Lanzó un eslogan impreso en una pequeña cartulina, que todo joven "presentable, dotado y enérgico" debía llevar en la solapa. Al tropezar con algún amigo que, con la preocupación pintada en la cara, pareciese a punto de deplorar la depresión, el joven "presentable, dotado y enérgico" tiraría de la solapa, y, con una sonrisa en los labios, indicaría las palabras inscritas en la cartulina: "¡No me hable de la crisis!" Hay que añadir que la cartulina era tricolor, porque "uno es ante todo francés". Así, durante varias semanas —aunque no durase tanto como la moda del yo-yo— la cartulina hizo furor en el teatro, en los cocktail-parties *y en las reuniones, mientras en los bancos de las calles y en las entradas del metro grupos de jóvenes agotados y hambrientos se esforzaban en no morir. No sé cómo lo aguantaron. Sólo puedo decir lo que vi. En la* rue Madame *vi un día a un niño tirar un dulce, que alguien pisó; entonces, el hombre que caminaba detrás se inclinó, lo recogió, lo limpió con la mano y se lo comió.»*

Morvan Lebesque, Chroniques du Canard, *ed. J. J. Pauvert, 1960.*



Un retiro nada confortable para gentes sin hogar. La crisis monetaria afectó pronto a Austria, al quebrar el «Creditanstalt». La respuesta del Gobierno fue, como en Alemania y Gran Bretaña, una deflación deliberada que produjo, a su vez, una mayor extensión de la pobreza.

España. En España el impacto de la Primera Guerra Mundial fue muy favorable. La neutralidad permitió que el país se transformara en uno de los grandes proveedores en productos alimenticios y materias primas de los países contendientes. Todo ello dio lugar a una ola de prosperidad extraordinaria con elevados beneficios, fáciles de obtener. Durante los años de la guerra la balanza comercial fue altamente excedentaria, aumentó la producción y los capitales extranjeros acudieron con mayor facilidad al país. Pero esta ola de prosperidad favoreció únicamente a unos pocos y como contrapartida significó el aumento de la tensión social que desde principios de siglo era casi permanente. En efecto, la elevada demanda exterior alteró los precios y el alza consiguiente del coste de la vida repercutió desfavorablemente sobre el proletariado industrial y campesino, que vio como productos de primera necesidad alcanzaban cotas inaccesibles para sus ingresos.

Esta situación ambivalente, con la grave sacudida de 1917 de por medio, se mantuvo hasta comienzos de los años treinta

en que los primeros golpes de la crisis, algo limitados y tardíos, se dejaron sentir. Era inevitable que de una forma u otra la crisis se dejara notar, ya que un país como España, con graves desequilibrios internos (áreas muy desarrolladas, áreas subdesarrolladas), estaba muy condicionado por las aportaciones de capital extranjero y por los movimientos de su balanza comercial.

Las exportaciones sufrieron rápidamente una gran contracción, la inestabilidad monetaria que se arrastraba desde hacía tiempo aumentó y las aportaciones de capital extranjero, al coincidir crisis económica mundial y cambio de régimen político interior, no sólo disminuyeron mucho sino que hubo incluso retirada de capitales. Todo ello repercutió en un clima de malestar social al cual colaboró, según el profesor Joan Sardà, la política deflacionista dictada por el Gobierno republicano y que en último extremo condujo a la guerra civil. Al finalizar la contienda (1939), cuyas acciones no habían hecho más que agravar y prolongar las consecuencias de la crisis, España, por una serie de razones muy complejas, evolucionó hacia formas de economía cerrada similares a las de Alemania e Italia, de las que no saldría hasta el final de la década de los años 50.

Lo que haría falta investigar más a fondo sería cómo y hasta qué punto la coyuntura económica que se deriva de la crisis mundial condicionó en España la coyuntura política y propició el alzamiento militar de julio de 1936 contra el Gobierno de la República.

Pero las consecuencias de la quiebra se extendieron hasta mucho más lejos. El dinero norteamericano había estimulado las economías de los países latinoamericanos y de la Europa oriental. Se habían concedido empréstitos un tanto dudosos, especialmente a los países latinoamericanos. El choque psicológico de la quiebra de Wall Street significó que los inversores estaban ahora ansiosos por recuperar su dinero.

Durante la inflación de principios de los años veinte, los productores de materias primas, como trigo, algodón, café, azúcar, se habían beneficiado del creciente poder adquisitivo de la Europa occidental. La retirada del dinero norteamericano de los países europeos occidentales significó asimismo la contracción de este mercado. Se redujo el intercambio de materias primas, y, por ejemplo, en los mercados mundiales de granos, el precio del trigo cayó un cuarenta por ciento entre junio de 1930 y septiembre de 1931. En Cuba, el valor del azúcar exportado en 1924 había sido de 375 millones de dólares, pero en 1930 bajó a 90 millones; hay que advertir que el azúcar constituía el 80 % de las exportaciones de Cuba, y la mayoría de los cubanos dependía directamente de la industria azucarera. En 1929 y 1930, las exportaciones australianas y canadienses disminuyeron en más del 25 %, las japonesas en más del 30 %, y las brasileñas un 30 %. Las importaciones y exportaciones polacas tuvieron un desplome de 400 y 300 % entre 1929 y 1934. Los países latinoamericanos trataban de industrializarse. Se destruyeron los excedentes agrícolas: Brasil decidió quemar un millón de sacos de café en un mes de 1932. Diversas naciones redujeron sus cantidades de siembra: en 1931 se anunció que en Egipto iba a limitarse la zona de cultivo algodonera, y que en Argentina la zona triguera se reduciría en un 15 % (1.215.000 Ha.).

Latinoamérica. *«Durante muchos años antes de la actual crisis, los países latinoamericanos tomaron a préstamo mucho dinero en el mercado norteamericano... El público de los Estados Unidos vivía en la prosperidad y parecía bien dispuesto a comprar bonos latinoamericanos en cantidades casi ilimitadas, bajo la presión de los poderosos vendedores de las casas de inversión norteamericanas.*

»Cuando llegó la crisis, ese estímulo artificial desapareció súbitamente. A muchos países no les fue posible procurarse empréstitos adicionales. Fue preciso abandonar definitivamente, o por lo menos restringir en gran medida, la construcción de obras públicas. Muchos Gobiernos se encontraron comprometidos en grandes planes de construcciones que no podían llevar adelante. Sus presupuestos estaban agobiados con enormes cargas de intereses y amortización de la deuda, y sus ingresos, especialmente los ingresos aduaneros de los que esos países dependen en gran medida, estaban disminuyendo rápidamente. Los hombres que trabajaban en las construcciones públicas fueron despedidos, y lo mismo muchos individuos dedicados a la producción de los artículos básicos de exportación. El resultado ha sido la depresión, la baja de los salarios y el paro.»

Un comentarista estadounidense, en el New York Times *del 30 de agosto de 1930.*

Japón. Algunos países fueron heridos directamente por la contracción de la demanda en los Estados Unidos. En Japón, por ejemplo, la producción de seda se había triplicado entre 1914 y 1929. Al bajar el precio del arroz, dos quintas partes de las familias campesinas se dedicaron a la industria de la seda. Los Estados Unidos habían proporcionado un mercado al parecer insaciable —las piernas que bailaban el charleston tenían que ir enfundadas en medias de seda japonesa—, y en abril de 1929 el artículo se exportaba a un precio muy remunerador. Entonces llegó la quiebra y el hundimiento del mercado. En octubre de 1930 el precio de exportación se había reducido casi a un tercio.

Australia. *«Apenas hay industria de exportación que obtenga algún beneficio. Hay que confiar en las ofertas a crédito, y tener esperanza en una futura recuperación.*

»La posible excepción en gran escala es el trigo. Hay un verdadero peligro de que resulte excesiva la tensión ejercida sobre este cereal. La carga de la deuda de los productores de trigo es tan pesada que aunque se recuperen los precios, se tardará varios años en eliminarla. No existe ninguna perspectiva de que el precio del trigo vuelva próximamente a ser remunerador, dado el volumen de los actuales costes de producción.»

Informe de una comisión, citado en The Argus, *13 de septiembre de 1931.*

Europa oriental. Al mismo tiempo hubo una aterradora caída de los precios en los mercados interiores. El precio de los cereales en los países de la Europa oriental se redujo a la mitad durante los años de la Depresión. Los precios de los productos industriales bajaron mucho menos. Eso significaba que los campesinos del este de Europa, con sólo el 50 % de la normalmente miserable remuneración de sus productos, tenían que comprar los bienes industriales que necesitaban a un precio casi normal y pagar al mismo tiempo los intereses de las deudas que contraían.

«Los campesinos (búlgaros) que cultivan tabaco experimentan también considerables pérdidas en estos malos tiempos, y la venta de esencia de rosas, por la cual

Derecha: **dibujo publicado en 1931 por la revista alemana** *Simplicissimus:* **los capitalistas banquetean tranquilamente en las fauces de la crisis económica mundial, despreocupados del peligro.**



Bulgaria es especialmente famosa, ha sufrido gravemente a efectos de la crisis.»
«*Keesing's Contemporary Archives*», *22 de agosto de 1931.*

Los Gobiernos respondieron de una manera irregular a la grave situación. El búlgaro compró los excedentes de trigo a un precio elevado y los vendió baratos. El húngaro concedió un subsidio de exportación al grano, lo que favoreció a los grandes terratenientes exportadores, pero en nada ayudaba a los campesinos que vendían directamente sus productos.

Los salarios bajan, los aranceles suben

Numerosos países tuvieron presupuestos deficitarios, y muchos se vieron forzados a hacer reducciones en los salarios.

«Hemos explorado todos los caminos posibles, y somos incapaces de sugerir en qué forma puede equilibrarse el presupuesto durante el año actual o en años futuros, mientras no haya una recuperación en el precio de las materias primas de la colonia (Guayana Británica).»
Informe de la Comisión Financiera, citado en Keesing, 22 de septiembre de 1931.

«El Gobierno de Nueva Gales del Sur no tiene ya dinero suficiente para pagar los sueldos de la policía y los salarios de otros empleados estatales, que ascienden a doscientas setenta mil libras esterlinas. La falta de pago afecta a once mil maestros y cuatro mil policías.»
Keesing, 6 de agosto de 1931.

Alemania: una tienda de parados construida chapuceramente con materiales de desecho. El país, cuya economía había sido estimulada por los empréstitos norteamericanos, sufrió mucho durante la depresión; en 1932 había en el país unos seis millones de hombres sin trabajo.



«Debido al creciente déficit presupuestario, el Gobierno polaco ha decidido despedir a tres mil funcionarios de diversos ministerios, mil agentes fiscales y novecientos maestros a partir del 1 de septiembre de 1931.»
Keesing, 31 de julio de 1931.

La mayoría de los países impusieron nuevas restricciones a la importación. Éstas aumentaron las dificultades de otras naciones y elevaron los costes de producción en un momento en que los agricultores apenas podían hacerles frente. El embajador argentino en los Estados Unidos indicó cómo los aranceles producían aranceles.

«Es perfectamente lógico que mi país piense seguir el ejemplo dado por países tan avanzados y progresivos como el suyo, y que se oigan voces que abogan por la adopción de un arancel francamente proteccionista, con el fin de diversificar nuestra producción mediante el incremento del número de productos para la exportación, y al mismo tiempo reducir nuestras importaciones, mediante la producción en el país de muchos de los artículos que hoy se importan.»
New York Times, *29 de mayo de 1931.*

«Mr. Al Bassauk, presidente de la Federación de Cultivadores de Trigo de Australia, deploró los muchos impedimentos con que tropieza el progreso de la mecanización agrícola. El principal de ellos era el elevado arancel. En 1913, dijo, el coste de una máquina cosechadora equivalía a 530 bushels *de trigo, mientras que ahora, por los excesivos costes de producción y los derechos arancelarios, ha alcanzado el equivalente de 2.000* bushels *de trigo. Los gastos de transporte para dejar el trigo en el puerto eran en 1913 iguales al coste de seis* bushels, *pero en 1931 han alcanzado el de veinte.»*
The Argus, *13 de septiembre de 1931.*

Estaban también, por supuesto, los problemas del desempleo y las deudas. Muchos países proclamaron una moratoria para las deudas exteriores. Algunos hicieron arreglos que reducían las obligaciones de los campesinos (Yugoslavia y Checoslovaquia, por ejemplo). En Egipto se autorizó a los agricultores a que pospusiesen tres décimos de sus deudas de arrendamiento por un plazo de doce meses, y se redujo el impuesto sobre el algodón.

El colapso del sistema económico y financiero del mundo occidental parecía



Cola de desocupados ante la puerta de una organización asistencial francesa; los diversos rótulos instan a la donación de bienes (dinero, ropa, alimentos) e indican las horas y el ámbito de su distribución.

haber extendido el desastre a todas partes. Se desaprovechaban los servicios de los trabajadores especializados y se dejaban pudrir excelentes alimentos. Solamente la Unión Soviética, aislada del sistema financiero occidental e independiente del comercio de Occidente, parecía relativamente poco afectada por la crisis. Stalin, al comenzar la década de 1930, se encontraba emprendiendo el Primer Plan Quinquenal.

«Los neoyorquinos son mayoría entre los norteamericanos que han decidido, al menos por el momento, ir a probar su suerte en Rusia. En Pennsylvania, New Jersey e Illionis numerosas personas han respondido a la demanda de "6.000 obreros especializados", y no faltan voluntarios de Michigan, Ohio, California y Massachusetts.

»Más de 100.000 solicitudes para cubrir esos 6.000 puestos de trabajo se han recibido en la oficina que el "Amtorg" (organización oficial soviética) tiene en Nueva York. Todos los Estados, excepto diez, están representados. Han llegado solicitudes tanto de Alaska como de Panamá, e incluso 18 canadienses querían "probar fortuna en Rusia"...

»Puesto que es del dominio público que Rusia está "industrializándose", los solicitantes suelen ser obreros especializados en la fabricación de maquinaria, en ferrocarriles, en fábricas de acero o de automóviles y en las industrias de la construcción. Un vistazo a algunas de las 280 solicitudes presentadas en una mañana cualquiera pone de manifiesto que en todas las ramas de la industria hay obreros especializados que buscan trabajo, aunque eso signifique ir a Rusia y aceptar la paga en rublos...

»Tres razones principales se aducen para explicar esa actitud del público : 1) el desempleo; 2) el disgusto por las condiciones de trabajo en EE.UU.; 3) el interés por el experimento soviético. Prácticamente todos los obreros nacidos en el extranjero afirman que se proponen quedarse en la Unión Soviética. De los ingenieros, sólo entre 10 y 20 % piensan permanecer allí.»

Business Week, *7 de octubre de 1931.*





Hollywood y el «star system»

En las salas de cine de todo el mundo, hombres y mujeres contemplaban embelesados las películas proyectadas en la pantalla. Con asombrosa rapidez, los empresarios norteamericanos se dieron cuenta de las posibilidades de la nueva diversión, y Hollywood se convirtió en la Meca de los productores cinematográficos, la gran fábrica de sueños sintéticos: había nacido el mito de las «estrellas».



Al comienzo del cine, a fines del siglo XIX, no había «estrellas», sino gesticulantes figuras anónimas. El «cinematógrafo» era todavía un espectáculo marginal, una novedad que muchas personas, incluido uno de sus inventores, Edison, pensaban que no pasaría de ser una moda pasajera. Estaba confinado a espectáculos de ferias o a *music-halls*, donde contribuía a animar el rutinario programa de cómicos, cantantes y animales amaestrados. Las primeras películas eran fragmentarias, sin argumento, y se centraban sobre determinadas situaciones o hechos. Un cartel de *music-hall* de 1896 anunciaba, como octavo número del programa, «El Vitascope», con «selecciones» de *Olas del mar, Boxeo burlesco, Venecia y sus góndolas, La danza de la falda* y *El bar*. Bastaba con mostrar cualquier cosa que ocurriera —tan nueva era la idea de la película animada—, sin la menor tentativa de mostrar cuál podía ser su continuación. También las figuras humanas eran simples arquetipos: el hombre, la mujer, el niño, etcétera.

En la primera década del siglo se fue haciendo gradualmente luz sobre ciertos hechos relativos al cine. En primer lugar, no se trataba de una novedad pasajera. El interés que suscitaba crecía —y crecía con rapidez—, en particular entre las masas ciudadanas sin dinero ni cultura literaria, que encontraban muy de su gusto el precio de la entrada y la sencillez del espectáculo. El cine estaba convirtiéndose rápidamente en un gran negocio, y aunque en Francia, Alemania, Italia y Gran Bretaña, entre otras naciones, se estaban desarrollando industrias cinematográficas, la supremacía pasó pronto a los Estados Unidos, que iban a mantenerla durante medio siglo.

Izquierda: **Marlene Dietrich, sofisticada y gélida, en** *Capricho imperial* **(1934), dirigida por Sternberg (también director de** *El Angel azul*). *Arriba:* **Douglas Fairbanks y su esposa Mary Pickford, «reyes de Hollywood» en la década 1920-1930.** *Abajo:* **delirio público en el funeral de Rodolfo Valentino (1926), uno de los pocos** *hommes fatals* **de la historia del cine.**

Ese dominio del cine norteamericano puede explicar por varias razones. Ante todo, estaba el clima de la costa occidental norteamericana, que hacía tanto más fáciles las tomas al aire libre, tan esenciales a las primeras películas. Estaba también la habilidad estadounidense en asuntos comerciales. Antes, y con mayor eficacia que en ningún otro sitio, la industria cinematográfica de Norteamérica creó un sistema de distribución vinculado a la marcha fluida de la producción y a las proyecciones organizadas (cadenas de cinemas). En los primeros días, los Estados Unidos tenían más y mejores películas que ofrecer. Como éstas eran mudas, no existía la barrera del idioma; bastaba con insertar los títulos explicativos en francés, alemán o español. La brevedad de esos títulos era en sí misma una ventaja. En los Estados Unidos el cine era popular, sobre todo entre la gran masa de inmigrantes, que encontraban dificultad en seguir las representaciones teatrales en inglés y podían, en cambio, entender los sencillos subtítulos de la imagen cinematográfica. La Primera Guerra Mundial, asimismo, contribuyó a que la industria norteamericana se convirtiera en la principal productora de películas comerciales, ya que dejó intacto al país y no causó trastornos importantes en la producción. Precisamente durante la guerra se filmó *El nacimiento de una nación*, de Griffith (que se estrenó en Nueva York en marzo de 1915). Con esta película, de una vez por todas, el cine se afirmó no sólo como forma de arte, sino también como una diversión respetable; y en la misma época Chaplin conquistó una popularidad universal que nunca ha sido superada.

Desde entonces, Hollywood, que es sinónimo de la producción de películas norteamericanas, ha venido siendo indispensable para el cine popular. Y apenas hay una estrella de categoría universal que no se haya sentido obligada a hacer una carrera en Hollywood, o, al menos, a hacer cine allí alguna vez. Chaplin, Leslie Howard, Ronald Colman, Cary Grant (de Gran Bretaña), Greta Garbo, Ingrid Berg-

1



2



1 **Una escena de la película de Edwin S. Porter** *El asalto al gran tren* **(1903), primer intento verdadero de narrar una historia mediante imágenes cinematográficas.** *2* **Lillian Gish** *(a la izquierda)*, **en una escena de** *La matanza*, **de David Griffith (1912).**

man (de Suecia), Charles Boyer, Claudette Colbert (de Francia), Marlene Dietrich (de Alemania), Hedy Lamarr (de Checoslovaquia)..., la lista de actores expatriados podría extenderse indefinidamente.

En 1903 sucedió algo muy importante. Edwin S. Porter hizo dos películas cortas: *Life of an American Fireman* y *El asalto al gran tren*. Lo que éstas tenían, y faltaba en los anteriores *films*, era un argumento. Aparte de suscitar asombro o entusiasmo, las primeras películas eran emocionalmente neutras, pero con la introducción de un argumento resultó inevitable —y adecuado— que el público se interesara por el tema. Eso era muy fácil en aquellos primeros días, cuando todo se hacía en blanco y negro, en más de un sentido. Las heroínas eran gazmoñas y virginales, y los villanos tenían las almas tan negras como el maquillaje de sus ojos.

Los actores de aquellos primitivos dramas de cinta eran siempre anónimos, en parte por el estigma puesto al cine como profesión, y en parte porque las mismas compañías advirtieron, desde muy pronto, que el anonimato era un medio para mantener bajos los costes de producción. En cuanto los nombres de los actores fueran conocidos y se hicieran populares, los salarios subirían astronómicamente. Aunque ello era perfectamente comprensible, ni la «Vitagraph Company», ni la «Biograph Pictures» u otra cualquiera de las productoras podían hacer nada para impedir que los nombres de los actores llegaran inevitablemente a conocimiento del público. Las películas eran cortas y se hacían en muy poco tiempo —frecuentemente, en un solo día—, y a menudo se veían los mismos actores. Los públicos se acostumbraron a ver a la chica de los rizos dorados, o al hombre de la mandíbula firme, y quisieron saber quiénes eran. Al principio, las caras populares eran asociadas con las productoras: de ahí, «la chica de Vitagraph», y «la chica de Biograph». En Gran Bretaña los que manejaban el cotarro de la proyección de películas pusieron incluso sus propios nombres a las favoritas norteamericanas: Mabel Normand era conocida allí como Muriel Fortescue.

En 1908 la situación se aclaró mucho cuando Carl Laemmle, un productor independiente, en guerra con la «General Film Company» —un grupo que deseaba establecer el monopolio en la producción cinematográfica norteamericana—, publicó una nota en el *Moving Picture World*. Sobre la marca registrada de su compañía (la «Imp») aparecía un titular audaz: «Demostramos que es mentira.» La nota desmentía rotundamente una historia publicada en los periódicos de St. Louis, según la cual la popular «chica de Biograph», Florence Lawrence, había muerto en un accidente de tranvía. Laemmle proclamaba que la «General Film Company» había urdido un tejido de mentiras para ocultar el hecho de que *Miss* Lawrence había dejado la «Biograph», filial de la «General Film Company», por la «Imp Company» del propio

Laemmle. En realidad, era éste mismo quien había enviado la historia a los periódicos de St. Louis, para poder luego desmentirla y conseguir en todo ese proceso una publicidad para el cambio de estudios de la popular actriz. En el cine, por lo tanto, hacía acto de presencia el llamado «sistema de estrellas» y, con él, los trucos tantas veces necesarios para mantenerlo.

Contrariamente a lo que podría pensarse hoy (cuando los estudios están constantemente dando publicidad a estrellas de pequeña magnitud como si se tratase del gran descubrimiento de la década), fueron los deseos del público los que hasta cierto punto exigieron de las primeras compañías cinematográficas el «sistema de estrellas». Y después de todos los comentarios y como punto final de las nostálgicas alabanzas pronunciadas con tanto fervor, la definición más acertada de una «estrella» es el «actor, hombre o mujer, cuyas películas atraerán siempre a gran número de personas». Si el público no responde, la estrella no es una estrella, por mucha que sea la belleza, la perfección, el talento o el genio que pueda ofrecer.

En cuanto a lo que constituya el secreto de una estrella, o sea por qué los públicos acuden como hormigas a una estrella y se mantienen alejados de otro actor o actriz de talento aparentemente igual, sigue siendo un misterio del que ni los magnates de Hollywood ni ninguna otra persona han sido nunca capaces de dar una explicación cabal y mucho menos científicamente razonada. De ahí las escuelas de *charm* y el ejército de buscadores de talentos. Pero, observando ahora retrospectivamente medio siglo, es posible discernir ciertos hechos sugestivos que hacen algo más claro, aunque no lleguen a explicarlo, el fenómeno de las estrellas de Hollywood.

La fantasía de la pantalla

La primera característica del cine comercial en general, y del de Hollywood en particular, es muy obvia, a pesar de no ser siempre claramente definible: es una forma de «escapismo». Esto es muy claro en los géneros tradicionalmente escapistas, como la comedia musical, el *western*, o *thriller*, pero más o menos vale también para casi todas las películas sobre la «vida real», que halagan al público al plantear un problema serio sólo para resolverlo según las reglas de un código moral más o menos rígido y, en general, aplicado con bastante sentimentalismo. El crimen nunca compensa, el héroe se casa con la chica, la democracia triunfa; es un código simple, convencional y optimista, y suele excluir lo que el público sabe por experiencia. Pero lo que interesa al cine no es tanto la experiencia como la fantasía del público durante el tiempo de la proyección de la película.

Lo mismo podría decirse, desde luego, del teatro, la novela o la radio. Pero el tanto que se ha apuntado el cine es el del grado de realismo que es capaz de ofrecer. El detalle circunstanciado ha sido siempre uno de los triunfos de su baraja, y es ese detalle lo que le ha permitido presentar de manera tan persuasiva una imagen esencialmente falsa y bidimensional de la vida como la verdadera realidad tridimensional. Si el héroe y el villano han de luchar al borde de una catarata, ayuda mucho el que se pueda ver y oír al fondo el impresionante Niágara. Y es ese elemento de detalle circunstanciado, que la cámara recoge y no suele tener cabida en el escenario, lo que constituye uno de los fáciles secretos del cine. La actuación en el teatro, generalmente hablando, es convexa: el actor necesita proyectarla de cara al público más o menos lejano. En el cine, donde la cámara amplía o selecciona mientras él actúa, es posible registrar cualquier faceta o rasgo que aparece más como natural que como proyectado. En el cine mudo abundaban —y forzosamente tenía que ser así— los efectos teatrales, pero es interesante observar cómo muchas de las estrellas de éxito exhibían unos modales o poseían unas cualidades que daban la impresión de ser naturales. Los expresivos ojos de Pauline Frederick, el desenfado de Maurice Costello, la picaresca socarronería de Clara Bow, la acometividad sexual de Rodolfo Valentino eran sellos distintivos del estilo de los artistas, que el público podía reconocer fácilmente y con los que a la vez se identificaba.

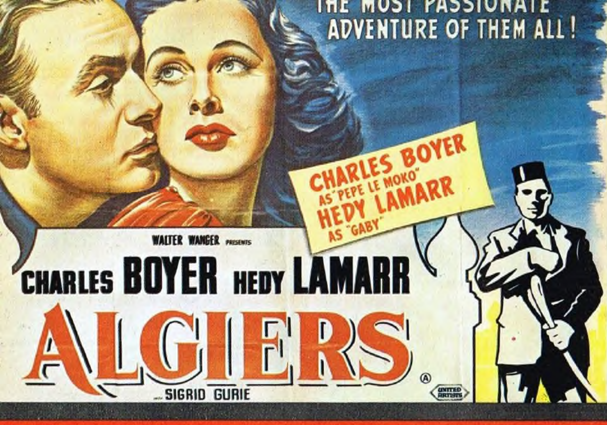
Verdaderamente, la sencillez ha sido una nota clave de la mayoría de las grandes estrellas. Por sencillez se entiende el don de conseguir que unos cuantos rasgos físicos, que es lo que la cámara recoge, caractericen a todo un personaje. Tan poderosa es la ilusión del cine que muchas de las grandes estrellas, como Joan Crawford, Gary Cooper, Spencer Tracy, Greta Garbo o Katherine Hepburn, han sabido persuadir al público no solamente de que estaban viendo un ser humano, sino también de que el personaje que ellos representaban era igualmente una persona real. En *El secreto de vivir* (1936), *The Plainsman* (1936), o la muy posterior *Solo ante el peligro* (1952), Gary Cooper supo aparecer como el verdadero símbolo de la integridad, casi abstracto en su ingenuidad, pero sin perder nada de su carácter humano. Era al mismo tiempo el vecino de al lado, con el que los públicos podían identificarse, y un ideal de sencilla honradez masculina.

La ascensión de las estrellas

El cine, particularmente el cine popular, no ha superado todavía por entero los valores culturales del siglo XIX, y en el período anterior a 1920 prevalecía la moral victoriana; era un mundo sencillo y de perfiles netos, adaptado tanto al gusto del gran público sin complicaciones como a los recursos técnicos disponibles. El resultado fue, por una parte, Mary Pickford, «la novia del mundo», y, por la otra, Theda Bara, «el diablo inescrutable». Mary Pickford, que estuvo condenada a desempeñar papeles infantiles, como el de Lord Fauntleroy o el de Rebeca (en *Sunnybrook Farm*), hasta que tuvo treinta años, creó una imagen de dulzura y de luz. Estrella durante más de treinta años, se casó con Douglas Fairbanks, y se convirtieron en los reyes sin corona de Hollywood.

Theda Bara fue una figura más sensacional, pero se desgastó más de prisa. Desempeñando papeles secundarios, esta actriz, llamada Theodosia Goodman, se convirtió en una de las primeras estrellas «manufacturadas». Se le buscó un nuevo nombre, y el estudio se apresuró a poner en circulación que Theda Bara era un anagrama de «la muerte árabe» (*Arab Death*). Se pretendió que era hija de padre francés y madre egipcia, que tenía poderes ocultos y que era tremendamente perversa. La primera película de *Miss* Bara, *A Fool There Was*, produjo sensación. La acérrima *femme fatale* era una novedad en el cinema, y los públicos acusaron la correspondiente impresión. Durante años, la línea más famosa de la película, «*¡Bésame, loco!*», fue una frase popular. El equivalente masculino de Theda Bara fue Rodolfo Valentino, uno de los pocos *hommes fatals* en la historia del cine. Ambas estrellas, Theda Bara principalmente de 1916 a 1918 y Valentino desde 1921 hasta su muerte en 1926, aparecían en piezas altamente melodramáticas que al mismo tiempo acaparaban y ponían de manifiesto su acusada personalidad cinematográfica.

Una de las desventajas del cine, y así fue particularmente en la pantalla muda, estribaba en que las mismas circunstan-





MEET— SADIE THOMPSON

YOU MEN! YOURE ALL ALIKE.... PIGS I WOULDN'T TRUST ANY OF YOU!!!

A WOMAN WITHOUT SHAME
A WOMAN WITHOUT A SOUL

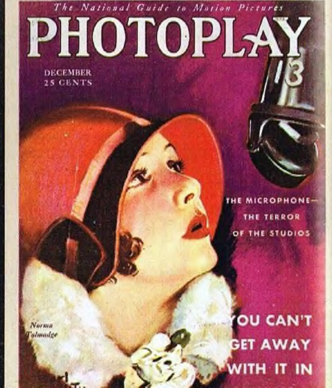
Joan CRAWFORD

W. SOMERSET MAUGHAM'S "RAIN"

with WALTER HUSTON
William Gargan
Guy Kibbee

Astor Pictures Corp.





cias que de la noche a la mañana habían lanzado una nueva estrella, podían provocar el tedio del público. Una cierta inflexibilidad, necesaria para la proyección de una personalidad claramente definida, era fácil que se convirtiera en una desventaja; el público se cansaba de los mismos rasgos que inicialmente había encontrado tan subyugantes. La historia de Hollywood no era sino la de la constante búsqueda de una nueva variación, de una nueva envoltura para la misma mercancía tradicional, de una nueva heroína que no fuera solamente más fascinadora que todas sus antecesoras, sino que también por virtud de alguna característica personal —su modo de andar, una cierta inclinación de la cabeza o un tipo determinado de línea— pudiera causar un mayor impacto. Y a medida que el cine se ha hecho —en el sentido menos riguroso de la palabra— más sutil, han ido desapareciendo las marcadas diferencias que distinguían a una estrella de otra. La imagen absurda de Theda Bara, en cualquier caso desgastada de puro repetida (se dice que hizo cuarenta películas en cuatro años), dio paso al principio de los años veinte a la «nueva mujer». Esta figura, cuya sofisticación e independencia estaban a tono con los tiempos, fue encarnada primero por Gloria Swanson y Pola Negri y, después de 1926, por Greta Garbo, cuyo impacto inicial en el público fue como un símbolo del sexo, una «nueva mujer» al mismo tiempo más sutil y menos obviamente coqueta que sus predecesoras.

Las estrellas hablan

A finales de la década de 1920 vino la más importante mejora técnica después de la fotografía de primeros planos: el sonido. Desde entonces ha habido otras, en especial el color y la pantalla panorámica, pero ninguna ha revolucionado tanto la naturaleza misma del cine y la técnica cinematográfica como el sonido. Más que ninguna otra cosa, la palabra trajo a la pantalla un naturalismo sin precedentes, lo cual ayudó a definir el tipo de

1


2


3


Izquierda: **Tres carteles anunciadores de películas de la década de 1930,** *Argel, Bajo dos banderas, Lluvia,* **y dos portadas de revistas de cine, de los mismos años.** *Derecha. 1* **Clark Gable y Mirna Loy, en** *Entre esposa y secretaria. 2* **Charles Boyer y Olivia de Havilland en** *Si no amaneciera... 3* **Rodolfo Valentino y Lila Lee, en** *Sangre y arena.*

estrella que podía tener éxito en las películas sonoras. Es muy significativo el hecho de que poco después de la llegada del sonido se retirasen Gloria Swanson y Mary Pickford, y Chaplin fuese lo bastante astuto como para ver que su tipo del vagabundo, el «Charlot», cuya arquetípica sencillez se adaptaba tan perfectamente al estilo del cine mudo, no podría sobrevivir a la banda sonora. En *Tiempos Modernos* (1936) no habló ni una sola palabra, aunque se permitió al final una cancioncilla. El caso de John Gilbert es un buen ejemplo de cuán frágil era la consistencia de las estrellas mudas. Su voz chillona no hacía el menor juego con su apariencia viril, y sus películas sonoras destruyeron virtualmente su carrera.

Cuando los artistas no tenían que hablar, a un Ramón Novarro, a un Rodolfo Valentino o a un John Gilbert no era preciso atribuirles una determinada nacionalidad o clase. Pero la palabra clasifica automáticamente. Las grandes estrellas de la década de 1930, Clark Gable, Spencer Tracy, Gary Cooper o Robert Taylor, por ejemplo, fueron invariablemente norteamericanos. Era aquél un período de inquietud social, de recesión y reconstrucción, a propósito para impulsar el espíritu democrático y de responsabilidad. Ello se refleja a menudo en el modo como la imagen del amante fascinador fue, por así decirlo, puesta al nivel de la imagen del norteamericano medio, que es señor de sí mismo y está decidido a triunfar por sus propios medios. Clark Gable encarnó ese tipo a la perfección, y su magistral actitud hacia las mujeres fue una sutil variación del papel de Valentino en *Las Mil y Una Noches*. Gable solía mantenerse dentro de la ley. James Cagney, Humphrey Bogart y Edward G. Robinson prestaron a menudo las mismas características a los gángsters, mientras Henry Fonda y James Stewart elaboraron variantes más sensitivas y refinadas sobre la misma fórmula básica. Un papel más equívoco se reservó a los «extranjeros», y el cetro de Valentino, el *homme fatal*, pasó a un francés, Charles Boyer, al que —como al inglés Leslie Howard— se le permitía ser más elocuente, más sensual y más exótico en el modo de hacer el amor que a sus colegas norteamericanos. Ciertamente pocos de éstos se habrían atrevido a pronunciar la famosa invitación (para no hablar ya de su puesta en práctica) de Boyer a Hedy Lamarr en *Argel* (1938): «Vente conmigo a la Casbah.»

Mujeres de carrera

Lo mismo que en el caso de las estrellas del sexo masculino, los años treinta contemplaron también una nueva faceta de la imagen femenina. Aquél fue el período de «la chica del piso de al lado», una mujer más extravertida, más natural, menos conscientemente fascinante, a menudo con sentido del humor. Carole Lombard, Claudette Colbert, Jean Arthur, Katherine Hepburn, Myrna Loy y Ginger Rogers, pertenecieron todas a esa nueva casta de heroínas, y es interesante notar cuántas veces representaron papeles de mujeres de carrera (eran populares las periodistas y actrices) o muchachas ricas consentidas que descubrían la importancia de la democracia. La idea de que no es necesario tener dinero para divertirse, o la de que los ricos son unos miserables pedantes, era evidentemente atractiva para los públicos de los años de la Depresión. El tema encontró su más fecunda expresión en la comedia —*Sucedió una noche*, de Capra (1934), con Claudette Colbert y Clark Gable; *My Man Godfrey*, de Gregory La Cava (1936), con Carole Lombard y William Powell; *Holiday*, de George Cukor (1938), con Katherine Hepburn y Cary Grant—, aunque también fue tratado con mayor profundidad en películas como *Las uvas de la ira* (1940), de John Ford, y en *Ciudadano Kane* (1941), de Orson Welles.

También aquí la imagen más exótica se dejaba para las «extranjeras», y vale la pena examinar las carreras de las dos principales estrellas que se negaron a ser como las demás mujeres, lo cual, en los años treinta, era cada vez más necesario para el éxito popular. En 1930, tanto Greta Garbo como Marlene Dietrich tenían fama de vampiresas; y su gran belleza, su estilo y sus modales parecían dictar papeles intensamente románticos. En el caso de M. Dietrich, eso condujo a toda una serie de películas en las que era soberbiamente captada por la cámara en papeles de sirena seductora e inescrutable. Greta Garbo fue más sabiamente utilizada en una serie de dramas de prestigio histórico, como *La reina Cristina de Suecia*, de Mamoulian (1933), *Anna Karenina*, de Clarence Brown (1935), y *Camille*, de George Cukor (1936), pero, a medida que maduraba su talento de actriz, parecía volverse más retraída y distante. A finales de la década, el público (en todo caso, el público norteamericano) se sentía un tanto aburrido de ambas estrellas. El hecho de que Greta Garbo fuese la mejor actriz cinematográfica de todos los tiempos tenía poca importancia para el gran público, que reacciona más al impacto de una personalidad que a la manera como se representa un papel y que está más interesado por lo que ocurre o por lo que va a ocurrir a continuación, que por el modo como se realiza. En general sólo se estima la actuación de una estrella cuando representa un papel fuerte o marcadamente dramático (Bette Davis, Joan Crawford, Barbara Stanwyck, Charles Laughton, Paul Muni). La solución al problema de G. Garbo y M. Dietrich se manifestó en 1939 de una manera idéntica. Ambas representaron comedias (*Ninotchka*, de Ernst Lubitsch, y *Destry Rides Again*, de George Marshall), y ambas, particularmente Greta Garbo, tuvieron que modificar su imagen popular. Greta hizo el papel de una hosca enviada soviética ganada por el amor y la risa en París (la publicidad versó en torno a la simple frase: «Garbo ríe»), mientras que Marlene representó una vulgar bailarina que, en uno de los momentos culminantes del filme, se entregaba a una no menos vulgar pendencia con una rival.

Hollywood había tenido muchos problemas con las «sirenas de la pantalla» desde la llegada del sonoro. Frente a la sencilla fórmula de miradas y pasión, productores y directores encontraron sin embargo mucha dificultad en dar con ecuaciones que hicieran justicia a la requerida intensidad de la pasión sin menoscabar la inteligencia del público. De ahí, quizá, la tendencia de las sirenas de la pantalla, desde Garbo, Dietrich y Jean Harlow, hasta Jane Rusell y Marilyn Monroe, a gravitar hacia la comedia, en la que juega un buen papel la autoparodia.

Sería inexacto pretender que el hombre de acción y «la chica del piso de al lado» fuesen las únicas categorías populares de la década de 1930. El público seguía exigiendo aventuras de un tipo más convencional y Tyrone Power y Errol Flynn aparecieron en la clase de papeles de espadachín que Douglas Fairbanks había representado en los años veinte. El se-

Derecha. 1 **Theda Bara causó gran sensación como primera vampiresa del cine; luego, a partir de 1918, su carrera empezó a declinar.** *2* **Clara Bow, famosa actriz de la década 1920-1930, posa para una fotografía publicitaria con equipo de boxeador; Clara desapareció de las pantallas tras el advenimiento del cine sonoro.** *3* **Jean Harlow, con una «cómoda»** *negligée* **de lentejuelas, en** *Cena a las ocho*, **de George Cukor (1934).**





Greta Garbo, en uno de sus más románticos papeles, tienta a John Gilbert en ***El demonio y la carne*** **de Clarence Brown (1927); la película, dedicada al erotismo, sigue siendo un ejemplo clásico de primeros planos alusivos al tema.**

guro «hombre de mundo», rico sin ser necesariamente de clase superior, y generalmente algo más maduro de lo que suelen serlo hoy los galanes de la pantalla, fue también un tipo popular, encarnado por actores como Franchot Tone, Ronald Colman, Melvyn Douglas y Robert Montgomery. El sonido hizo naturalmente muy populares las comedias musicales, pero tampoco bastaba que los actores fuesen grandes artistas de la canción o del baile: debían, además, ser capaces de sugerir, como Fred Astaire, Ginger Rogers, Judy Garland, Jeanette MacDonald o Bing Crosby (todos los cuales eran grandes estrellas al final de la década de 1930), que, además de saber cantar o bailar, eran personas exactamente como usted o yo u otra cualquiera.

Ídolos simpáticos

Los años treinta presenciaron cambios importantes en el cine norteamericano. Las películas se hicieron menos absurdas, más literarias, e incluso más conscientes desde el punto de vista social. La imagen de la estrella experimentó consiguientemente un cambio. Las estrellas de los años treinta poseían una personalidad atractiva y muchas veces eran lo que muy pocas estrellas habían sido antes: ídolos cordiales, *simpáticos*. Y amigos, desde luego; fácilmente se convertían en viejos amigos. En la década de 1920 había sido corriente suponer que una estrella no duraba más de cinco años (Chaplin y Mary Pickford fueron excepciones privilegiadas), pero en la siguiente hubo algunas figuras —entre otros, Cary Grant, Katherine Hepburn, James Stewart, Joan Crawford, Gary Cooper y Barbara Stanwyck— que llegaron, y se mantuvieron, a través de la década de 1940, y la siguiente, hasta la de 1960.

Ese excepcional poder de permanencia se debe al indudable talento de los actores en cuestión, pero también al tipo de estrella que surgió durante los años treinta. El naturalismo —de cualquier tipo— es más apagado que las maneras grandiosas, pero como dieta regular, para los que van al cine una o dos veces por semana, puede resultar más satisfactorio. Es superficialmente más convincente y menos entremetido, y uno tarda más en cansarse de él. La familiaridad puede engendrar también una especie de cómodo contento, de modo que, en cada nueva película, el viejo favorito parece investido de un aura compuesta por el recuerdo de los demás papeles notables que él o ella han representado. El poder de permanencia de una Katherine Hepburn o un John Wayne tiene también que ver con el hecho de que la década de 1930 estableció una forma de actuación naturalista que se ha mantenido básicamente sin cambios. Ésta es la causa de que el público piense todavía en la película de mayor éxito que Hollywood produjo en aquella década memorable, *Lo que el viento se llevó.*

Keith Roberts

De la Dictadura a la República

La caída de la Dictadura (29 de enero de 1930) había sido consecuencia del desmoronamiento de todas las asistencias que la apoyaron en su nacimiento, al producirse en la todavía risueña situación del país el impacto de la crisis mundial: una crisis económica de creciente envergadura, y cuyas causas se atribuyeron, injustamente, a imprevisión e incompetencia del ministro de Hacienda, Calvo Sotelo, y, en definitiva, a las arbitrariedades y desatinos del régimen.

Las primeras fotografías de los exreyes de España en el destierro. ***Arriba:*** **doña Victoria Eugenia, acompañada del exembajador de España, señor Quiñones de León, en el momento de descender del tren, en París.** ***Abajo:*** **don Alfonso, a quien se distingue a través de los cristales de la puerta, al llegar a la capital francesa.**





De momento, la retirada de Primo de Rivera dio paso, sin mayores incidentes, a un Gobierno neutro, aunque de matiz conservador, presidido —según consejo en que coincidió el propio dictador con algunos de los más destacados prohombres de la vieja política— por una figura «no comprometida», leal al Rey y al sistema liberal, el general Dámaso Berenguer, malquisto con la Dictadura. Berenguer debía encargarse de una delicadísima misión: la vuelta al punto de partida, el regreso al sistema canovista, muerto en realidad mucho antes de que la iniciativa de Primo de Rivera viniese a desplazarlo. Pero la crisis política de enero de 1930 no era más que un comienzo: su onda expansiva había de sumir muy pronto a la monarquía. Sólo quince meses la separaban de la proclamación de la República.

De súbito, la figura de Alfonso XIII se convirtió en blanco de todas las oposiciones: las de los resentidos con el dictador, las de los amigos de la Dictadura —la muerte del general, en su destierro de París, exacerbaría el rencor de estos últimos—. Para salvar al trono no bastaba ya con cerrar el paréntesis de excepción, puesto que el régimen de Primo de Rivera había sido en realidad consecuencia de un proceso de descomposición iniciado en 1909, acelerado desde 1917, evidente en 1921. Sólo una renovación del sistema —o de las bases del sistema— al que aquél había puesto fin, podía conjurar el deslizamiento hacia la República. Era, pues, necesario organizar una nueva derecha, que tuviera por base la más caracterizada burguesía del país, y una izquierda nueva, capaz, en lo posible, de polarizar al socialismo que tan bien había sabido entenderse con la Dictadura. Fallaron, durante la etapa transicional de Berenguer, los intentos de crear esas dos bases integradoras de la realidad nacional bajo la legalidad monárquica. Francisco Cambó, la figura más capacitada para polarizar una derecha verdaderamente «vital» —apoyada por los sectores industriales de la inquietante región catalana—, se derrumbó físicamente: afectado, en el momento decisivo, por una enfermedad incurable (cáncer de garganta), hubo de apartarse del poder cuando se le llamaba a Madrid para que prestase su concurso al equipo ministerial de Berenguer. Santiago Alba, eje ideal de la nueva izquierda, requerido por el Rey, que le desagravió personalmente en París, se sintió incapaz de situar bajo su disciplina las reservas democráticas de la monarquía, y mucho menos de incorporar a ellas el socialismo. Porque el gran partido obrero, perfectamente articulado en sus cuadros gracias al trato de favor que le dispensara la Dictadura, se apresuró a abandonar la nave de la monarquía cuando vio que ésta comenzaba a zozobrar. Si uno de sus máximos dirigentes, Francisco Largo Caballero, había colaborado eficazmente con el régimen de Primo de Rivera —como consejero de Estado y asesor de sus obras sociales—, ahora se puso de manifiesto que esa actitud tenía, dentro de los objetivos del partido, una finalidad puramente oportunista; y la nueva toma de posiciones fue iniciada por otra figura de aquél —Indalecio Prieto—, que se lanzó a una ofensiva escandalosa, no sólo contra el dictador, sino contra la figura del Rey, en resonante conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid.

Quedaban los restos de los antiguos partidos turnantes. Sánchez Guerra —jefe de las fuerzas conservadoras al sobrevenir la Dictadura, implicado en el infeliz pronunciamiento de 1929, y sancionado por ello al liquidarse la aventura— se manifestó, en un acto público efectuado en el Teatro de la Zarzuela, leal a sus ideas monárquicas, pero decididamente antialfonsino —«monárquico sin rey»—. Algo parecido vino a proclamar Melquíades Álvarez, que sugirió la conveniencia de una abdicación. Estos grupos, situados ya en las fronteras del régimen, bosquejaron un nuevo organismo político, el llamado «partido constitucionalista», que requería a la corona para que pasase por la prueba de unas Constituyentes. En reser-

va recelosa respecto a Alba se mantuvo el conde de Romanones, a la espera de su oportunidad.

El fracaso de Berenguer

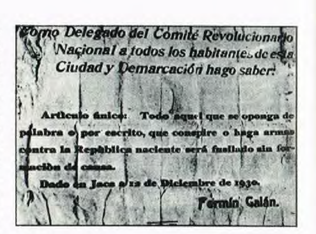
En tanto tomaban posiciones los representantes de la vieja política, el gobierno Berenguer debía enfrentarse con la ofensiva de los sectores de opinión resueltamente situados ya frente al trono; y, salvando escollos, trataba de desplegar su programa de vuelta a la *normalidad constitucional.*

En cuanto a la ofensiva republicana, se desencadenó primero, durante la primavera de 1930, en forma de una propaganda pacífica, de la que fueron hitos decisivos el discurso de Alcalá Zamora en Valencia, que supuso la apertura de un cauce atractivo para los núcleos sociales de mentalidad conservadora, pero disgustados con la monarquía; y la «definición» del socialismo por boca de Prieto, a que ya hemos aludido. Luego se produjo una toma de contacto entre las diversas facetas del republicanismo nuevo y antiguo, que cristalizaría (agosto) en el famoso «Pacto de San Sebastián». Constituyó éste una verdadera clave en el tránsito de la monarquía a la república. «Quienes actuábamos en la vida política con la mirada puesta en el porvenir de España —ha referido Miguel Maura, asociado con Alcalá Zamora en la labor de estructurar la derecha republicana—, y palpábamos las reacciones, no siempre pacíficas ni caritativas, que la visión del próximo porvenir suscitaba en ciertas masas populares, vivíamos bajo la obsesión de llegar cuanto antes a encuadrar las fuerzas políticas y sindicales dentro de un programa previamente madurado, y además designar a los hombres que habrían de asumir, llegado que fuese el momento, la función de gobernar. De la tónica de aquel programa y de la calidad de estos hombres dependería, íntegramente, la suerte del país. Se trataba, en una palabra, de preparar la colchoneta en la que había de caer fatalmente el cuerpo nacional cuando llegase la hora del cambio de régimen.»

Los concurrentes a la famosa reunión donostiarra del 17 de agosto de 1930 nos dan ya el cuadro de las fuerzas en que habían de apoyarse los primeros pasos del régimen sobrevenido el 14 de abril. El republicanismo «histórico», de viejo cuño, estaba encarnado por Alejandro Lerroux, jefe del Partido Radical. La nueva izquierda republicana la representaba Manuel Azaña —procedente del reformismo melquiadista—; entre uno y otro se situaban los elementos del radical-socialismo —Marcelino Domingo, Álvaro Albornoz—. Tres figuras resumían el catalanismo de izquierda (que a partir de la última década había rebasado el prestigio y la proyección de la *Lliga*): Carrasco Formiguera, por *Acció Catalana*; Matías Mallol, por *Acció Republicana de Catalunya*; y Jaume Ayguadé por *Estat Català*. El regionalismo gallego tenía su representación en Casares Quiroga (de Organización Regionalista Gallega Autónoma). Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura cubrían el «ala conservadora». Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos figuraban por su propia cuenta, ya que el Partido Socialista, si bien ya rotas sus amarras con la monarquía, no había querido decir la última palabra oficialmente respecto a la República hasta conocer el resultado de la reunión. Como invitados asistían, en fin, Felipe Sánchez Román, Eduardo Ortega y Gasset y Nicolás Salmerón. Gregorio Marañón se adhirió al acto telegráficamente, pues se hallaba ausente de España (no tardaría en formar, con José Ortega y Gasset y con Ramón Pérez de Ayala, la «Agrupación al servicio de la República», minoritaria pero decisiva como orientadora de la opinión media en el ocaso del régimen monárquico).

La asamblea, requerida por las impacientes exigencias de Carrasco Formiguera, hubo de ocuparse ante todo de las reivindicaciones catalanas. «Lo que sostuvimos los no catalanes —puntualiza Maura—, y lo que en definitiva prevaleció, con el voto unánime, es decir, *incluso el de los catalanes*, fue que la República no podía contraer más compromiso previo con Cataluña que el de llevar al Parlamento Constituyente un Estatuto de Autonomía, siempre y cuando el pueblo catalán, consultado mediante elecciones libres, declarase que deseaba esa autonomía. Quedó, pues, bien entendido y remachado que hasta entonces Cataluña no gozaría de ningún privilegio en relación con las demás provincias y regiones españolas.»

Del Pacto de San Sebastián salió articulado un Comité Ejecutivo, cuya primera tarea había de ser la preparación de un movimiento revolucionario «en el que pocos, muy pocos tenían fe —escribe Maura—, pero que se consideraba indispensable como arma de desgaste y señal de alarma para los gobernantes». En octubre, el Comité Ejecutivo se convirtió en «Gobierno Provisional». Sus miembros —Alcalá Zamora, Miguel Maura, Prieto, Azaña, Domingo, Albornoz— pasarían a ocupar las principales carteras del nuevo


Como Delegado del Comité Revolucionario Nacional a todos los habitantes de esta Ciudad y Demarcación hago saber:

Artículo único: Todo aquel que se oponga de palabra o por escrito, que conspire o haga armas contra la República naciente será fusilado sin formación de causa.

Dado en Jaca a 12 de Diciembre de 1930.

Fermín Galán.

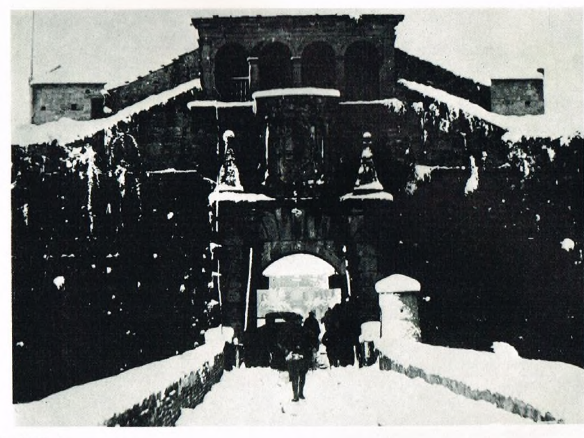
El famoso bando de Fermín Galán, cuya dureza fue uno de los cargos que el Consejo de Guerra tuvo en cuenta.

poder surgido de las elecciones de abril, en 1931.

Los meses finales de 1930 se vieron crispados por una efervescencia subversiva en tono creciente, animada por la prensa más prestigiosa —*El Sol*, el gran rotativo de Ortega y Gasset—, y estimulada incluso por determinados círculos militares (la U.M.R., Unión Militar Republicana). Fue como el preludio orquestal para un estallido revolucionario que fracasó por inmaturo y por demasiado atenido a las viejas normas del pronunciamiento decimonónico: tal fue la intentona republicana de Jaca, prologada por un manifiesto del Gobierno Provisional, y que se vio rápidamente sofocada, brindando su liquidación por un Consejo de Guerra dos víctimas y dos héroes emblemáticos a la futura República: los oficiales Fermín Galán y García Hernández. Sólo un fugaz reflejo del chispazo de Jaca se percibió en Madrid: corrió a cargo del general Queipo de Llano y del aviador Ramón Franco (famoso por haber sido el héroe del vuelo trasatlántico efectuado en 1926 por el *Plus Ultra*); pero se limitaron a lanzar octavillas republicanas sobre la capital, renunciando al proyectado bombardeo del Palacio Real.

Simultáneamente a este continuado enfrentamiento con el desafío republicano, Berenguer intentaba hacer efectivo su programa de retorno a la normalidad constitucional. Pero en este camino le aguardaban no menores dificultades, provocadas por la desunión y las rivalidades de las banderías monárquicas. Contra el proyecto de Berenguer —convocar directamente elecciones parlamentarias— se alzó el criterio de Romanones, que propugnaba un plan electoral escalonado: municipios, diputaciones y, sólo en último lugar, Cortes. A raíz de la crisis militar de Jaca se produjo el desmoronamiento de todas las





Arriba: el capitán Fermín Galán, y la ciudadela de Jaca.
Abajo: soldado, herido, de la columna de Galán, y columna gubernamental en marcha hacia Ayerbe, después del combate de Cillas en que fueron dispersadas las fuerzas republicanas; según parece, uno de los fallos de la sublevación fue no interceptar las comunicaciones con la frontera francesa. Así, el Gobierno, enterado a través de Francia, pudo adoptar rápidamente las medidas necesarias.







Arriba: **desde el balcón del Ministerio de la Gobernación, en Madrid, Niceto Alcalá Zamora anuncia la instauración de la República, el 14 de abril de 1931.**
Abajo: **momento de izar la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Barcelona; en el balcón, Luis Companys. Poco después Francisco Maciá —futuro primer Presidente de la Generalidad de Cataluña— proclamaría la efímera República Catalana**



asistencias necesarias al programa de Berenguer. Los primeros en declarar su abstención ante la convocatoria de elecciones intentadas por el presidente del Gobierno fueron los constitucionalistas —Sánchez Guerra, Melquíades Álvarez, Villanueva, Bergamín, Burgos Mazo (29 de enero)—. El día 30 adoptaron idéntico acuerdo los republicanos, seguidos, el 3 de febrero, por los socialistas. A pesar de ello, el día 7 de febrero firmó el Rey la convocatoria de elecciones, que se publicó el 10. Pero en esta misma fecha Santiago Alba dio a conocer, desde París, la amplia nota en que se sumaba a los abstencionistas. Prácticamente, Berenguer se había quedado solo. Tres días después presentaba su dimisión, y se abría la última crisis del reinado.

Crisis de muy difícil solución; intentada, en primer término, a través de Alba; luego, mediante una llamada a los constitucionalistas (Sánchez Guerra). El primero, probablemente considerándose incapaz de navegar contra corriente, se cerró a todos los requerimientos del Rey. Sánchez Guerra pretendió un pacto imposible con la revolución, lo cual equivalía, más o menos, a rehusar el encargo regio. Con razón pudo decir, pasado el tiempo, el propio Alfonso XIII: «Aquel período de consultas del mes de febrero de 1931, donde llegué a los máximos sacrificios, no sirvió más que para acrecentar la soberbia de unos opositores que, años atrás, fueron mis consejeros, y que ahora preferían seguir manteniendo la oposición a beneficio de mis enemigos, a ser jefes de un Gobierno que hiciera lo posible por salvar al país.»

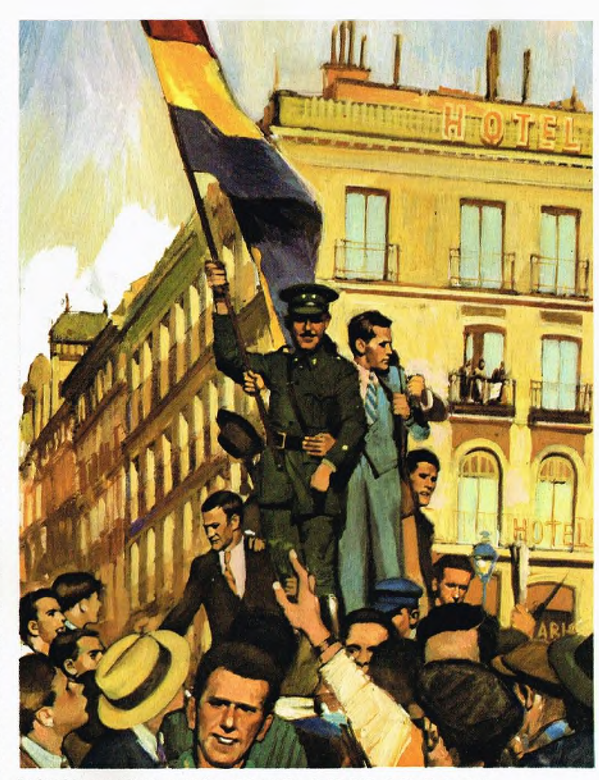
Al ser encargado de formar Gobierno, Sánchez Guerra añadió, a los estragos de su famosa conferencia de la Zarzuela, algo mucho más humillante para la corona y para el régimen: acudió a la Cárcel Modelo, donde se hallaban presos, a consecuencia de los sucesos de Jaca, los más significados miembros del Comité Revolucionario, y les ofreció —concretamente, a Alcalá Zamora y a Miguel Maura— carteras en el Gabinete que pretendía formar. El hecho, escandaloso para los monárquicos conscientes, daría a los republicanos la sensación exacta de un auténtico triunfo moral: «Es evidente —ha contado Miguel Maura— que pese a estar en el banquillo de los acusados, no se podía condenar a quienes no estaban en el poder porque lo habían despreciado...; que, en fin, el esfuerzo que con este ofrecimiento recibía la causa republicana era tal, que fatalmente inclinaría la balanza hasta el

límite máximo, puesto que representaba la confesión paladina de la impotencia del régimen para valerse por sí sólo y el respeto que le merecía la popularidad y la fuerza del Comité encarcelado... En definitiva, fue tal gesto el golpe de muerte para el régimen, porque ya nadie dudó de la suerte que le esperaba.»

El error Aznar

El fracaso de Sánchez Guerra abrió paso a la solución propugnada por Romanones y La Cierva: una vez más, el recurso a un Gobierno de concentración que abarcaría, en defensa de la monarquía, a todas las fuerzas ligadas a la tradición canovista. Con escasa fe en sus resultados, Alfonso XIII hubo de aceptar esta discutible salida de la crisis. Bajo la presidencia de una figura completamente neutra —por anodina—, la del almirante Aznar, entraron en el Gabinete García Prieto, Romanones, La Cierva, Bugallal... Como continuador de la corriente maurista figuraba el primogénito del político mallorquín, Gabriel; la *Lliga* —imposibilitado Cambó personalmente— estaba representada por Ventosa; hasta cierto punto, encarnaba al albismo Gascón y Marín. Y en fin, reforzaban el heterogéneo conjunto, con significación más neutra, además del propic presidente, Berenguer, el marqués de Hoyos —a quien se confió la importantísima cartera de Gobernación— y el almirante Rivera.

De este Gobierno —el último Gobierno de la monarquía— ha dicho en sus Memorias don Joaquín Chapaprieta que «aparte estar por completo divorciado del sentir en aquel momento dominante en la opinión española, era híbrido en su estructura y seguramente estéril en su actuación, como pudo verse luego el 14 de abril». Y por su parte, el gran historiador don Jesús Pabón lo ha juzgado como «el peor de los gobiernos posibles». «Con independencia, claro es, del gran valer de algunos de sus componentes... No era, ni siquiera, un Gobierno... Bueno o malo, había sido un Gobierno el presidido por Berenguer, equipo unido y acorde... Este de ahora era heterogéneo, formado por personalidades discrepantes e independientes... Vivieron en un desacuerdo constante, superado por muy difíciles transacciones... El Gobierno carecía de una pieza clave: un jefe. Don Juan Bautista Aznar, oficialmente presidente, era ese almirante de cuya presencia en la jefatura del Estado o del Gobierno ha dicho Julio Guillén que es anuncio de naufragio... Por otra parte... el Gobierno Aznar



La bandera republicana paseada por las calles de Madrid, el día 14 de abril. «La República quedó instaurada inmediatamente, tan sin obstáculos, que pudo considerarse como un maravilloso ejemplo de civismo y madurez política el despliegue inofensivo de las multitudes, fundidas en entusiasmo mesiánico, para saludar al nuevo régimen, cuyo advenimiento no se había manchado con violencias.»

puso en juego a todas las fuerzas que la corona podía convocar en aquella hora, sin reserva o margen respecto al problema del régimen...» «En cierto modo, la concentración monárquica lograda inclinaba la contienda política hacia un dilema o una disyuntiva: Monarquía o República.»

El 18 de febrero juraba el gobierno Aznar. El 3 de marzo se publicaba en la Gaceta el decreto anulando la convocatoria para la elección de diputados a Cortes, hecha el mes anterior por el gobierno Berenguer. Dos semanas más tarde (17 de marzo) quedaba fijado todo el ciclo electoral: el 12 de abril, elecciones municipales; el 3 de mayo, las provinciales; las de diputados y senadores, el 7 y el 14 de mayo, respectivamente. De hecho, sólo se llegaría a las elecciones de abril.



Las 6,30 de la tarde del día 14 de abril. Los miembros del Comité Revolucionario tienen ya en sus manos el poder. De izquierda a derecha: Azaña, Albornoz, Alcalá Zamora, Miguel Maura, Largo Caballero, Fernando de los Ríos y Lerroux.

El 20 de marzo, y en un ambiente de cálida expectación, tuvo lugar el juicio público contra los miembros del Comité Revolucionario —«Gobierno Provisional» de la República— que habían sido detenidos a raíz del pronunciamiento de Jaca. Prolongado hasta fin de mes, el proceso —inoperante después de la desdichada gestión de Sánchez Guerra— iba a convertirse en plataforma de una clamorosa propaganda antimonárquica. La petición del fiscal —quince años de prisión— quedó reducida a seis meses y un día: en la práctica, a nada, gracias a la generosidad con que se aplicaron a los reos los beneficios de la libertad condicional. El hundimiento moral de la monarquía, subrayado de nuevo por la agitación estudiantil culminante en la Facultad de San Carlos, preludió ya, de una manera inequívoca, lo que iba a ocurrir dos semanas más tarde.

Las elecciones del 12 de abril

Todavía hoy se siguen discutiendo los resultados de las elecciones efectuadas el 12 de abril —o, más bien, la interpretación que a esos resultados se dio en las altas esferas de gobierno—. Los datos oficiales señalaron 22.150 concejales monárquicos frente a 5.775 republicanos; en apariencia, la superioridad de los primeros suponía un triunfo de la monarquía. Pero detrás de esa apariencia se alzaba una realidad ineludible: las candidaturas republicanas habían triunfado en la casi totalidad de las capitales de provincia (sólo hubo siete excepciones: Lugo, Vitoria, Pamplona, Soria, Ávila, Cádiz y Palma). El Rey y su Gobierno se atuvieron a un hecho real, registrado desde 1890: la diferencia de valor entre el voto de la ciudad y el del campo.

Aun así, quizá resultaba excesivo dar el alcance de un plebiscito a unas elecciones municipales. ¿Era posible sostener la situación en espera de que tuviese efecto el ciclo electoral completo? Sólo intentarlo hubiera requerido un alarde de fuerza y, probablemente, una efusión de sangre —en Barcelona la República había sido proclamada ya, incluso con un carácter federal que saltaba por encima de los supuestos del Pacto de San Sebastián—. Y por otra parte, no era ya muy seguro que respondiera el Ejército.

En el dramático Consejo de Ministros celebrado en Palacio el 14 de abril, el Rey pudo comprobar dos cosas: que sus consejeros estaban derrumbados, y que cualquier pretensión de mantener la monarquía sólo podía basarse en una dictadura como la preconizada por La Cierva —única excepción, con Bugallal, en el amplio panorama de desfallecimientos que ofrecían en aquellos instantes las reservas del régimen—. Ahora bien, una dictadura sólo era posible contando con la lealtad incondicional de las fuerzas armadas; y su jefe más prestigioso —Sanjurjo— había ofrecido ya acatamiento a los caudillos de la República, desde su eminente puesto de director general de la Guardia Civil —en el momento decisivo, sólo el general Cavalcanti se mostró dispuesto a todo para mantener la legalidad monárquica—. Con tan escasas garantías, aun dando por supuesto un triunfo inicial, se corría el riesgo de una irreparable derrota a la larga: sobre todo, si ese triunfo salpicaba de sangre al régimen.

La gestión intentada por Romanones cerca del Comité Revolucionario había dado a éste la sensación exacta de su triunfo. Y en lugar de atemperarse a la oferta del Rey —la constitución de un Gobierno neutral que presidiese las elecciones a Cortes, manteniéndose en tanto don Alfonso apartado del país—, Alcalá Zamora exigió una inmediata e incondicional entrega de poderes. En el manifiesto que el duque de Maura había redactado, por encargo del Rey, se explanaba la solución «expectativa» propuesta por don Alfonso: «Soy el Rey de todos los españoles —rezaba aquel documento— y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero resueltamente quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil. No renuncio a ninguno de mis derechos porque, más que míos, son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme algún día cuenta rigurosa. Para conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, encargo a un Gobierno que la consulte, convocando Cortes Constituyentes, y mientras habla la nación suspendo deliberadamente el ejercicio del poder real y me aparto de España, reconociéndola así como única señora de sus destinos.»

La intransigencia de Alcalá Zamora deshizo todo intento de montar una situación provisional intermedia, hasta la celebración de elecciones a Cortes. La redacción definitiva del manifiesto con que Alfonso XIII puso fin a su reinado, decía así, en su párrafo más sustancial:

«... No renuncio a ninguno de mis derechos, porque, más que míos, son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme algún día cuenta rigurosa. Espero conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia co-



La reina Victoria Eugenia, retrato de Macarrón. Alfonso XIII abandonó España por Cartagena, adonde llegó en automóvil desde Madrid; el crucero *Príncipe Alfonso* lo condujo a Marsella. La reina y sus hijos pasaron la noche del 14 al 15 en el Palacio Real, y el 15 por la mañana tomaron el tren con destino a Hendaya, pero no en Madrid, sino en la estación de El Escorial, para evitar cualquier incidente.

lectiva, y mientras habla la nación suspendo deliberadamente el ejercicio del poder real y me aparto de España, reconociéndola como única señora de sus destinos.»

La República quedó instaurada inmediatamente, tan sin obstáculos, que pudo considerarse como un maravilloso ejemplo de civismo y madurez política el despliegue inofensivo de las multitudes, fundidas en entusiasmo mesiánico para saludar al nuevo régimen, cuyo advenimiento no se había manchado con violencias. Mientras Alfonso XIII ganaba en automóvil el puerto de Cartagena, donde embarcó para el exilio en el *Príncipe Alfonso* —acompañado en la travesía a Marsella por el almirante Rivera, su último ministro de Marina—, el flamante Gobierno provisional tomaba posesión pacífica del poder en el Ministerio de la Gobernación. La reina Victoria Eugenia y sus hijos, tras una noche de zozobras transcurrida en Palacio, partieron en la mañana del 15 hacia Hendaya. Habían subido al ferrocarril en la estación de El Escorial: el marqués de Hoyos y el propio general Sanjurjo acompañaron hasta la frontera a las reales personas.

En torno a la magnánima determinación del Rey —desechar las sugestiones de La Cierva, de Cavalcanti, de cuantos aún le animaban a intentar la reacción, y apartarse del país para evitar derramamientos de sangre— se ha discutido y sè sigue discutiendo. Partamos de un hecho innegable: la realidad que reflejaban las elecciones municipales del 12 de abril era inequívoca, y en su interpretación el Rey se limitó a hacer una vez más lo que siempre había hecho: esforzarse en captar la voluntad del país. Atenerse a los resultados del escrutinio en los centros urbanos —las capitales de provincia— y poner en entredicho los que con la generosidad acostumbrada arrojaron los viejos feudos rurales, era nada más y nada menos que aceptar *democráticamente* la única opinión que podía tenerse por auténtica o por sincera.

Lo había dicho al comenzar su reinado; lo repitió en 1913, con ocasión de la resonante visita de Azcárate: «Señor Azcárate, es tal mi amor a España, que si mañana se proclamase la República, yo ofrecería a la República mi espada...» Pocos meses antes de las famosas elecciones, había definido ya su actitud: «Monarquía o República, lo que importa es España...» Ahora —a la hora de la verdad— se sobrepuso a las halagadoras palabras de quienes le auguraban un pronto regreso, para responder, consecuente con su generosa actitud de siempre: «Espero que no habré de volver, pues ello solamente significaría que el pueblo español no es próspero ni feliz...»

En España iba a iniciarse una nueva modalidad de los regeneracionismos programados a partir del 98, mediante la alianza del Partido Socialista Obrero —marginal hasta entonces al poder— con la izquierda burguesa antimonárquica, facilitada por la caída del régimen monárquico, más bien que factor esencial en ella.

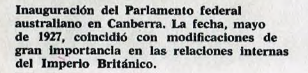
Carlos Seco Serrano

El Imperio Británico y la Commonwealth

La Primera Guerra Mundial puso fin a varios grandes imperios y, con las demandas crecientes de autodeterminación, pareció como si el Imperio Británico fuese a seguir el mismo camino. Sin embargo, durante los años de la posguerra se asistió a la formación de la «Commonwealth», una sola familia de naciones que se ha mantenido hasta hoy como un «puzzle» constitucional.

Cuando Gran Bretaña intervino en la Primera Guerra Mundial, fueron muchos los que predijeron la desintegración de su Imperio de ultramar. Los propagandistas alemanes, en particular, trataron de avivar los sentimientos antibritánicos en la India. Pero, una vez terminada la guerra, pareció como si hubiese ocurrido exactamente lo contrario, pues mientras los Imperios de Alemania y Austria-Hungría se derrumbaban, el Imperio Británico revelóse más unido que nunca. A partir de la primavera de 1917, sus primeros ministros se reunían en Londres para ponerse de acuerdo sobre las directivas generales de la guerra, y no tiene nada de extraño que los miembros del Movimiento de la Mesa Redonda, fundada en 1910 para promover la unidad imperial, creyesen llegada su ocasión propicia. Esperaban confiadamente que de las reuniones del Gabinete Imperial de Guerra y de la Conferencia Imperial de Guerra surgiese algún órgano central de carácter permanente que guiase a un Imperio unificado en los años de la posguerra.

Pero estos hombres —entre los que se contaba lord Milner, el ministro de las Colonias— sufrieron una decepción. Aparte de otros muchos obstáculos, los Do-



Inauguración del Parlamento federal australiano en Canberra. La fecha, mayo de 1927, coincidió con modificaciones de gran importancia en las relaciones internas del Imperio Británico.

minios británicos, que ya habían obtenido una amplia medida de autogobierno antes de la guerra, no estaban dispuestos a renunciar a la posición recientemente conquistada. El nacionalismo, alentado por la consigna aliada de la «autodeterminación», era una fuerza con la que se debía contar dentro y fuera del Imperio. Lo curioso fue que, al llevar este nacionalismo a su último extremo, estos dominios, lejos de abandonar a la familia británica, convirtieron una parte de ésta, su propia parte, en algo que confundió a los teóricos constitucionales de Gran Bretaña y que dejó perplejos a los extranjeros. Este «algo» fue la *Commonwealth* británica de naciones.

Como era natural, el impulso principal hacia la autodeterminación procedió de sir Robert Borden, primer ministro del dominio más antiguo, el Canadá. Ya en 1915, Borden manifestó deseos de intervenir en la formación de la política exterior, y el año siguiente lanzó un vivo ataque contra el método seguido por los británicos en la toma de decisiones: «¿Esta guerra la está llevando a cabo el Reino Unido por sí solo, o es una guerra en la que está empeñado todo el Imperio? Si estoy en lo cierto al suponer que la segunda hipótesis es la que debe ser aceptada, entonces ¿por qué los políticos de las Islas Británicas se arrogan, con carácter exclusivo, la responsabilidad sobre la forma de conducirla?»

La franqueza de Borden dio como resultado una más estrecha colaboración en la dirección de las operaciones, después de ser nombrado primer ministro Lloyd George en diciembre de 1916. Sin embargo, el juicio más profundo sobre la forma jurídica que iba asumiendo la institución de los Dominios fue pronunciado por Jan Smuts, de Sudáfrica, quien en 1917 expuso a los demás líderes de los dominios su concepto de la *Commonwealth*: «Creo que tendemos a cometer errores con respecto a ese grupo de naciones al que pertenecemos, porque con harta frecuencia pensamos en él como en un Estado. Nosotros no somos un Estado. El Imperio Británico es mucho más que un Estado. Creo que incluso la palabra "Imperio" es engañosa, porque induce a pensar que somos una comunidad a la que puede aplicarse muy bien este nombre... Todos los imperios que hemos conocido en el pasado y que existen hoy se fundan en la idea de asimilación, en el intento de fundir el material humano en un solo molde. La idea sobre la cual ustedes se basan es completamente distinta. Ustedes no quieren reducir a un solo patrón las naciones del Imperio Británico; ustedes quieren que avancen hacia una mayor y más plena nacionalidad... Éste es el hecho fundamental que debemos grabar en nuestras mentes: que la *Commonwealth* británica de naciones no admite la estandarización o desnacionalización, sino que pretende la más plena, más rica y más variada vida de todas las naciones que forman parte de ella.»

Smuts fue el responsable de la trascendental resolución adoptada por la Confe-



rencia Imperial de Guerra el 16 de marzo de 1917. Declaró que era preciso modificar la relación constitucional entre Gran Bretaña y los Dominios, pero que «todo reajuste en este sentido, además de conservar todos los poderes vigentes de autogobierno y el control total de los asuntos internos, debía basarse en un pleno reconocimiento de los dominios como naciones autónomas de una *Commonwealth* imperial, y de la India como importante porción de la misma... Somos, como he dicho, un grupo de naciones esparcidas por todo el mundo, que hablan diferentes idiomas, pertenecen a razas diferentes y poseen condiciones económicas enteramente diferentes; tratar de dirigir siquiera los intereses comunes de ese grupo de naciones por medio de un Parlamento central y un poder ejecutivo central es, a mi modo de ver, empeñarse en provocar el fracaso.» La resolución fue, según palabras del historiador sir Keith Hancock, «un hito decisivo y, a partir de aquel día, el camino había de conducir directamente al Estatuto de Westminster de 1931 y, más tarde, a la *Commonwealth* de mediados del siglo XX».

Pero si bien el camino fue directo, difícilmente cabía esperar que estuviese también perfectamente allanado. Un primer obstáculo, superado con éxito en las negociaciones, fue la oposición del presidente norteamericano Wilson y del primer ministro francés Clemenceau, que no querían acordar a los Dominios representaciones separadas en el seno de la Conferencia de Paz de París y, más tarde, en la Sociedad de las Naciones. La iniciativa de la sorprendente petición de que se admitiera independientemente a cada uno de los Dominios procedió de Borden, quien apuntó a las «peligrosas consecuencias» que podría acarrear una negativa. No es sorprendente que las demás naciones quedasen desconcertadas. ¿Por qué debía Gran Bretaña hablar con media docena de voces y expresarse a través de media docena de votos? Sin embargo, los argumentos de Wilson y Clemenceau fueron rebatidos gracias a la magnitud de la contribución de los Dominios a la guerra. En conjunto, habían llevado a un millón de hombres al campo de batalla y tenían derecho a recibir el mismo trato que otras naciones pequeñas, cuyo esfuerzo bélico no podía ni remotamente compararse con el suyo. Y cuando Gran Bretaña, con su curiosa familia, empezó a participar en la reconstrucción del mundo de la posguerra —a menudo con discusiones tan acaloradas en su seno como si se tratase de extraños— resultó evidente que en la sociedad internacional había hecho su aparición una extraña creación, un ente que era uno y múltiple al mismo tiempo. De hecho, los estadistas de los Dominios desempeñaron un papel destacado en la conferencia. Smuts fue uno de los autores del esquema de constitución de la Sociedad de las Naciones y uno de los pocos hombres de Estado capaces de pronosticar que una paz con duras condiciones invalidaría a Alemania, y a Europa con ella. Menos útil resultó W. M. Hughes, de Australia, quien como presidente de la Comisión para las Reparaciones se mostró tan duro e inflexible que estuvo a punto de dar al traste con el sistema de los Mandatos —sustitutivo de la colonización— al insistir en la anexión de Nueva Guinea. En realidad, una de las tareas más beneficiosas de Smuts y Borden consistió en refrenar a su impetuoso colega.

En los años que siguieron a la Gran Guerra fue cuando los Dominios se vieron considerados como Estados nacionales independientes a pesar de estar unidos al Imperio. Podía sostenerse, por lo tanto, que implícitamente habían conseguido ya una posición igual a la de la metrópoli. Pero resultaba más fácil dar por sentada esta igualdad que traducirla en una forma legal indiscutible, y la década de 1920 vio como una verdadera igualdad emergía lenta pero decididamente de todos los procesos de precedentes, convenios, usos y esporádicas promulgaciones de leyes que forman la vía poco espectacular, pero no por ello menos eficiente, en la que suelen elaborarse las constituciones.

¿Por qué eran necesarios tales procesos? Por el simple motivo de que aún quedaban varios aspectos en los cuales la relación entre Dominio y madre patria descansaba sobre bases manifiestamente desiguales. Uno de tales aspectos era la tradición de la «unidad diplomática del Imperio», por la que la metrópoli era la única que mantenía relaciones diplomáticas con los países extranjeros. Otro aspecto era la costumbre según la cual la política exterior del Imperio era asunto del Gobierno de Gran Bretaña. También se contaban entre ellos el derecho de apelar de las sentencias dadas por los tribunales de los Dominios ante el Consejo Privado de Londres. Había, además, la posición del gobernador general, nombrado por Londres con unos poderes que, en teoría, le permitían rechazar las leyes votadas por los Parlamentos de los Dominios. Y, por último, había la fidelidad a la corona: ¿podía el rey del Canadá, por ejemplo, permanecer neutral en una guerra si, como rey de Gran Bretaña, era beligerante? O bien, ¿podía figurar una república en el seno de la *Commonwealth*?

Algunos de estos problemas empezaron a plantearse inmediatamente después de finalizada la guerra y, a medida que los precedentes se multiplicaban, tornóse más clara la naturaleza de la independencia de los Dominios. En 1922, pareció que las tropas británicas en Chanak se veían amenazadas por Turquía, y Lloyd George preguntó a los Gobiernos de los Dominios si estaban dispuestos a mandar ayuda. Nueva Zelanda accedió en seguida y Australia con menor prontitud, pero Canadá y Sudáfrica rehusaron, no con el fin de influir en la política exterior de Gran Bretaña, sino para desligarse de ella. Cuando Gran Bretaña firmó el Tratado de Lausana con Turquía, en 1923, ninguno de los Dominios lo suscribió a su vez, significando con ello que no querían verse ligados por tratados que ni les interesaban ni habían contribuido a negociar. Las firmas de los Dominios estuvieron igualmente ausentes en los Tratados de Locarno de 1925, con los que Gran Bretaña garantizó las fronteras de la Europa occidental. Entretanto, Canadá había dado un paso importante hacia la independencia diplomática mediante el Acuerdo sobre las pesquerías de bacalao en 1923, firmado directamente con Estados Unidos y sin participación de Gran Bretaña. Este precedente revolucionario fue aprobado para futuras negociaciones por la Conferencia Imperial de 1923.

«Una hija con complejo materno»

Sin embargo, no todos los dominios se consideraban satisfechos con la dirección que tomaba la *Commonwealth*, pues este nombre era el que cada vez se empleaba más. De los seis Dominios, Terranova, el más pobre y el más pequeño, era incapaz de interesarse por los problemas de su autonomía y en 1933 retornó voluntariamente a la posición de colonia de la corona. Canadá, desde luego, se contaba entre los líderes de los Dominios «avanzados», en tanto que Australia, aunque mostraba escasa iniciativa, se contentaba con aceptar la mayor parte de los derechos concedidos gracias a la acción de los restantes países de la *Commonwealth*. Pero Nueva Zelanda —acertadamente descrita por un historiador como «hija con un complejo materno»— sufrió considerables inquietudes en aquellos años al notar que se estaba alejando de las faldas protectoras de un poderoso Imperio para aden-

Antes de la Segunda Guerra Mundial, el Imperio Británico —Dominios, protectorados, colonias y otras posesiones— tenía una población de casi 500 millones de habitantes y se extendía por todo el globo, como muestra este mapa de 1935. A pesar de muchas vicisitudes, la migración y el comercio consolidaban los vínculos comunes.

NUEVA ZELANDA
AUSTRALIA
Islas Tonga
Islas Fiji
Islas Salomón
Islas Ellice
NUEVA GUINEA administrada por Australia
BORNEO
Isla Christmas
Hong Kong
MALAYA
Islas Cocos
Islas Andamán
BIRMANIA
INDIA
Ceilán
Islas Maldivas
Isla Pitcairn
CANADÁ
Terranova Dominio, de nuevo colonia en 1933
GRAN BRETAÑA
Islas Bermudas
HONDURAS BRITÁNICA
Islas Bahamas
Jamaica
Islas Sotavento
Islas Barlovento
Barbados
Trinidad
GUAYANA BRITÁNICA
Gibraltar
Malta
Chipre
PALESTINA
Adén
mandato angloegipcio
SUDÁN
SOMALIA BRITÁNICA
UGANDA
KENIA
TANGANICA
Islas Seychelles
GAMBIA
CAMERÚN
TOGO
SIERRA LEONA
COSTA DE ORO
NIGERIA
Zanzíbar
Islas Aldabra
Isla Mauricio
Isla Ascensión
ÁFRICA DEL SUDOESTE mandato sudafricano
NYASALAND
RHODESIA
SWAZILAND
BECHUANALAND
BASUTOLAND
SUDÁFRICA
Sta. Elena
Tristan da Cunha
Islas Malvinas

Commonwealth británica
Colonias y protectorados británicos
Mandatos británicos
Territorio administrado por el India Office



Migración entre Gran Bretaña y el Imperio Británico

Del Imperio hacia Gran Bretaña

Promedio anual de emigración
Cifras en millares

	1925-29	1930-34
Australia	35	5
Canadá	52	9
Nueva Zelanda	8	1
Sudáfrica	3	2
Resto del Imp. Británico, excluido el Estado Libre de Irlanda	17	13
(Otros países)	33	(12)
total	148	42

De Gran Bretaña hacia el Imperio

	1925-29	1930-34
Australia	8	9
Nueva Zelanda	1	1
Sudáfrica	1	1
Canadá y resto del Imperio Británico, excluido el Estado Libre de Irlanda	32	37
(Otros países)	13	(16)
total	55	64

Población total del Imperio Británico 481.169.000

América 13.074.000
Europa 49.351.000
África 45.331.000
Asia 364.605.000
Oceanía 8.808.000

América 10.579.200
Europa 313.208
África 5.417.730
Asia 5.101.933
Oceanía 8.252.138

Cifras en km²

Superficie total del Imperio Británico 29.664.210 km²

Comercio entre Gran Bretaña y el Imperio Británico

En millones de £

1.000
900
800
700
600
500
400
300
200
100
0

1925 1930 1935 1938

Conferencia de Ottawa, 1932





trarse en el peligroso mundo de los Estados soberanos. Los países que más presionaban en este sentido eran Sudáfrica y un recién llegado, el Estado Libre de Irlanda, y ambos aventajaban ya al Canadá en la lucha por el autogobierno.

Irlanda convirtióse en el primer dominio que envió un representante diplomático independiente a una capital extranjera, Washington, aunque el Canadá hubiese conseguido este derecho cuatro años antes. Teniendo en cuenta su historia, era natural que los irlandeses se resintieran en forma más aguda de las limitaciones impuestas por su vinculación a Gran Bretaña, aunque algunas de tales limitaciones eran más teóricas que prácticas, y más bien simbólicas que reales.

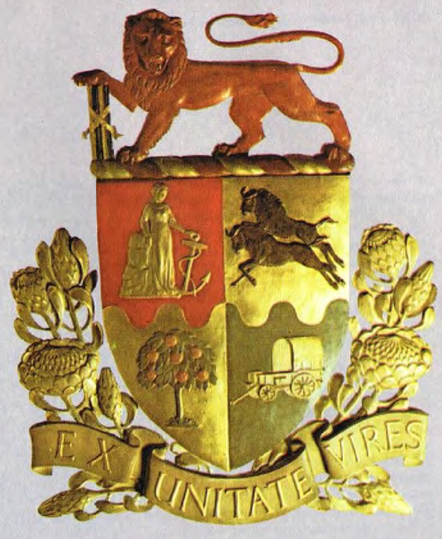
Al igual que el Sur de Irlanda, también Sudáfrica mantenía una tradición de hostilidad con respecto a los británicos. Los granjeros del Transvaal y del Estado Libre de Orange recordaban todavía la expedición de Jameson, la guerra anglo-bóer y los días en que eran miembros de repúblicas independientes. Esperaban que el Partido Nacionalista, dirigido por J. B. M. Hertzog, los sacara del odiado Imperio y, cuando en 1924 Hertzog sucedió a Smuts como primer ministro, pareció inminente una crisis en las relaciones de la *Commonwealth*. Inmediatamente, Hertzog expresó sus opiniones acerca de la independencia con un lenguaje que suscitó la acongojada protesta de Nueva Zelanda y una leve reprimenda de Australia. Sudáfrica, con el Estado Libre y Canadá, constituía un terceto formidable de «luchadores por la libertad» y era evidente que la Conferencia Imperial programada para 1926 debería aceptar sus puntos de vista si se quería evitar una crisis.

La conferencia de 1926 fue un acontecimiento crucial en la historia de la *Commonwealth*, y en ella se establecieron los principios que el subsiguiente Estatuto de Westminster debía sólo traducir en forma legal. Como indicio del espíritu de conciliación que había de presidir la conferencia, el año anterior se decidió crear un departamento de los Dominios para sustraer las naciones de la *Commonwealth* a la jurisdicción del Departamento de las Colonias, con todos sus recuerdos de la pasada servidumbre. Bajo la presidencia de lord Balfour, la conferencia dio un nuevo paso en el camino de la conciliación. Balfour, no sólo como exprimer ministro sino también como entusiasta filósofo, posiblemente estaba mejor preparado que nadie para la dificilísima tarea de decir dos cosas distintas al mismo tiempo: que la *Commonwealth* estaba unida y que estaba dividida. La declaración que expresó tales principios es merecidamente famosa, puesto que definió a la *Commonwealth*, oficialmente, como «el grupo de comunidades autogobernadas compuesto por Gran Bretaña y los Dominios». Balfour describió a estos países como «comunidades autónomas en el ámbito del Imperio Británico, jurídicamente iguales, no subordinadas en absoluto una a otra en ningún aspecto de sus asuntos interiores o exteriores, pero unidas por una común lealtad a la corona, y libremente asociadas como miembros de la *Commonwealth* británica de naciones».

Con tan categórica negativa de cualquier residuo de desigualdad, incluso el propio Hertzog pudo regresar satisfecho de la posición que su país había adquirido. Además, la conferencia admitió con franqueza que todavía había vestigios de inferioridad en la posición legal de los Dominios, y que los comités debían estudiar la cuestión y eliminarlos tan pronto como fuese posible. Para orientación de tales comités, la conferencia adoptó varias decisiones importantes y enunció diversos principios de igual importancia. Por ejemplo, el gobernador general debía «ocupar en todos los aspectos esenciales, con relación a la administración de los asuntos públicos en un dominio, la misma posición que tiene Su Majestad el Rey en Gran Bretaña». No es coincidencia, desde luego, que esta posición, como escribió el historiador L. Seaman, reflejase la de la monarquía en el Reino Unido, «la institución que, aunque soberana, era a la vez neutral e impotente en relación con la política y el gobierno británicos». La conferencia también desaprobó las apelaciones que un dominio, contra el parecer del gobierno del mismo dominio, pudiera dirigir al Consejo Privado, y afirmó que «las leyes del Parlamento en Westminster relativas a un dominio sólo serían aprobadas con el consentimiento del dominio en cuestión».

Desde luego, establecer unos principios era una cosa, pero hacer que a ellos se ajustara la relación jurídica de los países de la *Commonwealth* era algo muy distinto. Esto último fue la tarea de los expertos que comunicaron sus decisiones





Escudos de cuatro grandes Dominios, miembros del «club del hombre blanco». De izquierda a derecha: Canadá, Nueva Zelanda, Australia y Sudáfrica.

en 1929, las hicieron adoptar por la Conferencia Imperial de 1930, y después las incluyeron en el Estatuto de Westminster que fue formalmente ratificado por el Parlamento en diciembre de 1931.

El Estatuto de Westminster

El Estatuto se proponía, sencillamente, eliminar las últimas limitaciones a la libertad de los países de la *Commonwealth*. No completó el proceso, que todavía prosigue en ciertas cuestiones de detalle, pero puede ser considerado como la carta constitutiva de la *Commonwealth*, ya que fue el paso decisivo que hizo de la igualdad jurídica una cuestión no sólo de hecho sino también de derecho. El preámbulo del documento sancionaba dos convenios anteriores: el de 1926, que establecía que el consentimiento del dominio era indispensable para la legislación imperial; y el de 1930, que requería el consentimiento de todos los países de la *Commonwealth* para introducir modificaciones en los títulos reales o en las leyes de sucesión. Seguidamente, el estatuto se ocupaba de las restricciones todavía existentes, la más importante de las cuales era la vieja ley de 1865 sobre la validez de la legislación colonial, por la cual esta última resultaba subordinada a la de Westminster. Esta ley fue derogada, y por consiguiente los países de la *Commonwealth* pudieron entonces enmendar o derogar «cualquier ley existente o futura del Parlamento del Reino Unido... en la medida en que ésta forme parte de la legislación del dominio». Evidentemente, esta medida allanó el camino para que los Dominios adoptasen la situación jurídica que más les interesara: podían impedir que el gobernador general se negase a aprobar sus leyes, abolir toda apelación al Consejo Privado, modificar la propia constitución y tener, en fin, una total libertad de acción en sus relaciones con la madre patria. Otras cláusulas del estatuto ampliaban todavía más esta libertad. Sus tribunales gozaban del derecho de imponer leyes que se aplicaban a los súbditos del dominio residentes en el extranjero. Estatutariamente, no podían aplicarse las leyes del Reino Unido a los Dominios sin el consentimiento de éstos, y las leyes que hasta entonces habían regulado la navegación mercante y la de la Armada en todo el Imperio dejaron de tener validez para los Dominios.

El Estatuto de Westminster señaló, por lo tanto, el punto culminante en la evolución de la *Commonwealth*. Resultaba ya del todo evidente que existían dos organizaciones británicas: una, la *Commonwealth* de asociados; la otra, el Imperio de las dependencias. Sin embargo, el efecto real del estatuto fue más bien insignificante. Sólo el Estado libre de Irlanda y Sudáfrica lo aceptaron plenamente. Canadá renunció a su derecho de modificar la Constitución debido a la necesidad de salvaguardar los derechos de la minoría francocanadiense contra la mayoría anglocanadiense. Pero Australia y Nueva Zelanda no adoptaron ninguno de los nuevos privilegios e invocaron una cláusula que suspendía la puesta en vigor del estatuto. Australia no adoptó los derechos otorgados por el estatuto hasta 1942, y Nueva Zelanda esperó hasta el año 1947.

El club del hombre blanco

En 1931 la *Commonwealth* tenía vida propia junto a la del Imperio, aunque todavía no era más que un «club reservado al hombre blanco». La gran cuestión aún no resuelta era si la evolución de la *Commonwealth* tenía alguna relación con el Imperio propiamente dicho, o sea, si para las dependencias no blancas existiría un proceso normal de evolución constitucional para obtener la condición jurídica de la *Commonwealth*. En términos prácticos, la cuestión giraba alrededor de la posición jurídica del mayor de todos los países del Imperio: la India.

Entre las dependencias imperiales, la India tenía características especiales en todos los aspectos. Con los tres cuartos de la población del Imperio dentro de sus confines, representaba para muchos el símbolo de la grandeza imperial de Gran Bretaña. Gran parte de la política exterior inglesa durante los siglos XIX y XX estuvo enfocada hacia la salvaguarda de la «ruta hacia la India». Por lo tanto, todo aflojamiento de los vínculos con la India era susceptible de provocar una tempestad de protestas mucho más intensa que si se tratase de los otros países del Imperio.

Sin embargo, no podía negarse que la India tenía sobrados derechos a exigir concesiones particulares a la metrópoli. Cuna de antiguas civilizaciones y patria

de un pueblo orgulloso, la India había aportado a la Gran Guerra un tributo inmenso. Al igual que los Dominios, estuvo representada en la Conferencia y en el Gabinete Imperial de Guerra, y había mandado un delegado a las reuniones de la Conferencia de la Paz y de la Sociedad de las Naciones. En realidad, no era un dominio, pero al parecer el secretario de Estado para la India, Edwin Montagu, había prometido darle esta condición en la alocución dirigida a la Cámara de los Comunes el 20 de agosto de 1917: «La política del Gobierno de Su Majestad, con la que el Gobierno de la India está totalmente de acuerdo, es la de una creciente asociación de los indios a todas las ramas de la administración y de un gradual desarrollo de las instituciones de autogobierno, con vistas a la progresiva consecución de un Gobierno responsable en la India como parte integrante del Imperio Británico.»

Las esperanzas concebidas gracias a estas palabras se desvanecieron en los años entre guerras, cuando el Gobierno británico pareció retractarse de sus promesas. Las modestas reformas de 1919, las llamadas reformas Montagu-Chelmsford, distaron de satisfacer al Congreso Nacional Indio, que se había convertido en foco de las aspiraciones nacionales de la India. La matanza de Amritsar intensificó los sentimientos antibritánicos, y el malestar se vio acrecentado por el apoyo que ciertos sectores de la opinión británica prestaron al general Dyer una vez destituido. Los lectores del *Morning Post* suscribieron una colecta de 50.000 libras, destinadas al hombre que no sólo había ordenado la matanza, sino que también había dado normas tan drásticas como la que obligaba a los nativos a caminar a gatas en la calle en la que había sido golpeada una anciana misionera.

El líder que dirigió la pugna de la India en aquellos años fue Mohandas Gandhi, quien unía en su persona las cualidades del santo y del propagandista. Consiguió el apoyo de los hindúes y la jefatura moral del Partido del Congreso, ocupase o no un cargo, y estuviese o no en prisión. Sin embargo, durante este período se mantuvo leal a los británicos y en diversas ocasiones refrenó a sus seguidores más extremistas, los cuales, como Jawaharlal Nehru, eran partidarios de romper toda relación con los ingleses. En uno de sus momentos de inspiración, Gandhi escribió: «Mi ambición va mucho más allá de la independencia. A través de la liberación de la India, trato de liberar a los hombres más débiles de toda la tierra de la bota aplastante de la explotación occidental, de la que Inglaterra es el socio mayoritario. Si la India convence a los ingleses, y puede hacerlo, es posible que se convierta en el socio predominante de una comunidad mundial, en la que Inglaterra puede gozar del privilegio de entrar a formar parte, si así lo quiere... Ya sé que esto es una bravata, pues el hecho de que una India abatida aspire a mover el mundo y a proteger a razas más débiles parecerá una impertinencia. Pero al explicar mi cerrada oposición a este camino hacia la independencia, no puedo ocultar ya por más tiempo mi luz bajo el celemín. La mía es una ambición por la que vale la pena vivir y por la que vale la pena morir. De ningún modo quiero reconciliarme con una situación que no sea la óptima por temor a las consecuencias. No es por conveniencia, por lo tanto, por lo que separo la independencia de mis objetivos personales.»

Gandhi sintióse alentado por el desarrollo de la *Commonwealth*, pues ésta demostró que le era posible a un país convertirse en una verdadera nación sin necesidad de romper con Gran Bretaña. Impresionóle particularmente la Conferencia Imperial de 1926 y el hecho de que los líderes nacionalistas parecieran satisfechos con la condición de dominio. «Veamos el ejemplo de Sudáfrica, esa nación altiva de los bóers holandeses... El general Hertzog ha regresado de Londres plenamente satisfecho, pues sabe que si hoy quiere proclamar la independencia, puede hacerlo. A mí no me contentaría ninguna Constitución que pudiésemos arrancar del Parlamento británico, a menos que la misma Constitución nos concediese también la facultad de que, si queremos declararnos independientes, podemos hacerlo.»

Pero si bien la aparición de la *Commonwealth* dio a Gandhi un argumento para permanecer en el seno de la familia británica, también vino a subrayar el trato bien distinto reservado a la India respecto al concedido a las naciones del «club». Esto dio alas a los extremistas, y lo mismo puede decirse de algunas disposiciones gubernamentales tan poco afortunadas como el nombramiento, en 1927, de la Comisión Simon, encargada de estudiar la Constitución india, comisión que no contaba con ningún representante del país. El virrey, lord Irwin, despertó nuevas esperanzas al afirmar, en 1929, que había sido «autorizado por el Gobierno de Su Majestad para manifestar claramente que, en su juicio, se halla implícito en la declaración de 1917 que el objetivo natural del progreso constitucional de la India... es llegar al estado de dominio». Sin embargo, estas observaciones fueron acogidas en Gran Bretaña con críticas de los miembros de los dos principales partidos políticos, y ello aumentó la sensación de frustración en la India. El Estatuto de Westminster, que coincidió con una serie de vanas discusiones en Londres sobre el futuro de la India, no hizo más que aumentar el resentimiento.

Es cierto que, en 1931, se había realizado algún progreso hacia la condición de dominio que los indios ambicionaban para su país. No sólo Irwin, sino también hombres como Ramsay MacDonald y Stanley Baldwin, estaban de acuerdo en que la India debía convertirse por fin en miembro de la *Commonwealth*. Pero había voces aisladas —entre ellas la de Churchill— que manifestaban sus dudas respecto a si jamás sería posible otorgar a la India la condición de dominio, y las divisiones, peligrosamente profundas, en la sociedad india apoyaban hasta cierto punto tales opiniones. El propio Gandhi tenía dificultades en refrenar a los nacionalistas extremistas. Todavía en 1931 existía la duda de si en ambos países había verdaderos deseos de otorgar a la India el estatuto de la *Commonwealth*. Sin embargo, se habían dado ya los primeros pasos que, posteriormente, conducirían a una total transformación del club de los hombres blancos en la asociación multirracial de Estados independientes que constituyen la *Commonwealth* actual.

La independencia era, desde luego, la causa y efecto más obvios del Estatuto de Westminster. Pero ¿lo era todo? ¿Qué había sido de aquellas vivas esperanzas de estrecha cooperación y unidad de propósito que habían surgido durante la guerra?

Las esperanzas se centraban particularmente en tres sectores particulares en los que los países de la *Commonwealth* podían cooperar en busca de mutuas ventajas económicas: la inversión, la inmigración y el trato de preferencia en el comercio imperial; pero ninguno de ellos respondió a las expectativas. Las inversiones de Gran Bretaña en ultramar habían quedado seriamente reducidas a causa de las pérdidas sufridas durante la guerra. Ya no disponía de los enormes excedentes de capital como en los días anteriores a la contienda, y además, dominios como el Canadá, Sudáfrica y Australia cada vez se hallaban más capacitados para financiar su desarrollo mediante sus propios recursos. A medida que de-



Primeros ministros de la *Commonwealth* en Londres, durante las Conferencias Imperiales. *Arriba:* el general Smuts (izquierda) con W. R. Warren, de Terranova, en el n.º 10 de Downing Street, en 1923. *Abajo:* J. G. Coates (Nueva Zelanda) y su esposa llegan a la estación Waterloo, en 1926.



clinaban las disponibilidades de Gran Bretaña en cuanto a capital, lo mismo ocurría con su aportación de emigrantes. En 1913, nada menos que 285.000 emigrantes habían abandonado el país, y la *Empire Settlement Act* de 1922 trató de dirigir esta corriente humana principalmente hacia los países de la *Commonwealth*. El Tesoro británico prometió un máximo de tres millones de libras para facilitar el pasaje a los emigrantes, promesa que nunca tuvo que ser cumplida plenamente, pues la media de la emigración entre 1922 y 1930 fue inferior a la mitad de la cifra registrada en 1913, y después de 1930 se produjo una clara afluencia en Gran Bretaña de inmigrantes procedentes de los países de la *Commonwealth*. Ello debióse a que los dominios, así como la metrópoli, sufrieron serios problemas de desempleo, y los servicios de seguridad social, que en Gran Bretaña eran cada vez más completos, redujeron la necesidad de emigrar.

El trato de preferencia imperial no pasó de ser letra muerta durante la década de 1920. Gran Bretaña no podía otorgar preferencias mientras ella permanecía fiel al librecambismo, en tanto que los aranceles de los Dominios eran tan prohibitivos que las reducciones que en ellos se introducían, en favor de la *Commonwealth*, eran prácticamente muy poco importantes. No obstante, en 1931 hubo síntomas de una cooperación más estrecha. La gran baja de valores había estremecido los cimientos económicos del Imperio, y durante la crisis los dogmas antiguos, como el del libre comercio, se convirtieron en lujos que nadie podía ya costearse. En la reinante anarquía económica, la *Commonwealth* unióse como lo había hecho antes, en un momento de anarquía internacional, y como más tarde volvería a hacerlo.

El inicio de la década de 1930 no sólo aportó cambios en la esfera económica. Con la gran crisis se desvanecieron a la vez la estabilidad financiera y la seguridad internacional. La invasión de Manchuria por los japoneses en 1931 dio comienzo a una nueva era de agresiones militares, a las cuales la *Commonwealth* reaccionó desarrollando los intereses comunes e intensificando las consultas recíprocas. No puede afirmarse que ello tuviese un gran efecto sobre la política y decisiones de Gran Bretaña, pero de todos modos resultaba evidente que, si la *Commonwealth* significaba unidad en la diversidad, la unidad era más importante que la diversidad.

Christopher Falkus

La supremacía blanca

Para los blancos de Africa del Sur, la supremacía blanca siempre ha tenido la validez de la ley natural, respaldada por la fuerza en caso necesario. Los años entre ambas guerras fueron testigo del endurecimiento de unas actitudes que todavía hoy dominan gran parte de la política sudafricana.

El mesiánico líder Enoch Mgijima, uno de los primeros dirigentes del africanismo. Las ansias de afirmación frente a la supremacía blanca se aglutinaron, hacia 1920, en los organismos sindicales y en las sectas religiosas.



«En cuanto a los negros, sienten un respeto muy profundo por el hombre blanco. Mientras éste los mantenga a respetuosa distancia, nada hay que temer de ellos.»

Pronunciadas por un joven ingeniero ferroviario en Rhodesia del Sur, estas palabras fueron citadas como un juicioso comentario acerca de las relaciones raciales por sir Frank Fox en *The British Empire*, obra publicada en 1929. Ellas resumen el clima intelectual de aquel período excepcional entre las dos guerras mundiales, cuando la autoridad blanca en el continente africano parecía ser absoluta y perdurable. Cuando ya había concluido la época de la exploración y de los conflictos con los jefes tribales, los síntomas del nacionalismo político africano todavía tenían que manifestarse. En Africa, el hombre blanco se hallaba en su apogeo y sus ambiciones eran ilimitadas: los colonialistas británicos soñaban en crear una nación blanca, bajo la *Union Jack*, que se extendiese a lo largo de las mesetas, desde Africa del Sur hasta Kenya. Los habitantes africanos, mantenidos cuidadosamente a «respetuosa distancia», no podían representar un obstáculo mayor que el de los pieles rojas en Estados Unidos o el de los aborígenes en Australia.

El motor de la supremacía blanca era la Unión Sudafricana y su apéndice de Rhodesia del Sur. Ambas se hallaban bajo el control de las poblaciones blancas locales y se consideraban a sí mismas como países de blancos. Dominio de los blancos y «civilización» eran sinónimos por definición. En las colonias africanas regidas por el Departamento Colonial de Londres había, por lo menos sobre el papel, un vago propósito de educar a los africanos con vistas a un eventual autogobierno, pero en Sudáfrica y en Rhodesia la ambición de crear nuevas naciones blancas persistía como tema dominante.

La paradoja en Africa del Sur consistía en que, mientras la minoría blanca (1.500.000 en una población total de 7.500.000 en 1919) pensaba que la nación estaba compuesta únicamente por los blancos, la mayoría africana era la más avanzada de todo el continente. Ya entre las dos guerras, los africanos del Sur contaron con sus primeros graduados y profesionales. El crecimiento de las ciudades y de la industria creaba una población africana urbana, lo que debilitaba la tradicional estructura tribal. En la provincia de El Cabo, los africanos más adinerados incluso tenían el derecho de voto y el partido político negro, el Congreso Nacional Africano, databa de 1912. Sin embargo, únicamente a los blancos se les permitía formar parte del Parlamento.

«El problema nativo»

Lejos de reivindicar un «poder negro» en Sudáfrica, el Congreso Nacional Africano parecía contentarse con aceptar los principios de los blancos y, al proclamar su lealtad a la corona británica, trataba de promover el «apoyo mutuo» entre negros y blancos. Aunque hacía campaña en pro de la abolición de las leyes del salvoconducto, que obligaban a todo africano a llevar un certificado de su identidad y estado, este partido era más bien un grupo de discusión que un movimiento militante.

La faceta militante africana en esta época halló expresión en el sindicalismo y, hecho curioso, en la religión. Se formaron nuevas sectas cristianas africanas, independientes del control blanco, algunas veces dirigidas por líderes mesiánicos. Fueron pocos los dirigentes blancos que trataron de comprender esta situación y una vez semejante incomprensión fue causa de que corriese la sangre. Uno de estos líderes mesiánicos, Enoch Mgijima, fundó una secta llamada de los «israelitas», basándose sobre todo en un sueño en el que vio a dos grandes cabras blancas que luchaban entre sí, conflicto que terminó bruscamente al intervenir un mandril que dominó a ambos contendientes. Las cabras, explicó Mgijima, eran las poblaciones blancas de Sudáfrica y el mandril era la mayoría negra. El «tabernáculo» de Mgijima atrajo a centenares de fieles, y algunos de ellos empezaron, ilegalmente, a erigir moradas permanentes en las cercanías para poder asistir al culto con mayor regularidad. La policía los consideró como intrusos y trató de expulsarlos, pero los israelitas ofrecieron resistencia y la

pugna terminó, en 1920, con una dura batalla en la que unos 500 israelitas, armados con garrotes y espadas, cargaron contra un ejército formado por 800 policías equipados con armas de fuego. La policía hizo uso de éstas. «Fue un fuego muy mortífero —manifestó más tarde el oficial de mando—. Los atacantes israelitas empezaron a caer en gran número, pero ello no detuvo en absoluto el ataque... Los israelitas continuaron atacando... y sólo se dispersaron cuando se hallaban a unos veinte metros del punto en que yo me encontraba.» En total, 163 israelitas perdieron sus vidas y, a pesar de la excentricidad de sus ideas y comportamiento, fueron considerados como mártires y todas las organizaciones africanas de la Unión empezaron a mandar resoluciones de protesta contra la policía.

Pero si la población negra de Sudáfrica apenas empezaba a mostrar los primeros síntomas de unidad, sus amos blancos estaban divididos entre sí. Los *afrikaaners* —o sea los descendientes de los colonos holandeses— y los británicos habían peleado unos contra otros en la guerra anglo-bóer al comenzar el siglo y, en fecha tan avanzada como 1939, hablar de la «cuestión racial» en África del Sur equivalía a aludir al conflicto entre los *afrikaaners* y los británicos, y no a una cuestión de negros contra blancos. Las aspiraciones de los africanos negros se centraban en el «problema nativo». Cuando líderes como Jan Christiaan Smuts hablaban de construir «una nación», aludían a una fusión entre británicos y *afrikaaners*; era cosa común —aunque el propio Smuts no aprobaba esta práctica— referirse sólo a los blancos cuando se hablaba de la población de Sudáfrica.

El propio Smuts representaba a la corriente expansiva, vuelta hacia el exterior, en la política sudafricana. Era, en cierto modo, un liberal y creía que Sudáfrica podía convertirse en el trampolín para una misión «civilizadora» europea a través de África. Hablaba de Africa del Sur como de un «nuevo mundo» enfrentado al «viejo mundo» de Europa, y pensaba que la *Commonwealth* podía convertirse en una poderosa fuerza internacional que apoyase la libertad y el orden. Su actitud con respecto a los africanos era confusa y a veces inconsistente. Los consideraba como un pueblo atrasado «que salía de la barbarie» y optaba por «mantener la cuestión nativa al margen de la política»; al fin deberían pasar a formar parte de la estructura europea, pero no tenía idea de cómo iba a lograrse tal cosa. «Me siento inclinado a trasladar el peso intolerable de la solución de ese enigmático problema a cerebros más amplios y a hombres más robustos del futuro», admitió.



Maseru, mayo de 1925: durante una jira por Africa del Sur, el príncipe de Gales regala un bastón con puño de plata al jefe basuto Griffith Lerothodi. El tribalismo estaba ya en decadencia, y ello agravó la relaciones interraciales.

Los años decisivos

Aunque en el campo internacional Smuts era el sudafricano más conocido —había formado parte del Gabinete británico durante la guerra y había tenido un papel destacado en la formación de la Sociedad de las Naciones—, en su país no era más que un político de partido. Su principal oponente político era el general J. B. M. Hertzog, líder, en el período entre guerras, y representante de los *afrikaaners*, nacionalistas cerrados e intransigentes. Éstos mostraban escaso entusiasmo por la *Commonwealth* británica o por la perspectiva de fundar nuevos dominios blancos, ya que aspiraban a crear una república sudafricana que se convirtiese en el baluarte de su pueblo. Constituían un grupo próspero, y su educación, junto con la propaganda y un elevado crecimiento demográfico, convertían a su idioma, cultura y afanes en una fuerza en constante crecimiento. Mostraban una actitud casi mística ante su destino. Desde luego, los negros africanos no podían tener lugar en su república ideal, y por lo tanto, a diferencia de Smuts, poseían una «política nativa» coherente: la segregación.

Los años decisivos, tanto para el futuro de Sudáfrica como para el de Rhodesia del Sur, fueron los comprendidos entre 1919 y 1924, ya que las decisiones tomadas en aquel período sentaron la pauta por lo menos para las dos generaciones venideras.

En Sudáfrica, el problema de la mano de obra africana especializada, en competencia con la clase trabajadora blanca, especialmente en las minas del Rand, en Johannesburgo, originó consecuencias políticas duraderas. En la depresión que siguió a la Primera Guerra Mundial, los propietarios de las minas trataron de compensar la baja en los precios mediante la sustitución, en algunos puestos de trabajo, de la mano de obra blanca por mano de obra africana, más barata. Los ahorros potenciales fueron considerables, ya que los salarios de los blancos en el Rand eran unas diez veces más elevados que los salarios de los negros, y Smuts, pensando en la economía, simpatizó con los propietarios de las minas.

La reacción fue una serie de huelgas organizadas por los sindicatos blancos, caracterizadas por disturbios de creciente violencia. Era un espectáculo extraño el que ofrecían los blancos influidos por el comunismo desfilando con bande-

ras rojas, en defensa de los «trabajadores de todo el mundo» y... de la supremacía blanca. Algunos sindicatos organizaron comandos paramilitares y ello condujo a una guerra civil que duró tres días. Cuando las fuerzas gubernamentales lograron dominar la situación, 153 personas habían perdido la vida. Puesto que los africanos empezaban por aquel entonces a adquirir una conciencia sindical, Smuts se hallaba en constante peligro de perder el control y Hertzog aprovechó la ocasión para proclamar: «Los pasos del primer ministro dejan huellas ensangrentadas.»

En las elecciones generales de 1924, los nacionalistas de Hertzog, aliados con el Partido Laborista blanco, condujeron y ganaron la campaña con la consigna del «peligro negro» y Smuts fue destituido de su cargo. El año siguiente, los empleos de los blancos en el Rand quedaron asegurados mediante ley parlamentaria; con ello, Sudáfrica emprendió decididamente el camino de la segregación racial y los años siguientes confirmaron esta tendencia. En la crisis económica de 1933, Smuts formó parte de una coalición bajo el mando de Hertzog, pero su presencia en la administración no bastó para evitar la eliminación de los votantes negros en las listas electorales de El Cabo. Por lo tanto, el control blanco quedó formalmente completado.

El país «vacío»

Sudáfrica es un Estado que sólo data del año 1910, pero desde hacía dos siglos había colonizadores blancos en el país. Sin embargo, en los 745.000 kilómetros cuadrados de las dos Rhodesias, al norte, los colonizadores habían arrebatado el mando a los dirigentes africanos sólo poco antes de la Primera Guerra Mundial. El instrumento había sido la Compañía Británica Sudafricana de Cecil Rhodes, que, en 1918, controlaba tanto la Rhodesia del Norte como la del Sur con sólo una mínima supervisión del Departamento Colonial. Rhodesia del Sur era considerada un lugar apropiado para la colonización blanca, y la compañía no tardó en crear allí un Parlamento blanco, con la esperanza de que Whitehall mostrase automáticamente un respeto al que no podía aspirar ninguna compañía comercial.

Puesto que la concesión a la Compañía expiraba en 1924, se requería una pronta decisión: ¿debía ser reconocido este Parlamento o era preciso que las Rhodesias fuesen administradas con otros sistemas?

Rhodesia del Norte era considerada como un «país de cafres», poco atractivo para una colonización blanca a gran escala, y por lo tanto decidióse por acuerdo general que sería administrada bajo un sistema colonial ordinario por un gobernador nombrado desde Londres.

En 1919, Rhodesia del Sur tenía una población blanca de 30.000 habitantes, en su mayor parte procedentes de Sudáfrica, y con el final de la guerra se esperaba la llegada de más inmigrantes. Como ministro de las Colonias, Winston Churchill decidió que el destino lógico del territorio era el de convertirse en una provincia de Sudáfrica y Smuts accedió. Nadie creyó necesario consultar a los habitantes africanos, que eran unos 845.000 y vivían, en su mayoría, en tribus rurales diseminadas en todo el territorio. Rhodesia del Sur fue considerada como un país «vacío» y su población indígena como una simple reliquia del pasado. Su futuro radicaba en la inmigración blanca.

El separatismo de Rhodesia

Una de las peculiaridades de los pobladores blancos de Rhodesia del Sur era su patriotismo con respecto al país que tan recientemente habían adoptado. Bajo la dirección de un abogado llamado Charles Coghlan, soñaban en construir una nación enteramente nueva dentro de la *Commonwealth* británica. Con sorpresa de Churchill y Smuts, mostraron muy poco entusiasmo ante la posibilidad de una vinculación con Sudáfrica, y en particular los colonos ingleses no tenían ni confianza ni simpatía por los *afrikaaners* republicanos. Sin embargo, la unión con Sudáfrica tal vez se hubiese llevado a cabo a no ser por los conflictos laborales en el Rand, pues, en comparación con la violencia y las disensiones internas de Sudáfrica, Rhodesia del Sur parecía un país estable y libre de todo «problema nativo». En un referéndum, los rhodesianos del Sur decidieron no unirse con Sudáfrica por 8.744 votos contra 5.989.

Es imposible negar la importancia de este referéndum para el futuro del África del Sur. Proféticamente, Smuts observó: «Es seguro que Rhodesia, como Estado separado que pugna vanamente para realizar la tarea imposible que se ha impuesto, al final se convertirá en motivo de preocupación para el Gobierno británico.»

En primer lugar, la decisión de no adherirse a la Unión Sudafricana señaló la trayectoria que seguiría la propia Rhodesia del Sur, donde un reducido grupo de colonos blancos afirmaron tercamente que eran capaces de controlar todo el país. Una vez separados de Sudáfrica, sus ambiciones se proyectaron hacia el norte y entonces soñaron en forjar una unión con Rhodesia del Norte y Nyassalandia, bajo una dirección integrada por una mayoría de rhodesianos del Sur.

También en Sudáfrica ejerció profundas consecuencias el resultado del referéndum. La adición de una quinta provincia, Rhodesia del Sur, hubiese inclinado la balanza en contra del nacionalismo *afrikaaner*, especialmente en las cruciales elecciones de 1948, que por segunda vez eliminaron a Smuts e iniciaron la era del *apartheid*.

Rhodesia del Sur siguió adelante por sus propios medios y se le concedió la categoría única de colonia «autogobernada», con el control sobre sus fuerzas armadas y su policía. En muchos aspectos, era un país independiente y sus primeros ministros participaban regularmente en la Conferencia Imperial con los otros primeros ministros de los Dominios.

Por supuesto, era un grave error suponer que los africanos estaban en decadencia. Mientras la inmigración blanca procedía lentamente al principio (la afluencia principal no se produjo hasta después de la Segunda Guerra Mundial), la población africana se multiplicaba con rapidez y, al cabo de una generación, había producido una clase media urbana con movimientos políticos propios. Por otra parte, Rhodesia del Norte, lejos de ser un «país de cafres», demostró poseer mayores recursos que Rhodesia del Sur y, durante la década de 1930, con la apertura del «cinturón del cobre», atrajo una masiva inmigración blanca. En Rhodesia del Sur, en cambio, la Ley de Parcelación Agraria de 1928 reservó casi la mitad de sus tierras a los colonos blancos, pero, hasta la fecha, la mayor parte de este territorio sigue esperando su llegada.

«A respetuosa distancia»

Tanto en Sudáfrica como en Rhodesia del Sur, la «supremacía blanca» entre ambas guerras poseyó un dogmatismo tan altanero que había de resultar difícilmente comprensible para una generación posterior. Sólo una minoría de blancos, los granjeros y los misioneros, tenían verdadero contacto con los africanos, salvo cuando éstos trabajaban como sirvientes domésticos. Para un europeo, era automático dirigirse a un africano con la palabra *boy* (chico, muchacho, y también criado). En la época de los pioneros, ambas razas habían establecido contacto tanto en el campo de batalla como en el dormitorio, y la existencia de comunidades «de color» con mezcla de sangres demos-



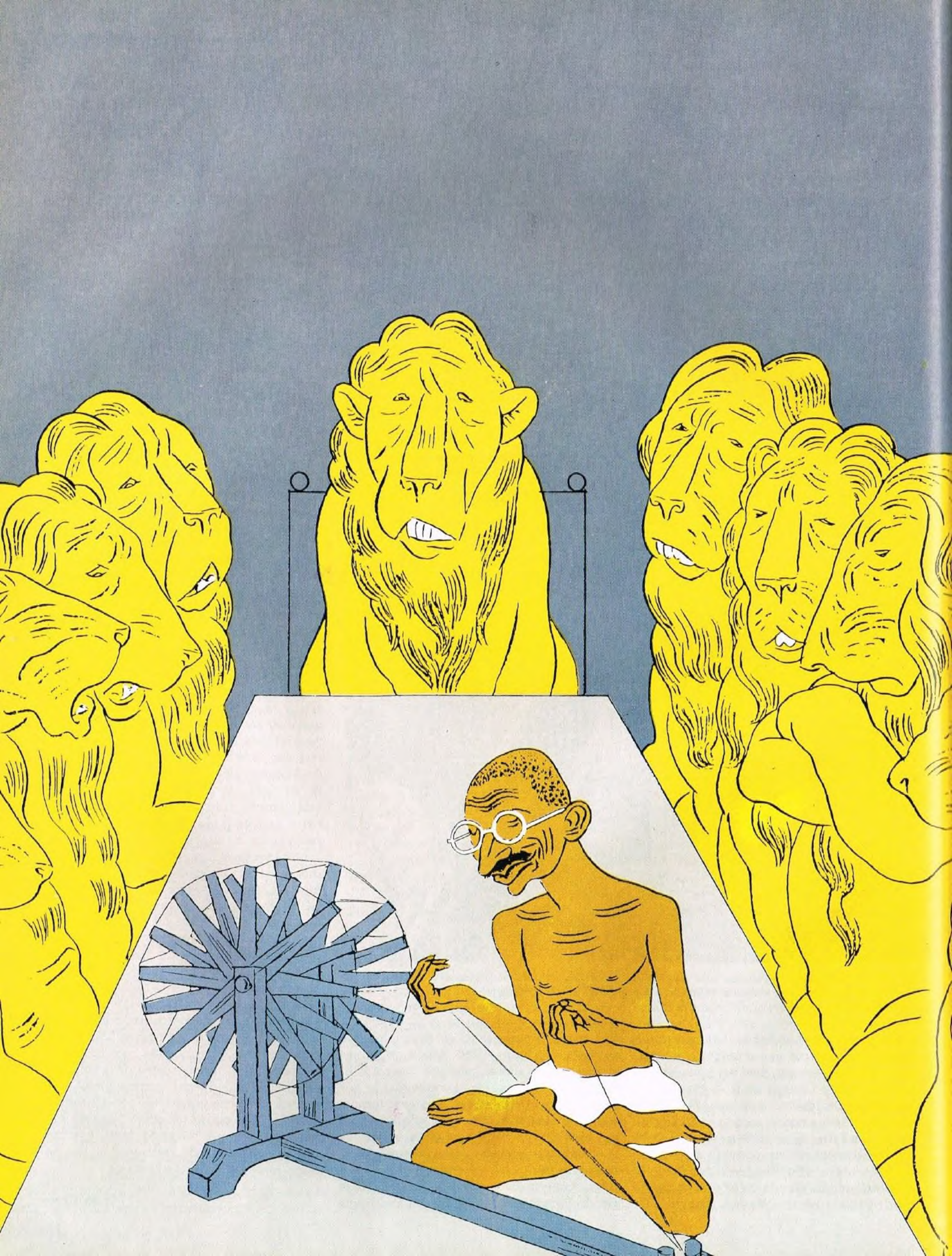
Un grupo de mineros africanos sale de una mina de oro del Witwatersrand. La diferencia entre sus exiguos salarios y los de los obreros blancos agudizó los resentimientos raciales.

traba el intercambio sexual. Las razas que entran en contacto a través de la guerra o de la procreación pueden ponerse de acuerdo sobre algunos puntos, pero en el período entre ambas guerras las luchas habían prácticamente cesado y las relaciones sexuales entre blancos y negros se habían convertido en un acto furtivo e inmencionable. (En Rhodesia del Sur, no obstante, seguía siendo legal que un hombre blanco tuviese relación sexual con una mujer negra, pero el negro que se acostaba con una mujer blanca podía ser castigado con cinco años de cárcel.) El hombre blanco estaba convencido de ser el conquistador, y como dijo un funcionario de Rhodesia del Sur: «Estamos en ese país porque representamos a una civilización más elevada, porque somos hombres mejores. Ésta es nuestra única justificación por habernos apoderado de la tierra. Para nosotros, resulta ridículo pensar en dar ahora media vuelta y pedirles a los nativos que nos ayuden a dirigir nuestro propio gobierno.»

Pero esta altanería de los blancos se fundaba en la ignorancia. A diferencia de los indios americanos, que en el terreno político pronto dejaron de ser un factor importante, entre ambas guerras los africanos crecieron en número y adquirieron una mejor preparación intelectual. El progreso era debido en parte a los misioneros, quienes se ocuparon de la educación de los nativos, pero también, y de un modo más fundamental, a la influencia económica de la colonización blanca. Los africanos más capaces y ambiciosos emigraron a las nuevas ciudades blancas, y con ello se debilitó la antigua estructura tribal con la que los administradores blancos habían aprendido a tratar. Todo africano que aprendiese a leer podía inspirarse en el éxito del gran movimiento nacionalista de Gandhi y Nehru en la India. Además, los africanos cultos no aceptaban la definición que los europeos daban de la «civilización» ni consideraban la historia de su pasado como una «barbarie». El apogeo de la supremacía blanca fue también el período en que se formaron líderes africanos del futuro. Por una ironía del destino, fue la fortaleza blanca de Sudáfrica la que, con su universidad y sus escuelas secundarias para negros, constituyó el imán para los ambiciosos. Mientras Ian Smith, el futuro primer ministro de Rhodesia del Sur, estudiaba en Ciudad de El Cabo, su casi contemporáneo, Joshua Nkomo, futuro líder de los nacionalistas africanos de Rhodesia del Sur, estudiaba en Natal.

Los europeos que advertían vagamente este proceso, lo apodaban, con cierto temor, «el peligro negro». He aquí el planteo de la situación según palabras de un diputado de Rhodesia del Sur: «El nativo seguirá siendo honrado mientras lo dejemos con sus abalorios y sus mantas... Si pudiésemos eliminar todas las misiones en este país y poner fin a toda esa promoción de la enseñanza superior para nativos, pronto podríamos convertirnos en un valioso apoyo para el Imperio... Estamos, sencillamente, cometiendo un suicidio.» Sin embargo, predominaba la impresión de que se necesitarían generaciones para que el «peligro negro» se convirtiese en realidad. Los europeos, en su inmensa mayoría, creían que mientras tanto era una buena actitud la de mantener a los negros «a respetuosa distancia».

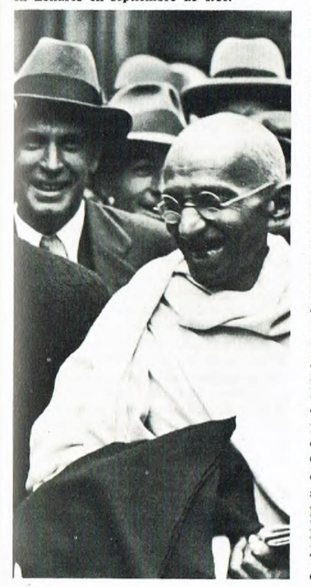
Colin Cross



Gandhi y el nacionalismo hindú

La aparición del nacionalismo hindú fue un fenómeno complejo. Los odios en el seno del movimiento nacionalista fueron a veces tan intensos como los que suscitaba Gran Bretaña. Pero la India pudo considerarse afortunada al contar con un hombre capaz de mantenerse por encima de las luchas intestinas del país: el Mahatma Gandhi.

Izquierda: **dibujo alemán de la revista satírico-política *Simplicissimus* (1931): con sus singulares métodos de oposición, Gandhi consigue hipnotizar a todo un consejo de respetables leones británicos.** *Abajo:* **Gandhi en la estación de Boulogne, camino de la segunda Conferencia del Movimiento de la Mesa Redonda, celebrada en Londres en septiembre de 1931.**



Al salir victorioso de la Primera Guerra Mundial, el Imperio Británico parecía más extenso y más sólido que nunca. Una de las razones principales por las cuales los ingleses se decidieron a crear una red de influencias y Mandatos entre el Canal de Suez y las fronteras orientales del Irán, era su antigua preocupación por la seguridad de la India. Sin embargo, al pagar tan alto precio por su imperio hindú, los políticos se aseguraron contra unos riesgos que en aquel momento no eran los más amenazadores, ya que durante los veinte años siguientes el enemigo de la soberanía británica en la India no procedería del exterior, sino de la oposición interna. Al igual que la India había constituido el ejemplo clásico de imperialismo moderno, también esta oposición se convertiría en el caso más espectacular de nacionalismo colonial.

En la India, como en Europa, la Primera Guerra Mundial había transformado el nacionalismo. El subcontinente se hallaba tan dividido por las rivalidades entre sus razas, sociedades y religiones, que los británicos lo controlaban sin excesivos apuros. El Partido del Congreso Nacional proporcionaba sólo la unidad más superficial, y estaba dominado por hombres que habían recibido una instrucción superior de tipo occidental. Éstos se agrupaban en los más antiguos centros del poderío británico, y muchos de ellos habían conquistado una notable posición gracias al régimen. El Congreso equivalía tan sólo a una desordenada coalición de asociaciones locales, agrupadas para que fueran mejor atendidas sus demandas harto limitadas: mejores cargos para los hindúes en la administración y una modesta intervención en los asuntos locales. Para estos hombres, convencidos de que todas las bendiciones procedían de Gran Bretaña, la política era una ocupación para sus ratos de ocio. Cada diciembre, el Congreso se reunía durante tres días, aplaudía a sus pomposos oradores, votaba fondos para la propaganda en Londres, y después cerraba los postigos para dejar pasar otro año. De cuando en cuando, líderes locales como Tilak trataban de derrocar lo que éste denunciaba desdeñosamente como una «política de mendicidad» mediante la ampliación de la base del movimiento, pero el control permanecía en manos de la oligarquía.

Sin embargo, después de 1914 la política hindú experimentó un cambio muy rápido. En primer lugar, su impacto se acrecentó y la actividad política extendióse desde las antiguas presidencias (directamente controladas por los ingleses) hasta llegar a regiones del norte y el oeste de la India que hasta entonces habían permanecido inertes. Al propio tiempo, el movimiento caló más profundamente en la sociedad nativa. Los nuevos reclutas procedían de ambientes menos elevados que los antiguos líderes y no pensaban dejarse dominar por hindúes de alta casta de las provincias más adelantadas que hasta aquel momento habían mandado en la carrera hacia el progreso en las cambiantes condiciones del Raj. Lo que buscaban estos nuevos grupos era un sistema político que pudiese superar el escollo de sus castas y de sus idiomas locales, y que fuese capaz de presentar amplias reivindicaciones para sus regiones y sus religiones. En 1916 era ya evidente que la vieja guardia que hasta entonces había predominado en el Congreso y su equivalente musulmán, la Liga, no podían controlar por más tiempo las aspiraciones expuestas por este fermento social y político. Aparecieron nuevos candidatos a la jefatura: Tilak y Annie Besant para el Congreso, y Jinnah y Mohammed Alí para la Liga Musulmana.

Fuerza del alma y desobediencia

Cuando pareció que los moderados iban a desaparecer por el escotillón de la historia, los británicos trataron de echarles una mano y, en 1919, las reformas Montagu-Chelmsford aportaron un gobierno semirresponsable a las provincias de la India británica, con la intención de entregar un cierto poder efectivo a esos moderados. Pero, aunque había ganado su guerra en Europa, el gobierno de Lloyd George perdió el tren en Asia. El control del movimiento nacional en la India no cayó en manos de los moderados, ni siquiera de aquellos que se les habían enfrentado en tiempo de guerra, sino en poder de Mo-

handas Karamchand Gandhi, un líder más formidable y menos acomodaticio que cualquiera de ellos. Se había forjado un nombre en Sudáfrica como portavoz de su comunidad hindú, y allí había experimentado por primera vez sus técnicas de *satyagraha* (fuerza del alma) y desobediencia civil. El Congreso, reunido en Nagpur en diciembre de 1920, quedó por completo bajo su control. Hasta entonces, Gandhi había permanecido al margen del círculo más íntimo de políticos hindúes. ¿Cómo había conseguido aquel forastero ganar por la mano a los más expertos rivales y hacerse con el mando?

Al interesarse por los problemas locales, al prestar atención a los idiomas regionales, y con su solicitud por las castas inferiores, Gandhi colocóse al frente del movimiento en lugares del país hasta entonces políticamente inactivos. Pero, además, fue el primero en ver la magnífica oportunidad táctica que Lloyd George brindó a los nacionalistas en 1919. Gran Bretaña estaba tratando de imponer drásticas condiciones de paz al Imperio Turco, y los indios musulmanes, una cuarta parte de la población, juzgaban esta actitud como un atentado contra el Islam. Por primera vez en la historia del Raj, era posible movilizar la opinión musulmana en toda la India, a nivel de los fieles más humildes, contra los británicos. Gandhi, el hindú, hizo suyo el grito del Islam en peligro, y los musulmanes se lo recompensaron con su apoyo en la batalla por el mando del Congreso en 1920. Una vez hubo vencido en esta lid, Gandhi transformó el Congreso. Insistió en que el movimiento extendiese sus ramas a través de todo el país y en que se estructurase en forma de pirámide, con comités de aldeas en la base y con un comité de trabajo, encargado de organizar agitaciones, día sí, día no, en la cúspide. De una aglomeración de elementos diversos el Congreso pasó a ser un partido, y esta nueva fuerza fue la que se lanzó a una batalla incruenta contra los británicos. La violencia estaba destinada a fracasar en dos aspectos: los británicos vencerían en la lucha armada; los indios, con no menor seguridad, perderían sus almas. Pero la fuerza del alma podía lograr mucho más que los soldados. La no violencia avergonzaría al enemigo y la no cooperación lo paralizaría, al mismo tiempo que la desobediencia de la población civil lo destruiría. Si los indios, hindúes y musulmanes a la una, seguían sus métodos, el Mahatma les prometió que obtendrían el autogobierno al cabo de un año.

La campaña que Gandhi desencadenó en 1921 ejerció profundo efecto en la política india durante el resto de la década. Condujo a una pugna que amenazó seriamente al Raj y terminó con una derrota que indujo a muchos nativos a adoptar otros métodos, pero demostró ser el arma definitiva que otros indios empuñarían cuando llegase el momento propicio.

Durante 1921 y 1922, el movimiento de la no cooperación consiguió muchos de sus objetivos. Los clientes boicotearon las telas de algodón del Lancashire, los abogados abandonaron sus bufetes, y los estudiantes dejaron de asistir a clase. Pero en numerosas partes del país el movimiento no cuajó e, incluso allí donde causó cierto impacto, Gandhi vaciló en cuanto a utilizar las armas más poderosas que podían conducir a una desobediencia civil en gran escala. Invitar a los soldados a desertar y a los campesinos a desobedecer hubiese llevado el movimiento más allá de todo control posible, pero si no se recurría a tales armas, una campaña limitada a unos pocos sectores del país estaba sentenciada al fracaso. La autonomía no llegó en la fecha prometida y el movimiento se derrumbó. En marzo de 1922 Gandhi fue condenado a seis años de reclusión en una cárcel inglesa.

Hindúes y musulmanes

Ante aquel desastre, muchos políticos indios llegaron a la conclusión de que Gandhi había estado utilizando un instrumento ineficaz para llevar a cabo un programa erróneo. En vez de un partido severamente controlado, era mejor crear grupos menos compactos para que cada una de las provincias pudiera seguir su propio camino. Tanto el Congreso como los musulmanes debían adoptar de nuevo una política de moderación y lograr concesiones de sus gobernantes mediante ardides en vez de extorsiones. No sin protestas por parte de los inflexibles seguidores de Gandhi, el ala dominante del Congreso, dirigida por Motilal Nehru, el padre de Jawaharlal, tomó entonces parte en la política constitucional del sistema Montagu-Chelmsford. Los musulmanes, rebeldes sin causa una vez liquidado el califato en Turquía, rompieron su alianza con el Congreso y decidieron obrar por su cuenta. Ni Motilal Nehru ni Jinnah podían organizar un movimiento unificado contra la resistencia de los jefes políticos locales, hindúes y musulmanes, y por lo tanto los británicos no tenían motivo para tomarse en serio ni el Congreso ni la Liga Musulmana. Para empeorar aún más la situación, la alianza entre hindúes y musulmanes pronto se convirtió en una declarada hostilidad. Era inútil que los líderes hablasen de unidad común, puesto que la acción de las masas pesaba mucho más que sus palabras. En varias de las grandes ciudades del norte de la India, así como en Bombay y Calcuta, hindúes y musulmanes se perseguían a muerte, y en Bengala y el Penjab, donde las dos comunidades estaban equilibradas, las rivalidades y la desconfianza aumentaban de día en día.

Los infortunados políticos que, entre 1923 y 1929, trataron de unir las partes fragmentadas de su movimiento han sido desdeñados por aquellos historiadores a los que sólo interesan los éxitos, pero en realidad hubo un cierto método en su moderación. Para ellos, el sistema de Gandhi resultaba doblemente indeseable. En primer lugar, había fracasado. En segundo lugar, se habían utilizado medios peligrosos para el orden social al llevar la campaña a las calles y a los campos. Por lo tanto, aquellos hombres recurrieron de nuevo a la política de negociación y cooperación con los británicos. Pero lo que no supieron ver fue que toda perspectiva de progreso constitucional empeoraría todavía más los antagonismos locales. En 1927, Whitehall nombró una comisión estatutaria, presidida por sir John Simon, para proceder a la revisión de las reformas Montagu-Chelmsford. Conceder a los indios la dirección efectiva de las provincias podía ser una labor admirable. Mas, ¿para qué indios? En las Provincias Unidas y en Bombay, por ejemplo, los hindúes eran mayoría y serían ellos quienes gobernarían a los musulmanes. En Bengala y en el Penjab ocurriría exactamente lo contrario. En cada caso, la minoría veía con malos ojos lo que se le avecinaba, y lo mismo les ocurría a muchos hindúes de las castas inferiores que consideraban a la soberanía británica como su protectora contra un autogobierno dominado por los brahmanes. Como medida de prudencia, todos estos grupos concentraron entonces sus organizaciones con el fin de pujar con mayor efectividad en la subasta constitucional.

Una vez más, el Congreso volvía a estar unido y organizado: había llegado la oportunidad para aquellos que anhelaban volver a empuñar las armas abandonadas en 1922. Los campesinos se consideraban agraviados. En Bombay y en Calcuta la clase trabajadora se disponía a promover desórdenes, y una nueva generación de estudiantes militantes veía con buenos ojos el enfrentamiento. Todos estos sectores



Manifestación de protesta realizada en Madrás durante la visita de la Comisión Simon (1929) encargada de elaborar la Constitución de la India.

descontentos habían anhelado una organización y la hallaron en aquel Congreso revitalizado. Las presiones desde abajo movieron a los líderes del Congreso a llamar a Gandhi, puesto en libertad a principios de 1924, para que ocupase nuevamente la jefatura suprema, y el Mahatma, para que no le cogieran desprevenido, expresó esta vez unas demandas más extremistas de lo que hubiese querido. En diciembre de 1928 el Congreso exigió el autogobierno en el plazo de un año y, cuando expiró el ultimátum, dio poderes a Gandhi para que éste desencadenase la desobediencia civil. El 26 de enero de 1930 Jawaharlal Nehru, como presidente del Congreso, proclamó la independencia de la India.

A partir de esta fecha (hoy conmemorada en la India como Día de la Independencia) tres cuestiones predominarían en la historia del subcontinente hasta llegar a los triunfos y catástrofes de 1947: la esperanza de la federación, el peligro de una revolución social y el aumento de las tensiones locales. Mientras se prodigaban los garrotazos en la década de 1930, los jeroglíficos constitucionales parecían meras bagatelas académicas, pero no por ello dejaban de tener su importancia. En noviembre de 1930, los británicos convocaron una Conferencia de Mesa Redonda de políticos británicos e indios con el fin de discutir el gobierno del país. El Congreso se mantuvo al margen, pero la conferencia suscitó la interesante posibilidad de que la India pudiese algún día no sólo ser libre, sino también estar unida mediante una federación de principados y de provincias de la India británica. La creación de unos Estados Unidos de la India, término que alguna vez se utilizó, presentaba atractivos para todos, ya que prometía a los nacionalistas una efectiva integración del país, ofrecía a los príncipes seguridades contra la subversión, y para los británicos equivalía a un contrapeso, en la persona de sus principescos clientes, el día en que se creara un dominio indio autogobernado. Pero ¿qué clase de Estados Unidos debía ser? Para los hindúes, como comunidad mayoritaria, les resultaba particularmente atractiva una fuerte autoridad federal en el centro que dominase a las unidades locales; para los musulmanes lo interesante era un centro débil. También entre los británicos había división de opiniones. En el seno del Partido Conservador, un sector muy amplio, acaudillado por Churchill y lord Lloyd, censuraba como traición al Imperio el plan tendente a otorgar el autogobierno a las provincias indias, si bien es posible que más de uno quisiera aprovechar la situación como trampolín para hacerse con la jefatura del partido. Estos disidentes fracasaron en sus esfuerzos encaminados a anular el proyecto de ley del gobierno de la India, pero en cambio lograron imponerle una desastrosa demora. La ley no sería promulgada hasta 1935, y para entonces, habíase perdido ya gran parte del impulso que hubiese podido llevar a la creación de una federación.

«Un faquir medio desnudo»

El peligro de una revolución social procedía de las dimensiones asumidas por la desobediencia civil. Las campañas de Gandhi, entre 1931 y 1934, consiguieron de las masas un apoyo muy superior al logrado por el movimiento de la no cooperación. Cuando el Mahatma proclamó que los indios debían desafiar al Gobierno con la no satisfacción del impuesto sobre la sal, las autoridades de Delhi creyeron que este gesto sería inútil, pero conocían menos que Gandhi a sus súbditos, y la espectacular marcha de éste hacia el mar, dejando tras de sí a funcionarios locales que dimitían de sus cargos al servicio del Gobierno extranjero, y acosado en su camino por docenas de corresponsales que anotaban el hecho para publicarlo en la prensa del país y del extranjero, convirtióse en un reto extraordinariamente efectivo dentro de su misma simplicidad. Una vez más, Gandhi fue encarcelado, y con él la mayoría de los demás líderes, pero, una tras otra, las grandes ciudades de la India quedaron paralizadas por las huelgas y los boicots. El gran éxito de Gandhi consistió en su hábil manipulación de unos niveles de actividad política hasta entonces desconocidos en Oriente. Movilizó a los estudiantes y consiguió que numerosas mujeres de castas elevadas abandonasen la *purdah* para mezclarse con los manifestantes. Incluso se recurrió a los chiquillos para desconcertar a la policía: la actual primer ministro de la India, que contaba entonces diez años,



Tropas británicas acuarteladas en Calcuta (1926) para impedir los sangrientos choques entre hindúes y musulmanes.

fue miembro del «ejército de monos», como se llamaba afectuosamente a esta grey infantil tan activa.

Alarmado ante la intensidad del movimiento y con el deseo de sacar provecho de las esperanzas de una federación, lord Irwin, virrey de la India, conferenció con Gandhi en las famosas conversaciones de febrero y marzo de 1931, lo que movió a Churchill a denunciar (y no por última vez) al futuro lord Halifax por recibir ante su presencia a aquel «faquir medio desnudo». Hubo un armisticio que prometía seriamente la paz, y se persuadió a Gandhi para que se trasladase a Londres y asistiese a la segunda Conferencia de Mesa Redonda. Las rivalidades locales dieron al traste con toda probabilidad de éxito y, al regresar a la India en enero de 1932, se desencadenó inmediatamente otra campaña de desobediencia civil. El Gobierno había aprendido ya la lección a través de la anterior experiencia y reprimió con dureza el movimiento, pero los seguidores de Gandhi dedicáronse entonces a soliviantar a los campesinos.

Los nacionalistas supieron aprovechar el descontento social como instrumento de resistencia en las jornadas desesperadas de principios de la década de 1930; sin embargo, una vez llegados al poder, deploraron el hecho de que otros empleasen la misma táctica. La Ley para el Gobierno de la India, promulgada en 1935, no otorgó a los nacionalistas todo lo que querían, pero ofreció a muchos de ellos buena parte de lo que esperaban. Tras agrias disputas entre el ala derecha, dirigida por Vallabhbhai Patel, y el ala izquierda, acaudillada por Jawaharlal Nehru, el Congreso decidió hacer la campaña electoral según la nueva Constitución. Tras una nueva serie de discusiones, los nacionalistas ocuparon los cargos en la mayoría de las provincias, vindicando así en 1937 aquella política de colaboración por la que los moderados habían sido denunciados en la década de 1920. Llególes entonces el momento de tropezar con los obstáculos que ellos mismos habían puesto antes y, tanto en Bombay como en Madrás, los nuevos gobiernos del Congreso se hallaron ante conflictos laborales que reprimieron con un vigor que difícilmente los británicos se hubiesen atrevido a emplear. En el norte de la India, donde los campesinos se mostraban turbulentos, el Congreso supo también meterlos en cintura. El ala izquierda del partido encontró la horma de su zapato en Vallabhbhai Patel, quien se convirtió en el hombre más poderoso del Congreso al expulsar a Subhas Chandra Bose, presidente del mismo. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, todo parecía indicar que el Congreso Nacional de la India iba a convertirse en una fuerza conservadora en busca de una alianza con el Raj.

Pero el tercer factor que predominó en la historia política de la década del 1930 acabaría por ser el más poderoso de todos. Puesto que hindúes y musulmanes no se ponían de acuerdo con respecto al número de escaños que debían repartirse en los nuevos Parlamentos, los británicos cumplieron la amenaza de imponer su arbitraje. Ambas comunidades se enfurecieron, no sólo contra los británicos y contra su grupo rival, sino también contra sus propios correligionarios de otras provincias que se habían aprovechado del arbitraje británico. En Bengala y en el Penjab, donde todo hacía esperar que ganasen las elecciones, los líderes musulmanes juzgaban con filosofía la igualmente pronosticable derrota de las minorías musulmanas en otras provincias, tales como las vitales Provincias Unidas, donde se habían agrupado muchos de los talentos del Islam. La apremiante necesidad de reparar tales divisiones motivó el regreso de Jinnah desde Inglaterra, y su última y mayor empresa fue la tentativa de resucitar la Liga Musulmana como un partido panindio que actuase en nombre de toda la comunidad. Naturalmente, semejante programa le hizo chocar con los jefes musulmanes de las provincias de mayoría islámica, como Sikander Hyat Khan en el Penjab y Fazl-Huk en Bengala. Lógicamente también, le granjeó el decidido apoyo de la minoría musulmana de las Provincias Unidas, de la que emergerían más tarde tantos líderes del Pakistán. Al principio, Jinnah alimentó la esperanza de trabajar en alianza con el Congreso, pero después del arrollador triunfo de éste en las elecciones de 1937, los líderes del Congreso no necesitaban ya de su apoyo. Poco a poco, Jinnah, el exmiembro del Congreso, exmoderado y excampeón de la unidad hindú-musulmana, convirtióse en el Quaid-i-Azam, el Gran Jefe, y en el arquitecto de la nación pakistaní.

Anil Seal

Fin del Prohibicionismo

La Enmienda 18.ª prohibió la producción, la venta y el transporte de bebidas alcohólicas, pero de hecho contribuyó a que aumentara su consumo. Era ésta una paradoja que sólo podía resolverse con una total victoria o con la rendición incondicional...

La Ley Seca fue durante casi catorce años una cuestión candente en el seno de la sociedad norteamericana. Enunciada como principio por la Enmienda 18.ª en 1917, la prohibición del alcohol se convirtió en ley en enero de 1920, al aprobarse la *Volstead Act* y fue abrogada en diciembre de 1933. Fue el intento de un sector de la opinión pública para inducir al resto de la nación a someterse a su propio código moral. Fracasó como tal intento, pero los defensores del régimen «seco» no se declararon vencidos hasta que se vieron forzados a una capitulación incondicional. Decepcionando las esperanzas que muchos reformadores tenían puestas en el renacimiento moral que derivaría del prohibicionismo, los efectos de la ley fueron moral y materialmente perjudiciales. La embriaguez se convirtió en una especie de nota de buen tono social y los más nocivos licores de contrabando causaron enormes estragos en muchas vidas humanas, provocando cegueras, parálisis y muertes. La Ley Seca fue quizá la cuestión más debatida en Norteamérica después del problema de la esclavitud en el siglo XIX, pero en 1930 la gente había llegado al límite de su resistencia. Según G. K. Chesterton, la Prohibición había sido aprobada «en una especie de fervor o de fiebre de autosacrificio, que formaba parte del exaltado patriotismo norteamericano durante la guerra». Pero no era posible mantener por mucho tiempo semejante exaltación idealista. Las consignas aclamadas con vítores durante la guerra, fueron recibidas con escarnios en tiempos de paz.

Los cambios que tuvieron lugar entre la aprobación de la Enmienda 18.ª, que anunció la Prohibición, y la aprobación de la 21.ª, que la abrogó, significaron, sin embargo, algo más que la transición de un clima de guerra a un clima de paz. Esos años fueron testigo de la lucha entre dos órdenes sociales: la vieja Norteamérica de pueblos y granjas, y el nuevo orden de las grandes ciudades. Para la mentalidad de los tradicionalistas las ciudades eran el símbolo de Sodoma y Gomorra; según ellos, el hombre menos corrompido era el más próximo a la naturaleza. Esta tradición formaba parte del sueño de los pioneros, un sueño que nunca tuvo ni el más ligero parecido con la realidad. La vida del campo era dura, sin apenas compensaciones, y el hombre de la frontera, descontento, se refugió en la religión fundamentalista y expresó su resentimiento en el radicalismo político. Fue la sociedad a la que él pertenecía la que constituyó la espina dorsal de la cruzada prohibicionista, pues la Prohibición representó la última victoria de la provincia protestante contra el creciente poder de la ciudad.

El prohibicionismo no fue en realidad «el experimento social más importante de los tiempos modernos», como lo definieron sus defensores. Fue un ejercicio de poder político, alimentado por la desconfianza hacia las civilizaciones extranjeras que la inmigración introducía en las ciudades; un poder político expresado en términos de fanatismo y prejuicio, y llevado a la práctica mediante procedimientos discutibles. Los prohibicionistas se impusieron gracias a su habilidad en las técnicas del cabildeo; práctica ésta que la Liga Antialcohólica perfeccionó y llevó a cabo sin escrúpulos. La Liga estaba formada por aquellas personas que consideraban que la mejor manera de cumplir la voluntad de Dios era combatir a un demonio bien preciso; en este caso el alcohol y sus nefandas consecuencias. Eran las tropas de choque del Señor en el terreno político y durante cierto tiempo fueron el grupo de presión más fuerte de Norteamérica. Hasta 1928 la Liga estuvo presidida por Wayne B. Wheeler, el hombre que redactó la *Volstead Act* (ley tan sumamente complicada que, sin duda, él era el único que la entendía). Trabajaba dieciséis horas diarias por la causa y supo mantener en constante vigilancia a los miembros del Congreso durante las votaciones. Wheeler llegó a ser uno de los hombres más influyentes de Washington.

Pero después de una década de prohibicionismo la gente empezó a mirar con hostilidad a Wheeler y a los métodos de la Liga. Conservaban el mal recuerdo de cómo las mujeres partidarias de la Prohibición habían presionado a los votantes rodeando las urnas electorales de niños de las escuelas dominicales, vestidos de blan-

La Estatua de la Libertad brinda con jarras de cerveza por la derogación de la Ley Seca. Para muchos norteamericanos, ese desenlace fue el lógico fin de una injustificable coacción a la libertad individual.



co, que cantaban canciones contra el «demonio del alcohol» y desafiaban a los políticos con gritos de «purificaremos las urnas electorales cuando seamos mayores de edad».

Una educación sobremanera intransigente creó un complejo de culpabilidad casi general respecto a la bebida, pero los que se sentían tentados por el alcohol no tardaron en descubrir que la mejor manera de librarse de la tentación era ceder a ella. El abuso de la bebida fue un modo de pronunciarse contra le Ley Seca. Los manuales destinados a propagar la doctrina de los abstemios declaraban que el alcohol debilitaba la resistencia frente a las enfermedades venéreas, amenaza que resultó muy efectiva como arma de terror. Pero a partir del momento en que los prohibicionistas perdieron su prestigio, la gente dejó de creer que la Prohibición fuera el mejor método para curar la sífilis, que los hijos de los bebedores tuvieran más riesgos de nacer deformes que los hijos de los abstemios y, por descontado, que los bebedores tuvieran prohibida la entrada en el cielo. El exagerado fanatismo de los prohibicionistas contribuyó en gran parte a fomentar el deseo de que la Ley fuese abrogada. Los que creían que la sobriedad de pensamiento tenía más importancia que la sobriedad en la bebida no olvidaban fácilmente algunas de las más violentas expresiones de los defensores de la Ley Seca: una de sus partidarias había sugerido, en cierta ocasión, que todos los violadores de la Ley fueran colgados por la lengua en un avión y paseados así por todo el país, mientras otra aconsejaba que el Gobierno distribuyese alcohol envenenado entre los traficantes de bebi-



das. Semejantes desafueros brindaron otras tantas armas a los adversarios del prohibicionismo.

¿Cómo ocurrió?

La Prohibición no hubiera llegado a proclamarse Ley de no haber sido por la guerra. El hecho de que los cerveceros fuesen en su mayoría alemanes permitió a los militantes prohibicionistas proclamar que la abstinencia era sinónimo de patriotismo, y que un voto contra la bebida era un voto en contra del Káiser. Lograron hacer de la Enmienda 18.ª una cuestión capital durante el breve período en el cual la ciudad y el campo se aliaron y estuvieron unidos bajo el símbolo de la bandera. La habilidad con que explotaron el histerismo belicista proporcionó municiones a los antiprohibicionistas recalcitrantes, quienes pudieron entonces sostener que los «secos» se habían aprovechado del país en un «momento de crisis». La Enmienda 18.ª y la *Volstead Act*, que la había traducido en norma de ley, fueron aprobadas en el Congreso casi exclusivamente gracias a los cabildeos de los prohibicionistas, acaudillados por la Liga Antialcohólica. A pesar de que la Administración de Wilson ha sido a menudo acusada de haber aprobado los proyectos de ley, Wilson no tuvo en realidad parte alguna en ello y no simpatizó nunca con los objetivos de la cruzada prohibi-



El retorno de EE. UU. al comercio legal de las bebidas alcohólicas, en 1933. Cajas de whisky irlandés son cargadas en el puerto de Liverpool con destino a Nueva York, donde contribuirán al júbilo general por la desaparición de las medidas prohibicionistas.





cionista. Dado que el objetivo principal de los «secos» era incrustar en la Constitución una ley antialcohólica, en la convicción de que así sería intocable, su táctica consistió en hacer aprobar una enmienda moderada bajo una forma cualquiera, y después una ley más severa para aplicarla. Esta táctica fue realizada de un modo tal que dio pie a las acusaciones de inmoralidad esgrimidas contra los prohibicionistas. Éstos aprovecharon el deseo del Congreso de rehuir toda responsabilidad, arguyendo que al aprobar la Enmienda 18.ª los congresistas no votaban una ley, sino simplemente sometían dicha enmienda a la aprobación de los Estados. Puesto que muchos creían que nunca llegaría a ser ratificada, no tuvieron inconveniente en votarla, para así verse libres de los continuos asedios de la Liga Antialcohólica y no ser molestados en las votaciones. El temor a la Liga era tan fuerte que, según el *Washington Times*, la Enmienda 18.ª no hubiese sido aprobada nunca si el escrutinio secreto hubiera impedido a la misma Liga hacer públicos los nombres de los que habían votado en contra. Los resultados justificaron los métodos de la Liga: la enmienda fue fácilmente aprobada por las dos Cámaras y rápidamente ratificada por los Estados. Pero el éxito llevaba implícito el germen del futuro fracaso, ya que, apoyando en las elecciones a los candidatos dispuestos a votar por la Prohibición —independientemente de a qué partido pertenecieran—, los prohibicionistas habían dividido interiormente tanto a los republicanos como a los demócratas. Era evidente que los partidos estaban demasiado divididos sobre esta cuestión para hacer que la Prohibición fuese respetada sinceramente.

Esta división tuvo numerosas consecuencias prácticas. La ambigüedad con que estaba formulada la enmienda dio lugar a graves equívocos. Al tiempo que prohibía la venta de alcohol, no prohibía su compra ni su consumo. Esto significaba que todo aquel que hubiera abastecido su bodega antes de entrar en vigor la Ley, podía seguir bebiendo licores legalmente hasta haber agotado sus existencias. Y como, por otra parte, tampoco se habían prohibido los instrumentos para la destilación doméstica, no le sería difícil reponerlas. La Ley no señaló ningún castigo para los que preferían beber en los bares, ya que sólo establecía penas para los *bootleggers* (traficantes de alcohol). Los ciudadanos respetables podían beber legalmente en bares clandestinos —los *speakeasies*— y dejar que el propietario se enfrentara con las consecuencias, cosa que éste raramente se veía obligado a hacer, ya que el sistema de sobornos y corrupción que ligaba a políticos y criminales ofrecía una excelente protección en estos casos. Cuando Johny Torrio, uno de los pioneros del tráfico de alcohol en Chicago, decía «Yo soy el dueño de la policía», no exageraba mucho. El sistema democrático del país ponía también trabas a los proyectos de los prohibicionistas. Con el fin de conseguir la aprobación de la Ley Seca en el Congreso, tuvieron que recurrir a una medida inaplicable: en realidad era la misma Constitución la que así lo determinaba, por cuanto garantizaba a los norteamericanos ciertos derechos, como la libertad individual, los derechos de los Estados y los derechos de la propiedad. La *Volstead Act* y otras leyes que debían aplicar la Enmienda 18.ª violaban tales derechos y por lo tanto eran contrarias a la tradición política norteamericana. En algunos casos la *Volstead Act* rechazaba el proceso con jurados, confiscaba la propiedad privada, no respetaba la inviolabilidad del hogar y, según las palabras de un miembro del Congreso, «convertía en crímenes actos corrientes e inofensivos propios de la vida familiar tradicional». El resultado de todo ello fue el desprestigio de esta ley, de tal modo que la Enmienda 18.ª llegó a ser considerada como una «verruga» en la nariz de la Constitución.

La Constitución garantizaba «un juicio rápido y público, con un jurado imparcial», pero fueron tantos los embotellamientos creados por la afluencia de casos «prohibicionistas», que los tribunales federales iniciaron unos «días de rebajas», durante los cuales se despachaba un gran número de ellos: bastaba que los acusados se declarasen culpables para ser condenados a una pequeña multa o a algún día de cárcel. La reputación de los tribunales se hundió a medida que el valor de la justicia bajaba de nivel y los funcionarios, abrumados, se veían obligados a permitir ciertas prácticas ilegales para poder discutir las otras causas. Los procesos con jurados dejaron de ser una garantía de justicia; un jurado de San Francisco fue inculpado por haberse bebido la prueba del caso que debía juzgar. La introducción de una discutible medida en la Constitución dio como resultado el desprestigio de la Ley.

Los problemas suscitados por la Prohibición fueron mayores que los que trataba de remediar. Se calcula que los diez años de Prohibición aumentaron el con-







Página contigua, arriba: **inscripción en un coche de 1931 contra la Enmienda 18.ª** *Página contigua, abajo:* **la muchedumbre festeja en la Times Square neoyorquina el fin de la Ley Seca.** *Izquierda:* **Al Capone en la portada de** *Time* **(1930), fotografiado tras su salida de la cárcel, donde permaneció un año por tenencia ilícita de armas. Acosado por la policía, intentó retirarse del cada vez más peligroso contrabando de alcohol.** *Arriba:* **agentes de la Ley Seca supervisan el cierre del «Stork Club» de Nueva York en 1933, luego de una inspección.** *Abajo:* **Jack Dempsey, antiguo campeón de boxeo de los pesos pesados, y el cómico Jimmy Durante celebran el final de la Ley Seca junto a otros invitados en el «Paradise Restaurant» de Broadway.**





sumo del alcohol en un 10 %, en relación con la época en que la bebida era legal. Los canadienses estaban encantados, ya que el contrabando de alcohol entre Canadá y Norteamérica llegó a alcanzar probablemente la cifra de veinte a cuarenta millones de litros por año. Como observó Roy Haynes, funcionario del *Prohibition Bureau*, era imposible «impedir que el alcohol se filtrara a través de una frontera fantasma». El contrabando de alcohol se practicaba también por mar en flotas enteras equipadas por los contrabandistas, las cuales proporcionaban a la Marina de los Estados Unidos entrenamiento gratis de prácticas de tiro y de navegación. Al alcohol introducido ilegalmente se añadieron, en los años veinte, de 200 a 250 millones de litros de alcohol industrial adulterado, que provocaron la muerte de cinco mil personas cada año aproximadamente. Esta inundación de alcohol aumentó todavía con casi 300 millones de litros producidos anualmente en las destilerías clandestinas. Durante los cinco primeros años de prohibicionismo fueron entregados a los *speakeasies* cuatro billones y medio de litros de *near-beer*, o sea de bebidas no alcohólicas permitidas por la ley, acompañadas del alcohol que previamente había sido extraído de ellas. El barman las convertía entonces en la legendaria *nudled-beer*, inyectándoles el alcohol con la ayuda de una jeringa. Finalmente el consumo de vino aumentó probablemente en dos tercios durante aquel decenio, y es imposible calcular la cantidad de sidra producida en las granjas.

Farsa, fracaso y corrupción

El tristemente ineficaz *Prohibition Bureau* intentaba detener el impetuoso torrente de alcohol que el contrabando vertía en las sedientas bocas de los norteamericanos. Apoyándose en la opinión de algunos optimistas partidarios de la Ley, que habían intentado ganarse a los moderados afirmando en el Congreso que era posible hacer respetar la Prohibición con menos de cinco millones de dólares anuales, el Congreso facilitaba únicamente el dinero necesario para pagar un salario modesto a 1.500 agentes de la lucha contra el contrabando. Estos 1.500 hombres, pues, estaban encargados de evitar que 120 millones de norteamericanos bebiesen. La Ley sirvió prácticamente para que dos billones de dólares anuales pasasen de manos de los fabricantes de cerveza a los bolsillos sin fondo de los grandes traficantes de alcohol y para que éstos consiguiesen tal poder que Al Capone, por ejemplo, se atrevió a hacer rodar a puntapiés, escaleras abajo del Ayuntamiento, al alcalde de Chicago. No es pues extraño que la exigua cantidad de cinco millones de dólares depositados en las arcas de la oficina del *Prohibition Bureau* resultase inadecuada.

El *Prohibition Bureau* no fue sólo un engaño sino además un foco de escándalos y de intrigas, más corrompido que la corrupción que pretendía combatir. Un honrado agente de New Jersey dice que se encontró «en un torbellino de malas voluntades, de intrigas, de espionaje dentro y fuera del servicio, de corrupción, sin sentirse apoyado por Washington, y sin las simpatías de la opinión pública, en medio de un continuo doble juego y de un constante zancadilleo». Esta clase de agentes solían ser despedidos de sus puestos porque a sus superiores les resultaba incómoda su eficiencia. Los escándalos llegaron a su punto culminante durante la administración del presidente Harding. Utilizando como criterio para la distribución de los cargos las amistades personales con preferencia a una buena hoja de servicios o la lealtad hacia el partido, repartió a sus amigos en los puestos de mayor responsabilidad, desde los cuales pudieron robar con mayor impunidad. El tráfico de alcohol se practicaba abiertamente en el número 1.625 de la calle K, llamado la «casita verde», donde tenían lugar continuas bacanales y donde se daban cita mujeres de vida fácil y personajes del hampa que negociaban con los políticos. Las provisiones de alcohol llegaban sin ocultarse, transportadas por agentes del Departamento de Justicia, alcohol que había sido previamente confiscado por el *Prohibition Bureau*.

Pero una nueva fuerza entró en juego cuando en 1924 John Edgard Hoover fue nombrado director del *Bureau of Investigation*, que en 1935 se convirtió en el F.B.I. Los gángsters que gobernaban «imperios» de varios millones de dólares —fondo constituido por el contrabando del alcohol, del robo, de la prostitución, del juego y de las drogas—, sólo po-

«El funeral de un gángster», pintura de Jack Levine que simboliza el enorme poder del mundo del hampa. Los gángsters se mezclan con las autoridades locales ante el cadáver de un colega asesinado, amortajado con el esplendor habitual. Las ganancias del contrabando de alcohol dieron a los gángsters tanto poder que ni la derogación de la Ley Seca pudo ya ponerle coto.



El presidente Harding, cuyo nepotismo aumentó los abusos cometidos por los agentes encargados de hacer respetar la Ley Seca. ***Abajo:*** **el presidente Hoover, quien, al colocar a los agentes de la Prohibición bajo la tutela del F.B.I., hizo más rígido el cumplimiento de la Ley Seca, cooperando así, indirectamente, a su derogación.**



dían ser combatidos en su propio terreno. Hacia finales de los años veinte, el *Bureau*, reorganizado, empezó a utilizar técnicas apropiadas para acorralar a los grandes criminales, y cuando el presidente Hoover puso el *Prohibition Bureau* bajo la tutela del *Bureau of Investigation*, se consiguió finalmente un cierto respeto por la Ley: gracias al F.B.I., Al Capone terminó por ir a la cárcel (fue liberado en 1939, y vivió retirado en su finca de Miami, donde murió de un ataque de apoplejía en 1947). Durante los años treinta, el *Bureau* fue cada vez más eficaz, y el número de detenidos por delitos contra la Ley Seca fue creciendo progresivamente. Como dijo Hoover en 1929: «Si una ley es mala, el método más eficaz para que sea derogada es aplicarla rígidamente. Si la ley es buena, el modo mejor de hacerla respetar es también aplicarla sin vacilaciones.» La Ley, en este caso, resultó ser mala.

Anatomía del exceso

Tres factores importantes contribuyeron a que fuera votada la 21.ª Enmienda. El primero fue la difusión de una nueva actitud social, paradojalmente determinada por aquella misma medida que tenía como objetivo su completa destrucción. La Prohibición añadió al hábito de la bebida un gustillo de pecado, y mientras el lema de los «secos» era la pureza, el resultado de sus esfuerzos fue el triunfo del vicio. En una época de prosperidad, la gente andaba en busca del placer; los ricos eran los amos del mundo. Su estilo de vida llegaba hasta los más apartados rincones, a través de los nuevos medios de comunicación: el coche, el cine y la radio. Según palabras de Scott Fitzgerald: «Con una clase alta que vivía con la despreocupación de grandes duques y la frivolidad de coristas», y el resto de la nación tratando de imitarla, los principios de la reforma prohibicionista carecían de sentido. La gente estaba harta de «moralistas». Esta actitud despreocupada fue la que dio al traste con la Ley Seca. Los órganos antiprohibicionistas se mostraron más activos, pero ahora representaban no sólo los intereses de los productores de alcohol sino a amplios sectores de la opinión pública. En lugar de atacar cerradamente a los prohibicionistas, los partidarios del régimen «húmedo» adoptaron una actitud irónica, más de acuerdo con la época. La solución que sugirió el *Vanity Fair* para el problema de la vigilancia en la frontera canadiense, no era montar una alambrada, sino un pasamano de latón. Gángsters y traficantes de alcohol eran gente interesante y motivo de comentarios, mientras el pequeño cervecero procesado por llevar una cantimplora de alcohol encima, tenía asegurada la simpatía popular. Los «secos», que empezaron siendo unos reformadores radicales, se habían convertido en reaccionarios conservadores a la defensiva.

«Huyamos de la Prohibición»

El segundo factor que condenó al fracaso la cruzada prohibicionista fue la acometida de la Depresión. En el momento en que el país pasó de su afán de placeres a la necesidad de buscarse el pan, el alcohol dejó de ser un importante problema moral. Los antiprohibicionistas lo convirtieron en un problema económico. En efecto, los «secos», al pretender que el prohibicionismo había sido «la causa real» de la prosperidad de los años veinte, hicieron el juego a sus propios adversarios. Con la misma lógica, podía ahora argumentarse que la Ley era la responsable de la Depresión. Si había sido un método para ganar la guerra, su abrogación era presentada ahora como un sistema para combatir la crisis.

El extremismo de los prohibicionistas fue el tercer factor que hizo inevitable la aprobación de la 21.ª Enmienda y su derrota total. Los absurdos argumentos de los prohibicionistas fueron seguidos por otros no menos absurdos presentados por sus adversarios. Gracias a sus defensores, la Prohibición había pasado de ser una solución para el problema de la bebida a convertirse en una panacea para los males sociales. Los prohibicionistas habían logrado con sus exageraciones que fuera aprobada la Enmienda 18.ª, y sus adversarios usaron los mismos métodos para atacarla primero y derogarla después. Del mismo modo que los «secos» habían sostenido que un simple sorbo de whisky era un ataque al *American Way of Life* (estilo de vida norteamericano), los partidarios del alcohol pedían ahora la reapertura de los bares sin ninguna clase de control ni vigilancia, como un mal necesario. En 1933 afirmaban que la reapertura del negocio del alcohol crearía los puestos de trabajo suficientes para devolver a Norteamérica la prosperidad. Una vez acabada la Prohibición, no serían ya necesarios los gastos para hacerla respetar: los impuestos bajarían y la Depresión moriría de muerte natural. Sus argumentos eran tan falsos como lo habían sido los de sus adversarios, pero fueron aceptados porque los prohibicionistas estaban desacreditados.

El 16 de febrero de 1933, el Senado votó la inmediata abrogación de la Ley y en la Cámara el diputado Celler exhortó: «Huyamos de la Prohibición como huiríamos de un manicomio o de un pudridero.» Y así fue. Los antiprohibicionistas imitaron el fanatismo de los «secos» y reinstauraron el ciclo completo del alcohol, política y corrupción que había sido una de las plagas del país antes de la Prohibición.

Simon Rigge

Estados Unidos: pobreza y agitación

Al comenzar la Gran Depresión en los EE. UU., socialistas y comunistas vieron en la explotación de la miseria de la clase obrera un medio de llegar al poder: la década de los años treinta se iniciaba con tensiones y turbulencias que, por un momento, parecieron conducir hacia una revolución.

Norman Thomas, candidato a la presidencia por el Partido Socialista de los EE. UU. en 1932; las elecciones decepcionaron a los socialistas: en lugar de los dos o tres millones de votos esperados, Thomas consiguió sólo un millón. ***Abajo:*** **control policial de parados norteamericanos que acuden a recibir la ayuda del Gobierno.**





Para la industria textil norteamericana, la Gran Depresión de los años treinta empezó mucho antes que la bancarrota de la Bolsa (octubre de 1929). Incluso las industrias que se trasladaron a los Estados del Sudeste, para aprovecharse de la fácil y diligente mano de obra que allí se ofrecía, tenían dificultades para mantenerse a flote. A fin de reducir costes, se introdujeron el *strech-out* —aumento del número de máquinas que manejaba cada obrero— y la constante reducción de salarios. En la primavera de 1929, el creciente descontento de las fábricas derivó hacia una serie de huelgas espontáneas, las más espectaculares de las cuales se produjeron en Elizabethton, Tennessee y Gastonia (Carolina del Norte). La forma en que reaccionaron los partidos socialistas y comunistas frente a estas dos huelgas determinó su actitud durante los cuatro años siguientes de la Depresión.

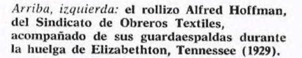
Los socialistas se encontraban ante un dilema. Por un lado, se veían obligados a colaborar con las organizaciones laborales elegidas por los obreros, a pesar de que el Sindicato de Trabajadores Textiles Unidos, afiliado a la Federación Norteamericana del Trabajo, había resultado ineficaz como organizador de huelgas en Elizabethton. Pero todavía era peor su situación respecto del Sindicato Nacional de Trabajadores Textiles, dirigido por los comunistas, federación dual que había llevado la huelga en Gastonia, y cuyos dirigentes parecían más interesados en la revolución que en mejorar la suerte de los trabajadores. Los socialistas, que no estaban directamente involucrados en ninguna de las dos huelgas, se limitaban a recaudar fondos para ayudar a los huelguistas, a la vez que intentaban influir desde fuera sobre los dos sindicatos.

Ambas huelgas fueron rápidamente resueltas por la intervención de la Guardia Nacional con el pretexto de atajar la violencia provocada por «agentes agitadores». Pero los comunistas se negaron a abandonar Gastonia tan fácilmente como la Federación Norteamericana del Trabajo había abandonado Elizabethton. Aunque la huelga había fracasado, utilizaron los pocos huelguistas que quedaban —acampados en las afueras de la ciudad— como núcleo de propaganda de la lucha de clases. Una muchedumbre, indignada por la presencia de los extremistas, invadió el campamento, y en el tiroteo que se produjo resultaron muertos un huelguista y dos agentes, entre ellos el jefe de policía. Entonces, el Estado de Carolina del Norte actuó para detener la revolución. Se efectuaron redadas, y los líderes de los sindicatos fueron encarcelados, sometidos a juicio y sentenciados. Los comunistas abandonaron la causa de los huelguistas y los utilizaron como prueba de la naturaleza clasista de la sociedad norteamericana y como argumento para aglutinar a los trabajadores en la lucha de clases. En realidad, la revolución atrajo a muy pocos de ellos, incluso en plena Depresión; los obreros estaban más interesados en mejorar su situación inmediata que en alcanzar una meta incierta y lejana.

Los antecedentes de los dos partidos explican suficientemente su incapacidad para aprovechar en beneficio propio el malestar general creado con el colapso económico de los años treinta. En 1920, a pesar de haberse llegado al mayor número de votos logrado hasta entonces por un candiato socialista, el partido se hallaba en una situación precaria. Debilitado por la pérdida de los intelectuales que se negaban a apoyar la oposición socialista a la Guerra Mundial, dividido por el cisma de su ala izquierda que dio lugar al Partido Comunista en 1919, fue perdiendo fuerza progresivamente y terminó asociándose a los sindicatos a pesar de la tendencia conservadora de la Federación Norteamericana del Trabajo, partidaria de una acción política evolutiva. Sólo conservó la tradicional retórica marxista. El partido empezó a recobrar vitalidad cuando Norman Thomas, un antiguo ministro presbiteriano, se erigió como su portavoz en 1928. Aunque su socialismo no era marxista, Thomas lo consideraba el único camino capaz de conseguir la justicia social en el país y acabar con la guerra en el extranjero. Conferenciante notable, logró considerable eco en algunos círculos intelectuales y atrajo a muchos jóvenes, cansados de la timorata intransigencia de los antiguos líderes fieles al espíritu de la década anterior.







Arriba, izquierda: **el rollizo Alfred Hoffman, del Sindicato de Obreros Textiles, acompañado de sus guardaespaldas durante la huelga de Elizabethton, Tennessee (1929).**

Arriba: **un grupo de parados californianos desfila ante el gobernador James Rolph (en el centro, con sombrero hongo y un clavel) pidiendo el seguro de paro.**

Izquierda: **manifestación de parados en la Union Square de Nueva York, el 6 de marzo de 1930; acabó en revuelta, y atrajo la atención sobre el creciente número de parados.**

Abajo: **los manifestantes del 6 de marzo de 1930 huyen ante la policía.**



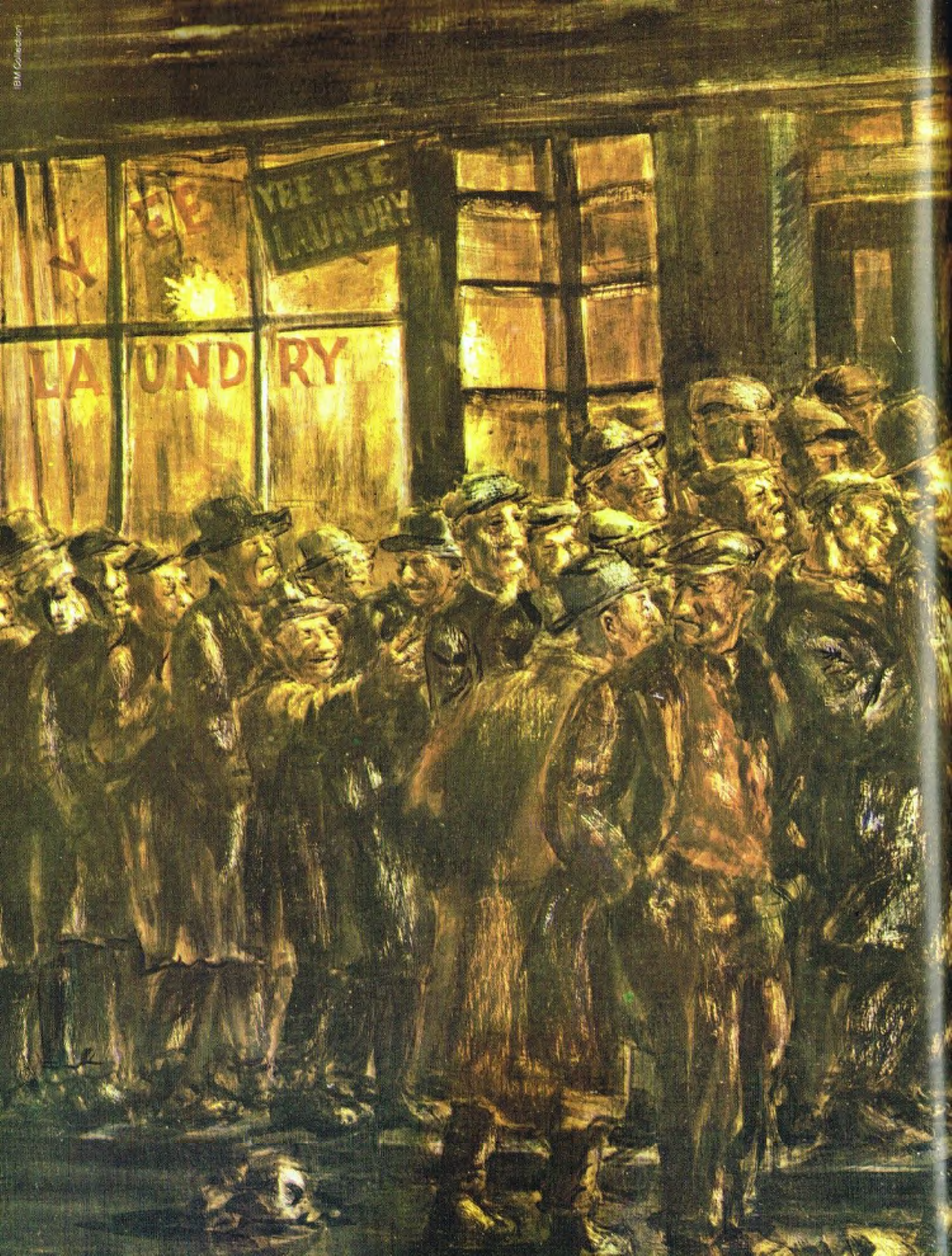


El largo brazo del Comintern

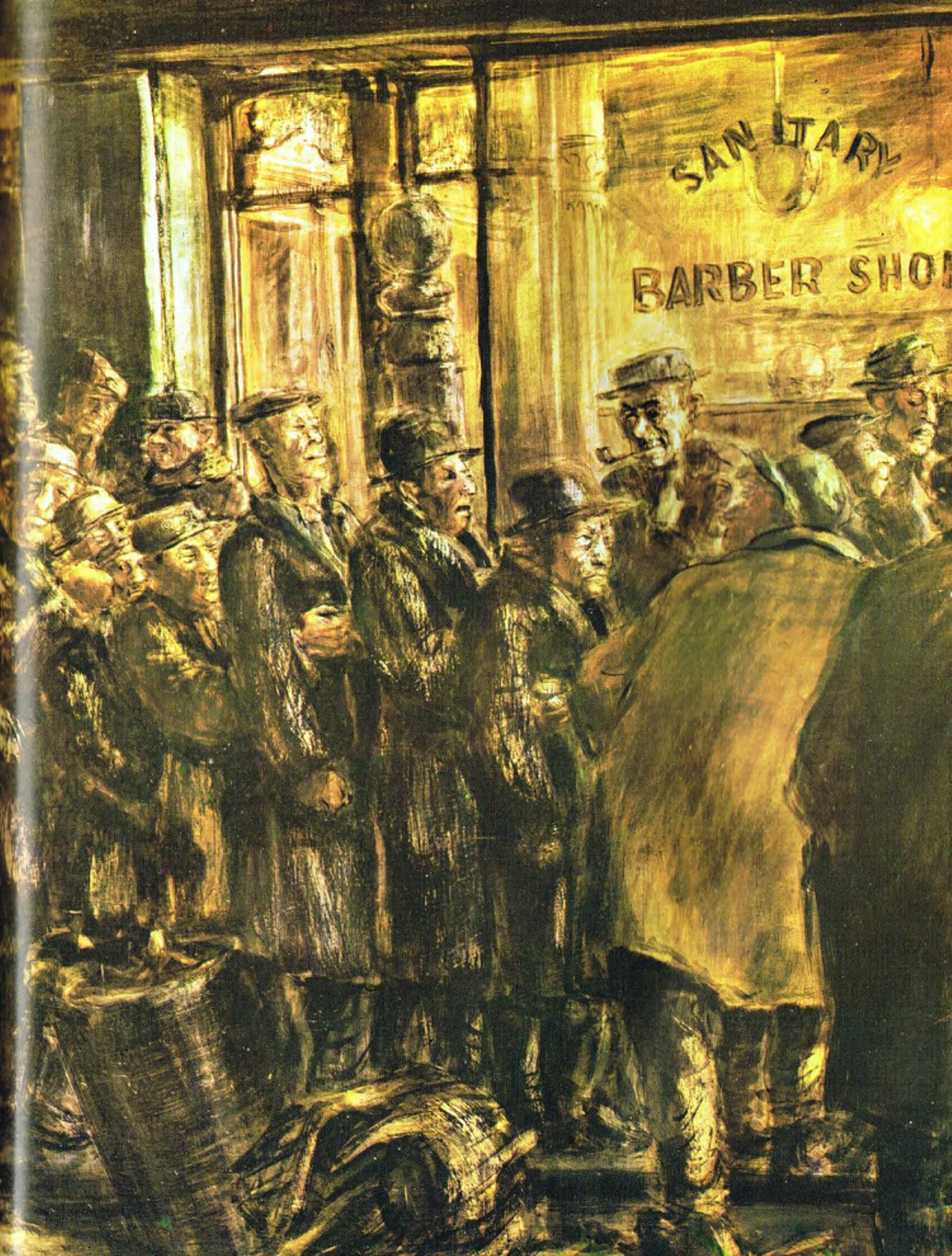
Los socialistas disidentes que formaron el Partido Comunista en 1919 se prepararon para la revolución inminente ajustando su acción a la de los bolcheviques, afiliándose al Comintern, y actuando clandestinamente para eludir la persecución. Tan apegados estaban algunos de los miembros del partido a este papel romántico, que el Comintern tuvo que obligar a su organización norteamericana a salir a la superficie. A mediados de la década 1920-1930, el partido era una rama disciplinada de la Internacional Comunista, y, así, reproducía en escala menor los cismas que caracterizaban al Partido Comunista Soviético. En 1928, los comunistas norteamericanos estaban dispuestos a aceptar el programa acordado en el VI Congreso del Partido, que los obligaba a repudiar toda cooperación con los socialistas o con cualquier otro movimiento obrero no comunista. Rápidamente, constituyeron una doble federación obrera, la *Trade Union Unity League,* que acentuó la necesidad de la sindicación industrial de los no organizados como primer paso para la revolución. Una vez más, los comunistas actuaban como si existiera en los Estados Unidos una situación revolucionaria. Cuando sobrevino la Depresión, los hechos parecieron demostrar que la razón estaba de su parte.

Al empezar la Depresión, el país vio aumentar rápidamente el paro. A principios de 1930, los parados empezaron a formar organizaciones para pedir al Gobierno mejores medidas asistenciales; en realidad, no existía aún ningún proyecto gubernamental de ayuda a los sin trabajo. Los comunistas incorporaron muchos de estos parados a sus *Unemployed Councils,* que militaban bajo el eslogan: «No perezcas de hambre: lucha.» Los parados, antes de caer en la apatía que más tarde los caracterizó, se unieron a ellos. El punto culminante de la campaña alcanzóse el 6 de marzo de 1930, designado por el Comintern como «Día Internacional para la Lucha contra el Paro Mundial». Miles de personas se unieron a los manifestantes en las principales ciudades. Aun-

Arriba: **muelle del East River transformado en dormitorio para los parados de Nueva York en 1930.** *Abajo:* **cola de parados neoyorquinos en espera de comida ante la Misión del Santo Nombre, en el barrio de Bowery; habitualmente, la Misión servía como refugio de pordioseros y alcohólicos.**



IBM Collection


SANITARY
BARBER SHO

Página anterior: **«Misión del Santo Nombre», cuadro del pintor Reginal Marsh sobre el tema de la fotografía inferior de la pág. 155.**



William Z. Foster (sentado), candidato comunista a la presidencia en 1932; comunistas y socialistas se erigieron en defensores de las clases pobres, intentando así conseguir el poder, pero fracasaron por su adhesión a las directrices del Comintern.

que la mayor parte de las manifestaciones fueron pacíficas, la más importante, en la ciudad de Nueva York, acabó en revuelta. Cuando la mayoría de los 35.000 participantes se disponía a dispersarse, los cabecillas del partido empezaron a instigarlos para proseguir la manifestación hasta el Ayuntamiento, desafiando la prohibición de la policía. Reanudada la marcha por la multitud, la policía cargó contra manifestantes y espectadores, en un ataque furioso y sin sentido. Muchos de los asustados ciudadanos que intentaban huir, así como dos policías, resultaron heridos.

Esta revuelta espectacular atrajo la atención sobre el creciente número de parados y sobre los esfuerzos comunistas dirigidos a organizarlos. Los gobiernos locales intentaron suministrar la ayuda necesaria para socorrer a los necesitados, mientras los comunistas intensificaban sus esfuerzos. En su programa de organización, los comunistas formulaban las demandas que los obreros debían plantear, y que comprendían desde la ayuda federal directa hasta el reconocimiento norteamericano de los comunistas chinos. Una y otra vez el partido sacó a los parados a la calle. Sin embargo, los manifestantes eran cada vez menos numerosos; las manifestaciones no parecían cambiar en nada la situación de los parados, y su interés en el problema chino era muy limitado. Gradualmente, las organizaciones obreras de orientación socialista se convirtieron en los portavoces principales de los parados, y en muchas zonas las asociaciones de éstos fueron encauzadas hacia la ayuda mutua y rechazaron tanto la ayuda como la política de los marxistas.

Ninguno de los partidos marxistas fue capaz de atraer a muchos adeptos entre los agricultores, cada día más desesperados. Los socialistas soñaban con un eventual partido obrero agrícola, pero al mismo tiempo concentraban todas sus energías en las ciudades, donde contaban con mayores recursos, y confiaban más en la propaganda que en la acción personal para conseguir la alianza entre uno y otro sectores. Los comunistas empleaban métodos más directos, aunque no más afortunados: de acuerdo con su teoría revolucionaria, empezaron por la base. En 1930 lograron dirigir una huelga espontánea de varios miles de campesinos californianos, que fracasó; a pesar de ello, persistieron en sus intentos de organizar un sindicato agrícola. En 1933, una nueva ola de huelgas, infructuosas, que afectó a 40.000 obreros aproximadamente, demostró una vez más las dificultades de la causa proletaria.

Los agricultores militantes

La *Sharecroppers' Union* (Sindicato de Aparceros), organización comunista fundada en 1931 en la región algodonera de Birmingham, Alabama, fue aún menos afortunada. En esta zona, los comunistas atacaban intereses creados de tipo racial y económico. Los blancos intentaron desbaratar el sindicato por la violencia, y en los choques así provocados resultó muerto un negro. A pesar de las violencias continuadas y de la obligada clandestinidad, en 1933 el sindicato contaba con 3.000 afiliados; esta organización de Alabama fue la precursora del Sindicato Socialista Meridional de Agricultores Arrendatarios, que hizo del problema de los aparceros una de las principales causas liberales de la década 1930-1940.

Ambos partidos marxistas tenían dificultades para infiltrarse en el más activo de los grupos agrícolas de aquel momento, la *Farmers' Holiday Association*, que intentaba obligar al Gobierno a garantizar el coste de la producción agraria reteniendo cosechas. Este procedimiento ocasionó disturbios y violencias en la región del maíz, en Nebraska e Iowa: camiones volcados, leche derramada, amenazas a los que intentaban violar el convenio, y la Guardia Nacional hubo de restablecer el orden. Los comunistas se valieron del *Farmers' National Committee of Action* como portavoz, y enviaron a la región a uno de sus miembros más adictos, Ella Reeve Bloor, cuya influencia fue especialmente notable en un grupo anexo a la *Farmers' Holiday Association*, que consiguió suspender la ejecución de los embargos por el sistema de las llamadas *penny auctions* (subastas de penique). En la primera de estas subastas, los vecinos de una pobre viuda de Nebraska procuraron por todos los medios que ninguno de los artículos subastados se vendieran a más de cinco centavos; el producto total de la venta fue de cinco dólares y treinta y cinco centavos: el banco local tuvo que aceptar a regañadientes esa cifra como saldo de la deuda. En estas subastas, una multitud de indignados colonos impedía con su presencia las pujas rivales, consiguiendo casi siempre que los acreedores aceptaran lo poco que se les daba. Sin embargo, la

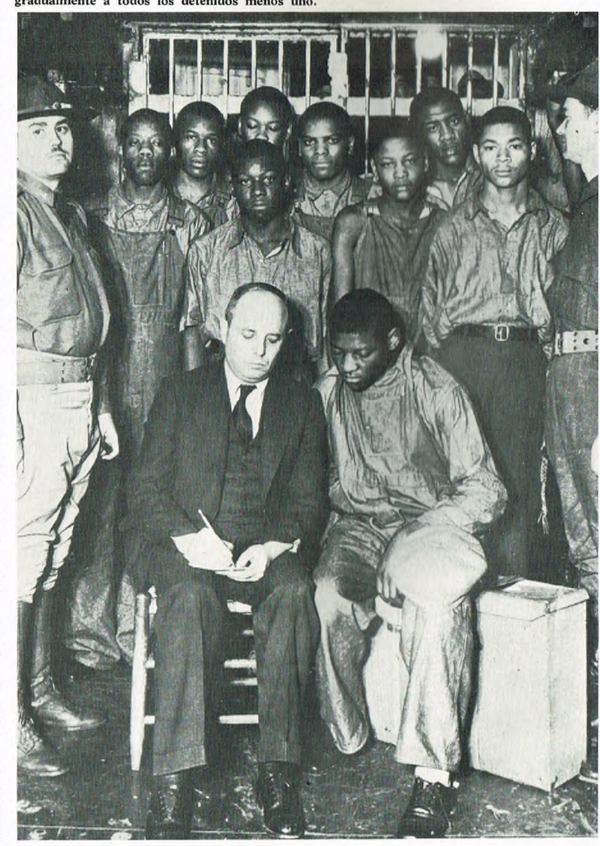
influencia comunista nunca tuvo mucha fuerza, ni siquiera entre los más desesperados campesinos, los cuales, aun cuando actuaban enérgicamente en defensa de sus intereses, no se decidían a tomar partido por los grupos extremistas.

Los norteamericanos que más duramente padecieron los años de la Depresión fueron los negros. Jornaleros en los algodonales del Sur o bien obreros industriales en el Norte, estaban sujetos aún al sistema de «los últimos contratados y los primeros despedidos». Los socialistas tenían dificultades en trabajar con los negros como grupo. Preferían tratar al negro como obrero cuyos problemas sólo un Estado obrero podía resolver. Sin embargo, la resuelta defensa de la igualdad de derechos y la influencia de hombres destacados como A. Philip Randolph, del Sindicato de Obreros de los Coches-cama, hizo que el partido lograra notable eco en la comunidad negra.

Los comunistas, esperanzados en que los negros norteamericanos pudieran dirigir la revolución en los países de raza negra, prestaron siempre particular atención al problema de estas gentes de color, y habrían podido introducirse con éxito en sus comunidades si no hubiesen enfocado equivocadamente el problema. Como respuesta a la línea del VI Congreso del Comintern (realizado en 1928), los comunistas norteamericanos adoptaron la tesis según la cual los negros eran, dentro de los Estados Unidos, una nacionalidad oprimida, y por tanto con derecho a la autonomía. Con el eslogan *Self-determination in the Black Belt* (autodeterminación en la región negra), el partido propuso crear una república negra con gobierno propio en aquellos lugares de los Estados del Sur con amplia población de color. Sin embargo, tal perspectiva de autonomía interesaba poco a los negros, quienes deseaban moverse libremente dentro de esa sociedad blanca que los excluía y reprimía. Tanto comunistas como socialistas conseguían casi siempre mayor aceptación entre la gente de color cuando verdaderamente defendían sus intereses legítimos.

Tal oportunidad se presentó en el caso de los jóvenes de Scottsboro. En 1931, nueve muchachos negros de Scottsboro (Alabama) fueron condenados por haber violado a dos jóvenes blancas que viajaban con ellos en un tren de carga. La *International Labor Defense,* uno de los grupos encargados de la defensa en el primer juicio, consiguió luego el control de las apelaciones en curso. Entonces, los comunistas, a cuya esfera de influencia correspondía el grupo, empezaron a explotar la oportunidad. Toda la máquina propagandística del Comintern se puso en marcha para destacar la injusticia cometida con los negros de Alabama. En numerosas asambleas y manifestaciones de los próximos cuatro años el partido pidió dinero y apoyo. A causa de las manifestaciones masivas y las peticiones de dinero, hubo quien acusó al partido de estar más interesado en la propaganda que en la justicia. De todas formas, se había encontrado una manera de llegar

Los muchachos negros de Scottsboro (Alabama) con su abogado Samuel Leibowitz; su condena por violación fue combatida durante años por los liberales, que la consideraban injusta. Una prolongada y enconada batalla legal fue rescatando gradualmente a todos los detenidos menos uno.



Arriba: cola de personas afectadas por la penuria, en espera de la distribución de patatas, en Cleveland (Ohio).
Izquierda: madre emigrante con sus hijos en busca de una nueva vida, en Nipomo, California (1936); la pobreza y la angustia han dejado claras huellas en el rostro de la mujer. Trescientos mil desesperados y hambrientos emigrantes invadieron California en busca de trabajo.
Abajo: niños de los barrios bajos juegan entre la sordidez que a menudo había de arrastrarlos a una vida de crimen.





Arriba: **fotografía hecha con la intención de subrayar los horrores de la pobreza en la crisis económica de los EE. UU.; es parte de una trágica historia en la que dos niños de quince meses murieron asfixiados al acurrucarse entre sus padres y hermanos para protegerse del frío.** *Izquierda:* **miseria en Oklahoma (1936): niña de un barrio de barracas, desnutrida y mal vestida.** *Abajo:* **mísera estampa de un hogar negro; las gentes de color fueron los norteamericanos más afectados por la Depresión.**







hasta los negros, y si algo impidió en aquel momento conseguir de ellos una mayor adhesión fue únicamente la consigna del partido que abogaba por una nación autónoma.

Fracaso electoral

Al acercarse las elecciones de 1932 los socialistas continuaron ganando puestos. Su programa ofrecía una alternativa de política interior frente al sistema que había provocado el caos de la Depresión. Norman Thomas, acusado por los comunistas de ofrecer un programa inadecuado, atraía, sin embargo, multitudes entusiastas al pedir una acción inmediata para aliviar la miseria provocada por la crisis en curso, y al proclamar futuros cambios socialistas capaces de prevenir catástrofes como la depresión y la guerra. El candidato comunista, William Z. Foster, dirigía sus ataques contra los socialistas. Su programa no ofrecía ningún proyecto serio capaz de responder a los diversos problemas del momento. Los comunistas centraban su programa nacional en la ayuda a la miseria económica, y en cuanto a su política exterior se limitaban a defender a Rusia y a los comunistas chinos. El candidato comunista a la vicepresidencia era James Ford, un negro en quien se confiaba para atraer más gente de color hacia el campo de la acción revolucionaria.

El resultado de las elecciones fue más decepcionante para los socialistas que para los comunistas, ya que éstos no esperaban llegar al poder a través de las urnas. En vez de los esperados dos o tres millones de votos, Thomas obtuvo menos de un millón, y —como observó uno de los críticos de su partido— sus votantes no fueron quienes ellos presumían: «Pedimos los votos de 10.000 obreros y hemos obtenido los de 10.000 maestros y predicadores.» Los Estados Unidos no se habían de acercar al socialismo hasta que Franklin Roosevelt demostrara que ni siquiera los demócratas podían salvar el viejo sistema.

En el interregno, el período comprendido entre la elección y la toma de posesión de Roosevelt (marzo de 1933), la Depresión alcanzó su clímax. Durante este período, los socialistas intentaron intensificar la petición pública de una ayuda federal masiva para completar el socorro insuficiente prestado por los Estados y la caridad privada. Sólo Washington tenía los recursos necesarios para resolver la crisis. Al aumentar las exigencias públicas, los socialistas hicieron planes para su más elaborada y arriesgada empresa, un nuevo Congreso Continental de Campesinos y Obreros, que se reunirían en Washington en mayo de 1933 con el fin de estudiar los cambios necesarios para acabar con la caótica situación económica. El Congreso, integrado por representantes de organizaciones populares, no sería exclusivamente socialista, pero los socialistas lo dirigirían y lo respaldarían. De él fueron excluidos concretamente los comunistas. Aunque asistieron a la reunión más de cuatro mil personas y se formularon peticiones para una intervención más directa del Gobierno, los socialistas llegaron tarde. Los cien días de Roosevelt habían devuelto al pueblo norteamericano la fe en el viejo sistema. En los años siguientes, las bases de la ayuda estatal fueron establecidas y orientadas por Roosevelt en un sentido parecido al que defendía el programa socialista de 1932. Norman Thomas, al ver el inevitable fracaso de su partido, se limitó a decir que se llevaban su programa, malherido, en una camilla.

Los partidos marxistas habían intentado luchar al lado de los pobres en los primeros años de la Depresión para poner fin a la miseria general, acabar con las notorias injusticias del país, y llegar así al poder; pero la miseria continuó, y el poder estaba aún muy lejos en 1933. El fracaso de las izquierdas fue debido en parte a la psicología del pueblo norteamericano, que por apatía o por fe no quiso abandonar el sistema tradicional de los dos partidos. Los marxistas fracasaron, en parte, porque los socialistas que habían podido atraer a los votantes carecían del poder organizador y de la suficiente independencia política necesarios para la consecución del poder. Los comunistas poseían fervor revolucionario, pero esa fidelidad a la revolución obedecía a la línea del Comintern y no a la real situación norteamericana. Por otro lado, las contradicciones internas de ambos partidos marxistas limitaron muy seriamente sus posibilidades de éxito en los Estados Unidos.

«Yendo a espalar», pintura de Jacob Getlar Smith (1934); amenazados por el espectro del hambre, los parados norteamericanos aceptaban los empleos más serviles y penosos, cualquiera que fuese su posición social de origen.

John Scott Wilson

América Latina y la depresión mundial

En América Latina, la Gran Depresión bloqueó dos de las principales fuentes de prosperidad: la exportación de materias primas y la entrada de capital extranjero. Reducidos a sus propios recursos, los Gobiernos latinoamericanos iniciaron una política de industrialización que tenía mucho en común con los esfuerzos realizados en Francia y Alemania durante el siglo anterior.

El general José Félix Uriburu habla por radio poco después del golpe militar que lo llevó a la presidencia de Argentina en 1930. ***Abajo:*** **revolucionarios brasileños (1930); la Depresión produjo intranquilidad en todos los países de Sudamérica.**





En los últimos años de la década de los veinte, sólo diez años después de acabada la Primera Guerra Mundial, las condiciones económicas y políticas parecían haber vuelto a la normalidad a ambos lados del Atlántico Norte. Europa y Estados Unidos avanzaban cautelosamente por el camino de la prosperidad, y también la América Latina continuaba su discreta y floreciente existencia a la sombra del creciente poder económico y militar de los Estados Unidos.

Para la mayoría de los habitantes del mundo industrial de Occidente, América Latina apenas existía en los años 20. Era un lejano continente de plantaciones de café y plátanos, de tribus indias y sentimentales tangos argentinos. Sólo para los banqueros y comerciantes europeos y norteamericanos que actuaban a escala intercontinental América Latina tenía una auténtica realidad. Se daban cuenta de que prácticamente todos los Estados latinoamericanos poseían una gran riqueza de recursos naturales y carecían en cambio de capitales locales y de empresarios capaces. Sabían también que los empresarios extranjeros no entrarían en competencia con las clases gobernantes, que demostraban muy escaso interés en el desarrollo económico de sus respectivos países. Aunque deseaban gozar de los beneficios que la moderna civilización había ido introduciendo desde el siglo XIX, querían que ello sucediese con el menor esfuerzo posible. Nada se oponía, pues, a que una vez acabada la guerra los extranjeros extendiesen sus actividades en esas regiones. La fuerte demanda de materias primas y productos agrícolas en Estados Unidos y en la Europa occidental, la necesidad de nuevos mercados para sus artículos manufacturados y la disponibilidad de créditos en los centros financieros de todo el mundo, explican la rápida expansión de las relaciones económicas entre los vencedores de la Primera Guerra Mundial y los países latinoamericanos durante los años veinte. Fue un matrimonio de conveniencia que proporcionó considerables ganancias a ambas partes.

El floreciente comercio de exportación de la América Latina proporcionaba las suficientes divisas para financiar la importación de productos de lujo; los inversores extranjeros modernizaban los centros urbanos y producían nuevos artículos para la exportación; y, en fin, los banqueros ofrecían, con sus préstamos, los medios necesarios para hacer más placentera la vida de los grupos de poder tradicionales.

Durante los años veinte las inversiones privadas extranjeras en América del Sur —especialmente en minas, petróleo, energía eléctrica y transportes— superaron los dos mil millones de dólares. Los bonos emitidos en los mercados monetarios europeos y estadounidenses proporcionaron tres mil millones de dólares más. Las iniciativas de los empresarios privados extranjeros en América Latina eran en aquel tiempo muy provechosas. Los servicios públicos y las sociedades mineras rendían cada año el 20 por ciento de la inversión inicial; las compañías de petróleo venezolanas rendían el 50 por ciento. Las sociedades estadounidenses se convirtieron en ávidas coleccionistas de todos los bienes latinoamericanos en que podían participar. Uno de los colosos de la época, la «American and Foreign Power», adquirió, entre 1923 y 1929, sociedades eléctricas, del gas, telefónicas, del hielo, del agua, de tranvías y vapores en once países de la América Latina, y continuó añadiendo plumas a su trofeo latinoamericano aun después del crac de Wall Street, en 1929. Por su parte, los europeos, encabezados por los ingleses, empezaron a liquidar los intereses que poseían en aquellos países poco tiempo antes de producirse el crac. Nadie sabe en realidad si habían advertido algún temblor bajo la superficie de una falsa prosperidad latinoamericana o si las proposiciones procedentes de los Estados Unidos eran demasiado atractivas para ser rechazadas.

Balance y reajuste

La orgía de los préstamos extranjeros a los Gobiernos de la América Latina era resultado de la aparente ausencia de riesgos. Los márgenes concedidos a los sus-



Getulio Vargas, presidente del Brasil desde 1930; con su nueva Constitución (1934) hizo de una amorfa confederación de Estados semifeudales un país fuertemente centralizado. *Abajo:* **Gerardo Machado, presidente y «hombre fuerte» de Cuba (1925-33), invitado de honor en la inauguración de la Liga Nacional de *baseball* en los «Polo Grounds» de Nueva York.**



criptores de Nueva York, Londres o París en las emisiones de títulos latinoamericanos eran más generosos. La gente, atraída por unos rendimientos que a finales de los años veinte excedían en algunos casos el 10 por ciento anual, suscribían con entusiasmo todos los préstamos sudamericanos que les era posible. A nadie le preocupaba demasiado saber a dónde iban a parar los fondos prestados. Como el mercado de préstamos se hizo extremadamente competitivo, se utilizaron medidas irregulares de propaganda —corrupción y soborno— para convencer a los que necesitaban el préstamo de que debían pedirlo en interés propio, aun por encima de sus posibilidades.

No se previeron dificultades mientras nuevas inversiones extranjeras afluían en abundancia a las minas, plantaciones y servicios urbanos de la América Latina y mientras la gente de los EE.UU. y Europa estaba dispuesta a dar sus ahorros a cambio de títulos bellamente impresos y firmados por los altos funcionarios de los exóticos países latinoamericanos. Los beneficios arrojados por las inversiones directas podían ser transferidos libremente fuera del país y los intereses de los títulos se pagaban por medio de nuevas emisiones circulantes en el extranjero.

La hora del balance

El reajuste de cuentas llegó para América Latina cuando se hundieron los mercados mundiales, entre el otoño de 1929 y el verano de 1930. En menos de un año las exportaciones centro y sudamericanas disminuyeron casi en un 40 por ciento y continuaron descendiendo rápidamente durante 1931 y 1932. En plena depresión llegaron escasamente a mil millones de dólares, el nivel más bajo alcanzado desde principios de siglo. A la vez, y como consecuencia del crac de la Bolsa de Nueva York, de los desastres que se sucedían en los centros financieros de Europa y de la adopción de medidas monetarias restrictivas a ambos lados del Atlántico, el flujo de capitales extranjeros se interrumpió por completo.

De este modo dos de las principales fuentes de prosperidad en la América Latina de los años veinte —la exportación de materias primas y la entrada de capital extranjero— cesaron sin previo aviso. Por primera vez en el período poscolonial, las *élites* del poder, agobiadas por pesadas deudas con el exterior y hallándose con las arcas del Estado vacías, tuvieron que enfrentarse con la ira de las poblaciones urbanas. Sin que buena parte del resto del mundo se diese cuenta, los años treinta fueron para aquella región del orbe una época de violencia.

Durante el primer cuarto del siglo XX aumentaron considerablemente las poblaciones urbanas de casi todas las repúblicas como consecuencia de la modernización de las ciudades, debida a la intervención de los intereses extranjeros, a la demanda de servicios por parte de las *élites* tradicionales y el desarrollo del aparato estatal. Las inversiones extranjeras en las minas y otros sectores orientados a la exportación habían contribuido a crear grandes reservas de mano de obra no organizada. Sin embargo, mientras el proceso de diferenciación social iba tomando forma paulatinamente, la situación social, económica y política de la gran mayoría de los hombres recién llegados a las ciudades, a las minas y a la agricultura industrializada, llevaba un retraso de casi cincuenta años respecto a las correspondientes masas de Estados Unidos y de Europa occidental. Existían dos excepciones en este panorama general: en las primitivas repúblicas productoras de plátanos de Centroamérica y en las pequeñas islas del Caribe, como Santo Domingo, las cosas eran mucho peores: aparte de la reducida clase de terratenientes, la gente vivía como un siglo antes, cuando se hundió el Imperio Español. Por otro lado, hacia el final de los veinte, el México posrevolucionario poseía una legislación laboral progresista, un sistema relativamente avanzado de instrucción popular y algunos servicios sociales rudimentarios, tanto en las zonas urbanas como en las rurales. En el resto de América Latina la expansión de las exportaciones, la gran afluencia de capital extranjero y la orgía de las deudas públicas en el transcurso de los años veinte elevaron poquísimo el nivel de vida del pueblo.

Desempleo y agitación política

La Gran Depresión afectó a todas las clases sociales de Latinoamérica, entre ellas a los reyes del trigo y de la carne en Argentina, los ricos plantadores de café en Brasil y los magnates del azúcar en Cuba. Pero perjudicó especialmente a los mineros de Chile y Perú, a los obreros de las industrias petrolíferas de Venezuela, a los pequeños plantadores de café de Colombia, a los empleados públicos, a los pequeños comerciantes y a los oficinistas de todas las ciudades latinoamericanas.

A pesar de que no existe todavía ningún estudio detallado del efecto que la Depresión tuvo en las clases humildes latinoamericanas, es significativo que de 140.000 mineros chilenos casi 100.000 perdieran sus puestos de trabajo durante los años 1930 y 1931. En Brasil, bastaron pocos meses para que la mitad de los trabajadores dependientes de los servicios públicos se uniesen a las filas de los sin trabajo.

La América Latina sufrió más revoluciones, golpes de Estado, revueltas abortadas y pronunciamientos entre 1930 y 1933 que en ningún otro período, excepto en los veinte años que siguieron inmediatamente a la caída del Imperio Español. Augusto Leguia, presidente de Perú, fue derrocado por un golpe militar el 25 de agosto de 1930. En septiembre la dictadura militar de José Uriburu, con el apoyo de los grandes terratenientes y de la burocracia estatal, acabó con el viejo régimen liberal de la Argentina. En 1930 surgió en Brasil un Estado semicorporativo dirigido por Getulio Vargas, que iba a ser una figura clave en la vida nacional de Brasil hasta 1954, año en que se suicidó. En julio de 1931, Carlos Ibáñez se vio obligado a dimitir la presidencia de Chile como resultado de la impopularidad de las medidas económicas que trató de introducir con el fin de combatir la Depresión. Una revuelta estudiantil en Santiago fue seguida en 1932 por un levantamiento de los radicales de izquierda. En 1933 Gabriel Terra, presidente de Uruguay, implantó una dictadura provisional. El mismo año, Cuba vio desaparecer la cruel dictadura de Gerardo Machado y la subida al poder de otro hombre duro, Fulgencio Batista. A pesar de que Batista no fue nombrado presidente hasta 1940, gobernó como dictador desde 1933. En todas las repúblicas, la aparente paz social fue de corta duración. La muerte del tirano venezolano Juan Vicente Gómez, el 18 de diciembre de 1931, puso fin a una dictadura instaurada veintisiete años antes. Su sucesor, el presidente López Contreras, respetó durante un tiempo las libertades civiles, pero las huelgas y desórdenes laborales le dieron pie para tomar medidas radicales contra comunistas y anarquistas. En 1936, la lucha en Bolivia contra los magnates del estaño degeneró en una violenta revolución.

Entre 1930 y 1933 cuatro de las repúblicas de América Central vieron instaurarse dictaduras militares.

Los nuevos líderes

No es fácil descubrir un común denominador en los levantamientos políticos que sacudieron América Latina durante la Depresión mundial, pero en la mayoría de los casos se descubre el mismo intento de rechazar, por medio de la violencia, a los dirigentes tradicionales, y a sus aliados extranjeros. Hasta la crisis mundial, los países latinoamericanos podían dividirse fácilmente en dos grupos: una mayoría que estaba gobernada por dictadores, y unos pocos que poseían rudimentarios sistemas de política de partidos. En ninguno de ellos, sin embargo, las masas participaban efectivamente en



la vida política. A principios de los años treinta la situación cambió drásticamente: en las ciudades, los sectores de renta más baja entraron en el juego de la política y empezaron a crear nuevos partidos, a provocar escisiones en los ya existentes, o simplemente a buscar nuevos líderes. Hacia 1935 habían aparecido en escena bastantes nuevas figuras políticas: Getulio Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México, Haya de la Torre en Perú, Germán Busch en Bolivia, López Contreras en Venezuela, Fulgencio Batista en Cuba.

Algunos de estos nuevos líderes provenían de los tradicionales núcleos militares, otros de los grupos intelectuales de las ciudades. Mientras unos pocos eran sinceros en sus intenciones, la mayoría no eran sino agitadores que se servían del descontento social como instrumento para llegar al poder.

La nueva generación de líderes se presentaba como defensora de una política radical y ofrecía programas de reformas radicales con los que todo el mundo saldría beneficiado: legislación laboral, reforma agraria, promoción de la enseñanza y ayuda estatal para los parados. Estos programas políticos eran muy poco originales. Reflejaban la turbulencia laboral, social y política de Estados Unidos, de Europa occidental y de la Unión Soviética, más que las necesidades de la sociedad latinoamericana. En muchos de estos programas políticos se adivina fácilmente cierta influencia de los planes quinquenales soviéticos, de la doctrina rooseveltiana del *New Deal* y de varios fragmentos de la doctrina nacional-socialista de Hitler. Dado que la receta subdesarrollada del fascismo de Mussolini para la subdesarrollada sociedad italiana resultaba particularmente atractiva para muchos políticos latinoamericanos de la nueva generación, muchos de estos programas estaban también marcados por un fuerte matiz corporativista. Casi todos ellos eran nacionalistas y xenófobos. El resto del mundo era el principal responsable de la miseria de los países de América, proclamaban al unísono radicales de izquierda, liberales, conservadores y fascistas.

Industrialización

De hecho, no surgieron programas políticos y económicos adecuados a las necesidades locales. Excepto en México y quizás en Chile, fue desapareciendo el radicalismo inicial. Hacia el final de los años treinta el poder se hallaba en las firmes manos de los grupos conservadores que siempre lo habían poseído. En un sentido más amplio, a pesar de la violencia de la década, las tradicionales estructuras de poder sobrevivieron al rudo golpe que la sociedad latinoamericana recibió con la Depresión. Su impermeabilidad a los cambios sociales en los años treinta es una de las principales y más obvias razones del subdesarrollo político, social y



Campos petrolíferos de México. Testimonios de la afluencia de capital extranjero a la América Latina, son un signo de la prosperidad de la década 1920-1930, prosperidad bruscamente interrumpida por la Depresión.

1 
2 
3 
4 

1 **El coronel Batista, dictador de Cuba desde 1933.**
2 **Gómez, dictador de Venezuela (1908-1935).**
3 **Cárdenas, presidente de México (1934-1940).**
4 **Alessandri, presidente de Chile (1932-1938).**

económico de la América Latina de hoy en día.

Esto no significa que no se produjeran cambios como respuesta al impacto de la crisis mundial. Sin embargo, estos cambios tenían principalmente lugar en el ámbito de la política económica y pasaban inadvertidos ante el resto del mundo, ocupado en buscar su propia salida de la crisis y en prepararse para el próximo conflicto armado mundial. En 1932, las relaciones económicas entre América Latina y los países industriales llegaron prácticamente a un punto muerto. Todas las Repúblicas, excepto la Argentina y algunos países del Caribe, anunciaron una moratoria a las deudas públicas con el exterior. Dado que ya no existía ni era posible prever ninguna ayuda extranjera los latinoamericanos se vieron obligados a recurrir a sus propios medios para reorganizar su descompuesta economía. Con los mercados extranjeros para sus productos de exportación reducidos al mínimo y con gran disponibilidad de productos naturales y de mano de obra, la industrialización y la autarquía económica parecían la única salida, especialmente en aquellas repúblicas que tenían cierta tradición industrial. En México, a partir de la independencia, se consideraba la industrialización como un medio para neutralizar la influencia de su poderoso vecino, los Estados Unidos. Había comenzado en las últimas décadas del pasado siglo como consecuencia de las cuantiosas inversiones de Estados Unidos e Inglaterra en las minas, en el comercio y en las líneas férreas. Los comienzos de la industria en Brasil, Colombia, y Chile datan también de finales del siglo XIX. Fue en estas cuatro repúblicas donde el impulso de la industrialización se hizo especialmente patente al principio de los años treinta.

Con el fracaso mundial del orden económico basado en los principios de *laissez faire*, la industrialización de la América Latina, iniciada en condiciones de emergencia, coincidía en muchos aspectos con los primeros intentos de industrialización dirigida por el Estado, realizados un siglo antes en Alemania y Francia. Vargas en Brasil, Cárdenas en México y Alessandri en Chile crearon una serie de instituciones y de instrumentos estatales asombrosamente parecidos a los utilizados en Europa a mediados del siglo XIX. La concesión de créditos razonables a los empresarios industriales y las tarifas proteccionistas para sus productos fueron las consignas de la política industrial latinoamericana en los años que siguieron a la crisis. Fueron fundados numerosos organismos estatales para el desarrollo industrial, encargados de elaborar planes rudimentarios a largo plazo que preveían cuantiosas subvenciones estatales para estimular la formación de industrias y algunas actividades básicas, como la energía eléctrica y el petróleo. Mientras la inflación dominaba en todos los países, las economías de las Repúblicas sudamericanas fueron adoptando una tras otra, en la segunda mitad de los años treinta, aquella heterogénea mezcolanza de políticas económicas no ortodoxas.

En 1939 la producción industrial de algunas naciones —como México, Brasil o Chile— era el doble de la registrada en vísperas de la Gran Depresión. Esta producción estaba destinada exclusivamente a los mercados interiores, privados de bienes de consumo como consecuencia del colapso del comercio exterior y de la escasez de divisas extranjeras.

Restauración económica y aislacionismo

El restablecimiento de la exportación en la segunda mitad de los años treinta, gracias a la liberalización de la política de importación de los Estados Unidos y a la creciente demanda de materias primas por parte de los países industriales europeos, favoreció en gran medida estos esfuerzos de industrialización.

Cuando, en otoño de 1939, estalló la Segunda Guerra Mundial y se interrumpieron de nuevo las relaciones económicas de Europa con América Latina, ésta se hallaba mucho más capacitada para proseguir su programa de desarrollo interior que en los primeros momentos de la crisis de 1929. Quedaban así establecidas las bases para la industrialización —mucho más seria— de los años cuarenta y cincuenta.

En la escena política, la década que siguió a la Gran Depresión vio como los Estados Unidos y los Estados totalitarios europeos competían para conseguir el favor de la América Latina. Los partidos comunistas de Brasil y Chile, y los movimientos fascistas de la mayor parte de los países hispanoamericanos, se aprovecharon del descontento de la clase pequeñoburguesa para obstaculizar la creciente cooperación política entre los Gobiernos en el poder y los Estados Unidos. Si los movimientos radicales de izquierda y de derecha no lograron imponerse en ningún país, consiguieron en cambio mantener vivo un sentimiento de antipatía contra los Estados Unidos. Al iniciarse la década de los treinta, se entreveían ya las razones que condujeron a la neutralidad argentina durante la Segunda Guerra Mundial —a pesar de las tremendas presiones aliadas— y que Chile, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela no declarasen la guerra a las potencias del Eje hasta 1945. Los intentos de mejorar estas relaciones a través de conferencias interamericanas celebradas bajo la dirección de Roosevelt, en nombre de una política de buena vecindad, tuvieron muy poco éxito. Convencidos de que los países industriales avanzados eran, si no los únicos, los más responsables de sus dificultades y tribulaciones de los años treinta, los sudamericanos se volvieron más aislacionistas que nunca, tanto en política como en economía.

Considerando las cosas retrospectivamente parece que, desde el punto de vista de los intereses a largo plazo de la América Latina, las consecuencias de este cambio de actitud con relación al resto del mundo no fueron completamente negativas. La crisis mundial de los años treinta no dejaba a Sudamérica otro camino que el de la industrialización. Con ella cambió notablemente el aspecto de muchas regiones en los países latinoamericanos.

Miguel S. Wionczek

Los nazis asumen el poder

Los problemas de la República de Weimar fueron los de un país devastado por la guerra y humillado por la derrota. La República sucumbió ante un fenómeno enteramente nuevo: «la revolución legal». Esa lenta conquista del poder encontró a Alemania completamente desprevenida, lo que debe constituir un aviso para todas las democracias.

Después de un siglo de conflictos y fracasos, finalmente la ideología democrática había logrado dar forma a la constitución e instituciones de Alemania. Pero la posición de la República de Weimar fue determinada por la inequívoca derrota militar y la drástica restricción de poder impuesta en el Tratado de paz de Versalles. Desde sus comienzos, la no admisión de este quebranto dio especial intensidad a la idea, anterior a la guerra, de un poderoso Estado nacional alemán a costa del nuevo orden democrático. Todos los intentos de llevar a cabo una política de cooperación pacífica, afectados por la desconfianza de las potencias occidentales, la debilidad de la Sociedad de las Naciones y el aislacionismo de los Estados Unidos, sufrieron la presión del revisionismo nacionalista, especialmente a partir de las depresiones económicas de 1922-23 y 1929-30. La política exterior de la República, que basculaba entre el Este y el Oeste, no pudo superar y ni siquiera controlar estas fuerzas. Una mayoría democrática de 1919, con los socialdemócratas, el Partido del Centro y los liberales como núcleo de las instituciones de Weimar, pronto dio paso a débiles coaliciones en constante cambio, y, a partir de 1929, la alianza anti-Weimar de los nazis con los nacionalistas y el resurgimiento del comunismo limitaron aún más las posibilidades de un gobierno parlamentario.

Presos políticos trabajan en el campo de concentración de Oranienburg (Berlín, 1933).



El fracaso de Weimar fue debido a las numerosas debilidades inherentes a este primer experimento democrático alemán. Más que ser el resultado de un esfuerzo consciente para provocar un cambio fundamental, la República provino de una seudorrevolución que tuvo el carácter de una huelga general para poner fin a la guerra. El radicalismo de las izquierdas y las derechas dificultó los intentos de las fuerzas constitucionales que trataron de reformar el Estado y la sociedad luchando contra la derrota militar y el colapso económico. Además, la estructura de la propia Constitución de Weimar —técnicamente perfecta, pero nunca popular entre una población angustiada y unas minorías frustradas—, resultó incapaz de unir la nación quebrantada y asegurar la transición hacia una sociedad democrática. Al contrario, como resultado de inestables compromisos entre fuerzas antiguas y nuevas, la estructura constitucional de Weimar conservó muchos y poderosos elementos del Estado autoritario *(Obrigkeitsstaat)*.

La continuidad de las estructuras autoritarias y antidemocráticas en el Estado y en la sociedad se notó especialmente en la ideología particular de los funcionarios civiles, que eran contrarios a la idea de una democracia pluralista. Teóricamente neutral e indiferente ante los partidos, pero en realidad contraria a los partidos y a menudo antidemocrática, esta ideología prerrepublicana predominaba entre los juristas y los administradores de la justicia. Los tribunales favorecieron a menudo las actividades de la derecha; mientras los subversivos enemigos de la República eran absueltos, a los políticos republicanos, incluido el primer presidente, Friedrich Ebert, se les negaba la protección debida cuando la propaganda nacionalista los acusaba de alta traición.

Por otra parte, la formación y el funcionamiento de gobiernos de coalición se hicieron cada vez más difíciles. En las primeras elecciones para el Reichstag de 1920, fue derrotada la coalición del centro y la izquierda moderada. El sistema de partidos se dividió en numerosos grupos políticos ardientemente opuestos entre sí, que reflejaban la falta de consenso en una sociedad desgarrada por divisiones sociales, económicas, religiosas e ideológicas. Gobiernos minoritarios tenían que afrontar crisis interiores y exteriores. La población se acostumbró a la formación heterogénea de débiles gobiernos y a un régimen que gobernaba con procedimientos a título de medidas de excepción presidenciales. Esta tendencia hacia gobiernos presidenciales sin partidos fue fomentada por los vastos poderes que la Constitución otorgaba al cargo del presidente. Concebida como un contrapeso al sistema parlamentario, la presidencia sirvió, en realidad, como una especie de sustituto de la desaparecida monarquía autoritaria.

Mientras que la radical oposición antiparlamentaria de la izquierda y la derecha provocaba una especie de gobierno en crisis permanente, al mismo tiempo obstruía la constitucional rotación de gobierno y oposición dentro del sistema democrático. Esta principal oposición contra la República recibió apoyo de las fuerzas militarizadas, tanto revolucionarias como reaccionarias, cuyas numerosas formaciones se hacían la guerra entre sí y luchaban contra la República en oportunista alianza. Para ellas, la guerra no había terminado y consiguieron movilizar no solamente a veteranos sino también a gran parte de la juventud de posguerra que sentía ansias de aventuras y estaba profundamente descontenta de la antiheroica trivialidad de una débil república nacida de la derrota.

El Ejército, diezmado por el Tratado de Versalles y «no político» según declaración propia, en realidad se oponía a la República como institución de derecho propio. Puesto que, a partir de 1918, una y otra vez los gobiernos tuvieron que recurrir al Ejército para salvar el Estado, aquél se consideró el salvador de Alemania y el garantizador de la continuidad más allá de un intermedio republicano «transitorio».

Tales condiciones fueron las más agravantes por cuanto favorecieron la aparición y difusión de ideologías antidemocráticas; éstas propugnaban toscas versiones de nacionalismo y racismo, así como ideologías políticas y legales que glorificaban la acción frente al pensamiento, la emoción frente a la razón, la guerra frente a la paz y el orden frente a la libertad. La clase media baja, en especial, amenazada por la crisis económica y la pérdida de prestigio social, fue fácilmente engañada por doctrinas que prometían salvarla de la amenaza de la lucha económica y de clases, y de las complejidades de una moderna sociedad pluralista. La propaganda en favor de «claras» soluciones autoritarias y dictatoriales para los inquietantes problemas del comunismo y del capitalismo, el desorden social y el fracaso en el orden internacional, preparó el camino que llevaría a la destrucción de la República mucho antes de la crisis final. El campo quedó abierto para los *agents simplificateurs* cuando la primera generación de estadistas republicanos —Ebert, Rathenau, Stresemann— fue sucedida por políticos inclinados hacia las soluciones autoritarias —Brüning, Schleicher y Hindenburg— o incluso, como en el caso de Papen y Hugenberg, a experimentos de dictadura nacionalista por parte de reaccionarios tradicionalistas.

Una vez aceptada por los socialmente bien considerados nacionalistas alemanes, poco le costó a la directiva nacionalsocialista minar la República. Sin embargo, esta «oposición nacional» distaba de ser una firme alianza, y sólo a causa de la retirada de los partidos democráticos, del papel obstructor de los comunistas y de las miserias de la crisis económica, le fue posible utilizar a Hindenburg y a sus poderes de emergencia para el golpe de 1933. Además, en su papel de radical partidario de la revisión total, Hitler consiguió —mediante su maestría en el empleo abusivo de los métodos modernos de comunicación de masas, la persuasión y la manipulación— movilizar todas las emociones de insatisfacción y resentimiento, y canalizarlas hacia la formación de un Estado totalitario. Esto se hizo no sólo por medio de la fuerza y el terror, sino también, e incluso más, con el hábil manejo seudodemocrático de la opinión pública en nombre de la unificación nacional y el orden social.

¿Hasta qué punto estaba arraigado el movimiento nazi en las tradiciones y actitudes alemanas? Hasta hoy, las opiniones sobre este punto difieren considerablemente. Si bien no cabe duda de que el nazismo, así como los movimientos antidemocráticos en general, se fundamentaron en los problemas específicos de un siglo de historia alemana, el ascenso de Hitler al poder sigue inextricablemente relacionado con las crisis de posguerra de una Alemania derrotada. En cambio, las frustraciones y emociones utilizadas para favorecer la búsqueda nazi del poder absoluto son de una naturaleza más general. El pánico social y económico en una época de rápida transición a la sociedad industrial, la intranquilidad debida a las complejidades de la vida moderna y de la política democrática, los problemas estructurales inherentes a cualquier gobierno parlamentario de hoy —condiciones todas éstas para el fracaso de Weimar—, siguen estando presentes en las sociedades modernas. Con escasas excepciones, en toda Europa las democracias de la posguerra fueron víctimas de ellas. El caso alemán no es tan único como pueda parecer, si bien sus consecuencias en el Tercer Reich rebasaron sin duda todo paralelo.

En cinco meses, entre finales de enero y julio de 1933, el Estado de un solo partido y una férula totalitaria al parecer irrevocable quedó establecido sobre las ruinas de la República. Una clave para la comprensión de cómo los nazis lograron el poder es la frase «revolución legal». El ascenso de Hitler fue proclamado como procedimiento totalmente legal y constitucional, al mismo tiempo que glorificado (y brutalmente ejecutado) como una honda revolución.

Revolución legal

Esta táctica de alegar legalidad para unos objetivos revolucionarios fue algo más que un truco propagandístico. En una época de democracia constitucional significó un nuevo tipo de toma del poder que resultó notablemente seductor y presentó mayor dificultad a cualquier oposición legal, política e intelectual que cualquier golpe de tipo «ilegal». Hitler había aprendido su lección diez años antes. El frustrado *Putsch* de 1923 le hizo comprender que un ataque directo contra el orden existente estaba sentenciado al fracaso. Las fuerzas del *statu quo* en Gobierno y Ejército, en partidos y sindicatos, junto con la fe de las clases medias en la autoridad, eran otros tantos obstáculos ante cualquier tentativa abierta. Aunque resueltamente opuesta a la democracia, la burguesía alemana estaba acostumbrada a una concepción del Estado que mantenía la legalidad, el orden y la seguridad —ya que no la libertad— como máximos valores. Por esta razón, la revolución de 1918, así como las intentonas de 1920 —el *Putsch* de Kapp— y 1923, fallaron, y después de 1925 el propio Hitler siguió consistentemente un camino de clara «legalidad» a pesar de la impaciencia de los revolucionarios nazis.

En vez de revolución abierta, esta estrategia buscaba una dictadura constitucional instalada por medio de los poderes de emergencia otorgados al presidente. La Constitución de Weimar no podía impedir que tales poderes fuesen utilizados para minar y finalmente destruir su propia estructura. Después de 1930, el régimen presidencial del mariscal Von Hindenburg facilitó semejante proceso, mientras el líder nazi, en su famoso «juramento de legalidad» durante el proceso de la Reichswehr en Leipzig (octubre de 1930), declaraba impunemente ante el tribunal: «La Constitución sólo describe el escenario de la liza, pero no especifica el objetivo. Nosotros nos introduciremos en las organizaciones legítimas y con ello haremos de nuestro partido el factor decisivo. Una vez poseamos los derechos constitucionales para ello, claro está que



Cartel electoral nazi (1932): sobre la palabra «nosotros» se yergue un símbolo de la pretendida capacidad de los nacionalsocialistas para arrostrar toda clase de sufrimientos en defensa de Alemania.


N·S·D·A
DEUTSCHL
ERWACHE



daremos al Estado la forma que consideremos adecuada...» Otros dirigentes nazis, como Goebbels, declararon con descaro todavía mayor (en 1928) que su meta consistía en entrar en el Parlamento, el arsenal de la democracia, para pertrechar al partido con las armas de la propia democracia, y en «paralizar el espíritu de Weimar con su propia ayuda».

Incluso en su cenit antes de subir al poder en el verano de 1932, el Partido Nazi distaba de alcanzar la mayoría parlamentaria, con un treinta y siete por ciento de los votos. Las elecciones de noviembre de 1932 incluso revelaron un claro descenso —hasta el treinta y tres por ciento— y causaron algunas crisis en el seno del partido. Sin embargo, dos meses después, el dilema planteado por la política de legalidad quedó soslayado al crearse el nuevo gabinete de Hitler sin Parlamento por medio de decretos de emergencia. El desdichado Artículo 48 de la Constitución de Weimar, originalmente destinado a salvaguardar a la República contra las crisis de la posguerra, tuvo el efecto opuesto bajo Hindenburg. Al gobernar con decretos extra y antiparlamentarios, Brüning en 1930 y los gabinetes de Papen y Schleicher en 1932 prepararon el camino para una situación en la que Parlamentos y partidos pudiesen quedar paralizados y la «dictadura legal» aparecer como el único modo de superar las crisis políticas y económicas.

Y esto fue exactamente lo que ocurrió. Durante 1932 y 1933 Hitler pidió persistentemente el poder para gobernar por medio de decretos de emergencia. Mientras insistía en la «legalidad», avanzó hacia el poder total, pero no como líder de una coalición con mayoría parlamentaria, sino como jefe de un gobierno de minoría que supo explotar la inadecuación de la Constitución de Weimar. La política de legalidad alcanzó su clímax en el juramento constitucional de Hitler como canciller el 30 de enero de 1933. Entonces fue cuando se inició el copo real del poder y Hitler proclamó inequívocamente sus verdaderas opiniones sobre la Constitución al proceder a destruirla.

Himmler y Röhm ***(abajo, a la derecha)*** **no parecen prestar mayor atención que los demás a las palabras del sacerdote durante una concentración del «Frente de Harzburg» en 1931; los estandartes, netamente inspirados en los de las legiones romanas, contrastan con el nacionalismo germánico de los nazis, pero se adecúan a sus ideales imperialistas.**

La táctica de la legalidad combinóse con la estrategia de la revolución en un rápido proceso de *Gleichshaltung* (coordinación) totalitaria que en poco tiempo descartaría, eliminaría y reglamentaría todas las fuerzas políticas, intelectuales y sociales contrarias al nazismo.

En el transcurso de este proceso, una segunda frase mágica coadyuvó a confundir a los oponentes y engañar a los aliados. El eslogan de la «revolución nacional» dominó las semanas cruciales del régimen presidencial de Hitler, hasta que la aprobación de la Ley de Capacitación del 23 de marzo de 1933 eximió a los nazis de la necesidad de emplear decretos presidenciales (y depender de la aquiescencia de Hindenburg para la firma de los mismos). Ya desde la campaña contra el Plan Young (1929) y la formación del «Frente de Harzburg» (1931), la táctica de Hitler había consistido —en acusado contraste con las pretensiones «socialistas» y anticapitalistas del programa nazi— en hallar apoyo en la industria, el Ejército y los grupos agrarios, formando así una alianza «nacional» derechista. Pero esta vez no iba a ser ya simple peón utilizado por los nacionalistas conservadores con la esperanza de prescindir de él o domesticarlo en el momento oportuno, como en 1923. Esta vez sería Hitler quien controlase la alianza, después de conseguir respetabilidad y dinero al lado de los conservadores. Ello fue causa de diversos conflictos cuando Hitler presentóse como aspirante a la presidencia, en 1931 y 1932, contra Hindenburg y Düsterberg, el candidato de los «Cascos de Acero» *(Stahlhelme)*. Pero, al finalizar este año, la alianza fue renovada con la ayuda del ambicioso excanciller Papen.

El Partido Nacionalista de Hugenberg, los Cascos de Acero, y sus patrocinadores en la industria, la banca y la agricultura, estaban por aquel entonces dispuestos a seguir un gobierno Hitler en el que la mayor parte de los ministerios serían ocupados por personajes no nazis y de ideas conservadoras.

Esta constelación era muy similar a la que se formó en Italia al asumir Mussolini el poder, diez años antes. Fascistas y nazis ingresaron en el Gobierno como minoría, pero el fascismo necesitó seis años de *Gleichshaltung* para imponerse a toda oposición y establecer la dictadura de un solo partido, e incluso entonces Mussolini, como *Duce*, nunca asumió el poder supremo en el sentido total y exclusivo que Hitler llegó a ostentar como líder absoluto. La fachada de una revo-



Hitler, el nuevo canciller, recorre Berlín con Hindenburg el 1 de mayo de 1933. Disimulando el desprecio que le inspiraba el senil presidente —«viejo penco de coche de punto»—, Hitler explotó deliberadamente la reputación de éste; contaba, además, con la pronta muerte de Hindenburg para hacerse con el poder absoluto.

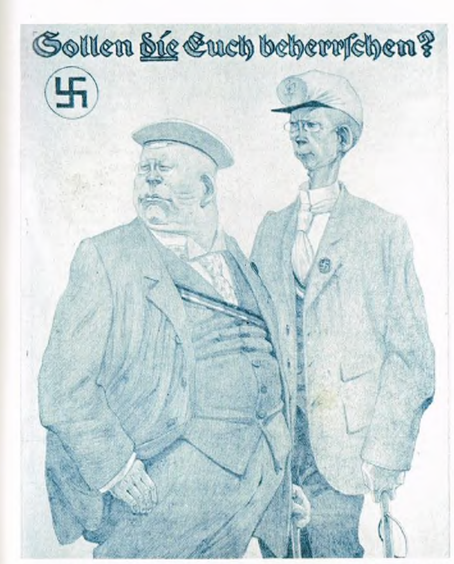
lución nacional, con sólo tres dirigentes nazis en un gabinete de conservadores, demostró ser un camuflaje soberbio para las aspiraciones de Hitler al poder total. El vicecanciller Papen, confiando en los vínculos que lo unían a Hindenburg, estaba convencido de que Hitler podría ser fácilmente contrarrestado por la mayoría en el Gabinete, el Ejército y el servicio civil, de cuyo apoyo Hitler y su inexperto partido tendrían que depender. Estaba satisfecho de haber «alistado» a los nazis y, cuando alguien lo criticó, Papen declaró: «¿Qué más quieren? Tengo la confianza de Hindenburg. Antes de dos meses habremos arrinconado a Hitler de tal modo que le rechinarán los dientes.»

Los arrinconadores arrinconados

Lo que ocurrió en realidad fue que, antes de dos meses, lejos de ser los nazis los postergados, fueron sus confiados socios los que se hallaron acorralados. A diferencia de ellos, Hitler sabía lo que deseaba y, apenas quedó formado su «gobierno de concentración nacional», la superioridad de su posición resultó obvia. Cuando Hitler logró disolver el Parlamento, a pesar de la oposición de Hugenberg, el frente no nazi en el seno del Gabinete estaba ya cuarteado, como quedó demostrado repetidas veces en las reuniones que se celebraron. A este nivel, la resistencia nunca llegó a ser un hecho, aunque pasó bastante tiempo antes de que los nazis lograsen una mayoría numérica en la esfera gubernamental.

En realidad, los puestos de canciller y de ministro del Interior en el Reich (Frick) y Prusia (Goering) eran cuanto necesitaba Hitler para llevar a cabo la revolución legal, y para convertir esta revolución nacional en captura del poder por los nazis. Esto se vio facilitado por el hecho de que el ministro de la Defensa, general Blomberg, mostróse particularmente susceptible a las promesas de rearme hechas por Hitler, y lo mismo puede decirse de los grandes industriales. En cuanto a Hindenburg, cada vez más senil y dependiente del consejo de oportunistas como Meissner, quedó impresionado por las consignas nacionales —e incluso cristianas— que los nazis lanzaron durante aquellas semanas, y permitió que se lo utilizara como tapadera para el creciente terror con el que los nazis establecían, ya entonces, su control sobre la vida pública de todo el país. La serie de decretos de emergencia firmados por el Presidente en febrero y marzo de 1933 violaba en realidad, repetidamente, la tan cacareada legalidad. El régimen de Goering en Prusia fue sancionado por un decreto (6 de febrero de 1933) que hacía caso omiso de una decisión del Tribunal Supremo. Otro decreto (4 de febrero) aplicó rígidas restricciones sobre la libertad de prensa y de reunión. Finalmente, el incendio del Reichstag fue el pretexto para una tajante suspensión de los derechos básicos (28 de febrero) que se mantuvo durante todo el período del Tercer Reich.

La Constitución convirtióse, pues, en





Izquierda. **Los nazis, presentados como adultos de mentalidad infantil, orgullosos todavía de sus gorras de estudiantes. «¿Van a dominaros estos sujetos?», dice el texto.** ***Derecha:*** **comunistas, nazis, Iglesia y socialistas juran luchar contra la República... y también entre sí; viñeta satírica alemana de 1932.**

un permanente estado «de excepción» tras las ruinas de la Constitución de Weimar, pero se conservó la fachada de legalidad puesto que las autoridades constitucionales opusieron escasa resistencia contra estos actos de violencia. La ficción de una revolución legal y nacional persistió hasta que los grupos no nazis, colaborasen o no con Hitler, fueron despojados de todo poder. Es posible que Hugenberg y Papen esperasen participar por medio de la colaboración y usar su influencia para evitar la amenaza de la dictadura nazi, pero en realidad posibilitaron que Hitler consiguiese su objetivo con mayor legalidad y sin riesgos. Cuando, inesperadamente, las elecciones del 5 de marzo de 1933 no llegaron a otorgar la mayoría al Partido Nazi, Goebbels, el mago de la propaganda hitleriana, organizó una grandiosa manifestación en la iglesia de la Guarnición de Potsdam, el 21 de marzo, para confirmar la «alianza nacional». En presencia de Hindenburg y del príncipe de la corona, y ante el sepulcro de Federico el Grande, Hitler repitió su profesión de nacionalismo conservador que tan duradera impresión había causado entre la clase media, el servicio civil y el Ejército, cuya atención había logrado desviar de los actos de terrorismo que acompañaron la toma del poder.

Por lo tanto, persistía la ilusión de que la «nueva Alemania» sería un país nacionalista y autoritario, tal vez incluso monárquico. Cuando, dos días más tarde, el 23 de marzo, los nazis presentaron la Ley de plenos poderes en el Reichstag, incluso los partidos de la clase media, desde los liberales hasta el Partido Católico del Centro, se sintieron obligados a acceder; tan fuerte era el llamamiento nacional y tan vigorosa la presión de los hechos consumados. Mediante esta ley, el Parlamento cedió todo poder legislativo al Gobierno, mientras la única oposición que aún quedaba —los socialdemócratas y los comunistas— era debilitada por los arrestos y la persecución. La «dictadura legal» resultante de la abolición del gobierno parlamentario no era sino la consecuencia del estado de emergencia creado por los decretos y maniobras de las últimas siete semanas. Sin duda alguna, la adopción de la Ley de plenos poderes fue de dudosa legalidad si se tienen en cuenta la persecución, el terror y la violenta *Gleichshaltung* de los Estados. También procede subrayar que, en los meses siguientes, Hitler violó muchas de las disposiciones restrictivas en las que los partidos no nazis habían creído poder confiar. Éstos esperaban que el régimen dejaría de promulgar decretos radicales, pero en realidad fueron víctimas de las tácticas de seudolegalismo mientras los nazis seguían basando sus actos coercitivos en los decretos del período inicial.

La abierta cooperación de funcionarios y magistrados, de los que dependía —y no poco— el régimen nazi, quedó reforzada por la aparente corrección formal de este proceso, y los actos de terrorismo fueron tolerados como «excesos» comprensibles en un período de tan magnos aconteci-



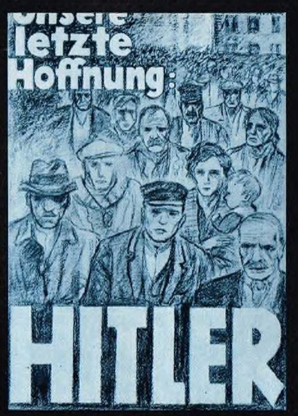
MUSS
DEUTSCHLANDS BEFREIER
REICHSKANZLER
ADOLF HITLER
Rechnung
DIE NATION



Arriba, izquierda. **30 de enero de 1933: el público fotografiado desde el interior del coche de Hitler mientras éste recorría la Wilhelmstrasse una vez aceptado por el presidente Hindenburg como nuevo canciller.** *Arriba, derecha.* **La muerte de la democracia: Hindenburg, con el Artículo 48 de la Constitución de Weimar, entierra el Reichstag.** *Abajo, izquierda.* **Activa propaganda nazi para las elecciones del 5 de marzo de 1933: hombres de la SA reparten octavillas ante uno de sus cuarteles.** *Abajo:* **«Unicamente las reses más estúpidas eligen a su propio matarife.» (Caricatura alemana, 1932).** *Al pie.* **«Hitler, nuestra última esperanza»: llamamiento «socialista» nazi a los trabajadores, antes de las elecciones de 1933.**







mientos nacionales. Muchos altos funcionarios se consolaron ante el hecho de que la revolución —que parecía inevitable en cualquier caso— procediese con una legalidad tan clara y minuciosa, y de este modo aseguraron todos los aspectos del procedimiento. Esta actitud de los especialistas puede ser bien analizada en la ingente tarea de legislación y administración, para la cual los nazis necesitaron la ayuda de los expertos, y la evidencia de ello es fatal en la redacción de la nueva Ley del servicio civil (7 de abril de 1933). Eufemísticamente dedicada a la «restauración de la carrera del servicio civil», el verdadero designio de esta ley consistía en purgar las filas de los funcionarios de la presencia de judíos y otros «indeseables», pues dejaba la puerta abierta para que el profesionalismo, las enemistades personales y la denuncia lucrativa se expresaran sin recato. Al extenderse tales actitudes a todas las esferas de la vida social y cultural, en especial escuelas y universidades, el camino de la *Gleichshaltung* nazi vióse notablemente facilitado y la mayoría de los ciudadanos quedó vinculada al régimen por temor o por afán de ventajas. Con ello se resquebrajó el núcleo de su independencia política y se establecieron los prerrequisitos más importantes para un sistema totalitario.

El engaño, ajeno o propio, también explica la rapidez —que sorprendió a los propios nazis— con la que la izquierda quedó dominada por completo. Los socialdemócratas (S.P.D.) habían titubeado, desde 1930, entre la oposición y la cooperación, y tras su capitulación en 1932 (antes del golpe de Papen en Prusia), el más importante partido republicano quedó sentenciado a la resignación y el aislamiento. Mientras los partidos «burgueses» firmaban la paz con el nuevo régimen, todo esfuerzo encaminado a establecer un frente antifascista junto con los comunistas resultó nulo. De hecho, en los años anteriores, los comunistas habían aprovechado todas las oportunidades para atizar los fuegos de la guerra civil y debilitar a la República de Weimar, y siempre habían insistido en que era preciso librar la batalla principal contra los «socialfascistas», como ellos llamaban a los socialdemócratas. Por lo tanto, los dirigentes comunistas, a pesar de toda su propaganda antifascista, contribuyeron a precipitar la caída del gobierno socialdemócrata en Prusia y a menudo se unieron con los nazis contra la República. Tras esta destructiva colaboración había la esperanza de que la caída de la Repú-



Enero de 1933. Berlín: manifestación nazi ante la sede del Partido Comunista, días antes de subir Hitler al poder; los eslóganes comunistas piden acción contra el fascismo y los mercaderes de la guerra, y exaltan la lucha por el trabajo, el pan y la libertad.

blica crease las condiciones necesarias para una revolución comunista en Alemania. El propio Stalin, que aprobó este tipo de acción, esperaba, obviamente, que la dictadura nazi tuviese una breve existencia, y realizó esfuerzos inmediatos para mantener buenas relaciones con el régimen hitleriano mientras aceptaba sin auténticas protestas la persecución de los comunistas. Uno de los primeros actos internacionales del régimen de Hitler, que significó su reconocimiento por parte de una potencia extranjera, fue la renovación (abril de 1933) del acuerdo comercial rusogermano que había caducado en el año 1931.

Tales tácticas fueron el resultado de la convicción dogmática de que la toma del poder por los nazis no era una revolución, sino tan sólo la crisis final del capitalismo, y contribuyeron a paralizar, fragmentar y desorientar la oposición izquierdista. Cuando los nazis aún temían el peligro de una huelga general, los líderes socialistas y sindicales se mantuvieron firmes en su fe en la legalidad y juzgaron que lo más importante era no exponer su organización a una proscripción, sino mantenerla intacta hasta el momento en el que el régimen nazi se agotara. Pero, al seguir desempeñando el papel de oposición legal, fueron también víctimas de la táctica de la legalidad, y mientras enfocaban su más abierta oposición contra los «reaccionarios capitalistas» que rodeaban a Hugenberg, subestimaron el poderío de los dirigentes nazis.

Cuando empezó a organizarse una auténtica resistencia, era ya demasiado tarde: en 1934 la dictadura totalitaria se hallaba plenamente institucionalizada, y Adolf Hitler se alzaba como líder omnipotente después de la purga de Röhm y la muerte de Hindenburg. Estaba ya establecida para todo propósito práctico cuando la ley del 14 de julio de 1933 proclamó: «En Alemania, el único partido político es el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes.»

La dócil aceptación de semejante situación en aquellos tiempos parece confirmar los peores juicios sobre el carácter alemán y su tradición histórica, pero lo cierto es que tanto el virtuosismo moderno en el uso de los medios de comunicación, la dependencia del individuo con respecto a la inmensa y complicada maquinaria estatal, como la susceptibilidad individual con respecto a las soluciones de hombres que prometían simplificar problemas y facilitar un respiro, desempeñaron su papel en la catástrofe de Alemania en 1933. Sin embargo, hay que añadir dos consideraciones.

El fácil éxito de Hitler, primero al hacerse con el poder y después al movilizarlo para extenderse más allá de las fronteras alemanas, debióse en gran parte al hecho de que los demás países europeos se dejaron engañar, tanto como el pueblo alemán, por las promesas de paz de Hitler y sus argumentos aparentemente razonables. La política de apaciguamiento fue el equivalente extranjero de la revolución legal en el país.

En segundo lugar, hoy resulta claro que aquella subrepticia maniobra para la toma del poder encontró totalmente desprevenidos, no sólo al ciudadano alemán, sino incluso a la propia democracia moderna, a cuyas expensas y con cuyos medios el cambio fue llevado a cabo. Aunque sea discutible la afirmación de que Hitler fue consecuencia de la democracia, no deja de ser cierto que la democracia moderna, con su complejidad y su vulnerabilidad ante las crisis, ofrece el terreno y los medios necesarios para la intrusión incruenta de una dictadura totalitaria que haya obtenido sus poderes de persuasión y seducción mediante un ideario seudolegal y seudodemocrático para lograr la toma del poder y el ejercicio de la autoridad.

K. D. Bracher

Hitler y sus secuaces

Hitler y sus secuaces tenían dos cosas en común: un ideario insensato y un carácter pervertido. Sin embargo, fueron los hombres que llevaron a Alemania al triunfo y seguidamente a la tragedia por segunda vez en una generación

Los supremos detentadores del poder nazi: Hitler con su brazo derecho, el jovial pero cruel Goering, y *(a su izquierda)* el impasible Himmler, jefe de la Gestapo y muy pronto el hombre más temido de Europa.

En enero de 1933 un puñado de oscuros conspiradores subió a bordo de un buque amigo llamado *Alemania*, se apoderó del puente pistola en mano, dominó a la tripulación, armó el navío y emprendió un crucero para dedicarse a la piratería en aguas de Europa. Ésta es, más o menos, la impresión que ofrece la acusación presentada en el primer tribunal de crímenes de guerra en Nuremberg. Sin embargo, desde un punto de vista formal, el ascenso de los nacionalsocialistas al poder no presentó gran diferencia con respecto a los cambios habituales de gobierno. Todo transcurrió de un modo más normal —aunque, desde luego, más complejo—, que lo imaginado más tarde por la gente.



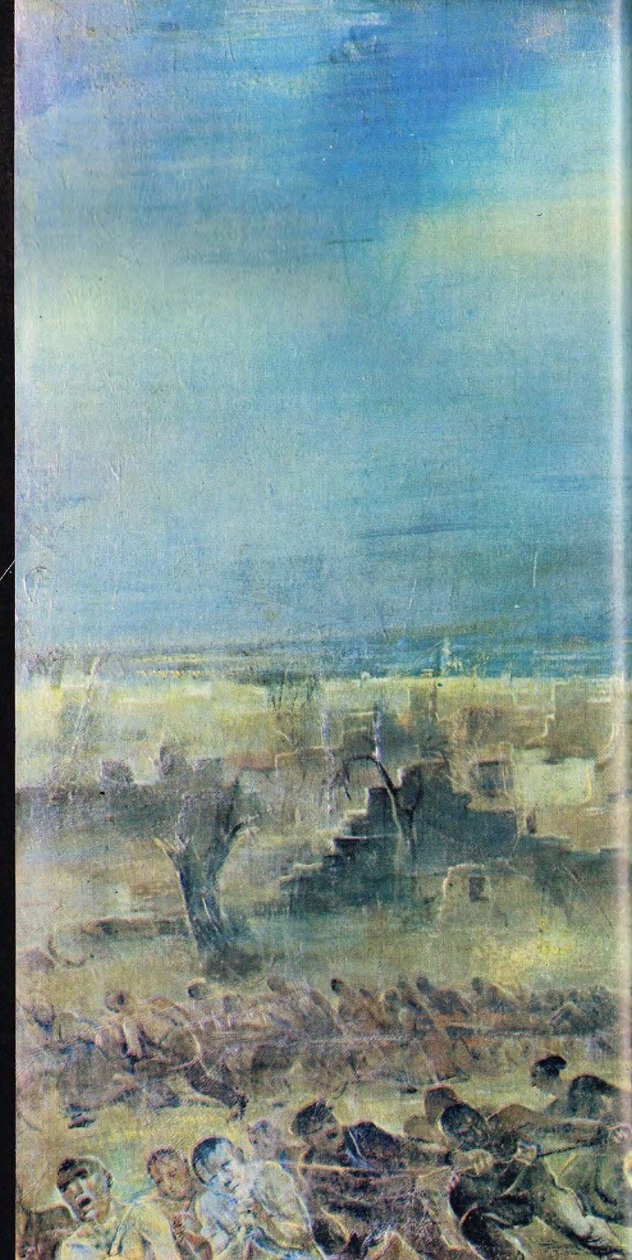
Los políticos conservadores que formaron coalición con Hitler, líder del partido más poderoso de Alemania en aquellos momentos, estaban incluso convencidos de haberlo «contratado», y consideraban al nuevo canciller y a sus seguidores como individuos tan insignificantes y mezquinos que Papen, el vicecanciller conservador, pronosticó que al cabo de un par de meses habrían arrinconado a Hitler de tal modo que a éste le rechinarían los dientes. Pero lo que ocurrió en realidad, fue que, dos meses más tarde, Hitler y sus hombres establecieron en Alemania una dictadura de la que no era ya posible escapar.

Tras el colapso de 1945, muchos alemanes creyeron que un genio del mal los había arrastrado por el camino de perdición, y no faltaron quienes atribuyeron los éxitos electorales al talento histriónico de Adolf Hitler. Su arte de la tergiversación era tan notable que él mismo acababa por creer en el papel que estaba representando. Tenía la habilidad de suscitar la confianza de las masas y de todos aquellos cuya amistad deseaba granjearse. La gente depositaba su fe en él.

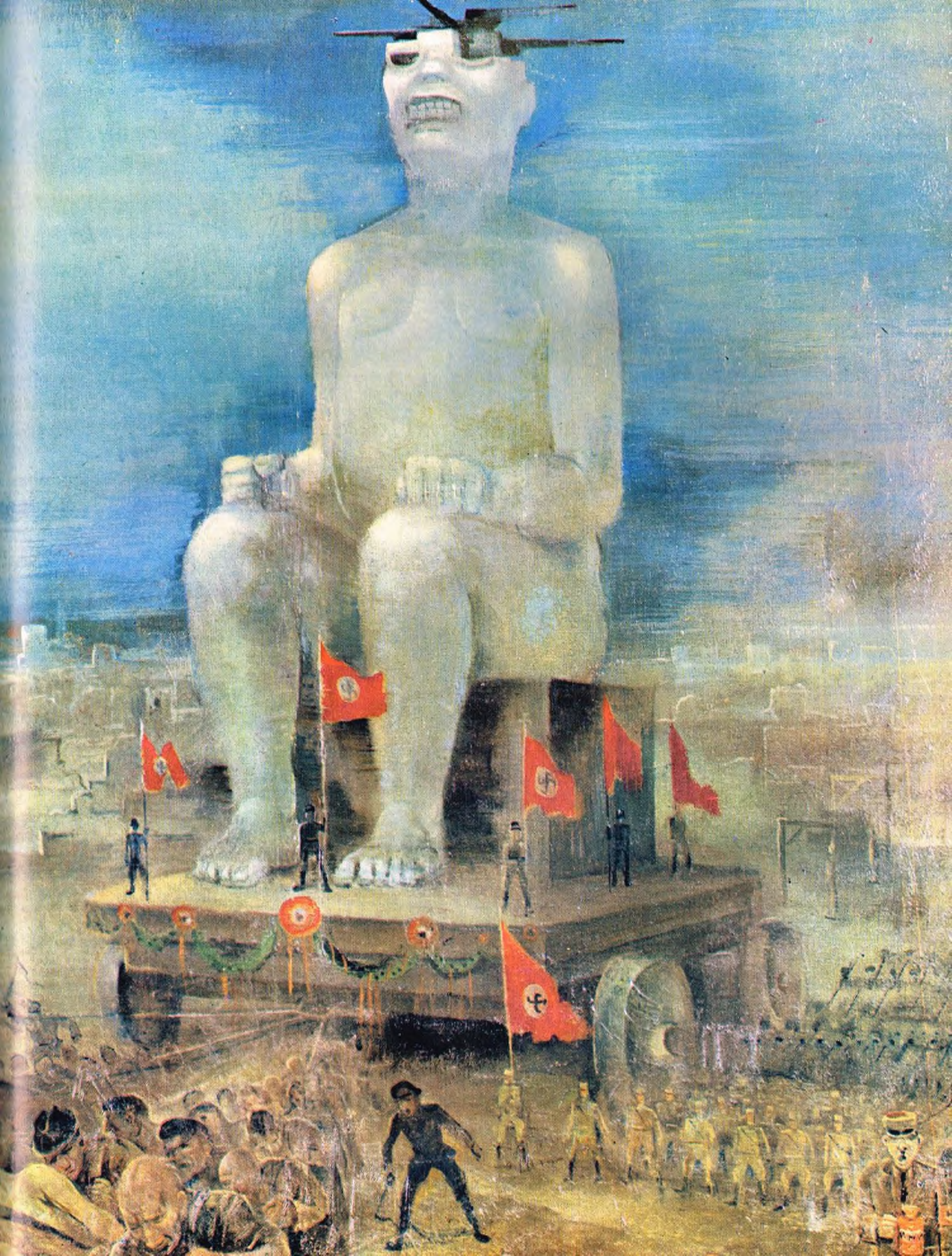
Hitler, jefe de la pandilla

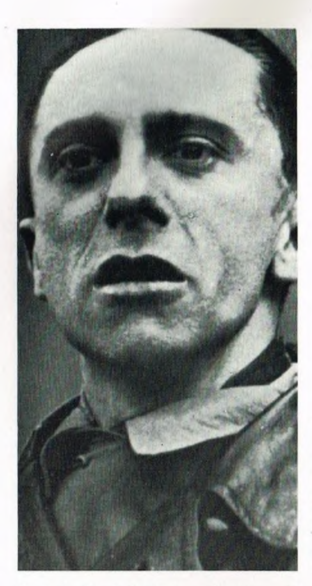
En su primera fotografía como canciller, al lado del presidente Von Hindenburg, Hitler ofrece un aspecto extraño, inhibido y humilde. No cabe duda acerca de quién es el amo y quién el advenedizo. Hitler parece una caricatura chaplinesca del pequeño burgués que, inesperadamente, ha prosperado; pero, detrás de esta máscara, su fría mente calculadora apenas está disimulada. Es el hombre que irrumpió en el tropel como el lobo en el aprisco de las ovejas.

Sabía perfectamente cómo actuar ante su auditorio. En presencia de los banqueros utilizaba una verborrea muy distinta de la que dirigía a sus soldados, y con los obreros de las industrias hablaba un lenguaje muy diferente del que empleaba ante los campesinos. Cuando quería alcanzar un determinado objetivo, disponía de un vasto repertorio de trucos: un gesto de inspiración y un encanto austríaco, paroxismos de llanto y amenazas de suicidio, arrebatos de cólera o de condescendencia, monólogos interminables y



Protesta silenciosa desde el interior de la Alemania nazi: «El Estado hitleriano», cuadro de Magnus Zeller, que entonces (1938) vivía en Potsdam; exhibirlo habría significado la muerte.









Izquierda: **Joseph Goebbels, orador comparable a Hitler y maestro en el arte de influir a las masas; como ministro de Propaganda, fue una pieza vital para la máquina estatal.** *Centro:* **Reinhard Heydrich, llamado** *der Henker* **(el verdugo) y subjefe de la Gestapo bajo Himmler, persiguió implacablemente a todos los enemigos del nazismo.** *Derecha:* **Martin Bormann, un burócrata difuminado y detestado; su control sobre las actividades internas del partido le otorgó una siniestra autoridad en la jerarquía nazi.**

deliberada violencia. Era taimado, astuto, ladino e ingenioso, y sobre todo, profundamente falto de honradez, como una personificación de la amoralidad.

Mientras los capitanes de industria, los banqueros, los aristócratas, los terratenientes y el Ejército se dejaban engañar por su duplicidad, las confiadas masas que le entregaban sus votos ignoraban el aspecto mediocre, cómico pero inquietante, de su personalidad. Ante millones de seres aparecía como el salvador cuya violenta actitud, acompañada por sonidos huecos y guturales, los sumía en un estado de arrebato. Su modestia en el vestir, su abstinencia y su celibato completaron el cuadro que le permitió elevarse a las más altas esferas.

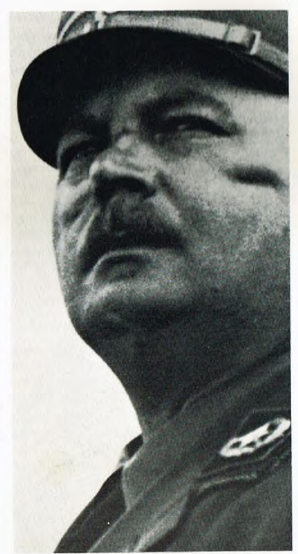
Hitler hablaba de sí mismo como imagen del poder, y sin duda fue el mayor demagogo de este siglo. Poseía un instinto especial que le permitía descubrir lo que necesitaban las masas; antes de empezar a hablar, sondeaba primero el ambiente y el talante del auditorio, y sus arrebatos emocionales eran trucos escénicos cuidadosamente elaborados. No es extraño, pues, que a menudo consiguiese transformar un público hostil en una grey de seguidores incondicionales.

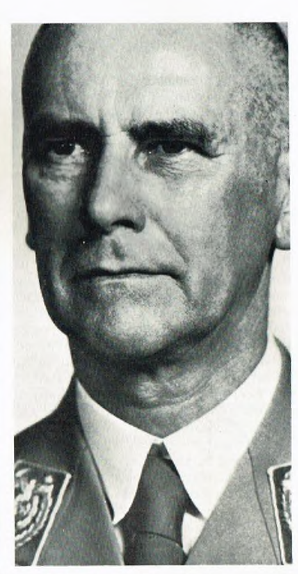
Incluso después de arrogarse el poder supremo, Hitler siguió entregado a su pasión por los discursos, puesto que necesitaba un contacto permanente con las masas. Su enfrentamiento con decenas o centenares de miles de personas, aislado sobre una inmensa plataforma, era para él una especie de baño purificador. Necesitaba estas apariciones teatrales para afirmar ante sí mismo su propia personalidad, y él era el primero en dejarse arrastrar por la embriaguez de las multitudes. Su primer jefe de la policía secreta le llamaba el «Don Juan de las masas», y un biógrafo distinguió detrás de esta fachada «la satisfacción sexual sustitutiva de un hombre con dificultades de comunicación».

En realidad, Hitler tenía dificultades en cuanto a establecer contacto con los demás. Aunque siempre lo rodeaban numerosas personas, sentíase solo. No tenía verdaderos amigos —hizo ejecutar a Röhm, su amigo íntimo—, esquivaba las relaciones familiares y, durante los doce años que se mantuvo en el poder, sólo tuvo una amante a la que ocultó a los ojos de todos y guardó encerrada como un pájaro en su jaula. Carecía del don de un sentido del humor que lo liberase, y siempre se mostraba consciente de su actitud, dictador de pies a cabeza. Las masas lo veían tal como él deseaba ser visto, y estaba prohibida la publicación de fotografías que lo mostrasen en posturas desventajosas.

Hitler era una extraña mezcla de Borgia y bohemio. Jamás había tenido un empleo regular y odiaba el trabajo metódico y los horarios de oficina. Poco después de su nombramiento de canciller reanudó su existencia desordenada y se man-







Izquierda: **Rudolf Hess, fiel vasallo y secretario de Hitler, escribió el** *Mein Kampf* **al dictado de su jefe, detenido, y anuló su propia personalidad para subordinarla al Führer.** *Centro:* **Ernst Röhm, uno de los más íntimos amigos de Hitler y jefe de la SA, asesinado en la «Noche de los Cuchillos Largos», cuando su ambición puso en peligro los planes de Hitler.** *Derecha:* **Wilhelm Frick, antes incoloro funcionario, fue nombrado ministro del Interior en el primer gabinete de Hitler.**

tuvo alejado de Berlín, ya que prefería charlar durante horas enteras con artistas en Munich o retirarse a las montañas, donde pasaba semanas casi aislado mientras reinaba el caos en el Gobierno, el partido y la administración. Durante meses retrasó decisiones importantes porque no le agradaba comprometerse y prefería esperar, al parecer completamente pasivo, como una araña en su tela, la mejor oportunidad, hasta que actuaba con la rapidez del rayo según le dictase su instinto avasallador.

Este *homo novus* —miembro de una familia campesina del norte de Austria, en donde era muy frecuente el matrimonio entre individuos del mismo grupo familiar—, semieducado y provisto de un léxico tan abundante como desordenado, demostró poseer una chispa genial en su calidad de estadista y líder de partido. Tenía una prodigiosa fuerza de voluntad, pero carecía del sentido de la proporción ante las realidades de la vida. Seguía sus objetivos como un sonámbulo, y desde su juventud sólo una cosa le seducía: el poder, un poder que él quería emplear para convertir en realidad sus delirios sobre un Imperio en el Este y una raza dueña de las demás. Cuando por fin dispuso de este poder, declaró que jamás lo abandonaría. Alemania se hallaba en manos de un tahúr político que gobernaba según el principio de «todo o nada». Según él, Alemania debía gobernar al mundo o dejar de existir.

Era la actitud de Espartaco, de aquellos esclavos que sólo podían perder sus propias cadenas. Casi todos los nazis más destacados procedían de las huestes de los degradados, de los sin trabajo, de los quebrantados por la experiencia de la guerra. Eran hombres de índole mercenaria que, después de la Primera Guerra Mundial, no pudieron readaptarse a la vida normal; neuróticos que, por una razón u otra, odiaban cuanto los rodeaba; ambiciosos vividores y fríos oportunistas. Cabe aplicar gran parte de estos calificativos al hombre que, desde el primer día en que Hitler subió al poder y durante los años subsiguientes, fue el segundo de a bordo en la nave del Estado, hasta que otros nazis más ingeniosos lo despojaron de su rango y él, a su vez, dejóse corromper por el poder. Ese hombre era Hermann Goering.

Goering, mariscal del Reich

Hijo de un alto funcionario colonial, casado con una condesa sueca y célebre piloto durante la Primera Guerra Mundial, Goering era el hombre distinguido que Hitler necesitaba para que su movimiento gozase de aceptación en la alta sociedad. Tenía conexiones sociales con banqueros, industriales y nobles, era apreciado por Hindenburg, estuvo en el Vaticano como enviado de Hitler, e incluso fue dos veces a Doorn a ver al exkáiser Guillermo II, quien dijo: «Este hombre podría conseguir el mando de las fuer-

zas aéreas.» Y así fue, pero lo recibió de manos del propio Hitler.

Su carrera comenzó al ser elegido presidente del Reichstag en 1932. Su historial era ya extraordinario. Después de la guerra, este capitán de aviación sumóse a las conspiraciones de los hacendados bávaros, pero durante el fracasado *Putsch* de Hitler (noviembre de 1923) fue gravemente herido y tuvo que buscar refugio en el extranjero. Allí se aficionó a la morfina y fue preciso someterlo a tratamiento. Al regresar del exilio sin medios financieros, su única posibilidad consistía en demostrar a Hitler que él era un nazi de la «alta sociedad» y, gracias a sus modales de «hombre mundano», su corpulencia que inspiraba confianza, y su jovial franqueza, no le fue difícil conseguir su objetivo. Convirtióse en hombre popular, aunque muchos notaban su avidez de fama y no dejaban de criticarla.

A Goering lo entusiasmaba el poder y, todavía más, los accesorios de éste. Atesoraba títulos, diplomas, joyas, condecoraciones, cuadros y tapices de los Gobelinos que conseguía allí donde podía, y en un tiempo relativamente breve convirtióse en uno de los hombres más ricos de Alemania. Sería difícil enumerar todos los cargos que ocupó, pero detrás de la suavidad del epicúreo, bajo la vanidad y el engreimiento de ese coleccionista de cargos, había otro Goering, duro, brutal y temerario.

Como ministro del Interior de Prusia, el Estado más extenso e importante de Alemania, y como controlador de la policía secreta estatal, Goering hizo la revolución desde arriba. Como policía, puso bajo sus órdenes a los rufianes de la SA, el ejército privado de Hitler, hombres que esperaban esta oportunidad para habérselas con sus enemigos políticos. Goering creó los primeros campos de concentración, aunque aseguró que sólo seguía el ejemplo dado por los británicos durante la guerra anglo-bóer. Al instruir a su policía, pronunció las célebres frases: «Cuando vosotros disparáis, yo también disparo. Cuando hay un hombre muerto en el suelo, soy yo quien lo ha matado. Es de mi exclusiva responsabilidad.» Empleaba la fuerza sin inhibición de ninguna clase: «Mis medidas no se verán obstaculizadas por consideraciones jurídicas. Mi deber aquí no consiste en administrar justicia; mi deber sólo consiste en destruir y aniquilar, y en nada más.»

Sin embargo, a pesar de esta seguridad en sí mismo, no pasó de ser una figura menor al lado del hombre que le brindaba ese poder. Seguía ciegamente a Hitler: «Obedeceré todas sus órdenes.» Esta anulación propia llegó hasta el extremo de hacerle afirmar: «Mi conciencia se llama Adolf Hitler.» Pero al mismo tiempo se mostraba abierto a los argumentos razonables y los diplomáticos extranjeros estimaban su compañía porque a menudo era posible mantener con él una interesante conversación. A veces se jactaba de que solía contradecir al Führer, pero cuando se hallaba ante él —para usar sus mismas palabras— «su corazón siempre descendía hasta los bolsillos de su pantalón». El paladín más fiel y pomposo de Hitler era un tigre de papel y ni el dictador ni sus rivales en la carrera hacia el poder lo tomaban en serio.

Goebbels, el propagandista nazi

De diferente cuño era su rival Joseph Goebbels, el *Gauleiter* de Berlín y, poco después de la toma del poder por los nazis, ministro de Información y Propaganda. En calidad de tal, Goebbels era dueño y señor de la prensa, la radio, el cine, el teatro y la literatura.

Este hombre de amplia educación y aguda inteligencia, era un maestro en el arte de influir las masas, un demagogo nato y un verdadero experto en tácticas políticas. Nadie como él podía manejar la mentira como instrumento político, con audacia tan temeraria, y corría por Berlín la frase «La mentira tiene patas cortas» como alusión al pie de piña de Goebbels. Todavía hoy, los entendidos no han decidido cuál de los dos —Hitler o Goebbels— era mejor orador. Goebbels, a diferencia de Hitler, se mantenía frío como un témpano incluso en los más arrebatadores mitines de masas. Nunca llegó a gozar de gran popularidad y, puesto que no lograba contener su lengua viperina, tenía muy pocos amigos, pero el pequeño «*Schrumpfgermane*» (alemán encogido) de la católica Renania sabía imponer el respeto.

Goebbels era de origen proletario y su ambición de encumbrarse y compensar su defecto físico por medio de los logros intelectuales lo movió a probar suerte en diversas esferas de actividades: hombre de letras, periodista, orador, líder de partido y favorito de las damas. Sin embargo, el joven doctor, discípulo del profesor judío de literatura Gundolf, no supo abrirse camino en ninguno de estos intentos. Después de un breve flirteo con los socialistas del ala izquierda, hallaría por fin lo que buscaba en el nacionalsocialismo.

El viraje en su camino se le impuso cuando conoció a Hitler en un mitin de masas. También Goebbels se dejó contagiar por la histeria de la muchedumbre («sentí frío y calor») y a partir de aquel momento creyó que Hitler era su profeta. Cuanto más se apartaba de la fe de su Iglesia, más deificaba al Führer, al cual llegó a someterse incondicionalmente. Difícilmente pudo haber otro líder nazi que se aferrase a la ideología del partido con tanta convicción, ni que siguiese con tanta fidelidad los pasos de Hitler.

Sin la máquina propagandística de Goebbels, Hitler jamás habría tenido un éxito tan enorme en su país. El agitador Goebbels pasó por su bautismo de fuego cuando, en los años veinte, irrumpió en los barrios obreros de Berlín con sus hombres de la SA. Cualquier medio era bueno para él con tal de «conquistar» Berlín: el terror sangriento, la agitación, la calumnia y todos los más viles ardides del periodismo.

Goebbels ascendió con extraordinaria rapidez, incluso ni se tienen en cuenta las circunstancias de aquellos días. A los treinta años era miembro del Reichstag y a los treinta y cinco fue nombrado ministro, el más joven en toda la historia de Alemania. Entonces cambió las maneras contundentes del orador popular por un atuendo más estilizado, hecho a medida. Como residencia, eligió un palacio de los Hohenzollern y, con la ayuda de su acaudalada esposa, entró en posesión de varias villas y casas de campo. Su pasado izquierdista quedaba ya muy lejano.

Himmler, jefe de la Gestapo

Mientras Goering concentraba entre sus manos todo el poderío que le era dable obtener y Goebbels tenía los medios de comunicación de masas bajo su control, en Baviera otro nazi, hasta entonces inadvertido por los demás, preparaba su advenimiento. Este hombre se llamaba Heinrich Himmler y no tardaría en convertirse en el ser más poderoso y aborrecido de toda Europa. Con sus gafas sin montura, su bigote de sargento mayor, sus cabellos muy cortos, su rostro inexpresivo y sus manos delicadas, este frágil, tímido y desgarbado hijo de un escribiente parecía el prototipo del pequeño burgués. Himmler, graduado en agricultura y dedicado a la cría de aves de corral, con una juventud en la que se había considerado a sí mismo incomprendido, descollaba por su excesiva diligencia y una exactitud lindante con la pedantería.



Dibujo alemán de 1934, que presenta a Hitler como salvador de su país: una Alemania de pura raza aria se apoya en su Führer, defensor de la lealtad, el honor y el orden.

En su adolescencia anotaba en su diario cuando se afeitaba y cuando se hacía cortar el cabello con la misma minuciosidad con la que más tarde ordenaría la confección de elaboradas estadísticas de los judíos asesinados. También él se contaba entre los veteranos del *Putsch* de Munich en 1923 y a los veintiocho años este disciplinado secuaz fue nombrado por Hitler Reichsführer SS, jefe del grupo paramilitar de *élite* creado como guardia de corps de Hitler. Al cabo de cuatro años, Himmler había elevado sus efectivos de 300 a 50.000 hombres. Creó, además, su propia organización administrativa e implantó entre los SS un «código de honor» para diferenciarlos de las salvajes hordas de los SA.

Himmler deseaba convertir a los SS en un nuevo estamento y con ello realizar su sueño consistente en superhombres altos, rubios y de ojos azules. El código del matrimonio y la estirpe familiar obligatorio para los miembros de los SS fue el primer paso para la creación de un linaje de *Herrenvolk* (raza suprema) aria. Millones de personas inocentes serían víctimas de la perversa ideología de Himmler, de su extraña mescolanza de mística germánica y racismo seudocientífico. Sin embargo, este mismo Himmler era el hombre que se apenaba al ver un insecto aplastado, el hombre incapaz de matar una mosca.

En 1933 Hitler le nombró jefe supremo de policía en Munich, y Himmler montó el primer campo de concentración modelo en Baviera. Se llamaba Dachau y estaba destinado a los presos políticos. La horca y el látigo tuvieron entonces unas funciones bien definidas en un sistema de terror perfeccionado con dinámica eficiencia. Hitler invistió a sus guardianes con el símbolo de la calavera y dos de ellos —Adolf Eichmann y Rudolf Hoess, comandante de Auschwitz— aplicarían más tarde, extensamente, sus experiencias. Desde Baviera, los SS dominaron gradualmente a la policía política de toda Alemania, hasta que Himmler adquirió suficiente poderío para desbancar a Goering y al propio Röhm, jefe de los SA.

Heydrich, el fanático ario

Para la consecución de estos objetivos, resultó indispensable la ayuda de un exteniente de la Armada llamado Reinhard Heydrich, un joven cuyo físico parecía arrancado de un libro de texto alemán a pesar de que tenía antepasados judíos, hecho que él logró ocultar. Este cínico oportunista fue el tecnócrata del poder, y el historiador suizo Carl Jacob Burckhardt lo ha calificado de «joven y maligno dios de la muerte». Heydrich poseía una inteligencia muy superior a la de su jefe Himmler y se destacaba en numerosas actividades, como violinista, como deportista o como lingüista. A los veintisiete años fue nombrado jefe de los servicios de seguridad, una organización de espionaje en cuyos archivos no tardó en reunir los datos personales de todos los jefes nazis y de sus rivales peligrosos. Cuando Hitler subió al poder, Heydrich estaba ya preparado para que funcionase su red de agentes en todo el país. Un año después convirtióse en jefe de la policía secreta, de la policía criminal y de los servicios de espionaje.

Bormann o el poder en el centro

También operaba entre bastidores, cuando Hitler asumió el mando supremo, el funcionario nazi Martin Bormann, destinado a convertirse después en el hom-



Detención de comunistas por miembros de la SA enrolados en la policía (1933). Alemania, en su mísera situación, tendía a los extremismos: los socialistas se unían a los comunistas, los nacionalistas se aliaban con los nazis, y los matones de la SA y del Frente Rojo llevaban el terror a las ciudades a medida que la lucha entre ellos se intensificaba.

bre más poderoso del partido. Como Heydrich, éste reconocía el potencial que significaba el burócrata en la política, y por su parte se impuso como gerente del poder totalitario. El oficinista Bormann se abrió camino hasta escalar los puestos más altos y, a partir de 1930, ocupóse de los «fondos de auxilio» del partido y administró el dinero que éste recibía de los industriales, no sin adquirir varios terrenos a buen precio por cuenta de Hitler. Cuando se casó con la hija del primer juez del partido, el propio Hitler acompañó a la novia hasta el altar. En el partido nadie podía soportarlo y todos lo temían (en su juventud había estado complicado en un caso de asesinato), pero, por otra parte, todos lo necesitaban. En 1933 Bormann apareció como secretario en el Ministerio de Asuntos del Partido, donde su poder fue absoluto, ya que el ministro —Rudolf Hess— no era más que un figurón.

Hess, el lugarteniente de Hitler

A partir de 1933, Hess ostentó el sonoro título de «lugarteniente del Führer». Hasta entonces había sido un desconocido para el público, si bien en el partido se lo consideraba el ayudante de Hitler. Puesto que había jurado «una fidelidad de vasallo a la causa alemana» y era un idealista de la más pura cepa y al propio tiempo un hombre honrado, Hitler lo eligió deliberadamente como su «vice-Führer» porque ningún peligro podía amenazarlo por aquel lado. Este hombre blando y sensible, de ojos cándidos y hundidos, alemán pero nacido en el extranjero y voluntario en el Ejército, había formado parte de las huestes nazis desde los primeros días. Hitler le había dictado su *Mein Kampf* desde la celda de la cárcel. Su contribución más importante a la historia del nacionalsocialismo fue el hecho de haber dado a Hitler el concepto de *Lebensraum* (espacio vital). Nunca ambicionó el poder, ya que él no quería ser más que un heraldo de su Führer, tan sólo un instrumento del hombre al que veneraba como si él careciese de voluntad propia. Toda su existencia se basó en su fe en el Hitler «salvador», e incluso en la prisión para criminales de guerra de Spandau, mantuvo este empeño de no destacar su propia personalidad. La gente aceptaba esta idolatría suya de mejor gana que la retórica de Goebbels, porque todos sabían que la profesión de fe de Hess era sincera.

Röhm, el líder de los SA

Uno de los nazis que más se destacaron en 1933 fue el líder de los SA, Ernst Röhm, un valentón de la Primera Guerra Mundial, hombre de toscas facciones y antítesis del intelectual, un campesino que sentía desprecio por el orden burgués y era indiferente a toda ideología. Como jefe de estado mayor del general bávaro Ritter von Epp, liberó a Munich de la «república de municipios» comunista. En el Ejército era jefe de Hitler y después, junto a él, rebelóse contra la Reichswehr. Tras un intervalo en Bolivia como asesor militar, Hitler lo puso al frente de las tropas de los SA, unas formaciones paramilitares que contaban con varios centenares de miles de jóvenes, en su gran mayoría alemanes descontentos y sin trabajo que anhelaban la revolución. Röhm, que era un organizador con talento, quería transformar sus tropas de SA en milicia, pero cuando Hitler necesitó atraerse a los profesionales de la Reichswehr para sus planes de rearme, Röhm pagó cara su «herejía» durante la «Noche de los Cuchillos Largos».

Speer, el «buen nazi»

En 1933 otro hombre se cruzó en el camino de Hitler. Era éste un arquitecto que aún no había cumplido los 30 años, totalmente apolítico pero de extraordinaria inteligencia, llamado Albert Speer. Hitler, que se consideraba a sí mismo un artista, supo apreciar a aquel hombre simpático y lo convirtió en primer arquitecto urbanista del Reich. Speer captó aquella oportunidad única y proyectó para el nuevo Estado los edificios monumentales de Nuremberg y Berlín. Suya fue la invención del bosque de banderas gigantescas y arcos triunfales que sirvieron de marco solemne a tantos mitines de masas. Durante la guerra, este brillante tecnócrata dedicó la misma prodigalidad de recursos al armamento, y no vio la verdad hasta que era ya demasiado tarde.

Frick, el ministro del Interior

No todos los jefes nazis estaban ciegos ante los peligros de aquel despotismo moderno que ellos habían ayudado a crear, y uno de ellos fue el distinguido funcionario del real servicio civil de Baviera, Wilhelm Frick. En 1933 fue el tercer nazi, junto con Hitler y Goering, que formó parte de la coalición gubernamental encabezada por el futuro Führer. No pudo escurrir el bulto y no tardó en poner su nombre en las «leyes de excepción» que extinguieron la democracia en Alemania. Consciente o inconscientemente, estos seguidores de Hitler se convirtieron en cómplices del crimen, y cuando no pudieron acallar sus conciencias buscaron refugio en el cinismo. Con razón dijo Goebbels: «La historia nos recordará como los más grandes estadistas de todos los tiempos, o bien como los mayores criminales.»

K.-H. Janssen

La «Noche de los Cuchillos Largos»

La «Noche de los Cuchillos Largos» fue una noche de crímenes y de terror, culminación de la violencia política, endémica en Alemania desde 1918. Pero esta vez corrió la sangre de muchos de los mismos terroristas...

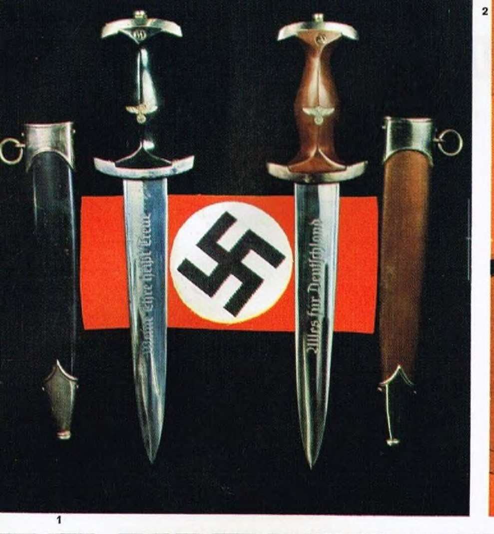
El derramamiento de sangre del 30 de junio de 1934 fue el punto culminante de una pugna triangular entre los nacionalistas, los nazis y el propio Hitler. Éste había ascendido al poder, dieciocho meses antes, por medios esencialmente arteros pero vinculados con el nombre del Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes que él dirigía. Hitler supo persuadir a los nacionalistas alemanes, entre ellos muchos conservadores e industriales que lo financiaron generosamente, de que su partido representaba el baluarte más efectivo contra el comunismo y la desintegración social. Por otra parte, el suyo era un partido de masas que debía atraerse al pueblo, es decir, a los trabajadores. Para éstos, había subrayado el contenido socialista de su nebulosa doctrina, y fue entre los trabajadores, y particularmente entre los parados que sentían justificado rencor contra su sociedad, donde reclutó sus Tropas de Asalto que combatieron contra los comunistas y conquistaron las calles para él. En los últimos años de la República de Weimar e incluso en el primero de la férula nazi, muchos comunistas se pasaron a su partido. Por lo tanto, contaba con dos grupos principales de seguidores: los nacionalistas, que deseaban la preservación de su sociedad y de sus privilegios de clase, o incluso un retorno al *statu quo* anterior a 1914 y la restauración de la monarquía, y las masas que, en general, anhelaban ver una reorganización total de la sociedad, «una nueva aristocracia de sangre y tierra», como decían los nazis. La fuerza principal de los nacionalistas radicaba en el apoyo del Ejército y del anciano presidente Hindenburg, y la de los nazis, mucho más radicales, consistía en su número y en su fervor revolucionario.

El tercer punto de este triángulo era el propio Adolf Hitler. Como denotaban sus escritos, su conversación y, sobre todo, sus acciones, éste era un político nihilista, tan falto de creencias como de fidelidad o ideales, y con el poder como único interés. Deseaba que este poder fuese lo más absoluto posible, tanto en Alemania como, más tarde, fuera de ella, si bien en 1934 todavía era la política interior alemana lo que más absorbía su atención. Este político brillante y avasallador había ascendido al poder mediante la artimaña de lanzar ambos extremos contra el medio. Después intentaría la misma técnica en el campo internacional con un éxito inicial considerable, al manipular las democracias occidentales contra los soviets para intentar luego batirlos a todos por turno. En 1934 adoptó idéntico método para enfrentarse a la única crisis interior auténtica que lo amenazaría en Alemania hasta que la Segunda Guerra Mundial terminó con su derrota, diez años más tarde. Se necesitaba una prodigiosa habilidad política para manejar una situación triangular de esta índole, y además unos nervios de acero si tenemos en cuenta que en la Alemania de junio de 1934 había muchas pistolas a punto de ser desenfundadas.

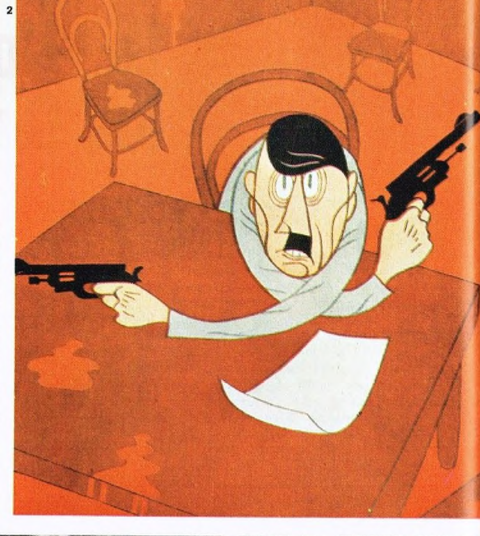
Las Tropas de Asalto fueron creadas en los primeros días del Partido Nazi. En la primavera de 1934 sumaban un par de millones. Su finalidad original había sido la de actuar como matones en las reuniones nazis de la década de 1920; después libraron batallas callejeras y, finalmente, tras el nombramiento de Hitler como canciller, se les dio carta blanca para vengarse de sus enemigos, en especial los judíos. Había entre ellos una proporción muy considerable de malhechores y delincuentes sociales. Muchos de ellos eran hombres con antecedentes criminales, ladrones e incluso asesinos. (A los que habían asesinado a algún antinazi se les solía ofrecer, y generalmente la aceptaban, alta graduación en la organización de las Tropas de Asalto.) Otros muchos eran alcohólicos y homosexuales. En realidad, la homosexualidad notoria de varios miembros prominentes de las Tropas de Asalto había hecho que algunos de los más respetables patrocinadores de Hitler, como por ejemplo el general Ludendorff, se apartasen del movimiento en fecha tan temprana como 1925. Hitler, desde luego, estaba perfectamente al corriente de ello. Por otra parte, había muchos miembros de las Tropas de Asalto, y tal vez particularmente entre los oficiales, que habían ido a parar a aquella organización por razones muy diferentes. Eran en su mayoría los hombres del antiguo *Freikorps* del período inme-

«El carnicero de Berlín», comentario francés sobre Hitler tras la «Noche de los Cuchillos Largos» (1934).





1



2





diatamente posterior a la guerra, hombres que se habían presentado voluntarios para defender las resquebrajadas fronteras de Alemania contra los enemigos exteriores en el Este y el Sur, y los franceses, en el Oeste, y que después habían tratado de defenderla contra sus enemigos interiores, en especial los comunistas. Eran hombres que habían sido repudiados por el Gobierno republicano y que, por lo tanto, se habían vuelto contra él y prestado obediencia al movimiento nacionalsocialista que, según ellos creían, ofrecía al país que ellos amaban un futuro mejor. Cuando ingresaron en el movimiento no eran seres despreciables, aunque muchos de ellos estuviesen marcados por los años de la guerra y los de la lucha guerrillera, y fueron estos hombres los que dieron a las Tropas de Asalto una cierta eficiencia militar que su equivalente comunista, el Frente Rojo, nunca consiguió, y mucho menos las escuadras de activistas de los socialdemócratas. Las Tropas de Asalto o SA (abreviación de *Sturmabteilungen*) nunca fueron una auténtica organización militar, pero contenían un fermento militar muy vigoroso y su jefe en 1934, Ernst Röhm, era un soldado experto.

Los oficiales procedentes de la clase trabajadora constituían una rareza en el antiguo Ejército Imperial alemán, pero Röhm fue uno de ellos. Había luchado también en las filas del *Freikorps* y después se incorporó a la plana de mando del Distrito VII, que, en 1920, controlaba a Baviera militarmente y, en gran medida, políticamente. Fue destinado al departamento político del cuartel general en Munich y, entre sus subordinados, tenía al excabo Adolf Hitler. Como Hitler, Röhm era un nacionalista violento; como Hitler, comprendió ya entonces que los nacionalistas debían arrancar el control de las masas de manos de los comunistas y de los socialdemócratas, si querían conseguir sus objetivos; y como Hitler, y además antes que él, afilióse al reducido Partido de los Trabajadores Alemanes, que más tarde cambiaría su nombre por el de Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes. Fue el único de los íntimos asociados políticos de Hitler que, en los años sucesivos, lo tuteaba. Creó la SA y desde un buen principio se dedicó a enrolar a sus excamaradas del *Freikorps* en escuadras paramilitares. Desempeñó un papel destacado en el frustrado *Putsch* de 1923, y fue declarado culpable de traición y degradado, pero no encarcelado. Röhm fue uno de los dos hombres a los que Hitler confió la existencia de su partido mientras él escribía el *Mein Kampf* en la cárcel. En 1925 disputó con Hitler sobre la misión de los SA. Él deseaba que asumiesen la sucesión del Ejército alemán, con él al frente, pero Hitler había comprendido que sólo un ejército benevolente podía permitir que los nazis asumieran el poder y que, en este caso, las fuerzas regulares no tolerarían un rival. Röhm emigró entonces a Bolivia y allí ayudó a crear un ejército que combatió en la guerra del Gran Chaco.

En 1930, cuando los SA empezaron a desmandarse incluso bajo el propio Hitler, éste pidió a su avezado *condottiero*, en aquel entonces ya experto en la política militar sudamericana, que regresara para asumir el mando de los SA, y Röhm volvió a Alemania. Reorganizó los SA bajo unas normas más militares e impuso una cierta disciplina a lo que entonces no era sino una numerosa pandilla de malhechores y bravucones. Después convino con el general Von Schleicher, el jefe entonces más influyente en el Ejército alemán, que los SA constituirían una especie de fuerza de reserva para actuar en el caso de un levantamiento comunista o de una invasión polaca. Este acuerdo, más que cualquier otro factor, aseguró la neutralidad del Ejército cuando Hitler subió al poder. Los arrogantes oficiales del Alto Mando, con sus guantes de cabritilla, creían que iban a utilizar los SA para sus propios fines.

Gritos en la noche

Röhm tenía otras ideas muy distintas. Era un auténtico revolucionario y veía ya el día en el que los SA serían la fuerza más poderosa de Alemania y el Ejército sólo serviría como fuente de reclutas y como centro de adiestramiento técnico e información, tal como el Ejército revolucionario francés había utilizado las

_1_ Puñal de SS _(izquierda)_ con la inscripción «Mi honor es la lealtad», y puñal de SA con la inscripción «Todo por Alemania». _2_ Visión checa de la purga nazi: un Führer nervioso sin más rivales contra quienes disparar. _3_ Gregor Strasser _(izquierda)_ con Roland Freisler. Strasser, líder del ala izquierda nazi, fue asesinado durante la «Noche de los Cuchillos Largos»; Freisler adquirió triste fama como juez nazi en el Tribunal del Pueblo. _4_ La boda de Karl Ernst, jefe de la SA de Berlín. Detrás de la pareja, Röhm _(izquierda)_, jefe de la SA, y Goering. Ernst fue detenido durante su viaje de novios por pistoleros SS y trasladado, herido, a Berlín para ser ejecutado.



fuerzas reales en 1792. Él no usaba guantes de cabritilla, y en el Alto Mando de los SA lo rodeaban hombres tan toscos y brutales como él. Era un beodo y un homosexual, pero también un individuo extraordinariamente eficiente. Al parecer, sentía un sincero afecto y una devoción muy considerable por Adolf Hitler, y no hay pruebas de que planease derrocarlo, antes o después de convertirse éste en dictador, pero no cabe duda de que rivalizaba con los otros sátrapas de Hitler, en particular con Goering, que se las daba de aristócrata, y con el rígido y doctoral Heinrich Himmler, que mandaba la guardia personal de Hitler, los *Schutzstaffeln* o SS. (Esta organización formó parte inicialmente de los SA, y durante largo tiempo mantuvo técnicamente esta dependencia, pero cuando Hitler subió al poder era ya una fuerza independiente, mucho mejor adiestrada y todavía más adicta al Führer que los SA, más numerosos pero menos disciplinados.) En 1934, el único aliado potencial de los SA entre los jefes nazis era Goebbels, quien, al igual que Röhm, no tenía interés en conservar una sociedad que había despreciado a tales *parvenus*. Pero Goebbels, el ministro de Propaganda, era un político muy astuto.

Durante la mayor parte de 1933 los SA tuvieron plena libertad para descargar su odio vengativo contra los enemigos de Hitler, y menudearon los asesinatos y las atrocidades, pero gradualmente se impuso un poco de orden. Los SA dejaron de atacar a sus prisioneros en público, pero lo hacían en los nuevos campos de concentración que Goering había creado en Oranienburg y Sachsenhausen, cerca de Berlín, y en Dachau, cerca de Munich, si bien este último campo estaba en manos de los SS. Los más «respetables» seguidores de Hitler, a la vez activos y pasivos —y el Ejército alemán debe ser incluido en la segunda categoría— contemplaban la situación con desagrado e indiferencia, ya que no les importaba en particular lo que pudiera sucederles a los comunistas, que eran también sus enemigos directos, ni tampoco a los judíos, considerados por ellos como material de desecho. Pero, a medida que pasaban los meses, los gritos y los pistoletazos en plena noche resultaron cada vez más inaceptables para aquella clase de alemanes que había esperado que Hitler pusiera fin al caos de la moribunda República de Weimar. Y esta clase incluía al Ejército, reducido pero muy eficiente, capaz de arrebatar el poder a los nazis en cualquier momento, e incluía también a los hombres que rodeaban al senil presidente Hindenburg, compendio de todo lo que el Ejército admiraba. Hitler olfateó el peligro.

Es imposible asegurar lo que pasó por su mente durante el invierno de 1933-34, mientras empeoraba el conflicto existente entre el Ejército y los SA. Sin duda, sus propios instintos y formación lo inducían a apoyar el grupo de Röhm, representado por los SA, antes que a la aristocracia y a los industriales, representados por el Ejército. Los primeros eran los suyos, y los segundos, en cambio, eran los que lo llamaban, despectivamente, el cabo de Bohemia. Pero los generales eran dueños de los cañones, aquellos cañones que todavía podían despojarlo a él y a su gobierno del lugar que ocupaban, y por otra parte él aún no había alcanzado la cumbre de su complicada estructura del poder. Era evidente que el presidente Hindenburg no podía tener mucho tiempo de vida, pero seguía siendo el presidente y, a pesar de su senilidad, todavía tenía horas de lucidez. Por lo tanto, mientras se acentuaba la crítica tensión entre el Ejército y los SA, Hitler titubeaba, ¿o tal vez no fue-

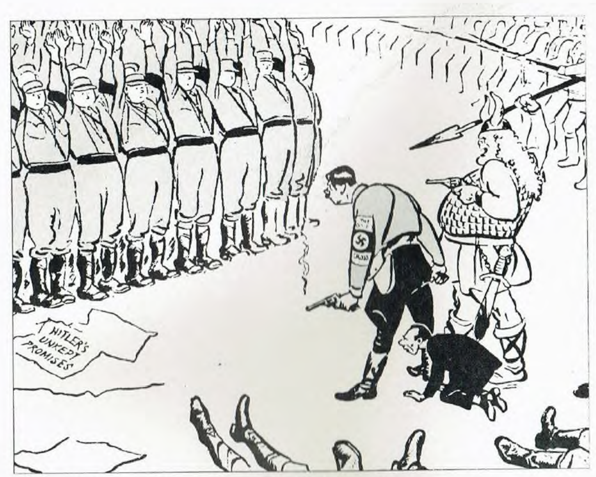


Los primeros reclusos del campo de concentración de Oranienburg con sus guardianes SA (1933); los transeúntes pasan indiferentes junto a ellos, pues el campo forma ya parte de la vida cotidiana.

se tan grande su vacilación...? El 1 de diciembre de 1933 elevó a Röhm a la categoría de miembro del Gabinete alemán, como ministro sin cartera. Al parecer, esto significaba una victoria para los SA y para aquellos elementos del Partido Nazi que pedían, públicamente, una segunda revolución, «socialista» ésta. Por otro lado, bajo Hitler el Gabinete alemán era un organismo nulo. Es posible que Hitler se limitase a engañar a Röhm con ese nombramiento, pero de lo que no cabe duda es de que a Röhm no le causó impresión alguna el «honor» de convertirse en ministro del Gabinete. Él quería los cañones, y éstos seguían en poder del Ejército. Sus seguidores querían la segunda revolución, y también en este aspecto el Ejército les cerraba discretamente el camino. Como el general Von Brauchitsch observó más tarde, cuando fue comandante en jefe: «El rearme era una cuestión demasiado seria para permitir que se inmiscuyeran en ella ladrones, borrachos y necios.» El Ejército contemplaba con la máxima seriedad su rearme secreto y, si bien despreciaba al cabo de Bohemia, tampoco sentía ningún deseo de derrocar a un Gobierno que alentaba este rearme con el apoyo de todo el potencial de la nación. Por consiguiente, en los primeros meses de 1934 Hitler cabalgaba dos caballos y los caminos que hasta entonces habían mantenido juntos a éstos empezaban ya a divergir notablemente. En otras palabras, Hitler se encontraba en un verdadero apuro. Röhm y sus hombres sabían que, emocionalmente, Hitler era su prisionero, pero no tuvieron en cuenta su insensibilidad. El general Von Blomberg, en aquel entonces ministro de la Defensa, y los suyos sabían que, intelectualmente, era su prisionero, pero subestimaron su intelecto. Durante largo tiempo, Hitler meditó a solas, mientras los SA se mostraban cada vez más exigentes —y aumentaba su impopularidad entre el público, cosa que Hitler no dejó de observar— y el Ejército y sus aliados estrechaban sus filas. Nadie ignoraba en Alemania que la explosión no podía demorarse por mucho tiempo.

Al parecer, Hitler había decidido ya hacia qué lado inclinarse cuando, en febrero de 1934, informó a sir John Simon, ministro británico de Asuntos Exteriores, de que iba a licenciar a las dos terceras partes de los SA y a desarmar al resto. Éste fue un típico gesto de Hitler. Sonaba a desarme sin serlo y al propio tiempo lo libraría de aquellos turbulentos colaboradores cuya ayuda ya no necesitaba. Más tarde, en el mes de abril, celebró una conferencia a bordo de un buque de guerra con los jefes del Ejército y de la Armada, y les prometió que destruiría a los SA si ellos, a cambio, prometían apoyarlo en la sucesión de Hindenburg como jefe del Estado cuando muriese el anciano. Todos los presentes sabían que esta muerte no podía hacerse esperar mucho, y militares y marinos dieron su consentimiento. De este modo Hitler vióse con las manos libres para actuar contra Röhm y los SA, y convirtió al Ejército en cómplice antes del crimen, cualquiera que fuese la opción adoptada.

Sin embargo, durante dos meses no hizo nada. Las peticiones de Röhm y los SA en favor de una segunda revolución fueron en aumento y la gigantesca máquina propagandística de Goebbels alineóse por breve tiempo junto a ellos. Schleicher, desacreditado ante el Ejército



«Ahora saludan ya con los dos brazos». Dibujo alusivo a la «Noche de los Cuchillos Largos». Hitler, un Goering wagneriano y un Goebbels rastrero, respaldados por el Ejército, intimidan a los hombres de la SA.

pero de todos modos excanciller de Alemania, también negociaba con Röhm, y es probable que Gregor Strasser, exlíder nazi y enemistado con Hitler debido a la ausencia de un contenido socialista en su programa, también estuviese implicado. Sin embargo, todo aquello no era tanto una conspiración como un grupo de presión. La respuesta de Hitler consistió en ganar tiempo y en seguir cabalgando sus dos caballos como mejor podía, pero también en mandar uno de ellos al establo por una temporada. Ordenóse a los SA que disfrutasen de permiso en el mes de junio, que se abstuvieran de vestir el uniforme y que dejasen de organizar paradas y desfiles. Röhm aceptó y propuso una conferencia de altos jefes de los SA en Bad Wiessee, el 30 de junio, a la que Hitler prometió asistir.

Los SA confiaban tranquilamente en el poder del movimiento de masas que había elevado a Hitler a la cancillería, pero el Ejército y sus amigos, en cambio, se impacientaban ante la tardanza de Hitler en cuanto a disponer de sus bravucones. El vicecanciller Papen pronunció un discurso, el 17 de junio, que fue la más abierta crítica contra los elementos perturbadores que se había oído en mucho tiempo, y una semana después el Ejército fue puesto en estado de alerta. Parecía como si los generales estuvieran dispuestos a aprovechar la indecisión de Hitler por una parte, y la inmovilización de los SA por otra, para forzar un desenlace. Pocos días antes del estado de alerta, el 20 de junio, Hitler fue llamado por el presidente Hindenburg a su casa de campo en Prusia oriental. Fue recibido por Blomberg, de uniforme, y se le permitió una entrevista de diez minutos con el moribundo Presidente, quien había preparado una orden por la que se proclamaba la Ley Marcial en toda Alemania: si Hitler no accedía a proceder a la inmediata liquidación de los SA, el Ejército se haría cargo de la situación. Hitler accedió. No tenía otra opción, pero jamás olvidó esa extorsión ni perdonó a Blomberg y a los demás generales.

También Himmler y Goering lo impulsaban por el mismo camino y parece probable que le mostrasen pruebas amañadas de un complot de Röhm. Goebbels, rápidamente y tal vez con el tiempo justo, cambió de postura y apoyó plenamente la liquidación masiva de los líderes SA. Hitler demostró poseer considerable valor personal o, como algunos pueden pensar, un frío oportunismo. Inauguró la «Noche de los Cuchillos Largos» deteniendo en persona al propio Röhm, quien se había acostado ya en Bad Wiessee. Era el 30 de junio, el día fijado para su conferencia. Röhm negóse desdeñosamente a pegarse un tiro y, al parecer, sugirió que se encargase de ello su antiguo amigo. Hitler encomendó esta tarea a otro subordinado. Otro notorio homosexual, Heines, fue sorprendido en la cama con un muchacho y la propaganda se encargó de pregonar que Hitler estaba acabando con el vicio. Sin embargo, otro de ellos, Ernst, el hombre que bien pudo haber pegado fuego al Reichstag el año anterior, fue muerto a tiros mientras se disponía a emprender su viaje de luna de miel. La matanza prosiguió durante varios días, y Hitler aprovechó la oportunidad, no sólo para vengarse cumplidamente de antiguos enemigos, sino también para eliminar a antiguos cómplices que sabían demasiado. Schleicher fue asesinado junto con su esposa, y Strasser corrió la misma suerte. El exterminio corrió a cargo, sobre todo, de los SS de Himmler, mientras el Ejército esperaba con los brazos cruzados y sin que los guantes de cabritilla de sus oficiales se manchasen de sangre. A partir de entonces el rearme prosiguió con celeridad, con los generales nominalmente al frente del mismo, hasta crear la máquina guerrera que tantas victorias iba a conseguir para su país en 1939, 1940 y 1941.

Es difícil calcular cuántos hombres perdieron la vida durante la «Noche de los Cuchillos Largos», pero cabe hablar, probablemente, de una cifra entre tres mil y cinco mil. El hecho de que tantos de ellos —pero no todos, ni mucho menos— fuesen tan criminales como sus propios ejecutores, es irrelevante. Lo que sí es significativo para el desarrollo de la historia alemana en los once años siguientes, es que los «respetables» colaboradores de Hitler —en particular el Ejército— hubiesen dado su visto bueno a un medio de eliminar a la oposición que conduciría directamente a las cámaras de gas y a la ejecución en la horca de los propios jefes militares, cuando al fin advirtieron el desastre al que Hitler los había llevado. Röhm y sus SA eran delincuentes comunes en una nación civilizada y acabaron como cabía esperar, pero el estilo de política que ellos instituyeron seguiría imperando en Alemania durante los años posteriores.

Constantine Fitzgibbon

El militarismo japonés

Un historiador soviético expone su punto de vista sobre la lucha que entre sí sostuvieron las potencias capitalistas para hacerse con el dominio comercial y político del Pacífico. El Japón experimentaba los duros efectos de la Depresión, y la necesidad en que se hallaba de vender sus productos lo llevó a intentar la conquista de nuevos mercados conforme se le cerraban los que antiguamente poseyó.

El desarrollo político del Japón después de 1919 está marcado por la creciente radicalización de la lucha entre fuerzas democráticas y reaccionarias y por agudos conflictos sociales.

En plenos años veinte, la clase trabajadora japonesa estaba entregada al intensivo proceso de formar partidos políticos y sindicatos. En 1922 se creó el Partido Comunista del Japón y en 1925 y 1926 veían la luz otros partidos proletarios y agrícolas.

Por los mismos días, sin embargo, se hallaban en plena actividad numerosas organizaciones derechistas, cuya tendencia era la de destruir todas las fuerzas democráticas del país, propugnando sistemas políticos de carácter militarista y agresivo. Las manifestaciones reaccionarias, semimilitares, a menudo terminaban en actos de terrorismo dirigidos contra los líderes del movimiento socialista y contra aquellos políticos que propugnaban una política «débil» o liberal.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, los países de Extremo Oriente —y China en particular— se encontraban casi completamente subordinados al Japón. La tremenda expansión del capitalismo de este país durante la guerra fue debida sobre todo a la ausencia de serios rivales y, en menor medida, a la explotación económica de China, efectuada sin estorbos de ninguna clase por el imperialismo nipón. Japón se hallaba sin duda en una posición preeminente. Su armada, invocando que tenía derecho a ello por ser la de una de las potencias aliadas, dirigía todas las incursiones a la costa de China, y las tropas japonesas, armadas hasta los dientes, controlaban las líneas de ferrocarril más importantes de Manchuria. En estas condiciones, el Japón podía inundar fácilmente a China con sus productos. Por otra parte, la marina mercante nipona había conseguido el monopolio casi total del comercio de Extremo Oriente, luego de haber acaparado las principales rutas de los océanos Pacífico e Indico. El nuevo poderío y la agresividad del Japón inquietaban a los Estados Unidos; aun antes de la firma del Tratado de Versalles, el Gobierno norteamericano había contemplado la actividad japonesa en China con extrema suspicacia. Las Veintiuna Peticiones de 1915, con las que el Japón intentara hacer de China un protectorado, habían constituido una patente violación de las tentativas que anteriormente se habían efectuado para mantener la independencia y la integridad territorial de China y para hacer de ella una «puerta abierta» al comercio. Muchos de los acuerdos concertados hasta entonces entre Estados Unidos y el Japón se habían demostrado ineficaces. Sin embargo, los Estados Unidos podían presionar al Japón suspendiendo los cargamentos de metales, algodón y petróleo: mientras aquéllos disponían de medios para imponer tales sanciones económicas, éste se veía en la imposibilidad de tomar medidas análogas, pues dependía en gran medida de la capacidad adquisitiva de los Estados Unidos, que representaban su principal mercado de seda.

Aun cuando estuvieran preocupados por los propósitos nipones sobre China, los Estados Unidos no disponían todavía del poder militar, y sobre todo naval, suficientes para derrotar al Japón en caso de guerra; por otra parte, tenían que contar con el hecho de que, en la Conferencia de Paz de París, de 1919, las pretensiones que el Japón abrigaba de conservar sus adquisiciones en China habían merecido un firme apoyo por parte de Gran Bretaña y Francia. A pesar de todo, la preponderancia estadounidense ganaba rápidamente terreno en detrimento de la Gran Bretaña. La Primera Guerra Mundial había convertido a Estados Unidos en el primer banquero del mundo, y aunque la posición de Gran Bretaña como suprema potencia colonial se hubiese afianzado durante el conflicto, los Estados Unidos, con su vigorosa pujanza industrial, constituían una seria amenaza para el monopolio comercial inglés. Durante los años de la contienda habían atraído a su órbita comercial partes tan importantes y sustantivas del Imperio Británico como el Canadá y Australia, y sus complejos industriales, gigantescos y completamente modernizados, distribuían por todos los mercados del mundo artículos

Primeros ministros japoneses: Tanaka (derecha) y su sucesor, Hamaguchi, asesinado en 1930.







comparativamente baratos que ponían fuera de concurso a los caros productos británicos. También eran objeto de censura las relaciones anglojaponesas, pero, aunque muchos ingleses habían considerado el reto y la amenaza comercial a China en 1915, por parte del Japón, como una evidencia de sus hostiles intenciones, en el tiempo de las conversaciones de paz de París la situación era completamente distinta. Como sucediera años antes (en 1902), el Japón resultaba de nuevo imprescindible para Gran Bretaña: era necesaria su cooperación para contrarrestar al imperialismo norteamericano. Por lo demás, el Japón constituía un elemento de extraordinaria importancia para los propósitos de aquellas fuerzas británicas y francesas, que pretendían sofocar la revolución socialista en Rusia.

En diciembre de 1917, un ejército japonés compuesto por 70.000 hombres tomaba parte, en Siberia oriental, en la que era oficialmente una expedición aliada de rescate de las fuerzas checoslovacas que se dirigían a Vladivostok. Sería más exacto decir que el Japón encontró a un régimen bolchevique muy atento a los acontecimientos de Manchuria y Corea, y se vio obligado a retener fuerzas en Siberia hasta 1922. Dos meses después de la intervención nipona en Extremo Oriente, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos desembarcaron tropas en el norte de Rusia para combatir a los bolcheviques. Sin embargo, muy poco había de durar la acción conjunta de las grandes potencias, pues, sobre todo en Versalles, Gran Bretaña, Francia y Japón se opusieron en bloque a los puntos de vista norteamericanos, particularmente en lo que concernía a la división de las posesiones alemanas en Extremo Oriente y en el Pacífico.

La oposición del Congreso estadounidense a ratificar el Tratado de Versalles se debía, más que a otras razones, al hecho de que el Japón, con el apoyo de Gran Bretaña, se hubiese apoderado de Shantung y de las antiguas islas alemanas del Pacífico. El antagonismo nipón-norteamericano cobró después nuevo incremento a raíz de la intervención antisoviética. La actitud de los imperialistas norteamericanos con relación a la intervención japonesa en la Rusia soviética fue ambigua ya desde el principio, sobre todo debido al hecho de que el Gobierno japonés se mostraba poco dispuesto a actuar contra los bolcheviques dentro del marco de la intervención colectiva, tal como proponían los Estados Unidos con el fin de restringir las ambiciones japonesas en China. Sin embargo, el Gobierno norteamericano no podía y no deseaba oponerse públicamente a la intervención, puesto que su mismo país era uno de los que participaban activamente.

Aislado y forzado a batirse en retirada, en la Conferencia de Paz de París el imperialismo norteamericano empezó a buscar la forma de romper la alianza anglonipona, la cual constituía una seria amenaza para sus pretensiones expansionistas en Extremo Oriente. Los Estados Unidos trataron de influir sobre Gran Bretaña, aumentando progresivamente su presión conforme se hacían más acusadas las tendencias centrífugas en los Dominios británicos.

La U.R.S.S., Francia y Gran Bretaña contemplan con terror el tifón del militarismo japonés desencadenado sobre el Pacífico; el Tío Sam experimenta ya sus efectos. Caricatura alemana de 1934.

Presión de los Estados Unidos

Canadá, Australia y Nueva Zelanda sentían gran disgusto al ver que, después del Tratado de Versalles, se renovaba la alianza anglonipona, y, sobre todo, al comprobar que ésta se fundaba sobre bases antinorteamericanas. En Australia y Nueva Zelanda, la expansión japonesa era considerada como una verdadera amenaza. Por su parte, los dirigentes canadienses, reflejando la forma de pensar de los sectores industriales y comerciales, anunciaron categóricamente que su país no modificaría las amistosas relaciones con los Estados Unidos en caso de que éstos entraran en conflicto con el Japón. La actitud de los Dominios, que pedían la disolución de la alianza anglonipona, influyó poderosamente sobre la política británica en Extremo Oriente.

Con todo, la presión más enérgica para disolver la alianza anglonipona procedió de los Estados Unidos, y utilizó como arma el problema de las deudas interaliadas. Los Estados Unidos, por obra y gracia de la Primera Guerra Mundial, habían pasado de deudores de Gran Bretaña a acreedores, y con razón recusaban las tentativas de Francia y Gran Bretaña de subordinar el pago de los empréstitos de guerra al pago de las reparaciones. En los círculos directivos de Gran Bretaña, empero, esto último era considerado esencial para cobrar algún aliento después del quebranto de la guerra, pero, claro está, sin arriesgarse a entrar en conflicto con los Estados Unidos. Gran Bretaña, que intentaba conservar su posición de banquero y exportador y que se sentía bien capaz

de defender su monopolio colonial, no podía atreverse a romper con Norteamérica: en la Conferencia de Washington de 1921-22 cedió a las exigencias norteamericanas, confiando en que, con el tiempo, podría desquitarse de su renuncia y utilizar el apoyo norteamericano para zanjar la rivalidad anglo-francesa en Europa.

En la Conferencia de Washington se revisaron los artículos del Tratado de Versalles relativos a China. Privado del apoyo de Inglaterra, el Japón fue obligado a devolver a los chinos la provincia de Shantung y a firmar el «Acuerdo de las Nueve Potencias», que establecía el principio de la inalienabilidad del territorio chino y el no reconocimiento de cualesquiera derechos especiales o intereses que sobre China pudieran alegar otras potencias. Se dio por finalizada la alianza anglonipona, siendo ésta sustituida por el «Acuerdo de las Cuatro Potencias», entre Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón y Francia. Finalmente, un convenio naval estableció el porcentaje de las flotas británica, norteamericana y japonesa en la proporción de 5:5:3.

Diplomacia del dólar en el Pacífico

Las pacifistas declaraciones que acompañaban las resoluciones tomadas en Washington no comprometían en absoluto a los principales participantes. Los resultados de la conferencia fueron la defección diplomática del Japón, que se encontró aislado, y la interrupción temporal de la producción de armamentos navales de Gran Bretaña y Japón dirigidos contra los Estados Unidos. Los norteamericanos tuvieron la oportunidad de equipararse con sus «aliados» y se rearmaron hasta el punto que siempre habían pretendido, equipando su Marina con los buques de guerra más modernos.

La «diplomacia del dólar» conseguía en esta forma una buena oportunidad para ganar la lucha por la supremacía en el Pacífico. De ahora en adelante China sería virtualmente considerada como propiedad común de las grandes potencias capitalistas y, siendo éste el caso, los Estados Unidos, la más poderosa de ellas, se encontraba en una posición de privilegio.

Sería equivocado suponer que la disolución de la alianza anglonipona puso punto final a la colaboración política entre Gran Bretaña y Japón. Sin embargo, ninguno de ambos países se hallaba en situación de oponerse activamente a la política norteamericana. Sólo las maniobras entre bastidores de los dos antiguos aliados dan fe de los esfuerzos que realizaron en común para boicotear el Acuerdo de las Nueve Potencias y para mantener su predominio en aquellas áreas de China que habían constituido sus principales esferas de influencia.

Debe mencionarse que el capital estadounidense en China no se hallaba en una posición muy confortable y que las inversiones norteamericanas distaban bastante de igualar a las británicas o japonesas. Las formas básicas en que era invertido el capital extranjero en China consistían en préstamos gubernamentales, ferrocarriles e inversiones industriales. Los Estados Unidos no poseían concesiones ni ferrocarriles en China, y la suma total de sus intereses financieros estaba representada por pequeños préstamos, inversiones industriales comparativamente insignificantes y desembolsos en escuelas misioneras y hospitales, destinados específicamente a fomentar la penetración norteamericana en China, además de las subvenciones para distintas iniciativas culturales y propagandísticas.

El Japón reaccionó contra su derrota en Washington de un modo bastante violento, pero debe tenerse en cuenta que tal derrota era consecuencia necesaria del fracaso de todas las políticas aventureras que había llevado a cabo anteriormente. En primer lugar, el fracaso de la intervención antisoviética en Siberia, en 1918, no sólo debilitó al Japón económica y militarmente, sino que minó a los ojos del pueblo el prestigio de las clases dirigentes, y especialmente de los círculos militaristas. El siguiente período de estabilización llevó al poder al denominado Partido Kenseikai, liberal y parlamentario. La meta central que perseguía en su política exterior era la de mejorar la posición internacional del Japón mediante la renuncia temporal a las aventuras externas. La diplomacia denominada «débil» o «negativa» de Shidehara, que tipificó el período de 1924 a 1927, pretendía dar la impresión de que el Japón había renunciado a sus propósitos agresivos en favor de una «era de apaciguamiento» en el Pacífico.

De hecho, la política exterior de este período sólo tuvo la virtud de crear las condiciones más favorables para el futuro conflicto en el Pacífico. Al establecer relaciones diplomáticas con la U.R.S.S., en 1925, el Japón emergió, hasta cierto punto, de su aislamiento diplomático, y con una política más flexible en China, tuvo la oportunidad de desviar el rencor antiimperialista del pueblo chino contra Gran Bretaña.

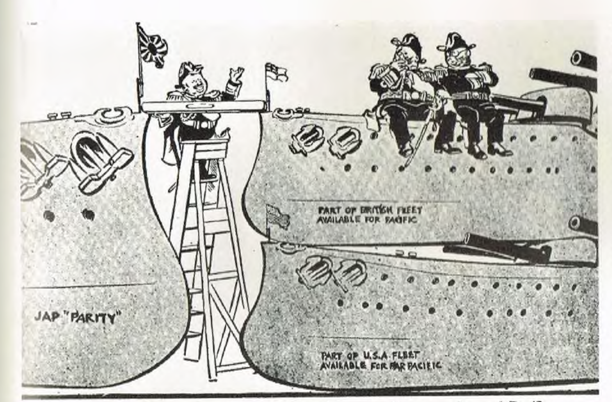
Esta táctica proporcionó algunas ventajas al imperialismo japonés. Al evitar la confrontación con el movimiento nacional revolucionario de China, el Japón indujo a Gran Bretaña a jugar nuevamente su antiguo papel imperialista y a mostrar, por consiguiente, mayor interés en apoyar a los nipones. Esta táctica, además, aumentó las probabilidades de que se renovara la alianza anglonipona, sin la cual el Japón no podía pretender la revisión del sistema de Washington.

Estas actividades pacifistas del Japón, en particular la reducción del Ejército y la disminución de los gastos militares, aflojaron la vigilancia de Norteamérica e indujeron a esta nación a llevar a cabo su programa de construcción naval con menor urgencia. Además, el Japón se aseguraba con ello unos años de sosiego durante los cuales podría reforzar su economía y lograr un nivel de desarrollo industrial más apropiado para el caso de un conflicto con Estados Unidos.

El poderoso estallido revolucionario en China, entre 1925 y 1927, forzó a las potencias colonialistas a intentar reducir, siquiera temporalmente, las discrepancias que las dividían en sus respectivas políticas de Extremo Oriente y a coordinar sus acciones contra el peligro revolucionario común. El imperialismo norteamericano se vio incluso obligado a renunciar a sus tradiciones: quitándose la máscara, se lanzó a la intervención armada, bombardeando a Nanking, junto con los británicos, en 1927. Para impedir que China se uniera en un poderoso Estado centralizado, el Gobierno norteamericano tuvo que cerrar sus ojos temporalmente a las intrigas japonesas en el norte de China. Los japoneses sobornaron a los señores de la guerra chinos y los empujaron a luchar unos contra otros. Los Estados Unidos toleraron esta patente violación de los principios del Acuerdo de las Nueve Potencias y la evidente tentativa del Japón para establecer y reforzar su «esfera de influencia» en China, por considerarla menos peligrosa que la posible consolidación del país.

La ruda política de Tanaka

El levantamiento revolucionario de China dio al imperialismo japonés una razón plausible para volver a su tradicional política de intervención en aquel país. Cuando el gobierno militar Seiyukai del general Tanaka llegó al poder, la intervención armada en China se convirtió en política oficial. En 1927 y 1928 el gobierno del general Tanaka mandó tropas japonesas a ocupar los más importantes puntos estratégicos de Shantung. Al mismo tiempo, iba



Caricatura de Low (1936) sobre las pretensiones japonesas de conseguir en el Pacífico una paridad naval con Gran Bretaña y EE.UU.; los dos buques superpuestos simbolizan respectivamente las flotas británica y norteamericana del Pacífico.

en aumento la actividad japonesa en Manchuria. El señor de la guerra local Chang Tso-lin se vio asediado cada vez más por los japoneses, que le exigían la asignación de nuevas concesiones ferroviarias y un control directo de la administración en Manchuria de parte del Japón. En todo caso, el gobierno Tanaka decidió forzar la revisión del sistema de Washington, creyendo que la revolución china y la intensificación de las disensiones angloamericanas permitirían al Japón realizar sus planes sin seria resistencia. Pero estos cálculos resultaron fallidos. No en vano se había producido el levantamiento revolucionario en China entre 1925 y 1927, dando lugar a las condiciones para rechazar de una forma más organizada la intervención imperialista. El boicot antinipón, que tuvo lugar en todo el territorio chino, repercutió muy significativamente sobre las exportaciones japonesas. En Manchuria, aun los señores de la guerra locales, que durante años habían sido dóciles instrumentos en manos de los imperialistas nipones, no se mostraban muy dispuestos a aceptar el control japonés. Chang Tso-lin intentó ponerse en contacto con Gran Bretaña y Estados Unidos, a través de sus consejeros extranjeros, con la esperanza de que se opondrían a cualquier anexión japonesa de Manchuria.

Al fracasar la tentativa del gabinete Tanaka de conquistar ciertas áreas del territorio chino, el Japón, para contentamiento de Gran Bretaña, anunció su intención de regularizar sus relaciones con China mediante la revisión pacífica de los antiguos convenios. Suspendida temporalmente su rivalidad en China y enfrentadas con la depresión mundial, las grandes potencias se volvieron a los esquemas antisoviéticos en Manchuria para solventar las contradicciones del capitalismo agravadas por la crisis económica. Pero si públicamente restringían sus ambiciones en China, las grandes potencias planeaban secretamente provocar una guerra contrarrevolucionaria contra la Unión Soviética, guerra a la que serían arrastradas tanto China como Japón. Estos planes fracasaron: la diplomacia soviética logró desenmascarar a los políticos británicos y norteamericanos que pretendían erigirse en defensores de los intereses de China. Molestos de que no hubiesen tenido éxito sus planes para un choque soviético-nipón, los Estados Unidos empezaron a tomar medidas para imponer sus deseos al Japón y aplicar las resoluciones de Washington de 1922. El gobierno laborista de Ramsay MacDonald se vio obligado a seguir en este punto la política norteamericana.

En 1928, un año después del fracaso de la Conferencia de Ginebra, el Gobierno estadounidense anunció la construcción de la más poderosa escuadra del mundo. Puesto que Gran Bretaña no se hallaba en condiciones de competir efectivamente con Norteamérica (sobre todo por razones financieras), se vio por último forzada a contemporizar. En octubre de 1929 el presidente Hoover y Ramsay MacDonald firmaron un acuerdo en el que se establecía la completa paridad de las flotas británica y norteamericana en toda clase de buques. Este acuerdo predeterminó el éxito de la inminente conferencia naval de Londres.

En 1930 tuvo lugar en Londres una discusión sobre el desarme naval. Los Estados Unidos, que previamente habían aislado al Japón de Gran Bretaña, se reafirmaron en las resoluciones de la Conferencia de Washington de 1921-22. En Londres se fijó la proporción de tonelaje de las flotas de Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón en 10:10:7. Dichas resoluciones perjudicaban por igual a Gran Bretaña y Japón.

Sin embargo, la reacción contra el acuerdo de Londres fue mucho más violenta en el Japón que en Gran Bretaña. Ciertos sectores de la sociedad japonesa consideraban que el acuerdo era un nuevo atentado a los derechos soberanos de su país, tanto más cuanto que no se le permitía poseer una flota igual a las de las otras potencias presentes en el Pacífico. A partir de entonces aumentó en gran medida la propaganda chauvinista dirigida contra las administraciones japonesas «liberales», que supuestamente habían traicionado a los intereses nacionales. Aumentó el terrorismo «antiliberal» y se preparó a la opinión pública para la crisis inevitable, o sea, la guerra por el dominio del Pacífico.

El malestar producido por la crisis económica en los países capitalistas facilitó la proliferación de planes aventureros y agresivos en aquellas naciones que se sentían en inferioridad económica. El Japón dependía, más que cualquier otra potencia del Pacífico, de los mercados exteriores, y por ello la crisis económica lo llevó a ser la primera de todas las potencias imperialistas en lanzarse a una violenta «redistribución» del mundo.

La economía japonesa se hallaba grandemente afectada por la crisis económica mundial: habían caído en forma vertiginosa los precios de algunos productos, como el arroz y la seda en bruto, y disminuía la exportación de seda, el artículo más importante del comercio exterior japonés. La crisis tuvo también perniciosos efectos sobre la industria: el valor total descendió de 7.400 millones de yens, en 1929, a 5.000 millones en 1931, al tiempo que entre el cuarenta y el cincuenta por ciento de la industria minera y pesada se hallaba en paro. La industria ligera japonesa, fundamental para la economía del país, también estaba profundamente afectada por la crisis. El índice de empleo en 1931 fue de 73 (tomando como referencia

Japón, el Sol Naciente

El desarrollo del Japón

1920 — 1930

Gastos militares 123 %
Producción industrial 84 %
Población 15 %

El diagrama expone el desarrollo económico japonés (arriba) y su situación en 1930 (derecha) en comparación con EE.UU., su rival en el Pacífico, y China, la víctima de sus deseos imperialistas. En 1930, y con una superficie igual a la de California, el Japón tenía una población superior a la mitad de la de los EE.UU. Sin embargo, sus recursos naturales cubrían sólo una parte de las necesidades de su industria, y sus exportaciones de seda se hallaban seriamente afectadas por la Depresión. El Japón codiciaba los recursos inexplotados de China, y en 1931 se lanzó a su carrera de expansión territorial por el Extremo Oriente (abajo).

Japón, China y EE.UU. en 1930

Japón
China
EE.UU.

	Japón	China	EE.UU.
Población, millones	64	492	123
Superficie, km²	372.744	9.383.312	7.925.987
Trigo, miles de toneladas	800	21.000	24.200
Algodón, miles de toneladas	0	500	3.000
Carbón, millones de to[ns.]	31	26	487
Mineral hierro, mills. to[ns.]	0	2	60
Acero, millones de tons.	2	0	41
Naves mercantes de 100 toneladas o más, miles tons. registro bruto	4.317	319	13.947
Export., mills. $	706	412	3.781
Import., mills. $	744	602	3.114

La expansión japonesa hasta 1936

U.R.S.S.
Irkutsk
SIBERIA ORIENTAL ocupada por Japón 1918-22
Sajalin ocupada por Japón mitad norte 1920-25
mitad sur cedida por Rusia a Japón 1905
Islas Kuriles adquiridas de Rusia por Japón a cambio de Sajalin meridional 1875
R. Amur
MONGOLIA
Ulan Bator
MANCHURIA (MANCHUKUO) ocupada por Japón 1931
ocupada por Japón 1936
MONGOLIA INTER.
JEHOL ocupado por Japón 1933
Harbin
Changchun
Mukden
Vladivostok
Mar del Japón
Hokkaido
Hakodate
Península de Liaotung parte meridional cedida por China a Rusia 1898, arriendo ruso de la península transferido a Japón 1905
SINKIANG
Pekín
Tientsin
Port Arthur
Dairen
Seúl
COREA ocupada por Japón 1905, anexionada 1910
Honshu
JAPÓN
Kobe
Tokio
Yokohama
Osaka
Shikoku
Kyushu
Kagoshima
Fusan
SHANTUNG ocupado por Japón 1914-22
R. Amarillo
Tsingtao
Sian
Mar Amarillo
CHINA
Nanking
Chungking
Wuhan
Shanghai
Hangchow
R. Yangtse
Changsha
Nanchang
Mar de la China Oriental
Islas Ryukyu China renuncia reivindicaciones sobre islas, que pasan a Japón 1874
Océano Pacífico
Kunming
Fuchow
Amoy
Cantón
Hong Kong
Formosa (Taiwan) cedida por China a Japón 1895
Islas Pescadores cedidas por China a Japón 1895
Isla Hainan
Islas Marianas mandato japonés Sociedad de Naciones
Mar de la China Meridional
Islas Marshall
Islas Carolinas

Expansión japonesa
Ferrocarril sudmanchuriano
400 — 800 KM

1926=100) y, en 1929, de 91. El valor de los productos industriales exportados en agosto de 1929 era de 88.700.000 yens; sin embargo, en noviembre de 1931 había descendido a 30.000.000. La crisis tuvo perniciosos efectos sobre la agricultura. Aumentó la explotación de los campesinos, lo que agravó la lucha de clases en el campo. El hecho de que el setenta por ciento de los campesinos se vieran forzados a arrendar la tierra (bajo condiciones que los mantenían atenazados) a los terratenientes que poseían el cuarenta por ciento del campo japonés, era el principal causante de este estado de cosas. En 1930 y 1931 el número de disputas sobre arrendamientos aumentó de una manera alarmante. En este tiempo, entre dos millones y medio a tres millones de personas estaban sin trabajo y disminuyó considerablemente el subsidio de paro.

Hallándose asediados por las dificultades económicas y el constante temor de los conflictos internos, los círculos dirigentes del Japón empezaron a buscar un camino de salida a través de las aventuras al exterior. Durante varios años, los imperialistas japoneses habían alimentado intenciones predatorias contra la U.R.S.S., China y otros países del Asia oriental y el océano Pacífico.

Los militares japoneses, apoyando los intereses de los líderes del *Zaibatsu*, u oligarquía financiera, empezaron abiertamente a preparar al país para la guerra. Presentaban la conquista de un nuevo territorio como la solución de las miserias del Japón.

Manchuria pasó a ser el primer objetivo de la agresión nipona. Era una región rica en recursos naturales, minas de metales y carbón, y, por otra parte, estaba bien comunicada por ferrocarril; ocupaba una posición de importancia estratégica por su proximidad a la Unión Soviética y a la República Democrática de Mongolia, y a los japoneses les era fácil atacarla. La conquista de Manchuria, para los militaristas japoneses, constituía sólo la primera etapa de la guerra contra China y la U.R.S.S.

En la noche del 18 al 19 de septiembre de 1931, el ejército japonés de Kwantung, como primer paso para la ocupación total de Manchuria, se apoderó de Mukden y, por la mañana, había ocupado puntos estratégicos tan distantes como Changchun. Los imperialistas japoneses proclamaban, como excusa de la invasión, que tropas chinas habían intentado sabotear el ferrocarril de Manchuria del Sur en las cercanías de Mukden. Decidieron llevar a cabo la invasión de Manchuria por considerar que la situación internacional les era favorable; y estaban en lo cierto. Los Estados Unidos y Gran Bretaña no quisieron oponerse a la iniciativa que dejaba malparado a todo el sistema de relaciones internacionales establecido después de la Primera Guerra Mundial, porque calculaban que la situación militar favorecería la economía japonesa, lo cual, a su vez, aliviaría los efectos de la depresión mundial. En realidad, los círculos directores de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia empezaron inmediatamente a abrigar esperanzas de que sus países se sacudirían de encima la crisis económica si lograban enfrentar al Japón con la U.R.S.S., lo cual provocaría inevitablemente una guerra mayor todavía, que traería como consecuencia una recuperación más efectiva aún de la economía mundial.

Alteración del equilibrio de fuerzas

La ocupación, primero de la Manchuria meridional y luego de la septentrional, entre octubre de 1931 y la primavera de 1932, alteró profundamente el equilibrio de las fuerzas en el Pacífico. El sistema de Washington había recibido un rudo golpe. El Acuerdo de las Nueve Potencias perdió prácticamente todo significado y el Japón se convirtió en amo exclusivo de las más ricas provincias de China, lo que incrementaba sus recursos en materias primas y productos alimenticios y reducía su dependencia de las importaciones, especialmente de metales. La ocupación de Manchuria no sólo proporcionaba al Japón un extenso mercado para materias primas, sino que también favorecía sus ulteriores usurpaciones coloniales en China. Ni los Estados Unidos ni Gran Bretaña tomaron inmediatamente ninguna clase de medidas para impedir una nueva agresión japonesa. Ello era en parte debido a las dificultades internas resultantes de la crisis económica norteamericana. Sin embargo, la reacción de Gran Bretaña y de los Estados Unidos a la agresión japonesa en Manchuria indicaba que ambas potencias estaban dispuestas a alentar las acciones niponas siempre y cuando éstas se dirigieran contra la U.R.S.S.

El secretario británico de Asuntos Exteriores, sir John Simon, justificó abiertamente al Japón en la Sociedad de las Naciones. Sólo la U.R.S.S. condenó firme y decididamente la agresión nipona y se apresuró a reforzar las defensas de sus fronteras orientales. La opinión pública de todos los países del mundo se mostró, con todo, indignada, lo cual no pudo menos de reflejarse en la actitud oficial de la Sociedad de las Naciones, la cual mando una comisión especial a Extremo Oriente, presidida por lord Lytton, para investigar la situación sobre el terreno. Gran Bretaña, sin embargo, procuró por todos los medios impedir que la Sociedad impusiera sanciones al Japón. Si bien la Comisión Lytton había certificado que las acciones japonesas en Manchuria tenían carácter agresivo, la Sociedad de las Naciones se limitó a una «censura moral».

Los militaristas en el poder

El imperialismo nipón, a pesar de sus muchas actividades e intrigas antisoviéticas, no quiso arriesgarse en una declaración de guerra a la U.R.S.S.: el poderío militar y económico de la Unión Soviética y las defensas preparadas en sus fronteras orientales desaconsejaban la agresión. El Gobierno japonés centró sus miras en consolidar su posición en el norte de China, convirtiendo aquella región en una cabeza de puente para ulteriores ataques.

Los rivales del Japón, Estados Unidos y Gran Bretaña, mostraban al respecto cierta desazón; por lo demás, se fue intensificando la rivalidad comercial entre Japón y Gran Bretaña conforme el *dumping* textil japonés amenazaba más seriamente los intereses comerciales británicos. De momento, los Estados Unidos recurrieron a tácticas contemporizadoras: dejaron que Gran Bretaña se las entendiera sola con el Japón y se limitaron a expresar su propio «pesar» y a formular débiles protestas contra la acción nipona en Manchuria y norte de China. La prensa norteamericana, por su parte, puso de relieve lo insignificante de los intereses yanquis en China, comparados con los de Gran Bretaña. Se intensificaron los conflictos en el Pacífico.

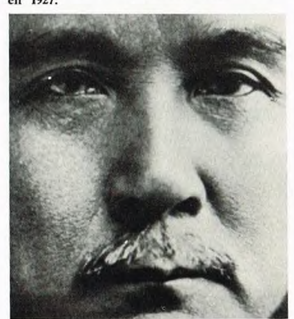
En noviembre de 1933 tuvo lugar el reconocimiento diplomático de la U.R.S.S. por parte de los Estados Unidos, motivado en gran medida por el deseo de ejercer cierta presión sobre el Japón. En abril de 1934 este país publicó la denominada «Declaración Amau», que esencialmente era una amonestación a mantener las «manos quietas en China», dirigida a Gran Bretaña y Estados Unidos, y en diciembre del mismo año anunciaba la abrogación del convenio naval de Washington de 1922. En esta forma se liquidaban por fin los últimos residuos formales del acuerdo de Washington, y los militaristas escalaban la cumbre del poder.

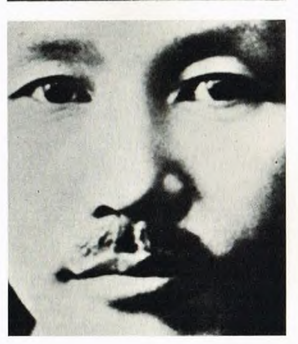
E. M. Zhukov

El triunfo del Kuomintang

Cuando Sun Yat-sen indujo al Partido Nacionalista a una política de amistad con Rusia y de colaboración con los comunistas chinos, el Comintern tuvo, al parecer, una oportunidad sin precedentes de ganar a China entera para la causa comunista; sin embargo, no tuvo en cuenta la energía ni la dureza de uno de los ayudantes de Sun, Chiang Kai-chek.

Sun Yat-sen, jefe del Kuomintang hasta su muerte, en 1925.
Abajo: **Chiang Kai-chek, uno de los ayudantes de Sun y jefe del Kuomintang en 1927.**





Una de las secuelas de las masivas manifestaciones de estudiantes el 4 de mayo de 1919 fue la profunda conmoción que experimentó la tambaleante estructura de la China republicana. En Pekín, el Gobierno *de jure* —coalición de generales y políticos de las provincias septentrionales que controlaba solamente una pequeña parte de China— estaba desacreditado a causa de la impericia con que había afrontado el problema de las relaciones chinojaponesas y por haber fracasado en su intento de lograr que fuesen reparados los agravios infligidos a China en la Conferencia de Paz de París. Amplios territorios de China central y meridional se hallaban bajo control de los señores de la guerra, que sólo se preocupaban de sus propios intereses. Éstos actuaban con independencia del Gobierno central, estableciendo alianzas y llevando la guerra por su cuenta. En Cantón, un gobierno provisional patrocinado por el Kuomintang, o Partido Nacionalista Chino, dirigido por el Dr. Sun Yat-sen, héroe legendario de la revolución de 1911, procuraba conseguir el reconocimiento de los Gobiernos extranjeros y unificar la nación. La China de 1919 era, en resumen, un ejemplo viviente de caos político.

La creciente desilusión con que muchos intelectuales chinos contemplaban el liberalismo occidental coincidía con el creciente interés hacia el marxismo: las miradas se dirigieron hacia las tácticas leninistas, formándose grupos en centros universitarios y en algunas de las grandes ciudades, con objeto de estudiar esta materia. Más tarde, algunos de sus adheridos decidieron formar la «Sociedad para el Estudio del Socialismo». Entre los componentes de esta agrupación y de otras similares figuraban hombres de varias tendencias políticas, algunos de los cuales, como el Dr. Hu Shih, dirigente del Movimiento del 4 de Mayo y miembro de la Universidad de Pekín, se mantuvieron completamente adictos al liberalismo; otros, en cambio, se convirtieron al marxismo, entre ellos los dos cofundadores del Partido Comunista Chino, Ch'en Tu-hsiu, valiente editor del importante periódico *Nueva Juventud,* y Li Ta-chao, bibliotecario y profesor de historia de la Universidad de Pekín, así como Mao Tse-tung, ayudante de bibliotecario de la universidad y relativamente desconocido en aquel entonces. Estos hombres estaban en contacto con los representantes del Comintern que actuaban en China y recibían fondos e informaciones de los agentes rusos.

El interés que Rusia demostraba por China no se limitaba a los grupos marxistas. Los agentes del Comintern mantenían también contactos con el Gobierno de Sun Yat-sen, en Cantón, y con otros varios señores de la guerra. En un nivel más formal, los diplomáticos rusos establecieron relaciones normales con el Gobierno de Pekín. La creciente oposición de que eran objeto por parte de las potencias occidentales, los repetidos fracasos de las revoluciones comunistas en Europa y el virtual aislamiento diplomático en que era dejado su país fueron las razones que incitaron a los dirigentes bolcheviques a reconsiderar su política y a dirigir su atención hacia el Oriente. Aunque no había duda de que la revolución en la Europa occidental no era inminente, Lenin creía en la posibilidad de derribar los Gobiernos capitalistas procurando la libertad de sus posesiones coloniales: sostenía que semejante liberación de las áreas coloniales privaría al mundo capitalista de los recursos que tanto necesitaba. En el caso de China, ello significaba aliarse temporalmente con el Kuomintang y apoyarlo. Tal vez Lenin considerase al dirigente del Kuomintang, Sun Yat-sen, como un «demócrata burgués», pero no había duda de que el movimiento dirigido por Sun constituía la fuerza revolucionaria nacional más poderosa de China y, por consiguiente, era un elemento con el que había que contar. Por esta causa, los agentes rusos procuraron dirigir sus objetivos a establecer contacto con el Partido Nacionalista y a concertar con sus líderes, de ser ello posible, programas de ayuda mutua. Tales actividades condujeron finalmente al convenio Sun-Joffe de enero de 1923.

En las discusiones mantenidas entre el Dr. Sun y Adolf Joffe, importante diplomático bolchevique, se convino en que

China todavía no estaba preparada para el socialismo, consistiendo por consiguiente la primera tarea del Kuomintang en procurar la unificación del país y en llevar a cabo un programa de revolución nacional. Rusia prestaría su ayuda, tanto financiera como consultiva, al Kuomintang; a su vez, Sun inducía al Partido Nacionalista a una política de amistad con Rusia y a un programa de colaboración con el Partido Comunista, a fin de presentar un «frente unido» contra los señores de la guerra y el régimen de Pekín. Para Sun Yat-sen, el acuerdo significaba el fin de una larga y desesperante búsqueda de ayuda del exterior y, al mismo tiempo, un estímulo; para el Comintern, el convenio constituía una oportunidad sin precedentes para completar la estrategia de los líderes bolcheviques.

La reacción que provocó el convenio Sun-Joffe fue plural. Hubo quienes, dentro del Kuomintang, se opusieron a la cooperación con los comunistas chinos y a la dependencia del apoyo ruso; pero Sun Yat-sen se sentía más optimista con relación al acuerdo que acababa de concertar con Joffe. Numéricamente, los comunistas constituían un pequeño grupo de sólo unos cuantos centenares, y para el Kuomintang, que contaba con 150.000 afiliados, no constituían ninguna seria amenaza. Estos «jovencitos», como los llamaba Sun, eran, en su opinión, no más revolucionarios que los miembros de su propio partido. Le daba la impresión de que, para el Comintern, el Kuomintang era mucho más importante que el Partido Comunista Chino, el cual podía ser sacrificado para mantener las buenas relaciones entre los rusos y los nacionalistas.

Hasta cierto punto, los comunistas se sentían a gusto dentro del Kuomintang. Muchos de ellos ocupaban importantes puestos desde los cuales podían influir en la dirección política de este partido. Sun Yat-sen se mostraba particularmente atento en cultivar su amistad y, más todavía, en utilizar esta misma amistad como medio para conseguir una mayor ayuda de los rusos. Naturalmente, los miembros del Kuomintang que se habían opuesto a semejante colaboración se mostraban aún más resentidos de la existencia de este bloque minoritario dentro de su partido y procuraban poner fin a semejante estado de cosas.

A raíz del acuerdo Sun-Joffe, empezaron a entrar en China, en 1923, consejeros soviéticos, y el Kuomintang mandó a Rusia, con finalidades de estudio y formación, a varios representantes. Entre el primer grupo de individuos enviados a Moscú figuraba uno de los ayudantes del Dr. Sun, Chiang Kai-chek. Chiang, joven oficial del Ejército, estudió las técnicas de organización y estuvo en contacto con algunos importantes líderes bolcheviques, entre ellos León Trotski, con quien discutió la estrategia y táctica revolucionarias. Después de regresar a China, Chiang fue nombrado comandante de la Academia Militar de Whampoa, de reciente constitución, donde se preparaban los cadetes que habían de intervenir en la expedición que oportunamente se mandaría al Norte contra los señores de la guerra y el Gobierno de Pekín. En calidad de comandante de la Academia de Whampoa (situada en Cantón), Chiang colaboró con Chu En-lai, joven miembro, en aquellos tiempos, del Partido Comunista, y destinado a la Academia como jefe del departamento político: los dos hombres trabajaron juntos hasta el golpe de Cantón, en 1926.



Shanghai, en abril de 1927, poco después de haber sido ocupada por Chian Kai-chek, quien realizó allí una despiadada purga de comunistas.

Mientras el Dr. Sun ostentó la jefatura del Kuomintang, las relaciones con los consultores rusos fueron cordiales y la coalición con los comunistas chinos funcionó. Sin embargo, la muerte de Sun, en 1925, privó a los nacionalistas del jefe indiscutible y dejó el control del delicado «frente unido» en manos de los jefes menos inclinados a la cooperación y menos capaces de controlar a los grupos extremistas del Kuomintang. La lucha por la sucesión puso en peligro la coalición entre comunistas y nacionalistas, y la victoria de Chiang Kai-chek acabó efectivamente con ella.

La ruptura final entre los nacionalistas y los comunistas no se produjo hasta 1927, si bien existían presagios de lo que era inevitable. En marzo de 1926, mientras se efectuaban los preparativos de la expedición al Norte contra los señores de la guerra y el Gobierno de Pekín, y hallándose ausente, en el norte de China, el consultor del Comintern, Miguel Borodin, Chiang Kai-chek promulgó la ley marcial en Cantón, dio un golpe de Estado y tomó el mando de la sección del Kuomintang en la ciudad. Este incidente,

sin embargo, no dio como resultado la completa ruptura de la alianza existente entre nacionalistas y comunistas.

Los tentáculos de Chiang

La decisión de Chiang de actuar contra los comunistas y los consultores rusos en Cantón reflejaba el temor que el general sentía a que ellos intentasen minar su posición dentro del Ejército; además, lo exasperaba la oposición que mostraban a que emprendiese de una vez la expedición hacia el Norte. Pero, más que nada, el hecho de que lo considerasen como uno más entre los señores de la guerra lo incitó a satisfacer los deseos de los elementos derechistas del Kuomintang, quienes exigían que se restringiese hasta cierto punto la influencia comunista dentro de la organización. Cuando se presentó la oportunidad, Chiang actuó con rapidez y decisión contra los comunistas. El golpe de Estado de 20 de marzo de 1926, durante el cual se detuvo a gran número de comunistas que, en el Ejército, actuaban como comisarios políticos y se confinó en sus residencias a los consejeros soviéticos, puso en manos de Chiang el control absoluto de Cantón. Sin duda alguna quedaba ahora consagrado como uno de los dos más importantes dirigentes del Kuomintang, siendo el segundo Wang Ching-wei, futuro líder del Gobierno nacionalista. La acción de Chiang contra los comunistas y sus consultores precipitó una crisis entre los dirigentes comunistas: Ch'en Tu-hsiu les propuso apartarse inmediatamente del Kuomintang y abandonar la política del «frente unido»; otros invitaron a los que ocupaban importantes posiciones dentro del Kuomintang a apoderarse de los puestos clave. Al final, sin embargo, los consultores del Comintern «persuadieron» a ciertos miembros del Partido Comunista a que continuasen con su participación en el «frente unido». Fue la reconciliación entre comunistas y nacionalistas.

Las directrices del Comintern en China continuaban basándose en la política de cooperación con el Kuomintang, y ello, a su vez, reflejaba la política de Stalin con relación a China. En realidad, la cuestión china se había convertido en uno de los principales puntos de controversia en la disputa entre Stalin y Trotski. Las irracionales y a menudo contradictorias directrices que el Comintern daba a sus agentes en China reflejaban los altibajos de esta disensión interior en la Unión Soviética. A pesar de ser cada vez más evidente la incompatibilidad entre comunistas y nacionalistas, los consultores del Comintern obligaban a sus pupilos comunistas a proseguir la política de colaboración. Desgraciadamente, los dirigentes del Partido Comunista Chino no querían o se veían incapaces de rechazar las maniobras del Comintern. Al final, estos dirigentes pagaron cara la política equivocada del Comintern: sus carreras fueron sacrificadas a la mala táctica de camuflaje impuesta por los rusos. Ésta fue, tal vez, la tragedia fundamental de la revolución china.

En el arreglo conciliatorio pactado entre Chiang Kai-chek y los rusos, e impuesto a los comunistas, se exigía a los miembros del partido que restringiesen sus actividades en el seno del Kuomintang. A cambio de esta renuncia, Chiang prometía a Rusia que mantendría a raya a los elementos más anticomunistas del Kuomintang, denominados «la banda de las Colinas del Oeste». Este convenio no era realmente aceptable para ninguna de las dos partes, pero sirvió para posponer la confrontación hasta que se hubiese emprendido la expedición al Norte.

Esta expedición, dirigida contra los señores de la guerra, fue iniciada por fin en junio de 1926 y, en el curso de la rápida marcha desde Cantón hacia el norte, se sometía a estos señores o bien se los persuadía a que uniesen sus fuerzas con las del Kuomintang. Por ejemplo, Feng Yu-hsiang, el conocido «general cristiano» que se dice mandó bautizar a sus hombres con mangueras contra incendios, estableció una alianza con los nacionalistas; algunos otros, sin embargo, como Sun Ch'uan-fang, lucharon desesperadamente para defender sus dominios. En otoño de 1926, los ejércitos nacionalistas alcanzaban el río Yangtse, capturando las más importantes ciudades del complejo de Wuhan: Hankow, Wuchang y Hanyang. En enero de 1927, el Gobierno nacionalista, presidido por Wang Ching-wei, se trasladó de Cantón a Hankow, mientras Chiang Kai-chek, el comandante en jefe de los ejércitos nacionalistas, dirigía sus fuerzas hacia el Este, a lo largo del Yangtse, en dirección a Nanking y Shanghai.

Chiang Kai-chek se apoderó de Nanking el 24 de marzo de 1927, convirtiéndola en la segunda capital del Kuomintang, como respuesta a las exigencias de los izquierdistas del partido que habían intentado, durante su ausencia de Hankow, privarle de sus poderes e influencia. Inspirados por el consejero Miguel Borodin y dirigidos por Wang Ching-wei, algunos miembros del Comité Ejecutivo Central del Kuomintang depusieron a Chiang del importante cargo de jefe del departamento directivo del Kuomintang e intentaron restringir sus poderes como comandante en jefe de las fuerzas del Kuomintang. Éste quedó dividido entre Chiang Kai-chek con sus secuaces, en Nanking, y Wang Ching-wei con los comunistas, en Hankow.

Impávido ante la tentativa de algunos miembros del partido de reducir sus poderes, Chiang Kai-chek, que mantenía el control absoluto del Ejército, marchó sobre Shanghai. La ciudad fue tomada a principios de abril y, una vez completamente dominada, Chiang llevó a cabo en el Partido Nacionalista una severa depuración de los elementos izquierdistas y comunistas. Al proceder de este modo, contaba con el apoyo del mundo financiero y de algunos dirigentes de la industria de Shanghai, así como con el de la nutrida facción anticomunista del Kuomintang. Al declarar que la revolución no estaba prevista para implantar una dictadura del proletariado o de otra minoría cualquiera, Chiang dio a sus soldados la orden de arrestar y ejecutar a varios líderes y simpatizantes comunistas. La masacre de Shanghai marcaba el comienzo de un programa destinado a eliminar el Partido Comunista y a reducir al Gobierno de Hankow. En esta campaña se unieron a Chiang el gobernador militar Wu Pei-fu («el general confuciano») y otros varios. Pronto dio comienzo una acción, coronada por el éxito, dirigida a aislar y derribar el régimen de Hankow.

En septiembre de 1927, las facciones en pugna del Kuomintang se habían unido y marchaban contra el Gobierno de Pekín. Chiang Kai-chek, confirmado en los cargos de comandante en jefe de las fuerzas nacionalistas y de presidente del Comité Ejecutivo del Kuomintang, se apoderó de la ciudad de Pekín. La capital de la República China había sido abandonada por los comunistas y fue tomada con poco derramamiento de sangre. Poco después, los nacionalistas renovaron el difunto Gobierno de Pekín y trasladaron su capital de Cantón a Nanking. Wang Ching-wei, desacreditado por haberse asociado con los comunistas del Comintern, huyó a Francia, dejando para Chiang Kai-chek el control absoluto del Kuomintang. Chiang fue finalmente confirmado como heredero espiritual del Dr. Sun Yat-sen, como cabeza del Kuomintang y como líder de la China republicana. Se daba de esta forma remate a la revolución nacionalista.

Ronald Iain Heiferman

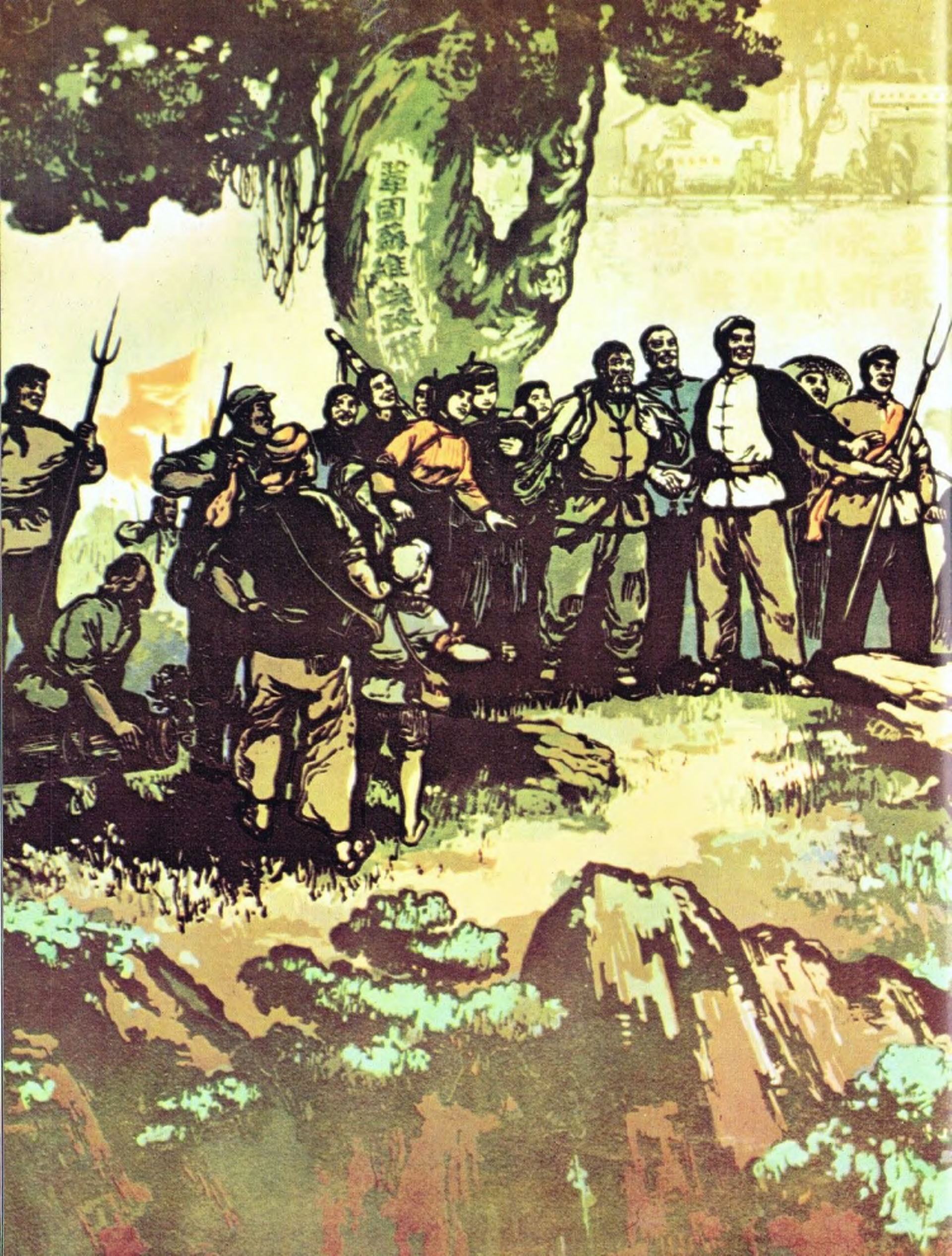
La Larga Marcha

Sorprendidos por las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-check, los comunistas chinos prefirieron emprender una épica migración antes que verse sometidos al exterminio. Aun cuando Chiang consideró esta retirada como una victoria nacionalista, ella debía marcar el destino de China y cambiar la historia del mundo.

En 1935 el Ejército comunista chino, expulsado de sus reductos del sur de China, emprendió la extraordinaria hazaña, denominada «la Larga Marcha», de retirarse atravesando el país en toda su extensión hasta la provincia norteña de Chensi. Dio entonces la impresión de ser una catástrofe para el movimiento comunista chino y como el último y desesperado episodio de sus actividades. Hoy en día, celebrada como el mayor triunfo de sus primeras armas, la Larga Marcha se ha convertido en una leyenda entre los comunistas del país. Se puede discutir todavía si fue un triunfo más bien que una catástrofe, pero lo que no ofrece dudas es que este gran éxodo fue el factor determinante de la subsiguiente historia del país. Con esta gran retirada el centro de las actividades revolucionarias se desplazó —por vez primera desde la caída de la dinastía manchú— del Sur al Norte. En las seguras regiones del Norte, el Partido Comunista tuvo ocasión de fortalecerse durante la invasión japonesa, hasta hallarse en condiciones de combatir y derribar el Gobierno nacionalista después de la Segunda Guerra Mundial, conquistando de esta forma el Sur con unas tropas que, mandadas todavía por los antiguos dirigentes revolucionarios, estaban integradas por elementos reclutados en el Norte. Esa alianza aseguró al movimiento revolucionario una cohesión mucho mayor que la que nunca consiguieron los partidos Nacionalista o Republicano, dominados tradicionalmente por facciones del Sur o del Sudeste.



Tropas nacionalistas se disponen a emprender una de las campañas de exterminio lanzadas contra los comunistas. La recua de acémilas sobrecargadas muestra la forma tradicional con que se llevaba a cabo la guerra, y que no permitió eliminar a las escurridizas formaciones de Mao.


華國蘇維埃政府



El 27 de abril de 1927, Chiang Kai-chek, comandante en jefe del Ejército nacionalista, dio un golpe militar en Shanghai y se apoderó de los miembros del Partido Comunista y de sus seguidores, quienes, el mes anterior, habían ocupado el sector chino de Shanghai arrebatándolo a las tropas del señor de la guerra norteño Chang Tsung-chang. En julio, cuando Chiang hubo instaurado un nuevo régimen nacionalista en Nanking, el antiguo gobierno nacionalista de Wuhan (que comprende las tres ciudades de Hankow, Wuchang y Hanyang) expulsó a los ministros comunistas y se fusionó luego con el gobierno de Chiang, en Nanking. Nunca le había sido tan adversa la fortuna al Partido Comunista. Atribuyendo la responsabilidad del desastre a la incompetencia de sus líderes, una asamblea del partido revocó del cargo al secretario general, Ch'en Tu-hsiu. Pocos días después, el 31 de julio, elementos del ejército de guarnición en Nanchang, capital de la provincia de Kiangsi, se rebelaron contra el mando nacionalista, proclamándose defensores del Partido Comunista. La insurrección estaba dirigida por el general Chu Teh, y entre sus seguidores figuraba un joven oficial, Lin Piao, que más tarde habría de escalar las posiciones más encumbradas del régimen comunista chino.

En el cañón de los fusiles

El motín de Nanchang terminó en fracaso: transcurridos cinco días, las fuerzas nacionalistas de la región reconquistaron la ciudad y el Ejército Rojo tuvo que retroceder hacia el Sur, perseguido por fuerzas superiores. El 1 de agosto de 1927, el día siguiente al de la insurrección, es festejado en China como el de la fundación del Ejército Rojo o, según el nombre que tomó posteriormente, del Ejército Popular de Liberación. Desde entonces hasta el presente, el Partido Comunista no ha renunciado nunca al control de las fuerzas armadas. El poder, como ha destacado Mao Tse-tung, «empieza en el cañón de los fusiles», y el 1 de agosto de 1927 el comunismo chino pudo apoyar su propio dedo en el gatillo del arma. Las consecuencias de este hecho no se hicieron patentes hasta transcurridos algunos años. Al principio, las cosas le iban mal al Ejér-

Heroico final de un viaje que ha pasado a formar parte del folklore chino: pintura propagandística reciente de los supervivientes de la Larga Marcha en Yenan.

cito Rojo, que, después de dirigirse hacia el Sur y ocupar, en septiembre de 1927, el puerto marítimo de Swatow, tuvo que abandonarlo casi inmediatamente con considerables pérdidas. El fracaso de la insurrección comunista de Cantón, dos meses después, representó otro serio contratiempo; más tarde, perdida la esperanza de conquistar ciudades, el Ejército Rojo se refugió en el interior del sur de China, convirtiéndose en un ejército nómada acosado y perseguido por las tropas nacionalistas y por las fuerzas de las varias provincias. Otros contratiempos tuvo que aguantar el partido, pero Mao Tse-tung, organizador de la revolución rural en su provincia natal del Hunan, había abandonado Wuhan para fomentar una «insurrección de la cosecha de otoño», pudiendo de esta forma escapar de la purga a que fue sometido el partido cuando se expulsó a los comunistas del Gobierno. En septiembre de 1927, con sus mal armados secuaces, intentó apoderarse de Changsha, capital del Hunan, a la que equivocadamente consideraba mal defendida. Fue rechazado fácilmente y estuvo a punto de caer prisionero. Los supervivientes se refugiaron en un reducto montañoso denominado Chingkangchan, en los confines de las provincias del Hunan y el Kiangsi. En abril de 1928, el errante Ejército Rojo, bajo el mando de Chu Teh, pudo reunirse con Mao en el Chingkangchan, celebrándose actualmente este encuentro como uno de los mayores acontecimientos en la historia del Partido Comunista Chino.

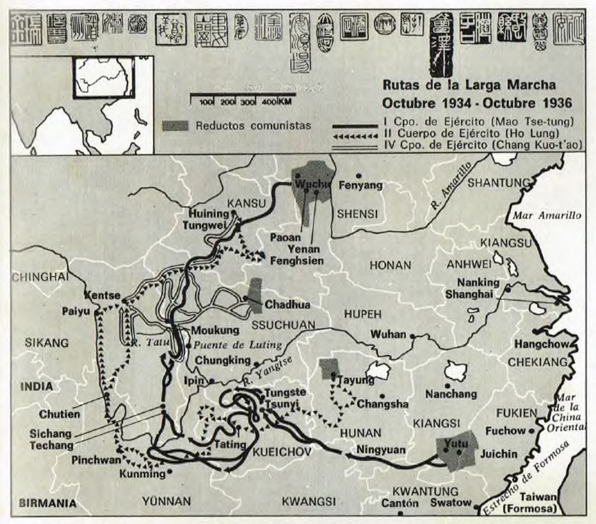
Una desastrosa dirección

Sin duda lo era. La región, una vieja comarca infestada de bandidos, está situada en el linde de las dos provincias, motivo por el cual se veía a salvo de las medidas punitivas procedentes de una y otra, pues raramente las autoridades provinciales cooperaban entre sí. Allí fue donde Mao y Chu formaron aquel consorcio político y militar que remozó los restos del Partido Comunista con nuevos elementos, nuevas perspectivas y nuevas tácticas militares. Los primitivos dirigentes del partido eran exclusivamente los intelectuales de las ciudades, formados en las enseñanzas rusas y convencidos de que, al paso que los campesinos constituían naturalmente una fuerza conservadora, el proletariado de la ciudad representaba el solo apoyo positivo para el Partido Comunista. Estos líderes, asesorados por Rusia, continuaban llevando desde sus escondites de Shanghai la política del partido, pero en una desastrosa dirección. Consideraban el movimiento que Mao y Chu estaban creando en las remotas regiones del interior como una actuación más o menos provechosa pero carente en absoluto de la fuerza necesaria. La revolución debía fraguarse —tal era su punto de vista— en las grandes ciudades, donde siempre hallaría un apoyo en los trabajadores. Sin embargo, este supuesto desconocía completamente las características de la China del momento. Los trabajadores industriales de la ciudad eran pocos: de hecho, Shanghai era el único centro que contaba con una fuerza significativa, y aun ésta sumamente quebrantada a raíz del golpe de Chiang Kai-chek en abril de 1927. Los campesinos, por su parte, se hallaban oprimidos por las elevadas rentas que les imponían los terratenientes, por los pillajes con que los afligían los bandidos y la soldadesca, y se veían casi reducidos al hambre a causa de la irregularidad de las lluvias. Durante varios años, bajo el desdichado régimen de los jefes militares, había ido empeorando la situación: sólo faltaba ahora encauzar sus aspiraciones levantiscas. Tal fue la labor de Mao y Chu.

Mao Tse-tung concibió una nueva estrategia a base de la lucha de guerrillas apoyada por los campesinos. Éstos, a su vez, pedían a los comunistas que los liberasen de los terratenientes, que suprimiesen los desórdenes del campo y que defendiesen el país de las fuerzas nacionalistas. Los campesinos, en número de centenares de millones, constituían la gran mayoría del pueblo chino; sin duda eran analfabetos e ignorantes, aunque no les faltaba astucia y perseverancia. Si el Partido Comunista conseguía conquistar su confianza y adhesión, llegaría a constituir un movimiento que contaría con un apoyo extraordinario y tendría fundadas esperanzas de resistir a los ataques nacionalistas, puesto que los ejércitos de éstos estaban integrados por soldados también campesinos pero reclutados y a menudo tratados brutalmente por unos oficiales que les usurpaban las pagas. En 1929 el Ejército Rojo, en el Kiangsi, contaba ya con 10.000 hombres y su número iba constantemente en aumento. Era posible abandonar el Chingkangchan y ocupar otros distritos rurales. Chiang Kai-chek se dio cuenta del nuevo peligro constituido por la pujanza comunista, pero, en los años comprendidos entre 1927 y 1930, su atención estaba completamente absorbida por la lucha contra los señores de la guerra, que todavía quedaban en el norte de China, y los politiqueos e intrigas de las varias facciones existentes dentro del Kuomintang o Partido Nacionalista. Mao y Chu habían quedado solos; si los líderes del partido residentes en Shanghai hubiesen sido lo suficientemente inteligentes como para permitirles que aumentaran sus reservas durante esta tregua, habrían podido afianzar considerablemente su posición; sin embargo, la estrategia —de inspiración moscovita— de apoderarse de las grandes capitales todavía privaba entre los ideólogos de Shanghai. En julio de 1930, el departamento ejecutivo de Shanghai, bajo la dirección de Ch'ü Ch'iu-pai, un intelectual formado en Moscú, ordenó a Chu The que atacara y sitiara a Changsha, la capital de la provincia del Hunan. Chu ocupó Changsha y la retuvo durante diez días, viéndose luego obligado a abandonarla con graves pérdidas. La política de conquistar grandes urbes había nuevamente fracasado. Como resultado de esta derrota, el partido depuso a Ch'ü Ch'iu-pai y nombró jefe a Li Li-san. Éste era también un revolucionario que tenía sus miras puestas en las concentraciones urbanas y que durante años había trabajado en la organización de sindicatos obreros. Como quiera que a la sazón los únicos sindicatos implantados en China, los de Shanghai, habían sido diezmados o estaban minados por agentes nacionalistas, su campo de acción era muy reducido. La política del Partido Comunista, por consiguiente, continuaba pecando de poco realismo e inefectividad.

Las campañas de Chiang

Hacia finales de 1930 Chiang Kai-chek tuvo la oportunidad de liquidar el levantamiento comunista en el Kiangsi, que, como el abortado ataque de julio a Changsha, no pasó de ser sino un impertinente alarde propagandístico. La primera campaña de exterminio de los «bandidos comunistas» —según se la llamaba— dio comienzos a primeros de diciembre de 1930. Chu y Mao respondieron a ella con la táctica que se hizo famosa entonces y que puede resumirse en la siguiente frase de Mao: «Cuando el enemigo avanza, nosotros retrocedemos; cuando se detiene, lo acosamos; cuando se retira, lo perseguimos.» En otras palabras, el Ejército Rojo rehusaba enfrentarse directamente con fuerzas superiores, prefiriendo disolverse ante el avance para reagruparse luego detrás de las líneas enemigas, con el fin de cortarles las comunicaciones. Forzado a detenerse, el Ejército nacionalista se veía a menudo reducido a la defensiva, dentro de un país hostil, donde no podía lograr información de los campesinos, los cuales,



La Larga Marcha, con las principales unidades participantes y los sellos diseñados por los comunistas para conmemorar las distintas etapas del largo recorrido. La expresión «Cuerpo de Ejército» fue adoptada para designar a contingentes de fuerzas que se hallaban muy distantes. Algunos de los hombres que participaron en la Larga Marcha recorrieron casi diez mil kilómetros.

en cambio, la ofrecían gustosamente al Ejército Rojo. Cuando la retirada se hizo inevitable, por ser inminente ya el invierno, los comunistas atacaron causando grandes bajas entre las filas nacionalistas. La primera campaña de exterminio había sido valerosamente rechazada, pero Chiang Kai-chek no se sentía amedrentado ni salió escarmentado del fracaso. En febrero de 1931 se organizó la segunda campaña de exterminio. También ésta fracasó, por las mismas razones. En aquel entonces, el Ejército Rojo, reforzado con nuevos voluntarios y nacionalistas desertores, había alcanzado la cifra de 300.000 hombres. Ya no era una «pandilla de bandidos», como pretendiera Chiang: era una verdadera amenaza militar.

Todavía Chiang persistió en el empeño. Aunque cada día apremiaba más la amenaza de la agresión japonesa, el general se mantuvo en su política de «primero pacificación interna; luego, resistencia a los ataques del exterior». Por este motivo, en julio de 1931, se inició la tercera campaña de exterminio, en la que intervenía un contingente de fuerzas todavía superior. La campaña fue contenida por la victoria comunista de Kaohsing, precisamente en el momento en que se difundía la noticia de la toma japonesa de Manchuria y del establecimiento en aquel país del Estado marioneta del Manchukuo. Como quiera que parecía inminente la guerra con el Japón, hubo que desistir de la campaña anticomunista, y los ejércitos volvieron una vez más a retirarse. Reanimados por estas victorias, que les permitían controlar gran parte de la provincia del Kiangsi, los comunistas crearon, en noviembre de 1931, el Gobierno provisional soviético de China en Juichin, una pequeña ciudad del Kiangsi. Li Li-san había sido apartado del liderato en noviembre de 1930 y fue enviado a Moscú para que se lo «reeducara». Permaneció en Rusia hasta 1945. La dirección quedaba ahora en manos de los «estudiantes de vuelta», un grupo de jóvenes educados en Rusia y extraordinariamente influidos por sus mentores soviéticos. Pronto se hicieron tirantes las relaciones entre los directivos de Shanghai, que vivían en la constante amenaza de ser descubiertos y entregados a la policía nacionalista, y el Soviet del Kiangsi. Mientras los dirigentes del partido en Shanghai se veían reducidos a la clandestinidad, Chu, Mao y sus secuaces disfrutaban de libertad en una región por ellos controlada, después de rechazar estrepitosamente tres invasiones nacionalistas. Habían organizado un gobierno rudimentario pero efectivo, que ejercía sus funciones sobre un gran ejército y una población de posiblemente más de un millón de personas. Comoquiera que fuese, el Soviet del Kiangsi constituía ahora el centro y núcleo del Partido Comunista de China. Sin embargo, Shanghai todavía pretendía someterlo a una especie de control.

Cuál fuese la situación real entre 1932 y octubre de 1934 es una cuestión todavía muy oscura. Hoy día, los historiadores comunistas no sólo insisten en que Mao Tsetung dirigió al partido durante aquellos tiempos de formación, sino que fue el jefe indiscutido del movimiento comunista. Pero hasta qué punto él y Chu mantenían con independencia sus puntos de vista y hasta qué punto Shanghai podía prescindir de ellos, continúa siendo ésta una cuestión muy intrincada, para cuya solución resultan insuficientes las fuentes de que disponemos. Por lo menos es cierto que no faltó la tirantez y que la decisión del cuartel general de Shanghai de trasladarse a Kiangsi, a principios de 1933, fue motivada, en gran parte, por la necesidad de asegurar su autoridad en el centro efectivo del poder y, sólo en una parte muy pequeña, por los crecientes riesgos inherentes a la vida «subterránea» de Shanghai. En febrero de 1932, el Soviet del Kiangsi, actuando como Estado soberano, declaró la guerra al Imperio Japonés. Aunque ello no fuera más que una bravuconada, por cuanto las tropas japonesas no se hallaban al alcance del Ejército Rojo, no dejó con todo de surtir efectos propagandísticos, sobre todo si se comparaba con la política contemporizadora que Chiang Kaichek mantenía frente a los invasores, con sus constantes retiradas y concesiones. Los comunistas podían ahora alardear de constituir el partido patriótico, y muchos chinos, disgustados o alarmados ante la política de Chiang, estaban dispuestos a reconsiderar los programas comunistas.

Asesores militares alemanes

El departamento ejecutivo central de Shanghai acababa apenas de llegar a Jui-



Chu Teh, futuro jefe supremo del Ejército Rojo, arenga a sus hombres durante la Larga Marcha.

chin cuando Chiang lanzó su cuarta campaña de exterminio, en la que tomaban parte 250.000 soldados nacionalistas y que esta vez pretendía dar el golpe de gracia final. Una vez más las cosas no salieron a gusto de su promotor, pues, aunque al principio logró cierto éxito en las remotas áreas comunistas situadas en las provincias del Hunan y del Hupeh, el ataque contra el núcleo central del Kiangsi resultó un fracaso completo. Chiang perdió tres divisiones enteras y dos de sus comandantes fueron hechos prisioneros.

Chiang Kai-chek había reclamado para esta ocasión los servicios de algunos militares alemanes que le había proporcionado el régimen nazi: sus consejeros fueron el general Von Seeckt y el general Wetzell. Éstos convencieron al comandante en jefe nacionalista de que renunciase a los ataques frontales, tan costosos como poco eficaces, y aprovechase, por el contrario, su gran superioridad numérica para cercar por completo al Soviet del Kiangsi, cuya existencia dependía de la importación de ciertos artículos vitales, entre ellos la sal. Se construyeron fortines para guardar los caminos y se distribuyeron refuerzos en profundidad. El proyecto consistía en estrangular poco a poco el reducto comunista hasta que fuese demasiado débil para resistir el asalto final. Se destinaron a esta vasta operación 700.000 hombres, pero muchos de ellos, en los confines sur y sudoeste del territorio comunista, provenían de los ejércitos provinciales, no tan bien equipados y entrenados en la lucha como los regulares del propio Chiang. El volumen y significación de estas actividades militares eran virtualmente ignorados por el mundo en general: ninguna noticia auténtica llegó a la prensa mundial desde el lado comunista; cualquier tipo de información tendía a ser ignorado por los periódicos de Shanghai, los cuales, en su mayor parte, aun cuando no estuvieran muy identificados con el régimen nacionalista, todavía lo preferían al de los comunistas. Las misiones diplomáticas de la capital nacionalista, Nanking, estaban bien informadas de los fallos y debilidades del régimen de Chiang, pero, en el caso de que transmitieran a sus Gobiernos informaciones sobre el particular, éstas no llegaron a conocimiento del público.

La quinta campaña de exterminio, usando la nueva estrategia del bloqueo, se inició en octubre de 1933. En noviembre se produjo una revuelta en la provincia del Fukien, que confina con el Kiangsi por el este y se prolonga hasta la costa. En este levantamiento estaba involucrado el XIX Ejército de Campaña, que había resistido valientemente al ataque japonés contra Shanghai en 1932, pero que luego había sido trasladado al Fukien por orden de Chiang Kai-chek, el cual, por el momento, no había querido oponerse militarmente a los japoneses. En cualquier caso, Chiang se sentía cada vez más preocupado por el inmenso prestigio que el XIX Ejército de Campaña y su comandante, Chang Fa-kuei, habían cosechado con su tenaz acción en Shanghai, en la que recibieron un apoyo extraordinario de parte de los intelectuales del país. El XIX Ejército de Campaña sabía perfectamente que había sido relegado a una región donde no era probable que estableciera contacto con las fuerzas japonesas. Así las cosas, varios políticos descontentos de la facción izquierdista del Partido Nacionalista corrieron a Fuchow, donde proclamaron un nuevo Gobierno provisional. Pretendían asimismo conseguir la coöperación del Soviet del Kiangsi, pero sus propuestas fueron menospreciadas por los comunistas. Mao Tse-tung y los historiadores comunistas han atribuido desde entonces este serio error de juicio a la dirección de los «estudiantes de vuelta». No es completamente cierto que, aunque sucediera de



Chu En-lai, futuro jefe del Gobierno y ministro del Exterior, y también compañero de Mao durante la Larga Marcha.

este modo, Mao y los otros no apoyasen entonces la negativa. Fue un grave error. El Fukien es una región costera y desde allí los comunistas habrían podido establecer mejores comunicaciones con el mundo exterior e importar armas y suministros. Por lo menos es probable que hubiesen podido absorber al Gobierno provisional de Fuchow y amalgamar ambos movimientos. De haber procedido en esta forma, probablemente habría fracasado la quinta campaña de exterminio y el movimiento comunista habría quedado establecido permanentemente en el Sur.

Empieza la abrumadora marcha

El movimiento del Fukien se derrumbó en enero de 1934 al faltarle el apoyo de los comunistas, y éstos tuvieron ahora que enfrentarse con los compactos contingentes militares de Chiang, que empezaban a tomar la iniciativa. Mao ha precisado que, bajo la dirección a la que él se opuso, se abandonó la táctica de la lucha de guerrillas y se adoptaron planes para contrarrestar el bloqueo nacionalista con una buena táctica convencional, táctica que condujo a desastrosos resultados. Hay muchas probabilidades de que realmente sucediera así y de que en este año la autoridad del propio Mao estuviera pasando por un bache. En verano de 1934 quedó fuera de dudas que era imposible levantar el bloqueo y que había que escoger entre romper el cerco o resignarse al exterminio total. Actualmente, por supuesto, se pretende que Mao fue el impulsor del plan de romper el cerco y, por lo tanto, se citan la Larga Marcha y sus triunfales consecuencias como demostración de su visión sobre el verdadero camino que conduciría a la victoria. Ello tal vez se aparta un poco de los hechos conocidos. No se puede decir con certeza cómo se llegó, ni por quién, a la decisión de la retirada. En aquel tiempo se requería ciertamente una decisión colectiva, pues Mao no era el amo del partido, y los propios dirigentes estaban seriamente desacreditados por los fracasos. Probablemente se hallaban en tal apuro que no existía otra solución posible, y por consiguiente, no pudo plantearse ninguna oposición o alternativa al proyecto. Lo que sí es cierto es que se trataba de una aventura intrépida y desesperada, que como máximo sólo auguraba débiles esperanzas de supervivencia y de la cual pocos hubieran presumido que saldría la victoria. El mismo Mao ha puntualizado que una retirada no constituye por sí sola una victoria, aun cuando sus resultados finales puedan servir para transformar una derrota en triunfo.

Los historiadores, comunistas y no comunistas, que desde entonces han atribuido a Mao la idea de la Larga Marcha, también estiman que él decidió su destino final, el Shensi septentrional, para poner a los comunistas en contacto con una zona que presumiblemente sería invadida por los japoneses. De este modo, Chiang se hallaría incómodo si persistía en atacar a un partido patriota, empeñado en la defensa del país contra los invasores extranjeros. Es bastante probable que fuera ésta su intención; pero, en octubre de 1934, cuando el Ejército Rojo y el personal auxiliar que se hallaban en buenas condiciones para emprender la marcha abandonaron el Kiangsi, su número total había quedado reducido a aproximadamente 100.000 hombres: sólo los más optimistas podían abrigar alguna esperanza de que esta pequeña tropa pudiera abrirse paso a través de China y sobrevivir en el Shensi septentrional, región abrupta y estéril. Varios individuos, entre ellos algunos antiguos dirigentes, se encontraban demasiado débiles para intentar la aventura. Ch'ü Ch'iu-pai, seriamente atacado de tuberculosis, tuvo que renunciar a la prueba y se trasladó en secreto al reducto relativamente seguro de Shanghai. Fue apresado y fusilado por los nacionalistas poco después de salir del Kiangsi.

El grueso del Ejército se abrió paso y avanzó en dirección al sudoeste, para penetrar en la zona meridional del Hunan y pasar después a la provincia de Kueichou, atravesándola para entrar en la punta sudoccidental del Yünnan. Esta ruta sinuosa para llegar al Shensi septentrional condujo al Ejército Rojo a territorios mandados por señores de la guerra mal armados y remisos que nunca habían tributado a Nanking más que una fidelidad nominal. No podían presentar al Ejército Rojo una resistencia efectiva, y Chiang Kai-chek, que quería ponerlos en apuros, venía detrás con sus tropas regulares algo lentamente, para reducir a la obediencia a los señores de la guerra locales. Su aviación trataba de bombardear al Ejército Rojo, pero con poco éxito. Los comunistas realizaron escasas intentonas de apoderarse de las ciudades, donde los señores de la guerra —dejando la campiña abandonada a su suerte—, concentraban sus fuerzas en defensa de sus riquezas y pertenencias. Las fuerzas comunistas lo intentaron todo, menos dar un escarmiento: trataban al pueblo con una consideración hasta entonces desconocida en los anales militares de China y pagaban puntualmente los suministros y los servicios de los porteadores. Los acemileros que acompañaban a los comunistas sólo podían quejarse de las marchas desacostumbradamente largas con que el Ejército Rojo se dirigía al Shensi septentrional: como mínimo de cincuenta a sesenta kilómetros al día, y, a veces, hasta cien kilómetros.

Los que no podían soportar tales pruebas de resistencia eran dejados al cuidado de campesinos simpatizantes para que, en caso de sobrevivir, los mantuviesen escondidos por algún tiempo. Años después, los comunistas victoriosos intentaron dar con el paradero de sus camaradas, sus hijos y



Sello de correos de 1950 con el presidente Mao: la Larga Marcha no había sido en vano.

familiares abandonados por el camino. Hubo reencuentros dramáticos, pero fue imposible localizar a mucha gente. La política de tratar consideradamente a los campesinos fue pagada con la misma moneda; por otra parte, las enormes distancias recorridas confundían a los perseguidores, quienes nunca fueron capaces de interceptar el paso de los perseguidos. Describiendo una larga curva a través del Kueichou septentrional y el Yünnan occidental, el cuerpo principal cruzó el alto Yangtse y penetró en el Sikiang, la provincia occidental que en realidad constituye el Tibet oriental pero que había permanecido bajo dominio chino durante largo tiempo. Allí, el 30 de mayo de 1935, el Ejército Rojo llevó a cabo una renombrada hazaña: el paso del río Tatu, afluente del Yangtse, por el puente de Luting. En este punto, el río discurre por una profunda garganta de un centenar de metros de ancho, y podía cruzarse por un antiguo puente colgante, típico de aquella región, consistente en trece grandes cadenas de hierro, con tablazón superpuesta, empotradas en los peñascos de cada lado. Los defensores habían quitado la tablazón, pero no habían podido o no se habían entretenido en cortar las cadenas. Cubiertos por el fuego de las ametralladoras, veinte soldados, armados con espadas y bombas de mano, se deslizaron a lo largo de las cadenas y redujeron a los que defendían el puente. Sólo murieron tres de los asaltantes. Luego se repuso en su sitio la tablazón y el grueso de las tropas pudo atravesar el río.

El 12 de junio, después de cruzar las Grandes Montañas Nevadas (Tahsueh shan), el Ejército llegó al sitio denominado Moukung, en la provincia del Ssuchuan, donde se reunió con el IV Cuerpo de Ejército comunista, mandado por Chang Kuo-t'ao, que unos tres años antes había establecido una zona soviética en el nordeste del Ssuchuan. Partiendo de esta región, el IV Cuerpo de Ejército se había dirigido hacia el sur y el oeste, y ahora se reunía con Mao y Chu Teh y con el I Cuerpo de Ejército. Se celebró un consejo de dirigentes, pero pronto se puso de manifiesto que Mao y Chang Kuo-t'ao tenían opiniones distintas. Chang quería permanecer en Ssuchuan y establecer otra zona soviética; Mao creía más oportuno avanzar hacia el Shen-si, acercándose a la región donde presumiblemente se desarrollaría la inminente guerra con el Japón. Se acordó dirigirse hacia el norte, lo que significaba atravesar la altiplanicie del Tibet oriental, una extensión vasta y cenagosa situada a gran altura, tremendamente fría, deshabitada y desprovista de rutas. El paso de esas tierras, en agosto-septiembre de 1935, tal vez constituya la gesta más memorable de la Larga Marcha. Las diferencias entre Chang y Mao aconsejaron entonces una separación. El 18 de septiembre de 1935 Mao penetró en la provincia del Kansu, derrotando a las tropas nacionalistas que intentaban cerrarle el paso, y, después de franquear las alturas del Liup'anshan (Montañas de las Siete Curvas), descendió al Shensi el 20 de octubre, alcanzando la zona soviética del Shensi septentrional, controlada por Kao Kang. Ello constituía el fin de la Larga Marcha para el I Cuerpo de Ejército.

Chang Kuo-t'ao no había querido ajustarse a esas directrices de marcha. En septiembre, volvió a atravesar la altiplanicie e intentó establecerse en Ssuchuan. No pudiendo conseguirlo, en mayo de 1936 cruzó por vez tercera la altiplanicie y llegó al Kansu nordoccidental, en una tentativa para llegar al Sinkiang, la gran provincia occidental lindante con la U.R.S.S., donde esperaba encontrar seguridad. No lo logró, y en mayo de 1937 se vio forzado a buscar refugio junto a Mao, en el Shensi septentrional (no mucho tiempo después, Chang Kuo-t'ao se pasó al bando nacionalista y, posteriormente, abandonó el país para vivir retirado en Hong Kong). Mientras tanto, el II Cuerpo de Ejército, desde la remota región comunista situada en los confines del Hunan y el Hu-peh, había concluido también su Larga Marcha, pasando un poco más al sur y al oeste respecto a la de Mao y del I Cuerpo de Ejército. Partió en noviembre de 1935 y Ho Lung, su caudillo, emprendió la ruta a través de Kueichou y el Yünnan occidental, entrando en el Sikang después de atravesar el alto Yangtse en Chütien, en mayo de 1936. Luego se dirigió al norte, hacia Ssuchuan, y en cincuenta días atravesó la altiplanicie, reuniéndose finalmente con el I Cuerpo de Ejército en el Shensi septentrional, en octubre de 1936. Su llegada elevaba los efectivos totales del Ejército Rojo a 80.000 hombres, puesto que, de los 100.000 del I Cuerpo de Ejército que habían emprendido el abrumador viaje, apenas 30.000 supervivientes habían conseguido llegar al Shensi septentrional.

Chiang veía frustradas sus esperanzas. El Ejército Rojo se hallaba nuevamente establecido en una base fija, pero ahora en Yen-an, donde se encontraba bien protegido por un dédalo de inhóspitas montañas. La guerra con el Japón, como todo el mundo presumía, se acercaba; era muy probable que la conclusión, coronada por el éxito, de la Larga Marcha —o de las marchas, como en realidad fueron— constituyese una contribución adicional al conflicto. El Japón había ofrecido a Chiang la oportunidad de exterminar al Ejército Rojo: no lo había logrado, y ahora los japoneses tenían que contar con la presencia amenazadora de los comunistas en el flanco de las provincias que habían intentado invadir y ocupar. Aun cuando Chiang planeara nuevas campañas de exterminio, consideraba la Larga Marcha como una gran victoria nacionalista; pero, si no había duda de que el Ejército Rojo había sufrido enormes pérdidas, éstas eran debidas muchísimo más a los rigores de la naturaleza que a la acción de las fuerzas nacionalistas. Chiang no se resignaba todavía a renunciar a su política de eliminar la rebelión interna antes de resistir a la agresión extranjera. Su actitud había de precipitar pronto, a finales de 1936, la próxima crisis chino-japonesa, la cual condujo a una tregua entre nacionalistas y comunistas y directamente a la invasión japonesa de julio de 1937.

C. P. Fitzgerald

Incidente en Manchuria

Cuando muchos japoneses de hoy en día se refieren a los años que median entre 1931 y 1941 hablan de ellos como del «valle oscuro», pues en esta década el liberalismo y la libertad personal, que habían empezado a florecer por los años veinte, fueron sumergidos por la marea del ultranacionalismo. El «incidente manchú» tenía que iniciar la ruta hacia Pearl Harbour y hacia la derrota final del Japón en la Segunda Guerra Mundial.

Pu Yi. Japón anunció el nacimiento del Manchukuo, el Estado «independiente» de Manchuria, el 9 de marzo de 1932, con Pu Yi como soberano marioneta. Dieciocho meses después, éste era proclamado emperador con el nombre de Kwang-teh, y el Manchukuo, sucesivamente ampliado con el Jehol y la Mongolia Interior, se convertía en un imperio.



El 18 de septiembre de 1931 es una de las fechas más notables del siglo XX, puesto que la lucha que estallara en Mukden, al sur de Manchuria, entre japoneses y chinos, en la noche del 18 de septiembre de 1931, puso en marcha el tren de acontecimientos que había de conducir al triunfo del militarismo en el Japón, a la demostración de la total ineficacia de la Sociedad de las Naciones como organismo rector de los destinos mundiales y al estallido de la guerra total en el Extremo Oriente. El «incidente manchú» —nombre dado a la ocupación militar japonesa de Manchuria en 1931 y 1932— fue indudablemente la primera muestra de la violencia agresiva que había de caracterizar los asuntos internacionales durante los años treinta. De un modo bastante súbito, o por lo menos así lo pareció, el Japón se reveló como una seria amenaza para la paz y como una potencia expansionista que blandía el sable sin preocuparse en absoluto de la opinión mundial.

La conmoción fue notable. Durante varios años, se había supuesto, por lo menos en Europa y en Estados Unidos, que el Japón, una gran potencia con asiento permanente en el Consejo de la Sociedad de las Naciones, iba avanzando con paso seguro hacia un sistema de gobierno parlamentario y democrático, hasta llegar a ser aquello que mucha gente, en los días de apogeo de la alianza anglonipona, había sostenido que realmente era: la «Gran Bretaña de Extremo Oriente». Era cierto que durante la década 1920-1930 el Ejército japonés había intervenido dos veces contra los nacionalistas chinos en la provincia de Shantung, que en 1928 el señor de la guerra manchú Chang Tso-lin había encontrado la muerte cuando una bomba destrozó, al acercarse a Mukden, el tren en que viajaba, y que en algunos círculos se susurraba que el Ejército japonés había intervenido en ese asunto. Sin embargo, semejantes episodios parecían más bien una excepción: no reflejaban lo que daba la impresión de ser la tendencia general de la política japonesa, la cual en conjunto se mostraba prudente y conciliadora en todo lo relativo a China. Varios observadores, tanto en China y Japón como en Occidente, creían que prácticamente habían terminado los belicosos tiempos del *samurai*. Se había efectuado una sustancial reducción en los efectivos del Ejército permanente, y, en la Conferencia para el Desarme Naval (que tuvo lugar en Londres en 1930), la delegación japonesa había demostrado buenos deseos de colaboración, aceptando finalmente un porcentaje en el tonelaje naval inferior al de Gran Bretaña y de Estados Unidos. Al iniciarse los años treinta, se había asentado en Tokio un gabinete del Partido Minseito, liberal, dirigido por Hamaguchi. El ministro de Asuntos Exteriores era Shidehara, bien conocido por sus deseos de mantener buenas relaciones con el Gobierno nacionalista chino. Austeridad en el interior y prudencia en la política exterior eran manifiestamente los lemas del Gabinete japonés.

Pero detrás de la serena fachada que el Japón presentaba al mundo se agitaba no poca inquietud, y en 1930, debido a varios motivos, las tensiones aumentaron de un modo repentino. En primer lugar, la depresión mundial, a raíz del colapso de la Bolsa de Wall Street de 1929, empezó a afectar brutalmente al Japón. Cayó catastróficamente la demanda norteamericana de artículos japoneses, de seda cruda particularmente. Ello significó un rudo golpe para el conjunto de la economía japonesa, pero nadie resultó más afectado que los campesinos, pues la producción de seda constituía un medio de vida importante para muchos de ellos, y los Estados Unidos eran, con mucho, el más asiduo importador ultramarino de seda japonesa. Especialmente en el Norte del país millares de granjeros se vieron frente a la ruina. Las medidas de ayuda tomadas por el Gobierno fueron tan tardías e inadecuadas que casi no cabía contar con ellas. El campesino arrendatario, reducido a la indigencia, disponía de muy escasos medios para conseguir dinero: podía vender alguna de sus hijas a cualquiera de los agentes que recorrían la campiña en busca de elementos para la gran industria de la diversión, el mundo de



las casas de té y los burdeles, en Tokio y otras capitales. Cuando había que recurrir a tales extremos, tal vez en algunos hogares el sacrificio fuese tristemente aceptado con resignación, pero, por supuesto, eran innumerables aquellos que se sintieron profundamente ultrajados y cuyo resquemor cobró mayor amargura.

Se reclama la «acción directa»

Empezaba a formarse un clima revolucionario tanto en el campo como en aquellos sectores urbanos donde el desempleo era más acusado. Sin embargo, tal descontento no podía hallar expresión a través del comunismo ni de otras ideologías de extrema izquierda, y si el mundo de los negocios, junto con los políticos de la Dieta (Parlamento) de Tokio, reclamaban que se cortase por lo sano, pocos japoneses estaban preparados para lanzarse a atacar de ningún modo el supremo símbolo de la nación, la institución imperial. Mediante un asiduo adoctrinamiento, tanto en casa como en la escuela, las masas habían terminado, como obligadas por una segunda naturaleza, por considerar al Emperador un ser por lo menos semidivino y rechazar como blasfema toda crítica que afectara la monarquía. Al mismo tiempo, la vigilancia sin cuartel de la policía, que gozaba de ilimitados poderes para detener e interrogar a los sospechosos, confinaba las actividades marxistas a límites muy reducidos. En el pasado, se habían efectuado algunos progresos en el mundo académico, pero la vigilancia policíaca había mantenido tanto a los campesinos como a los trabajadores notablemente inmunes a la infección de las «ideas peligrosas». A pesar de todo, se estaba acumulando rápidamente, al socaire de la Depresión, un agudo malestar, y los abogados de la «acción directa», de los remedios drásticos, lograban algunos conversos.

La «acción directa» apuntaba siempre a blancos situados por debajo del trono imperial, como a los cortesanos consejeros del Emperador, a los ministros civiles del Gabinete, a los magnates de los negocios o, en todo caso, al conjunto del sistema parlamentario. También el capitalismo tuvo que soportar las críticas más despiadadas. La monarquía propiamente dicha era inmune a la censura. De hecho, los varios esquemas de reforma del Estado, a menudo basados en medios violentos, eran propuestos invariablemente como medidas para realzar el prestigio del trono, puesto que estos defensores de la acción directa eran fanáticos nacionalistas. Entre ellos, los más influyentes eran o bien los oficiales del Ejército, activos o retirados, o bien los individuos estrechamente vinculados con el estamento militar.

Según un decreto imperial promulgado cincuenta años antes por el emperador Meiji, a los oficiales y a los soldados de todas las fuerzas armadas les estaba terminantemente prohibido participar en cualquier clase de política. A pesar de ello, se habían formado algunos grupos de oficiales, muy reducidos y clandestinos, cuya finalidad era discutir la forma de atajar la tendencia general hacia una mayor democracia y hacia un régimen parlamentario. Tales grupos, junto con las varias organizaciones ultranacionalistas y sociedades derechistas repartidas de uno a otro extremo del país, tuvieron escasa importancia hasta que llegó el año crítico de 1930.

Pero en este año la conclusión del Tratado Naval de Londres fue saludada con una tormenta de protestas de los oficiales de la Armada, incluyendo al jefe del Estado Mayor naval, convencidos de que la proporción del tonelaje convenida limitaba gravemente el poder defensivo del Japón. El hecho de que un primer ministro civil, Hamaguchi, hubiese aconsejado al Emperador que aceptara el tratado, significaba una mortal ofensa para el estamento militar. El ministro de Marina se encontraba ausente, por ser uno de los dirigentes de la delegación mandada a Londres, y Hamaguchi actuaba en representación suya. La ratificación del Tratado de Londres lastimó en lo más profundo al Ejército y a la Marina; pero fue el Ejército, la más antigua de las fuerzas armadas japonesas, el que resultó en muchos aspec-



Un destacamento japonés inspecciona las armas tomadas a la guarnición china tras la caída de Mukden, la ciudad clave del ferrocarril sudmanchuriano.

tos más seriamente afectado. Por la Constitución, sólo los jefes de Estado Mayor tenían derecho a aconsejar al Emperador, acudiendo a él directamente, en asuntos militares y estratégicos. Por consiguiente, era inaceptable el control gubernamental de las fuerzas armadas. En cambio, el hecho de que el Gobierno hubiese conseguido la aprobación imperial del Tratado de Londres parecía amenazar la independencia del Estado Mayor Central. Daba en cierto modo la impresión de que se estaba implantando gradualmente el control gubernamental de los servicios armados.

El mal humor se propagó entre los oficiales del Ejército, especialmente entre los jóvenes. Ello contribuyó a difundir el malestar por el campo; en realidad, ambos elementos constituían como dos focos que se transmitían mutuamente la desazón, pues buen número de oficiales procedían de los distritos rurales, en donde eran reclutados en su mayoría. Por lo demás, para el común de los campesinos y granjeros, el oficial del Ejército constituía una figura admirada, representativa del patriotismo netamente nacional, que no se doblegaba ante sus propios intereses ni ante la codicia del capitalismo.

Conjurados que resultan impunes

La primera manifestación práctica del descontento del estamento militar fue la formación, en septiembre de 1930, de la asociación secreta conocida con el nombre de *Sakura-kai*, o «Asociación del Cerezo». Ésta comprendía a oficiales hasta el grado de teniente coronel, muchos de los cuales tenían destino en Tokio y algunos de ellos en puestos importantes de los departamentos del Estado Mayor General y en el Ministerio de la Guerra. La misión de la *Sakura-kai* era discutir la forma y procedimientos para llevar a cabo un programa de reconstrucción nacional; para ello, los primeros pasos consistían en derribar el gabinete de Hamaguchi, en abolir el Parlamento y en implantar un gobierno militar. En invierno de 1930-1931, la *Sakura-kai* y sus simpatizantes planearon más de un golpe de Estado: el más serio de ellos fue descubierto, y por consiguiente abandonado, en marzo de 1931, pocos momentos antes de llevarlo a la práctica. A pesar de todo, no se tomó ninguna medida represiva contra los involucrados en el caso: se echó tierra sobre el asunto en cuanto la policía se hubo asegurado de que nada había trascendido a oídos del público.

Mientras tanto, un nacionalista «patriota» había disparado contra el primer ministro, hiriéndolo gravemente, en la estación de Tokio, en noviembre de 1930. Por lo que hemos podido conocer, los conspiradores de la *Sakura-kai* no tuvieron parte alguna en el incidente. Pero el atentado contra Hamaguchi constituía un siniestro presagio de lo que había de suceder en los años venideros, en los que llegaría a ser alarmantemente común el «gobierno por medio del asesinato».

Las guarniciones de ultramar en modo alguno se vieron libres del clima exaltado que reinaba en la patria. El ejército del Kwantung, o sea, las fuerzas japonesas de guarnición en la península de Liaotung, en ciertos puntos del ferrocarril de la Manchuria meridional y en localidades tan al norte como Mukden, se hacía particularmente eco de las corrientes de frustración y desasosiego que emanaban del Japón. El ejército del Kwantung se consideraba como un cuerpo escogido de guardia en las fronteras continentales del Imperio. Tanto los colonos japoneses como los soldados de Manchuria meridional no tenían reparo alguno en acusar al Gobierno japonés, y especialmente a la administración de Hamaguchi, de mostrarse «débil» en su actitud respecto a China. Tales quejas fueron en aumento en el curso de los años veinte, cuando China recobró nuevamente su espíritu nacionalista. La posición del Japón en Manchuria meridional, con bases en Port Arthur y Dairen, había sido conquistada a costa de

gran derramamiento de sangre en la guerra de 1904-1905 contra Rusia. Por el Tratado de Portsmouth, de 1905, Rusia había accedido a reconocer los intereses que el Japón poseía en Corea, cediéndole la mitad meridional de Sajalín. También aceptó transferir al Japón los derechos que había adquirido de China, en 1898, sobre Manchuria, incluyendo el arriendo de Port Arthur. Con la formación, en junio de 1906, de la Compañía del Ferrocarril Sudmanchuriano con capital japonés, la administración de la línea y el territorio que ésta atravesaba pasaron en poder de la compañía. Tanto las adquisiciones que el Japón consiguiera mediante el Tratado de Portsmouth como la concesión ferroviaria, que le permitía un control efectivo de la mitad meridional de Manchuria, habían sido confirmadas mediante tratados concertados con China. Sin embargo, los chinos, alegando que tales tratados (como muchos de los firmados con potencias extranjeras) les habían sido impuestos por la fuerza, reclamaban la anulación de todos los arriendos y concesiones otorgados a otros países. Probablemente la mayoría de militares y personal civil japonés que vivían en Manchuria meridional pensaban que la única forma segura de prevenir los conflictos futuros consistía en que el Japón extendiese su control más allá del territorio arrendado de Liaotung y de la zona del ferrocarril al norte de Mukden.

La señal del golpe

En realidad se efectuó una tentativa para llevar a cabo esta medida expansionista en 1928, en el momento en que ocurrió la muerte violenta de Chang Tso-lin, en las cercanías de Mukden. Después de la Segunda Guerra Mundial se reveló que algunos oficiales del ejército de Kwantung habían maquinado su asesinato, el cual, según pensaban, había de constituir la señal del golpe militar que pondría bajo mando japonés no sólo la ciudad de Mukden, sino también buena parte del territorio de Manchuria. Sin embargo, el complot fracasó: llegado el momento, muchos de los antiguos oficiales rehusaron autorizar la acción deseada.

En 1931, tres años después, las cosas se presentaban de un modo distinto. Manchuria ocupaba buena parte de los sueños y aspiraciones de los exaltados oficiales de Tokio. Una vez puesto en claro que resultaría difícil realizar un golpe en la misma patria, los jóvenes oficiales asociados al *Sakura-kai* centraron su atención en la idea de la «acción directa» en Mukden, donde había un destacamento de tropas chinas y un pequeño contingente de japonesas. Un golpe en Manchuria tendría la virtud de reavivar el sentimiento nacionalista nipón y crear un clima favorable para el Ejército, minando de paso el prestigio del gabinete del Partido Minseito.

La perspectiva de una súbita acción contra los chinos prometía ser seductora, tanto más que, durante 1931, numerosos incidentes habían enturbiado las relaciones chinojaponesas. En particular, un oficial del Ejército japonés que viajaba vestido de paisano en una misión de espionaje, había sido apresado y fusilado en Manchuria por los chinos, después de un proceso sumarísimo.

La ejecución de este oficial levantó el clamor unánime de la prensa japonesa y procuró nuevas armas a aquellos que —incluido el principal partido de la oposición en la Dieta, el Seiyukai— acusaban al ministro de Asuntos Exteriores, Shidehara, de debilidad, e incluso de cobardía, en sus relaciones con los chinos. Las organizaciones nacionalistas japonesas tronaron al unísono contra el Gobierno, pidiendo que el ejército del Kwantung «castigase a los desvergonzados chinos».

Aparte de las presiones ejercidas por la *Sakura-kai* o la opinión pública derechista, el Alto Mando japonés llegó a la conclusión de que tal vez fuera imprescindible recurrir en Manchuria a la acción militar directa. Hacia 1931, en los despachos del Estado Mayor Central se creía que era inevitable un conflicto soviético-japonés, en cuyo caso sería muy conveniente poseer el control previo de Manchuria. Por su parte, el ministro de la Guerra decidió que el acceso sin obstáculos a los recursos naturales de Manchuria era un prerrequisito necesario para poder lanzarse a una «guerra total» contra la Unión Soviética. El jefe del Estado Mayor Central, general Kanaya, y el ministro de la Guerra, general Minami, ordenaron a sus subordinados que preparasen un plan político para la solución del «problema manchú». Era éste un documento notablemente discreto, en el cual se especificaba que, «de momento», los militares debían dejar en manos del ministro del Exterior el asunto de las manifestaciones antiniponas en Manchuria. Deberían prepararse los planes para una acción militar, en el supuesto de que tal acción no tuviera lugar antes de la primavera de 1932.

La plana mayor del ejército del Kwantung, sin embargo, había tomado otras decisiones. El papel principal lo desempeñaban tres oficiales de la plana mayor: el coronel Itagaki, el teniente coronel Ishihara y el mayor Hanaya. Éstos procuraron encontrar una excusa para la «acción directa» que tendría lugar en cuanto se hubiesen ultimado los preparativos, lo cual había de suceder mucho antes de la primavera de 1932. El trío mantuvo estrechas relaciones con los dirigentes de la *Sakura-kai* en mayo de 1931. El mayor Hanaya pasó secretamente a Tokio en junio y sostuvo conversaciones confidenciales en sus visitas a las oficinas del Estado Mayor Central. Ishihara se desplazó a Tokio en agosto, y los planes dieron otro paso adelante. También es cierto que el comandante en jefe del ejército del Kwantung y su jefe de plana mayor estaban informados del proyecto, pero no del esquema para provocar un incidente. Estos dos altos oficiales de Manchuria se hallaban en Japón en agosto y hablaron en secreto de la guerra con otros generales; pero tanto el ministro de la Guerra como el jefe del Estado Mayor Central —jefes directamente responsables ante el Emperador— fueron excluidos de las conversaciones.

A pesar del secreto con que se llevaron estos preparativos y conversaciones, llegaron hasta el Gabinete de Tokio rumores del conflicto que se gestaba en Manchuria del Sur. Ciertas noticias procedentes de las misiones consulares de aquella región informaron al ministro de Asuntos Exteriores que se sospechaba, para la segunda mitad de septiembre, una especie de golpe militar japonés. Los ministros se alarmaron y creyeron preciso poner al Emperador en conocimiento de lo que estaba flotando en el aire. Éste resultó tan sorprendido como su ministro de Asuntos Exteriores y, llamando al ministro de la Guerra, le dijo que debía prohibir cualesquiera operaciones planeadas en Manchuria meridional contra los chinos. El ministro de la Guerra, alarmado por esta advertencia del soberano, escribió una carta al comandante en jefe de Port Arthur dándole instrucciones para que cancelara cualquier proyecto de golpe militar contra los chinos. Confió la carta a un mensajero especial.

Derecha: **secuencia satírica alemana sobre la invasión japonesa en Manchuria. El Japón se apodera de Manchuria** *(arriba, izquierda)* **y elimina la oposición china** *(arriba, derecha)***; una nota de la Sociedad de las Naciones ordena al Japón que «despeje», pero éste desobedece y devasta la región** *(abajo)*.


NOTE
TINTE



Caricatura alemana alusiva al menosprecio del Japón por el principio de «puerta abierta» e igualdad de oportunidades en China; instalado en Manchuria, obliga a retroceder al oso ruso.

El mensajero sucumbe ante las geishas

Ahora entra en escena un elemento de humor negro. El enviado escogido era un general de división que casualmente resultó ser uno de los que desde Tokio estaban preparando el complot, pues estaba íntimamente relacionado con los conspiradores de la *Sakura-kai* y había tenido parte principal en las conversaciones con Hanaya. El ministro de la Guerra difícilmente habría encontrado otro portador tan poco de fiar como este individuo.

En vez de volar directamente a Port Arthur para entrevistarse con el comandante en jefe del ejército del Kwantung, el enviado tomó el tren para Mukden, a través de Corea, llegando allí a primera hora de la noche del 18 de septiembre. En la estación del ferrocarril encontró al coronel Itagaki, quien lo acompañó a una casa de geishas. A altas horas de la noche el general de división y los que con él se encontraban oyeron estallar un fuerte tiroteo: había empezado el «incidente manchú».

Cuando la Comisión de lord Lytton, nombrada por la Sociedad de las Naciones, interrogó, el año siguiente, a los oficiales del ejército del Kwantung, los japoneses sostuvieron —igual que en los primeros momentos, en septiembre de 1931— que los chinos habían volado parte del tramo del ferrocarril sudmanchuriano, precisamente al norte de Mukden. Declararon que las tropas chinas habían abierto fuego sobre los japoneses que custodiaban el ferrocarril, lo que había originado la contienda. Lo que realmente sucedió permanece en la oscuridad. La Comisión Lytton no pudo llegar a aceptar que los japoneses, como pretendían, hubiesen actuado simplemente en defensa propia. Ahora casi todo el mundo admite, tanto los estudiosos japoneses como los historiadores occidentales, que el sabotaje de la línea —si en realidad llegó a producirse— fue probablemente obra del ejército del Kwantung: ello proporcionaba ciertamente la excusa que era necesaria para dar el golpe militar. Es significativo el hecho de que cuando el cuerpo consular japonés intentó proponer una tregua, pidiendo prudencia y moderación por parte del ejército del Kwantung, uno de los cónsules fuese amenazado con la espada por el mayor Hanaya.

La guarnición china de Mukden fue pronto aniquilada, y durante los días siguientes las fuerzas japonesas salieron de la ciudad para apoderarse de otras localidades. El Gobierno de Tokio, entonces, tuvo que enfrentarse con un hecho consumado, hallándose en la misma posición el Alto Mando y el propio Emperador. Tal vez hubiese sido difícil, y posiblemente peligroso, desautorizar lo que acababa de ocurrir. Evidentemente, el ejército del Kwantung, en Mukden, había actuado con independencia de las órdenes de Tokio: podía afirmarse incluso que el golpe en sí no era ni más ni menos que un acto de insubordinación. Los consejeros del Emperador y muchos ministros estaban sinceramente disgustados, pero aquel episodio había llenado de fervor patriótico a la opinión pública. Manchuria, a los ojos del pueblo (y no menos a los de los sufridos campesinos), parecía ser la respuesta a los males que aquejaban al Japón, proporcionando una salida a los efectos de la Depresión mundial. Manchuria, se pensaba, podría dar cobijo al exceso de población japonesa; no sólo constituiría un mercado seguro para las exportaciones (que encontraban ahora obstáculos aduaneros en todo el mundo), sino también procuraría en abundancia alimentos y materias primas, como, por ejemplo, mineral de hierro y carbón: hasta tal punto era popular la actuación del Ejército. Y, además, dado que el mundo entero protestaba, los japoneses cerraron más estrechamente sus filas.

En Washington, Londres y otras capitales se consideraba que el Ejército japonés se había rebelado y estaba actuando sin la aprobación del Gabinete; por consiguiente, al principio se tendió a proceder con mucha cautela en cuanto a condenar la conducta del Japón. Los diplomáticos de este país aseguraban que con el tiempo las cosas volverían a su cauce anterior; en privado, prometían que se iban a tomar las medidas pertinentes para reprimir al Ejército. Tales afirmaciones no estaban faltas de buena fe. Hay buenas razones para suponer que el propio Emperador estaba muy preocupado por lo que acababa de suceder. Sin embargo, el Ejército se iba convirtiendo en el factor más poderoso de la estructura política japonesa, y el Ejército sabía que contaba con el favor del público.

El preludio de otras aventuras

Así las cosas, se procedió palmo a palmo a la ocupación del territorio manchú —un área con una extensión equivalente a la de España y Francia juntas—. El proceso total quedó completado en la primavera de 1933, pero ya antes los japoneses habían reorganizado a Manchuria creando el «Manchukuo», un Estado nominalmente independiente, pero sujeto en absoluto al dominio japonés. Pu Yi, que había sido el último emperador de China, fue constituido jerarca del Manchukuo. Por supuesto, no era más que una marioneta manipulada por los japoneses.

En 1933 la Sociedad de las Naciones no podía ya demorar por más tiempo la censura del Japón, puesto que el Informe Lytton, al tiempo que admitía que los japoneses tenían quejas legítimas contra China, condenaba inequívocamente al Japón. Como respuesta, los japoneses se apartaron de la Sociedad de las Naciones.

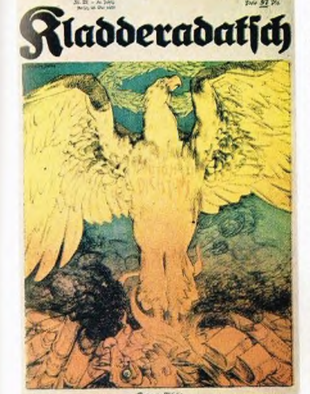
Si las altas jerarquías del Ejército japonés hubiesen sido capaces, después de la ocupación de Manchuria, de imponer nuevamente la disciplina a los jóvenes oficiales, completamente dominados por la política, es posible que se hubiesen evitado otros males y desastres. Es de suponer que, más pronto o más tarde, las naciones pertenecientes a la Sociedad, e incluso la misma China, habrían reconocido la legalidad del Manchukuo, con tal que el Japón hubiese dado suficientes garantías de que en adelante no se produciría otra expansión armada. Muy pronto se hizo evidente que la toma de Manchuria no era más que el preludio de otras aventuras.

Richard Storry

La Alemania de Hitler

Los nazis habían prometido el renacimiento de Alemania: proporcionarían trabajo, conculcarían el Tratado de Versalles, se desembarazarían de los judíos y devolverían al Ejército su antiguo esplendor. El año 1933, como otros años marcados por la revolución, desató las reprimidas energías del pueblo alemán, despertando grandes esperanzas y el sentimiento de que los próximos años ofrecerían grandes posibilidades...

Cartel que representa a la poesía alemana levantándose, purificada, de las llamas. *Abajo:* **Hitler con un grupo de seguidores.**





Hitler llegó al poder el 30 de enero de 1933, no como dictador, sino como jefe de un Gobierno de coalición en el cual los nazis sólo tenían tres de los once ministerios. Hasta esta fecha, su carrera había presentado una curiosa paradoja: fundador de un movimiento que hacía hincapié en la revolución, siempre insistió en que deseaba llegar al poder por medios legales. Pero en cuanto traspasó la puerta, Hitler manifestó que no tenía la menor intención de seguir las reglas del juego político tradicional. Muy pronto quedó demostrado que, tras la fachada de legalidad, el movimiento nazi sólo abrigaba intenciones revolucionarias.

El primer paso que dio fue promulgar un decreto que suspendía todas las garantías de la libertad individual, tomando como pretexto el incendio del Reichstag (27 de febrero de 1933), que, según él, era obra de un complot comunista. La policía prusiana, puesta bajo la autoridad de Goering, pronto encuadró, en calidad de auxiliares, a 40.000 hombres de las violentas bandas nazis, la SA y las SS, lo que les daba inmunidad legal para detener y atacar a los adversarios políticos y a los judíos. En las elecciones del 5 de marzo los nazis no obtuvieron la mayoría que esperaban, pero eliminando a los diputados comunistas (la mayor parte de ellos ya se encontraban en campos de concentración) y ejerciendo presiones sobre los demás partidos, lograron hacer votar la Ley de plenos poderes (23 de marzo de 1933) que dejaba a un lado la Constitución y autorizaba al canciller (Hitler) a legislar durante cuatro años sin la previa aprobación del Parlamento.

En el curso de los meses siguientes los nazis asumieron la dirección política de Alemania, y a este efecto acuñaron la palabra *Gleichschaltung* (coordinación). Sus compañeros de coalición no fueron jamás consultados, sino ignorados o descartados. Todos los partidos políticos, así como los sindicatos, fueron prohibidos.

Terrorismo y propaganda

Tal fue la revolución nazi, que se basó en tres factores esenciales: en primer término, el uso de la autoridad legal para tener en mano los recursos del Estado y su máquina administrativa. Esto aseguraba a los nazis el control de la policía, la neutralidad del Ejército y la facultad —que ejercieron sin escrúpulo alguno— de despedir a todo funcionario sospechoso de oposición o incluso de tibieza hacia el nuevo régimen. Otro factor fue el terrorismo, no bajo el aspecto de una violación de la ley o del orden, sino bajo una forma más escandalosa: su supresión total y deliberada. Se dio mano libre a las tropas de asalto nazis para detener a cualquier ciudadano o apoderarse de toda clase de bienes y disponer de ellos a su antojo. Las consecuencias de tal terrorismo fueron terribles; muchas personas perdieron la vida, sufrieron física o moralmente o se vieron privadas de sus bienes; ello creó una atmósfera de miedo y una amenaza permanente de violencia que impedían toda tentativa de oposición. La imposición del poder mediante la violencia iba acompañada por una atrayente propaganda: radio, prensa y cine anunciaban el resurgir nacional de Alemania. Esta propaganda constituyó el tercer elemento de la revolución nazi. Organizada a gran escala y dirigida con arte consumado por Goebbels, representó una innovación en el dominio de la política y su impacto fue enorme sobre un pueblo que, durante quince años, había sentido profundamente la humillación que pesaba sobre el país. El factor que en cierto modo determinó el triunfo nazi fue la impresión de éxito que la propaganda de Goebbels supo crear: el carro triunfal nazi estaba en marcha y todos los que ambicionaban poder, buena situación y empleo (en una nación que contaba con seis millones de parados) lo siguieron en masa.

A cada nuevo paso que daban, los nazis demostraban la ventaja de un movimiento político que se negaba a someterse a cualquier tipo de reglas, que no buscaba evitar los efectos de la sorpresa y el sobresalto, antes bien los provocaba, y que, lejos de condenar la violencia en la calle, la utilizaba como una amenaza para quebrantar la oposición. Así quedó destruido



el equilibrio de una sociedad ya fuertemente debilitada por la derrota, la inflación, la crisis económica y el desempleo. Pero si muchos alemanes reprobaban los métodos nazis, éstos también seducían a muchos, sobre todo entre los jóvenes, quienes experimentaban un vivo sentimiento de liberación ante las perspectivas de acción tras años de frustraciones. El año 1933 les proporcionó la esperanza de un futuro cargado de grandes posibilidades.

Los «camisas pardas» de Röhm

En el curso de 1933 se planteó a Hitler una cuestión: ¿Hasta dónde se había de permitir que llegara el proceso revolucionario antes de detenerlo? ¿Había que extenderlo a las instituciones económicas y políticas del país? La ideología nazi era bastante anticapitalista, y muchos pedían ahora la introducción de reformas económicas que cambiaran drásticamente el sistema existente. Sin embargo, Hitler comprendió que los experimentos económicos de este tipo impedirían que la industria y el mundo de los negocios le prestaran su colaboración para poner fin a la crisis, reducir el desempleo y emprender el rearme de Alemania. En julio, durante una asamblea de gobernadores provinciales nazis *(Gauleiter)*, declaró: «La revolución no es, ni puede ser, un estado permanente... Las ideas que defendemos no nos obligan a actuar a lo loco y a trastornarlo todo... Muchas revoluciones se han llevado a cabo, pero son muy raras las que, tras su éxito inicial, han podido ser detenidas en el momento oportuno...» Al final del verano, Hitler había puesto claramente de manifiesto su decisión de trabajar en unión estrecha con los grandes industriales y no dejarse convencer por los nazis intransigentes que hablaban del «desarrollo corporativo de la economía nacional», quienes al punto fueron desautorizados o relegados a puestos subalternos.

No obstante, el deseo formulado por Hitler de poner fin a la revolución, al menos momentáneamente, chocó con una viva oposición dentro del movimiento nazi, particularmente entre los «camisas pardas» (SA). La SA era un auténtico movimiento de masas y, debido a sus tendencias radicales y anticapitalistas, había atraído a todos los descontentos del partido que, relegados a un segundo plano, no querían que se pusiera fin a la revolución mientras no se garantizara su propia seguridad. Al frente de la SA estaba el enérgico Ernst Röhm, su jefe de estado mayor, que era el más independiente de los dirigentes nazis; él había lanzado a Hitler hacia la carrera política, en Munich, y no tenía miedo de decir lo que pensaba.

Entre el verano de 1933 y el de 1934, la disputa a propósito de la llamada «segunda revolución» prevaleció sobre los demás problemas políticos alemanes y amenazó con provocar una escisión dentro del movimiento nazi. Röhm y los jefes de la SA, la mayoría de los cuales habían pasado por la ruda escuela de las milicias *(Freikorps)* y menospreciaban el espíritu conservador de los oficiales alemanes, veían con irritación que no se les permitiera adueñarse del Ejército y reorganizarlo de acuerdo con los principios revolucionarios.

Hitler, como iba a demostrar su conducta, no se fiaba, lo mismo que Röhm, de los generales y también despreciaba su conservadurismo; pero, en 1933 y 1934, necesitaba su apoyo si quería devolver a Alemania su potencia militar y, de inmediato, suceder a Hindenburg y llegar a ser jefe del Estado como lo era del Gobierno. Por su parte, los generales estaban completamente decididos a oponerse a cualquier tentativa que hiciera Röhm para incorporar la SA al Ejército y adueñarse de él.

El fracaso de la «segunda revolución»

La crisis alcanzó su punto culminante a últimos de junio de 1934, cuando Hitler dio de repente la orden de liquidar el estado mayor de la SA bajo el pretexto de que preparaba un *Putsch*. Pero la purga se extendió más allá de los cuadros de la SA. Entre los que fueron sumariamente ejecutados —sin tan siquiera un simulacro de proceso— hay que citar, además de Röhm, al general Von Schleicher, predecesor de Hitler en la cancillería, y a Gregor Strasser, antiguo rival de Hitler en la dirección del Partido Nazi. Hitler no se limitó a permitir estos asesinatos, sino que ordenó expresamente llevarlos a cabo.

Los generales, sin embargo, sintieron la satisfacción de ver que desaparecía la amenaza que para ellos representaba la SA, y cuando el presidente Hindenburg murió,

Izquierda: **concentración nazi en Nuremberg, 1934; Hitler, de pie, en el centro, con Himmler, que lleva el uniforme negro de las SS, y Lutze, jefe de Estado Mayor de la SA.** *Centro:* **Hitler con una mascota de la SA; la educación política de los niños pretendía dar al Reich la base para un milenio de vida.**



el 2 de agosto, inmediatamente se anunció que Hitler le sucedía en la jefatura del Estado con el nuevo título de Führer y canciller del Reich. Aquel mismo día, los oficiales y los soldados del Ejército alemán prestaron juramento a su nuevo comandante en jefe, jurando fidelidad no a la Constitución o a la patria, sino a Hitler en persona.

El mes de junio había sido para el régimen un mes de grave crisis y una prueba definitiva del ascendente de Hitler sobre las masas. Durante las semanas anteriores a la purga (por ejemplo, en el curso de la visita que hizo a Mussolini, en Venecia), Hitler dio la impresión de estar inquieto, poco seguro de sí mismo. Se trataba de una de sus características: antes de tomar una gran decisión, pasaba por una fase de vacilación durante la cual pesaba el pro y el contra; pero luego, una vez tomada esta decisión, sorprendía a todo el mundo por su osadía y brutalidad. Hitler reprimió, pues, la «segunda revolución», pero la forma en que lo hizo no era muy adecuada para tranquilizar a los que deseaban la vuelta a la legalidad y a las tradiciones conservadoras del Estado alemán.



Un grupo de estudiantes nazis echa al fuego impresos «degenerados» (1933).

La nueva sociedad nazi

En contraste con las jornadas tumultuosas de 1932 y 1933 y con la atmósfera de crisis que perturbó el verano de 1934, los siguientes tres años y medio, o sea de 1934 a 1937, vieron como la paz se afianzaba en Alemania. Terminadas las elecciones y las purgas, los nazis estaban con las manos libres para «remodelar» la sociedad alemana. Como otras doctrinas totalitarias, el nazismo no estaba dispuesto a dejar un solo aspecto de la vida alemana al margen del sistema, ni a permitir que ningún grupo o individuo quedaran excluidos de su esfera de influencia. Las mujeres y los hombres eran responsables tanto de sus ideas y sus sentimientos como de sus acciones, y la conciencia de un individuo en ningún caso debía intervenir para oponerse a las exigencias del partido y del Estado.

La práctica, naturalmente, como en toda forma de sociedad, totalitaria o democrática, nunca ha sido tan rígida como la teoría. En primer lugar, hay que distinguir hasta qué extremos llegaron los nazis para imponer su tipo de gobierno, en los años treinta, en tiempo de paz, y en los años cuarenta, en tiempo de guerra. De este último período, por ejemplo, son los campos de exterminio, el servicio obligatorio del trabajo y la «solución final» del llamado problema judío. Hubo campos de concentración desde los comienzos del período nazi, pero el número total de prisioneros se elevaba, al empezar la guerra, a unos 25.000, mientras que esta cifra había de alcanzar cientos de miles algunos años más tarde.

Hasta que estalló la guerra, Alemania estuvo abierta a los visitantes y corresponsales extranjeros en una forma como nunca lo había estado la Unión Soviética, y los nazis se mostraron sorprendentemente susceptibles a los comentarios hostiles de que eran objeto en el extranjero, como por ejemplo los que se referían a sus relaciones con las distintas denominaciones religiosas. En cuanto a esta cuestión, Hitler intervino varias veces personalmente para mantener a raya a aquellos elementos del partido que deseaban poner en práctica su extremismo antirreligioso. De acuerdo con ello, la forma con que los nazis enfocaron el tema religioso fue confusa e inconsistente, caracterizándose por una fundamental hostilidad en sus líneas generales y por buen número de mezquinas persecuciones de carácter local (como expulsión de religiosos y monjas, cierre de iglesias y encarcelamiento de pastores y sacerdotes), pero sin recurrir a aquellas medidas radicales que proponían algunos dirigentes del partido.

Aun prescindiendo de las razones de conveniencia, resultó más difícil de lo que siempre se ha supuesto poner en práctica el control totalitario. Les costó tiempo a Himmler y a Heydrich la creación de las SS, que con el tiempo habían de convertirse en el instrumento más eficaz al servicio de Hitler. Una de las causas principales fue la rivalidad existente entre los altos directivos, siendo ésta una de las características que distinguieron la Alemania nazi desde sus comienzos. La organización no era en modo alguno monolítica. Después del verano de 1934, la autoridad suprema de Hitler se hizo incontestable, pero en los peldaños inmediatos a la cumbre del poder se luchaba sin piedad para conquistar mejores posiciones. El propio Hitler no sólo carecía de dotes de administrador sino que instintivamente se mostraba reacio a crear un mecanismo administrativo que a la larga limitaría la arbitrariedad de sus decisiones. Había que salir al paso a las dificultades con recursos de emergencia o con la creación de órganos especiales, método éste que conducía casi fatalmente al desacuerdo y conflicto entre jerarquías, entre ministerios, entre partido y Estado y entre las distintas organizaciones del partido. Cada ministro y cada jefe del partido llevaba a cabo su propia lucha, situación ésta que comprometía la posición del mismo Hitler —pues cada cual procuraba congraciarse, en contra de sus rivales, el favor

Izquierda: **cartel de propaganda de las Juventudes Hitlerianas (1930).**

del Führer— y que reducía la efectividad de la acción conjunta.

A pesar de lo antedicho, no hay duda de que entre 1933 y 1939 los nazis dieron un gran paso hacia la reestructuración de la vida alemana, no precisamente de la política alemana, según un esquema totalitario. La clave se hallaba en la generación de los más jóvenes. En un discurso de 6 de noviembre de 1933, Hitler declaró: «Cuando un adversario dice: "No me pasaré al bando de ustedes", yo replico con toda la calma: "Su hijo nos pertenece... usted se entregará. Sus descendientes han entrado ya en las nuevas filas. Dentro de poco, ellos sólo tendrán conocimiento de esta nueva sociedad."»

Para lograrlo, empezó por difundir la nueva ideología en las escuelas y universidades. Todos los maestros, desde los jardines de infancia hasta la universidad, estaban obligados a afiliarse a la Liga Nacionalsindicalista de Instructores y a enseñar lo que se les ordenaba. Las universidades alemanas, famosas en otro tiempo por sus investigaciones científicas, se convirtieron en focos de la ciencia racista. Estaban prohibidas, fuera de las escuelas, las organizaciones juveniles independientes (incluso las religiosas) y se presionaba a todos los muchachos y chicas, a partir de los seis años, a que ingresasen en las Juventudes Hitlerianas. Al llegar a los dieciocho, se alistaba a los muchachos en el Ejército o en los servicios auxiliares y a las muchachas en servicios del campo o domésticos: durante la edad en que se plasma la personalidad, inculcaban machaconamente a los jóvenes las doctrinas del credo nazi.

Para corroborar el efecto de la propaganda nazi e impedir que pudiera oírse una voz independiente, Goebbels fue nombrado ministro de Cultura y al mismo tiempo de Propaganda. Ello le permitió controlar debidamente las artes, la literatura, el cine y la prensa: nada podía publicarse sin el permiso del Ministerio de Propaganda.

«No se permite la entrada a los judíos»

Los judíos y todo lo relacionado con ellos fueron en particular objeto de los ataques del nazismo. El judío, según el credo nazi, era la fuente de toda corrupción, y por consiguiente se hacía preciso purgar a Alemania de este veneno racial, si no todavía con el exterminio físico, sí por lo menos mediante su completa exclusión de la vida de Alemania. Los judíos (y lo era todo aquel que tenía un solo abuelo judío) fueron excluidos de todos los cargos oficiales (con pérdida de los derechos de pensión), del ejercicio de varias profesiones —entre ellas la enseñanza, la medicina y la abogacía—, de los deportes y de las artes. En los establecimientos de recreo, restaurantes y hoteles, podían leerse estos avisos: «No se permite la entrada a los judíos», y cualquier afiliado al Partido Nazi podía impunemente atropellar, echar a la calle o robar a un judío. En 1935 las leyes de Nuremberg prohibieron el matrimonio o cualquier forma de comercio sexual entre judíos y alemanes. Los que querían marcharse al extranjero sólo podían hacerlo después de verse totalmente privados de sus bienes. Finalmente, a raíz del asesinato del secretario de la embajada alemana en París, Ernst von Rath, cometido por un joven judío de origen polaco, se desencadenó por todo el país, en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, un ataque cuidadosamente organizado (que se quiso presentar como un estallido «espontáneo» de la cólera alemana) contra las sinagogas y los comercios judíos. No se impuso ningún castigo a los causantes de la agresión; por el contrario, los judíos fueron condenados a pagar una multa de un billón y cuarto de marcos, y el Estado les confiscó además las cantidades satisfechas por el seguro. Este desmán, conocido como la «Noche del Cristal», fue seguido por la venta forzosa de pertenencias y negocios judíos, desahucios, detenciones en masa y condenas a trabajos forzados.

El judío no podía esperar ninguna protección de los tribunales, como tampoco era probable que consiguiera mejores resultados cualquier alemán sospechoso de mantener puntos de vista independientes o que presentara una querella contra los representantes del partido o del Estado. No contentos con el *Gleichschaltung* de los tribunales ordinarios, los nazis establecieron tribunales especiales para dilucidar los delitos contra el Estado, delitos cuya magnitud podía ampliarse a voluntad. La actuación de la Gestapo *(Geheime Staatspolizei*, Policía Secreta del Estado) no se hallaba, en cualquier caso, sujeta a la ley. «Custodia protectora» era el pretexto cínicamente invocado para detener a determinados individuos y enviarlos a los campos de concentración. Una fecha significativa en la historia de la Alemania nazi es la del 17 de junio de 1936, día en que Himmler pudo combinar el mando de los dos imperios que había creado, la policía y las SS. Con ello quedaba constituido lo que los historiadores alemanes llaman «el poder ejecutivo ilegal», mediante el cual el Führer, Hitler, responsable sólo ante sí mismo, podía prescindir absolutamente de cualquier limitación a su facultad de actuar al margen de la ley o contra la ley.

El terrorismo y la policía secreta, así como la propaganda y la censura, eran, junto con su secuela normal de delaciones, persecuciones y corrupción, los elementos esenciales de la sociedad totalitaria que los nazis intentaban crear. Para los individuos que no encajaban en la línea de acción del nazismo, sino que se mostraban inconformistas (principalmente los judíos), estos años estuvieron marcados por un miedo constante, a menudo por el encarcelamiento o el trato brutal y a veces por la muerte. Pero esos hombres constituían una minoría insignificante. Lo que contaba para la mayoría era el éxito: en un país que a raíz de la Depresión había sufrido mucho más duramente que otro cualquiera de Europa, los nazis podían enorgullecerse de haber reducido en cuatro años el desempleo de seis millones de parados a menos de un millón, de haber elevado la producción nacional más del ciento por ciento entre 1932 y 1937, y de haber doblado la renta nacional. Ello reconciliaba a aquellos millones de alemanes que habían perdido o estaban en trance de perder el trabajo, con un régimen que sin duda les había privado de algunos de sus derechos, pero que a cambio les proporcionaba una mayor seguridad.

Además de la seguridad, los nazis habían conseguido que el pueblo alemán recuperara el orgullo de constituir una gran nación. Con el plebiscito de enero de 1935, Alemania reconquistaba el Sarre. Dos meses después (marzo de 1935), Hitler repudiaba las restricciones militares impuestas por el Tratado de Versalles, restablecía el sistema de levas y anunciaba que se elevarían los efectivos del Ejército en tiempo de paz a medio millón de hombres. Un año después (marzo de 1936) tropas alemanas ocupaban de nuevo la Renania desmilitarizada. Se había superado la humillación nacional, tan hondamente sentida, de la derrota y «dictado» de Versalles, y no existe razón para dudar de que el resultado del plebiscito siguiente (99 por

Derecha: **pintura realizada por el mexicano Diego Rivera en 1933. Hitler está representado como adalid de una «cultura» basada en la violencia.**


NAZI KULTUR
V.I. LENIN
LEON TROTSKY
I HAVE GIVEN



Detención de comunistas en el Berlín de 1933; los nazis alcanzaron popularidad como baluarte contra el bolchevismo.

ciento de votantes y 98,8 de votos a favor) representaba la profunda gratitud y aprobación de la nación hacia Hitler por haber hecho nuevamente de Alemania la mayor potencia centroeuropea.

Finalmente, hay que advertir que al abolir la proliferación de los partidos políticos —lo cual sólo había producido una serie de débiles coaliciones— y al sustituirlos por un único y sólido gobierno que proclamaba la unidad nacional en contraposición a los intereses de los diversos sectores, los nazis se apoyaban precisamente en la tradición política más profundamente enraizada en Alemania, o sea en el gobierno autoritario. Los pocos individuos que (como el pastor Niemöller) se atrevieron a protestar, no sólo carecían de medios para organizar la oposición sino que no encontraban apoyo entre sus compatriotas. Ningún gobierno después de Bismarck había merecido en tal forma el favor del pueblo, especialmente de los jóvenes, como el de Hitler, y millones de alemanes estaban dispuestos a proclamarlo el salvador del país.

Luego de haber escalado el poder, Hitler demostró poco interés por los detalles de la administración interna, excepto en los casos en que tenía que intervenir para dirimir alguna disputa. Su atención se dirigía cada vez más a la política exterior y al rearme. La conquista del poder político, e incluso la reestructuración de la sociedad alemana, eran sólo etapas conducentes a la meta final, que no era otra sino la restauración del poderío alemán y el desquite por la derrota de 1918.

Durante los primeros años del régimen nazi, cuando Alemania todavía no estaba preparada, fue conveniente encubrir tales propósitos. Hitler no dejaba nunca de hacer protestas de su amor a la paz, reprochando a las potencias vencedoras de 1918 las promesas que habían roto, particularmente la del desarme. Ello, sin embargo, era el equivalente diplomático de la táctica de la «legalidad» que había practicado en Alemania antes de subir al poder y no constituía ninguna garantía segura de los verdaderos propósitos que abrigaba en política exterior.

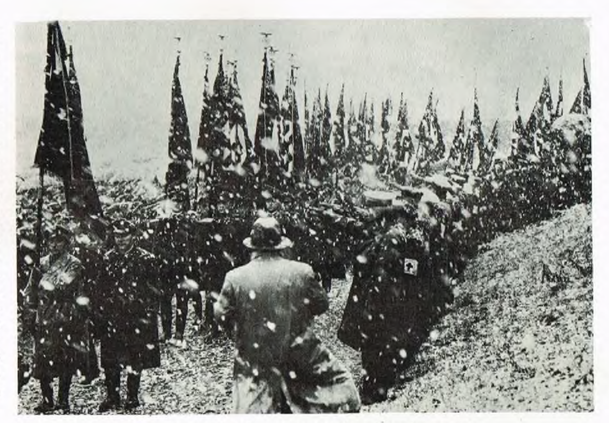
En 1936 se produjo un cambio. La reocupación de Renania (marzo de 1936) fue una jugada: Hitler confesó después que en ocasión de este golpe había pasado las cuarenta y ocho horas más enervantes de toda su vida. Pero fue una jugada coronada por el éxito, lo que le confirmó su creencia de que, si sabía jugar sus cartas, limitándose en cada caso a unas miras prudentes, las potencias occidentales preferirían ceder antes que arriesgarse a una guerra general. Desde el verano de 1936 la balanza política europea se inclinó marcadamente del lado alemán. La guerra civil española dio a Hitler la oportunidad de proclamar con renovado énfasis la misión que Alemania desempeñaba como baluarte contra el bolchevismo. Italia, disgustada con las naciones occidentales a raíz de su intervención en Abisinia, pasó a integrar el eje Berlín-Roma. Francia, dividida por el Frente Popular y la guerra civil española, ya no se sentía dispuesta a mantener el sistema de alianzas construido para contener a Alemania. Gran Bretaña consideraba con desagrado la posibilidad de otra guerra. Los países pequeños empezaron a gravitar hacia el nuevo polo de poder de Berlín, y fue entonces cuando Hitler empezó a hacer mayor hincapié en el poderío alemán.

Gracias a la información que poseemos actualmente podemos afirmar que eran exagerados los cálculos que se echaron sobre el armamento alemán antes de la guerra. El programa de armamento tardó más de lo que se supuso en producir resultados, e, incluso en 1939, Alemania no había logrado la superioridad que comúnmente se le atribuye. Pero lo más sorprendente de todo es el hecho de que antes de 1942 la capacidad total de la economía alemana no estaba destinada, ni mucho menos, a la producción bélica. El tipo de guerra para el que se estaba preparando Alemania era muy distinto del que tan mal le había resultado en 1914-18: era la *Blitzkrieg* (guerra relámpago), una serie de campañas cortas en las cuales la sorpresa y el fulminante ataque inicial habían de surtir sus efectos antes de que la víctima tuviese tiempo de movilizar sus recursos o antes de que intervinieran las otras potencias. Tal tipo de guerra fue el que llevó a cabo el Ejército alemán en todas las campañas realizadas de 1939 a 1941, y ello exigía un sistema de rearme completamente distinto: no masivo, a largo término, que comprometiera el conjunto de la economía, sino una concentración de superioridad a corto plazo, con las armas adecuadas para conseguir una rápida victoria. Que el plan era acertado lo demuestra la historia de 1939-41, años en que el programa «limitado» de rearme alemán produjo un ejército capaz de invadir la mayor parte de Europa y de llevar al borde del colapso a los rusos y a los franceses.

Se ha dicho que Hitler fue un oportunista en política exterior. Ello es perfectamente cierto en lo relativo a la táctica: no ajustó la forma de ataque a un patrón o calco determinado, sino que la dejaba en suspenso hasta casi el último momento. Hitler, sin embargo, sabía aprovechar las ventajas de las oportunidades que ofrecían

los errores cometidos por los otros, puesto que, entre los dirigentes europeos de los años 30, sólo él sabía lo que deseaba conseguir: los otros sólo sabían lo que deseaban evitar.

Hitler expuso el programa nazi en el *Mein Kampf*: no se trataba simplemente de devolver a Alemania las fronteras de 1914 sino de conquistar espacio vital *(Lebensraum)* en la Europa del Este, de cuyos territorios serían evacuadas por la fuerza las poblaciones que los ocupaban y en los cuales se establecería el Imperio Germánico, sobre la base de un trabajo de esclavos. Esos puntos de vista pueden parecer fantasías de una mente desequilibrada, pero por la misma razón no pueden pasarse por alto, pues Hitler no sólo insistió en ellos infinidad de veces durante veinte años en sus conversaciones privadas, sino que, durante la guerra, los puso en práctica en la forma más literal, con la ayuda de Himmler y los SS, primero en Polonia y luego en Rusia.



Desfile nazi bajo una tormenta de nieve, en un mitin celebrado cerca de Saarbrücken el 7 de marzo de 1935, día en que el plebiscito del Sarre devolvió esta región a Alemania.

Victorias de la «Blitzkrieg»

Lo que Hitler ignoraba era la forma en que había de lograr su objetivo, el orden en que había de proceder y la oposición que encontraría. Pero, avanzado el año 1937, se consideró ya preparado para probar fortuna lanzándose a mayores riesgos. Como parte del proceso, ejerció un control más severo sobre las dos instituciones a las que no se había extendido el proceso de nazificación: el Ejército y el Ministerio del Exterior. A principios de 1938 una oportunidad le permitió desembarazarse de Blomberg y Fritsch, respectivamente ministro de la Guerra y comandante en jefe del Ejército; suprimió al mismo tiempo el cargo de ministro de la Guerra e hizo del Alto Mando de las fuerzas armadas (el O.K.W.) su consejo privado. Schacht, que había protestado de los riesgos económicos que entrañaba el programa de rearme de los nazis, fue invitado a retirarse, dejando a Goering dueño del terreno de las finanzas, con la clara indicación de que se preparase para la guerra, y Neurath, a quien Hindenburg había nombrado ministro del Exterior, con la finalidad de mantener este servicio libre de la influencia nazi, fue sustituido por Ribbentrop, que durante años había llevado a cabo una política radicalmente nazista, en abierta rivalidad con la línea oficial más cauta del Ministerio del Exterior.

La siguiente anexión de Austria (marzo de 1938) fue una improvisación, pero una improvisación que encajaba perfectamente con el programa a largo plazo de Hitler y que ilustra la relación existente entre el mismo programa y la táctica del oportunismo. Durante el resto del 1938 y 1939, fue Hitler el que forzó la marcha de los asuntos internacionales, tanto en el exterior, con sus exigencias sobre Checoslovaquia y Polonia, como en el interior, decidiendo emprender tales aventuras que ya en 1938 se alarmaron los jefes del Ejército, hasta que finalmente se logró la adhesión del general Beck, jefe del Estado Mayor. Ni en 1938 ni en 1939 Hitler había pensado seriamente en desencadenar la guerra general en Europa: en agosto de 1939 estaba convencido de que la obra maestra de la diplomacia nazi, el Pacto Germanosoviético, evitaría el peligro de una intervención occidental y quebrantaría la determinación de los polacos de resistir o, en todo caso, los dejaría aislados. Pero cuando se vinieron abajo sus esperanzas, probó si la suerte le concedería una victoria sobre Polonia en una guerra relámpago, antes de que Inglaterra y Francia pudieran intervenir en el asunto. El juego dio resultado, y nuevamente, elevando el valor de las apuestas, continuó triunfando en Noruega, en los Países Bajos, en Francia en 1940, en Yugoslavia y más o menos en Rusia, al año siguiente. Por aquel entonces, los envites eran ya de tal magnitud que el fracaso significaba la guerra de larga duración, la guerra de dos frentes, que Hitler había jurado evitar y para la cual Alemania estaba mal preparada.

La guerra particular que estalló en septiembre de 1939 no era inevitable, pero tampoco fue un simple accidente. El nazismo glorificó la fuerza y la lucha, y si una cosa parecía cierta era que este movimiento, que se había apoderado de Alemania, debía necesariamente, por su propia naturaleza, intentar expansionarse por la fuerza o por la amenaza de la fuerza. En cuanto el nazismo —que no es nada más que una filosofía del dinamismo— se vio obligado a detenerse, admitiendo límites a su expansión, se encontró sin motivaciones y sin influencia. El único problema consistía en si las restantes potencias le permitirían expansionarse sin oponerle resistencia o si intentarían frenar el expansionismo nazi. Los mismos nazis habían supuesto siempre que no dejarían de encontrar oposición y se habían preparado para vencerla con la fuerza de las armas. Por esta razón, si por una parte es conveniente señalar las diferencias entre la Alemania nazi hasta septiembre de 1939 y la de después de estallar la guerra, es importante también contemplar la continuidad entre ambos períodos. Lo que siguió fue una consecuencia lógica, cuando no inevitable, de los acontecimientos anteriores.

Alan Bullock







Pranger-Liste

Frauen, die es jetzt noch wagen, beim Juden zu kaufen!

Hauck Frau, Hügelstraße 21
Liebermann Frau, Probstgr. 28
Röser Hanna Frl., Hutstr. 14
Brokard Paul, Schießstand 16
Hansen Frl., Glockenberg 6
Cormann Frau, Pilgramsrot
Imbescheid Frl., Judengasse 12
v. Anker Frl., Obere Klinge 1
Meythaler Frau, Schloßplatz 2
Trinks Frau, Wiesenstraße
Frommann Frau, Löwenstr. 29
Göpfert Frl., kl. Judengasse 8
Rother Frau, Hohestraße 11
Vogt Frau, Krankenhaus
Koehn Frau, Kanalstraße 1
Hoyer Frau, Festungsstr. 10 b
Friedel Frau, Hutstraße 5
Gieler Frau, Seifartshof 15
Hirt Frau, Zinkenwehr 38
Probst Frau, Judengasse 2
Kühn Frau, Mohrenstr. 12
Boye Frau, Hutstraße 58 a
Eckstein Frau, Pilgramsrot 8 a
Wedel Frau, Callenbergerstr. 1a
Ernst Frau, Hutstraße
Geißhard Frau, Markt 6
Berger, Frau, Ahornerstraße
Müller, Frl., Judengasse 30
Sommer, Frau, Brauhof
Wich, Frl., Draesekestr. 6
Heinlein Frl., Gerbergasse
Wöhner Frau, Theatergasse 2
Hackenschmidt Frau, hint. Kreuzg. 10

Bauersachs Frau, Pilgramsrot 26 I
Gerlicher Frau, Heckenweg
Schilling Frau, am Schießstand
Lorenz Frl., Adamistraße 2
Wanner Frau, Mohrenstraße
Ritter Frau, Seidmannsdorferstr. 30
Jugenheimer Frau, Mohrenstr. 32
Reiß Frau, Kasernenstraße 4
Feiler Anna, Frau, Neugasse
Kleinow Frl., Steintor 3
Knauer Frau, Leopoldstraße 12
Wohlleben Frl., Marschberg 46
Vetter Frau, Seidmannsdorferstr. 80
Geußler Frau, Badergasse 7
Stumpf Frau, Hahnweg
Alm Frau, Steinweg 3
Raab Frau, Hutstraße 13
Fenninger Frau, Steinweg 18
Dorsch Frau, Rosengasse 10
Schäfflein Frau, Nägleinsgasse
Kiesewetter Frau, Glockenberg
Friedrich Frau, Brauhof
Niermann Frau, Steinweg 26
Jetzmann Frau, Mauer 26
Schunk Frau, Steinweg 44
Motschmann Frau, Eckardtsberg
Ernst Frau, Hutstraße 52 I
Walz, Frau, Oeslach
Kaisler Herr, Neundorf
Fischer Melita, Frl., Beiersdorf
Unbehaun Frau, Neuses
Brückner Frau, Rodach
Rosenbauer Rosa, Fr., Mitwitz

La «Noche del Cristal»: empieza la tragedia judía

El 9 de noviembre de 1933, Ernst von Rath, tercer secretario de la embajada alemana en París, fue muerto a balazos por un joven judío polaco de diecisiete años, llamado Herschel Grynszpan. Ello provocó en Alemania un pogrom antijudío, en el cual los desmanes alcanzaron una virulencia desacostumbrada. La noche del 9 de noviembre es conocida desde entonces como la «Kristallnacht» (la «Noche del Cristal»), debido a la gran cantidad de vidrio que en ella se rompió. El corresponsal de «The Times» mandó la siguiente descripción:

«La muerte de Herr von Rath en París ha dado hoy lugar en Alemania a escenas de saqueo y destrucción perpetradas de un modo tan sistemático que sería difícil descubrir otras iguales en un país civilizado desde la Edad Media. En todas las partes del Reich, se han incendiado o dinamitado sinagogas judías, se han destrozado o saqueado tiendas judías y bandas de jóvenes nazis han arrestado o dado caza a judíos.

»La orgía ha empezado a primeras horas de la mañana, con atropellos cometidos contra los judíos, seguidos de incendios casi simultáneos, provocados en nueve de las doce sinagogas de Berlín.

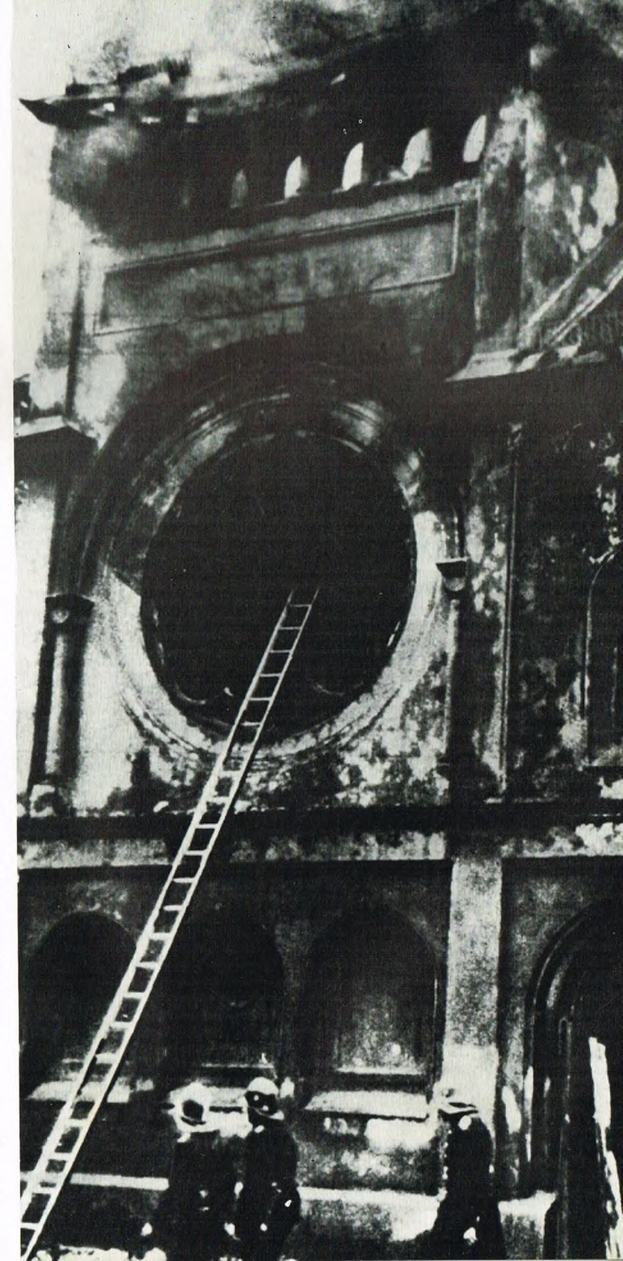
»Mientras eran profanados de este modo os edificios sagrados israelitas, otras bandas de jóvenes, en traje de paisano pero actuando evidentemente según un plan sistemático, recorrían las calles de Berlín rompiendo los cristales de las tiendas judías que encontraban al paso...

»Pero la destrucción y el saqueo no empezaron propiamente hasta esta tarde. Apoderándose de las botellas de licores y bebidas de un gran café en Kurfürstendamm, los jóvenes las arrojaron con alboroto contra lo que quedaba de los escaparates o todo lo que estaba sin romper en el establecimiento. Los que intervenían en el acto eran jóvenes y niños de la Juventud Hitleriana: el único cuerpo uniformado que he visto participar en este acto de vandalismo.

»Durante el día apenas podían verse guardias por las calles donde se estaba efectuando la "purga", salvo los pocos que dirigían el tráfico. En ningún caso, por lo que yo sepa, la policía se ha atrevido a meterse con los alborotadores, sino que por el contrario se ha limitado a tomar bajo su "custodia protectora" a los judíos dueños de las tiendas asaltadas o a los que se encontraban casualmente por la calle, medida ésta que tal vez, dadas las circunstancias, los mismos judíos han agradecido. En la Kurfürstendamm, oficiales del Ejército uniformados intentaron hacer entrar en razón a los fanáticos, pero tuvieron que desistir al verse objeto de amenazas...

»Es imposible decir cuántas sinagogas han sido saqueadas en Alemania durante las últimas veinticuatro horas, pero los periódicos dan noticia de incendios provocados en las sinagogas de Stettin, Francfort del Main, Constanza, Colonia, Lübeck y Leipzig.»

Izquierda: 1 **Manifestación nazi en Berlín (1934) contra la supuesta relación entre el número de judíos y el de parados.** 2 **Ilustración de un libro juvenil que intenta dar a conocer a los niños «Der Stürmer», periódico dirigido por Julius Streicher.** 3 **Cartel para la película antisemita «El judío eterno» (1937): el judío es presentado como usurero, bolchevique y traficante de esclavos.** 4 **Caricatura de «Der Stürmer»: los judíos son perseguidos en todos los países por la hostilidad nazi.** 5 **Lista negra pública de mujeres que «todavía se atreven a comprar en tiendas judías».** Derecha: **incendio de una sinagoga (Berlín, 10 de noviembre de 1938).**





Una de las concentraciones organizadas por Goebbels: las apretadas filas de nazis escuchan a Rudolf Hess durante la reunión del partido que se celebraba anualmente en la Luitpoldhalle, de Nuremberg, obra del arquitecto Speer; ésta es la asamblea del año 1934. Al fondo, el lema «Todo por Alemania».

Goebbels, maestro de la propaganda

El 30 de enero de 1933, al enterarse de que Hitler era canciller, millones de alemanes marcharon hora tras hora en formación militar, llevando antorchas, por las ciudades de Alemania, al compás de sones marciales. Era misión de Goebbels procurar que Alemania avanzara, incluso hacia el desastre si era necesario, tras la llamada de su querido Führer.

Un cartel alemán de 1933 muestra irónicamente a Hitler ante un idílico micrófono, en franca discordancia con la violenta naturaleza de su mensaje.



Sería demasiado simple identificar la propaganda nacionalsocialista con su máximo exponente, el Dr. Joseph Goebbels, cuya oratoria era en ocasiones más persuasiva que la del propio Hitler. La principal misión de Hitler consistía en encauzar con palabras, impregnadas de mesianismo, las frustraciones de su generación. Goebbels fue capaz de levantar las masas al límite de la histeria, pero nunca pudo, como Hitler, llevarlas de la histeria a la acción.

Goebbels, desde que fue nombrado *Gauleiter* (supervisor regional), a finales de 1926, siguió de cerca a Hitler, su modelo. De los sucesos de Munich aprendió que, para conquistar la ciudad, era preciso apoderarse antes de la calle, lo cual significaba la lucha contra los comunistas y la consiguiente publicidad para los nazis, que atraían sobre sí la atención de la «respetable» clase media, más identificada con ellos que con los «rojos».

En términos generales, Goebbels no siempre estuvo conforme con la táctica hitleriana de granjearse el favor de las clases medias, así como tampoco compartió sus ideas antisemitas. Cuando su sentido oportunista le indicó que tenía que conformar sus sentimientos con los del maestro se resignó a ello, haciendo entonces del judío la víctima propiciatoria que simbolizaba la burguesa sociedad capitalista a la que tanto odiaba.

Como Hitler en Munich, también Goebbels tuvo en Berlín sus tropas de asalto que desfilaban provocativamente por la zona «roja», industrial, del norte de la ciudad. Los choques entre nazis y comunistas, transmitidos por la prensa berlinesa, procuraron a Goebbels la publicidad que su propio periódico, *Der Angriff (El Ataque)*, aún no era capaz de proporcionarle. Finalmente, el asesinato de Horst Wessel, un guardia de asalto, y luego el de Herbert Norkus, muy joven aún, le depararon los mártires que necesitaba. Horst Wessel, el «poeta» autor del que durante doce años sería el segundo himno de Alemania, se convirtió en un símbolo del movimiento nazi, por su énfasis en la integración nacional, la *Volksgemeinschaft*, concepto profundamente enraizado en el romanticismo germano.

Crecimiento del partido

En pocos meses Goebbels logró doblar en Berlín el número de miembros del partido, el cual, por la violencia de sus métodos, fue proscrito durante once meses. Ello le dio ocasión para entregarse a la mejora de su periódico. En julio de 1927, los Ferrocarriles Alemanes tuvieron que formar un tren especial para que los guardias de asalto pudieran asistir a una asamblea que el N.S.D.A.P. (Partido Nazi) celebraba en Nuremberg. A su regreso, completamente uniformados, fueron detenidos en masa, y su transporte en camiones por las calles hasta la prisión de la Alexanderplatz de Berlín, entonando canciones nazis, constituyó una nueva propaganda. Se levantó la proscripción el 31 de marzo de 1928, y en las elecciones celebradas dos meses después, de los 810.000 alemanes que votaron por el N.S.D.A.P. 39.000 eran berlineses; el propio Goebbels fue uno de los doce miembros elegidos para el Reichstag.

La Depresión de finales de 1929 radicalizó mucho más la política alemana, y el número de votos que en las elecciones de 1932 pasó a favor de los nazis demostró el proceso erosivo de los partidos democráticos del centro en favor de la extrema derecha y la extrema izquierda. Hitler y sus secuaces de Munich abrieron sus segundos cuarteles generales en Berlín. Entre 1926 y 1930 Goebbels había brillado con luz propia en la política, pero ahora era una estrella más en el firmamento nazi. A pesar de ser nombrado jefe general de la propaganda nazi en Alemania, tenía que competir con dos serios rivales: el jefe de prensa nazi, Dr. Otto Dietrich, y el director comercial de la editorial *Eher Verlag*, Max Amann. La rivalidad que mutuamente sentían los tres hombres restringió efectivamente el control de Goebbels sobre la prensa alemana hasta finales de la guerra. A pesar de haberse casado con una dirigente socialista divorciada, a la que Hitler cobró gran simpatía, fue eclipsado por personajes como Goering, sin que pudiera reconquistar la preeminencia popular hasta después de la derrota alemana en Stalingrado.

Ya dos meses después de subir Hitler al poder, Goebbels demostró su talento propagandístico a raíz de las elecciones de



marzo de 1933. Si la Unión Soviética había usado la radio como instrumento político, Goebbels empezó a hacer uso de ella como arma especial, poniendo sistemáticamente las emisoras bajo control nazi y eligiendo cuidadosamente a sus directores. Ello le dio ocasión para demostrar sus extraordinarias cualidades de propagandista político. Para ser captado por la oratoria hitleriana, era preciso que uno la experimentara directamente: por radio, la proyección de la mesiánica tensión de Hitler frecuentemente no llegaba al auditorio. Por otra parte, Goebbels fascinaba a sus oyentes con su brillantez estilística, tan simple que todo el mundo podía comprenderle. Más importante: poseía cierto sentido del humor, de lo cual Hitler carecía en absoluto.

Poco después de la elección de marzo de 1933, Hitler creó un Ministerio de Cultura Popular y Propaganda que fue confiado a Goebbels. Éste, entonces, centralizó los principales medios de difusión: propaganda del partido, radio, cine, teatro y música.

Con el uso versátil de tales recursos, en seis años Hitler se convirtió de canciller en Führer de Alemania. De Goebbels es la básica distinción entre los «miembros del partido» y el Führer, con la que se pretendió disculpar algunos de los aspectos menos satisfactorios de la política nazi, especialmente durante la guerra.

Jefe de los medios de información

Tres medidas permitieron a Goebbels controlar la prensa alemana. En primer lugar, la fusión de las agencias de noticias en la D.N.B., que pasó a ser la oficial. Después, la ley de octubre de 1933, por la cual los periodistas eran «relevados de sus responsabilidades» para con los editores y, por consiguiente, eran responsables ante el Estado. En tercer lugar, la «conferencia de prensa» diaria para los editores alemanes que tenía lugar en el Ministerio de Propaganda y que fue introducida en el verano de 1933. Estas conferencias iban precedidas por las conferencias departamentales presididas por Goebbels, en las que se determinaban los tópicos que deberían esgrimirse. En la «conferencia de prensa», finalmente, los periodistas alemanes eran informados de la línea por la que debía enfocarse cada cuestión. La contravención a las directrices impuestas por el Ministerio de Propaganda era objeto de sanción por parte del derecho penal alemán, hasta llegar incluso a la condena por traición.

Mientras en la prensa Goebbels veía limitada su acción por Dietrich y Amann, en la radio era director y dueño absoluto. La popularidad de que años más tarde gozaría el *Volkswagen*, en aquellos tiempos la tuvo el *Volksempfänger*, el receptor de radio de diseño simple, que podía captar aun las emisoras extranjeras. Entre 1933 y 1939 se cuadruplicó en Alemania el número de poseedores de aparatos de radio.

En 1933 y 1934 las emisiones radiadas estaban sobrecargadas de propaganda nazi y de *Kultur* alemana, a expensas de lo frívolo; pero cuando Goebbels se dio cuenta de que no bastaban Beethoven, Wagner y la poesía del «terruño», empezó a mezclar propaganda indirecta con algo que complaciera al público. La propaganda nazi no se limitaba solamente a Alemania. En 1933 había una emisora de onda corta para el extranjero y diez años después eran ya 130 las emisoras que, con 279 boletines informativos diarios, difundían el pensamiento nazi en cincuenta y tres idiomas.

Goebbels trató en forma parecida la industria alemana del cine. Después de los primeros filmes puramente propagandísticos, Goebbels se interesó por los que ofrecían también amenidad: prefirió dirigirse a las masas de una forma indirecta. Las películas propagandísticas como la antibritánica *Ohm Krüger*, la antisemita *El judío Süss*, las que propugnaban el valor, *El Gran Rey* o *Kolberg*, o las que abogaban por la eutanasia, *Yo acuso*, fueron excepciones más que regla. El mismo Goebbels prefería a Emil Jannings en *El ángel azul* al papel que representaba en *Ohm Krüger*.

Que la propaganda directa podía tener efectos contraproducentes, lo demuestra el comentario a *Yo acuso* que un joven anotó en su diario: «Este film lo describe todo muy bien, pero la cosa puede ser distinta. ¡Quién sabe cuánto y cómo puede extenderse esta especie de ascensión, particularmente cuando está sancionada por la ley!»

Esta anotación en el diario de un joven que había de morir en combate menos de tres años después demuestra que no todo era aceptado sin crítica, y el Servicio de Seguridad de Himmler (S.D.) ha proporcionado suficientes pruebas de que entre el pueblo la eutanasia se aceptó, por temor a los abusos, con notable prevención.

Los gustos personales de Goebbels eran un tanto sofisticados. Sólo después de que Hitler hubo interpuesto su veto, Goebbels cesó de exhibir obras de pintura expresionista y procuró enmendar su «desviación ideológica» —como la denominó Rosenberg—, organizando en 1937 una exposición pública del «degenerado arte moderno».



Miembros de la SA entonan el himno de Horst Wessel en el Lustgarten de Berlín, tras un apasionado discurso de Goebbels (agosto de 1934). La SA procuró a Goebbels la publicidad que necesitaba para doblar el número de miembros del partido en Berlín.

Festivales nazis

El control de prensa, radio, cine y artes en general era sólo una forma relativamente *negativa* de influir en las masas. Para movilizarlas totalmente se necesitaba algo más *positivo*, recursos más activos que mostrasen al país y al mundo la realidad alemana. Aparte de las colectas públicas regulares, como la de invierno, el año fue dividido en festivales públicos, cada uno de los cuales terminaba en alguna demostración masiva, que nunca podía fracasar, pues los alemanes que no eran miembros del partido pertenecían a alguna de las organizaciones filiales que podían ejercer cierta coacción sobre sus miembros.

Las fiestas del año empezaban con el 30 de enero, «Día del acceso al Poder». Era seguida en marzo por el «Día de la conmemoración de los Héroes» y un mes después, el 20 de abril, por el de la celebración del natalicio de Hitler. El 1 de mayo fue simplemente usurpado a los socialistas. El «Día del Trabajo» fue declarado festivo por los nazis y lo ha sido desde entonces. El primer «Día del Trabajo», en 1933, constituyó un gran triunfo para Goebbels, pues gracias a él participaron en pleno los sindicatos todavía no proscritos. Millón y medio de trabajadores se reunieron con 13.000 SA en la explanada de Tempelhof, y sus cantos, sus 3.000 banderas y sus innumerables bandas, con un zeppelin abriendo en el cielo la marcha, levantaron de la multitud una gran ovación para la «nueva Alemania».

Este acontecimiento fue obra de Goebbels, como también lo fueron los Juegos Olímpicos que tres años más tarde parecieron confirmar la respetabilidad internacional de la Alemania nazi. También participó activamente en la organización anual del *Reichsparteitag*, el día de reunión del partido en Nuremberg, si bien cuidó de la dirección artística el arquitecto de Hitler, Albert Speer. A éste fueron confiados el diseño y construcción del sitio de la asamblea y el montaje escénico del acontecimiento. Pocos testigos habrán olvidado la cúpula con reflectores que alcanzaban hasta 1.500 metros en el cielo nocturno, rodeando el campo y los bloques de los 110.000 dirigentes nazis locales.

El punto en que anualmente culminaba la mística nazi era el 9 de noviembre, día en que los «antiguos combatientes» conmemoraban la fallida intentona de 1923 con una marcha ceremonial a través de Munich. Los tambores enlutados, flanqueada la ruta por banderas a media asta y por copas «sacrificiales» de aceite ardiendo, la procesión marchaba siguiendo el mismo itinerario de 1923 hacia el punto donde la policía había empezado a abrir fuego. De allí se iba a los dos mausoleos donde se encontraban los sarcófagos de hierro de los dieciséis caídos. Tras rendir homenaje a su sacrificio, se entonaba el himno nacional y la canción de Horst Wessel.

Puesto que era imposible que todo el mundo pudiera asistir personalmente a esos festivales, Goebbels tenía emplazados en las esquinas de las calles de todas las ciudades locutores que relataban las ceremonias y transmitían los discursos.

La guerra puso fin a estas demostraciones anuales. A Goebbels le disgustaba la guerra, entre otras razones porque ella confería a los «reaccionarios» generales, a los que odiaba sinceramente, un puesto destacado; por otra parte, según decía, «la guerra no está hecha para el hombre inteligente». Pero, una vez ya declarada, no desmayó en su empeño, aunque durante los primeros años, durante los éxitos militares, se mantuvo un poco en la sombra. Personalmente objetaba a Hitler el hecho de que durante la lucha hubiese mantenido en el país condiciones casi iguales a las que pueden permitirse en tiempo de paz; por su parte, favoreció la utilización de todos los recursos de Alemania. Invadida Rusia, propagó el eslogan oficial del «eslavo subhumano», pero propuso personalmente a Hitler que firmara un compromiso de paz con Stalin o movilizara a los mismos rusos para una «cruzada contra el bolchevismo». Hitler no le hizo caso.

Resistencia a cualquier precio

Al declinar la suerte de Alemania, la estrella de Goebbels empezó a levantarse nuevamente. Mientras tanto, había contribuido a crear un periódico, expositor de la vida intelectual alemana, que se distinguía por sus ideas «liberales». Cada semana, hasta su último número (22 de abril de 1945), Goebbels ejerció las funciones de director del *Das Reich*, que tuvo, como colaboradores, a Theodor Heuss, el primer presidente de la República Federal Alemana, y a otros notables defensores de los principios democráticos.

Los reveses de la guerra y especialmente los ataques aéreos contra Berlín hicieron de Goebbels un personaje importante en

1

Izquierda: **bajo los nazis, la vida alemana fue militarizándose cada vez más; Goebbels procuró también hacerla espectacular.** *1* **Exhibición deportiva de la SA: carrera de relevos 4×100 con máscaras antigás (1935).** *2* **Parada de las Juventudes Hitlerianas durante una concentración del partido en Nuremberg (1938).** *3* **Espectáculo final del quinto aniversario de la subida de los nazis al poder (30 de enero de 1938): desfile con antorchas por la Wilhelmstrasse de Berlín.** *Derecha:* **enfático gesto de Goebbels, que fue un brillante orador radiofónico.**



todo el país, como antes de 1933 lo había sido en la capital. No era un individuo para ganarse el afecto del público, pero entre 1943 y 1945 fue ciertamente respetado. La reacción británica durante la guerra relámpago le había dado una lección y, como Churchill en 1940, Goebbels desde 1943 empezó a predicar el sudor, la sangre, las lágrimas y el pesimismo. No lo empujaban a ello su fervoroso patriotismo, sino el sentimiento de llenar su propio vacío interior. Intelectualmente, era demasiado inteligente para dejarse arrastrar por motivos emocionales: medía sus éxitos por el número de adeptos que podía lograr para una causa que en último término era el vehículo de sus ambiciones personales.

Predicaba a su auditorio el llamamiento a la guerra de liberación de 1913:

«El pueblo ahora se levanta
y se desata la tormenta.»

Logró movilizar todos los recursos de Alemania, pero en unos momentos en que los de los aliados superaban con creces los del país. «La fe puede mover las montañas», sostenía; pero cuando en 1944 el armamento alemán había alcanzado su cumbre, la fe podía prolongar la guerra pero no cambiar su signo. La guerra, constató entonces, era sólo un medio de prolongar su propia existencia.

Cuando estaban próximos a agotarse los recursos humanos, Goebbels, junto con Himmler, recogió una idea lanzada por el jefe de operaciones del O.K.W. (Alto Mando del Ejército), general Heusinger (diez años y pico más tarde jefe del Bundeswehr de la Alemania Federal), de crear una milicia a imitación de la de 1813. Nominalmente, ella comprendería a individuos entre dieciséis y sesenta años no incluidos ya en las fuerzas armadas, pero, según habían de comprobar los aliados, admitió a niños de diez y ancianos de setenta años.

Goebbels, con su propaganda, intentaba resistir a toda costa, esperando un milagro como en tiempo de Federico el Grande y como en la defensa de Kolberg contra los franceses en 1806. Ambos temas habían sido llevados a la pantalla. Primero, la carta del triunfo había de consistir en los proyectiles V. Cuando se hubo evaporado este milagro, se puso la última esperanza en el derrumbamiento de la coalición enemiga. En 1945 los clarines anunciaron una victoria, pero mientras desde 1939 a 1943 los mismos clarines habían proclamado la destrucción de ejércitos enteros, ahora comunicaban que se habían aniquilado unos cuantos tanques Sherman. «Resistencia a cualquier precio»: he ahí el título del último editorial de *Das Reich*.

El 21 de abril de 1945, el día antes de la publicación de este editorial, Goebbels tuvo con sus subordinados la última conferencia interdepartamental. Como su dueño en los sótanos de la cancillería, bramó contra la incapacidad del pueblo alemán de vivir según los cánones nazis. Se hallaba ya en la puerta, dando por terminada la reunión, cuando se volvió de repente a su auditorio y exclamó: «Cuando nos marchemos, la tierra temblará.» En las circunstancias de aquel abril de 1945, estas palabras denotaban un orgullo realmente desmedido.

H. W. Koch



Trabajadoras voluntarias saludan a la bandera antes de empezar la actividad cotidiana; todos los ciudadanos debían contribuir con su trabajo «a la reconstrucción del Reich».

La economía nazi

Los dirigentes nazis ignoraban las teorías económicas más elementales, y empujaron a la «nueva Alemania» por la senda que trazaron sus propios prejuicios. Sin embargo, pudieron sacarla de la Depresión y le proporcionaron unos ejércitos capaces de enfrentarse con el resto de Europa. ¿Cómo lo consiguieron?

La historia económica no proporciona ninguna «clave» para comprender el nacionalsocialismo. Un régimen que despilfarró recursos, mano de obra y capacidades de transporte en la destrucción del pueblo judío, en un tiempo en que sus ejércitos sucumbían precisamente por falta de tales recursos, es evidente que, según los más elementales principios económicos, no pudo prosperar. El nacionalsocialismo fue en gran medida una rebelión contra los imperativos de las fuerzas materiales y los cálculos económicos que rigen la vida cotidiana y la vida de las naciones. Durante los años en que el Partido Nazi luchó por el poder, uno de los compromisos que sus promotores mantuvieron con mayor fervor fue el deseo de destruir algunas de las instituciones y organizaciones típicas de todas las economías del moderno mundo capitalista: los pequeños tenderos atacaban los establecimientos reunidos; los artesanos, la producción masiva y en cadena; y los campesinos, su «esclavitud de los intereses bancarios».

No fue precisamente por razones de táctica política por las que los dirigentes nazis rehusaron ver la crisis económica mundial en términos de ciclo comercial y política monetaria internacional, pues la pobreza, la miseria y el miedo que la crisis causó en Alemania proporcionaron una buena excusa al Partido Nazi para insistir en lo que siempre había proclamado: que existía una conspiración de los enemigos de Alemania para arruinar el país. La tentación de creer que alguien era hasta cierto punto responsable fue muy grande. Es muy posible que los líderes nazis creyesen que realmente existió una conspiración. Cuando Hitler se vio frente a la mayor crisis económica de su propio régimen, en otoño de 1936, reprendió a sus consejeros especialistas diciéndoles que los problemas económicos eran «cuestión de voluntad»: los últimos gobiernos de la República de Weimar habían —en su opinión— carecido de voluntad para desafiar a los vencedores de 1918 y para negarse a satisfacer las reparaciones a las cuales —lo mismo que al judaísmo mundial y al marxismo— muchos alemanes hacían responsables de la crisis económica.

Uno de los postulados fundamentales de la doctrina nacionalsocialista fue el de la salvación a través del desafío y la lucha. El pueblo alemán tenía que superar sus propias divisiones clasistas, religiosas y políticas creando una comunidad nacional unida y disciplinada; el nuevo Reich tenía que solventar imposibles incongruencias y llegar a ser la mayor potencia mundial a expensas de países dotados de recursos militares y económicos muy superiores, y tenía que salvar la pureza racial del pueblo en una lucha sin cuartel contra el judaísmo. Cuanto mayores fuesen los problemas y mayores los riesgos, mayor autosacrificio se requeriría para conseguir la victoria... y mayor debería ser la acción política de los dirigentes, del partido y del pueblo.

En el pensamiento nazi, la lucha y la conquista eran teóricamente muy semejantes, y hasta cierto punto compatibles, con el principio de competencia sobre el que se funda la organización económica del capitalismo. Pero existía una importante diferencia: la competencia capitalista se dirige contra rivales específicos para conseguir objetivos específicos. El nacionalsocialismo era una lucha contra toda la nueva ordenación mundial de los años 20; contra los límites territoriales y la composición étnica de los nuevos Estados europeos; contra la civilización burguesa, con su énfasis en los elementos predecibles y tangibles de la vida social; contra la autodeterminación de los individuos, grupos y clases sociales; contra la complejidad del orden social que resultaba de los intereses en conflicto de los distintos grupos. Esta lucha no conocía límites, por cuanto era una actividad válida por sí misma. Luego de haber desarticulado los movimientos socialdemócrata y comunista, había que mantener a la industria bajo control; después de haber destruido los partidos políticos de la República de Weimar, hubo que transformar el mecanismo del Estado y de la ley; después de haber conquistado Polonia, le tocó el turno a Noruega, a Francia y acto seguido a Gran Bretaña, a los países balcánicos y a la Unión Soviética...; y luego de exterminar a los judíos, la lucha se había de dirigir

Un grupo de trabajadores voluntarios vuelve de su labor cotidiana.



contra los pueblos eslavos. En esta lucha sin objetivos limitados, había poco espacio para los cálculos prácticos y ninguno en absoluto, al margen del de la fortaleza o la utilidad del adversario, para limitar la forma de conducir la pelea.

La «Batalla por el Trabajo»

Puesto que el nacionalsocialismo estableció una dictadura tan extremista que facultaba a los dirigentes políticos a tomar todas sus decisiones fundamentales según su bárbaro sentido de la lucha, sin tener en cuenta los intereses de los grupos de presión y sin consultar a los expertos, forzosamente habían de plantearse al régimen grandes problemas económicos. Sólo en los últimos años del régimen, especialmente durante la crisis de la guerra, los líderes nazis se vieron suficientemente seguros e independientes para soltar sus doctrinas a los cuatro vientos.

En 1933 el nuevo régimen heredó los dos problemas económicos que habían hecho naufragar a la República de Weimar: el desempleo masivo y la paralización económica por una parte, y, por otra, la aguda carestía de reservas en oro y divisas. Al asumir el poder, bastante más de un tercio de la población laboral de Alemania se hallaba sin empleo, la renta nacional había bajado un 40 % durante los tres años anteriores y la producción total de la industria sólo un poco menos. Los precios al por mayor cayeron entre el 15 % y el 35 %. Desde 1929 a 1932 hubo anualmente unas 10.000 quiebras y en 1932 la depreciación de las instalaciones industriales sin funcionar excedía el valor de las nuevas inversiones. Descendieron los jornales, contribuyendo todavía a rebajarlos el Gobierno y los patronos, en tal forma que la renta real de aquellos trabajadores que aún tenían empleo declinó de un 10 % a un 15 %; la industria de artículos de consumo y el comercio al por menor acusaron los efectos.

El nuevo Gobierno emprendió la «Batalla por el Trabajo», según era llamada, como un problema político más que económico, como si se tratara de restablecer la confianza y crear la impresión de que las cosas iban a volver de nuevo a su cauce. La primera medida fue reducir el número de los que se encontraban sin colocación, lo que se consiguió con una maniobra de inscripción: durante el 1933, casi un millón de individuos en paro, que se dedicaban a eventuales actividades de emergencia, a actividades paramilitares, a trabajos voluntarios agrícolas, etc., fueron borrados de las listas de desempleados. El verdadero programa de creación de puestos de trabajo, financiado por el Gobierno, tardó en salir (otoño de 1933) y fue de una amplitud relativamente modesta: de los 200 millones de libras invertidas en trabajos públicos hasta finales de 1934, más de la mitad ya habían sido autorizadas por los predecesores de Hitler. Aumentaron ligeramente en 1933-34 los gastos de armamento, y más rápidamente en el año siguiente, hasta llegar a unos 150 millones de libras. Ello, junto con la lenta y general recuperación de la economía mundial, redujo el número de desempleos registrados a cuatro millones en diciembre de 1933, a dos millones y cuarto en octubre de 1934 y a 1,7 millones en agosto de 1935. Se ganó la «Batalla por el Trabajo» en cuanto se hubo restablecido la confianza en los negocios, pero es casi seguro que habría sido posible ganarla con mayor presteza y eficiencia. Muchos de los que encontraron empleo en la construcción de obras públicas trabajaban largas horas en condiciones primitivas, a cambio de jornales que apenas excedían lo que cobraban anteriormente.

Dos factores restringían la libertad de acción del Gobierno en el campo económico: el obsesivo temor a la inflación, que hacía difícil para un gobierno aceptar la devaluación, o el adoptar programas a gran escala de gastos que no se cubrían con la limitada renta de los impuestos. La experiencia de 1923 había hecho de los alemanes un pueblo hipersensible a todo lo que tuviera resabios de manipulación del papel moneda. Más importante era la crítica situación del comercio exterior de Alemania, y la gran dificultad con que tropezaba para exportar suficientes productos industriales acabados para pagar las importaciones vitales de materias primas y artículos alimenticios. Este problema era consecuencia del Tratado de Versalles, que privó a Alemania de todos sus haberes extranjeros, del 75 % de sus yacimientos de mineral de hierro y del 15 % de su producción agrícola total; contribuían a agravarlo los pagos en concepto de reparaciones a satisfacer en los años 20; y alcanzó su punto neurálgico en el colapso del comercio mundial, durante la gran crisis de 1929-33. Disminuyó en casi dos tercios el comercio exterior alemán, y aunque el gobierno Brüning introdujo en 1932 controles en las transacciones exteriores, las reservas de Alemania durante 1933 apenas excedieron nunca de 50 millones de libras. La recuperación económica interior incrementó las posibilidades de exportación, pero ello a su vez hacía más urgente la necesidad en que se hallaba el país de aquellos artículos y materiales que sólo podían ser importados. Ninguno de los otros países industriales del mundo se mostraba dispuesto, para liberar el comercio internacional, a rebajar las barreras aduaneras que habían sido levantadas después de la guerra y que todavía se habían reforzado más durante la crisis. A menos que se solucionara este problema económico, nunca podría pensarse en la recuperación y en el rearme.

El problema fue puesto en manos del Dr. Hjalmar Schacht, presidente del Reichsbank y, desde el verano de 1934, también ministro de Economía. Schacht era un hombre de gran capacidad técnica, de extraordinaria ambición y escaso criterio político. No era nazi, pero si alguien contribuyó tanto como Hitler a la construcción del Tercer Reich, éste fue Schacht. En la segunda mitad de 1934, cuando la posición del comercio exterior se hizo de nuevo crítica, introdujo un completo control gubernamental sobre todas las transacciones económicas que involucraran la competencia extranjera. Este esquema, que fue cálidamente apoyado por la industria, confirió al Estado grandes poderes sobre la economía, pues las asignaciones al comercio exterior equivalían a decidir cuáles eran las materias primas que debían proporcionarse a la industria, lo cual a su vez influía en los artículos producidos. Así se cortó drásticamente en 1934 la asignación para importación de algodón o lana en bruto, con el fin de que pudiera mantenerse el nivel de las importaciones de mineral de hierro para el sector de la industria pesada. Pero esta medida por sí sola no hubiera bastado para sostener una economía en expansión. Schacht también introdujo importantes subsidios para la exportación, a fin de rebajar los precios alemanes a un nivel competitivo con los del

Derecha: 1 **El Führer habla con los trabajadores que están construyendo el centro de concentraciones nazi en Nuremberg; los proyectos de grandes edificaciones y las autopistas formaron parte de la «Batalla por el trabajo», y dieron empleo a los parados.** *2* **«Ahorrando cinco marcos por semana tendrás coche propio».** *3* **Hitler inaugura la «Batalla por el trabajo» con las primeras autopistas (marzo de 1934); detrás se halla Goebbels (con brazal nazi), quien tiene a su izquierda a Streicher (con la cabeza descubierta).** *4* **Goering en la inauguración de la autopista Berlín-Stettin (1936).** *5* **Hjalmar Schacht, cuyo peso específico en la edificación del Tercer Reich igualó prácticamente el de Hitler.**



3



5 Mark die Woche musst Du sparen-
willst Du im eignen Wagen* fahren!

KdF-WAGEN-
(Anschlußkarte)
Voraussichtliches Lieferziel
NR.
Vor- und Zuname (bei Frauen auch Geburtsname)
Postanstalt:
Nr.
Wohnort:

Deutsches Reich
19 36

IIIA-42803

4



5





El jefe de los arquitectos de Hitler, Speer (izquierda), muestra a Goering las maquetas de sus últimos proyectos.

mercado mundial, y eludió hasta cierto punto el problema de la reducción del comercio mundial con un sistema de tratados comerciales bilaterales, concertados con países económicamente débiles que producían materiales de los que Alemania estaba particularmente necesitada. El comercio alemán con países de Sudamérica, los Balcanes y la Europa del Este aumentó constantemente durante los años 30 y tomó la forma de convenios comerciales mediante los cuales Alemania podía exportar a estos países sus excedentes antes que tener que pagar para su producción en efectivo. Con este sistema, el valor del marco era comerciable, y, en tiempo de la dimisión de Schacht, en 1937, tuvo valores que diferían mucho entre sí según cual fuera el país con el que Alemania tuviera tratos. Las últimas medidas que afianzaron la posición alemana con respecto al cambio y comercio exterior fueron los generosos ajustes de sus deudas internacionales concedidas por sus acreedores, particularmente por Gran Bretaña.

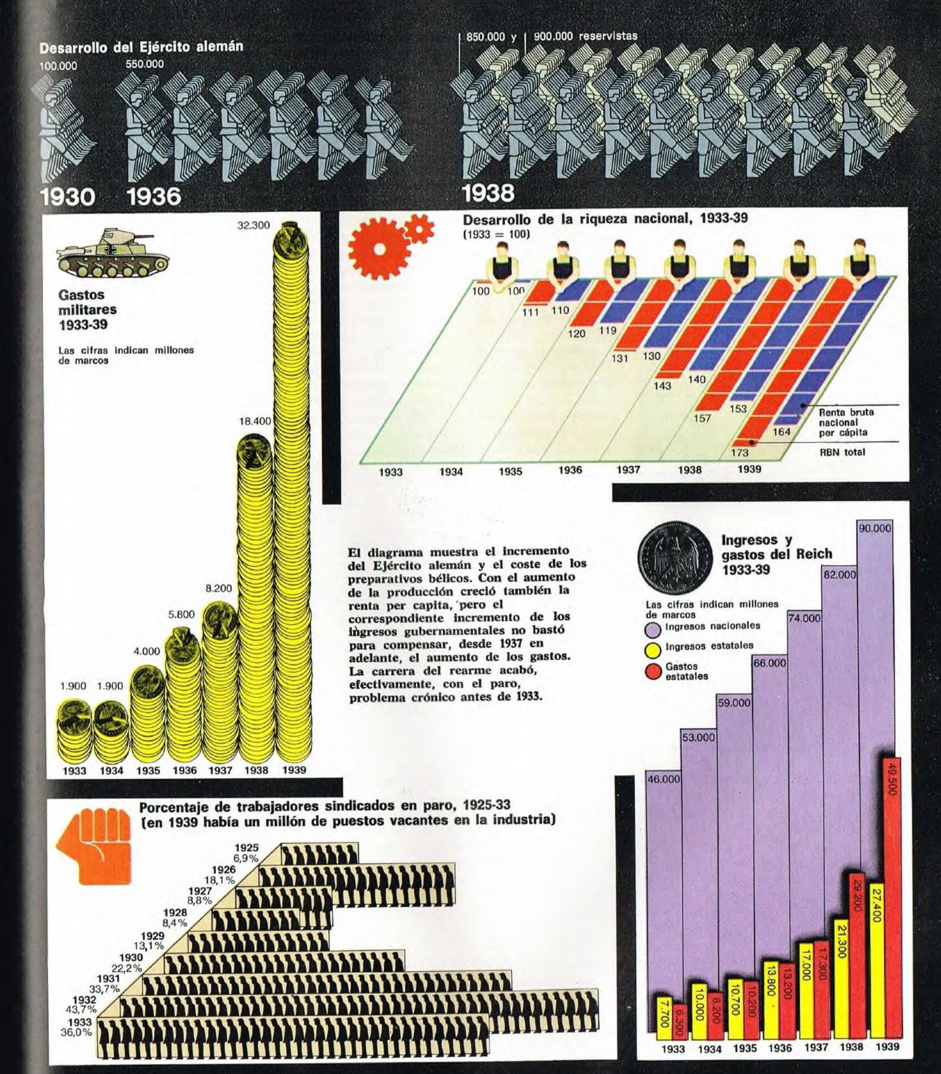
No había nada específicamente nacionalsocialista en esta política económica. Schacht gozaba de la plena confianza de la mayoría de los grupos industriales, que se daban perfecta cuenta de que enfocaba con acierto una situación verdaderamente difícil. El rearme, mantenido totalmente por la industria, avanzaba con pasos contados pero firmes; en 1936 la producción de todos los sectores industriales relacionados con el programa de rearme había alcanzado o superado los niveles de 1928; las ganancias eran elevadas, los jornales se mantenían en general bajos y los trabajadores se veían libres de las exigencias de los sindicatos. Alemania recuperaba su posición de gran potencia, lo que traería consigo las ventajas económicas de un acceso más fácil a las materias primas y a los mercados. Schacht, sin embargo, sólo había tapado las grietas con papel. En la primavera de 1936 la batalla entre agricultura e industria, a raíz de las asignaciones al comercio exterior para importaciones, ya no podía ser resuelta dentro del marco institucional existente; y el presupuesto de 1936-37 preveía un aumento masivo del 80 % en gastos de armamento con el fin de acomodar y equipar las nuevas levas militares anunciadas en 1935. Schacht ya no veía forma de compaginar las cosas y consintió en devolver algunos de sus poderes a Goering, el más pragmático de los líderes nazis, esperando que éste lograra hacer comprender a los restantes dirigentes del partido las necesidades económicas. Schacht ya no tenía más soluciones que ofrecer, a menos que se restringiera el programa de rearme, con el fin de dedicar una parte mayor de la capacidad industrial del país a la producción de bienes comercializables (los armamentos no lo eran), sobre todo a la producción de artículos para la exportación.

Schacht se sentía desbordado por la intransigencia de Hitler y por la inagotable capacidad de Goering de crispar sus nervios con los argumentos de su Führer. La industria química alemana, que en sus miras y propósitos se identificaba con los enormes trusts «IG Farben», percibió, en la crisis de 1936, una excelente oportunidad para incrementar aún más su prestigio económico y político. Durante varios años había realizado ensayos para la producción sintética de materias primas de primera necesidad, particularmente caucho, aceite, petróleo y fibras textiles. Ahora ofrecía al Gobierno una salida parcial del atolladero económico que amenazaba con detener el proceso del rearme: inversiones intensivas, por parte del Gobierno, en la producción nacional de materias primas; o sea, que el Gobierno invirtiera en las «IG Farben». Esta proposición no sólo resultaba muy seductora para la directiva nazi, sino que respondía a uno de los más repetidos eslóganes económicos de la ideología del Partido: el de la autarquía, o sea la independencia de la nación, y después del Imperio, de los caprichos del comercio mundial. Este eslogan, además de ser una lección aprendida del bloqueo aliado de Alemania durante la Primera Guerra Mundial, tenía sus raíces en la política de adquirir un *Lebensraum* (un espacio vital), o sea de ocupar y colonizar Europa hasta los Urales. Schacht tenía poco tiempo para dedicar a esta concepción, pero con el interés que al principio se tomó para sustraer a Alemania del sistema del comercio mundial había contribuido a prepararle el terreno.

En la reunión del partido de septiembre de 1936, Hitler anunció el segundo Plan Cuatrienal, cuya finalidad había declarado en un memorándum secreto: preparar las fuerzas alemanas y la economía del país para la guerra que tendría lugar dentro de cuatro años. Durante este período, las inversiones efectuadas en aquellos sectores económicos íntimamente relacionados con las exigencias de la futura guerra totalizaron unos 400 millones de libras, o sea, más de la mitad de las inversiones efectuadas en todo el sector económico. Las inversiones quedaban bajo control del negociado para el nuevo Plan Cuatrienal, confiado al cuidado de Goering, y se concentraban en la producción de materias primas. Para general descontento de la industria del hierro y del acero, los yacimientos de hierro de baja calidad resultaron afectados por las empresas recién fundadas por Hermann Goering; entre 1936 y 1942 la producción nacional de aceite y petróleo aumentó en 350 %, la de plásticos en 460 %, la de fibras sintéticas en 700 %, la de caucho sintético por un factor de sobre 1.000 y la de explosivos —cuya responsabilidad recaía también en la industria química— por un factor de 160. La producción del fuel y energía eléctrica apenas podía marchar al paso de la creciente demanda.

En 1936-37 Schacht no veía la forma de desarrollar y financiar este programa y el modo como podría reducir la dependencia de Alemania de las importaciones. Las dificultades financieras fueron ciertamente el principal motivo de que nunca se alcanzaran los objetivos de producción señalados por el plan. Pero el incremento de actividad económica significaba un aumento de los impuestos sobre la renta, algunos de los cuales —aunque no muchos— también se elevaron; en 1938, los préstamos gubernamentales dominaban completamente el mercado principal, y se llenaban los boquetes con una amplia variedad de formas de pago, que no podían menos de aceptar los que trabajaban para contratas públicas. Entre 1933 y 1939 la deuda gubernamental se elevó en 250 %. A pesar de haberse introducido amplios controles de precios en 1936-37, empezó a acentuarse la inflación conforme la demanda ocasionada por este vasto programa de inversión y rearme superaba el suministro. Pero, por significativos que fue-

La economía del rearme



El diagrama muestra el incremento del Ejército alemán y el coste de los preparativos bélicos. Con el aumento de la producción creció también la renta per capita, pero el correspondiente incremento de los ingresos gubernamentales no bastó para compensar, desde 1937 en adelante, el aumento de los gastos. La carrera del rearme acabó, efectivamente, con el paro, problema crónico antes de 1933.



Concentración en Nuremberg, 1938. Hierl, uno de los jefes del *Reichsarbeitsdienst* (Servicio de Trabajo del Reich), presenta 40.000 trabajadores a Hitler, quien va a pasarles revista.

sen los aumentos de materias primas en la producción nacional, no pudieron en realidad reducir sustancialmente, antes de septiembre de 1939, la necesidad que Alemania tenía de las importaciones; apenas podían cubrir las crecientes exigencias de las fuerzas armadas en expansión y, en 1939, el país todavía importaba unos dos tercios del petróleo y minerales que necesitaba. La duda de Schacht a este respecto no carecía de fundamento, pues el Plan Cuatrienal se había salvado de entrada por haberse reanimado, de una forma totalmente imprevisible, el comercio mundial en 1937, lo que permitió entonces a Alemania aumentar sus exportaciones en un 25 % y sus importaciones en un 32 %. La anexión de Austria en la primavera de 1938 y la de la región de los Sudetes seis meses después contribuyeron también a solventar las dificultades en el sector de armamentos. La guerra de 1939 hubiese sido inconcebible sin el Plan Cuatrienal.

Si Schacht dudaba de que el plan fuese factible en absoluto, su sucesor a título de consultor económico del régimen, general Georg Thomas, estaba convencido de que no era suficiente. Cada vez se sentía más alarmado ante la aversión que mostraban los dirigentes políticos a imponer radicales sacrificios económicos a la población. Thomas no compartía el optimismo de Hitler, de que la próxima contienda consistiría en una serie de campañas cortas y contundentes que, a base de concentraciones bien equipadas y altamente movibles, tanto por tierra como por aire, vencerían al enemigo sin tener que recurrir a una guerra de desgaste; tenía buenas razones para creer que todavía no se habían movilizado adecuadamente los recursos económicos de Alemania para sostener incluso este tipo de guerra. Alemania invadió Polonia con poquísimas reservas de petróleo, municiones, cobre y aluminio, y sin apenas repuestos para sustituir los armamentos perdidos en la campaña.

En los años 1937-39 la industria, el Ejército y el servicio civil intentaron repetidamente inducir a los dirigentes políticos a que redujesen la producción de bienes de consumo, estableciendo la absoluta prioridad del sector de armamentos y disciplinando la fuerza laboral... pero con pocos resultados. Los líderes nazis vivían pendientes del pueblo, al que habían tratado con demasiado rigor. No estaban seguros de contar con su apoyo político cuando la guerra llegara a un punto crítico: todo podría suceder, como en noviembre de 1918. Si el terror y la propaganda no podían asegurar la lealtad de la población, era preciso ganarse su favor a base de concesiones materiales, aun cuando éstas perjudicaran la carrera de armamentos. En otoño de 1939, había casi un millón de puestos sin cubrir en la industria alemana; allí donde seis años antes campeaba el desempleo, había ahora una crónica escasez de mano de obra, absolutamente necesaria para el rearme. Los trabajadores explotaban su escasez numérica para resarcirse de las privaciones a que se vieron sometidos en los años de desempleo. Entre 1933 y 1943 las ganancias horarias en la industria se elevaron en un 25 %; algo de este incremento, pero por supuesto no todo, se lo llevaba el aumento del coste de la vida, y el Gobierno era incapaz de imponer reducciones significativas a los jornales o incrementar los impuestos con el fin de concentrar mayor número de recursos del país en el esfuerzo bélico. Thomas hablaba burlonamente de que el Gobierno «envolvía a los trabajadores con algodón en rama» y que intentaba «ganar la guerra con lavadoras»; pero poco cambiaron las cosas hasta que el Ejército Rojo empezó, a mediados de 1942, a avanzar lentamente. Entonces era ya demasiado tarde. La renta nacional alemana había aumentado más del doble entre 1933 y 1939, pero la parte que en ella representaban los jornales y salarios bajó sólo muy ligeramente.

Los éxitos de Hitler contra Polonia, Noruega, Francia y los Balcanes y las victorias iniciales de las fuerzas alemanas en la Unión Soviética fueron resultado de cálculos diplomáticos y estratégicos. En la esfera económica, fueron el inconsciente desafío de todo cálculo pragmático. La debilidad de la economía alemana en 1939, la escasez de trabajo, de materias primas, de comercio exterior y de recursos financieros eran tales, que sólo permitían dos alternativas: contracción y consolidación, o bien guerra y botín. Hitler nunca tuvo en cuenta la primera: desafiando los imperativos económicos, confió en el botín de los territorios ocupados para procurar recursos a Alemania, en tal forma que no fuera necesario aplazar la guerra de conquista ni imponer un esfuerzo desmesurado al pueblo alemán.

De haber prevalecido el criterio de los hombres prudentes, posiblemente hoy en día existiría un imperio alemán en Europa central y del este. Ellos, como muchos industriales y empleados civiles, habrían aceptado y colaborado con el nacionalsocialismo, sin el temor del socialismo y del comunismo y sin el deseo de devolver a Alemania el rango de potencia mundial. Algunos creían que al final podrían controlar a Hitler, pero los industriales no se daban cuenta de que quien alquila al músico puede obligarlo a tocar. En 1939 se estimaba que el Gobierno adquiría bienes y servicios por un valor que superaba bastante el tercio de la renta nacional alemana. Este hecho era mucho más importante para lograr el control estatal sobre la economía que todos los diversos planes, directrices y regulaciones. El Gobierno mantenía sujeta a la economía a su carro por los únicos medios que los industriales comprendían bien: el crédito, los pagos al contado y los contratos. La digna conclusión de la historia económica del Tercer Reich es el informe que el gerente de un gran monopolio de la industria pesada dirigió al presidente de su consejo de directores, en la primavera de 1945: las principales instalaciones habían sido bombardeadas, la ciudad estaba ocupada por el Ejército inglés, había cesado la producción y el desbarajuste era total; pero el gerente se complacía en señalar que era posible mantener el dividendo para el primer trimestre de 1945 al cinco por ciento.

T. W. Mason

Checoslovaquia: una difícil democracia

En los años de entreguerras, la vida política checoslovaca fue dirigida por el gran estadista Thomas Masaryk. Cuando murió, en 1937, parecía que había nacido una democracia estable en Europa central. Sin embargo, Checoslovaquia estaba ya amenazada por fuerzas que la hundirían.



Funerales de Thomas Masaryk en Praga (septiembre de 1937). El presidente Eduard Benes junto al féretro de su gran amigo, el fundador de la República Checoslovaca.

El Estado checoslovaco nació en 1918, y su existencia independiente sería destruida por la Alemania de Hitler. Varios factores determinaron las peripecias de aquellos veinte años de su vida. El Estado checoslovaco ocupaba la inmensa garganta que corría a lo largo de la Europa oriental. El colapso de los cuatro países que hasta entonces gobernaban el área —la Rusia zarista, la Alemania imperial, la monarquía de los Habsburgo, y el Imperio Turco— provocó un vacío de poder, que hizo posible la creación de un conjunto de pequeños Estados, desde el Báltico hasta el Mediterráneo.

Checoslovaquia era un Estado nuevo, sin tradición ni continuidad, basado en la unión de dos naciones vecinas: los checos y los eslovacos. A esas tierras se añadieron los Subcárpatos Rutenos y la población ucraniana, también un poderoso grupo alemán que existía en los límites de

las tierras checas. Sin embargo, esto sólo era una parte de la heterogeneidad checoslovaca. Las tierras occidentales, que habían estado bajo el mandato austríaco, eran una entidad industrial con una economía capitalista muy desarrollada. Los pueblos checo y alemán formaban una sociedad política y culturalmente activa, con una estructura moderna. Eslovaquia y los Subcárpatos Rutenos, anteriormente en manos de los húngaros, eran tierras agropecuarias con una diferenciación social y política mínima.

Internacionalmente existían dudas acerca de la continuidad de la existencia de Checoslovaquia. Muchos pretendieron que sólo se trataba de un Estado que servía de paragolpes entre países enemigos, y lo consideraban destinado a una rápida desaparición. Estaban también quienes trataban de hacer planes como si se tratara de una pieza de ajedrez en medio del poderoso juego que desarrollaban. Sin embargo, ese Estado tenía una auténtica voluntad de existencia. Su proclamación fue la expresión de fuerzas que, por generaciones, se habían esforzado en encontrar una identidad nacional y una libertad política.

Checoslovaquia fue inventada según los modelos de la Europa Occidental y de los Estados Unidos: con una Asamblea bicameral. El Gobierno, designado por el presidente, era una coalición de los partidos políticos representativos, basados en los resultados de las elecciones parlamentarias.

Existían unos treinta partidos políticos, algunos orientados a la totalidad del electorado, otros defendiendo los intereses de grupos específicos, y otros con una orientación exclusivamente nacionalista. La mayoría eran republicanos, y basaban sus actividades en la democracia parlamentaria. Estos partidos formaban tres corrientes distintas: la socialista, la agraria y la católica. Dicho núcleo republicano se enfrentó inmediatamente con dos tendencias antagónicas: el nacionalismo y el comunismo. El nacionalismo estaba escindido según las diferentes nacionalidades: alemanes, checos, eslovacos, ucranianos, y otros grupos que diferían en fuerza y estilo.

El grupo checo se había regocijado por la creación del Estado independiente. Bajo el liderazgo de Karel Kramár, se aspiraba a establecer un Estado basado en la garantía de una conducción en manos de la mayoría checa y eslovaca. El principio fundamental: un acentuado antigermanismo.



El doctor Karel Kramár (con barba), líder nacionalista checo de tendencia antigermánica y jefe del primer gabinete ministerial constituido en la recién nacida Checoslovaquia (1918-1919).

El grupo nacionalista alemán había quedado muy afectado por la derrota de Alemania y Austria. La población alemana residente en tierras checas no podía aceptar la nueva situación, por lo cual la nacionalidad gobernante se convertía en una minoría. Este grupo, dirigido por Lodgman von Auen, aspiraba a paliar la derrota de las potencias centrales mediante la formación de un gran Estado alemán unificado en Europa central, constituido por Alemania, Austria y Bohemia.

El nacionalismo eslovaco, dirigido por el padre Andrej Hlinka, objetaba la unión checo-eslovaca. Los eslovacos católicos señalaban al nuevo Estado como laico y centralizado. Pero este nacionalismo adquirió importancia sólo en los años treinta.

En todos los casos, el nacionalismo planteaba como aspiración una sociedad nacional unificada. Esta aspiración coincidía invariablemente con la idea de una sociedad altamente centralizada, y todos encontraban la respuesta en el modelo fascista de un Estado corporativo.

Otra tendencia coincidía tanto con los republicanos como con los nacionalistas: el movimiento revolucionario comunista, que aspiraba a una dictadura del proletariado en el estilo soviético.

Al mismo tiempo surgió en Checoslovaquia otro grupo con ciertas características especiales, y que asumió un papel de liderazgo en esta compleja lucha. Era el grupo republicano, constituido en torno a la fuerte personalidad del presidente de la nueva República Checoslovaca, Thomas Garrigue Masaryk. No se trataba de un partido político, ya que seguía principios ajenos a los partidos. Su objetivo no era simplemente convertir el nuevo Estado en una república, según el modelo de Europa occidental, sino crear una sociedad democrática.

Desde el surgimiento del nuevo Estado el grupo de Masaryk ganó para sí un papel preponderante, y tuvo éxito al darle a lo largo de veinte años un distintivo carácter democrático. La excepcional estabilidad, y la política a largo plazo correctamente planeada, hicieron que el desarrollo de Checoslovaquia fuera marcadamente diferente, no sólo de otros Estados herederos, sino de la mayoría de Europa.

Antes de la guerra, el grupo conocido como los «Realistas» consistía en un pequeño número de intelectuales checos y eslovacos. Su influencia política inmediata no era demasiado grande. Ésta creció significativamente, como resultado de las actividades en tiempos de guerra, cuando Masaryk —por entonces de 64 años— se ausentó para conducir desde París, Londres, Roma, Moscú y Washington la lu-

cha política por la independencia del Estado checoslovaco. Cuatro años después —en el otoño de 1918— retornaba como presidente del nuevo Estado, aclamado como el «Libertador»; tenía una autoridad política considerable.

El grupo de Masaryk —conocido como el grupo del Castillo, por asociación con el castillo de Hradcany, residencia del Presidente en Praga— representaba al pueblo en diferentes niveles. Sus expertos eran los intelectuales republicanos, el nuevo *trust* de cerebros. Sus ideólogos se apoyaban en la corriente política republicana, inclinados mucho más a la izquierda que a cualquier diferencia nacionalista: los partidos Checo, Eslovaco y, desde 1920, la Socialdemocracia Alemana y el Partido Nacional Socialista de Checoslovaquia. Estos partidos se unieron por la acción de grupos democráticos, surgidos de otros partidos republicanos.

Enfrentamientos políticos

Los principios del programa de Masaryk fueron abiertamente repudiados por el nacionalismo checo y el alemán, a causa de la lucha que establecían por una reforma democrática de la sociedad, más allá de la profunda tolerancia por las nacionalidades. En el resultado de los enfrentamientos políticos, Masaryk derrotó francamente al nacionalismo checo y forzó gradualmente al alemán a un aislamiento político. Los dos grupos —con sus programas nacionalistas y antirrepublicanos— se movieron paulatinamente hacia el fascismo y el nazismo.

Hubo aún conflictos políticos entre Masaryk y los comunistas. La tensión se acumuló a lo largo de 1920 hasta que, en diciembre, una gran huelga finalizó con la derrota del movimiento revolucionario.

Masaryk repudió categóricamente los principios fundamentales del movimiento revolucionario. Sin embargo, su convicción acerca de la necesidad de una asistencia social para los trabajadores, y su lucidez acerca de la importancia política de esta clase en la sociedad moderna, lo acercaron a este movimiento, y en varias ocasiones los comunistas apoyaron acciones políticas concretas provenientes del Castillo.

La política exterior checoslovaca, instrumentada por Eduard Benes —discípulo y colaborador cercano de Masaryk—, descansaba en la convicción de que el nuevo Estado checoslovaco podría sobrevivir, siempre que los países de Europa fueran auténticamente democráticos, y se democratizaran las relaciones internacionales. Por esto Checoslovaquia se transformó en uno de los más activos y entusiastas países miembros de la Liga de las Naciones, y estableció contactos políticos con movimientos europeos republicanos y democráticos, ofreciendo asilo a quienes no encontraran libertad en su lugar de origen. La política exterior checoslovaca apuntaba a la gradual reducción de las tensiones características en la Europa de entonces. Pero el esfuerzo mayor se concentró en el área de la Europa oriental; en la quebrantada, inestable porción de la que era una parte inseparable la misma Checoslovaquia.

En este sentido, Checoslovaquia hizo todo lo posible por combatir el nacionalismo alemán y húngaro, que pedía el retorno a las estructuras políticas anteriores a la guerra, y por reprimir las tendencias revolucionarias, dispuestas a reestructurar toda el área de acuerdo con el modelo soviético. Al mismo tiempo intentaba una nueva agrupación de Estados, para impedir que las potencias arrastraran a estos Estados a la disputa de esa área.

La guerra no había terminado aún cuando Masaryk anunció, en América, su deseo de crear «La Unión Democrática de Centroeuropa», que uniría a los pequeños Estados emergentes —desde el Báltico hasta el Mediterráneo— en una federación, tomando como modelo a los Estados Unidos. Pero el plan de Masaryk era demasiado ambicioso. No sobrevivió al nacimiento de aquellos Estados a merced de sus nacionalismos. Sin embargo, Checoslovaquia continuó con la idea de una asociación estrecha. La «Pequeña Alianza» que unía a Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia, era un boceto imperfecto del plan original de Masaryk. Así y todo, fue el único agrupamiento relativamente permanente en aquella parte de Europa.

La influencia política de Masaryk en Checoslovaquia no era inmutable, aunque retuviera el cargo de presidente hasta 1935. Sus proyectos dependían de la fuerza de los fundamentos políticos de su grupo, el Bloque Socialista, que a mediados de los años veinte quedó muy debilitado. Los conservadores limitaron o detuvieron las reformas del período anterior. La seguridad social y la reforma agraria fueron las más perjudicadas.

El Bloque Socialista tendía cada vez más a la lucha desde la oposición, y la influencia del grupo de Masaryk en los asuntos internos disminuía: hacia el fin de los años veinte se unieron los diversos grupos republicanos, y este proceso habría de determinar el futuro desarrollo interno del republicanismo durante la década de los años treinta.



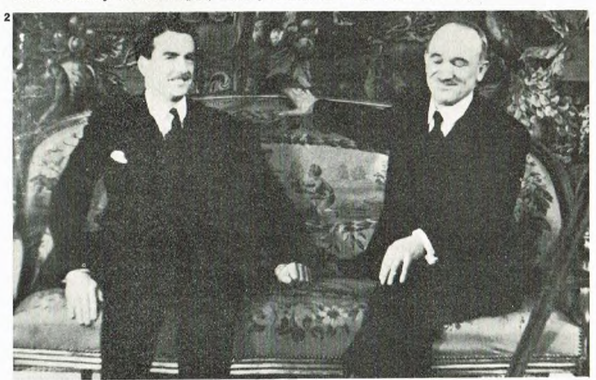


1 **Andrej Hlinka, sacerdote católico y líder nacionalista eslovaco. Su Partido del Pueblo Eslovaco exigía la autonomía de Eslovaquia.** *2* **Rudolf Jung, líder nazi de los nacionalistas alemanes en Checoslovaquia hasta 1933.**

Al mismo tiempo, el grupo del Castillo se radicalizaba una vez más dentro de la tendencia republicana, guiado por la nueva generación que representaban Eduard Benes y Jan Masaryk, este último hijo del Presidente. Fue éste el grupo que asumió nuevamente el liderazgo del Estado checoslovaco, en el preciso momento en que no sólo estaba amenazado su progreso interno, sino también su independencia.

1


1 Thomas Masaryk (a la derecha) con el rey Fuad de Egipto durante la visita oficial del monarca a Praga. *2* Encuentro de los ministros de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña y Checoslovaquia, Eden y Benes, en Praga (abril de 1935).

2


El peligro más grande no fue la profunda crisis económica —aunque evidentemente le afectó muchísimo—, sino los nuevos factores políticos del desarrollo europeo que nacieron de esta crisis: la quiebra de la Liga de las Naciones, la reaparición de políticas poderosas y el intento de redefinir la Europa oriental.

Estos acontecimientos representaron una amenaza directa contra el sistema republicano en Checoslovaquia, contra la existencia independiente del Estado. Así comenzó el amargo, desigual duelo entre la República Checoslovaca y el poder totalitario de la Alemania nazi. Esta larga y compleja lucha tuvo como único objetivo —del lado alemán— la destrucción de la democracia checoslovaca, objetivo que fue vigorosamente rechazado por los checos.

La lucha empezó incluso antes de que Hitler tomara el poder en Alemania. A finales de 1930, inmediatamente después de la primera gran victoria del nacionalsocialismo en las elecciones alemanas, Hitler comenzó a preparar sistemáticamente la creación de un gran Estado nacionalsocialista alemán en Centroeuropa. Los planes posbélicos de unificar Alemania, Austria y los sectores alemanes de Bohemia, iban a realizarse a través de golpes maestros asestados por los partidos nacionalsocialistas alemanes.

En relación a los acontecimientos exteriores, el Partido Nacional Socialista de Checoslovaquia, conducido por Rudolf Jung, ganó el control del movimiento nacionalista alemán dentro de Checoslovaquia, y desde los comienzos de 1931 se comprometió en la preparación de un golpe de Estado.

La toma del poder por Hitler en Alemania señaló una nueva fase, mucho más pronunciada, en la lucha de la democracia checoslovaca contra el nazismo. La defensa estaba en manos de la generación más joven del grupo del Castillo. Se trataba de dar fuerzas a la República poniendo en práctica el programa de Masaryk de una democracia política, económica y social. Debía superarse la depresión y sus consecuencias sociales, mediante una política de capitalismo estatal parecido al *New Deal* de Roosevelt. Una vez enfrentados con el peligro nazi, la defensa no podía ya basarse en la tolerancia de Masaryk ni en las libertades democráticas. En 1933, el Partido Nazi de Jung fue declarado ilegal, y vencidos los grupos fascistas checos.

Sin embargo, la tendencia nacionalista alemana de corte antirrepublicano modificó su estrategia de acuerdo con las circunstancias. Cuando se desintegró al Partido Nazi, se lo reemplazó por un nuevo movimiento dirigido por Konrad Henlein. Se trataba de un grupo de vanguardia, integrado por intelectuales alemanes nacionalistas, seguidores del sociólogo austríaco Othmar Spann, e influidos por el fascismo italiano y por la mayoría de los miembros del anterior Partido Nazi. Dicho grupo llevó una política algo más variada que la del Partido Nazi dirigido por Jung. Agrupados en la así llamada *Kameradschaftsbund* (Liga de Camaradería), los intelectuales de Spann se mantuvieron alejados del movimiento, e intentaron establecer un bloque nacional alemán en Checoslovaquia. Tenían contactos muy estrechos con el movimiento fascista austríaco. Por otro lado, los miembros nazis dieron al movimiento no sólo el necesario carácter masivo, sino también fuerza material por la ayuda proveniente de Berlín. Henlein, oscilando entre los dos grupos, se las arreglaba para ganar el apoyo de ambos.

En las elecciones de mayo de 1935, el *Sudetendeutsche Partei* (Partido de los Su-

detes Alemanes) recibió el 66 por ciento de todos los votos alemanes. De esta manera el movimiento de Henlein logró debilitar a la corriente republicana alemana, y al régimen republicano democrático en su totalidad, por encima del apoyo que el régimen había ganado para sí de parte de los comunistas.

La lucha por la democracia

Mientras tanto, el Gobierno checoslovaco hacía todos los esfuerzos posibles por fortalecer la línea republicana en los otros países. Estaba convencido de que un Estado tan pequeño como Checoslovaquia fracasaría en su defensa contra el poder superior de la Alemania de Hitler, si no contaba con apoyo. En 1933 y en 1934 el Gobierno trató de contratar una integración política y económica de la «Pequeña Alianza», con la esperanza de reforzar su posición mediante el apoyo de sus aliados, Yugoslavia y Rumania.

A comienzos de 1936, la lucha checoslovaca por la democracia y la soberanía estatal tenía ciertas posibilidades favorables. Existían dos facciones en Europa: una, basada en el eje Berlín-Roma; la otra, en la unión París-Praga-Moscú. La primera, fascista, estaba en la ofensiva; la otra, de la que esperaba ayuda Checoslovaquia, tenía un carácter heterogéneo, pero era potencialmente más fuerte. Los acontecimientos internos checoslovacos habían cambiado favorablemente en algunos aspectos. El frente nacionalista alemán, dirigido por Henlein, comenzó a romperse. A comienzos de 1936 era un mosaico de facciones mutuamente hostiles, con una fuerza política paralizada. Los partidos republicanos disfrutaron de un período de revitalización. A los 85 años, Masaryk renunció a su cargo de presidente, dejando así lugar a Eduard Benes.

Sin embargo, en marzo de 1936 la situación cambió bruscamente. Cuando Alemania volvió a ocupar la Renania, Francia —temiendo la agresión alemana— se desentendió de sus viejas obligaciones con la Europa oriental, así como del tratado de asistencia mutua con Moscú. De ahí en adelante, Europa oriental comenzó a desintegrarse. Los Estados comenzaron individualmente a orientar su política en dirección al eje Berlín-Roma; el nazismo y el fascismo ganaban preeminencia a lo largo de toda el área. Checoslovaquia se encontró repentinamente aislada.

En el verano de 1936 se había reconstruido el frente nazi. El partido de Henlein resurgió mediante el apoyo político proveniente de Londres —donde muchos creían que la política planteada por éste no sería extremista— y, sobre todo, por la intervención de Berlín. El grupo de los intelectuales seguidores de Spann perdió su posición de liderazgo, mientras Henlein se adhería inequívocamente al movimiento nazi de Hitler. Además del apoyo financiero y político, Hitler intentó asegurar el crecimiento del movimiento en Checoslovaquia por medios diplomáticos. Ofreció un pacto bilateral, similar al Pacto de Julio establecido con Austria. Benes se negó a concretar un acuerdo político con Hitler, ya que hubiera sometido a su país a una dependencia total con la Alemania nazi.



Miembros de las fuerzas armadas yugoslavas, rumanas y checoslovacas reunidos en Praga el 6 de julio de 1938 como muestra de la solidaridad interna de la Pequeña Entente.

El aislamiento político de Checoslovaquia, las actividades del frente interno nazi y la presión creciente desde Berlín tuvieron, inevitablemente, efecto sobre la política del Castillo.

Desde mediados de 1936 el bloque antinazi, republicano y democrático, dirigido por el grupo del Castillo, comenzó a debilitarse. Se desintegraban rápidamente los partidos republicanos alemanes. Pero, en 1938, la amenaza proveniente de Alemania provocó un resurgimiento de las defensas checoslovacas, nuevamente bajo la conducción del grupo del Castillo.

En esta lucha desigual, Checoslovaquia se defendió más que ninguno de los otros Estados, de cuantos se convirtieron en blanco de la agresión alemana. Aun en el momento más crítico —en septiembre de 1938— el frente interno pudo resistir y liquidar en pocas horas un golpe nazi perpetrado por el partido de Henlein.

Pero la lucha checoslovaca por la independencia y la democracia era sólo un elemento pequeño en medio del gran juego que se desarrollaba en Europa, Asia, África y América. En este juego de poder, la lucha checoslovaca fue vista por muchos como un asunto desagradable e irritante. Y así, el 29 de septiembre de 1938, las potencias reunidas en Munich —Gran Bretaña, Alemania, Italia y Francia— hicieron un tratado poniendo fin a esta lucha y entregando el país a Alemania, considerada dueño natural de toda la zona.

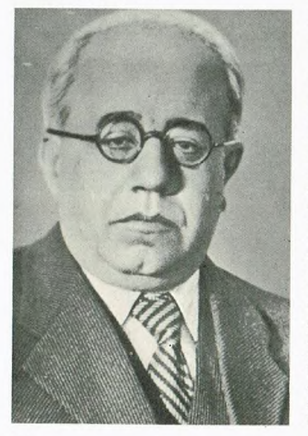
Esta intervención de las potencias terminó con Checoslovaquia. Liquidó su régimen democrático, forzó a sus defensores a dejar el país. Cerró un breve episodio de la historia europea: un intento de construir un régimen democrático en un pequeño y nuevo Estado, ubicado en el centro de la inestable Europa de los años de entreguerras. Tuvo lugar como uno de los muchos intentos —siempre vanos— de crear una sociedad armoniosa en Checoslovaquia, o en cualquier otro lugar enfrentado a las fuerzas reaccionarias de dentro o de fuera.

Vera Olivová

La Segunda República Española

Desde la perspectiva que brinda el último tercio de siglo transcurrido, se va haciendo evidente que la proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, no supuso tanto un corte histórico como la apertura de una nueva fase en el ciclo «regeneracionista» abierto en 1898.

Manuel Azaña, político, escritor y orador, presidente del Ateneo de Madrid y Premio Nacional de Literatura (1926); ministro, jefe de gabinete y presidente de la República, fue una de sus más ilustres pero también más discutidas figuras.



Ese corte histórico —un verdadero «punto y aparte»— llegaría cinco años después, en 1936, al cerrarse el ciclo con la guerra civil. Puro regeneracionismo supuso, en efecto, el programa político de don Manuel Azaña —la gran figura «descubierta» por el régimen—, en cuanto apertura liberadora hacia las Españas marginales, o, según la expresión de Marichal, «hacia las Españas subyacentes». El propósito no era una novedad; pero contaba, esperanzadoramente, con un éxito de entrada: la colaboración efectiva del Partido Socialista, solicitada ya, sin éxito, por la Dictadura y por la situación epigonal de la monarquía. Para medir la importancia de este hecho, basta recordar una realidad histórica primaria: toda la etapa contemporánea, en el mundo occidental —y en España, por supuesto— puede ser resumida en dos procesos revolucionarios: el liberal, de base social burguesa, que liquidará la antigua estructura estamental; y el socialista, cuya base es el «cuarto estado» y cuyos objetivos oscilan entre un maximalismo abocado a la dictadura proletaria, o a un equilibrio integrador, de cauce sinceramente democrático, cuya finalidad estará en el revisionismo a fondo de los fallos sociales de la revolución liberal.

En 1874, la Restauración canovista se había operado sobre los términos dialécticos de la revolución liberal; pero incluso esa síntesis tuvo un carácter más aparencial que efectivo, y las presuntas conquistas políticas de la llamada «izquierda dinástica» agravaron en realidad el divorcio entre lo que Costa llamaría «España oficial y España real»: lo arcaico de las estructuras sociales y económicas marginaba, de hecho, a amplias masas de población, inhibidas de sus teóricos derechos ciudadanos. Y a medida que fue pasando el tiempo, los sectores de opinión sólo ficticiamente incluidos en el censo electoral empezaron a ser polarizados por la nueva era revolucionaria de inspiración socialista. La versión regeneracionista posterior a la guerra mundial —la de los gobiernos de concentración y la legislación social programada por Eduardo Dato; la de Primo de Rivera en su Dictadura; la de la propia República— intentaron una nueva síntesis, de cara a esa amplísima parcela de la realidad nacional marginada por el llamado «turno pacífico». La apertura de Primo de Rivera hacia el socialismo —fuera del sistema parlamentario— fue un éxito aparente, desvanecido apenas cayó el dictador (Indalecio Prieto inició la obra demoledora de la monarquía). La preocupación efectiva de Alfonso XIII por integrar el gran partido obrero, de un modo u otro, en el Gobierno, no halló en él eco ni cauces. Los socialistas aparecerían por primera vez en el poder el 14 de abril de 1931. «La revolución del 14 de abril —señalaría muy exactamente, en un texto famoso, José Antonio Primo de Rivera— trajo no menos que esto, y esto sí que era su aportación más profunda y más interesante: la incorporación de los socialistas a una obra de gobierno no exclusivamente proletaria.»

Desde el primer momento la República se abría, pues, como una esperanza: la de una nueva forma de convivencia, un nuevo proyecto de vida en común, en expresión de Ortega, que hallaba su símbolo en la coincidencia de Alcalá Zamora y Miguel Maura —dos exmonárquicos alfonsinos—, con Prieto y Largo Caballero, en el Gobierno provisional que inauguraba el nuevo régimen. Pero, de hecho, ese intento de nueva síntesis quedaría destruido muy pronto, en cuanto la realidad política se polarizase en un doble divorcio —el de la ultraderecha, inconciliable con las instituciones; el de la ultraizquierda, dispuesta al rompimiento con todo lo anterior.

El impacto de la crisis económica

Conviene señalar, ante todo, que la República tuvo que enfrentarse, fatalmente, desde su advenimiento, con una realidad adversa y gravísima, ajena a la marcha de la vida política española, pero decisiva como factor perturbador de su cauce y de sus direcciones: la que supuso el impacto de la crisis mundial, que alcanzaría su máxima hondura en 1933. El cierre de mercados, el retroceso acusadísimo de importantes sectores de producción, iban a provocar, coincidiendo con el cambio de régimen, un paro obrero en proporciones hasta entonces desconocidas en España.

Cierto que el impacto de la crisis mundial fue aquí muy relativo, si se lo compara con otras áreas económicas afectadas de lleno por el desastre financiero de Wall Street. Así y todo, basta seleccionar algunos datos para percibir el clima de depresión acusado en que la popularidad o la eficacia de la República se vieron comprometidas decisivamente. Después de un primer descenso en el volumen del comercio exterior, en 1932, la situación permanece más o menos estable, pero en bajísimo nivel (un 33 por 100 respecto a las cifras de 1928). Las exportaciones sumaron 588,2 millones de pesetas oro en 1935, frente a 2.183,5 millones en 1928. Las importaciones bajaron, durante el mismo período, de 3.005 millones de pesetas oro a 876,1 millones. El descenso de las exportaciones, sobre todo para el bienio 1932-1933, afectó en primer término a las industrias extractivas (hierro, cobre, plomo, sales potásicas, mercurio, carbón); la producción siderúrgica retrocedió violentamente: en menor escala, la producción textil —a cuya recuperación contribuiría el mercado interior, estimulado por la política de salarios altos practicada por la coalición republicana del primer bienio—. En el sector agrario una estimación global denota un cierto equilibrio, determinado por las excelentes cosechas trigueras de 1932 y 1934; pero los grandes artículos de exportación —el olivo, la vid, los agrios— se vieron afectados, simultáneamente, por el repliegue de los mercados internacionales. Es interesante observar que los máximos focos de agitación campesina durante los años de la República, coinciden con las áreas agrícolas más castigadas por la crisis —zonas andaluza, manchega y extremeña—, puestas peligrosamente en tensión, desde el punto de vista político, por la ineficaz reforma agraria convertida en ley en 1932.

Por otra parte, el descenso de producción —de actividad económica— en los distintos sectores que registraron el impacto depresivo, coincide con un simultáneo aumento de la población laboral: no sólo porque descendió el ritmo de las emigraciones, sino porque éstas invirtieron su signo. El paro obrero osciló entre los 700 y los 600 mil obreros sin trabajo en los cinco años que precedieron a la guerra civil. Esta masa de población inactiva, que incrementaría de continuo los efectivos humanos de las grandes sindicales obreras (en 1931, los 511 sindicatos de la C.N.T. agrupaban a 8.000 afiliados; en 1936, la Confederación se equilibraba con la U.G.T.: un millón de cotizantes aproximadamente), explica, por sí sola, la crispada tensión interna registrada a partir de 1931 en el país. Al mismo tiempo, la imposibilidad de atender a las reivindicaciones proletarias desde el poder, iba a traducirse en una posición ventajosa, por parte de la apolítica C.N.T., respecto a la U.G.T. socialista, implicada en la obra política del régimen. La inquietud del socialismo, en trance de ser desplazado, en su prestigio ante las masas insatisfechas, por la irresponsable apelación revolucionaria de sus rivales anarquistas, acabaría, a la larga, por sumar el partido obrero a una posición antiparlamentaria, en el trance revolucionario de octubre de 1934. Y esa escasa sinceridad parlamentaria, evidente ya en la época del Frente Popular, según la actitud de Largo Caballero, había de doblar, a su vez, las razones de las derechas reticentes siempre con las fórmulas democráticas. Las intransigencias excluyentes, maximalistas, de unos y otros, se reparten sin duda la responsabilidad en el naufragio.

Etapas de la II República.
El Gobierno provisional

La II República española puede distribuirse cronológicamente en cuatro tiempos: *a*) Etapa inicial, bajo el Gobierno provisional presidido por Alcalá Zamora. *b*) Bienio social-azañista. *c*) Bienio radical-cedista. *d*) Frente Popular.

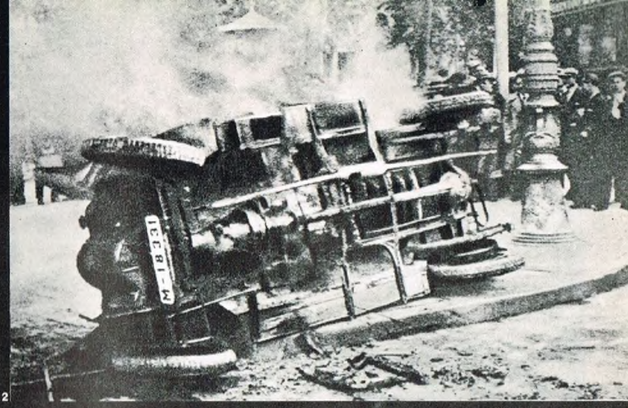
De estos cuatro tiempos, sólo el primero supone —en su planteamiento, al menos— un intento de equilibrio no necesariamente vindicativo, triunfalista. Alcalá Zamora y Miguel Maura representaban en aquel Gobierno un cierto sentido de continuidad; un empeño de transformaciones políticas y sociales «desde» una fundamental estabilidad dentro de un orden civilizado. En su libro *Así cayó Alfonso XIII*, Miguel Maura ha defendido la actitud y el intento, con una nostalgia histórica que realmente sólo tiene un punto de apoyo en la euforia del 14 de abril. Porque muy pronto, esa esperanzadora convivencia de derechas e izquierdas de burgueses y proletarios, se quebraría en un sentido maxi-

En mayo de 1931, escasamente un mes después de la proclamación de la República, ciertas manifestaciones de elementos monárquicos exasperan el extremismo anticlerical, cuyos adeptos incendian y asaltan numerosos templos y conventos en Madrid y Andalucía.









Izquierda: grupo de sindicalistas del ramo de la construcción detenidos en Barcelona (septiembre de 1931).

1 Destierro del cardenal Segura, primado de España (junio de 1931); personalidad abiertamente monárquica, el prelado creó dificultades a la República.

2 El automóvil del marqués de Luca de Tena, director y propietario del periódico monárquico «ABC», incendiado durante los sucesos de mayo de 1931.

3 Cola ante un colegio electoral madrileño en noviembre de 1933.

4 Azaña, jefe del Gobierno, junto al general Franco (La Coruña, 1932).

5 El Gobierno presidido por Azaña en un acto oficial; a la derecha de Azaña, Largo Caballero; a su izquierda, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos.









Extremistas muertos en enero de 1933 por la fuerza pública en la represión que siguió a los sucesos de Casas Viejas.

malista, bajo la ruda embestida de las fuerzas empeñadas en sustituir las transformaciones desde arriba por la revolución desde abajo.

El extremismo maximalista se manifestó en tres direcciones: la primera, a cargo del separatismo catalán y vasco, planteados el mismo 14 de abril en Barcelona y en Eibar; la segunda, con la agitación anticlerical que hizo explosión en mayo —incendios de templos y casas religiosas en Madrid y Andalucía—; la tercera, con el rompimiento del anarco-sindicalismo con el régimen, base de la tensión social característica del primer bienio republicano.

Frente a estos tres conflictos, el Gobierno provisional siguió táctica muy diversa: pactando con la situación creada en Barcelona por Francisco Macià (que había proclamado, por su cuenta, la «República catalana, federada a las otras Repúblicas ibéricas», el mismo 14 de abril), mediante la concesión de un cauce autonómico, previo incluso a los textos constitucionales definitivos —la llamada *Generalitat*—; inhibiéndose en el conflicto religioso o sacando partido de él para una sistemática política anticlerical; y enfrentándose duramente con la subversión anarquista. La C.N.T. había apoyado a la República al producirse el hundimiento de la Dictadura: ya en 1930 se decidió esta táctica en el seno de la poderosa sindical anarquista. Pero no tardó en reanudarse el enfrentamiento entre el apoliticismo de la C.N.T. y el «colaboracionismo» socialista. Jalonando todo el primer bienio republicano, la tensión entre unos y otros iba a ser una constante que culminaría en los sucesos de Sevilla (junio-julio de 1931); en la huelga revolucionaria de la cuenca del Llobregat (enero de 1932); y en los sucesos de enero de 1933, cuya manifestación más grave, por sus posteriores repercusiones políticas, tendría lugar en Casas Viejas.

Este triple conflicto provocado por los extremismos maximalistas traería muy pronto, en la inquietud sembrada por el desorden, y especialmente por las cenizas sacrílegas de mayo, una definición de posturas que vino a clausurar el margen de confianza brindado al régimen por una masa neutra, indecisa y esperanzada hasta entonces, y que rompió el equilibrio y la armonía en el mismo seno del Gobierno. El texto constitucional —que empezó a discutirse apenas reunidas las Cortes, en las que se había reflejado el empuje socialista y republicano de todos los matices— quiso ser un generoso refrendo de libertades políticas y garantías sociales. Pero los artículos anticlericales en él insertos trajeron la razón inmediata de la primera crisis de Gobierno. Alcalá Zamora y Miguel Maura dimitieron, respectivamente, la presidencia del Gobierno y la cartera de Gobernación; Azaña, encarnación de la izquierda jacobina y de la voluntad de acuerdo con el socialismo, encabezaría el nuevo Gabinete. Cuando, cerrado en noviembre el ciclo constituyente, Alcalá Zamora fue elevado a la presidencia de la República —para apartarle de una campaña política de tipo revisionista—, Azaña refundió su Gobierno: la vieja tradición republicana encarnada por Lerroux, de orientación centrista, desfasada como un lastre conservador por la nueva izquierda que aquél encarnaba, fue entonces separada también del poder. Comenzó entonces, propiamente hablando, el llamado bienio social-azañista, interesante experiencia política en la que Azaña actuaría como ariete y encauzador de una obra de gobierno fuertemente matizada por la orientación socialista, en la que destacaban dos figuras muy diversas: Indalecio Prieto y Francisco Largo Caballero.

El bienio social-azañista

Nuestro juicio sobre Azaña, la gran figura de este momento histórico, ha pasado por varias alternativas desde aquellos mismos días de apasionada acción y apasionada reacción. En su tiempo fue ensalzado hasta las nubes por la izquierda, y denostado hasta el extremo de lo repugnante e injusto por la derecha. Hoy le vemos, a través de su obra de magnífico escritor (sin duda, una de las mejores plumas y de las mentes más selectas de la generación literaria de 1914), como un intelectual de izquierda convertido en dictador jacobino: un dictador parlamentario, que no dudará en conculcar la ley —la propia ley— cada vez que sea preciso, para asegurar, en su concepto, la salvación de la República, de la que, por lo demás, él se considera casi como encarnación exclusiva; y que cifra su programa, más que en una labor constructiva, en la destrucción de las «ciudadelas de la vieja España», lo que convierte la obra revolucionaria —o reformista, si se quiere— en un germen de inquietudes sin la contrapartida de una sólida plataforma para nuevos modos de convivencia. Así, su interesante legislación de reformas militares, si pudo servir de base para acuñar un moderno y eficiente ejército republicano, se quedó, en realidad, en simple trituración de lo que había; y lejos de captarle adeptos, le cosechó reservas y rencores entre una oficialidad humillada sin compensaciones. La legislación en materia eclesiástica, orientada por sus propias definiciones, tenía por fin arrancar el viejo poder de la Iglesia sobre la sociedad española. También aquí, en lugar de buscarse el acomodo, por vía concordataria, para una clara separación de las dos esferas —Iglesia y Estado— que dejase en plenitud la dignidad y la libertad de cada una de ellas (tal había sido, en su tiempo, el empeño de Canalejas), todo pareció supeditarse a una inne-

Páginas siguientes: **dibujo alusivo a la sublevación militar del 10 de agosto de 1932, de la que Sanjurjo fue el jefe y Sevilla uno de los focos principales; retorna ya aquí la bandera de la monarquía: el descontento provocado en el Ejército y las derechas por la actuación del gobierno Azaña afecta asimismo a los elementos monárquicos.**

cesaria y peligrosa persecución del sentimiento religioso, vejado y escarnecido en todos los órdenes. En cuanto a la reforma agraria, que debía remediar uno de los grandes fallos estructurales de la sociedad española, distó mucho de resolver el problema campesino; cargada de sentido político mucho más que de contenido económico-social, se encaminaba sencillamente a destruir la fuerza de los terratenientes, y en especial, de la vieja aristocracia, pero convertía en un sueño, a realizar en lejanísimo plazo, la redención efectiva de los campesinos sin tierra.

Quizá la única obra que pudo considerarse como un éxito efectivo —aunque sólo provisional— fue la relativa al nacionalismo catalán, logrando a través de un estatuto autonómico elaborado y aceptado plebiscitariamente en Cataluña, y aprobado en 1932 en las Cortes Constituyentes. Pero curiosamente, esta reforma estaba mucho más próxima a los antiguos objetivos de la *Lliga Catalana* que a los más radicales de la izquierda —*Esquerra Republicana, Acció Catalana, Estat Català*—, aunque ella fuera la beneficiaria de la nueva situación. Y por lo demás, de la matización política que esta obra descentralizadora tuvo, sería buena muestra el hecho de que el país vasco, cuyos grupos autonomistas tenían entonces una profunda significación tradicionalista, vaticanista incluso, no lograra la misma atención que el catalán para sus reivindicaciones.

En general, durante el bienio social-azañista se tocaron demasiados resortes, y, lo que es más triste, ello se hizo con escaso tacto, diríase que con el designio premeditado de provocar la reacción violenta de los sectores atacados. Y la inquietud y el desorden fueron la tónica de todo el período. La extrema izquierda proletaria, que se consideraba burlada, de una parte, y la extrema derecha, que no aceptaba unas reformas por lo demás mal planteadas, condicionaron la actuación del jacobinismo en el poder, que avanzaría en su obra abriéndose camino mediante golpes a la derecha y golpes a la izquierda. En agosto de 1932, el fracasado pronunciamiento del general Sanjurjo —sobre dos únicas bases, en Madrid y Sevilla—, permitió a Azaña hacer avanzar sus proyectos legales —la ley de Reforma Agraria, el Estatuto Autonómico Catalán— mediante una fuerte represión de la derecha, estuviera o no implicada en los sucesos. En 1933, la amenaza vino de parte de las organizaciones libertarias. La represión a la izquierda tuvo su expresión más cruenta en los famosos sucesos de Casas Viejas.



La policía cachea a los asistentes a la Asamblea de Defensa Agraria celebrada en octubre de 1933 en la plaza de toros Monumental de Barcelona *(arriba)*. **La terraza de un famoso café barcelonés** *(abajo)* **fotografiada aquellos mismos días pone a la escena superior un contrapunto pacífico.**

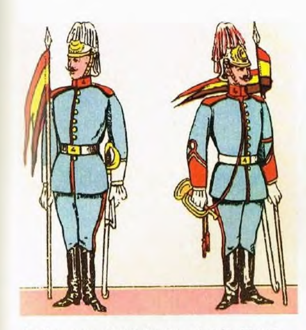




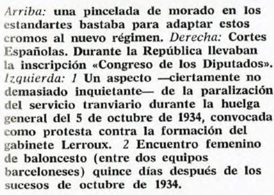

¡VIVA
EL

1

2






Arriba: **una pincelada de morado en los estandartes bastaba para adaptar estos cromos al nuevo régimen.** *Derecha:* **Cortes Españolas. Durante la República llevaban la inscripción «Congreso de los Diputados».** *Izquierda: 1* **Un aspecto —ciertamente no demasiado inquietante— de la paralización del servicio tranviario durante la huelga general del 5 de octubre de 1934, convocada como protesta contra la formación del gabinete Lerroux.** *2* **Encuentro femenino de baloncesto (entre dos equipos barceloneses) quince días después de los sucesos de octubre de 1934.**

Pero este episodio alcanzaría una repercusión y trascendencia fatales para el Gobierno. Porque vino a poner de relieve, de un lado, el escaso éxito de la reforma agraria; y de otro, la fragilidad de la coalición izquierdista que ocupaba el poder, cuando hubo de enfrentarse con una violenta ofensiva parlamentaria. Y, sobre todo, le ganó tal descrédito en la opinión general del país, que dos apelaciones parciales al sufragio —una para renovar cierto número de ayuntamientos, otra para la designación de miembros del Tribunal de Garantías Constitucionales— se tradujeron en sendas derrotas de los candidatos oficiales. Era evidente que la situación parlamentaria se hallaba divorciada de la mayoría del país. Planteada la crisis ministerial, y tras una breve gestión de Lerroux, Alcalá Zamora encargó a Martínez Barrio, radical como aquél, la misión de formar Gobierno y de disolver el Parlamento.

Las elecciones de 1933

La respuesta del cuerpo electoral a la nueva convocatoria, iba a diferir mucho de la que diera en 1931. Un hecho nuevo, en el plano político y en el plano social, se había producido al margen de la plataforma combativa del parlamento durante los años del azañismo triunfante en el poder: la aparición de una derecha de matiz confesional, pero dispuesta a actuar dentro de la legalidad republicana, proclamándose ante todo indiferente a las formas de Gobierno y planteando un nuevo posibilismo en la frontera del régimen. Su núcleo originario fue el grupo juvenil de Acción Popular, orientado por Angel Herrera, pero que halló su caudillo en las Cortes Constituyentes, en la figura de José María Gil Robles, diputado de la pequeña minoría agraria, sin base suficiente en el Parlamento izquierdista para flexionar la legislación desplegada por Azaña y sus aliados, pero no menos decisivo por ello en su acción política —dentro y fuera de las Cortes— para articular una alternativa posible a la dictadura jacobina del primer bienio. Seguir los discursos de Gil Robles a lo largo de toda esta etapa nos permite percibir su doble objetivo, cumplido durante aquellos años: dar réplica a Azaña partiendo precisamente de la legalidad que, una vez montada, aquél conculca una y otra vez, en lo que pudiéramos llamar una contraofensiva antijacobina; y en segundo lugar, desplegar de cara al país una propaganda que tenía mucho de educativa, de pedagógica, en cuanto se proponía captar a la derecha para una *labor constructiva* dentro del régimen, encaminada a la rectificación de éste —especialmente en sus aristas sectarias— para hacerlo habitable a los sectores de opinión disconformes con el triunfalismo revolucionario del primer bienio.

El fracaso de Sanjurjo en agosto de 1932, al descartar de momento la posibilidad de nuevas apelaciones a la violencia por parte de las derechas, abriría camino a las fórmulas posibilistas de Gil Robles.

Durante los últimos meses de 1932 y a lo largo de 1933, la Acción Popular conoció un desarrollo extraordinario. Luego, mediante un acuerdo con la Derecha Regional Valenciana, dirigida por Luis Lucia, dio paso a un nuevo partido: la C.E.D.A. (Confederación Española de Derechas Autónomas), que aspiraría a ser como una aclimatación en España de las organizaciones democristianas existentes en otros países de Europa.

Al producirse la crisis de octubre de 1933, la C.E.D.A. estaba perfectamente a punto; era ya un poderoso instrumento político. El ensanchamiento de sus filas —como el que simultáneamente experimentó el centrismo lerrouxista— reflejaba con precisión el paralelo hundimiento del crédito disfrutado en los albores del régimen por la coalición social-azañista. Y las elecciones de 1933 registraron puntual-



El famoso escritor francés André Maurois entre Carles Soldevila, secretario del *Conferència Club*, e Isabel Llorac, presidente de la misma institución; la fotografía está tomada en ocasión de la conferencia dada por Maurois en Barcelona (1933) sobre el tema «Cómo y por qué se escribe una novela». Por aquel entonces, Barcelona conoció un gran esplendor cultural.

mente esta realidad. La C.E.D.A. y sus aliados más próximos de derecha sumaban en la nueva Cámara 217 puestos; 163, el centro —radicales y *Lliga*, fundamentalmente—. Las izquierdas obtuvieron sólo 93 escaños: de ellos, 53 los socialistas. El partido de Azaña —Acción Republicana— no obtuvo más que seis puestos.

«¿Cómo fue posible —se pregunta el profesor Vicens Vives, comparando estos resultados electorales con los que se registraron para las Cortes Constituyentes— un cambio de mentalidad tan radical en la opinión pública española entre 1931 y 1933?» En nuestra opinión, el *cambio de mentalidad* no fue tan radical como Vicens lo estima. Decididas las elecciones por la inmensa masa neutra del país, ésta se limitó a exponer su disconformidad con la interpretación republicana del primer bienio, pero *sin que esa disconformidad implicase, todavía, un repudio del mismo régimen*. El ensayo izquierdista, desarrollado con escaso tacto y trabado por la peculiarísima posición del partido socialista durante él, decepcionó a sectores muy amplios del país; pero la República no había mostrado hasta el momento más que una de sus posibles facetas: la de la izquierda. El cuerpo electoral solicitaba con su voto una revisión de la obra realizada durante el primer bienio del régimen, pero no un retorno a la monarquía.

En su oposición al bienio izquierdista, esa opinión se canalizó en dos direcciones: la del templado estancamiento del radicalismo en el caso de aquellos a quienes no decía nada el problema religioso —vadeado por Lerroux—; y la del nuevo partido fundado por Gil Robles en el sector de quienes, dejando a un lado de momento la cuestión del régimen, querían salvar, por encima de todo, el tradicional concepto católico de la vida que, en todas sus formas, había intentado dinamitar la coalición social-azañista. Y así, los dos partidos mayoritarios en la Cámara de 1933 fueron la C.E.D.A. y el radicalismo.

Durante el año 1934 —un año verdaderamente crucial— iba a ponerse a prueba la flexibilidad democrática de los sectores de opinión ahora vencidos en las urnas, para «saber perder». O, dicho de otra forma, la viabilidad del mismo régimen como ámbito político de convivencia de unos y de otros.

Carlos Seco Serrano

La autonomía de Cataluña

La política anticatalanista llevada a cabo por Primo de Rivera durante la Dictadura no hizo más que acrecentar la fuerza y el espíritu de los grupos de oposición, y singularmente de los catalanistas...

La disolución de la *Mancomunitat*, la persecución a que fue sometida la lengua y cultura catalanas (prohibición del catalán incluso en el culto religioso), la clausura de entidades y asociaciones, etc., acentuó el carácter radical del catalanismo político y el desprestigio de la *Lliga Regionalista*, que había saludado con júbilo la instauración de la Dictadura y que evolucionaba cada vez más hacia posturas conservadoras. Las actividades, más espectaculares que efectivas, del grupo nacionalista *Estat Català* (intento de asesinato de Alfonso XIII en Garraf en 1925, frustrada invasión desde Prats de Molló en 1926), que dirigía Francesc Macià, y el enfrentamiento de la mayor parte de la intelectualidad catalana frente a la Dictadura, supuso que, una vez caída ésta, los grupos políticos catalanistas republicanos aparecieran en la escena política como los que contaban con mayor simpatía popular. La presencia de tres representantes del catalanismo republicano (Carrasco i Formiguera, J. Aiguadé y M. Mallol) en el Pacto de San Sebastián significó el compromiso por parte del futuro Gobierno republicano de resolver el problema catalán otorgando al Principado un régimen constitucional especial.

Ante las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 el catalanismo político aparecía fragmentado en diversos grupos: la *Lliga* representaba la continuidad



Francesc Macià, Presidente de Cataluña, habla en Barcelona desde la Generalidad.



Recepción tributada al presidente Alcalá Zamora a su llegada a Barcelona (27 de abril de 1931) para solventar las divergencias surgidas entre Cataluña y el Gobierno de Madrid.

monárquica y el sector más conservador; *Acció Catalana* era un partido formado fundamentalmente por intelectuales y profesionales de tendencia liberal; y *Esquerra Republicana de Catalunya* constituida por republicanos nacionalistas y sectores de la pequeña burguesía urbana y rural, y con gran influencia sobre la *Unió de Rabassaires.* El triunfo electoral de la *Esquerra* significó que su principal dirigente, Macià, proclamase, el mismo 14 de abril, la República Catalana en el seno de una España federada, mientras en el conjunto del Estado español se instauraba el régimen republicano. Pocos días después, por presión del Gobierno provisional republicano de Madrid, que no aceptaba una constitución federal, la República Catalana fue sustituida por un Gobierno regional autónomo que recibió el nombre de *Generalitat de Catalunya* y que presidió el mismo Macià.

La *Generalitat* encargó a una comisión la redacción de un proyecto de Estatuto de Autonomía en el que se especificaba que Cataluña se constituiría en «Estado autónomo dentro de la República Española». Este proyecto fue aprobado por casi la totalidad de los ayuntamientos de Cataluña y masivamente en un plebiscito popular con más del 99 % de votos afirmativos (2 agosto 1931). Sin embargo, el proyecto fue sensiblemente alterado, en el sentido de disminuir notoriamente sus atribuciones, por las Cortes republicanas, donde monárquicos, agrarios y republicanos conservadores pusieron toda suerte de obstáculos a su aprobación. Tras la sublevación de Sanjurjo (10 agosto 1932), el gobierno Azaña se vio obligado a acelerar las discusiones y el Estatuto de Cataluña fue aprobado el 9 de septiembre de 1932. Según él, Cataluña se constituía en región autónoma dentro del Estado español con un órgano representativo de poder, la *Generalitat,* compuesto por el Parlamento catalán, el Consejo Ejecutivo y el Presidente. El catalán, con el castellano, pasaba a ser idioma oficial. Las atribuciones de la *Generalitat* eran: legislación civil, obras públicas, beneficencia, sanidad, educación y cultura, finanzas locales, justicia y orden público. Francesc Macià fue elegido Presidente de la *Generalitat* por el Parlamento catalán, en el que *Esquerra Republicana* tenía una mayoría abrumadora. A la muerte de Macià (25 diciembre 1933) fue elegido presidente Lluís Companys, dirigente de la *Esquerra.*

Tras las elecciones generales de noviembre de 1933, en las que triunfaron las fuerzas de centro-derecha, apareció un claro antagonismo entre el Gobierno de Madrid, formado por radicales de Lerroux con el apoyo de las derechas (C.E.D.A.), que pretendía dar marcha atrás al proceso reformista del bienio social-azañista, y la *Generalitat,* dominada por la *Esquerra,* que necesitaba atender a las reivindicaciones sociales de su base electoral y mantener una cierta entente con el movimiento obrero. Cuando el Parlamento catalán aprobó la Ley de contratos de cultivo, favorable al acceso a la propiedad de la tierra de arrendatarios y aparceros, la *Lliga* presionó para que el Gobierno de la República declarara anticonstitucional tal proyecto de ley (abril-junio 1934). La pugna entre el Gobierno autónomo y el central se radicalizó cuando en octubre entraron a formar parte del Gobierno de la República tres miembros de la C.E.D.A., partido que no había declarado su fidelidad al régimen. Companys pretendió sumar Cataluña al movimiento de protesta, que tan sólo logró cuajar en Asturias, y proclamó, bajo presión de los sectores más extremistas del catalanismo, el «Estado Catalán dentro de la República Federal Española». Sin embargo, las dudas y vacilaciones de la *Generalitat,* que no contaba con suficientes fuerzas y se negaba a proporcionar armas a la Alianza Obrera (frente proletario formado por todos los grupos obreros a excepción de la C.N.T. y la F.A.I.) que apoyaba la sublevación, significó que en pocas horas las tropas del general Batet se hicieran con el control de la situación y detuvieran al Gobierno catalán insurrecto.

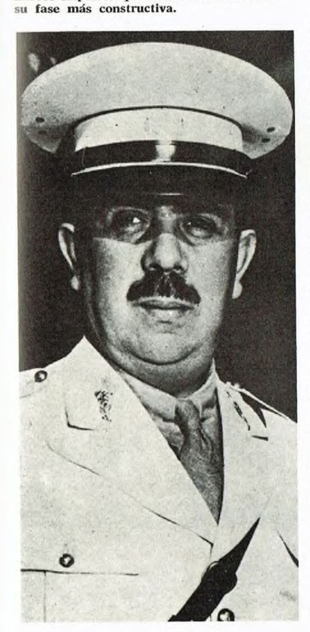
El gobierno de Lerroux suspendió el Estatuto y nombró un gobernador general con poderes especiales, cargo que fue ocupado por políticos radicales y de la *Lliga.* Tras el triunfo del Frente Popular (febrero de 1936), en el que la *Esquerra* y sus aliados catalanistas y obreristas obtuvieron más del doble de votos que la coalición *Lliga*-radicales-conservadores, fue restablecido el Estatuto y los consejeros de la *Generalitat* salieron de la prisión para ocupar los mismos cargos que tenían antes del 6 de octubre.

Borja de Riquer

México después de la guerra civil

La conclusión de la guerra civil que ensangrentó a México tras la caída del dictador Porfirio Díaz, no había dado los resultados concretos que muchos se auguraban. En realidad, habían de pasar muchos años antes que la Revolución Mexicana renovara profundamente las estructuras del país...

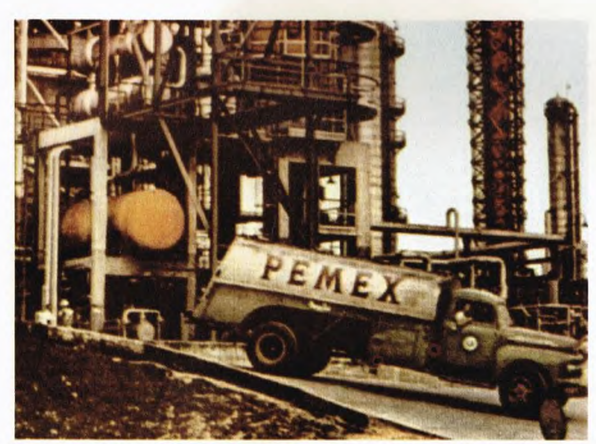
El general Lázaro Cárdenas, Presidente mexicano durante el período 1934-1940. En el curso de su mandato, la revolución recibió nuevos impulsos que la hicieron entrar en su fase más constructiva.



A muchos observadores de los acontecimientos ocurridos en México a principios de los treinta les parecía que la revolución, iniciada con la caída de la dictadura de Porfirio Díaz en 1911, había seguido su curso sin otros patentes resultados que enriquecer una nueva camarilla, compuesta por generales revolucionarios, caciques regionales y explotadores de los trabajadores. Este veredicto no era completamente justificado. Los presidentes Álvaro Obregón (1920-24) y Plutarco Elías Calles (1924-28), además de llevar a término la tarea imprescindible de pacificar el país después de diez años de sangrienta guerra civil, habían iniciado por lo menos el proceso de reconstrucción y reforma. Habían fomentado, por ejemplo, el crecimiento de un poderoso movimiento laboral —que por otra parte era cada vez más corrompido y oligárquico— y habían comenzado un ambicioso programa de educación de los campesinos. Pero apenas si se había iniciado el reparto de tierras, que era uno de los motivos principales de la revolución. Tanto Obregón como Calles procedían del Norte, donde la reforma agraria no revestía una excesiva importancia y, a pesar de haberse llevado a cabo una cierta redistribución de la tierra, México continuaba siendo esencialmente un país de *haciendas*. En julio de 1928, Obregón fue asesinado antes de asumir la presidencia para un segundo mandato y Calles mandó efectivamente en el país. Entre 1928 y 1934 eligió personalmente —y removió— una serie de presidentes, mientras continuaba dirigiendo por teléfono los asuntos de la nación desde su casa de Cuernavaca. Durante estos «envilecidos y sombríos años», la dirección del país se inclinó poderosamente hacia la derecha, realizando pocos esfuerzos para llevar a la realidad los postulados de la revolución, tal como estaban comprendidos en la Constitución de 1917: democracia política, reforma agraria (con redistribución de la tierra), mejora de las condiciones laborales, educación del pueblo, integración social de los indios y control nacional de los recursos del país. Sin embargo, bajo el presidente Lázaro Cárdenas (1934-40), se reavivó el espíritu de la revolución, que entró en su fase más constructiva.

El 30 de mayo de 1933, a causa de la creciente presión popular, inspirada en parte en el *New Deal* y en parte en el fermento político que la Depresión había dejado como secuela en toda la América Latina, el expresidente Calles dedicó la mayoría de sus discursos a reavivar el espíritu de la revolución y propuso —sin demasiada convicción— un «Plan de Seis Años» para llevar a cabo una reforma social y económica de largo alcance. Pero después, propuso como candidato para las elecciones presidenciales de 1934 a otro protegido suyo, el general Lázaro Cárdenas, de 39 años de edad, gobernador de Michoacán, que tenía fama de ser un hombre íntegro y partidario de la reforma. Cárdenas procedía de un ambiente pobre, predominantemente indio; había empezado a trabajar a los doce años; cuando solamente tenía dieciséis, se había enrolado en uno de los ejércitos revolucionarios y, ya sea porque lo ayudó la suerte o porque tuvo una clara visión de las cosas, militó siempre en el bando victorioso en cada etapa de la guerra civil, finalizándola en el de Obregón-Calles. Con todo, una vez nombrado candidato oficial para la presidencia —y estando asegurada su elección en calidad de candidato «oficial»—, Cárdenas rehusó hacerle el juego a Calles. Aceptó, como plataforma de lanzamiento, el «Plan de Seis Años» y se sometió a una innecesaria campaña electoral de cinco meses, durante los cuales recorrió 17.119 millas y expuso sus propósitos a los campesinos y trabajadores mexicanos. Después de su victoria electoral, demostró bien pronto que no era un presidente marioneta: una de sus primeras disposiciones fue cerrar varios de los casinos de juego y burdeles en los que los principales *callistas* habían invertido las ganancias del cargo. Luego, a raíz de unas declaraciones de Calles, en las que éste aludía a los hombres del antiguo frente que se habían visto obligados a dimitir, Cárdenas anunció que el expresidente se retiraba de la vida pública. Después, lo deportó a California del Sur.

Para robustecer la base de su poder



Una de las medidas adoptadas por el presidente Cárdenas fue la expropiación de las compañías extranjeras que explotaban el petróleo del país (1938). La fotografía muestra un detalle de las instalaciones de «Pemex», firma oficial que asumió los negocios de las compañías expropiadas.

personal, Cárdenas procuró ganarse las simpatías del Ejército federal, que Obregón y Calles habían organizado durante los años veinte y en el cual habían incorporado varios de los ejércitos privados, creados por revolucionarios que se habían proclamado a sí mismos generales y por caudillos regionales. (El último de estos poderosos personajes que no quiso someterse al Gobierno federal, Saturnino Cedillo, cacique político de San Luis de Potosí, se declaró en franca rebeldía en 1938 y fue derrotado por el Ejército federal mandado por el mismo Cárdenas.) Al mismo tiempo, como contrapeso al estamento militar, procuró ganarse el apoyo de los trabajadores industriales y de los campesinos, dando nuevo empuje al movimiento laboral. Para ello, patrocinó la formación de una nueva y completa Confederación del Trabajo, presidida por Vicente Lombardo Toledano, un intelectual marxista que después de rematar una brillante carrera académica se había convertido en uno de los más eminentes líderes laborales de la América Latina, y, más importante todavía, organizó la primera Confederación Nacional de Campesinos de México. Finalmente, Cárdenas reestructuró completamente el P.N.R., o Partido Nacional Revolucionario, creado por Calles en 1929 para unir a las organizaciones políticas regionales y mantener a sus caudillos adictos a la revolución y a su persona. Especie de Frente Popular Mexicano, el Partido Revolucionario (en adelante llamado P.R.M. o Partido Revolucionario Mexicano) se convirtió en una asociación de las confederaciones de trabajadores y campesinos, de las organizaciones femeninas y de las clases medias y, dato muy significativo, del Ejército.

Lázaro Cárdenas, el primer presidente, después de Díaz, que procedía del Sur, fue el primero, y el único, en dar a la revolución un carácter eminentemente campesino. Durante los seis años que desempeñó el cargo «Don Lázaro» pasó más de una tercera parte de su tiempo fuera de la capital, en las zonas rurales, escuchando pacientemente las quejas de los campesinos y procurando solucionar personalmente los más urgentes problemas *in situ*, sin recurrir a trámites burocráticos. Algo efectista, pero realmente práctica fue la disposición por la cual cada día, entre las doce y la una, los telegramas que se mandaran al Presidente serían libres de gastos. Según una historieta popular, Cárdenas se encontraba una vez con su secretaria particular, que le presentaba una lista de asuntos urgentes: las reservas bancarias disminuían peligrosamente («Avise a la Tesorería»), la productividad agrícola pasaba por una crisis («Comuníquelo al ministro de Agricultura»), los Ferrocarriles se declaraban en quiebra («Informe al ministro de Comunicaciones»), había un mensaje de Washington («Avise al ministro de Asuntos Exteriores»). Luego abría un telegrama que rezaba: «Se ha secado mi maíz, ha muerto mi burro, me han robado una marrana y mi hijo está enfermo. Firmado, Pedro Juan, aldea de Huitzlipituzco». «Dé órdenes de que se prepare inmediatamente el tren presidencial —decía Cárdenas—. Voy a partir para Huitzlipituzco». Más importante todavía: Cárdenas supervisó la redistribución de cincuenta y cinco millones de acres de tierra (mucho más de lo que habían intentado, en total, todos sus predecesores y, además, se trataba de los mejores regadíos del país) entre setecientas cincuenta mil familias campesinas, para que los cultivaran comunitariamente en *ejidos* (posesiones comunales modeladas según las antiguas comunidades rurales indias). Hacia 1940, a pesar de que vastas extensiones de tierra se hallaban todavía en manos de particulares y a pesar de que no se había notado aún una sustancial mejora en el nivel de vida de muchos campesinos, ya se había llevado a efecto una significativa revolución económica y social.

Fue asimismo Cárdenas quien dio un nuevo significado a la proclama revolucionaria, «México para los mexicanos», cuando, el 18 de marzo de 1938 —ya se había incautado el año anterior de los ferrocarriles, propiedad de extranjeros— expropió abruptamente las grandes compañías británicas y norteamericanas de petróleo. Este acto, con el que se daba remate a una larga y acerada disputa entre las compañías petroleras y el Gobierno mexicano, fue por sí solo suficiente para asegurar a Cárdenas la inmortalidad (fue saludado por todo el país como una declaración de su independencia económica), aún cuando al principio multiplicó las dificultades económicas de México y constituyó un serio obstáculo para la política de Buena Vecindad propugnada por Roosevelt. El último y gran servicio que Cárdenas rindió a su país y a la revolución fue el permitir unas elecciones relativamente libres a finales de 1940 (elecciones que ganó, naturalmente, el partido «oficial»), y el retirarse pacíficamente en diciembre, al finalizar su mandato. «Sufragio efectivo, no reelección», tal era el lema que habían propugnado los revolucionarios de 1911.

Leslie Bethell

Sandino

Augusto César Sandino: he aquí uno de los nombres señeros de la ya larga lista de líderes americanos entre cuyos últimos exponentes figuran Fidel Castro y Salvador Allende; con mucha menos suerte que éstos, naturalmente, porque en su época no había contrapeso válido en quien apoyarse frente al imperialismo yanqui.

Augusto César Sandino. *Abajo:* sello utilizado por Sandino y sus hombres; al pie del ingenuamente impetuoso dibujo, la firma del famoso guerrillero nicaragüense.





Augusto César Sandino (La Victoria o Niquinohomo, 1893 - Managua, 1934) era el hijo mayor de un importante cafetero, Gregorio Sandino, miembro prominente del Partido Liberal. Trabajó desde muy joven fuera de su país (Honduras, México, Estados Unidos); tras regresar, en 1917, fue obligado a exiliarse por los conservadores y pasó de nuevo a México, donde trabajó, hasta 1926, en los campos petrolíferos de Tampico y Veracruz. Aquel año se produjo en su país el golpe de Estado de Eduardo Chamorro contra Juan Bautista Sacasa (liberal) y Carlos Solórzano (conservador), que iban coligados; sin embargo, Estados Unidos impuso a Adolfo Díaz, con el apoyo de sus soldados, en noviembre de 1926.

Por aquel entonces, Sandino, que se inspiraba en la rebelión de Luis Beltrán Sandoval y Eliseo Duarte, decidió regresar a su país e iniciar la lucha; así, pasó a trabajar a la mina de San Albino, en León, y organizó una revuelta de los mineros (octubre de 1926), pero fue derrotado (noviembre) y se vio obligado a encontrar refugio en las montañas de Las Segovias. En estas circunstancias, Sandino, que contaba con menos de 100 hombres mal armados, se ofreció a Sacasa, que dirigía el gobierno liberal rebelde, para hacerse cargo de la lucha en su zona. Las dilaciones y recelos del general liberal José María Moncada lo decidieron a regresar a su refugio de «El Chipote» al producirse un nuevo desembarco de *marines* (25 de diciembre de 1926). Reunió entonces Sandino unos 2.000 hombres y se apoderó, a partir de febrero de 1927, de Somoto, Jinotega y Estelí, llegando a controlar cuatro departamentos del país. Tras la rendición de Moncada (mayo de 1927), sobornado por Estados Unidos, Sandino decidió proseguir la lucha por su cuenta, que «no sería con los malos nicaragüenses, sino contra los propios invasores de Norteamérica». En esta época casó con Blanca Arauz, que había servido con sus tropas como telegrafista. En dos años de lucha (1927-1929), apoyado por la Liga Antiimperialista de México, y con unas tropas que oscilaban alrededor de 2.000 hombres (800 de ellos como cuerpo especial, montado y muy bien armado), Sandino infligió serias derrotas a los norteamericanos y gubernamentales, que, hacia 1928, alcanzaban varios millares (Xavier Campos, en su libro *Los yanquis y Sandino*, llegó a calcularlos en unos 40.000, resultando muertos, según él, unos 10.000 en el espacio de dos años), en Ocatal, San Fernando y Las Cruces, utilizando la táctica guerrillera de ocultación y ataque por sorpresa, favorecido por el terreno y por su gran movilidad. Los hombres de Sandino, que no percibían paga alguna, eran campesinos y artesanos ayudados por estudiantes y luchadores de otros países latinoamericanos (entre ellos, el líder comunista salvadoreño José Agustín y Faraundo Martí, que acabó rompiendo con Sandino por no aceptar éste su programa).

En busca de nuevos apoyos

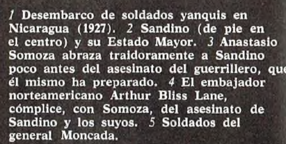
Un renovado intento de Estados Unidos —que lo probó todo, desde el ultimátum hasta el soborno— por sofocar la rebelión; tuvo un éxito temporal con la ofensiva de finales de 1928: Sandino hubo de abandonar su cuartel general y pasar a Jinotega. Pero no cejó en la lucha. Su invitación a los jefes de Estado de todos los países latinoamericanos para celebrar una conferencia sobre las bases del no intervencionismo estadounidense y el trato soberano entre naciones (20 de marzo de 1929) no obtuvo respuesta; el jefe guerrillero salió de su país para llevar personalmente las gestiones, pasó a México (junio de 1929) y, tras rechazar un nuevo intento de soborno (60.000 dólares y una finca en Yucatán, donde estuvo recluido por el propio Gobierno mexicano), volvió a su país, seguramente alejado ya de la Liga Antiimperialista mexicana, que le exigía un programa menos nacionalista y local y más social y universal. Entre 1930 y 1932 hubieron durísimos choques en Las Segovias (con meses de centenares de muertos invasores), muchos de cuyos poblados fueron arrasados por la aviación norteamericana: la ayuda del pueblo nicaragüense y la solidaridad de otros pueblos (Honduras, México) hacían de los sandinistas un cuerpo insurgente demasiado correoso para las tropas convencionales de Estados











1 Desembarco de soldados yanquis en Nicaragua (1927). 2 Sandino (de pie en el centro) y su Estado Mayor. 3 Anastasio Somoza abraza traidoramente a Sandino poco antes del asesinato del guerrillero, que él mismo ha preparado. 4 El embajador norteamericano Arthur Bliss Lane, cómplice, con Somoza, del asesinato de Sandino y los suyos. 5 Soldados del general Moncada.



Unidos y la Guardia Nacional de Nicaragua. En estas condiciones, el cambio de política de Roosevelt no fue advertido por Sandino, obsesionado con la presencia *directa* de Estados Unidos en su país; en efecto, la retirada de las tropas yanquis (enero de 1933) dejó en su lugar a una Guardia Nacional equipada y preparada como un ejército de ocupación, cuyo jefe, Anastasio Somoza, sobrino de Moncada, era el instrumento directo de Estados Unidos.

Al mismo tiempo, la instalación del liberal Sacasa en el gobierno no era más que una pantalla: el nuevo Presidente, débil y carente de apoyo político, se convirtió en un hombre de paja, cargado de buenas intenciones. Cuando el jefe guerrillero vino a darse cuenta de la situación (febrero de 1934), una vez la mayoría de sus hombres habían sido ya desmovilizados (por el Pacto de la Paz de 1933), el embajador norteamericano Arthur Bliss Lane, Moncada y Somoza le habían preparado la trampa: saliendo de reunirse con Sacasa, a quien exigió la reforma de la Guardia Nacional, Sandino fue detenido y fusilado con su hermano Sócrates y sus lugartenientes Francisco Estrada y Justo Pablo Umanzor. «Ya sabía yo lo que me iba a suceder», declaró poco antes de ser asesinado.

Julià de Jòdar

Hipólito Yrigoyen

Figura señera de la política argentina, dos veces presidente de su país, Hipólito Yrigoyen fue en Hispanoamérica, durante más de treinta años, una expresiva representación del liderazgo de masas.

El presidente argentino Hipólito Yrigoyen. *Abajo:* el doctor Marcelo de Alvear, que ocupó la presidencia de la República Argentina durante el período intermedio entre los dos mandatos de Yrigoyen.





Nacido en la ciudad de Buenos Aires en 1852, hijo de vasco y criolla, pocas noticias se conservan de su niñez y adolescencia, que debieron transcurrir en la incertidumbre y la pobreza de una familia modesta adicta al largo gobierno autocrático de Juan Manuel de Rosas, derrocado, precisamente, en aquel año. Favorecido, sin embargo, por algunas relaciones derivadas de la influencia de su tío materno, el Dr. Leandro Alem, a la sazón diputado en la Legislatura bonaerense, el joven Hipólito cursa estudios de derecho y, a los veinte años, logra un nombramiento de comisario de policía en un barrio céntrico de su ciudad natal; en ese cargo y en el trato asiduo de personajes vinculados a su pariente, iniciará su aprendizaje político y adquirirá un profundo conocimiento de los hombres y los problemas de su tiempo. A partir de entonces, con pasión excluyente, dedicará a la política su larga existencia.

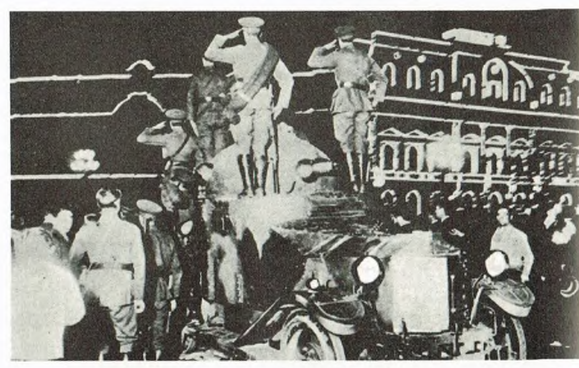
En 1890 participa en las tumultuosas jornadas en las que el Dr. Alem y sus amigos, con apoyo de algunas fuerzas militares, intentan destituir al presidente Juárez Celman. Después de tres días de combates callejeros los insurrectos son sometidos, pero el presidente Juárez se ve obligado a renunciar. El radio de influencia de los sublevados no excedía los límites de la ciudad de Buenos Aires, pero de aquella conmoción nace un partido político, la Unión Cívica Radical, que, en los años siguientes, extenderá su predicamento a buena parte del país. La Unión Cívica es hechura del Dr. Alem y en las tareas fundacionales participa activamente su sobrino Hipólito Yrigoyen. Con un módico programa —afirmación de la soberanía del pueblo y lucha contra el fraude electoral—, el radicalismo se perfila como una agrupación cuyo núcleo dirigente, de clase media, cuenta con amplio respaldo en las clases populares; es el primer partido, en sentido moderno, que aparece en la vida política de la República Argentina.

En 1896 el suicidio de Alem deja la conducción del partido en manos de Yrigoyen, cuando se advertían signos de rivalidad entre ambos hombres. Es una época difícil para la joven nación, que se recupera penosamente de una honda crisis financiera a la que la llevara la desenfrenada especulación en tierras y valores característica de la presidencia de Juárez. La irrupción del radicalismo en el escenario político provoca el reagrupamiento de sus adversarios, que estrechan filas para la defensa de antiguos privilegios y no se muestran dispuestos a ceder posiciones conservadas mediante la reiterada burla a la voluntad popular. El país, en conjunto, registra un crecimiento dinámico derivado del aprovechamiento de inmensos recursos agropecuarios, la afluencia de capitales foráneos y el aporte incesante de la mano de obra provista por la inmigración europea, pero sus instituciones políticas, vigentes en un plano puramente formal, agonizan en el bloqueo a que las someten las maniobras de una oligarquía excepcionalmente próspera, cuya figura dominante es el general Julio A. Roca. Militar distinguido en la lucha contra los indios y en las campañas que terminaron con las facciones que provocaban alzamientos provinciales, este jefe representaba el espíritu de orden y progreso material reclamados por los inversores ingleses. Presidente de la República entre 1880 y 1886, pariente e íntimo de su sucesor en el cargo, ministro influyente de los presidentes posteriores y otra vez presidente entre 1898 y 1904, el general Roca era el supremo elector que decidía, desde los cargos públicos o entre bambalinas del destino de la nación; esta influencia, a veces positiva y a veces nefasta, se prolongará hasta poco antes de su muerte, ocurrida en 1913.

Para perpetuar esa política se organizan comicios fraudulentos en los que se amañan candidaturas, a nivel nacional y provincial, imponiéndose la voluntad de un puñado de familias acaudaladas, propietarias de extensos latifundios, cuyos miembros monopolizan el ejercicio de la función pública, la representación de los negocios y el prestigio de las cátedras universitarias.

Yrigoyen se negará siempre a cualquier forma de acuerdo, pacto o compromiso con ese sistema, al que en su lenguaje ampuloso y un tanto esotérico calificará de «régimen falaz y descreído». El «régimen» pasará a ser, para los irigoyenistas, el símbolo del oprobio político, y su destrucción, la máxima aspiración programática del partido que los agrupa; cualquier





Izquierda: **Alvear e Yrigoyen se abrazan; inicialmente «correligionarios», Alvear, una vez Presidente, modificó su postura, y con ello provocó el retorno de Yrigoyen a la presidencia.** *Derecha:* **una escena del golpe militar que derribó a Yrigoyen en septiembre de 1930.**

ensayo de entendimiento será denunciado por su líder con otro vocablo que le es grato: contubernio.

Frío y tenaz en la ejecución de sus planes, pero romántico en su concepción general de la política; conspirador inveterado y, sin embargo, enemigo declarado de la violencia, Yrigoyen resume su lucha por la pureza del sufragio en una decisión abstencionista mantenida, con obstinación, durante varios lustros: el radicalismo, que para él es como decir el pueblo, no intervendrá en comicio alguno mientras el «régimen» no garantice la libre expresión de la voluntad mayoritaria. Solitario discípulo argentino de Krause, el filósofo alemán que tan singulares adhesiones suscitara en España, pone todo el acento en el rescate del hombre argentino como ser moral y ve en el Estado el instrumento para la realización de un ideal ético.

Cuando durante la presidencia de Roque Sáenz Peña se sanciona, finalmente, la ley de voto universal, obligatorio y secreto, hace tiempo que Yrigoyen es un caudillo de dimensión nacional. Como todos descuentan, la aplicación de dicha ley, arrancada por él a la antigua oligarquía, lo consagra presidente de la República Argentina, por abrumadora mayoría de votos, para el período 1916-1922.

Durante su mandato auspiciará importantes reformas de orden interno, no siempre concretadas y muchas veces desvirtuadas en la práctica; combatirá, sin tregua, contra conservadores y socialistas, que desde ambos extremos del espectro político lo atacan sin piedad; sostendrá rígidamente la neutralidad en la Primera Guerra Mundial y dispondrá el retiro de la Argentina de la Liga de las Naciones, por considerar que en su seno se intenta vulnerar sus fueros de país soberano. En 1919 reprime con mano dura la protesta del anarquismo, pero por la misma época denuncia la injerencia de Estados Unidos en América Central, porque «los hombres deben ser sagrados para los hombres y los pueblos para los pueblos»; decreta fiesta nacional el 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América, como homenaje a España, a la que llama «progenitora de naciones, a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal que debemos de afirmar y mantener con jubiloso reconocimiento».

La Constitución argentina prohíbe la reelección de un presidente para períodos sucesivos. A pesar de que se lo acusa, con frecuencia, de tener vocación dictatorial, al término de su mandato Yrigoyen no obstaculiza la entrega del poder a su sucesor, el Dr. Marcelo de Alvear. Se trata de un «correligionario» por el que el viejo caudillo siente gran estimación. Pero a poco de comenzada su administración el nuevo Presidente se aleja de Yrigoyen y devuelve su influencia a los personeros del «régimen». En respuesta, Yrigoyen comienza a trabajar nuevamente para retornar al poder, lo que logra, virtualmente plebiscitado por el pronunciamiento de sus conciudadanos, en 1928.

Este su segundo mandato transcurrirá bajo un signo bien distinto. A poco de comenzado, el jefe del Partido Radical acusará en su personalidad manifestaciones de decadencia senil; la gran crisis mundial de 1929 hace tambalear la débil estructura económica de la nación; la decisión del Presidente de estatizar los recursos petrolíferos, moviliza en contra de su política a las compañías inglesas y norteamericanas. La conjunción de estos y otros factores desencadena el pronunciamiento militar encabezado por el general Uriburu, que, en septiembre de 1930, pone término al segundo gobierno de Yrigoyen.

Sin embargo, en la hora de la derrota definitiva, enfermo y aislado, Yrigoyen seguirá haciendo sentir su influencia hasta el fin de sus días. Dotado de extraordinario poder de seducción, conversador elocuente y persuasivo, impenitente solterón pero paternal gobernante, este hombre singular que jamás pronunció un discurso, mereció el respeto de adversarios de valía y fue amado hasta el delirio por los humildes. Cuando murió, el 3 de julio de 1933, el país se conmovió profundamente y el desfile de la población ante sus restos se prolongó durante tres días. A casi cuarenta años de aquella fecha, su nombre mantiene un vigoroso valor de convocatoria para la acción cívica en vastos sectores de la vida argentina.

Eduardo Alberto Rocca

Autoritarismo en la U.R.S.S.

Sólo un pueblo postrado y humillado pudo soportar los excesos de la revolución de Stalin. Millones de personas murieron cuando él impuso en Rusia su voluntad. Pero esa década sentó los cimientos de la sociedad soviética moderna.

Cualquier estudio histórico sobre la U.R.S.S., y especialmente sobre la Rusia de Stalin, ha de ser meramente provisorio, pues el historiador debe abrirse paso a través de una densa bruma de mitos y noticias propagandísticas, sin que le sirvan de gran ayuda los archivos, memorias y otras fuentes que en general se consideran esenciales para dar una correcta versión de los acontecimientos históricos. Transcurridas unas décadas del acceso al poder de Stalin, es posible dar noticia detallada de lo que sucedió en Rusia durante los años treinta, pero sigue siendo aún discutible el cómo y especialmente el porqué de aquellos acontecimientos.

En términos económicos, Rusia necesitó diez años para recuperarse de la Revolución de 1917 y la subsiguiente guerra civil. No fue hasta 1927 cuando la producción industrial y agrícola alcanzó el nivel anterior a 1914; la población había quedado reducida a una décima parte entre 1914 y 1921, y las fábricas y los ferrocarriles se hallaban en tan mal estado que apenas podían seguir funcionando. En general, la Unión Soviética se hallaba retrasada económicamente y, en consecuencia, no estaba en condiciones de hacer frente a los trastornos que traería consigo la creación de una nueva sociedad socialista. Sin embargo, el ciudadano soviético corriente veía complacido cómo el nivel de vida, a pesar de ser bajo, mejoraba de año en año, y parecía ya pertenecer al pasado el período de la disensión y de las arbitrarias detenciones en masa. Además, contribuían a elevar la moral pública otros éxitos conseguidos por los bolcheviques durante los diez años de permanencia en el poder: cada vez era mayor el número de ciudadanos soviéticos que tenían acceso a la enseñanza, los campesinos más emprendedores prosperaban, personalidades extranjeras visitaban Rusia en misiones de buena voluntad o en viajes de estudios y, con la ayuda de especialistas occidentales, se hallaban en construcción unas pocas pero importantes industrias modernas.

Mientras el hombre de la calle se satisfacía contemplando cómo gradualmente mejoraban las condiciones de vida, el Partido Comunista se sentía menos complacido... aunque en sus declaraciones públicas procuraba ocultar su incertidumbre, su intranquilidad y sus conflictos internos. Durante la década anterior, el encarcelamiento, la muerte o el destierro de miembros de otros partidos políticos habían perjudicado más bien que beneficiado la moral bolchevique. El partido sólo tenía que enfrentarse con unos pocos e imaginarios enemigos políticos, pero había llegado el momento de tomar decisiones y empezaban a producirse las primeras escisiones; y así, en 1927, seguro de su supervivencia y complacido por haber devuelto a Rusia un nivel de vida aceptable, sufrió una grave división a raíz de la pregunta: «¿Qué es lo que vamos a hacer ahora?»

El dramaturgo británico Bernard Shaw, gran admirador del sistema soviético, visita una hacienda agrícola colectiva en 1932.



El fin de la oposición

Estaba ya desacreditada una teoría que en otro tiempo había gozado de una amplia aceptación: el concepto de la revolución mundial que, entre otros, había tenido sus defensores en Trotski y Zinoviev. Según éstos, la Revolución Bolchevique se produjo en un país que no estaba realmente preparado para ella; Marx había predicho que la revolución proletaria tendría lugar en los países más adelantados, cuyas economías fueran más capaces de soportar la convulsión que suponía el hecho de reemplazar la sociedad burguesa por la socialista. Puesto que la Unión Soviética era débil y estaba rodeada de naciones capitalistas enemigas, su mejor política había de consistir en permanecer a la expectativa, hasta que se extendiera la revolución... a Alemania, probablemente, en primer lugar. Y, una vez que los países más adelantados tuviesen regímenes comunistas, podrían prestar ayuda económica a Rusia, la cual sólo entonces estaría en condiciones de construir su nueva sociedad. Mas, a pesar de todos los esfuerzos de la Internacional Comunista de Zinoviev, tanto la revolución alemana como la húngara y la estoniana fueron flor de un día. Como consecuencia, Trotski y Zinoviev, tanto con algunos de sus partidarios, fueron expulsados del partido en 1927.

La caída de esos dos personajes no fue debida exclusivamente al fracaso de su teoría, sino que tuvo mucho que ver con

las maniobras de Josef Stalin. Como secretario general del partido, Stalin había logrado situar, en los años veinte, a sus amigos más incondicionales en los puestos de mayor responsabilidad. Este grupo de amigos, que tenían una deuda de gratitud para con Stalin, no tardó en formar otra facción, y fue su voto en bloque el que puso en manos del jefe la palanca necesaria para expulsar del partido a Trotski y los llamados «izquierdistas». En el Congreso del Partido celebrado en 1927, los estalinistas ahogaron con sus clamores de «¡Viva Stalin!» a los oradores que intentaban defender a Trotski.

Ese año de 1927, junto con el exilio de Trotski, marca realmente el comienzo de la era de Stalin, quien, hasta 1953, año de su muerte, fue la figura dominante en la política soviética. Su «reinado» se dividió en tres partes: hasta la 2.ª Guerra Mundial, durante ésta y después de la victoria. Puede también subdividirse el primer período, o sea, de 1927 a 1941, ya que no fue sino alrededor del año 1937 cuando Stalin logró afianzar su posición, tras haber liquidado a los que consideraba como posibles rivales o antagonistas. Pese a éstos, ya a partir de 1927 Stalin había logrado introducir e imponer sus más importantes directrices políticas, las cuales supusieron otra revolución, que, por cierto, vino acompañada de efusión de sangre y cuyas consecuencias están todavía hoy a la vista. Los desórdenes en que sumió Stalin a Rusia en los años treinta, aparte de producir una revolución económica y social, contribuyeron también a que pudiera conquistar el poder absoluto, pues en épocas de convulsiones una nación acepta con mayor facilidad a un caudillo «fuerte».

Tres cambios fundamentales marcan la transformación que en este período sufrió la U.R.S.S. en manos de Stalin. Dos fueron económicos: la colectivización de la agricultura y el programa de una rápida e inflexible industrialización. El tercero fue político: la destrucción del Partido Comunista existente. Aun cuando podrían tratarse por separado, cada uno de ellos estaba enlazado con los otros y tuvo amplias repercusiones en los demás. Por ejemplo, la rápida industrialización implicaba la reglamentación de los obreros, y la purga del partido se extendió a la población en general y al Ejército Rojo. Estas medidas internas estaban enlazadas también con los asuntos exteriores de Rusia. Durante la década de los veinte, cuando cada vez estaba más distante la perspectiva de la revolución mundial, la Unión Soviética se vio obligada a llegar a una avenencia con sus vecinas capitalistas. Al principio, todo marchó bien y, mediados los años veinte, todas las naciones principales, con excepción de Estados Unidos, habían reconocido al Gobierno soviético. Luego, en 1927, se produjo una serie de incidentes internacionales que tuvo como consecuencia la ruptura diplomática con Inglaterra. Y el temor a la guerra se expandió por Rusia.

Un «gran paso»

La decisión que en 1928 tomó Stalin de emprender la rápida industrialización del país y con ella la revisión de toda la economía, fue en parte una respuesta a la tensa situación internacional. El eslogan puesto de moda «Socialismo en un país», reflejaba el gran cambio en el pensamiento soviético. Puesto que el capitalismo se hallaba bien atrincherado en otros países, Rusia no podía ya confiar en una revolución mundial. Por lo tanto, había que conceder la prioridad a la consumación de la revolución en su propio territorio.

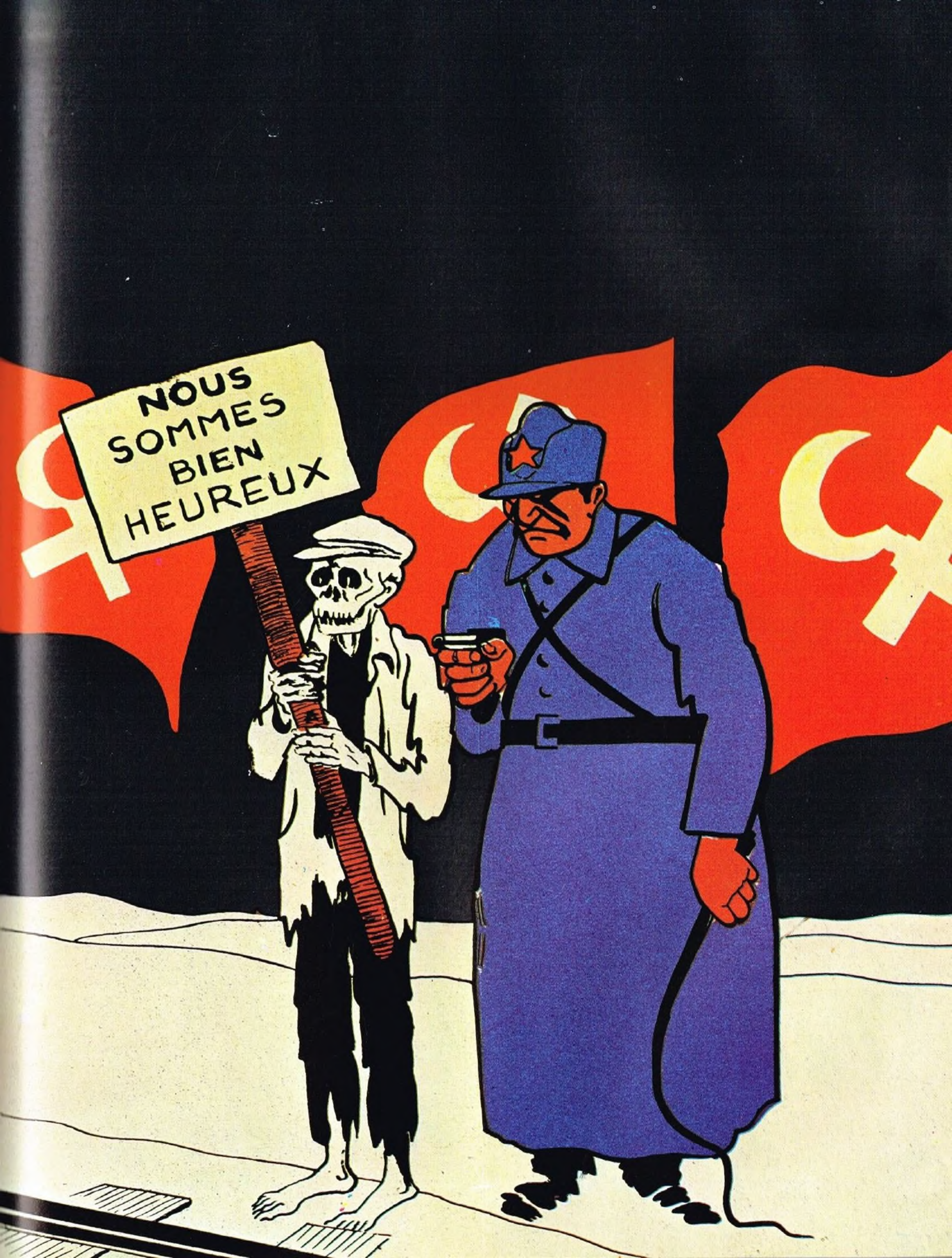
Esta política tuvo consecuencias importantes. En primer lugar, la Unión Soviética se entregó a la tarea de construir una nación industrial y militarmente poderosa. Si había de sobrevivir el «Socialismo en un país», Rusia tenía que estar capacitada para repeler las amenazas de las naciones capitalistas hostiles. Había otra meta que también aconsejaba el desarrollo industrial: la creación de la sociedad socialista basada en la dictadura del proletariado urbano. En consecuencia, Stalin decidió destruir aquellos elementos de la empresa privada que se hallaban aún parapetados en la economía. Las nuevas directrices políticas, empero, creaban una feroz oposición en el seno del propio Partido Comunista, amenazando la jefatura de Stalin. Éste se dedicó, por lo tanto, a reforzar su posición eliminando a sus enemigos e instalando a sus amigos..., proceso que condujo al llamado «Gran Terror» de los años treinta.

Finalmente, la conservación de la paz mundial se convirtió en la tónica de la política exterior rusa, pues el país tenía urgente necesidad de un lapso de tiempo para poder desarrollarse industrialmente y reorganizar su sistema social. Rusia, por lo tanto, presionó cuanto pudo para ingresar en la comunidad de las naciones, y en todo momento se presentó como el adalid de la causa de la paz. La U.R.S.S. ingresó en la Sociedad de las Naciones en 1934, y el mismo año logró por fin establecer relaciones diplomáticas con los Estados Unidos. Ninguna nación estaba más ansiosa de obtener una seguridad colectiva, y la Unión Soviética firmó numerosos tratados y pactos con otros países. Convencido de que el conflicto era en último término inevitable, el Gobierno soviético intentó prolongar la paz y disponer así de un tiempo precioso para acrecentar la fuerza de su nación.

Paradójicamente la forma violenta con que Rusia emprendió la tarea de modernizarse y las sangrientas purgas llevadas a cabo en el seno del Partido Comunista y del Ejército Rojo debilitaron el prestigio y la influencia internacionales de Rusia. Otras naciones vieron en sus insólitas reformas un signo de atraso y decadencia, y miraron con recelo a un aliado tan indigno de confianza. Ni siquiera la propaganda staliniana —el régimen pretendía haber dotado al país de una Constitución «occidental»— logró dar lustre a la empañada imagen de Rusia. Gran Bretaña y Francia no podían decidirse a aceptar por entero las proposiciones de paz de la Unión Soviética, que vio cómo se desvanecían sus sueños de concertar un pacto de seguridad colectiva contra la expansión alemana. Por su parte Hitler subestimó la fuerza militar y política de Rusia, y su erróneo juicio lo condujo a la desastrosa invasión de 1941. Está fuera de toda duda que esas decisiones internacionales estuvieron influidas por la transformación interior que tuvo lugar en la Unión Soviética durante la década de los treinta.

¿Por qué emprendió Stalin la tarea gigantesca de desarrollar industrialmente al país? En parte, como hemos visto, porque Rusia no estaba preparada para la guerra, pero sobre todo porque estaba enfrentada con el problema del desarrollo económico. Como todos los países subdesarrollados, Rusia necesitaba dar lo que ahora se llama un «gran paso». Ante todo, la economía de la U.R.S.S. era esencialmente agrícola, con una mayoría de campesinos que apenas producían para cubrir sus propias necesidades. Lo que se requería era un empuje mediante el cual la economía pudiera «despegar» hacia un período de desarrollo en el cual se bastara a sí misma. Para la U.R.S.S., que sentía cierta antipatía o repugnancia a que semejante empuje fuese proporcionado por grandes inversiones extranjeras en el sec-

Derecha: **caricatura francesa antiestalinista (*L'Espoir Français*, 1938); en el cartel se lee: «Somos todos muy felices.»**


NOUS
SOMMES
BIEN
HEUREUX



tor industrial, las dos soluciones más plausibles eran, o bien una continuación de la mejora gradual que ya se estaba produciendo, o bien un enorme programa de inversión en la industria, programa cuya financiación se lograría con una reducción de salarios y al mismo tiempo con la requisa de alimentos a los campesinos. Stalin escogió la segunda alternativa y probablemente tuvo razón en hacerlo así. Sólo es, sin embargo, una verdad a medias su afirmación de que adoptó tal decisión debido a que sabía que la guerra estaba próxima y que la U.R.S.S., por razones militares, necesitaba una sólida base industrial; se decidió por este plan en parte porque sus rivales políticos eran partidarios del otro, en parte porque, por temperamento, prefería los cambios repentinos a los graduales, y en parte, también, porque creía que dicho plan tenía mayores probabilidades de éxito.

En contraste con la Revolución Industrial del siglo pasado, la de Stalin había de ser totalmente planificada. La Comisión de Planificación del Estado, compuesta por economistas y gobernantes había de establecer los proyectos para cada industria, equilibrar cuidadosamente los gastos y producción de cada empresa, y utilizar todos los recursos para lograr el máximo rendimiento. A las decisiones eventuales y a menudo pródigas de los capitalistas individuales sustituía la regulación de la economía por un cuerpo de expertos supervisados por el partido, los cuales, por tener una visión conjunta de los planes económicos, podían adoptar las decisiones más convenientes. El programa básico era el Plan Nacional Quinquenal, un grueso volumen repleto de datos y objetivos, que, al ser aprobado por el partido y por el Soviet Supremo, se convirtió en ley (estatuía, por ejemplo, responsabilidad criminal para el director de una fábrica que, por no cumplir estrictamente lo ordenado, fracasara en su gestión).

La vida más dura

El primer Plan Quinquenal (1928-1932) marcó la pauta para los siguientes. De nuevo, a diferencia de la Revolución Industrial británica, la industrialización soviética había de empezar no por un incremento masivo en la producción de bienes de consumo, sino por la provisión de «medios de producción», entre ellos, en especial, carbón, petróleo, electricidad, acero, madera, cemento y tractores. Entre los nuevos proyectos se destacaban por su grandiosidad el de una nueva industria de hierro y acero en la Rusia asiática, el de la mayor central hidroeléctrica de Europa en el Dniéper, y el de la fábrica de tractores de Stalingrado. El plan fue cumplido antes del tiempo previsto en diversos sectores, pero no fueron alcanzados los modestos objetivos que señalaba en cuanto a la alimentación, vestido y vivienda. El segundo Plan Quinquenal (1933-1937) continuó concediendo primordial importancia a la industria pesada e intentó, no con demasiado éxito, remediar dos defectos del primero: la baja productividad laboral y la pobre calidad del producto. Aunque los objetivos del segundo plan no fueron cumplidos en diversos sectores y el nivel de vida descendió ostensiblemente, en 1937 la U.R.S.S. tenía una sustancial base industrial para el desarrollo de las industrias secundarias. De hecho, el tercer Plan Quinquenal pretendía una mayor celeridad en la producción de bienes de consumo, con el propósito de procurar un nivel de vida un tanto más digno a la población; pero la sombra de la guerra hizo que los recursos destinados a bienes de consumo fueran traspasados a armamentos, y así, en 1941, las condiciones de vida en la Unión Soviética eran míseras. La invasión de Hitler, en junio de 1941, dio al traste con el tercer Plan Quinquenal. En 1945, tras la derrota de Alemania, gracias a los planes quinquenales y al botín arrancado a los vencidos en concepto de reparaciones, el país se convertía en la segunda potencia industrial del mundo.

Inevitablemente, pagó un alto precio por su éxito. El nivel de vida de los campesinos se reducía al de la mera subsistencia, debido a la colectivización, y los obreros de la ciudad no tardaron en seguir el mismo camino, al verse obligados a trabajar más y más, cada vez por menor salario. En los capítulos de alimentación, vestido y vivienda, el obrero soviético volvió al estado del siglo XIX, a pesar de que los propagandistas soviéticos no cesaban de proclamar, tanto en el interior como en el exterior, una mejora constante en las condiciones de vida. (Por aquel tiempo corría un chiste en la U.R.S.S.: «¿Por qué Adán y Eva fueron como los ciudadanos soviéticos?» «Porque vivían en un paraíso y no tenían nada que ponerse.») Los obreros no sólo perdieron materialmente, sino también fueron privados de buena parte de su libertad. Entre otras cosas, en 1941 tenía cada obrero una cartilla laboral en la cual se anotaban los cambios de trabajo y todas las infracciones cometidas contra la «disciplina laboral». La falta de puntualidad, los cambios voluntarios de trabajo, las visitas demasiado frecuentes a los lavabos, o el poco interés en la tarea eran considerados como actos de indisciplina que podían significar descuentos en el salario, la cárcel o el campo de trabajos forzados.

Durante el primer Plan Quinquenal, los obreros se habían resignado a una vida más dura y menores retribuciones con la esperanza de que en el futuro verían recompensados sus desvelos. Pero cuando se hizo evidente que, en cada nueva revisión de los planes, se ponían más altas las metas a alcanzar y se rebajaban más y más los salarios, la mayoría empezó a protestar, si bien sordamente, pues no cabía hacer otra cosa. Ya en los años veinte los sindicatos habían pasado a manos de los miembros fieles al partido, convirtiéndose en simples agencias por medio de las cuales eran canalizadas al trabajador las directrices del Gobierno. Un obrero que desafiara abiertamente las normas del Gobierno, de su empresario o del sindicato podía ser expulsado del trabajo y perder la condición de afiliado al sindicato, o bien ser procesado bajo la acusación de sabotaje, o incluso desaparecer misteriosamente de su domicilio una noche cualquiera entre un piquete de la policía de seguridad del Comisariado de Asuntos Interiores (N.K.V.D.).

La industrialización ejerció una gran presión sobre el sector agrícola, y pronto quedó demostrada la necesidad de someter este último a un cambio fundamental. Se decretó, por lo tanto, una rápida y radical colectivización de las haciendas rústicas.

Esta colectivización consistió en agrupar de cincuenta a cien pequeñas fincas rústicas en una gran unidad, la granja colectiva, la cual produciría los beneficios de una producción en gran escala. Por ser mayores las granjas y los campos más extensos, sería rentable el empleo de tractores y de las costosas máquinas para los trabajos de recolección. Se necesitarían así pocos campesinos y aumentaría la producción, con lo cual se crearía un excedente de mano de obra y de alimentos, que podrían ser absorbidos por las nuevas in-

La forzada industrialización de la U.R.S.S. que Stalin llevó a cabo fue una realización impresionante, si bien lograda a costa de inauditos sufrimientos humanos. *Izquierda:* **éxodo hacia las grandes capitales. Los campesinos buscaban en la industria una vida nueva.** *Derecha:* **dos soldados contemplan las instalaciones de una de las nuevas industrias pesadas en Dniepropetrovsk, Donbass (1934).**

dustrias; los campesinos, no necesarios ya en las granjas, se transformarían en obreros fabriles que con sus salarios podrían adquirir los productos del campo. Además, el Estado vendería a bajo precio los productos del campo en la ciudad (lo cual permitiría que fueran bajos los salarios), si bien los precios de venta serían bastante más elevados que los que pagaría el mismo Estado en las granjas colectivas.

Desastre y terror

Había otra razón que indujo al Partido Comunista a decidirse por la colectivización. El campesino no es por naturaleza socialista, pues por encima de todo ama a su propio trozo de tierra y a los animales y aperos que posee. Su máxima aspiración es convertirse en propietario del terruño que cultiva. En la década que precedió a la Primera Guerra Mundial —un tiempo muy calamitoso para los bolcheviques— el Gobierno zarista había logrado conquistarse el apoyo de los campesinos más influyentes permitiéndoles, sencillamente, que se ganaran bien la vida. Por otra parte, en los años veinte, los más moderados de los dirigentes del partido —hombres como Bujarin, a los que más tarde Stalin calificó de «derechistas»— habían alentado a los campesinos para que produjesen más ofreciéndoles mayores ganancias. Bujarin había llegado hasta a emplear el nada socialista eslogan: «¡Campesinos, enriqueceos!» A muchos pareció que se estaba creando una nueva clase de campesinos ricos con mentalidad de capitalistas. La colectivización (el traspaso de la propiedad privada a la colectiva) eliminaría al próspero terrateniente y se daría así un gran paso adelante, tanto ideológica como económicamente.

Los años en que la colectivización alcanzó su apogeo fueron los de 1929 y 1930, tras los cuales se produjo el declive. Sin embargo, en 1937 casi el noventa por ciento de la tierra de labranza no pertenecía ya a particulares. Esta cifra, esgrimida en la época como indicadora de un éxito, era de hecho la medida de un desastre. La colectivización, que en sí misma es una idea válida, había sido llevada a cabo de manera tan presurosa y bárbara, que durante décadas los campesinos la miraron con hostilidad, y fue causa de que se desperdiciaran los recursos agrícolas y disminuyera la producción de alimentos.

La coacción y la violencia eran los ingredientes básicos y quizá necesarios de la política de Stalin, pero la matanza en masa que acompañó a la colectivización fue descabellada e innecesaria. Más salvajes fueron aún los asesinatos que perpetró Stalin para sus propios fines políticos, a fin de defender su monopolio del poder, y que culminaron en la «Gran Purga», cuando el Comisariado del Interior, con su implacable y depravada policía secreta, se convirtió en la terrorífica arma de Stalin.

El destierro, el encarcelamiento y la ejecución de los enemigos políticos eran ya tradicionales en Rusia antes de 1917, y en los años posteriores a la revolución, el «Terror Rojo» —el arresto en masa y la ejecución de ciudadanos cuyo pasado o cuyos antecedentes sociales no eran gratos a los bolcheviques—, se convirtieron en un instrumento de la política. Pero la liquidación de individuos, no por lo que habían hecho, sino por lo que concebiblemente podían hacer en el futuro, no había sido nunca aplicada antes a los miembros del partido. Cuando maquinó Stalin en 1927 la caída de aquellos a quienes denominaba «izquierdistas», éstos fueron simplemente expulsados del partido y desterrados al campo. En los primeros años treinta, cuando aumentó en el seno del partido la oposición a la forma de colectivización y al creciente monopolio del poder por Stalin, a éste le habría agradado mucho detener a los más peligrosos de sus oponentes. Sin embargo, en el seno del Politburó existía aún una mayoría que no podía aceptar tal desviación de la costumbre, y por ello Stalin hubo de contentarse con acusar de oposicionistas a los hombres de «derecha» como Bujarin, el teorizante del partido, y a Rikov, el primer ministro. (En el seno del partido Stalin tropezó ciertamente con la oposición de Bujarin y sus amigos, que no eran partidarios de una rápida colectivización y a su vez proponían que la industrialización se realizara con mayor lentitud y con ayuda extranjera.) Bujarin y sus aliados perdieron sus puestos como resultado de haber atacado a Stalin, pero con el paso de los meses fueron cada vez más numerosos los miembros influyentes del partido que se convencieron de que había llegado el momento de reemplazar a Stalin, antes de que fuese demasiado tarde.

El sucesor con mayores probabilidades de éxito era Kirov, quien, aparte de ser un personaje distinguido, eficiente, modesto y querido por el pueblo, era también (a diferencia de Stalin) ruso de pura cepa. En el Congreso del Partido de 1934, Kirov fue tan aplaudido como Stalin. Fue asesinado en diciembre de 1934, y aunque nunca pudo demostrarse que Stalin interviniera en el asesinato, casi no ofrece dudas que fue el instigador del crimen (el testigo principal del hecho murió, al parecer, en un accidente de automóvil, antes de que pudiera prestar declaración). La conmoción causada por el asesinato de Kirov la aprovechó Stalin para desencadenar la campaña de terror que se había propuesto llevar a cabo. En los años siguientes, fueron eliminados muchos prominentes dirigentes políticos, y varios millones de miembros del partido y simples ciudadanos fueron detenidos en secreto y luego ejecutados o deportados a campos de trabajos forzados. Al mismo tiempo que se desembarazaba de sus adversarios políticos, Stalin acometía la depuración de la única organización poderosa que no se hallaba aún totalmente bajo su control: el Ejército Rojo. Es posible que su comandante, Tujachevski, hubiese estado maquinando alguna acción contra Stalin. Tujachevski, un auténtico héroe de la guerra civil, gozaba de popularidad y había introducido útiles reformas en el Ejército. A su detención, que tuvo lugar en 1937, siguió la de catorce de los dieciséis generales con que contaba el Ejército soviético y la de una tercera parte, aproximadamente, de los jefes de un rango superior al de coronel. Tujachevski y otros oficiales fueron acusados ante un tribunal militar de espionaje en favor de Alemania y el Japón y seguidamente fusilados.

Al aumentar el número de los detenidos, se multiplicaron los campos de trabajos forzados, que no tardaron en estar atestados de prisioneros. Sucedía a veces que uno de los prisioneros tropezaba, en un campo cualquiera, con su antiguo delator o interrogador, que también había caído en la redada. Algunos rusos acusaban a otros en propio beneficio, y en cuanto una denuncia había sido registrada, era poco lo que la víctima podía hacer. Sin embargo, llegó un momento en que Stalin se dio cuenta de que la cosa iba demasiado lejos: la industria sufría ya los graves efectos de la desaparición de directores y de técnicos; el miedo de que se presentaran, a altas horas de la noche, los esbirros de la N.K.V.D., empujaba a muchos al suicidio y a la crisis nerviosa; el Ejército Rojo sufría las consecuencias del nombramiento de hombres inexpertos llamados a cubrir los puestos de los desaparecidos; y la apatía pública alternaba con la histeria. En consecuencia, como para mostrar que todo ello había sido culpa de la N.K.V.D., Stalin comenzó una purga de los purgadores. El jefe de ese organismo policíaco, Iezhov, fue ejecutado y reemplazado por Beria. Pero la purga continuó, aunque a un

1


2


Propaganda para el desarrollo económico.
***1* Cartel de 1930: «Guerra a los mercaderes de la burocracia y cercenadores de la iniciativa de los obreros.»**
***2* Cartel de 1931: «La creación de una red de guarderías, jardines de infancia, cantinas y lavanderías asegurará la participación de las mujeres en el desarrollo socialista.»**

ritmo más lento, y en 1941 los campos de trabajo contenían millones de prisioneros.

La Constitución de Stalin

Entretanto, como una especie de recompensa, Stalin otorgó a los pueblos soviéticos una nueva Constitución. Los revolucionarios rusos siempre habían puesto gran empeño en que se concediera al país una Constitución escrita. Ya en 1825, las masas revolucionarias de San Petersburgo se habían manifestado clamorosamente en demanda de una *Konstitutsia* (aunque muchos de los manifestantes no sabían siquiera lo que tal palabra significaba, y en su incultura pensaban que se trataba de la esposa del Zar). La Constitución francesa, y especialmente la norteamericana, eran miradas con envidia y anhelo por los intelectuales en la época de los zares, que se negaron obstinadamente a conceder cualquier forma política que garantizara la libertad personal o la participación pública en el Gobierno. Así, los bolcheviques, sin pérdida de tiempo, introdujeron una Constitución en 1918, y otra en 1924. Mediados los años treinta, las circunstancias sugirieron la necesidad de establecer una nueva Constitución, y en febrero de 1935 se nombró una comisión para elaborarla. Como para demostrar que en el seno del partido se había efectuado una reconciliación, fueron incluidos en esa comisión Bujarin y Radek. De hecho Bujarin, en otros tiempos principal teorizante del partido, era ahora el que, como secretario de la comisión asumía la mayor responsabilidad en el proyecto de la Constitución, la cual fue presentada en 1936 a la U.R.S.S. y al mundo como la Constitución de Stalin.

Este documento proclamaba que la U.R.S.S. era una federación de once repúblicas, la mayor de las cuales era la República Rusa. Se aprobaba la creación de «regiones autónomas» para aquellas nacionalidades no rusas demasiado pequeñas para federarse en calidad de repúblicas. Dicha autonomía implicaba cierta libertad para el fomento de la propia cultura, siempre que su contenido fuese socialista. También estaba permitida una cierta autonomía política, pero, dado que los hombres puestos al frente de los distintos gobiernos eran también miembros del partido, existía poco peligro de divergencias con la política de Moscú. El Soviet Supremo electo (que reemplazaba al Comité Central Ejecutivo de los Soviets) tenía dos cámaras legislativas; las elecciones eran directas, y para los votantes se señalaba como edad mínima la de dieciocho años. Se prestaba mucha atención a los derechos de los ciudadanos. Apenas se mencionaba al Partido Comunista, aunque éste (o más bien su jefe Stalin) era el verdadero detentador del poder político.

Esta Constitución era poco más que un intrascendente ejercicio propagandístico, destinado a demostrar que el ciudadano soviético se hallaba tan bien amparado por la Constitución como el de cualquier otro país. En la práctica, puesto que se especificaba aquello a que los ciudadanos tenían derecho y *no* aquello que no les estaba permitido, podía sostenerse que era ilegal cualquier acción no mencionada específicamente en la Constitución de Stalin. Las definiciones eran deliberadamente vagas, y algunas provisiones fueron simplemente ignoradas: la Constitución disponía que «ninguna persona puede ser encarcelada excepto por decisión de un tribunal», y, sin embargo, millones de hombres fueron ejecutados por la N.K.V.D. o mandados a la cárcel sin ninguna clase de juicio público o averiguación previa; el derecho otorgado a las repúblicas de la Unión de separarse de la U.R.S.S. mostró no tener significado alguno cuando en 1951 fueron ejecutados los dirigentes del partido de la República de Georgia, por presunto intento de secesión. El Soviet Supremo se reunía sólo unos días al año. Tras la muerte de Stalin, la Constitución fue condenada por sus sucesores, que en 1962 nombraron una comisión para la elaboración de otra nueva.

El período de los años treinta fue también de represión intelectual. La historia fue retocada repetidas veces para conformarla a las opiniones de Stalin. En las artes, la doctrina del «realismo socialista» imponía un estilo y contenido determinados; muchos escritores y artistas murieron en campos de concentración, porque sus obras no llenaban los requisitos exigidos por los críticos del partido. Ello daba ocasión a que medraran paniaguados sin talento. Una característica del período de Stalin es el hecho de que los individuos mediocres y faltos de escrúpulos ocuparan los puestos más relevantes. En las altas esferas gubernamentales, los ayudantes de Stalin eran aquellos hombres que se distinguían por su total subordinación al jefe y que no tenían escrúpulo alguno en satisfacer sus deseos en la forma que fuese. Una de las consecuencias de este estado de cosas fue la de que el Ejército Rojo, privado de sus mejores jefes y oficiales, llevó a cabo en 1939 una desastrosa campaña en Finlandia, la cual fue la causa de que Hitler se atreviera a lanzarse contra Rusia en 1941.

J. N. Westwood

La política económica de Stalin

En 1928 Stalin había ganado la lucha por el poder en el seno del Partido Comunista, y ahora se proponía transformar la sociedad soviética. Ello costó a la población espantosos sacrificios, pero los años treinta vieron cómo la Unión Soviética, un país retrasado y agrícola, se convertía en una potencia industrial de primera magnitud.

Stalin: «La economía está en quiebra, la industria en ruinas, y la agricultura se ha ido al diablo, pero yo sigo siendo el reverenciado patriarca» (caricatura alemana de 1938).



El año 1928 fue decisivo en la historia soviética. A comienzos del año, se había producido en la Nueva Política Económica una crisis que amenazaba con minar la propia existencia del régimen soviético. A finales del año, la nación fue lanzada a la nueva, audaz e imaginativa aventura que había de situar a Rusia en primera fila de las potencias económicas mundiales. Todos los esfuerzos fueron ahora dirigidos a la tarea de una rápida industrialización, y, cuando quedó demostrado que no sería posible lograrlo bajo el sistema agrícola propugnado por la N.E.P., toda la organización de la agricultura fue drásticamente modificada en el curso de pocos años. Esta revolución fue llevada a cabo mediante la adopción de los famosos Planes Quinquenales, y los años que van desde 1928 hasta el estallido de la guerra son conocidos como la Era del Plan. El primer Plan Quinquenal cubrió el período desde 1928 a 1932; el segundo, de 1933 a finales de 1937; y el tercero, iniciado ya bajo la creciente sombra de la guerra, comenzó en 1938. Estos planes totales contenían subdivisiones en las que se detallaban los planes para cada año y para diversos sectores de la economía.

Las realizaciones atribuidas a estos planes fueron recibidas con incredulidad por el mundo exterior, pues presentaban un crecimiento industrial de una magnitud sin precedentes, tratándose de un país eminentemente agrícola que todavía no se había recobrado del todo de la Primera Guerra Mundial y de las convulsiones que ésta trajo consigo. Los éxitos, al parecer sensacionales, que el Gobierno soviético proclamaba haber alcanzado, eran acogidos generalmente con duda manifiesta en el extranjero; el Gobierno declaraba que los planes se habían «realizado» y a menudo que habían sido «superados», aunque resultaba claro que tales asertos eran sumamente exagerados. En consecuencia, había una marcada tendencia en el extranjero a pasar al otro extremo y desestimar totalmente el adelanto ruso. La verdadera magnitud del progreso industrial realizado por los soviets sólo se puso de manifiesto cuando el país fue capaz de resistir, y eventualmente contrarrestar, la invasión de los ejércitos de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial. A pesar del énfasis propagandístico que normalmente se ponía en las estadísticas (y debemos utilizar sus estadísticas porque hay poco más a que atenerse), ha de recordarse siempre que tras la fachada de la ficción existe algo realmente positivo. Sin duda, en el espacio de una década había realizado Rusia una revolución industrial de un alcance sin paralelo, una realización que la convertía en una de las más grandes naciones industriales del mundo.

En 1928, la Nueva Política Económica estaba poniendo al Partido Comunista, que regía los destinos de Rusia, frente a un grave dilema. La industrialización era considerada con razón como esencial para el establecimiento de una sólida economía; por otra parte, según la ideología comunista, era preciso que el proletariado urbano pasara a ser la fuerza dominante en una sociedad socialista. Sin embargo, con la N.E.P., el crecimiento industrial se veía sometido a un lento proceso, pues no se disponía de los grandes capitales necesarios para una expansión más rápida. Sólo proporcionando bienes de consumo a los campesinos sería posible persuadirles y conseguir que entregaran los productos alimenticios y las materias primas agrícolas de los que tan desesperadamente necesitados estaban los trabajadores urbanos y la industria. Sin embargo, esa provisión de bienes de consumo distraía fondos de los sectores vitales de la industria pesada y, por ende, demoraba el desarrollo industrial. Igualmente detestable para el Gobierno soviético era la disparidad social que entre los campesinos había creado la N.E.P. Los campesinos ricos, los kulaks, habían adquirido un creciente poder en la economía rural. Poseían gran parte de la producción comerciable y además alquilaban sus aperos y animales de tiro a los campesinos más pobres, aumentando con ello las diferencias entre las clases rurales.

Aun cuando la N.E.P había logrado volver a Rusia al nivel de 1913, la situación no dejaba de ser lamentablemente baja. En 1913, Rusia tenía uno de los más pobres niveles de vida en todo el mundo civilizado. Otra razón todavía más apremiante,

para romper con la N.E.P. en 1928, era la de que, justificadamente o no, los dirigentes soviéticos estaban convencidos de hallarse en inminente riesgo de ataque militar por parte de los hostiles países capitalistas. Por consiguiente, había que otorgar la máxima prioridad a una efectiva industria de armamentos basada en adecuados suministros de hierro, acero, combustible y energía eléctrica.

El primer Plan Quinquenal fue inaugurado en el curso de 1928. La planificación de las actividades económicas arrancaba de los primeros años de gobierno de los soviets. Ya en marzo de 1920 se había creado la Comisión Estatal para la Electrificación de Rusia, la Goelro, con la misión de planificar el desarrollo de la energía eléctrica para la industria y la agricultura rusas. En febrero de 1921, la Goelro fue fusionada en un nuevo organismo, la Comisión Estatal de Planificación, conocida como Gosplan. Desde mediada la década de los veinte, la Gosplan comenzó a publicar «cifras de control», que eran planes anuales basados en precedentes realizaciones de la economía soviética. Pero estos planes eran simplemente pautas: no tenían el refrendo del poder soviético que asegurase su consumación, y no conducían a un objetivo concreto. Además, no preveían que en un momento dado podía aumentar considerablemente la actividad de los obreros soviéticos.

Los planes quinquenales marcaron un paso importante y original en la planificación soviética. Fueron elaborados sobre la base del máximo desarrollo posible de la economía en un período dado, contando con una completa dedicación de los trabajadores soviéticos. Los detalles del plan se ejecutaban de acuerdo con lo que se necesitaba para alcanzar la proyectada meta.

Plan de cinco-en-cuatro

El primer Plan Quinquenal fue prometido por el Partido Comunista en diciembre de 1927 como un medio de revitalizar la lánguida economía, siendo anunciados sus detalles por la Gosplan durante la siguiente primavera. El plan se componía de dos proyectos, uno moderado y otro «óptimo». La versión más conservadora presentaba ciertas cifras-tope para la economía y estimaba que podían ser alcanzadas en seis años, suponiendo que en dicho período las cosechas fuesen un poco deficientes, que el comercio exterior y las importaciones de capital ultramarino continuasen en su nivel anterior, y teniendo en cuenta las inmensas dificultades que había en elevar la productividad de los trabajadores, especialmente en la agricultura.

Eran supuestos realistas. En efecto, se había elegido un período de cinco o seis años para que durante este tiempo pudieran equilibrarse las variaciones que normalmente presentan las cosechas. Sin embargo, el Gobierno soviético desechó la primera versión y adoptó el «proyecto óptimo», que señalaba índices de desarrollo mucho más elevados y había de ser completado en sólo cinco años. Este proyecto daba por descontado que las cosechas serían abundantes en todo el período y que la productividad laboral aumentaría también considerablemente. La planeada expansión de la industria requería grandes importaciones de maquinaria extranjera, las cuales habían de ser pagadas con exportaciones de productos agrícolas. En consecuencia, había de aumentar notablemente el comercio exterior de Rusia, y se suponía también que no faltaría el capital extranjero.

Por lo tanto, el Gobierno soviético adoptó el «proyecto óptimo», y el primer Plan Quinquenal dio comienzo en el otoño de 1928. En el plazo de un año, las metas y los índices de producción propuestos fueron superiores a lo previsto, por lo que se decidió dar por completado el plan en octubre de 1932. Fue adoptado el lema de «El Plan Quinquenal en cuatro años», el cual dio paso a aquella mezcla de burda exageración, frenético entusiasmo y grandes realizaciones que caracterizó a la Rusia de los años treinta.

El primer Plan fue trazado para cubrir todas las ramas de la vida económica. Incluía apartados para el desarrollo de la industria, la agricultura, los transportes, el comercio interior y exterior, la electrificación, la vivienda, la educación y las empresas municipales. Si bien abarcaba esos diversos sectores de la actividad económica, es manifiesto que no todos ellos estaban elaborados con el mismo detalle, siendo más completos los esquemas que trataban de la expansión de la industria pesada, la cual fue tema constante durante el período. El plan contenía proyectos concretos para la construcción de factorías y plantas para determinadas industrias. Particularmente impresionantes eran los proyectos relativos a la creación de enormes *kombinats*, o sea complejos multiindustriales que comprendían, por ejemplo, establecimientos interdependientes electro-químicos-metalúrgicos. La naturaleza de estos *kombinats* constituía una prueba delicada para el sistema de planificación, pues el funcionamiento de una parte cualquiera de estas gigantescas empresas requería un funcionamiento paralelo en las demás partes.

Así como cargaba el acento sobre la industria pesada, el plan reclamaba también un desplazamiento hacia el este de la producción industrial; los antiguos centros industriales de las regiones meridionales de la Rusia Europea habían dominado desde hacía tiempo la producción del país en minería y metalurgia, pero ahora se daba prioridad al desarrollo de la región de los Urales y de la Siberia occidental. En parte, esta política era racional desde el punto de vista económico, pues en las zonas orientales existían inmensos recursos de riqueza mineral todavía inexplotada. Pero el desplazamiento al este tenía también una motivación política. El gobierno soviético deseaba reforzar su control sobre algunas de las partes más remotas del vasto imperio, pero además estaba ansioso por alejar los centros económicos del país de las vulnerables fronteras occidentales. En efecto, el constante empeoramiento y la amenazadora situación política de Europa en los años treinta hicieron que la U.R.S.S. considerara apremiante el desarrollo de su potencial industrial en los más resguardados territorios no europeos.

Si bien la industria pesada fue objeto de una detallada consideración en el plan, otros sectores de la economía merecieron una consideración más general, y por ello se les señalaban unos objetivos concretos. La versión adoptada del plan requería una triplicación de los bienes del capital en el período de los cinco años, mientras que habían de duplicarse los bienes de consumo. El financiamiento del plan había de provenir primordialmente de la reinversión de los beneficios por las industrias, lo cual significaba que éstas habían de reducir mucho sus gastos de producción, al par que debían incrementar rápidamente su productividad. De hecho, el plan consideraba que la producción por obrero debía aumentar más de un ciento por ciento, y los salarios reales en un setenta y siete por ciento.

Colectivización

La debilidad principal del plan era el modo como enfocaba la cuestión agrícola. Se pensaba confiadamente que la agricultura podría hacer frente a los tremendos esfuerzos que exigía la rápida industrialización sin que fuese preciso alterar esencialmente la estructura agraria existente. La expansión de la fuerza laboral industrial necesitaba un enorme incremento

de productos alimenticios en el mercado. También había de aumentarse ampliamente la exportación de trigo para pagar las esenciales importaciones de equipos industriales. Y la industria soviética requería asimismo mayores cantidades de «cosechas técnicas» producidas en el país, tales como algodón, aceite de girasol, lino y cáñamo. Pero el plan omitía lo obvio: que el sistema agrario de la N.E.P. no podría sobrellevar los esfuerzos exigidos por el plan.

Éste preveía originalmente un moderado incremento de granjas colectivas *(koljozi)* y de granjas estatales *(sovjozi)*, pero la base de la producción agrícola había de seguir siendo la granja privada campesina. Al menguar en 1928 las entregas de cereales a cargo de los kulaks, los soviets adoptaron al principio la solución de requisarles las cosechas, pero pronto se vio claro que el plan había enfocado muy mal la cuestión agrícola. El campesinado resistió a los intentos de requisa de sus productos, respondiendo con la reducción de las áreas cultivadas. Enfrentado a esta amenaza, Stalin acometió una política de colectivización total, la cual alteró fundamentalmente en pocos años la estructura de la economía soviética y las relaciones entre las comunidades urbanas y rurales de Rusia.

Se había supuesto en 1928 que en cuanto los campesinos viesen las ventajas materiales de las eficientes y mecanizadas granjas colectivas en gran escala, abandonarían sus parcelas individuales uniéndose a aquéllas. El fracaso de esta política significó la imposición de una colectivización acelerada, que comenzó en el otoño de 1929. En enero siguiente, se decidió someter al país a una completa colectivización. Las importantes regiones productoras de cereales, el Volga medio y el norte del Cáucaso, habían de ser colectivizadas para el otoño de 1930, mientras que otras regiones habían de serlo para comienzos de 1932. El número de *koljozi* aumentó de 57.000 en 1929 a más de 211.000 en 1932, y la superficie cultivada por ellos pasó de 4 millones de Ha. a 90 millones. Al mismo tiempo, el número de *sovjozi* aumentó de 1.500 a 4.337, y en 1932 se les incorporaron 13 millones de hectáreas de terreno cultivado.

¿Cuáles eran las ventajas de la colectivización para el régimen soviético? Ideológicamente, la existencia de un campesinado que trabajase con independencia era considerada hostil al establecimiento del verdadero socialismo en Rusia. Las granjas colectivas y estatales habían de acabar con el individualismo, que estaba asociado a la propiedad privada, y abolir al mismo tiempo las diferencias de clases que habían brotado bajo la N.E.P. Pero, de un modo más inmediato, la colectivización era un medio para poner fin al choque de intereses entre la ciudad y el campo. Con la N.E.P., la puesta de los productos agrícolas en el mercado dependía de que los campesinos estuvieran en condiciones de comprar bienes de consumo, y el financiamiento de la industria pesada estaba restringido por la canalización de fondos al sector de los artículos de consumo y por la necesidad de permitir a los campesinos que obtuviesen buenos precios para que se sintieran estimulados a producir.

La colectivización, supervisada y controlada por gente leal al Gobierno, acabaría con la amenaza al programa de industrialización. En lo sucesivo, la granja colectiva podía ser tasada como una unidad y obligada a ceder gran parte de sus productos al Estado; de esta manera, la política de industrialización se vería libre del peligro impuesto por la reducción de suministros agrícolas. El Estado podría controlar las grandes granjas colectivas con mayor perfección que los millones de campesinos individuales; y la población agrícola podría ser privada de sus productos sin necesidad de entregarle a cambio artículos de consumo.

Las granjas colectivas y estatales habían de ser también considerablemente más eficientes que las antiguas formas de producción agrícola. La clave sería la mecanización. Las colectivas emplearían maquinaria moderna, como tractores y segadoras-trilladoras, lo cual redundaría en un incremento de la productividad; ello aligeraría también la situación agrícola, y permitiría que la mano de obra sobrante de las granjas fuera a engrosar las filas de la población industrial.

Empresas cruciales en la tarea de las granjas colectivas habían de ser las estaciones de tractores y maquinaria a cargo del Estado. Estas estaciones alquilaban maquinaria a las granjas, mediante pago principalmente en especies, o sea, en cereales u otros productos agrícolas. De esta manera, el Estado se aseguraba la recogida de grandes cantidades de alimentos, que las granjas colectivas tenían que ceder directamente en concepto de impuestos. Las estaciones eran también un medio de control político del Gobierno sobre la agricultura, pues sus encargados eran celosos funcionarios del partido que controlaban tanto la pureza ideológica como la eficiencia y rendimiento económicos de las diversas granjas colectivas.



La colectivización encajó así al sector rural en la estructura socialista de la economía soviética. La industria proporcionaba maquinaria agrícola, y los agricultores abastecían a la industria. El proletariado agrícola empleado en las granjas colectivas era tan esencial para la economía como lo era el proletariado industrial que trabajaba en las empresas estatales.

Caos y hambre

Tales eran los ideales que abrigaba la colectivización, pero en la práctica la transición de la agricultura individual a la colectiva topó con la resistencia campesina en una escala que sumió al país en una virtual guerra civil, y que causó un daño catastrófico a la agricultura, daño que en muchos aspectos no fue reparado hasta la década de 1950-1960.

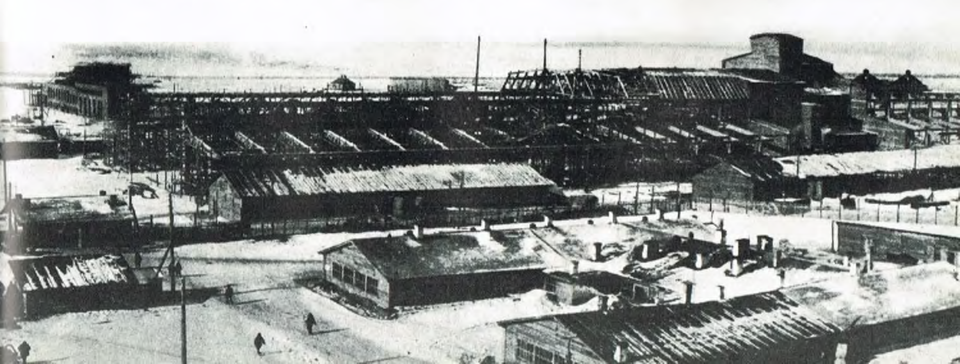
La réplica de los kulaks a la aceleración de la colectivización en 1929, consistió en el empleo de sus únicas armas eficaces: redujeron la producción y mataron el ganado. Cuanto más se acentuaba la campaña del Gobierno, tanto más dura se hacía la resistencia campesina. Hasta los campesinos pobres, temerosos de ser tachados de kulaks y fusilados o desterrados por tal causa, sacrificaron sus reses. El grado de destrucción fue tal, que las cabezas de ganado de la Unión Soviética se redujeron en más de la mitad. En 1929, por ejemplo, había 34 millones de caballos, y en 1933 16 millones; 147 millones de ovejas y cabras en 1929, y 15 millones en 1933; el cuarenta y cinco por ciento del ganado caballar, vacuno, lanar y cabrío fue destruido y un cuarenta por ciento del porcino.

Durante el invierno de 1930 fueron ejecutados centenares de kulaks y traspasadas sus tierras a las granjas colectivas. Otros cientos de miles fueron desterrados a los campos de trabajo de Siberia, donde se les destinó a tareas indispensables de maderería, minería y empresas de construcción de vías férreas. La situación era anárquica, y las anteriores distinciones entre campesinos ricos y pobres quedaron borradas en el revoltijo de las deportaciones y la destrucción, al tildar el régimen como kulaks a todos los disidentes. En cuanto a las granjas colectivas, resultaban de una ineficacia decepcionante. La producción industrial de maquinaria agrícola no podía en absoluto dar abasto al extraordinario número de granjas colectivas, y las primeras que se crearon estaban en su mayor parte confiadas a trabajadores perezosos y hostiles, por lo que su rendimiento era bajísimo. Las mismas granjas colectivas diferían en organización. Muchas eran experimentales y empleaban formas de un extremado socialismo: todos los bienes, hasta el último apero y animal, pertenecían a la comunidad, y todos sus miembros eran remunerados por igual, sin consideración al rendimiento personal. Estas formas extremas de colectivización desalentaban la iniciativa y atraían a los elementos más indeseables, pero la masa de los campesinos, aun los que tenían muy poco que perder, temían a la nueva organización agrícola y se resistían enconadamente a ingresar en ella.

Debido principalmente a la colectivización, la cosecha de 1931 fue desastrosa en algunas de las más ricas regiones agrícolas. El hambre causó estragos en Ucrania en 1932 y 1933, pero las autoridades no consideraban que fuese razón suficiente para que cesaran las expropiaciones de productos agrícolas, que eran exportados para el financiamiento de la industria pesada. Antes que declarar al mundo tal estado y por ende el fracaso de la colectivización, Moscú guardaba silencio, negándose así al campesinado, tan cruelmente afectado por la penuria, cualquier esperanza de ayuda exterior. Las estimaciones más moderadas cifran el número de muertes por tal causa en cinco millones y medio.

En marzo de 1930, Stalin publicó su famosa carta en el *Pravda* titulada «Aturdidos por el éxito», en la cual condenaba abiertamente los peores excesos y la violencia de la campaña de colectivización. Reprochaba los trastornos al excesivo celo de los funcionarios oficiales locales, y ordenaba medidas que paliaran gradualmente la desesperada situación. Se permitió el regreso de muchos campesinos deportados y la organización de las granjas colectivas fue reformada con arreglo a una nueva norma, la del *artel*. Éste poseía tierra y material comunitario, y si bien sus miembros trabajaban colectivamente, se les remuneraba según el número de «días de trabajo» que le destinaban, permitiéndoseles, por otra parte, poseer para su propio uso pequeños huertos y algo de volatería, cabras y cerdos. Se aseguraba asimismo a la granja colectiva la ocupación permanente de su tierra, descartando así una fuente de confusión que había existido en los primeros días de la

Marzo de 1931: fábrica de ácido sulfúrico en Voskresensk, cerca de Moscú, instalada y puesta en funcionamiento durante el breve período de seis meses.



DER FÜNFJAHRPLAN

VORWÄRTS ZUR INDUSTRIALISIERUNG

Nur, wenn das Land elektrifiziert sein wird, wenn In
Basis der modernen Industrie bekommen



ES RIESENBAUWERKS

SOWJETUNION! FÜR DEN SOZIALISMUS!

e, Landwirtschaft und Transportwesen die technische
werden, werden wir endgültig gesiegt haben.

LENIN

IN 5 JAHREN WERDEN GEBAUT

42

neue

ELEKTRO-KRAFTWERKE

STEIGERUNG der ELEKTROENERGIE

1932/33

22 MILLIONEN KILOWATTSTUNDEN

1927/28

5 MILLIONEN KILOWATTSTUNDEN

ELEKTROSTATION

KAPAZITÄT (Energieleistung) der ELEKTRO-KRAFTWERKE

5.500.000

1932–33

1927/28 1.700.000 Kilowatt

ER

PLAN GIBT

16.000.000 Tonnen

TORF

HEIZSTOFFE

22.000.000 Tonnen

1932/33

NAPHTA

STEINKOHLE 1932/33

75.000.000 Tonnen

7.200.000 Tonnen

1927/28

TORF

NAPHTA

11.700.000 Tonnen

1927/28

STEINKOHLE 1927/28

35.400.000 Tonnen

15.724.000

1932/33

11.350.000

1927/28

WACHSTUM der ARBEITSKRAFT

VII

60.000

41.500

20.000

1927/28

20.200

1927/28

92%

1932/33

5%

SCHAFT

1932/33

dustrie

Ingenieure

Techniker

Kilowattstunden

Die mechanische Energie auf einen Arbeiter wächst von 402 auf 588

ENERGIEKAPAZITÄT (Energiemenge)

In der Gesamt-Volkswirtschaft wächst die mechanische Energie von 33 auf 56,8 Milliard. Kilowattstunden

In 5 Jahren um 35%

Veränderung der Selbstkosten

In 5 Jahren wird die Produktivität der Arbeit steigen um 110%

8.000.000

1927/28 CHEMISCHE INDUSTRIE 1932/33

175.000 Tonnen chemische Düngemittel

TRANSPORT

163

88

100.000

AUTOMOBILE in 5 Jahren

71%

STEIGERUNG des ARBEITSLOHNES

Der Reallohn erhöht sich um 71%,

der Index der Lebenshaltung

(z. B. Preis der Waren) verringert sich um 14%.

14%

WOHNUNGSBAU

In 5 Jahren erhöht sich die Durchschnittsnorm in Quadratmeter

des Arbeiters 1927/28 4,8

des Angestellten 7

des Arbeiters 1932/33 7,1

des Angestellten 8,25

Preis 50 Kop.

Páginas anteriores: «El Plan Quinquenal, de gigantescos proyectos. ¡Adelante a la industrialización de la Unión Soviética! ¡Por el socialismo!» Cartel del Partido Comunista Alemán (hacia 1932) que expone detalladamente las realizaciones del primer Plan Quinquenal. El amplio y espectacular desarrollo de la industria fue tema principal de la propaganda soviética.

colectivización. Por esta razón la nueva colectividad agrícola resultó más aceptable para los campesinos, y ahora que habían sido eliminados despiadadamente los principales elementos de la resistencia, empezaron a mejorar las condiciones de aquellos. Este progreso fue promovido considerablemente por el desarrollo de la producción industrial, debido a lo cual pudo disponerse de un creciente suministro de maquinaria agrícola. Antes de 1930, habían sido empleados en la agricultura soviética menos de 25.000 tractores y apenas 1.000 segadoras-trilladoras, cifras que en 1933 ascendieron, respectivamente, a 250.000 y a más de 25.000.

Fue en la industria pesada, sin embargo, donde se produjo el mayor progreso. Los planes dedicados a la industria ligera, agricultura, niveles de vida y productividad laboral dieron mezquinos resultados que podían considerarse como un fracaso. Probablemente, hasta la mayoría de las ramas de la industria pesada no respondieron a las esperanzas del plan. Por ejemplo, la producción de carbón, la industria química y la de fundición de hierro y acero no alcanzaron los objetivos originales, si bien tal vez los superaran la fabricación de equipos y maquinaria eléctrica. No obstante, durante la ejecución del primer Plan Quinquenal se pusieron los cimientos para la futura expansión industrial. Se iniciaron muchos trabajos importantes que sólo se completarían en una fase posterior. El más espectacular de ellos fue probablemente el comienzo del vasto complejo Ural-Kutznetsk basado en el acero de Magnitogorsk en los Urales y el carbón de la cuenca de Kunetks, en la Siberia occidental. En ese período se construyeron asimismo importantes vías férreas y un nuevo oleoducto que enlazaba los campos petrolíferos de Grozni, en el Cáucaso, con el mar Negro.

Un cerco de acero en torno al consumo

Pero el programa de industrialización estaba lejos de haberse completado cuando finalizó el plan de 1932. La ejecución de éste había revelado muchas fisuras, siendo una de las más alarmantes el rápido descenso en la calidad de muchos artículos. Los objetivos numéricos impuestos por el plan indujeron a muchos directores de fábrica a cumplir sus cuotas mediante la cantidad, en detrimento de la calidad de sus productos. Otro punto flaco fue el fracaso en conseguir una mayor productividad laboral. La escasez de mano de obra especializada y el bajo nivel de instrucción de los nuevos obreros produjo enormes pérdidas a causa de maquinaria estropeada y productos mal acabados. Una inesperada consecuencia fue que, si habían de ser completados los planes industriales, era necesario emplear muchos más trabajadores de los previstos al principio, lo cual repercutía a su vez sobre el sector agrícola, obligado a presentar más artículos alimenticios en el mercado urbano. La mala calidad de los productos industriales y el bajo nivel de la productividad indujeron al primer ministro Molotov a dar por terminado el primer plan: «En el curso del segundo Plan Quinquenal debemos enfocar nuestros principales esfuerzos no al crecimiento cuantitativo de la producción, sino a la mejora de la calidad de los productos y al progresivo aumento de la productividad laboral en la industria.»

El mismo sistema de planificación fue causa de que se derrocharan inútilmente gran cantidad de recursos. Frecuentemente se abastecía de artículos a lugares que no los necesitaban, y algunos centros de importancia vital estaban mal abastecidos e incluso debían parar por falta de maquinaria y de materias primas. La supercentralización condujo a innumerables ejemplos de planificación ineficaz, y sólo gradualmente se fueron corrigiendo y solucionando los problemas que creaba la organización de una tan vasta economía por directrices centrales.

El primer plan no consiguió echar los cimientos de la industrialización del país sin tremendos sacrificios por parte de la población rusa. Quien más sufrió fue, por supuesto, el sector rural, y bajo la colectivización los campesinos se vieron obligados a rendirse y ceder al Estado la mayor parte de su producción. Pero también los trabajadores urbanos vieron muy reducido su nivel de vida. Muy al revés de los aumentos «planeados», los salarios descendieron realmente comparados con el alza que experimentaban los precios. La subsistencia de la masa de la población fue protegida sólo mediante un estricto sistema de racionamiento y con el control que el Estado ejercía sobre casi todos los artículos del mercado.

El Gobierno soviético utilizaba el sistema de racionamientos para favorecer su propia política económica: gozaban de raciones más abundantes y variadas los obreros de superior especialidad técnica y también aquellos que sobresalían en su trabajo. Así, a pesar de las privaciones sufridas por la mayoría de los rusos, surgió una clase favorecida. Los obreros modelos eran elogiados en los boletines publicados por las fábricas y se ridiculizaba a los torpes; con la introducción del sistema de destajos, que se incrementó con los planes, se ahondó la diferencia de ganancias entre las diferentes categorías de obreros.

Las inversiones industriales derivaban, por lo tanto, en gran parte de la reducción de los niveles de consumo a la masa de la población. El plan fue realmente financiado «poniendo un cerco de acero al consumo».

¿Obtuvo éxito el plan? Son tan poco fidedignas las estadísticas que es imposible dar una respuesta, pero la mayoría de los sectores de la economía quedaron probablemente muy lejos de alcanzar los objetivos originales al ser declarado «concluido» el plan, en octubre de 1932. No obstante, es acaso inadecuado preguntar si tuvo éxito el plan. Aun suponiendo que el sector agrícola no hubiese quebrantado la economía de la nación y aun en el caso de que la depresión económica mundial no hubiese desbaratado las optimistas previsiones de importaciones de capital y exportaciones de cereales a precios elevados, es probable que el plan no hubiese sido cumplido en todos sus aspectos. No era posible que tal programa de industrialización fuera soportado únicamente por el sacrificio de los kulaks y de los comerciantes particulares. Es muy probable que los planificadores soviéticos conocieran tal contingencia. El plan representaba un ideal, una meta a la que era preciso aspirar. La misma idea de «planificar» para minerales no descubiertos pone de manifiesto que jamás se esperó su cabal cumplimiento. Lo que el plan intentaba era eliminar los obstáculos que la N.E.P. había levantado para la rápida industrialización, y en esto su éxito fue completo. Sobre los cimientos colocados por el primer Plan Quinquenal, los años treinta verían erigirse enormes empresas industriales. Como ha dicho un escritor, «el plan no fue consumado, pero alcanzó su objetivo».

El segundo plan fue un tanto más moderado que el primero, y parece probable que fueron logrados los objetivos en diversos sectores importantes de la economía. Durante este plan fue puesta en marcha la primera fase de la instalación de Magnitogorsk y se comenzó la construcción de varias otras gigantescas empresas. La vía férrea Moscú-Donetz proporcionó a la capital rusa un enlace vital con la Ucrania industrial, y en 1933 se completó el canal Báltico-mar Blanco. También fue construido durante el segundo plan el fa-

La revolución económica de Stalin

Granjas colectivas y mecanización

928 — 1,7% — 13 — 0,2
932 — 61,5% — 71 — 0,4
940 — 96,9% — 81 — 2,4
950 — 96,7% — 165 — 6,0
960 — 99,9% — 383 — 24,0
966 — 100,0% — 417 — 41,0

Porcentaje de granjas-vivienda colectivizadas — Número de viviendas en cada granja colectiva — Tractores por granja colectiva

Cabezas de ganado

Caballos (millones): 33,5 — 19,6 — 17,5 — 21,7

Ganado vacuno (millones): 70,5 — 40,7 — 63,2 — 58,2

1928 — 1932 — 1938 — 1941

Los primeros diagramas **(arriba)** muestran el desarrollo de la colectivización y sus repercusiones sobre el ganado vacuno y caballar. En 1932, los «koljozi» —más de 200.000— ocupaban aproximadamente las tres cuartas partes del suelo agrícola de Rusia. El ganado decreció por causa del hambre y también de la requisa, que inducía a los campesinos a sacrificarlo para evitarla. En los otros dos diagramas **(derecha)** aparecen el desarrollo industrial y el rendimiento de las cosechas, en lento ascenso tras los daños de la colectivización. Finalmente **(abajo)**, ofrecemos el desarrollo comparado de varios países durante una fase similar de industrialización. La evolución de la U.R.S.S. fue aquí extraordinariamente rápida, en gran parte por la abundante mano de obra procedente del campo introducida en la industria. La productividad por obrero, sin embargo, no aumentó proporcionalmente.

Desarrollo industrial 1929-38

Tejidos de lana 86 113
Tejidos de algodón 79 114
Carbón 190 331
Energía eléctrica 265
Maquinaria 355 639
Vehículos motor 3.550 15.500 1.100
1929 100
1933
1938

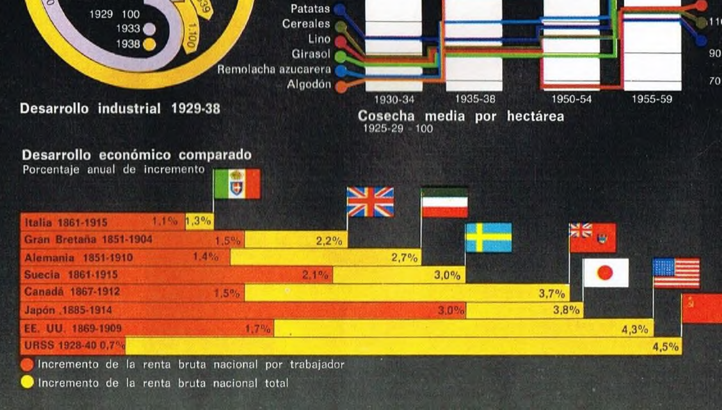
Cosecha media por hectárea

1925-29 = 100

Patatas
Cereales
Lino
Girasol
Remolacha azucarera
Algodón

1930-34 — 1935-38 — 1950-54 — 1955-59

23 — 21 — 19 — 17 — 15 — 13 — 11 — 90 — 70





Izquierda: obreros de un koljoz recuperan el grano ocultado por un campesino a la requisa del Estado (1931). *Abajo, izquierda:* automóvil ruso fabricado en 1932. *Abajo:* Alexei Stajanov (delante), con otros mineros (Donbass, 1935). Stajanov mejoró de tal modo sus métodos de trabajo que llegó a superar en mucho la tarea asignada; el «estajanovismo» alentó la «competencia socialista», que basaba los salarios en la producción individual —si bien al principio la Revolución propugnaba salario igual para todos—, y los estajanovistas se convirtieron en la «élite» de los obreros soviéticos.



Derecha: montaje de una prensa en la fábrica Putilov, de Leningrado. Aquí se habían fabricado anteriormente municiones para el Ejército imperial, y luego se construyeron los primeros tractores experimentales para los soviets (en 1931, 10.800 tractores fueron destinados a las explotaciones agrícolas colectivas).
Abajo: «Mecanizad el Donbass»; cartel de la época del primer Plan Quinquenal.
Al pie: antes y después (1933). Un capitalista extranjero se burla en 1928 del primer Plan Quinquenal: «Fantasía, desvarío, utopía.» Al cabo de cinco años queda anonadado ante las realizaciones alcanzadas.







moso metro de Moscú, y fueron inauguradas grandes plantas industriales en Moscú, Jarkov, Stalingrado, Gorki, Ufa y Sverdlovsk. El gran progreso realizado por la economía soviética continuó durante el tercer Plan Quinquenal que, comenzado en 1938, tuvo que ser interrumpido a causa de la amenaza de la guerra. Se había esperado poder por fin mejorar rápidamente el nivel de vida y conceder una mayor prioridad a los artículos de consumo, pero el peligro de guerra hizo imposibles tales objetivos y obligó a proseguir con mayor celeridad que nunca la expansión de la industria pesada y de armamentos y la concentración de las plantas industriales en el este. Entre los nuevos proyectos completados antes de romperse las hostilidades, en 1941, hay que citar el gran canal Moscú-Volga, que proporcionó a Rusia una vía fluvial desde el Báltico hasta el mar Negro.

Durante los años treinta se incrementó considerablemente la producción de petróleo, de energía eléctrica y de materias primas de toda clase; particularmente impresionantes fueron las realizaciones de las industrias de maquinaria y metalúrgicas. Por el contrario, los bienes de consumo aumentaron sólo ligeramente en ese período, ya que al ser más numerosa la población, resultaba difícil elevar la disponibilidad de ciertos productos para todos.

Se produjo un constante declinar de los más antiguos centros de producción a medida que se desarrollaban las nuevas regiones. El porcentaje de la región del Donetz en producción de carbón, por ejemplo, descendió de más del setenta y cinco por ciento en 1929 al sesenta por ciento en 1938, mientras que el de los Urales, la cuenca del Kuznetsk y la Siberia oriental se elevó de menos del veinte por ciento a más del treinta por ciento. La producción de hierro, acero y petróleo mostró también ese desplazamiento hacia el este.

Mientras tanto, la producción agrícola, que había sufrido tan enorme colapso durante los desastrosos años del primer plan, comenzó a reanimarse después de 1933. La industria era cada vez más capaz de proporcionar tractores y otra maquinaria, y para 1940 unas 7.000 estaciones los estaban suministrando a las granjas colectivas. El número de tractores en uso se elevó a 525.000 en 1940, y en esa época había más de 182.000 segadoras-trilladoras en el territorio soviético.

La constante mejora de los abastecimientos agrícolas permitió al Gobierno



Día de fiesta en una explotación agrícola colectiva; pintura de S. V. Gerasimov (1937), idealización de una política que durante algún tiempo llevó al campo el hambre y la ruina.

abolir en 1935 el racionamiento del pan y otros productos alimenticios; el año siguiente suspendió también el racionamiento de productos manufacturados. Hacia 1938 la ganadería se había repuesto de las pérdidas sufridas en los primeros años de la década. En este año, las granjas soviéticas contaban con 30 millones de cerdos y 63 millones de ganado vacuno. Desde 1932 habían casi duplicado las provisiones de cereales, y la producción de algodón y azúcar había aumentado aún más rápidamente.

Pero la economía soviética continuaba acentuando la expansión de la industria pesada y el desarrollo de los territorios de los Urales y Siberia. Los grandes avances realizados por la economía rusa no se reflejaban sino muy pálidamente en el nivel de vida de las masas. En cada plan se prestó escasa atención a los bienes de consumo, y en la práctica se les concedió aún menos importancia debido a que los recursos con que podía contarse y la mano de obra especializada eran empleados en otros sectores. La creciente necesidad de desarrollar un poderoso potencial militar retrasó aún más la inversión en las industrias de bienes de consumo.

El Gobierno ruso fue capaz de realizar en los años treinta un milagro económico que para el mundo exterior resultaba apenas creíble. El país, que contaba con una población atrasada y predominantemente agrícola, se había transformado en una potencia industrial de primera magnitud. El secreto del éxito residió en parte en que el Estado gozaba de amplios poderes para convertir en realidad su sueño de una sociedad industrializada, pero, en parte también, en que el Gobierno halló una entusiástica respuesta en la masa de los obreros fabriles, y, tras la enmienda del desbarajuste de la colectivización, en los millones de trabajadores del campo.

La falta de técnica y de equipo fue compensada por un trabajo intenso y por la reducción del nivel de vida. El hecho de que el Gobierno soviético fuera capaz de mover de este modo a las masas indica, más que cualquier fría estadística, el éxito alcanzado por los primeros planes.

Malcolm Falkus

Las «purgas» de los años 30

Durante casi cinco años Stalin sostuvo una guerra total contra la intelectualidad soviética. Los disidentes fueron ahogados en un baño de sangre, con alevosa y cruel minuciosidad.

«¡Pido el fusilamiento de todos los perros rabiosos sin excepción!» La escena se desarrollaba en una estancia del edificio de los Sindicatos en Moscú, en agosto de 1936, justamente cinco meses después de que Hitler penetrase en la Renania. El fiscal del Estado, Vichinski, pedía a los tres jueces del Tribunal Supremo soviético la condena de los dieciséis detenidos que se sentaban frente a él. Todos ellos habían confesado «actividad terrorista» y conspiradora para asesinar a los dirigentes soviéticos. Los jueces pronunciaron la sentencia: los dieciséis habían de ser ejecutados.

Toda la nación se estremeció ante los corrosivos relatos de los delitos de los traidores, y el mundo quedó pasmado, pues los acusados incluían a comunistas de pro, tales como Zinoviev y Kamenev, dos de los dirigentes bolcheviques de 1917. Al cabo de casi veinte años, cuando el régimen soviético se hallaba sólidamente establecido, la Revolución parecía estar devorando a sus criaturas.

Sin embargo, a este espectacular proceso iban a seguir dos más. Y tales procesos no eran sino la punta visible del escollo. Desde 1936 hasta 1938, una ola de terror, la «Gran Purga», fue anegando a la mayoría de los dirigentes bolcheviques, diezmó a miembros del partido y alcanzó a la industria, las artes, las universidades, el Ejército y hasta la policía secreta.

La purga depuradora no era nueva en la vida soviética. Ya desde la fundación del Partido, las expulsiones de elementos poco satisfactorios habían sido un medio de reforzar la solidaridad y la disciplina. En 1921 se había formado un Comité Central de Control para librarlo de «arribistas», «elementos burgueses» y «beodos»; en 1923 fue expulsada una tercera parte de sus miembros. La depuración del Partido se hizo permanente; sólo su intensidad variaba de vez en cuando.

Tampoco eran nuevos los procesos a bombo y platillo. En febrero de 1928, cincuenta ingenieros fueron acusados de «destrucción» y espionaje. En 1930, el proceso del «Partido Industrial» sentenció a otros técnicos por presunto sabotaje llevado a cabo siguiendo órdenes de industriales emigrados; en 1931, catorce profesores fueron acusados de conspiración, y en 1933, en el proceso de la «Metro-Vickers», lo fueron de espionaje varios técnicos británicos que trabajaban en Rusia. Las acusaciones aludían no sólo a negligencia sino también a sabotaje, y aún a traición. Tales procesos tendían a incitar a la opinión pública contra los «destructores», escogidos como cabezas de turco por los fracasos en la realización del Plan Quinquenal. El primer proceso puramente político fue celebrado en el año 1931, una vez detenidos varios exmencheviques que planeaban una contrarrevolución.

Caracteres distintivos de la «Gran Purga» fueron su vasto alcance y el rigor de sus métodos. Sus causas profundas radican en las disputas doctrinales en el seno del partido, y sobre todo entre Stalin y Trotski; éste había continuado en su oposición tras haber sido desposeído del Comisariado de la Guerra en 1925, y a finales de 1927 fue expulsado del partido, junto con miles de sus partidarios de la «oposición izquierdista», y desterrado a Alma-Ata. En 1929, Stalin se enfrentó con un desafío de otra procedencia: Rikov, primer ministro; Tomski, jefe de los sindicatos, y Bujarin, presidente del Comintern, se oponían a la ejecución tajante de los programas de industrialización y colectivización en los cuales se hallaba entonces empeñado Stalin. Éste, empero, venció de nuevo, y los miembros de la «oposición derechista» fueron expulsados del partido.

Varios de los principales oposicionistas, tras una debida confesión de sus errores, fueron readmitidos y repuestos en importantes cargos; pero Trotski no quiso retractarse, y Stalin, temeroso de su influencia, lo desterró. No quería eliminarlo. Según se dice, Stalin manifestó en una ocasión: «Si se corta una cabeza un día, otra mañana y otra pasado mañana... ¿a qué quedará reducido finalmente el Partido?» A pesar de ello, no tardaría en recurrir a la pena capital.

Los oposicionistas tanto de la «derecha» como de la «izquierda» se retractaban e intentaban reconciliarse, pero ¿era sincera su reconciliación? Stalin, un hombre expeditivo, estaba ya harto de los inquietos intelectuales. El partido debía mantenerse unido, y para ello se sometería a los disidentes, en tal forma que los indi-

Stalin y Zhdanov en el sepelio de Kirov (1934); el asesinato de éste (ordenado quizá por el mismo Stalin, deseoso de un pretexto válido) fue la chispa que encendió el reguero de los procesos políticos.



viduos siempre estuvieran sujetos a los dictados de la colectividad.

En consecuencia, emprendió la tarea de acrecentar su prestigio personal sobre el de los otros dirigentes de 1917, y de eliminar las teorías opuestas a la suya. Se amansó a los filósofos, se estableció una nueva Unión de Escritores, todos ellos conformistas, y se incitó a los historiadores a que presentaran a Stalin como el heredero directo de Lenin, el fautor de la Revolución. Se trazó una nueva senda para las artes y las letras, subordinándolas a los objetivos del partido y a la interpretación que de ellas daba Stalin. Eminentes figuras de estos campos se suicidaron; muchos desaparecieron. Otros se plegaron a la nueva línea, buscaron la «identidad con las masas», y glorificaron al tiránico dictador. Pero difícilmente cabía esperar que los viejos bolcheviques aceptasen el mito.

Los tiempos eran duros. El pueblo sufría a causa de la férrea disciplina laboral, estaba hambriento y los jornales eran, prácticamente, cada vez más reducidos. Cuando no sólo el Gobierno y el partido sino el mismo Politburó empezaron a sentirse desilusionados de los jefes, Stalin comenzó a temer por su propia posición. Le preocupaba en particular el impenitente Trotski, cuyo periódico oposicionista tenía amplia aceptación entre los altos funcionarios del partido y que también él leía ávidamente. Cuando la crisis era más aguda, Trotski publicó estadísticas secretas a las que sólo tenían acceso los miembros del Gobierno, hizo repetidas llamadas a un cambio en la jefatura y, en suma, dio a Stalin razonables motivos para mirar con recelo a sus colegas.

Fueron detenidos Smirnov, que había facilitado información a Trotski, Riitin, jefe de la propaganda y líder de un grupo de descontentos, y otros importantes personajes. Zinoviev, Bujarin y otros antiguos oposicionistas fueron desterrados o expulsados del partido. Tras un debido reconocimiento de sus errores, se les permitió volver al redil, pero la desconfianza entre Stalin y los grupos de oposición se había ahondado demasiado para que la reconciliación fuese verdadera, y Trotski continuaba atizando los recelos de Stalin, hasta el punto de aconsejar a los dirigentes del Soviet en el otoño de 1933, que tomaran el poder «por la fuerza. Y si... el aparato de Stalin resiste, será necesario tomar medidas especiales». Tales palabras, que parecían una abierta llamada a la rebelión, no lograron de momento ninguna respuesta de Stalin.

Comienza la purga

Entre 1933 y 1934 el partido, que contaba con tres millones y medio de afiliados, sufrió la poda de un millón de ellos; sin embargo, el pueblo en general comenzaba a descubrir mejores perspectivas. Las cosechas fueron buenas, se libró a los campesinos de algunas cargas, se restringieron los poderes de la policía y cesó la persecución indiscriminada de ingenieros y directores. Hasta se permitió a los oposicionistas del partido que se expresaran públicamente, aunque sin emplear la crítica, y en el XVII Congreso del Partido se reservó a algunos una calurosa recepción por haber reconocido públicamente sus errores y alabado a Stalin. Pero éste sin duda recelaba de algunos disidentes y de los moderados que ocupaban elevadas posiciones: a su juicio, estaban intentando que el joven y popularísimo Kirov, cuarto a la sazón en la jerarquía, le arrebatase el puesto. Desde hacía tiempo había decidido efectuar una despiadada purga de todos sus presuntos enemigos, para lo cual había ya situado a sus incondicionales en las posiciones clave. De pronto, el 1.º de diciembre de 1934, Kirov fue abatido en Leningrado a tiros de pistola por un miembro del partido que probablemente obedecía órdenes de los hombres de Stalin. Éste tenía ahora una excusa para poner en funcionamiento su plan.

El asesino y trece de sus presuntos cómplices fueron juzgados sumariamente y ejecutados; también lo fueron 103 detenidos que, al parecer, no tenían ninguna relación con el asesinato de Kirov. Pero las repercusiones fueron mucho más amplias. En enero de 1935 fueron procesados por el asesinato Zinoviev y Kamenev, junto con otros dirigentes. Fueron absueltos, pero tuvieron que admitir una «responsabilidad moral y política». Juzgados de nuevo a puerta cerrada, fueron sentenciados a largos años de cárcel. Stalin hizo directamente responsables de la muerte de Kirov a los oposicionistas. «Esos camaradas no se limitaron siempre a la crítica y a la resistencia pasiva, sino que amenazaron con provocar la revuelta en el partido... Aún más, amenazaron a algunos de nosotros con las balas.» Una verdadera caza de brujas sacudió el partido, y se efectuaron detenciones masivas entre los desposeídos y entre aquellos que habían manifestado cierto descontento contra el régimen. Fueron hallados los «asesinos de Kirov» y descubiertas en toda la Unión Soviética «células oposicionistas».

Stalin se estaba desembarazando de los que lo habían frenado en su caza de herejes del partido y en su ejemplar castigo. Su antiguo amigo Ienukidze fue abatido por ser «un degenerado político» y seguir una línea demasiado moderada, y Gorki, que intentó reconciliarle con Zinoviev, había de morir pocos meses después. A finales de 1935 se dio por terminada la purga masiva; no obstante, en enero de 1936 se ordenó a todos los miembros del partido que renovaran sus carnets, tras lo cual prosiguió la exclusión de los «elementos pasivos» hasta el mes de mayo. Entonces, al jactarse Trotski de que sus partidarios constituían la «rama más fuerte, más numerosa y robusta de la U.R.S.S.», el ataque recrudeció.

Hacia finales de julio, un comunicado secreto del partido anunció la «actividad terrorista del bloque contrarrevolucionario trotskista-zinovievista», apelando a una re-









Algunos de los hombres que ayudaron a Stalin en la unificación del partido, el amordazamiento de los disidentes y la fusión de lo individual en lo colectivo.
Arriba, izquierda: **Vichinski, fiscal del Estado en todos los grandes procesos. Falsas confesiones arrancadas mediante el terror fueron la base de sus acusaciones.**
Arriba, derecha: **Iagoda, jefe de la N.K.V.D. (policía secreta) hasta 1936, fecha en que se opuso a las más extremas exigencias de Stalin.** *Abajo, izquierda:* **Iezhov, sucesor de Iagoda. De escasa estatura, fue llamado «el enano sanguinario»: en dos años detuvo a siete millones de personas, de las cuales un millón fueron ejecutadas y dos millones murieron en los campos de trabajo.**
Abajo, derecha: **Beria, que reemplazó a Iezhov en 1939; su nombramiento señala el final de la Gran Purga, pero no del terror.**

novada «vigilancia». Tres meses después comparecieron ante el tribunal Zinoviev y Kamenev. La razón de haber tardado tanto en procesarlos era ésta: «Hasta 1936 no se descubrió que los acusados planeaban matar a Stalin, siguiendo órdenes de Trotski». Kamenev admitió que «durante diez años... sostuve una lucha contra el partido... el Gobierno... y contra Stalin personalmente». Las sentencias de muerte habían sido dispuestas virtualmente de antemano.

Durante el proceso se intentó implicar al brillante Radek, exdirector de *Izvestia*, a Bujarin y a otros. Tomski, el anterior jefe de Sindicatos y aliado de Bujarin, se suicidó antes que someterse a la investigación de la N.K.V.D. sobre su presunta implicación en «criminales actividades contrarrevolucionarias», lo cual fue aducido para demostrar su culpabilidad. Algunos, incluido Bujarin, fueron detenidos, pero la investigación se dio por finalizada en septiembre por falta de pruebas. Iagoda y su policía secreta parecían andar con pies de plomo. Stalin, que desde 1932 estaba ansioso por comenzar los procesos y ejecuciones, se vio frustrado de nuevo. Pero no por mucho tiempo.

El 25 de septiembre, él y Zdanov, que estaban de vacaciones en la costa del mar Negro, enviaron un telegrama a Moscú: «Estimamos absolutamente necesario y urgente que el camarada Iiezhov sea nombrado para el puesto de comisario del pueblo para los asuntos interiores. Iagoda ha demostrado definitivamente ser incapaz de desenmascarar al bloque trotskista-zinovievista. La O.G.P.U. está con un retraso de cuatro años en esta cuestión» (Stalin llamaba policía secreta a la O.G.P.U., si bien en julio había sido absorbida por el Ministerio del Interior, la N.K.V.D.). Al día siguiente fue depuesto Iagoda y nombrado el hombre de Stalin, Iezhov, con 200 elementos de su confianza. Muchos de los antiguos interrogadores fueron detenidos.

En enero de 1937 se alzó el telón del segundo gran proceso. Pocos meses antes, Radek y el jefe industrial Piatakov habían condenado públicamente a los trotskistas como «víboras» y «carroña que infectaba el puro aire refrescante del país de los soviets». Ahora estaban en el banquillo de los acusados el tranquilo Piatakov y el voluble Radek, y con ellos otros quince «mentirosos y payasos, insignificantes pigmeos», como los apostrofó Vichinski, y a los que fue derrumbando uno tras otro para demostrar su culpabilidad. Vichinski, retorciendo la declaración de Radek según la cual éste pensaba que Rusia iba a ser derrotada en una guerra, le hizo admitir que estaba «en favor de la derrota». Poco importaba que el hotel de Copenhague donde se había celebrado una supuesta entrevista con un agente de Trotski, hubiera sido demolido antes de la Primera Guerra Mundial: Radek y otros tres fueron condenados a largos años de prisión y los restantes fusilados.

Poco después de este proceso, Ordzhonikidze, miembro de un pequeño grupo de dirigentes que habían intentado salvar a Piatakov, fue invitado a que se suicidara, y en marzo, en una reunión plenaria del Comité Central, Stalin insistió en la necesidad de proseguir la depuración. Fueron debidamente excluidos del partido Bujarin y Rikov, que ya se hallaban detenidos, y también Iagoda, descubierto ahora como «espía de la policía zarista, ladrón y malversador».

Pero no habían de ser las únicas víctimas el partido, el Gobierno y la policía secreta. Stalin insistió en que era preciso extirpar «a los espías del Estado Mayor». Un alto jefe había sido ya involucrado en el primer proceso, y en el segundo se hizo mención del mariscal Tujachevski, el comandante más capaz del Ejército Rojo. El terreno estaba bien preparado.

«Traición» en el Ejército

Un Ejército es un cuerpo peligroso para una purga, pero los métodos con que fue llevada a cabo fueron una obra maestra de precisión y de ataque psicológico. En enero de 1937 se produjo una serie de súbitos traslados y cambios de los altos mandos, a los que se mantuvo en puestos aislados. En abril, el comisario-jefe político fue muerto o se suicidó para evitar ser detenido. En junio, se anunció una «gigantesca conspiración» en el Ejército Rojo, siendo fusilados Tujachevski y varios generales.

Era esencial un golpe fulminante. El Gobierno pendía de un hilo. La N.K.V.D. tenía que «disparar primero y juzgar después». No obstante, se necesitaba alguna «prueba» documental de la «conspiración», la cual fue proporcionada por el servicio de seguridad alemán, con documentos que llevaban las firmas falsificadas de Tujachevski, Von Seeckt y Trotski. El necesario e imprescindible trato con generales alemanes durante el período de cooperación entre los ejércitos soviético y alemán en los años veinte, confirió una apariencia de credibilidad a los cargos. Es improbable que el competente Tujachevski, experto en técnicas revolucionarias, hubiese fallado un golpe como el que se le imputaba. Pero, con una guerra con Alemania en perspectiva, Stalin le temía. Tenía que desaparecer... como la mayoría de los demás generales, pues Stalin deseaba asegurarse la absoluta supremacía sobre el Ejército, como lo hiciera tres años antes Hitler con la Reichswehr.

Para reforzar la seguridad, fue reimplantado en agosto de 1937 el ineficaz sistema de control dual militar-comisario político, abolido en 1925. La policía de seguridad no tardó en presentarse de improviso en los cuarteles para llevarse a determinados oficiales en sus camionetas. Desaparecieron Estados Mayores enteros. En el curso de dos años, fueron eliminados los once vicecomisarios de guerra y setenta y cinco miembros de los ochenta que en 1934 componían el Soviet Militar Supremo. Desaparecieron tres de los cinco mariscales, catorce de los dieciséis comandantes de Ejército, 167 de los 280 comandantes de cuerpo o división, y casi la mitad de los generales de brigada. Si bien el golpe alcanzó con más fuerza a los grados superiores, la purga afectó profundamente a toda la oficialidad. Aproximadamente un tercio de todo el cuerpo de oficiales fue detenido.

Lo mismo aconteció en las Fuerzas Aéreas, y sólo uno de los jefes superiores sobrevivió a la depuración de la Armada.

Enemigos del pueblo

Una similar amputación quirúrgica afectó a otros miembros del cuerpo soviético: para eliminar la generación de funcionarios que recordaban a Trotski como un gran revolucionario, para descartar a hombres apegados a las tradiciones europeas y que eran demasiado liberales en su forma de pensar, y para suprimir a los críticos, a los indiferentes o apáticos y a todos aquellos que impedían la ejecución inmediata y eficaz de las órdenes de Stalin.

Se redobló la «vigilancia de clases» y se desenmascararon más «enemigos del pueblo» y más «traidores», pues la operación fue acelerada por el celo con que mucha gente denunciaba a sus superiores para vengarse así de viejos agravios. No era necesaria ninguna prueba cuando hablaba del «instinto de clase». Según manifestara más tarde Kruschev, cuando Stalin afirmaba que alguien debía ser detenido, ello tenía que aceptarse con la seguridad de que se trataba de «un enemigo del pueblo», expresión empleada contra «todo el que de algún modo no estuviera de acuerdo con Stalin, y contra quienes

fuesen sospechosos tan sólo de una intención hostil».

A un hombre así tachado no le quedaba esperanza alguna. En el empleo de la tortura, física o mental, se veía «un método justificable y apropiado» contra «conocidos y obstinados enemigos del pueblo»; la policía secreta, con sus técnicas perfeccionadas, podía hundir al más fuerte, arrancar confesiones y persuadir a una víctima a que nombrase «cómplices». No había probabilidad alguna de probar la propia inocencia. «Los métodos de investigación... forzaban a la gente a mentir y a difamar a personas enteramente inocentes.» Extendida la captura a parientes, colegas y conocidos del acusado, la purga alcanzó el colmo del paroxismo.

«Pues no conozco otro país donde un hombre pueda respirar con tanta libertad», decía la letra de una canción popular... en una época en que la población de los campos de trabajos forzados llegaba a diez millones, cuando la sospecha era algo universal y miembros del partido, funcionarios, jefes industriales, soldados e intelectuales estaban atenazados por el temor de la detención al amanecer. La ola de expulsiones, despidos y detenciones anegó indiscriminadamente al pueblo, y las acusaciones desafiaban lo creíble. Los establecimientos quedaban sin empleados; un médico fue acusado de traición por presunta inoculación de la sífilis a sus pacientes; un físico, por contratar bandidos para tender una emboscada a Stalin; y un arquitecto, por diseñar un edificio con planta de cruz gamada. Los chinos eran detenidos como espías japoneses y los judíos como agentes de la Gestapo.

Hastiados, los interrogadores de la N.K.V.D. se esforzaban por reducir el creciente número de acusados. Detenidos de cualquier categoría, recalcitrantes a la esperada cooperación, eran eliminados en secreto. Los que llegaban ante el tribunal eran «preparados» convenientemente; la N.K.V.D. establecía los debidos atestados de sus «actividades», y les prevenía que no «comprometiesen la investigación», que su futuro dependía del resultado del juicio. A algunos se les persuadía de su cul-



Los sucesores de Lenin: Stalin con los hombres que fueron sus colegas en la década 1920-1930 y sus víctimas en la siguiente; de izquierda a derecha, Stalin Rikov, Kamenev y Zinoviev.

pabilidad por el hecho de que las acusaciones, si bien a menudo confusas y patentemente tergiversadas y falseadas, contenían a veces cierta brizna de verdad; otros confesaban a fin de salvar a sus mujeres y familias. En algunas ocasiones se persuadía a un antiguo bolchevique, agotado tras meses de resistencia, a que sacrificara su reputación y su vida por la causa del Estado que él mismo había contribuido a crear; el acusado, entonces, al cabo de meses de interrogatorio, decidía «someterse a los intereses del Estado por el cual he luchado durante veintitrés años».

En marzo de 1938, al final de los grandes procesos, Bujarin, Rikov, Iagoda y otros dieciocho escucharon en silencio cómo Vichinski, el mismo exmenchevique que había escapado por un pelo a una purga del partido en los años veinte, les llamaba «provocadores fascistas». En esta ocasión, uno de los acusados, Krestinski, exsecretario del Comité Central, se declaró inocente, pero se retractó el siguiente día... Las acusaciones se remontaban a 1917. Entre otros delitos, se acusaba a Bujarin de conspirar para matar a Lenin, y a Iagoda de envenenar a Gorki y de haber planeado apoderarse del Kremlin. Un excomisario de Agricultura sirvió de cabeza de turco por «errores» en la colectivización, confesando «haber hecho todo lo posible para elevar la mortandad en el ganado»; y el jefe de las cooperativas fue acusado de elaborar mantequilla mezclada con vidrio en polvo. Todos los acusados, excepto tres, fueron fusilados.

Iezhov había preparado las sentencias de antemano. Stalin las había aprobado, como lo hizo con las de unas 400 listas que le fueron presentadas entre 1937 y 1938. Como resultado de ello, de 139 representantes del Comité Central elegidos en el XVII Congreso del Partido, sólo sobrevivían 41 en el siguiente. La mitad de los miembros del Politburó había desaparecido. De los quince miembros del primer gobierno bolchevique, diez habían sido ejecutados o depurados, y cuatro habían muerto; sólo Stalin subsistía.

«Muchos comunistas sinceros»

No todas la víctimas eran desviacionistas. Como Kruschev lo atestiguaría más tarde, había entre ellos «muchos comunistas sinceros», hombres «que lucharon activamente contra trotskistas y derechistas» y hasta varios de los presuntos sucesores de Stalin a la jefatura suprema. No podían creer su sino. El leal Eije expresó su amargura al verse encarcelado «por un gobierno por el que siempre he combatido»; acabó fusilado. También fue fusilado Postichev, un stalinista que había osado discutir la necesidad de tantas ejecuciones, y el constante conformista Rudzutak.

Todo el país se vio afectado. En Ucrania, tres sucesivos jefes del partido fueron depurados entre 1933 y 1938, y casi la mitad de los secretarios locales del mismo sustituidos en 1938. Los trece miembros que en abril de 1937 integraban el Politburó ucraniano, habían desaparecido ya en junio de 1938. En Georgia, entre 1937 y 1938 fue sustituido el ochenta por ciento de los secretarios locales del partido, lo mismo que miles de funcionarios, un primer ministro, un viceprimer ministro, el jefe de planificación, miembros de la universidad local y preeminentes representantes de las artes. En el Asia Central, Rusia Blanca, Carelia, Daguestan y República Alemana del Volga, la purga no fue mucho menos rigurosa.

Tampoco escaparon a ella los dirigentes comunistas extranjeros refugiados en la Unión Soviética; y, así, fueron liquidados el húngaro Béla Kun, los alemanes Remmele y Neumann, y varios notables comunistas polacos. El largo brazo de la N.K.V.D. alcanzó hasta España, y barrió a generales, periodistas y diplomáticos, y hasta el mismo Antonov-Ovseienko, que había participado en el asalto del Palacio de Invierno en 1917, y se encargaba entonces de la depuración del Partido Socialista de Cataluña; en 1940, finalmente, un agente de la N.K.V.D. abatió a Trotski, en México, de un hachazo en la cabeza.

Fin de una pesadilla

Pero ya un tiempo antes podía darse la purga por acabada. Había sido detenida la vigésima parte de la población, si bien los millones de sentenciados a trabajos forzados proporcionaban una importante contribución a la economía. Entre 1936 y 1938, el Partido perdió otra tercera parte de sus miembros. Se lanzó una campaña de reclutamiento, pero había una renuencia a nombrar a nuevos miembros, por temor a que pudieran ser denunciados e implicar luego a sus patrocinadores. Por doquier estaba a punto de quebrantarse la disciplina. Oficiales y soldados, administradores y empleados, directores y obreros, habían aprendido demasiado bien a «desenmascarar» a sus superiores. Se cernía, así, el fantasma de la destrucción del partido y del Estado por la policía secreta. Y Stalin comenzó a contener a los sabuesos.

La ola de detenciones fue cesando gradualmente, y a partir de 1939 la situación empezó a volverse contra la policía secreta, y la purga se dirigió contra hombres de la N.K.V.D. que habían acusado incluso a niños como agentes de Hitler y del Mikado. A comienzos de 1939, Iezhov fue sustituido por Beria y desapareció. Varias víctimas del Proceso Industrial de 1930 conocieron el perdón. La pesadilla estaba llegando a su fin.

Stalin, empero, se mostró impenitente. En el XVIII Congreso del Partido, en marzo de 1939, manifestó que la «depuración había sido inevitable, y sus resultados eran beneficiosos en conjunto». Sin embargo, declaró también que había estado acompañada de «graves errores», y finalmente, que «no habría necesidad ulterior de recurrir a la... depuración masiva».

La «Gran Purga» tendió deliberadamente a eliminar todos los potenciales rivales de Stalin, a encajar todos los engranajes del Estado en una máquina que respondiese fielmente a cualquier manipulación del dictador. Entre 1934 y 1939, medio millón de miembros fueron promovidos a puestos responsables en la jerarquía del partido, y, en otros campos, millones de jóvenes administradores, técnicos, economistas y militares —hombres influidos por el culto de Stalin, y desinteresados de los debates ideológicos del pasado— asumieron cargos de importancia. Ello no podría haberse llevado a cabo sin sacrificios. En este sentido, las purgas de los años treinta crearon una revolución social y administrativa que se emparejaba con las revoluciones industrial, agrícola y cultural de Stalin.

Los grandes procesos fueron moralmente reprobables, pero resultaron un evidente éxito político. Ni siquiera Kruschev rehabilitó jamás a la mayoría de los oposicionistas. El terror creó una permanente atmósfera de temor y de recelo, pero unió al partido como nunca hasta entonces. Sin embargo, las depuraciones debilitaron seriamente a las fuerzas armadas, contribuyendo a la falta de interés por parte de Inglaterra en una alianza militar; así advinieron Munich y el pacto nazisoviético. Pero cuando Hitler invadió la Unión Soviética en 1941 y los patriotas rusos se volcaron en defensa de su suelo, una sola figura podía unirlos: Josef Stalin.

Bien es verdad que a ello coadyuvó también el escalofriante vandalismo de las mesnadas hitlerianas en su inicial conquista del suelo ruso.

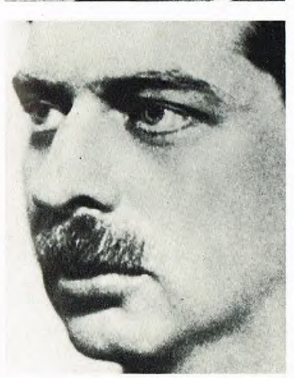
Philip Longwort

¿Democracia o dictadura?

La desidia y el caos que trajo consigo la posguerra ahogaron la democracia en la Europa del Este y en los Balcanes. El poder político cayó en manos de dictadores, los cuales, al no lograr dar solución a los problemas económicos de sus respectivos países, prepararon el camino al nazismo.

Dos déspotas de la Europa oriental: el rey Boris III de Bulgaria *(arriba)* y el rey Carol II de Rumania *(abajo)*.





Entre 1918 y 1920 se produjo un cambio radical en el mapa político de la Europa del Centro, del Este y del Sudeste. Resultaron de pronto inservibles los atlas que durante un siglo sólo habían necesitado pequeñas correcciones (a expensas, en la mayoría de los casos, de Turquía, que se había visto obligada a conceder gradualmente la emancipación a los pueblos cristianos de los Balcanes). Apenas hubo Estado cuyas fronteras no experimentaran ninguna modificación.

Los políticos, periodistas y lectores de la prensa de la Europa occidental se vieron en poco tiempo abrumados por la gran cantidad de nombres nunca oídos de nuevos políticos y de nuevos países. El concepto tradicional de la Europa del Centro era simplemente el de una vasta extensión repartida entre Rusia, Turquía, Austria-Hungría y Alemania. Pero, al finalizar la guerra, estas naciones, aparentemente estables y duraderas, se hundieron de repente, ocupando su lugar casi una docena de Estados. En la política y economía internacionales intervenían distintos factores de nuevo cuño, y los asuntos de esta parte de Europa resultaban incomparablemente más complicados que antes: apenas se había secado la tinta de las firmas del tratado de paz cuando ya se oían las primeras lamentaciones sobre la «balcanización» de la Europa del Centro y del Este. Tales quejas no eran por supuesto razonables, puesto que, por lo menos de una forma latente, todos los conflictos nacionales habían existido con anterioridad, aun cuando fuesen considerados como problemas internos de una o de otra gran potencia.

Se presentaba para todo este territorio un inmenso número de problemas políticos, económicos y sociales que requerían urgentísima solución si se quería conseguir que las relaciones externas de los nuevos Estados —en particular sus relaciones mutuas— y sus condiciones internas alcanzaran un grado razonable de estabilidad. No hay que olvidar que casi todos los nuevos Estados habían sido escenario de luchas durante la Primera Guerra Mundial y que esta reciente experiencia había dejado una herencia, no sólo de ciudades y pueblos arruinados, de desórdenes en la industria y en la agricultura, de comunicaciones interrumpidas y de profundas conmociones en los sistemas financieros, sino también de una gran inestabilidad entre todas las clases sociales.

Otro de los grandes problemas que obsesionaba a los nuevos Estados que ocupaban la gran zona existente entre Alemania, Italia y Rusia era la dificultad de inspirar un sentimiento de identidad nacional. Ninguno de estos modernos países, a excepción tal vez de Polonia y los Estados balcánicos, poseía experiencia de cómo funciona un Estado moderno.

Los siglos transcurridos bajo el gobierno de un pueblo extranjero habían dado paso a un sentimiento de desvinculación de la autoridad, sentimiento que se experimentaba en los nuevos Estados, aun cuando éstos estuvieran formados, al menos en teoría, por auténticas nacionalidades. Estos pueblos, tradicionalmente dependientes y oprimidos, necesitaban tiempo para acostumbrarse a su propia soberanía.

Entre el mosaico de nacionalidades de la Europa del Este y del Sudeste no se daba ningún caso, a menos que se tratara de pueblos dominantes —alemanes, magiares, austríacos, rusos y turcos—, en que existiera la ecuación entre nacionalidad y ciudadanía, que durante varias generaciones había constituido como una segunda naturaleza en la Europa occidental, con sus Estados fundados sobre una sola nacionalidad. Aunque los jóvenes Estados de la Europa del Este y del Sudeste habían visto la luz a través de un proceso de autodeterminación por parte de las razas tributarias y oprimidas, no eran en modo alguno monolíticos: en casi todos ellos quedaban todavía minorías nacionales. Como resultado de la complejidad de los hechos históricos, habría sido imposible trazar las fronteras de los nuevos Estados basándose en razones puramente étnicas sin dar origen a verdaderas monstruosidades geográficas; por tanto, en algunos de ellos las razas minoritarias totalizaban hasta un tercio de la población. Era muy comprensible que la gente que había pertenecido a las nacionalidades dominantes antes de 1918, y que ahora se encontraba en situación de minoría, contemplara los nuevos Estados con no





poco recelo. La pérdida de sus privilegios formales, y más todavía de sus privilegios *de facto*, resultaba para muchos completamente inaceptable; éstos, por consiguiente, apoyaban de buen grado las tentativas de revisionismo. Un adecuado período de coexistencia bajo condiciones democráticas habría conseguido que se apaciguaran aún los recelos nacionalistas más exacerbados. En el período que sucedió inmediatamente a la guerra, los nuevos Estados adoptaron para su régimen interior constituciones democráticas basadas generalmente en los modelos de Francia y Bélgica, pero la aplicación efectiva de los métodos democráticos a la vida política constituía una empresa bastante más ardua. Cada vez con mayor frecuencia se introducían métodos de gobierno autoritarios y dictatoriales.

Para comprender el significado de la enfermedad política que hizo su aparición entre las dos guerras mundiales, es necesario formarse una idea de las complejas cuestiones sociales y nacionales que se debatían en la nueva Europa. En cuanto a la cuestión social, las vastas extensiones a que nos referimos podrían tal vez denominarse, simplemente, la «Europa campesina»: de sus cien millones de habitantes, más de tres cuartas partes trabajaban en el campo. Debido al bajo nivel de industrialización, la clase obrera era muy escasa y, por consiguiente, tampoco abundaban los técnicos. A consecuencia del lento y retrasado desarrollo económico de tales regiones, casi era desconocida la clásica clase media compuesta por una sólida burguesía. En vez de ella, desempeñaba su cometido económico la pequeña burguesía, y sus funciones políticas las profesiones intelectuales —oficiales, maestros y los que ejercían una profesión liberal—, cuyos componentes procedían sobre todo de ambientes pequeñoburgueses o rurales. Sólo en unos pocos países, por ejemplo en Polonia y Hungría, continuaron los aristócratas terratenientes desempeñando un papel económico y político hasta cierto punto fundamental.

Un problema de atraso

El carácter predominantemente campesino de la economía del Este y Sudeste de Europa fue la razón decisiva por la cual, en el momento crucial en que las instituciones democráticas debían demostrar si eran o no capaces de echar raíces, estas regiones experimentaron una ruda caída en los precios de aquellos productos agrícolas que representaban su principal o único artículo de exportación. Ello también afectó desfavorablemente las relaciones exteriores, pues resultaba difícil la mutua cooperación entre unos países que intentaban por todos los medios venderse unos a otros sus excedentes agrícolas. Tal fue la causa principal, por ejemplo, de la debilidad de la Pequeña Entente; con su política de intercambio de granos a gran escala, Schacht y el *Reichsbank* conquistaron virtualmente la totalidad de la Europa sudoriental para la Alemania nazi aun antes de que un solo soldado alemán pusiera los pies en aquellas regiones.

El desarrollo económico de esta área siguió un círculo vicioso. Habría sido posible solucionar los problemas vitales de sus distintas poblaciones introduciendo la industrialización a gran escala; habría sido posible sanar la agricultura, no sólo formando grandes empresas agrícolas, introduciendo una extensiva mecanización y organizando las ventas en tal forma que la producción de cereales hubiese competido eficazmente con los grandes exportadores de ultramar —Canadá, Estados Unidos y Australia—, sino también a base de una intensiva producción de cosechas comerciales, mucho menos afectadas por la competencia extranjera, y a través del envasado de frutos y vegetales. Tal política habría exigido notables inversiones en la agricultura, en las industrias de elaboración de los productos agrícolas y en los medios de comunicación; sin embargo, todos los países que ocupaban esta área carecían de capitales suficientes y les era extremadamente dificultoso obtenerlos del extranjero bajo unas condiciones que a largo plazo les resultaran rentables. Europa oriental y los Balcanes no eran considerados suficientemente estables para que el mundo de las finanzas internacional tuviera demasiado interés en concederles grandes créditos a largo plazo. Las enfermedades económicas fundamentales eran, por lo tanto, sólo objeto de un tratamiento remiso y a veces completamente incorrecto.

Las subdesarrolladas sociedades del Este y Sudeste de Europa no dieron la impresión de poseer la suficiente cohesión interna o los recursos idóneos para superar los síntomas, cada vez más agudos, de la crisis económica y política. Las clases dirigentes intentaron en diversas ocasio-

La catedral de Sofía después de ser asaltada con bombas por los comunistas en abril de 1925. Durante el período comprendido entre las dos guerras mundiales, Bulgaria se vio sometida al terrorismo izquierdista y a las represalias de las derechas.



Una escena típica de la «Europa campesina». Los agricultores continuaban empleando procedimientos extremadamente primitivos en toda la Europa oriental y balcánica, donde tres cuartas partes de la población vivían de la tierra. La Depresión mantuvo allí bajos los precios, y el poder cayó en manos de dictadores que jamás hicieron frente a los apremiantes problemas económicos, políticos y sociales de sus respectivos países.

nes frenar los desórdenes politicosociales con recursos puramente autoritarios. Intentaron extirpar la raíz del mal —consistente en el atraso de sus respectivos países— apoyando y fomentando artificialmente lo que no era sino una consecuencia del atraso, en particular el nacionalismo extremado. Es indudable que las formas democráticas de gobierno no pueden por sí solas solucionar satisfactoriamente, en el espacio de unos pocos años, los problemas básicos de la estructura economicosocial, de la que en realidad depende el funcionamiento del Estado. A pesar de su atraso, aun los jóvenes Estados deben procurarse un puesto en la escena política internacional y en el mercado mundial y defenderlo con denuedo. La imposibilidad de superar en un instante los siglos de atraso con la mera aplicación de las técnicas de una sociedad democrática fue causa de que algunos de los políticos de estos países se mostraran escépticos ante los verdaderos objetivos y oportunidades proporcionados por la democracia. Temían que el sistema democrático fuera incapaz de proteger el régimen de propiedad existente contra los ataques procedentes de los políticos de izquierda, particularmente del revolucionario movimiento comunista. No hay que olvidar que algunos países del Este de Europa eran vecinos inmediatos de la Unión Soviética, y se pretendía de ellos que actuaran de barrera contra la penetración del movimiento comunista en el resto de Europa. Más que nadie, las clases acomodadas de los países que formaban el *cordón sanitario* eran conscientes de que las verdaderas condiciones de sus pueblos demostraban hasta qué punto no podían en realidad resolverse las crisis latentes siguiendo el ejemplo soviético. Aunque los partidos comunistas existentes en los países de los Balcanes y del Este de Europa contaban con un número muy reducido de miembros (y en su mayoría se habían formado ilegalmente), ganaban cada día mayor prestigio entre los traba-



jadores, entre las minorías sometidas a una discriminación nacional, racial o religiosa, y entre algunos jóvenes intelectuales.

Fascismo de tono menor

Si damos una mirada al camino que, en muchos de estos países, condujo a la gradual sustitución de los principios democráticos de gobierno por dictaduras autoritarias y por gobiernos de mano dura, no podemos menos de sentirnos sorprendidos por un hecho. Los periódicos y panfletos izquierdistas de la época y algunos historiadores posteriores, cuando se referían a tales regímenes, generalmente los trataban de fascistas. Ello quizá fuera conveniente a nivel propagandístico, pero no constituye una adecuada descripción de la realidad. Comparadas con los Estados totalitarios de Italia y Alemania, las dictaduras de la Europa oriental y sudoriental representaban en conjunto una especie de fascismo de tono menor. En ninguno de tales países existía la posibilidad de establecer una base genuinamente popular que sirviera de soporte a la dictadura. Los sistemas se apoyaron siempre en un pequeño grupo de oficiales del Ejército o de antiguos políticos y, en parte, en la alta burguesía o en los terratenientes, mientras que, en el caso de las monarquías —Yugoslavia, Bulgaria, Rumania y Grecia—, las cortes reales y sus séquitos procuraron a su vez los bastiones esenciales. Estos regímenes mostraron la tendencia a evolucionar en sentido fascista, pero en el período de entreguerras no llegó nunca a completarse semejante evolución. Ella alcanzó su cenit durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la situación de dependencia en que se hallaban estos Gobiernos respecto de la Alemania nazi los indujo a reforzar sus tendencias fascistas. Pero esto no se produjo en todos los casos. El régimen de Austria, de tendencias marcadamente fascistas, terminó con la ocupación nazi y el *Anschluss* de 1938; la camarilla de «coroneles» que mantuvo en Polonia un régimen autoritario, que no se avergonzaba de copiar las prácticas fascistas en política interior y exterior, especialmente durante los años treinta, cayó víctima del ataque nazi en otoño de 1939; en la primavera de 1941, Hitler y Mussolini terminaron con la independencia de Atenas y Belgrado. Los dos últimos ejemplos demostraron incidentalmente cuán escasa era la cohesión interna de esos Gobiernos de mano dura, que confiaban en el Ejército o en alguna forma de junta militar. El régimen que en Grecia implantó el general Metaxas podía ser todo lo que se quiera, excepto fiel al concepto de democracia que en otro tiempo fue dado a luz por su propio país, y el sistema yugoslavo tenía en realidad muy poco de democrático, a pesar de todo su aparato parlamentario. A la primera acometida del exterior, se vino abajo rápidamente el aparato dictatorial, incapaz incluso de organizar la defensa del país. Donde continuó la resistencia militar, como en Polonia, Yugoslavia y Grecia, no fue debida a los entregados a la política, sino al valor de los soldados y de sus jefes inmediatos.

Hungría: camarillas fascistas

El primer país del Este de Europa que vio reducidos al mínimo los derechos democráticos fue Hungría. Después del gobierno de transición del conde Michael Károlyi, que duró pocos meses, y después de la efímera vida (tres meses) de la soviética República Húngara, bajo Béla Kun, el almirante Nicholas Horthy, al frente del Ejército nacional (al cual en realidad no se debió el triunfo, pues fueron principalmente las tropas rumanas las que derribaron la República), desencadenó el «Terror Blanco», que se hizo legendario en la Europa de entonces por su brutalidad sin precedentes. Cuidaban de llevar a cabo las purgas no sólo los destacamentos del Ejército y de la Policía, sino sobre todo expediciones de voluntarios creadas al efecto bajo el mando de exoficiales. Tales fuerzas aprovecharon todas las oportunidades que se les ofrecían para reproducir las sangrientas represalias con

Dictaduras y democracias: diagramas comparativos



	1935	1938
Alemania	130.0	169.2
U.R.S.S.	109.0	132.9
Polonia	28.5	38.1
Hungría	0.8	1.0
Italia	0.4	1.0
Yugoslavia	0.4	0.4
Rumania	0.3	0.3
Austria	0.3	0.2
Bulgaria	0.1	0.1

Formas de gobierno en Europa

Dictaduras	Año inicial
1 ESTONIA	1934
2 LETONIA	1934
3 LITUANIA	1926
4 ALEMANIA	1933
5 PRUSIA ORIENT.	1933
6 POLONIA	1926
7 U.R.S.S. Gobierno comunista desde	1917
8 ♛ RUMANIA	1938
9 ♛ ITALIA	1922
10 ♛ YUGOSLAVIA	1929
11 ♛ BULGARIA	1934
12 TURQUÍA (♛ hasta 1922)	1924
13 PORTUGAL	1926
14 HUNGRÍA	1920
15 AUSTRIA	1932
16 ALBANIA (♛ desde 1928)	1925
17 ♛ GRECIA (República 1924-35)	1936

Democracias
18 ♛ SUECIA
19 FINLANDIA
20 ♛ NORUEGA
21 ♛ DINAMARCA
22 ♛ GRAN BRETAÑA
23 ♛ ESTADO LIBRE DE IRLANDA
24 ♛ HOLANDA
25 ♛ BÉLGICA
26 FRANCIA
27 CHECOSLOVAQ.
28 ♛ LUXEMBURGO
29 SUIZA
30 ESPAÑA (♛ hasta 1931)

♛ Monarquías

	1935	1938
Italia	270	193
Rumania	109	133
Polonia	84	84
Yugoslavia	43	57
Austria	46	46
Hungría	23	37
Alemania	33	28
Bulgaria	19	24

	1935	1938
Alemania	8.56	14.83
U.R.S.S.	4.46	5.70
Italia	4.20	4.59
Polonia	0.84	1.72
Yugoslavia	0.78	0.71
Austria	0.37	0.65
Rumania	0.38	0.53
Hungría	0.28	0.34
Bulgaria	0.12	0.19

	1935	1938
Alemania	14.1	20.5
U.R.S.S.	12.6	18.0
Italia	2.2	2.3
Polonia	0.9	1.5
Austria	0.4	0.7
Hungría	0.4	0.6
Rumania	0.2	0.3
Yugoslavia	0.1	0.2

	1935	1938
U.R.S.S.	15.40	20.82
Alemania	10.62	11.47
Italia	2.80	2.85
Polonia	0.70	0.84
Austria	0.46	0.53
Hungría	0.44	0.44
Rumania	0.37	0.34
Yugoslavia	0.31	0.30
Bulgaria	0.12	0.13

En cada país, la franja superior indica la producción de 1935, y la inferior la de 1938

Prome

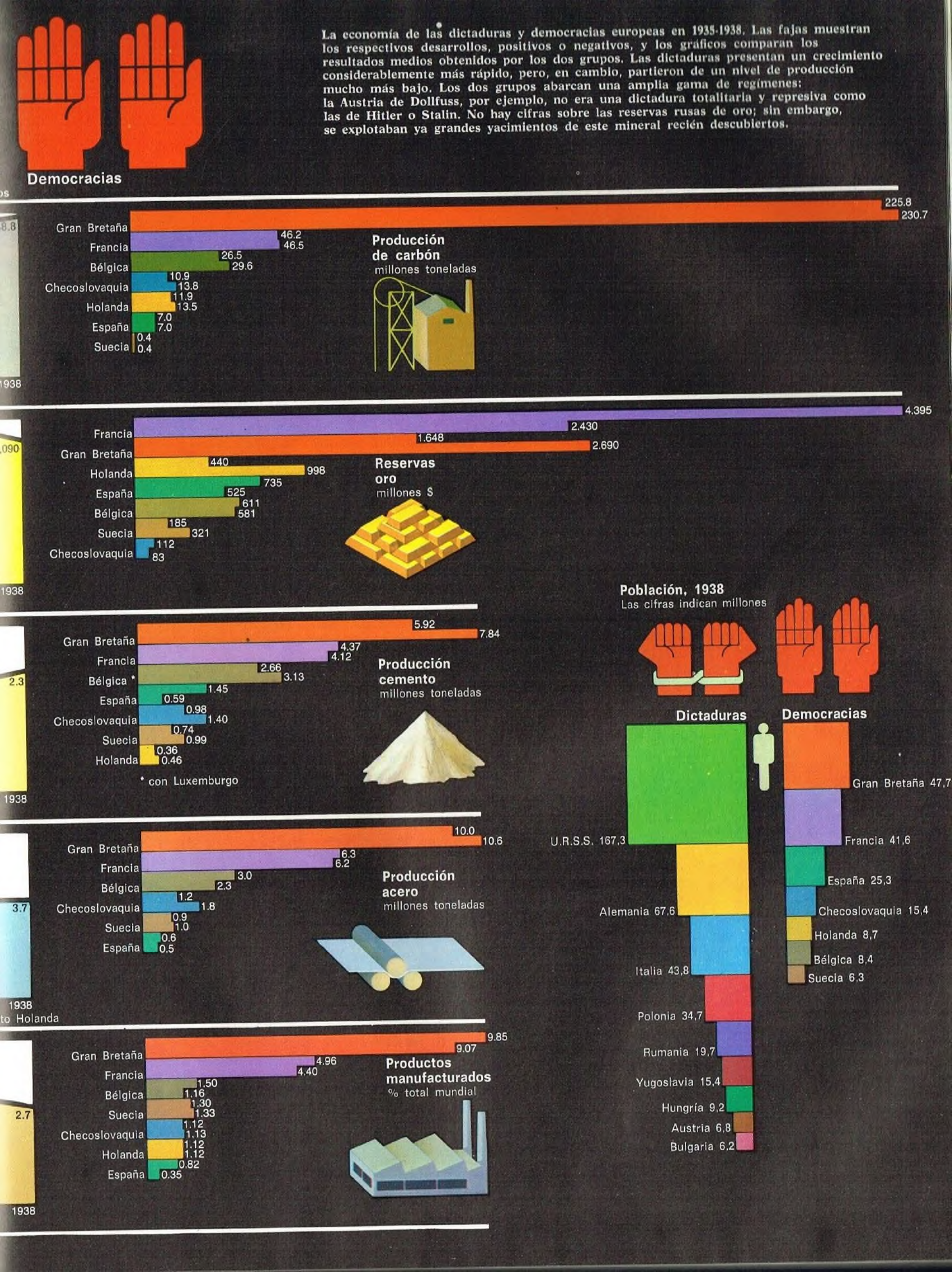
30.0
1935

78
1935
excepto U.F

2.2
1935

3.9
1935
excepto Bul

3.5
1935



La economía de las dictaduras y democracias europeas en 1935-1938. Las fajas muestran los respectivos desarrollos, positivos o negativos, y los gráficos comparan los resultados medios obtenidos por los dos grupos. Las dictaduras presentan un crecimiento considerablemente más rápido, pero, en cambio, partieron de un nivel de producción mucho más bajo. Los dos grupos abarcan una amplia gama de regímenes: la Austria de Dollfuss, por ejemplo, no era una dictadura totalitaria y represiva como las de Hitler o Stalin. No hay cifras sobre las reservas rusas de oro; sin embargo, se explotaban ya grandes yacimientos de este mineral recién descubiertos.

que durante la guerra se había diezmado a la población civil de Galizia y Servia. Las víctimas fueron no sólo comunistas reales o imaginarios sino también socialdemócratas, trabajadores y agricultores; también se ensañaron los destacamentos de voluntarios contra los judíos, bajo el pretexto de velar por la pureza de la raza magiar. A este respecto, es significativo que Hungría fuese el primer país que señaló un límite oficial al número de estudiantes judíos admitidos en sus universidades.

Bajo el conde Stephen Bethlen, que empuñó con firmeza las riendas del gobierno durante la década de los años 20, renacieron superficialmente la estabilidad y los procedimientos democraticoparlamentarios. Incluso era tolerada, con gran número de restricciones, la socialdemocracia, pero sus actividades estaban extraordinariamente circunscritas. Hungría había de convertirse en un Estado sobremanera reaccionario, autoritario y jerárquico en el terreno social, y su población, en una inmensa mayoría, tenía que vivir inmersa en una agobiante inercia política. La ley disponía que fuesen públicas las votaciones del país, con la finalidad de dirigir las elecciones de acuerdo con las necesidades del partido gobernante. El principal vínculo de unión entre los distintos grupos nacionalistas y de extrema derecha eran los deseos revisionistas del Tratado del Trianon, con lo cual podría volverse a la Gran Hungría, dominada por la antigua clase acomodada magiar. Sin embargo, las camarillas y organizaciones fascistas y semifascistas nunca lograron unirse para formar un movimiento conjunto, a pesar de lo cual poseían notable influencia en los círculos gubernamentales, con los que generalmente andaban de acuerdo sobre la línea política que debía seguirse. Gyula Gömbös, por ejemplo, era el alma del movimiento extremista del Resurgir Magiar. No hay que dejarse engañar por el hecho de que los gobiernos autoritarios de Budapest fueran contrarios, llegando alguna vez hasta perseguirlos, a algunos de los grupos fascistas en pugna, especialmente a los que copiaban demasiado descaradamente el modelo hitleriano, como el movimiento de la Cruz Flechada de Ferenc Szálasi. Razones de política exterior aconsejaban esta medida. El ideal de Budapest era más bien un fascismo de tipo italiano, y los círculos oficiales miraban con recelo cualquier exceso de influencia que la poderosa Alemania pudiera ejercer sobre los asuntos de Hungría.

Bulgaria: asesinatos y ejecuciones

Otro de los países que relegó al olvido todas las normas democráticas de la vida política fue Bulgaria. Como en el caso de Hungría, el país había figurado durante la guerra al lado de los que perdieron, lo que fue causa de que se viera privada de parte de su territorio. Tal circunstancia era aún de mayor peso que la larga tradición de regímenes liberales, que arrancaba de la pasada centuria, y que el predominio de pequeños campesinos, en un país en el cual los grandes terratenientes no desempeñaban ningún papel político o económico.

En el complot politicomilitar que en junio de 1923 derribó al gobierno mayoritario de Aleksandr Stamboliski y a su Partido de Campesinos, figuraban no sólo los poderosos partidos burgueses, sino ciertos oficiales del Ejército, que no disimulaban sus preferencias por el fascismo italiano y sus deseos de modificar los tratados de paz. También desempeñó notable influencia la I.M.R.O., ilegal organización terrorista de Macedonia, que deseaba nada menos que la revisión del Tratado de Neuilly. Estos elementos no se contentaron con perseguir cruelmente a los elementos más significativos del Partido de los Campesinos. El impremeditado levantamiento de los comunistas búlgaros, en septiembre de 1923, y el temerario atentado para asesinar al Rey en la catedral de Sofía, en agosto de 1924, procuraron las excusas suficientes para desencadenar unos *pogroms* realmente masivos dirigidos contra los elementos de izquierda en general. Perecieron decenas de millares de personas; el asesinato y la tortura, las desapariciones misteriosas e incluso las ejecuciones públicas se convirtieron en orden del día. Los gobiernos del profesor Aleksandr Tsankov y subsiguientes trajeron consigo alguna relajación durante unos años, pero nunca llegaron a restaurarse completamente las normas democráticas. El golpe militar de mayo de 1934 no introdujo ningún cambio sustancial, antes bien tuvo la virtud de agravar las condiciones existentes. La idea que se ocultaba tras la proclama de poner fin al ciclo de crisis gubernamentales —crisis debidas más a factores personales que políticos— no era original: estaba inspirada por el rey Boris, quien deseaba repetir el experimento —manifiestamente desacreditado ya entonces— del rey de Yugoslavia, Alejandro, que había implantado un sistema de dictadura personal basada principalmente en el apoyo del Ejército. El dictador búlgaro disolvió todos los grupos y partidos políticos; se crearon corporaciones estatales en sustitución de los sindicatos; y las medidas oficiales para regularizar y nacionalizar la producción y venta de los excedentes agrícolas alcanzaron un cierto éxito, sobre todo teniendo en cuenta que tales medidas se ajustaban al sistema nazi de intercambios. Los esfuerzos encaminados a dar a la dictadura apariencias democráticas pronto se demostraron altamente decepcionantes.

Polonia: una disimulada dictadura

Polonia se convirtió también, de hecho, en una dictadura —aunque nunca se utilizó esta palabra— después de la revolución de mayo de 1926. Un golpe militar, coronado por el éxito, puso las riendas del poder en manos no tanto de la junta de oficiales como en las de su jefe, el mariscal Józef Pilsudski. El gobierno de Pilsudski puso en juego todos los recursos del Estado para frustrar las actividades de la oposición, particularmente en tiempos de elecciones, descendiendo en ciertas ocasiones a medidas de gran brutalidad. Sin embargo, no intentó formalmente disolver los partidos de la oposición, sino que procuró minarlos interiormente y, cuando ello no era suficiente, usó y abusó de cualquier medio permitido por la ley, o mejor aún de los huecos existentes en la ley, para impedir que la oposición ejerciera cualquier clase de influencia en los asuntos del Estado. Los gabinetes que no gozaban del apoyo de una mayoría parlamentaria, o bien no dimitían o bien, si lo hacían, eran sustituidos pronto por otros de idéntica composición. Hasta el instante de su muerte, Pilsudski constituyó no sólo la única autoridad sino también la única ideología, y hasta el comienzo de la década de los treinta, ninguno de sus sucesores intentó reforzar el sistema dictatorial con la creación de un partido popular de ideología emparentada con el fascismo. Sin embargo, tampoco ellos tuvieron tiempo de superar la etapa de planificación, pues la guerra puso pronto punto final a sus experimentos.

Yugoslavia: planes utópicos

La revolución de enero de 1929 en Belgrado tomó la forma de un golpe de mano palatino. El rey de Yugoslavia, Alejandro, suspendió el Parlamento, la Constitución y todos los partidos políticos, y proclamó un régimen de mando personal, o sea una dictadura monarquicomilitar. En el programa del real déspota encontramos, además de las promesas de eliminar los excesos del sistema parlamentario, que



siempre desembocan en una dictadura, un plan importante, pero completamente utópico, para superar las peculiaridades nacionalistas y territorialistas mediante la fusión inmediata de servios, croatas y eslovenos dentro de la nueva nación yugoslava. Resultó infructuosa la tentativa de basar en la autoridad real esta ideología fusionista, y el yugoslavismo continuó siendo una mera frase oficial; el intento de fusión provocó una fuerte oposición no sólo de parte de croatas y eslovenos sino también de parte de los servios, aun cuando tendiera a reforzar la posición predominante de éstos en la vida política, la administración y el Ejército. Cada raza puso objeciones a la idea de que sus tradiciones nacionales fuesen disueltas en aras de un nuevo y equívoco concepto. El resultado fue el de que se exacerbó la fricción entre las tres naciones eslavas de Yugoslavia, particularmente entre Servia y Croacia. La imposibilidad de anular ninguna de las nacionalidades que integraban el Estado y de dar solución a los problemas económicos condujo a la introducción, después de dos años, de un mezquino parlamento —el *Skupshtina*— al amparo del cual continuó la dictadura personal. Ni aun el asesinato del rey Alejandro, perpetrado el 9 de octubre de 1934 en Marsella por un terrorista croata, pudo conducir al país por los caminos democráticos, aun cuando el régimen policíaco tuvo que hacerse atrás gradualmente dando paso a la actividad de los partidos políticos, entre ellos algunos de la oposición, cuya existencia fue tolerada por razones de necesidad. Sin embargo, en política interior y exterior, Pablo, el príncipe regente, junto con su corte, continuaron siendo los factores decisivos.

Rumania: fascismo real

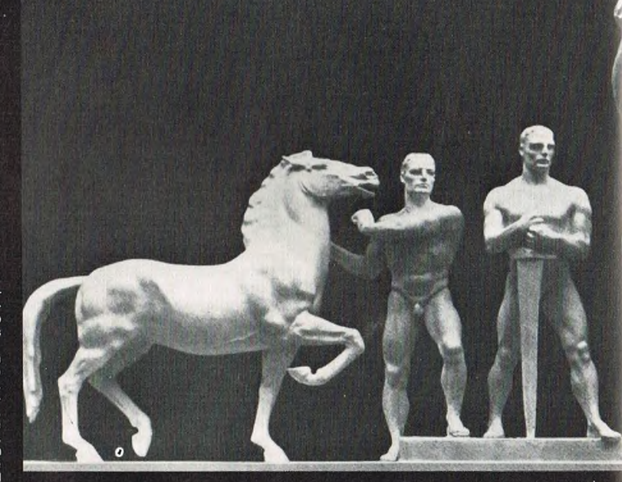
El último país de la Europa sudoriental que contempló el abandono formal de la democracia y su sustitución por un sistema dictatorial fue Rumania. El rey Carol II de este país, conocido en toda Europa por sus lances amorosos, se proclamó a sí mismo en 1938 el único detentador del poder legislativo y ejecutivo, disolvió el Parlamento, hizo que fuera aprobada su autoridad personal, al estilo tradicional, por un falso plebiscito y llegó a crear su propio partido, de carácter cerrado: el Frente Nacional de Renovación, el cual imitaba muy de cerca los modelos fascistas. En su ruta hacia la tiranía, no dudó en servirse de la terrorista Guardia de Hierro, una organización fascista basada en los métodos hitlerianos; una vez conquistado el monopolio del poder, no tuvo tampoco ningún inconveniente en detener y matar a los principales líderes de la organización. La dictadura de Carol no era por supuesto fruto de un solo día: como admirador de Mussolini, ya había ido preparando el terreno desde que ascendió al trono en 1930. A este fin, se había aprovechado inteligentemente de la inmoralidad y venalidad de algunos de los políticos rumanos. Ya antes, la variante rumana de la democracia había presentado algunas peculiaridades, como la del sistema electoral, que aseguraba al partido reinante una mayoría de puestos en el Parlamento, aunque sólo hubiese obtenido minoría de votos: de hecho, mediante una sabia manipulación, con auxilio de la policía, siempre obtenía también una considerable mayoría de votos. Tampoco la dictadura rumana tuvo más éxito que las otras en cuanto a satisfacer las demandas populares de reforma social. En septiembre de 1940, después de firmar la Segunda Decisión de Viena, por la cual Rumania tenía que ceder Transilvania a Hungría, Carol se vio forzado a abdicar y huyó del país. El poder recayó entonces en la Guardia de Hierro, de corte fascista.

Los sistemas dictatoriales del Este y Sudeste de Europa variaron en duración, así como fue varia la severidad con que se suprimieron los principios democráticos. Todos ellos intentaron posponer artificialmente la solución de los cruciales problemas políticos, sociales y económicos, confiando el monopolio, anticuado y antidemocrático, del poder en manos de un grupo social relativamente reducido. Como sustitutivo, ofrecieron a las masas programas de grandeza nacional expresados en términos nacionalistas y chauvinistas, sin poseer, en cambio, la fortaleza necesaria para llevarlos a término. Excepto aquellos Estados que sucumbieron víctimas de la agresión nazi, los demás arrastraron a sus países respectivos a la Segunda Guerra Mundial como satélites de Alemania, y su suerte corrió parejas con la de ésta al finalizar la contienda.

Un miembro de la Guardia de Hierro rumana muestra en su brazal la cruz gamada, símbolo de las tendencias predominantes en la Europa oriental. El rey Carol no dudó en utilizar esta organización fascista para hacerse con el poder, y tampoco tuvo reparos, luego, en detener y sacrificar a sus líderes. Sin embargo, en septiembre de 1940, cuando Carol hubo de abdicar, la Guardia de Hierro se apoderó del gobierno.

Jaroslav Valenta

El arte en las dictaduras



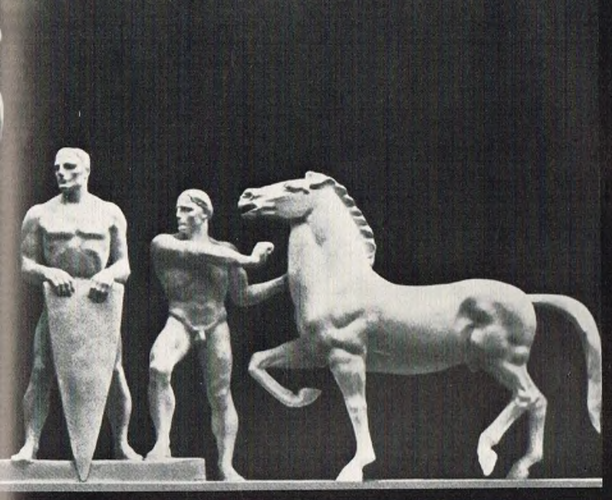
Los dirigentes políticos del siglo XX no fueron los primeros que intentaron dirigir las artes hacia objetivos concretos. Napoleón había creado academias, en las que esperaba congregar un dócil rebaño de hombres de letras, pintores, arquitectos y escultores atentos a sus instrucciones. Mussolini hizo lo mismo. Napoleón llegó incluso a encargar la composición de poemas en su honor, poemas que habían de publicarse simultáneamente en cuatro idiomas y que constituirían por lo tanto el primer experimento de una publicación internacional. Los artistas italianos de los tiempos de la Contrarreforma habían recibido de los jesuitas estrictas instrucciones de la forma como podrían persuadir y educar al pueblo con sus cuadros.

El gobierno bolchevique que llegó al poder en 1917 fue el primer gobierno del presente siglo que definió su postura con relación a las artes. La concepción marxista, convencional, de la cultura es la de que cualquier manifestación cultural, incluso el arte y la música, es automáticamente un reflejo de la estructura clasista de la sociedad. En la sociedad que los bolcheviques estaban en trance de crear era preciso, por consiguiente, que la cultura fuera una «cultura proletaria», y el arte, un «arte del pueblo». El control artístico pasó a formar parte integrante de la política bolchevique.

Cuando la revolución se extendió sobre Rusia, la inmensa mayoría de intelectuales y artistas se hallaban todavía bajo el dominio de las concepciones del siglo pasado. Las noticias de la revolución devolvieron, sin embargo, a Rusia algunos artistas que habían participado en movimientos artísticos revolucionarios en París, Alemania y en otras partes. Entre ellos había hombres como Kandinsky, que había pintado ya sus primeros cuadros abstractos, Gabo y Pevsner, que experimentaban con la escultura abstracta. Tales hombres, junto con Tatlin, que experimentaba con formas tridimensionales, puras y abstractas, eran considerados por el momento como los pioneros del estilo de la revolución proletaria. Tatlin, en particular, veía en el artista a un servidor del pueblo. Creía en la soberana importancia del funcionalismo en diseño y arquitectura. Había que diseñar los objetos en tal forma que su construcción resultara lo más simple y barata posible, a fin de que, aun en las casas de los trabajadores más pobres, estuviera presente un diseño perfecto. El proyecto más ambicioso de Tatlin, un monumento a la Tercera Internacional, nunca llegó a construirse; se dedicó, por el contrario, al diseño de calderas y de máquinas de ferrocarril.

Al principio, estos innovadores artísticos fueron protegidos y alentados por Trotski y por Lunacharski, comisario de Educación, en quien recaía la responsabilidad de las artes; pero en 1921 Lenin inició una nueva política económica y decidió que el arte había de ser una «propaganda monumental». El arte abstracto y la arquitectura funcional fueron atacados, a veces brutalmente, y Kandinsky, Gabo y Pevsner, entre otros, abando-

Seudoclasicismo y desnudez gratuita. Arriba: **esculturas del artista alemán Thorak, que debían figurar en el frontón de la inacabada sede central del Partido Nazi en Nuremberg; se trata de un grupo simplista, con posturas anatómicas desprovistas de vitalidad, en marcado contraste con los modelos griegos a los que tenía la pretensión de emular.** Abajo, izquierda: **«Camaradas», del escultor oficial nazi Arno Breker.** Abajo, derecha: **«Obrero y muchacha de koljoz», obra de Vera Mujina para el pabellón soviético de la Exposición de París de 1937.**



naron Rusia. Hacia 1932, cuando Zhdanov fue nombrado comisario artístico (Lunacharski cayó en desgracia en 1929 y murió en el extranjero en 1932), se impuso firmemente, en calidad de forma soviética del arte, el estilo conocido como «realismo socialista». Su influencia alcanzó a Francia y México, y hasta que, en 1955, Kruschev atacó la arquitectura rusa producida entre 1930 y 1950 no se debilitó un poco el punto de vista oficial de lo que el comunismo entendía por buena arquitectura y por buen arte.

Las funciones que debía llenar el realismo socialista en pintura eran la glorificación del partido, de sus líderes y sus gestas, cantar las alabanzas de la heroica clase trabajadora, comunicar optimismo y atacar a los enemigos del partido. El estilo derivaba del contenido: era preciso que el contenido resultara inmediatamente comprensible para todo el mundo. Ello significaba, en la práctica, la vuelta al arte representativo y académico del siglo pasado. En forma similar, los edificios tenían que mostrar el poder y la grandeza de la sociedad soviética. Se construyeron, entre 1930 y 1960, varios edificios grandilocuentes y estéticamente triviales, como la Universidad Lenin de Moscú, y no sólo en el país, sino que también fueron objeto de exportación. Es típico el Palacio de Cultura, cuya grave silueta se yergue dominante en el cielo de la Varsovia de la posguerra. Tales edificios eran monumentales, excesivamente recargados y caros. Durante aquellos años en que el Gobierno soviético no estaba en modo alguno sobrado de riquezas, se sentía urgentemente la necesidad de casas para el «pueblo», de cuyos intereses la arquitectura bolchevique se proclamaba representativa. Y el pueblo no se sintió satisfecho.

Alemania, al revés de Rusia, había vivido intensamente los movimientos revolucionarios del arte antes de que el Gobierno pasara a manos de un partido decidido a controlar las manifestaciones artísticas y culturales. Se habían coleccionado ávidamente las pinturas de los grandes maestros iconoclastas de finales del siglo pasado y de principios del presente; pintores alemanes habían experimentado con el expresionismo, el Dadà, el arte abstracto y todas las clases del arte no figurativo; en las Bauhaus se habían reunido artistas, diseñadores y arquitectos de toda Europa, entre ellos Kandinsky y otros artistas que habían huido de Rusia. En parte por esta razón, la Bauhaus, cuyo segundo jefe fue un marxista y cuyo primer director estaba interesado por las ideas de William Morris, socialista del siglo XIX, recibió de los nazis el apodo de «semillero de bolchevismo cultural».

Los nazis, al igual que los comunistas pero en una forma mucho más acentuada, sentían por el arte no figurativo una profunda aversión. Muchos de los maestros de la Bauhaus, pasados y presentes, fueron declarados «degenerados» y expulsados de sus puestos de enseñanza. Se hicieron circular listas de artistas «entartet» (degenerados) a los que había que ridiculizar. Se confiscaron pinturas abstractas, expresionistas o de otras tendencias modernas, y en julio de 1937 Goebbels organizó una Exposición de Arte Degenerado. Las pinturas expuestas incluían obras de Van Gogh, Gauguin, Braque, Picasso y Matisse y la producción de artistas alemanes tales como Barlach, Lehmbruck, Nolde, Kirchner y Klee. Más tarde se prohibió a éstos y a varios otros dedicarse a la pintura (la policía inspeccionaba sus hogares para asegurarse de que tales órdenes eran respetadas) y algunos fueron proscritos. De hecho, los artistas menospreciados por los nazis como «demoníacos», «patológico-sexuales» y «nihilistas del arte» constituían la «élite» de los arquitectos,



1

directores cinematográficos y pintores de Alemania.

El brutal trato que se dispensó a estos hombres (fueron por supuesto catalogados como judíos aun cuando poquísimos lo fueran) era resultado del terrible y destructor resentimiento que la Alemania nazi fomentaba contra el arte revolucionario. El arte fue identificado como la perversa raíz de la experimentación y de los cambios. No podía tolerarse un arte que fuera experimental, intuitivo y profético como el surrealismo, ni uno que fuera tan crítico y provocativo como la obra de la Bauhaus. Lo que los nazis deseaban era un figurativismo que pudiera ser comprendido fácilmente por «el más humilde Stormtrooper» y que pudiera ofrecer a las masas la ilusión de que estaban viviendo en un mundo plácido y seguro. Dirigieron, por consiguiente, sus miradas a los clásicos motivos de aceptación universal de Grecia y Roma, a los que cruzaron con temas de ascendencia nórdica. En arquitectura y escultura, apuntaban principalmente hacia la grandiosidad.

Todo ello estaba perfectamente de acuerdo con las preferencias del Führer, que se consideraba a sí mismo como un arquitecto frustrado en sus

2

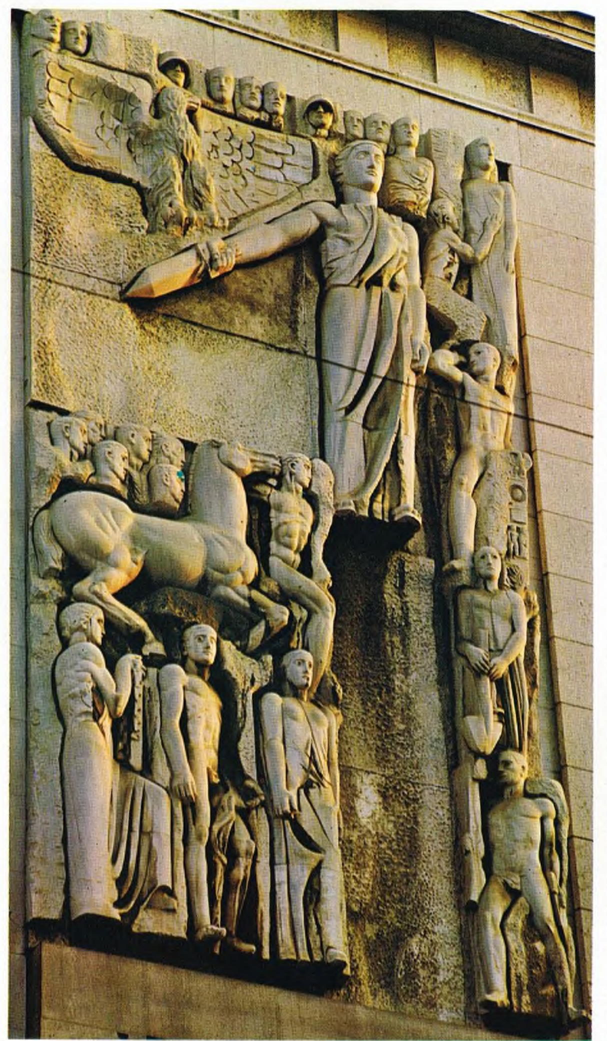
Wolfgang Willrich
Säuberung des Kunsttempels
W. Willrich: Säuberung des Kunsttempels

1 Despacho de Hitler en la Cancillería, Berlín; las proporciones y la suntuosidad buscan impresionar a los visitantes. 2 «Limpieza del templo del arte»: así dice el título de este libro nazi en cuya lista de artistas proscritos figuran los nombres actualmente más famosos. 3 «Alemania, el país de la música». 4 Proyecto de la Exposición Universal de Roma, que a causa de la guerra no llegó a celebrarse. 5 Palacio de la Cultura y la Ciencia, en Varsovia, de inspiración soviética; singular contraste de la estructura monolítica central con la agilidad de las columnatas clásicas. 6 «Las tres siembras», del pintor italiano Carpanetti: guerra y muerte, trabajo, familia. El fascismo veía en la guerra algo completamente natural.

3




5



ambiciones de adolescente. El Estadio de Nuremberg, la Cancillería del Reich y varios otros masivos edificios fueron inspirados y supervisados personalmente por el mismo Hitler.

No pueden negarse, en sus líneas generales, los logros de la arquitectura nazi —consiguió su propósito de sobrepasar en magnitud a sus precedentes romanos—, pero la planificación y el estilo revelan la persistencia de una obsesiva «manie de grandeur» completamente ajena a las concepciones racionales. La pintura y la escultura, dejadas en las manos de dóciles académicos, intentaron asimismo conseguir imágenes dotadas de belleza muscular, vigor, tamaño, agresión y salud propias del germanismo nórdico. Ya no es posible estudiar los resultados sino a través de las fotografías, pero, después de un lapso de treinta y cinco años, pintura, escultura y arquitectura dan la impresión de un cruce entre un barato y espectacular montaje de Hollywood y unos desmañados ejercicios de neoclasicismo.

También en Italia el estilo que había de mostrar al mundo las gloriosas realizaciones del Estado fascista tenía que ser el clásico o, más específicamente, el romano. El control que Mussolini ejerció sobre los artistas fue menos absoluto y su política artística menos represiva que la de Hitler. Mussolini fundó academias a las que el Estado confió encargos y dio instrucciones. Las presiones que desde arriba y desde el interior de las mismas academias se ejercían sobre los jóvenes artistas incitaban a éstos a «mirar a Roma, no a París» e insistían en que el arte italiano fuese romano en esencia y en forma. Varios centros ciudadanos de carácter medieval y renacentista fueron «despejados» con la finalidad de que reflejaran el nuevo rostro imperial, símbolo del «ethos» introducido por el nuevo orden.

No existió, sin embargo, en Italia una persecución de artistas «decadentes» comparable a la de Alemania. Ello fue debido probablemente a que el movimiento artístico italiano del momento, el futurismo, poseía algo en común con los ideales del fascismo. El futurismo veneraba la velocidad, la violencia, la acción, el dinamismo, la máquina y el futuro, y el fascismo se catalogaba a sí mismo como el partido de la juventud, del modernismo, de la acción y del futuro. Marinetti, el fundador del futurismo, fue uno de los primeros miembros del Partido Fascista e ingresó en la Academia Oficial. Hubo sin duda artistas que se opusieron al fascismo (con la excepción de Carrà y Marinetti, la mayoría figuraron en el campo antifascista). Algunos de ellos, como Morandi, prefirieron vivir aislados; otros, en cambio, criticaron la política fascista desde el interior de las academias, aun cuando normalmente fueron sofocados los debates públicos o los escritos de crítica. Con el tiempo, la política fascista cobró mayor rigidez. La presentación de un proyecto de arquitectura moderna significó a menudo ser acusado de inspiración judío-bolchevique. Incluso en Italia varios artistas sufrieron el destierro o la prisión por su inconformismo.

Estos tres tipos de dictadura produjeron un arte de características similares: edificios grandiosos, pomposos y caros, y pinturas anecdóticas y seudoheroicas. Otras sociedades habían intentado dirigir y controlar a sus artistas, pero ninguna tentativa efectuada con anterioridad fue tan estéril en sus resultados.

Germano Facetti

Relieve de mármol en las oficinas del periódico fascista Il Popolo d'Italia, **clara imitación de los relieves romanos, aun cuando con el colosalismo propio del «imperio» mussoliniano.**

Dollfuss: Austria hacia el «Anschluss»

Dollfuss llegó a canciller de Austria poco antes de que Hitler conquistara el poder en Alemania. Con su visión personal del Estado autoritario, logró hacer frente a la presión nazi que quería la unión de Austria y Alemania, pero esa firme resistencia le costó la vida...

Hacia el final de la Primera Guerra Mundial, se desintegró la monarquía austrohúngara de los Habsburgo, y la muerte del viejo emperador Francisco José, en noviembre de 1916, constituyó la destrucción del símbolo unificador de la Monarquía Dual. Cuando el Ejército austrohúngaro se rindió a los italianos, el 3 de noviembre de 1918, los checos ya habían declarado en Praga la República, y los eslavos del Sur habían logrado unirse con Servia para formar el nuevo Estado yugoslavo. El manifiesto de 16 de octubre en que el joven emperador Carlos ofrecía una unión federal había llegado demasiado tarde.

Los alemanes de Austria habían constituido la nación privilegiada de la monarquía de los Habsburgo. Sin embargo, cuando en 1907 se introdujo en la parte austríaca el sufragio universal para los hombres mayores de veinticuatro años, resultó evidente que los alemanes habían pasado a ser minoría en esta región. Para acallar las reclamaciones de la mayoría eslava, muchos alegaron la superioridad de la raza germana, e incluso algunos se mostraron dispuestos a integrarse en la Gran Alemania.

Con el sufragio universal, los dos mayores partidos políticos de la Austria de la preguerra fueron el Socialcristiano y el Socialdemócrata, con 86 y 81 escaños, respectivamente, en el Parlamento después de las elecciones de 1911. El Socialcristiano era extraordinariamente heterogéneo, y en sus inicios, en 1888, había sido un movimiento de protesta contra la jerarquía y la aristocracia. Representaba a la clase media inferior de Viena y a los campesinos, y se inspiraba en el Estado corporativo que en 1891 había merecido el apoyo de la *Rerum novarum* de León XIII. En 1895 su líder, Karl Lueger, fue elegido alcalde de Viena, pero ya a inicios del presente siglo el partido había perdido su espíritu reformador, asociándose a los intereses conservadores de la dinastía y de los obispos que la apoyaban. Muerto Lueger en 1910, en las elecciones del siguiente año las provincias de habla alemana continuaron apoyando al Partido Socialcristiano, mientras el Socialdemócrata obtenía mayoría en Viena. (El ayuntamiento, no obstante, continuó en manos de los socialcristianos hasta 1918.) El Partido Socialdemócrata era de corte alemán e inspiración marxista y había prosperado rápidamente al par del desarrollo industrial. El resto de los partidos representaba las ambiciones de las distintas nacionalidades, entre ellas las de los alemanes más extremistas, algunos de los cuales fomentaban tendencias nazis entre los afiliados al Partido de Trabajadores Alemanes.

A raíz de la derrota de 1918, varios austríacos de habla alemana se declararon en favor de la unión con Alemania en vez de Hungría, unión por la que sentían menos simpatías los políticos católicos, por cuanto Alemania era predominantemente protestante. Los socialdemócratas, por otra parte, que habían mirado con recelo la Alemania imperial, ahora que ésta, aparentemente, se había vuelto socialista, se sentían más dispuestos a la unión. A la sazón, los socialistas ejercían una gran influencia en Viena: se había formado un gobierno provisional dirigido por Karl Renner, socialista moderado, con participación socialcristiana. Mientras se preparaban los tratados de paz, se unieron a veces los socialistas con los antisocialistas para impedir que los soldados italianos y yugoslavos hicieran nuevas incursiones en territorio austríaco.

El Tratado de St. Germain, que señaló las nuevas fronteras de Austria, fue firmado el 10 de septiembre de 1919. El Tratado de Versalles, en junio, había ya puesto un veto a la unión de Austria con Alemania (los franceses decían que ellos no habían luchado para engrandecer a Alemania). Igualmente penosa fue para Austria la incorporación de más de tres millones de austríacos alemanes de Bohemia y Moravia a la nueva República Checoslovaca. A finales de 1919 muchos austríacos se sentían profundamente frustrados.

Joven profundamente católico

Engelbert Dollfuss procedía de un medio rural de la Baja Austria, la provincia en que se hallaba Viena (Viena se convirtió en provincia por derecho propio en 1920). Al terminar la guerra tenía veintiséis años, y era tres años y medio más

Un cartel con la cara de Dollfuss injuriada por los miembros del Partido Nazi de Austria después de su proscripción, en junio de 1933.





joven que Hitler y nueve años más joven que Mussolini. Entusiasta oficial del Ejército austrohúngaro, antes de la guerra había estudiado Leyes en Viena y se doctoró en 1922. En este tiempo Dollfuss era un fervoroso *grossdeutsch* y antisemita: en 1921 se había casado con una mujer del Norte de Alemania. En 1922 fue nombrado secretario de la Cámara de Agricultura de la Baja Austria, y cuando en 1927 pasó a dirigirla se propuso la tarea de mejorar las condiciones de los trabajadores agrícolas. Después de haber desempeñado durante seis meses el cargo de presidente de los Ferrocarriles Federales Austríacos, fue invitado, en marzo de 1931, por el entonces canciller Otto Ender, a entrar en el Gabinete austríaco como ministro de Agricultura.

De muchacho, Dollfuss había pensado en hacerse sacerdote, pues era muy piadoso, siendo ésta la causa de que ingresara en el Partido Socialcristiano. Aun cuando vivía intensamente los problemas sociales, nunca se sintió identificado con el ala izquierda del partido. Siempre tuvo una gran fe en la Iglesia Católica, en los campesinos y en las ideas sociales expuestas en 1891 por León XIII, y, a pesar del orgullo que sentía de ser alemán, puesto que la mayoría de los políticos *grossdeutsch* de Austria eran anticlericales, parece que no tuvo la tentación de unirse a ellos. Tampoco es probable que mantuviera tratos con los Legitimistas, los cuales deseaban la restauración de los Habsburgo: la experiencia vivida día a día durante los años veinte le había, al parecer, reconciliado con la realidad temporal de una pequeña República Austríaca. Dollfuss no era persona de rígidos prejuicios, pero le resultaba antipática el ala izquierdista de los socialdemócratas dirigida por el judío Otto Bauer.

Crisis en la «Viena roja»

Los socialistas fueron los primeros que participaron en el gobierno de triple coalición que gobernó en Austria hasta junio de 1920: habían dotado al país de una nueva Constitución democrática, con sufragio femenino y representación proporcional. Ya antes había dimitido Otto Bauer, como protesta al veto de Versalles sobre el *Anschluss* (unión de Austria y Alemania), y desde 1920 su influencia mantuvo a los socialistas al margen de las coaliciones gubernamentales. Viena, convertida por aquel entonces en una provincia separada, tenía como gobernador al popular socialista Karl Seitz, lo cual dificultaba las relaciones entre la capital y los Gobiernos austríacos. La fricción aumentó en julio de 1927, al absolver un jurado de Viena algunos miembros de la derechista *Heimwehr* (Defensa Nacional), acusados de haber dado muerte dos meses antes, en el Burgenland, a dos miembros de la *Schutzbund* (Liga de Defensa) socialista: entre otros graves disturbios, los socialistas prendieron fuego a los tribunales de Viena. En el transcurso de los cinco años y medio siguientes se eclipsó la vida parlamentaria, produciéndose luego el conflicto entre la *Heimwehr* y la *Schutzbund*.

La *Heimwehr* arrancaba de aquellos patriotas voluntarios antisocialistas en uniforme que en 1919 habían ayudado a proteger las fronteras. Los socialistas habían creído que su legislación mantendría controlado el ejército profesional de la nueva República, pero, al fallarles la oportunidad, empezaron en 1923 a organizar su defensa de voluntarios, también uniformados, a la que denominaron *Schutzbund:* su socialismo hacía más antimarxistas a los miembros de la *Heimwehr*. Los socialistas austríacos, a pesar de que Bauer hablaba de expropiaciones y de dictadura del proletariado, eran de hecho los demócratas más sinceros, en parte porque, de fallar la democracia, tenían mucho que perder, y en parte porque algunos de sus líderes, como Renner y Seitz, eran realmente demócratas. Después de 1927 la *Heimwehr* no disimuló su hostilidad hacia la Constitución existente y recibió dinero de Mussolini para actuar contra la democracia. El tratado entre Mussolini y la revisionista Hungría proclamaba su alianza con las fuerzas contrarias a la democracia y a la Sociedad de las Naciones. Los dirigentes de la *Heimwehr* hablaban cada vez con mayor frecuencia de instaurar un Estado basado en la encíclica papal y de abolir el sistema parlamentario. Admiraban al régimen de Mussolini, pero la versión de su Estado social se basaba en las ideas del profesor Othmar Spann, de la Universidad de Viena, ideas expuestas en el libro *Der wahre Staat (El verdadero Estado)*, publicado en 1921. Spann pretendía seguir las ideas del Papa resucitando a los gremios medievales dentro de un restaurado y autoritario Sacro Romano Imperio gobernado por alemanes.

En 1927, los asuntos de Viena aumentaron el malestar en el país. Después de la guerra, la administración socialista de la capital había construido grandes bloques de viviendas para los obreros y había gravado a los propietarios de Viena con un impuesto para financiarlos. Los antisocialistas sostenían que no eran sino refugios militares destinados a los dirigentes de la *Schutzbund*. Los nuevos pisos resultaban, por lo tanto, una provocación para los simpatizantes de la *Heimwehr*. El Ejército de la República, nacido en 1919-1920 bajo las restricciones impuestas por el tratado, estaba falto de oficiales experimentados y, a causa de las dificultades por las que atravesaba el país, se hallaba mal equipado. Los cuerpos armados de los partidos políticos podían así desafiar al *Bundesheer* (Ejército Federal), que se sentía amenazado tanto por la derecha como por la izquierda.

Después de 1918 el Partido Socialcristiano fue dirigido por un sacerdote, monseñor Ignaz Seipel, que fue canciller de Austria de 1922 a 1924 y nuevamente de 1926 a 1929, y que, por lo tanto, estaba en el poder durante la crisis de julio de 1927. Pocas dudas hubo respecto a su reacción: hacia finales de 1928 declaró en un discurso que «el deseo de una verdadera democracia es una de las mayores virtudes del movimiento de la *Heimwehr*», palabras que exacerbaron la oposición socialista. Creció la indignación cuando el sucesor de Seipel, Vaugoin, nombró al príncipe Starhemberg, líder de la *Heimwehr*, ministro del Interior. A pesar de ello, los socialistas ganaron un escaño en las siguientes elecciones de noviembre. Al mismo tiempo, ocho miembros de la *Heimwehr* ingresaron en la Cámara para tomar parte en los procedimientos parlamentarios que tanto menospreciaban.

Dollfuss, canciller

Al dimitir Seipel, en la primavera de 1929, la Gran Depresión que empezaba con extenderse por Europa central tuvo la virtud de intensificar todas las hostilidades políticas. Como Alemania, Austria se veía amenazada por las deudas y por el desempleo. El hecho de haber pertenecido a una gran zona de libre cambio, con cincuenta millones de habitantes, y de constituir ahora un pequeño Estado de seis millones causaba cada vez mayor indignación

Izquierda: **el canciller Dollfuss parece casi un enanito al lado del príncipe Von Starhemberg, vicecanciller y jefe de la** *Heimwehr*, **organización paramilitar derechista. Pese a su aspecto físico, Dollfuss tenía dotes de mando, si bien los socialistas lo consideraban —hasta cierto punto con razón— prisionero de la** *Heimwehr*, **cuyo uniforme visten aquí tanto él como el vicecanciller.**

entre la gente. Los países que ocupaban esta zona trataban de protegerse a sí mismos elevando las tarifas aduaneras. Convenía por lo tanto ensanchar los horizontes comerciales, y tanto los socialistas como los pangermanos presionaban en favor de una unión de mercados entre Alemania y Austria. En marzo de 1931 fue anunciada una unión de este tipo y se invitó a otros países a unirse a ella. Francia y los países de la Pequeña Entente la consideraban una maniobra para inclinar a Austria en favor del *Anschluss;* como Italia tampoco simpatizaba con el plan, tuvo que abandonarse la unión. Siguió en mayo de 1931 la quiebra del *Creditanstalt,* el Banco austríaco de tan hondas raíces en el país.

En la primavera de 1931, la caída de precios de los productos agrícolas hizo sin duda que Dollfuss se interesase por los problemas de los campesinos. En mayo, Pío XI corroboró las ideas sociales de León XIII en su *Quadragesimo Anno.* Sólo unos pocos liberales —entre ellos el antiguo jefe de Dollfus, Otto Ender, que se llamaba a sí mismo socialcristiano— y los socialdemócratas confiaban en la Constitución austríaca de 1920; pero a pesar de Ender, la fidelidad a la Constitución parecía identificarse cada vez más con la *Schutzbund,* que estaba dispuesta a luchar por ella.

En mayo de 1932, a raíz de la forzada dimisión del canciller Buresch por supuestas tendencias francófilas, el Presidente ofreció el cargo a Dollfuss, que todavía no contaba cuarenta años. Aparentemente, Dollfuss militaba en este tiempo entre las facciones antidemocráticas del país; sin embargo, ninguna historia de la Austria de entonces podría señalarnos con detalle los límites de cada una de las tendencias y divisiones políticas. Los denominados *nacionales* podían sentirse ante todo alemanes o austríacos, clericales o anticlericales. Generalmente, los austríacos tenían simpatía por la Iglesia, pero incluso los nazis, los que ponían a Alemania por encima de todo, eran a veces profundamente católicos. La gente cambiaba continuamente de ideario político, pues había confusión en lo que cada uno de ellos pretendía: a este estado de cosas contribuían mucho las intrigas personales. Un ejemplo nos lo da el príncipe Von Starhemberg, que al principio fue nazista, luego enemigo de los nazis y, finalmente, terminó luchando con los «Franceses Libres» contra Hitler.

La carrera de Dollfuss como canciller empezó con una discusión con los socialdemócratas. En la Conferencia de Lausana se había ofrecido ayuda financiera a Austria con la condición de que se reafirmase en lo que había prometido en 1922 —en ocasión de solicitar un préstamo a la Sociedad de las Naciones—, o sea, que renunciase al *Anschluss* con Alemania para un período de veinte años. Como Seipel unos diez años antes, Dollfuss ofreció a los socialistas algunos asientos en el Gabinete, pero ellos rechazaron el ofrecimiento alegando la condición adjunta al préstamo de Lausana. La brecha se ensanchó cuando en enero de 1933 el principal periódico socialista, el *Arbeiter Zeitung (Periódico de los Trabajadores)* publicó la noticia de que las armas que Mussolini mandaba de Italia a Hungría pasaban por territorio austríaco. Ello contravenía los Tratados de St. Germain y Trianon y suscitó indignación en Ginebra, París, Londres y Praga, creando por consiguiente nuevos obstáculos para que se concediera el crédito de Lausana. Si Dollfuss reprochó a los socialistas su falta de patriotismo, ellos le tiraron en cara el que fuera un instrumento de los fascistas italianos. (La verdad era que Mussolini mandó armas a Hungría y ayudó económicamente a la *Heimwehr* austríaca.) Dollfuss, buscando apoyo, nombró secretario de Estado para la Seguridad a otro dudoso líder de la *Heimwehr,* el mayor Fey, con lo cual los socialistas pudieron catalogarlo como prisionero de ella.

Se establece un régimen autoritario

De haber podido contar Dollfuss con suficiente mayoría parlamentaria, tal vez nunca habría actuado contra este sistema, pero era incapaz de conseguir una mayoría de más de uno. El hecho de que Hitler llegara a canciller de Alemania a finales de enero de 1933 ejerció una fatal atracción sobre los veinte miembros *grossdeutsch* del Parlamento austríaco que también apoyaban a Dollfuss. El 4 de marzo, el día anterior a las elecciones alemanas bajo los auspicios nazis, los tres presidentes de la Cámara austríaca dimitieron uno tras otro para poder votar por su partido, lo que equivalía a derribar el Parlamento; tal hecho complació a Dollfuss, quien en parte gobernaba ya mediante decretos. De esta forma los socialistas quedaban reducidos a la impotencia y, al finalizar el mes, Dollfuss suprimió la *Schutzbund.* La *Heimwehr* pensó que había ganado la partida, pero fue desarmada por la policía cuando estaba fraguando un golpe de Estado.

Cuando en la Pascua de 1933 Dollfuss estaba de visita en Roma, recibió los plácemes de Mussolini por haber suprimido la *Schutzbund* y el consejo de introducir un régimen totalitario en Austria. El Papa alentó sus planes de constituir un Estado corporativo. Unos meses después Dollfuss decía, en una concentración de católicos: «Haremos de las formas y principios sociales, tan hermosamente enunciados en la *Quadragesimo Anno,* la base de nuestra vida constitucional; nosotros, una pequeña nación, tenemos la ambición de ser los primeros en responder, en nuestra vida política, a las sugerencias de esta magnífica encíclica.»

Mientras tanto, Dollfuss se vio obligado a contrarrestar los ataques de que era objeto su gobierno por parte de los nazis. Éstos también incitaban a la violencia a los nazis austríacos: era evidente que en la Austria anterior a 1914 había existido un nacionalsocialismo embrionario, que en 1932 y 1933 conquistó rápidamente adeptos, entre ellos varios miembros de la *Heimwehr.* Cuando Hitler llegó al poder, intentó tratar a Austria como si ésta le perteneciera, pero Dollfuss no se lo permitió.

El 26 de mayo de 1933, Hitler informó al Gabinete alemán que «seis millones de austríacos estaban en su mayor parte sometidos a los semijudíos de Viena y a los legitimistas» y propuso que los alemanes que visitaran Austria (que hasta entonces había vivido del turismo alemán) pagaran una tasa de 1.000 marcos. Como represalia, el 19 de junio, Dollfuss prohibió en Austria el Partido Nazi.

Dollfuss entraba en mal terreno, y Mussolini le instó a que suprimiese a los socialistas con el fin de arrebatar de manos de los nazis la carta de antimarxistas. En febrero de 1934 era evidente que se preparaba algo contra los socialistas, y la *Heimwehr* y la policía empezaron a detener a los oficiales de la *Schutzbund* y a quitarles las armas. Los socialistas decidieron convocar una huelga general, y el 12 de febrero un dirigente de la *Schutzbund* hizo resistencia a la policía que efectuaba un registro en su oficina. Siguieron cuatro días de luchas, principalmente entre elementos del Ejército y de la *Heimwehr* contra la *Schutzbund,* atrincherada en los grandes bloques de pisos de Viena. Finalmente, la *Schutzbund* tuvo que ceder ante la superioridad de las fuerzas contrarias. Fue derribado el gobierno socialista de dos millones de vieneses y ocuparon sus puestos elementos antisocialistas, a menudo profundamente religiosos.

Derecha: **Dollfuss, de cuerpo presente luego de su asesinato, llevado a cabo por los nazis en julio de 1934.**

Abajo: **cartel patriótico con la proclama «Austria sobre todo», para contrarrestar el eslogan «Alemania sobre todo»; Schuschnigg aparece como continuador de la política de Dollfuss, junto a los símbolos del Frente Patriótico y de la** ***Heimwehr.***

Al pie: **cartel alemán sobre la lucha civil en Viena (1934), parodia de un famoso cuadro de Delacroix; los socialistas, presentados como judíos, se lanzan al ataque.**

Abajo, derecha: **cartel alemán que presenta a Dollfuss vanamente empeñado en igualarse a Hitler y Mussolini.**









El mayor Fey, uno de los jefes de la *Heimwehr*, nombrado por Dollfuss ministro de Seguridad; era abiertamente partidario de atacar a los socialistas.

Se presionó a los trabajadores socialistas a que se hicieran católicos con el fin de evitar el desempleo o el castigo político, y se pasó por las armas a varios oficiales de la *Schutzbund*. Los nazis austríacos, a pesar de estar oficialmente prohibida su propaganda, criticaron al gobierno Dollfuss por haber abierto fuego contra los trabajadores, y unos pocos socialistas se pasaron, por lo menos temporalmente, a los anticlericales nazis. (Éstos se declaraban antiitalianos, y los socialistas sabían que era la influencia de Mussolini la que había lanzado al Gobierno contra ellos.) Otto Bauer, socialista extremista, y Julius Deutsch, jefe de la *Schutzbund*, huyeron a Checoslovaquia; sus seguidores formaron un grupo revolucionario clandestino.

Nazis y socialistas, ahora igualmente proscritos, daban al canciller Dollfuss, que era de estatura muy baja, el mote de «Minimetternich». (Metternich, el estadista austríaco del siglo pasado, fue a menudo catalogado como un intrigante reaccionario.)

¿Era justificada esta denuncia? Si por un lado Dollfuss nombró teniente de alcalde de Viena, con considerables poderes, a un antiguo amigo de la izquierda católica llamado Ernst Karl Winter, por otro aceptó depender de la Italia fascista (lo que se hizo público el 17 de marzo con la firma de los Protocolos de Roma, relativos principalmente a la cooperación económica entre Italia, Austria y Hungría). El 1 de mayo publicó una nueva constitución social y un concordato con el Papa. La constitución era sin duda autoritaria, y en su preámbulo se declaraba que «el pueblo austríaco recibe en nombre de Dios Todopoderoso, de quien dimanan todas las leyes, esta Constitución... para su cristiano Estado Federal alemán». Se crearon, entre otros, consejos de Estado, de Cultura, de Economía y Provincial, integrado éste por las autoridades de cada provincia. Se formaron corporaciones de acuerdo con las profesiones y se prohibieron los partidos políticos, excepto el denominado Frente Patriótico, con Dollfuss como jefe federal. Starhemberg, jefe de la *Heimwehr*, fue designado vicecanciller y subjefe del Frente Patriótico. Los líderes católicos y los de la *Heimwehr* lucharon denodadamente entre sí para conquistar los mejores puestos. Por aquel entonces, muchos miembros de la *Heimwehr* se habían pasado a los nazis (en la Estiria, todos). Hay que señalar la creación de campos de concentración, denunciados como no mejores que los de Hitler, donde a veces se encerraron los contrarios al régimen sin juicio previo; en ellos, sin embargo, no se cometieron las famosas atrocidades de los campos alemanes.

Víctima de los nazis

Desde Alemania, se incitaba a los nazis austríacos a que ingresasen en una legión especial que en el extranjero se preparaba para atacar a Austria. No es sorprendente que en el seno de esta legión, radicada en Munich, se fraguaran, en verano de 1934, algunos complots contra Dollfuss, quien evidentemente no contaba más que con el apoyo de la Iglesia Católica y de los líderes de la *Heimwehr*. La ideología del Frente Patriótico sólo podía imponerse lentamente. Hasta el momento, la política de los patriotas austríacos había sido de tendencias raciales o dinásticas; Dollfuss esperaba imponer el concepto de un Estado católico y social, que centrara en Viena un nuevo patriotismo preferible al de Hitler. Creía que podía contar con el apoyo militar de Mussolini, y recibió seguridades sobre este punto después de la visita de Hitler a Italia en junio de 1934; sin embargo, continuó buscando alguna forma de compromiso con los nazis de Austria y de Alemania.

Es probable, sin embargo, que la Legión Austríaca de Alemania supusiera que Mussolini había hecho concesiones a Hitler, y se agudizó el malestar a raíz de la acción que las SS alemanas llevaron a cabo contra la SA en 30 de junio («Noche de los Cuchillos Largos»). Los austríacos del Estandarte 89 de las SS planearon para el 25 de julio la captura de Dollfuss y de sus colegas dentro de la cancillería. Iban a efectuarla 154 austríacos nazis expulsados del Ejército y de la Policía que vestirían sus antiguos uniformes; pero el Gabinete austríaco fue informado del complot y sólo fueron capturados Dollfuss, Fey y el secretario de Estado Karwinsky. Al mismo tiempo, algunos de los 154, que se habían apoderado de la Radio, difundieron la noticia de que Anton Rintelen, nazi estiriano, había sucedido a Dollfuss. En la confusión producida en la cancillería, un expolicía llamado Planetta disparó sobre Dollfuss hiriéndolo de muerte; pero la mayoría de los ministros se reunieron en el Ministerio de la Guerra bajo la presidencia del ministro de Educación Kurt von Schuschnigg. Al final, pudo reducirse a los rebeldes, Rintelen fue detenido y se ejecutó a Planetta y a algunos de sus seguidores. Hubo un levantamiento nazi en Estiria y Carintia, pero decidió el asunto el hecho de que Mussolini desplazara tropas italianas hacia el paso del Brenner.

Quedó demostrado que Hitler, después de dieciocho meses de gobierno, no estaba preparado para intervenir en favor de los rebeldes austríacos, sobre todo tratándose de elementos de la SA, que había sido proscrita.

El 30 de julio, el Presidente de la República nombró a Schuschnigg canciller. Exoficial del Tirol, profundamente clerical, no era persona grata a Starhemberg, y se creó entre ellos un equilibrio precario haciendo a Starhemberg vicecanciller y jefe del Frente Patriótico y a Schuschnigg subjefe. Con su actuación rígida e inflexible, Schuschnigg se mostró incapaz de contrarrestar la determinación de Hitler de unir Austria con Alemania. Bajo su mando inseguro, Austria corrió inexorablemente hacia el *Anschluss*.

Elizabeth Wiskemann

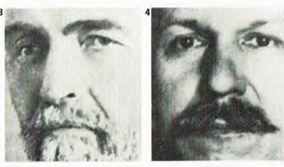
La Polonia del mariscal Pilsudski

Durante sus ocho primeros años de vida independiente, Polonia tuvo catorce gobiernos. Al declinar el entusiasmo de los primeros tiempos, la dictadura de Pilsudski pareció la única solución aceptable.

Pilsudski, el héroe de la guerra ruso-polaca y «hombre fuerte» de Polonia. *Abajo:* *1* **Narutowicz, primer presidente de Polonia en 1921, asesinado poco después de haber asumido el cargo.** *2* **El general Sikorski, primer ministro durante cinco meses a partir de diciembre de 1922; por disensiones con Pilsudski, abandonó la política, aunque presidió el gobierno polaco exiliado de 1939 a 1943, año en el cual murió en un accidente aéreo.** *3* **Walery Slawek, fracasado sucesor de Pilsudski.** *4* **Kasimierz Bartel, varias veces primer ministro de Pilsudski.**







Después de más de 130 años de gobierno extranjero y después del derrumbamiento de Rusia, Alemania y Austria-Hungría, Polonia pasó a constituir el Estado mayor y más poderoso de la Europa centrooriental. Se creía que el país superaría pronto su atraso y podría figurar entre las naciones más desarrolladas de Europa. La victoria de los aliados era considerada, en Polonia, y en todas partes, como el triunfo de la democracia sobre la autocracia y como el anuncio de la realización universal de los ideales democráticos.

La Constitución polaca de 1921 incorporaba estos ideales y la *Sejm* o Cámara Baja, elegida por sufragio universal, constituía el más poderoso elemento de la nueva estructura política. Sin embargo, este sistema no funcionó bien en Polonia, pues las distintas tradiciones políticas, herencia de la división del país, condujeron a una gran fragmentación. En 1925, por ejemplo, eran noventa y dos los partidos políticos, lo que hacía muy difícil la creación de un gobierno estable: entre noviembre de 1918, momento de la independencia, y mayo de 1926, golpe de Estado de Pilsudski, hubo catorce Gobiernos distintos. Las minorías nacionales de alemanes, judíos, ucranianos y bielorrusos, que constituían un tercio de la población del nuevo Estado, obtuvieron el veinte por ciento de los escaños en la primera *Sejm* elegida bajo la Constitución de 1921. Ningún partido político, sin embargo, se hubiera atrevido a coaligarse con uno cualquiera de tales grupos, lo cual dificultaba todavía más la obtención de una mayoría en el Gobierno.

Se deseaba mayor estabilidad y firmeza en la administración pública, tanto más cuanto que Polonia estaba expuesta a las exigencias de revisión de sus fronteras por parte de Alemania y de Rusia. Por lo demás, la corrupción política había traído como consecuencia un cierto desencanto del sistema parlamentario.

Los problemas económicos repercutían también en la política. El reparto había convertido las distintas zonas del país en partes integrantes de Rusia, Alemania y Austria, y resultaba una tarea difícil construir con ellas una sola unidad económica. La destrucción causada por la guerra impedía el rápido desarrollo industrial que Polonia necesitaba para solucionar sus problemas sociales. La inflación alcanzó por otra parte, en 1923, alarmantes proporciones. Cuando los intelectuales se dieron cuenta de que empezaban a agotarse sus recursos, perdieron la confianza en el sistema parlamentario y se sintieron más tentados a buscar soluciones extraparlamentarias, tanto en la derecha como en la izquierda.

Con todo, el fallo residía principalmente en las continuadas disensiones entre los seguidores de Dmowski, integrados en la Unión Nacional Popular, y los de Pilsudski. A pesar de las tentativas de reconciliación entre ambas facciones en pugna, la disputa adquirió mayor virulencia a raíz de la guerra ruso-polaca.

Los nacionaldemócratas de Dmowski consideraban que Pilsudski cometía una gran temeridad al invadir la Rusia soviética y, a pesar de que la catástrofe llegó casi a materializarse, salvó la situación la victoria polaca en la batalla de Varsovia, en agosto de 1920. A pesar de ello, continuaron las recriminaciones. Los nacionaldemócratas dominaban la Asamblea Constituyente y estaban dispuestos a no permitir que Pilsudski se hiciera de nuevo con el poder, que como jefe del Estado había ejercido entre 1918 y 1922. Precisamente para reducir la influencia de Pilsudski, la Constitución restringía los poderes del presidente, y el mariscal, dándose cuenta de ello, no quiso presentarse en las elecciones para el nuevo mandato.

Caos político y violencia

Entre el establecimiento de la Constitución, en marzo de 1921, y mayo de 1926, la guerra civil estuvo muchas veces a punto de estallar; la primera ocasión la proporcionaron las elecciones habidas bajo la nueva Constitución, en noviembre de 1922. Ningún grupo político obtuvo clara mayoría, pero los nacionaldemócratas y aliados constituían el bloque más compacto de la *Sejm*. La crisis se produjo cuando Gabriel Narutowicz, que contaba con el apoyo de las izquierdas, de las minorías nacionales y de algunos partidos del centro, fue elegido presidente en la Asamblea Nacional por escasa mayoría. Las derechas promovieron una violenta campaña contra el nuevo Presidente, hasta el punto de que los diputados eran atacados al sa-

lir del Parlamento por los esbirros de las derechas. El 16 de diciembre Narutowicz fue asesinado por un fanático nacionalista mientras conversaba con el embajador británico en una exposición de arte. La guerra civil parecía inminente, sobre todo cuando algunos asociados de Pilsudski creían llegado el momento de terminar con los nacionaldemócratas. Sin embargo, como los dirigentes del P.P.S. (Partido Socialista Polaco) no querían secundar estos planes, se formó un Gabinete no parlamentario de pacificación a cargo del general Sikorski. Stanislaw Wojciechowski, antiguo socialista, sucedió a Narutowicz en la presidencia.

La violencia se reprodujo de nuevo en 1923. Aunque el Partido Campesino Piast estaba distanciado de los nacionaldemócratas, consintió en coaligarse con ellos bajo promesa de que llevarían a cabo la reforma agraria. El nuevo Gobierno, que entró en funciones en mayo de 1923 bajo la presidencia del líder campesino Wicenty Witos, no logró controlar la inflación. Crecía el descontento entre la clase trabajadora y una oleada de huelgas recorrió el país, culminando el malestar en noviembre, cuando los obreros, dirigidos por el P.P.S., se apoderaron de Cracovia. En esta ocasión, los pilsudskistas deseaban actuar contra las derechas, pero al conseguir el Gobierno llegar a un compromiso con los huelguistas, Pilsudski se convenció de que ya no podía confiar en sus antiguos aliados socialistas.

El gobierno de Witos cayó poco después, y durante dos años le sucedió un régimen no parlamentario a cargo de Wladyslaw Grabski, dotado de poderes especiales por la *Sejm*. Este Gobierno se derrumbó bajo la amenaza de una nueva inflación causada por la guerra arancelaria germano-polaca, empezada a finales de 1925. Fue sustituido por una amplia coalición, presidida por el conde Skrzynski, que incluía todos los partidos, desde los nacionaldemócratas al P.P.S. Este Gobierno se derrumbó cuando su política deflacionaria obligó a dimitir a sus ministros socialistas, en abril de 1926.

Un golpe de Estado cauteloso

El 9 de mayo el Presidente invitó a Witos a presidir un Gabinete de centro y derechas. Era una medida desafortunada, pues este Gabinete evocaba el espectro del Gobierno centroderechista de 1923, que tanta oposición había provocado en las izquierdas; ultrajaba también a Pilsudski, cuya influencia dentro del Ejército crecía constantemente y quien, en su retiro de Sulejówek, cerca de Varsovia, parecía a muchos el único hombre capaz de restablecer el equilibrio del Estado. Pilsudski convocó para el 12 de mayo de 1926 una demostración armada con el intento de inducir a su viejo amigo, el presidente Wojciechowski, a que renunciara a la formación de un nuevo gobierno Witos. Sin embargo, al negarse Wojciechowski a someterse a la petición del mariscal, estalló la lucha entre el Gobierno y las tropas rebeldes. Aunque no estuviera informado por adelantado de sus planes, el P.P.S. apoyó a Pilsudski, llamando a una huelga general a los trabajadores de los ferrocarriles e impidiendo de esta forma que las tropas gubernamentales se trasladaran a la capital. Al término de tres días, Pilsudski era dueño de Varsovia y, en realidad, de toda Polonia.

Pilsudski, cuyo interés se centraba en la política exterior y en el Ejército, no tenía ideas políticas bien definidas y su régimen constituyó una excepción entre las dictaduras de entreguerras: sólo de mala gana se había decidido a ordenar la demostración armada que le había llevado al poder.

Su pasado político había transcurrido entre las izquierdas y había tenido grandes discusiones con las derechas, pero nunca hablaba de su credo político. Tal vez considerara que lo más adecuado para Polonia era una estructura política en la cual el Parlamento tuviera la facultad de criticar y hasta cierto punto modificar las decisiones del Gobierno, pero que éste no estuviese a merced de un voto de no confianza de la *Sejm*, como bajo la Constitución de 1921. Era una curiosa mezcla de dictador militar a la antigua y de dirigente político.

Pilsudski no estableció una dictadura después del golpe, para sorpresa de algunos de sus secuaces. Rehusó aceptar, con la excusa de que los poderes de tal cargo eran demasiado circunscritos, la presidencia de la República y prefirió desplegar su influencia desde detrás de bastidores. Desde 1926 hasta su muerte, en mayo de 1935, el único cargo que desempeñó de una forma continuada fue el de ministro de la Guerra. Aunque fue dos veces primer ministro, desde octubre de 1926 a junio de 1928 y de agosto hasta diciembre de 1930, ocupó el puesto de una manera muy informal, asistiendo a pocas reuniones del Gabinete y delegando normalmente sus obligaciones oficiales. Quiso en principio mantener la Constitución de 1921, pero introdujo numerosas modificaciones, entre ellas la de que quedaban aprobados automáticamente los proyectos financieros del Gobierno si el cuerpo legislativo no aprobaba el presupuesto dentro de un tiempo determinado y la de que el presidente tenía derecho a disolver el Parlamento.

El «sistema pilsudskista»

Pilsudski sabía que su temperamento no le permitiría cooperar eficazmente con el Parlamento, pero, deseando guardar ciertas apariencias democráticas, confió la rutina diaria del gobierno a Kazimierz Bartel, antiguo político radical, que fue primer ministro de mayo a septiembre de 1926 y de junio de 1928 a abril de 1929 (entre octubre de 1926 y junio de 1928 fue viceprimer ministro). Aunque el pasado de Pilsudski era izquierdista, no quiso atender al P.P.S., que pedía nuevas elecciones y radicales reformas sociales. Por el contrario, se acercó a los conservadores (los grandes terratenientes) esperando lograr algún apoyo de los nacionaldemócratas y ganar para su política a derechas e izquierdas. Pretendía al parecer que los distintos grupos aprobasen tácitamente su liderato. Cuando finalmente se decidió a crear una organización política que apoyara a su gobierno, le dio el característico título de «Bloque no Partidista de Cooperación con el Gobierno» (B.B.W.R.), que carecía de un programa bien definido.

Su sistema semiautocrático permitía bastante libertad personal y política: no se proscribió a los partidos, aparte de los comunistas, se detuvo a poca gente y la prensa conservó bastante libertad. Al mismo tiempo, procuraba al Gobierno la continuidad política indispensable para el desarrollo de cualquier plan que afectase a las minorías nacionales, a la economía o a las relaciones exteriores. Al principio, el régimen consiguió algunos éxitos: mejoró la economía, a causa principalmente del giro tomado por el comercio mundial y por las facilidades de exportación de carbón como consecuencia de la huelga de mineros británicos de 1926. Sin duda contribuyó a ello también la estabilidad política. En cuanto a las minorías, logró ganarse la cooperación de algunos judíos y ucranianos. En política exterior, procuró aflojar las tensas relaciones existentes entre Polonia y Alemania.

Derecha: **cartel de 1931, obra de un polaco emigrado; se titula «Pilsudski y su gabinete», y alude a la autocracia y al aislamiento progresivos del régimen del mariscal.**





Cartel alemán de 1933: Francia maneja a su albedrío al régimen polaco, presentado bajo la figura de un loco títere incendiario con uniforme militar y entre barriles de pólvora; en 1934, empero, Polonia y Alemania firmaron un pacto de no agresión.

A la larga, el «sistema pilsudskista» resultó poco más eficaz que su predecesor, la tan calumniada «sejmocracia». Pilsudski entró cada vez más en conflicto con los partidos de la izquierda, pues éstos querían ejercer una mayor influencia sobre la política gubernamental: cuando sus líderes se dieron cuenta de que Pilsudski ya no estaba de su lado, quisieron volver a un sistema totalmente democrático. El conflicto se agudizó a raíz de las elecciones de marzo de 1928. Las votaciones habían sido relativamente libres y los resultados se consideraban una victoria del Gobierno, pues el B.B.W.R. fue el bloque que conquistó mayor número de escaños aunque no una mayoría absoluta. Sin embargo, los partidos de izquierda se lamentaron de la presión ejercida por la administración local sobre los votantes y de la destinación de fondos gubernamentales al apoyo de la campaña.

La Gran Depresión agudizó los conflictos que durante los dieciocho meses siguientes a las elecciones turbaron la vida política, y seis partidos del centro e izquierda se aliaron en un bloque centroizquierdista. Cuando el Gobierno decidió zanjar la discusión disolviendo el Parlamento, en agosto de 1930, el bloque creyó que obligaría a Pilsudski a dimitir derrotándolo en las próximas elecciones. No obstante, con la detención de algunos elementos de la oposición y con una administración severa, el Gobierno consiguió una resonante victoria en noviembre de 1930.

El gobierno de los coroneles

Después de 1930, el *Sanacja* —tal era el nombre que se daba al régimen de Pilsudski— se hallaba seguro en el poder, que cada vez se hizo más autocrático, aunque no totalitario, y se fue separando de la sociedad a medida que el jefe confiaba más en su grupo de consejeros, los llamados coroneles, en su mayoría veteranos de las legiones. El régimen perdió el antiguo dinamismo, pues Pilsudski, viejo, achacoso y algo desmoralizado por haber topado con el Parlamento, no fue capaz de proporcionar un liderato efectivo, al no poder él mismo ser sustituido por ninguno de sus compañeros. Después de su muerte, en mayo de 1935, se evidenció la debilidad del régimen. La nueva Constitución de abril de 1935 reducía más todavía los poderes del Parlamento, y la nueva ley electoral, aprobada después de la muerte del mariscal, hizo que la oposición boicoteara las elecciones de 1935 y 1938. En 1939 todavía no se había resuelto el conflicto que se debatía en el seno del *Sanacja*, entre los que querían volver a un sistema constitucional y los que abogaban por un franco totalitarismo. En política exterior, la permanencia del principio pilsudskista de mantener correctas relaciones con los dos vecinos, Alemania y Unión Soviética, sin tener en cuenta la nueva situación creada por el nazismo en Alemania, produjo en el resto de Europa la impresión de que Polonia compartía las ideas de Hitler. En 1939 resultaba ya muy cuestionable la pretensión de Pilsudski de haber dotado al país de una base para el desarrollo político y de un gobierno capaz de sobrevivirle.

El fracaso político de Pilsudski puede atribuirse en parte a la naturaleza anacrónica de su «sistema». Por lo demás, Pilsudski y sus compañeros tenían una menguada idea de lo que significaba cooperar con un Parlamento, por débil y servil que fuera: con sus técnicas de conspiradores, no comprendieron bien la naturaleza del debate parlamentario y de su función criticista del Gobierno. Pilsudski nunca supo por qué los miembros del Parlamento se sentían irritados por la forma en que era quebrantada la ley. No vio ningún abuso intrínseco en el hecho de aportar fondos del Estado a la campaña electoral del B.B.W.R., pero precisamente sobre este punto se inició el conflicto entre el Gobierno y el Parlamento. Hay que señalar que después de 1926 se volvió muy precaria la salud del mariscal, siendo quizás ésta una de las razones del lenguaje destemplado que empleaba al atacar a los diputados.

Otra gran dificultad era el aislamiento. La comprensión de la situación política dependía muchas veces de las informaciones que Pilsudski recibía a través de sus consejeros, algunos de los cuales no se distinguían por su buen criterio. Pilsudski continuaba siendo para ellos el jefe de los antiguos tiempos, a quien se debía obediencia absoluta. Dentro del Gobierno se atrofió casi completamente el intercambio de puntos de vista; por este motivo, aun cuando Pilsudski desempeñara en los tres o cuatro últimos años de vida un menguado papel formal en el Gobierno, su figura era crucial para la estabilidad del «sistema», que tan poca cohesión demostró después de su muerte. Cuando el mariscal ya no estuvo presente para pronunciarse sobre una decisión importante, se puso en evidencia que el contenido ideológico del *Sanacja* era casi nulo. El sucesor que Pilsudski eligió, Slawek, fue incapaz de sustituir a la figura casi mítica que era la que daba cohesión al *Sanacja*; también resultó un fracaso Rydz-Smigly, que pretendió ocupar el puesto.

La Gran Depresión contribuyó finalmente al desgraciado choque entre Gobierno y Parlamento. El *Sanacja* nunca logró cerrar la brecha que entre él mismo y el país habían abierto los métodos que pusiera en práctica para conseguir la victoria en 1930, y mientras, durante los años treinta, el Gobierno demostraba escasas iniciativas, los partidos democráticos del centro e izquierdas llegaban a la madurez. Alcanzaron la victoria después de la catastrófica derrota de Polonia en la campaña de tres semanas de septiembre de 1939, campaña que demostró cuán vana era la pretensión de Pilsudski de haber creado la «Gran Potencia de Polonia». El Gobierno formado en Francia y presidido por el general Sikorski estaba compuesto por sucesores del bloque centroizquierdista y elementos liberales nacionaldemócratas. A pesar de su política incuestionablemente democrática, la victoria de la U.R.S.S. en Europa oriental representó para Polonia la renuncia a todo nuevo experimento de carácter democrático.

Antony Polonsky

EE.UU.: Roosevelt y el «New Deal»

Los años treinta habían de ser recordados en Norteamérica como los de «la Depresión», pero durante esos años los pobres, los «olvidados», se sintieron confortados por la promesa que hiciera Franklin D. Roosevelt de dar un «New Deal» al pueblo de los Estados Unidos.

Una viñeta de 1937 presenta a Roosevelt en el tiovivo del éxito y aclamado por el público; vaquero montado en el caballo del *New Deal*, ha echado el lazo al Tribunal Supremo. *Abajo:* un cartel de propaganda del *New Deal* funda la prosperidad en el nuevo sistema de cooperación entre capital y trabajo.





Según muchos norteamericanos de aquel tiempo, el *New Deal* (nueva política económica) constituyó una de las mayores hazañas de la historia. Para la gran mayoría, entonces y después, fue una gesta épica en la cual el nuevo héroe, el nuevo Ulises, Franklin Delano Roosevelt, enfrentó y derrotó a todos los monstruos, incluso, al final, al mayor de todos: el nazismo.

Habría que buscar la esencia del *New Deal* en ciertas elocuentes declaraciones de su jefe, como aquella que dio título a su doctrina: «Os invito a que os comprometáis, y me comprometo a mí mismo, a dar un *New Deal* al pueblo norteamericano»; o como este párrafo de su primera alocución presidencial: «Quiero expresar mi firme convicción de que lo único que debemos temer es el miedo mismo... Los banqueros han abandonado el alto puesto que ocupaban en la construcción de nuestra sociedad. Debemos devolverles su antigua confianza en esta labor.» Uno de sus innumerables admiradores resumió así la opinión de muchos: «Roosevelt es el único presidente que hasta ahora se ha preocupado por un pueblo como nosotros.»

Los banqueros y otros interesados en la antigua política opinaban de un modo muy distinto. Para ellos, Roosevelt era un peligroso revolucionario que había cortado de raíz la libertad norteamericana, la justicia y la sacrosanta propiedad; un dictador que había mancillado la antigua Constitución; un farsante y un perjuro empedernido, que había prometido mantener la solvencia del Gobierno de los Estados Unidos y la paz de la nación y no había cumplido ni lo uno ni lo otro. Olvidando hasta qué punto el mundo de los negocios había salido malparado del Crac, hacían a Roosevelt culpable del descrédito en que había caído Wall Street. Le calumniaban de ser traidor a su clase y se ensañaban contra los que le prestaban apoyo. Para ellos, el *New Deal* era por lo menos un fraude, si no una conspiración, inspirada probablemente en el ejemplo bolchevique.

Una historia ponderada no debe hacerse eco de ninguna de estas visiones apocalípticas, aun cuando es preciso tenerlas en cuenta por el hecho de que hallaron amplia resonancia en la vida y en la política de los años treinta y la tienen actualmente en el recuerdo popular. Por lo menos constituyen un testimonio del poderoso influjo emotivo que el *New Deal* ejerció sobre los contemporáneos, y su sola enumeración bastará para que concedamos que este capítulo particular de la historia del pueblo norteamericano estuvo indudablemente dominado por la figura de F. D. Roosevelt: para bien o para mal, su personalidad logró marcar indeleblemente todos los aspectos de la sociedad.

El día en que empezó a ejercer sus funciones —4 de marzo de 1933— se enfrentó con una crisis tan grave como aquella a que tuvo que hacer frente Lincoln en 1861. Aquella mañana, los bancos de Chicago y de Nueva York —los dos centros del capitalismo norteamericano— cerraron sus puertas, siguiendo el ejemplo de lo que habían hecho todos los otros bancos del país durante el mes anterior. Mal organizado, el sistema bancario había sufrido un colapso total, a consecuencia de la retirada de fondos por parte de los imponentes, llevados por el pánico. Entre doce y quince millones de trabajadores se encontraban sin empleo: una cuarta parte de las fuerzas laborales de la nación. Un clima de rebelión se cernía sobre las regiones agrícolas, donde los campesinos contemplaban cómo habían quedado reducidos a una mitad los precios de venta de sus productos y sus ingresos mermaban en dos tercios, en el espacio de tres años, mientras los bancos, creyendo imposible salvarse de la ruina inminente, se negaban rotundamente a conceder hipotecas sobre las haciendas rústicas. La industria trabajaba tan sólo a un cuarenta por ciento de su producción total. Se habían derrumbado todos los sistemas de socorro (administrados por los Estados, las ciudades o la caridad privada) y el hambre acechaba al país. Muchos pensaban que la revolución era inminente.

Hoover había asegurado repetidas veces que el problema radicaba en la escasa confianza en el sistema, pero se había mostrado incapaz de resolverlo. Roosevelt, encarnación del valor, de la jovia-



lidad y de la energía sobreabundantes, lo atacó de un modo altamente efectivo desde el principio. «Lo único que debemos temer es el miedo mismo.» Antes de una semana, el primer millón de cartas —cartas que a no tardar adquirirían las proporciones de una avalancha—, en las que se agradecía apasionadamente al Presidente el haber infundido una nueva esperanza, había llegado ya a la Casa Blanca. Pero Roosevelt, distinto también en esto de Hoover, no se contentaba con confiar simplemente, o de un modo especial, en las palabras. Hacía un año había dictaminado, como si presintiera los acontecimientos: «El país necesita y, a menos que yo ande equivocado sobre su modo de ser, reclama una experimentación audaz y continuada.» Ahora se la iba a proporcionar. El Congreso fue convocado en sesión especial, sesión actualmente legendaria, de cien días de duración, y, con una rapidez de la que antes nunca había dado muestras y que raras veces ha podido conseguir desde entonces, promulgó trece importantes decretos, entre ellos uno de Emergencia Bancaria, uno de Ayuda Federal de Emergencia, uno de Recuperación Industrial de la Nación, uno de Regulación Agrícola, uno de Hipotecas Agrícolas de Emergencia, y, para regocijo de todo el mundo, señaló el fin de la Prohibición («Pienso que es ésta una buena ocasión para beber cerveza», dijo el Presidente). Usando plenamente de los poderes concedidos por estos decretos, Roosevelt procedió a establecer numerosos organismos gubernamentales para llevar a cabo los programas de socorro. Existían la Administración de Recuperación Nacional, la Administración de Regulación Agrícola, la Administración de Obras Públicas, el Cuerpo de Sostenimiento Civil, que había de sacar de las calles de la ciudad a medio millón de jóvenes sin empleo para dedicarlos a ingentes programas de repoblación forestal, y el Mando del Valle del Tennessee, que dio vida a unas amplias zonas rurales, al tiempo que procuraba a un precio módico fluido eléctrico desde unas presas construidas a cargo del Gobierno Federal.

Izquierda: **1937: Roosevelt forma con los dedos la inicial de la palabra *victory*; para muchos norteamericanos, el *New Deal* significaba realmente un triunfo. La «nueva política» trajo consigo importantes medidas de seguridad social, que, sin embargo, aunque mitigaron los efectos más acuciantes del desempleo, no pudieron atacar el problema de raíz.**

El trabajo de renovación daba resultados, pero los partidarios del *New Deal*, que habían apoyado el «Progresivismo» de Theodore Roosevelt así como el *New Freedom* (Nueva Libertad) de Woodrow Wilson, aprovecharon la ocasión para introducir algunas reformas cuya aparición era esperada desde hacía una generación. Fue reorganizado el sistema bancario, y el control de los destinos financieros de la nación se desplazó de Wall Street a Washington. El programa agrícola de Henry Wallace, secretario de Agricultura, era fruto de un completísimo estudio de los problemas del campo y condujo —sin dejar de reconocer que a través de algunos serios vaivenes— a la prosperidad de que gozan hoy día los campesinos norteamericanos. Hacia 1936, un sistema de seguros contra el paro y de pensiones para la vejez, patrocinado por el Estado federal, había situado a Estados Unidos en la línea de Europa; en 1938, una ley sobre el jornal mínimo y la jornada máxima de trabajo sancionaba esta mejora social. Se concedió finalmente a los trabajadores el derecho a tener sus propias organizaciones y a establecer convenios colectivos, aun cuando fueron necesarias una serie de huelgas para llegar a este resultado. Una Comisión de Efectos y Cambios saneó y supervisó la Bolsa. Poco se había realizado directamente en favor de los negros, pero mucho para los pobres, entre los cuales se contaban muchos negros. Y aunque el *New Deal* no solucionó permanentemente, por su propia virtud, el más espinoso de los problemas económicos de la nación, tuvo el efecto de reducir sus dimensiones materiales. Entre 1933 y 1937 quedó rebajado por lo menos en cinco millones el número de hombres sin empleo: incluso el retroceso que se produjo en este último año no pudo anular por completo los progresos realizados.

Un drama de incompetencia

El retroceso producido en 1937 (provocado en parte por la errónea creencia de la Administración de que la inflación se estaba convirtiendo en un peligro) nos pone, sin embargo, frente a los límites de los resultados obtenidos por el *New Deal*. A veces puede parecer un drama de incompetencia desarrollado sobre un telón de fondo de tragedia, pero indudablemente no merece los ataques de muchos de sus egoístas y obcecados críticos, hombres riquísimos que, como acertadamente se ha sugerido, se hallaban profundamente afectados por el hecho de haber sido desplazados de sus honorables posiciones de artífices de la prosperidad. Nadie los consultaba, y ellos no podían soportar semejante desconsideración. Su estado de ánimo y las razones que lo provocaban están perfectamente resumidos en la frase de un publicista pronunciada en 1934 a propósito de la legión de voluntariosos intelectuales del *New Deal* que trataban de reestructurar la economía norteamericana: «Día vendrá en que, comparada con la palabra "profesor", la palabra "banquero" constituirá un término cariñoso.» Pero los mismos profesores no pudieron, llegada la ocasión, proporcionar soluciones completas a los problemas del momento. Según las estimaciones más ponderadas, el desempleo, de 1933 a 1941, nunca llegó a ser inferior al diez por ciento del total de las fuerzas laborales; en varios años fue bastante más elevado (diecinueve por ciento en 1938, por ejemplo). De mente más abierta que los doctrinarios hombres de negocios, de los cuales Herbert Hoover era un perfecto representante, los teóricos del *New Deal* poseían, con todo, una limitada capacidad intelectual. La situación podría resumirse en el malicioso chiste de Frances Perkins según el cual, a propósito de una entrevista entre Roosevelt y J. M. Keynes, que tuvo lugar en el año 1934, Roosevelt encontró al economista demasiado matemático, mientras que Keynes encontró al Presidente desesperadamente analfabeto en economía.

Roosevelt y algunos de sus más íntimos asesores (sobre todo Henry Morgenthau, secretario de Hacienda) eran intelectualmente incapaces de aceptar las medidas propuestas por Keynes para buscar una salida a la Depresión. Podía diferirse el equilibrar el presupuesto, pensaban, en el caso de que fuera imprescindiblemente necesario hacer algo en favor de los pobres, pero un día u otro tenía que procederse a tal equilibrio, si no al año siguiente sí en el que le venía detrás. La noción de una administración en déficit chocaba de lleno contra su sentido común, y por ello los gastos públicos, por astronómicos que pudieran parecer, nunca fueron lo suficientemente elevados para llevar a término la principal tarea del *New Deal* y terminar con los días difíciles. Se invirtieron, por ejemplo, capitales insignificantes en la industria de la construcción, aun cuando la decadencia de ésta había sido una de las causas principales de la crisis.

Pero la obsesión de Roosevelt por mantener equilibrado el presupuesto —y, en

consecuencia, su incapacidad de terminar con el desempleo, con los precios bajos y con la subutilización de los recursos— no era simplemente fruto de una economía atrasada. Al fin y al cabo, en 1938, el Congreso, teóricamente enemigo de los gastos y de Roosevelt, no tuvo muchos reparos en aprobar las propuestas de la Administración relativas a un programa de gastos de emergencia (3.750 millones de dólares). De hecho, el Congreso siempre se mostró más rígido en sus principios que el Presidente, el cual constantemente puso en primer término los intereses de lo que él llamaba «un tercio de la nación mal alojado, mal vestido y mal alimentado». Roosevelt rehusó adoptar la política de mantener en déficit a la Hacienda pública, porque un recurso extremista de este tipo chocaba con su forma especial de gobernar. Durante los primeros tiempos del *New Deal*, su posición se había afianzado al evitar entregarse totalmente a un solo programa gubernamental o a una sola teoría del gobierno. En un tiempo en que incluso los expertos, a pesar de sus apariencias de seguridad, sentían serias dudas sobre el camino a emprender, ello constituía una medida de prudencia. Pero, hacia 1937, ya se sabía bastante más: eran evidentísimos los beneficiosos efectos que sobre la economía habían ejercido los grandes desembolsos en obras públicas. Roosevelt hubiera podido sacar de esta experiencia una sola política y obrar en consecuencia, pero no lo hizo, por ser temperamentalmente contrario a someterse a una sola opción —tanto si era retrógrada como progresista— y a un solo equipo de consultores. En una palabra, su desmedida afición a «una audaz y persistente experimentación» malogró parcialmente sus proyectos en tiempos de su segundo mandato.

Una insolvente política exterior

Puede detectarse una forma similar de proceder en su política exterior. El fracaso de la diplomacia del *New Deal* pasó casi inadvertido, ya que sus logros en el interior del país sobrepasaban ampliamente los errores cometidos. Por una amarga jugarreta de la historia, el mayor y el último desastre —la Segunda Guerra Mundial— terminó con la Depresión, imponiendo a la fuerza lo que parecía una solución keynesiana a la dificultad económica. En cualquier caso, nada compensó de una forma similar el fracaso de la diplomacia norteamericana. Ésta implicaba, es cierto, la política denominada de Buena Vecindad, por la cual los EE.UU. (temporalmente, mientras no cambiaran las circunstancias) se comprometían a no imponer por la fuerza su política a sus vecinos de América. El secretario de Estado, Cordell Hull, wilsoniano a la vieja usanza, seguía con entusiasmo estas directrices, apoyado calurosamente por el Presidente, que en el fondo creía lo mismo. Sin embargo, la idiosincrasia de Flanklin Delano Roosevelt no dejaba de ser poco menos que infinitamente complicada.

Es cierto que tenía que habérselas con una opinión pública sobremanera exigente y con algunos políticos verdaderamente recalcitrantes. Durante años no pudo luchar contra la creencia general de que la intervención en la Gran Guerra había sido una equivocación. La marea del aislacionismo que afluía de esta convicción alcanzó su punto culminante en la Comisión Nye de 1934 —que intentó demostrar que Norteamérica había entrado en la lucha a causa de una conspiración de los hombres de negocios— y en los Decretos de Neutralidad de 1935 y 1937. La amenaza de un nuevo conflicto en Europa fue uno de los principales motivos que al principio indujeron al Congreso a ligar las manos al Presidente. La ilusión de que Norteamérica podría navegar a distancia de la guerra y la determinación de que así se hiciera tuvieron extraordinaria vigencia hasta Pearl Harbour. Mientras no se produjo este acontecimiento, Roosevelt tuvo muchas dificultades en conseguir que el Congreso considerara las cosas de una forma un poco más realista.

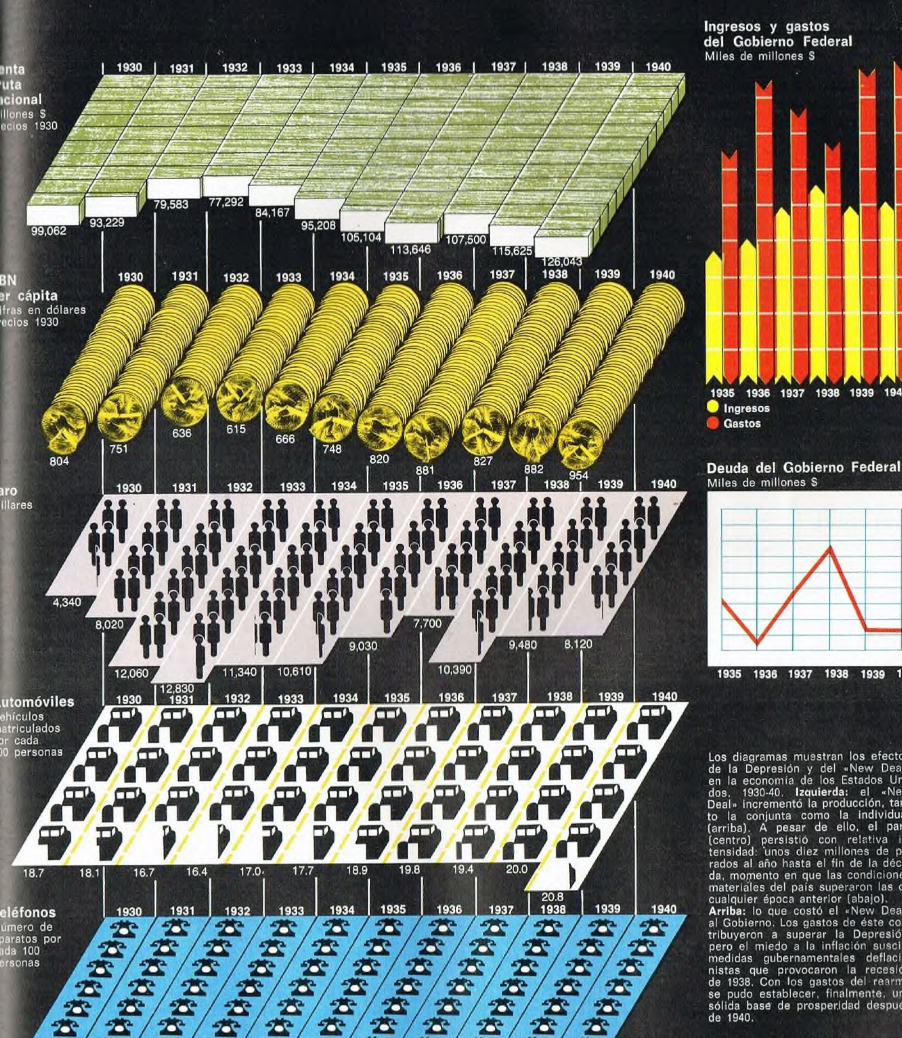
Aquel desastre tampoco significó, como pareció entonces, la primera gran arrancada de Roosevelt en el terreno internacional. Hoover sostenía que la Depresión se debía, en gran medida, a causas que radicaban fuera de los Estados Unidos (y por consiguiente, que no caían bajo su control); de conformidad con este concepto, había intentado con toda diligencia recabar la cooperación internacional para evitar el hundimiento, y fue sin duda en la Conferencia Económica de Londres de 1933 en la que cifró sus mayores esperanzas.

El «trust de cerebros» no aceptó esta teoría de que la Depresión se debiera a causas internacionales: estaba firmemente convencido de que sus raíces eran norteamericanas y, por consiguiente, se opuso decididamente a todo programa que significase compromisos financieros internacionales para ayudar al país a salir de la crisis. El Presidente se convirtió en el nacionalista más intransigente de todos en cuestiones de economía. Envió un mensaje a la conferencia en el que, en términos tajantes, se manifestaba contrario no sólo a apoyar cualquier acuerdo destinado a rebajar y a coordinar las tarifas, sino también a toda medida tendente a regular las relaciones monetarias internacionales. Norteamérica debía, a toda costa, reservarse el derecho de salvarse a sí misma y, en especial, el derecho de elevar sus propios precios interiores (medida ésta que el «trust de cerebros» creía esencial para la recuperación). Esta maniobra fue condenada en aquel entonces por todo el mundo, a excepción de Keynes. Ella arruinaba las esperanzas de la conferencia e implicaba la exclusión de Norteamérica de las débiles tentativas de cooperación internacional que significaban un nuevo paso de acercamiento a la guerra.

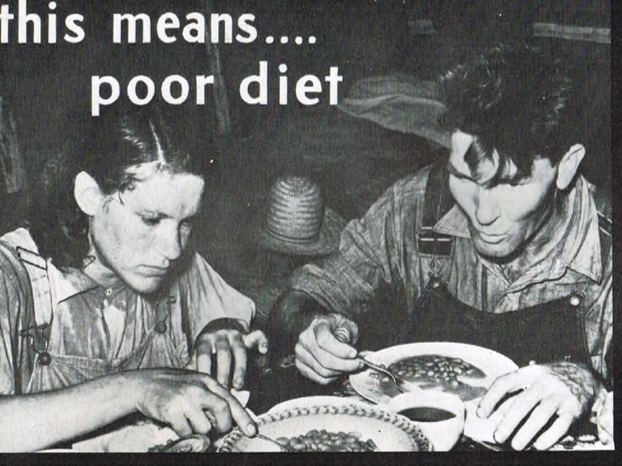
Es muy posible que esto no importara y, en cuanto a los resultados económicos, Keynes y el Presidente estaban probablemente en lo cierto. No hay que negar, sin embargo, que la forma destemplada con que Roosevelt procedió en aquella ocasión era una señal de que la política interior ocupaba primordialmente sus pensamientos. Si con ella se ganaba la antipatía de los jefes de Estado de todo el mundo, también reforzaba la creencia, mantenida por el común de los norteamericanos, de que su país empuñaba nuevamente el mando de sus destinos, lo cual era sin duda lo que más deseaba Roosevelt en 1933.

Sin embargo, en su segundo mandato, resultó perniciosa esa respetuosa prioridad con que contemplaba los asuntos interiores. De vez en cuando, el Presidente intentó advertir a sus compatriotas que no podían mantenerse eternamente apartados del mundo, aunque también dio un paso atrás siempre que ellos demostraron su descontento por tales advertencias. Cuando el Congreso le retiró la confianza, en 1938, no sólo se volvió más cauto sino incluso pusilánime. Era, por principio, un wilsoniano, y, no obstante, había anunciado al comienzo su intención de ser un presidente «duro» como su pariente Theodore; pero, a fines de los años treinta, cuando se entregó a vociferar inútiles discursos contra la perversidad de los dictadores y cuando resultó claro que de tales palabras no saldría nada en concreto, esa pretensión de Franklin Delano Roosevelt, perdió toda credibilidad. Sólo hacia 1940 izó los colores de su bandera y, por aquel entonces, Hitler había contribuido mucho más a la educación de los norteamerica-

Depresión y «New Deal»: datos



Los diagramas muestran los efectos de la Depresión y del «New Deal» en la economía de los Estados Unidos, 1930-40. **Izquierda:** el «New Deal» incrementó la producción, tanto la conjunta como la individual (arriba). A pesar de ello, el paro (centro) persistió con relativa intensidad: unos diez millones de parados al año hasta el fin de la década, momento en que las condiciones materiales del país superaron las de cualquier época anterior (abajo). **Arriba:** lo que costó el «New Deal» al Gobierno. Los gastos de éste contribuyeron a superar la Depresión, pero el miedo a la inflación suscitó medidas gubernamentales deflacionistas que provocaron la recesión de 1938. Con los gastos del rearme se pudo establecer, finalmente, una sólida base de prosperidad después de 1940.

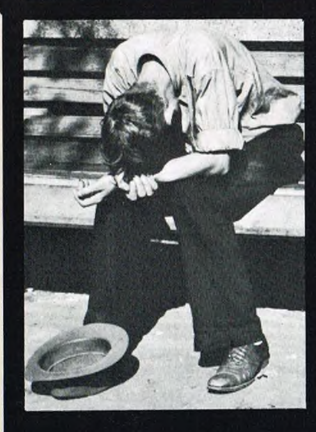


El «New Deal» en marcha

Aunque el «New Deal» redujo mucho los efectos de la Depresión, no consiguió dominarlos enteramente.
En la página de la izquierda aparecen dos de los efectos fundamentales ocasionados por la gran crisis de 1929: la deficiente situación del campesinado creada por el descenso de los precios, y el paro obrero. «No se busca a ningún hombre», dice el cartel en rojo, cuyo texto se inspira en una conocida frase propia de las películas del Oeste; se trata de una ironía algo sarcástica empleada por una agencia de colocaciones de West Virginia para dar a entender a la multitud de los parados la inutilidad de cualquier petición.
Las fotografías que aparecen en la página de la derecha aluden a dos de las soluciones aportadas por Roosevelt y su «trust de cerebros»: el aumento de la capacidad adquisitiva de los ciudadanos y el mejor aprovechamiento de la riqueza natural del país mediante obras que no sólo daban empleo a multitudes de parados, sino que, además, abarataban los recursos energéticos. Sin embargo, la imagen de una familia feliz aparecida en este cartel de 1936, cuyo texto afirma la supremacía del nivel de vida norteamericano es un ideal que los Estados Unidos no lograrían plenamente sino con el involuntario concurso de su más acérrimo enemigo: el Japón, cuyo ataque puso en marcha a pleno fondo la nación entera.

YEARS OF DUS

NO MEN
WANTED



WORLD'S HIGHEST STANDARD OF LIVING

There's no way like the American Way

1

2


CIO
No. 1
MEMBERSHIP BOOK
UNITED
CANNERY, AGRICULTURAL,
PACKING AND ALLIED
WORKERS OF AMERICA
WASHINGTON, D.C.

nos que lo que jamás intentara su Presidente.

Roosevelt y el Tribunal Supremo

Si en los asuntos interiores y diplomáticos el éxito del segundo mandato fue muy inferior al del primero, parte de la culpa puede imputarse al Presidente. La inquina del Capitolio era en gran medida obra suya. Había sido reelegido en 1936 por la más amplia mayoría de votos populares conocida hasta la fecha en la historia estadounidense (27.476.673 contra los 16.679.583 de su oponente) y había triunfado en todos los Estados, excepto Vermont y Maine. Disponía de una mayoría en el Congreso que constituía un récord. No es nada extraño, por consiguiente, que se sintiera en condiciones de ajustar las cuentas a sus enemigos, entre los cuales se hallaban los nueve jueces del Tribunal Supremo, o por lo menos la mayoría de ellos.

Pues el Tribunal Supremo, usando desmedidamente de unos poderes que al fin y al cabo sólo podía vindicar con ciertas limitaciones, había abrogado una tras otra las principales leyes del *New Deal*. El Decreto de Recuperación Industrial de la Nación, el de Regulación Agrícola, el de Conservación de Hulla Bituminosa, el de Bancarrota Municipal, la Ley de Salarios Mínimos para Mujeres del Estado de Nueva York, el Decreto Frazier-Lemke (destinado a aliviar las hipotecas de haciendas rústicas) y una ley de pensiones federales para los empleados de ferrocarriles, habían sido sucesivamente invalidados. El Tribunal Supremo procuró por todos los medios a su alcance desacreditar la Comisión de Efectos y Cambios, y sólo se detuvo ante el Mando del Valle del Tennessee y la política monetaria del oro.

Tal desafío no podía ser pasado por alto, y en febrero de 1937 Roosevelt lanzó su contraataque. Solicitó del Congreso una ley que autorizara al presidente a designar jueces para el Tribunal Supremo, hasta el número de seis, si cualquier juez, con más de diez años de ejercicio, rehusaba retirarse al cumplir los setenta años. Esta proposición fue rechazada en aquella ocasión.

El fracaso de Roosevelt fue en gran parte debido a su falta de táctica, aunque también es probable que, de haber actuado menos torpemente, habría salido asimismo derrotado. Según puntualizó tiempo atrás Mr. Dooley, el Tribunal Supremo sigue los resultados de las elecciones. Su mayoría se iba reconstruyendo sobre una base favorable al *New Deal* aun antes de la intervención del Presidente. Al llegar el verano, el cambio era ya manifiesto y, por lo tanto, ya había desaparecido la urgente necesidad de intervención en el Tribunal Supremo. Roosevelt no quiso reconocerlo al principio, y de ahí que se desacreditara más de lo necesario. En otoño, se vio forzado a admitir que en el curso de la batalla había perdido buena parte de su influencia en el Congreso. Se había enfrentado con el apasionado conservadurismo de innumerables estadounidenses en todo lo que hace referencia a su Constitución y sufrió por ello un duro castigo.

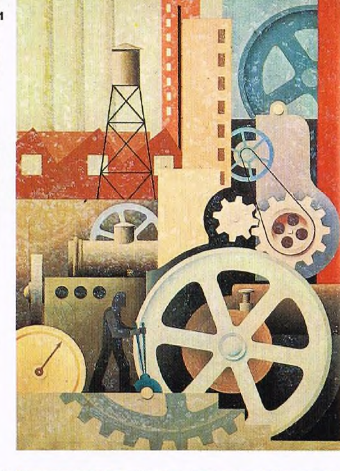
Tales son las dificultades inherentes a un gobierno democrático. Sin embargo, no debe permitirse que ellas predominen, al trazar un cuadro del *New Deal* o al revisar críticamente la gestión de Roosevelt. En 1936 proclamó que «se da mucho a algunas generaciones y se espera mucho de otras. Nuestra generación tiene una cita con el destino». Llegado el momento de la cita, gracias a Roosevelt los norteamericanos estaban preparados. Había devuelto a la República no sólo buena parte de su prosperidad sino la entera confianza en sí misma. Profundamente conservador y siempre con miras humanistas, había considerado que su tarea era, entre otras cosas, rescatar a la clase media de las amenazas del fascismo y comunismo de la época, y comprendía que, para esta finalidad, la presidencia constituía un medio a propósito. Fue el primer presidente realmente moderno. Aprovechó las grandes crisis que lo habían llevado a ocupar el puesto para acostumbrar al pueblo norteamericano a buscar ante todo en la Casa Blanca la solución de sus problemas políticos. La torrencial actividad desplegada durante su primer mandato contribuyó no poco a este propósito, actividad que tuvo su complemento en una infinita habilidad. Siempre fue noticia, siempre figuró en las primeras páginas de los periódicos, a cuyos corresponsales dedicó dos veces por semana sus conferencias de prensa. Con sus «charlas junto a la lumbre», difundidas por radio, su persona y su mensaje penetraron en millones de hogares. Muchos años, hasta que estalló la guerra, realizó grandes viajes por todo el país, de manera que cientos de miles de personas pudieron ver con sus propios ojos la amplia sonrisa, la juguetona boquilla, los quevedos, la nariz recta y la prominente barbilla que tan familiares les eran a través de las fotografías y los carteles que tan a menudo habían podido contemplar.

Es posible que, de haber sido elegido otro presidente en 1932 —incluso Hoover o bien algún demócrata conservador—, se hubiese visto forzado, como Roosevelt lo fue, a adoptar remedios más o menos apropiados para los males que sufría el país y que, de no haber estallado la Segunda Guerra Mundial (indirecta solución del desempleo gracias a la industria bélica), los políticos hubiesen llegado igualmente a comprender el arte de la economía y a proponer los remedios para la Depresión. Si ello es cierto, también lo es que Roosevelt merece ante todo ser considerado como un promotor, pues es imposible imaginar que cualquier otro político norteamericano de su generación hubiese trabajado tanto y tan activamente en este sentido. De todos modos, estas observaciones hubieran parecido fuera de lugar al «hombre olvidado», en el cual pensaba Roosevelt. Hacía once años que este hombre sufría los efectos del desempleo además de otros innumerables males sociales y políticos. Sabía cuán profundamente humillante es el vender manzanas al borde de la acera o el pedir, según las palabras de la más amarga de las canciones: «Hermano, ¿puede usted darme diez centavos?» (incluso en 1933 diez centavos valían muy poco). No se habría conformado con que le hubiesen dicho que, a la larga, las cosas se resolverían. La Gran Depresión puede, en último término, parecer la consecuencia —lógicamente, negativa— de una mentalidad empresaria que no quiso adoptar los más modernos principios económicos: un «accidente histórico» insignificante comparado con la posibilidad de una guerra nuclear, y no la cosa más terrible del mundo,

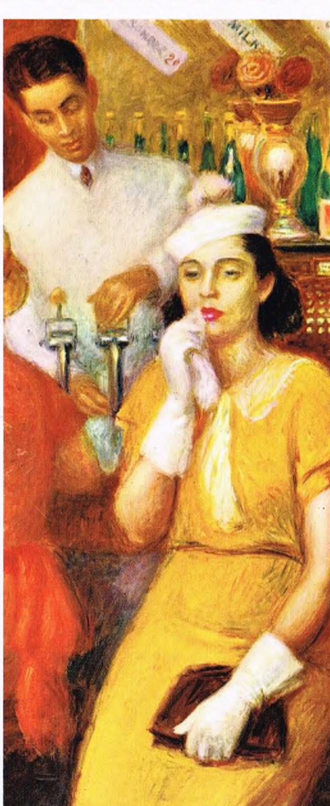
Izquierda: 1 **Una de las simpáticas conferencias de prensa que caracterizaron el mando de Roosevelt; aquí (agosto de 1935), el Presidente bromea con los corresponsales de prensa en su jardín.**
2 **Satírico comentario del «Esquire» acerca de las «charlas junto a la lumbre» de Roosevelt (la leyenda afirmaba irónicamente que el Presidente había sustituido a los más afamados artistas radiofónicos en las predilecciones del público).**
3 **Viñeta alemana. El «tío Sam» se jacta de poseer un nuevo récord mundial: el de las huelgas. La verdad es que el desarrollo del sindicalismo amenazaba el poder de los tradicionales «business men» norteamericanos.**
4 **Uno de los dirigentes de la huelga californiana del algodón exhibe su carnet sindical (1938).**

1





3



La vida provinciana en EE.UU.: tradición y nuevas realidades

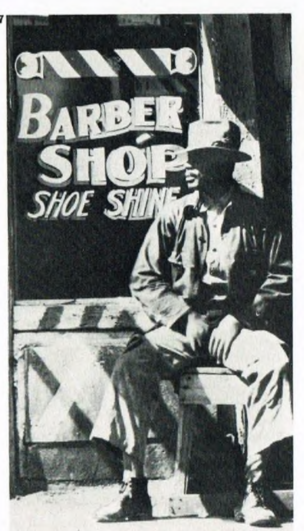
1 **Celebración de la Independencia, 4 de julio de 1935, en Terra Alta, West Virginia.** *2* **«Abstracto n.º 2», óleo de Paul Kelpa, 1935. Centenares de artistas sin recursos fueron empleados por el «Federal Arts Project» en la decoración de edificios oficiales, la organización de exposiciones ambulantes, y la enseñanza del arte; el gobierno de los Estados Unidos reconoció por vez primera que el artista contribuye a formar la sociedad y que ésta es, hasta cierto punto, deudora del arte.** *3* **«Gótico norteamericano», cuadro de Grant Wood, 1930. Llamado a menudo «pintor del terruño», Wood eligió preferentemente como tema de sus composiciones el paisaje y las alquerías de su Iowa natal, aunque en algunas obras, como ésta, se inclinó hacia los temas sociales; aquí evoca la población campesina del Middle West: de miras estrechas, conservadora, laboriosa, piadosa, y contraria, naturalmente, al «New Deal».** *4* **Detalle de «El bar», de William Glackens: una muchacha espera a su pareja. En tales establecimientos solían citarse los jóvenes de las poblaciones rurales.** *5* **Escena ferroviaria en Sacramento, California (1936).** *6* **Durante los años difíciles, muchísimos hombres, como estos que aquí intentan subir en marcha a un vagón de carga, recorrían el país en busca de trabajo, desafiando las palizas de los guardianes de los ferrocarriles.** *7* **Un barbero y limpiabotas de Wicksburg, Missouri, aguarda pacientemente la clientela sentado ante la puerta de su tienda (1936).**

5



6

7



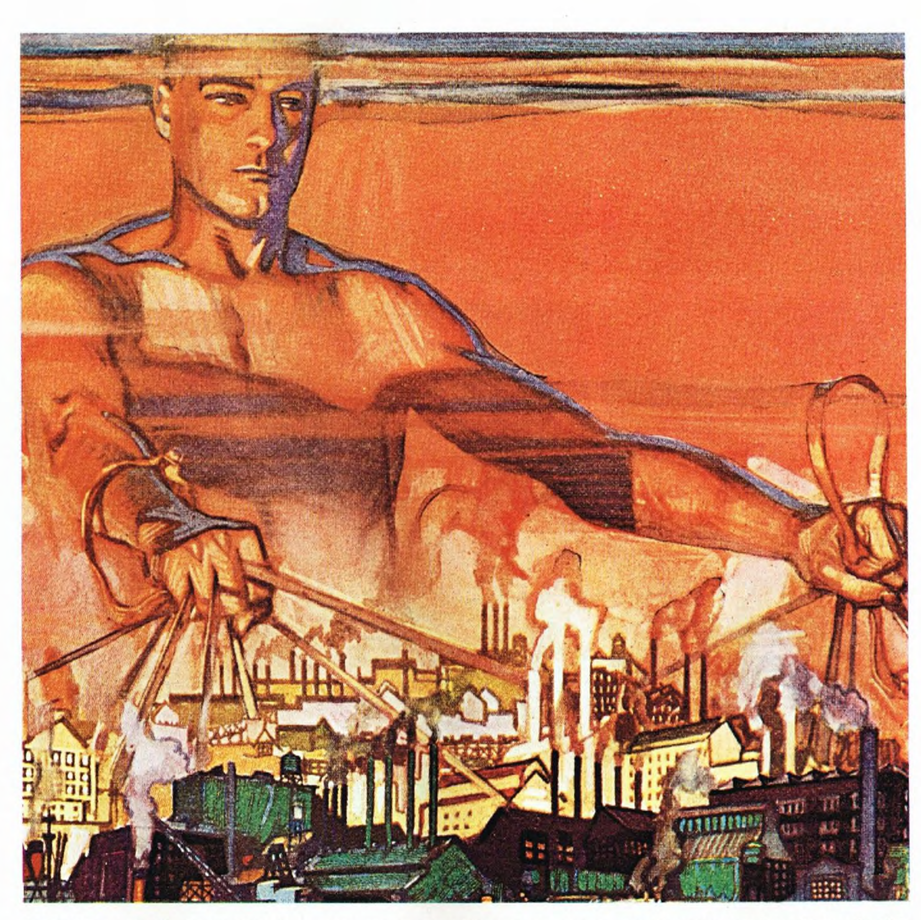


Ilustración correspondiente a un cartel de propaganda publicado en 1930 y destinado a fomentar el desarrollo de los materiales de construcción norteamericanos. La típica exaltación del gigantismo industrial es aquí evidente.

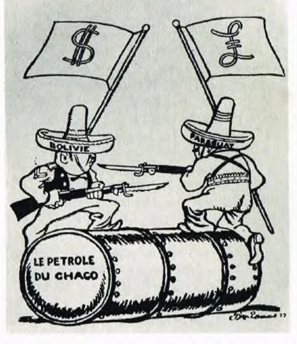
como imaginaron los hombres de su tiempo. Los historiadores pueden divertirse poniéndola «en perspectiva» junto al vasto panorama de la riqueza y el poderío siempre en crecimiento de los Estados Unidos. Con tales ejercicios mentales difícilmente se llegará a comprender con exactitud lo que representó la Depresión. Para los hombres y mujeres que experimentaron sus consecuencias, ella constituyó la más espantosa experiencia de su vida. Roosevelt les inspiró, por lo menos, la esperanza de que ese padecimiento no era vano. Ello constituye la verdadera medida de la significación y alcance de esta nueva política económica conocida con el nombre de *New Deal*.

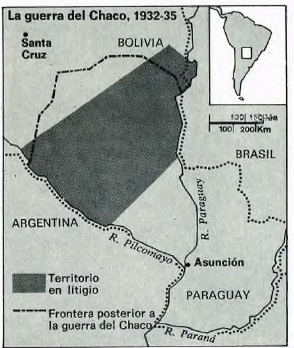
Hugh Brogan

La guerra del Chaco

Cuando Bolivia y Paraguay lucharon por la posesión de la desolada llanura del Gran Chaco, murió una cuarta parte de los hombres que tomaron parte en aquella guerra que, comparativamente, fue una de las más destructoras de todos los tiempos. Si al resto del mundo le dio la impresión de que era una contienda inútil, de ella dependía —según los participantes— el futuro de sus países.

Caricatura francesa que refleja la opinión según la cual los extranjeros apoyaban la guerra del Chaco para obtener unas supuestas reservas de petróleo; en realidad, el tema del petróleo pesó muy poco en las hostilidades. ***Abajo:*** **mapa con la zona objeto de litigio y la frontera establecida después de la guerra.**





El Gran Chaco es una extensión de vegetación achaparrada y de blancas arenas, de unos 720.000 kilómetros cuadrados, situada entre los ríos Pilcomayo y Paraguay, que se juntan cerca de la ciudad de Asunción, capital de la República del Paraguay. Es una región áspera y árida, tan hostil y desolada que a uno de los primeros exploradores españoles le dio la impresión de haber encontrado las cenizas del jardín del Edén, quemado por la ira de Dios después de la caída de nuestros primeros padres. Bajo el Imperio Español, su escasa población de misioneros e indios fue puesta al principio bajo la jurisdicción de la *Audiencia* de Charcas, en la Bolivia actual; después formó parte de la Intendencia de Cochabamba, innovación administrativa introducida en los últimos años del siglo XVIII. Cuando se derrumbó el Imperio Español, dando paso a la formación de las repúblicas americanas, Argentina, Paraguay y Bolivia pudieron todas ellas hallar documentos coloniales que apoyaran sus pretensiones a la posesión de esta región, pues las viejas demarcaciones españolas eran dudosas y confusas, y apenas se habían trazado mapas de esta tierra tan mal conocida.

Argentina tomó posesión de la parte, que creyó le pertenecía (Chaco central), después de la desastrosa derrota del Paraguay en la guerra de la Triple Alianza, en 1865-70, pero la disputa dialéctica continuó entre Bolivia y Paraguay. Defendieron los derechos de ambas partes testarudos eruditos, que dieron en llamarse «chacologistas», y que produjeron una cantidad imponente de literatura apologética; pero los archivos eran tan incompletos y su examen se efectuaba con tanta parcialidad que ningún arbitraje podía tener probabilidades de éxito. Bolivia era pobre, Paraguay lo era más, y la extensión que representaba el mismo Chaco las mantuvo largo tiempo en paz. Un conflicto que no fuera simplemente de palabras tenía que venir con la lenta ocupación del territorio en disputa.

Esta ocupación se produjo, en una forma más natural, a partir del Paraguay. A finales de 1880, el argentino Carlos Casado obtuvo una concesión de seis millones de hectáreas para cortar madera de quebracho, utilizada en el curtimiento de cueros. Otros argentinos, algunos paraguayos y varias compañías inglesas emprendieron también el mismo negocio, que acompañaron, allí donde las condiciones lo permitían, con la cría de ganado. A mediados de los años 20, se habían invertido cincuenta millones de dólares en el Chaco paraguayo, lo que permitió a un natural de este país escribir convencida y justificadamente que la economía de la República dependía hasta tal punto del Chaco que la pérdida de éste «significaría una amputación que dejaría al país sin posibilidades de supervivencia».

La penetración de Bolivia fue distinta: privada de su pequeño acceso al Pacífico en 1884, después de la guerra con Chile, un sentimiento exagerado de claustrofobia geográfica, utilizada frecuentemente en las maniobras políticas internas, condujo a los políticos bolivianos a apuntar al Chaco como a un posible puerto que diera acceso al sistema del Río de la Plata. Bolivia, contra lo que pudieran creer los eruditos paraguayos, también podía justificar sus pretensiones sobre el Chaco, y tenía además un ejército con que apoyarlas. Era un país más rico y más populoso. Bolivia podía disponer de aviones y de una escuela de aviación, podía gastarse más de dos millones de libras para comprar de Vickers armas último modelo y podía servirse del mercenario alemán, general Hans Kundt y colegas, para el adiestramiento de sus fuerzas. Construyó una línea de fortines ya dentro del territorio del Chaco, junto a unos pocos pozos y lagunas, y Paraguay hizo lo mismo. Empezaron a producirse «incidentes».

En marzo de 1931, Daniel Salamanca ocupó el cargo de presidente de Bolivia. En cuanto a la cuestión del Chaco, adoptó una política intransigente y arrogante. Abogado ya mayor «con una prestigiosa úlcera gástrica... viva imagen de la debilidad del derecho frente a la fuerza», no sabía nada de guerra y poco de

Derecha: **un abanderado boliviano con su guardia. Aunque Bolivia era más rica que su antagonista, muchos de sus soldados estaban tan mal equipados como los paraguayos: unos y otros carecían de armamento moderno y, con frecuencia, hasta de uniformes.**



Arriba: **el mercenario alemán Hans Kundt, jefe supremo del Ejército boliviano hasta finales de 1933.** *Abajo:* **Saavedra Lamas, ministro de Asuntos Exteriores de la Argentina, país que ayudó al Paraguay; Saavedra Lamas recibió el Premio Nobel de la Paz en 1936.**



geografía. Para comprender lo que para él representaban realmente el derecho y la fuerza, citaremos la respuesta, no desprovista de teatralidad, que dio a uno que se ofrecía como mediador al principio de la guerra: «Diga usted a sus amigos, los paraguayos, que deberían aprovechar el momento presente para arreglar el asunto, pues hoy les exigimos más que antes y más tarde les exigiremos más que hoy.» Sus generales le habían prometido que en el plazo de tres meses el Ejército boliviano dictaría las condiciones de paz en Asunción. La lucha empezó a primeros de mayo de 1932, duró tres años menos un día y terminó con la total expulsión de Bolivia del Chaco.

La guerra de la sed

Bolivia perdió la que ante todo era una guerra de comunicaciones y de agua. «Ésta será una guerra de sed. ¡Brindo por la victoria!», tales fueron las primeras palabras del general paraguayo Estigarribia dirigidas a sus oficiales. El agua de que disponían los ejércitos paraguayos se hallaba más cerca de sus líneas, los ferrocarriles eran los del país y el conocimiento que los paraguayos tenían del Chaco era un poco más completo. Bolivia no podía comprar agua, los bolivianos no eran tan diestros en dar con ella y la guerra se desarrolló muchas veces en sitios donde el Ejército boliviano no podía contar con medios de comunicación. La causa no residía, según afirmaban sus oficiales, en que las tropas fueran inferiores. El general Kundt, que durante la Primera Guerra Mundial, en el frente del Este, se había entrenado en una dura guerra de posiciones, se resistía a ceder terreno, aun cuando este terreno fuera el del Chaco, siendo alentado en esta táctica por el presidente Salamanca, que públicamente había declarado que el honor de Bolivia se hallaba en los «inútiles» fortines. Kundt condenó a sus hombres a dejarse rodear por los paraguayos y a resistir sitios de sed, para luego cortar el cerco y abandonar las fortificaciones. Cuando emprendió la ofensiva, lo hizo de una forma masiva, según el esquema de la guerra de trincheras europea, y para ello ni el Chaco le podía proporcionar agua ni el Gobierno boliviano las granadas que necesitaba. Estigarribia, que había leído las memorias militares de Kundt cuando estudiaba en Francia, sabía la táctica que iba a emplear el viejo alemán: «Su única orden era "¡Adelante!", dada casi siempre por teléfono, de cuyo empleo era realmente partidario.»

Durante la guerra, Bolivia movilizó 250.000 hombres y el Paraguay solamente 140.000, pero la gran extensión de las líneas que Bolivia tenía que cubrir y su obsesión por ir ocupando nuevos territorios dieron en la práctica el resultado de que tal superioridad nunca pudo llevarse efectivamente a la práctica. Hans Kundt no carecía de recursos políticos (fue llamado de su exilio político para dirigir las fuerzas bolivianas) y tenía, no ciertamente por razones militares, sus favoritos. Salamanca se interpuso: creyó que sus generales eran incompetentes, proclamó la autoridad nominal del presidente como capitán general de las Fuerzas Armadas y consiguió sumar su propia incompetencia a la de los suyos. Persona muy educada, no tenía grandes dotes de financiero, y por consiguiente no hizo ninguno de los gastos necesarios ni sacó ningún provecho de ellos cuando se decidió a hacerlos. Durante la guerra, se dieron varios casos de grave insubordinación por parte de algunos jefes del Ejército boliviano, y la anomalía de esta situación no terminó ni aun después de que fuera depuesto Salamanca, en diciembre de 1934, por un golpe de Estado y de haberse implantado un virtual gobierno militar. Bolivia nunca pudo encontrar a su comandante.

Paraguay tuvo la fortuna de hallar los suyos al principio de la guerra. El coronel, luego general y mariscal más tarde, José Félix Estigarribia, era uno de los poquísimos soldados profesionales que su país había podido formar. Era hombre de austeras costumbres, hasta el punto de que durante la guerra no probó el alcohol y fumó sólo un cigarrillo al día. («El juego, las mujeres y el alcohol han sido los mayores enemigos de este país durante la guerra», escribió un boliviano.) Como comandante del ejército del Chaco, contó con el decidido apoyo del presidente paraguayo, Eusebio Ayala, y los actos de insubordinación fueron severamente reprimidos. Su competencia se mostraba aun en los menores detalles y combinaba una clara visión estratégica con un temperamento místico. Por su parte, Ayala era un hábil diplomático que, con razón, no se dejaba convencer por el gran número de mediadores que frecuentemente le mandaban distintas organizaciones internacionales proponiéndole planes poco ventajosos para su país. Bajo su gobierno, el Paraguay supo sacar mejor partido que Bolivia de los recursos muy inferiores de que disponía. Paraguay gastó en la guerra unos 120 millones de dólares estadounidenses, suma enorme que le resultó difícil encontrar; Bolivia, empero, había necesitado invertir casi el doble.

Bolivia luchó sola. El Paraguay recibió una buena ayuda clandestina de par-





Un grupo de soldados bolivianos conduce al cautiverio a un prisionero paraguayo.

te del Gobierno argentino: muchas de sus granadas procedían de los arsenales del Ejército argentino; Argentina le suministró petróleo, lo ayudó en la compra de los camiones que tanta falta le hacían (Paraguay empezó la guerra con sólo sesenta camiones y los autobuses municipales de Asunción), le facilitó asesoramiento militar y le concedió dos cuantiosos préstamos sin interés. Argentina no deseaba ver ningún puerto boliviano en el río Paraguay ni sentir amenazados sus intereses en el Chaco (algunos miembros del Gobierno estaban personalmente implicados en el asunto). La elección que la Academia Sueca hizo luego del ministro argentino del Exterior, Saavedra Lamas, para el Premio Nobel de la Paz, constituyó una de las más notables absurdidades producidas por la guerra.

Otros absurdos no faltaron. El hecho de que la guerra fuera por la posesión de un territorio —territorio de reconocida importancia económica para una de las partes y sobre el cual la otra podía vindicar también serias pretensiones— no parece haber sido aceptado ni aun como simple punto de partida de ulteriores explicaciones de por qué luchaban estas dos pequeñas naciones. Las grandes potencias —y con ellas los escritores de todas las tendencias políticas— no podían aprobar que dos desconocidas repúblicas luchasen impulsadas por las mismas y complejas razones que habían impulsado a los más poderosos Estados a hacer la guerra. Así, llegó a decirse que la guerra no era realmente entre Paraguay y Bolivia, sino entre la «Royal Dutch Shell» y la «Standard Oil». La mejor información de aquel tiempo indicaba que en realidad no había petróleo en el Chaco y que las cuestiones sobre el petróleo involucradas en la guerra eran de escasa importancia. La Comisión de la Sociedad de las Naciones condescendió a proponer al Paraguay que hiciera la paz o llegara a unas condiciones que no le daban ninguna seguridad contra un futuro ataque, y calificó de «obstinadas» sus repetidas y razonables negativas en este sentido. «El paraguayo Caballero de Bedoya —escribe un historiador de la Sociedad de las Naciones— era un individuo temperamental, e incluso violento, y cuando le sobrevenía una crisis se retiraba en el interior del país sin indicar el sitio... en donde podría encontrársele para asistir a una reunión.» Ninguna de las comisiones mandadas para proponer el cese de las hostilidades entendió que con una tregua el Paraguay, que a la larga no podría sostener los esfuerzos que estaba realizando y mucho menos repetirlos, ganaba menos que Bolivia, y, por consiguiente, sólo en una solución militar podía hallar una verdadera seguridad. El Paraguay abandonó la Sociedad de las Naciones y su Ejército avanzó por los contrafuertes montañosos de Bolivia, amenazando los campos de petróleo de alrededor de Camiri. Tras la deposición de Salamanca («la única maniobra —tal fue el comentario que éste hizo de sus oficiales— en que han tenido éxito»), Bolivia se vio obligada, como consecuencia de otros fracasos bélicos, a firmar la paz en junio de 1935.

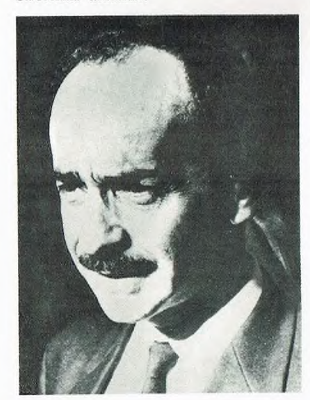
Bolivia perdió 57.000 hombres y Paraguay 36.000 Estas pérdidas eran proporcionalmente muy elevadas —alrededor de un dos y un tres por ciento de sus respectivas poblaciones— y los esfuerzos y sufrimientos impuestos por la guerra trajeron consigo grandes cambios en ambas repúblicas. Paraguay se inclinó por un militarismo autoritario, y Bolivia, que había entrado en la guerra con un fondo étnico y social bastante más dividido, se embarcó en un confuso y lacerante proceso de integración, que había de culminar, alrededor de veinte años después, en la revolución social de los años cincuenta.

Malcolm Deas

Bolivia y Paraguay: secuelas de la guerra

Paradójicamente, la derrota y la pérdida de territorio hicieron que Bolivia iniciara un proceso de renovación política y social. Por el contrario, Paraguay —victorioso en la guerra— sufrió un progresivo deterioro de las instituciones democráticas...

El coronel Hugo Banzer Suárez, llevado a la presidencia de Bolivia por el movimiento cívico-militar que derrocó a Juan José Torres. *Abajo:* **Alfredo Stroessner, general jefe del Ejército paraguayo y presidente de la República al ser depuesto Chávez por el movimiento militar que el mismo Stroessner acaudilló.**





La guerra del Chaco constituyó, para ambos contendientes, una experiencia traumática que marcó a toda una generación de sus *élites* políticas y militares y que reveló a las masas y a los ideólogos que trataron de interpretarlas la profundidad del abismo que mediaba entre las estructuras aparentes del nacionalismo liberal y los problemas y necesidades reales de sus respectivos países. Pero mientras que para Bolivia representó el punto de arranque de un largo y doloroso proceso que había de culminar veinte años después en la implantación de profundos cambios en su estructura social y económica, en el Paraguay los planteamientos renovadores se desviaron muy pronto de los fines proclamados por sus propugnadores y terminaron por confirmar, sobre bases aún más efectivas, la vigencia de los viejos resortes del poder.

Bolivia

Después del Protocolo de Paz de 1935 y aun antes de la conclusión del Tratado de Paz definitivo de 1938, el desencanto y la irritación de la oficialidad llevaron a la presidencia al coronel José David Toro (1936), que se declaró partidario de una economía socializante y nacionalizó la «Standard Oil Co.» en Bolivia. Su sucesor, el coronel Germán Busch Becerra (1937-1939), trató de llevar a cabo aún con mayor energía esa política nacionalista, pero horas antes de firmar un decreto que obligaba a vender las divisas resultantes de las exportaciones de mineral al Banco Central, apareció muerto en su casa en circunstancias poco claras.

La reacción se instaló en el poder en la persona de los generales Carlos Quintanilla (1939) y Enrique Peñaranda (1940-1943). Durante el gobierno de este último el brutal contraste entre la prosperidad de la oligarquía minera, favorecida por la Guerra Mundial, y las condiciones de vida de los mineros del estaño llevó a la huelga y manifestación de Cataví (1942), sangrientamente reprimida. La conjunción de elementos militares descontentos y del Movimiento Nacionalista Revolucionario (M.N.R.), que agrupaba a las clases medias nacionalistas y progresistas —otro sector nacionalista de derecha formaba la Falange Socialista Boliviana—, logró llevar al poder al mayor Gualberto Villarroel (1943-1946). Su gobierno, en el que figuraba como ministro el futuro presidente Víctor Paz Estenssoro, a la vez que alarmaba a la oligarquía («rosca») con sus proyectos de reforma agraria, se enfrentó con la acusación de «pro-nazi», justificada en parte por las simpatías de algunos oficiales y por los confusos orígenes ideológicos del M.N.R. La inflación y la escasez en las ciudades llevaron al derrocamiento y muerte violenta de Villarroel. Bajo los presidentes Tomás Momje Gutiérrez (1946), Enrique Hertzog (1947-1949) y Mamerto Urriolagoitía (1949-1952), se restableció el predominio de los sectores conservadores. Pero Paz Estenssoro y el M.N.R. demostraron, al ganar las elecciones de 1951, cómo las ideas renovadoras habían penetrado en las clases medias urbanas, decisivas en el limitadísimo censo electoral boliviano (215.000 electores para una población de 3.500.000 habitantes, la mayoría analfabetos y por lo tanto sin voto). La negativa a entregar el poder por parte de la clase política dominante provocó una revolución armada, en la que pesaron decisivamente las milicias campesinas y mineras —estas últimas bajo la dirección de Juan Lechín, jefe de la izquierda del M.N.R.—, la cual instaló en el poder al candidato vencedor. La primera presidencia de Paz Estenssoro vio la realización, entre otros, de dos de los puntos fundamentales del programa revolucionario: la reforma agraria y la nacionalización de las empresas del estaño (Patiño, Aramayo y Hochschild), ambas cosas mediante indemnización. Las dificultades subsiguientes —el retorno del campesinado indígena, ahora propietario, a una economía de subsistencia, la burocratización, sobreempleo y anarquía laboral en las minas—, junto con la baja de los precios mundiales del estaño al irse entibiando la guerra fría, llevaron a una terrible inflación (coste de la vida, 1950 = 100 — 1960 = 11.081). La nueva clase gobernante se vio empujada a una creciente dependencia de la ayuda estadounidense y a una distanciación progresiva de su ala izquierda durante el gobierno de Hernán Siles Suazo (1956-1960) y a la ruptura entre Paz Es-

1



2



4





3

1 Víctor Paz Estenssoro, uno de los pocos presidentes de Bolivia no pertenecientes al Ejército. *2* El general y presidente boliviano Juan José Torres. *3* Desfile de milicias mineras bolivianas. *4* Los habitantes de Asunción leen las informaciones sobre la guerra del Chaco ofrecidas en las pizarras de un periódico de la capital. *5* José Estigarribia asume la presidencia del Paraguay. *6* Otro militar presidente del Paraguay: Higinio Moríñigo, con su esposa.

5



6



tenssoro y su vicepresidente Juan Lechín, durante la segunda presidencia de aquél (1960-1964). La reelección de Paz (1964) llevó a una coalición entre la derecha (Siles) y la izquierda del M.N.R. (Lechín, cada vez más próximo a los grupos comunistas y trotskistas, sus antiguos rivales en las luchas sindicales). Un golpe de estado envió al exilio a Paz Estenssoro, y el general René Barrientos Ortuño, que fue ratificado en el poder en las elecciones de 1965, se apresuró a separarse de sus ocasionales aliados de izquierda, ocupó por la fuerza las minas de estaño, baluarte de Lechín, trató de sustituir al dividido M.N.R. por una coalición de diversas fuerzas centristas (el Frente Boliviano Revolucionario) y se apoyó en el recién nacido conservadurismo de las masas indígenas, satisfechas en sus reivindicaciones básicas. El fracaso de la aventura guerrillera del «Che» Guevara (1967) confirmó la fortaleza de su régimen, al que puso fin un accidente de aviación sufrido en abril de 1969. La tentativa oportunista del general Alfredo Ovando, quien, a la vez que proseguía su política, trató de ganarse a las izquierdas con la nacionalización de la «Bolivian Gulf Oil Co.», terminó a raíz de la intentona derechista del general Rogelio Miranda (octubre de 1970), que llevó indirectamente a la presidencia al joven general Juan José Torres, el cual, falto de otro apoyo, se precipitó rápidamente en brazos de Lechín y de la extrema izquierda. Sus posturas extremistas, que culminaron con la constitución de una escasamente representativa «Asamblea del Pueblo» dominada por elementos sindicales y estudiantiles radicalizados, llevaron a la convergencia de los militares más moderados —formados dentro de la revolución—, las inquietudes localistas del departamento de Santa Cruz, las milicias campesinas, el M.N.R. y la Falange, hasta entonces hostil o indiferente al proceso revolucionario. Dicho movimiento ha llevado al poder al coronel Hugo Banzer (agosto de 1971), que preside un gobierno de coalición cívico-militar y que ha procedido a una depuración de elementos izquierdistas.

Paraguay

Apenas se habían apagado los ecos del regreso triunfal a Asunción de Estigarribia y del homenaje nacional al presidente Ayala, cuando la inquietud despertada en los sectores más politizados de la opinión, que acababa de comprobar los enormes recursos morales de la nación en guerra, dio lugar a un vuelco espectacular en la vida política paraguaya. La oposición, los oficiales victoriosos abocados al paro forzoso por la desmovilización y la mediocridad de la clase dirigente, que acababa de rechazar un proyecto de reforma agraria del presidente Ayala, hicieron posible la sublevación de Campo Grande (17 de febrero de 1936) que depuso al primer mandatario, barrió al Partido Liberal y arrestó al héroe del Chaco, Estigarribia. La nueva y numerosa clase militar se arrogó totalmente la responsabilidad sobre el futuro del país y colocó en la presidencia al coronel Rafael Franco. Éste trató, sin éxito, de agrupar en una Unión Nacional Revolucionaria los heterogéneos elementos que hubieran podido dar coherencia política al movimiento, pero, a pesar de su proyectada reforma agraria, su nacionalismo económico y su legislación laboral, lo endeble de su base política provocó pronto su caída (13 de agosto de 1937). Un pronunciamiento incruento, apoyado por los liberales, puso en la presidencia al Dr. Félix Paiva y reivindicó a Estigarribia, entonces en el exilio. La influencia de este último fue decisiva para la aceptación de la fórmula de paz propuesta por los mediadores y el tratado fue firmado en Buenos Aires el 21 de julio de 1938 y posteriormente ratificado por votación popular. Las subsiguientes elecciones, de las cuales se abstuvo el Partido Colorado, devolvieron el poder a los liberales y confirmaron en el cargo a Paiva, que formó un gobierno de acuerdo con los jefes militares; pero un sector político agrupado en el diario *El Tiempo* puso en duda la posibilidad de llevar a cabo los cambios renovadores dentro de la Constitución. Los liberales vieron la única tabla de salvación, en medio de la tormenta política, en la elección de Estigarribia (1939). Éste, sin embargo, al no lograr la colaboración de los colorados y otros sectores anarquizantes, se hizo con la totalidad del poder (febrero de 1940) y formó un gabinete apolítico. Su obra se limitó a la promulgación del importante Estatuto Agrario y de una nueva Constitución, pues el 7 de septiembre de 1940 perecía en un accidente de aviación. Ante la falta de organismos constituidos según la nueva ley fundamental, el Gabinete confió la presidencia provisionalmente al general Higinio Morínigo, quien empezó por desplazar y perseguir al Partido Liberal y, tras un breve intento de colaborar con Franco y los «tiempistas», con el solo apoyo de éstos logró hacerse elegir (1943) sobre la base de una concepción estrictamente autoritaria del poder, «sin la intermediación de los llamados partidos políticos». Su régimen se caracterizó por un marcado carácter antidemocrático, mientras abundaban en el Ejército las simpatías hacia el Eje, y las organizaciones «nazis», apoyadas por la importante colonia alemana, actuaban con toda libertad. Morínigo, sin embargo, siguió con mayor o menor reticencia —y con notable negligencia— las medidas adoptadas contra Alemania y sus aliados por el sistema panamericano, haciéndose pagar muy caro, en términos de ayuda estadounidense, su insincera adhesión a la postura continental. El dictador trató de adaptarse a las condiciones impuestas por la victoria aliada formando un gobierno con colorados y miembros de la Concentración Revolucionaria Febrerista (franquistas) y permitió el regreso de los exiliados liberales (1946). Los anhelos de restauración democrática chocaron con la mala fe de Morínigo, quien con el solo apoyo colorado tuvo que hacer frente a la revolución liberal-febrerista iniciada en Concepción (1947) y que fue detenida a las puertas de Asunción gracias a la masiva ayuda en armamentos del dictador argentino Perón. A pesar de su victoria y de la feroz represión, que se extendió a los propios colorados disidentes, cayó ante un golpe militar (1948). Después de un período de turbación, que incluye la brevísima presidencia del notable historiador (colorado) Juan Natalicio González, Federico Chávez, con la ayuda de Perón y de los EE.UU., logró sostenerse desde 1949 a 1954, año en que se instaló el actual presidente general Alfredo Stroesner, reelegido en 1958, 1963 y 1968. La única evolución política a notar en los últimos años es la puesta en vigor, al menos formalmente, de la Constitución de 1940 con la colaboración de los liberales «concurrencistas», a los que corresponde de pleno derecho un tercio de la Cámara de Representantes, mientras el Consejo de Estado está integrado por representantes de las diversas clases y profesiones, nombrados por el presidente. Durante los gobiernos de Morínigo, Chávez y Stroesner, sobre todo el de este último, el Paraguay ha conocido, olvidados ya al parecer los ideales nacionalistas y de reforma social, toda la dosis de crecimiento —que no desarrollo— técnico y económico compatible con la crisis general de las economías subdesarrolladas en la segunda mitad del siglo XX y con la opresión política, la corrupción administrativa, los privilegios de una enorme casta militar y, en general, la degradación cívica que caracterizan la vida política del país.

Víctor Ferro

El Brasil de Getúlio Vargas

En medio del caos en que se vio sumida toda la América Latina a causa de la Depresión, los acontecimientos del Brasil demostraron que la dictadura podía ser una solución y al mismo tiempo resultar sorprendentemente popular...

Getúlio Vargas, el dictador brasileño, acaricia a un chiquillo campesino, al par que fuma uno de sus acostumbrados cigarros. Vargas gustaba de considerarse Padre del Pueblo.

El 24 de octubre de 1930, cuando más se dejaban sentir los efectos de la Depresión, los jefes militares del Brasil obligaron a dimitir al presidente Washington Luís, cuyo mandato estaba próximo a expirar. Diez días después, el 3 de noviembre, confirieron el poder al Dr. Getúlio Vargas, de 47 años de edad, eminentemente ganadero, de Río Grande do Sul y gobernador de dicho Estado, candidato derrotado en las recientes elecciones presidenciales y jefe de la *Aliança Liberal*, un amplio movimiento nacional de rebelión contra el Gobierno federal de Rio de Janeiro. Vargas permaneció en el poder durante los quince años siguientes, hasta que fue depuesto —por los militares— en octubre de 1945.

Getúlio Vargas era un *gaúcho* que procedía de una familia de ganaderos bastante acomodada de Río Grande do Sul, y poseía ranchos junto a la frontera argentina. Había recibido una educación militar y estudiado Leyes antes de entrar en la política como protegido de Antônio Augusto Borges de Medeiros («el bui-



tre»), un notable cacique político de Rio Grande do Sul desde comienzos de siglo. De aspecto poco impresionante —bajo (1,60 m.), fornido y de modales delicados— y de un temperamento cauto y reservado, Getúlio tenía una personalidad un poco enigmática. Como político se mostró inteligente, hábil y, sobre todo, flexible; maestro del compromiso, de la conciliación y del asentimiento político, fue un pragmatista completo, que supo adaptar su régimen al humor cambiante de la nación según aconsejaban las circunstancias.

En vísperas de la revolución de 1930, que llevó a Vargas al poder, la economía brasileña se basaba, al igual que durante los cien años precedentes, en una agricultura de grandes plantaciones, en una mano de obra barata (procedente de Europa desde la abolición de la esclavitud de los africanos en el último cuarto del siglo XIX) y en la exportación de productos primarios, principalmente el café. El Brasil (o, para concretar más, el Estado de São Paulo) producía el 75 % del café mundial, y el café constituía el 75 % de las exportaciones del país. La sociedad brasileña continuaba siendo predominantemente rural, aun cuando el medio siglo transcurrido desde la guerra del Paraguay (1865-70) había contemplado un cierto desarrollo económico y un aumento de la urbanización, y la Primera Guerra Mundial había servido de estímulo para el crecimiento de la industria, particularmente en São Paulo. El poder político de cada Estado —Brasil se había convertido en República federal desde la deposición del emperador Dom Pedro II, en 1889— estaba en manos de una oligarquía de hacendados y de sus aliados financieros y comerciales residentes en las ciudades. El presidente era elegido por los gobernadores y los caciques políticos de los Estados más poderosos y populosos, lo que en la práctica significaba que los hijos favoritos de los Estados de São Paulo y Minas Gerais llegaban por rotación a la presidencia.

El presidente *paulista* Washington Luís tuvo intenciones de destruir esta convención política y hacer de São Paulo el centro político del país, eligiendo como sucesor a otro *paulista*, Júlio Prestes, el gobernador cesante de São Paulo, lo que condujo directamente a la formación de la *Aliança Liberal* entre los jefes políticos de Minas Gerais, Rio Grande do Sul y Paraíba (en el nordeste), con Vargas como candidato presidencial. Sin embargo, la *Aliança* vino a representar algo más que la unión de ciertos elementos descontentos entre la *élite* política. Como muchos otros países latinoamericanos, Brasil se sentía seriamente afectado por el Crac de Wall Street y el hundimiento del comercio mundial, y la *Aliança* se hacía eco del descontento general por el aparente fracaso del gobierno en su forma de enfocar la crisis económica y financiera que se extendía por el país. Las clases medias de las ciudades se sumaban también a la *Aliança* con la esperanza de ver implantado un sistema político más liberal. Había, por fin, los radicales, particularmente los *tenentes* (tenientes), jóvenes oficiales del Ejército que veían en la *Aliança* una especie de regeneración nacional. El cartel que presentaba a las elecciones esta coalición temporal de conservadores, liberales y radicales era moderadamente reformista o, en todo caso, se quedaba muy lejos de todo lo que pudiera parecer una revolución económica y social.

Las elecciones presidenciales que tuvieron lugar el 1 de marzo de 1930 dieron inevitablemente la victoria a Prestes (los candidatos «oficiales» no habían perdido nunca unas elecciones) y, también inevitablemente, Vargas denunció las elecciones como fraudulentas. Fue, sin embargo, el asesinato perpetrado el 26 de julio de un asesor de Vargas, la ocasión que finalmente determinó a los jefes de la *Aliança Liberal* a empuñar las armas. «¡Dios mío! —exclamó el gobernador Coimbra de Pernambuco—. Ahora tienen un mártir.» La revolución empezó el 3 de octubre. El intento de evitar un derramamiento de sangre innecesario (y al mismo tiempo para quitar de las manos de los rebeldes una clara victoria militar) fue lo que indujo a cierto número de generales del Ejército federal a intervenir. Al ver el creciente malestar político, depusieron al Presidente, establecieron una junta militar y pusieron el gobierno en manos de Vargas al entrar éste en Rio vestido con su uniforme de rebelde, su pañuelo rojo anudado al cuello y su sombrero de gaucho. Vargas suspendió inmediatamente la Constitución de 1891, disolvió el Congreso, depuso los «interventores» federales, a los que sustituyó por gobernadores del Estado, y asumió ilimitados poderes de mando por decreto, en espera de unas elecciones para una Asamblea Constituyente.

Durante sus dos primeros años de mando, Vargas incluyó en su gobierno a algunos notables *tenentes* y veló por las clases medias y trabajadoras de la ciudad; estableció un Ministerio de Trabajo, Industria y Comercio y un Ministerio de Educación; habló mucho también de reformas políticas y sociales y del desarrollo y especialización económicos. Mucho más importantes, sin embargo, fueron sus enormes esfuerzos para asegurar el apoyo constante de las máquinas políticas estatales, que en realidad representaban los intereses de los poderosos hacendados, y, sobre todo, de las fuerzas armadas, que ahora ocupaban el centro de la escena política. Debido en gran parte a que el grueso del Ejército federal permaneció leal y a que los otros Estados rehusaron participar, fue capaz de superar el primer contratiempo de envergadura con que tuvo que enfrentarse: la llamada «Revolución constitucionalista» de São Paulo, que estalló el 9 de julio de 1932. El Gobierno federal se vio amenazado por una coalición de liberales de la clase media, desilusionados de que Vargas se mostrara reacio a permitir unas elecciones, de políticos conservadores, molestos por la «derrota» de 1930, y de plantadores y exportadores de café, que no estaban contentos con los esfuerzos realizados por el nuevo Gobierno para protegerlos de los perniciosos efectos de la Depresión. La subsiguiente guerra civil duró casi tres meses y en ella 15.000 hombres perdieron la vida o fueron heridos.

En la victoria, Vargas se mostró astutamente magnánimo: São Paulo era demasiado poderosa y su prosperidad demasiado íntimamente ligada con la del resto de la nación para arriesgarse a perderla para siempre. Se mostró clemente con la mayoría de los rebeldes e incluso aceptó redimir los títulos de deuda que el Gobierno de São Paulo había emitido para financiar la revuelta. Su política continuó apuntando hacia la protección de la economía brasileña, basada en la exportación, especialmente del café. (Con el fin de mantener los precios del café, que habían caído notablemente en tres años, el Gobierno recorrió incluso a la compra y al *dumping* de los excedentes de las cosechas: durante la década de los treinta, se destruyeron más de ochenta millones de sacos.) Finalmente, permitió que se celebraran elecciones para una Asamblea Constituyente, la cual, en julio de 1934, dio al Brasil su segunda Constitución republicana: en ella se establecía el sufragio universal (hombres y mujeres de dieciocho años que supieran leer y escribir), con votación secreta y escrutinios cuidadosamente supervisados; se incluían también provisiones sociales y económicas de largo alcance. La Asamblea nombró luego a Vargas presidente para un solo mandato, al término del cual se elegiría un nuevo presidente

(Vargas no podía sucederse a sí mismo), por vez primera mediante elección popular.

La nueva Constitución no era del gusto de Vargas: era demasiado liberal, conservaba la vieja estructura federal y, por consiguiente, los Estados gozaban de demasiadas atribuciones; restringía sus propios poderes y ponía un límite a la duración de su presidencia. «Creo que seré el primero en revisar la Constitución», dijo a un visitante en 1934, y poco después podía hacerlo impunemente. La ocasión se la proporcionaron los políticos extremistas, tanto los de derecha —los Integralistas Camisas Verdes (fascistas del Brasil), dirigidos por un flaco y neurótico escritor *paulista*, Plínio Salgado— como, más principalmente, los de izquierda —los comunistas, quienes en Luís Carlos Prestes, «el Caballero de la Esperanza», habían encontrado por vez primera un líder de talla nacional—. Prestes, el antiguo cabecilla de los *tenentes*, había denunciado la «revolución» de 1930 como una lucha interna de la oligarquía y había abandonado el país para dirigirse a Moscú. A su vuelta, se convirtió en jefe de la nueva y cada vez más activa organización de frente popular: la *Aliança Nacional Libertadora*. En noviembre de 1935, grupos comunistas revolucionarios provocaron insurrecciones armadas en el nordeste del país y en Rio de Janeiro, las cuales, aunque fueron sofocadas rápidamente por el Ejército, permitieron a Vargas declarar el estado de sitio, suspender las garantías constitucionales y aplastar los elementos izquierdistas. (Prestes se convirtió en el más famoso prisionero político de Sudamérica.) Vargas continuó ejerciendo estos poderes de emergencia durante todo el año siguiente.

Las elecciones estaban previstas para enero de 1938, pero Vargas había preparado en silencio el terreno para un golpe. Tenía asegurado el apoyo de los principales elementos militares y políticos y calculaba que las clases medias de las ciudades se conformarían en vista de cuán interesante era para ellas la estabilidad política. A últimos de septiembre de 1937, fue «descubierto» el denominado «Plan Cohen» para una insurrección comunista a gran escala (posteriormente se demostró que todo había sido una pura invención). El 10 de noviembre, con el declarado propósito de liberar a la nación de las «luchas de partidos, de conflictos ideológicos y de la propaganda demagógica», Vargas suspendió de nuevo la Constitución, ordenó a las tropas que limpiaran el Senado y la Cámara de Diputados y proscribió todos los partidos políticos. De nuevo, «interventores» federales sustituyeron a los gobernadores del Estado y las milicias estatales fueron también incorporadas en las fuerzas federales; en una ceremonia que tuvo lugar el 27 de noviembre fueron quemadas públicamente las banderas de todos los Estados. Brasil contempló todos estos acontecimientos con calma. Sólo los integralistas, irritados de que hubiesen sido incluidos también en la prohibición de desarrollar actividades políticas, ofrecieron abierta oposición a Vargas (que había de durar más de seis años). En mayo de 1938 lanzaron un ataque desesperado —y mal planeado— contra el palacio presidencial, donde Vargas, que andaba de un lado a otro de su estudio revólver en mano, sufrió un asedio de varias horas, hasta que llegaron los socorros a través de un paso subterráneo.

En previsión del golpe de noviembre de 1937, el ministro de Justicia del gobierno Vargas, Francisco Campos, había redactado una nueva Constitución, que había de dar forma a un Estado corporativo inspirado en la Italia de Mussolini y en el Portugal de Salazar. Tal Estado no llegó nunca, no obstante, a la plena existencia, y no pueden establecerse demasiadas comparaciones entre el *Estado Nôvo* de Vargas y los regímenes fascistas de Europa. Por ejemplo, Vargas no creó ningún movimiento político ni ninguna organización de tipo militarista, como tampoco desarrolló ninguna ideología política (siempre insistió en que su régimen era «apolítico»). Y, a pesar de las actividades del D.I.P., o Departamento de Prensa y Propaganda, se hizo muy poco en pro de la organización y adoctrinamiento de las masas. Fundamentalmente burgués en sus costumbres y en su vida familiar, Vargas fue un dictador relativamente benévolo. Como confesara a finales de su vida: «Los chistes populares me servían de guía.»

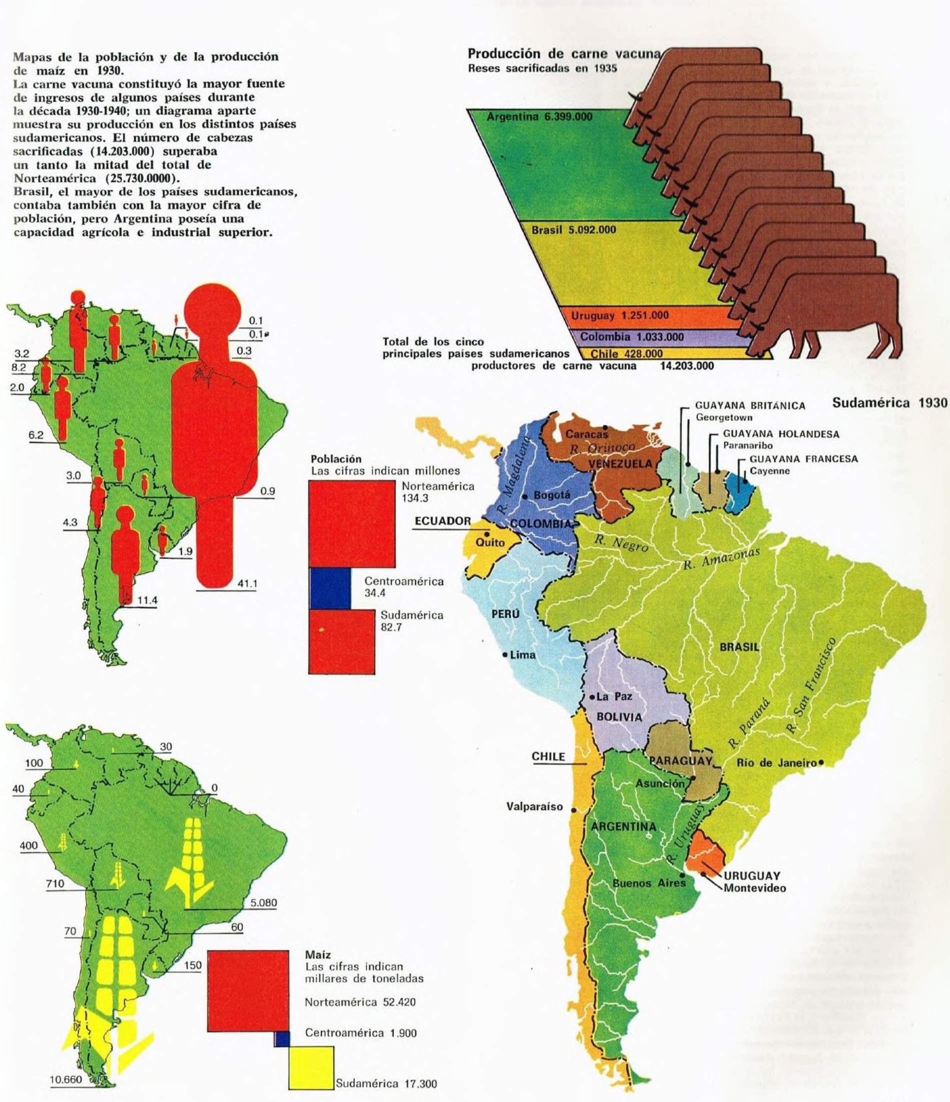
Durante la Segunda Guerra Mundial, la cual le procuró una nueva justificación para permanecer en el poder (Brasil entró en la guerra, al lado de los aliados, en agosto de 1942), Vargas reforzó todavía más la autoridad del Gobierno federal y se interesó cada vez más por los problemas que entrañaba el desarrollo económico nacional. En particular, el Presidente insistió en el proceso industrial que ya había cobrado empuje durante los años treinta, como una consecuencia indirecta e imprevista de las medidas tomadas durante y después de la Depresión para reforzar la economía del país, fundada en las exportaciones agrícolas. El proyecto más entrañablemente querido fue la construcción de una planta gigante de acero en Volta Redonda, en el Estado de Rio de Janeiro, que fue empezada en 1941 y en parte financiada por un préstamo del «American Export-Import Bank». Durante los últimos años de gobierno, Vargas se preocupó de ampliar su influencia política procurándose el apoyo de la nueva clase compuesta por los trabajadores industriales. Proyectándose en la imagen de «*O Pai do Povo*» (El Padre del Pueblo), fomentó el crecimiento de sindicatos controlados por el Gobierno y estableció, en el Código Laboral de 1943, un impresionante sistema de seguridad social (por lo menos sobre el papel) para los trabajadores de las ciudades. La caída final de Vargas puede considerarse tanto una reacción conservadora contra la tónica crecientemente socializante de su régimen como una reacción liberal contra la dictadura, al final de una guerra en la cual las tropas brasileñas habían luchado por la democracia de Europa. A comienzos de 1945 se vio obligado, al crecer la presión de la clase media, a levantar la prohibición sobre las actividades políticas y a prometer que se celebrarían elecciones en diciembre. Sin embargo, crecían cada vez más las sospechas de que no tenía intención de abandonar el poder, y el 29 de octubre intervinieron los militares y lo obligaron a retirarse.

Vargas, con todo, no estaba en absoluto acabado políticamente. En diciembre fue elegido senador por Rio Grande do Sul y São Paulo, y diputado federal por no menos que seis Estados, así como por el distrito federal (prefirió no mostrarse un senador muy activo para su Estado natal). Con su apoyo, el antiguo ministro de la Guerra fue elegido presidente. Además, de los tres improvisados partidos políticos que salieron precipitadamente a la luz y que dominaban en el nuevo Congreso, dos eran *getulistas* en su carácter y composición. En 1950, a los sesenta y siete años de edad, el exdictador dio una impresionante demostración de su popularidad ganando las elecciones presidenciales con casi el 50 % de los once millones de votos arrojados en una lucha cuatripartita. Ejerció las funciones presidenciales desde enero de 1951 hasta el 24 de agosto de 1954, momento en que, obligado por los militares a dimitir, puso fin a su destacada carrera política con un suicidio notablemente bien planeado y perfectamente ejecutado.

Leslie Berthell

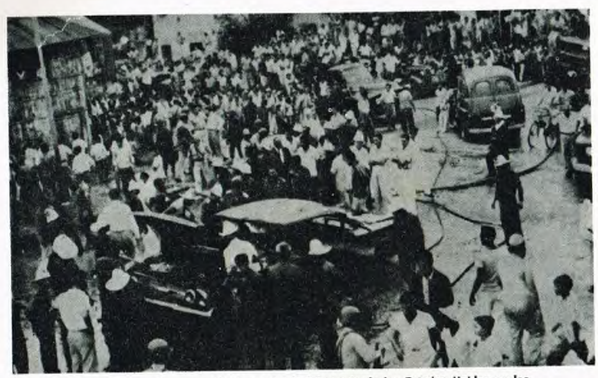
Sudamérica durante la década 1930-1940

Mapas de la población y de la producción de maíz en 1930. La carne vacuna constituyó la mayor fuente de ingresos de algunos países durante la década 1930-1940; un diagrama aparte muestra su producción en los distintos países sudamericanos. El número de cabezas sacrificadas (14.203.000) superaba un tanto la mitad del total de Norteamérica (25.730.0000). Brasil, el mayor de los países sudamericanos, contaba también con la mayor cifra de población, pero Argentina poseía una capacidad agrícola e industrial superior.



Problemas fronterizos en el Alto Amazonas

En 1563, una real cédula proclamaba la erección de la Audiencia de Quito, núcleo del futuro Estado ecuatoriano, y delimitaba sus fronteras: por el norte, la Audiencia de Santa Fe y la Tierra Firme; por el sur, la Ciudad de los Reyes (Lima); por el oeste el océano Pacífico, y por el este provincias no pacificadas ni descubiertas (pueblos de la Canela, Quijos, etc.). Las misiones de jesuitas de Quito ampliaron sus territorios a lo largo del siglo XVII hacia el interior del Amazonas; la declaración de 1689 sancionó, frente a los franciscanos de Lima, que el virreinato del Perú tenía contacto con las regiones portuguesas a través de la Audiencia de Quito. Por otra parte, y tras las vicisitudes de creación del virreinato de Nueva Granada (1717-1723), del que formó parte la Audiencia de Quito, la real cédula de 1740 fijó los términos entre los virreinatos del Perú y Nueva Granada «partiendo desde el Túmbez en la costa del Pacífico (siguiendo la línea) por las serranías y demás cordilleras de los Andes por la jurisdicción de Paita y Piura hasta el Marañón, a los 6° 30' latitud sur y la tierra adentro, dejando al Perú la jurisdicción de Piura, Cajamarca, Moyobamba y Motilones; y por la cordillera de Jeveros atravesando el río Uyacali, a los 6° de latitud sur hasta dar con el río Javarí o Jaurí en la confluencia del Carpi; y las aguas de éste al Solimoes o Amazonas y las de éste abajo hasta la boca más occidental del Caquetá o Yapurá, en que comienzan los límites con Brasil». Esta disposición está en la base de las posteriores reclamaciones ecuatorianas sobre los territorios retenidos por Perú; pero, a su vez, este último país ha puesto en evidencia la cédula de 1802, que separaba de la provincia de Quito el gobierno y comandancia general de Mainas y Quijos, cédula que los ecuatorianos han sostenido no se llegó a aplicar nunca de hecho, aduciendo, entre otras fuentes, la «Guía de forasteros de España» de 1822 en que aparecerían dichas regiones como pertenecientes al Nuevo Reino de Granada, es decir, a la entidad territorial en que Quito se hallaba adscrita. En cualquier caso, al producirse las nuevas agregaciones surgidas de la independencia, Perú retuvo la provincia de Jaén y parte de Mainas, que le fueron reclamadas por la Gran Colombia, entidad que comprendía, entre otras, las provincias pertenecientes al antiguo Reino o Audiencia de Quito, dividido a la sazón en tres departamentos. La batalla de Tarqui decidió, en 1828, la victoria de los colombianos y el tratado de Guayaquil (1829) el deslinde de las dos Repúblicas por los límites de los antiguos virreinatos, es decir, dejando al futuro Ecuador su acceso al Amazonas y manteniendo el Túmbez como línea divisoria por el sur con el Perú. Firmado el Protocolo Pedemonte-Mosquera (1830), que sancionaba de hecho los artículos 5, 6 y 7 del tratado de 1829, las legislaturas de ambas Repúblicas no accedieron a darle su conformidad, de modo que Perú ha considerado desde siempre que tal protocolo no tenía vigencia legal, contra la interpretación ecuatoriana. En 1830 nacía el nuevo Estado del Ecuador con los departamentos de Azuay, Guayas y Quito; el Tratado Pando-Noboa, de 1832, daba por buenos los límites existentes entonces, en perjuicio del Ecuador, cuyas constituciones de 1843 y 1852 trataron de fijar por escrito sus derechos a los antiguos territorios de la Audiencia en manos del Perú. Los primeros choques tuvieron lugar a mediados de siglo, cuando los presidentes ecuatorianos Urbina y Robles trataron de hacer concesiones territoriales en los Canelos y el Pastaza a sus acreedores británicos, lo que dio ocasión a una invasión peruana en 1859. Una convención arbitral de 1887 preparó el terreno al Tratado Herrero-García (1890), que daba acceso a Ecuador hacia las regiones amazónicas por el Pastaza, el Morona y el Santiago, tratado que el Congreso peruano se negó a ratificar. Así las cosas, los nuevos enfrentamientos de 1903 (Angoteros, en el Napo) y de 1904 (Torres Causana, en el Aguarico) condujeron a solicitar del Rey de España su arbitraje. Ramón Menéndez Pidal fue el comisionado encargado de señalar los límites, y no se apartó demasiado de los fijados por Herrero-García, de modo que los peruanos se negaron nuevamente a aceptar pérdida alguna de lo que ya poseían. Por otra parte, en 1916 Ecuador firmaba con Colombia el Tratado Muñoz Vernaza-Suárez, por el que perdía aquel país sus contactos territoriales con Brasil, permitiendo negociar directamente a Colombia con el Perú las cuestiones relativas a su salida al Amazonas, ya que a consecuencia de aquel tratado, la frontera Ecuador-Colombia quedaba reducida a la desembocadura del río Sucumbíos en el Putumayo, por el nordeste. Por ello, el Tratado Colombia-Perú, de 1922, dio lugar a que Perú rodease a Ecuador por el nordeste, y, por último, que en 1925 un reparto secreto entre Colombia, Brasil y Perú, celebrado en Washington, dejase toda la zona amazónica entre los tres países: Ecuador rompía aquel año sus relaciones diplomáticas con Colombia. Los años 30 no permitieron ningún paso adelante en las negociaciones entre Perú y Ecuador; el último intento arbitral, por medio del Presidente norteamericano, realizado en 1936, quedó abortado. Ya en plena Guerra Mundial y bajo la presidencia del liberal-radical Arroyo del Río (1940-1944), la situación internacional y el malestar interno ecuatoriano (reducción de las exportaciones, grave crisis política) fueron aprovechados por el Perú (julio 1941) para invadir territorio ecuatoriano por la provincia de El Oro (combates de Chacras, Santiago, Rocafuerte, Huaquillas) con unos 13 ó 15.000 invasores frente a los 2.000 ecuatorianos. Un pánico inmenso produjo un éxodo de la población ecuatoriana hacia el interior y aceleró la presión de los opositores frente al gobierno de Arroyo del Río. El Protocolo de Río de Janeiro, firmado bajo la presión de Estados Unidos para conseguir la «unidad y solidaridad continentales» en su lucha contra el Japón, señaló la afirmación peruana sobre un territorio superior en 50.000 km² al que reconocía el laudo arbitral de 1910; así pues, en enero de 1942, si bien debían comenzarse negociaciones para definir los límites de una vez para siempre (Fórmula Aranha, Laudo Dias de Aguiar, etc.), el hecho es que Ecuador perdía una parte sustancial de su territorio merced a la guerra desencadenada. La aceptación por el Gobierno ecuatoriano dio lugar al levantamiento de la guarnición de Guayaquil (mayo) y a la subida al poder de Velasco Ibarra, que utilizó la firma del protocolo como instrumento aglutinador de sus fuerzas contra los liberal-radicales. Los problemas internos de la política ecuatoriana con Velasco Ibarra al frente no permitieron otra cosa a Ecuador que tratar de maniobrar internacionalmente, y hallaron siempre la violenta oposición del Perú a toda reclamación sobre Túmbez y las regiones amazónicas.



La población de Guayaquil se manifiesta contra la injerencia de los Estados Unidos en los asuntos ecuatorianos (diciembre de 1960).

Tras las tensiones de 1949 y 1950, y vuelto Velasco Ibarra de nuevo a la presidencia (1952), Ecuador y Perú entraron en una fase de aguda propaganda nacionalista y belicista que, en todo caso, no hacía más que ocultar los problemas internos a los que se enfrentaban los mandatarios de ambos países y las fuerzas políticas que los sustentaban. Por otro lado, Ecuador tendió a buscar sostén en la alianza con Argentina-Chile (acuerdos Perón-Ibáñez) y a pactar con el colombiano Rojas Pinilla (1953), en tanto Perú, con Odría en la presidencia, buscaba apoyo en Brasil y Venezuela. Con el incidente fronterizo de 1953 se llegó a la ruptura y a la retirada de embajadores entre Ecuador y Perú (mayo 1953), seguramente relacionada con el embarque de armas por valor de 3 millones de dólares hecho por Argentina a Ecuador, que se decidía a entrar en el bloque económico argentino-chileno rechazado por Perú. En 1954 se cerraba la frontera entre ambos países, y las sucesivas conferencias panamericanas que han abordado el problema no han registrado más que virulentos discursos nacionalistas, pero ningún resultado positivo. Por último, en su postrer mandato, Velasco Ibarra, cuya política ha sido siempre extraordinariamente fluctuante y demagógica, se declaró solidario de la junta del general peruano Velasco Alvarado y decidido partidario de dejar de lado la cuestión de los problemas fronterizos en aras de una mayor colaboración entre ambos Gobiernos (1970-1972).

Julià de Jòdar

Asturias: la huelga revolucionaria

Gran parte de las convulsiones políticas españolas procede de la incapacidad de ciertos grupos para «saber perder», circunstancia hasta cierto punto paradójica si pensamos que se da en una colectividad humana que, en cambio, ha demostrado «saber sufrir». La revolución de octubre de 1934 cuenta, sin duda, este hecho entre sus causas genéricas.

Antecedentes

Los resultados de las elecciones que se celebraron en España el día 11 de noviembre de 1933, que resumimos en el cuadro adjunto, cambiaron por entero el panorama de las Cortes y afectaron profundamente a la vida política del país, ya que los cambios fueron tan profundos que la entera orientación y objetivos de la República se vieron afectados.

Elecciones de noviembre de 1933

	Escaños
1. *Derechas*	
Acción Popular (C.E.D.A.) .	113
Tradicionalistas y monárquicos	43
Otros partidos	51
Total	207
2. *Centro*	
Radicales	104
Lliga Catalana	25
Otros partidos	38
Total	167
3. *Izquierdas*	
Socialistas	57
Esquerra de Catalunya . . .	20
Otros partidos	22
Total	99

Estos resultados, fruto en gran parte de la abstención anarquista y una mayor organización de las derechas, significaban, en comparación con los de junio de 1931, un retroceso evidente de los partidos de izquierda y un triunfo claro de las derechas gracias, fundamentalmente, a la C.E.D.A., que aglutinó a su alrededor una gran masa de votantes unidos por los ideales de defensa de la propiedad y de la religión católica. La C.E.D.A., además de su clara significación ideológica y su contenido social, había mantenido, de 1931 a 1933, una posición ambigua respecto a la legalidad del régimen republicano.

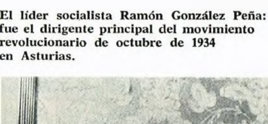
Estos resultados obligaron a una lógica recomposición del Gobierno que el presidente de la República, Alcalá Zamora, encargó al líder del Partido Radical, Alejandro Lerroux. Éste no dio entrada en su gabinete a ningún ministro de la C.E.D.A., pero la estabilidad de su gobierno dependía estrechamente de los votos cedistas y, en realidad, toda su actuación estuvo condicionada por este hecho.

Así, el nuevo Gobierno, para ser consecuente no consigo mismo sino con su razón de existir (o sea, con los votos de la C.E.D.A.), tuvo que doblegarse a los deseos de ésta y dejó en suspenso alguna de las principales leyes decretadas por las Cortes de la República entre 1931 y 1933.

Por otra parte, el año 1934 vio aumentar las tensiones sociales y políticas del país. La política de congelación de salarios emprendida por el Gobierno, combinada con la perduración de los efectos a largo alcance de la «Gran Depresión» —entre ellos la disminución de la emigración y el regreso de unos 75.000 obreros en paro que habían trabajado en el extranjero—, aumentó el malestar en la ciudad y en el campo, que se tradujo en un aumento de las huelgas y una grave crisis campesina en la primavera y el verano de 1934.

A nivel político, la nueva situación provocó varias agrupaciones de partidos para dotar a la izquierda de unidad y coherencia y fue también la señal para que se iniciara la radicalización del Partido Socialista (Partido Socialista Obrero Español), cuyos dirigentes conocían, por las experiencias de Alemania y Austria, con qué facilidad las democracias parlamentarias se transforman en regímenes autoritarios cuando domina una mayoría de derechas. Por todas estas razones, el Partido Socialista, a impulsos de Largo Caballero, intentó la creación de un frente obrero unido, la Alianza Obrera, que había de agrupar las fuerzas de la U.G.T. y los elementos más moderados de la C.N.T. para preparar una revuelta armada que condujese a la clase obrera al poder.

Paralelamente a esta agrupación de fuerzas y radicalización de los socialistas se produjo, con la indiferencia o incluso quizás el beneplácito del nuevo Gobierno, un auge de los grupos militantes de extrema derecha que culminó, en febrero de 1934,



El líder socialista Ramón González Peña: fue el dirigente principal del movimiento revolucionario de octubre de 1934 en Asturias.





El general Eduardo López Ochoa, destacado republicano que contribuyó de modo decisivo a sofocar el movimiento revolucionario con una marcha espectacular desde Ribadeo a Oviedo, ciudad que recobró, con exiguas fuerzas, tras duros combates casa por casa. Previamente, López Ochoa había ocupado también Avilés. Bajo estas líneas, una proclama del Comité Revolucionario de Asturias.

República de Obreros y Campes
de Astu

TRABAJADORES:

El avance progresivo de nuestro glorioso movimien
extendiendo por toda España; son muchísimas las poblaci
pañolas en donde el movimiento está consolidado con el tri
los trabajadores, campesinos obreros y soldados.
Establecidas y aseguradas nuestras comunicaciones int
se os tendrá al corriente de cuanto suceda en nuestra Rep
en el resto de España.
Instaladas nuestras Emisoras de radio, las cuales
corriente y en onda extra-corta, os pondrán al corriente de t
Es preciso el último esfuerzo para la consolidación de
de la Revolución,
El enemigo fascista se va rindiendo así como se van e
de los componentes mercenarios con su aparato represivo,
ametralladoras, cartuchería, proyectiles varios (que no pode
ñalar) para que no se conozca del material de combate de
ponemos, ha caído en nuestras manos.
Las fuerzas del ejército de la derrotada República del 14
se baten en retirada y en todas nuestras avanzadillas se
mando los soldados para enrolarse a nuestro glorioso movi
¡ADELANTE TRABAJADORES, MUJERES, CAMPE
SOLDADOS Y MILICIANOS REVOLUCIONARIOS!

¡VIVA LA REVOLUCION SOCIA

El Comité Revolucionario

con la fusión de Falange y las J.O.N.S. Esta polarización hacia extremismos irreconciliables, que se materializaba en continuas tensiones entre militantes de derechas e izquierdas, preparó la agrupación de fuerzas que dos años más tarde había de desembocar en la guerra civil.

La concesión de amnistía al general Sanjurjo y otros elementos comprometidos en su golpe militar, concesión del Gobierno a la C.E.D.A., provocó una crisis de gobierno, siendo sustituido Lerroux por Ricardo Samper, pero manteniéndose todavía la C.E.D.A. al margen del Gobierno. Pero esta situación no podía durar demasiado y se preveía con facilidad que, del modo como había empeorado la situación durante la primavera y el verano de 1934, al abrirse de nuevo las Cortes el 1 de octubre la C.E.D.A. retiraría la confianza a Samper y exigiría la plena participación en el gobierno. Así ocurrió en efecto, y Lerroux fue encargado de nuevo de formar gobierno, en el que incluyó a tres ministros cedistas: Rafael Aizpún, Manuel Jiménez Fernández y José Oriol Anguera de Sojo.

Esta decisión fue mal recibida, como era de esperar, por republicanos y socialistas. Azaña, Martínez Barrio, Miguel Maura y Sánchez Román, líderes de los más destacados partidos republicanos, publicaron sendas proclamas casi simultáneamente en las que expresaban su disconformidad con la medida y anunciaban su decisión de no colaborar con las instituciones atendida la dudosa significación de la C.E.D.A.

Por su parte, los socialistas, que preveían desde hacía tiempo una situación parecida, decidieron convocar una huelga general y preparar la revolución confiando en que el éxito de la Alianza Obrera de Largo Caballero estaba asegurado y proporcionaría un frente obrero unido y coherente. Pero la realidad era distinta. La tradicional división del movimiento obrero español entre socialistas y anarco-sindicalistas se mantenía todavía muy viva y éstos últimos sólo en Asturias mostraron su deseo de colaborar con la Alianza Obrera. Muy pronto, por tanto, el movimiento quedó localizado en dos focos con problemas y pretensiones distintas: Asturias y Cataluña.

Asturias

La cuenca hullera asturiana contaba, en 1934, con una proletariado que poseía gran conciencia de sus problemas. Las difíciles condiciones de vida en la mina, las tensiones del paro obrero y una elevada formación revolucionaria habían hecho del minero asturiano un militante enérgico y

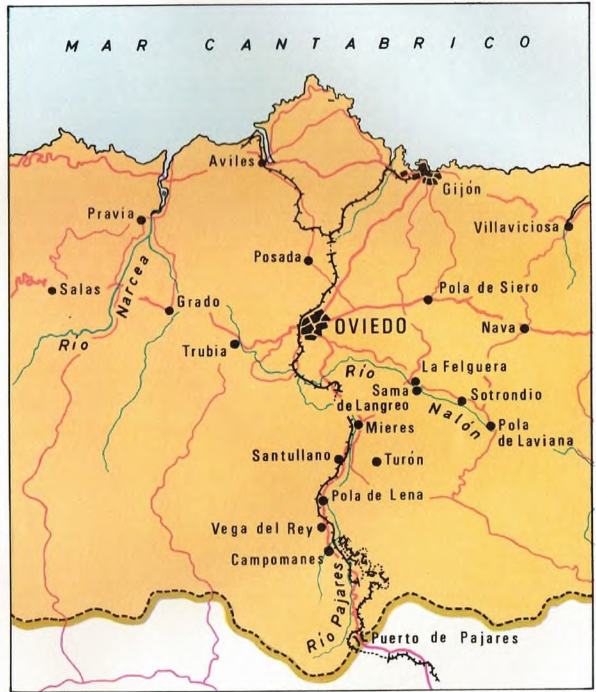
habían dado al movimiento obrero de aquella región una unidad y coherencia de las que carecía en el resto de la Península.

Según datos que aporta S. G. Payne, había en 1934 en Asturias unos 110.000 obreros, de los cuales 50.000 trabajaban en la cuenca minera y los 60.000 restantes en el resto de la provincia. De estos 110.000 obreros, por lo menos 70.000 estaban sindicados. La U.G.T. contaba con 40.000 afiliados, 22.000 de los cuales eran mineros; la C.N.T. contaba 25.000 afiliados, aunque la mayoría localizados en las poblaciones industriales de la costa (Avilés y Gijón). Sin embargo, la C.N.T. asturiana estaba muy poco influida por la F.A.I. y por esta razón las posibilidades de entendimiento con los socialistas eran mucho mayores. El Partido Comunista, por su parte, tenía unos 3.000 miembros y sus sindicatos contaban con unos 6.000 afiliados. El terreno era, por lo tanto, uno de los más propicios de la Península para acoger el llamamiento que a partir del 4 de octubre hizo el Partido Socialista con telegramas cifrados a toda la Península a fin de convocar la huelga general e iniciar la revuelta.

En Asturias, la acción comenzó en la madrugada del 5 de octubre en la cuenca minera. El movimiento, dirigido por el líder socialista R. González Peña, comenzó con la ocupación de Mieres, donde inmediatamente se creó un Comité Revolucionario compuesto de dos socialistas, dos comunistas y dos cenetistas. Después de tomada la capital, el movimiento se extendió por todo el valle minero.

Paralelamente, en el otro gran valle minero, Langreo, los mineros comenzaron con la ocupación de Sama de Langreo bajo la dirección de Belarmino Tomás, misión que completaron el mismo día 5, aunque el cuartel de la Guardia Civil resistiera hasta el día 6. En La Felguera, el otro gran centro industrial del valle, donde predominaban los obreros anarquistas de la factoría metalúrgica de la compañía «Duro-Felguera», cayó en poder de los revolucionarios con mayor facilidad.

En las zonas de la cuenca minera más cercanas a los centros urbanos donde el Ejército tenía guarniciones, la resistencia fue mayor. En los puertos de Avilés y Gijón la situación nunca fue clara y el dominio de los revolucionarios precario. Avilés había sido ocupada el día 5, pero tan sólo tres días después era recuperada por las primeras fuerzas del Ejército que el Gobierno había mandado a Asturias. Menos duradera todavía y más inestable fue la situación en Gijón, donde el Comité Revolucionario había negado armas a los anarquistas; Gijón se sublevó en la noche del 6 al 7 de octubre y este mismo día llegaban las primeras unidades de la flota, aunque de una manera total la ciudad no fue dominada, como veremos, hasta el día 10.



Principales localidades afectadas por la rebelión. El movimiento comenzó en Mieres, Sama de Langreo y La Felguera, centros mineros o industriales donde la crisis económica —secuela de la «Gran Depresión»— era muy acusada.

Una vez los revolucionarios dominaron casi por entero la cuenca minera y también los puertos de Avilés y Gijón, su objetivo más inmediato fue Oviedo, capital de la provincia. Este objetivo fue considerado previo al problema de decidir la organización política de la zona que ya había sido ocupada. Provisionalmente, esta organización dependía de la ideología obrera predominante en cada población. En realidad, sin embargo, al haber fracasado la revolución en el resto de la Península, al faltar un director general del movimiento, la aventura asturiana carecía de realismo y de futuro, y el Gobierno, con las manos casi completamente libres en el resto de España, pudo concentrar en Asturias las fuerzas que considerara necesarias para aplastar la revolución.

El asalto de Oviedo y la llegada de las fuerzas del Gobierno

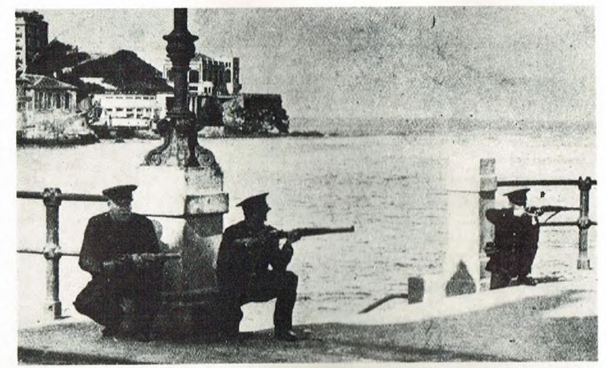
Para consolidar sus posiciones y asegurarse la captura de Oviedo, los revolucionarios necesitaban incrementar su armamento y sus municiones. Estos suministros indispensables se los proporcionaron la fábrica de armas de Trubia y la fábrica de



explosivos «Monjoya» de Soto de Rivera, que fueron capturadas después de dominar a sus reducidas guarniciones el día 6. El mismo día se inició el asalto a la capital.

Aquí, al ser la guarnición mucho más numerosa, se entabló una lucha durísima por la posesión de cada calle, de cada casa de la ciudad. Aquí también fue donde mostraron mayor eficacia los dinamiteros volando edificios en los que se habían establecido núcleos de obstinada resistencia. El día 7 de octubre los revolucionarios, que desde el día anterior dominaban casi toda la parte sur de la ciudad, ocuparon la Universidad y la estación del Norte. El día 8 fue capturado el cuartel de la Guardia Civil, el 9 uno de los objetivos más codiciados: la fábrica de armas de La Vega, cuya captura con su contenido intacto había de precipitar el casi completo dominio de Oviedo. Pero la reacción del Gobierno fue rápida y enérgica, y cuando todavía resistían los últimos reductos de la ciudad empezaron ya a entrar fuerzas del Ejército.

La recuperación de Asturias para el Gobierno, dirigida desde el Ministerio de la Guerra como consejero del ministro por el general Franco, fue organizada a partir de tres frentes fundamentales: por el Sur, las columnas del general Carlos Bosch, procedentes de León, penetraron por el puerto de Pajares, pero quedaron bloqueadas durante casi toda la rebelión en Campomanes y Vega del Rey. Por el Norte, el general López Ochoa, procedente de Galicia, debía dirigirse a Oviedo, aunque antes recobró Avilés. Y finalmente tropas africanas y de la Legión, de las que tomó el mando el teniente coronel Yagüe, debían desembarcar en Gijón, recuperar la ciudad y avanzar hacia Oviedo. El fracaso de la revolución en el resto de la Península convirtió la recuperación de Asturias, como ya hemos dicho, en un simple problema de número sin demasiadas complicaciones tácticas o estratégicas. La acumulación de fuerzas sobre Asturias había de conducir indefectiblemente, tarde o temprano, a la capitulación de los rebeldes, que en los





Izquierda: **revolucionarios conducidos por la guardia civil. Es la foto más célebre de aquellos hechos. Sus protagonistas son los habitantes de una aldea rebelde de la divisoria astur-leonesa, camino de Barruelo.** *A la derecha, arriba:* **guardias de asalto en la playa de Gijón;** *abajo:* **la parroquia de Sama de Langreo, incendiada por los revolucionarios.**



Efectos del cañoneo en la fachada del «Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria», importante sindicato barcelonés.

momentos de máximo apogeo casi todas las fuentes estiman en unos 30.000.

López Ochoa, que inició su avance el día 7, ocupó Avilés el 9 y penetró en Oviedo el día 11, liberando el cuartel de Pelayo, que todavía resistía. A la mañana siguiente llegaron también a la capital las fuerzas africanas de Yagüe, que habían reducido la resistencia de Gijón el 10.

El empeoramiento de la situación creó divisiones en el seno de los rebeldes, entre los que estaban decididos a capitular (socialistas) y los que preconizaban la resistencia a ultranza (comunistas), los cuales formaron un nuevo Comité Revolucionario que dominaban enteramente y que se dispuso a continuar la resistencia.

El desmoronamiento de los rebeldes en Oviedo, al mismo tiempo que impulsaba a los revolucionarios a acciones extremas (saqueo, incendio de edificios...), hizo que el movimiento se replegara de nuevo sobre sí mismo hacia su punto de origen: las cuencas mineras. Oviedo, aunque la resistencia continuó en algunos barrios hasta el día 17, fue de hecho recuperada el día 14.

La continua llegada de refuerzos hacía ya inútil toda resistencia. Una columna mandada por el coronel Solchaga, que salió de Bilbao los días 12 y 13, se encargó de la recuperación del valle de Langreo y ocupó Sama y La Felguera el día 18. Este mismo día las tropas de López Ochoa y Yagüe se preparaban desde Oviedo para avanzar hacia la cuenca de Mieres, pero la inutilidad de toda resistencia indujo a Belarmino Tomás a trasladarse a Oviedo para pactar con López Ochoa las condiciones de la capitulación y, al día siguiente, el 19, el Ejército entraba en la cuenca minera.

La revolución había terminado con su secuela terrible de muerte, destrucción y desengaño. Los hechos muy pronto escaparon de los límites de la verdad objetiva y se convirtieron en instrumentos implacables de la propaganda política. En este ambiente enrarecido empezaba la represión del movimiento, que a pesar de las múltiples indecisiones del Gobierno y la conmutación de la mayoría de las penas de muerte, se ejecutó «en términos de rigor inusitados y sorprendentes», para decirlo con calificativos que suscribieron Américo Castro, Valle Inclán, García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Sagarra, León Felipe y un gran número de personalidades de la vida intelectual y artística española.

Cataluña

El único otro foco donde la convocatoria de la huelga general había de dar lugar a hechos destacados, aunque con toda seguridad por motivaciones bastante distintas de las de los mineros asturianos, fue Cataluña.

Aquí las circunstancias eran completamente distintas a las de Asturias. Por una parte, el Estatuto que la República había concedido a Cataluña permitía la existencia de un Gobierno autónomo; por otra, el movimiento obrero catalán estaba dominado por la C.N.T. y el impacto de la Alianza Obrera fue limitadísimo.

De ahí que en Cataluña la revolución tomara más la forma de un problema de competencias entre el Gobierno central y el Gobierno autónomo que el cariz de revuelta de tipo social que revistió en Asturias.

El punto de fricción surgió cuando el 11 de abril de 1934 el Gobierno de la *Generalitat*, presidido por Lluís Companys y compuesto por una mayoría de la *Esquerra*, votó la Ley de contratos de cultivo *(Llei de contractes de conreu)*, encaminada esencialmente a solucionar la precariedad de los contratos de los obreros viticultores *(rabassaires)*, pero que atentaba, según los propietarios, a sus derechos inalienables.

Planteado el problema ante el Tribunal de Garantías Constitucionales, éste falló contra la Generalidad alegando que se trataba de un problema que dentro del marco legal del Estatuto competía al Gobierno



Las tropas en la Plaza de San Jaime, de Barcelona, la mañana del 7 de Octubre, después de la ocupación del Palacio de la Generalidad.

central. Este fallo, prueba de la incompatibilidad existente entre los Gobiernos de Madrid (centrista condicionado por la C.E.D.A.) y Barcelona (mayoría de *Esquerra*), exasperó los ánimos del nacionalismo catalán pequeño-burgués y, en concomitancia con el movimiento general que se preparaba en toda España, condujo a la proclamación, el 6 de octubre, del *Estat Català*. Pero ante la indiferencia casi general del proletariado barcelonés y catalán, el movimiento, privado de sustento popular, se desmoronó, y el 7 de octubre el Gobierno de la Generalidad se entregó. La presencia circunstancial de Manuel Azaña en Barcelona ha inducido a cierta historiografía a involucrarle en los hechos que allí se produjeron, pero el testimonio que él mismo aporta en *Mi rebelión en Barcelona* lo niega rotundamente.

Balance

Del papel preponderante de la rebelión de Asturias en los hechos acaecidos en España en octubre de 1934 da una idea precisa, balance trágico, un resumen de los datos oficiales sobre el número de muertos con que se saldaron aquellos acontecimientos:

	Asturias	Cataluña	Total España
Población civil	855	74	1.051
Ejército y fuerzas del orden	229	22	284
Totales	1.084	96	1.335

Ahora bien, la constatación de la gravedad de los hechos no implica ningún juicio de valor sobre la motivación y justificación o injustificación de los mismos. Los historiadores han analizado estos acontecimientos con un apasionamiento partidista mayor si cabe que el que se ha aplicado a la guerra civil y ni tan sólo recientes investigadores extranjeros han podido sustraerse al clima polémico que desde los días inmediatamente posteriores a la Revolución presidió las discusiones sobre ella.

Lo feroz de la militancia y la resistencia de los mineros habla por sí solo de la existencia de razones y motivaciones más profundas que el simple pataleo socialista por la derrota electoral de las izquierdas en noviembre del año anterior. Motivaciones sociales básicamente, pero también motivaciones políticas indirectamente provocadas por la radicalización de las derechas: un preludio (de paralelismo innegable) de las tensiones que, en situación opuesta, habían de producirse dos años más tarde.

Porque si bien es verdad que las izquierdas sintieron el irrefrenable impulso de salirse del cauce legal de la democracia parlamentaria a causa de su derrota electoral y de la radicalización de grupos militantes derechistas, no es menos cierto que después de la victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936, las derechas sintieron el mismo irrefrenable impulso de que hablábamos unas líneas antes.

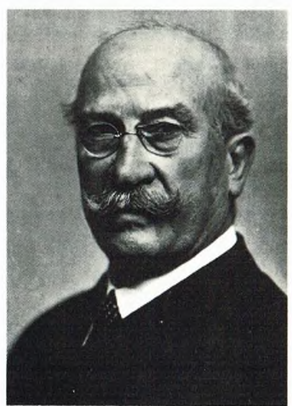
J. Nadal Farreras

La «República de derechas»

El bienio derechista de la República se inicia con las elecciones de noviembre de 1933 y se cierra con la crisis de diciembre de 1935; una crisis política, que dejó paso al interregno de diciembre de 1935-febrero de 1936 y al triunfo electoral del Frente Popular. Una figura se destaca en estos años: la del líder de la C.E.D.A. José María Gil Robles.

José María Gil Robles (caricatura de Fresno), y *(abajo)* Alejandro Lerroux en 1934.





Tradicionalmente, el que llamamos «bienio de derechas» —la etapa que en la II República española abren las elecciones de noviembre de 1933, y que se cierra con la crisis de diciembre de 1935— ha gozado de «mala prensa»: la izquierda lo atacó siempre, como un paréntesis en la República, bautizándolo con el remoquete de «el bienio negro»; la extrema derecha lo consideró como un error táctico. En general, los promotores del alzamiento de 1936 entendieron que Gil Robles había desaprovechado una magnífica ocasión para liquidar al régimen. En las negaciones de unos y de otros se resume un enorme equívoco. Porque si Gil Robles era enemigo de la República de izquierdas, no era, necesariamente, un enemigo de la República: buscaba —y estaba en su derecho, democráticamente hablando— una rectificación de la República. Si las izquierdas hubieran sabido perder —aceptando la opinión limpiamente reflejada en las urnas—, una definitiva asimilación del *posibilismo* cedista pudo significar el afianzamiento del régimen republicano; todo lo contrario de lo que ellos pensaban. Por supuesto que la C.E.D.A. no encarnaba una pretensión revolucionaria: ello estaba en la raíz de su ser. Pero al brindar una alternativa conservadora a la República de izquierdas, hacía posible la «revolución en la libertad», descartando dictaduras de uno u otro signo.

Por otra parte, dos hechos saltan a la vista en cuanto hacemos un análisis leal de la situación política diseñada por las elecciones.

Primero: la C.E.D.A. distaba mucho de constituir un cuerpo perfectamente uniforme; estaba integrada por un conglomerado de distintas agrupaciones, más bien unidas en la negación que en los proyectos positivos. El lastre reaccionario, dentro de ese conglomerado, resistiría mal la obtusa intransigencia de la oposición.

Segundo: siendo la minoría más numerosa en las Cortes, la C.E.D.A. no disponía en ellas de una *absoluta mayoría*. Se vería precisada a una alianza con el radicalismo, de quien la distanciaban profundas divergencias ideológicas.

La réplica izquierdista: la revolución de octubre

En estas condiciones, Gil Robles decidió dar paso, con sus votos, a un Gobierno estrictamente radical, que debía ceñir su programa a la tarea pacificadora y rectificadora, cifrada ante todo en una amplia amnistía; reservándose para más adelante el acceso de la C.E.D.A. al poder. Viose así Alejandro Lerroux —el legendario agitador anticlerical de principios de siglo— convertido en presidente del Consejo mediante el apoyo —pero también bajo los condicionamientos— del partido que en la República se definía por su confesionalismo católico. Lo contradictorio de esta situación había de traer consecuencias políticas inevitables: por una parte, la escisión del Partido Radical —del que se separarían, siguiendo a Martínez Barrio, sus sectores más consecuentes, ideológicamente hablando—; por otra, la dificultad, para la C.E.D.A., de mantener su alianza con las derechas «ultras». Lerroux, encarnación en esta época de un liberalismo ancho y tolerante, pero desfasado, se proponía la definitiva captación, para la República, del cedismo, indiferente respecto a las formas de gobierno. Gil Robles, a su vez, intentaba —y su actitud se hallaba respaldada, generosamente, por el propio Rey exiliado, don Alfonso XIII— hacer viable la República para los que en principio sólo la habían visto como un «hecho consumado». El propósito implicaba, a la larga, un *arraigo en el régimen*, pero también un *arraigo del régimen.*

Durante los meses que duró la situación radical, Barcelona —en cuyo Gobierno autónomo seguía privando la *Esquerra*— se convirtió en supuesta plataforma de las esencias republicanas, frente al también supuesto «rapto del régimen» realizado por la derecha en Madrid. La tensión política entre ambas ciudades se manifestó en torno a la legislación en materia de contratos agrarios, que puso en vigor —rebasando los poderes reconocidos en el Estatuto— el Presidente de la Generalidad, Luis Companys (Macià había muerto en diciembre de 1933). El escaso acierto del gobierno Samper —alternativa radi-

cal de Lerroux, que le había cedido el timón desde el mes de mayo— al abordar este espinoso problema, provocó una crisis a principios de octubre de 1934. Gil Robles solicitó, en el nuevo gobierno Lerroux, tres carteras para ministros de su partido. Y la simple formación del Gobierno radical-cedista (perfectamente acorde con la realidad parlamentaria) dio ocasión a un doble pronunciamiento: el de la Generalidad Catalana, en Barcelona, y el promovido por el Partido Socialista —en connivencia con comunistas y anarquistas, bajo las siglas U.H.P. (Unión de Hermanos Proletarios)— en la cuenca minera de Asturias (en otros puntos del país, incluso Madrid, la revolución no pasó de amago, al no producirse un entendimiento entre las grandes sindicales obreras). Para dominar la situación en Oviedo —ciudad que quedó parcialmente destruida— fue necesario el rápido envío de abundantes fuerzas armadas (regulares y legionarios de Marruecos); en Barcelona, en cambio, el pronunciamiento se hundió ante la simple declaración del estado de guerra (la C.N.T. mantuvo una absoluta pasividad).

El alzamiento de 1934 preludió ya la guerra civil: era, por parte de las izquierdas derrotadas en las urnas, un repudio del sistema parlamentario cuando éste no las favorecía. En cuanto a la réplica del Gobierno, es cierto que tampoco puede hablarse con buena fe de una represión enérgica en la liquidación de los sucesos de Barcelona y Asturias —aparte la dureza de la acción propiamente militar en esta última zona—. Sólo hubo tres condenas de muerte en Asturias, y ninguna en Barcelona. Pero durante mucho tiempo, las cárceles permanecieron abarrotadas, dando pie a una propaganda desenfrenada por parte de las organizaciones proletarias, en cuanto se restablecieron las garantías constitucionales. La imposibilidad de crear un clima de convivencia con la izquierda socialista, explica que en la misma C.E.D.A. ganasen terreno los sectores «ultras».

El fracaso de la República de derechas

En estas condiciones era insoslayable, para Gil Robles, intentar una «contrarrevolución» efectiva: es decir, un programa de respuestas eficaces y constructivas a la descomposición que siempre ha supuesto el plano inclinado hacia todo estallido revolucionario. Así se reconstruyó el bloque gobernante, con participación mayoritaria de la C.E.D.A. y Gil Robles en el Ministerio de la Guerra (mayo de 1935). La labor del propio Gil Robles en su departamento, los esfuerzos de proyección social de Federico Salmón y Luis Lucia —en Trabajo y en Obras Públicas, respectivamente—, y los del independiente Chapaprieta en el empeño de restaurar la Hacienda y la Economía españolas, eran una esperanza y en parte cosecharon un comienzo de realidades positivas, siquiera estuviesen contrastadas por la presencia del agrario Velayos en la vital cartera de Agricultura.

Pero, en cualquier caso, el esfuerzo desembocó muy pronto en un inesperado desastre, el de dos escándalos financieros —el Straperlo y la denuncia Tayá— que afectaban a personalidades destacadas del radicalismo, incluso —indirectamente— al propio Lerroux. Aunque Gil Robles se apresurase a llevar pulcramente ambos asuntos a las Cortes, a fin de que se depurasen responsabilidades, el mal estaba hecho. A la inquietud social y económica —el impacto en España de la crisis mundial registraba todavía sus cotas más



José María Gil Robles, líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas, hablando en un mitin.





El «Ciudad de Cádiz» en el puerto de Barcelona, con los presos políticos en él encerrados desde los hechos de octubre de 1934. Entre ellos figuran Ventura Gassol, exconsejero de Cultura de la Generalidad, Carles Pí i Sunyer, exalcalde de Barcelona y Martí Barrera, exconsejero de Trabajo y Obras Públicas. *A la derecha:* **soldados conduciendo un tranvía, en Madrid, durante una huelga.**

elevadas—; a la inquietud política —rota la posibilidad de entendimiento con las oposiciones parlamentarias—, venía a sumarse el hundimiento moral del bloque gobernante, puesto que la peculiar distribución de grupos en las Cortes seguía haciendo insoslayable la colaboración con el radicalismo, aun prescindiendo de sus miembros «marcados» por el escándalo.

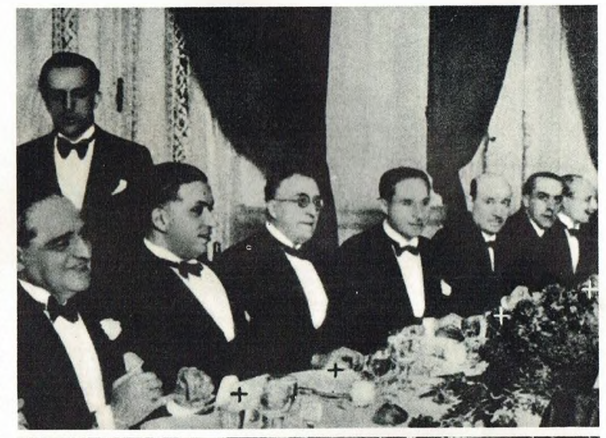
En el otoño de 1935, el horizonte político de la República de derechas estaba cerrado; sólo dos caminos, realmente inviables, podían ser su salida: o bien excluir a los radicales de un posible gobierno cedista, que, sin embargo, sería apoyado parlamentariamente por aquéllos, o una dictadura de Gil Robles. La primera solución no resultaba grata a Lerroux ni a su partido; la segunda estaba en contradicción con las convicciones políticas del jefe de la C.E.D.A. Quedaba una última posibilidad: que un gobierno Gil Robles —cuyo partido, repetimos, constituía el grupo político más nutrido de las Cortes— fuese habilitado por el Presidente de la República para disolver el Parlamento y convocar y dirigir nuevas elecciones. Pero Alcalá Zamora prefirió confiar esta misión a una figura completamente marginal a las minorías parlamentarias —ni siquiera tenía acta de diputado—, su correligionario Portela Valladares, con la secreta esperanza de que ello le permitiría crearse una mayoría en la nueva Cámara, con etiqueta neutral entre las dos parcialidades que hasta entonces se habían repartido el poder. Y así se entró en el interregno parlamentario de diciembre de 1935 a febrero de 1936.

De hecho, la liquidación de la República de derechas implicaba la liquidación de la República. Curiosamente, ambas experiencias republicanas —las de los dos bienios —atraviesan, hasta su naufragio respectivo, episodios simétricamente paralelos, simétricamente parecidos. La República de izquierdas —la que inició su marcha en julio de 1931, enmarcándose en la alianza social-azañista— tropieza, al año de ponerse a prueba, con la reacción violenta de la derecha inconciliable con el régimen: es el pronunciamiento de Sanjurjo, en agosto de 1932. La represión que sigue desbroza el camino, de inmediato, a la aprobación del programa de Azaña y sus aliados —culminante en la autonomía catalana y en la Ley de Bases para la Reforma Agraria—. Pero apenas seis meses después, la situación naufraga en el escándalo: Casas Viejas. Gran ocasión para las derechas. Punto de partida para la dispersión de la coalición de izquierdas, inevitable en el momento final del bienio.

Por su parte, la República de derechas —la que inicia su marcha en diciembre de 1933, enmarcada por el acuerdo radical-cedista— tropieza, diez meses después, con la reacción revolucionaria de la izquierda, que no acepta el limpio juego parlamentario: es la «revolución de octubre» —secesión catalana, rebelión de la cuenca minera asturiana—. Como en agosto de 1932, octubre y noviembre de 1934 ven desplegarse una onda represiva; pero la liquidación de la crisis sigue, esta vez, un ritmo lento, vacilante, ineficaz; se arrastra hasta abril de 1935. Se abrirá entonces —a partir de mayo— la ocasión para el programa *constructivo* de la derecha. Pero apenas seis meses después, la situación naufraga en el escándalo: el Straperlo; el *affaire* Tayá. Gran ocasión para el desquite de las izquierdas: punto de partida de la descomposición acelerada que compromete la alianza radical-cedista.

Pero hay una diferencia fundamental entre uno y otro proceso —el doble fracaso en que se resume el fracaso final de la República—: la escisión de la ultraderecha en agosto de 1932 había reforzado la actitud y las razones mantenidas por la derecha *posibilista;* con mayor generosidad o comprensión por parte de la iz-

Personalidades de la derecha española durante un banquete político: figuran entre ellos José Calvo Sotelo y Ramiro de Maeztu. En la parte inferior, José María Gil Robles toma posesión del Ministerio de la Guerra (mayo 1935). A la izquierda, el entonces desconocido general José Miaja.





quierda, el fracaso del mal urdido pronunciamiento pudo significar un impulso decisivo para la integración de aquélla en la República, y al constituirse la C.E.D.A., ésta manifestó su propósito de actuar *en* el régimen y no *contra* el régimen. En cambio, la tremenda crisis de 1934 —que reflejaba, sin duda, una reacción tan antidemocrática como la de los seguidores de Sanjurjo en 1932— no dejaba margen, en la izquierda, a integración alguna con la República «usurpada», según aquélla, por la derecha; el cauce de equilibrio que pareció abrir la alternativa de 1933 quedaba definitivamente obturado después de la revolución de octubre. La síntesis era ya imposible.

Y esto vendría a ponerlo de manifiesto el *plano inclinado hacia la catástrofe* que inauguraron en febrero las elecciones, en que saldría triunfante el llamado «Frente Popular».

El Frente Popular

Nos bastarán, al tratar de esta última etapa de la República, unas puntualizaciones objetivas.

1) A las elecciones de febrero acudieron, en muy distinto estado de organización, la izquierda y la derecha. La segunda, desmoralizada por su reciente experiencia en el poder; la primera, bajo un ansia vindicativa que permitió una perfecta preparación electoral, y que sumó en las urnas el apoyo de las masas apolíticas del anarcosindicalismo, atraídas por la promesa de liberar a «los presos de octubre». El llamado Frente Popular se articuló en dos tiempos: a) Mediante un nuevo acuerdo de la izquierda burguesa con el socialismo, que pretendía restaurar los supuestos del primer bienio —promotor, Azaña; puente, Prieto—. b) Mediante un enlace del ala extrema del socialismo —Largo Caballero— con el comunismo respaldado por la III Internacional.

2) El resultado de las elecciones —lo ha puesto de relieve, categóricamente, el reciente estudio de Javier Tusell— distó mucho de suponer un triunfo masivo de la izquierda frentepopulista. Lejos de ello, hubo un equilibrio muy acusado entre ambos bloques; y de haber existido, como réplica al Frente Popular, un auténtico frente unido de la derecha y el centro, en lugar del lamentable cuadro de desorientaciones y suspicacias estimulado por la errónea «política electoral» del Presidente de la República y de su instrumento, Portela Valladares, ese equilibrio pudo verse roto en beneficio de la derecha.

3) Ya antes de las elecciones se habían puesto de manifiesto, en la propaganda electoral, los objetivos maximalistas, que saltaban por encima del convencionalismo

Páginas siguientes: **propaganda electoral catalana en las elecciones de febrero de 1936. A la versión local del Frente Popular —el «Front d'Esquerres»—, se opuso el «Front Català d'Ordre». Los hechos del 6 de octubre jugaron un importante papel en la propaganda electoral.**


UN VOT PERDUT PER LES ESQUERRES
EQUIVAL A
DEU VOTS GUANYATS PER LES DRETES
l'abstencionisme
VOTA
PEL
FRONT D'
ESQUERRES
ATLÁNTIDA, A.G. Pg St. Joan, 34 T: 52636 Barna


FRONT CATALA D'ORDRE
GUANYAREM!
16
FEBRER
6
OCTUBRE
FRONT
D'ESQUERRES
REVOLUCIÓ



José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española, durante un mitin.

parlamentario, perseguidos por la izquierda «más popular» —Largo Caballero— y por el nuevo líder de la derecha —Calvo Sotelo.

Contando con estas premisas, el proceso político iniciado en febrero de 1936 —Gobiernos de la izquierda burguesa, presididos sucesivamente por Azaña y por Casares Quiroga— supuso, en la práctica, un rebasamiento acelerado de los esquemas programáticos del Frente Popular. A fin de conservar su libertad de acción —una vez desplazadas las derechas del poder—, el socialismo no aceptó puestos ministeriales. Se empezó entonces a vivir en una situación de anarquía, ya que el Gobierno, temiendo sobre todo —y no sin razón— la amenaza de un golpe de Estado desde la derecha, «dejó hacer» a sus díscolos aliados de la izquierda, doblando así las razones de aquélla, en un círculo vicioso del que sólo se saldría mediante la peor de las soluciones —la guerra civil.

Para acelerar el proceso revolucionario espoleado por Largo Caballero y por las sindicales obreras, se llevó a término una serie de eliminaciones, que hacían cada vez más precario el juego de las instituciones democráticas: a) La del «centro izquierda» representado por Azaña, que fue elevado a la presidencia de la República tras la destitución, burdamente justificada, de Alcalá Zamora (mayo de 1936): apartado de la dirección política práctica, Azaña renunciaba a hacer jugar su prestigio como un cauce y un dique al torrente subversivo. b) La de Prieto, dispuesto a aceptar el poder que Azaña le ofrecía, pero que se vio invalidado por la oposición de sus propios correligionarios, y hubo de renunciar a la formación de un Gobierno de *concentración republicana* dirigida desde la izquierda. c) La de José Calvo Sotelo, la figura más destacada de la derecha en aquellos momentos, y que en cuanto jefe de la oposición encarnaba la normalidad de la vida parlamentaria. Su asesinato, el 13 de julio de 1936, clausuró ya, prácticamente, toda posibilidad de convivencia en el seno de la legalidad republicana, y dio un último estímulo a la conspiración militar, en marcha desde la primavera anterior.

Porque, de hecho, este sistemático desmantelamiento de los cauces de integración política, provocaría, por parte de la derecha, un definitivo repudio del convencionalismo liberal. Las organizaciones propiamente antiparlamentarias eran la Falange Española, fundada por José Antonio Primo de Rivera en 1933, y respaldada con las J.O.N.S. de Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo, con escasísima fuerza real en el bienio de derechas, que conoció ahora una crecida extraordinaria; el Bloque Nacional de Calvo Sotelo, que se convirtió en polo atractivo para muchos desengañados de la C.E.D.A., doblando su prestigio en la etapa posterior a las elecciones; y el viejo tradicionalismo carlista, que inauguró un renacimiento en crecida hasta llegar al 18 de julio de 1936 en una verdadera vela de armas. Cuando la España del Frente Popular se limita a ir legalizando un proceso revolucionario que se refleja en el Parlamento, pero que no surge de una obra parlamentaria, la otra España renuncia definitivamente a una plataforma de convivencia que se ha convertido en pura ficción. A la revolución tolerada desde el Gobierno se replicará con la apelación desesperada a las armas. Y se iniciará la guerra civil.

Carlos Seco Serrano

Las elecciones de 1936

La desunión de las izquierdas fue la causa de su derrota electoral en 1933. Pero, con la lección bien aprendida, se presentaron a las elecciones de febrero de 1936 formando una alianza patrocinada por Azaña y Prieto, el Frente Popular, que logró el triunfo ante unas derechas divididas por disputas personalistas.

Sin duda alguna uno de los motivos principales que provocaron la derrota de las izquierdas en las elecciones de 1933 fue su desunión. Contra la opinión de Azaña, los socialistas optaron en aquella ocasión por acudir a la contienda electoral en candidaturas independientes. Cuando a lo largo de 1935 se fue haciendo patente la incapacidad de las derechas en proporcionar soluciones políticas viables al país, fueron Azaña y Prieto quienes patrocinaron una nueva alianza de todas las izquierdas que permitiera repetir la experiencia del primer bienio republicano. Esta intentona, que acabó fraguando, vino a coincidir, sin ser inspirada por él, con un cambio en la táctica del comunismo. La versión que atribuye a éste un papel primordial en la aparición del Frente Popular carece de fundamento, principalmente porque el comunismo español, que había conseguido apenas 170.000 votos en 1933, carecía de fuerzas para aglutinar a toda la izquierda.

Crisis de las derechas

Mientras tanto, desprestigiado el Partido Radical por sus corruptelas administrativas, la situación política derechista entraba en una rápida crisis. Alcalá Zamora intentó todavía la perduración de las Cortes a través de ministerios presididos por Chapaprieta y Portela Valladares y, cuando también esta solución fracasó, encargó a este último que presidiera unas nuevas elecciones. La actuación de Portela, estuviera o no inspirada por el Presidente de la República, se dirigió a tratar de formar, de la nada, un partido centrista —del cual él mismo había de asumir la jefatura—, empleando con ese fin todos los procedimientos tradicionales del caciquismo para imponer sus candidatos.

Nada más opuesto en el planteamiento de estas elecciones que la actuación de derechas e izquierdas. Las primeras prolongaron hasta el momento mismo de la elección una serie interminable de disputas personalistas acerca de la composición de las candidaturas y fueron absolutamente incapaces de elaborar un programa electoral destinado a la nación. En cambio, las izquierdas lograron formar con relativa rapidez una candidatura única y supieron ofrecer al país, mediante un manifiesto, la alternativa a la situación derechista que se había mantenido a lo largo de dos años.

En él se especificaban los puntos de concordancia, pero también los de discrepancia, de las izquierdas y el programa de gobierno a seguir en caso de victoria. Se trataba, en suma, de volver a la experiencia del primer bienio, haciendo desaparecer las consecuencias del gobierno de las derechas, pero excluyendo cualquier medida, ni siquiera actitud, de carácter revolucionario. Firmaban el manifiesto, aparte de los republicanos de Martínez Barrio y Azaña, los socialistas, los comunistas, los sindicalistas de Pestaña y el P.O.U.M.

Nunca en España unas elecciones adquirieron tanta relevancia en la vida cotidiana como las del 16 de febrero de 1936. Inundadas las calles de una verdadera marea de propaganda, los partidos políticos en pugna trascendentalizaron al máximo el valor de aquellos comicios y, por tanto, nada tiene de particular que los resultados hayan sido muy discutidos. En un reciente estudio se ha podido precisar por fin el resultado de la contienda, que arroja las cifras siguientes:

Electores	13.553.710
Votantes	9.864.783 (72 %)
Frente Popular . . .	4.654.116 (34,3 %)
Centro y vascos . . .	526.615 (5,4 %)
Derechas y derechas con centro	4.503.505 (33,2 %)

La interpretación de dichos resultados es difícil por lo complicado de la ley electoral. Sin embargo, algunas consideraciones se imponen de manera evidente. En primer lugar que la victoria del Frente Popular no fue ni mucho menos aplastante: incluso podría hablarse de un verdadero empate entre las dos fuerzas en pugna.

Sin duda alguna algo más de la mitad de los españoles que votaron el 16 de febrero (un porcentaje superior al de cual-

Bajo estas líneas, dos carteles demasiado discursivos, de Acción Popular y del Partido Radical.

ACCION POPULAR

¡Contra la revolución y sus cómplices!

Profesionales de la construcción.
Contratistas.
Fabricantes de cemento.
Fabricantes de ladrillos.
Fabricantes de armadura.
Arquitectos.
Obreros.

La ejecución del plan de obras contra el paro, trazado por nuestra política en Trabajo y Obras públicas, supone el siguiente movimiento en cinco años:

Toneladas de cemento......	5.800.000
Toneladas de hierro..........	500.000
Otros materiales..............	Ptas. 150.000.000
Jornales........................	" 1.480.000.000

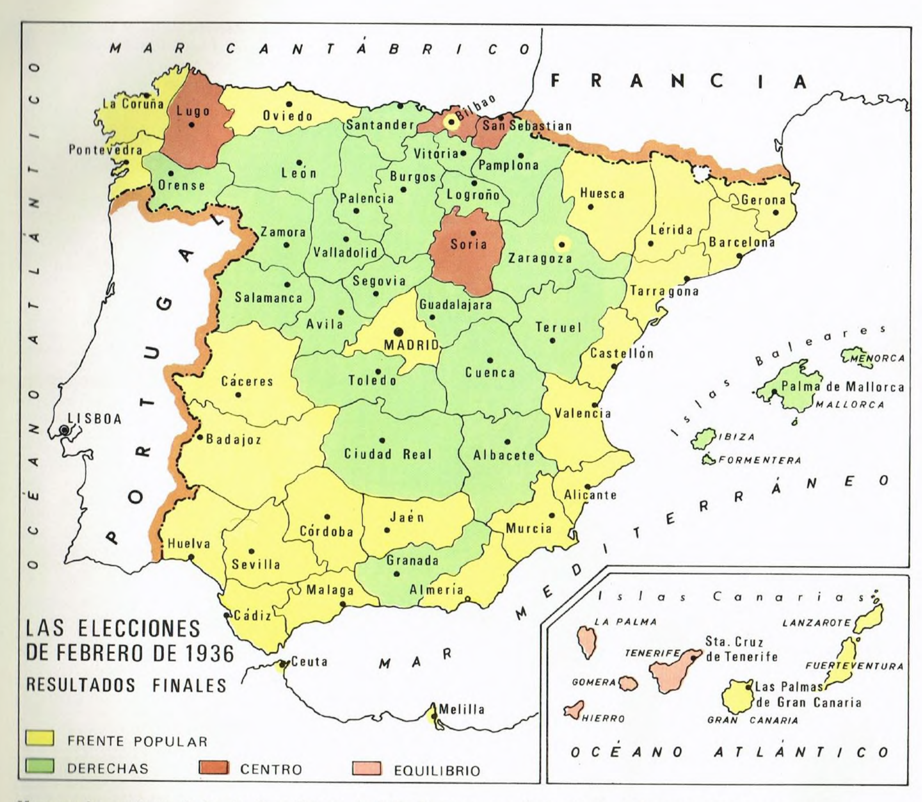
Para conseguirlo, GIL ROBLES pide todo el Poder

¡A por los trescientos!

¡Votad a España!

¡Contra la revolución y sus cómplices!





Mapa con los resultados de las elecciones (febrero de 1936). El margen que dio la victoria al Frente Popular fue muy estrecho, pero ese 34,3 % de votos favorables (contra 33,2 % de las derechas) resultó suficiente. Aunque «podría hablarse de un verdadero empate entre las dos fuerzas en pugna», y «más de la mitad de los españoles que votaron el 16 de febrero no lo hicieron por las izquierdas», en definitiva éstas «triunfaron por haber sabido aprovechar en su favor las peculiaridades de la ley electoral».

quiera otra elección en la historia española) no lo hicieron por las izquierdas, pero éstas triunfaron por haber sabido aprovechar en su favor las peculiaridades de la ley electoral. No es admisible hablar de fraude para explicar tales resultados electorales, aunque presumiblemente existió con carácter parcial por los dos bandos; tampoco hay que olvidar que las izquierdas no gobernaban. La explicación de la derrota de las derechas reside en sus propios fallos en el planteamiento de la elección, en el voto de los anarquistas a favor del Frente Popular, en la desaparición del Partido Radical y en el fracaso total del de Portela.

Otro punto importante que se desprende al estudiar, de manera pormenorizada, los resultados es que en febrero de 1936 era todavía viable el régimen democrático republicano. Como ha advertido Madariaga, la mayoría de los españoles se pronunciaron contra los extremos, lo que se prueba por el hecho de que, aunque las posiciones estuvieran muy polarizadas, las fuerzas situadas de una manera clara al margen del régimen (monárquicos, tradicionalistas y falangistas de un lado; comunistas y socialistas revolucionarios de otro) figuraran siempre en los últimos puestos de las candidaturas.

Xavier Tusell

Rumbo a la Guerra Civil

La victoria del Frente Popular no llevó al poder a un Gobierno frentepopulista. La alianza era sólo electoral, y un Gobierno de republicanos, débil, sin la asistencia de los socialistas —internamente divididos— tuvo que hacer frente a una situación de desórdenes públicos consecuencia de la crisis económica internacional y de la actitud insurreccional que asumieron varios grupos políticos.

Victorioso el Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, sus dirigentes se encontraron con una ascensión inmediata al poder, pues Portela Valladares, que había confiado en una victoria propia o de las derechas, se apresuró a dimitir. Les correspondía, por tanto, cumplir el programa prometido, que era básicamente una reedición del primer bienio republicano, corregida por la experiencia de los dos últimos años.

El primer paso para el cumplimiento de esta labor de Gobierno consistió en conseguir una cómoda situación en las Cortes. Para ello, dos cosas eran necesarias: una sólida mayoría y la desaparición de Alcalá Zamora como presidente. A la hora de juzgar sobre la validez de las actas electorales, los diputados del Frente Popular no se guiaron por criterios de estricta justicia y procuraron beneficiar a los grupos de izquierda republicana e incluso a los centristas, frente a las derechas. Aunque es muy posible que éstas hubieran cometido irregularidades electorales, no es menos cierto que la manera de juzgar la validez de las actas dependía en muchas ocasiones de quien resultara electo. Giménez Fernández, al abandonar con la minoría cedista las Cortes, señaló que con actuaciones de este tipo se estaba levantando el acta de defunción del régimen parlamentario en el país, pero sus proféticas advertencias fueron inútiles. La destitución de Alcalá Zamora, descrita por Madariaga como la «tragicomedia política más increíble que la imaginación más loca pudo entonces haber imaginado», podía tener fundamento por cuanto era dudosa su capacidad para ocupar tan alto puesto, pero Azaña en la presidencia era un hecho que favorecía la polarización política del país.

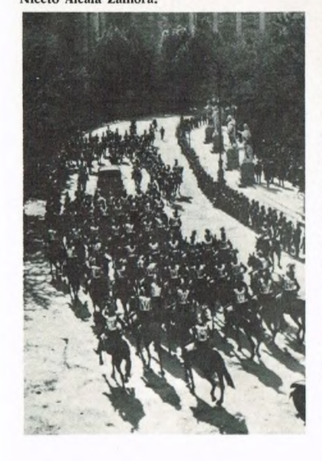
El contenido del programa del Frente Popular era, por esencia, moderado: se trataba de una última intentona para hacer viable la república democrática en España. Azaña lo afirmó expresamente en las Cortes: «Vamos a cumplir el programa del Frente Popular sin quitar ni un punto ni una coma... Nosotros no hemos venido a presidir una guerra civil, más bien hemos venido a evitarla.» Efectivamente, se intentó llevar a cabo el programa frentepopulista, pero ello no quiere decir que se llegara a cumplir. Incluso en el terreno de la reforma agraria, donde se hizo más que durante los cinco años anteriores, el Gobierno fue mucho más espectador que autor de los acontecimientos.

La realidad es que en los meses que median entre febrero y julio de 1936 la calle y el Gobierno del país parecen haber estado por completo divorciados. Mientras que Azaña pretendía cumplir su programa, el número de parados alcanzaba casi los 900.000 y las huelgas, en su mayoría irresponsables por completo, eran constantes. El clima del país era de una exasperante tensión provocada por el desorden público. Lo peor no eran propiamente los conflictos, sino más bien la impotencia del Gobierno y el hecho de que no se viese salida posible a la situación.

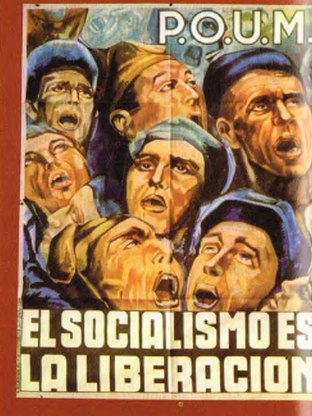
Dos observadores, poco sospechosos de derechismo como Unamuno y Prieto, juzgaron duramente la actividad de las masas frentepopulistas. Unamuno escribió: «Y no se hable de ideología, que no hay tal. No es sino barbarie, zafiedad, soecidad, malos instintos y lo que es —para mí al menos— peor: estupidez, estupidez, estupidez.» Prieto, en su emocionante y emotivo discurso de Cuenca, acusaba a las masas izquierdistas de errar el camino: «La convulsión de una revolución, con un resultado u otro, la puede soportar un país. Lo que no puede soportar es la sangría constante del desorden público sin finalidad revolucionaria inmediata.»

Como decía Prieto, en realidad la España de comienzos de 1936 no estaba al borde de una revolución, sino más bien del caos. La prueba de ello reside no solamente en el carácter de algunos de los acontecimientos de aquellos meses (como el de los «caramelos envenenados» o el de Yeste), sino también en la carencia de una dirección efectiva y válida de los grupos revolucionarios. Largo Caballero distaba mucho de ser el «Lenin español» a pesar de que se le llamara así. Con el

Cortejo oficial de Manuel Azaña, que acaba de ser elegido Presidente de la República, tras la destitución de Niceto Alcalá Zamora.







Cartel electoral del Partido Obrero de Unificación Marxista, partido comunista no afiliado a la 3.ª Internacional, fundado por Andrés Nin y Joaquín Maurín.

A la izquierda, de arriba abajo: **manifestación nacionalista vasca en Bilbao; llegada a Barcelona de Lluis Companys, liberado después del triunfo electoral del Frente Popular; el cadáver de José Calvo Sotelo, asesinado el 13 de julio de 1936, en el depósito del cementerio de Madrid donde fue abandonado.**





desorden público constante, lejos de preparar una revolución, se estaba fomentando una reacción de las derechas, que no en vano tenían en el país la suficiente fuerza como para haber obtenido en febrero la mitad de los sufragios. Son éstos los momentos en los que los jóvenes de la J.A.P. se pasan en oleadas a Falange, mientras que el Partido Comunista aumenta el número de sus afiliados de 30.000 a 100.000.

La postrera posibilidad de convivencia la constituía un Gobierno fuerte que disciplinara a sus propias fuerzas parlamentarias e impusiera el orden en la calle. Dos personas podían haberlo logrado: Azaña, retirado a la pasividad de su presidencia, parece haberse mostrado extrañamente apartado; Prieto no pudo imponerse a la mayoría de su propio partido ni aliarse con otros grupos para montar un Gobierno de concentración. Casares Quiroga, como ha escrito Pabón, «ni quiso, ni pudo» enfrentarse con la situación. Esperando aprovechar la oportunidad de una sublevación fallida de las derechas para asentarse firmemente en el poder, le sorprendió una verdadera guerra civil cuyo estallido suponía el fracaso del régimen republicano.

Xavier Tusell

Francia y el Frente Popular

La Francia de preguerra asistió a la unión inverosímil de comunistas, socialistas y otras denominaciones de izquierda —el Frente Popular—, que dio paso a gran número de acciones de protesta entre los obreros. A primera vista, la alianza parecía una confabulación inexpugnable contra el radicalismo de las derechas.

Léon Jouhaux, secretario general de la C.G.T. *(Confédération Générale du Travail).*



La crisis económica que comenzó en Wall Street en 1929, afectó tardíamente a Francia, pero con igual intensidad que al resto de los países europeos. Los trabajadores en paro forzoso llenaban las calles. El *standard* de vida campesino cayó; los obreros, obligados a una reducción del tiempo de trabajo, sufrieron el correspondiente descenso de los salarios. La crisis, algo atenuada en 1932, resurgió nuevamente en 1933, y entonces explotó un escándalo financiero, el «caso Stavisky», motivado posiblemente por la ineptitud o corrupción de los políticos en el poder. La derecha aprovechó esta oportunidad para atacar a los moderados, y las «Ligas» —grupos de choque fascistas de la derecha— amenazaron con salir a las calles y provocar un golpe de Estado.

El 6 de febrero de 1934, Edouard Daladier —uno de los líderes del Partido Radical— formó un nuevo gobierno, y presentó a la Cámara su lista de candidatos a ministros. El mismo día, las «Ligas» se manifestaron en la Place de la Concorde y amenazaron con tomar por asalto la Cámara de Diputados. La policía les cortó el camino abriendo fuego, y matando a 14 de los manifestantes. Daladier, a pesar de la oposición de la derecha y de los comunistas, tenía en la Cámara el apoyo de la mayoría. Sin embargo, cuando se enteró de que las manifestaciones continuarían con mayor violencia aún, renunció al cargo.

Las provincias reaccionaron prontamente: la izquierda estaba ansiosa por resistir a la amenaza proferida por la derecha y Francia se encontraba al borde de la guerra civil.

En París, la organización comunista de excombatientes, la A.R.A.C. *(Association Républicaine des Anciens Combattants)*, amenazaba también el 6 de febrero con manifestarse, y el 9 llevaba a cabo en la Plaza de la República la manifestación, que fue reprimida brutalmente. El 12 de febrero, la C.G.T. *(Confédération Générale du Travail)* se unió a la protesta e invitó a sus afiliados a una huelga general: casi todos respondieron a la llamada. El mismo día, en París y en los principales centros del país, hubo grandes manifestaciones en demanda de que no se ahogara a la República ni se suprimieran los derechos civiles. La gran sorpresa del 12 de febrero fue la de que el Partido Comunista Francés se unió a «la defensa de la República». Moscú había advertido repentinamente el peligro que representaría para la Unión Soviética una alianza entre un Gobierno fascista instalado en París y el Gobierno nazi de Berlín, y dio instrucciones a los líderes del Partido Comunista Francés para que se aliaran con el Partido Socialista e incluso con el Radical.

El 12 de febrero, en el Cours de Vincennes, los socialistas se encontraron con que los comunistas —que hasta el día anterior les habían mostrado el puño— les tendían de repente las manos al grito de «¡Unidad!», y quedaron más confundidos cuando, pocas semanas después, vieron una declaración firmada por los representantes autorizados del Partido Comunista, en la que manifestaban el deseo de extender la alianza a los radicales y a las organizaciones políticas burguesas de tendencias izquierdistas.

Esta alianza, que combinaba los intereses del proletariado con los de la clase media, no hubiera sido posible de no confluir tres factores. El primero, era de índole diplomática. La Unión Soviética, renunciando aparentemente a la posición que había mantenido durante quince años, se unía a la causa de la seguridad colectiva y, en mayo de 1935, firmaba un pacto con Francia en el que Stalin decía que «aprobaba totalmente la política nacional de defensa de Francia, en el sentido de mantener las fuerzas armadas al nivel exigido por la seguridad». El segundo factor, era político. La Liga de la Croix de Feu aumentaba la frecuencia de sus *rallies* motorizados, con los que amenazaba marchar sobre París. Su líder, el coronel De la Rocque, anunciaba en sus discursos que había llegado el momento de hacer una limpieza. Finalmente, existía un factor psicológico. La acción llevada a cabo por la C.G.T., y el reclutamiento de intelectuales eminentes, que hasta entonces habían permanecido indiferentes, devolvían a la izquierda el prestigio intelectual y moral que había perdido.





En la década 1930-1940 conoció Francia el apogeo de los grupos fascistas, que denunciaban ruidosamente las supuestas incompetencia y corrupción de la política republicana. *Arriba, izquierda:* **carteles anunciadores de la manifestación del 6 de febrero de 1934 en París.** *Arriba:* **la policía carga en París (mayo 1934) contra los monárquicos ultranacionalistas de la** *Action Française*. *Izquierda: Camelots du Roi,* **monárquicos de uniforme reclutados para las luchas callejeras y la difusión del periódico de la** *Action Française*, **junto a miembros de la** *Solidarité Française*. *Abajo:* **Henri Dorgères, fundador del «Frente Campesino» (1935).**



1



2

POUR ASSURER
VOTRE SÉCURITÉ
VOTEZ
FRANÇAIS

La marcha de las masas

El Frente Popular, oficialmente el *Rassemblement Populaire,* era más que una coalición de partidos. Fue la reunión de un gran número de organizaciones, diferentes en carácter y en importancia, pero todas igualmente decididas a impedir que se estableciera un Gobierno fascista en Francia. El comité ejecutivo del Frente Popular estaba compuesto por delegados de diez grandes organizaciones. Sólo cuatro de ellas eran partidos políticos: el Partido Comunista, conducido por Maurice Thorez; el Partido Socialista (S.F.I.O.), presidido por Léon Blum; el Partido de la Unión Socialista-Republicana (U.S.R.), compuesto de socialistas que habían roto con el partido en 1905, 1920 y 1933; y el Partido Radical Socialista, que contaba entre sus miembros más prominentes a Edouard Daladier, Edouard Herriot y Cadmille Chautemps. Las seis restantes organizaciones actuarían como árbitros en posibles conflictos entre los cuatro partidos políticos: la C.G.T., dirigida por Léon Jouhaux, y una organización sindical filocomunista; tres grupos intelectuales de izquierda; y el *Mouvement d'Action Combattante,* una amalgama de varias organizaciones de excombatientes de izquierda.

Originalmente, el objeto de la alianza era la organización de grandes manifestaciones en todo el país para el 14 de julio de 1935, mediante las cuales los participantes jurarían permanecer unidos en defensa de la democracia y se pronunciarían contra las agresivas «Ligas». Pero rápidamente quedó claro que el Frente Popular representaba algo más que la alianza de grupos políticos divididos. Al marchar hombro contra hombro, en desfiles que reunían a veces a cientos de miles de hombres, las masas iban reconociendo su fuerza y desarrollando un sentido de hermandad. Las manifestaciones revivían, en la imaginación popular, el entusiasmo de los grandes días de la Revolución de 1789.

Después de este gran día, parecía imposible que ninguna de las organizaciones del Frente Popular volviera al aislamiento an-

_1_ Apoyo intelectual al Frente Popular: de derecha a izquierda, el líder comunista Marcel Cachin, los novelistas Jean-Richard Bloch, André Malraux, André Gide y Louis Aragon, y el escritor alemán Heinrich Mann, hermano del famoso novelista Thomas Mann. _2_ «Para garantizar vuestra seguridad, votad como franceses», dice este cartel nacionalista, donde un galo se mantiene firme frente a los símbolos del socialismo, el nazismo, el comunismo y la masonería.

terior. El Comité Nacional decidió unánimemente elaborar un programa común de acción. Sin embargo, éste apareció sólo en enero de 1936, después de laboriosas discusiones. Los radicales y comunistas querían un programa lo suficientemente moderado como para evitar la alarma en la clase media. Los socialistas de la S.F.I.O. y los sindicalistas de la C.G.T. propugnaban un plan que permitiera reformas de la estructura económica, particularmente la nacionalización de varias industrias. Para evitar una ruptura, suavizaron sus demandas. Los resultados eran un programa electoral antes que un plan coherente.

Elecciones

Las elecciones generales se iban a llevar a cabo en 1936. El Frente Popular no se veía libre de temores, pues los miembros de las «Ligas» se habían propuesto ejercer presión sobre numerosos distritos electorales. ¿Cuál sería la reacción de los distritos rurales que habían sufrido una fuerte influencia de los movimientos antiparlamentarios, especialmente el promovido por Dorgeres, líder del «Frente Campesino»? En la primera votación hubo cierta rivalidad entre los partidos del Frente Popular. En la segunda, quedaría sólo el candidato que encabezaba la lista electoral entre los partidos de izquierda, beneficiándose del abandono de otros partidos de izquierda, de acuerdo con el programa del Frente, que nuevamente era común a todos. Pero, ¿aceptarían el sacrificio los candidatos mal situados en la primera votación? ¿Tendrían los electores la disciplina suficiente para obrar de acuerdo con las directrices del partido?

En la tarde de la primera votación, el 26 de abril de 1936, se puso de manifiesto que, en algunas regiones, hasta los campesinos habían votado a los comunistas, por lo cual el Partido Comunista aumentaba sus votos de 783.000, en 1932, a 1.468.000 en 1936. Pero los resultados de esa votación, favorable para la extrema izquierda, ¿no volcarían a la derecha a buen número de electores, inquietos por los resultados? No: en la tarde del 3 de mayo, el Frente Popular ganó un total de 376 escaños, integrados por 72 comunistas, 147 S.F.I.O., 25 U.S.R., 106 radical-socialistas y 26 de izquierda independiente. Era mucho más que una mayoría absoluta, y por primera vez, en la historia de la Tercera República, el Partido Socialista (S.F.I.O.) se convertía en el más fuerte de la izquierda. A pesar de esta importante oscilación representativa, no hubo cambio en el balance de las fuerzas políticas dentro de la nación. Los cómputos reales de los partidos de derecha y centro demostraban una pérdida de sólo 200.000 votos. Ese equilibrio inquietante de las fuerzas, que condenaba a la nación a una inestabilidad permanente, todavía subsistía. El 4 de mayo, Blum —que no había contado con un éxito electoral tan grande— reclamó en nombre del Partido Socialista el derecho a que se le confiara la formación del nuevo gobierno. El presidente de la República, Albert Lebrun, no le contestó. Los poderes de la antigua Cámara no expiraban hasta finales del mes. El país se enfrentaba con un interregno de varias semanas, y Blum se propuso dedicar este tiempo a formar su equipo gubernamental, y a trazar un plan de campaña contra la reacción capitalista que preveía.

El principal creador del Frente Popular, se había convertido en el primer socialista y el primer ministro judío de Francia. Blum —alsaciano— se había dado a conocer como ensayista y crítico literario y dramático, luego de obtener su licenciatura en Derecho en la Sorbona. Entró en la actividad política al lado del *Republican Dreyfusards*, durante el caso Dreyfus. En 1890 aparecieron sus críticas en *Revue Blanche*, publicada por un grupo selecto de intelectuales, judíos en su mayoría, incluyendo a Marcel Proust. En 1901, publicó un estudio sobre literatura, estética y política. Su obra crítica fundamental, sin embargo, era un ensayo sobre el novelista francés Stendhal, publicado en 1914. Fue la asociación con Jean Jaurés —a quien admiraba enormemente— lo que lo unió al Partido Socialista, en 1899. En 1919, Blum fue elegido para la Cámara de Diputados, y su primera tarea fue reconstruir el Partido Socialista después de la escisión de diciembre de 1920, cuando la sección comunista obtuvo la mayoría en el Congreso de Tours, heredando así la maquinaria del partido, sus fondos y su prensa. Blum





Arriba, izquierda: **cartel electoral comunista que presenta a los grandes banqueros del país como enemigos en cuanto «parásitos de la bolsa, de la especulación y del lucro».** *Arriba, derecha:* **huelguistas de las empresas madereras y aserradoras (París, 1936).** *Abajo, izquierda:* **manifestación de la** *Association Républicaine des Anciens Combattants* **ante el Panteón parisiense (febrero de 1936).** *Abajo, derecha:* **en esta caricatura de 1937, la República Francesa, acosada por el cerrado puño comunista, trata asimismo de retroceder ante las abiertas fauces de Hitler; Francia parecía encontrarse en un callejón sin salida.**

ute-Banque
e la Nation

Ces hommes ne représentent ni le travail créateur, ni l'honnêteté de l'épargne, ni la technique de la production ; ils ne sont que les parasites de la bourse, de la spéculation et du profit.

MUNISTE

CTIONS CANTONALES 1937 *Vu le candidat.*







«¡Alerta, franceses! El comunismo ha pegado ya fuego a los dos extremos de Europa»; así dice el texto de ese cartel francés de tendencia nacionalista.

creó el moderno Partido Socialista Francés, fue jefe de su diario *Le Populaire*, encabezó la oposición durante los gobiernos de Millerand y Poincaré y en 1924 apoyó el *Cartel des Gauches*, de Herriot (Coalición Radical), aunque se negó a participar en los ministerios de Herriot y Aristide Briand. En las elecciones de 1928, el Partido Socialista ganó 104 escaños en la Cámara, pero Blum fue derrotado. Al año siguiente retornó a Narbona, ciudad por la que volvió a presentarse en 1936, año de su victoria.

Un inesperado giro de los acontecimientos —poco deseado por los líderes del movimiento sindical— malogró los éxitos del Partido Socialista: una ola de huelgas que empezó en París con la de la industria metalúrgica, afectó a las otras ramas de la industria y comercio de todo el país.

Probablemente ninguno de los socialistas deseaba estas huelgas, nacidas del júbilo de la victoria y del miedo a perder los frutos derivados de ella. La ensayista Simone Weil, profesora de Filosofía, que había elegido hacerse obrera, describió la atmósfera en las fábricas ocupadas: «El público, los patronos, Léon Blum y todos aquellos que no han conocido esta vida de esclavitud, son incapaces de comprender el factor decisivo de esta situación. A este movimiento le interesa algo más que sus demandas particulares, por importantes que sean. Si el Gobierno hubiera podido satisfacerlas completamente, los trabajadores se hubieran sentido menos contentos. Lo que contaba era que después de meses y de años de inclinarse ante todo y de vivir en sumisión, aceptando los acontecimientos en silencio, se atrevieron a tomarse la revancha y se comportaron —por unos pocos días— como hombres. Ello tenía poco que ver con las demandas: esta huelga era en sí misma la alegría, una pura e incontaminada alegría.»

La revolución parecía estar a las puertas, pero paradójicamente fueron los líderes del movimiento sindicalista quienes, de acuerdo con Blum, y finalmente con los comunistas, canalizaron la corriente de amenaza hacia los cauces de la legalidad, evitaron el colapso de los servicios y suministros de alimentos, y proporcionaron al movimiento trabajador objetivos moderados.

Fue en esta atmósfera efervescente en la que Blum formó gobierno el 4 de junio y lo presentó al día siguiente a la Cámara de Diputados, la cual le dio su confianza por un total de 384 votos. Blum arregló, inmediatamente, un encuentro en el Hotel Matignon, la residencia del primer ministro, entre los delegados de la C.G.T. y los de la patronal. Después de largas horas de acalorada discusión, se llegó a un acuerdo en la noche del 7 al 8 de junio. Comprendía los siguientes puntos: un incremento general de salarios de un 7 al 15 %; el respeto de los sindicatos por la patronal; la elección de delegados de los trabajadores para tratar con la dirección; la inmediata puesta en vigor de contratos laborales colectivos. Blum prometió también a Jouhaux, secretario general de la C.G.T., presentar al Parlamento un proyecto de ley que estableciera una semana de 40 horas de trabajo, vacaciones pagadas y una cierta base legal para los acuerdos laborales colectivos. Se aprobaron estos proyectos antes de que finalizaran las sesiones. Bajo la presión popular, Blum se vio obligado a ir más lejos, en el aspecto social, de lo que proponía el programa del Frente Popular. Sin duda, ello era necesario si se quería mantener la eficacia del movimiento: antes de que se desgastara, había que suavizarlo. Ciertamente, si Blum hubiera sido más firme, su popularidad y la del Frente no hubiera sido tan grande como lo era a finales de junio, cuando millones de trabajadores de la industria tomaban sus vacaciones pagadas por primera vez en la vida.

Georges Lefranc

Gran Bretaña y la Depresión

Al Gobierno laborista le faltó acierto para superar la gran depresión financiera. El resultado fue una grave crisis política que condujo a una asombrosa evolución en la marcha del país y a cambios radicales en el tradicional capitalismo británico.

Cartel electoral del Partido Laborista (1929): una jovencita manifiesta a McDonald, socarronamente, la compasión que experimenta hacia los viejos líderes Lloyd George y Baldwin. La concesión del voto a un mayor número de mujeres (1928) parece haber favorecido el triunfo del Partido Laborista en las elecciones de 1929. ***Abajo:*** **uno de los dos millones de parados británicos de 1939 entrega a su familia el subsidio semanal, que ascendía a 2 libras 7 chelines y 6 peniques.**





El segundo Gobierno laborista se hizo cargo del poder en junio de 1929. Casi todos sus ministros eran los mismos hombres de humilde origen que ya habían figurado en el primer Gobierno laborista: Ramsay MacDonald, la figura más destacada y respetada del partido, volvió a ser primer ministro; Philip Snowden fue, otra vez, canciller del Exchequer (ministro de Hacienda). Esta vez, MacDonald no cometió el error de hacerse cargo de los Asuntos Exteriores: el *Foreign Office* fue confiado a Arthur Henderson, secretario del partido. J. R. Clynes fue nombrado ministro del Interior y el dinámico J. H. Thomas, cuya reputación de hombre poco serio ocultaba una rara habilidad para la negociación, fue nombrado lord del Sello Privado (ministro de Justicia), con la grave responsabilidad de coordinar y supervisar la política del Gobierno ante el problema más grave del momento: el paro obrero.

Si los dirigentes eran los mismos, también lo eran los dirigidos. El Partido Laborista era todavía un conglomerado de grupos e individuos que diferían ampliamente en formación, temperamento y aspiraciones. Lo unía un compromiso en pro de la propiedad pública, pero no tenía una idea clara de qué forma debía asumir esta propiedad pública, de cómo había que llegar a ella, ni de qué ramas de la industria tenían que ser socializadas con preferencia a otras. En tales condiciones, se comprende que las ideas del Gobierno acerca del papel que podía desempeñar esta propiedad pública en la solución del problema del paro fueran todavía más nebulosas.

La mayoría de los militantes y simpatizantes del laborismo creían que el problema del paro, que dominaba el panorama político británico desde el final del *boom* de la posguerra, sólo podía solucionarse con una transformación de la sociedad. Les parecía evidente que el capitalismo era la causa del desempleo y los armamentos la causa de las guerras. Pero resultaba difícil esperar que un Gobierno, que representaba a una minoría en el conjunto del electorado británico, acabara con el capitalismo. Eso sin tener en cuenta otros factores aún más poderosos que el meramente representativo.

Al principio, el foso entre la retórica socialista y la realidad económica no era suficientemente visible. A principios de 1929 el comercio se reanimó, y, al llegar el verano, el número de parados había disminuido respecto a los del año anterior. Pero las esperanzas en una reactivación del comercio internacional y una disminución de la inestabilidad económica mundial —el ciclo económico se mantenía en recesión desde hacía casi una década y era razonable esperar que el signo cambiara—, se vinieron abajo cuando, en octubre de 1929, se produjo el derrumbamiento de la Bolsa de Nueva York, iniciando la depresión mundial y arrastrando consigo a la tambaleante economía británica. En marzo de 1929, había en Gran Bretaña 1.204.000 parados, hombres y mujeres; en julio, dos millones; en diciembre, dos millones y medio.

Desde nuestra perspectiva actual, no es posible afirmar si esta crisis pudo haber sido resuelta por cualquier otro Gobierno británico mediante un aislamiento económico, pues todo el mundo capitalista estaba sumido en el caos, y la economía de Gran Bretaña dependía de las alzas y bajas del comercio mundial. Pero lo que es evidente es que el gobierno MacDonald no sólo no estaba preparado para tomar ninguna medida aislacionista sino que ni siquiera se hallaba en condiciones de comprender los argumentos de los que sí lo estaban.

El memorándum de Mosley

Thomas, el lord del Sello Privado, disponía de tres adjuntos. Uno de ellos, sir Oswald Mosley, era un acaudalado baronet que tras haber ingresado como conservador en el Parlamento en 1918, regresó a él en 1926 con un acta de diputado laborista. Hombre joven, inteligente y ambicioso, pero también arrogante y duro, no ocultó su desdén ante la flagrante, aunque bienintencionada torpeza de Thomas, y con la ayuda de los funcionarios del Tesoro preparó un memorándum cuya tesis central estaba considerablemente influida por las doctrinas expansionistas de Keynes, el economista de Cambridge.



En el terreno administrativo, Mosley proponía una movilización total de los recursos del Gobierno y la creación de un nuevo «departamento del primer ministro» encargado de supervisar un programa de reconstrucción económica de gran envergadura. En lo económico, subrayaba que Gran Bretaña no podía esperar una expansión de su comercio exterior y que la única solución, a largo plazo, para el problema del paro consistía en desarrollar la economía interna tras un arancel proteccionista. Mientras tanto, había que emprender un gran programa de obras públicas que sería financiado por un gran empréstito. Semejante política no sólo no causaría una fuga de libras esterlinas, sino que aumentaría la confianza en esta moneda.

Por vez primera, el Gobierno se hallaba ante una alternativa clara y coherente. MacDonald comprendía que la ortodoxia tradicional de la economía clásica era inadecuada para hacer frente a la situación y sentía además una viva simpatía por Mosley, pero le faltaban los conocimientos económicos necesarios para hacer frente a las objeciones que el Tesoro ponía al nuevo plan. Además, Snowden que, como todos los cancilleres del Exchequer en tiempo de paz, era el miembro más importante del Gobierno después del *premier*, se había convertido en un inflexible portavoz de la política deflacionista del Tesoro y del Banco de Inglaterra. El memorándum de Mosley fue rechazado y, el 20 de mayo, Mosley dimitió.

Mosley tenía razón en casi todo y con su apasionada actuación había captado a muchos simpatizantes, pero cometió el error fatal de no dar tiempo a que este apoyo se consolidara. En 1931 se separó del Partido Laborista y fundó su *New Party*, que pronto se transformó en la Unión Británica de Fascistas, pequeño partido con un historial de agitaciones. Este pequeño partido encontró su motivación más importante en el antisemitismo y Mosley se convirtió en un simple agitador. Sus relaciones con Mussolini y Hitler y su repentino pacifismo cuando

***Arriba:* sir Oswald Mosley (sentado) habla con uno de sus auxiliares en el cuartel general de la Unión Británica de Fascistas. *Abajo:* durante los disturbios de Cable Street (Londres, 5 de octubre de 1936), un grupo de manifestantes antifascistas, ante la presencia de la policía, abandona la barricada levantada para impedir el paso de una marcha organizada por los seguidores de Mosley.**



Inglaterra se hallaba al borde de la guerra, motivaron su detención y la disolución del partido.

La repercusión de las crisis monetarias de la Europa central en Gran Bretaña motivaron la caída del Gobierno laborista (agosto de 1931). El rey instó a MacDonald para que presidiera un Gobierno de coalición nacional, con laboristas, liberales y conservadores. Tal como MacDonald había previsto, los laboristas dejaron de apoyarlo (aunque no veían alternativa que evitase un colapso monetario total), y sólo lo siguieron unos pocos diputados. Como el nuevo Gobierno no aportó ninguna solución espectacular, por la sencilla razón de que no la había, MacDonald acabó siendo expulsado del Partido Laborista, en cuya creación había trabajado más que cualquier otro político. Una semana antes, Gran Bretaña había abandonado el patrón oro sin que se produjera ninguna de las desastrosas consecuencias pronosticadas por los medios financieros, y, una semana después, MacDonald cedió a la presión de los conservadores y convocó elecciones generales. El resultado fue catastrófico para el Partido Laborista, que sólo consiguió 46 escaños, mientras el Gobierno obtenía una mayoría de 497.

MacDonald, un hombre acabado

También MacDonald salió derrotado de las elecciones porque, aunque continuó siendo primer ministro durante otros cuatro años, ya no fue más que una sombra de sí mismo: en su antiguo distrito electoral, donde su coche había sido empujado por una multitud enardecida, su retrato desapareció de las paredes de las casas de los mineros. En el Gobierno, sus colegas no le tenían aprecio y más bien lo consideraban un personaje embarazoso. Todavía le quedaba un resto de su magnífica presencia y de su resonante voz, pero con el paso del tiempo empezó a perder el hilo de sus discursos y cada vez resultaba más penoso escucharlo. Era ya una personalidad en declive, y aunque en las reuniones del Gabinete podía discutir una asunto importante con fuerza y autoridad, en público parecía un anciano agotado, a pesar de que no había cumplido los 70 años.

Arriba: **ilustración alemana de 1934 que presenta a sir Oswald Mosley expulsando violentamente a los judeo-bolcheviques.** *Abajo:* **una víctima de un choque entre la policía y los antifascistas en la zona meridional de Londres (octubre de 1937).**



Políticamente, MacDonald, sin seguidores casi, era prisionero de un Gobierno puramente conservador, cuyo poder político estaba realmente en manos de Stanley Baldwin y del canciller del Exchequer, Neville Chamberlain, un hombre duro y estrecho de miras pero capaz de tomar decisiones.

Orígenes de la economía dirigida

Sin embargo, tratábase de un Gobierno conservador distinto del que había readoptado el patrón oro en 1925 y, con ello, asestado un terrible golpe a la economía británica. 1931 señala un cambio más importante de lo que la mayoría creyó en aquellos momentos. Antes, tanto el pueblo como los políticos habían procurado un retorno al pasado, pero entonces empezaron, aunque de un modo confuso y a regañadientes, a mirar hacia el futuro. En la década de 1920, fueron pocos los que dudaron de que los apuros de Gran Bretaña se debían a los trastornos causados por la guerra, y sólo algún que otro agorero, como Mosley o Keynes, atrevióse a negar que la solución radicase en la economía mundial autorregulada que existía antes de 1914. Estas nociones desaparecieron con el patrón oro y, con posterioridad a 1931, Gran Bretaña tuvo, en realidad, una circulación fiduciaria dirigida. Cada vez con mayor intensidad, tuvo también una economía dirigida, en la que el Gobierno adoptaba medidas para alterar el curso económico cuando y donde lo creía conveniente.

En realidad, la convalecencia económica de Gran Bretaña fue lenta y accidentada. Las cifras de parados se mantuvieron a un nivel peligrosamente alto, y por ellas se pagó un precio también elevadísimo en recursos despilfarrados y capacidades malogradas. Desde agosto de 1931 hasta enero de 1933, la cifra total se acercó a los tres millones, y no bajó de los dos millones hasta julio de 1935. En julio de 1936 todavía rebasaba el millón y medio, en tanto que la proporción de obreros asegurados era del 12 por ciento contra el 9,7 por ciento en mayo de 1929. En las áreas calificadas de «calamitosas» —precisamente las de las industrias de mayor tradición: el carbón, la construcción, el acero, la textil— la situación era mucho peor. En 1932, el porcentaje de paro en Gales era superior al 36 por ciento, mientras que en Londres y el Sudeste no llegaba al 14 por ciento. En 1934, más del 60 por ciento de los obreros asegurados en Merthyr estaban sin trabajo, y en Jarrow casi llegaban al 70 por ciento. En estos lugares, la década de 1930 dejó una huella persistente que incluso hoy dista de haberse borrado.

Sin embargo, la recuperación en la Gran Bretaña no fue más lenta que en la mayoría de los demás países industriales, y los métodos utilizados para promoverla no fueron muy distintos de los empleados en otros lugares. El Gobierno de coalición nacional resultó gris y de miras estrechas: sus actitudes sociales fueron, en muchos aspectos, reaccionarias, y su política con los parados no fue muy diferente. Tuvo poco que ofrecer a una juventud idealista, consciente de la creciente amenaza del fascismo en la Europa central y de la miseria reinante en las zonas más castigadas de su país. Sin embargo, preciso es reconocer que, al intro-

La situación de los parados en Gran Bretaña se refleja con dramatismo en este fragmento de un cartel electoral.

1



2



1 **«Salomé 1931»: Henderson, jefe laborista y nuevo rey Herodes, aprueba el sacrificio de Thomas y MacDonald.** *2* **MacDonald recibe a los periodistas días después de su expulsión del Partido Laborista; sus antiguos partidarios consideraron que su manera de actuar era una verdadera traición.**



El Gobierno nacional de 1931: de pie, y de izquierda a derecha, Cunliffe-Lister, Thomas, Reading, Chamberlain, Hoare; sentados y en el mismo orden Snowden, Baldwin, McDonald, Samuel, Sankey.

ducir las técnicas de la economía dirigida, fue responsable de una ruptura definitiva con el pasado y dio un paso decisivo en el camino que conduciría al tipo de economía que Gran Bretaña ha profesado desde el año 1945, con lo cual contribuyó a facilitar una existencia más agradable y próspera que la disfrutada en cualquier otra época por el pueblo británico.

Un gobierno popular

Tal vez se deba a ello que consiguiera un apoyo popular más pleno que cualquier otro de sus predecesores. En 1935, Ramsay MacDonald retiróse por fin de su cargo, y Stanley Baldwin se instaló en el número 10 de Downing Street. Poco después se celebraron elecciones generales y, aunque la oposición laborista experimentó una mejoría, el Gobierno mantuvo una mayoría de 274 escaños. Dos años después, Baldwin dimitió a su vez, y al propio tiempo MacDonald cesó en sus actividades para morir en alta mar poco más tarde. Chamberlain convirtióse en primer ministro, pero el Gobierno experimentó muy escasas modificaciones y todo parece indicar que, de haberse celebrado elecciones en 1939 o en 1940, de nuevo hubiera consolidado su posición: caería al final, pero no a causa de una impopularidad en el electorado, sino de la revuelta de quienes lo apoyaban en la Cámara de los Comunes. Y esa rebelión no se debió a acontecimientos internos, sino al fracaso de su política exterior.

David Marquand

John Maynard Keynes y la revolución económica

John Maynard Keynes (1884-1946) fue uno de los pocos hombres que entendieron un poco las causas de la depresión que asoló a Europa durante casi todos los años de entreguerras. Fue, por consiguiente, uno de los economistas de mayor talla que hayan existido. Pero fue más que eso, pues por el número de sus escritos y su labor de polemista alcanzó una notable popularidad: un admirador ha sugerido que los futuros historiadores denominen «Período keynesiano» al que se sitúa en el centro del siglo XX.

Keynes enseñó economía en Cambridge, ocupó cargos en la Tesorería británica y recibió el título de barón en 1942. Sólo puede comprenderse la significación de su figura si se tienen en cuenta las condiciones económicas de los años de entreguerras, de esos tiempos turbulentos en los cuales Keynes produjo la mayor parte de su obra. Durante este tiempo la economía mundial se hallaba en crisis, y se alejaban más y más la estabilidad y la prosperidad de los días anteriores a la guerra, conforme los hombres de Estado luchaban con unos problemas que escapaban a su comprensión. Durante los años veinte, la prosperidad y la depresión se hallaban desigualmente repartidas, pues mientras Gran Bretaña, en especial, se veía amenazada por las dificultades en que se hallaban sus grandes industrias del norte de Inglaterra, de Escocia y de Gales del Sur, Norteamérica vivía en la prosperidad, aunque pocos alcanzaban a ver sobre cuán endebles cimientos ésta estaba edificada. Así, a inicios de los treinta, sobrevino la depresión más catastrófica y general conocida hasta el momento. Ella afectó a casi todos los países del mundo. Los bancos cerraban sus puertas, los negocios se venían abajo, mermaba la producción, disminuía el comercio exterior y se alargaban las colas de los que imploraban ayuda. El síntoma más patente del malestar económico fue el desempleo. En Gran Bretaña, el número de los parados raras veces fue inferior al de uno entre diez durante los años que mediaron entre las dos guerras y, en los momentos de máxima depresión, más de uno de cada cinco se encontraban sin trabajo. En otros países, como por ejemplo Estados Unidos, Alemania y Australia, la situación fue incluso peor.



John Maynard Keynes. Describió sus propios textos como «las predicciones de una Casandra que nunca influirían en el curso de los acontecimientos futuros». Tras la Segunda Guerra Mundial se vio que había diagnosticado con acierto el fenómeno de la Depresión.

¿Qué ayuda pudieron encontrar los aturdidos políticos en los economistas y en los expertos de las finanzas? ¿Qué remedios tuvieron a mano contra las apremiantes contingencias económicas? Increíblemente, las teorías económicas hasta entonces aceptadas resultaron ineficaces. La ciencia económica se basaba en supuestos anticuados y, ante los problemas del siglo XX, se mostraba impotente. En particular, los «economistas clásicos», como Keynes los llamaba, no tenían respuesta para el problema del desempleo. Según sus teorías, el desempleo había de conducir a una reducción de los jornales y a unos costos más bajos de producción; ello, a su vez, había de engendrar una mayor demanda de los productos industriales, a la que seguirían mayores inversiones y mayor número de puestos de trabajo. Así, la inexorable ley de la oferta y la demanda, la férrea ley que impera en los mercados, había de solucionar el problema. El Gobierno no tenía que intervenir: debía equilibrar su presupuesto y no destinar fondos a obras públicas con la finalidad de proporcionar puestos de trabajo (pues ello significaría simplemente dirigir los fondos del sector privado al público sin que resultara diferencia alguna en el número total de puestos ocupados). Dejada a sí misma, la economía siempre llegaría a una situación de empleo total.

Pero era evidente que las cosas no iban así: el desempleo y el desaprovechamiento de la capacidad de las industrias se convirtieron en una tónica constante de los años veinte y treinta. A Keynes le incumbe el mérito de haber enfocado acertadamente este problema en varias obras que señalaban un nuevo rumbo. Fue demoliendo en ellas los postulados de la vieja economía. Las teorías de Keynes tienen que ver con un mundo real, un mundo en el que la presión de los sindicatos puede refrenar las reducciones de salarios y en el que los aranceles pueden paliar los efectos de la competencia internacional. En una palabra, Keynes tiene en cuenta las restricciones que a la vida económica pueden ofrecer ciertas instituciones y que pasaron inadvertidas a la anterior generación de economistas.

Keynes demostró que es posible llegar a una situación de desempleo permanente y, lo que es más importante, fue capaz de sacar de sus análisis ciertas conclusiones relativas a la política, en tal forma que, debido en gran parte a sus obras, los economistas pudieron orientar a los hombres de Estado sobre la forma con que debía tratarse el problema de la depresión.

Según Keynes, las raíces de la depresión se hallan en la inadecuada demanda privada. Para favorecer la demanda hay que facilitar al pueblo los medios para que pueda gastar. La conclusión es la de que no debería considerarse el reparto simplemente como un debe del presupuesto que hay que mantener al mínimo, sino como un medio por el cual la demanda puede aumentar y estimular la oferta. Por otra parte, una demanda reducida significa que no se ha invertido lo suficiente para producir la cantidad de artículos requerida para asegurar el pleno empleo. Los Gobiernos deberían, por consiguiente, fomentar las inversiones rebajando los tipos de interés (política de «moneda barata») y emprendiendo un extensivo programa de obras públicas, las cuales procurarían empleo y elevarían la demanda de productos industriales. En esta forma, o sea combinando la política monetaria con un programa de gastos a cargo del Gobierno, podría combatirse la depresión. Keynes tituló su obra más importante «The General Theory of Employment, Interest and Money». Fue publicada en 1936.

La «revolución keynesiana» fue, por consiguiente, una revolución teórica y política a la vez. En unas circunstancias en que parecía desmoronarse el mundo capitalista, Keynes le trazó las directrices para que pudiera sobrevivir. Era enorme el abismo entre las propuestas keynesianas y la vieja tradición del «laissez-faire». Contra la inhibición gubernamental, Keynes abogaba por una activa participación del Gobierno en la vida económica. Absurdamente, algunos contemporáneos consideraron que tales doctrinas se acercaban peligrosamente al socialismo, y la misma opinión les mereció la política del «New Deal» de Roosevelt, que en muchos puntos era afín al pensamiento de Keynes. De hecho, Keynes fue el apologista de una economía mixta en la cual la empresa libre coexistía con una decidida actividad gubernamental.

Durante toda su vida, Keynes no dudó nunca en luchar por aquellas causas de las que estaba convencido. Se interesó por las candentes cuestiones de su tiempo y se convirtió en una figura pública de una talla que pocos académicos han alcanzado. Su «Economic Consequences of the Peace» constituyó una crítica condenatoria de las reparaciones impuestas a Alemania en 1919, y el tiempo había de demostrar que Keynes estaba en lo cierto. En 1925 se opuso resueltamente a las condiciones de la vuelta a un patrón oro y publicó su contundente «Economic Consequences of Mr. Churchill».

Keynes no se contentó con dirigirse solamente a unos pocos especialistas en economía: deseaba un auditorio más numeroso y, con la finalidad de interesar al público en general, escribió numerosos artículos en los periódicos.

Sin embargo, antes de la Segunda Guerra Mundial no se concedió mucha atención al mensaje de Keynes. Sus escritos, según sus propias palabras, no fueron sino «las predicciones de una Casandra que nunca influirían en el curso de los acontecimientos futuros». Sus ideas hallaron oposición en varios economistas tradicionales y en algunos elementos del Gobierno, convirtiéndose desde entonces en materia de aguda polémica y controversia. Pero si todavía se discuten ciertos detalles de los análisis de Keynes, no puede ponerse en duda la importancia de su obra. Si el mundo se halla actualmente en condiciones de evitar una catástrofe económica como la que tuvo lugar en los años treinta y si los Gobiernos son capaces de llevar a cabo una política de pleno empleo, ello se debe en gran parte a Keynes, quien derribó los postulados en que se apoyaba la economía tradicional y nos descubrió un poco más el funcionamiento de la economía moderna.

Malcolm Falkus

Las democracias nórdicas

En la década de los treinta, los países escandinavos —Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia—, considerados como los pacificadores del siglo XX, encabezaban el progreso social y político del mundo. En más de un sentido, estaban adelantados a su época.



El rey danés Cristián X cruza la antigua frontera tras el plebiscito de 1920 en el cual la población de la zona septentrional del Schleswig del Norte votó su retorno a Dinamarca.

Aunque los tres pequeños reinos escandinavos de Suecia, Noruega y Dinamarca habían conseguido mantenerse neutrales durante la Primera Guerra Mundial, no pudieron escapar a sus efectos. Los usureros hicieron fortuna mientras los trabajadores sufrían por la rápida subida de los precios, y, después de que los Estados Unidos abandonaron la neutralidad, se intensificó el bloqueo aliado a las potencias centrales, a causa de lo cual sufrieron hambre los países que aún se mantenían neutrales. Los submarinos alemanes causaron estragos entre los buques escandinavos puestos al servicio de los aliados: Noruega perdió la mitad de su flota mercante, que ocupaba el cuarto lugar entre las mayores del mundo, y 2.000 hombres de la tripulación. La Revolución Rusa contribuyó también a hacer

del último año de la guerra un período de aguda tensión social: durante unos días las calles de Copenhague se cubrieron de barricadas y banderas rojas, en algunas partes de Noruega se crearon soviets (consejos) de obreros, e incluso de soldados, y en Suecia un partido republicano extremista de izquierda se ganó el apoyo de los mineros del norte del país.

Retrospectivamente, el mayor efecto del período de guerra fue el avivamiento de un sentido de unidad. Ya el 8 de agosto de 1914, Suecia y Noruega firmaron un tratado para prevenir que fueran arrastradas a campos enemigos: una manera de enterrar el recuerdo de la amarga disputa que tuvieran en 1905. En 1914 —y nuevamente en diciembre de 1917— los tres reyes y sus ministros sostuvieron conversaciones en las que se puso de relieve la amistad entre sus respectivos pueblos, y se llegó a resultados prácticos que redundaban en beneficio mutuo: el cambio de productos agrícolas daneses por productos industriales suecos y nitratos noruegos. Este acuerdo fue sumamente importante, ya que permitía a Escandinavia desarrollarse como si estuviese dotada de unidad política.

Noruega recibió, en 1920, el reconocimiento internacional de su soberanía sobre el archipiélago de Svalbard, una tierra de nadie en el Ártico, y más tarde obtuvo una porción de la Antártida. Dinamarca había vendido a los Estados Unidos, durante la guerra, su última posesión tropical, las Islas Vírgenes, después de lo cual los norteamericanos aceptaron que extendiera sus derechos de soberanía sobre la totalidad de la vasta y desocupada costa oriental de Groenlandia. Otros países aprobaron entonces esta decisión, con excepción de Noruega. Pero todos los daneses tenían en aquellos momentos las miradas puestas en Jutlandia. El descontento que produjera la pérdida del Schleswig-Holstein en la guerra de 1864 se había agravado por el hecho de que los alemanes nunca habían consentido en que se celebrara un plebiscito en los distritos fronterizos, según lo dispuesto en el Tratado de Praga de 1866. Cuando las potencias aliadas reclamaron que se reparase finalmente esta injusticia, el Gobierno danés dio muestra de gran prudencia y ponderación al convenir que se delimitaran estrictamente las zonas electorales. En la zona más cercana a Dinamarca tres votos contra uno fueron en favor de la reincorporación a la patria, pero hubo que aceptar la pérdida de algunas plazas de la segunda zona —incluyendo Flensburg, que se hubiera convertido en la tercera ciudad de Dinamarca—, donde la votación acusó la larga y continuada política de infiltración alemana en el que antaño había sido territorio danés. Aun así, el 10 de julio de 1920, cuando el rey Cristián X cabalgó desde la antigua frontera hacia el Schleswig septentrional, a través de un mar de banderas danesas, fue el día más feliz en la historia de Dinamarca después del largo período de decadencia que siguió a la victoria de Nelson en aguas de Copenhague, en 1801.

Sin embargo, el acontecimiento más importante para la posición de los Estados escandinavos fue la independencia de Finlandia. Durante más de un siglo, Finlandia, un Estado semiindependiente en territorio ruso, había tenido que soportar los efectos de un opresivo programa de rusificación. Una corta pero dura guerra civil siguió a la proclamación de la independencia en 6 de diciembre de 1917. Los «blancos», bajo las órdenes del general Gustav Mannerheim, contaban con el apoyo no sólo de los cazadores (fusileros) finlandeses sino también de una fuerza expedicionaria alemana, mientras los «rojos» eran apoyados por el nuevo régimen bolchevique. Cuando los «blancos» se alzaron con la victoria —y después de dejar que por lo menos 10.000 de sus enemigos murieran en campos de concentración—, la nueva Finlandia buscó en Escandinavia una especie de contrapeso a las influencias rusas y comunistas. Las facilidades que había encontrado en Suecia para el aprovisionamiento y el transporte de municiones y la ayuda de oficiales suecos voluntarios habían sido un factor importante en la victoria. Pero más decisivo fue el hecho de que, debido a la secular influencia de Suecia sobre Finlandia (hasta 1809), un diez por ciento de los finlandeses, precisamente los que disfrutaban de mejor posición social y económica, eran de habla sueca. Hacia 1930, sin embargo, las nuevas corrientes democráticas fueron desalojando al sueco de la universidad y de otros sitios privilegiados, lo que no impidió que continuara siendo la segunda lengua oficial, a través de la cual Finlandia pudo todavía mantener un pie en el campo escandinavo.

La población sueca —seis millones de habitantes, casi el doble que la de cualquiera de los otros tres países— y los recursos económicos, que hicieron de Suecia el primer país de Europa capaz de restablecer el patrón oro de la preguerra, le dieron cierta preeminencia en Escandinavia. Finlandia era el más pobre, el más primitivo y el menos unificado de los cuatro países. Noruega, aunque el menos poblado, tenía contactos con todas las partes del mundo a través de su flota mercante, reconstruida después de la guerra a base de un mayor número de motonaves y buques cisterna. La importancia de Dinamarca, por otra parte, derivaba hasta cierto punto de las relaciones que seguía manteniendo con Islandia, donde la guerra había precipitado la constitución de un Gobierno autónomo bajo la corona danesa. En la práctica, ello dejaba en manos del Gobierno danés las relaciones exteriores de aquella remota y escasamente poblada isla del Atlántico. Pero, a pesar de las diferencias que en la extensión del territorio y en importancia económica —especialmente en lo que respecta al comercio— presentaban estos Estados, constituían un grupo reconocible, al que ellos mismos denominaban el «Norte». En 1919, se fundó una asociación voluntaria *(Foreningen Norden)* que estableció numerosas ramas en cada país, incluyendo Islandia, para promover la solidaridad y la mutua comprensión.

El «desayuno de Oslo»

El sistema de gobierno de estos países los situaba entre los Estados más democráticos de Europa. Tanto Suecia como Dinamarca introdujeron el sufragio universal después de la guerra, redujeron el poder de la Cámara Alta en la Legislatura y reforzaron la posición de la Cámara Baja en relación con la Corona. En febrero de 1914, Gustavo V de Suecia, deseoso de rearmar a su país, impuso, a pesar de la oposición del Parlamento, la constitución de un ministerio minoritario dirigido por Hjalmar Hammarskjöld, el padre del futuro secretario general de las Naciones Unidas. Aun cuando en este caso los acontecimientos justificaron su decisión, no volvió a recurrir a una medida semejante en los treinta y seis años de su reinado. En Dinamarca, en 1920, una provisión similar del rey fue frustrada por la amenaza de una huelga general. En Noruega, donde el sufragio universal databa de 1913, la mayoría dictaba la ley a partir de la pequeña revolución parlamentaria que en 1905 llevó al trono a Haakon VII. En cuanto a Finlandia, que fue la primera nación europea en introducir, en 1907, el sufragio universal, había avanzado más aún en la vía de la democracia directa, pues en lugar de procurarse un régimen monárquico, como



1



2





había previsto al principio, optó por la república. De todas maneras, debe admitirse que la democracia finesa estuvo amenazada a lo largo de este período por una corriente de violencia. En su origen ésta fue en parte comunista, pero los tres pequeños partidos fascistas de raíz finlandesa llamaron más la atención, especialmente en ocasión del secuestro de un antiguo presidente de la República con objeto de deportarlo a territorio ruso. Muy característico de este país fue el hecho de que el Ejército Blanco perduró en la forma de una Guardia Cívica, que era independiente de las fuerzas armadas regulares e imponía un cierto ideario político a sus miembros.

Sin embargo, Finlandia, al igual que los otros tres Estados, cayó bajo el control de los socialdemócratas, un partido obrerista parlamentario, cuyo ascenso pasó inadvertido al principio a causa del sistema de representación proporcional, lo que dio lugar a una serie de coaliciones ministeriales de poca duración. En 1920, Suecia —bajo la jefatura de Brantig— contó con el primer gobierno socialdemócrata del mundo que supo proponer un programa socialista no revolucionario. Pero fue en los años treinta cuando el partido triunfó, a través de una alianza entre la clase trabajadora industrial y los campesinos más pobres. Al finalizar la década, los socialdemócratas estaban en el poder en toda Escandinavia. Los primeros ministros sueco y danés, Hansson y Stauning, eran ambos sindicalistas, y se habían convertido en líderes nacionales casi sin encontrar oposición. En Noruega, el laborismo fue confirmado en el poder en las elecciones de 1936. Aun en Finlandia, donde el recuerdo de la guerra civil impidió durante un tiempo que la socialdemocracia fuese considerada según su verdadera importancia, su máximo representante, Väino Tanner, fue ministro de Hacienda en un Gobierno de coalición.

Izquierda: 1 **Decoración mural del Palacio Municipal de Oslo; su autor, Henrik Sorensen, presenta en ella los ideales de la sociedad escandinava, centrados en la familia.** *2* **«El monolito», de Gustav Vigeland, en Oslo; rasgo típico de la liberal actitud escandinava respecto del arte es la notable protección oficial de los artistas, circunstancia que, en todo caso, significa generosidad, pero no siempre buen gusto.** *3* **De izquierda a derecha, Haakon VII de Noruega, el presidente finlandés Kallio, Gustavo V de Suecia y Cristián X de Dinamarca, reunidos en noviembre de 1939 en Estocolmo para ratificar su política de neutralidad.** *4* **El «desayuno de Oslo», servido gratuitamente en las escuelas, es una de las manifestaciones del paternalismo estatal que tanto ha arraigado en Escandinavia.** *5* **Mannerheim, general «blanco», jefe supremo del Ejército finlandés y líder político.**

En Escandinavia, como en todas partes, la Primera Guerra Mundial estimuló la intervención estatal en la vida social y económica, y, en los años veinte, Finlandia y Noruega llamaron la atención con un experimento «prohibicionista» que, de todos modos, resultó infructuoso. Los cuatro países estimularon su población rural —todavía mayoritaria— mediante medidas tendentes a fragmentar las grandes propiedades, y crear nuevas granjas en tierras no aprovechadas hasta el momento. Comparada con la de Gran Bretaña, la sociedad escandinava era de tendencias más socializantes, y por ello aceptó más rápidamente la idea de que determinados servicios, como la sanidad y la educación, corrieran a cargo del Estado: en 1925 el mundo se enteró, admirado, del «desayuno de Oslo», que se servía gratis en todas las escuelas y estaba compuesto fundamentalmente de platos nutritivos, como zanahorias crudas. Pero estos países se distinguieron principalmente por el impulso que sus respectivos Gobiernos dieron al movimiento cooperativista. Hacia 1939, los métodos de venta cooperativa, que tan buenos resultados habían dado a los productores daneses de leche y de cerdos, alcanzaban ya a las pesquerías del norte de Noruega; podían encontrarse establecimientos cooperativos de venta hasta en las aldeas más pequeñas; en Suecia, las industrias cooperativas habían roto con el imperativo de los precios, y se comenzaba a ensayar el sistema cooperativo de viviendas.

En cuanto a política exterior, los pueblos escandinavos figuraban entre los más entusiastas defensores de la Sociedad de las Naciones, que para ellos representaba la plasmación de la ley. En el noruego Fridtjof Nansen, le procuraron el líder que trabajó con mayor eficiencia en favor de los refugiados y las víctimas del hambre. Y dieron el ejemplo, que tanto se necesitaba, de someterse sin discusión a las decisiones de la Sociedad a pesar de no ser de su agrado. Así, en 1921, los suecos aceptaron la adjudicación de las Islas Åland a Finlandia, aunque estaban a 25 millas de la costa sueca, habían sido anteriormente suecas y habían votado abrumadoramente por incorporarse nuevamente a Suecia en un plebiscito efectuado bajo los auspicios de la Sociedad. En 1933, los noruegos también se sometieron a la decisión del Tribunal de La Haya que se oponía a su intento de considerar el este de Groenlandia como una tierra de nadie en la que pudiera plantarse el pendón noruego.

Una confianza excesiva en el poder de la Sociedad de las Naciones favoreció en estos países la política del desarme. Éste se llevó a cabo de un modo más radical en Dinamarca, pero también Noruega llegó a contar con menos medios de defensa que en 1914. En Finlandia, donde en 1931 Mannerhein ocupó de nuevo la presidencia del Consejo de Defensa, se construyeron defensas provisionales a lo largo de los setenta y dos kilómetros del istmo de Carelia, para impedir cualquier ofensiva por tierra desde Leningrado. Suecia, como Finlandia, tenía miedo a Rusia, pero sus recursos industriales la convertían en el único país escandinavo con una importante industria bélica. Consecuencia de ello fue el hecho de que, después de seguir a los otros países, durante los años veinte, en la política del desarme, en los treinta se hallaba en mejores condiciones para reconstruir su potencial defensivo. En 1936 se decidió a modernizar el Ejército y aumentar la fuerza aérea; dos años después, Rusia se opuso al intento sueco de procurarse el permiso de la Sociedad para fortificar de nuevo, junto con Finlandia, las islas Åland, que durante tanto tiempo eran objeto de disputa y habían sido desmilitarizadas después de la guerra de Crimea.

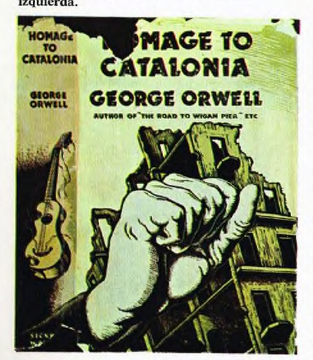
En estos momentos, sin embargo, Alemania era la que proyectaba la sombra más densa sobre los pequeños países del Norte. La Sociedad de las Naciones empezaba a convertirse más en un signo negativo que positivo, y en 1938 los países escandinavos se dieron cuenta de que no convenía seguir apoyando las sanciones de la Liga, que podían significar un peligro de guerra. En la primavera siguiente, Dinamarca, inducida por la necesidad de evitar cualquier acción que pusiera en peligro su frontera meridional, firmó ella sola el pacto de no agresión que Hitler había ofrecido a todos los países escandinavos. Pero, más allá de los pactos, estos países decidieron mantenerse al margen de cualquier conflicto inminente entre las grandes potencias, y abrigaron la esperanza de que juntos podrían mantenerse neutrales, como la Escandinavia de la Primera Guerra Mundial.

T. K. Derry

Escritores e ideologías

La atracción revolucionaria de Rusia, la gran depresión mundial, la guerra civil española y la amenazadora sombra de otra guerra mundial, fueron temas que habían de quedar reflejados en la literatura de la década de 1930.

La cubierta de la obra del escritor británico George Orwell *Homage to Catalonia* («Homenaje a Cataluña»); el autor, que luchó en la guerra civil española junto al bando gubernamental, describe en el libro las experiencias obtenidas en la contienda. *Abajo:* Sartre, cuya convicción de la insensatez de la civilización moderna lo llevó hacia posiciones de extrema izquierda.





Los años de 1920, la década que presidió la obra más característica de Eliot y Joyce, de Proust y Gide, fue un período de confiada experimentación artística. Los maestros del movimiento moderno, que habían adquirido un papel preponderante en la literatura occidental a partir de 1900, buscaron una nueva expresividad que les permitiese exponer las inquietantes complejidades —tanto físicas como psicológicas— de la experiencia del siglo XX. Pero en 1930 gran parte de ese ímpetu había desaparecido en el movimiento experimental, y resultaba ya más difícil sustentar el ideal de una triunfal autosuficiencia en el arte. La historia, con sus formas cada vez más amenazadoras, empezaba a gravitar intensamente sobre el escritor, y éste tuvo que someterse a un mundo asolado por la gran depresión internacional, iniciada por la crisis de Wall Street en 1929, mientras los diversos movimientos marxistas auguraban que la sociedad capitalista tenía las horas contadas.

La Rusia soviética ofrecía a muchos la promesa de una nueva sociedad que se estaba forjando, pero resultaba evidente que en ella no había lugar para las tradicionales virtudes liberales, tan caras al intelectual occidental. Estas virtudes se hallaban amenazadas, de un modo más inmediato y violento, por el creciente ascenso del fascismo en Europa, y muchos escritores se aferraron al comunismo como único medio para defender los valores humanos. La guerra civil que estalló en España en 1936 dio la impresión de ser una batalla única entre la democracia y el fascismo, y en todo el mundo hubo escritores que abrazaron la causa de la República Española, si bien lo que se hallaba en juego no respondía a una definición tan somera. En Extremo Oriente, Japón y China estaban en guerra desde 1937, y en los últimos años de esta década predominó la premonición de que no podía tardar mucho en estallar una segunda guerra mundial. En semejante situación, los escritores forzosamente tenían que expresar su preocupación por las realidades históricas y políticas, aunque la mayoría de ellos se abstuvieron de comprometerse ideológicamente con una causa política, por lo menos de forma total.

El final de la década de 1920 y el comienzo de la siguiente se caracterizaron por una expresión internacional de pacifismo y aborrecimiento de la guerra. En diversos países, aquellos escritores que habían tenido la suerte de sobrevivir al conflicto de 1914-18 trataron de plasmar sus recuerdos en novelas ó autobiografías que expresaban todo el horror y la futilidad de la guerra: *La muerte del héroe*, de Richard Aldington, en Inglaterra; *El fuego*, de Henri Barbusse, en Francia; *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway, en Estados Unidos; *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, en Alemania. Sin embargo, en 1929 el alemán Ernst Jünger testimonió, con *Tempestades de acero*, que la actitud tradicional frente a la guerra no se había extinguido: la obra es un canto al militarismo.

La sombría visión de Kafka

Un elemento profético se encuentra en la obra de un gran escritor fallecido prematuramente en 1924: Franz Kafka, judío checo que escribió en alemán. Kafka fue un autor de temperamento profundamente atormentado, cuyas obras principales revelan una visión agudísima de las realidades del siglo XX. Kafka escribió como un alegorista constantemente preocupado por el acoso que sufre el individuo por parte de unas fuerzas arbitrarias, impersonales, inhumanas. En *El proceso*, narra la historia del infortunado José K., que es detenido por un delito cuya naturaleza jamás llega a saber, sometido a una serie de ininteligibles interrogatorios y humillaciones y finalmente ejecutado. *El proceso* ofrece una impresionante anticipación de la subyugación a la que las sociedades totalitarias de la década de 1930 someterían la conciencia y la voluntad del individuo. La visión profética de Kafka parece haber sido igualmente relevante en lo que se refiere a los fascismos como a la vida en Rusia en la época de las purgas ordenadas por Stalin. No en vano se ha generalizado el adjetivo «kafkiano» para describir las actividades de una burocracia arbitraria e inhumana.

La Revolución Bolchevique y las letras

La Revolución Bolchevique de 1917 fue saludada por los poetas rusos como un gran paso hacia la liberación de la humanidad. Así la juzgó Alexander Blok en *Los doce*, notable poema que canta la Revolución. Sin embargo, durante la década de 1920, el clima soviético resultó cada vez menos idóneo para el cultivo de la poesía, y dos de los poetas rusos mejor dotados, Sergei Iesenin y Vladimir Maiakovski, se suicidaron. Durante las purgas de la década siguiente, desapareció el poeta Osip Mandelshtam, al igual que el brillante autor de narraciones cortas Isaac Babel, cuya *Caballería roja* es de lo mejor que se ha escrito sobre los años de consolidación militar del régimen bolchevique.

No obstante, para muchos escritores de diversas nacionalidades la Unión Soviética todavía aparecía como un esplendoroso faro de esperanza. Algunos de ellos se convirtieron en comunistas militantes, como el poeta y dramaturgo alemán Berthold Brecht, el poeta chileno Pablo Neruda, galardonado con el Premio Nobel en 1971, o el español Rafael Alberti.

El surrealismo

En Francia, durante la misma década, los poetas surrealistas mostraron una vigorosa adhesión a la causa de la revolución. El surrealismo apareció en los años veinte como un movimiento literario y pictórico que tendía a nutrirse en la fuente del descubrimiento freudiano de la mente inconsciente. Los surrealistas deseaban mezclar el contenido de la mente inconsciente con la realidad ordinaria y cotidiana, y con ello formar una nueva «superrealidad» semejante a un sueño. Su obra aspiraba a causar un impacto y a veces conseguía una belleza extraña y desconcertante; por su propia naturaleza destruía las tradicionales bases de la literatura y del arte. Aunque el surrealismo no fuese un movimiento plenamente francés, su centro principal radicaba en París, y los surrealistas se convirtieron en parte de la tradición francesa de disentimiento radical, una tradición cuyo objetivo principal consiste en *épater le bourgeois.*

Durante la década de 1930, se orientaron políticamente hacia la izquierda y pregonaron que sus propias tendencias antitradicionalistas y antiburguesas, así como su vinculación a una realidad nueva, correspondían a los objetivos de los revolucionarios políticos. Por consiguiente, poetas surrealistas como Louis Aragon y Paul Eluard se afiliaron al Partido Comunista Francés, a pesar de que los comunistas consideraban a los surrealistas más bien una rémora. Posteriormente, Aragon se transformó en un burócrata literario del partido. Eluard, en su mejor época, fue un exquisito poeta lírico, cuyo arte logró trascender tanto su filiación política como las exigencias paradójicamente doctrinarias del programa surrealista.

El Congreso de Escritores de 1937. Orwell, Céline, Sartre y Malraux

En 1937, celebróse en la España republicana un congreso de escritores al que asistieron Hemingway, Spender, Malraux, la mayoría de los más destacados «intelectuales de izquierda», y los poetas españoles alineados junto a la República. Federico García Lorca, sin duda el más famoso de los poetas españoles modernos, había sido una de las primeras víctimas de las pasiones desatadas por la guerra. Su poesía y su teatro combinaban elementos tradicionales españoles, en particular andaluces, con una refinada interpretación personal de los métodos de la poesía surrealista.

Las esperanzas suscitadas por la lucha en España se desvanecieron al ser derrotada la República en 1939, pero mucho antes había cundido ya entre muchos la desilusión. George Orwell contóse entre los escritores extranjeros que se trasladaron a España para empuñar las armas, y allí luchó bravamente hasta que lo hirieron de gravedad. Describió sus experiencias en su *Homenaje a Cataluña*, que bien merece ser considerado como el mejor libro de Orwell y como una obra maestra de la literatura de tema bélico. Orwell se escandalizó al presenciar los métodos empleados por los comunistas para tratar de adueñarse de los diversos resortes políticos de la España republicana, eliminando de forma implacable a otros grupos políticos izquierdistas. Pero en 1938 el mensaje de Orwell fue una prédica en el desierto.

El fervor suscitado por la guerra civil española y su significado simbólico produjeron numerosas obras; en la novelística fue plasmado por dos autores de gran renombre: el norteamericano Hemingway *(Por quién doblan las campa-*



George Orwell fue el seudónimo de Eric Blair. El escritor, profundamente socialista, se desencantó del comunismo de estilo ruso durante la guerra civil española.

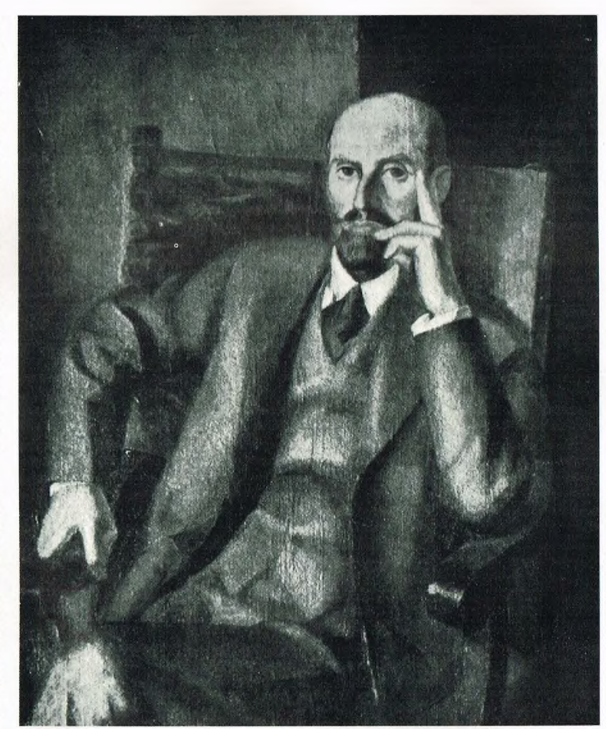


Arriba, izquierda: **Maiakovski, virtualmente poeta oficial del comunismo; desengañado, suicidóse en 1930.** *Arriba, derecha:* **Kafka, profeta del totalitarismo al considerar las fuerzas arbitrarias e impersonales que agobian al individuo.** *Abajo, izquierda:* **cartel norteamericano dirigido contra Pound a causa de sus simpatías por el fascismo; en 1941 habló por radio desde Roma en favor de éste, y ello le valió un proceso, del que, sin embargo, pudo librarse al ser considerado desequilibrado mental.** *Abajo, derecha:* **Campbell, partidario de Franco.** *Al pie:* **Brecht, famoso dramaturgo alemán comunista.**



nas) y el francés Malraux *(L'Espoir)*. Entre los partidarios más conspicuos de Franco figuraba el poeta católico francés Paul Claudel.

George Orwell (seudónimo de Eric Blair), que fue más bien ensayista y periodista que novelista, es una de las figuras más interesantes de esta época en la Gran Bretaña, autor de magníficos retratos del joven intelectual, del obrero parado, arrancados de su propia experiencia. En Francia hay que mencionar a Louis-Ferdinand Céline, cuya sórdida autobiografía *(Voyage au bout de la nuit)*, bajo forma novelada, es un libro de gran originalidad. Céline fue atraído por el fascismo, como el poeta norteamericano Ezra Pound, una de las voces poéticas más vigorosas de nuestro tiempo. Las obras juveniles de André Malraux *(La condición humana)* mostraron un vivo interés por la experiencia comunista asiática. Jean-Paul Sartre publicó, en 1938, una prometedora novela, *La náusea*. Pero la irradiación de su pensamiento se sitúa después de la Segunda Guerra Mundial.



Juan Ramón Jiménez, retratado por Vázquez Díaz. Poeta quizás el más líricamente esencial de cuantos han escrito en lengua castellana, nada le escapó de cuanto pueda haber de poesía en la percepción humana del mundo, la vida y sus interrelaciones.

Las letras hispánicas

Durante el período comprendido entre las dos guerras mundiales, la literatura española ofrece una evolución paralela a la del resto de Europa: el predominio de preocupaciones simplemente estéticas durante la década de 1920 deja paso, después, a motivaciones políticas o sociales. El reflejo entre nosotros de los movimientos de la vanguardia literaria europea significa la muerte de las delicuescencias modernistas. En este aspecto es indudable la importancia de Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), que ha de mostrar constantemente —vida y obra— una abierta ruptura con todo lo convencional: preside las tertulias sabatinas de «Pombo» (que concluyen de madrugada con el rito de las cinco vueltas a la Puerta del Sol), pronuncia conferencias a lomos de un elefante o subido a un trapecio o vestido de torero, reúne en su casa los más absurdos objetos comprados en el Rastro, y su variadísima obra es, como las «greguerías», manifestación de un juego intelectual que se columpia entre la pirueta cómica y el lirismo poético. Ramón y su humorismo, basado en un concepto grotesco del hombre y de la vida, pesa mucho en el mundillo literario madrileño de la primera posguerra. En cierto modo, es él el que prepara el terreno a los ultraístas.

El «Movimiento Ultra» surgió en 1918, en la tertulia del «Café Colonial», alrededor de R. Cansinos Asséns. Pretendía ir «más allá» de las fórmulas literarias vigentes: lo real había de ser sustituido por la metáfora y la imagen, se proscribía la puntuación y lo sentimental y lo anecdótico; el valor visual del poema se realzaba por medio de una libre distribución tipográfica del verso. Los ultraístas publicaron un manifiesto y dejaron su impronta en revistas *(Grecia, Cervantes, Tableros, Horizonte, Vértices)*, la más representativa de las cuales fue *Vltra* (1921-1922); pero era el suyo un arte oscuro y demasiado cerebral, a pesar de su desenfado, para que pudiera asimilarlo el gran público. Y tuvo una vida efímera. Aunque se consideraron ultraístas buen número de escritores en sus juveniles comienzos (Cansinos Asséns, Vicente Huidobro, J. L. Borges, J. Larrea, X. Bóveda, P. Garfias, Adriano del Valle, etc.), el ultraísmo dio pocos libros: *Imagen* (1922), de Gerardo Diego, y *Hélices* (1923), de Guillermo de Torre, el puntual y lúcido historiador de los movimientos literarios europeos de vanguardia. Poco después de la desaparición de la revista *Vltra* (1922), puede considerársele extinguido. Hacia las mismas fechas termina también la poesía catalana de vanguardia

—muy influida por Apollinaire—, cuyo más destacado representante, J. Salvat-Papasseit, fallece en 1924. A diferencia de tantos otros vanguardistas, existe en Salvat-Papasseit una clara atención hacia lo social, tanto en sus poemas como en el *Manifest contra els poetes amb minúscula.*

Juan Ramón Jiménez

Mientras esto ocurre, Juan Ramón Jiménez acentúa el giro dado a partir del *Diario de un poeta recién casado.* Su trayectoria del momento (*Piedra y Cielo,* 1918; *Belleza,* 1923) tiende a lo que se denominará «poesía pura», en la que la palabra aparece descargada de todo artificio retórico. Desde su torre de marfil, la lírica juanramoniana irradia destellos de perfección. «El arte es ciencia», dirá el poeta. Y por esa ciencia poética, la belleza del poema ha de descansar en «lo conseguido con los menos elementos; es decir, lo neto, lo apuntado, lo sintético, lo justo».

Juan Ramón Jiménez sabe que su poesía no puede llegar a todos. Ni lo pretende. Su famosa *Antolojía poética,* aunque publicada en una colección muy difundida, lleva esta dedicatoria: «A la minoría, siempre», y las exigencias del poeta llegan hasta la misma presentación material del poema. Precisamente durante los mismos años de la publicación de *Vltra,* aparece *Indice,* revista que se programa con la activa participación de Juan Ramón Jiménez. En ella, junto a la información sobre literaturas extranjeras y la inserción de originales, tanto de autores consagrados (los Machado, Pérez de Ayala, Gómez de la Serna, Ortega...) como de jóvenes (Salinas, Guillén, García Lorca, Dámaso Alonso, Gerardo Diego), se concede espacio a la tradición poética española, representada por la lírica de los *Cancioneros* de los siglos XV y XVI, letrillas de Góngora y proverbios de Sem Tob.

Puede decirse que si en *Vltra* impera un afán de originalidad y sorpresa, *Indice* apunta hacia la calidad y la exigencia. De ahí la importancia que para los jóvenes representan los juicios y opiniones de Juan Ramón Jiménez, ya afincado en Madrid en esta segunda etapa de su

«La tertulia de Pombo», por José Gutiérrez-Solana. De pie, Ramón Gómez de la Serna, cuyo humorismo, «basado en un concepto grotesco del hombre y de la vida, pesa mucho en el mundillo literario madrileño de la primera posguerra».


POMBO





1 **García Lorca, poeta y dramaturgo que en su obra, truncada prematuramente por la muerte, reúne no sólo lo dramático y lo lírico sino también lo culto y lo popular.** *2* **«La tertulia del Colón», por Xavier Nogués, ya no «goyesca» como la de Gutiérrez-Solana, sino bonachonamente irónica, según corresponde a un pueblo como el catalán, más pragmático y mediterráneo.**

vida en la que, junto a su ininterrumpida labor creadora, se da la del orientador y crítico.

No obstante, *Vltra* e *Indice* o, mejor, ultraísmo y Juan Ramón Jiménez, polos distantes y aun opuestos, se emparejan en cuanto son fruto de una misma actitud simplemente estética: se parte del mundo y del hombre, pero no son ellos los que interesan sino el poema, la propia obra y las propias fórmulas. Este clima propicia el desarrollo de la lírica más que el de cualquier otro género literario. Por ello, en tanto que ni la novela ni el teatro muestran obra destacable durante el decenio de 1920, surje, en cambio, un grupo de poetas que por su calidad son factor determinante para que pueda hablarse de un segundo Siglo de Oro de la lírica castellana. Nos referimos, naturalmente, a la «Generación del 27», denominación que, entre las varias que se le ha aplicado, parece ser la más aceptada.

La generación del 27

Figuran en ella Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Juan José Domenchina, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Emilio Prados, Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre. Todos han nacido alrededor de 1898, poseen estudios universitarios (algunos serán catedráticos de Literatura) y se sienten ligados entre sí por una sincera amistad, nacida del trato personal (en Madrid y, principalmente, en la Residencia de Estudiantes) y de esa común dedicación a la poesía. Colaboran en las mismas revistas (*Indice*, ya citado, *Revista de Occidente, Litoral, Carmen, Sur, Cruz y Raya*...), pero la obra de cada uno posee un sello peculiar e inconfundible que la hace distinta de la de los demás. Por eso, aunque es normal en otras generaciones literarias, en ellos no puede hablarse de un jefe de grupo (Dámaso Alonso hace especial hincapié sobre esto en su obra *Poetas españoles contemporáneos*), y si en determinados momentos la jugosa personalidad de Lorca o la poesía altamente intelectualizada de Guillén parecen servir de aglutinante, ni una ni otra se reflejan en la obra de los demás, ni nada más lejos de cualquier caudillaje que ese comunitario y fraterno sentimiento que los une y que no se romperá ni en las dramáticas circunstancias derivadas del estallido de la guerra civil (1936-39), con todas las consecuencias que para algunos de ellos suponen.

En el número extraordinario de la revista *Intentions* (París, 1924) que, preparado por Valery Larbaud y Antonio Marichalar, está dedicado a «La Jeune Littérature Espagnole», hay un muestrario lírico en el que figuran poemas de Alonso, Diego, García Lorca y Salinas, que ya contaban con una incipiente obra publicada. Estos son, pues, el núcleo inicial del grupo. Pero Alberti, amigo ya de ellos, que en este mismo año expone dibujos y pinturas en el Ateneo de Madrid, está cambiando los pinceles por la pluma. El neopopularismo exquisito, con raíces en la lírica de los Cancioneros, de su *Marinero en tierra* (escrito en 1924), entusiasmará a Juan Ramón Jiménez. Por este libro ha de recibir, en 1925, al alimón con Gerardo Diego *(Versos Humanos)*, el Premio Nacional de Literatura. Los años 1925 a 1927 son significativos para el grupo. El trato mutuo es frecuentísimo y sus poemas, aunque no se reúnan en libro hasta más tarde, abundantes; las revistas y las lecturas en la Residencia van divulgándolos. Los versos de Aleixandre asoman al público, por primera vez (1926), en la *Revista de Occidente* y, en tanto un forzado reposo le retiene en casa,

donde va a verle Dámaso Alonso siempre que puede, nacen los tiernos y juveniles poemas de *Ámbito* (1928). Son éstos los años en los que el suplemento literario de *La Verdad* de Murcia (independizado a partir de 1927 con el título de *Poesía y Prosa*) publica no sólo versos de ellos sino, ya, estudios sobre su poesía. Y son, también, los de la aparición en Málaga de *Litoral*, revista literaria pilotada por Prados y Altolaguirre.

Así llega 1927, año en el que se cumple el tercer centenario del fallecimiento de don Luis de Góngora, el poeta maldito durante tres siglos, pero al que ellos rinden homenaje por ver en él algo que a todos incita: el culto por la imagen como vivificadora de la poesía y la creación de un mundo poético, distante, por bello, de la realidad. Puede decirse, pues, que en 1927 el grupo está consolidado. Su plenitud vendrá con el tiempo y brotará tanto de las personales exigencias artísticas como del enfrentamiento con los problemas fundamentales del hombre.

Aspectos posteriores

Desde un ángulo simplemente literario cabe destacar los puntos de contacto que algunos de ellos tienen con el superrealismo: Aleixandre (*Pasión de la tierra*, 1928-29), Alberti (*Sobre los Ángeles*, 1929), y Lorca (*Poeta en Nueva York*, 1931); la progresiva sustitución de las estrofas tradicionales por el versículo y, en otro sentido, la importancia que alcanzará en García Lorca la poesía dramática.

En cuanto a los contenidos de su obra poética, la plena madurez, alcanzada después de los acontecimientos históricos ocurridos en España y fuera de ella, ha de evidenciar una evolución distanciadora de cuanto en sus comienzos los inspiraba. En este sentido, nada más revelador que confrontar la jubilosa afirmación «el mundo está bien hecho», que un mediodía estampara Guillén en una famosa décima de su primer *Cántico* (1928), con la amarga consideración de que «nunca estará bien hecho el mundo humano» que aparece en *Homenaje* (1967). O ver que, cuando Dámaso Alonso vuelve a publicar versos en 1944, su *Hijos de la ira* se abre con un lamento, «Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres», que le lleva a pasar largas horas preguntándole a Dios «por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid / por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo». O leer en Aleixandre que no cabe en el hombre el aislamiento: «Baja, baja despacio y búscate entre los otros. / Allí están todos y tú entre ellos. / Oh desnúdate y fúndete, y reconócete» (*Historia del corazón*, 1954).

¡Cuán lejos queda el puro goce estético que movía a estos poetas en sus comienzos, pero cuán humana es ahora su poesía! Y no por ello ha perdido un adarme de belleza. Pero hemos dado un salto largo. Conviene regresar a la década de 1930, de tanta importancia políticamente en nuestro país ya que, apenas iniciada, se proclama la Segunda República y, después de tres años dramáticos, de guerra, triunfa en el país un nuevo régimen.

La década de 1930

Durante estos años irrumpe en el remansado campo de la novela castellana el relato (con elementos propios del reportaje) impregnado de preocupaciones sociales o sociopolíticas del aragonés Ramón J. Sender (*Imán*, *O.P.*, *Viaje a la aldea del crimen*), a quien se otorga el Premio Nacional de Literatura (1935) por *Mr. Witt en el cantón* (sobre el cantón de Cartagena, durante la Primera República). Pablo Neruda, instalado en Madrid como cónsul de su país, publica *Residencia en la Tierra*, en la colección «El Árbol» de *Cruz y Raya* (la revista fundada por Bergamín y que, como signo de los tiempos, se subtitula «Revista de afirmación y negación»); su casa es cenáculo de poetas, y su influencia y prestigio sustituyen al de Juan Ramón Jiménez, que tacha a Neruda de «gran mal poeta», por lo que, en desagravio, aparece en tirada especial los inéditos *Tres cantos materiales* del chileno, con un preámbulo firmado por los poetas del momento, desde Salinas y Guillén, hasta los más jóvenes, como el oriolano Miguel Hernández. El ambiente está tenso. En Madrid y en otras capitales, la representación de ciertas obras teatrales va acompañada, al margen de su calidad literaria, de signos de carácter político: así sucede con *El Divino impaciente* (1933), de José María Pemán, que se elogia o censura según el ideario político del comentarista, o con *Yerma* (1934) de Lorca, que se quiere enfrentar a aquélla, o con *Nuestra Natacha* (1935), de Alejandro Casona.

En lo que respecta a Cataluña, la autonomía favorece la actividad literaria en catalán. A los poetas ya consagrados (Carner, Guerau de Liost, Riba, López-Picó, Sagarra) y a los nombres de J. V. Foix, minoritario y superrealista en determinados momentos, y de «Pere Quart» (Joan Oliver), de acre humorismo, hay que añadir, entre las voces más jóvenes, la del mallorquín B. Rosselló-Pòrcel. El teatro estaba, prácticamente, en manos de Sagarra. La prosa de Josep Pla se derrama con maestría en el campo del artículo periodístico y de la narración. El panorama de la novela, fomentada por la actividad de «Proa» y otras editoriales, es esperanzador por abundante y variado: Bertrana, Puig i Ferrater, Juan S. Arbó, Trabal, Benguerel, Mercè Rodoreda y el jovencísimo Salvador Espriu.



El poeta chileno Pablo Neruda, inicialmente —sólo inicialmente— modernista como Rubén Darío; ambos son, probablemente, los únicos poetas americanos que han influido en la poesía lírica española.

La literatura gallega, en cambio, carente de una normativa ortográfica, es menos consistente; abundan en Galicia los escritores en lengua castellana. No obstante, en la lírica gallega perdura el magisterio de Manuel Antonio, el poeta del mar, y de Amado Carballo; pero ya se anuncian nuevas formas (Iglesias Alvariño y Álvaro Cunqueiro), mientras que en la prosa destaca Castelao, dibujante y escritor, V. M. Risco y el que con el tiempo ha de ser el patriarca de la literatura gallega: el frondoso don Ramón Otero Pedrayo, señor de Trasalva.

Bernard Bergonzi y J. Saura Falomir

La nueva Física

En los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, los científicos modificaron por completo sus ideas sobre la naturaleza de la materia. Estos años presenciaron cómo, a partir de un oscuro supuesto académico, tomaba mayor incremento la exploración de las propiedades de la materia... con unos resultados que habrían de afectar profundamente nuestros conceptos sobre la guerra y la paz.

Einstein, cuyos estudios sobre la relación entre masa y energía fueron la base teórica de la bomba atómica y de su propia teoría de la relatividad, tan famosa y trascendente. ***Abajo:*** **representación gráfica del átomo de neón, con los electrones en órbita alrededor del núcleo gigante.**





La explosión nuclear en Hiroshima y Nagasaki obligó a millones de seres a admitir que la física había cambiado radicalmente. Unos experimentos, realizados en una pequeña trastienda y confiados alegremente al cuidado de unos pocos y «desconocidos» individuos —entre ellos Einstein y Rutherford—, se convirtieron de pronto en algo de tan vital importancia que no podía dejarse en manos de los físicos.

El prestigio que adquiría la física le llegaba con un poco de retraso. Si bien era cierto que había cambiado de tema y que su impacto en la vida cotidiana era enormemente mayor, su transformación, no obstante, había sido más gradual de lo que generalmente se suponía: en realidad, el cambio databa de comienzos del siglo. El momento de la gran transformación se situaba más en el 1925 que en el 1945, y las contribuciones de un número de personas, todavía poco conocidas fuera de los círculos científicos —Schrödinger, Heisenberg, Chadwick, Pauli, Fermi, para citar a unos pocos—, eran, si cabe, más importantes que las hechas por Einstein y Rutherford.

Este gran cambio dado por la física fue acompañado, y en buena parte dependía, de la profunda transformación que experimentó la idea que se tenía del mundo material. En 1900, los físicos estaban todavía satisfechos de trabajar dentro del marco de la «clásica» visión del mundo, según la cual, la materia estaba constituida por átomos indivisibles que reaccionaban a las fuerzas eléctricas, magnéticas y de la gravedad en la forma expuesta en las leyes establecidas por Newton doscientos años antes. Sin duda, no había por qué desaprobar la famosa proposición de Newton: «Me parece probable que Dios, en los comienzos, creó la materia en partículas sólidas, movibles, pesadas, duras e impenetrables, de tales forma y tamaño, y otras propiedades, y tan bien proporcionadas al espacio, que están perfectamente adaptadas al fin para el cual Él las creó, y que estas partículas primitivas son... tan duras que nunca pueden desgastarse o romperse en pedazos, por no existir ningún poder en el mundo capaz de dividir lo que Dios mismo unió al principio de la Creación.» En 1704 esta proposición era puramente especulativa, pero hacia 1890 existían muchas evidencias en favor de esa visión del mundo, hasta el punto de que cuando el famoso químico Ostwald sugirió, en 1900, que la existencia del átomo nunca había sido demostrada en forma concluyente, fue objeto de la burla de sus contemporáneos.

De todas maneras, hacia 1905 era ya evidente que la física clásica empezaba a perder terreno, pues se daban unos cuantos hechos difíciles de explicar según los principios físicos de entonces.

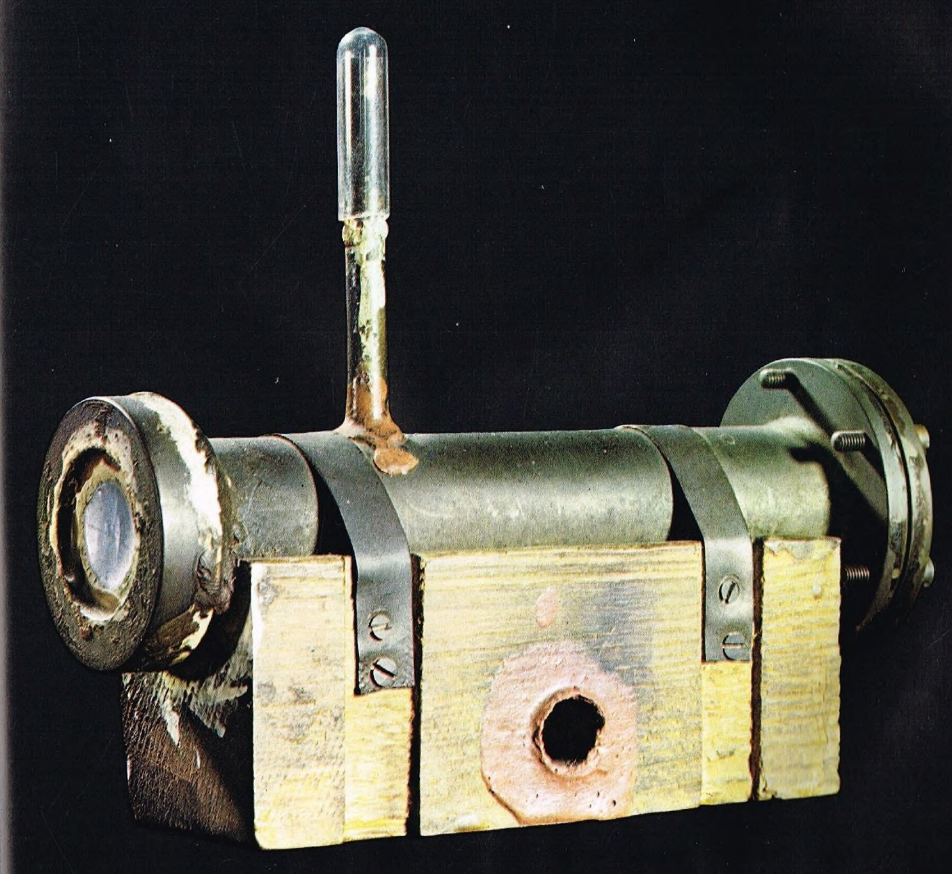
Los experimentos de J. T. Thompson sugerían la existencia de una partícula cargada, llamada electrón, que era más ligera que el más ligero átomo conocido. Se conocía la radiactividad, los misteriosos rayos emitidos por algunos materiales, y existía ya el experimento de Michelson-Morely, que derribaba la teoría comúnmente admitida sobre la propagación de la luz.

Más aún: los recientes descubrimientos sobre el espectro de la luz emitida por los cuerpos incandescentes sugerían que los átomos emitían energía lumínica en forma discontinua o cuantos (quanta); tal conclusión era inconciliable con los principios básicos del electromagnetismo del siglo XIX. En resumen, todo el magnífico edificio de la física clásica se derrumbaba lentamente, con gran pesar de los físicos más apegados a la tradición. Incluso una figura tan grande como la de lord Kelvin, al dar en 1896 una mirada a su larga vida dedicada al trabajo, hubo de confesar amargamente: «Una palabra define los enormes esfuerzos que he realizado con la mayor perseverancia durante cincuenta y cinco años: esta palabra es FRACASO.»

Los jóvenes no compartían ese sentimiento; el primer cuarto de este siglo fue un período de aventuras, durante el cual cada año se realizaron descubrimientos fundamentales. Además, aunque la estructura tradicional estuviera en crisis, pa-

recía muy probable que aquellas partes de la estructura que aún se mantenían unidas podrían por fin integrarse para formar una nueva unidad, a pesar de que no se percibía aún la forma que ésta adoptaría. Los grandes nombres de este período eran Planck, Einstein, Rutherford y Bohr. Planck y Einstein, principalmente, forzaron el ambiente científico a aceptar la idea de que todas las transacciones de energía del mundo material se realizaban a través de pequeños saltos o «quanta». Los argumentos con que apoyaban su tesis eran complicados y eminentemente matemáticos pero, a fin de cuentas, convincentes. De ahí en adelante (o sea, alrededor de 1905) quedaba claro que las leyes de Newton sobre el movimiento estaban sentenciadas a muerte, dado que se relacionaban explícitamente con la idea de que toda acción es continua y gradual.

La segunda contribución de Einstein, más radical aún, fue la teoría de la relatividad. Comenzó como un modesto intento de explicar el fracaso del experimento de Michelson-Morley, pero se agrandó como una bola de nieve. El argumento era nuevamente matemático, pero daba paso a conclusiones totalmente inespera-



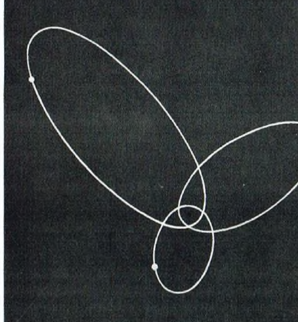
El aparato con que Chadwick descubrió en 1932 el neutrón; tal tipo de partículas podía fisionar los átomos, con lo cual resultaba posible la obtención de energía atómica.

1

2



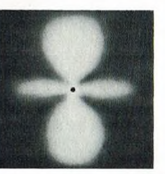
3



4









1 Acelerador primitivo de J. D. Cockeroft y E. T. S. Walton, quienes en 1932 experimentaron con él la desintegración de un núcleo bajo el impacto de partículas artificialmente aceleradas.
El átomo cambia de aspecto. 2 Las partículas impenetrables de Newton. 3 El átomo de Bohr, con los electrones vistos como planetas que pueden saltar de una a otra órbita. 4 Cuatro átomos «modernos»: un núcleo central circundado por una «nube de probabilidad» de electrones.

das: era necesario cambiar nuestros conceptos y sus relaciones mutuas entre el espacio y el tiempo o la masa y la energía. En 1905, estas afirmaciones sonaban totalmente académicas: resolvían algunos problemas lógicos creados por un sólo experimento perturbador, y poco más. Sin embargo, la relación entre masa (m), energía (E) y la velocidad de la luz (C), que Einstein demostró ser la de $E=mc^2$, iba a resultar crucial para el desarrollo de la física nuclear, cuando se puso de manifiesto que la vasta liberación de la energía nuclear se debía, precisamente, a la conversión de parte de la energía del átomo en calor según la manera prevista por esta ecuación. Sin duda, durante los años de guerra, la vida de Einstein estuvo dominada por un sentimiento de responsabilidad ante los efectos de la nueva arma realizada a partir de sus trabajos.

La gran contribución de Rutherford consistió en demoler para siempre el con-

cepto de la indivisibilidad del átomo. Sus experimentos con material radiactivo pusieron fuera de dudas que las partículas α y β que aquél emitía se desprendían de un solo átomo, dando lugar a un proceso por el cual los átomos de un elemento se transformaban en átomos de otros. Más aún, se podían usar las veloces partículas α de una fuente radiactiva como proyectiles para romper otros átomos normalmente estables. Por lo tanto, era preciso considerar los átomos como cuerpos compuestos, integrados por diversas combinaciones de otras partículas fundamentales, más pequeñas. En este estadio, sólo se conocían dos de esas partículas: el protón y el electrón; y resultó bastante difícil detectar la existencia del tercer elemento del átomo, el neutrón, antes de que Chadwick lo descubriera en 1932. La segunda contribución de Rutherford, junto con Bohr, fue la de procurar el modelo del funcionamiento del átomo: un núcleo pesado, de carga positiva, con cierto número de electrones ligeros describiendo órbitas alrededor del núcleo.

Ninguno de los trabajos realizados hasta la fecha resolvía la crisis en que se encontraba la física, es decir la impotencia del esquema clásico para procurar una explicación satisfactoria a los nuevos hechos. La solución de este problema llegó, bastante imprevistamente, en 1925, cuando dos físico-matemáticos alemanes, Heisenberg y Schrödinger, propusieron la teoría sobre la cual se basaría la completa reestructuración de la física: la teoría de la «mecánica cuántica».

La edad de oro de la física

Muchos han intentado explicar a los profanos en la materia la mecánica cuántica en términos simples, con el resultado de que sus explicaciones satisfacen tan poco a ellos mismos como a sus lectores. La dificultad depende en parte de que la mecánica cuántica es muy matemática: reemplaza las simples leyes de la mecánica clásica —ecuaciones como fuerza= masa x aceleración—, por páginas de enojosas ecuaciones diferenciales, además de renunciar a dar un «significado físico» a algunos de los símbolos. Además, la mecánica cuántica es conceptualmente difícil: abandona nociones aparentemente evidentes, como la relación de causa y efecto, en favor de frágiles asertos sobre el «probable» resultado de un experimento. Sin embargo, el verdadero problema para comunicar la importancia de la mecánica cuántica a los profanos es el de darles una noción válida sobre su alcance. Hubo una época en la que parecía que la mecánica cuántica lo explicaría todo. Explicaba el comportamiento observable en las nuevas partículas fundamentales: su tendencia a comportarse como ondas en un experimento y como partículas en otro, su habilidad para «atravesar» barreras aparentemente impenetrables, su tendencia a combinarse en átomos, y la razón por la cual estas combinaciones se comportaban de la manera en que lo hacían. Predecía la existencia de otras «partículas fundamentales», como el positrón, el neutrino y el mesón, que a su debido tiempo fueron descubiertas. Explicaba todos los fenómenos de la radiactividad y permitía planear la transmutación radiactiva de un elemento en otro. La química, que había sido hasta entonces una vasta aglomeración de hechos que respondían a modelos inexplicables, de pronto pasó a ser objeto de los cálculos matemáticos. Las tensiones de las fuerzas químicas, las formas y tamaños de las moléculas, las propiedades de los cristales y los metales, los colores de las cosas y su respuesta a los campos eléctricos y magnéticos, no sólo podían ser medidos sino que era posible darles una explicación. En resumen, la pregunta no era: «¿Puede la mecánica cuántica explicar esto o aquello?», sino: «¿Existe algún tipo de fenómeno que no pueda explicarse con la mecánica cuántica?»

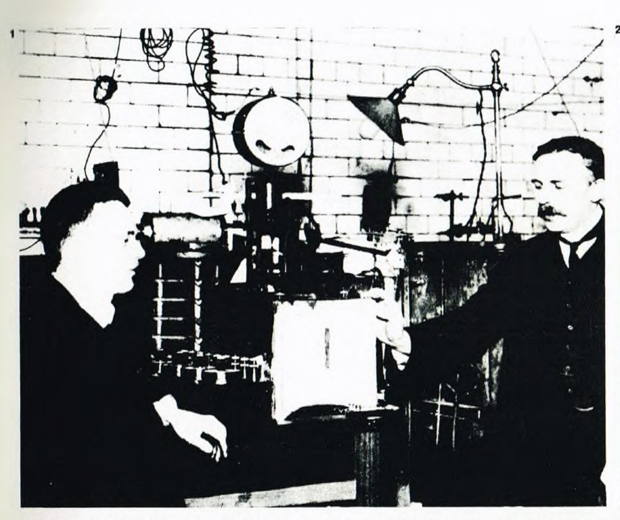
La creación de la mecánica cuántica fue, sin duda, un logro fabuloso, y los quince años siguientes a las aportaciones de Heisenberg y Schrödinger constituyeron quizá la Edad de Oro de la física, la cual atrajo a varios de los mejores cerebros de Europa y América. El estudio de la materia dejó de ser la actividad de unos pocos solitarios y se convirtió en el objetivo común de equipos de investigadores, cada vez más numerosos, que se congregaron en centros de importancia mundial como Heidelberg, Cambridge o California. La exploración de la estructura interna del átomo y de su núcleo cautivó la imaginación del público. Los experimentos exigieron el uso de máquinas grandes y técnicamente complicadas. Mientras que antes de la Primera Guerra Mundial, J. J. Thomson podía cuidar del mundialmente famoso Laboratorio Cavendish, a cargo de la Universidad de Cambridge, con un presupuesto anual de 270 libras esterlinas, en 1932 Cockcroft y Walton construyeron en el mismo laboratorio el primer acelerador lineal de protones, que costó 500 libras esterlinas. Los Gobiernos dejaron de invertir en la investigación científica cifras triviales: se estima, por ejemplo, que en 1940 el desembolso anual de los Estados Unidos había alcanzado los 300 millones de dólares.



Max Planck, quien demostró que la energía se comunica según unidades llamadas «quanta».

El átomo

La marcha de los descubrimientos científicos se aceleró en la misma proporción y, hacia 1934, la estructura de la nueva física estaba decidida en sus líneas esenciales. El átomo era una esfera diminuta y «desmoronable», compuesta de tres elementos básicos: protones, neutrones y electrones. Como sugirieron Rutherford y Bohr, constaba de un núcleo central, eléctricamente positivo, rodeado de suficientes electrones negativos como para hacer del átomo un conjunto equilibrado. El núcleo era considerado como un aglomerado de protones y neutrones: los protones suficientes para que su carga eléctrica fuese realmente positiva, y los neutrones pertinentes para que su masa total fuese la correcta. Se tuvo que descartar una de las peculiaridades del átomo según lo





1 **Rutherford (derecha), cuyo descubrimiento de la posibilidad de desintegrar el átomo revolucionó la física. Con Hans Geiger (izquierda), realizaron una prueba experimental de la existencia de partículas subatómicas mediante el empleo del famoso contador Geiger.** *2* **Otto Hahn y Strassmann (izquierda). Descubrieron el procedimiento que permite romper el núcleo de uranio en dos mitades casi iguales.**

habían descrito Rutherford y Bohr. Los electrones que rodeaban al núcleo no podían realmente ser imaginados como planetas, dado que ello implicaba órbitas definidas calculables, lo cual no era posible según la mecánica cuántica. Debía suponerse más bien que los electrones tenían la máxima probabilidad de encontrarse dentro de una esfera con centro en el núcleo y cuyo radio fuera del orden de la cienmillonésima de cm. Las fuerzas que mantenían unido al átomo eran eléctricas: el núcleo positivo atraía a los electrones negativos, y la fuerza centrífuga de éstos les impedía que cayeran en el núcleo. Las fuerzas que mantenían unido al núcleo eran aún bastante oscuras, tanto respecto a su origen como a su modo de operar. A diferencia de las fuerzas eléctricas, sólo actuaban a una distancia muy corta, y en contraste con el átomo, no existía una partícula o un grupo de partículas que desempeñara un papel dominante, es decir, al parecer no había ningún núcleo dentro del núcleo. Así, el núcleo era una asociación entre partículas iguales, mantenidas unidas sólo por poderosas fuerzas de atracción, que actuaban cuando dos de las partículas componentes tropezaban casualmente una con otra. Esta especie de asociación tenía una cohesión más bien precaria: estaba expuesta a romperse si se la perturbaba desde fuera. Sin duda alguna, cuando era demasiado grande, se rompía espontáneamente: ésta era la explicación de la desintegración radiactiva de elementos tan pesados como el uranio y el radio.

A finales de los años treinta se dedicó una gran atención al estudio de la desintegración radiactiva, por considerar que, aparentemente, guardaba la llave de las reservas de la energía nuclear. Para entonces, ya existían fuertes evidencias experimentales que apoyaban la suposición, que por vez primera hiciera Langevin en 1913, de que la energía liberada en una transformación radiactiva se debía, sin duda, a la destrucción de una diminuta cantidad de masa, tal como lo predecía la teoría de la relatividad. La velocidad natural de desintegración de tales núcleos era sumamente lenta: sin embargo, era claro que si podía aumentar la velocidad de transformación, iba a ser posible una acumulación fenomenal de energía. En 1934, Fermi descubrió que se podía desintegrar el núcleo mucho más rápidamente bombardeándolo con neutrones, que a su vez eran producidos por desintegraciones nucleares, particularmente si al principio se frenaba a tales neutrones. En 1938, Hahn y Strassman descubrieron que esta técnica podía emplearse para romper el núcleo del uranio en dos partes aproximadamente iguales, y que en este proceso eran liberados otros neutrones. Pocos meses después, Joliot, Halban y Kowarsi demostraron que más de un neutrón era liberado por la desintegración del núcleo de uranio, de modo que en principio podía presentarse una reacción en cadena. Seis meses después estalló la guerra, y la investigación nuclear se dirigió hacia la producción de la bomba atómica.

Fue tal la amplitud alcanzada por la experimentación que quedaron atrás los sueños más desenfrenados de los físicos de una generación anterior; pero los principios básicos ya habían sido descubiertos.

C. J. H. Watson

La sociedad en los años 30

La década de 1930 fue testigo de una notable mejora en el nivel de vida europeo y norteamericano. En general, la salud prosperaba, la gente vivía más tiempo y, a pesar de la Depresión, cada vez podía disfrutar con mayor amplitud de las comodidades modernas que habían pasado ya a formar parte de la existencia cotidiana. Sin embargo, este período también aumentó la disparidad, cada vez más acusada, entre las naciones ricas y las pobres.

Jóvenes británicos de vacaciones en Eastbourne; durante la década 1930-1940, la posibilidad de alojarse en hoteles baratos permitió a los súbditos de varios países europeos el disfrute de unas auténticas vacaciones anuales. ***Abajo: soirée*** **londinense, a principios de la década 1930-1940, con Roy Fox y su orquesta.**





La década de 1930 ha sido llamada «la década infernal». Se inició con una depresión económica y terminó con una guerra; la denominación no es, pues, del todo inapropiada. Sin embargo, a pesar del desempleo masivo y de la agotadora tensión en la política internacional, este período conoció algunas mejoras sociales.

En primer lugar, los que nacieron en esta década tuvieron mayor oportunidad de sobrevivir a su primer año de existencia que cualquiera de sus predecesores. El número de bebés muertos en su primer año descendió, en Inglaterra y Gales, un quince por ciento, aproximadamente, entre 1930 y 1935. Alrededor del año 1935, Europa podía jactarse de una mortalidad infantil (muertes por cada 1.000 niños nacidos con vida) que oscilaba entre 40 (Holanda) y 101 (Italia); en países subdesarrollados como la India, la mortalidad infantil triplicaba el promedio europeo.

El índice de la mortalidad general declinaba también, lo que significaba que las esperanzas de vida eran mayores proporcionalmente en los años treinta que en cualquier década anterior. Para abarcar un período extenso, esta tendencia queda claramente ilustrada por las cifras de un pueblecito del departamento francés del Norte, donde el promedio de duración de la vida pasó desde los veintiséis años en 1720, a los treinta y tres en 1796; de los treinta y ocho en 1820 y los cincuenta y dos a finales del siglo XIX, a los cincuenta y siete en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

Enfermedades de pobres y una enfermedad igualitaria: el cáncer

Estas cifras de esperanza de vida resultan desorientadoras en el sentido de que la edad de la muerte no sólo dependía de las circunstancias en un país particular, sino también de las condiciones de vida en determinadas zonas de cada país. Los índices de mortalidad eran mucho más elevados en las regiones de mayor desempleo.

Aunque era obvio que la pobreza representaba una de las causas más importantes de la muerte prematura, nadie podía establecer su clasificación exacta en la lista de agentes principales de la muerte. El término no aparecía en las estadísticas médicas, pero las «enfermedades cardíacas» que, según se suponía, causaban mayor número de fallecimientos en los países industrializados que cualquier otra dolencia, incluían la trombosis producida por la desnutrición; la común «enfermedad de las vías respiratorias» era a menudo un seudónimo de la neumonía ocasionada por la humedad y el hacinamiento en las viviendas. Esta década presenció también el declive de la tuberculosis y el progreso del cáncer que, como causa de muerte, en el Reino Unido iba en segundo lugar después de la «enfermedad cardíaca». En su libro *The Condition of Britain*, G. D. H. y M. I. Cole escribieron: «Antes de la guerra, la mortalidad debida al cáncer era inferior al uno por mil, pero desde entonces ha aumentado en más de un 50 por ciento. Sin duda esto es, en parte, la consecuencia del creciente promedio de edad de vida de la población, pero incluso teniendo en cuenta este factor, el índice "estandarizado" de fallecimientos a causa del cáncer ha aumentado. Se sugiere a veces que lo que realmente ha aumentado no es la frecuencia de esta enfermedad, sino la capacidad de diagnosticarla, pero aunque se reconozca parte de verdad en ello, el índice de mortalidad debido al cáncer se mantiene a un nivel alarmantemente alto y no parece posible dudar de que una razón importante en cuanto al número de defunciones es la de que, en muchos casos, no se diagnostica... hasta que ya es demasiado tarde.

»Sin embargo, hay algo que sí cabe afirmar con respecto al cáncer, y es lo siguiente: puesto que se trata de una enfermedad que apenas distingue entre ricos y pobres, la aportación financiera para la investigación de sus causas y de su tratamiento ha sido pródiga si la comparamos con la ayuda aportada para la

investigación de la mayoría de las demás enfermedades.»

La natalidad y las ciudades

La tendencia hacia grupos familiares más reducidos se acentuó en la época de 1930 y fue causa de que los sociólogos expresaran su preocupación acerca de las poblaciones en disminución y de un mundo futuro dominado por ciudadanos de edad provecta. Francia era el único país en que el número de muertes rebasaba el de nacimientos; varios gobiernos, para remediarlo, adoptaron medidas encaminadas a estimular la creación de familias numerosas. En Italia se concedían préstamos a los recién casados que éstos no debían devolver mientras mantuvieran un ritmo de reproducción satisfactorio; los solteros fueron sometidos a un impuesto progresivo, y la madre más prolífica de cada región se convertía en miembro honorario del Partido Fascista. La administración de Hitler concedió empréstitos matrimoniales en gran escala, y también se entregaban a los matrimonios de la clase obrera cupones de compra por un valor total de hasta 1.000 marcos. No se cargaba interés alguno y la restitución se hacía a base del uno por ciento mensual; además, una cuarta parte del préstamo inicial quedaba cancelada con el nacimiento de cada hijo.

La migración del campo a las ciudades, característica ya en todas las naciones industriales, no dio señales de disminuir a pesar de la Depresión.

El crecimiento urbano era también consecuencia del aumento en el transporte motorizado. Cada vez había más gente que compraba automóviles y, aunque la producción de éstos disminuyó notablemente en Estados Unidos, al finalizar la década había señales de expansión en el mercado europeo.

Aquellos que disponían de medios para tener coche propio, en general tenían también el dinero suficiente para comprar o alquilar casas situadas a razonable distancia de los bulliciosos centros urbanos. Con destino a este nuevo estamento social, se construyeron casas a lo largo de las carreteras que comunicaban las zonas comerciales e industriales con la campiña.

En 1939, los Estados Unidos contaban con más de setenta ciudades con poblaciones que rebasaban los 100.000 habitantes; el Reino Unido tenía cincuenta y siete; Alemania, cincuenta y seis; Francia, diecisiete. Con la difusión de la vida urbana, los servicios de todas las categorías —servicios profesionales, transporte, venta al detall, espectáculos, etc.— acusaron mayor demanda y atrajeron a una proporción más elevada de la población obrera. La única excepción era el servicio doméstico, en disminución en todos los países más ricos, excepto Gran Bretaña, donde la Depresión ocasionó una fugaz reaparición de sirvientas y asistentas.

Comercio. Salarios y reparto de la riqueza

El valor del comercio internacional no llegó a recuperar durante esta década su nivel anterior a la Depresión, en parte a causa del descenso de los precios y en parte como resultado de las barreras arancelarias creadas para proteger a las industrias nacionales y frenar las importaciones. Sin embargo, las cifras de la producción industrial presentaban fuertes variaciones de un país a otro.

Incluso en aquellos países donde la producción industrial era, en 1939, inferior a la de 1929, las personas que lograban encontrar un empleo gozaban, en general, de una situación mejor que en la década de los 20. Ello no debe ser atribuido a un aumento salarial, aunque en Estados Unidos, donde el promedio salarial se incrementó casi en un veinte por ciento, esta medida dio, como es natural, resultados significativos. En la mayor parte de los restantes países industriales los salarios disminuían, pero no al ritmo en que lo hacían los precios. En Gran Bretaña, entre el segundo trimestre de 1927 y el segundo trimestre de 1936, el promedio de los precios al por menor se redujo en un 12 por ciento y el promedio salarial descendió en un tres por ciento.

En la década de 1930, cualquier familia que contase con ingresos ligeramente superiores a la media podía vivir confortablemente, y tal vez esto representara un consuelo ante el hecho de que la propiedad se hallase repartida tan injustamente como un siglo antes. Los ricos se lamentaban del aumento de los impuestos y de la Depresión, pero en los últimos años de la década recobraron la confianza, a la par que sus fortunas.

Una ojeada a la estructura de Gran Bretaña, donde los ricos pagaban impuestos más crecidos que en la mayoría de los demás países, resultará elocuente; Ramsey Muir analizó las estadísticas de los derechos reales sobre la transmisión de bienes en el período 1934-35, con los siguientes resultados:

«... murieron 560.000 personas... sin embargo, sólo 135.000, o sea algo menos de la cuarta parte, dejaron bienes valorados en 100 libras o más. Una gran mayoría de las 560.000... disponían de escasos bienes o de ninguno. Viene a continuación un amplio grupo que legó propiedades por valor de más de 100 libras pero menos de 1.000. Éstos constituían un 62 por ciento de la cifra total de tenedores de propiedad, pero el valor total de sus bienes únicamente equivalía al siete por ciento del valor de todas las propiedades afectadas. Una tercera clase, que era un 34 por ciento del total, dejó bienes por un valor entre 1.000 y 20.000 libras, lo cual constituía casi el 40 por ciento del total. Finalmente hay la clase de los ricos, que dejaron bienes por valor superior a 20.000 libras (hasta llegar a cifras de varios millones). Éstos representan tan sólo un tres por ciento del total, pero poseían no menos del 53 por ciento del total de bienes legados. Entre ellos se contaba una diminuta fracción de los muy ricos, que dejaron propiedades por valor de 250.000 libras o más, los cuales sumaban casi el 15 por ciento del total de los bienes.»

El «boom» del ocio y el bienestar

Había aumentado el número de los que gozaban de vacaciones anuales regulares; éstos no tardaron en descubrir, que, a menudo, la estancia en hoteles resultaba más barata de lo que habían creído. En Francia, las colonias escolares de vacaciones se fueron multiplicando gracias a la ayuda financiera privada y gubernamental. Por otro lado, en la Gran Bretaña había, en 1939, casi trece millones de trabajadores que disponían de vacaciones pagadas; en 1937, Butlin abrió el primer campamento comercial de vacaciones, y dos años después había más de 100 campamentos capaces de albergar, en conjunto, a medio millón de personas. En Alemania se alentaban las excursiones como ejercicio físico apropiado para los jóvenes, y esta idea tuvo éxito también en Gran Bretaña, donde se fundó la *Youth Hostels Association* en 1930. En España, sobre todo en Cataluña, el excursionismo y el camping conoció igualmente una gran boga desde fines de la década de los veinte.

Entre las actividades menos caras para los momentos de ocio se contaba la de escuchar la radio. A finales de la década de 1920 y a principios de la siguiente, se formaron tres de las grandes redes de radiodifusión norteamericanas. Al principiar los años treinta, las ventas de equipo



Esta escena de suburbio tokiota deja entrever la condición de los pobres en el Extremo Oriente de los años 1930-1940. Esta miseria, naturalmente, resultaba más acusada en los países subdesarrollados que en los países industriales.

radiofónico en Estados Unidos totalizaron cuarenta y dos millones de dólares, y el mercado se hallaba todavía en su infancia. La música y los seriales eran las principales atracciones ofrecidas por la radio. Los programas de la BBC británica eran más serios, pero no menos populares. En 1930 se extendieron en Gran Bretaña 3.092.000 licencias, y diez años más tarde esta cifra se había convertido en casi 9 millones. Organizaciones al estilo de la BBC se establecieron en toda la Commonwealth y en Europa, donde el valor propagandístico de la radio fue debidamente explotado y los Gobiernos se apresuraron a invertir en tan poderoso medio de comunicación.

Los que se cansaban de oír la radio podían pasar la velada viendo alguna película en el cine local. A finales de la década de 1920, las principales compañías de Hollywood hacían copias por duplicado de sus filmes: una destinada a las salas equipadas para la proyección de películas sonoras, de las que ya había unas 2.000 en Estados Unidos, y otra para los 13.000 locales todavía «mudos»; pero en el transcurso de cinco años, el sonoro reinaba ya en todas las pantallas. Los cines británicos recaudaban anualmente unos cuarenta millones de libras y vendían semanalmente veinte millones de entradas, lo que significaba que un 48 por ciento de la población iba al cine una vez por semana, y que un 25 por ciento iba dos veces o más semanalmente.

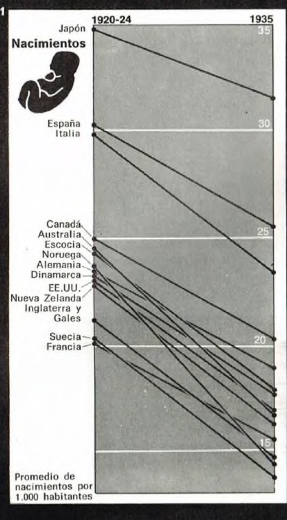
Otra próspera industria de índole recreativa —por lo menos en Gran Bretaña— eran las quinielas futbolísticas. En 1936, de cinco a siete millones de personas enviaban sus pronósticos cada semana. Los promotores ingresaban unos treinta millones de libras cada año y sus clientes quintuplicaban la venta de órdenes postales a seis peniques y triplicaban la de las órdenes de pago de un chelín.

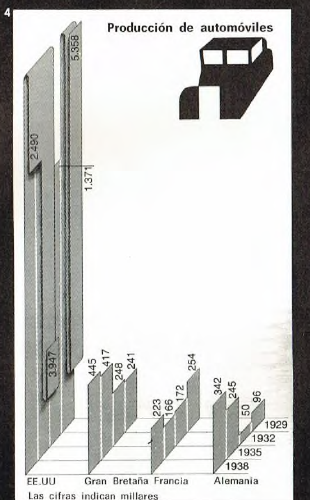
El baile aumentó en popularidad en toda Europa y en los Estados Unidos. Nuevas melodías y danzas consiguieron fama internacional gracias a la difusión radiofónica, y a las academias de baile nunca les faltaban alumnos deseosos de aprender los nuevos pasos.

El récord de gastos en actividades placenteras lo ostentaba Alemania, donde la clase trabajadora invertía más dinero en el teatro, el cine, los viajes en tiempo de vacaciones, las excursiones de fin de semana y los aparatos de radio que sus contemporáneos de cualquier otro país, con la posible excepción de Estados Unidos. Los observadores se apresuraron a señalar que los trabajadores alemanes se contaban también entre aquellos que padecían las peores condiciones laborales y sociales. La paradoja se explicaba por el afán del Estado en procurar distracciones en vez de ocuparse de las condiciones de trabajo cotidianas de las masas.

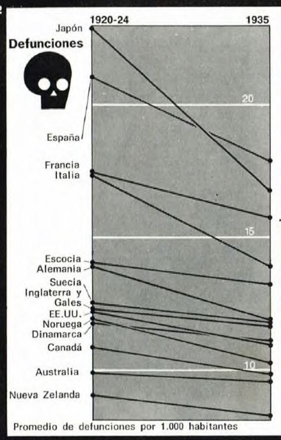
Los cambios de orden doméstico resultaban más evidentes en aquellos países que ya poseían un elevado nivel de vida. En 1937, las amas de casa estadounidenses adquirieron tres millones de frigoríficos y protagonizaron más de 250.000 divorcios. Las familias europeas se mostraban más conservadoras, tanto en la compra de utensilios domésticos como en el respeto al vínculo matrimonial.

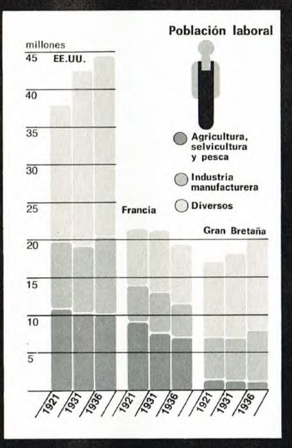
No obstante, aquellos cuyo nivel de vida podía clasificarse en primera o segunda fila compartían el temor de que el

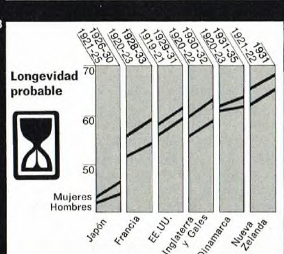


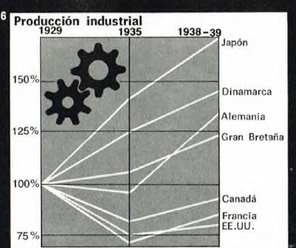


Diagramas donde aparecen las tendencias economicosociales de la década 1930-1940. *1* La natalidad experimenta un descenso general. *2* La mortalidad también desciende, sobre todo en el Japón. *3* Aumenta la longevidad probable. *4* La Depresión provocó en general un considerable descenso en la producción de automóviles. *5* Disminuye el número de trabajadores del campo. *6* En cuanto a la producción industrial, en 1939 Francia, el Canadá y los Estados Unidos no habían alcanzado todavía de nuevo los niveles de diez años atrás.









desempleo los despojara de todas sus ventajas. En todo país industrial había paro suficiente para que nadie olvidara la proximidad de la pobreza. En 1932 había tres millones de parados en Gran Bretaña y cinco millones y medio en Alemania. En cuanto a Estados Unidos, en 1933 el total de parados frisaba en los trece millones.

Quedaba, sin embargo, el consuelo de que durante la década de 1930 los seguros sociales fueron ampliamente aceptados como responsabilidad gubernamental. Estados Unidos, Canadá, Australia, Alemania, Nueva Zelanda, Gran Bretaña, Italia, Austria, Polonia, Bulgaria, el Estado Libre de Irlanda y parte de Suiza tenían instituido el seguro de paro, para el que cotizaban tanto los trabajadores como los patronos, aparte de que en la mayoría de dichos Estados también los Gobiernos contribuían a la aportación de estos fondos. En Checoslovaquia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Francia, Noruega y parte de Suiza, el seguro de paro era voluntario. En Italia, donde el desembolso para la seguridad social era el más bajo de todos los países europeos, entre 300.000 y 400.000 personas vivían en barracas de barro y cañas o en cuevas.

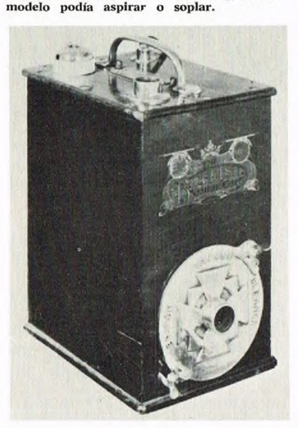
Había, además, los países más pobres del mundo —en Asia, África y América del Sur—, en los que la gente podía considerarse satisfecha si ganaba para subsistir, aunque no les faltase trabajo. Estas naciones sufrían el azote del hambre y del analfabetismo en una proporción tan grande que, a su lado, resultaban insignificantes las preocupaciones de los otros países. Este contraste era un legado de épocas anteriores y, por desgracia, ha persistido, sin alteraciones radicales, hasta nuestros días.

Barry Turner

Electricidad y vida cotidiana

Dos hombres que yacen en el cementerio de Highgate, Londres, desempeñaron un importante papel en la evolución del siglo XX. Uno de ellos es Marx, el otro Faraday. Aunque Marx haya tenido un impacto revolucionario en el pensamiento y sistemas políticos, la influencia de Faraday en la vida diaria de millones de personas no ha sido menos revolucionaria y probablemente más ampliamente extendida. Más que nadie, preparó los cimientos de la moderna ingeniería eléctrica.

Máquina aspiradora de 1905 destinada a quitar el polvo. Es uno de los primeros modelos del género fabricados para usos domésticos. La máquina contaba con un motor eléctrico; los dispositivos de limpieza y el recipiente destinado a contener el polvo se conectaban a los correspondientes empalmes montados en la caja. El presente modelo podía aspirar o soplar.



Cuando Faraday empezó sus investigaciones en Londres a principios del siglo XIX, la única fuente de corriente eléctrica era la pila de Volta, inventada a finales del siglo anterior. En 1819 Oersted descubrió las propiedades magnéticas de la corriente eléctrica, lo que permitió a Faraday construir el primer motor eléctrico. Pero su fuente de energía, la pila, era demasiado débil y de corta vida para tener significado comercial, y en este terreno fue decisiva la contribución de Faraday. Su motor eléctrico utilizaba las propiedades magnéticas de la electricidad para crear el movimiento mecánico, y esto le hizo preguntarse si el movimiento mecánico, a través del magnetismo, podría producir electricidad. Le costó diez años encontrar la solución, pero cuando la obtuvo, resultó ser altamente satisfactoria. El 4 de noviembre de 1831 produjo con éxito, a partir del magnetismo, una corriente eléctrica, que no sólo era continuada sino también intensa. Este descubrimiento fundamental señaló el nacimiento de la ingeniería eléctrica moderna, ya que llevó rápidamente al descubrimiento de la dinamo, que produce corrientes eléctricas inconmensurablemente mayores que las de la pila y que desde su invención ha sido el elemento vital en todos los sistemas de suministro público de la electricidad. Se había puesto al descubierto una espectacular y nueva fuente de energía que tenía que alterar la faz del mundo.

El primer gran logro de la nueva energía fue la iluminación. Desde tiempo inmemorial la salida y puesta del sol había impuesto unos límites estrictos a las actividades del hombre. Las velas y lámparas de aceite y de gas habían ciertamente modificado estos límites, pero la intensidad de la luz eléctrica era completamente nueva, especialmente en la iluminación de calles, su primer gran triunfo. Un experimento llevado a cabo en 1866 por Wilde, el inventor de una forma primitiva de dinamo, puso en claro que «cuando se colocaba una lámpara eléctrica en la parte superior de un edificio alto, su luz era suficiente para eliminar las sombras que, sobre las paredes vecinas, hacían las llamas de las lámparas de la calle a distancias de un cuarto de milla. Cuando se veían desde tal distancia los rayos procedentes del reflector tenían todos el rico fulgor de la luz solar». Hasta 1879 la única fuente de este nuevo brillo fue la lámpara de arco, un aparato imperfecto hecho con dos barras de carbón colocadas de tal modo que podía saltar un arco eléctrico entre ambas. Se dispusieron considerables cantidades de éstas «bujías eléctricas» en diferentes partes del mundo durante los años 1870, especialmente en Londres, París, Nueva York y Berlín. En 1878, 30.000 personas vieron al equipo de fútbol de Sheffield jugar a la luz de los proyectores, y el mercado del pescado de Billingsgate tuvo la distinción de poseer el primer sistema de iluminación instalado por una autoridad pública. Pero aunque espectacular, la lámpara de arco era cara de mantener, difícil de manejar y demasiado voluminosa.

Este problema de la «subdivisión de la luz eléctrica», tal como se conocía en aquellos momentos, fue resuelto en 1879 por Swan y Edison cuando inventaron casi simultáneamente la bombilla eléctrica. Fue un hito histórico, ya que procuró una unidad de iluminación que era estable, no requería mantenimiento y podía fabricarse en serie en tamaños adecuados para cada aplicación. La propia casa de Swan fue la primera en equiparse con bombillas, que a partir de entonces se difundieron a pasos agigantados. En 1900 había en uso dos millones y medio de bombillas, solamente en Londres. En los años 1930 se había prácticamente desterrado la oscuridad de las ciudades en todas las naciones industriales, dando paso al ambiente tan familiar en nuestros días.

Durante los años treinta aparecieron nuevas y características formas de luz eléctrica. En las calles y principales carreteras se hizo popular la azulada luz de la lámpara de vapor de mercurio y el color anaranjado de la de vapor de so-



Lavadora y escurridora eléctrica fabricada en 1937. Por aquel entonces, muchas amas de casa aguardaban ya sin temor alguno el día de la colada.

dio, que daba una iluminación fantástica a las formas de vida suburbanas. El tubo fluorescente apareció en las tiendas, oficinas y fábricas, y pronto se introdujo en las viviendas particulares, de modo que los arquitectos empezaron a preguntarse si eran aún necesarias las ventanas. Los anuncios de neón proporcionaron una nueva presentación a los artículos comerciales y crearon nuevas atracciones en las plazas y en las calles céntricas. La iluminación con proyectores permitió a las naciones dar un nuevo realce a sus monumentos y edificios. Los éxitos de la electricidad ya habían tenido un gran impacto popular: la gente hablaba de la «magia del interruptor» y aparecían libros con títulos tales como *La aventura de la moderna electricidad* (1908). El sistema de vida había sido alterado radicalmente, con la llegada de la era eléctrica.

La electricidad en el hogar

Con el giro del interruptor no sólo se obtenía luz instantáneamente sino que, en la primera década de este siglo, la electricidad se aplicaba también a la producción del calor en el hogar. En la exposición del Palacio de Cristal (Londres) en 1891 se presentaron cocinas eléctricas y, en 1895, aparecieron el tostador eléctrico, la olla eléctrica y el hornillo eléctrico. Los primeros hornillos eléctricos parecían más bien radiadores, y no fue hasta 1908 cuando hizo su aparición el hornillo eléctrico común. Los calefactores de inmersión domésticos empezaron a sustituir el carbón en la década de 1920. Era tal el grado de desarrollo que en la Exposición del Hogar Ideal, en 1920, se mostró una casa provista de todos los adelantos eléctricos, pues no sólo contaba con luz y calefacción eléctrica sino además con algunos de los aparatos que actualmente tanto ayudan a las tareas domésticas.

El aspirador se divulgó tan pronto como lo inventara, en 1901, el ingeniero inglés H. Cecil Booth. Era uno de los aparatos más útiles para el hogar, como ponía de relieve el primer anuncio de la «Vacuum Cleaner Company Ltd.»: «Habitaciones que en la actualidad sólo se limpian una vez al año pueden en el futuro ser tratadas efectiva y completamente en unas pocas horas, sin el inconveniente de tener que sacar muebles y alfombras.» Con aspirador se limpiaron algunas de las alfombras de la abadía de Westminster empleadas en 1902 en la ceremonia de la coronación de Eduardo VII, quien poco después encargó una demostración en el palacio de Buckingham. El aparato también fue mostrado al emperador Guillermo II de Alemania y al zar Nicolás II de Rusia, y más tarde al presidente Fallières de Francia. El sultán Abdul Hamid de Turquía adquirió uno. Las máquinas de coser eléctricas se habían estado utilizando durante toda la segunda mitad del siglo XIX. La batidora eléctrica hizo su aparición en 1920, para ser seguida inmediatamente por la máquina de lavar, el secador de pelo y el refrigerador (1926). Para los hombres, la rutina de cada mañana se alteró con la aparición de la máquina de afeitar eléctrica al principio de la década de 1930. Por aquel entonces los aparatos eléctricos habían transformado la vida doméstica y ya no eran novedad.

La emancipación femenina estuvo íntimamente asociada a la electricidad, pues las mujeres que deseaban independizarse encontraron en ella una vital ayuda para los trabajos del hogar. La ciencia doméstica empezó a dar énfasis a la verdad de que «la economía de las energías de las personas es más importante que economizar el dinero», según palabras de la «Electrical Association for Women» (E.A.W.), y la misma Asociación expuso en 1931 un «modelo de cocina completamente eléctrico para la clase trabajadora», lo cual demostraba que la plutocracia no estaba sola en el mercado de los aparatos eléctricos capaces de ahorrar trabajo. La E.A.W., cuyas hazañas fueron publicadas en un librito titulado *La electricidad y la mujer*, promovió la instrucción de las mujeres en lo que respecta a contadores, fusibles e interruptores, en respuesta al «ampliamente difundido deseo de la mujer para aprender más sobre la electricidad». Un signo de ello fueron los beneficios obtenidos desde 1926 por la revista de la E.A.W. titulada *La Era Eléctrica;* otro fue la decisión de la BBC en 1931 de emitir una charla sobre «Cómo sacar todo el partido posible de una cocina eléctrica».

Todas estas aplicaciones de la electricidad se hicieron posibles gracias a las importantes mejoras efectuadas en las centrales eléctricas. Aunque normalmente se considera la central de Edison en Pearl Street de Nueva York como la primera central pública del mundo, en realidad algunas semanas antes se inauguró la de Holborn Viaduct, Londres, en enero de 1882. Una central similar se inauguró en Milán al finalizar el mismo año. Con la demanda en rápido crecimiento de luz eléctrica, las centrales se multiplicaron de un modo asombroso. En 1900 había más de 400 en Gran Bretaña, la mayoría muy pequeñas y por lo tanto insuficientes. La generación de corriente continuó a escala local hasta que se produjeron los transformadores comercialmente viables, en 1890, los cuales permitieron el uso de fuentes distantes. La electricidad podía así generarse donde resultaba más económica. España era precisamente una nación en la que la hidroeléctrica resultó ser una importante fuente de energía, y en 1910 Madrid tenía un amplio suministro de electricidad a través de la línea de alta tensión más larga de Europa. Pronto grandes embalses formaron parte del paisaje en muchas partes del mundo.

En Gran Bretaña la Primera Guerra Mundial fue un gran incentivo para que se adoptaran formas de suministro más

Derecha: 1 **«Blackpool, obra maestra de la luz refulgente. Venga, y participe en estas magníficas galas otoñales.» El anuncio alude al uso de la luz eléctrica en la vida nocturna de una localidad británica.**
2 **Televisor británico de 1937; por su longitud, el tubo de rayos catódicos va montado verticalmente, y la pantalla, que mira hacia arriba, queda reflejada en un espejo, lo cual permite al espectador una visión normal.**
3 **Anuncio de pilas eléctricas en 1930; su empleo se hallaba ya generalizado hacia 1914.**
4 **Pintura mural de la Exposición Internacional de Nueva York (1939) alusiva al dominio de la electricidad por el hombre.**


BLACKPOOL
MASTERPIECE OF
DAZZLING
LIGHT
Come, share these glorious autumn joys.
SEP. 24th TO
OCT. 24th, 1932
4
EVEREADY



Geissler
Baudot
Morse
Lord Kelvin
Elihu Thomson
Joubert
Mascart
Hallwachs
A.C. Becquerel
Planté
Lippmann

La era de la electricidad, vista por el pintor francés Raoul Dufy en un fresco de la Exposición Internacional de París (1937).

eficientes, y en 1919 se llegó a una cierta coordinación centralizada al establecerse los Comisarios de la Electricidad, aunque su falta de fuerza coactiva resultó ser un importante inconveniente. Sin embargo, en 1926 se formó la Junta Central de la Electricidad y se empezaron a construir las principales líneas de una red nacional inglesa. Fue entonces cuando los postes de acero empezaron su marcha triunfal a través de los campos. En 1934 la red alimentaba a la mayor parte de la nación de una forma altamente económica, ya que permitía la utilización de unas cuantas centrales importantes, emplazadas cerca de los suministros de combustible.

Estas centrales pudieron incorporar importantes avances tecnológicos, el más importante de los cuales fue la turbina de vapor, desarrollada por Charles Parsons. En 1931 su invento había dado al mundo más de 30 millones de caballos de vapor en electricidad. Un turbogenerador, instalado en la central eléctrica de Battersea en 1933, medía 36,5 metros de longitud y fue el mayor de Europa durante muchos años. En 1939 Gran Bretaña contaba con 58 turbogeneradores, que proporcionaron en 1938, 22.000 millones de kWh —en total—, casi siete veces más que en 1920. En estos años el número de consumidores aumentó diez veces: de 908.000 pasó a 9.200.000. En todas partes la industria eléctrica había sido la que había presentado el crecimiento más espectacular y más constante (en Alemania, por ejemplo, la energía generada se triplicó entre 1913 y 1924).

La falta de electricidad es una señal de subdesarrollo; realmente, es tan importante la energía eléctrica para el progreso de las naciones, que casi se puede medir la civilización en kilowatios. Con el fin de promover la industrialización de Rusia, Lenin señalaba que «comunismo es igual a potencia soviética más electrificación».

Los perfeccionamientos que la electricidad permite en la industria y el transporte demuestran que Lenin estaba en lo cierto. La electrolisis —descomposición química por la acción eléctrica— llegó a ser vital para la obtención del cobre y del aluminio y para la producción masiva de sosa cáustica. En las fábricas desaparecieron los molestos y peligrosos sistemas de transmisión por eje y correas, con la introducción de los motores eléctricos individuales que permitieron controlar con mucha mayor precisión la velocidad y la productividad en las máquinas-herramientas. La electricidad se encargó de mover los ventiladores, ascensores y grúas, y se demostró su eficacia en los caballetes de cabria de las minas de carbón y en los trenes de laminado de la industria del acero. El constructor y el carpintero encontraron en la maquinaria eléctrica un elemento indispensable para el ahorro de trabajo. En 1891 el tranvía eléctrico apareció en el campo de los transportes y su importancia continuó hasta la Segunda Guerra Mundial. Los ferrocarriles eléctricos aparecieron al mismo tiempo, y en 1895 se inauguró en América el sistema de control múltiple, que es usual en los trenes subterráneos. La utilización de la energía eléctrica en el «Metro» fue muy bien acogida, puesto que hasta entonces el humo y el vapor habían frenado considerablemente el desarrollo de los transportes subterráneos. La locomotora diesel-eléctrica proporcionó una nueva e importante fuerza motriz, y en 1930 ya fue ampliamente utilizada por los Ferrocarriles Nacionales Canadienses.

La electricidad y la sociedad de masas

La electricidad ha sido uno de los principales avances tecnológicos que han hecho al hombre más dueño de la naturaleza. En las comunicaciones ha representado una importante superación de las limitaciones impuestas por el espacio y el tiempo y ha puesto a los hogares del siglo XX en comunicación con los puntos más distantes del globo. La primera etapa fue el telégrafo eléctrico, desarrollado en 1837, año de la subida al trono de la reina Victoria. En 1842, la detención del asesino Tawwell en la estación de Paddington, después que un mensaje por telégrafo diera la alerta a la policía de su inminente llegada, influyó mucho en la popularización de esta nueva forma de comunicación. En 1858 la reina Victoria intercambió mensajes con el presidente Buchanan en el primer cable transatlántico. A principios del siglo, el telégrafo formaba parte de la vida diaria, desempeñando hasta cierto punto el papel que más tarde sería usurpado por el teléfono: incluso Strindberg hizo de él un personaje importante cuando en su *Danza de la muerte* (1911) lo situó en la escena. En 1929 la «Western Electric Company» de los Estados Unidos tenía en funcionamiento un sistema por el que podían transmitirse por el interior del país de 480 a 600 palabras por minuto con un solo par de cables, y en 1930 fue posible transmitir hasta 400 palabras por minuto a través del Atlántico. A principios de siglo el teléfono ya había conseguido un lugar destacadísimo en los sistemas de comunicaciones. Había sido lanzado comercialmente dos años después de la primera transmisión eléctrica de la palabra articulada, en junio de 1875, realizada por el norteamericano Graham Bell. El sistema de llamada del abonado por disco rotativo se inventó en 1896, y en 1905 la Compañía Telefónica Nacional de Gran Bretaña contaba con 805.000 kilómetros de cable subterráneo y la misma cantidad de teléfonos. Por aquel entonces en Estados Unidos había dos millones y cuarto de teléfonos, cifra que en 1920 se convirtió en trece millones y medio y que correspondía a un aparato por cada ocho personas. Norteamérica llevó la delantera en la investigación de las microondas, y en 1934 ya estaba en uso comercial un enlace de microondas por el que se transmitían señales de teléfono y télex.

Más espectacular todavía fue el nacimiento de las emisiones radiofónicas. Aunque Marconi había lanzado las primeras señales radiadas en 1895, no fue hasta 1920 cuando empezó el *boom* de la radio. Al finalizar la década había progresado tanto el nuevo sistema difusor que se hablaba ya del problema del «caos del éter». Mientras otras ramas de la ingeniería eléctrica han contribuido en gran manera al confort material, la radiodifusión, más que ningún otro medio conocido hasta entonces, ejerció un poderoso influjo sobre la mentalidad de la población. La radio añadió una nueva dimensión a la vida diaria y, al extender las posibilidades de comunicación entre los hombres mucho más allá de sus límites naturales, hizo que toda la humanidad se sintiera integrada en una comunidad única. Este efecto aumentó con la llegada de la televisión, inaugurada en Gran Bretaña en el año 1936. Ya en 1911 un alemán llamado Rosing había transmitido algunas imágenes elementales, pero no se establecieron los cimientos de la moderna televisión hasta 1924.

El poder de alcanzar con los nuevos medios de comunicación a gran número de personas ha creado la expresión de «sociedad de masas». En 1939 la electricidad había hecho posible considerar al mundo como una gran unidad, tanto por la forma revolucionaria con que había cambiado las comunicaciones como por los ingentes suministros de energía que posibilitaban la creación de las ciudades industriales del mundo moderno.

Simon Rigge

Nuevos materiales

El avance científico dio origen a los nuevos materiales que cambiarían en pocos años no sólo la vida diaria sino también la naturaleza de la terrible contienda que se acercaba.

El doctor Wallace H. Carothers exhibe una pieza de neopreno, goma sintética elaborada bajo su dirección por la empresa norteamericana «Dupont»; su equipo de investigadores descubrirían posteriormente el nilón. ***Abajo:*** **dos empleadas de una industria británica muestran un nuevo producto textil, el rayón o seda artificial.**



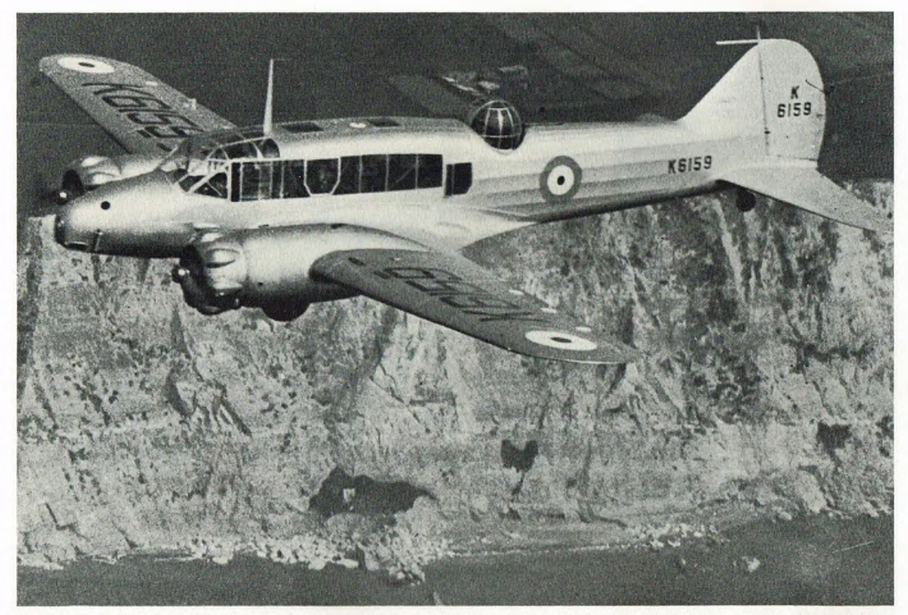


Al final de la década de 1920 la civilización occidental se transformó adquiriendo el cariz que hoy día se denomina materialista. Los frutos de la investigación tecnológica y del deseo humano de inventar materiales radicalmente nuevos empezaban a recogerse. Durante la Primera Guerra Mundial y bajo la presión de las necesidades de defensa, en Europa y Norteamérica se realizaron numerosas investigaciones sobre los metales y sus aleaciones, pero también, en menor grado, sobre ciertos productos químicos y explosivos. Sin embargo, muchas naciones, particularmente Gran Bretaña, sintieron que la guerra no les había permitido entregarse de lleno a la investigación, y en los años veinte se formaron, con el patrocinio del Estado o de las industrias, algunas organizaciones cuya finalidad era una mejor preparación del país con vistas a las necesidades bélicas o de la población civil en tiempos de paz.

Los equipos de investigación formados en la década de 1920 habían de experimentar a no tardar los efectos de la depresión mundial, que empezó en 1930. Pero en 1935 se inició un nuevo período de intensa preparación para la que tenía que ser la Segunda Guerra Mundial. Tan pronto como empezaron a amontonarse en el horizonte las nubes de guerra, se dedicaron grandes esfuerzos a la mejora de los materiales, en particular aceros y metales ligeros, para aviones de combate y bombarderos. Muchos de los principales materiales descubiertos en los años treinta surgieron de la necesidad de mejorar las características de los motores y las estructuras de los aeroplanos, e incluso de otros artefactos bélicos. Otro aliciente para la investigación era el desarrollo de la aviación comercial que, especialmente en los Estados Unidos, había demostrado ser ya un negocio atractivo a mediados de los años treinta. Algunos de los descubrimientos fueron fortuitos, pero otros surgieron de un cuidadoso trabajo teórico y experimental. Como resultado se obtuvieron cuatro nuevas aleaciones: dos de ellas a base de magnesio y aluminio, y las otras dos —de características muy interesantes— a base de hierro y níquel.

La industria química fue probablemente la única que se propuso específicamente desarrollar nuevos materiales. En este sector, también a principios de los años treinta, los grandes complejos industriales en Alemania, Norteamérica y Gran Bretaña, contaban con importantes laboratorios de investigación que empleaban a centenares de científicos calificados, a los que cabe atribuir la invención de tipos radicalmente nuevos de plásticos y polímeros.

En el estadio preparatorio de la guerra, los estrategas alemanes previeron que probablemente se encontrarían con dificultades para el suministro de bauxita, el mineral del que se extraía el aluminio. Se dieron cuenta en todo caso de que, de emplear magnesio en los aeroplanos, sería conveniente disponer de gran cantidad de minerales indígenas, tales como la magnesita, de los que era posible extraer el magnesio. Sin embargo, surgieron dificultades técnicas. El magnesio es un material muy reactivo y, por consiguiente, en ambientes corrosivos tiene una vida bastante limitada. Aunque se habían empleado algunas aleaciones de magnesio en el avión que en 1931 pilotó el aviador italiano Balbo, desde Italia a Sudamérica, no se había desarrollado a mediados de los años treinta ninguna aleación que ofreciera la resistencia mecánica suficiente. En Alemania, la empresa «I. G. Farbenindustrie», que contaba con poderosas instalaciones técnicas, había recibido el encargo de encontrar el mejor modo de extraer el magnesio, producir aleaciones de suficiente resistencia mecánica y rigidez, y averiguar los sistemas más adecuados para prolongar el servicio de estas aleaciones protegiéndolas de la corrosión. También tenía que desarrollar técnicas apropiadas para la fusión, moldeo y forja de este metal y sus nuevas aleaciones. Se comprobó que ciertas aleaciones de magnesio, particularmente las moldeadas, resultaban muy atractivas, por cuanto tenían mayor rigidez y en algunos casos eran más ligeras que las aleaciones de aluminio equivalentes. Los ingleses y norteamericanos continuaron la búsqueda por este camino. Los tecnólogos británicos decidieron utilizar agua de mar como fuente de magnesio, pues una milla cúbica de agua de mar contiene aproximadamente seis millones de toneladas del metal. Se obtenía haciendo



El Avro Anson 1936. Construido en gran parte con aluminio, ese tipo de avión constituyó una de las primeras fabricaciones en serie que hizo uso del citado metal. Hasta la década 1930-1940, con las nuevas técnicas, el aluminio no tuvo un desarrollo industrial comercialmente productivo.

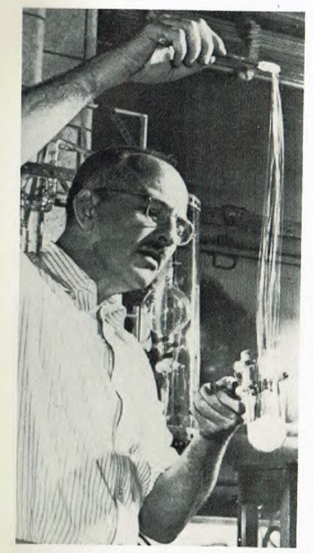
reaccionar dolomita con el cloruro de magnesio del agua de mar, y de la magnesia obtenida se extraía, mediante electrolisis, el magnesio metal. En 1935 la producción mundial de magnesio era aún de sólo 15.000 toneladas por año, pero ya en 1939 se utilizaron piezas moldeadas de aleación de magnesio para el Volkswagen alemán. Todavía hoy se utilizan unos quince kilogramos de magnesio en cada Volkswagen.

Aluminio

El desarrollo de otro metal ligero, el aluminio, que siempre ha sido utilizado en aviación en mayor proporción que el magnesio, tuvo sus raíces en la Primera Guerra Mundial, cuando se desarrolló y utilizó el duraluminio. Las especificaciones y diseños para aviones militares en las décadas de 1920 y 1930 solicitaban cada vez mayores esfuerzos a los componentes metálicos de las máquinas y de las estructuras, lo cual dio lugar a una demanda de nuevas aleaciones dotadas de mayores resistencia y fiabilidad.

Desgraciadamente, algunas de las investigaciones acerca de aleaciones de aluminio son históricamente algo oscuras porque muchas de ellas fueron llevadas a cabo por la «Rolls Royce Company», la cual patentó las aleaciones pero no dio a conocer su proceso de fabricación. El mayor mérito debe atribuirse a H. Campbell-Hall, quien, junto con John Bracbury, trabajó mucho en este sentido. La investigación empezó a mediados de la década de 1920 pero no consiguió el éxito hasta principios de la de 1930. Como indicación de la lenta marcha de explotación, incluso bajo la presión de una posible guerra, puede citarse el desarrollo de la RR 58. Se trataba de una aleación que, producida en 1931, aún no había sido utilizada comercialmente porque no podía moldearse en forma de grandes lingotes para la forja. Con la adición de silicio quedó solucionado el problema, y la aleación resultante, llamada RR 59, se utilizó durante la década de 1940. No obstante, cuando después de la guerra se vio en el Reino Unido la posibilidad de emplear una nueva técnica, la del moldeado semicontinuo, volvió a utilizarse la aleación original, RR 58, ya que era más fácil de fabricar y además presentaba una mejor resistencia al calor. Resultó ser la única plancha de metal que durante unas 25.000 horas a temperaturas entre 135°C. y 150°C. podía presentar las características de resistencia a la deformación requeridas.

Prácticamente, todas las aleaciones de aluminio que más tarde se usarían en el «Concorde» se basarían en la original RR 58.



El doctor Julian Hill, uno de los miembros del equipo de Carothers, explica aquí el descubrimiento de una de las primeras fibras sintéticas.

Aceros y nuevas aleaciones de níquel

En lo que se refiere al motor del avión, hubo considerables mejoras en otras aleaciones de hierro y en particular en los aceros. Una nueva aleación desarrollada para cigüeñales fue la conocida con el nombre comercial de «Hykro». Otra aleación para válvulas, la KE 965, consistía en un acero con níquel, cromo y manganeso que tenía un coeficiente de dilatación relativamente elevado. Bajo las elevadas presiones y temperaturas de la combustión en motores alternativos de aviación, los asientos de las válvulas y sus cabezas se corroían y erosionaban. Estas dificultades se resolvieron finalmente con el desarrollo de varias aleaciones de cobalto y níquel, las cuales presentaban una gran resistencia mecánica a elevadas temperaturas y una notable resistencia a la corrosión, derivada principalmente de los combustibles con plomo, utilizados a causa de las especiales propiedades antidetonantes exigidas en los motores de elevada compresión que se empleaban en aviación. Las aleaciones a base de cobalto llevaban el nombre comercial de «Stellite», mientras que las formadas a base de níquel se conocían originalmente como «Brightray». Básicamente se trata de la misma aleación utilizada en las resistencias calefactoras de los hornillos eléctricos, con adiciones especiales de manganeso y silicio. La aleación tipo «Brightray» había sido ya objeto de varias investigaciones encaminadas a la fabricación de los álabes de las primeras turbinas de gas.

Con la adición de aluminio y titanio se consiguió una aleación de mucha mayor resistencia mecánica a elevadas temperaturas, de la cual deriva el conjunto de aleaciones denominadas hoy día «Nimonics».

Plásticos y polímeros

Desde 1934, los científicos alemanes trabajaban para el desarrollo de nuevos materiales plásticos o polímeros, con lo cual el país se preparaba para la guerra que pronto había de estallar. Cuando se rompieron las hostilidades, Alemania no sólo disponía de una notable industria de goma sintética sino también de una floreciente industria de plásticos. Con el poliestireno, la amplia gama de plásticos de vinilo, metacrilatos y sus diversos copolímeros, el país había edificado los cimientos de un nuevo y gran imperio industrial. Una vez más, la planificación acelerada realizaba un magnífico progreso con el descubrimiento de los polímeros, éxito que en otras circunstancias se habría tardado mucho más tiempo en conseguir.

Debe hacerse notar que el carbón era la principal materia prima durante este período y que, dentro del programa alemán de fabricación de goma sintética, se utilizaba el carburo de calcio como un intermediario del que se obtenían grandes cantidades de acetileno para la producción de butadieno.

Un importante desarrollo británico fue la utilización del metacrilato de polimetilo, llamado perspex, para la fabricación de plancha acrílica, que ofrecía considerables ventajas respecto al vidrio y al acetato de celulosa, como material para cristales empleados en aviación.

Durante este período las industrias de plásticos norteamericanas dieron a conocer dos importantes descubrimientos, que en gran parte eran fruto del trabajo del doctor W. H. Carothers, que estuvo asociado durante muchos años con la gran «Dupont Company» en Wilmington, Delaware, donde dirigía un gran equipo de investigación. Su trabajo estaba principalmente enfocado al estudio de los fundamentos de los productos químicos de elevado peso molecular y de los métodos por los que podían ser sintetizados. Carothers descubrió que un producto químico, llamado cloropreno, podía ser polimerizado mucho más rápidamente que otro conocido como isopreno, lo que permitía obtener una sustancia parecida a la goma pero que presentaba unas propiedades muy superiores a cualquier otra goma sintética conocida. Este material, llamado neopreno, se fabricó por primera vez en 1931, y a mediados de la década de 1930 se producía ya en grandes cantidades.

Mientras tanto se estudiaron una amplia gama de superpolímeros, en particular poliéteres, poliésteres, poliamidas, polianhídridos y poliacetatos, pero de todos ellos sólo uno presentaba propiedades suficientemente atractivas que justificaran su fabricación comercial en forma de fibra.

En 1938 Dupont pudo anunciar la fabricación de la primera fibra de nilón conocida como Nylon 66 (estas cifras representan el número de átomos de carbono en la diamina original y los radicales ácidos, respectivamente). Debe hacerse constar que la primera fibra sintética, el rayón, fue de invención inglesa y ya estaba en producción en todo el mundo al finalizar la década de 1920. Pero el rayón tenía algunas limitaciones, por cuanto presentaba cierto desgaste, y dificultad de doblado, y no permitía un alargamiento como el del nilón. Antes del final de 1938 se utilizaba el nilón en los cepillos de dientes «Miracle Tuft» del doctor West, y el año siguiente estaban disponibles en Estados Unidos las primeras medias de nilón. De ellas se habían vendido en 1940 sesenta y cuatro millones de pares. Por aquel entonces el nilón se elaboraba también en forma de polvo moldeable, adecuado para la fabricación de diferentes objetos que hasta el momento eran de baquelita, un material desarrollado en la década del 1920 y uno de los primeros plásticos termofijos producidos comercialmente.

Politeno

Mientras tanto, en el Reino Unido el trabajo de investigación sobre la división de álcalis había corrido a cargo de la I.C.I. («Imperial Chemical Industries»),

1 

2 

1 **Anuncio de ropa femenina interior de crep estampado y rayón, aparecido en 1938. Durante los años comprendidos entre las dos guerras mundiales, los productos sintéticos alcanzaron un uso muy general; el rayón se empleaba ya a fines de la década 1920-1930.**
2 **Un jugador norteamericano de** ***baseball*** **comenta la gran resistencia de las nuevas fibras textiles.**

donde se sometían a altas temperaturas y elevadísimas presiones ciertos compuestos del tipo olefina, obtenidos normalmente del petróleo crudo. El trabajo había empezado a principios de los años treinta y requirió difíciles experimentos, uno de los cuales proporcionó cierta sustancia blanca de aspecto cerúleo que poseía unas propiedades eléctricas extremadamente buenas y era inerte frente a muchos agentes químicos. En agosto de 1936 se descubrió que la nueva sustancia, llamada politeno, tenía sobresalientes cualidades como material aislante para cables submarinos. Por consiguiente se construyó una planta piloto y al final de 1938 se había producido una tonelada de politeno. A continuación se vio que la ligereza de peso y las valiosas propiedades de aislamiento del politeno lo hacían un material ideal para incorporar en todos los tipos de equipos de radar. Para citar a sir Robert Watson-Watt: «La disponibilidad de politeno transformó el diseño, producción, instalación y problemas de mantenimiento del radar de aviación desde un estado francamente insoluble a otro francamente viable. Se hizo realizable una gama completa de nuevos diseños de antenas y alimentadores, imposibles de conseguir anteriormente; se eliminó una gran cantidad de intolerables problemas de mantenimiento.»

Hasta aquí algunos de los materiales que fueron novedad en el mundo de los años treinta. De un modo u otro, fueron responsables de algunos de los hallazgos que hicieron época y tuvieron un importante papel en la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, estos materiales por sí solos habrían tenido poco valor si no se hubiesen también desarrollado las técnicas para su fabricación y utilización.

Un gran paso hacia adelante

A final de los años treinta podemos observar que se había sembrado la semilla que debía originar el gran paso en la utilización y fabricación de materiales que beneficiarían a la humanidad pasada la década de los cincuenta. Está semilla fue el crecimiento de una nueva industria de fibras sintéticas diferentes del rayón, y el rápido desarrollo de una gran variedad de materiales plásticos y técnicas apropiadas para fabricarlos casi exclusivamente a partir del petróleo crudo. En metalurgia se desarrollaron técnicas experimentales que al final condujeron a las aleaciones especiales y a los superaceros conocidos hoy, y a la aplicación de nuevos metales tales como titanio, uranio, berilio y niobio. Y el aluminio es, después del acero, el metal más utilizado en el mundo.

W. O. Alexander





La Olimpíada de Berlín, 1936

Los Juegos Olímpicos celebrados en Berlín en agosto de 1936 fueron el acontecimiento deportivo más multitudinario realizado hasta entonces. También fueron una de las mayores piezas de la propaganda internacional. Los Juegos convocaron a 100.000 espectadores de todo el mundo; y los nazis tuvieron una oportunidad ideal para demostrar cuán poco contaban las leyes antijudías y las limitaciones a la libertad personal ante los logros de la nueva Alemania.

Los preparativos fueron minuciosos. Las normas que el partido dirigió a las autoridades locales insistían en la limpieza de los campos y pueblos cercanos y en que la población se mostrase amable y hospitalaria para con los turistas. Por el momento, se dejó de lado oficialmente el antisemitismo. Los carteles con la leyenda «Juden unerwünscht» («No se admiten judíos») fueron arrancados de los hoteles, negocios y cervecerías. Se amplió el estadio de Berlín, que había sido proyectado para recibir la Olimpíada de 1916.

Goering, Ribbentrop y Goebbels daban fiestas deslumbrantes a los visitantes extranjeros, con lo cual se los impresionó muy favorablemente, ofreciendo la imagen de un pueblo aparentemente alegre, sano y amable.

La ceremonia de inauguración del sábado 1.º de agosto fue otro triunfo de la dirección de escena nazi. Sonaron las fanfarrias, y se escuchó un rugido de la multitud cuando apareció Hitler al final de los 150 escalones que conducían a la arena; una figura diminuta, empequeñecida por el imponente estadio de piedra. Se acomodó en las gradas para ver el desfile de los 4.000 atletas. La multitud entonó el «Deutschland über Alles» y la canción de Horst Wessel, y el desfile comenzó.

Muchos de los equipos se quejaban del deseo oficial de que se saludara al estilo fascista (que para la ocasión se podía explicar como el saludo olímpico). Los franceses se ganaron un rugido de aprobación de la multitud cuando lo hicieron. Pero los ingleses, que seguían a los franceses, fueron acogidos con un silencio hostil cuando realizaron el saludo tradicional. Hitler lo tomó como una afrenta personal.

Hitler sufrió un rudo golpe ante los resultados obtenidos por los atletas, que refutaban decisivamente la creencia nazi en la supremacía nórdica y tuvo que ser testigo de los repetidos triunfos conseguidos por los «inferiores» atletas negros, en su mayoría norteamericanos.

Muchos de estos éxitos se debieron al esfuerzo de uno de los mayores campeones de todos los tiempos, el «antílope de ébano», J. C. Owens. Jesse, como se le conocía desde niño, había demostrado ya sus grandes condiciones en mayo del año anterior, cuando estableció cinco récords mundiales e igualó otros tantos, en el término de setenta minutos. Igualó el récord mundial en las 100 yardas (9,4), y estableció otros nuevos para el salto de longitud (26 pies 8 1/4 pulgadas, una marca sólo superada veinticinco años más tarde por Ralph Boston), las 220 yardas libres (20,3), y las 220 yardas con obstáculos (22,6). Las dos últimas también fueron aceptadas como récords mundiales para los equivalentes métricos.

Owens superó ampliamente todos los pronósticos, y se hizo muy popular entre los berlineses. No estableció nuevos récords, pero continuó ex-

Izquierda: **en el estadio de Berlín, la multitud saluda la llegada del Führer.** Centro: **«Ario Honoris Causa»: Kithei Son, ganador japonés de la maratón.** Derecha: **Owens, el negro norteamericano cuyos triunfos echaron por los suelos, y ante el propio Hitler, los mitos racistas nazis.**


1
2
4
MOGE DIE OLYMPISCHE
FLAMME LEUCHTEN DURCH
ALLE GESCHLECHTER ZUM
WOHLE EINER IMMER HOHER
STREBENDEN, MUTIGEREN
UND REINEREN MENSCHHEIT!
COUBERTIN

hibiendo sus extraordinarias aptitudes físicas y obtuvo cuatro medallas de oro. En siete días figuró en doce competiciones, incluyendo los relevos, y sobresalió como dueño indiscutido. Igualó por dos veces el récord olímpico de 10,3 en los 100 metros (para los que también hizo un 10,2), y estableció una nueva marca olímpica en el salto de longitud (26 pies 8 1/4 pulgadas). En los 200 metros, invirtió en la carrera —corrida bajo la lluvia— un tiempo de 20,7, el mejor en el mundo para esa distancia en circuito. En la final de los relevos de 4×100 metros, logró que su equipo estableciera el nuevo récord mundial de 39,8.

El salto de longitud, en el que los alemanes concentraban todas sus esperanzas en la persona de Luz Long, fue quizás el acontecimiento más emotivo de los juegos. Long, en efecto, fue la única amenaza real para Owens. Cuando faltaban dos saltos, Long llevaba aún la delantera con 25 pies 9 pulgadas. Owens replicó con el mayor brinco que se había visto en Europa, llegando a los 26 pies, y, en un esfuerzo final, mejoró esta marca hasta alcanzar el nuevo récord olímpico. Fue la mejor competición de salto de longitud que se daría en muchos años, ya que Jesse se convirtió en profesional poco después.

Los negros ganaron también medallas de oro en los 400 y 800 metros, de plata en los 100 y 200 metros, y tanto la de oro como la de plata en el salto de altura. Era demasiado para Hitler. Dejó el estadio cuando Cornelius Johnson recibía la medalla de oro por el salto de altura. Se negó a reconocer los éxitos de Owens al no estrecharle la mano (como tampoco a ningún otro atleta negro), aun cuando no rehusó distinguir con este gesto de deferencia a otros ganadores, incluyendo a los japoneses, a los que aparentemente consideraba como «arios honoris causa».

Hubo, sin embargo, cierto consuelo para la convicción nazi en la supremacía nórdica. Los alemanes ganaron la mayoría de las medallas de oro en todos los juegos. En atletismo se llevaron las del martillo, jabalina y disco.

Los éxitos de los atletas alemanes y de la organización nazi fueron hábilmente manejados por los sistemas de propaganda, en cuya cabeza figuraba la agencia oficial de cine, bajo la dirección exclusiva de Leni Riefenstahl, que supervisaba todas las tomas y controlaba las copias. La Riefenstahl demostró su talento como realizadora cinematográfica: su «Olimpíada de Berlín, 1936», continúa siendo un brillante testimonio gráfico.

La Olimpíada representó un alto momento en el esfuerzo del nazismo por conseguir el respeto internacional. A las dos semanas de comenzados los Juegos, millares de personas en todo el mundo acabaron pensando que, después de todo, los nazis no eran tan malos como parecían.

John Man

Izquierda: 1 **La esperanza británica de la Olimpíada: Sidney Wooderson, 1.500 metros.**
2 y 3: **dos fotos de Leni Riefenstahl: un deportista «ideal» y un salto con pértiga.** 4 **«Que la llama Olímpica brille a través de todas las generaciones en beneficio de una humanidad siempre más valiente y pura, con aspiraciones cada vez más altas»: una cita del Barón de Coubertin.**
Derecha: 1 **Hitler llega al estadio.** 2 **Deportistas idealizados en la portada de una revista alemana contemporánea.** 3 **Símbolo de la Olimpíada de Berlín fuera del terreno de competición: culto al cuerpo y militarismo. Tales esculturas, como ocurre con todo «arte» dictatorial, tenían, de arte, muy poco.**

1


2


3



NIPPON
USA

El deporte entre las dos guerras

Los años treinta se caracterizaron, en el deporte, por el apogeo de los espectáculos masivos. Los intereses comerciales comenzaban a dominar los deportes aunque carecían de la preponderancia que habían de adquirir en el futuro. Los nombres de Owens, Bradman, Perry o Louis dieron una atmósfera de grandeza nostálgica a los años de la preguerra.

Página anterior: **dibujo alemán alusivo a los Juegos Olímpicos de Berlín y publicado por la revista «Simplicissimus».**
El boxeador alemán Schmeling, campeón mundial de los pesos pesados de la década 1930-1940, fotografiado junto a su mujer.



El aumento del profesionalismo y del carácter nacionalista en los deportes, y la marcada tendencia a convertir en espectáculo las competiciones deportivas (las cuales, aun en sus más altos niveles, fueron perdiendo las características de «deportividad» y «amateurismo» que las habían distinguido hasta entonces), constituyeron las notas características del deporte en los años treinta. En las décadas siguientes se acentuaron aún más dichas tendencias.

Se hicieron famosos algunos nombres, entre ellos Joe Louis, Fred Perry, Alex James, Henry Cotton, Jesse Owens, Don Bradman y Len Hutton. A pesar del desarrollo de las tácticas defensivas en el fútbol, de la monstruosidad de la Olimpíada nazi de 1936, y del predominio del gangsterismo en el boxeo norteamericano, el deporte de este período conservó cierto aire de inocencia e ingenuidad. En 1936, el equipo olímpico alemán fue el primero en someterse sistemáticamente a un duro entrenamiento. El tenis no estaba aún dominado por el «servicio» y la «volea» como lo está actualmente, cuando cada *rally* termina por un golpe corto, rápido. El fútbol, aunque se convirtió cada vez más en un deporte defensivo, desarrollando la táctica de la defensa y el ataque repentino, era todavía abierto y libre.

El deporte moderno comenzó, casi sin excepción, en la Inglaterra victoriana. El cricket era por supuesto anterior, pero el fútbol, el atletismo —en sus formas actuales—, el ciclismo, el boxeo —según las reglas del marqués de Queensberry—, el tenis y el rugby crecieron en ese asombroso terreno fértil. Con ellos —dado que fueron concebidos y nutridos en las escuelas públicas y universidades— había algo más: el espíritu amateur. Jugar para ganar era comprensible y, hasta cierto punto, laudable, pero el juego era todavía lo que más importaba. Cuando el barón de Coubertin remozó los Juegos Olímpicos y proclamó la importancia no tanto de ganar como de tomar parte, hizo suyo un criterio británico.

En este panorama, las Olimpíadas de 1936 pueden ser consideradas como la cúspide. Desde la guerra, los admirables preceptos del barón de Coubertin fueron progresivamente traicionados, y los nazis usaron la Olimpíada de Berlín como un festival masivo de propaganda. Proliferaron los arios rubios. Los uniformes nazis estaban en todas partes; incluso había guardias con la bayoneta calada a cada lado de la cuesta hasta el puente construido sobre el canal, para asistir a las regatas. El Comité Olímpico Internacional —tradicionalmente indiferente a las cuestiones políticas— ignoró todas las reclamaciones y protestas en contra de la decisión de realizar los juegos en Alemania, y siguió adelante. Probablemente la demostración de peor gusto por parte de los alemanes fue alcanzada con el grupo de destartaladas chozas despreciativamente denominadas «Poblado Olímpico 1932», con el objeto de ridiculizar los últimos Juegos en los Ángeles.

El equipo británico disgustó a los nazis, saludando con la cabeza a la derecha, en vez de realizar el saludo nazi. Dos años después esto se subsanaría en la notoria ocasión en que —en el mismo estadio— el equipo de fútbol inglés coreó el *Heil Hitler!*

El predominio de los norteamericanos en aquellos deportes que tomaban en serio, fue uno de los temas de los treinta. En boxeo, atletismo (aunque no en las distancias largas), natación, y ocasionalmente tenis, eran claramente superiores. Tenían una disposición, una determinación despiadada de ganar, paralela a la que ponían en juego los australianos, y en algunos pocos casos los ingleses, tales como Perry, tenista que triunfó brillantemente en Wimbledon en 1934, 1935 y 1936.

En el boxeo, más aún que en el atletismo, predominaban específicamente los

Página siguiente en color: **La revista norteamericana «The Ring», aludiendo a un hipotético enfrentamiento Joe Louis (campeón mundial de los pesos pesados en 1937)-Jack Dempsey (que lo fue en 1919), se pregunta: «¿Quién habría ganado?»**
Página siguiente en negro: **Joe Louis con su esposa; Tommy Farr, magnífico oponente de Joe Louis en 1937; el gigantesco Primo Carnera.**

BOXING - WRESTLING - FIGHT FICTION

25 CENTS

MAY

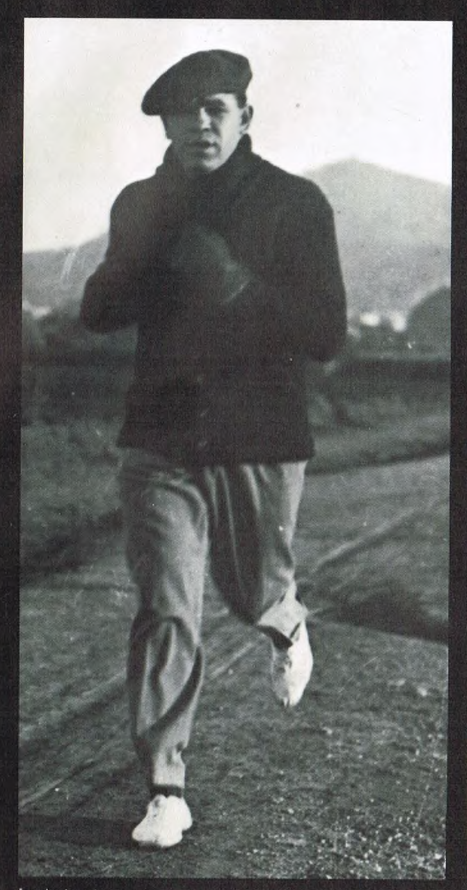
The RING

C. R. Schnare

LOUIS ? DEMPSEY

WHO WOULD HAVE WON?







Izquierda: **el boxeador vasco-español Paulino Uzcudum fotografiado en el curso de uno de sus entrenamientos. Uzcudum, púgil de una gran resistencia, fue durante mucho tiempo —hasta la aparición de Urtain, también vasco— el único español que había logrado el campeonato de Europa en la categoría máxima del boxeo, la de los pesos pesados; entre los boxeadores que se le enfrentaron figuran el alemán Max Schmeling, el gigantesco italiano Primo Carnera y el famoso «bombardero de Detroit», el negro norteamericano Joe Louis.** *Derecha:* **Fred Perry, estrella británica del tenis. Durante el período 1934-1936 se hizo con tres campeonatos sucesivos en Wimbledon; ello, junto con su magnífica actuación en la Copa Davis, evitó el predominio de los Estados Unidos en el tenis.**

norteamericanos. El boxeador dominante en los años anteriores a la guerra de 1914 fue el negro Jack Johnson; la figura titánica de los años veinte fue Jack Dempsey, y Joe Louis quien sobresalió en los años treinta.

Nacido en Lexington, Alabama, Joseph Louis Barrow, conocido como Joe Louis, llamó la atención pública por primera vez mientras peleaba como amâteur en Detroit. Un rico abogado negro, John Roxborough, se hizo cargo de él. Su otro mentor fue su entrenador «Chappie» Blackburn, un violento hombrecito que había sido puesto por alguien para «mantener a Louis en línea», aunque no existen dudas de que ambos eran íntimos amigos. A diferencia de Johnson, Louis, tras haber dejado fuera de combate a Jim Braddock en el encuentro por el título mundial de los pesos pesados, en 1937, nunca llevó una vida regalada y siguió siendo un sujeto sencillo, honesto y quizás un poco desconcertado (en los años cincuenta tuvo que hacer un humillante retorno al *ring* para afrontar sus deudas fiscales). Conservó el título durante once años, y perdió sólo una de sus 67 peleas profesionales: contra el alemán Max Schmeling, al que derrotó más tarde. A efectos de la publicidad, Schmeling fue presentado —muy tendenciosamente—, como el «villano», la personificación de la Alemania nazi. La verdad fue que demostró un coraje inmenso, al desafiar al mismo Hitler y negarse a despedir a su entrenador judío, Joe Jacobs. Fue también la era de Primo Carnera, un italiano gigantesco de quien se hizo cargo sin piedad el submun-





Izquierda: **Mariano Cañardo, ciclista navarro que ganó siete veces la Vuelta ciclista a Cataluña, competición en la que debutó a los veinte años; en 1928, 1935 y 1936 participó en la Vuelta a Francia, donde este último año logró el sexto lugar, y en 1935 se clasificó segundo en la Vuelta a España.** *Derecha:* **Ricardo Zamora, que viste aquí los colores del Real Club Deportivo Español de Barcelona, ha sido uno de los porteros españoles más famosos de todos los tiempos. A los dieciséis años era titular del citado equipo, y a los veinte, internacional, categoría en la cual jugó en cuarenta y seis ocasiones; formó parte, además, de los equipos del Barcelona y del Real Madrid.**

do del vicio, hasta que luego de una serie de victorias bastante dudosas —en ocasiones teniendo que pelear incluso media docena de veces al mes— dejó fuera de combate a Jack Sharkey, en pelea por el título mundial. Sharkey fue derribado por un *uppercut.*

Carnera perdió su título en el encuentro con Max Baer, quien obtuvo una ventaja psicológica decisiva respecto a él, al ganarle mientras «peleaban» para un film que estaban rodando, poco antes del encuentro que sostendrían por el título. Sin embargo, Baer —muy misteriosamente— perdió su corona en junio de 1935, en el encuentro con el oscuro Jim Braddock. Se sugirió —aunque nunca fue probado— que Baer fue seriamente dañado en la pelea del film.

Algunos creen que Louis fue el mejor peso pesado de todos los tiempos. Otros que, a pesar de su feroz golpe de izquierda, era muy ortodoxo y previsible. Schmeling lo derrotó golpeándole duramente el flanco izquierdo, Arturo Godoy lo desbarató luchando un poco agachado y Jersey Joe Walcott lo venció en 1947, de acuerdo con la opinión de todos salvo la del árbitro, aunque más tarde Louis lo dejó fuera de combate en el asalto número 11.

El golf creció prodigiosamente en los años treinta. Fue la respuesta tanto psicológica como económica a las necesidades de una sociedad industrializada. Se podía hacer negocios de un modo muy agradable en el campo de golf. Tanto en Inglaterra como en Norteamérica, el club de golf se convirtió en un cómo-

do bastión de los prejuicios y privilegios sociales.

Los golfistas británicos se mantuvieron en alza durante los años treinta. Aparte de Cotton, estaba Dick Burton, quien, en 1939, se convirtió en el primer jugador británico que ganaría el *Open* en St. Andrews, desde que James Beard lo había ganado en 1910. Pero una vez más se mecanizó el deporte, y en los torneos de los Estados Unidos se desarrolló un nuevo tipo de profesional que —a diferencia de su equivalente británico— no estaba obligado a dar lecciones, ni a trabajar en el negocio del club.

En Europa y en América del Sur, el fútbol ganaba un apoyo casi fanático. Se jugaron tres Copas Mundiales en esta década, la primera de ellas en Uruguay (1930). Ninguna incluyó a los países británicos que se habían retirado de la FIFA, organismo internacional del fútbol, en 1925, a causa de problemas relacionados con el amateurismo.

Uruguay, que había ganado los dos torneos Olímpicos de la década del veinte con un equipo manifiestamente profesional, conquistó la primera Copa Mundial en una serie de encuentros que —debido a la gran distancia con Europa (el viaje por avión se utilizó más adelante en lo que respecta al deporte)— fueron forzosamente limitados. En la final, derrotó al rival vecino, Argentina.

En 1934, Italia logró la Copa Mundial e hizo muy evidente —como dijo el árbitro belga John Langenus— que llevaba el propósito de ganarla. El triunfo fue ampliamente utilizado como propaganda del fascismo; era un intento de demostrar —como dijo retóricamente uno de sus organizadores políticos— que «los deportes fascistas llevan en sí parte del ideal». Había, ciertamente, poco idealismo en el modo en que fue preparado el equipo italiano por su entrenador, Vittorio Pozzo. Aunque Pozzo no fuera un fascista, no tuvo reparos en servirse del fervor del momento para sus propios objetivos. «En la soledad —dijo— los jugadores son reducidos a un estado del más puro infantilismo.» Pozzo era capaz de marchar a la cabeza de un grupo, con una bandera en la mano y cantando canciones patrióticas. Era un equipo forzudo, antiestético y rudo que se peleó con los checoslovacos durante el tiempo suplementario que hubo que agregar al final del partido, después de conseguir el empate a un gol, con un tanto extravagante marcado por Orsi, uno de los tres argentinos del equipo.

Austria, que perdió en la semifinal, había pasado su mejor momento. Sin embargo, el *Wunderteam* (equipo-maravilloso) creado por el intelectual judío Hugo Meiisl en los años treinta, era un cuadro digno de ver.

Gracias a Fred Perry —con sus tres triunfos en Wimbledon y su sensacional actuación en la Copa Davis—, Gran Bretaña predominó en los campos de tenis. Los franceses también se mantuvieron formidables en los años treinta, gracias a sus tres «mosqueteros», Lacoste, Borotra y Cochet. Ganaron todas las Copas Davis entre los años 1927 y 1932, después de lo cual, hasta 1936, la Copa fue de igual modo dominada por Gran Bretaña.

Sin embargo, Estados Unidos la ganó en 1937 y 1938; había empezado su monopolio de los torneos, en el que se turnó con los australianos. Parecía claro ahora que países como Inglaterra y Francia, con sus climas menos adecuados y su relativamente bajo número de jugadores, sólo podrían competir con los norteamericanos gracias a algunos individuos sobresalientes.

El profesionalismo, disfrazado bajo la forma de «dietas por gastos extraordinarios», se convirtió en la regla más que en la excepción. Un jugador como Bobby Riggs, de Norteamérica, que ganó en Wimbledon en 1939, admitiría más tarde en su autobiografía que prácticamente había vivido de lo que sacaba con el deporte. Riggs era californiano: el estilo de vida y el excelente clima de California iba produciendo varios campeones de tenis. Uno de los más notables fue Alice Marble, quien ganó con facilidad el título femenino de Wimbledon, en 1939, aniquilando en la final a la británica Kay Stammers.

Las mujeres iban teniendo cada vez mayor participación en los deportes. Norteamérica había producido también la formidable «Babe» Didrikson, una de las atletas más destacadas de la Olimpíada de 1936, que podía correr y saltar con la misma facilidad con que arrojaba la jabalina. Las mujeres ya cruzaban a nado el Canal de la Mancha: una norteamericana, Gertrude Ederle, fue la primera de ellas, mientras que la copa de tenis Wightman —jugada entre Inglaterra y Estados Unidos— fue ganada sólo una vez por Inglaterra en toda la década de 1930.

En una era de creciente motorización, fue natural que los deportes mecánicos alcanzaran mayor amplitud. Las carreras de coches movilizaban inmensas multitudes por toda Europa. El deporte estaba dominado por coches de Alemania (Mercedes Benz) e Italia (Alfa Romeo, Maserati y, a fines de los años treinta, Ferrari).

El «tour» de Francia se convirtió en la carrera ciclista más popular y lucrativa del mundo, a causa principalmente de la gran publicidad de que era objeto. Los mejores corredores eran generalmente franceses e italianos, seguidos por los belgas, holandeses, españoles, algún alemán y ningún inglés. La Vuelta de Francia, altamente competitiva, tenía fama de ser una carrera en la que podían ocurrir cosas extrañas a los competidores. De todas maneras, tenía la suficiente vitalidad para poder revivir luego de terminada la guerra.

El rugby continuó siendo, como el cricket, un juego esencialmente del Imperio Británico; una vez más, Gran Bretaña fue enteramente desbordada por equipos como el New Zealand All Blacks y el South African Springboks. Los jugadores de estos países no eran en absoluto profesionales, pero el apasionamiento que sentían por estos deportes les procuró una maestría que dejó atrás al profesionalismo de los ingleses.

Ha sido siempre difícil saber —al margen del atletismo y la natación— si realmente ha habido mejora en el deporte. Durante los años treinta estaba de moda deplorar lo que estaba ocurriendo con el fútbol y con el cricket, deportes que, aun cuando habían perdido calidad como espectáculo, no hay duda que habían mejorado en términos de táctica y de técnica. El boxeo es el deporte que, tradicionalmente, parece más heroico a la distancia. ¿Se puede comparar a Louis con Dempsey, Tunney y Johnson? La mayoría de los críticos de su tiempo lo hubieran colocado probablemente junto a estos tres.

Una mayor atención a las condiciones físicas condujo inevitablemente a que los atletas tuvieran más nervio y, como consecuencia, a que ganaran en velocidad. Sin embargo, la milla en cuatro minutos siguió siendo una quimera. La insistencia en el entrenamiento pesado y el concepto de la «barrera del dolor» eran aún temas futuros.

Los años treinta no fueron una época de inocencia, pero por entonces los deportes no estaban aún tan mecanizados, racionalizados y sujetos a tal variedad de corrupciones como lo estarían posteriormente.

Brian Glanville

La política del «apaciguamiento»

El apaciguamiento no fue un mero y engañoso aplazamiento del día fatal. Fue la esperanza, optimista y cristiana, de que ese día fatal no tenía por qué llegar forzosamente. Es indudable que quienes abrigaban esta creencia eran sinceros, pero también es cierto que iban mal orientados.

Los acuerdos firmados en Locarno en 1925 se habían propuesto iniciar una era de paz en Europa: una paz en la que las grandes potencias se sintiesen seguras, con sus fronteras mutuamente garantizadas y sus estadistas amigablemente reconciliados. No debía ser una paz entre antiguos enemigos que descansaran y recuperasen las fuerzas para reanudar la batalla, sino de nuevos amigos que cooperasen para forjar una Europa permanentemente segura, en la que se olvidara por fin todo antagonismo entre Francia y Alemania.

Entre 1925 y 1933, dos corrientes contrastantes intentaron discurrir por el mismo cauce: en una dirección, el espíritu de Locarno en busca de las aguas abiertas del desarme y de la cooperación internacional, y en la otra el deseo alemán de recuperarse, y tal vez incluso de vengarse, pugnando con ímpetu creciente por llegar a otro mar muy distinto. Las innumerables conferencias de desarme fueron incapaces de persuadir a Francia para que redujese su nivel de armamentos, pero Alemania observaba todos esos grandes debates, pendiente tan sólo del día en que ella pudiese empezar a incrementar su propio arsenal.

En los cinco años que siguieron a Locarno, un número creciente de ingleses políticamente conscientes experimentó la necesidad de realizar algún gesto positivo de apaciguamiento hacia Alemania. Aunque fueron los alemanes quienes, en el Tratado de Versalles, se vieron obligados a reconocer su «culpabilidad bélica», parecía como si esta culpabilidad no quedase limitada tan sólo a las naciones derrotadas. En 1929, Lloyd George dijo en la Cámara de los Comunes: «Desarmamos a Alemania... destruimos millones de sus rifles, de sus cañones, de sus aviones; hundimos la mayor parte de sus buques. Y todavía no hemos empezado a llevar a cabo nuestra parte del Tratado de Versalles.» Churchill también compartía esta opinión y destacaba la necesidad de poner remedio a las quejas legítimas de Alemania, como única base segura para una futura cooperación europea. Pero todas las negociaciones parecían ser vanas. Una serie de conversaciones sobre el desarme fracasó en su intento de reconciliar las diferencias entre franceses y alemanes. Una conferencia naval tripartita, celebrada en Ginebra en 1927, quedó interrumpida sin resultado alguno. Incluso el pacto Kellogg-Briand de 1928, que proscribía la guerra y que fue firmado por todas las naciones europeas, no parecía ser ya más que un papel mojado. El único apaciguamiento efectivo logróse en la Conferencia de Lausana, en 1932, cuando Gran Bretaña y Francia exoneraron a Alemania de la mayor parte de sus pagos por indemnización, pero los negociadores descubrieron que los alemanes no manifestaban gratitud. Durante doce años el pueblo alemán había pedido que se pusiera fin al yugo de las indemnizaciones, pero cuando llegó el final de éstas, por iniciativa británica, no se produjo alivio auténtico en las tensiones nacionales. En vez de saludar el final de las reparaciones como un paso importante en el camino del apaciguamiento europeo, los políticos alemanes se limitaron a utilizarlo como trampolín para ulteriores demandas.

Ilustración aparecida en Alemania sobre la Conferencia de Lausana; de izquierda a derecha, Grandi, Herriot, Papen y MacDonald.



El estigma de la derrota

La base del apaciguamiento era sencilla. Todas las naciones accederían a hacer concesiones a cambio de una mayor tranquilidad internacional. Gran Bretaña ayudaría a Alemania a revisar las cláusulas más dolorosas del Tratado de Versalles. Alemania prometería no turbar la paz de Europa. Francia accedería a reducir su elevado nivel de armamentos. Naturalmente, cada gesto exigía algo más que un cálculo político y sólo podía tener carácter permanente si se basaba en la confianza mutua. Pero en ningún momento, durante las décadas de 1920 y de 1930, existió esta confianza mutua, y, por lo tanto, todos los esfuerzos en pos de un apaciguamiento estaban condenados al fracaso. Los alemanes pedían el fin de las indemnizaciones, la devolución de sus antiguas colonias, la recuperación de los territorios perdidos en el Este, un ejército independiente y un adecuado sistema defensivo militar, y aquellos que, en Gran Bretaña y en Francia, creían que estas demandas no eran sino el preludio de un segundo predominio alemán en Europa,

no estaban dispuestos a correr los riesgos implicados en cada paso hacia el apaciguamiento.

En 1933, Adolf Hitler convirtióse en canciller de Alemania. Más que cualquier otro político alemán, se había labrado su reputación por medio de una constante y violenta denuncia del Tratado de Versalles. Había exigido, desde luego, cambios específicos en favor de Alemania. Abogaba por la devolución de las colonias alemanas, por una revisión territorial en la Europa oriental, y por un ejército alemán correspondiente a la extensión e importancia de Alemania. Pero, ante todo, pedía que se borrase el estigma de la derrota, y en este aspecto no había inglés o francés que pudiese ayudarlo a conseguir su fin. Sólo podía hacerlo él, ayudado por el pueblo alemán y por medio de la guerra, ya que el único antídoto contra la derrota en una contienda es la victoria en la siguiente.

Un hombre razonable con objetivos razonables

A muchos ingleses les resultaba difícil creer que un Gobierno alemán, cualquiera que fuese, había de proponerse sumir a Europa, una vez más, en una guerra destructora. Varios políticos británicos bien intencionados visitaron a Hitler durante aquellos años, y en su mayor parte quedaron impresionados por las repetidas protestas que éste les hizo de que no deseaba la guerra. Cuando, en 1936, Lloyd George regresó de visitar al dictador alemán, se sentía impresionado por el deseo de paz proclamado por Hitler y explicó a los lectores del *Daily Express* que el *Führer* era un hombre razonable, con objetivos razonables y sin deseo alguno de lanzar a Europa a una guerra. Incluso el historiador y filósofo Arnold Toynbee, al regresar de una entrevista con Hitler, estaba impresionado, según se comentó, por el renovado deseo de éste en cuanto a una «estrecha amistad con Inglaterra». Evidentemente, Hitler era un eficaz propagandista de sí mismo.

Entre los argumentos empleados para apaciguar a Hitler, había uno que hacía hincapié en consideraciones económicas. Este argumento se basaba en la creencia de que la violencia del nazismo procedía de la debilidad económica alemana, y que si Gran Bretaña podía ayudar a Alemania económicamente la violencia interna de la política germana no tardaría en moderarse. Tanto en el *Foreign Office* como en el Ministerio de Hacienda se discutieron programas encaminados a crear una estrecha cooperación económica anglogermana: Gran Bretaña extraería su riqueza del Imperio y Alemania dominaría la vida económica de la Europa oriental.

La cuestión de las colonias presentaba otro campo fértil para el ejercicio de la imaginación política. Había numerosos políticos convencidos de que únicamente cuando Gran Bretaña devolviese a Alemania el territorio africano que le había sido arrebatado en 1918, Alemania volvería a sentirse tranquila y confiada. Incluso se dirigieron a Hitler, en 1937, varias propuestas británicas para una intervención alemana en África. Pero a Hitler no le interesaba África en absoluto. Sabía que el futuro de Alemania radicaba en Europa. Fue Bismarck quien, al preguntársele qué haría si los franceses atacaban un puesto avanzado alemán en África, replicó: «Una rápida incursión militar desde Metz.» Hitler, colocándose en la misma posición, quería que Alemania lograse sus objetivos en todo el mundo gracias a su superioridad en Europa. Por consiguiente, los diversos proyectos británicos conducentes a un apaciguamiento mediante una redistribución colonial no lograron resultado alguno.

Puede parecer extraño, con nuestra visión retrospectiva y el conocimiento de las atrocidades cometidas por los alemanes durante la guerra, que los diplomáticos y políticos británicos se afanasen hasta tal punto en conseguir la reconciliación con Alemania. Incluso hay quien ha calificado de inmoral esta actitud. Pero no había nada de extraño ni de inmoral en la búsqueda de la reconciliación, a pesar de que los presagios para el futuro fuesen tan negros: ningún estadista, por mucho que aborreciera el antisemitismo y el totalitarismo de Alemania, podía decir con tranquilidad de conciencia que la respuesta al problema alemán fuese la guerra. Entre 1933 y 1939, no estaban seguramente desacertados los estadistas que buscaban otras soluciones. Tal vez todo su afán fuese un vano intento para resolver lo que no tenía solución; pero, en aquellos tiempos, las mentes de quienes elaboraban la política se dirigían naturalmente hacia la reconciliación.

Marejada de pacifismo

Políticamente, el apaciguamiento parecía ser la única actitud aceptable para el público británico. Apenas había un solo político destacado, con la excepción de Churchill, que quisiera dar la alarma contra los peligros de llegar a una componenda con la Alemania nazi. Y Churchill era poco más que un intruso, pues había sido expulsado del gabinete del Partido Conservador, antes de que Hitler subiese al poder, debido a su «irresponsable» conducta durante los debates sobre la independencia india. Su oposición a los acuerdos con la Alemania nazi fue considerada como una nueva muestra de irresponsabilidad. Todos los políticos que dependían del apoyo de sus respectivos partidos siguieron la línea de la menor resistencia y aplaudieron los esfuerzos en pro de la reconciliación. Cuando en 1935 Baldwin fue nombrado primer ministro por tercera vez, parecía haber poca duda, en las mentes de los políticos conservadores o laboristas, de que el país no toleraría política alguna que pudiese conducir a la guerra. En junio de 1935 la Unión pro Sociedad de las Naciones organizó una votación (hoy conocida como «la votación de la paz») en la que diez millones y medio de personas —más de un noventa por ciento de los votantes— se mostraron favorables a la reducción general de armamentos por medio de un acuerdo internacional. Cuatro meses después, durante las elecciones generales, Stanley Baldwin explotó este sentimiento al decir: «No temáis ni lo interpretéis mal cuando el Gobierno diga que se está preocupando de nuestras defensas... Os doy mi palabra de que no habrá un gran armamento.» A mediados de noviembre de 1935 el gobierno nacional de Baldwin volvió a asumir el poder con 432 escaños, en tanto que la oposición, formada a la vez por laboristas y liberales, sólo conseguía 183. Únicamente sir Archibald Sinclair, líder del Partido Liberal y amigo íntimo de Churchill, se atrevió a asegurar que el incremento en el armamento haría desistir a Hitler de la agresión y la guerra, y que en último término era un medio para preservar la paz, pero el Partido Laborista se alineó junto a Baldwin. Los pocos laboristas que, como Hugh Dalton, compartían la opinión de Churchill y de Sinclair con respecto al efecto disuasivo de los armamentos, eran intrusos en su propio partido. Clement At-

1 Hitler recibe a Lloyd George en el Berghof. «Es un líder grande y extraordinario... el salvador de Alemania», dijo Lloyd George después de la entrevista.
2 Lord Lothian leyendo el *Mein Kampf* de Hitler; en su opinión, el Führer era más bien un visionario que un gángster.
3 Churchill, la solitaria voz que clamaba en el desierto del apaciguamiento.





3

tlee dijo en la Cámara de los Comunes, en 1935, que la «opinión mundial» era el medio principal para alejar la agresión y que esta opinión mundial actuaba mediante su poder moral y no físico.

Sin embargo, Churchill no renunció a sus puntos de vista, que consideraba de interés nacional. No deseaba una guerra con la Alemania nazi, pero estaba convencido de que la tolerancia con que el Gobierno contemplaba el rearme alemán y las ambiciones territoriales de Hitler permitiría que éste avanzase en Europa sin encontrar resistencia y se apoderase paulatinamente de los territorios que ambicionaba. Churchill creía que estableciendo abiertamente y sin intenciones agresivas una alianza europea que incluyese a Rusia, se le demostraría a Hitler que no podía violentar la independencia de las pequeñas naciones de Europa sin atraer sobre sí la oposición conjunta de las grandes potencias, democráticas y comunistas. Por este motivo, Churchill, casi cotidianamente, mediante discursos públicos y cartas privadas, solicitaba una política más activa. Así, escribió a sir Samuel Hoare, primer lord del Almirantazgo, en agosto de 1935, durante la crisis con Italia: «¿Dónde están las flotas? ¿Se hallan en condiciones óptimas? ¿Son adecuadas? ¿Son capaces de efectuar una concentración rápida y completa? ¿Están seguras? ¿Se les ha ordenado formalmente que tomen precauciones? Recuerde que se está ejerciendo extrema presión sobre un dictador que es capaz de recurrir a medidas desesperadas. Bien puede ser que mida las intenciones de ustedes por el patrón de las suyas. Cabe que en cualquier momento de las dos semanas próximas les atribuya intenciones que rebasen en mucho a las que el Gabinete actualmente abriga. Mientras ustedes enuncian fórmulas juiciosas y bien elaboradas, él es capaz de obrar con violencia. Más vale alejar de él la tentación.»

Alemania en marcha

Neville Chamberlain, que sucedió a Stanley Baldwin como primer ministro en 1937, no creía que el conflicto con la Alemania nazi fuese inevitable. Rechazaba con firmeza el pesimismo de hombres como Churchill, Sinclair y Dalton, que sólo veían peligros en la forma de actuar de los nazis. Chamberlain dijo en la Cámara de los Comunes: «Nos declaramos contrarios a la división de Europa en bloques opuestos de potencias unidas por alianzas»; y añadió: «Este sistema ha desaparecido y no es fácil que reviva.»

Pero a medida que avanzaba el año 1938, iba resultando claro para muchos de los que formaban el Gobierno, y particularmente para los funcionarios del *Foreign Office*, que «el deseo de mantenerse al margen de las disputas» no podía persistir como base de la política exterior británica. Alemania se había puesto en marcha. En marzo de 1938 Hitler se anexionó Austria y aplicó a la despreocupada capital y a la pacífica campiña de aquel Estado pequeño e indefenso una brutal dictadura de supresión de libertades y de maligno antisemitismo. Incluso la ocupación de Viena suscitó el aplauso de algunos de los que apoyaban el apaciguamiento. Lord Lothian explicó a los lectores del *Times* que Hitler sólo hacía lo que todos los patriotas deberían hacer, o sea incorporar a sus vecinos de habla germana a su «madre patria». No cabe duda de que algunos austríacos se alegraron de pasar a formar parte del dinámico sistema nazi, mas para muchos el advenimiento del nazismo representó el final de toda esperanza de llevar una vida decente. ¿Por cuánto tiempo seguiría presenciando Gran Bretaña cómo crecía la ambición de Hitler a expensas de los vecinos de Alemania? Al comentar la anexión de Austria por parte de Hitler, el general Ironside observó que «la moraleja para nosotros consiste en que la fuerza es lo único que reza para esos dos gángsters (Hitler y Mussolini). Si no estamos dispuestos a mostrar esta fuerza, entonces caeremos bajo ellos. No nos han faltado advertencias». En la Cámara de los Comunes Churchill pronunció una vez más solemnes palabras de aviso y, en un artículo para la prensa, habló de la «oleada de aborrecimiento y cólera» que se estaba alzando contra Alemania en todo el mundo civilizado. Pero Neville Chamberlain todavía creía que era posible evitar una guerra, aunque ello significase aceptar la expansión territorial alemana, y un diputado conservador de los bancos posteriores, sir Thomas Moore, demostró que la voluntad de apaciguamiento había sobrevivido a la ocupación nazi de Austria cuando dijo en la Cámara de los Comunes: «Desapruebo la práctica de mirar alrededor en busca de enemigos y nombrarlos. Quiero esperar que hoy no tenemos enemigos en el mundo... para nosotros es mucho mejor, si tememos un posible peligro en Alemania, colocarnos en el mismo lado de una valla amistosa que escupirnos unos a otros a través de ella.»

Pero Hitler no deseaba situarse en el mismo lado de la «valla amistosa» y sus ambiciones no podían ser mitigadas por la buena voluntad británica. Si quería anexionarse Checoslovaquia, lo haría. Si deseaba colonizar a Polonia, ninguna acción británica le detendría. Incluso la destrucción de Francia estaba a su alcance. Lo único que probablemente nunca anheló fue conquistar Gran Bretaña, y cuando, tardíamente, pensó en intentarlo, fracasó. Pero nada de cuanto hizo Neville Chamberlain en 1938 o 1939 alzó la menor barrera ante los principales objetivos de Hitler. Es más, en Munich Chamberlain hallóse en la humillante postura de estampar su firma junto a la de Hitler en un documento que contribuía a extender aún más el imperio hitleriano y que conducía a la inmediata expansión del terror nazi sobre un nuevo país. Sin embargo, incluso después de Munich, sir Nevile Henderson, el embajador británico en Berlín, escribió: «En Inglaterra, la gente se halla excesivamente bajo la impresión de que Alemania quiere la guerra.»

Una esperanza optimista y cristiana

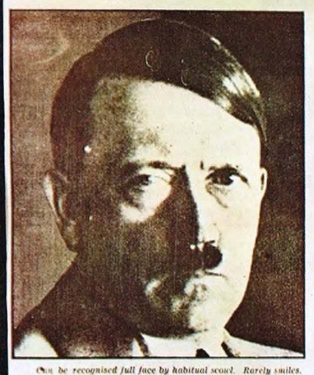
Aquellos que apoyaron el apaciguamiento entre 1933 y 1939 tuvieron que contestar, para sus adentros, a una pregunta difícil. ¿Podía haber, a largo plazo, paz entre Gran Bretaña y una Alemania nazi? No cabe duda de que, a corto plazo, de un mes a otro, y acaso de un año a otro, las fuerzas que en Alemania preconizaban expansión y violencia hubiesen podido ser calmadas o «apaciguadas». Si Baldwin y Chamberlain hubiesen presentado sugerencias de arreglos coloniales con Alemania o permitido que Alemania reconstruyese su Armada (el objeto del acuerdo naval anglogermano en 1935), o si los políticos británicos hubiesen seguido visitando a Hitler para recordarle cuánto habían hecho por el pueblo alemán y cuánto lo admiraban los británicos y anhelaban su amistad, o si, cuando se produjo una crisis grave, el primer ministro británico hubiese volado a Alemania para ofrecerle a Hitler, con un dramático gesto personal, la ayuda británica para coaccionar a un pequeño y molesto Estado democrático,

«Se busca, vivo o muerto, a Adolf Hitler, peligroso y reincidente criminal, acusado de asesinato, rapto, hurto e incendio.» Eso dicen, en resumidas cuentas, los titulares de este amañado anuncio de «búsqueda y captura»; con su estilo sensacionalista, el periódico británico *Daily Mirror* enuncia lo que muchos habían sospechado pero no se decidían a admitir, dado el clima de apaciguamiento.

Page 10 THE DAILY MIRROR Monday, September 4, 1939

WANTED!

FOR MURDER . . . FOR KIDNAPPING . . . FOR THEFT AND FOR ARSON



Can be recognised full face by habitual scowl. Rarely smiles. Talks rapidly, and when angered screams like a child.

ADOLF HITLER

ALIAS

Adolf Schicklegruber, Adolf Hittler or Hidler

Last heard of in Berlin, September 3, 1939. Aged fifty, height 5ft. 8½in., dark hair, frequently brushes one lock over left forehead. Blue eyes. Sallow complexion, stout build, weighs about 11st. 3lb. Suffering from acute monomania, with periodic fits of melancholia. Frequently bursts into tears when crossed. Harsh, guttural voice, and has a habit of raising right hand to shoulder level. DANGEROUS!



Profile from a recent photograph. Black moustache. Jowl inclines to fatness. Wide nostrils. Deep-set, menacing eyes.

FOR MURDER Wanted for the murder of over a thousand of his fellow countrymen on the night of the Blood Bath, June 30, 1934. Wanted for the murder of countless political opponents in concentration camps.

He is indicted for the murder of Jews, Germans, Austrians, Czechs, Spaniards and Poles. He is now urgently wanted for homicide against citizens of the British Empire.

Hitler is a gunman who shoots to kill. He acts first and talks afterwards.

No appeals to sentiment can move him. This gangster, surrounded by armed hoodlums, is a natural killer. The reward for his apprehension, dead or alive, is the peace of mankind.

FOR KIDNAPPING Wanted for the kidnapping of Dr. Kurt Schuschnigg, late Chancellor of Austria. Wanted for the kidnapping of Pastor Niemoller, a heroic martyr who was not afraid to put God before Hitler. Wanted for the attempted kidnapping of Dr. Benes, late President of Czechoslovakia. The kidnapping tendencies of this established criminal are marked and violent. The symptoms before an attempt are threats, blackmail and ultimatums. He offers his victims the alternatives of complete surrender or timeless incarceration in the horrors of concentration camps.

FOR THEFT Wanted for the larceny of eighty millions of Czech gold in March, 1939. Wanted for the armed robbery of material resources of the Czech State. Wanted for the stealing of Memelland. Wanted for robbing mankind of peace, of humanity, and for the attempted assault on civilisation itself. This dangerous lunatic masks his raids by spurious appeals to honour, to patriotism and to duty. At the moment when his protestations of peace and friendship are at their most vehement, he is most likely to commit his smash and grab.

His tactics are known and easily recognised. But Europe has already been wrecked and plundered by the depredations of this armed thug who smashes in without scruple.

FOR ARSON Wanted as the incendiary who started the Reichstag fire on the night of February 27, 1933. This crime was the key point, and the starting signal for a series of outrages and brutalities that are unsurpassed in the records of criminal degenerates. As a direct and immediate result of this calculated act of arson, an innocent dupe, Van der Lubbe, was murdered in cold blood. But as an indirect outcome of this carefully-planned offence, Europe itself is ablaze. The fires that this man has kindled cannot be extinguished until he himself is apprehended—dead or alive!

THIS RECKLESS CRIMINAL IS WANTED—DEAD OR ALIVE!

All the above information has been obtained from official sources and has been collated by CASSANDRA



Malcolm MacDonald, ministro de los Dominios (izquierda); Hugh Dalton (centro), uno de los pocos laboristas que apoyaron el rearme; y el dirigente laborista Clement Attlee, partidario del apaciguamiento.

sin duda la paz se habría prolongado durante algún tiempo. Pero el apaciguamiento no estaba destinado a ser una medida temporal que preservase la paz por un año o poco más. Baldwin, Chamberlain y sus partidarios deseaban desesperadamente (con razón) la paz en sus días. Querían que se mantuviese la paz para que sus descendientes pudieran crecer sin que pesara sobre ellos la misma maldición de llamada a filas, pobreza y muerte que tantos sufrimientos había impuesto a sus propias existencias sólo veinte años antes. El apaciguamiento no fue un mero y engañoso aplazamiento del día fatal. Fue una esperanza, optimista y cristiana, de que ese día fatal no tenía por qué llegar forzosamente. No cabe duda de que quienes abrigaban esta creencia eran sinceros, pero también es cierto que iban mal orientados.

El distinguido historiador G. M. Trevelyan, sobrino nieto de Macaulay, escribió en el *Times* en 1937 que «dictadura y democracia deben vivir codo a codo y en paz, de lo contrario la civilización está sentenciada». No supo ver que la esencia de la dictadura bien podía evitar que tan amigable componenda durase mucho tiempo. Y lord Londonderry, exministro del Aire, dijo inmediatamente después de Munich que confiaba en que el acuerdo entre Hitler y Chamberlain «fuese tan sólo el preludio de una solución más extensa para todas las principales diferencias internacionales en Europa».

«Paz para nuestra época»

Cuando se celebró la Conferencia de Munich (septiembre de 1938), el Gobierno británico ya no podía arrastrar a la opinión pública, y sus gestiones debían limitarse a aplazar la guerra hasta que Gran Bretaña pudiese considerarse preparada. Era evidente que el verdadero apaciguamiento, las concesiones a cambio de una reducción adicional de la tensión y con vistas a una ulterior relación amistosa, había muerto. Algunos historiadores creen que hasta las jornadas de Munich hubiese sido posible un *modus vivendi* entre Gran Bretaña y Alemania, aunque ello significase (como algunos políticos propugnaban en aquellos días) permitir que Alemania dominase económica y políticamente a la Europa oriental. Pero otros historiadores apoyan el punto de vista de Churchill, según el cual a partir del preciso momento en el que Hitler subió al poder era muy poco probable que el apaciguamiento tuviese éxito. Con una visión retrospectiva, resulta evidente que la naturaleza de la tiranía hitleriana era tal que, más tarde o más temprano, a medida que aumentase en intensidad y violencia, había de conducir a una forma u otra de colisión. Pero el exterminio de los judíos no comenzó hasta 1941, en tanto que, en la década de 1930, había otras muchas naciones en Europa que eran totalitarias a semejanza de Alemania. Sería injusto por parte del historiador pretender que tanto el hombre de la calle como sus líderes en Gran Bretaña consideraran, entonces, a la Alemania de Hitler como potencialmente más peligrosa. Es más: una vez amortiguados por el propio Hitler los excesos iniciales del nazismo entre 1933 y 1935, parecía como si en Alemania hubiera mucho que admirar. Aquellos ingleses que se habían sentido culpables al imponer a Alemania toda la responsabilidad de la guerra, acogieron con satisfacción la visión de un nuevo régimen a la vez seguro e inflexible. Era difícil pronosticar hasta qué punto el sentimiento alemán de agravio y el deseo de un desquite sobrevivirían a la sensación externa de creciente prosperidad.

En realidad, el apaciguamiento no dio resultado, pero con gran amplitud de miras buscó una mejoría en las relaciones anglogermanas, lo que de por sí era un fin laudable. Los que se mostraron más activos en esta causa carecieron de la percepción y previsión de algunos de sus contemporáneos, pero las naciones no se dejan dirigir por los profetas que advierten el peligro, sino por los que les aseguran que todo lo que se hace es en beneficio del mejor de los mundos posibles. Retrospectivamente, Casandra, Voltaire y Churchill pueden parecernos prudentes y perspicaces, pero Stanley Baldwin supo ver con claridad lo que desea el hombre de la calle cuando ofreció a los electores británicos, en 1923, «una vida tranquila».

En Locarno, el año 1925, pareció por un momento que la vida tranquila quedaba asegurada. Incluso en 1933, con el ascenso de Hitler al poder en Alemania, pareció que todavía quedaba una posibilidad de mantener ese sueño.

Pero en 1938 era evidente, pese a las enérgicas actividades apaciguadoras en la esfera colonial, económica y política, que aquella generación no gozaría de una vida tranquila. Cuando Chamberlain regresó de Munich con la oferta de «paz para nuestra época», el pueblo, en su gran mayoría, comprendió que aunque tal vez disfrutaría de la paz durante algún tiempo más, la tranquilidad que le había sido prometida dieciséis años antes estaba a punto de extinguirse.

Martin Gilbert

Etiopía, una colonia sin reclamar

A principios del siglo XX, las naciones europeas habían desmenuzado y ocupado casi todo el continente africano. Sólo dos Estados conservaban su independencia: Liberia y, más importante aún, Etiopía. Esta última normalmente señalada en los mapas de entonces como «Imperio etíope», distaba de ser un país unificado. Era una región semisalvaje, con una extensión de casi un millón y cuarto de kilómetros cuadrados, y con escaso control central.

El gran macizo montañoso que domina su centro había ahuyentado a posibles invasores durante siglos y aislado a sus habitantes con respecto al mundo exterior. Sus empinadas escarpaduras hacían de Etiopía un país de bruscos contrastes, al separar las tórridas llanuras de las tierras altas con su clima agradable y templado. La economía se basaba en una agricultura de subsistencia, con el café como único producto remunerable y exportable.

La parte central del macizo montañoso forma el corazón de Etiopía. En los remotos valles de sus cuatro reinos entre montañas vivían los abisinios propiamente dichos, sobrevivientes de la antigua civilización cristiana de Axsum. Existen no pocas dudas acerca del origen de estos pueblos semitas y cristianos, de lengua amárica. Por su parte, ellos creían haber emigrado de Arabia en una época ignorada, probablemente antes de la era cristiana. Hasta su muerte en 1913, estuvo a su frente el emperador Menelik II, Rey de Reyes y León de la tribu de Judá, títulos que se adjudicaba la casa imperial de Etiopía.

Siguiendo la tradición imperial, Menelik aseguraba descender del rey Salomón y de la reina de Saba. Los etíopes creían que este linaje había fundado el reino de Axsum, convertido al cristianismo en el siglo IV después de Cristo. Salvo una interrupción en los siglos XII y XIII, el cristianismo se mantuvo como religión estatal. La Iglesia abisinia mantenía estrechos vínculos con la Iglesia copta de Egipto, de la que se había originado. El arzobispo de Etiopía se hallaba bajo la autoridad del patriarca de El Cairo y tenía que ser un copto egipcio. El poder de esta Iglesia era enorme, ya que durante largo tiempo había sido el foco de la vida cultural, política y social del pueblo. Esta influencia quedó demostrada después de la muerte de Menelik, cuando su sucesor, Lidje Jassu, trató de reorientar sus dominios hacia el Islam. Pero al seguir esta política fraguó su propia caída; trató de quebrantar el poderío de los cuatro reinos cristianos y fue derrocado por éstos.

Bajo esta hegemonía cristiana había diversos pueblos —sobre todo galas, somalíes y negros— que eran en su mayoría paganos y musulmanes y que se hallaban distribuidos alrededor de la meseta central. Pero el mando cristiano no había sido constante y durante siglos había existido escasa cohesión entre las diferentes tribus y pueblos de Etiopía. Incluso entre los propios abisinios, la armonía dejaba mucho que desear. Etiopía era una aglomeración de reinos feudales cuyas relaciones eran a menudo sanguinarias. Era un país donde las discusiones solían llevarse a cabo mediante las armas.

Aunque esta precaria monarquía cristiana era el único Estado africano importante que había conservado su independencia, no por ello dejaba de ser observado con ojos codiciosos por potenciales amos blancos. Diversos países europeos habían dejado sentir su influencia sobre él, empezando por los portugueses en el siglo XVI. A mediados del siglo XIX, tanto Francia como Gran Bretaña establecieron contactos, y en 1867 los británicos llegaron a desembarcar tropas y tomar la ciudad de Magdala, donde el rey Teodoro había encarcelado a varios súbditos ingleses. El general Napier, jefe de estas fuerzas, empleó elefantes para el transporte, y el amargo recuerdo de esta marcha persistió hasta muy avanzado el siglo XX. Sin embargo, fueron los italianos quienes demostraron el mayor interés por Etiopía. Durante la «contienda por África» en la década de 1880, ocuparon la provincia norteña de Eritrea, en el litoral del mar Rojo. Los británicos, atareados en otros lugares, alentaron los planes italianos de penetración en Etiopía, puesto que no deseaban ver a otra potencia, más poderosa y menos amiga, llenar aquel vacío y establecerse en la ruta de la India. Pero los italianos no supieron manejar su esfera de influencia y, en marzo de 1896, sufrieron un serio revés en Adua. Su ejército fue aniquilado y cerca de 6.000 hombres perdieron la vida.

Con Adua, Etiopía convirtióse en la primera potencia africana o asiática cuya victoria sobre un ejército europeo quedó sin vengar. El triunfo de Menelik fue tan diplomático como militar, ya que muchos de los reyes hermanos a los que había reunido contra su enemigo común envidiaban su posición como emperador. Sin embargo, en los doce años que siguieron a Adua, Menelik consiguió una cierta unidad en Etiopía, una unidad que sus vecinos europeos esperaban que se desintegrase a su muerte.

Murió en 1913, pero Etiopía permaneció intacta, si bien sometida a graves desórdenes. Con la caída de Lidje Jassu en 1916, el poder pasó a la hija de Menelik, Zaoditu, que fue proclamada



El ras Tafari, heredero del trono y futuro emperador Haile Selassie de Etiopía, con el rey Víctor Manuel III, durante una visita a Roma en 1924.


1
2
3

emperatriz. Pero había otros pretendientes al trono: el partido militar Shoan, la Iglesia y el ras Tafari, hijo del ras Makonnen, que había sido, antes de su muerte, el sucesor electo de Menelik. Este precario equilibrio del poder terminó, no sin que corriese la sangre, con el ascenso de Tafari al poder supremo; éste, en noviembre de 1930 fue coronado Rey de Reyes con el nombre de Haile Selassie I, en Addis Abeba. Muchos europeos aprovecharon el privilegio de estrechar la mano al nuevo emperador, y estuvieron presentes delegaciones de todo el mundo civilizado. Ya en 1924 Etiopía se había sumado a la Sociedad de las Naciones y ocupado un lugar junto a los conquistadores del resto de África, posición que seis años más tarde quedó consolidada.

El nuevo Emperador ofrecía un acusado contraste con Menelik II. Entre ellos había un abismo de siglos, ya que mientras Menelik era un anacrónico rey feudal, Haile Selassie era un soberano moderno. Llamó a consejeros europeos para que lo ayudasen en sus ambiciosos proyectos de mejora de las comunicaciones, condiciones sanitarias, finanzas y gobierno local. Un año después de su coronación había introducido ya una constitución escrita y un sistema parlamentario de gobierno, aunque éste no debía actuar plenamente hasta un futuro más apropiado, cuando la democracia estuviese realmente preparada. El objetivo de estas medidas consistía en quebrantar el sistema feudal y facilitar las condiciones para una estabilidad política y un progreso social. La política exterior de Haile Selassie se basaba en una firme confianza en la Sociedad de las Naciones como protectora de los pequeños Estados.

El nuevo Emperador no se hacía ilusiones con respecto a la probabilidad de que ese respaldo se viese sometido a prueba. Cualquiera podía ver el cambio de actitud adoptado por la Italia fascista en comparación con la Italia democrática. Durante la segunda década de gobierno fascista, el descontento interno obligó a Mussolini a buscar un éxito más allá de sus fronteras. Desde 1880 África había sido el lugar donde las naciones europeas buscaban el prestigio del que carecían en sus confines, y nadie podía dudar de que Mussolini dirigía hacia allí su atención. Según sus propias palabras, el «futuro progreso de la ética fascista exigía el desquite de Adua». Con ello, la independencia de Etiopía, que había perdurado desde los comienzos de la historia escrita, hallóse directamente amenazada.

Simon Rigge

1



2



3



Izquierda: **el emperador Haile Selassie, personificación de Etiopía a lo largo de nuestro siglo. 1 Como ras Tafari, heredero del trono, visita la Exposición del Imperio Británico en Wembley (1924). 2 En su quinto año de emperador, cabalga junto a su guardia personal. 3 Uno de los potentados feudales, cuyo poderío Haile Selassie procuró reducir como paso necesario hacia una sociedad más moderna.** Derecha: **personajes imperiales de Etiopía. 1 Menelik II, el vencedor de Adua; en 1891 estableció la capital de Etiopía en Addis Abeba —cuyo nombre significa «nueva flor»—, y en 1913 fue sucedido por su nieto Lidje Jassu. 2 La emperatriz Zaoditu, hija de Menelik II, durante su coronación en 1917; a su derecha, el ras Tafari, que prevaleció sobre la emperatriz durante gran parte del reinado de ésta. 3 Después de su coronación en 1930, Haile Selassie recibe a uno de los numerosos delegados extranjeros.**


ETHIOPIA
ADDIS ABABA

La invasión de Etiopía

Cuando Mussolini envió sus tanques y aviones a Etiopía, hizo algo más que destruir los harapientos ejércitos de Haile Selassie. Se mofó de los esfuerzos internacionales para evitar que el mundo se deslizara por la pendiente de la guerra.

Izquierda: **un Víctor Manuel III implorante se ve desairado por un Mussolini dominador; así los vio en 1935 la revista norteamericana «Esquire».** *Abajo:* **en este cartel italiano, de signo contrario, naturalmente, un camisa negra en atuendo colonial forja en Etiopía, a punta de machete, el nuevo Imperio Romano.**



En la mañana del 2 de octubre de 1935, leyóse la proclama real que anunciaba la ruptura de las hostilidades contra Italia ante las tropas formadas en el patio del palacio imperial de Addis Abeba, y los tambores de guerra resonaron a través de los campos etíopes para ordenar la movilización de las fuerzas armadas del emperador Haile Selassie. Etiopía estaba en guerra con Italia. Después de un año de creciente tensión e intensos preparativos por parte de los italianos, Mussolini había ordenado a sus tropas que cruzaran la frontera de Eritrea y entrasen en Etiopía. El trasfondo del conflicto puede enunciarse en pocas palabras. Italia se había quedado rezagada en el reparto imperialista del siglo XIX y, cuando trató de apoderarse de las escasas migajas del pastel africano en 1896, fue rotundamente derrotada por los etíopes en Adua. Pero, puesto que sus colonias de Eritrea y Somalia parecían pobres en comparación con las demás posesiones europeas en África, Italia siguió codiciando a la vecina de sus posesiones africanas. Diez años más tarde, en 1906, unióse a Gran Bretaña y Francia en la firma de un acuerdo tripartito para mantener el *statu quo* territorial y político de Etiopía, y en 1928 firmó un tratado de amistad y no agresión con el reino de Haile Selassie. La derrota de Adua todavía escocía, pero Italia tenía otra razón para sentirse molesta, ya que en 1919 no había recibido su tajada en Versalles: durante la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña, Francia y Rusia le habían prometido un lote en cualquier reparto de territorio turco o alemán en África y en el Cercano Oriente, pero esta garantía no se transformó en realidad.

En diciembre de 1934, un choque entre unidades militares italianas y etíopes proporcionó el *casus belli* para unas operaciones que permitiesen vengar el revés de Adua y corregir las omisiones del Tratado de Versalles. En el pequeño oasis de Ual Ual —una fuente de agua disputada por Italia, a pesar de hallarse a más de ochenta kilómetros dentro de la por otra parte vagamente definida frontera etíope— las tropas coloniales italianas abrieron fuego contra la escolta etíope de una comisión angloabisinia. Hubo protestas por parte de Italia y de Etiopía; la primera exigió indemnización y excusas, en tanto que la segunda sugirió un arbitraje según el tratado amistoso de 1928, propuesta que fue secamente rechazada por Mussolini. El dictador italiano había optado por una política de expansión colonial que le ayudase a resolver los problemas económicos de Italia al proporcionar una vía de salida a su exceso de mano de obra, y al propio tiempo una posición más respetable en Europa. El hecho de que Mussolini estaba dispuesto a apoderarse de Etiopía era bien conocido en los círculos diplomáticos de aquellos tiempos, pero a Gran Bretaña y Francia les preocupaba más la creciente amenaza de Alemania y deseaban llegar a un arreglo al margen de la Sociedad de las Naciones. Bajo su presión, Mussolini accedió a negociar, pero el arbitraje del incidente de Ual Ual no dio resultado alguno. En Ginebra, la Sociedad de las Naciones demoró sistemáticamente toda acción decisiva hasta septiembre de 1935, e Italia supo aprovechar este tiempo para reunir tropas y material destinados a una invasión masiva del territorio de Haile Selassie. El 3 de septiembre de 1935 se anunció una fórmula de arreglo para el asunto de Ual Ual, pero Italia no tardó en revelar claramente que no pensaba aceptarla. El 4 de septiembre presentó ante el Consejo de la Sociedad un memorándum en el que alegaba que Etiopía era un Estado bárbaro e incivilizado que «por su conducta se colocaba abiertamente al margen de los Convenios de la Sociedad», y un mes después pregonó ante el mundo que el «espíritu belicoso y agresivo» de Etiopía «forzaba» a Italia a entrar en guerra.

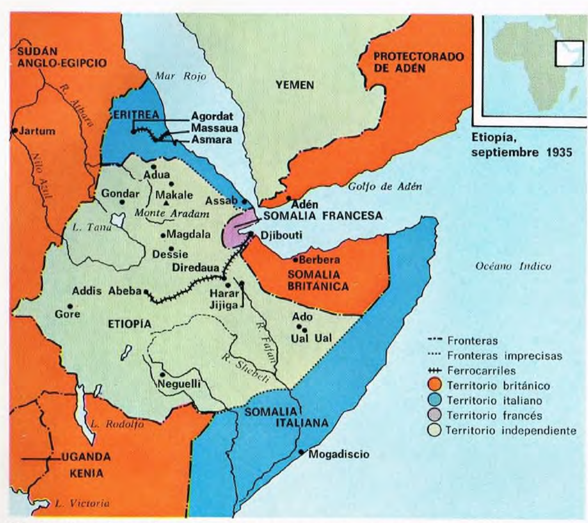
Una guerra «sin lágrimas»

Debido a que la potencia de las fuerzas empleadas excedía con mucho a la de cualquier otra expedición colonial italiana anterior, la subsiguiente campaña fue descrita como importante guerra colonial. «El carácter italiano ha de formarse mediante la lucha», era una de las máximas de Mussolini, y, a juzgar por el número de soldados concentrados en el África oriental durante la primavera y




ኢጣሊያን።

Páginas anteriores: **ingenua representación, debida a un artista etíope, de la batalla de Adua (1896), en la que el emperador Menelik (arriba, a la izquierda) aplastó a los invasores italianos.**



Etiopía y los países vecinos durante la época en que se produjo la invasión italiana.

verano de 1935, el Duce estaba dispuesto a someter a un gran número de sus compatriotas al bautismo de fuego y de gloria. Hasta los comienzos de 1935, la idea de una guerra colonial —o de cualquier clase de guerra— atraía muy poco a la mayoría de los italianos. Pero el empleo astuto de la propaganda permitióle a Mussolini despertar un espíritu guerrero entre su pueblo, y a juzgar por los relatos del pretendido entusiasmo que demostraban los soldados italianos que se embarcaban rumbo a Etiopía en Nápoles, parece ser que el lavado de cerebro fascista resultó muy eficiente. Se había prometido a los futuros héroes de Italia que los «métodos modernos» —tanques, aviones y gases— garantizarían una guerra «sin lágrimas», y partieron hacia Massaua o Mogadiscio con satisfecha resignación, convencidos de que conseguirían la riqueza aparte de la gloria.

Pocas lecciones de importancia militar se dedujeron de esta campaña, y lo que pudo parecer importante en la época no tardó en quedar relegado al olvido. Los etíopes estaban mal equipados y psicológicamente mal preparados para la clase de guerra a la que se enfrentaban, y el harapiento ejército de Haile Selassie, con sus lanzas y sus rifles «Etienne» de 1874, nunca tuvo la menor esperanza de frenar el alud fascista con sus ametralladoras «Fiat» y su abrumadora superioridad en todos los medios bélicos más modernos. El empleo extensivo de columnas motorizadas permitió un rápido avance en el mismo corazón de Etiopía, y el uso del gas mostaza y de un gran número de aviones simplificó las tácticas terrestres y contribuyó a compensar la falta de adiestramiento y algunos errores de unos generales en su mayoría de edad provecta —sus ideas derivaban de las condiciones estáticas de la Primera Guerra Mundial— y demasiado apegados a sus principios para apreciar el potencial de los tanques y de la aviación. El primer comandante en jefe italiano en Etiopía, el general Emilio de Bono, con sus 66 años, no era hombre capaz de organizar y dirigir una *blitzkrieg*. Su excesiva cautela provocó su destitución en noviembre de 1935, cuando Mussolini decidió que la campaña no podía seguir prolongándose indefinidamente. Su sucesor, el general Pietro Badoglio, de 65 años, no era popular entre los jerarcas fascistas y, como jefe de Estado Mayor, había desaconsejado una guerra en Etiopía. Badoglio era un soldado tradicional, un hombre decidido y convencido de que las guerras sólo se ganan aplastando al enemigo. Teniendo en cuenta que era tan poco afecto a las innovaciones como muchos de sus contemporáneos, hay que anotar en su haber su capacidad para reajustar sus ideas según las modernas técnicas bélicas puestas en sus manos.

Mientras tuvo el mando De Bono, la guerra comenzó como una expedición colonial del siglo XVIII, o sea como una marcha triunfal a través de territorio no ocupado, y hasta la imposición de sanciones en Ginebra no se trasladó la campaña al siglo XX. Las órdenes de Badoglio en lo referente a conducir la guerra a una rápida y triunfal conclusión significaban obligar a las fuerzas etíopes a presentar abierta batalla, y si los jefes feudales de éstas hubiesen dejado avanzar a los italianos sin verse ellos arrastrados a una serie de enconados combates, es posible que la caída del Emperador se hubiese demorado. De haberse batido en retirada manteniendo sus ejércitos intactos hasta la época de las lluvias en abril del año siguiente, tal vez hubiera habido tiempo para que la Sociedad de las Naciones actuase con mayor energía. Del mismo modo, con el hostigamiento de los puestos avanzados italianos y de sus comunicaciones, también cabe que la posición italiana se hubiese hecho insostenible. Pero tales suposiciones son puramente académicas. Los miembros de la Sociedad de las Naciones no tenían la intención de ir a la guerra a causa de una atrasada nación africana y, aunque Haile Selassie hubiese visto ventajas en la prolongación de la guerra y el empleo de tácticas de guerrilla, sus arrogantes señores feudales jamás hubieran obedecido sus órdenes. Adua había sido, para los jefes etíopes, la prueba de su invulnerabilidad, y, como descendientes de Salomón, se creían invencibles: los preocupaba más el hecho de si sus hombres debían pelear ataviados con pieles de león que todo lo referente a potencia de fuego o estrategia. Por otra parte, había habitantes del Imperio Etíope que no simpatizaban con el Emperador

Derecha: La Domenica del Corriere, **el suplemento de fin de semana del diario italiano** *Corriere della Sera,* **muestra, un tanto idealmente, a los camisas negras en acción contra las fuerzas etíopes en enero de 1936; el harapiento ejército de Haile Selassie nunca tuvo la menor esperanza de frenar el alud fascista.**

LA DOMENICA DEL CORRIERE

	NEL REGNO	ESTERO
Anno	L. 15,–	L. 30,–
Semestre	» 8,–	» 16,–

Per le inserzioni rivolgersi all'Amministrazione del *Corriere della Sera* – Via Solferino, 28 - Milano.

Si pubblica a Milano ogni settimana

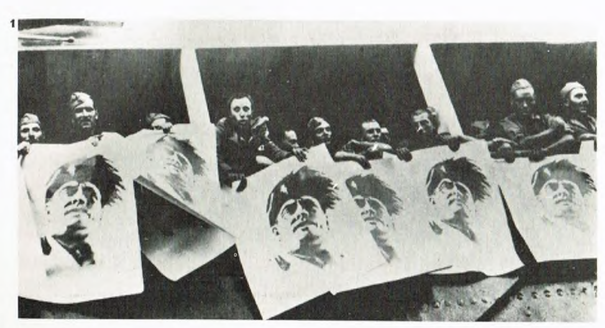
Supplemento illustrato del "Corriere della Sera"

Uffici del giornale: Via Solferino, 28 - Milano

Anno XXXVIII — N. 6 — 9 Febbraio 1936 - Anno XIV — Centesimi 30 la copia



Le Camicie Nere al passo di Uarieu. I militi della Divisione XXVIII Ottobre, dopo aver resistito per due giorni agli assalti delle truppe scelte dei ras Cassa e Sejum, attaccano alla baionetta sbaragliando definitivamente gli assalitori. (Disegno di A. Beltrame).





1 Tropas italianas, camino de Etiopía, exhiben retratos del Duce desde la nave que las transporta. 2 Los etíopes cargan camiones durante la evacuación de Addis Abeba.

y estaban dispuestos a acoger con los brazos abiertos a los italianos a cambio de promesas de libertad y dinero como pago de sus servicios.

Cuando los jefes feudales de Haile Selassie salieron al encuentro de los italianos y lanzaron a sus hombres a una batalla campal en el monte Aradam, no quedó la menor duda de que Haile Selassie iba a perder su corona. Después de monte Aradam, Badoglio descargó una rápida serie de golpes que no dieron a los etíopes posibilidad de recuperarse. En realidad, los únicos éxitos que se apuntaron éstos procedieron de la aplicación de tácticas guerrilleras y ello evidenció que esta forma de combate era también su mejor modalidad defensiva. Pero Haile Selassie no se hallaba en condiciones de ejercer un control auténtico sobre sus jefes. Celosos de sus derechos, desconfiando unos de otros y poco amantes de recibir órdenes, luchaban por sus propios dominios feudales, y la causa del Emperador sólo revestía importancia debido al hecho de que sus territorios formaban parte de Etiopía. Tampoco se hallaba Haile Selassie en una posición que le permitiese cambiar el sistema; el régimen era inestable y la incompetencia militar era una desventaja más del atraso de Etiopía.

Dada la calidad y cantidad de su armamento, la superioridad de su organización, su mejor disciplina y la ventaja de la iniciativa estratégica, los italianos hubiesen tenido que arrollar a Etiopía en pocas semanas. Sin embargo, pasaron siete meses antes de que los dos ejércitos alcanzaran sus objetivos, si bien la mayor parte de este período transcurrió con las complicadas operaciones elaboradas por De Bono para tomar Adua y hasta enero de 1936 no empezó a desarrollarse la campaña propiamente dicha. Una vez los ejércitos italianos hubieron iniciado un auténtico avance, la duración de la guerra fue previsible y en realidad la naturaleza demostró ser un enemigo más potente que las fuerzas del Emperador. El 5 de mayo, Badoglio, que marchaba hacia el sur desde Eritrea, entró en Addis Abeba, y el 9 enlazó en Diredaua con el general Graziani, que avanzaba desde la Somalia italiana. Aunque las tropas italianas intervinieron en gran número, fueron los eritreos quienes llevaron el peso en cada acción. Debido a que sus bajas fueron proporcionalmente mayores que las de las tropas blancas, los críticos de Mussolini observaron que los italianos habían construido las carreteras pero que la lucha había sido confiada a los nativos. Sugerir que los italianos fueron menos valerosos que sus áscaris africanos sería cometer una injusticia con los primeros, pero apenas cabe duda de que en muchas de las acciones bélicas las tropas blancas fueron poco más que meros espectadores del coraje de los áscaris. Es preciso añadir que la victoria de los italianos dependía principalmente de su capacidad para desplazar grandes cantidades de suministros y de equipo pesado. Ello significaba construir carreteras y crear pistas para los vehículos, y por esta razón la campaña fue tanto una batalla de carreteras como una prueba que presentaba más obstáculos para las fuerzas de ingenieros que objetivos para la infantería o blancos para los cañones.

En resumen, la importancia de la guerra italo-etíope radica en el hecho de que fue directamente responsable del colapso de la Sociedad de las Naciones. Al ser ésta incapaz de parar la guerra e imponer la santa paz que las democracias consideraban como artículo de fe, quedó desacreditada y sentenciada. Mussolini buscó otras oportunidades para demostrar las aptitudes militares de Italia y volvióse hacia Alemania y la amistad de ésta. Pero el final de su guerra con Etiopía marcó el final de una era. Europa se dirigía ya, con rapidez, hacia la Segunda Guerra Mundial.

Teniente coronel A. J. Barker

Asesinato en Marsella

Aún no habían transcurrido quince minutos después de desembarcar el rey Alejandro de Yugoslavia en Marsella para visitar oficialmente Francia en 1934, cuando el monarca moría instantáneamente —en el coche que lo conducía a través de la ciudad— víctima del fanatismo croata. Pero... ¿quién había armado la mano del asesino?

A primeras horas de la mañana del 6 de octubre de 1934, el rey Alejandro de Yugoslavia se embarcó en el crucero ligero *Dubrovnik,* en el Adriático, dispuesto a hacer una visita oficial a Francia. La reina María, que no soportaba las travesías marítimas, viajó por tierra en el expreso Simplon-Oriente hasta Dijon, donde esperaba reunirse con su esposo después de desembarcar éste en Marsella. Tras un viaje relativamente tempestuoso, el tiempo empezó a mejorar el 9 de octubre por la mañana, y el séquito real saludó este cambio como un buen augurio. Durante el día, la 1.ª escuadra francesa del Mediterráneo, que había zarpado desde Toulon para recibir al rey, destacó tres destructores con la misión de escoltar el buque real hasta Marsella.

A las 3 de la tarde, aproximadamente, el humo del crucero yugoslavo y de su escolta apareció en el horizonte. Jacques Pietri, el ministro francés de Marina y miembro de la comisión oficial de recepción, subió a bordo de una lancha que lo llevó hasta el destructor francés *Courbet,* anclado en medio de la bahía y al frente de una doble hilera de submarinos. Poco después resonó la salva de bienvenida en el destructor francés. El ministro de Marina subió a bordo del *Dubrovnik* y saludó al regio visitante en nombre de la República.

Puntualmente a las 4, tal como estaba convenido, una lancha llevó al Rey y a sus acompañantes hasta el Quai des Belges. En el muelle lo esperaba una compañía de honor con banda de música y bandera del regimiento. Sin embargo, estas tropas, compuestas por destacamentos de los tiradores senegaleses y del 141 regimiento de infantería, sólo tenían la misión de rendir honores. Nada se les había encomendado en lo referente a garantizar la seguridad del Rey.

Alejandro, que vestía uniforme de almirante con cuello blanco de aletas, corbata de lazo, bicornio con un amplio galón trenzado y la banda escarlata de la Legión de Honor, saltó al muelle, donde un destacamento de marinos prorrumpió en un hurra repetido siete veces. Empujada por su madre, una niña con traje provenzal adelantóse hacia el Rey, le hizo una reverencia y le ofreció un ramillete de flores silvestres. Este incidente indica la laxitud de las medidas de seguridad adoptadas para su visita.

Louis Barthou, el ministro francés de Asuntos Exteriores, acogió al Rey con lo que los periódicos calificaron más tarde de «gran cordialidad». Las bandas interpretaron los himnos nacionales de Yugoslavia y de Francia. Los fotógrafos no daban tregua a sus cámaras. El alcalde de Marsella condujo al huésped real y a Barthou hasta el coche que los esperaba, un landó grande y anticuado. La capota posterior del viejo automóvil había sido abatida para que el Rey y Barthou pudieran viajar al descubierto. El general Alphonse Georges, que tenía instrucciones del Ministerio de la Guerra para acompañar al Rey durante su visita a Francia, ocupó un asiento plegable lateral. Aunque designado como «guardia de honor» del Rey, el general Georges no llevaba arma alguna.

El Rey se instaló en el asiento de la derecha y Barthou sentóse a su lado. Los dos jinetes de escolta, el teniente coronel Piollet a la derecha y el capitán Vigoreaux a la izquierda, esperaban junto al automóvil. Bogoljub Jevtic, el ministro yugoslavo de Asuntos Exteriores, Piétri y el alcalde de Marsella subieron a un segundo automóvil. El tercer coche fue ocupado por el jefe local de la policía y el general Dimitrijevic, ayudante personal del Rey. La procesión estaba dispuesta, pero no pudo ponerse en marcha porque una horda de fotógrafos bloqueaba el camino y nadie parecía tener la autoridad suficiente para dispersarlos.

Finalmente, la cabalgata empezó a avanzar. Trompeteros y batidores cabalgaban a lo largo de la Canebière, el bulevar principal del puerto, y los coches, en primera, los seguían lentamente. Varios aviones zumbaban sobre la ciudad, la gente lanzaba aclamaciones y el motor del automóvil del Rey emitía fuertes ruidos. Una leve sonrisa apareció en el rostro de Alejandro. Tal vez se sintiese contento, pero no parecía irradiar felicidad. El Rey correspondía a los vítores de los espectado-

Un retrato del rey Alejandro de Yugoslavia, asesinado en el curso de una visita a Francia.



res alzando la mano hasta el dorado galón de su sombrero. Sólo habían transcurrido breves minutos desde su desembarco. El coche se acercaba a la Place de la Bourse. El general Georges asomó la cabeza por la ventanilla de su izquierda para mirar ante sí y ver dónde se encontraba la escolta a caballo. Los jinetes no se hallaban junto al Rey, tal como era su obligación, sino que caracoleaban delante del coche como en un desfile circense.

De pronto, un hombre surgió de entre las filas de la muchedumbre, pasó junto a un policía apostado en la calzada, saltó por delante del caballo del teniente coronel Piollet, subió al estribo del automóvil y empezó a disparar contra sus ocupantes. Tanta era la barahúnda que los rodeaba que el general, que todavía mantenía la cabeza fuera de la ventanilla, creyó que los disparos procedían de un lugar lejano. El capitán Vigoreaux, también ensordecido por el ruido, creyó discernir el tableteo de una ametralladora, pero siguió cabalgando, imperturbable, paralelamente al automóvil. Al oír los disparos, Froessac, el chófer, se volvió, vio al asesino y trató de empujarlo con una mano mientras seguía conduciendo con la otra. Al fallar en su esfuerzo, detuvo el coche y, desde su asiento, procuró arrojar de éste al agresor. Las aclamaciones en honor del Rey prosiguieron incluso después de herido éste. Nadie parecía haber observado lo ocurrido.

El general Georges, con la cabeza fuera de la ventanilla, no había oído nada de cuanto sucedía en el interior del automóvil. Cuando retiró la cabeza y miró a su alrededor, vio al Rey caído en el rincón de la derecha y a Barthou arrodillado y gimiendo de dolor. A través de la ventana aparecía una mano con una pistola Mauser de largo cañón. Al parecer, el general no titubeó y se abalanzó hacia el asesino. Éste se volvió con rapidez, sin que pudiera impedírselo el chófer, y disparó cuatro veces contra el general Georges, hiriéndole en el costado, el pecho y los dos brazos.

Un agente de policía, Celestin Galy, de servicio en la calle donde se produjo el atentado, estaba armado con un revólver, pero no lo sacó. Probablemente creyó que el asesino era uno más de aquellos fotógrafos que surgían por todas partes. Galy apoyó la mano derecha en el hombro del asesino, que seguía agazapado junto a la ventanilla del coche, y le ordenó que se apease. El regicida se revolvió inmediatamente contra Galy y le disparó un balazo en el estómago. El agente rodó, agonizante, por la calzada. La multitud y la policía comprendieron entonces que algo grave sucedía y la confusión se apoderó de la calle.

Entretanto, Barthou, que había sido herido en el brazo derecho, sobre el codo, se apeó tambaleándose del coche y vagó por las calles durante casi media hora antes de que diesen con él. Tenía una arteria seccionada y la sangre brotaba de modo alarmante.

Jevtic descendió del segundo coche —una figura diminuta y ansiosa, casi cómica con su chaqué y su chistera— y corrió angustiado hacia su Rey. Subió al automóvil de Alejandro y colocó una mano sobre el pecho del monarca para buscar sus latidos, pero no percibió ninguno.

Sin embargo, para el asesino la situación no se desarrollaba de acuerdo con sus planes. Un cómplice que, según él suponía, tenía que arrojar bombas entre la muchedumbre para distraer la atención, lo había abandonado y él solo tenía que arrostrar las consecuencias de su acto. El teniente coronel Piollet, que había hecho retroceder su caballo hacia el coche, desenvainó su sable y lo descargó sobre la cabeza y los brazos del criminal, no sin herir al chófer que había logrado agarrar a éste por el faldón de la chaqueta. La multitud emprendió la huida y varias personas fueron pisoteadas en las aceras y en la calzada. El asesino cayó desde el estribo y rodó por el suelo. Un gendarme se acercó y le descerrajó un tiro en la cabeza que le dejó inconsciente, pero sin matarlo. Los espectadores se envalentonaron entonces y avanzaron hacia el terrorista caído, asestándole patadas y chillando. Los policías acudieron a docenas, abriéndose paso violentamente entre el gentío y formando un cordón alrededor del automóvil.

Dentro de éste, Jevtic todavía conservaba la esperanza de que el Rey viviese. Ahora se encontraba también allí el coronel Pavlic, el chambelán de la corte, y entre los dos extendieron el cuerpo de Alejandro en los dos asientos almohadillados y, con un pequeño abrecartas, cortaron el cuello almidonado para que no le privase el aire. Pero parecía como si el uniforme de almirante le impidiese respirar y ninguno de los dos pudo desabrochar la ajustada camisa. Cuando por fin la cortaron, brotó la sangre en abundancia, manchándolo todo. Jevtic, impotente, estaba desesperado. Estimaba a Alejandro, ya que, más que ministro y soberano, habían sido dos amigos. La multitud se apretujaba alrededor del coche y los fotógrafos pedían que les dejasen campo libre. La policía volvió a formar su cordón junto al automóvil.

Por orden del jefe de la policía, el chófer Froessac volvió a ponerlo en marcha, y, sin dejar de tocar la bocina, se lanzó a toda velocidad entre la muchedumbre. Irónicamente, el Rey caído siguió la ruta prevista desde la Canebière hasta la Prefectura por la Rue St. Feniol, recibiendo las aclamaciones de un gentío que todavía no se había enterado del atentado.

El coche llegó a la Prefectura entre gritos de *«Vive le Roi!»*. Se había preparado un té porque se esperaba que los notables tomarían algo antes de emprender el viaje hacia París. Los batidores trasladaron el Rey a la habitación del primer magistrado y lo colocaron sobre un sofá. Brotaba sangre de los labios de Alejandro, pero éste aún conservaba su vaga sonrisa y ello hizo creer a algunos que tal vez no estuviese muerto. Varios médicos ofrecieron sus servicios, pero no se les dio permiso para examinar las heridas. Se había enviado un gendarme al hospital para avisar al mejor médico disponible, y regresó con el doctor Assali, jefe del servicio de sanidad de las tropas coloniales. El doctor Assali dio un vistazo al cuerpo, tomó una muñeca del Rey, buscó el pulso y dijo: «Toda vida ha cesado.» Confió el examen del cadáver a otro médico y se dirigió inmediatamente hacia el hospital militar para ver qué podía hacerse por el general Georges, que yacía allí, inconsciente.

Un misterio insoluble

Al examinar el cadáver de Alejandro, los médicos descubrieron que había recibido dos balazos: uno en el corazón y otro en el hígado. La primera bala lo había matado instantáneamente. En su declaración ante el tribunal de investigación, uno de los médicos consultados, Raoul Olmer, declaró: «Únicamente pudimos certificar su muerte, que debió de producirse con gran rapidez.»

El estado del general Georges era extraordinariamente grave y durante varias semanas estuvo entre la vida y la muerte. Sin embargo, es probable que debiese su salvación a una condecoración que desvió el proyectil destinado a su corazón.

La suerte de Barthou habría sido sin duda diferente si hubiese recibido inmediata atención médica, pero aquella tarde los funcionarios de Marsella perdieron la cabeza y se dejaron llevar por los nervios. El anciano ministro, sangrando copiosamente, anduvo entre la multitud du-

rante un buen rato antes de que fuera atendido por los médicos. Barthou murió literalmente desangrado. Primero se le colocó sobre una mesa de operaciones inclinada, con la esperanza de que, gracias a la inclinación, perdiese menos sangre. Le habían atado el brazo con un pañuelo de niña a la altura de la muñeca, aunque la herida estaba sobre el codo. El doctor Bonnal, que atendió a Barthou, observó este detalle y manifestó indignación. Administró al ministro cloruro de etilo y trabajó en la herida hasta hallar la arteria seccionada y unirla de nuevo. Pero ya era demasiado tarde. De haberse efectuado esta operación inmediatamente después de hallado Barthou, apenas cabe duda de que éste se habría salvado. Otros médicos prepararon transfusiones, pero mientras se las aplicaban Barthou murió.

Otra víctima del asesino fue Celestin Galy, el policía herido en el estómago y que fue trasladado al hospital. En la sala de mujeres yacían dos espectadoras, Yolande Paris y Mme. Durbec, una de ellas herida en la cadera derecha y la otra con el muslo derecho atravesado. Ambas murieron y, pocos meses después, la herida de Galy resultó fatal.

La lista total de bajas en aquella tarde ascendió a diez personas heridas, seis de ellas mortalmente, incluido el asesino, que yacía en otra habitación del hospital con la cara ensangrentada y la nariz aplastada. No llegó a recuperar el conocimiento y murió aquella misma noche, sin haber pronunciado ni una sola palabra desde que disparó contra el Rey. En total, había disparado diez balas, siete de las cuales alcanzaron a los ocupantes del coche oficial y otra hirió gravemente a un policía. El terrorista utilizó una Mauser que, en aquellos tiempos, era un nuevo tipo de pistola automática capaz de disparar por lo menos diez tiros en dos segundos. Un regulador especial permitía usarla para efectuar disparos sueltos o bien ráfagas como una ametralladora. El asesino había ajustado la pistola para fuego automático, pero, mediante un hábil control del gatillo, pudo apuntar certeramente a cada una de sus víctimas.

El misterio de este crimen en Marsella nunca ha sido aclarado por completo.

Los franceses, siempre dispuestos a honrar a los potentados visitantes en París, deseaban agasajar al Rey yugoslavo, pero el Gobierno no aprobó la decisión real de hacer de Marsella la primera etapa de su itinerario, pues en aquellos tiempos la ciudad tenía la misma reputación de violencia que Chicago había tenido en los años veinte. Si bien un cierto misterio rodea todavía el asesinato, se conoce la razón por la cual Alejandro quiso ir a Marsella. Ostensiblemente, desaba hacer una visita al «Poilu de l'Orient», monumento funerario dedicado a los soldados franceses muertos en las campañas de los Balcanes durante la Primera Guerra Mundial; pero en realidad el Rey quería viajar por mar. Alejandro había descubierto que su buque de guerra, el *Dubrov-*



Una de las escasas fotografías de «Petrus Kelemen», el asesino del rey Alejandro (segundo de la izquierda), que aquí aparece junto a otros terroristas de la O.R.I.M. Su verdadero nombre sigue ignorándose.



***Arriba:* al oír los disparos, el teniente coronel Piollet se vuelve sobre su silla y ve cómo Froessac, el chófer, forcejea con el asesino que acaba de disparar contra el coche real. *Abajo:* el chófer agarra al asesino por la chaqueta, mientras Piollet lo ataca a sablazos.**

nik, le resultaba muy útil. Le había permitido desplazarse a Varna, Estambul y Corfú el año anterior, con toda comodidad y dignidad. Asimismo, al viajar por mar, podía evitar Italia, con la que estaba librando una «guerra fría». Creía el Rey que el modo más digno de llegar a Francia era a bordo de un crucero yugoslavo, a la sazón el único buque importante de su país. Por otra parte, ello indicaría que Yugoslavia era una potencia marítima que debía ser incluida en cualquier futuro pacto mediterráneo.

Lo que no se conoce, ni se comprende, son las medidas adoptadas por las autoridades francesas en Marsella. Todos los buques anclados en el puerto y las embarcaciones de vela y yates del Vieux-Port habían sido engalanados con banderolas. Las calles de la ciudad estaban empavesadas y todos los edificios públicos, y no pocos particulares, enarbolaban el pabellón tricolor junto a la bandera yugoslava y la de la ciudad de Marsella.

No obstante, los preparativos oficiales tenían un aspecto de improvisación. No llegaron refuerzos de policías procedentes



Arriba: **unos espectadores, angustiados, tratan de reanimar al rey Alejandro, que yace sobre el asiento del automóvil; sin embargo, la primera bala lo había matado en el acto.** *Abajo:* **gravemente herido, el general Georges es retirado del escenario del crimen.**

de otras ciudades y la capital no mandó ningún destacamento especial. El Ministerio de la Guerra se abstuvo de ordenar que las tropas acordonasen el itinerario. La escolta de caballería y los destacamentos de infantería presentes habían sido enviados para rendir honores y no para dispensar protección. La más clara evidencia de la laxitud en las medidas de seguridad queda revelada en las películas del asesinato presentadas por los noticiarios. Los policías dan la espalda al público y están separados por distancias de tres metros. El asesino pudo pasar entre ellos con suma facilidad. Al iniciarse el desfile, se ven numerosos mirones alrededor del automóvil del Rey. En cambio, no se aprecia ninguna clase de protección a corta distancia. Sabian, un funcionario del Ayuntamiento de Marsella, manifestó que «se mandaron más policías para guardar a los candidatos políticos durante las últimas elecciones que los que prestaron servicio para vigilar al Rey». Los noticiarios cinematográficos demuestran cómo el asesino sorprendió por completo a los guardias. Pasada la primera impresión,

los escasos guardias a caballo y los policías parecieron perder la cabeza y cargaron brutalmente contra la muchedumbre.

Parece probable que la policía fuese responsable de las heridas sufridas por algunos espectadores. De los diez disparos que, según se estima, hizo el asesino, ocho dieron en el blanco, lo que indica que algunos de los espectadores que resultaron heridos por arma de fuego lo fueron por las balas de la policía dirigidas contra el agresor. Un proyectil de la policía francesa fue hallado incrustado en el coche y también se descubrió que otras balas de la fuerza pública rebotaron en la pared del «Westminster Bank», delante de la Bolsa.

Un hombre con muchos apodos

Cuando se les increpó por la insuficiente protección otorgada, las autoridades locales y provinciales hicieron declaraciones públicas en las que atribuían toda la responsabilidad de esta negligencia a la policía nacional francesa, la *Sûreté Nationale.* Afirmaron, y su declaración nunca fue refutada, que en todas las cuestiones referentes a la seguridad del visitante real, ellas estaban subordinadas a la *Sûreté Nationale* y que su petición explícita de un cordón de motoristas para rodear el coche del Rey había sido rechazada por los funcionarios responsables. Cuando se cometió el asesinato, Jacques Cals era el jefe de la *Sûreté Nationale* en Marsella. Trasladado a Nantes después del atentado, libróse —mediante un certificado médico acreditativo de que la salud no le permitía comparecer ante un tribunal— de la violencia que le hubiese supuesto declarar en el proceso de los conspiradores terroristas que fueron capturados. La cuestión de si fue la estupidez burocrática o una ineficiencia deliberada lo que impidió a la policía francesa proteger las vidas de Alejandro y de Barthou jamás ha podido ser aclarada.

La policía francesa, como para desquitarse de sus deficiencias antes del crimen, mostró a continuación una extraordinaria actividad. Se afirmó que la razón del atentado radicaba en la compleja situación internacional de Yugoslavia y en los intentos de ciertas potencias extranjeras para explotar la situación interna del país en beneficio de sus propios fines.

Se ha demostrado sin lugar a duda que el asesino era un terrorista macedonio que pertenecía a la Organización Revolucionaria Interna de Macedonia (O.R.I.M.). Era un individuo con muchos nombres: Georgiev, Stoyanov, Dimitrov, Chernozemsky, Suk, Kerin, Kelemen y Velicko. Cuando cometió el crimen usaba un pasaporte extendido a nombre de Kelemen. No se ha sabido cuál de éstos es su nombre real, pero como persona es identificable, ya que las fotos policíacas narran su historia. Como ayudante y chófer de Iván Mijailov, líder de la O.R.I.M., había perpetrado ya varios asesinatos políticos en diversos países y, al parecer, fue «prestado» por la O.R.I.M. a los Ustachi, una organización terrorista croata. Aparte del asesino, que era un terrorista profesional, los conspiradores eran croatas pertenecientes a un reducido grupo de emigrados que habían extendido el terrorismo a través de Yugoslavia como protesta contra la política de dominio servio impuesta por el rey Alejandro.

Alejandro había sido coronado rey de su país al finalizar la Primera Guerra Mundial. El Reino de los servios, croatas y eslovenos sobre el cual gobernaba Alejandro era uno de los Estados formados a partir del Imperio de los Habsburgo. Ese Estado, complejo mosaico político, estaba desgarrado por la enconada pugna que se suscitó entre servios y croatas en los primeros meses de existencia del nuevo reino. La pugna entre las ambiciones centralistas de los servios y las tendencias federalistas de los croatas dominaba la política del Estado. El 20 de junio de 1928, durante una sesión en la *Skupchtina,* la Cámara única, un impetuoso diputado servio hirió mortalmente a Stephan Radic, líder del Partido Agrario Croata, y a otros cuatro diputados croatas. Los croatas se retiraron y amenazaron con la secesión. Por un momento, el Rey consideró la posibilidad de conceder a Croacia la autonomía federal que deseaba, pero el 5 de enero de 1929 estableció una dictadura personal. Cambió el nombre del Estado, sustituyendo el largo título de Reino de los Servios, Croatas y Eslovenos por el de Yugoslavia (Eslavia del Sur), y trató de unificar el país mediante una combinación de fuerza y decretos reales.

Después de 1929, la oposición croata adoptó varias formas. Había los representantes exiliados del Partido Agrario Croata (el que había dirigido Radic), que eran intensamente demócratas y federalistas y se oponían a todo método terrorista. Un segundo grupo, mucho más reducido, estaba principalmente compuesto por exoficiales croatas del Ejército austro-húngaro que anhelaban una restauración de los Habsburgo que sirviera de base a una especie de federación entre Croacia y Eslovenia por una parte y Austria por otra. Había también un grupo abiertamente terrorista, dirigido por el doctor Ante Pavelic. Éste había sido anteriormente diputado en la *Skupchtina* por el Partido de la Derecha Pura, anterior a la guerra (grupo extremista, clerical y antiservio, denominado también Partido «Frank» por ser su antiguo jefe el doctor Josef Frank). En 1929, al proclamarse la dictadura, Pavelic huyó a Sofía, donde, con otro conspirador llamado Gustave Perchec, fundó los *Ustachi* (los Insurgentes). Éstos se aliaron con la O.R.I.M. y adoptaron las tácticas terroristas de esta organización. En julio de 1929, Pavelic fue declarado en rebeldía y condenado a muerte, por haber cooperado con la O.R.I.M. y por sus propósitos de separar Croacia y Macedonia del Estado yugoslavo. Entre 1929 y 1934, los *Ustachi,* apoyados por la O.R.I.M., llevaron a cabo en Yugoslavia una serie de asesinatos y atentados con bombas.

Pavelic y los *Ustachi* eran financiados por la Italia fascista y ayudados por Hungría, su aliada. Los *Ustachi* establecieron centros de adiestramiento en Ancona y Bari, en Italia, y en Janka Puszta y otros lugares de Hungría. En ellos, los terroristas croatas aprendían a fabricar bombas y a volar líneas ferroviarias y edificios, y practicaban el tiro. La O.R.I.M., financiada por los fascistas, facilitaba instructores competentes, y los italianos suministraban armas y dinero. Pavelic viajaba con pasaporte italiano con el nombre de Antonio Sudai, y otros agentes *Ustachi* obtuvieron también pasaportes húngaros e italianos.

El deseo del Duce

A pesar de las proposiciones yugoslavas para un acuerdo entre los dos países,

Derecha: 1 **Froessac, chófer del coche real, que condujo al rey, ya difunto, entre una multitud que todavía le aclamaba.**
2 **El obispo de Marsella se arrodilla ante el cadáver de Louis Barthou, quien, después de alejarse del lugar de la tragedia, se desangró hasta morir.** *3* **Mio Kralj, detenido y esposado; debía ayudar al asesino arrojando bombas contra el público, pero perdió la serenidad y huyó.**
4 **Varios oficiales trasladan el ataúd del rey Alejandro al crucero ligero «Dubrovnik», que le había conducido a Francia y devolvió después su cadáver a Yugoslavia.**
5 **Dos cómplices del asesino, durante su proceso: Zvonim Pospichil (izquierda) e Ivan Ragich (derecha). En caso necesario, estaban dispuestos a repetir el atentado en París.**

1

2

3

ДУБРОВНИК

4

5

Mussolini prefería evitar un entendimiento italoyugoslavo. En aquellos tiempos, prevalecía en Roma el principio de que era preferible tener en los Balcanes un mosaico de naciones pequeñas y en continua disputa que una potencia como Yugoslavia, capaz de alcanzar cierto predominio y rivalizar con Italia. En sus planes para mantener la impotencia de Yugoslavia, Mussolini no titubeó en recurrir a todos los medios. El historiador italiano Gaetano Salvemini estaba convencido de que el Duce, al comprender que las incursiones fronterizas y las acciones terroristas no conseguirían la desintegración interna de Yugoslavia como él deseaba, decidió asestar su golpe contra el jefe del Estado.

El 17 de diciembre de 1933, la policía yugoslava detuvo a tres jóvenes en Zagreb y éstos confesaron que habían llegado allí para atentar contra la vida del rey Alejandro. Dijeron también que habían sido adiestrados en Bari, Italia, donde había un campamento de cincuenta o sesenta emigrados croatas pertenecientes a los *Ustachi*. Uno de los detenidos, un joven llamado Oreb, portador de un falso pasaporte húngaro, afirmó que se había trasladado desde Yugoslavia hasta Trieste con la ayuda de fascistas italianos y que, desde Trieste, había sido enviado al campamento de Bari. Una vez concluida su misión en Zagreb, debía ponerse a salvo en Italia.

Hoy en día, poca duda cabe en cuanto a la implicación directa de Italia en el asesinato de Alejandro. Sin embargo, ello no significa que el asesinato del rey Alejandro en Marsella hubiese sido planeado personalmente por Mussolini para que se perpetrase en aquel lugar, de aquel modo y en aquel preciso momento. Todo cuanto el Duce tuvo que hacer fue dar a conocer su deseo de librarse del Rey, y el resto pudo quedar en manos de subordinados. Por otra parte, tampoco Pavelic tenía que pedir instrucciones cada vez. Como terrorista bien adiestrado, debió de comprender que pocas veces se presentaría una oportunidad tan excelente para atentar contra la vida del Rey como la visita de éste a Marsella. No es posible descartar la conclusión del exprimer ministro francés Joseph Paul-Boncour, según el cual los criminales, los instigadores y organizadores del asesinato, procedían de Italia. Este país fue el suministrador de las armas y el dinero destinados a los asesinos, y los dirigentes de los *Ustachi* hallaron refugio en él después del atentado. El barón Aloisi, representante de Italia en la Sociedad de las Naciones en 1935, confirmó estos hechos durante la investigación judicial sobre el crimen de Marsella efectuada por los italianos en 1944-45. El barón declaró que «Mussolini dio órdenes secretas para que el rey Alejandro fuese asesinado» y añadió que las conversaciones sobre un tratado amistoso italoyugoslavo no eran más que una pantalla de humo destinada a engañar a los demás y a preparar una coartada para el Duce: «Se ejecutaron siniestras maniobras a través de... agencias secretas que, en Italia y fuera de ella, sólo obedecían a la voluntad de Mussolini.»

A pesar de la notable aunque tardía actividad por parte de la policía francesa, los comentarios oficiales sobre el crimen de Marsella se distinguieron por una singular falta de claridad. En aquellos momentos, no se hizo ningún esfuerzo auténtico para determinar hasta qué punto podían estar implicados en el asunto algunos Gobiernos extranjeros. Los franceses estaban resueltos a evitar complicaciones. Tres hombres, cómplices del asesino, fueron detenidos después del crimen. Zvonim Pospicil e Ivan Ragic habían sido enviados por los *Ustachi* a Versalles, donde se habría cometido otro atentado si hubiese fallado el de Marsella. Mio Kralj tenía la misión de ayudar al asesino pero, presa del pánico, huyó del escenario del crimen. En febrero de 1936, dieciséis meses después del asesinato de Marsella, y después de un juicio nulo, los tres inculpados fueron juzgados junto con tres de sus líderes ausentes. El proceso se caracterizó por una peculiar mezcla de cruel indiferencia ante las reglas elementales de la evidencia, y un sentimentalismo romántico y patriotero. El presidente del tribunal, por ejemplo, después de oír que los prisioneros se habían comprometido a observar su juramento terrorista bajo pena de muerte, declaró ante el jurado: «Ya lo saben, caballeros, Kralj estaba ya condenado a muerte por no haber cumplido con su deber en Marsella.» Al terminar la vista, los tres acusados fueron condenados a cadena perpetua, y los demás inculpados, entre ellos Pavelic, fueron declarados en rebeldía y condenados a muerte. Al comentar en su editorial el proceso, *The Times* afirmó: «Cuando los historiadores registren los archivos del Palacio de Justicia en Aix-en-Provence, en busca de documentos con los que compilar la historia de los asesinatos, no descubrirán quién armó a los regicidas ni por qué lo hizo. Sobre estos dos puntos, no se ha permitido que los acusados, los abogados, el tribunal y los testigos diesen explicación alguna.»

Paul-Boncour, designado por la reina María de Yugoslavia para representarla en el proceso contra los terroristas, fue presionado por el Gobierno francés para que se retirase, y lo mismo le ocurrió a la reina. Finalmente, ésta tuvo que ceder y abandonar el caso. Pierre Laval, el sucesor de Barthou, adoptó también medidas para zanjar el asunto de Marsella lo antes posible. Al parecer, Francia e Italia llegaron a un acuerdo secreto según el cual Francia debía ejercer su influencia para evitar que Yugoslavia acusara a Italia y sólo fuese incriminada Hungría. A cambio de ello, Italia no haría nada para apoyar a Hungría en la Sociedad de las Naciones. Para intimidar a Yugoslavia, Francia le dijo que no podía esperar apoyo militar si cometía temeridades. Gracias a esta fórmula de compromiso, Hungría hizo las veces de cabeza de turco, pero de todos modos las medidas adoptadas por la Sociedad de las Naciones no fueron severas: el Gobierno húngaro tenía que investigar las actividades terroristas dentro de sus confines y comunicar a la Sociedad las medidas tomadas para castigar a los funcionarios culpables. El 12 de enero de 1935, Hungría informó al Consejo de la Sociedad de que una minuciosa investigación no había revelado complicidad o responsabilidad oficial por parte de súbditos húngaros. Sin embargo, dos oficiales de la policía habían sido destituidos y otros tres trasladados por no haber ejercido una vigilancia adecuada sobre los refugiados croatas. En mayo, Anthoni Eden, el ministro británico sin cartera encargado de los asuntos de la Sociedad de las Naciones, anunció que la cuestión se daba por concluida.

Parece evidente que el rey Alejandro pereció víctima del odio fascista y del fanatismo croata. Sin embargo, permanece la duda acerca de si los asesinos pretendían matar también a Barthou. El hecho de que Barthou fuese un decidido partidario de un sistema de seguridad colectiva destinado a frenar la agresión alemana —como lo era también Alejandro—, ha motivado la sugerencia de una implicación nazi, pero no hay prueba alguna que autorice esta teoría. Si hubo realmente altos poderes detrás de los asesinos, todos los esfuerzos para desenmascararlos han sido vanos y cabe decir que su crimen quedó literalmente impune.

Daniel J. Leab

Conspiración y Alzamiento Nacional

A una República para todos, pero no de todos, las derechas —de base mayoritariamente monárquica— responden con un mito: el de la Antiespaña. Así se pone en marcha «la dialéctica de la exclusión», que desembocará, tras una serie de movimientos pendulares, en la conspiración y el Alzamiento.

El general Emilio Mola Vidal, irreductible adversario de la República. Desde Pamplona fue el coordinador del Alzamiento y el enlace con los requetés navarros, instruidos militarmente desde hacía meses, y que constituyeron una baza importantísima para el triunfo del Movimiento.
***Abajo:* cartel de propaganda de la U.G.T. de los primeros meses de guerra (detalle).**





La trágica raíz común para el común fracaso de la Segunda República española puede resumirse en una sola palabra: exclusión. Los hombres del 14 de abril, entre los que brillaban conspicuos exmonárquicos, e incluso exministros de la corona, decidieron desde su gran victoria que la República era para todos, mas no de todos; y la reacción pendular de las derechas —de abrumadora base monárquica, incluso dentro de los sectores posibilistas— fue, a partir de 1933, igualmente excluyente, con la creación del mito de la Antiespaña. A la exclusión de la República replicaron con la exclusión de la Patria, nada menos. Y aunque la República fue, en cierto profundo sentido, «el último disfraz de la Restauración», como dice Emiliano Aguado, no captó el espíritu integrador que supuso todo un horizonte de décadas para el gran intento de Antonio Cánovas.

La dialéctica de la exclusión

Desde el otoño de 1935 está en plena marcha la dialéctica de la exclusión, incluso por medios violentos. El planteamiento de las elecciones de febrero de 1936 queda bien claro en las declaraciones y amenazas de los protagonistas: los líderes del Frente Popular y del Bloque Nacional, los extremistas de la derecha y de la izquierda no recatan su promesa de no aceptar el resultado electoral a no ser que les sea favorable. Primo de Rivera y Largo Caballero son diáfanos en este sentido. A pesar de interpretaciones posteriores de signo moderado, el hecho es que los resultados de las elecciones evidencian una división política del país en dos bloques irreconciliables, y en cada uno de ellos la masa moderada se ha polarizado en torno de minorías activistas dispuestas a llegar hasta el fin. La causa suprema de la guerra civil es que en España había deseos cada vez más extendidos de llegar al enfrentamiento; se quería la guerra, y la noticia de la guerra fue, en medio del estupor, una sensación de inmenso alivio. «Por fin.» Ese es uno de los más hondos sentidos del 18 de julio, un día de gran silencio en que casi no se registran reacciones aparentes a la decisión del general Franco en Canarias, y a la de Queipo en Sevilla, quienes, con los tenientes coroneles de Africa, son los únicos sublevados en todo el Ejército dentro de la fecha que ha pasado a la Historia como iniciación de un movimiento que sólo se declaró, de forma generalizada, en la madrugada siguiente, 19 de julio.

Los inicios de la gran conspiración

Desde ese mismo otoño de 1935 en que se van perfilando los dos bandos de la guerra civil en el mapa preelectoral de España, se fragua ya la etapa definitiva de la gran conspiración que desembocaría irreversiblemente en el Alzamiento. Todos los intentos anteriores, muy desfigurados por el sensacionalismo histórico, son puras anécdotas. La conspiración se fragua en los altos despachos del Ministerio de la Guerra de 1935, una vez descartada la posibilidad de una permanencia de la situación derechista en el poder. Gil Robles asiente a los movimientos preparatorios e incluso francamente conspiratorios de los altos mandos administrativos del Ejército, quienes en dos ocasiones creen llegar el momento del golpe de Estado incruento —la situación está a punto de explotar en vísperas del abandono del Ministerio por el equipo Gil Robles, a mediados de diciembre de 1935—, pero en todo caso son disuadidos con eficacia por el jefe del Estado Mayor Central, Franco, quien les da para ello una razón convincente: el Ejército está profundamente desunido, y una decisión política desde el Ministerio de la Guerra podría desencadenar una catástrofe. Franco se mantiene firme en esta opinión durante todo el período electoral, y cuando al conocerse los resultados de la primera vuelta, favorables al Frente Popular, se pone en contacto con las guarniciones para una acción inmediata, confirma la justeza de su análisis: el Ejército no quiere saber nada de golpes. Intenta entonces que sea el propio gobierno dimisionario de Portela quien dé el golpe de Estado; pero el clima de abandono invade las altas esferas de ese gobierno y Portela decide no esperar a la segunda vuelta para entregar el poder a Manuel Azaña, quien lo recoge, como el 14 de abril, de en medio del arroyo. El Frente Popular mantiene unos días a Franco en la jefatura

1



2



1) El patio del cuartel de la Montaña, en Madrid, con los cadáveres de los oficiales y los falangistas allí mismo fusilados. Cuartel general del Alzamiento en Madrid, fue asediado por las fuerzas de Orden Público y por militantes del Frente Popular desde la tarde del domingo, día 19. A mediodía del 20 se produjo el ataque, en alud, de paisanos más o menos armados, guardia civiles y guardias de asalto.
2) Un joven militante frentepopulista en un balcón del cuartel de la Montaña con lo más preciado en aquellos días: fusiles.

del Estado Mayor Central, para enviarlo luego a la comandancia general de Canarias.

Antes de partir para su nuevo destino, Franco y un grupo de generales, una docena aproximadamente, entre los que predominan los monárquicos, se reúnen en Madrid a primeros de marzo para establecer un comité de conspiración —una Junta— encargada de preparar con garantías mayores un nuevo «10 de agosto». Pero en este mismo propósito late la inmensa desconfianza que el fracaso del 10 de agosto de 1932 había impreso en el ánimo de los militares españoles, y de la propia Guardia Civil, cuyo inspector, Sebastián Pozas, fue el principal oponente a los intentos de Franco en el mes de febrero. Durante marzo, abril y mayo de 1936 la Junta de Generales se reúne varias veces en Madrid, pero todos sus proyectos de golpe militar abortan sin remedio. Y el golpe no se hubiera dado jamás a no ser porque el Gobierno del Frente Popular perdía a ojos vistas el control político del país; y las organizaciones revolucionarias, lanzadas a la pendiente desintegradora bajo la dirección —por así llamarla— de Largo Caballero, consideraron erróneamente que las Fuerzas Armadas estaban como un solo hombre en el frente contrarrevolucionario, y atacaron al Ejército en bloque, con el mismo exclusivismo suicida de los alardes retóricos de Azaña en 1931. Con ello la conspiración militar se revitalizó, la reacción en el seno de la oficialidad joven aumentaba cada día, y todo se puso nuevamente en marcha cuando tomó los mandos del movimiento de protesta y rebeldía un frío y eficaz organizador: el comandante militar de Pamplona, Emilio Mola Vidal, antiguo director general de Seguridad en 1930, recién destituido por el Frente Popular de su cargo de jefe superior de las fuerzas militares de Marruecos, para el que había sido designado por Franco a fines de 1935.

«Impotencia y barullo»

Se ha divulgado mucho en medios derechistas que el Alzamiento militar de julio se hizo para prevenir un alzamiento parecido por parte de las fuerzas revolucionarias. Los documentos secretos en que se basa dicha tesis no tienen consistencia alguna. No parece que la base del Frente Popular necesitase golpe de Estado alguno para adueñarse del poder; de hecho detentaba el poder, a través de la inoperancia del débil Gobierno republicano que trataba de servir, desde el 10 de mayo de 1936, las directrices del nuevo presidente de la República, Manuel Azaña. Entre mayo y julio fracasaron todos los intentos de conciliación nacional que montaron, por la izquierda, Azaña, Prieto y Martínez Barrio; por la derecha, Jiménez Fernández y José Larraz. Todos esos intentos se basaban en un eje Azaña-Prieto, desde las dos presidencias de la República y del Gobierno, en una escisión de los moderados del socialismo, para conjugarse con los avanzados de la derecha. Tal pretensión resultaba entonces evidentemente utópica, pero a hombres como Prieto y Larraz cabe el honor histórico de haberla intentado expresamente. Sin embargo, tenían mucho más peso en el país los hechos que conducían a la guerra; la desintegración política del Partido Socialista, la deserción en masa de las juventudes de la C.E.D.A. para incorporarse a la Falange a partir de febrero de 1936; y la deserción en masa de las juventudes socialistas para incorpo-

rarse al Partido Comunista, muy poco importante en número antes de las elecciones, como la propia Falange. En cada uno de los ya inminentes bandos se agitaban dos grandes masas organizadas e incontroladas, dispuestas a la lucha: los anarcosindicalistas —que no pertenecían al Frente Popular, aunque le exasperaban— y los carlistas, que no pertenecían al Bloque Nacional aunque ardían en deseos de echarse de nuevo al monte para una nueva Cruzada. «Impotencia y barullo» es el diagnóstico de Azaña para la acción política del Frente Popular; revelaciones posteriores, de Miguel Maura y de Claudio Sánchez Albornoz, han evidenciado el propósito de los republicanos para lanzar una salvadora dictadura que refrenase a las masas revolucionarias e impidiese el golpe militar. El caso es que desde todos los sectores del espectro político español en la primavera justamente llamada trágica se pensaba en la dictadura como solución; la dictadura del proletariado, la de los republicanos clásicos o la del Ejército. En pleno auge de los totalitarismos en el mundo, la democracia clásica yacía totalmente devaluada en la España de 1936.

El siguiente movimiento dialéctico en la formación de los dos grandes bloques para la guerra civil fue el agrupamiento de esos bloques en dos grandes *antis*. La dialéctica revolucionaria podía considerarse totalmente agotada. Don Niceto Alcalá Zamora pudo decir en su luna de miel que «ésta es la última de las revoluciones políticas y la primera de las revoluciones sociales». En 1936 don Niceto navegaba hacia el destierro y el olvido; y todo el mundo sabía que la República naufragaba precisamente porque no había sabido hacer la Revolución. Todo el mundo, menos los derechistas extremos, que seguían llamando a la ingenua República de abril «hidra revolucionaria». Ni mucho menos. Allí estaban el dinero y la tierra, con sus estructuras reaccionarias intactas a pesar de la reforma agraria tan proclamada y de la reforma bancaria que ni siquiera se intentó; la única revolución republicana fue la retórica, que se revolvió contra la Dictadura para tomar contradictoriamente de la Dictadura su peor defecto: la agresión institucional, la reforma retórica de las grandes instituciones, Iglesia y Ejército, sin pasar de las punzadas superficiales en el delicado terreno de los símbolos.



A diferencia de Madrid, donde no todos los cuarteles se sublevaron, en Barcelona se produjo la casi total adhesión de la guarnición al Alzamiento. Sus oponentes fueron las fuerzas de Orden Público y paisanos afiliados a organizaciones políticas o sindicales, en particular cenetistas. En la fotografía, el Hotel Colón poco después de su ocupación por las fuerzas gubernamentales. Fue éste uno de los últimos episodios de la lucha en Barcelona, relacionado con el intento, por parte de los sublevados, de instalarse en la Plaza de Cataluña y apoderarse de la Telefónica.

El choque de dos entusiasmos

Raymond Carr ha dicho con justeza que la guerra civil fue el choque de dos entusiasmos. Madariaga ha puntualizado que la guerra civil general fue posible por la guerra civil declarada dentro del socialismo español. Las dos tesis son abrumadoramente ciertas, pero incompletas. Fueron dos entusiasmos; pero negativos. Dos inmensos *antis* absurdos. Los dos bandos de 1936 no supieron nunca definirse positiva, sino negativamente: se designaban a sí mismos como anticomunistas y antifascistas, sin excepciones. Ahora sabemos que los anticomunistas luchaban contra un bando en que inicialmente no contaban casi nada los comunistas; y los antifascistas luchaban contra un bando en el que no contaban casi nada los fascistas. Ésta es una de las más terribles viñetas de la tragedia española.

En cuanto a la tesis de Madariaga, es cierta la guerra civil dentro del socialismo; pero la guerra civil fue total, dentro de todos los grupos, de todas las instituciones. Cayeron rectores de Universidad en la retaguardia nacional; pero siete rectores de Universidad firmaron el manifiesto pro-Franco nada menos que en la mañana del 1 de octubre de 1936, y nada menos que doce académicos fueron fusilados en la zona republicana. En la zona nacional se miraba con desconfianza a muchos maestros; y solamente en la provincia republicana de Castellón fueron depurados cuatrocientos maestros por el Gobierno del Frente Popular. Fue asesinado el hombre del 27, García Lorca, en Granada; y el hombre del 98, Ramiro de Maeztu, en Madrid. Es inútil prolongar en la Historia los exclusivismos que dieron origen a la tragedia.

Quizá la guerra civil más decisiva de todas las sectoriales a la hora de explicar la conspiración y el alzamiento sea la guerra civil dentro de las Fuerzas Armadas. Es totalmente falso que en julio de 1936 el Ejército se enfrentase con el pueblo. Cuando un Ejército se enfrenta con un pueblo la guerra civil dura días; ahí está el reciente ejemplo del Pakistán antes de la intervención india. Ahí está el ejemplo de 1934, cuando el Ejército estuvo, aunque precariamente, unido frente a la Revolución; la guerra civil duró una noche en Cataluña y una semana larga en Asturias. Los estudios de Ramón Salas han dejado en claro para siempre que la «sublevación de los generales» fue dentro de la Península, la «sublevación del general»; sólo uno de los jefes de División



Arriba: **Francisco Franco, con un grupo de jefes y oficiales de guarnición en Canarias en la finca «Las Raíces», de Santa Cruz de Tenerife, poco antes del Alzamiento.**
Abajo: **el general Gonzalo Queipo de Llano se adueñó de Sevilla con un golpe de audacia. En la fotografía aparece revistando a un destacamento de legionarios, procedente de Marruecos.**



orgánica, Cabanellas, se sublevó frente a los otros siete que no lo hicieron. Sólo cuatro de los generales con mando orgánico de división se sublevaron —Franco, Goded, Queipo, además de Cabanellas— frente a los diecisiete que quedaron en el otro bando. El Frente Popular contó durante toda la guerra con la gran mayoría de los generales, coroneles y tenientes coroneles. La sublevación fue masiva en los oficiales y suboficiales; no fue una rebelión militar sino una rebelión de la juventud militar. En el bando republicano hubo, en total, cinco mil oficiales profesionales; más o menos el mismo número que en el bando nacional. Por eso hubo guerra civil.

Con este mismo esquema puede comprenderse la realidad del Alzamiento de julio, por encima de la gran masa de leyendas que todavía nos dificultan su comprensión. El Alzamiento triunfó o fracasó, sin excepciones, según la resultante final de la actitud de las fuerzas armadas en cada guarnición. Las colaboraciones civiles fueron totalmente secundarias, incluso las milicias, coro para la tragedia, pero no protagonista en ningún caso, ni en Madrid, ni en Barcelona, ni en Navarra, ni en Valladolid. Las columnas que surgieron de todos estos puntos eran columnas militares con acompañamiento miliciano, no columnas populares con asesoramiento militar. El mapa de la sublevación ha de trazarse sobre el mapa militar de España, con importantes, pero nunca decisivos, sombreados políticos; las que deciden en todo caso son las ideas políticas de los militares, no las de su circunstancia civil.

Los *tres días de julio,* revividos inimitablemente (e históricamente) por Luis Romero, deben prolongarse hasta el 2 de agosto, fecha clave porque en ella se produce la decisión —negativa en gran medida, pero no menos trascendental— de la guarnición valenciana. En ese momento hay ya frentes relativamente estables, aunque en parte muy fluidos. Las regiones militares primera (Madrid), tercera (Valencia), cuarta (Barcelona) son totalmente del Gobierno; así como toda la franja cantábrica, la isla de Menorca, y buena parte del territorio de las divisiones quinta (Aragón) y segunda (Andalucía). Las divisiones segunda (Sevilla), sexta (Burgos), séptima (Valladolid) y octava (Galicia), además de las comandancias generales de Baleares y Canarias, y el Protectorado de Marruecos, componen la naciente zona rebelde, que ya empieza a llamarse «nacionalista» si bien todavía no «nacional», hasta el otoño. La división del país favorece abrumadoramen-



En agosto ya estaban delimitadas las zonas en lucha. En el Norte, subsistía el bastión nacionalista de Oviedo, hábil y valerosamente defendido por el coronel Aranda. Las columnas catalanas habían alcanzado las proximidades de Zaragoza y sitiaban Huesca; Menorca era republicana y en Porto Cristo (Mallorca) habían desembarcado fuerzas de la República. Las columnas cenetistas de Valencia se hallaban en las cercanías de Teruel. La batalla más áspera se reñía por Madrid, en la Sierra, donde el frente pronto quedó estabilizado, y en Extremadura, donde milicias escasamente militarizadas intentaban en vano cerrar el paso al Ejército de Africa que, procedente de Sevilla, había tomado ya Mérida y Badajoz enlazando con la zona Norte nacional.

te al Gobierno, como lúcidamente señala Indalecio Prieto en su difundido discurso de primeros de agosto de 1936. Más de la mitad del Ejército, casi toda la Escuadra, los dos tercios de las fuerzas aéreas, todas las regiones industriales sin excepción, los tres cuartos de la población, las regiones de agricultura intensiva, y todos los recursos financieros están en zona gubernamental. Los rebeldes cuentan con el mejor Cuerpo de Ejército de la época, los 40.000 hombres del Ejército de África; pero están confinados en Marruecos, y la flota republicana ha tomado como propia la rada de Tánger. Han llegado a Barajas los primeros aviones franceses, y a Tetuán los primeros aviones alemanes e italianos, tras los británicos aterrizados antes que ellos en Burgos; la intervención extranjera se presenta, desde los primeros momentos, sumamente equilibrada, como en todas las guerras localizadas del siglo xx. El desequilibrio de fuerzas parece abrumador en contra de los rebeldes al terminar la quincena de la terrible decisión. El 2 de agosto, cuando los cuarteles valencianos dejan de ser una amenaza, cuando los primeros destacamentos africanos han salvado ya a Queipo a través del puente aéreo inventado por Franco, y cuando la primera «Columna Madrid» parte a paso legionario desde los arrabales rojos de Sevilla, está empezando la guerra civil española.

Ricardo de la Cierva

La lucha por Madrid

Los planes del general Mola preveían la inmediata ocupación de Madrid como operación indispensable para el triunfo del Alzamiento, mediante una marcha concéntrica de varias columnas, que caerían sobre la ciudad desde distintos puntos. Pero tras una serie de derrotas iniciales, las milicias del Frente Popular y anarcosindicalistas, ya en fase de transformación en Ejército Popular, lograron detener aquella ofensiva...

Madrid durante la guerra, visto desde la terraza de la Telefónica que era en aquella época el edificio más alto de la capital. Desde finales de octubre de 1936 y hasta el último día de la contienda la capital fue frente de guerra.

Madrid, objetivo estratégico

Cuando el general Mola elabora sus planes sobre el futuro Alzamiento los centra alrededor de la ocupación de la capital de España. Parte de la base de su valor político y militar indiscutible, que le otorga primacía sobre cualquier otro objetivo, y piensa, con razón, que conquistado aquél el dominio del resto del territorio nacional será algo automático que no podrá evitar nadie.

Mas para quienes defienden la situación frentepopulista, a más de los anarcosindicalistas, Madrid figura también como punto del que irradia toda actividad, base de partida para la posible revolución con que sueñan los partidos y organizaciones extremistas.

Éstas, tácitamente, consideran esencial el dominio de la capital, que ya ejercen en gran parte, y por eso Mola, que bien lo sabe, organiza sus planes subversivos a base de la inmediata y casi fulminante conquista de Madrid. Para ello deberá llevarse a cabo una marcha general concéntrica, en la que varias columnas militares caerán sobre la ciudad en una acción rápida y simultánea, que hará prácticamente imposible cualquier resistencia localizada.

Las columnas serán seis. Fuerzas de Valladolid y Segovia (7.ª Región Militar) seguirán la carretera de La Coruña por el alto del León y Villalba; otras de la 6.ª Región (Navarra y Burgos) avanzarán por la carretera de Irún y el puerto de Somosierra; las de la 5.ª Región (Zaragoza y Calatayud) descenderán lógicamente por



la carretera que lleva a Madrid por Guadalajara; la guarnición valenciana (3.ª Región Militar) enviará su correspondiente columna por Tarancón; y, finalmente, las fuerzas de la zona del Protectorado (Ceuta y Melilla) desembarcarán en Algeciras y Málaga, siguiendo luego, por Sevilla y Antequera-Lucena, a Córdoba, desde donde las dos columnas proseguirán por la carretera general de Andalucía.

Fracaso de la marcha sobre Madrid. La lucha en la Sierra

Pero cuando llega el momento de ejecutarse este plan se tropieza con una serie de fallos que lo hacen impracticable, al menos en sus líneas generales.

Fracasa el Alzamiento en Valencia, por lo que la guarnición de la región aragonesa deberá atender, urgente y prepoderantemente, a detener las columnas formadas en Cataluña y Valencia, que se lanzan sobre aquélla. De este modo apenas si unos muy débiles contingentes podrán llegar por la carretera Zaragoza-Madrid hasta Medinaceli.

En el Norte fracasa el Alzamiento en Guipúzcoa, Vizcaya y Santander. Navarra y Burgos, por lo tanto, tendrán un segundo frente que defender, y además la columna que debía ser enviada sobre Madrid pasará por diversas vicisitudes, y harán que cuando se acerque al puerto de Somosierra lo encuentren ocupado por las fuerzas enemigas de Francisco Galán. No conseguirá hacerse con el puerto hasta el 25 de julio, y en los avances posteriores la columna García-Escámez apenas si llegará a unos kilómetros de Buitrago, de donde no podrá pasar.

También el puerto de Guadarrama, o alto del León, es conquistado inicialmente por las fuerzas madrileñas del coronel Castillo, siendo el día 22 de julio cuando las procedentes de Valladolid y Segovia, al mando del coronel Serrador, lo reconquistarán. Pero con este cambio de manos no terminará la lucha, que continuará encarnizada y disputadísima hasta finales de la primera decena de agosto: lucha que absorberá muchos efectivos, de una y otra parte, y dará lugar a varios cambios en los mandos. Así, Castillo será reemplazado, sucesivamente, por el teniente coronel Morales, general Riquelme y coronel Asensio; y a Serrador, herido, sustituirá el general Ponte, que, herido igualmente, lo será por el coronel Palenzuela.

Por tierras de Ávila la columna madrileña del teniente coronel Mangada hará peligrosísimas incursiones, sin atreverse a atacar a fondo aquella ciudad, apenas defendida; quedando, al final, el frente impreciso y defendido, más que por unas fuerzas estimables, por la áspera geografía.

Pero lo más grave en el fracaso parcial del Alzamiento es, quizá, la aprensión de la Escuadra por las tripulaciones amotinadas. Porque en Marruecos se encuentran las fuerzas mejor organizadas y armadas, de mayor tradición combativa, de más prometedoras esperanzas; y esas fuerzas han quedado aisladas.

De esta forma bien podemos decir que al comenzar agosto se puede dar ya por fracasada la gran marcha concéntrica sobre Madrid.

El puente aéreo y el paso del Estrecho

El general Franco, jefe de las columnas que debían formarse en Marruecos, se encontró, así, en un primer momento, con una dificultad de apariencia insalvable: la imposibilidad de transportarlas por mar hasta la Península. Dificultad a la que se sumaba otra, igualmente grave: en Málaga había fracasado también el Alzamiento y la ruta que desde allí se dirige al centro de España estaba igualmente en poder del enemigo.

Quedaban sólo algún que otro barco y unos pocos aviones, pero el general Franco no se dio, por eso, por vencido. Siendo así como, inmediatamente, se iniciaba el traslado de las fuerzas a través de algunas embarcaciones ligeras, a las que apenas si se podía proteger, y también por el aire, utilizando aquellos aviones.

Eran éstos inadecuados para la misión a que se les destinaba y exigua su capacidad de transporte; escaso también el número, que fue al principio de siete aviones y a fines de julio de dieciséis, pero así, venciendo todas las dificultades, nacía el primer puente aéreo de la Historia.

Como término medio cada avión efectuaba cuatro viajes diarios, llevando unos 16 hombres. De esta forma al terminar el mes de julio se habían trasladado a la Península unos 800, mas resultaba claro que a este ritmo el Ejército de África (25.000 hombres) hubiese tardado más de nueve meses en cruzar el Estrecho; tiem-

Fuerzas nacionales en marcha hacia Madrid.





Combatientes nacionales con un grupo de prisioneros, probablemente en Somosierra. La lucha en las Sierras que cierran el paso hacia Madrid por el Norte fue inicialmente bastante confusa, pero el frente quedó estabilizado con prontitud hasta el final de la guerra.

po excesivo ante la gravedad de la situación peninsular, que demandaba urgentes ayudas.

El general Franco pensó entonces en la vía marítima. Disponía de tres mercantes y, para su protección, de un solo cañonero, el *Dato*, mandado por el capitán de corbeta Manuel Súnico, más un torpedero y un guardacostas, éstos sin apenas capacidad para el combate; pero había que arriesgarse a toda costa.

El convoy formado salió de Ceuta en la tarde del día 5 de agosto y a unas cinco millas del litoral peninsular surgió entre la bruma la silueta del destructor enemigo *Alcalá Galiano*, que desde una distancia como de diez kilómetros abrió el fuego de sus piezas sobre los barcos que iban en cabeza. Inmediatamente el *Dato*, en cumplimiento de su misión, seguido pronto del torpedero y más tarde del guardacostas, no dudó en afrontar el peligro, contestando con eficiencia al fuego de la artillería del *Alcalá Galiano*. Pronto, además, acudieron desde Tetuán los aviones amigos, ahuyentando entre todos al destructor, que huyó hacia Málaga a toda máquina.

El paso del Estrecho significó un triunfo más moral que material. Las fuerzas transportadas no pasaban de 2.500 hombres, pero con la operación quedaba si no roto el dominio marítimo de la zona, sí a punto de romperse para un futuro no muy lejano y en cuanto las circunstancias ofrecieran un mínimo de probabilidades. Había quedado demostrado que unas tripulaciones amotinadas pierden su superioridad frente a un adversario muy inferior pero normalmente disciplinado.

Por lo demás, el puente aéreo continuó, y aun se intensificó notablemente, hasta el punto de que en tres meses llegaron por el aire a la Península desde Marruecos cerca de 14.000 hombres, con bastante material.

De Sevilla a Badajoz

Era tan necesaria la rápida conquista de Madrid que ya antes del paso del Estrecho se intenta avanzar sobre la capital, desde el Sur. La situación andaluza no es nada clara, pero se cuenta con Sevilla como base de operación y con algunas unidades marroquíes.

La ruta no pasará ya por Córdoba, en situación delicadísima, ni por el puerto

de Despeñaperros, sino que buscará el amparo de la frontera portuguesa y el enlace con las fuerzas de Mola, para luego seguir por el valle del Tajo.

En la noche del 2 de agosto sale de la ciudad del Betis una elementalísima columna al mando del teniente coronel Asensio Cabanillas, formada por una bandera del Tercio, un tabor de Regulares y una batería; columna a la que pronto se unirá otra, de composición idéntica y mandada por el comandante Castejón.

La marcha en los primeros momentos es rápida, pues apenas si se encuentra resistencia. Y así, el 7 se ocupan Zafra y Almendralejo, y el 11 Mérida, llevándose a cabo el ansiado contacto con las fuerzas del Norte; pero la oposición del adversario aparecerá pronto. Bien es verdad que ya se ha unido a las dos columnas antes citadas una tercera, mandada por el teniente coronel Tella, quedando al frente de todas el teniente coronel Yagüe.

Mientras Tella defiende Mérida, sobre la cual el enemigo lanza varios contraataques, Yagüe, con las columnas de Asensio y Castejón, llega en la tarde del 13 de agosto a las puertas de Badajoz, que va a ser defendida por los coroneles Puigdengola y Cantero, al frente de un regimiento de Infantería y numerosos milicianos.

Al amanecer del día 14 se inicia una lucha encarnizada, que dura toda la jornada. Destaca, de modo particularísimo, el asalto a la puerta de la Trinidad y luego la lucha en las calles y plazuelas, con un sangriento balance de bajas. La guerra ha aparecido en la ruta del Ejército de África y también de las fuerzas revolucionarias, con toda su sombra trágica y dolorosa, siendo Badajoz el preludio de futuros combates, el anuncio de una disputa encarnizada de cerca de tres años de duración.



Arriba: **tiradores en un barrio extremo de Madrid.** *Abajo:* **el tren blindado de la columna Mangada, uno de los pocos jefes militares que actuó desde el primer momento con autoridad suficiente sobre las milicias, gracias a su bien conocida filiación republicana.**



De Badajoz a Talavera

La pérdida de la capital extremeña provoca las primeras reacciones en el Gobierno y el mando militar de Madrid. El general Riquelme acude a enfrentarse con las fuerzas de Yagüe, y pronto surgen algunos restos de unidades regulares y de Orden Público, que definirán con los milicianos numerosos una serie de columnas, mandadas por los jefes profesionales tenientes coroneles Jurado, Burillo y Navarro y capitán Uribarry. Bien es verdad que Yagüe incrementa, a su vez, los efectivos propios con una nueva columna, la del teniente coronel Delgado Serrano.

Hay ahora que saltar de la cuenca del Guadiana a la del Tajo, y el 17 de agosto Tella, audazmente, se apodera del puente de Almaraz, instalándose en el valle donde van a tener lugar los próximos combates por la posesión de Talavera de la Reina.

Ocupada esta localidad por la columna Asensio Cabanillas el 3 de septiembre, tras una serie de maniobras que desconciertan al enemigo, será disputada luego por el coronel Asensio Torrado —que ha relevado a Riquelme— en una serie de durísimos contraataques, con el balance de muchas bajas para ambas partes.

Pero, a la vez, el día 4 se establece un nuevo contacto con el Ejército del Norte, del general Mola, en las proximidades de Arenas de San Pedro, a cargo de la columna de Tella y la de caballería del coronel Monasterio; con lo que queda robustecida considerablemente la retaguardia propia.

Toledo y el Alcázar

En Madrid, los temores surgidos tras la pérdida de Talavera cobran fabuloso volumen, y al efecto se toman una serie de



Cartel de propaganda en favor de los refugiados de Madrid, publicado por la U.G.T. de Cataluña. Más de 200.000 personas, entre ellas numerosos niños, fueron evacuadas de la capital de España en el otoño de 1936 y durante el invierno siguiente.

medidas políticas y militares, destacando la decisión de defender la capital a cualquier precio y la de crear urgentemente un verdadero ejército regular, que se llamará Popular.

Por su parte, el general Franco decide acudir en socorro del Alcázar de Toledo, dado que el valor moral que representa la defensa del recinto es tan grande que, aparte de estimarse su liberación como una cuestión de honor, se considera que las repercusiones que la empresa producirá, no solo en la zona enemiga sino en el mundo entero, compensarán sobradamente tamaño esfuerzo. Cuenta con una nueva columna (teniente coronel Barrón), aparte de la de Monasterio, ya citada.

De esta forma se llega a Santa Olalla (20 de septiembre), Maqueda (día 21) y Torrijos (día 22). El 24 Varela sustituye a Yagüe, por motivos de salud, y el 25 se cruza el Guadarrama, cortándose al día siguiente la carretera de Madrid a Toledo. El 27, en fin, se establece contacto con los defensores del Alcázar y el 28 queda libre de enemigos toda la ciudad.

El hecho tiene el extraordinario alcance esperado: para Madrid, para España y para el mundo entero, que rodea la palabra «Alcázar» de una aureola legendaria.

La maniobra sobre Madrid

Cuando el 1 de octubre el general Franco se hace cargo de la Jefatura del Estado y del mando supremo de las fuerzas militares, entrega el del cuerpo expedicionario marroquí al general Mola, jefe del Ejército del Norte. Su primitiva idea, en relación con la futura ocupación de Madrid, consiste en formar en torno a la capital un gran arco, extendido desde El Escorial a Toledo, desde el cual las fuerzas, en un gran movimiento convergente, caerán sobre la capital.

Al efecto divide sus efectivos en dos grandes sectores, Norte y Sur, de los que se hacen cargo los generales Valdés Cabanillas y Varela; pero ya se adivina que la progresión en ambos sectores habrá de ser forzosamente distinta porque el terreno es muy diferente y también la calidad de las columnas. No obstante lo cual hay que tratar a toda costa de avanzar sobre Madrid desde todas las direcciones posibles.

Siguiendo este plan, el 6 se ocupa Santa Cruz de Retamar, el 8 San Martín de Valdeiglesias, el 10 Cebreros, el 17 Robledo de Chavela, el 18 Illescas y el 21 Las Navas del Marqués.

La combinación de esfuerzos, la maniobra amplia, el desbordamiento y a veces el total envolvimiento de las posiciones, provoca en la capital de España una verdadera crisis de angustia. Para conjurarla se nombra, el 13 de octubre, jefe de todas las fuerzas de operaciones al general Pozas, que planeará seguidamente una serie de contraataques.

Por su parte, Mola se da cuenta de que el avance por el Norte es, lógicamente, más lento cada día, pero, como la situación apremia, decide no sincronizarlo con el que tiene lugar al sur de Madrid, abandonando sus planes de hacer caer simultáneamente el puerto de Navacerrada, El Escorial y Navalcarnero.

Hacia la creación del Ejército Popular

En el madrileño Ministerio de la Guerra los planes para crear una fuerza armada eficiente llevan un ritmo acelerado, y aunque el camino por recorrer es muy largo no cabe duda que, febrilmente, se va poniendo orden en el caos. Ha nacido ya la unidad que va a servir de base —la Brigada Mixta— y se crean varios centros de reclutamiento e instrucción, que deberán recoger los numerosísimos reclutas de las varias quintas que han sido llamadas. Albacete será el centro principal de coordinación de esfuerzos, y de momento se crearán seis brigadas españolas y dos internacionales.

La fuerza armada que así nazca, el Ejército Popular, será una fuerza política, de fondo revolucionario, con signo y emblemas de este tipo y una institución típica, la del Comisariado. No debe exagerarse en ella la influencia rusa, como en ocasiones se ha hecho, incluso por los historiadores soviéticos, pero tampoco negar que revistió gran importancia.

La llegada a los arrabales madrileños

Acuciadas por la prisa, las columnas de Asensio, Barrón, Delgado Serrano, Castejón, Tella y Monasterio, bajo el mando conjunto del general Varela, tratan de cubrir rápidamente la última etapa de la marcha sobre Madrid, cubriendo unos flancos que se irán alargando cada día y chocando frontalmente con fuerzas que llevan dentro una moral de derrota, pero que van a ser auxiliadas por otras de refresco, capaces de ejecutar peligrosos contraataques.

El 21, queda ocupado Navalcarnero, mediante audaz maniobra, pero en esa fecha y en las dos siguientes Illescas sufre peligrosas embestidas. El 27 se alcanza Griñón, y el 29 se lanza sobre Seseña y Esquivias una dura contraofensiva, que rompe momentáneamente las defensas nacionales. El 30, las columnas marroquíes entran en Brunete, y el 31, en Valdemoro. El 2 de noviembre se sitúan aquéllas en la línea definida por Villaviciosa de Odón, Móstoles, Fuenlabrada y Pinto, línea que se traslada dos fechas después a la de Alcorcón, Leganés y Getafe, y el día 6 a Campamento, Carabanchel y Villaverde. Cuando en la jornada siguiente se ocupa el Cerro de los Ángeles, o «Cerro Rojo», nadie podrá adivinar el giro que van a dar próximamente los acontecimientos.

Pero el 22 de octubre Miaja ha tomado el mando del que será pronto frente de Madrid, y las primeras Brigadas Mixtas aceleran a marchas forzadas su organización e instrucción. La huida del Gobierno en la noche del 6 al 7 hacia Valencia y su sustitución por una Junta de Defensa endurecería inmediatamente la resistencia en la capital, y con ello impediría el final próximo de la guerra.

Al lado de esta Junta, organismo político rector, aparece la Comandancia Militar de Madrid, supremo escalón militar, a cuyo frente se encuentra también el general Miaja, ayudado por el comandante don Vicente Rojo. Esta Comandancia abarca lo que pronto será llamado «frente de Madrid», esto es, el extendido desde la carretera de La Coruña a los barrios al

sur de Vallecas. Más allá estará el general Pozas, jefe del teatro de operaciones del Centro, del que la Comandancia será un a modo de enclave y dependencia.

Por qué se atacó y por qué se defendió Madrid

Pese a lo que después ocurriría, la defensa de la capital no hubiera podido llevarse a cabo de no haberse conjugado perfectamente dos factores: la desigualdad de efectivos y la naturaleza del objetivo a ocupar.

Las fuerzas de Varela eran exiguas y estaban prácticamente agotadas, pero si continuaba sufriendo el enemigo los efectos casi mágicos de la inercia del avance, se coronaría triunfalmente la arriesgadísima operación de ocupar una ciudad de buenas condiciones tácticas defensivas. Ahora bien, si aquél resistía, aunque sólo fuese unos días, los atacantes sufrirían un desgaste tal, que quedarían imposibilitados de seguir adelante y ocupar Madrid. Bien puede decirse que su suerte estaba pendiente de un hilo.

Aquí debieron de hacer cálculos parecidos. Unas jornadas de resistencia bastarían: ya se contaba con efectivos suficientes y lo demás vendría dado por añadidura. En total, había unos 23.000 hombres, más tres brigadas de nueva creación, con una neta superioridad aérea y en carros («Chatos», «Katiuskas» y «Natachas» y los carros «T»). Y estaba la colaboración de muchos militares profesionales, de nombres bien conocidos: Álvarez Coque, Mena, Prada, Bueno, Galán, Escobar, Barceló, Arellano, Alzugaray, Enciso, Clairac...

Plan para ocupar Madrid

El día 6, Varela había dado dos órdenes para ocupar la capital. En síntesis había que fijar al enemigo al sur y desplazar hacia el noroeste un núcleo principal de maniobra que, por la Casa de Campo y Ciudad Universitaria, se situaría entre ésta y la plaza de España, después de haber cruzado el Manzanares por el llamado Puente Nuevo, junto al de los Franceses. Hecho lo cual, las columnas situadas al sur cruzarían también el río y todas juntas avanzarían armónicamente por el dédalo de calles y plazas.

En total, las columnas eran cinco y estaban mandadas por los tenientes coroneles Asensio, Barrón, Delgado Serrano y Tella y el comandante Castejón. Estaba además la columna Monasterio, de caballería, y tres más, pero organizándose a toda prisa y sobre la marcha. Apenas si se alcanzaban los 12.000 hombres, que debían no sólo ocupar Madrid, sino extenderse entre Toledo y el río Guadarrama, sector de Brunete.





Arriba: **el general Enrique Varela, jefe de las columnas que confluían sobre Madrid, consultando un plano de la capital.** *Abajo:* **el general José Miaja (sentado, leyendo unos papeles), que dirigió la defensa de Madrid.**

Dura resistencia

El 7, Barrón pone pie en el Hospital Militar de Carabanchel y en la plaza de toros, mientras que Tella ocupa las primeras edificaciones suburbiales.

Pero la resistencia encontrada es inesperada. El enemigo defiende el terreno con un propósito bien definido, apoyándose en un laberinto de fortificaciones y convirtiendo los edificios, por pequeños que sean, en verdaderos baluartes. Las fuerzas de Varela tienen así que abrirse paso por el interior de cada vivienda, rompiendo los tabiques y luchando habitación por habitación.



Sobre estas líneas: **tanques de una brigada internacional en unas cocheras de tranvías madrileñas.**

Abajo: **cadáveres y desperfectos causados por un bombardeo de la aviación. La fotografía fue hecha durante la segunda quincena de enero de 1937.**



Es la hora de aguantar, y éste es el sentido que dará Miaja a su orden de operaciones número 1, donde se dirá: «No hay más que una consigna común a todas las unidades y a todos los combatientes: resistir sin ceder un palmo de terreno.» Además, al terminar esta jornada tiene lugar un hecho de enorme significación: uno de los carros que han avanzado por las barriadas madrileñas cae en poder del enemigo, y al registrarse al oficial muerto que lo tripulaba, aparecen las dos órdenes de Varela. Y por la tarde cruza las calles de Madrid la XI Brigada Internacional, mandada por el soviético «general Kleber», provocando un fuerte impacto entre la población civil.

Penetración en la Casa de Campo

El 8, las columnas Asensio, Delgado Serrano y Castejón inician la penetración en la Casa de Campo, ocupando, tras muy duros combates, vaguadas y altozanos y llegando al cerro Garabitas y a unos 200 metros del estanque; pero ya no pueden avanzar más.

Los hombres se pierden en el extenso recinto. Castejón es herido, siendo sustituido por el teniente coronel Bartomeu, y Yagüe, enfermo de nuevo, ha de ser reemplazado por el coronel García-Escámez. Situación delicada en la que ha de sufrirse contraataque tras contraataque, con un desgaste considerable. Al igual que al sur del Manzanares, en la Casa de Campo se ha encontrado una resistencia inesperada, distinta a todo lo imaginable. Y un ataque por el flanco izquierdo, zona de Pozuelo y Húmera, va a agravar más aún la situación.

Para el día 13, Miaja dispone una contraofensiva general. Cuenta con 30.000 hombres, apoyados por numerosos carros y baterías, y una segunda Brigada Internacional, la XII, mandada por el «general Luckacs», que deberá ocupar el Cerro de Los Ángeles. La operación fracasa, pero da la voz de alerta sobre el débil flanco derecho de las fuerzas de Varela.

El paso del río Manzanares

Para el día 15 de noviembre en que Varela ordena el paso del Manzanares, Miaja ha dispuesto, a su vez, un contraataque para expulsar a los ocupantes de la Casa de Campo, a cargo de varias brigadas y de la columna Durruti, venida precipitadamente del frente aragonés y que llevará el peso de la operación.

Por eso, desde las primeras horas de ese día 15 las fuerzas de Varela se ven atacadas por todas partes, y cuando los

carros se dirigen al Puente Nuevo se oye el gran estruendo que acompaña a una voladura. Hay, pues, que cruzar el río por otra parte, más al norte, y se abre un boquete en la tapia que limita la Casa de Campo inmediata al cauce fluvial.

Discurren las horas de un día inacabable y fallan varios intentos de asalto, hasta que, cuando ya la luz comienza a ceder, fuerzas de la columna Asensio, en un empujón irresistible, arrollan a los hombres de Durruti y ocupan la Escuela de Arquitectura y el Estadio. Luego, de noche, se tiende una pasarela.

De la Escuela de Arquitectura al Hospital Clínico

La penetración en la Ciudad Universitaria pasa por tres momentos: en el primero se marcha peligrosamente en cuña; en el segundo se ensancha la zona ocupada, avanzándose por la derecha; en el tercer momento, el ensanchamiento tiene lugar por la izquierda.

El 16, Asensio prosigue su impresionante penetración, ocupando la casa de Velázquez y la Escuela de Ingenieros Agrónomos, en una acción audaz en extremo, ya que las fuerzas se encuentran prácticamente aisladas e incomunicadas. Al objeto de salir de tan gravísima situación, se da en este día, y para cumplirse en el siguiente, una orden donde se intenta un esfuerzo desesperado a cargo de las tres columnas de Asensio, Barrón y Delgado Serrano. Pero, por su parte, Miaja y Rojo se disponen a echar en la hoguera todo el fuego de las columnas y brigadas de que disponen y que les van llegando. El sector de la Ciudad Universitaria se pone bajo el mando del coronel Alzugaray, decidiendo el envolvimiento de los núcleos enemigos y la recuperación de la línea del río.

La operación dispuesta por el general Varela para el día 17 se lleva a cabo, bien que a costa de un desgaste extraordinario. Se llega hasta el Hospital Clínico, pero no se puede ocupar de él más que una pequeña parte, siendo herido el teniente coronel Delgado Serrano, y muerto, en las filas enemigas, el jefe de la IV Brigada Mixta, comandante Arellano. Luego se suceden ataques y contraataques. El 19 cae Durruti, y sus milicianos son retirados del frente desmoralizados y diezmados. El coronel García-Escámez toma el mando directo de la Ciudad Universitaria y dispone la ocupación del palacete de la Moncloa por las fuerzas de Asensio, operación laboriosa que, aunque se corona con éxito el día 20, pone de manifiesto, una vez más, la creciente resistencia encontrada.



«Descubierta», dibujo de Sim de la serie «Doce escenas de la guerra de España», publicada por el Comisariado de Propaganda de la Generalidad de Cataluña.

En la Ciudad Universitaria, la lucha es incesante y extraordinariamente cruenta; no conoce ni el día ni la noche. Esta lucha despiadada alcanza sus notas más agudas dentro del Clínico, que habrá de ser ocupado metro a metro, habitación por habitación, piso a piso. Dos fuerzas contrarias y sensiblemente iguales pretenden lo mismo; y al fin vence una de ellas —los hombres de Asensio—, pero al más altísimo precio.

El alto el fuego

El 23 de noviembre tiene lugar en Leganés una reunión de gran importancia, a la que, presididos por el Generalísimo, acuden los generales Mola, Saliquet y Varela con sus jefes de Estado Mayor. Y es allí donde y cuando se desiste del ataque a Madrid, cambiándose así el signo y el curso de la lucha. Ya no será ésta una guerra rápida, como en el primer momento se creyó por la inmensa mayoría de los españoles y extranjeros, de uno y otro bando, y habrá que prepararse para una contienda cuyo final se vislumbra aún muy difícilmente.

Las tres batallas del invierno en torno a Madrid

El 19 de diciembre el general Franco señaló cómo debía ser la futura lucha en torno a Madrid, a base de amplios movimientos por los dos flancos del despliegue propio, tendentes a cercar la capital de España.

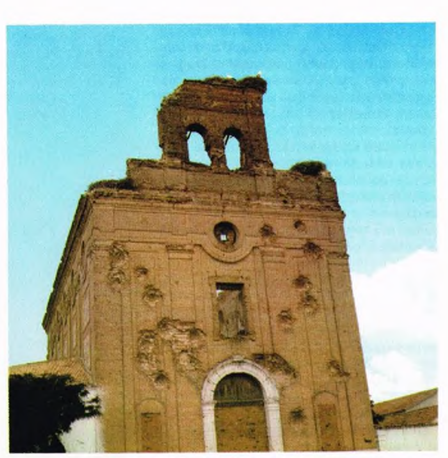
En realidad, serían tres operaciones: una sobre la carretera de La Coruña, destinada a robustecer la endeble situación de los defensores de la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, y otras dos encaminadas a cortar las comunicaciones con Levante, avanzándose en dirección del Jarama y sobre Guadalajara. Veamos cómo se desarrollaron las dos primeras.

El corte de la carretera de La Coruña

El 29 de noviembre se lleva a cabo un intento para ocupar Pozuelo y Húmera, que fracasa, y del 16 al 19 de noviembre se trata de cortar aquella carretera, avanzándose desde la línea Brunete-Villaviciosa sobre Las Rozas, con escaso éxito.

¿Por qué? Porque, tras la defensa de la capital llevada a cabo en noviembre, las





En el escenario de la batalla del Jarama: *a la izquierda,* **restos de la que se denominó «Casa de la Radio», situada en las alturas de Valdeperdices, cerca del Pingarrón, en la que se libraron sangrientos combates.** *A la derecha,* **huellas de la batalla en la fachada de la que fue iglesia de Perales del Río.**

fuerzas de Miaja, que siguen aumentando en número, han centuplicado su moral. Ya no cabrán, pues, penetraciones rápidas y audaces con fuerzas ligeras, sino que será preciso reforzar y aumentar las columnas y disponer de bueno y abundante material.

Sobre esta base se emprende una tercera operación, el 3 de enero de 1937, con cuatro columnas (Sáenz de Buruaga, Asensio, Barrón e Iruretagoyena), bajo el mando conjunto del general Orgaz. En esa fecha se ocupa Villafranca del Castillo y al día siguiente Las Rozas, quedando cortada la carretera de La Coruña.

La resistencia encontrada es grande y aumenta en días sucesivos, pero ni el español teniente coronel Cuevas ni el soviético «general Kleber» pueden impedir algunas retiradas desordenadas. Así, prosiguiéndose el avance, se ocupa el 7 Pozuelo y Húmera, el 8 Aravaca y el 9 la cuesta de las Perdices y el cerro del Águila.

LA BATALLA DEL JARAMA

El planteamiento

Nada más estabilizarse el sector de la carretera de La Coruña se decide el doble envolvimiento de Madrid: pero la operación tiene demasiada envergadura para las fuerzas con que se cuenta y, por otro lado, existe entre los dos bandos una pugna por la iniciativa. El general Franco sabe que su enemigo, cada vez más envalentonado, dará golpe tras golpe hasta su propio aniquilamiento, y por eso, y sin esperar a disponer en el frente alcarreño de los efectivos necesarios, ordena el avance desde la endeble línea de la carretera de Andalucía. Cuenta con cinco brigadas reforzadas (coroneles Rada, Sáenz de Buruaga, Barrón, Asensio y García-Escámez), a las órdenes directas del general Varela y bajo la dirección superior del general Orgaz.

Pero en el bando opuesto se prepara también una operación que tendrá por objeto avanzar sobre aquella carretera y desbordar el frente de Madrid por el sur, habiéndose iniciado ya la concentración de fuerzas.

El paso del Jarama

Adelantándose al enemigo, las brigadas de Varela rompen la débil línea a vanguardia de la carretera de Andalucía, el 6 de febrero, ocupando el poblado de La Marañosa y el pueblo de Ciempozuelos; y el 11 las unidades de Barrón dan, de noche, un audaz golpe de mano, tras el cual pasa la brigada entera, a la vez que la de Asensio ocupa San Martín de la Vega. Pero las fuerzas enemigas, bajo el mando del coronel Mena, reaccionan bien, iniciándose rápidamente una sangrienta batalla de desgaste.

El Pingarrón y la estabilización del frente

Con todo, las tres columnas de Barrón, Buruaga y Asensio logran situarse en una serie de alturas al este del río, donde sufrirán las más feroces embestidas.

El general Miaja, que termina haciéndose cargo del mando directo de todo el frente atacado, mete en él todas las fuerzas de que dispone, llegando a sumar en aquél cuatro divisiones, con brigadas muy selectas (de ellas cuatro internacionales), varias compañías de carros soviéticos y una poderosa fuerza aérea. Pronto sonarán aquí una serie de nombres: Líster, «Walter», «Gal», Paulov, Burillo, «Luckacs», Hans Kahle... Orgaz, por su parte, va entregando a Varela batallón tras batallón, hasta agotar sus reservas.

La lucha alcanza sus tonos más agudos el día 23 de febrero, en el que el monte Pingarrón cambia de manos varias veces, para quedar definitivamente en poder de las fuerzas nacionales. A partir de aquí los combates cesan y la batalla termina, tras sufrir sus actores un enorme quebranto.

José Manuel Martínez Bande

Guerra en el Norte, Aragón y Mallorca

Una gran victoria nacionalista en la primera fase de la guerra fue la ocupación de Irún y de Guipúzcoa y el aislamiento total de la zona republicana del Norte respecto de la frontera francesa. Esta victoria no estuvo compensada por el lado republicano: el asalto a Mallorca fue interrumpido por motivos más bien políticos; la ocupación del Aragón oriental por las columnas catalanas, mal organizadas y peor asistidas, no culminó en la ocupación de Zaragoza, Huesca o Jaca.

La guerra vista por los artistas: en la parte superior, un miliciano cenetista, por Sim («Estampas de la Revolución»); en la parte inferior, «Navarra», por Sáinz de Tejada (Madrid, 1943).





Al lado de la lucha por Madrid, los otros frentes de la guerra aparecían desdibujados. Sin embargo, no por eso podía decirse que careciesen de importancia, y en la faja cantábrica había dos objetivos importantísimos: el cierre de la frontera con Francia, aislando toda la zona Norte, y el socorro a los defensores de Oviedo.

La batalla de San Marcial y la ocupación de Guipúzcoa

Navarra envía, nada más comenzar la guerra, fuerzas ligeras, formadas en gran parte por voluntarios, que tratan de desbordar las cumbres de la divisoria cantábrica y llegar hasta San Sebastián, para socorrer a su guarnición, que se encuentra aislada y en peligro. Pero no pueden hacerlo, porque la naturaleza del terreno y la densidad del enemigo se lo impide, cambiándose entonces de plan y esperando reunir efectivos suficientes para ganar la frontera y aislar la provincia. Jefe destacado es aquí el coronel Beorlegui, y enfrente, primero el teniente Ortega y luego el comunista Manuel Cristóbal Errandonea.

La lucha adquiere una porfía encarnizada en torno a la fronteriza ermita de San Marcial, que cae, tras varios días de lucha, el 2 de septiembre, alcanzándose dos días después la calcinada Irún, con el puente internacional.

A partir de aquí la explotación del éxito alcanzaría un ritmo creciente, ocupándose San Sebastián el 13 y llegándose a los confines de Vizcaya al terminarse el mes.

El socorro a Oviedo

Oviedo, defendido por el coronel Aranda, polariza las embestidas de los revolucionarios asturianos, particularmente al quedar abatido, el 21 de agosto, el cuartel de Simancas, en Gijón, que defendía el coronel Pinilla.

Para levantar el sitio de la capital asturiana se envían desde Galicia y León, y a partir del 28 de julio, una serie de diminutas columnas, que avanzan de sur a norte y de oeste a este, venciendo las dificultades ingentes que presenta el terreno y la resistencia, creciente cada día, de un enemigo muy numeroso.

La marcha se hace por eso lenta, laboriosa y costosa en vidas. El coronel Martín Alonso consigue alcanzar el 27 de agosto el cruce de La Espina, el 7 de septiembre el Nalón y el 11 Grado; pero a partir de este momento la lucha adquiere los más dramáticos caracteres. Los contraataques constantes y el desgaste enorme producen la impresión de que no se va a llegar a tiempo.

El 25 se ocupa el impresionante desfiladero de Peñaflor, y el 13 de octubre el cruce de Escamplero, que decide el levantamiento del cerco de Oviedo cuatro jornadas después.

Los jefes socialistas —Belarmino Tomás, González Peña—, los cabecillas milicianos —Martínez Dutor, Damián Fernández, Luis Bárzana— y algunos profesionales, en los que apenas si se tiene confianza —teniente coronel Gallego Aragües, comandante Linares Aranzabe— no han podido vencer la superioridad moral del enemigo.

La invasión de Aragón

El fracaso del Alzamiento en Cataluña y Valencia dio lugar a la rápida organización de una serie de columnas, predominantemente anarcosindicalistas, que se lanzaron a la conquista de las tres capitales aragonesas. Destacan aquí los nombres de dirigentes políticos y sindicales: Durruti, Ascaso, Ortiz, Jover, García Vivancos, Del Barrio, Rovira, Trueba, etc., y el de algunos oficiales profesionales, como el coronel Villalba.

La invasión de Aragón tuvo, en principio, pocos diques de contención —Siétamo, Caspe—, llegándose pronto a las puertas de Huesca y Teruel y quedando a mayor distancia de Zaragoza.

Aquí, el general Cabanellas en los primeros momentos, luego Gil Yuste y al fin el general Ponte, se limitan a llevar a cabo una defensiva elástica, un retroceso ordenado, con vistas a desgastar al enemigo y dar tiempo al tiempo, nutriendo los exiguos efectivos iniciales.





La conquista de Irún fue una de las victorias nacionales más trascendentales en los inicios de la contienda. ***Sobre estas líneas,*** **el puente internacional;** ***a la izquierda,*** **una calle incendiada;** ***abajo,*** **los inicios del drama de los refugiados: heridos, mujeres y niños llegan en barca a Hendaya, procedentes de Irún.**





1 Soldados moros de un tabor de regulares en las calles de Oviedo, liberada después de catorce semanas de sitio por una columna nacional procedente de Galicia.

2 Soldados gubernamentales en Siétamo, una de las posiciones que cerraban el paso en la carretera de Barbastro a Huesca.

3 Otra posición nacional de los alrededores de Huesca: el antiguo castillo-monasterio de Montearagón.

4 Salida de la columna Durruti de Barcelona hacia tierras aragonesas.

5 El capitán de aviación Alberto Bayo, momentos antes de desembarcar en Mallorca al frente de fuerzas procedentes de Barcelona.









Fuerzas republicanas en el sector de Porto Cristo, en Mallorca, después de desembarcar (agosto 1936). La rivalidad entre el Gobierno de la Generalidad y el Central contribuyó al fracaso de esta operación. Luego resultó evidente que la posesión de Mallorca fue una baza muy importante para el triunfo de las armas nacionales.

Huesca es la capital que se ofrece más tentadora. Algunos «escudos protectores» —el pueblo de Siétamo, las alturas que forman el llamado Estrecho Quinto— son pronto rebasados, y el 30 de agosto la capital queda totalmente rodeada, bien que el coronel Solans restablecerá sin pérdida de tiempo su anterior situación. Pero el 21 de octubre sufre aquélla un ataque mucho más fuerte, que tampoco tiene éxito para los ofensores.

Teruel aguantará una primera gran embestida el 24 de diciembre. El coronel Muñoz Castellano hará frente a seis fuertes columnas, en las que figura una brigada internacional; mas no por eso, tampoco, cambiará la situación.

El desembarco en Mallorca

Mallorca quedó aislada frente a las hostiles costas catalanas y valencianas y su hermana Menorca, por lo que no debe sorprender que surgiese la idea de desembarcar en ella. Tal proyecto se forjó en Barcelona, pero halló en Madrid excelente acogida en el Ministerio de la Guerra.

Inicialmente las fuerzas encargadas de apoderarse de la isla eran dos columnas: una organizada en Valencia, al mando del capitán Uribarry, y otra catalana, de la que era jefe el capitán de Aviación don Alberto Bayo. Ambas ocuparon con la mayor facilidad el islote de Cabrera (1 de agosto) y las islas de Formentera (día 8) e Ibiza (8 y 9 de ese mes). A partir de aquí surgen desavenencias entre los dos jefes, y queda Bayo al frente de una masa irregular de milicianos, algunas unidades del Ejército y Orden Público y una centuria extranjera, apoyadas por una masa de no menos de 14 aviones y varios buques de guerra, entre ellos un acorazado.

En la noche del 15 al 16 de agosto ponen pie en la isla una primera oleada de asaltantes, que ocupan Porto Cristo. Pero, entregadas al saqueo, permiten que el enemigo, alertado desde el primer momento, acumule algunas fuerzas muy reducidas pero suficientes para contener a los hombres de Bayo.

Los desembarcos siguen, sin embargo, hasta alcanzar una cifra de 8.000 a 9.000 hombres, que se asientan a favor del total dominio del aire y el mar en una extensa zona de unos 56 kilómetros cuadrados.

Durante once larguísimas jornadas la lucha aparece reducida a una serie de acciones locales, que nada resuelven, hasta que, habiendo llegado el 27 de agosto tres cazas y tres bombarderos, comprados en Italia, se consigue primero el dominio del aire e inmediatamente, el 3 de septiembre, la liquidación de la cabeza de desembarco, mediante una expeditiva operación dirigida por el teniente coronel García Ruiz.

Aquella noche tendría lugar el más precipitado y dramático reembarque, que dejaría en Mallorca un buen botín y numerosos prisioneros.

Con la recuperación de Cabrera (13 de septiembre) e Ibiza y Formentera (día 20 de ese mes), la aventura de Bayo ponía punto final.

José Manuel Martínez Bande

La campaña de Andalucía

Una guerra distinta de las demás, con un frente discontinuo. También un escenario de guerra secundario. Las columnas nacionales, bien mandadas y de gran movilidad, obtuvieron una serie de victorias defensivas y ofensivas; y, con el apoyo de las tropas italianas, ocuparon Málaga en febrero de 1937.

Soldados nacionales en el Tajo de Ronda y, en la parte inferior, milicianos de caballería, que operaron con la columna Miaja, en una calle de Andújar.





Ambiente

La guerra en los frentes del Sur tiene unas características especiales que la diferencian notablemente del conjunto de las operaciones de la campaña. Es guerra de grandes espacios, de efectivos escasos, de medios limitados. El hombre en el paisaje andaluz se desparrama al sol por los olivares, por las serranías, se pierde en los cortijos. No hay frente propiamente dicho; hay posiciones, pueblos ocupados, caminos y veredas en las que dominan uno u otro bando.

Pero no se puede decir, ni menos aún en el plano estratégico, que esta guerra pequeña y diluida sea irrelevante para el resultado final.

Sobre Andalucía, por los puertos gaditanos, confluye en la Península el Ejército de Africa. Desde Andalucía, donde Sevilla, se lanza la más importante amenaza a Madrid a través de Badajoz y Toledo. Gracias al dominio de esta Andalucía, finalmente, el territorio ocupado por los nacionales se redondea hasta constituir una retaguardia sólida y productiva que permite un esfuerzo de guerra continuado y seguro.

Andalucía en manos nacionales es nada más y nada menos que el dominio del Estrecho y su utilización. Es la posesión de una tierra rica en recursos agrícolas y humanos.

El Alzamiento en Andalucía

El levantamiento del Ejército de Africa, el 17 a las 17, no tarda en extenderse a la Península.

En Andalucía cuatro capitales secundan el Alzamiento: Cádiz, Córdoba, Granada y Sevilla. Sevilla, por inspiración y energía del general Queipo de Llano, y por su propia potencia, se constituye en capital del precario cuadrilátero de fuerzas completado por las otras tres provincias. Desde Sevilla, en el centro, parten los impulsos para dominar el resto de la zona. Cádiz, en el sur, es la posibilidad de enlace con Marruecos. Córdoba significa el dominio del amplio valle del Guadalquivir medio. Granada es una amenaza constante sobre Málaga.

Por el bando republicano quedan otras cuatro capitales: Almería, Huelva, Jaén y Málaga. Huelva, en el extremo occidente, aislada y comprometida. Jaén y Almería, en el este, son apenas una importante despensa y poco más. Málaga, en difícil situación, en el sur, es un excelente puerto para la Escuadra; pero, también, es un problema político de difícil solución por su aislamiento y lejanía.

Propósitos

Las posibilidades de expansión estaban a favor de las cuatro capitales citadas en primer término, que ocupaban una posición central, estratégicamente rentable. El territorio comprendido entre ellas, en general bien comunicado, sería presa relativamente fácil para el bando nacional si conseguía crear un conjunto de fuerzas móviles suficiente.

Para el bando republicano, poseedor del importante paso de Despeñaperros en la carretera general de Madrid a Cádiz, la solución del problema andaluz estaba en un ataque enérgico a lo largo del Guadalquivir desde las tierras olivareras de Jaén, a través de Córdoba, hasta el gran centro nervioso enemigo: Sevilla.

Primeras operaciones nacionales

Los propósitos de ambos combatientes se ponen pronto en práctica.

En el bando nacional, parten de Sevilla pequeñas columnas improvisadas, con objetivos muy limitados, que van ocupando pueblos dominados por efectivos del Frente Popular. El esqueleto de tales columnas son fuerzas militares completadas en lo posible por elementos voluntarios. El 20 de julio queda abierta la carretera a Jerez. El 27 se abre igualmente la comunicación con Sanlúcar de Barrameda y el bajo Guadalquivir. En dirección a Córdoba, Carmona cae en manos nacionales el 22 del mismo mes y el paso de la ciudad califal queda libre de toda interferencia el 2 de agosto al ocuparse La Campana. Hacia el sudeste, con los ojos puestos en Granada, van cayendo Morón, Utrera, Baena y, finalmente, el importante nudo ferroviario de La Roda de Andalucía.



Arriba: **dibujo de Sim que representa a un grupo de jinetes. La caballería se empleó principalmente en el frente de Andalucía, discontinuo y muy extenso.**
Abajo: **milicianos hechos prisioneros por fuerzas nacionales en Utrera, población que fue ocupada el 26 de julio de 1936.**



Frente a las diminutas columnas nacionales, dotadas indefectiblemente de un mando militar y una organización mínima, pero suficiente, se oponen en los pueblos núcleos de milicianos dirigidos por improvisados mandos políticos. El resultado de los encuentros es favorable, en general, a los nacionales, aunque no faltan ejemplos de resistencias enconadas, como la de Morón, ni aun de zonas ocupadas por la milicia republicana como el Valle de los Pedroches. La principal presa nacional en el mes de julio es la capital de Huelva (día 29), seguida poco después (14 a 18 de agosto) por el total dominio de la zona minera. La resistencia es escasa. El enemigo, cortadas sus comunicaciones, es dominado con facilidad.

Pero lo que da al territorio dominado por el bando que nos ocupa su cohesión es la apertura de comunicaciones con Granada y el dominio de la vía férrea Sevilla-Córdoba. Granada y su comarca inmediata, sin enlace terrestre con Sevilla y Córdoba, estuvo sometida durante un mes a una presión continua. El 12 de agosto se inician las operaciones, desde Sevilla, para su socorro. Una columna de fuerzas exclusivamente militares parte de La Roda y tras ocupar Antequera, Archidona y Loja establece contacto con fuerzas procedentes de Granada (18 agosto). Es ésta la primera vez que actúan en Andalucía fuerzas importantes (de efectivos de una brigada) al mando del general Varela.

Respecto a la total comunicación con Córdoba a través del ferrocarril, se produce en virtud de una serie de actuaciones de pequeñas columnas, casi exclusivamente militares, que empiezan el 7 de agosto y duran hasta el fin del mismo mes. El primer tren circularía el 7 de septiembre.

Ataques republicanos

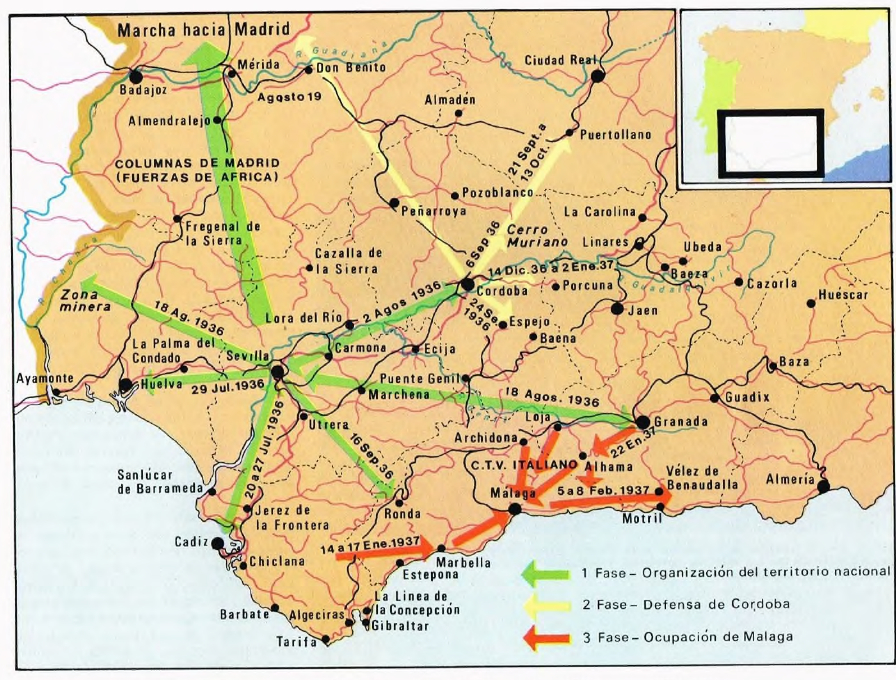
Por parte republicana pueden registrarse dos intentos de recuperación de la iniciativa muy desiguales en importancia y resultados, ambos bajo la dirección del general Miaja.

El primero fue la ocupación del Valle de los Pedroches, inicialmente sumado a la causa nacional. Pozoblanco es tomado el 15 de agosto y pocos días después, el 25, cesa la resistencia en la comarca. Pero el principal esfuerzo del general Miaja había de realizarse contra Córdoba. Una masa de unos tres mil hombres divididos en cinco agrupaciones se dispone al asalto de la ciudad. Se inicia la operación el día 20 de agosto. Termina al día siguiente: un bombardeo de la aviación nacional desconcierta y desbanda a la columna que ejercía el esfuerzo principal. El refuerzo de las provincias atacadas acaba por disuadir al general Miaja de sus intenciones. La indisciplina y el desorden son las causas del fallo de este segundo intento de iniciativa republicana. Pero el frente queda demasiado próximo, casi envolviendo la ciudad.

La defensa de Córdoba

Córdoba, la manzana de la discordia en los frentes del Sur en estos primeros meses, queda asegurada mediante cuatro acciones sucesivas de las fuerzas nacionales.

La primera, a raíz del intento de Miaja (5 y 6 de septiembre), despeja el frente norte de la ciudad con la ocupación de Cerro Muriano. La segunda (24 de septiembre) asegura el frente sur con la recuperación de Espejo. La tercera, la más importante y trascendente, limpia de enemigos la sierra cordobesa garantizando



Las tres fases principales de la Campaña de Andalucía. Tras ellas, el frente quedó prácticamente estabilizado hasta el final de la guerra.

la posesión de la importante comarca industrial de Peñarroya (21 de septiembre a 13 de octubre). Esta operación marca un cambio considerable en su ejecución que desconcierta totalmente al enemigo. En ella se emplea una amplia maniobra a cargo de cuatro columnas con un objetivo único. La resistencia en algunas zonas es considerable, pero la acción conjunta acaba imponiéndose. El Ejército republicano, a pesar de la incorporación de jefes profesionales a sus columnas no ha conseguido todavía salir de un estado organizativo miliciano, colorista, pero ineficaz. En cuanto a sus resultados, la operación limpia de enemigos la sierra, garantizando la posesión de la importante comarca minera e industrial de Peñarroya.

Finalmente, en diciembre tiene lugar la ocupación de Porcuna y Lopera, que aleja el frente de una manera definitiva de la ciudad. La operación, relativamente fácil en principio, se endurece. El Ejército republicano recibe refuerzos considerables, entran en fuego por primera vez en este frente las Brigadas Mixtas; la 3.ª de Carabineros; la 14.ª internacional, y, por último, la 16.ª, formada en Andalucía. En este momento el Ejército republicano, en Andalucía, adquiere un valor combativo que hubiera cambiado las cosas de haber sido logrado unos meses antes.

Ocupación de Málaga

Málaga, y una extensa comarca alrededor, constituye el segundo de los grandes objetivos nacionales. El restablecimiento de las comunicaciones nacionales entre Sevilla y Granada había dejado solamente una comunicación precaria a través de la costa para la importante capital del Sur. El parcial aislamiento que esto imponía se tradujo en un evidente estado de descomposición política poco apto para llevar a cabo una resistencia eficaz.

Un amplio arco de posiciones nacionales se cierne sobre Málaga desde el mes de agosto con la ocupación de Antequera, Archidona y Loja. En septiembre, Ronda y su Serranía, en el oeste, caen en manos nacionales.

Málaga empieza a sentir de cerca al enemigo. A las inconscientes jornadas revolucionarias y anárquicas de los prime-



Arriba: **fuerzas italianas en su avance hacia Málaga.** *Bajo estas líneas:* **un pintoresco camión blindado de los mineros de Nerva, en Huelva, capturado por las fuerzas nacionales.**



ros meses, sucede una sensación de evidente peligro. El Gobierno republicano, demasiado ocupado en los problemas que plantea la defensa de Madrid, abandona la ciudad andaluza a su suerte. Allí no llegan, como llegaron a la zona cordobesa, las Brigadas Mixtas del Ejército Popular. En Málaga las huestes milicianas continúan con sus poco rentables métodos revolucionarios. Los fines políticos de corto alcance se oponen a los fines militares; el material, no muy abundante, es despilfarrado.

En enero de 1937, una amenaza se cierne sobre el frente andaluz. Una importante fuerza se concentra entre Córdoba y Granada; parte de ella está constituida por unidades de voluntarios italianos. El 14 de enero empiezan las operaciones preliminares, a cargo de fuerzas españolas. El 17 se ocupa Marbella, en la costa occidental. El 22 se domina Alhama, en el otro extremo del arco.

En Málaga se masca el peligro, pero no se reacciona. La ciudad, en manos de políticos incapaces o de demagogos, no prepara la defensa. Las fuerzas militares, desatendidas, desorganizadas, son simples masas de milicianos sin moral de resistencia.

El 5 de febrero comienza la maniobra final. Tres grandes conjuntos presionan simultáneamente. Uno italiano, actuando sobre la ciudad en tres columnas, de norte a sur; dos españoles, cerrando los extremos del arco. Entre las columnas, pequeños destacamentos aseguran los intervalos.

La defensa, desmoralizada ante la superioridad enemiga, abandona el campo o se entrega tras una corta resistencia. El 5 se ocupan los pasos del Sistema Bético. El 7 se llega a las proximidades de Málaga. Un éxodo impresionante de gentes fugitivas cubre la carretera a Almería. Los jefes militares y políticos abandonan la ciudad. Málaga es ocupada el 8 de febrero de 1937. El 12 del mismo mes, con la toma de Vélez de Benaudalla, termina la operación.

Desde entonces hasta muy avanzada la guerra, Andalucía será un frente pasivo. En el orden interior, la Andalucía occidental, una de las zonas de agricultura más floreciente del país, producirá para el bando nacional.

La campaña andaluza de los primeros meses de la guerra (julio 1936 - febrero 1937), aunque diluida, episódica y marginal, no puede decirse que sea estratégicamente irrelevante.

Rafael Casas de la Vega

El Alcázar de Toledo

El sitio del Alcázar fue todo un símbolo para los nacionales: la tenaz resistencia de los sitiados, que lograron mantenerse hasta cuando todo parecía perdido, adquirió caracteres de epopeya y representó, más aún que una victoria material, un triunfo moral y una incitación a vencer o morir.

El Alcázar fue y sigue siendo un símbolo.

Lo fue en aquellos cálidos días de julio y agosto de 1936.

Y en el borrascoso septiembre.

Lo sigue siendo ahora, a pesar del tiempo transcurrido.

En julio y agosto lo fue para el coronel Álvarez Coque, que esperaba verlo caer como fruta madura. Para los anarquistas, que lo consideraban su feudo. Para los sitiados que vivieron la incierta aventura. Para la prensa, para el Gobierno, para los militares sublevados que creyeron en una guerra corta.

En septiembre lo fue para el comandante Barceló, impetuoso, que destrozó el edificio. Para los comunistas, que soñaron el asalto final. Para las fuerzas que corrían desde Torrijos en ayuda de los cercados; para estos mismos, que veían cerca su difícil salvación. Para el Gobierno de la República, que vio o pudo ver lo irreversible de su destino desgraciado, y para el Cuartel General de Franco, que supo valorar el impacto moral de su socorro.

Y sigue siendo, ahora, tras tantos años, un símbolo. Todavía la sangre de Luis Moscardó es piedra de escándalo, todavía anarquistas y comunistas disputan alrededor de una pasada ruina; todavía se interpreta y se comenta, se busca y se contradice.

Pero ser símbolo no es ser patraña. El Alcázar el 21 de julio se sublevó contra el Gobierno. Sus hombres, dirigidos por el coronel Moscardó, se encerraron tras sus muros. Eran 1.227 combatientes, casi todos profesionales, con abundante armamento y munición.

Frente a ellos se alzó en principio una discreta cortina de fuego, a cuyo amparo vegetaban unos milicianos aficionados que no sabían combatir, y unos Guardias de Asalto que no querían.

Los aviones arrojaron sus bombas, arrojaron gases lacrimógenos y barriles de gasolina, sin gran efecto sobre los sitiados. Algunas bombas mordieron en los cuerpos de los milicianos y de los de Asalto, por lo que los bombardeos hubieron de ser suspendidos.

La artillería, por su parte, batió los muros viejos del Alcázar. Cientos de proyectiles de 75 y 105 mm. se incrustaron en las paredes de roca. Sólo cuando se instaló una batería de 155 los impactos fueron apreciables. Un alférez de Artillería fue asesinado por los anarquistas por errar su tiro.

El asalto no se produjo. Los fusiles y las ametralladoras de los sitiados, manejados por manos profesionales, lo impidieron.

Aureliano Álvarez Coque, coronel de Infantería Diplomado de E. M., no era el hombre apropiado para intentarlo. Los anarquistas, dueños de la situación, formaban una tropa ingobernable y colorinera, más atenta a lucir sus pañuelos rojinegros que a buscar la victoria, desafiando la muerte.

Pero aquello no podía durar. El 2 de septiembre Talavera cae en manos nacionales. Se produce la crisis del Gobierno Giral. Largo Caballero forma un gabinete revolucionario. Al frente de la «Columna de Toledo» se pone a un hombre enérgico y joven: el comandante Barceló.

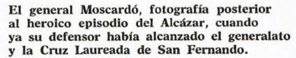
Para Barceló el problema es urgente. Nada de «frutas maduras». Sólo la destrucción del reducto y su ocupación a la fuerza podía dar el éxito. Sólo el fuego y una tropa escogida de comunistas, Guardias de Asalto y marineros podrían vencer.

Con él llegan cinco baterías que machacaron el Alcázar y sus próximas dependencias. El 4 cae el torreón NE. El 8 se hunde el NO después de recibir su 285 impacto. El Alcázar se desmorona. Por el día, por la noche, los impactos directos del 155 van rompiendo la roca.

Pero hay prisa. Yagüe está en Torrijos. Si viene sobre Toledo, la liberación del Alcázar es cosa de días. Es preciso destruir antes la fortaleza. La artillería, aunque segura, es lenta, demasiado lenta.

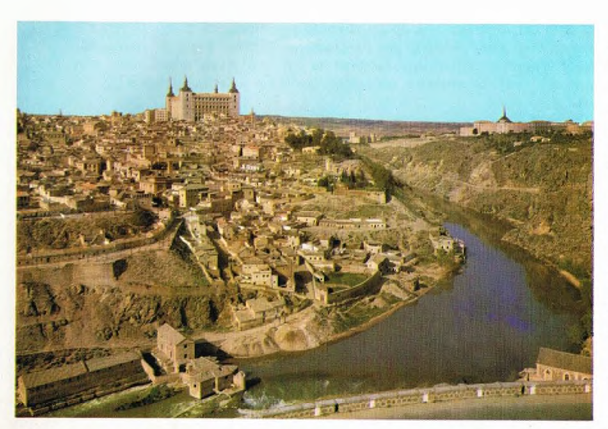
Desde tiempo atrás se viene trabajando en la construcción de dos minas convergentes. Barceló sabe acelerar el trabajo y asegurar sus resultados. El orgulloso edificio volará por los aires. Es cosa de días.

El 18 de septiembre la expectación sube de punto. Miembros del Gobierno, corres-



El general Moscardó, fotografía posterior al heroico episodio del Alcázar, cuando ya su defensor había alcanzado el generalato y la Cruz Laureada de San Fernando.





Vista actual del Alcázar reconstruido; en ella puede apreciarse la posición dominante del poderoso edificio. *Bajo estas líneas:* **ruinas del Alcázar con la brecha producida por la gran mina, que abrió paso hasta el patio central de la fortaleza.**



ponsales de prensa, curiosos de todo tipo y condición contemplan por última vez la fortaleza.

A las 6,30 en punto una explosión formidable sacude Toledo. Cinco toneladas de trilita han estallado bajo el Alcázar. Seis Bon republicanos con veinte ametralladoras, 9 morteros, 2 cañones y 3 blindados esperan el momento del asalto.

Entre el humo va apareciendo de nuevo la silueta. Con los gemelos de campaña puede verse a los hombres que se encaraman por las ruinas y una bandera que las corona. Falta el torreón SO, demolido por la mina. La expectación es tremenda. De pronto, la bandera desaparece. Se ve a los hombres bajar por el montón de cascotes. Detrás de ellos, los sitiados disparan a mansalva.

Barceló es desposeído del mando. El teniente coronel Burillo se hace cargo de la ciudad.

Siguen días de asaltos repetidos, de tiroteo incesante, de continuo cañoneo. Sólo el día 20 se abatieron contra el Alcázar 472 proyectiles de 155 y más de 100 de 75. La vida es ya posible solamente en los sótanos de la fortaleza. Las granadas estallan dentro del patio a través de las enormes dentelladas en los muros. El número de bajas es exorbitante: 72 el 18, 35 el 19, 75 el 20, 30 el 21.

La resistencia no podía mantenerse durante largo tiempo. Las pérdidas irreparables de hombres; las previsiones psicológicas; el interminable machaqueo de los cañones, y las continuas privaciones habían quebrantado en parte la moral de los sitiados.

Pero el refuerzo era inminente. El 24, a las 21 horas, recibe el general Varela orden de acudir a Toledo. El 25, al amanecer, se emprende la marcha. El 26 Bargas es ocupado por el teniente coronel Asensio y el 27 entran los regulares y los legionarios en la ciudad. Hay una resistencia de los Guardias de Asalto a la entrada, pero con las primeras horas de la noche se produce la desbandada. Miles de soldados y milicianos desertan. Las bajas por armas de fuego no son elevadas; pero en Toledo el día 28 no quedan sino restos republicanos que a las 10 horas de la mañana atraviesan los puentes.

Con el día, barbudos y sucios, los cercados abrazan a los que los socorren.

Moscardó, entre las ruinas, da novedades al general Varela.

Empieza la leyenda, el mito, sobre lo que fue, y es, un símbolo elocuente y silencioso.

Rafael Casas de la Vega

La batalla de Guadalajara

¿Por qué batalla de Guadalajara? Quizá fuera más adecuado hablar de batalla de Brihuega. Pero lo cierto es que la Historia ha sancionado ya aquella primera denominación. La batalla se libró en la carretera general de Francia que conducía a Guadalajara —primer objetivo de la ofensiva— o en sus inmediaciones, en las frías tierras de la Alcarria.

Al comenzar el mes de marzo el general Franco cuenta con el llamado C.T.V. *(Corpo di Truppe Volontarie)*, italiano, que ha recibido su bautismo de fuego en las operaciones sobre Málaga, bien que con más reducidos efectivos. Ahora son algo más de 31.000 hombres, organizados en cuatro Divisiones (generales Rossi, Coppi, Nuvoloni y Bergonzoli), bien apoyadas por carros y artillería y puestas todas bajo el mando del general Roatta.

El C.T.V., flanqueado por una Brigada española reforzada (coronel Marzo, dependiente del general Moscardó), va a intentar lanzarse sobre Guadalajara y Alcalá de Henares, donde deberá cerrar con las quebrantadísimas fuerzas del Jarama. Una confianza suicida domina a los ita-



Columna de soldados republicanos en marcha por la carretera general de Francia, al amanecer.

1



2

3


1 Fuerzas de caballería de la División de Soria, que mandaba el general Moscardó, entrando en Cogolludo, el 11 de marzo de 1937.

2 Los generales italianos Anibale Bergonzoli, llamado «Barba Elettrica», comandante de la División Littorio, unidad que se batió irreprochablemente, y Sandro Piazzoni, comandante de la Brigada italoespañola «Flechas Negras».

3 Un aspecto de la carretera general de Francia, a la altura del kilómetro 84, después de la retirada de las fuerzas italianas.

4 Enrique Líster (con papeles bajo el brazo) y el comisario Carlos en la carretera de Francia.

5 Valentín González «el Campesino» y Gustav Regler, comisario político de la 1.ª Brigada Mixta republicana.

4



5

lianos, que no comprenden bien que en la ofensiva sobre Málaga no había prácticamente enemigo. Ahora, en cambio, sí va a haberlo.

Rotura del frente y explotación

El 8 de marzo tiene lugar una espectacular rotura del frente alcarreño, defendido muy defectuosamente por la 12.ª División (coronel Lacalle); a la rotura sigue una marcha muy rápida pero desordenada, en medio de un fuerte temporal de lluvia, nieve y granizo, que hace realmente difícil el tiro de la artillería e imposibilita prácticamente los bombardeos de la aviación.

Como en el Jarama, el enemigo reacciona inmediatamente: trae reservas de todas partes, carros soviéticos y dos Brigadas internacionales, mientras que sus aviones, que pueden despegar de sus aeródromos, por estar situados en terrenos de menor altitud, comienzan a castigar a los italianos.

La lucha en torno a Brihuega

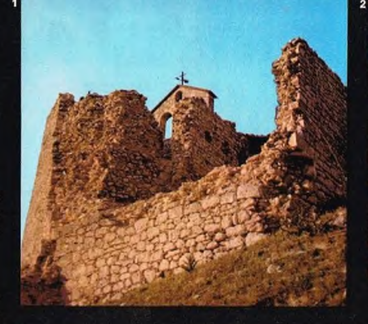
Para el día 10, Roatta dispone que, siguiéndose dos direcciones principales de avance, se conquisten los pueblos de Brihuega y Torija.

El primero cae fácilmente, al amanecer, pero no se organiza en forma debida la cabeza de puente sobre el Tajuña, sin poder, por otra parte, llegarse hasta Torija, por encontrar una resistencia organizada y durísima, que las tropas del C.T.V. son incapaces de romper. Miaja ha reemplazado la endeble 12.ª División, por un Cuerpo de Ejército (coronel Jurado) con tres Divisiones, algunas Brigadas sueltas, fuerte artillería y dos batallones de carros.

En la noche del 13 al 14 el C.T.V. abandona Trijueque, retirándose en desorden, y en días sucesivos pierde algunas posiciones; por fin el 18 cinco Brigadas, al mando directo del ruso Paulov, llevan a cabo un contraataque general, que ocasiona el repliegue desordenado de la línea italiana, particularmente de la parte que defendía malamente Brihuega.

La retirada continúa hasta el 20, en que el frente se estabiliza. El retroceso ha sido en algunos puntos de 20 kilómetros y las pérdidas considerables, aunque no excesivas. La Brigada Marzo, que ejecutó correctamente sus movimientos a lo largo de todos estos días, se verá obligada a rectificar ligeramente el flanco izquierdo, que ha quedado al descubierto.

José Manuel Martínez Bande

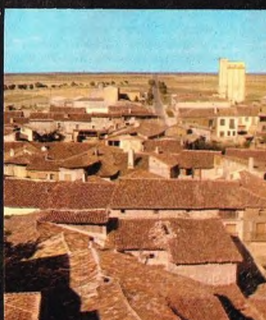
1


2


3


_1_ Ruinas de la iglesia de Trijueque. _2_ Torre en Trijueque donde los republicanos instalaron un observatorio. _3_ Brihuega desde el río Tajuña. _4_ La Casa de Don Luis, en el kilómetro 8 de la carretera de Torija a Brihuega; desde este lugar partió la infiltración de la 12.ª Brigada Internacional. _5_ Vista parcial de Torija; al fondo, la carretera que une este pueblo con Brihuega. Los italianos conquistaron Brihuega, pero su empuje ofensivo se quebró ante la dura resistencia republicana frente a Torija.

4


5




He aquí la situación de los diversos frentes de la guerra civil española en los días de la batalla de Guadalajara. Un cotejo con el mapa general anterior de la contienda (agosto de 1936), que en esta misma obra ofrecemos, permite ver los notables progresos obtenidos por las fuerzas de Franco a lo largo de los siete meses de lucha que median entre ambos mapas: en el frente norte, ocupación de la Navarra septentrional y de toda Guipúzcoa —con las dos importantes plazas de Irún y San Sebastián—, y, en el otro extremo, ruptura del cerco de Oviedo mediante la conquista de toda la zona occidental de Asturias; en el frente este, disminución de la amenaza republicana sobre Zaragoza y Huesca, gracias a la ampliación —en este último caso— del reducido sector occidental de su provincia, dominado inicialmente por las fuerzas adictas al Alzamiento; en el frente del centro, la marcha sobre Madrid, tras la conquista de casi toda la provincia de Cáceres y de considerables zonas de las de Badajoz, de Toledo y de Madrid, y del resto de la de Avila, ha convertido la capital del país en zona de guerra y plaza semicercada, siquiera el empeño de sus defensores la mantendría en tal situación a lo largo de veintinueve meses y haría de ella una de las primeras ciudades directamente atacadas (octubre-noviembre 1936) y una de las últimas ocupadas (fines de marzo de 1939); en el frente sudoccidental, la brecha extremeño-andaluza por la cual se unieron ya a los pocos días de la contienda las zonas septentrional y meridional substraídas al Gobierno de Madrid y fluyeron hacia el centro los refuerzos marroquíes, se ha convertido en el dominio de casi toda Extremadura y de la Andalucía atlántica, una vez eliminadas la bolsa gubernamental de Huelva-Badajoz y la amenaza de un cerco de Córdoba por las fuerzas del Gobierno; en el frente sur, la ocupación de toda la provincia de Málaga, el resto de la de Cádiz, el extremo sudoccidental de la de Jaén y considerables zonas de las provincias cordobesa y granadina ha entregado a Franco la capital malagueña y menguado notablemente la amenaza republicana contra Granada. Este panorama bélico derivará, de manera inmediata, hacia la total sujeción del reducto republicano septentrional, ocupado progresivamente en sentido este-oeste en un avance que empezó el último día del mismo mes de marzo y terminó antes de fin de octubre.

De las Milicias al Ejército Popular

La guerra civil puso de manifiesto la insuficiencia de las milicias republicanas para enfrentarse con fuerzas regulares. El proceso de militarización de las «columnas» fue, de hecho, bastante largo y el Ejército Popular, nacido de ellas, quizá no tuvo tiempo de alcanzar la mayoría de edad.

Ricardo Sanz, jefe de la 26.ª División, la antigua columna Durruti, con las insignias y el uniforme de mayor del Ejército Popular. *En la foto inferior:* **el consejero militar soviético Budenov en el frente de Aragón.**





Una frase de Ricardo Sanz, jefe de la 26.ª División republicana (excolumna Durruti), resume cuál era el talante de quienes crearon, orientaron y dirigieron las milicias republicanas, de las que, a los pocos meses, surgiría el Ejército Popular Regular: «Y nacieron las Milicias Populares con el deliberado y ardiente deseo no solamente de derrotar a los sublevados sino también de hacer la Revolución Social.»

Estas palabras dan la clave de las peripecias y altibajos de la militarización de las milicias y del antagonismo latente en la zona republicana, a lo largo de la guerra civil, entre quienes daban preferencia a la victoria militar sobre cualquier otro objetivo (con el Partido Comunista como principal mentor), y quienes estimaban que la contienda sólo podía justificarse si, a través de ella, se realizaban profundos cambios estructurales: la revolución social preconizada por la Confederación Nacional del Trabajo y el Partido Obrero de Unificación Marxista.

Primer período: guerra clásica y columnas de milicianos

La puesta fuera de combate, en la zona donde prevaleció la autoridad republicana, de las unidades del Ejército regular y la descalificación de gran parte de sus jefes y oficiales, plantearon, de inmediato, una serie de problemas gravísimos. La realidad desbordaba el cuadro de las previsiones: de la lucha callejera y de las escaramuzas en los pueblos se pasaba al combate organizado en campo abierto, en el que pronto se evidenció la urgente necesidad de disponer de un ejército, ya que las milicias republicanas tenían frente a sí unidades regulares y milicias, como los requetés, perfectamente encuadradas por militares profesionales.

En la zona republicana destacaron en seguida dos polos de atracción que condicionarían, política y militarmente, la marcha de los acontecimientos: Madrid y Barcelona. Las columnas de milicianos formadas en la capital castellana eran preponderantemente marxistas, mientras que en la capital catalana tenían marcada influencia libertaria. Salvo raras excepciones, en todas las columnas que salen de Madrid, figuran como asesores uno o varios militares profesionales. Se trataba de personas cuyo republicanismo nadie podía poner en duda: los generales Riquelme y Miaja y el teniente coronel Mangada, entre ellas. Las columnas catalanas que marchan hacia tierras aragonesas también suelen estar asesoradas por oficiales de carrera: el coronel Villalba, el comandante Pérez Farrás y el capitán Eduardo Medrano, entre otros. Así, de entrada ya, la eficiencia en el campo de batalla estará íntimamente ligada al grado de confianza otorgado por los jefes de milicias a los mandos militares. Confirma esta aseveración el relevante rendimiento, en la defensa de Madrid, del Arma de Artillería, con el comandante Alejandro Zamarro a su cabeza. Y cuando sale el decreto creando el Ejército Popular Regular (el 10-12-1936), todos los jefes de las seis primeras Brigadas Mixtas, salvo uno, Enrique Líster, son militares profesionales: un comandante y dos capitanes del Ejército y un comandante y un capitán de carabineros.

En la zona Centro, la presencia de un mayor número de militares de alta graduación leales a la República coincidirá con la neta influencia de organizaciones políticas (socialistas y comunistas) favorables a la militarización. Esto daría, como resultado inmediato, un mejor rendimiento de las columnas que aceptaron determinadas restricciones a su autonomía original, y, poco después, la creación del 5.º Regimiento (de inspiración marxista, pero por el que pasaron bastantes anarquistas), el cual, contrariamente a lo que podría creerse, no era una unidad militar sino un Centro de Instrucción Premilitar (anticipación de las Escuelas Populares de Guerra), y de las Compañías de Acero. El 5.º Regimiento, de julio a diciembre de 1936, adiestrará cerca de setenta mil hombres, será cuna de las Milicias de la Cultura y verá aparecer en sus filas a los primeros delegados políticos. Su portavoz: el diario *Milicias Populares*, con una tirada de 40.000 ejemplares. Es interesante señalar que esta unidad-piloto fue creada tomando como base las M.A.O.C. (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas).





Carteles de propaganda. El de la izquierda, con la efigie de Durruti.

Segundo período: lluvia de disposiciones oficiales

Nótese que a las dos semanas de estallar la guerra civil (3 de agosto de 1936), el Gobierno de la República, al decretar la creación de los Batallones de Voluntarios y su colocación bajo el mando de oficiales y clases del Ejército y de las Fuerzas de Orden Público, abría, oficialmente, el proceso de militarización de las Milicias Populares.

Apenas un mes más tarde (16 de septiembre de 1936) se instauraban en Madrid las «Milicias de Vigilancia de la Retaguardia», destinadas a sustituir las patrullas de orden público creadas, a raíz de la sublevación, por partidos y organizaciones izquierdistas.

Y el 6 de octubre de 1936, el socialista Largo Caballero, presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra, implantaba el Comisariado General de Guerra, «cuya principal misión consistirá en ejercer un control de índole político-social sobre los soldados, milicianos y demás fuerzas armadas al servicio de la República y lograr la coordinación entre los mandos militares y las masas combatientes, encaminadas al mejor aprovechamiento de la eficiencia de las citadas fuerzas». Y, a renglón seguido, se hace saber «que el Comisariado de Guerra, con toda su amplitud y consecuencias, no irá en momento alguno en menoscabo del prestigio y de la autoridad militar...» Ni «tampoco perturbará los planes que conciba y ponga en práctica el mando militar».

Esta serie de iniciativas culminará en el decreto del 28 de noviembre de 1936, en el que «se dispone *el pase voluntario* a las escalas activas del Ejército de todos aquellos jefes, oficiales y clases de Milicias que, debidamente controlados por la Inspección General de Milicias, sean acreedores de ello. Se inicia así la formación del futuro Ejército del pueblo...» Esta medida surtirá efectos sorprendentes, puesto que serán muy pocos los jefes u oficiales de milicias que opten por abandonar sus cargos.

En la zona nacional, las Milicias Nacionales y fuerzas militares auxiliares quedan bajo jurisdicción militar a partir del 20 de diciembre de 1936, pero hasta el 11 de mayo de 1937 (es decir, hasta después de consumada la Unificación política) no será nombrado el jefe de la Milicia Nacional en la persona del general José Monasterio Ituarte, al que secundarán dos coroneles, Ricardo Peral y Darío

En la página siguiente: **un dibujo de Sim cuyo título anuncia la gran preocupación de las fuerzas republicanas durante la primera fase de la contienda: «Disciplina».**



1


2


Gazapo Valdés, y dos asesores políticos del mando superior: Agustín Aznar y Jesús Elizalde.

Tercer período: estimulantes externos

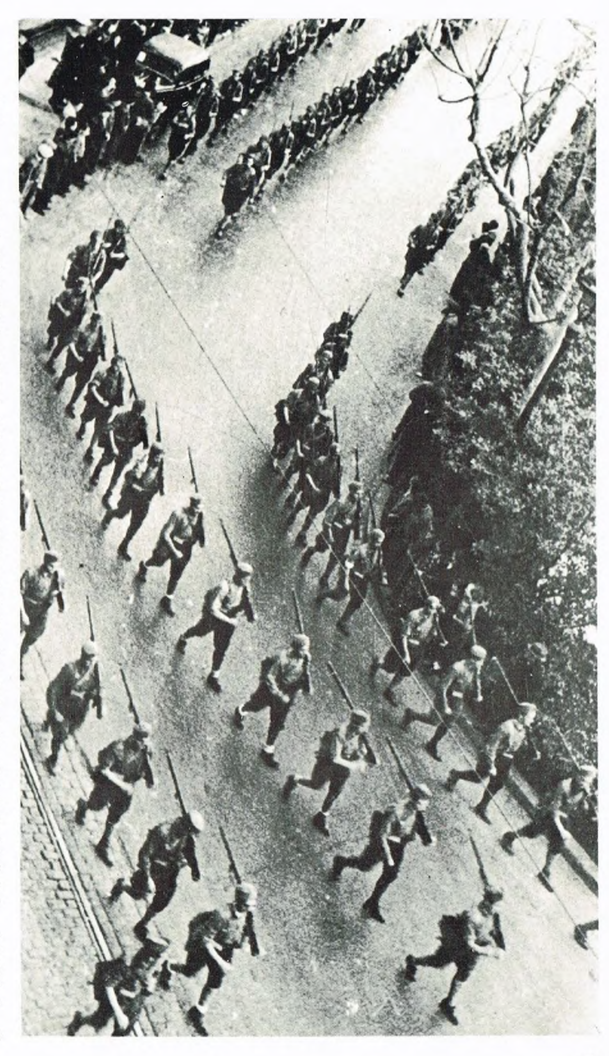
Otros factores coadyuvan en la cristalización del proyecto de militarización: *a*) la llegada de los consejeros soviéticos y *b*) la creación de las Brigadas Internacionales, a fines de octubre de 1936. Los primeros preconizarán en seguida (aleccionados por su propia experiencia en la Revolución Bolchevique) la puesta en pie de un Ejército Popular y la instauración de un mando único. Curiosamente, en escritos de origen marxista se leerán incluso referencias al Ejército Popular republicano organizado en Inglaterra por Cromwell.

Cuarto período: antimilitaristas y anticentralistas

Los sectores más reacios a la militarización son: los libertarios, por razones ideológicas —¡milicianos sí, soldados no!, es su eslogan favorito—, cuyo principal portavoz, *Solidaridad Obrera* de Barcelona, se eleva contra *la obsesión de la disciplina, el neomilitarismo* y la *psicosis de la unidad.* Y, por imperativos geográficos, dos regiones norteñas: Asturias y Euzcadi, adictas a la República pero aisladas del resto de la zona republicana, que observarán una política particular. A primeros de agosto de 1936, la Junta de Defensa de Azpeitia había lanzado ya la idea de crear la *Euzco Gudarostea* (Ejército Vasco), cuando faltaban aún dos meses para la promulgación del Estatuto Autónomo. El 25 de octubre las Milicias Vascas quedaron sometidas al Código de Justicia Militar. Pero es indiscutible que la carencia de una coordinación sostenida con el Estado Mayor Central, precipitará la pérdida de dichos territorios a mediados de 1937. Respecto a la C.N.T., quizá convenga subrayar que, haciendo caso omiso de sus pautas, muchos jóvenes libertarios ingresarán en las Escuelas Populares de Guerra, pero las primeras pro-

_1_ En el bando republicano, las milicias de los primeros meses solían ser una amalgama de milicianos, fuerzas de orden público y soldados con un grado de organización muy rudimentario, como este grupo de milicias del Norte que enarbola una bandera roja y negra. _2_ Soldados de la 27.ª División en el sector de Zuera, en el frente de Aragón, durante el verano de 1937.

Desfile de una promoción de la Escuela Popular de Guerra de Barcelona.



mociones estarán integradas mayormente por hombres de las Juventudes Socialistas Unificadas.

Conclusión: eficacia política equivale a eficacia militar y viceversa

Tres experiencias sonadas, entre otras de no mejor recuerdo, debieron haber enseñado a los adversarios de la militarización «lo que no era preconizable»: la de la Columna del Rosal, en Madrid, la de la Columna de Hierro, en Levante y la del Batallón de la Muerte, en Aragón. Así, mientras en boca de uno de los más destacados jefes de milicias, el «derrotar a los sublevados» precedía el «hacer la Revolución Social», *Solidaridad Obrera* (19-12-1936) seguiría proclamando que «la guerra y la revolución son consubstanciales como el sol y la luz», fingiendo ignorar que nuestra contienda, a menos de realizar un inusitado despliegue de imaginación política y de organización militar (al estilo vietnamita, por tomar un ejemplo de candente actualidad, alternando la guerra clásica con la de guerrillas), no podía conducirse de espaldas a unos condicionamientos elementales: la militarización integral, un mando único y un alto mando previsor y firme. Medidas imprescindibles, repetimos, si se querían alcanzar otros objetivos ineludibles: *a*) la depuración del aparato militar republicano, *b*) la reincorporación al Ejército Popular de los militares injustamente postergados, *c*) la plena *militarización* de la retaguardia (*el país entero en pie de guerra,* rezaba una de las primeras banderolas que aparecieron por las calles de Madrid, en mayo de 1937).

Con la salida, en los albores de 1937, de la primera promoción de jóvenes oficiales de la Escuela Popular de Guerra de Pins del Vallès, la militarización era un hecho irreversible. Lo que el coronel Rojo, en sus *Memorias*, reflejó con estas palabras: *convertir en torrente de acciones múltiples de poderosa fecundidad lo que no era sino inconsistente polvareda de voluntades.*

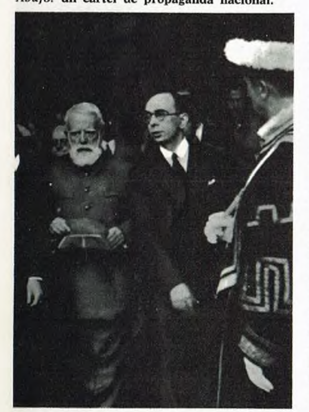
Pero, el tiempo precioso que los republicanos habían perdido en discusiones y forcejeos, cuando no enfrentándose con el sabotaje abierto y la duplicidad de funciones, pesaría mucho a la hora de la decisión final.

Eduardo Pons Prades

Evolución política de la zona nacional

En la zona nacional, además de atender a las necesidades de la guerra, fue necesario estructurar un Estado, pues no se había previsto que el Alzamiento se convirtiera en una guerra civil de casi tres años de duración. Así surgió un nuevo Estado cuyos polos fueron el Ejército y el partido único (Falange Española Tradicionalista y de las JONS), y que tuvo en el mando de Francisco Franco el impulso decisivo.

El presidente de la Junta de Defensa de Burgos, general Miguel Cabanellas, saliendo de escuchar un *Te Deum* en la catedral burgalesa. La Junta, formada el 24 de julio, estaba integrada exclusivamente por militares. *Abajo:* un cartel de propaganda nacional.





La aleatoria coincidencia de factores actuantes en todo tipo de levantamiento —sorpresa, coordinación, habilidad, cooperación— determinó la suerte del movimiento militar en las diversas plazas. Este éxito incompleto hizo que a fines de julio de 1936 quedaran esbozadas dos zonas de dominio que partían la piel de toro. La que empezó a denominarse zona nacional, como consecuencia lógica del tránsito del golpe de Estado a la guerra civil, se encontraría frente a la tarea de crear un nuevo Estado.

El signo del movimiento militar

La conspiración militar integrada por generales, jefes y oficiales de la más varia adscripción consideraba como objetivo inmediato, al declarar sus fines, «el restablecer el orden dentro de la República». Sus bandos y proclamas así lo manifestaban en actitud cuyo objetivo perseguido era no enajenarse el beneplácito de una capa de población que estaba entre los republicanos de centro y los indiferentes ante la forma de gobierno. El fallo inicial del movimiento como acción generalizada, triunfante en todo el país, frustró lo que hubiera sido un directorio militar republicano, pues quedaba claro que los propósitos del Ejército como alma de la sublevación se revelaban mayormente por la negación que por la afirmación. Las declaraciones contra la anarquía y el marxismo daban un denominador común de «antis» que fueron nexo programático en bandos y alocuciones en los que no faltaban desde declaraciones de amor a España e incluso a la República, hasta apelaciones al tríptico revolucionario de Fraternidad, Libertad e Igualdad con el que finaliza el manifiesto lanzado por el general Franco desde Canarias el 18 de julio.

El apoyo civil previsto, constituido por monárquicos, tradicionalistas y falangistas, no condicionó la postura inicial del Ejército en cuanto a la exposición de sus propósitos porque la parte del Ejército alzada consideraba que su objetivo sublevatorio —más contra el Gobierno que contra el Régimen— tendría el máximo asenso a su iniciativa en sus propias filas, objetivo que resultó en parte fallido, pues el trauma del 18 de julio dividió al estamento militar entre los que pretendían restaurar el orden creando una nueva legalidad y los que creían salvarlo manteniéndose fieles a la existente. Ésta fue la posición de muchos jefes que en octubre de 1934 cumplieron con su deber de reprimir las sublevaciones de Asturias y Cataluña, mientras el 18 de julio se mantuvieron leales al Gobierno de Madrid.

La configuración del conflicto como guerra civil transformó el movimiento militar en cívico-militar, apenas se vio que las fuerzas armadas precisaban de la cooperación de voluntarios. Y la adhesión de falangistas, carlistas, monárquicos y populistas se hizo, unidos en su repudio a lo que representaba el bando opuesto. La división entre las dos Españas estaba consumada.

El estado de guerra

La situación de desconexión entre las diversas plazas donde triunfó el movimiento creó una confusión inicial revelada en un cierto cantonalismo que dio paso a una organización provisional de guerra con creación de columnas a la conquista de Madrid, plan ya previsto con anterioridad al atribuirse escasas probabilidades de éxito del alzamiento en la capital. Las particularidades revestidas por la situación creada en la zona dominada por el Ejército se ajustaban estrictamente al estado de guerra declarado, con emanación de un organismo que fue denominado Junta de Defensa Nacional, situado en Burgos y presidido por el general Cabanellas e integrada por los también generales Ponte, Saliquet, Mola y Dávila, así como por los coroneles Montaner y Moreno Calderón. Este organismo representaba el sector norte de la zona nacionalista, mientras en Sevilla el general Queipo de Llano fungía como capitán general de Andalucía y Franco, en tanto que general en jefe del Ejército de África, se hallaba ante el grave problema de trasladar sus tropas —el Tercio y los Regulares— a través de un estrecho hostil por la defección de la flota.

La acción de la Junta de Defensa castrense fue una acción de emergencia, embrionaria. La autonomía operativa de las fuerzas militares en los diversos frentes dejaba tan sólo a la Junta el decretado de medidas derogatorias de la situación anterior, la abolición de los partidos políticos, las órdenes de movilización y los nombramientos. Aspecto importante fue la limpieza de la retaguardia. La ley marcial dio paso a la actuación de los consejos de guerra que por procedimiento sumarísimo sentenciaban toda acción hostil como «rebelión militar». La nueva situación debía enfrentarse con el enemigo que se oponía a sus avances en el campo de batalla y con el que había quedado en retaguardia, por la razón geográfica del albur del movimiento. Ello daría lugar a una dura represión de elementos adictos al Frente Popular, episodio que no estuvo exento de acciones punitivas incontroladas muy propias de esa calamidad que son las contiendas civiles.

La configuración política

El voluntariado civil, generoso en tradicionalistas navarros y en falangistas castellanos y, en inferior escala, en monárquicos y populistas hizo que estas fuerzas se aprestaran a una toma de posición frente al nuevo Estado que habría de salir de una guerra cuya duración requería la movilización de todas las fuerzas políticas y económicas. Por otra parte, gran número de neutros y aun de desafectos se vieron en la necesidad de tomar el partido nacional para protegerse, pues el encono del conflicto no admitía ni dudosos ni resistentes. En estas circunstancias fue Falange Española por su condición de fuerza nueva, por su programa social y por el auge que entonces registraban las fórmulas totalitarias, la que se convirtió en el polo de atracción de centristas e izquierdistas. Además, la existencia de la entidad sindical —la Central Obrera Nacional-Sindicalista— hizo que el proletariado y el campesinado de la zona nacional se volcara hacia Falange, la cual experimentó un crecimiento enorme, visible en sus unidades combativas en los frentes y en sus organizaciones y servicios de retaguardia. La desaparición o ausencia de sus más destacados jefes era, no obstante, una desventaja frente a monárquicos y tradicionalistas, quienes disponían de personalidades caracterizadas, diputados, exministros, etc., como Goicoechea, Yanguas, Rodezno, Vallellano... Hombres de experiencia cuya ideología se unificaba en los postulados contrarrevolucionarios de Acción Españo-



El general Francisco Franco saliendo del coche para entrar en la Capitanía General de Burgos, el 1 de octubre de 1937. La Junta de Defensa designó a Franco, a fines de septiembre de 1936, Generalísimo y Jefe del Estado Español.
Abajo: **una multitud entusiasta saludando, en Burgos, al Jefe del Estado.**



la y era exponente de unas fuerzas derechistas de gran significación económica e importante papel en la gestación del movimiento. Estas fuerzas ansiaban una restauración monárquica y para ello confiaban en el Ejército como árbitro de la futura estructura del Estado.

El mando único

La envergadura de las operaciones emprendidas y la acción decisiva del Ejército de África en su marcha hacia Madrid, hicieron emerger la figura del general Franco de entre sus pares. Su carrera africana y su abstencionismo político en el pasado le hacían aparecer como el hombre nuevo capaz de conducir una guerra complicada por la internacionalización. Al propio tiempo, era bien visto por las diferentes fuerzas políticas agrupadas a la llamada del 18 de julio, las cuales por las circunstancias interiores y exteriores eran coincidentes en postular un Estado autoritario y personal.

La necesidad de crear un mando único surgió como imperativo militar que se extendió después a lo político. Fue el general Kindelán quien planteó la cuestión ante los miembros de la Junta de Defensa. El tema se expuso en la reunión tenida en el aeródromo de San Fernando (Salamanca) el 21 de septiembre de 1936. Los recelos despertados por tan espinoso asunto hicieron que no se tomase acuerdo alguno, pero el empeño puesto por Kindelán hizo aunar más voluntades y facilitó su insistencia, esta vez con candidato. El nombre de Francisco Franco apareció como el más idóneo por las razones expuestas anteriormente, a las cuales se unió su condición de favorito de una importante fracción del Ejército: el Tercio. En este sentido, el más significado jefe de estas fuerzas —el teniente coronel Yagüe— tuvo una intervención importante.

En una nueva reunión habida en el mismo lugar que la anterior el día 29 de septiembre, púsose de nuevo sobre el tapete la elección del Generalísimo. En esta ocasión los presentes acordaron por gran mayoría la designación de Franco. Y si su autoridad militar fue aceptada, el alcance político de sus funciones dio lugar a discrepancias. El proyecto presentado preveía su nombramiento como «Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos». Al hacerlo público surgieron unos reparos que hicieron retocar el decreto cuyo texto, suavizado, quedó así: «En cumplimiento del acuerdo adoptado por la Junta de Defensa Nacional, se nombra Jefe del Gobierno del Estado Español al Excmo. Sr. General de División don Francisco Franco Bahamonde, que asumirá todos los poderes del nuevo Estado.» Asimismo se le designaba «Generalísimo de las Fuerzas nacionales de Tierra, Mar y Aire y se le confería el cargo de General en Jefe del Ejército de operaciones».

El día 1 de octubre de 1936, en el salón de la Capitanía General de Burgos, Franco recibió de manos del general Cabanellas todos los poderes de la España nacional. Desde ese momento actuó como Jefe de Estado, aunque el Estado había que crearlo. Se vivía el llamado período preestatal.

El partido único

Desde el nombramiento de Franco la conducción de las operaciones se centralizó en el Cuartel General del Generalísimo, mientras una Secretaría General del Estado cuidaba —dirigida por Nicolás Franco— de atender a lo más perentorio desde el punto de vista político, como el orden público, las cuestiones económicas y las diplomáticas. La Junta de Defensa fue reemplazada por una Junta Técnica del Estado, de funciones puramente administrativas.

Las circunstancias provocadas por la creciente complejidad de la guerra daban a lo militar una evidente primacía sobre lo político, actividad que quedaba a cargo de las dos grandes fuerzas que nutrían de combatientes al Movimiento Nacional: Falange y Requeté. En ellas aparecían como líderes Manuel Hedilla y Manuel Fal Conde. Hedilla, antiguo jefe de la Falange montañesa, hombre íntegro de modestos orígenes, se había encontrado ante la ingente tarea de organizar una afluencia masiva de militantes en momentos casi caóticos propicios al particularismo y a la anarquía. Era un fiel seguidor de la doctrina y del pensamiento de José Antonio Primo de Rivera, en su versión más social. Su actividad y su entrega le llevaron hasta la jefatura de la Junta de Mando en momentos en los que la suerte del fundador de la Falange era aún incierta. Fal Conde, abogado andaluz, representaba el sector más puro del carlismo y su adhesión al Movimiento, con la del Requeté navarro, había sido decisiva para el éxito en Pamplona. La actuación de Fal Conde fue muy breve. Su proyecto de crear una academia militar tradicionalista fue mal visto en el Cuartel General y el jefe carlista optó por la expatriación a Portugal en evitación de mayores males. El hecho aconteció en diciembre de 1936.

Entre Falange y Requeté se habían negociado acuerdos ante lo que se creía inminente caída de Madrid en vistas a la ocupación de emisoras, rotativos y locales. Estos acuerdos presagiaban unos contactos tendentes a elaborar un proyecto de unión que no llegó a cuajar. Entretanto en Falange se iniciaban unas corrientes divisorias que separaban a los «puros» de los neofalangistas. Y aún, entre los «puros», unos se inclinaban más a lo «nacional» y otros a lo «sindicalista». Era principalmente a estos últimos a quienes apoyaba el grupo intelectual de Pamplona que intentaba dar a Falange un porte ideológico revolucionario e innovador en su estilo, en contraste con el contenido abiertamente reaccionario y ultramontano de otras tendencias.

El reconocimiento diplomático de la España nacional por parte de Italia y Alemania representaría un factor cuya importancia, si no es fácil calibrar, es, en cambio, difícil subestimar en cuanto a su influencia sobre la evolución interna del proceso de estatificación. Y cada vez se perfiló con mayor claridad un esquema político basado en los modelos que exhibían los estados antes citados. En octubre de 1936 el lema «Una Patria, Un Estado, Un Caudillo» empezó a campear en primera página de los periódicos de la zona nacional.

A comienzos de 1937 llegó a esta zona, huido de Madrid, el diputado de la C.E.D.A., Serrano Súñer. Su importante personalidad política y su íntima amistad con José Antonio Primo de Rivera, más que su parentesco con el general Franco, fueron razones que le situaron en una posición notoria en el Cuartel General. Para el propio Serrano Súñer apareció como una necesidad urgente el sustituir la llamada organización provisional de guerra por una contextura estatal, dotada de la precisa normativa jurídica que llenase el vacío de un Estado ausente.

La Unificación

La idea de unificar las dos corrientes ideológicas más importantes de la España nacional tuvo en Serrano Súñer su principal propulsor. Con este fin se redactó

Las banderas de Falange, carlista y de los Regulares sobre el fondo de la roja y gualda, en un cartel que simboliza la unidad del esfuerzo militar y el predominio de los problemas militares sobre los políticos característico de la zona nacional. La Unificación, obra de Franco, puso fin a los roces de los primeros tiempos, roces por otra parte leves, que no repercutieron en el frente.





Primer Consejo de Ministros presidido por el Generalísimo Franco (Burgos, 2 de febrero de 1938). De izquierda a derecha, sentados: Martínez Anido, Dávila, Conde de Rodezno, Jordana, el Generalísimo y Caudillo de España, González Bueno y Peña Boeuf. De pie: Serrano Súñer y Fernández Cuesta.

un proyecto que fue sometido a la consideración de los generales Mola y Queipo, quienes dieron su aquiescencia. Entretanto, los antagonismos en el seno de la Falange darían lugar a una situación cuyo desenlace fue el mejor catalizador para consumar la unificación por orden superior.

El día 16 de abril de 1937, la fracción antihedillista presentó un pliego de cargos contra el jefe de la Junta de Mando en el cual se le hacían graves acusaciones que llegaban hasta la ineptitud, la traición y el culto a su propia personalidad. Y terminaban solicitando su destitución y el nombramiento de un triunvirato. La réplica de Hedilla puso en juego todos sus recursos para atajar tan grave cisma. Un intento de mediación llevado a cabo por el falangista Alonso Goya, partidario de Hedilla, pero amigo de Dávila —uno de los cabezas de la oposición—, dio lugar a un sangriento incidente en Salamanca en el que el propio Alonso Goya resultó muerto de un tiro. En estas tensas circunstancias, Hedilla convocó un Consejo para el 18 de abril. En él rechazó las acusaciones que se le habían formulado, y en la votación que siguió para la designación de Jefe Nacional, Hedilla obtuvo la mayoría de los votos.

Aquel choque entre falangistas provocó la indignación del Cuartel General del Generalísimo, y ante el peligro de una secesión de incalculables repercusiones sobre las unidades de primera línea, se aceleró la promulgación del Decreto de Unificación, el cual fue hecho público el 19 de abril. En su virtud quedaban amalgamadas las dos entidades en una sola organización llamada Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. cuyo Jefe Nacional era el Generalísimo Franco, asistido por una Junta Política integrada por elementos de los dos partidos. A Hedilla le fue adjudicada la secretaría de la citada Junta. Las Milicias de ambas organizaciones, que ya habían sido encuadradas militarmente, se pondrían bajo el mando de un general.

Ante el hecho, Hedilla renunció al puesto ofrecido y cursó un telegrama a las jefaturas de Falange indicándoles que no obedecieran más que a las órdenes que emanaran de las jerarquías habituales y por los conductos reglamentarios.

La estructura del nuevo Estado

La Unificación aportó el control absoluto de todas las fuerzas políticas coincidentes en el Movimiento del 18 de julio. La norma programática del Estado se concretaría en los puntos de Falange. Pero sería en agosto de 1937, al promulgarse el Estatuto de F.E.T. de las J.O.N.S., cuando se delinearían definitivamente los elementos constitutivos: afiliados, milicia, sindicatos, así como la constitución del Consejo Nacional por nombramiento directo del Caudillo. En el apartado dedicado al Jefe Nacional se definía la teoría del caudillaje al expresar que la persona del Jefe Nacional «encarna todos los valores y todos los honores del Movimiento como autor de la era histórica donde España adquiere la posibilidad de realizar su destino y con él los anhelos del Movimiento; el Jefe asume en su entera plenitud la más absoluta autoridad. El Jefe responde ante Dios y ante la Historia». El enunciado de estos principios formalizaba el nuevo Estado como una entidad nacional-sindicalista basada en los supuestos de unidad, totalidad y jerarquía.

En octubre de 1937 se produjo la constitución del primer Consejo Nacional. Sobre los cincuenta miembros que lo integraban aparecían veinte falangistas, ocho carlistas, cinco generales y el resto eran monárquicos o personalidades nuevas de matiz conservador. La ceremonia del juramento que tuvo lugar en el Monasterio de las Huelgas revistió una solemnidad medieval en advocación de los Reyes Católicos, cuyos emblemas, yugo y flechas, fueron incorporados al escudo nacional.

En enero de 1938 se organizó la Administración del Estado en departamentos ministeriales. Ello fue el preámbulo de la constitución del primer Gobierno en la zona nacional que tuvo lugar el 1 de febrero. Bajo la presidencia del Generalísimo Franco quedaron designados los ministros siguientes: vicepresidente y ministro de Asuntos Exteriores, general Gómez Jordana; Justicia, conde Rodezno (carlista); Defensa Nacional, general Dávila;

Orden Público, general Martínez Anido; Interior, Serrano Súñer (falangista); Hacienda, Amado (monárquico); Industria y Comercio, Suances (técnico); Educación Nacional, Saínz Rodríguez (monárquico); Agricultura, Fernández Cuesta (falangista); Obras Públicas, Peña Boeuf (técnico); Organización y Acción Social, González Bueno (falangista).

Este primer gobierno marcaría la pauta de lo que serían los sucesivos: una concentración dosificada de las fuerzas del 18 de julio. La presencia de muchos excolaboradores de la Dictadura (Amado, Jordana, Martínez Anido) representaba la tendencia a un tipo de gobierno militar en quien muchos seguían viendo la garantía frente a un excesivo totalitarismo. En realidad, el acto de la Unificación oficializó la existencia de una sola entidad política como columna estatal, aunque cada componente siguiera manteniendo una fidelidad íntima a sus respectivas procedencias ideológicas.

En 1938, el repertorio de Leyes Fundamentales se completaría con la promulgación del Fuero del Trabajo, carta estudiada por el Consejo Nacional y en la que se planteaba la organización estatal en sindicatos verticales, los cuales, según la definición expuesta, «serían instrumentos al servicio del Estado a través de los cuales realizará principalmente su política económica».

La incorporación del ideario falangista con sus símbolos y su ritual; las cláusulas estatutarias posteriores y la vertebración económico-sindical que significaba el Fuero del Trabajo, daban al Estado unas características unitarias totalitarias y ético-misionales, Estado que se manifestaba enemigo simultáneo tanto del socialismo marxista como del capitalismo liberal. Una serie de disposiciones simultáneas cuyo sentido hay que interpretar en función de un Estado unitario en mando y autoridad y de signo contrario a toda organización demoliberal y parlamentaria, decretaba el riguroso control de la prensa y la supresión de las libertades de reunión, asociación, etc. Todo ello significó la creación de un instrumento tendente a eliminar cualquier complicación de retaguardia en momentos en los que lo fundamental era ganar una guerra cuyo sesgo, como fruto de esta misma organización adaptada al éxito militar, era claramente favorable.



Ilustración de C. Sáenz de Tejada para el libro *Navarra*, publicado en 1943.

Reconocimiento internacional

Quedaba un último aspecto que dilucidar: la legitimidad del Movimiento, cuestión que preocupaba mayormente a los interesados por dar una personalidad con arreglo a Derecho al acto del 18 de julio. Una comisión de juristas nombrada al efecto estableció en diciembre de 1938 unas conclusiones para demostrar la ilegitimidad del Gobierno republicano basadas en: vicio electoral en los comicios de febrero de 1936, inconstitucionalidad en la destitución del presidente Alcalá-Zamora, asesinato de Calvo Sotelo, hasta llegar al momento del Alzamiento en el que el Gobierno de Madrid, lejos de proclamar el estado de guerra, procedió a armar al pueblo, dando pie a la anarquía. Por todo ello, terminaban los juristas aduciendo que el movimiento militar no podía ser tildado de «rebelión» en el sentido jurídico de la palabra.

La marcha de la guerra significó el definitivo afianzamiento del Estado surgido de la contienda. Cuando en febrero de 1939 Francia e Inglaterra reconocieron al gobierno del general Franco, seguidos poco después por la mayoría de las naciones de la Europa occidental y de América, el refrendo internacional avalaba al Estado que había precisado de tres largos años de guerra para imponer su autoridad sobre todo el territorio nacional.

Rafael Abella



Hitler y el Ejército alemán

¿Cómo los jefes militares alemanes, siempre tan disciplinados, podían ni siquiera plantearse la posibilidad de romper su juramento de fidelidad a Hitler, comandante supremo de las fuerzas armadas? Esta lealtad tan literalmente entendida iba a tener consecuencias desastrosas.

Izquierda: I **Hitler con Blomberg (izquierda) y Fritsch (centro, de frente) en el curso de unas maniobras; ambos generales fueron destituidos en 1938 por supuestos actos de inmoralidad.** *Abajo:* **el juramento de fidelidad al Führer, 1936; los juramentos solemnes, formulados de acuerdo con una antigua tradición, no podían ser rotos a la ligera, fuera cual fuese la actuación de Hitler.**



«En los momentos difíciles de la historia de un pueblo, hay una roca que se mantiene firme en medio de un mar tormentoso: la idea del Estado», dijo el general Groener, el último jefe del Estado Mayor en tiempo de guerra. «El Ejército —añadió— es su expresión más necesaria y genuina.» Los nazis se percataron de la conveniencia de atraer a su causa al poderoso e influyente Ejército, y en el curso de los años veinte realizaron un gran esfuerzo propagandístico para congraciarse las simpatías del Ejército y en especial de sus oficiales.

Si al principio la actitud de las fuerzas armadas para con Hitler —que jamás pasó de cabo— fue bastante fría, la del partido con relación al Ejército se distinguió por su cordialidad. El ministro de Defensa, general Werner von Blomberg, nombrado por Hindenburg antes incluso de que el Führer se hiciese cargo de la Cancillería, simpatizaba mucho con el nazismo y admiraba a su fundador: esto facilitó el rápido despegue de Hitler. El brillante e impulsivo Blomberg se había distinguido como oficial de Estado Mayor en el curso de la Primera Guerra Mundial, había viajado a Rusia y a los Estados Unidos, comprendía mejor que la mayoría de sus contemporáneos las necesidades de la guerra moderna, y había sido jefe del Estado Mayor, prohibido teóricamente tras la firma del Tratado de Versalles, de 1927 a 1930. Estaba dotado de un gran entusiasmo, pero carecía de discernimiento, de forma que Hitler, once años más joven, ejercía sobre él una notable influencia. Sus colegas le apodaban *der Gummilöwe*, el «león de goma». El segundo de Blomberg en el Ministerio era el general Walther von Reichenau, muy favorable a los nazis, y la presencia de estos dos simpatizantes del nazismo en la cumbre del máximo organismo de la defensa constituyó para Hitler una ayuda sustancial.

Pero el Führer no confiaba tan sólo en los azares de las simpatías. Para reforzar el poderío militar de la nación creó, en abril, un Comité de defensa del Reich, del que tomó la presidencia y en el cual el ministro de Defensa se sentaba junto a los de Asuntos Exteriores, Interior, Finanzas y Propaganda. Con ello el Ministerio de Defensa quedó bajo el control del Partido Nacionalsocialista. Sin embargo, las Fuerzas Armadas se sentían perplejas ante la rivalidad que les demostraba una de las organizaciones paramilitares del partido, la SA, y por ello los mismos jefes militares llegaron incluso a competir entre sí para demostrar su lealtad al Führer. Blomberg, por ejemplo, ordenó en febrero de 1934 que el uniforme del Ejército ostentara en el futuro el distintivo del partido, un águila con una cruz gamada entre sus garras.

En enero de 1933, los efectivos de la SA superaban a los del Ejército en una proporción de tres a uno. Aunque provistos de un armamento más ligero, muchos de sus miembros hervían de entusiasmo revolucionario y consideraban que su organización sería la principal fuerza armada del Estado en el futuro, una vez eliminados los reaccionarios oficiales del Ejército regular. En mayo de 1933, Hitler puso a la SA bajo el control del Ejército en todas las cuestiones de carácter militar, en atención a que el Ejército había reconocido las banderas de la SA, y en julio Reichenau aceptó dar a los jefes de la SA un entrenamiento militar. Bajo la dirección del ambicioso Röhm, la SA multiplicó sus efectivos, que pronto llegaron a rebasar los dos millones, convirtiéndose en una ostensible amenaza, no sólo para las fuerzas armadas sino también para el mismo Hitler.

El 30 de junio de 1934, en el curso de una famosa matanza, el Führer mandó fusilar a unos cincuenta dirigentes de la SA, incluyendo a Röhm y a Schleicher. La purga debilitó a la SA, que dejó de ser, a partir de entonces, una amenaza, y fortaleció a las SS, que se convirtieron en un peligro para toda Europa. Eliminó a un molesto y pendenciero rival del ejército y lo sustituyó por otro más insidioso y mucho más dañino. Las SS de Himmler, que posteriormente se transformarían en una *élite* policíaca y al mismo tiempo en una fuerza militar de choque, fueron en un principio un pequeño grupo de hombres del Partido Nacionalsocialista que formaban la guardia personal de Hitler. Una vez éste hubo accedido al poder, siempre estuvo rodeado de algunos

SS. Después del 30 de junio de 1934, ningún otro cuerpo le demostró mayor lealtad, y el Ejército, reducido a una situación de pasividad, perdió su privilegiada posición en el Estado alemán.

Hasta entonces, los oficiales sabían que podían confiar en última instancia en el presidente Hindenburg, que encarnaba la tradición militar, pero éste, anciano ya de ochenta y siete años y achacoso, falleció pocas semanas después.

Hitler, que en unión de los sátrapas del partido había dispuesto ya la sucesión, asumió personalmente el mando. Ello causó un profundo efecto en el Ejército. El 2 de agosto de 1934, la misma tarde en que moría Hindenburg, cada una de las unidades celebró un servicio a su memoria, al término del cual cada uno de los presentes, por orden de Reichenau, prestó sobre la bandera de su regimiento el siguiente juramento:

«Ante Dios juro solemnemente prestar obediendia incondicional a Adolf Hitler, Jefe de la nación y del pueblo alemán y Comandante supremo de las Fuerzas Armadas, y estar dispuesto, como bravo soldado, a arriesgar mi vida en todo momento en cumplimiento de este juramento.»

Esta fórmula fue decisiva y, al mismo tiempo, desastrosa para el Ejército. Los generales alemanes jamás hubiesen pensado en romper un voto tan solemne, pronunciado sobre las banderas de su regimiento, en el curso de una ceremonia ritual, cuya tradición se remontaba a la época feudal y que todavía gozaba de gran predicamento. Por mucho que se sintiesen aterrados ante los excesos cometidos posteriormente por Hitler, se consideraban obligados por este juramento a seguir adelante y a hundirse con su jefe.

El 9 de marzo de 1935, Hitler anunció la existencia de la Luftwaffe, prohibida por el Tratado de Versalles, y el 15 del mismo mes proclamó la creación de un Ejército regular integrado por treinta y seis divisiones, con lo cual se quintuplicaba el número de las existentes. El Ejército, que ansiaba desarrollarse desde la época del general Von Seeckt, había estado planeando durante meses llegar a las doce divisiones; de ahí que aceptase encantado la nueva cifra fijada por Hitler. En el curso de los tres años siguientes, los oficiales dedicaron todas sus energías a entrenar y dirigir a los reclutas.

Hitler mantuvo deliberadamente ocupados a los oficiales de mayor graduación, tales como el general Werner von Fritsch, el nuevo comandante en jefe, con estas tareas, que ellos, tanto por motivos patrióticos como profesionales, aceptaron sumamente complacidos. Era del agrado de todos los militares tener unos horizontes más amplios, mayores responsabilidades y mejores armas. El abismo social entre oficial y tropa empezó a cerrarse, y los mandos jóvenes y competentes podían aspirar (si eran «arios») a un destino, fuese cual fuese su origen social. Tan satisfechos se sentían los soldados que no se opusieron a que se les diesen clases de doctrina nazi, y, al mismo tiempo, a participar en las espectaculares concentraciones políticas del partido, con el mismo título que otra cualquiera de las organizaciones paramilitares, tales como el Cuerpo del Trabajo, el Cuerpo de Conductores y las SS.

Mientras sus colaboradores más próximos se ocupaban en desarrollar y rearmar al Ejército, tareas ambas realizadas a un ritmo acelerado, Blomberg seguía dando a las tropas «importantes instrucciones políticas», con las cuales animaba al Ejército y al partido a trabajar unidos. Habida cuenta de tales instrucciones, que procedían de arriba, y de la amplia masa de reclutas debidamente adoctrinados que venían de abajo, era hasta cierto punto lógico que los oficiales de mediana graduación mostrasen por lo menos cierto respeto por un régimen que, después de todo, daba al Ejército lo que éste deseaba: hombres y armas. Blomberg no compartía algunos de los puntos de vista de Reichenau sobre un *Volksheer*, o «ejército del pueblo», mandado por oficiales procedentes de todas las clases sociales, pero no era ningún esnob, y consideraba a sus compañeros de armas excesivamente ceremoniosos. Viudo desde 1932, propuso el matrimonio en un arranque impulsivo a una mecanógrafa que trabajaba en su oficina, llamada Erna Grühn, la cual le aceptó. Tan sólo Hitler y Goering asistieron a la ceremonia nupcial, que tuvo lugar en enero de 1938.

Desgraciadamente para Blomberg, se descubrió que su nueva esposa tenía numerosos antecedentes policíacos, entre los que se contaba el «posar para fotografías pornográficas». El puritano Hitler se horrorizó, y destituyó a Blomberg. Poco después, el Führer tuvo que resolver un caso parecido cuando Himmler y su brazo derecho, Heydrich, jefe del *Sicherheitsdienst* (SD), el servicio de seguridad de las SS, le presentaron un expediente policíaco según el cual el general Werner von Fritsch era un homosexual activo. Hitler destituyó también a Fritsch en el acto. Poco después, se demostró que el expediente era una falsificación de la policía secreta, y que estaba basado en las actividades de un oficial de caballería retirado llamado Frisch. Pero Fritsch, aun cuando reconocido inocente por un tribunal militar, jamás fue rehabilitado. Buscó y halló la muerte en el campo de batalla en septiembre de 1939. El general Von Brauchitsch, que era tan dócil en manos de Hitler como lo había sido Blomberg, sucedió a Fritsch, y Hitler se posesionaba personalmente del cargo de Blomberg.

Hitler creó entonces un nuevo organismo, el *Oberkommando der Wehrmacht* (O.K.W.: Alto Mando de las Fuerzas Armadas), al frente del cual puso al yerno de Blomberg, el general Wilhelm Keitel, un militar también muy dócil. En realidad, fue el mismo Hitler quien lo dirigió, haciendo superfluos los servicios del Ministerio de Defensa. Él fue, por lo tanto, quien condujo a la nación y al Ejército alemán a su ruina.

Cuando la crisis checa empezó a agravarse, se repitió la misma escena que en el caso de la invasión de la Renania: Brauchitsch y Beck suplicaron a Hitler que renunciase a sus proyectos, pero éste siguió adelante y se salió con la suya. Beck estaba tan alarmado que dimitió en agosto, pasando a ocupar su puesto el general Franz Halder, su adjunto. Beck se dedicó entonces a conspirar, y los miembros de su grupo acordaron detener al Führer tan pronto como diese la orden de invadir Checoslovaquia. Sin embargo, la aciaga aquiescencia de Chamberlain en Munich hizo innecesaria la orden de invasión, y la conspiración se vino abajo. Hitler conservó el control de la Wehrmacht, la soberbia máquina de guerra que empezó a funcionar al año siguiente. Keitel, un estratega de oficina, firmaba todo cuanto Hitler le ponía delante, y por esta obediencia criminal fue colgado en Nuremberg en 1946.

Por una curiosa ironía, el «incidente» que sirvió de pretexto a Alemania para romper las hostilidades —el ataque perpetrado por individuos vestidos con el uniforme polaco contra la estación de radio de Gleiwitz, sita unos cuantos kilómetros en el interior de Alemania— fue llevado a cabo por prisioneros de los campos de concentración alemanes, fusilados más tarde por sus guardianes, miembros de las Waffen-SS, como eran denominadas las divisiones de las SS. La participación del Ejército en la alta política era ya por aquel entonces puramente formal. Se limitaba a obedecer.

M. R. D. Foot

Japón y el Pacto Anticomintern

Tan pronto como se creyó a salvo de un ataque soviético sobre Manchuria, gracias al Pacto Anticomintern firmado con Alemania, el Japón consideró que tenía las manos libres para lanzar nuevos ataques contra China. Al principio, el Ejército nipón realizó avances espectaculares, pero el denominado «Incidente de China» se transformó en una guerra larga e indecisa.

La retirada del Japón de la Sociedad de las Naciones (primavera de 1933) suponía para dicho país un período de aislamiento diplomático. Tal perspectiva no era del agrado de los japoneses inteligentes, que se sentían inquietos por el futuro de su nación. Algunos de ellos, entre los que se contaba el mismo Emperador, deploraban la ruptura con la Sociedad de las Naciones y hubiesen deseado encontrar una fórmula honorable para la readmisión de su país en dicha organización. Otros, en cambio, si bien juzgaban inevitable y justificada la retirada japonesa del organismo ginebrino, anhelaban un acercamiento a Gran Bretaña y a los Estados Unidos. Otros, finalmente, que observaban con interés y simpatía el resurgimiento del nacionalismo alemán, estaban convencidos de que lo más conveniente para el Japón era alinearse con el fascismo europeo. Este último grupo incluía a la mayoría de dirigentes del Ejército, pues las Fuerzas Armadas admiraban desde hacía tiempo la eficacia militar alemana. Era tanto el respeto que sentían por Alemania que, en el otoño de 1918, les resultó difícil admitir que las tropas del Káiser hubiesen sido derrotadas en la ofensiva final aliada. El fascismo italiano contaba también con algunos partidarios en el Japón —así, por ejemplo, existía una sociedad patriótica en Osaka cuyos miembros vestían camisas negras—, pero por lo general los japoneses veían en Mussolini a un payaso más que a un personaje impresionante. El fascismo alemán era otra cosa, pues representaba un verdadero desafío al movimien-



El sol se levanta sobre la Gran Muralla (1937). Un solitario centinela japonés, en el curso de su ronda matinal, vuelve la vista hacia el norte de China, ocupado por los japoneses; luego, el ejército invasor se dirigiría hacia el sur.



to comunista internacional y a la Unión Soviética. La decidida postura antisoviética adoptada por Hitler interesaba a los oficiales del Ejército, aun cuando no dejaron de sentirse molestos con sus declaraciones sobre la superioridad racial.

En aquella época las relaciones con la Unión Soviética se hallaban en una fase crítica. La anexión de Manchuria había situado a las tropas japonesas a tiro de fusil de los guardas fronterizos rusos a lo largo de varios cientos de kilómetros de río, montaña y estepa, desde Corea hasta la Mongolia Exterior. Casi cada semana se producían pequeños choques, y el Ejército japonés daba más o menos por sentado que no tardaría en enfrentarse contra los rusos. La Unión Soviética constituía un doble peligro, ideológico y militar.

A primera vista, da la impresión de que se exageraba mucho en cuanto a la amenaza ideológica: se trataba sin duda de un mito inventado por las autoridades para justificar la existencia de brutales métodos policíacos. Ningún otro pueblo parecía más patriota y leal a su jefe de Estado que el japonés. Sin embargo, si se examina científicamente la situación interior del Japón, sin tener en cuenta las ideas subjetivas y los sentimientos, parece evidente que se trataba de un terreno fértil para el desarrollo del comunismo, pues las condiciones en que se hallaban los trabajadores más humildes y la mayoría de aparceros y colonos eran mucho más duras que diez años antes. En cualquier caso, la omnipresente y siempre vigilante policía no estaba dispuesta a correr ningún riesgo. Todos los comunistas declarados vivían entre rejas, y las autoridades estaban tan obsesionadas por el comunismo que establecieron medidas draconianas: censura, arrestos súbitos, largos interrogatorios y proclamas a favor de la guerra contra Rusia y el Comintern.



Para los defensores apasionados del *Nipponshugi*, o «japonismo» —creencia en el origen divino de la raza japonesa—, el Comintern constituía una amenaza más grave y mucho más sutil que el Ejército Rojo. En el verano de 1935, el Comintern celebró un congreso en Moscú, al que asistieron delegados de todos los partidos comunistas. Era el Séptimo Congreso de la organización y la primera de tales reuniones que debían tener lugar en años sucesivos. Era creencia general que el congreso elaboraría una nueva línea política. Ésta resultó ser la doctrina de la cooperación con todos los socialdemócratas, o, para emplear la terminología de la época, la de un «frente unido en pro de la paz». Entre sus primeros frutos destaca la formación de Frentes Populares en Francia y España. Y aun cuando la influencia soviética quizá fuese leve en el caso de los comunistas chinos, resulta significativo el hecho de que éstos aceptasen, una vez terminada la «Larga Marcha», la doctrina del Comintern e iniciasen una campaña de agitación mucho más vigorosa que antes en pro del establecimiento de un frente unido de todos los partidos chinos para luchar conjuntamente contra el imperialismo japonés.

Cartel chino nacionalista de 1938 que insta a la lucha de todo el pueblo contra el invasor. El ejército del Koumintang, apoyado por la artillería y la aviación y ayudado por la población civil, marcha al encuentro del enemigo.

El séptimo Congreso del Comintern fue concebido por las autoridades soviéticas como parte integrante de una estrategia defensiva contra las fuerzas fascistas, y en particular contra el Japón y el III Reich, que parecían amenazar más directamente a la «Patria Socialista». Antes de reunirse el Congreso en agosto de 1935, el Gobier-

no de Moscú sospechaba que el Japón y Alemania buscaban un acercamiento, y, de hecho, se habían dado ya los primeros pasos en este sentido.

Alemania tomó la iniciativa en el asunto. En mayo o junio de 1935, un hombre de negocios alemán, el Dr. Friedrich Hack, llamó al agregado militar japonés en Berlín, el general de división Oshima, y le informó confidencialmente que la jerarquía nazi, y en especial Von Ribbentrop, estaban interesados en una alianza defensiva germanonipona contra la Unión Soviética. En aquella época, Ribbentrop no era todavía ministro de Asuntos Exteriores, cargo que ocupaba el barón Von Neurath. Tanto este último como su equipo simpatizaban con China, por la razón de que Alemania mantenía un comercio más activo con esta última que con el Japón; por otra parte, junto a Chiang Kai-chek se encontraban numerosos consejeros militares alemanes, mandados en misión por el Gobierno. Era más que improbable, pues, que el ministro de Asuntos Exteriores alemán favoreciese un acercamiento al Japón, por lo cual Ribbentrop se guardó muy bien de informar a Neurath sobre las conversaciones con Oshima. Éste, por su parte, parece que tampoco mantuvo informado a Mushakoji, su embajador, y se comunicaba directamente con las autoridades militares de Tokio.

Las primeras conversaciones, mantenidas en el más estricto secreto, tuvieron lugar en casa de Hack. Tokio envió un oficial del Ejército a Berlín en representación del Estado Mayor, el cual tuvo una serie de entrevistas, en noviembre y diciembre de 1935, con Ribbentrop, Oshima y el ministro alemán de Defensa, el general Von Blomberg. Durante los primeros meses de 1936, Ribbentrop y los representantes del Ejército nipón monopolizaron todavía las negociaciones, y sólo gradualmente fueron percatándose los respectivos Ministerios de Asuntos Exteriores de Alemania y el Japón de lo que estaba ocurriendo. Pero al llegar el verano, se les admitió en las conversaciones, las cuales dieron como resultado el acuerdo conocido como el Pacto Anticomintern, firmado en Berlín el 25 de noviembre de 1936. Por el lado japonés, firmó el documento el embajador Mushakoji, pero quien lo hizo por parte alemana fue Ribbentrop (que acababa de ser nombrado embajador en Londres), y no Von Neurath. Asimismo, la ceremonia tuvo lugar no en el Ministerio de Asuntos Exteriores, sino en la oficina berlinesa de Ribbentrop, siendo ello debido a que —según explicó este último después de la guerra— el pacto era fundamentalmente ideológico, y a que no había sido negociado a través de la vía diplomática.

El Pacto Anticomintern

Hay una gran parte de verdad en esta afirmación. El Pacto Anticomintern, firmado más tarde por Italia, debe ser considerado como la réplica a las decisiones tomadas por el Séptimo Congreso del Comintern. Constaba de tres artículos. El primero decía que Alemania y el Japón habían accedido a intercambiar información sobre las actividades del Comintern y a adoptar una serie de medidas preventivas comunes. El segundo, invitaba a otras naciones o países cuya paz interna estuviese amenazada por el Comintern «a tomar medidas defensivas, de acuerdo con el espíritu de este pacto, o a adherirse a dicho pacto». El tercero estipulaba que el acuerdo tendría validez, en principio, durante cinco años. No se aludía para nada al Estado o al Gobierno soviético, pues se trataba de un convenio dirigido exclusivamente —o al menos así lo afirmaban Berlín y Tokio— contra la Internacional Comunista, una organización que era independiente, según habían declarado en repetidas ocasiones los portavoces soviéticos, del gobierno moscovita.

Pero, como es lógico, la afirmación de que el acuerdo era puramente ideológico no fue aceptada por la mayoría de observadores políticos. Tres días después de la firma, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Litvinov, lo atacó en público, calificándolo de simple tapadera de otro pacto, secreto y de índole militar, dirigido contra la Unión Soviética.

En consecuencia, tanto el Gobierno ruso como el Comintern y los diferentes partidos comunistas levantaron una gran polvareda sobre las «cláusulas secretas» del acuerdo. De hecho, éstas existían: el Servicio Secreto soviético de entonces las intuyó y llegaron a conocimiento del público en general al término de la Segunda Guerra Mundial. Al igual que el pacto publicado por Berlín y Tokio, el apéndice secreto comprendía tres artículos, precedidos de un preámbulo. Éste declaraba que el Gobierno soviético fomentaba los objetivos del Comintern y que estaba dispuesto a «emplear su Ejército para alcanzarlos». En cambio, los tres artículos no iban más allá de un simple compromiso, tomado por Alemania y el Japón, de consultarse mutuamente en caso de que uno de ellos fuese objeto de un ataque no provocado o de una amenaza de ataque, igualmente sin provocación previa, por parte de la Unión Soviética. Estaba lejos de ser, pues, una alianza militar, y no constituía en modo alguno una amenaza para el Estado soviético.

Una especie de chantaje

En el Japón, el Pacto Anticomintern sólo era popular en los círculos militares. En 1936, la opinión pública japonesa no estaba muy bien dispuesta para con el Ejército, pues en febrero de dicho año una parte de la guarnición de Tokio, dirigida por un grupo de oficiales jóvenes y fanáticos, se había sublevado. Amén de los asesinatos y violencias perpetrados por los amotinados, la vida de la capital quedó interrumpida durante varios días, se proclamó la ley marcial y se opinaba en general que la nación se había desacreditado a los ojos del mundo.

Pero a pesar de esta pérdida de prestigio, el Ejército supo aumentar su influencia política. Los dirigentes militares, incluyendo al ministro de Defensa, ejercían una gran presión sobre el Gobierno para que fuesen aceptadas las exigencias políticas de las Fuerzas Armadas. Recurrían para ello a una especie de chantaje. Decían que, a menos que se diera satisfacción a sus deseos, no estaban seguros de poder controlar el malestar existente entre sus subordinados. Así, pues, el rearme cobró gran impulso durante 1936, y la economía nacional fue planeada sobre unas bases de preparación para la guerra.

Cuando el Consejo privado japonés discutió la cuestión del Pacto Anticomintern, el representante del Ministerio de Asuntos Exteriores hizo observar que el acuerdo «sería muy eficaz para forzar a China a decidir su actitud». En enero de 1937, una escritora británica, Freda Utley, mostró gran penetración al decir que el pacto podía ser el preludio a nuevos ataques contra China. Los historiadores no se han puesto de acuerdo todavía sobre este punto, pero existen buenas razones para suponer que los japoneses interpretaban el acuerdo, y en especial su apéndice secreto, como una medida defensiva, para protegerse de un eventual ataque soviético sobre Manchuria, en caso de hostilidades con la China.

Las hostilidades estallaron en julio de 1937. Los primeros disparos tuvieron lugar la noche del 7 de julio, cerca del puente Marco Polo, en el río Hun, a unos dieciséis kilómetros al oeste de Pekín. Unos soldados japoneses de la guarnición situada en el Barrio de las Legaciones de la excapital realizaban unas maniobras noc-

turnas cuando vinieron a las manos con unos soldados chinos. Todavía no se sabe exactamente cómo se inició la lucha y quién la empezó, pero más tarde los historiadores convinieron en afirmar que, en contra de lo que se creyó en aquella época, el incidente del puente Marco Polo no fue planeado por el mando militar japonés local. En este sentido, no admite comparación con el incidente de Mukden del 18 de septiembre de 1931, que constituyó el pretexto para la ocupación de Manchuria.

A pesar de los esfuerzos para limitar la lucha, el choque habido en los alrededores de Pekín desembocó en una serie de hechos más graves. Los chinos mostraron una energía que contrastaba con su actitud anterior. El Gobierno de Nanking envió cuatro divisiones al norte, Chiang Kaichek declaró en un discurso: «Si permitimos que otro centímetro de nuestro territorio caiga en poder del enemigo, seremos reos de un crimen imperdonable contra nuestra raza.» Esta nueva actitud de Chiang obedecía al cambio que había experimentado, tras el curioso suceso de Sian. En diciembre de 1936, Chiang fue arrestado por un subordinado suyo, Chang Hsüeh-liang («el joven Mariscal», hijo del difunto señor de la guerra manchú, Chang Tso-lin). En esta ocasión Chu En-lai jugó un destacado papel en la liberación de Chiang; y, aun cuando jamás se han sabido todos los pormenores del incidente, parece que Chiang se comprometió, si bien de forma más bien vaga, a cesar en sus ataques contra los comunistas chinos y a unirse con ellos para luchar contra los japoneses. Mao Tse-tung declaró posteriormente que el incidente de Sian había constituido «un acontecimiento épico» que sirvió de preludio a la formación de un frente unido. Por su parte, el Ministerio de Asuntos Exteriores japonés llegó a la conclusión de que en Sian se había llegado a un acuerdo sobre una política de resistencia común contra el Japón.

En Tokio, el gabinete Konoye, al tiempo que negaba tener deseos de agravar la situación, adoptaba una actitud más dura. Autorizó una movilización parcial y varias unidades militares empezaron a avanzar hacia el norte de China a partir de Corea y Manchuria.



Soldados chinos del Kuomintang, tocados con cascos alemanes, atacan una posición enemiga durante la guerra contra los invasores japoneses. A despecho de los espectaculares avances realizados en 1938 por las fuerzas del Japón, Chiang Kai-chek se negó a admitir la derrota, y el llamado «Incidente de China» se convirtió en una larga y hasta aparentemente interminable contienda.

Una guerra sin declarar

De hecho, ambos bandos se estaban preparando para la lucha. Una serie de combates esporádicos en el área Pekín-Tientsin desembocaron en la ocupación de Pekín por los japoneses. Las últimas esperanzas de un arreglo local se esfumaron cuando, a finales de julio, la milicia china de Tungchow dio muerte a sus oficiales japoneses y llevó a cabo una matanza de cientos de civiles nipones y coreanos, entre los que se contaban mujeres y niños.

En agosto, los acontecimientos tomaron un sesgo todavía más grave al extenderse la lucha al área de Shanghai. Una fuerza naval japonesa recién desembarcada fue hostilizada por los chinos, muy superiores en número. Tokio envió refuerzos inmediatamente, y durante semanas tuvo lugar una cruenta lucha. Las defensas chinas no cedieron hasta noviembre, momento en que las fuerzas japonesas, que estaban compuestas por varias divisiones, se abrieron paso por el Yangt-se en dirección a Nanking.

A pesar de que el Japón se hallaba ya empeñado en una verdadera guerra contra China en dos frentes, oficialmente aún no se habían roto las hostilidades. Los japoneses daban a esta guerra encubierta el nombre de *Shina Jihen*, o «Incidente de China», y ambos bandos temían que si la contienda tomaba un carácter oficial podrían ponerse en vigor las cláusulas de la Ley de Neutralidad norteamericana, con lo que presumiblemente cesaría el envío de suministros desde los Estados Unidos.

La Sociedad de las Naciones, bastante desprestigiada en aquel entonces, respondió al llamamiento de China condenando al Japón y convocando a una reunión a los países que en 1922 habían firmado el Tratado de las Nueve Potencias, por el que se garantizaba la integridad territorial de China. La reunión debía celebrarse en Bruselas, pero el Japón se negó a asistir, y debido a ello no se llegó a ningún resultado.

Hubo otra posibilidad de poner fin a la guerra cuando los embajadores alemanes en China y el Japón accedieron a actuar de intermediarios entre Chiang Kai-chek y los japoneses. Estos últimos ofrecieron condiciones de paz a Chiang, pero éste las



Otro cartel del Kuomintang (1938) que exalta la íntima cooperación entre militares y civiles.

rechazó al principio por considerarlas demasiado duras. Sin embargo, debido en parte al empeoramiento de la situación militar en el frente de Shanghai y en parte también a las advertencias de los alemanes (entre los que se contaba el general Von Falkenhausen, jefe de la misión militar en China), Chiang empezó a vacilar, y a comienzos de diciembre aceptó discutir las condiciones de paz japonesas. Por desgracia, ya era demasiado tarde. La caída de Nanking parecía inminente, y la opinión general en el Japón era la de que, una vez se viese privado de la capital, Chiang Kai-chek pediría inmediatamente la paz. Por consiguiente, el ministro de Asuntos Exteriores japonés, Hirota, no dio respuesta alguna al mensaje de Chiang y comunicó al embajador alemán, Dirksen —según el cual Chiang se hallaba en buena disposición para discutir de paz— que la situación había cambiado. «El Ejército en campaña —dijo a Dirksen— se ha vuelto más exigente.» De hecho, en el Japón aumentaba la oposición a que se concertara cualquier acuerdo con Chiang Kai-chek, pues se decía que su gobierno se desintegraría tan pronto como el general Matsui tomase Nanking.

La ciudad cayó el 13 de diciembre. Las tropas de Matsui se comportaron cruelmente, y Nanking fue saqueada de una forma que recuerda las conquistas de Gengis Khan y Tamerlán. No se autorizó a la prensa japonesa a hacer la más leve alusión a ello o a los comentarios horrorizados que se publicaban en el extranjero, pero el general Matsui, algunos oficiales y cierto número de soldados implicados en los sucesos fueron destituidos y apartados del servicio activo.

Algunos días después, los japoneses enviaron nuevas condiciones de paz, más duras esta vez, a Chiang Kai-chek, por mediación de los alemanes. La respuesta china no fue ni rápida ni clara. Chiang aguardó la llegada del nuevo año, 1938, para pedir aclaraciones a Tokio, de modo que su mensaje no llegó a manos de Hirota, a través de la embajada alemana, hasta el 14 de enero. Por aquel entonces el Gabinete japonés había decidido poner fin a las conversaciones indirectas con Chiang, y el 16 de enero, el primer ministro, príncipe Konoye, anunció en el curso de una conferencia de prensa que el Gobierno renunciaba a tratar con los chinos nacionalistas y esperaba «la formación y desarrollo de un nuevo régimen chino».

Una contienda al parecer interminable

Esta declaración constituyó, como el mismo Konoye tuvo que admitir años después, un solemne error. Fue formulada en una época en que la posición internacional del Japón resultaba muy incómoda, pues un mes antes las fuerzas aeronavales japonesas habían hundido el cañonero norteamericano *Panay* en el Yangtse y la artillería había bombardeado el navío británico *Ladybird*. Ni las inmediatas disculpas, ni las compensaciones bastaron para disipar el enojo de americanos y británicos. La declaración Konoye sorprendió al mismo ministro de Asuntos Exteriores alemán. Sin embargo, de ello no derivó ningún perjuicio para el Japón, pues en febrero de 1938 Von Neurath fue sustituido en el cargo por Ribbentrop, quien logró convencer a Hitler de que era preferible la amistad del Japón a la de China. Por consiguiente, Alemania reconoció el Estado títere japonés del Manchukuo y retiró, en el momento oportuno, a su misión militar de China.

El verdadero alcance de la declaración Konoye consistió en que, a partir de entonces, el «Incidente de China» se convertiría en una contienda al parecer interminable. Colocó, asimismo, al Japón en una postura tal que le hubiese sido difícil renunciar a ella sin quedar en entredicho. Por otro lado, Konoye ni tan siquiera podía alegar en su defensa que el Ejército entero había presionado a su Gobierno para obligarlo a adoptar una política dura con relación a Chiang Kai-chek. El Estado Mayor de Tokio, en efecto, estaba en contra de la declaración Konoye, pues era contrario a que el Japón emprendiese nuevas operaciones en China y deseaba al mismo tiempo matener contactos con Chiang Kai-chek con la esperanza de poder llegar a un acuerdo. En cambio, los jefes militares destacados en el norte y centro de China parecían haberse desmandado, e insistían en derrocar a Chiang Kai-chek. Su postura era respaldada por el ministro de Defensa, el general Sugiyama, un hombre obstinado que, a pesar de ser despreciado por Konoye, conseguía generalmente que éste aceptara sus puntos de vista. También la Dieta era partidaria de la guerra, y lo mismo puede decirse de la prensa, la cual llamaba a Chiang Kai-chek el enemigo número uno del Japón. El «Incidente de China» jamás fue presentado al pueblo japonés como una guerra de conquista, sino como una contienda destinada a salvar a los chinos —«nuestros hermanos mayores que siguen el mal camino»— del malvado Chiang, que se había asociado con los comunistas.

La suerte estaba, pues, echada. En 1938, los japoneses realizaron algunos avances espectaculares, consiguiendo que las fuerzas destacadas en el norte de China enlazasen con las que avanzaban desde el Yangtse. En el otoño penetraron por el oeste hasta las ciudades de Wuhan, y en el sur un ejército de refresco desembarcó en la Bahía Bias, cerca de Hong Kong, y capturó Cantón. Por otro lado, la aviación nipona realizó incursiones sobre Chunking, la capital de Chiang en el Ssuchuan. Un dirigente del Kuomintang, Wang Chingwei, convencido de que no tenía sentido prolongar la lucha, desertó del bando nacionalista y llegó a un arreglo con los japoneses. Posteriormente, fue nombrado jefe de un nuevo gobierno establecido por los japoneses en Nanking. Pero Chiang Kai-chek se negó a admitir la derrota, y empezaron a proliferar las guerrillas en zonas muy extensas controladas teóricamente por los japoneses o por los colaboracionistas chinos. Las tropas niponas fueron, de hecho, las que patrocinaron el comunismo campesino en China, y su comportamiento en las regiones ocupadas contribuyó grandemente al triunfo final de la revolución maoísta.

Si un hecho se deriva de otro, entonces cabe decir que el Pacto Anticomintern desembocó en el «incidente en Manchuria», a partir del cual se desarrolló la revolución comunista de 1949. Así, pues, el resultado final del pacto germanonipón contra la Internacional Comunista fue el éxito del comunismo en el país más poblado del mundo.

Richard Storry

Indice